
Mi Amado enemigo
ELEANOR RIGBY
1
Mi Querido secreto
ELEANOR RIGBY
2
Mi Bella seductora
ELEANOR RIGBY
3
Mi Apuesto aliado
ELEANOR RIGBY
4
Malos Partidos
PRIMERA GENERACIÓN
ELEANOR RIGBY

MALOS PARTIDOS

Primera generación

Mi amado enemigo

MALOS PARTIDOS 1

Eleanor Rigby

Una esposa que le teme a los hombres.
Un marido que temerá no hacer feliz a su mujer.

Clarissa Simms vive dividida entre el pavor que siente hacia su prometido y el odio que le profesa al marqués de Haverford, el caballero con el que comparte un secreto que podría cambiarlo todo. Un escandaloso altercado en su puesta de largo se llevará por delante su futuro y su libertad... y los de su mayor enemigo.

Nile Inglefeild, marqués de Haverford,se dedica en cuerpo y alma a dos grandes placeres: visitar a su prometida en la escuela donde perfila sus modales y atormentar a la señorita Simms. Cuando la joven lo ponga en una situación comprometida que los vinculará para siempre, descubrirá que ni ella ni él mismo son lo que parecen.

La unión de dos adversarios solo puede desembocar en una convivencia hostil, pero, como una espada de Damocles, el deseo pesará sobre sus cabezas hasta que se rindan a la evidencia de que ni las adversidades pueden eclipsar el amor.

Capítulo 1

Escuela de señoritas de lady Mabry
Finca de Arlington Abbey, Canterbury,
condado de Kent
Primavera de 1843

Como el alma o el apéndice, el miedo había entrado a formar parte de las entrañas de Clarissa Simms. Podía sentirlo retorciéndose en su vientre como una culebra en llamas, una garra opresora capaz de limitar el habla.

Por suerte o por desgracia, sus amigas no eran conscientes de lo que ocurría en su cuerpo conforme se acercaba la hora del terror. Asociaban su silencio sepulcral a la actitud huidiza de una muchacha tímida.

Porque eso era Clarissa Simms para el resto. Una muchacha tímida.

Y era mejor que la simplificaran de aquella manera.

—Hace meses que no veo al señor Marlow —contaba Wit. Se abrazaba a Primrose con torpeza para no perder el equilibrio durante el vals que acostumbraban a improvisar a esas horas de la tarde, mientras averiguaban si recibirían o no una visita familiar—, así que le pedí que me mandara una miniatura para recordar su rostro. No me parece una petición descabellada. Una joven tiene derecho a hacerse una idea de la clase de hombre con el que mantiene correspondencia. No os creeréis lo que pasó. ¡Se negó! —jadeó, ofendida. Lo que en otra joven habrían parecido unos aspavientos teatrales, en ella se veían de una espontaneidad encantadora —. Tendré que cortar toda comunicación con él. No pienso perder mi valioso tiempo dedicándole tiernas palabras a un tipo poco agraciado.

—¿«Tiernas palabras», dices? ¿Como las que acabas de dirigirle al llamarle «poco agraciado»? —replicó Prim, concentrada en no pisarle los pies a su compañera. A diferencia de Wit, que había nacido con gracia para toda actividad a la que se prestase, a Primrose se le dificultaba algo tan sencillo como adelantar una pierna para andar. Por eso, pese a medir una cabeza más que su compañera de baile, era Wit quien llevaba la voz cantante. En el vals y en el resto de las tareas grupales. Incluso en vidas ajenas—. No te veo capaz de contener tus impulsos viscerales, esos que contemplan escribir los comentarios más mordaces y de peor gusto para ver cuánto tardan en huir despavoridos.

—No soy mordaz por placer —rezongó su amiga, arrugando la nariz—, sino para confirmar que están dispuestos a sufrir por mí antes de alcanzar la gloria. Es bien sabido que, si te pones en bandeja, los hombres se confían y dejan de tratarte como mereces.

—¿Y la alternativa es tratarlos tú con la punta del pie? Debe de ser muy aburrido vivir en un mundo en el que todo es blanco o negro...

—¡Más aburrido es el gris del que está teñido el tuyo!

—No te pongas a la defensiva, Wit. Solo estoy dando mi opinión. Me parece terrible que te dirijas a tan dignos caballeros con semejante desdén, y también soberanamente superficial que bases tus cribas de pretendientes en su aspecto físico.

—¿Quién dice «soberanamente superficial»? —bufó Wit, sacudiendo la cabeza. La giró hacia Clarissa, buscando en ella a una aliada, pero su amiga, aun de cuerpo presente, no estaba en condiciones de prestar atención.

Y nadie se daba cuenta.

—... pero no seré yo quien te impida ir reduciendo la lista —apostilló Primrose con el único tipo de sonrisa que tenía: la resignada. Era conveniente renunciar a la victoria cuando se discutía con Wit—. De hecho, te lo recomiendo con encarecimiento. No creo que puedas seguir contestando las cartas de tus fervorosos admiradores sin tener que sacrificar cuatro o cinco horas de sueño. Mejor prescindir de un par de desconocidos que de la cama, ¿no crees?

—«Te lo recomiendo con encarecimiento», dice... Mira, si alguno de esos desconocidos me gustara, no tendría que prescindir ni de él, ni de la cama —se regocijó Wit.

El comentario tensó de pies a cabeza a Clarissa, que permanecía sentada con rigidez en el diván, y coloreó las mejillas de Primrose.

—¡Por Dios, Wit! —exclamó la segunda en su rol de cuáquera empedernida.

—En mi defensa diré que no solo descarto a los feos. También a los que solo hablan de sí mismos, a los que malgastan el papel con descripciones detalladas de sus tediosas rutinas, a los aduladores que se recrean alabando mi aspecto cuando lo más probable es que no recuerden el color de mis ojos...

—¿Descartas a todos esos y aun así te quedan caballeros con los que cartearte?

Wit dio un giro sobre la alfombra, llevándose a Primrose consigo. Esto provocó que la segunda tropezara y acabase dramáticamente doblada en brazos de su amiga. Wit se inclinó sobre ella con una sonrisa maligna hasta que sus narices se rozaron.

—Con fecha de hoy, recibo veinticinco cartas mensuales. Es un progreso respecto de las cuarenta y tres que debí contestar el mes pasado. No se puede decir que no sienta dedicación por mi trabajo.

—¿Qué trabajo? —Primrose se rio con amargura—. ¿El de burlarte de todos los hombres que tienen la osadía de fijarse en ti?

No hacía falta conocer en profundidad los principios de Primrose Insley para saber que no estaba de acuerdo con los métodos de cortejo, si es que así podían llamarse, de Wit. Ni ella ni cualquiera que se preciara de llevar por bandera valores como la honestidad.

Un elevado porcentaje poblacional deploraba las aficiones de la señorita Verity Burton, que en su mayoría consistían en jugar de forma descarada con los sentimientos ajenos. Por desgracia, nadie se atrevía a reprenderla. En primer lugar, porque temían contrariarla. Su padre poseía numerosos contactos a lo largo y ancho del reino, y todos estos estaban más que preparados para ganarse los respetos del señor Burton dándole una lección moral o un castigo físico al infame que se atreviera a disgustar a su pequeña, dulce y mimada Wit, tres adjetivos de los cuales solo el tercero era objetivamente correcto. En segundo lugar, como era el caso de los valientes como Prim y Clarissa, había quienes evitaban irritarla porque la querían con locura. Ambas entendieron en el preciso momento en el que la conocieron que ella era así, dueña de una coquetería tan virulenta que podía pecar de desalmada, pero con un encanto capaz de enmascarar hasta el peor de los defectos.

—No hay que ser osado para fijarse en mí. Basta con tener dos ojos en la cara y un poco de buen gusto —repuso Wit, soltando a Prim para bailar por su cuenta en torno a la salita. Secuestró un manual de modales que reposaba en la mesita auxiliar y se lo puso en la cabeza sin dejar de contonearse—. Lo que sí me resulta de lo más divertido es que se crean que pueden aspirar a mi mano, como si estuvieran a la altura de mis requisitos.

Primrose se cruzó de brazos sobre la alfombra. El ejercicio había despeinado el sencillo rodete que despejaba su rostro. Todo en ella era sencillo, a decir verdad: sus vestidos de algodón, siempre de un tono grisáceo, ocre o marrón; sus recogidos tirantes y su cara limpia, en la que

jamás atisbarían una onza de polvos de maquillaje. Y, aun así, aunque vestía tal y como mandaban sus creencias religiosas, se robaba las miradas del salón en cuanto ponía un pie bajo el umbral. No porque fuera de una belleza que robara el aliento, aunque a Clarissa le parecía que no existía mirada más dulce en el reino y que su sonrisa con hoyuelos iluminó el mundo el primer día de la Creación, sino porque había nacido con la piel salpicada de manchas notablemente más oscuras. Eso le había valido crueles apodos en la escuela, como «la jirafa de Bristol», y el desprecio del género masculino.

—Si no están a la altura, ¿por qué malgastar tu tiempo y desperdiciar, además, el de los pobres hombres?

—No malgasto mi tiempo. Estudio en profundidad la mente del presunto sexo fuerte y aprendo muchísimo sobre sus costumbres, su forma de pensar, sus intereses...

—¡Ni que fueran una subespecie del reino animal alejada de la nuestra!

—¿... y no es eso lo que se viene a hacer a Arlington Abbey, a esta escuela de señoritas de postín? ¿Estudiar? —prosiguió Wit. Tendía a ignorar a todo aquel que pronunciase las palabras prohibidas. Es decir: palabras distintas a «tienes razón», «eso es justo lo que yo pensaba» y «qué lista eres»—. ¡No cometo ningún delito!

—Estoy de acuerdo en que jugar con los sentimientos de un ser humano no está penado por ley aún, pero no significa que no sea moralmente cuestionable. Seguro que Clary coincide conmigo.

Como cada vez que la interpelaban en pleno ataque de pánico, Clarissa respingó y luchó por salir de la cárcel de sus pensamientos. Miró a sus amigas con el aliento contenido, rogando para que ni la impresionante empatía de Prim ni el ingenio que le había dado a Wit su apodo[1] se dieran cuenta de que el terror la tenía aprisionada en sus garras.

Así era como pasaba Clarissa los domingos, el día en que se celebraban las visitas de familiares y pretendientes en la magnífica finca de Arlington Abbey: entre sudores fríos, sobresaltos, parálisis repentinas y unas inmensas ganas de llorar que, sin embargo, sus sentidos embotados habían aprendido a controlar, aunque fuera a costa de no experimentar una sola emoción. Ni buena, ni mala.

Se esforzó por enderezar la espalda, inmóvil en una esquina del *chaise longue*, y les dedicó una sonrisa lejana. Le costó recuperar el último fragmento de la conversación para regresar al mundo real, pero en cuanto acudió a su cabeza, lo abrazó con ternura y recordó que con sus amigas podía ser ella misma.

No debía esconderse.

No del todo.

—Creo que el daño que Wit pueda procurar a sus pretendientes será poco en comparación con el que en realidad merecen —zanjó con severidad.

—Yo no pretendo causarles ningún daño, Clary —retrucó Verity, asombrada al oír su respuesta—. Me gusta pensar que yo me divierto y ellos se entretienen de igual modo conmigo. Solo flirteamos, quiero decir. No nos hacemos promesas de amor eterno. ¡Soy hija de mi padre, por favor! ¡Nunca hago juramentos en vano!

Era bien sabido que el señor Burton no había roto una promesa jamás. De hecho, cumplía hasta las más descabelladas, como, por ejemplo, tomar como esposa a una de las hijas del señor Swansea.

Una que se hizo antes de ver siquiera el rostro de alguna de las seis.

—Supongo que tu desdén hacia el género masculino viene del cortejo de lord Bellingrath —murmuró Prim. Se había quedado lívida, en parte porque una cuáquera como ella nunca

terminaría de acostumbrarse al desahogo con el que hablaban sus amistades, y en parte porque vivía preocupada por Clarissa—. ¿Sucedió algo la semana pasada, cuando te prestó una visita? ¿Vendrá hoy a verte?

Como jamás lograba articular una palabra con sentido cuando se trataba de Bellingrath, Clarissa se limitó a encogerse de hombros y dirigió una mirada perdida al ventanal que coronaba la estancia. Un agradable sol de mayo entraba a raudales, celebrando la vida y los romances que se gestaban durante el día del Señor.

Hasta el clima se burlaba de su desgracia.

Confiaba en Primrose y en Verity, pero bajo ningún concepto las haría partícipes de la historia de terror que estaba viviendo a puerta cerrada. Conociendo a Prim, tardaría dos segundos exactos en comunicárselo a la señorita Reeves, quien, además de impartir la asignatura de costura, quería a las alumnas como si fueran sus hijas y las protegería hasta de Dios si fuera preciso.

En cuanto a Wit...

Con el ingenio que la caracterizaba, heredado de una madre que puso a Londres a sus pies y de un padre que había revolucionado el mundo industrial, se encargaría de borrar del mapa a Bellingrath de manera que pareciera un accidente.

Por más tentador que eso pudiera antojársele, la respuesta era no. No podía sincerarse con ellas. Poner palabras a una humillación como a la que era sometida cada semana sin faltar una quedaba muy lejos de su ya de por sí escasa elocuencia. Antes de que el miedo se apoderase de ella hasta reducirla a una pobre infeliz que pasaba los días contando las horas que quedaban para el domingo, Clarissa era introvertida. Una joven con aspiraciones, sueños románticos y aficiones, pero introvertida, al fin y al cabo.

A diferencia de Primrose, cuya oratoria resultaba fascinante, nunca encontraría el valor para despegar los labios.

—No creo que tenga que suceder nada con Bellingrath para que Clary deteste al pretendiente que han elegido para ella —comentó Wit, enrollándose un mechón de pelo cobrizo en el dedo. No importaba cuánto se lo pidieran las maestras: ella siempre llevaba los alocados rizos al natural, brincando en torno a su rostro redondo y espolvoreado de pecas—. ¿Cuántos años tiene? ¿Ciento nueve? ¿Y esa cojera que se trajo de las guerras napoleónicas? ¿Se supone que una mujer tiene que soportar la vergüenza de aparecer en un gran salón de baile con un tullido del brazo solo porque fue un héroe hace tres décadas?

—¡Witty! —jadeó Primrose, anonadada.

—Por no mencionar que la *Guía de enseñanza para la etiqueta y el protocolo* recoge numerosos requisitos que Bellingrath no cumple ni de lejos. ¿O acaso no dice que las pelirrojas han de desposarse con los morenos, que los muy corpulentos deben unirse en matrimonio a los delgados, y que aquellos con sangre fría tienen que casarse con los seres emocionales? Clarissa y Bellingrath son ambos rubios, ambos de complexión delicada, y ambos indiferentes —sentenció con rotundidad.

Verity Burton era tan segura de sí misma que siempre dejaba a Clarissa dudando de si no tendría razón, incluso si lo que acababa de sentenciar carecía de sentido. ¿Y si Wit la conocía mejor de lo que se conocía ella misma y era, en efecto, tan indiferente que el miedo que le tenía a Bellingrath era una invención?

Sin duda mejoraría su situación, así que eligió creerla.

—¿A dónde quieres llegar? —suspiró Primrose.

Sorprendentemente, no habían alcanzado aún el límite de su paciencia. Clarissa lo sabía porque su nivel de indignación se podía medir en función de la línea de color que ascendía desde

su recatado escote hasta la raíz del pelo. Si solo se había ruborizado hasta medio cuello, aún podían provocarla un poco más. En cambio, si se le teñía el puente de la nariz, algo terrible estaba a punto de suceder. Como, por ejemplo, una reprimenda cristiana.

—No forman la pareja apropiada si tenemos en cuenta la obligación social de que la futura descendencia mejore la planta de sus progenitores —resolvió Wit.

—¡No forman la pareja apropiada por el simple hecho de que Clarissa no lo ama! —se quejó Primrose, mirando a Verity con el ceño fruncido.

—Hay peores destinos que desposar a un hombre por el que una no siente nada. Podría estar prometida con un tipo al que detesta, como...

Wit levantó las cejas al reparar en un elemento interesante al otro lado del cristal. Poco le importaba dejar la conversación a medias. Al igual que los niños, se dejaba embelesar por los objetos brillantes. Solo que el objeto que en ese momento había robado su atención era lo contrario a brillante, porque vestía de negro y era moreno como un gitano.

No fue la única que se aproximó a toda velocidad, levantándose las faldas a dos manos como condenaba la guía de modales que acababa mencionar, y señaló con el dedo.

—¡... como el conde de Haverford!

Capítulo 2

Primrose y Clarissa, de pie a su lado pero a distancia prudencial de la ventana, tuvieron que darle la razón a desgana.

—Supongo que sí —confirmó Prim—. Peor sería estar prometida con Nile Inglefeild.

La sonoridad de aquel nombre lograba penetrar las capas y capas de desesperación que enterraban a Clarissa. No había podido localizarlo por culpa de sus problemas de visión, pero nada más oyó «Nile», se enderezó como un soldado y lo buscó con la mirada en el paisaje que se apreciaba a través de la ventana.

La cómoda salita de estar daba a los impresionantes jardines de la propiedad, por los que lord Nile Inglefeild y su prometida, la honorable señorita Rebecca Wargrave, acostumbraban a pasear cada domingo. Tan solo reconocer —aunque como un borrón familiar— su ancha espalda en forma de uve, el cabello azabache recogido en una sencilla coleta y los andares arrogantes de un hombre que había nacido para ser obedecido provocó en ella la sensación a la que era adicta.

El desprecio ancestral que sentía por Nile era lo único que podía combatir el miedo que sentía hacia Bellingrath. De pronto, se llenaba de coraje y juraba que podía sentir vibrando con violencia cada una de las fibras que componían su cuerpo.

—No sé qué decirte —pensó Wit en voz alta, apoyando los codos en el alféizar y reposando la barbilla sobre las manos. Miró de reojo a sus amigas, en lo absoluto consternada por la postura de su cuerpo, con la que ofrecía las nalgas de forma inapropiada—. Haverford es bastante más joven y atractivo, y camina sobre las dos piernas. Es justo decir que lo único bueno que tiene Rebecca Wargrave es su prometido.

—Pero estarías siendo una vil mentirosa si dijeras que también funciona a la inversa, porque nadie podría decir que la única alegría de su vida es Rebecca Wargrave —bufó Clarissa, recordando a la supuestamente encantadora muchacha. Se ganó a pulso el odio de las tres amigas en el preciso instante en que popularizó entre las alumnas el apodo de Prim—. Aun así, ¿qué importa el atractivo, si se pudre con el tiempo y arrastra a la juventud consigo? Y no me hagas fijarme en sus piernas si no es para ver cómo se larga de Arlington Abbey para no regresar en una temporada.

—Cuánto desdén —murmuró Primrose, que nunca había terminado de entender el desprecio que le profesaba.

Al igual que otras tantas historias demasiado delicadas para el oído de una cuáquera, Clarissa había preferido reservarse la que explicaba el porqué de su enemistad con el conde de Haverford. Pero conocía a Prim, y sabía que, si supiera la verdad, su espíritu misericordioso la desestimaría.

Wit, en cambio, se regocijaba con el desprecio mutuo entre Haverford y ella. Había admitido abiertamente que disfrutaba de las riñas entre adversarios. No le daba vergüenza confesar que anotaba en su diario los nombres de las personas que desearía ver sufriendo.

—No estoy de acuerdo en que lo único bueno que Rebecca tiene sea su prometido. También hay que contar a su hermano —agregó Wit con una sonrisita lobuna. No era ningún secreto que Harding Wargrave era uno de los caballeros a los que más se divertía atormentando. Harding no la soportaba, y tenía el descaro de demostrarlo ignorándola sin miramientos. Algo sencillamente imperdonable—. No se puede negar que Haverford y Rebecca sean tal para cual. Cumplen los requisitos: él es moreno, ella rubia. Él es esbelto y delgado, sí, pero también alto, y ella no pasa

de la estatura media. Él es frío como un témpano, y ella... Oh, Dios, ¡esa mujer es una histérica de manual!

—Le dijo la sartén al cazo —musitó Primrose para sí.

—Él es un idiota redomado, y ella, una auténtica arpía; él tiene un ego desorbitado, y en el caso de ella, me extraña que no haya desarrollado una cabeza extra para almacenar tanta estupidez. ¡U otro corazón, porque el otro ya se le habrá podrido de tanto veneno que produce! —prosiguió Clarissa, feliz de poder desahogarse.

Wit soltó una carcajada que estuvo a punto de contagiársele.

—Ambos tienen dinero y provienen de familias con títulos nobiliarios —agregó Primrose, que jamás se quedaba fuera de una conversación. Daba igual si el tono era a las claras despectivo. Seguía participando, pero con cuidado de no ofender a nadie.

—A él solo le importa la reputación, y a ella no la he visto preocuparse nunca por nada distinto de su aspecto físico —continuó Clarissa, envalentonada. Con cada insulto vertido contra Haverford, daba un paso más lejos del miedo. Quizá, como contrapartida, se estuviese acercando al resentimiento, una emoción que también envenenaba el alma, pero con esa sí podía lidiar—. Él está obsesionado con tener descendencia, y es evidente que ella será la esposa perfecta, obediente y preocupada de las banalidades habituales. Él es un grosero, un hombre áspero y sin sentido del humor, un zoquete y un ignorante, en lo que respecta al género humano y a todas las artes, y... ¡y, además, no lo quiso ni la primera mujer a la que pretendió!

—Algo que estoy en disposición de solucionar celebrando un matrimonio con amor —contestó una fría voz masculina—. ¿Qué piensa hacer usted para no pecar de ver la paja en el ojo ajeno, pero nunca la viga en el propio? No veo a un sinfín de caballeros haciendo cola para citarse con usted durante esta bonita mañana de domingo, no se diga ya adorarla.

Después de dar un respingo, Clarissa se fue girando con la misma lentitud que Primrose. El rubor se le había concentrado en la nariz a su amiga, señal de que había alcanzado el límite de la vergüenza ajena tolerable. Wit se negó a darse la vuelta y buscó con la mirada en el jardín, preguntándose cómo era posible que Nile Inglefeild hubiera dado la vuelta tan rápido y regresado a tiempo al salón para escuchar a Clarissa.

En cuanto a su mayor enemiga, lo enfrentó con la barbilla bien alta.

Como cada domingo sin falta, ahí estaba. Tenía los dedos entrelazados a la espalda, una postura que algunos consideraban elegante y que a Clarissa le recordaba al niño que tiraba la piedra y escondía la mano, una descripción no muy alejada de su carácter. El brillo feroz de sus ojos negros delataba la viveza de un espíritu que ni el hálito de la muerte podría apagar, no se dijeran ya los agravios dirigidos a su persona, que rebotaban contra su amplio pecho y pronto eran arrojados al olvido.

Solo un hombre ajeno al odio podía mirar con los párpados permanentemente entornados, como si la actividad humana a su alrededor le resultara tan soporífera que estuviera al borde del adormecimiento.

—Ese ha sido un comentario muy desacertado, milord —le reprendió Primrose.

—Estoy de acuerdo, señorita Insley —cabeceó en su dirección—, pero me considero un hombre complaciente. Si la señorita Simms pide a gritos un trato acorde al que ella dispensa, es mi deber de caballero proporcionárselo.

—No sé yo si su gusto por insultarme tiene tanto que ver con su deber de caballero como con un placer perverso —replicó Clarissa, sosteniéndole la mirada en la distancia.

—Le aseguro que nada que pueda relacionarse con usted me resulta grato en lo más remoto. Si busco satisfacción, me deleito con otras cosas.

—¿Y por qué no va en su busca, en lugar de pegar la oreja como un vil chismoso?

—Porque la señorita Wargrave ha olvidado su parasol en el salón, y he venido a rescatarlo para que el paseo le sea más agradable.

Dicho aquello, Nile se adentró en la estancia con toda naturalidad, como si allí hubiera celebrado sus cumpleaños y fiestas navideñas. Quiso la mala suerte que el parasol de Rebecca hubiera estado reposando contra la pared que cubría las espaldas de Clarissa.

En lugar de caminar directo hacia el artefacto, ignorando a las presentes, Nile se detuvo delante de la muchacha y se inclinó sobre ella, alargando el brazo derecho, para tomar el parasol por el mango. En ese segundo que lo tuvo a una distancia lo contrario a prudente, Clarissa olvidó la amenaza que era Bellingrath y que pronto se cerniría sobre ella. Una cálida brisa de ámbar y sándalo, el olor que despedía la piel curtida del hombre al que todo le resbalaba, la aturdió un instante. Por esto tardó en darle la réplica ideal:

—Qué galante es usted, milord —se burló en voz alta.

Una sonrisa perversa despuntó en los labios de Nile. Le contestó en tono íntimo un mensaje críptico para el resto de las presentes, mas no así para Clarissa, que dejó de respirar en el acto.

—Me alegra que no se le haya olvidado.

Se dio media vuelta y desapareció antes de que Clarissa encontrara una respuesta digna en su historial de ataques maestros, aquel que inauguró el preciso día en que comenzó su enemistad con Nile. Desde entonces, se había entretenido tejiendo conversaciones imaginarias con el conde de Haverford, en las que él, aventajado orador político, intentaba dejarla a la altura del betún y era debidamente puesto en su lugar con un ingenioso desplante.

Clarissa lamentaba tener que idearlos con antelación, sobre todo porque muchas veces se quedaba boqueando, roja de rabia, y no lograba recordar una sola palabra. Pero más de una vez se había alzado con la victoria, y eran esas conquistas de terreno ajeno, esas escaramuzas verbales, las que daban sentido a su vida.

Fue consciente de lo patético y desesperanzador que era aquello cuando volvió a quedarse a solas con sus amigas. No obstante, Clarissa podía lidiar con la desesperanza y el patetismo; no así con la sensación que le subió por el estómago y le supo a bilis al reconocer bajo el quicio de la puerta a lord Bellingrath.

Después de todo, sí había tenido tiempo para visitarla.

Clarissa estuvo a punto de dar un paso atrás, pero no permitió que su cuerpo la dominara hasta ese punto. Como sucedía con las tragedias que tenían lugar ante la mirada atónita de uno, Clarissa no pudo apartar la vista de la sonrisa lasciva que curvó sus labios mientras se ajustaba la chaqueta y la saludaba con aquel apodo que preludiaba su peor pesadilla.

—Mi querida rubita... ¿Qué es esa cara? ¿Acaso pensabas que no vendría?

«Albergaba la esperanza», pensó, inmóvil en el sitio.

Primrose y Wit abandonaron la estancia para dejarlos a solas. A fin de cuentas, era uno de los saloncitos destinados al desarrollo de las visitas.

Bellingrath aún no había mancillado aquel con sus fervorosas demostraciones de afecto. Ese domingo sumaría, pues, un nuevo rincón de la escuela a la lista de lugares en los que no podría volver a tomar el té; ni siquiera pasar por delante sin ser avasallada con el recuerdo atroz.

Pero ese no era el sacrificio que más tristeza le provocaba, meditó mientras observaba que Bellingrath, gracias a haber perseverado una y otra vez en la petición de disfrutar de visitas privadas con su prometida, cerraba la puerta tras él y se quitaba la chaqueta. La dejó en el respaldo del diván sin apartar su mirada codiciosa de Clarissa, que se resistió a moverse mientras él decidiera alargar el momento de la verdad.

—Ven aquí —le ordenó una vez estuvo sentado en el diván, palmeándose el muslo.

Clarissa cerró los ojos un instante. Cuando volvió a abrirlos, su alma había abandonado su cuerpo, pero aún le dio tiempo a concluir un pensamiento.

No, lo peor no era que Bellingrath hubiera profanado todos los lugares físicos y mentales que para ella eran sagrados. Lo peor era que se había asegurado de que jamás volvieran a ser un refugio; de que Clarissa no encontrara la paz ni dentro ni fuera de sí misma.

Capítulo 3

—¿Qué te gustaría que tocara? Te dedicaré la pieza solo a ti.

Nile se obligó a apartar sus turbios pensamientos y se concentró en el rostro iluminado de Rebecca. Se sintió culpable por no haber estado prestándole la debida atención, pero se consoló con un hecho innegable: era imposible almacenar toda la información que salía de sus labios.

Desde que se reunían en el salón de visitas hasta que la despedía con un casto beso en el dorso de la mano, Rebecca no dejaba de hablar. Ni siquiera para dar un sorbo a la limonada que la cocinera de la escuela preparaba para los familiares. Más de una vez, Nile había observado el cambio de materia con interés científico: cómo la bebida se iba calentando y el hielo derretido le empapaba los delicados guantes.

Ella ni siquiera se percataba del detalle. Estaba tan inmersa en sus soliloquios, a los que a menudo les daba importancia excesiva, que a veces Nile se preguntaba si tenía la menor idea de con quién estaba hablando, o si acaso le importaba.

Pero en momentos como aquel, en los que alzaba la barbilla en su dirección y lo miraba como al héroe de su novela romántica preferida, no le cabía la menor duda de que sí, lo sabía y le importaba. De hecho, su mirada brillante delataba lo halagada que se sentía porque fuera él quien la estuviera escuchando.

—El Concierto para piano en do mayor —contestó al azar.

—¿De Salieri? —Rebecca arrugó el ceño y enseguida sacudió la cabeza, dándolo por perdido con la dulce exasperación de las mujeres enamoradas—. Nunca entenderé por qué prefieres a Salieri antes que a Mozart.

Nile aprovechó que descansaba la espalda contra una de las columnas del salón de música para cruzar los tobillos en una pose desenfadada. Disimulando su hastío natural, del que Rebecca carecía de culpa, se decantó por una de las respuestas comodín que había oído pronunciar a sus conocidos, estos ya casados, para complacer a sus esposas.

—Si prefieres tocar a Mozart, adelante. Lo disfrutaré de igual modo siempre y cuando seas tú quien interprete la pieza.

—No, no lo harás —repuso ella de pronto—. Si ya me extraña que me estés escuchando ahora mismo, no te imaginas lo que me sorprendería que le pusieras atención a mi recital. Estás melancólico desde que te pedí que fueras por mi parasol. ¿Ocurrió algo en el salón de visitas? ¿La estúpida de Verity Burton y sus dos patéticas amigas seguían allí?

No tan mortificado como divertido con su inofensiva malicia, Nile echó una rápida ojeada alrededor para confirmar que nadie la había escuchado.

Como cada domingo, la escuela había programado una velada conjunta para que las jóvenes se hicieran una idea de cómo serían las fiestas a las que asistirían en Londres, pudieran poner en práctica su aprendizaje ante los familiares, ya fuera en cuanto a modales o habilidades, y de paso practicaran la manera más apropiada de relacionarse antes de ser introducidas en los círculos aristocráticos. La misma directora había confesado entre risas que hacían trampas. En teoría, una muchacha no tenía derecho a disfrutar de una vida social plena sin antes haber presentado sus respetos a la reina. A su parecer, el fin, que no era otro que ayudarlas a desenvolverse entre la concurrencia, justificaba los medios. Y no sería la primera vez que un caballero conocía a su futura esposa visitando a su hermana o a su hija.

Es más; así se había dado el compromiso entre lord Bellingrath y Clarissa Simms.

Por lo que Rebecca le había contado en confidencia, siempre con la intención de denigrar, el conde estaba paseando con su hija por los jardines cuando se topó con Clarissa, el vivo retrato del canon de belleza actual. Como no pudo ser de otra manera, sobre todo dado su historial de esposas —todas ellas rubias de ojos como el diamante—, sufrió un flechazo instantáneo.

Si Nile no recordaba mal, llevaban dos meses de cortejo y uno de compromiso oficial, pero aún no se habían publicado las amonestaciones que darían a conocer la fecha de la boda. Rebecca lo mencionaba muy a menudo con lo que ella interpretaba ingenuamente como sutileza, dando a entender en que Nile llevaba bastante más tiempo visitándola y aún no había formalizado la relación... si bien todo el mundo daba por hecho que ya estaban comprometidos.

La joven no era muy diferente de las debutantes en aquel aspecto. Estaba tan desesperada por convertirse en la condesa de Haverford que no le importaba caer en la indignidad con tal de echarle el lazo al cuello.

Aunque lo justo sería decir que no todas las mujeres que Nile había conocido anhelaron su mano en matrimonio, como Clarissa no había dudado en recordar con sus amistades. La primera dama a la que se acercó con el fin de convertirla en su esposa no quiso seguir adelante con el compromiso: antes de que él hiciese su propuesta formal, cayó en las garras del amor con un viejo amigo de la infancia. El rechazo de lady Pearl no fue humillante o desgarrador en lo más remoto, pero, por alguna razón, había quien un año después todavía pensaba que Nile se dolía en su nombre. La realidad no podía ser más distinta. Que la joven tuviera el coraje de confesarle su cambio de parecer la honró, y justamente porque Nile valoraba la honestidad, habían podido mantener en el presente una cómoda amistad.

—¿La señorita Burton y sus amigas, dices? No las he visto —mintió, paseando la mirada por el salón de música.

Las alumnas se iban turnando a petición de la directora para ocupar la banqueta frente al piano o bien tomar el arco para percutir el violín. La última había tocado el Concierto para flauta travesera en sol mayor de Mozart, y había un par de jóvenes arriesgadas que se habían atrevido a estrenar el fagot, un instrumento bastante novedoso con un sonido muy crudo a madera.

—Yo tampoco he sabido nada de ellas después del paseo —comentó Rebecca, desplegando el abanico con un grácil movimiento de muñeca—. Clarissa desaparece cuando su prometido viene de visita, ¿sabes? Siempre he pensado que comparten más intimidades de las que el decoro permite. Tan calladita que parece, tan mosquita muerta, y lo más probable es que ceda a las peticiones del conde... ¡O incluso sea ella quien propicia los acercamientos! Solo eso explicaría la obsesión que milord parece tener con la muchacha. Incluso su hija, lady Theresa, menciona que le resulta del todo desagradable oír a su padre deshacerse en halagos sobre Clarissa. Es bonita, no lo voy a negar —aceptó a regañadientes—, pero una joven aburrida y falta de vitalidad no debería enamorar hasta el delirio a uno de los nobles más renombrados y ricos de Inglaterra, ¿no te parece? Es sospechoso cuanto menos.

Nile había dejado de atender a la conversación en el momento en el que Rebecca había mencionado las intimidades de Clarissa.

—¿Qué sabrás tú sobre los acercamientos entre un hombre y su prometida? —preguntó él, no con condescendencia, sino con curiosidad—. ¿Qué os enseñan en esta escuela, si puede saberse?

—Tengo un hermano mayor —resolvió, encogiendo un hombro como si la historia no fuera con ella—. Har solía traer a sus amistades a casa cuando yo estaba presente, y resulta que, cuando un puñado de muchachos universitarios beben la suficiente cantidad de coñac, se dedican a competir para ver quién es el más descriptivo en lo que a las habilidades de su amante respecta.

Nile podía dar fe de ello. Había estado presente en unas cuantas de las exclusivas reuniones que el intelectual de Harding organizaba. Antes de descorchar la primera botella, los invitados debatían con fervor sobre un tema de actualidad, generalmente vinculado a las preocupaciones del Parlamento o las últimas publicaciones de la Royal Society. Al cabo de unas cuantas copas, el noble carácter de la materia inicial se iba desvirtuando hasta que ninguno de los presentes podía mantener el equilibrio, no se dijera ya la compostura.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie —apostilló Rebecca, lanzándole una mirada de reojo.

Nile supo a qué se refería y contuvo una carcajada.

—Todavía me sorprende que tu hermano me diera su beneplácito para cortejarte —confesó con un amago de sonrisa afectuosa—. Me ha conocido en mis peores momentos.

—Lo que debería sorprenderte es que yo aceptara tus visitas, querido —replicó ella, pestañeando, coqueta. Agitó el abanico que llevaba en la mano—. Yo también te conocí en unas circunstancias... insólitas.

Nile siempre se había preguntado con vaguedad si ella recordaría la noche que se reencontraron tras su regreso de la universidad. Fue en el oscuro pasillo de la propiedad de los Wargrave, y él iba bastante perjudicado para lo poco que acostumbraba a beber. Sabía que el alcohol soltaba la lengua, y lo último que le interesaba era acabar confesando ante un puñado de compañeros las que entonces eran sus desdichas, pues no tenía otro relato que ofrecer que el de la ruptura con lady Pearl.

Ese día, como si el destino hubiera sabido que iba a tropezarse con su futura esposa, perdió el control.

En todos los sentidos, porque se atrevió a robarle un beso.

—Celebro que las circunstancias fueran las que fueron. Mejor que te llevaras una pésima impresión de mí. Así solo podría sorprenderte positivamente durante el cortejo.

—Es una curiosa manera de plantear la seducción —cabeceó Rebecca, sonriendo divertida.

La palabra escogida le recordó lo que la joven acababa de mencionar hacía unos minutos.

«Siempre he pensado que comparten más intimidades de las que el decoro permite. Tan calladita que parece, tan mosquita muerta, y lo más probable es que ceda a las peticiones del conde... ¡O incluso sea ella quien propicia los acercamientos!».

—Supongo que cada uno tiene sus métodos —meditó con aire distraído—. Incluso la señorita Simms.

—¡Ni que lo digas! —bufó Rebecca—. De algo podrían aprender sus dos amigas, ¿no te parece? No es como si no les hiciera falta perfeccionar su método de conquista. Míralas, ahí están las dos, hablando en una esquina mientras la fiesta se desarrolla al otro lado de sus confesiones. —Las señaló con un sutil movimiento de cabeza—. Primrose actúa como si no le importara que nadie viniera a visitarla, ni su familia ni mucho menos un pretendiente, pero no nació ayer. De hecho, es bastante inteligente. Tiene que saber que Verity no invita a estas veladas a ninguna de las tristes criaturas que se mueren por sus huesos para no hacerla sentir menos, y que se para a hablar con ella en lugar de conocer a los solteros del salón por mera compasión. Por más sorprendente que parezca, Clarissa Simms pasará por el altar antes de su primera temporada, y por más insoportable y arrogante que sea, la hija de los Burton se casará bien. Solo la pobre jirafa se quedará sola.

Nile se fijó en que lo había sentenciado con impotencia, lo que no casaba con los términos en los que se refería a sus archienemigas. Ni con lo que entendía por su personalidad. Rebecca no era dada a la compasión.

Solo había una razón por la que aún no le había propuesto formalizar el compromiso: porque

si bien se jactaba de conocerla, sentía que no la había descifrado del todo. Nunca terminaba de averiguar si el desdén de la joven hacia las tres amigas había surgido de la envidia o del hecho de que ni Verity, ni Primrose, ni Clarissa eran convencionales y, aun así, al menos dos de ellas tenían éxito, lo que indirectamente ponía en peligro la superioridad de los valores tradicionales que Rebecca encarnaba. Pero había momentos en los que Nile se preguntaba si sentía ese desdén siquiera, si, quizá, y muy en el fondo, no las admiraba. Al igual que su hermano Harding, a quien Nile tenía en estima a pesar de su exacerbada arrogancia, Rebecca demostraba su afecto de una manera bastante peculiar.

Como si la hubieran invocado con la conversación, Clarissa Simms fue anunciada de forma modesta, tal y como correspondía para no interrumpir una velada que había dado comienzo cuarenta y cinco minutos atrás. Su prometido no la escoltaba. Lucía la postura apocada que era habitual en ella.

Siempre había albergado la sospecha de que fingía su timidez para complacer al público masculino. No era un secreto que la mayoría de los hombres preferían a las mujeres silenciosas y obedientes. Ahora, y después de que Rebecca hubiera sembrado la duda, Nile podía asegurarlo: era una débil damisela en público, y una bestia desatada en privado. Se había cambiado el vestido de mañana por uno más recatado, seguramente para aparentar respetabilidad después de que Bellingrath se lo hubiera arrugado estrechándola entre sus brazos. Aparte, llevaba un pañuelo de seda anudado al cuello, con toda probabilidad para disimular la marca de un beso fervoroso.

Nile sabía lo que se decía. Nunca se había cortado a la hora de expresar sus pasiones, y conocía los métodos de sus amantes para ocultar los efectos de las mismas.

La directora se acercó a Clarissa y la condujo hacia la banqueta con amabilidad. Nile la observó con los puños crispados, recordando las galantes palabras que la futura lady Bellingrath le había dedicado en el salón de visitas.

No era la primera vez que tenía un encontronazo con la señorita Simms. Desde que se reencontraron en la escuela, él como prometido de Rebecca y ella como alumna ejemplar con un brillante futuro por delante, se pusieron de acuerdo de forma tácita para profesarse un desprecio inevitable desde el comienzo. Empezaron intercambiando miradas retadoras en los pasillos, luego pasaron a mantener breves conversaciones en apariencia banales, pero repletas de segundos sentidos y desdenes camuflados, y en el momento presente ya no se cortaban ni siquiera en presencia de terceros.

Él, que se habría reprimido en deferencia a Rebecca, no lo hizo al principio porque la joven se mostraba encantada con que sus rivales fueran asimismo las de su pretendiente. Ya no estaba tan seguro de que la divirtiera, sin embargo. Cada vez que la conversación lo permitía —y si no, la guiaba hacia donde le placía—, Rebecca sacaba a colación su curiosa enemistad con Clarissa e intentaba ahondar en el origen del misterio.

Como justo en ese momento, cuando la susodicha terminó de acomodarse en la banqueta y comenzó a tocar el Concierto para piano en Do mayor.

—A ella también le gusta Salieri —comentó Rebecca, sin ocultar su desdén. Se abanicó más despacio—. Es curioso que tengáis algunos intereses en común.

—Salieri es lo bastante conocido como para que no resulte ni curioso ni sospechoso —repuso con voz neutra—. Distinto es que la mayoría prefiera a Mozart porque fue el genio del siglo.

Rebecca prolongó una pausa sin dejar de darse aire.

—¿Por qué crees que existen personas a quienes no les gusta lo mejor, sino lo segundo mejor? —inquirió ella un rato después, concentrada en la melodía que manaba de los dedos de Clarissa.

Él también se había perdido en su contemplación hasta que la reflexión de Rebecca le formó un nudo de culpabilidad en la garganta—. No es como si Mozart pudiera esforzarse para ganarse el corazón del que prefiere a Salieri. Ya hizo cuanto estuvo en su mano convirtiéndose en el músico más destacado de la historia. Si aun así no lo prefieren, poco se puede hacer al respecto. —Se quedó en silencio un rato con gesto pensativo—. Supongo que hay sentimientos que nacen y crecen al margen de lo racional, y que no se puede luchar contra ellos. Es lo que tiene que el arte y el amor sean subjetivos.

Ahora incómodo por lo que parecía una sospecha velada, Nile buscó en el gesto inexpresivo de Rebecca una prueba que confirmara el segundo sentido de su explicación. Parecía simple y llanamente sumida en sus pensamientos, y no daba la impresión de que ni uno solo de ellos fuera a llegar a una conclusión determinante.

Al caer en la cuenta de que se había adentrado en los terrenos pantanosos de la reflexión filosófica, Rebecca cuadró los hombros y exclamó con una sonrisa pueril:

—¡Qué tonterías se me ocurren! No sé de dónde ha salido tal cosa.

Nile lamentó que, de nuevo, hubiera dado un paso atrás para ocultar su inteligencia.

Pocos sabían que Rebecca era una muchacha avispada hasta lo extraordinario, y en parte era culpa de ella misma. Estaba tan convencida de que debía representar el papel de la dama perfecta ante todo el que quisiera mirarla que disimulaba los aspectos de su carácter que podrían convertirla en una novia extravagante, y estos no eran otros que el temperamento, la astucia y la habilidad para razonar. Estaba desesperada por que el género masculino la adorara y por que todas las mujeres del mundo la admirasen, quizá porque había asumido que esa era su obligación, pero no era ni por asomo la muñequita descerebrada a la que solo le interesaba burlarse de sus competidoras y comprar unos encajes en Bond Street. Más de una vez lo había sorprendido con la clase de conclusiones a las que uno solo llegaría tras mil y una noches de introspección.

Nile se preguntaba a veces si Rebecca estaba al corriente de la retorcida debilidad que sentía por Clarissa Simms y elegía ignorarlo por el bien de su futuro; si no se había convencido de que se equivocaba al sospechar de ellos, como se convencía de que pensar era un delito, o si no se había dado cuenta.

En cualquiera de los casos, Nile era consciente de que algún día tendría que responder ante ella. Si se veía en la tesitura de elegir entre un matrimonio feliz en su ignorancia y una relación cordial pero sincera, elegiría la segunda sin pensarlo dos veces.

—Oh, Dios mío —musitó Rebecca de pronto. Nile se enderezó y buscó con la mirada el punto que había avivado el rubor de su prometida. En voz baja, ella añadió—: Lo sabía. ¿Ves como no estaba exagerando, ni estaba siendo tan cruel como a veces me crees?

Nile observó con la garganta atorada lo que había levantado las murmuraciones del salón. Una concentrada Clarissa tocaba la pieza, ajena a que el pañuelo se había deslizado por su cuello lo suficiente para revelar la marca candente de unos labios apasionados. Se confirmaba así una sospecha que hasta el propio Nile, decidido a pensar lo peor de ella, se había planteado desestimar por descabellada.

—¿Es la primera vez que sucede esto? —se oyó preguntar con voz queda—. Que resulta tan notable que la señorita Simms y su prometido intiman durante las visitas, quiero decir.

—No le presto tanta atención. Lo que sí te puedo decir —prosiguió en tono confidencial, inclinándose hacia él— es que siempre sale del salón en el que se cita con Bellingrath con el vestido descolocado, y tan despeinada que me extraña que las maestras no le llamen la atención. ¿Te imaginas gastarte una indecente cantidad de dinero en que le enseñen modales a tu hija y que

esta vaya por los pasillos como una vulgar meretriz? ¡A mí se me caería la cara de vergüenza! —Y, de nuevo, contradiciendo el desdén con el que acababa de referirse a Clarissa, Rebecca llevó a cabo un gesto de generosidad. Carraspeó, llamando la atención del público, y exclamó—: ¿Cuándo piensa terminar la pieza? ¡Llevo horas esperando para tocar! ¡Parece que la señorita Simms se haya propuesto robarnos el protagonismo acaparando el piano!

—Por sorprendente que parezca, estoy de acuerdo con la honorable señorita Wargrave —se apresuró a decir Verity, avanzando hacia la pasmada Clarissa. Se situó detrás de ella con las manos sobre sus hombros, esperando el momento adecuado para cubrirle el cuello—. Adelante, Rebecca, deléitanos con tu talento.

A Nile le costó poner el cuerpo en funcionamiento después de la intervención.

Debería haber permanecido donde estaba, ajeno a lo ocurrido. Era un hombre de veinticuatro años con suficiente experiencia amatoria para no soltar risitas nerviosas ni apuntar con el dedo a una muchacha que había disfrutado de un encuentro amoroso. E incluso si le incomodaba el libertinaje de las mujeres que en público se comportaban como la viva representación de la moral cristiana, le convenía concentrarse en Rebecca y en el recital con el que estaba a punto de sorprender a su público. De sorprenderle a él.

Sin embargo, todo lo relacionado con la señorita Simms era superior a sus fuerzas, y en el preciso momento en que esta fue informada del alboroto y salió del salón, pálida por el espanto, Nile sintió que no le quedaba otro remedio que seguirla.

Capítulo 4

Nile la encontró caminando de un lado a otro junto a una de las fuentes del jardín principal. Había escogido un lugar estratégico para que no pudieran vigilarla desde las ventanas del salón. Quizá ni siquiera si un mirón al que le gustara ver llorar a las mujeres se infiltrara en una de las habitaciones del primer piso.

Al principio, tuvo cuidado de no revelar su posición. Permaneció bajo la sombra del antiguo sauce que reducía la visibilidad desde los dormitorios. Observó que, en un arrebato, Clarissa se arrancaba el pañuelo de un tirón y lo arrojaba con rabia al agua cristalina. Con los mismos nervios a flor de piel, se secó las lágrimas a manotazos y se pasó los dedos por el pelo.

Temblaba de la cabeza a los pies, abochornada porque hubieran descubierto qué clase de mujer era en realidad.

Fue entonces cuando Nile entrelazó las manos a la espalda y se acercó a ella por el sendero de tierra, iluminado por el sol brillante que había decidido bendecirlos con un día de verano mediterráneo.

—Llega tarde, se marcha antes de tiempo... —recitó él en tono monótono—. Por su culpa, la impecable reputación de la escuela va a sufrir un revés, señorita Simms. No veo que sus modales reflejen las tres clases de protocolo semanales.

Clarissa giró en redondo al escucharlo. Con los ojos como platos, se apresuró a cubrirse la zona de la garganta que había causado el revuelo.

Nile le dirigió una sonrisa entre pesarosa y condescendiente y negó con la cabeza muy despacio.

—No hace falta que se tape. Ya he visto todo lo que había que ver.

—¿Y viene a regocijarse? —le espetó con voz temblorosa.

—¿Habría preferido que comentara el suceso en el mismo salón, cuando usted no estuviera presente? Me consta que insultar a quien no puede defenderse es su estilo, pero a mí me han educado para decir a la cara lo que pienso.

—Y a mí me han educado para estar callada el mayor tiempo posible, así que no sé por qué le sorprende que aproveche que nadie me está mirando, a excepción de mis amigas, para expresar lo que siento —se defendió, enrabietada.

—Por supuesto que no me sorprende, señorita Simms. Ya me ha quedado claro que eso es lo que hace cuando se cita a solas con su prometido: aprovechar que nadie mira para expresar lo que siente... por él —agregó con malicia. Entornó los párpados sin mover un ápice la trayectoria de su mirada, clavada con resentimiento en las rojeces del cuello femenino—. ¿No se ha planteado pedirle que sea algo menos apasionado? Que no haya público mirando en el momento no quiere decir que no vayamos a verlo después si no se cubre.

—Así que ha venido a hacerme una amable sugerencia —masculló entre dientes.

—Ya me conoce usted. —Curvó los labios en una sonrisa hostil y se inclinó, emulando una reverencia burlona—. Soy todo un caballero.

La fuerza de la indignación hacía vibrar a Clarissa como una cuerda percutida.

—Tan caballero que ha abandonado el salón para hacer leña del árbol caído en lugar de quedarse a escuchar el recital de la mujer a la que pretende —señaló con buen tino y mala baba —. Me pregunto qué opinará ella al respecto.

Ahí estaba esa mordacidad que tan bien se le daba ocultar de los demás. A ratos, Nile pensaba

que solo la sacaba a relucir con él. Si se preguntara cómo le hacía sentir este dudoso privilegio, tendría que aceptar que le producía un morboso regocijo.

—Seguro que perdonará mi ausencia. Sobre todo en vista de los acontecimientos. —Señaló su cuello inflamado con un desdeñoso gesto de barbilla—. Las damas de la sala se sentirán aliviadas de no haber sido prometidas a un hombre al que no le importa dejar una marca visible en sus cuerpos. Incluida Rebecca.

—¿Está seguro de que la señorita Wargrave celebra que su prometido no la toque? —contraatacó con una ceja enarcada—. Me quiere sonar que el otro día estaba lamentando que su querido Nile no la haya besado desde que comenzó el cortejo. Un cortejo que ni siquiera se ha dignado a formalizar aún.

Él se enderezó, no tan furioso porque lo hubiera dejado sin palabras como afectado al conocer los sentimientos de Rebecca.

Como la joven se manifestaba en contra del libertinaje ajeno, Nile no se había arriesgado a ofenderla con un acercamiento íntimo. O eso se decía, cuando la realidad era que no se lo había planteado porque nunca había sentido la necesidad.

—No tengo por costumbre abordar a las hermanas de mis mejores amigos como si fueran vulgares meretrices —replicó, aun así.

—Por supuesto que no —escupió con fiereza. En sus ojos llameaba el fuego de la antigua afrenta que flotaba entre los dos—. Usted solo aborda a las muchachas indefensas.

—No veo indefensión alguna en una mujer que se presta a las caricias clandestinas, llegando a hacer ostentación de su indecencia con una explicitud bochornosa.

Clarissa enrojeció hasta la raíz del pelo cuando él volvió a señalar el recuerdo de la pasión de Bellingrath, pero se negó a agachar la cabeza.

Con los puños crispados, avanzó un paso.

—¿Quién ve ahora la paja en el ojo ajeno, pero no la viga en el propio? Va usted a hablar de indecencias y hacer distinciones entre mujeres respetables y vulgares meretrices, como si nunca hubiera humillado a la señorita Wargrave con las cuestiones de la cama. Le recuerdo que romper su fantasía de cortejo inocente me tomaría un minuto; los que tardara en regresar al salón y decirle a Rebecca a qué se dedica su prometido cuando asiste a fiestas privadas en Londres.

Nile esbozó una sonrisa envenenada.

—Hasta que por fin se atreve a amenazarme con propiedad —celebró con una languidez escalofriante—. ¿Cree que alguna vez reunirá el valor para acercarse a ella y cumplir sus repetitivas advertencias? Porque empiezo a pensar que estaremos discutiendo en torno a lo mismo para siempre.

Los ojos de Clarissa se convirtieron en una fina línea gris.

—Si aún no lo he hecho, no ha sido en deferencia a usted, créame. Ni siquiera para cuidar mi reputación, que ya ve que me importa un bledo.

—Oh, entonces solo trataba de resguardar los sentimientos de la dama —ironizó él.

—No lo he hecho porque estoy convencida de que no me creería —le cortó con frialdad—, y la señorita Wargrave no merece sufrir porque usted ni pueda ni sepa contener sus impulsos.

Nile avanzó un paso más, atraído por el brillo feroz de sus ojos claros.

Él era de la escuela de que las miradas cristalinas derrochaban hermosura cuando se plasmaban en el lienzo, pero en las distancias cortas carecían de la viveza y la profundidad de los ojos oscuros. Clarissa rompía sus esquemas también en ese aspecto, porque era el ejemplo de criatura generalmente silenciosa que se expresaba mejor con la mirada cristalina. Le hacía saber desde la otra punta del salón cuánto lo odiaba, si estaba cómoda o se sentía violenta en presencia

de alguien o si se había levantado con el pie izquierdo.

Pero si la verdad de sus ojos fuera la única piedra en el camino hacia el odio insalvable, Nile no tendría inconveniente en esquivarla. El problema era el delicioso conjunto de curvas delicadas y rasgos dulces, la presentación de sus labios en forma de corazón y la intuición que le decía que la longitud de su melena se extendía más allá de las caderas; que se enredaría en su memoria como el tentáculo de una sirena si lograra llevarla a la cama. El problema era el aire etéreo de sus movimientos; la fragilidad que transmitía y que avivaba crueles deseos de dominación en él a la misma vez que el irrefrenable impulso de protegerla en un abrazo. Clarissa contrarrestaba su propia fragilidad armándose con una fuerza explosiva que parecía imposible retener entre unas costillas de cristal. El problema era que Nile ya sabía que era suave como la piel de cabritillo y que entre sus brazos temblaba igual que una virgen asustadiza. El problema, en definitiva, era toda ella, y que por más que la despreciara, la deseaba fervientemente y no podía ni aspirar a acariciarle la mejilla... lo que solo echaba leña al fuego.

—Tiene usted mis impulsos tan presentes que parece que sueñe con ellos —comentó con aparente desenfado—. ¿Por qué será que siente esa imperiosa necesidad de sacarlos a colación? Sobre todo me surge la duda ahora que acaba de admitir que sus amenazas son baldías; que no me lo repite porque quiera ponerme en mi lugar. Entonces, ¿cuál es la razón?

Clarissa fue consciente del cambio de registro en su réplica, más provocativa que provocadora, y rechinó los dientes, turulata.

—Recordarle que no es tan perfecto como se cree —vaciló, pero sin perder la pose defensiva.

—Seguro que no, no soy tan perfecto como me creo —le concedió él—, pero parece que sí soy tan perfecto como a usted se lo parezco.

Al ver que ella contenía el aliento, la respiración de Nile se suspendió asimismo, en secreto entusiasmado al comprobar que no le era indiferente. Se perdonó aduciendo que un hombre podía flirtear con otra mujer sin desairar a su futura prometida siempre y cuando lo hiciera de forma malintencionada.

Clarissa soltó una risita estrangulada y miró a un lado en busca de un tercero invisible con el que compartir su desdén.

—No sé qué se ha creído, Haverford, pero lo único para lo usted me parece perfecto es para hacerle compañía al diablo en el infierno —escupió en cuanto se recuperó, furibunda.

—Eso no es lo que sugiere su fijación. Me cuesta creer que no tenga otro tema de conversación con sus amigas distinto a un servidor. Supongo que berrea sobre mí a la mínima de cambio porque ninguna otra persona aviva en usted semejante pasión... —Nile alargó el brazo y acarició la marca rojiza con las yemas de los dedos. Ella se estremeció al sentirlo contra su cuello, y él tuvo que apretar el puño para no hacerlo también—. O tal vez no. Tal vez no fui especial y está abierta a recibir las caricias de cuanto hombre se le cruza por delante. Dígamelo usted, señorita Simms. ¿Es una mujer fácil, o solo Bellingrath y yo compartimos la llave de su corazón? —se burló.

Ella lo apartó con un débil manotazo, evitando mirarlo a la cara. El rubor en sus mejillas transmitía un mensaje, pero Nile no lograba descifrar cuál. ¿Estaba furiosa? ¿Avergonzada? ¿En modo alguno complacida? Le desesperaba desentrañar lo que quiera que hubiese en su cabeza, y aunque sospechaba que obsesionarse con conocer hasta el último pensamiento de una persona le haría perder la cordura, en ese momento parecía cuestión de vida o muerte.

—Podría preguntarle lo mismo —replicó ella con los puños crispados—. ¿Soy la única joven a la que acorralaría en un jardín desierto para deleite de sus retorcidos intereses, que no son otros que torturar a las mujeres? ¿Hace esto con la señorita Wargrave también? ¿Lo hace con las

solteras a las que me consta que le gusta besar en salones privados?

—Me parece un tanto arriesgado dar por hecho que «me gustó» besar a ciertas solteras en salones privados. Que lo hiciera no quiere decir que lo disfrutara.

—Si no lo hubiera disfrutado, me rehuiría —le espetó ella, mirándolo a los ojos por fin. Nile se reconoció en el espejo de sus pupilas y le embargó una extraña satisfacción—. Que no lo haga es una señal clara de que...

—¿De que...? —la animó a seguir al ver que enmudecía de pronto. Nile avanzó el último paso que le quedaba por salvar para pegar su cuerpo al de ella y rodearla por la cintura con firmeza—. ¿De que mi objetivo es besarla otra vez? ¿Hacer algo peor, quizá?

Clarissa palideció ostensiblemente, pero no solo no agachó la cabeza, sino que le sostuvo la mirada con una emoción corrosiva, tremebunda, que él no comprendió. La joven apoyó el canto de las manos sobre sus brazos, como si no quisiera tocarlo del todo.

—Apártese ahora mismo —le ordenó con voz débil.

—Antes déjeme aclararle algo, señorita Simms —le dijo en voz baja, inclinado sobre su oído —. Estoy empezando a cansarme de que me amenace con contarle una historia descorazonadora a mi futura prometida, así que permita que aclare la situación: no me da ningún miedo que se explaye al proporcionarle detalles sórdidos a Rebecca.

—Eso... eso... eso lo dudo bastante. La señorita Wargrave no es una mujer que tolere los desaires, ni mucho menos la traición —tartamudeó, clavándole ahora las uñas en los brazos—. Y creo haberle dicho que se retire.

—¿Traición, dice? —Nile se rio con desdén—. Los hombres no nos casamos para ser fieles a nuestras esposas, señorita Simms, y Rebecca sabe muy bien que no la espera un matrimonio con romanticismo.

Aquel comentario pareció despertarla del entumecimiento.

Clarissa volvió a alzar la barbilla, confusa, y tragó saliva.

—¿Y por qué se casa con ella, entonces?

—Porque es conveniente y porque necesito un heredero —reconoció con simpleza, aunque podría haber añadido que Rebecca era la única dama por la que sentía afecto genuino—. Y con esto pretendo decirle que usted no es ninguna amenaza para mi futuro matrimonio. —Afianzó la palma que descansaba sobre su estrecha cintura—. En todo caso, podría ser un interesante aditivo.

La sangre huyó del rostro de Clarissa.

—¿Di... disculpe?

—No tengo ningún problema en admitir que por más despreciable que usted me parezca, también es lo bastante atractiva para hacerme pasar largas noches en vela. Lo único que me detuvo la tarde que la conocí, fue saber que era usted una mujer respetable. Ahora que ha quedado demostrado que no lo es ni por asomo, y que de hecho le gusta que la traten como a un animal, puede que tome lo que deseo... que sé que no dista demasiado de lo que usted va pidiendo.

Y no mentía al hacer su proposición. Llevaba meses tomando forma en su mente.

Quizá a Rebecca no le complaciera saber que se había ido a la cama con una de sus archienemigas, pero confiaba en que ambos podrían llevarlo en la clandestinidad, como la inmensa mayoría de las relaciones extramaritales entre la aristocracia.

Todo el mundo sabía que las bodas civilizadas no contemplaban menos de tres partes: los dos cónyuges y el elemento de la pasión desatada.

—Que pretenda acostarse con una mujer a la que odia da a entender la clase de persona que es

—logró articular ella con dificultad, aferrándose a la ira para parecer indolente—. Y que sepa que incluso si anduviera en busca de amante, usted sería el último hombre sobre la faz de la Tierra al que elegiría. Ahora, suélteme de una vez o le juro que le abofetearé —siseó, hundiendo los dedos con saña en su antebrazo.

Le pareció que el destello de sus ojos lanzaba un pedido de auxilio; una petición o un ruego para que dejara de tensar la cuerda. Era extraordinariamente comunicativa a su manera, y por eso Nile nunca podría alegar no haber entendido sus mensajes no verbales; estaría delatando que elegía ignorar lo evidente de forma voluntaria.

Dio un paso atrás para que pudiera escabullirse. Clarissa lo esquivó con el cuerpo en tensión y se encaminó hacia la puerta trasera de la escuela, acceso que Nile conocía gracias a Rebecca. En ningún momento apartó la mano del lateral del cuello, el mismo punto en el que Nile clavó la mirada hasta que desapareció.

Tan solo imaginarla debajo de otro hombre le hacía hervir de rabia, esa era la verdad.

Una vez la perdió de vista, se dejó caer sobre el borde de la fuente y alargó la mano hacia la superficie del agua. Reconoció el pañuelo que había desencadenado el problema flotando al fondo, y ni se molestó en remangarse para rescatarlo.

Era el *foulard* de cachemir que Bellingrath le había regalado a Clarissa en una de sus visitas. Nile lo sabía porque el caballero y él esperaron juntos en el salón principal a que sus respectivas señoritas hicieran acto de presencia. No recordaba haber sentido vergüenza por no haber tenido el detalle de llevarle a Rebecca un obsequio; ya nadaba en lujos gracias a la fortuna de la familia Wargrave, y aún era pronto para colmarla de alhajas. En cambio, sí recordaba haber sentido el impulso de rozar la tela con los dedos, esperando que su huella invisible llegara a fundirse con la piel nívea de Clarissa.

Nile escurrió el pañuelo y lo aireó hasta que en vez de empapado estuvo húmedo. Lo escudriñó, sumido en sus turbulentos pensamientos, y aunque le tentó doblarlo y guardárselo en el bolsillo, se limitó a dejarlo reposar en el borde de la fuente.

Clarissa Simms no era su asunto. No permitiría, pues, que se convirtiera en su problema.

Capítulo 5

—¿Todavía no te has levantado? —se quejó Wit, poniendo los brazos en jarras.

Si Clarissa se resistía a obedecer la urgencia latente en su tono, Verity Burton utilizaría el arco de su violín para atizar el bulto que formaba bajo las sábanas. Se había tapado hasta la coronilla con el fin de lanzar un contundente mensaje: no deseaba que nadie le hablara.

Aunque, si por desear fuera, preferiría desaparecer directamente.

El problema era que de todos los días que podría haber elegido para fingir una indisposición, aquel era el único que no se libraría de sus responsabilidades.

—Vamos, Clary —se hizo oír Primrose con aquella voz dulce y afectada que le recordaba a la madre que nunca tuvo, o que tenía pero que poco o nada se parecía a lo que ella habría querido que fuera—. Partiremos a Londres dentro de media hora. Si te levantas ahora mismo y te echamos una mano, estarás a tiempo de acicalarte. ¿Es que ya no te entusiasma asistir a tu primera velada social? —añadió en tono esperanzado.

—No.

—¡Y un cuerno! —rugió Verity, obligando al resto de las alumnas a levantar la cabeza de sus quehaceres. Las jóvenes ocupaban una sola y amplísima habitación en el ala este de la mansión de Arlington Abbey—. ¡Hace apenas dos días fantaseamos juntas con lo que le diríamos a la reina si las maestras nos descuidaran! ¿No te acuerdas?

Clarissa apenas recordaba fragmentos aislados de aquella y de cada una de las conversaciones mantenidas con sus amistades.

Estaba cansada de oír que la mente humana había sido diseñada para la supervivencia. Se suponía que, con el tiempo, atenuaba la gravedad de los malos recuerdos y envolvía en un embellecido manto de nostalgia los que sí merecían conservarse. Pero en su caso no funcionaba así. Todo lo ocurrido durante el cortejo de Bellingrath había quedado reducido a un borrón de voces e imágenes con la excepción de los instantes en los que era víctima de pánico intenso. O, en su defecto, en los que vomitaba su rabia contra Nile Inglefeild.

—No me encuentro bien —acotó con parquedad—. Me duele la cabeza.

—Hace quince minutos te dolía el estómago —replicó Wit con rencor.

—Pues ahora también me duele la cabeza.

—Sí, y cuando venga a buscarte dentro de media hora, te dolerá el dedo meñique, ¿no es así? ¡Eres pésima poniendo excusas! —bufaba la señorita Burton—. ¡La próxima vez que me ofrezca a daros una clase magistral sobre cómo mentir y salir airosa, no seas tan rápida escaqueándote y siéntate a aprender de la maestra!

—Witty, el engaño no es un arte que desee aprender, y seguro que Clarissa está de acuerdo conmigo —repuso Primrose con paciencia—. Si te encuentras mal, puedo hablar con la señorita Reeves, pero creo que deberías hacer un esfuerzo. Es la reina, Clary.

—Su Majestad no notará mi ausencia.

—Pero yo sí —confesó Primrose con voz temblorosa.

Viendo que no seguía hablando, y guiada por la ternura que le suscitaba su amiga, Clarissa retiró la sábana lo suficiente para verla sentada en el borde de la cama; apenas posada, en realidad, como una gota de agua en una hoja de nenúfar. No solo porque fuera delicada, sino porque al no sentirse del todo en su sitio, iba por el mundo de puntillas.

Observó que se miraba las palmas de las manos.

—Ya sabes que he ido posponiendo el momento de ser presentada en sociedad porque... Bueno, te puedes imaginar la causa. La señorita Reeves estuvo hablando conmigo, y la directora también hizo hincapié en que no puedo permanecer aquí escondida para siempre, así que les prometí que antes de cumplir los veintiuno cumpliría con mi deber. He elegido este año porque es cuando vosotras haréis vuestra puesta de largo. Así, incluso si me humillan o me miran como si fuera un bicho raro, podré consolarme con que no estoy sola.

»Soy consciente de que este deseo mío es de un egoísmo apabullante —confesó, alzando la mirada para clavarla en el rostro ceniciento de Clarissa—, pero me haría inmensamente feliz que estuvieras presente durante esta experiencia.

Clarissa sintió que se le encogía el corazón.

Por mera practicidad, solía dejar que la autocompasión la adormeciera como un sedante y la hiciera inmune al sufrimiento ajeno. En su estado, era de escasa ayuda a la hora de atender las inquietudes de sus amigas. Pero la preocupación de Primrose de cara a la puesta de largo resultaba tan obvia que no podía desentenderse.

En el nombre del amor, Clarissa se rebelaba contra la inevitable debacle que la cuáquera sufriría en los salones. Deseaba luchar contra el estricto canon de belleza, pero al final del día no le quedaba otro remedio que aceptar que Primrose no podría aspirar a un matrimonio. Ni uno bueno, ni uno malo. Era sencillamente imposible que alguien se tomara la molestia de acercarse a ella para conocer el maravilloso ser humano en el que se había convertido sin ayuda de nadie.

Ni siquiera de su familia.

Hasta sus propios padres se avergonzaron de su apariencia y la arrojaron a la escuela para que otros se hicieran cargo de la aberración por la que siempre la tomaron. Esto no lo sabía por Primrose, aun así, sino por las miradas compasivas de las maestras. Su amiga jamás se atrevería a pronunciar una mala palabra sobre alguien, ni siquiera si fuese meramente descriptiva de la innegable crueldad de los Insley.

A Clarissa aún le dolía el cuerpo por la humillación de Bellingrath. Tenía el corazón resentido por el nefasto atrevimiento de Nile, y, además, la vergüenza que pasó en la velada musical la paralizaba. No mintió cuando dijo que le dolía la cabeza, porque era habitual que las neuralgias se instalaran en ella los lunes durante todo el día; tampoco exageró al hablar de su padecimiento estomacal. Necesitaba vomitar cada vez que rememoraba con una minuciosidad grotesca lo sucedido en el domingo de visitas.

Y, aun así, comprendió que no podía quedarse en la cama.

Prim la necesitaba, y eso bastaba para luchar por reponerse.

Apartó las sábanas, intentando no romper a llorar mientras Wit se deshacía en aplausos de júbilo. Les pidió con un hilo de voz que le concedieran cierta intimidad para cambiarse.

Era la única alumna que se negaba a vestirse delante de las demás; que ni se miraba al espejo, ni se bajaba el escote del vestido para que se intuyeran los pechos jóvenes.

Clarissa no soportaba que nadie contemplara su desnudez, ni siquiera ser consciente ella misma. Al principio se debía a que Bellingrath tenía a bien dejarle marcas en zonas no visibles. Después, porque el desprecio hacia sí misma la llevó a creer que el cuerpo que habitaba no le pertenecía.

Wit ya había desaparecido cuando sintió que Prim la tomaba de la muñeca. Empequeñeció al mirar a su amiga a los ojos, los ojos de cristiana iluminada que no dejaban nada a la imaginación.

La joven llevaba el alma al descubierto. Eso era lo que la hacía irresistible.

—No lo hagas solo por mí —le rogó—. Ten presente también que esto podría ser una nueva

oportunidad para ti. Sé que no quieres casarte con Bellingrath. ¿No crees que bailando con otros caballeros podrías ampliar tu lista de pretendientes?

—Bellingrath no es mi pretendiente. Es mi prometido —logró articular sin que le temblara la voz, más por obstinación que por costumbre. Se cuidaba de referirse a él en esos términos, como si fuera algo suyo. «Pero lo será», le decía la insidiosa voz interior. «Será tuyo, y tú serás suya; más suya de lo que ya eres»—. Bailar con otros hombres sería escandaloso e inapropiado.

—No está prohibido cambiar de opinión, ¿no? —Prim sonrió con una dulzura tal que apaciguó relativamente el malestar de Clarissa—. Dudo bastante que fueras la primera joven en la historia de Inglaterra que se promete con un hombre y más tarde se casa con otro. ¿No suena romántico, además de legendario? —añadió con un suspiro soñador.

—Desde luego. Y no dudes que estaba contando los días para mi puesta de largo antes de que Bellingrath hiciera su proposición —reconoció Clarissa en un arrebato de sinceridad—. Para bailar...

«Para seguir fantaseando un rato más», estuvo a punto de agregar.

—Lo sé —admitió su amiga, posando una mano cariñosa sobre su hombro.

—Pero Bellingrath no es idiota. Se aseguró de tenerme bien amarrada para cuando otros caballeros pudieran desearme.

«Y, en cierto modo, lo agradezco», evitó añadir, en parte porque le sorprendía la complejidad de sus sentimientos. Bellingrath era el culpable absoluto de que temiera al hombre como género, pero ahora que se había resignado a ser solo suya, le agradecía el juego sucio. Le evitaría relacionarse con terceros aún más indeseables.

«Más vale diablo conocido que bueno por conocer», se repetía, en busca de un consuelo que no llegaba.

—Ya es tarde, Prim, y lo sabes —concluyó, desesperanzada—. Sé que te gusta soñar con los caballeros de brillante armadura sobre los que lees en tus novelas preferidas, pero no existen. Ninguno va a venir a salvarme.

Primrose le sostuvo la mirada con una sombra de tristeza.

—Siento muchísimo que tus padres te prometieran a Bellingrath —dijo de corazón.

—Fue el primero que llegó, y necesitaban el dinero —musitó ella, forzando una temblorosa sonrisa de labios cuarteados—. Seguro que, cuando me case, todo será distinto.

A Clarissa no dejaba de resultarle irrisorio que tuviera que consolar a sus amigas cuando ella era la víctima de la historia, pero comprendía que la inocencia de Prim aún no había sido corrompida. Para dormir tranquila, necesitaba la confirmación de que el cuento de hadas tendría un final feliz. Estaba dispuesta a mentirle, aunque ella ya no creyera en los milagros.

En sus mejores arrebatos de optimismo, como mucho llegaba a aspirar a que Bellingrath se hastiara de su esposa después de la luna de miel y pasara a ignorarla en aras de cubrir de afecto a una nueva amante.

Y es que, a esas alturas, lo único que podía pedirle a la vida era que no se ensañara en su crueldad.

Clarissa pensaba que contaría con todo el trayecto hasta Londres para mentalizarse de lo que la esperaba. Pronto descubrió que el destino no sería benevolente ni siquiera en ese aspecto.

En parte no había querido asistir a su propia puesta de largo porque sabía que allí se encontraría con Bellingrath. Habría de hacerle permanente compañía para que no cupiera la menor duda de que Clarissa Simms estaba fuera del mercado, y ella no se veía en condiciones de

tolerar su cercanía. No cuando aún tenía el dolor de la humillación y la invasión de la carne instalado en el cuerpo.

La otra razón por la que decidió permanecer bajo las sábanas, si bien mucho menos relevante, no era sino el hombre con el que se topó nada más descendió la escalinata principal hasta el camino de gravilla, ahí donde esperaban los carruajes. Uno de ellos pertenecía a Nile Inglefeild. Lo supo porque reconocería los colores del condado de Haverford en cualquier parte. El blasón estaba bordado en sus tres tonos preferidos: el azul rey, el blanco marfil y el amarillo pálido.

En cuanto sus miradas se encontraron en la distancia, la suya negra como el infierno, la de ella perdida en la desesperanza, Clarissa contuvo la respiración. Se ordenó saltar los últimos peldaños y no agachar la barbilla por el camino.

Sin duda era curioso cómo su proceder cambiaba dependiendo de quién fuera la compañía *non grata*. Ante Bellingrath se encogía y hablaba con un hilo de voz. Estaba segura de que incluso lo miraba suplicante, tratando de apelar a su conmiseración para frenarlo. Ante Nile, sin embargo, se henchía y actuaba como si no existiera una sola cosa en el mundo capaz de postrarla de rodillas. Y era cierto que Nile no podría doblárselas, pero había demostrado que sí podía hacerlas temblar.

Sus insinuaciones y propuestas aún rondaban el pensamiento de Clarissa. Lo odiaba más que nunca por haber desbaratado la equilibrada balanza de su enemistad. Ahora ella no podría intentar recuperar el terreno que le había robado, porque Nile había apelado a todo lo que la asustaba. A todo lo que deleznaba. Ni siquiera tras una noche en vela había conseguido averiguar cómo habría podido defenderse de sus deseos, estos mucho peores que una recriminación.

Ya no solo lo detestaba, sino que una parte de ella había desarrollado cierto escrúpulo. Acababa de descubrir que era igual de peligroso que su prometido, pues estaba enfermo de la misma y malintencionada pasión.

—Buenos días, señorita Simms —le dijo Nile con languidez—. Nos alegra que por fin haya decidido honrarnos con su presencia. Ya pensábamos que tendríamos que ofender a la reina de Inglaterra para no interrumpir su descanso.

—¿«Pensábamos»? —repitió ella, buscando a las alumnas o maestras que completarían ese plural. La inmensa mayoría ya había ocupado los carruajes y sorteaba la curva de la fuente principal para incorporarse al camino a Londres—. ¿A quiénes se refiere?

—¡A los cuatro! —exclamó la señorita Reeves, sobresaltando a Clarissa. Apareció bajando las escaleras con prisa, presionándose el sombrerito sin atar sobre la cabeza y forcejeando con su pesado equipaje para que no se le escurriera por el costado. Llegó hasta los dos con el rostro ruborizado y una sonrisa cálida—. Clarissa, querida, como tardabas tanto en presentarte, me temo que no te quedará otro remedio que viajar a Londres en el carruaje de lord Haverford. Ha sido tan amable de cedernos a las dos un asiento. Yo tengo que estar presente por cuestiones de protocolo, ya sabes... —Le dio un codazo informal y, una vez tuvo bajo control el asunto del sombrero, que parecía tener las mismas ganas de escapar que Clarissa, miró alrededor con la mano sobre la frente sudorosa—. ¿Dónde está Rebecca?

—Esperando a que tengan a bien ponerse en marcha —espetó la aludida, asomándose bajo el umbral del carruaje—. No me gustaría que su majestad me diera la espalda por la tardanza de otros, así que, si no les importa...

—Tienes toda la razón, Rebecca, ya vamos. Con vuestro permiso...

La señorita Reeves se abrió paso entre los dos enemigos, que, como pasmarotes, lucharon por hacerse a la idea de que compartirían el mismo espacio. Por lo menos, pensó Clarissa, la parlanchina maestra amenizaría el trayecto bloqueando cualquier intento de los presentes por

entablar una conversación.

Además de acaparar la atención sin querer con su dramatismo natural y su rostro permanentemente arrebolado, la señorita Reeves era pequeña y rechoncha; una mujer de menos de treinta años que habría pasado desapercibida por sus rasgos mundanos si no hubiera sido un regalo para los sentidos. Sarah Reeves sabía cómo tratar a cada alumna de acuerdo a sus peculiaridades, lo que hablaba a gritos de su dedicación al trabajo de maestra. Lidiaba con Rebecca con la dulce condescendencia que requería un carácter arrogante como el suyo, y siempre conseguía lo que se proponía, que era darle la falsa impresión de que se había salido con la suya. A Primrose se dirigía con la camaradería de una buena amiga, consciente de que más allá de sus valores cristianos, detestaba la compasión. Sabía, también, cuándo dejar de hacer las preguntas que tanto atormentaban a Clarissa, como, por ejemplo, si había algún problema o podía ayudarla.

Quizá Verity fuera la única con valor para exasperarla, pero eso no la convertía en una pésima profesional, sino en una mujer con dos dedos de frente.

—Después de usted —dijo Nile, esperando junto a la puerta con la mirada fija en Clarissa.

Ella tragó saliva. Saberse contemplada por aquel par de insondables ojos negros siempre la había perturbado, pero en esta ocasión, sabiendo que el desprecio solo camuflaba sus verdaderos deseos, la mirada provocó en ella una sensación más compleja.

Nile le tendió la mano y la retó con una ceja enarcada a que le desairara delante de su profesora. Clarissa se aferró a su guante de luto para demostrarse que no había nada que temer, pero solo confirmó que debía mantenerse alejada cuando la mano masculina se cerró en torno a la de ella. La tela de cuero emitió un crujido familiar, y ella perdió el equilibrio al buscar el peldaño del carruaje con el pie.

Nile tuvo que rodearle la cintura con el brazo y ayudarla a recuperar el eje.

El contacto físico la abrumó de tal manera que se quedó paralizada. Lo único que siguió en movimiento fueron sus pensamientos, que de seguro la reprenderían más adelante por mostrarse débil ante él.

Precisamente ante él.

Clarissa se agarró a la puerta con la mano libre y tragó saliva. Estaba tan concentrada en la parte de su cuerpo que otro hombre estaba violando que fue consciente del casi imperceptible cambio en su agarre. Pasó de sujetarla con la firmeza necesaria para aguantar su peso a sostenerla sin que ella apenas la notase; con una gentileza desconocida que la inquietó aún más.

Le esquivó la mirada y se adentró por fin en el carruaje. Procurando que no se notara que temblaba, empezó a alisar las arrugas invisibles de su sencillo vestido de viaje, que esa noche sustituiría por el elegante traje de muselina que Bellingrath le había obsequiado para la ocasión.

No quiso mirar a Nile en ningún momento, pero sí acabó por echarle un vistazo rápido a Rebecca. A esta no le había gustado lo que había ocurrido en apenas cinco segundos.

Como la señorita Reeves era una romántica sin remedio, no se opuso cuando Rebecca cogió del brazo a Nile y se acomodó entre los cojines con la altanería de una sultana, retando a Clarissa a contradecir el claro mensaje que mandaba con su postura: «Me pertenece».

Esa muestra de inseguridad mezclada con su característica arrogancia la aturdió aún más. Estaba acostumbrada a ver cómo paseaba a Nile delante de todas las alumnas, pavoneándose de haberse agenciado al pretendiente más atractivo, pudiente y joven antes de haber sido presentada en sociedad. No obstante, jamás la había visto reivindicarlo de un modo tan evidente que caía en lo caricaturesco, y Clarissa se preguntó si no acababa de percibir entre los dos algo a lo que ella era ajena...

O si no sabía por la propia boca de Nile que su prometido deseaba a otra mujer.

La piel se le puso de gallina al recordar su declaración, y tuvo que subirse los guantes aun cuando la tela no daría más de sí. Experimentó los familiares síntomas de la desazón en la garganta seca y el vacío en el estómago, pero no supo relacionar el ardor generalizado con ninguna sensación conocida.

En cuanto Rebecca y Nile se pusieron a charlar de banalidades, Clarissa aprovechó para lanzar un par de miradas furtivas al único hombre del carruaje. Ya conocía su expresión natural: los labios finos formaban un conato de sonrisa resignada que se torcía hacia la amargura, como si acabara de descubrir que la vida era una estafa y este hecho le resultara retorcidamente divertido. El gesto cínico le sentaba bien a su rostro ovalado, e iba de maravilla con la seriedad de la nariz recta y la letalidad de su mirada afilada, que o bien delataba su aburrimiento o bien apuñalaba con su desdén. Si no hubiera sido tan elegante en su postura y sus maneras de aristócrata, habría resultado aterrador.

Odiaba y temía tanto a los hombres que se negaba a achacar su aspecto de príncipe oscuro a una virtud venerable. De hecho, rehusaba fijarse en los detalles físicos que una soltera inocente no habría sabido por dónde empezar a apreciar, pero que, por desgracia, Clarissa tenía muy presentes por culpa de la veteranía amatoria: la solidez de su cuerpo, la gracilidad de su figura esbelta, el pecho amplio que proyectaba hacia fuera un orgullo implacable.

Y, sin embargo, tenía que admitir que el miedo que había sentido la tarde anterior al verse encerrada entre sus brazos no podía asemejarse al pánico que la paralizaba en presencia de Bellingrath. Había tenido miedo, sí, pero no se entremezcló con la ferviente humillación que se instalaba como un sudor en la nuca, el aliento húmedo del diablo que se reía de ella. Sintió, más bien, el temor a lo desconocido que nacía de la curiosidad. Porque un hombre joven y ya interesado en otra novia no la tocaría como el viejo héroe de guerra que la creía de su propiedad.

¿Cómo la tocaría, entonces?

Clarissa sacudió la cabeza, aterrorizada de solo imaginarlo... o de plantearse imaginarlo.

Viendo que Nile se agachaba para buscar en sus propias pertenencias lo que parecía un libro, lo imitó para huir de sus pensamientos. Los dos abrieron a la vez sus respectivas novelas, y a la vez alzaron la mirada del libro para retarse.

El desafío se convirtió en el mismo asombro que demudó el rostro de Rebecca cuando comprobaron que estaban leyendo el mismo título: *Pamela o la virtud recompensada*.

—Qué historia tan soporífera —rezongó Rebecca con agresividad, impelida a romper la complicidad inevitablemente dispuesta entre ellos por cortesía de la casualidad—. ¿De dónde lo has sacado? ¿Ninguna maestra te ha prohibido su lectura?

—Si puedes hacer una valoración de la obra, debe de ser porque tú también la has leído —repuso Clarissa, sin apartar la vista del libro—. ¿Me preguntas si me la han prohibido porque a ti no te permitieron acabarla?, ¿o porque te reprendieron al hacerlo?

—Por supuesto que la acabé, y es muy inapropiada para las jóvenes de nuestra edad y posición —declaró, irguiéndose con desdén.

Clarissa abrió la boca para replicarle, pero fue Nile quien intervino.

—En realidad, me parece bastante recomendable. Especialmente para las jóvenes de tu edad y posición. —Miró en todo momento a Rebecca, y le habló con un tono didáctico e incluso tierno que removió algo dentro de Clarissa. Rabia en su estado puro. Rabia porque hubiera respeto para todas las mujeres del mundo, menos para ella—. Ya ves que versa sobre el matrimonio.

—Y de mantener la virtud intacta, como bien reza su título, pero aquellas que ya sabemos comportarnos no necesitamos una guía ética. —Y lanzó una mirada despectiva hacia Clarissa,

que se tensó con la clara insinuación. Luego añadió, refiriéndose a Nile con voz inocente—: Es demasiado explícita, además.

—No tanto. Persigue un propósito moral, a fin de cuentas: instruir en lo que al decoro refiere. ¿Qué le parece a usted, señorita Reeves? —la invitó a participar.

También había mesura para la maestra. Para cualquiera que no fuese Clarissa Simms.

—Me temo que no lo he leído —se disculpó—. Yo solo consumo cierto... tipo de literatura, y dicha literatura no se vende en tomos, como el que tiene usted entre sus manos, sino por cuartillas.

Clarissa no pudo contener una sonrisa cargada de afecto hacia la mujer, que solía prestar las octavillas de novela romántica que se publicaban cada semana a cuantas alumnas quisieran leerlas.

Nile captó su gesto candoroso y se quedó mirándola con intensidad.

Ella no se dio cuenta.

—Pues Samuel Richardson es el precursor de un nuevo género —comentó Clarissa, mirando a la maestra. La señorita Reeves le dedicó su atención, abriendo aquellos ojos de cervatillo que parecían siempre gratamente sorprendidos—. Puso de moda la tendencia a escribir novelas entretenidas y moralizantes al mismo tiempo.

—¿A ti te resulta moralizante, Clarissa? —inquirió Rebecca con falso interés—. ¿Los irrefrenables impulsos del pretendiente de Pamela te han enseñado algo que no supieras ya?

La sonrisa de Clarissa se resquebrajó, y apretó con tanta fuerza el libro que estuvo a punto de caérsele de las manos.

—A ti tampoco te ha enseñado nada que no supieras ya, Rebecca —intervino Nile para calmar las aguas—. Al igual que Pamela, sabes hacerte respetar, exigir un trato digno y esperar con paciencia a que tus virtudes se vean recompensadas... con el matrimonio.

Su comentario dejó aturdida a Clarissa. ¿Estaba defendiéndola, o se había limitado a desviar la atención? Desestimó un profundo análisis aduciendo que Nile se avergonzaba de lo agresiva que se mostraba su futura prometida y actuaba en consecuencia, impelido, como debían sentirse todos los hombres responsables de su mujer, a responder por ella.

—Pues hasta ahora solo se han visto recompensadas con paseos por el jardín —masculló Rebecca por lo bajo, con el propósito de que solo la escuchara Nile.

Clarissa lamentó de corazón ser cómplice del reproche. No le había gustado descubrir el día anterior que la relación entre los dos no era tan perfecta como parecía.

Pero, en comparación con su propia relación, el cortejo era envidiable, así escaseara el amor. Rebecca no solo no se perdería gran cosa al no ser anhelada por Nile, sino que tendría la suerte de librarse de los estremecedores deberes conyugales.

—Creo que deberías leer *Apología de la vida de Mrs. Shamela Andrews*, Clarissa —retomó Rebecca, mirándola desde la esquina diagonal con malicia—. Es la parodia de la novela que ahora nos ocupa. Te sentirías más identificada leyendo sobre una protagonista como ella.

Clarissa conocía la existencia de la mencionada obra gracias a Prim, una coleccionista de libros que disfrutaba compartiendo sus lecturas. Henry Fielding, que entonces publicó dicho proyecto desde el anonimato, satirizaba a una mujer trepadora y sexualmente despiadada, contraria a la virtuosa Pamela.

Decidió que había tolerado suficientes insultos y cuadró los hombros.

—Desde luego que me encontraría cómoda leyendo sobre una mujer que sabe lo que quiere y va por ello, incluso si sus métodos son poco ortodoxos o moralmente reprobables, pero que en ningún caso atentan contra la integridad de nadie. Incluso me inspiraría mucho más que la

historia de Pamela, una muchacha pobre que es sometida una y otra vez a los ultrajes de un hombre insaciable —espetó de corrido, llegando a perder el aliento—. A cualquiera con un mínimo de decencia le incomodaría leer cómo Pamela se las tiene que apañar para que no echen su virtud por tierra cada vez que sale del refugio de su dormitorio, o, ya de paso, no pierda el empleo que le garantiza el sustento por culpa de una bestia obsesionada con su cuerpo.

Rebecca le sostuvo la mirada con la amenazante inexpresividad de una monarca absolutista. Vivía en permanente estado de alerta para castigar a quien quisiera arrebatarle el protagonismo, la razón, o ambas.

—No te incomodará tanto la situación de Pamela cuando la has elegido como lectura.

—La elegí porque Prim me aseguró que tenía final feliz —reconoció, aunque sin achantarse. Acarició el lomo del libro que su amiga le había prestado, y añadió con un hilo de voz—: Y esa es la clase de lectura que necesito ahora mismo. Una esperanzadora.

De esta manera, Clarissa dio el tema por zanjado.

Para evitar que le replicaran o para simplemente sustraerse de la conversación, adoptó una postura cómoda y se preparó para retomar el capítulo, fingiendo no darse cuenta de que Nile la estaba mirando con curiosidad.

Capítulo 6

Clarissa había aprendido enseguida, y no por las buenas, que no había manera humana de esquivar a Bellingrath. Por eso se demoró cuanto pudo para alargar el momento del reencuentro, a sabiendas de que en cuanto cruzara las puertas del salón, él la recibiría con una de sus sonrisas lascivas.

Ni siquiera pudo disfrutar del proceso de preparación, que en otras circunstancias habría quedado para el recuerdo. Sus compañeras iban de un lado para otro aireando los vestidos que habían mandado confeccionar para la ocasión, dudosas sobre si decantarse por uno o por el otro. Se pedían prestados los polvos de maquillaje, se pellizcaban las mejillas mutuamente y hasta se peleaban por la señorita Vallans, que era conocida en la escuela por su maña domando y trenzando cabellos rebeldes.

Había alumnas canturreando delante del espejo, abanicándose, sudorosas, por los nervios de la puesta de largo y danzando por el salón semidesnudas. Mientras la alegría del acontecimiento iba *in crescendo*, evolucionado en conversaciones entusiastas y chillidos de emoción, Clarissa permanecía sentada en la banqueta de su tocador, preguntándose con el rostro ceniciento qué podría hacer para disimular las curvas que enloquecían a Bellingrath; si acaso existía alguna manera de cubrirse hasta los ojos, que también le había halagado.

Daba gracias por contar con su propio dormitorio, o habría tenido que dar muchas explicaciones sobre su falta de interés en el gran debut.

La escuela de señoritas contaba con una propiedad de nueve habitaciones en el cada vez más apreciado barrio de Eaton Square. Allí se hospedaban las alumnas durante las primeras veladas. De este modo, no solo protegían la virtud de las muchachas y vigilaban que su comportamiento era ejemplar desde que entraban hasta que salían; también libraban a los padres londinenses de la presencia de los retoños que tanto alivio les supuso mandar a Kent.

Se decía que a la escuela de señoritas de lady Mabry llegaban las muchachas más ricas de Inglaterra, y era cierto. Pero, en opinión de Clarissa, también se juntaban las hijas menos queridas por sus padres de todo el reino. Parientes como podían serlo los suyos o los de Primrose se lavaron las manos en el preciso instante en el que conocieron la existencia de la finca de Arlington Abbey. Los Insley enviaron allí a su hija con apenas nueve años y no volvieron a visitarla o escribirle una carta. Poco les importaba si tardaba veinte años en casarse o si tenían que pagar una escandalosa suma de dinero anual para mantenerla encerrada de por vida en aquellas cuatro paredes. Para la familia de Prim, una panda de burgueses advenedizos, haberse librado de la excéntrica de su hija no tenía precio.

Los Simms sí tuvieron que hacer un esfuerzo económico para enviarla a Arlington Abbey, pero sus arcas se recuperaron en cuanto apareció Bellingrath, a quien profesaban más afecto que a la propia Clarissa. Desde su compromiso, había estado haciéndose cargo de las tarifas de la institución, y de extras como los vestidos y las joyas.

Cuando todas estuvieron listas con sus collares de perlas y sus trajes blancos y celestes, colores exigidos por el protocolo, emprendieron el viaje a la mansión donde se celebraría la puesta de largo. En todo momento, Clarissa agarró la mano de Primrose para infundirle ánimos y para encontrar ella misma la fuerza que necesitaba.

—No les voy a gustar —musitó Primrose con la mirada clavada al frente. Tenía el rostro tenso

por la inquietud—. No les voy a gustar, Clary. Debería volver a Mabry's Place.

—De ninguna manera —se negó Clarissa, más por obstinación que porque creyera en sus posibilidades—. Estás preciosa. Como muy bien ha dicho Wit, el que se anime a bailar contigo será el hombre más afortunado de la fiesta.

—¿Sabes? Creo que ni arrodillarme ante la reina al lado de Verity podrá salvarme del escarnio. Dado que el mal es contagioso, quizá hasta mi fracaso la afectara a ella —seguía diciendo Primrose, aterrada—. Tendría mérito perjudicarla con mi amistad hasta el punto de arruinar su futuro cuando estamos hablando de la hija de Desmond Burton. ¡De la nieta de Edison Swansea! —apostilló con una risita histérica.

—Witty es intocable —la apaciguó Clarissa—. Es imposible que nada de lo que tú y yo hagamos le toque de cerca. Ella, simplemente... —suspiró—. Está en otro nivel de la realidad, Prim. Y ya verás que, como ha nacido con tanta suerte, nos acabará bendiciendo con su gracia.

Primrose pestañeó deprisa para ahuyentar las lágrimas. Nada la asustaba más que salir de la finca de Arlington Abbey, donde había pasado los últimos once años. El suyo no era un temor infundado, porque cada vez que puso un pie fuera de la propiedad, ya fuera para llevar a cabo obras de caridad en el pueblo, asistir a alguna verbena o visitar a sus amistades ya casadas en sus mansiones de campo, alguien se tomó la molestia de burlarse de ella con una crueldad sonrojante. Incluso Prim, que poseía un alma misericordiosa y los perdonaba porque, en sus palabras y las del Señor, «no sabían lo que hacían» —nada distinto de minar su amor propio hasta hacerlo desaparecer—, había tenido que admitir a veces que había seres humanos tan perversos que carecían de salvación.

—Estás siendo muy valiente —le dijo una de las íntimas amigas de Rebecca, que también viajaba en el carruaje con ellas.

Como sucedía con la mayoría de su grupo de víboras, cuando la honorable señorita Wargrave no estaba presente, Quitterie Tandye se mostraba compasiva, e incluso muy generosa con las que eran archienemigas de su ama y señora.

—No está siendo valiente —le espetó Clarissa con una mirada fulminante—. ¿O acaso tú también estás siendo valiente? Porque yo no lo estoy siendo. Estoy cumpliendo con mi deber, y lo mismo hace Prim, porque no le pasa absolutamente nada, ni tiene ningún problema. Lleva el mismo vestido, las mismas perlas, tiene la misma familia relevante, y gozará de idénticas oportunidades. —Empezó a alzar la voz—. ¿Por qué ir a un baile es un acto de valentía, si se puede saber? ¡Es lo que tiene que hacer!

—He entendido lo que has querido decir, Quitterie. Gracias —interrumpió la aludida con suavidad, dirigiéndole una pequeña sonrisa a la pálida francesa. Luego se giró hacia Clarissa con gesto preocupado y susurró—: ¿Te encuentras bien?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Porque siento la necesidad de defenderte? A lo mejor deberías dejar de extrañarte porque te queramos y no nos guste que te menosprecien, sea voluntaria o involuntariamente. —Y miró a Quitterie con desdén, a lo que la muchacha se encogió y decidió fingir que el paisaje urbano le interesaba.

—No —replicó Primrose—. Lo digo porque me estás apretando tanto la mano que me la vas a romper.

«Es que yo también estoy siendo valiente», estuvo a punto de contestar, pero se limitó a aflojar el agarre sumida en un silencio fúnebre.

Nada más llegar a su destino, Quitterie, Prim y la maestra de guardia olvidaron el rifirrafe para prendarse de los jardines que bordeaban el edificio. A Clarissa le habría gustado imitarlas, dejarse maravillar por las luces que provenían del interior, por las salpicaduras de color de las

faldas que danzaban en salón interior, por el majestuoso trono que ocuparía la reina Victoria. Pero todo en lo que pudo pensar durante el primer paseo de reconocimiento, fue en que estaba siendo conducida al matadero.

A fin de calmar los nervios, permitió que le sirvieran vino rebajado con agua en la mesa de tentempiés. El pasmo del sirviente no impidió que lo vaciara de un trago y rogara que se lo rellenara hasta dos veces más.

—Lo necesito —musitó con el alma en los labios cuando el criado empezó a vacilar.

Se resignó a obedecerla, más por una cuestión de jerarquía que de conmiseración. Para cuando Clarissa pudo suspirar, aliviada porque la bebida ya empezaba a anestesiar los sentidos, apareció su verdugo.

Bellingrath llevaba el frac de rigor y el ralo cabello canoso que crecía a partir de la coronilla peinado hacia atrás. Esbozó su característica sonrisa de placer al verla y recorrió su altura, envuelta ahora en muselina, con una mirada que se relamía.

Clarissa tuvo que acercarle la mano para que besara el dorso. Hizo otro soberano esfuerzo para proyectar su voz con relativa seguridad, disimulando el efecto del vino.

—Milord, antes de ir a la fiesta, me gustaría esperar a que mi amiga Primrose le hiciera la reverencia a su majestad. La conoce, ¿verdad? Conoce a la señorita Insley.

—No es una muchacha que se pueda olvidar con facilidad. Me suena haberla visto en la escuela. ¿Es amiga tuya? —Bellingrath torció el gesto sin dejar de observar a la aludida a lo lejos —. Dios santo, es absolutamente espantosa. ¿Qué diablos le pasa en la piel? ¿Se quemó siendo niña...? Sabes que dejarte ver en su compañía le hace muy flaco favor a tu reputación y, por ende, a la mía..., ¿verdad?

—En absoluto —se oyó responder, azuzada por el falso valor que confería la bebida. Bellingrath se sorprendió porque le hubiera llevado la contraria, pero Clarissa había tomado carrerilla para decir lo que pensaba y no iba a detenerse ahora—. En todo caso, le hace un inmenso favor a mi corazón y a mi intelecto. La señorita Insley es un alma cándida y una virtuosa pensadora que ha llenado mi vida de libros y me ha hecho mejor persona.

—No estoy impidiendo que tengas amigas, querida —la apaciguó con voz melosa—, solo te invito a buscar las más adecuadas. Esa despendolada de Verity Burton tampoco es de mi agrado, lo confieso —agregó con desdén—, pero su padre es un tipo influyente que me conviene tener como aliado, así que no te impediré que la veas una vez nos casemos.

Clarissa apretó con los dedos la cuarta copa.

—¿Qué quiere decir con eso, milord?

—Quiero decir que cuando seas la condesa de Bellingrath tendrás que sacrificar algunos de tus... vicios para ostentar tu nuevo rango con la mayor dignidad. No permitiré que te vean con esa señorita Insley, si es que merece tal título. ¿Acaso no la has visto? Es un esperpento. Solo hay que ver cómo se comportan los invitados a su alrededor. La esquivan como si tuviera la lepra, y no me extraña; parece que se le haya desprendido media epidermis —apostilló con una mueca de repugnancia que habría herido al más seguro de sí mismo.

Clarissa notó cómo el núcleo de calor que se había estado concentrando en su vientre y en su nuca explotaban, dejándola a merced de un temblor violento que auguraba un estallido de ira aún peor. Temiendo reventar el cristal de la copa, vació el contenido de un solo trago y lo dejó sobre la bandeja de un lacayo que pasaba por ahí.

Ya fuera porque el alcohol le infundía valor o porque en un salón repleto de aristócratas no le importaba desairarlo, sospechando que no se atrevería a ponerle un dedo encima, Clarissa se giró hacia él con los hombros cuadrados.

—¿De qué otros vicios tendré que deshacerme, milord?

—De pocos más. Eres absolutamente perfecta, rubita mía... —Hizo ademán de acariciarle la mejilla con los dedos, pero Clarissa retrocedió. La sonrisa de Bellingrath se resquebrajó. Miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie lo había visto—. Veo que hoy no estás tan cariñosa como de costumbre, querida. Espero que no se deba a que te sientes en el derecho de disgustarme ahora que algunos caballeros te han echado el ojo. Pretendo anunciar a viva voz la fecha de nuestra boda, en cuanto la reina se retire y pueda permitirme acaparar la atención sin desairarla.

Clarissa sintió que la rabia le subía por el vientre hasta oprimirle los pulmones.

Empezó a costarle respirar.

No era la primera vez que le recordaba sin ambages que le debía su afecto y la entrega de su cuerpo. Bellingrath no solo renunció a una dote que Clarissa nunca tuvo, sino que se comprometió a pagar la vivienda familiar de los Simms y su manutención antes de que un prestamista los pusiera de patitas en la calle.

Pero sí era la primera vez que Clarissa se permitía expresar su desagrado.

—Con su permiso, milord, voy a retirarme a saludar a unas amigas —dijo con sequedad.

Fue a darse la vuelta, pero Bellingrath aprovechó que la entrada de una horda de caballeros captaba la atención para agarrarla del hombro con fuerza. Tiró de ella y le pegó el costado a su pecho para hablarle al oído.

—Muy bien, rubita, pero ten cuidado con lo que haces —la advirtió—. Esta noche todo el mundo sabrá que llevas meses siendo mía. No quiero tener que explicar por qué has estado bailando con unos y con otros aprovechando el carácter en teoría inocente de tu debut.

Clarissa se estremeció de asco cuando sintió su aliento en el lateral del cuello. Se retiró con rapidez en cuanto Bellingrath la soltó y no miró hacia atrás en su camino hacia aún no sabía dónde, luchando por contener las náuseas. Solo cuando se supo fuera de su alcance, aunque no de su campo de visión, se permitió esbozar una media sonrisa vengativa y barrer el salón en busca de alguien con quien compartir el primer vals.

Todo el mundo sabía que aquella era la pieza más romántica y asimismo escandalosa, y Clarissa estaba decidida a llevarle la contraria a Bellingrath a toda costa... así le costara la salud.

En cuanto localizó un rostro familiar, se encaminó hacia él procurando no pecar de obvia. Nile aún no se había encontrado con Rebecca, quizá porque prefería que no se diera a conocer tan pronto el cariz de su relación con ella. Bebía con tranquilidad recostado en una columna, desde donde se obtenía una visión lejana de los grupos que danzaban con alegría festiva.

Tan solo apartó la vista del punto donde la tenía perdida cuando Clarissa se plantó delante de él.

—Bailará conmigo el vals —le anunció.

Nile enarcó las cejas.

—Ese tono de voz no parece admitir réplica.

—Porque así es. No la admite.

Él soltó una carcajada desinflada.

—Ni lo sueñe, señorita Simms. No sé si lo sabe, pero el vals no es cualquier pieza. Se lo reservé a la señorita Wargrave cuando ella aún no había cumplido los dieciocho años, y no pienso arriesgarme a disgustarla.

—Bailará conmigo —insistió con fijación— o tendrá que atenerse a las consecuencias.

—¿De qué consecuencias estamos hablando? —Ladeó la cabeza con la vista fija en la falda de muselina, como si buscara un bolsillo secreto en el vestido de Clarissa—. No veo el arma por ninguna parte. ¿Va a asfixiarme con su collar de perlas?

—Voy a hacer algo peor: dejarle sin prometida. Hoy me siento con el valor para acercarme a la señorita Wargrave y contarle con todo género de detalles que me manoseó como quiso cuando ella ya estaba en el mapa de sus conquistas.

Nile se envaró, y el brillo juguetón en su mirada dio paso a una emoción sombría.

—¿Con todo género de detalles? ¿Qué le puede contar usted sobre aquello que la anime a creer en su palabra?

Clarissa vaciló antes de responder.

—Es cierto que si no se siente atraído hacia su futura prometida, pocos datos podré aportar sobre la... técnica, puesto que no la conocerá, pero le aseguro que el simple hecho de esparcir el rumor la volvería contra usted. Y es un hombre inteligente, Haverford. No le gustaría que la honorable Rebecca Wargrave se convirtiera en su enemiga.

Observó que un músculo palpitaba en su mandíbula, y supo que había ganado en cuanto apartó la mirada para pasearla por los altos techos del salón, buscando en las esquinas la paciencia que necesitaría para no arrojarse sobre ella.

No tuvo ni que decirle que fuera a buscarla en cuanto reconociera los primeros acordes del tres por cuatro, porque en ese preciso instante empezó a sonar una de las legendarias piezas. Nile, controlando su expresión hacia la indolencia absoluta, le ofreció la mano.

En lugar de posar la suya sobre la palma, Clarissa se aferró a ella, como si en realidad fuera a llevársela a los confines del mundo. Dejó que la condujera junto al resto de las parejas.

En el camino, localizó a Bellingrath para asegurarse de que la estaba viendo y así poder lanzarle una mirada retadora. Tal y como había esperado, el conde había palidecido de forma ostensible para enseguida ruborizarse de rabia.

Pero no armaría un escándalo, supo Clarissa. Apreciaba demasiado su reputación.

Se olvidó de Bellingrath en cuanto sintió que un brazo masculino le rodeaba la cintura y posaba la palma abierta sobre su espalda. Era justo como le habían enseñado en la clase de baile, ni muy arriba, lo que habría entorpecido la postura, ni tan abajo como para causar una conmoción general. Pero si bien Nile era un hombre alto, no había esperado que tuviera las manos tan grandes, ni que la insinuada presión contra su cuerpo fuera tan sugerente.

Se tensó como resultado del contacto.

—¿Por qué haces esto, Clarissa? —le preguntó Nile en tono monótono, como si en el fondo no le interesara. Pero el brillo fogoso en sus ojos advertía cuán importante era la respuesta—. ¿Pretendes vengarte de Rebecca por las calumnias que ha vertido sobre ti en el carruaje?

—¿Ayer eran motivo de burla para usted, y hoy le parecen calumnias? —contraatacó, rígida entre sus brazos—. Creo recordar que cuando me acorraló estaba muy convencido de que era yo una fresca, cuando no algo peor.

—Entonces es una venganza contra mí por haberte ultrajado —murmuró él.

—Estoy servida en ultrajes como para que me importen un bledo, Haverford.

Nile entornó los párpados con una ligera sospecha. Clarissa supo cuál era en cuanto levantó las cejas y mencionó:

—Entonces has bebido. Por eso andas con la lengua tan suelta.

—Nadie le ha dado permiso para tutearme.

—Y a ti nadie te ha dado permiso para llamarme Haverford en lugar de milord. O para arruinar la puesta de largo de Rebecca de este modo, si no robándole su vals, destruyendo su relación conmigo. ¿Acaso no sabes cuál es tu sitio? —le replicó con tono venenoso.

Inició un giro perfecto del que Clarissa apenas se dio cuenta. Pensó que se marearía, pero Nile era un excelente bailarín y pudo seguir el ritmo de la melodía sin que ella se percatara de las

circunferencias que trazaban sus pies.

—¿Cuál es mi sitio? —contestó, irguiendo la barbilla con arrogancia—. Ilumíneme.

Nile estiró el cuello a su vez y la miró desde su imponente altura con los párpados entrecerrados. Aunque apenas se podía distinguir el color, Clarissa sintió que aquella era la oportunidad perfecta para confirmar que eran negros de veras, negros como la nada profunda, como los misterios irresolubles de un universo desconocido. Se percató también, con los cinco sentidos alerta, de su dulce y a la vez masculino olor corporal; de que su amplio torso era dos veces el suyo.

Recordó cuánto la había impresionado la primera vez que lo vio. Estando ella encerrada en una habitación de la mansión de lord y lady Greenwood, un desconocido empujó la puerta como si huyera del diablo y se adentró en la estancia dejándose el aliento fuera. Los mechones más cortos que enmarcaban su rostro ovalado trataron de ocultar la travesura que ya podía leerse en su sonrisa borrosa. El sudor hacía brillar su frente, jadeaba por culpa de la carrera, llevaba el frac arrugado, y, aun así, Clarissa decidió que era tan perfecto que no merecía mirarlo directamente sin previo permiso.

En aquel entonces, aún era inocente y soñadora. Aunque temió hallarse a solas con un hombre, también había estado esperando cumplir su fantasía romántica de tropezar con un príncipe de cuento.

Recordó lo que pensó entonces, que Nile Inglefeild se parecía mucho a como imaginaba a sus caballeros de brillante armadura, y también recordó lo que este le dijo antes de besarla.

—¿Tiene idea de lo que podría pasar si nos encontraran aquí... juntos? —había balbuceado ella.

—Me lo puedo imaginar —contestó él, posando una mirada insondable en sus labios entreabiertos—. Y sería una pena terrible que nos capturaran en plena charla y nos obligaran a casarnos cuando no ha sucedido nada entre nosotros.

Clarissa había suspirado, feliz de que lo hubiera comprendido.

—Así es.

—Por eso propongo lo siguiente —anunció, incorporándose con una lentitud premeditada y al mismo tiempo anhelada—. Que efectivamente pase algo entre nosotros, y así, si nos encuentran, al menos tendremos el consuelo de tenérnoslo merecido.

Aunque el instinto le dijo que tenía que retroceder, Clarissa se quedó varada en el asiento con la cabeza levantada hacia él, a la espera del beso que estaba insinuando.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió con genuina ignorancia. Nile le había sonreído de corazón, la primera y única vez, pero con un matiz escandaloso y a su vez encantador que se le había clavado en la memoria—. Oh, Dios... y... y... ¿y qué pasaría si no nos encontraran en pleno...? Me habría arruinado para el matrimonio con otros, y podría salirse con la suya negándose a casarse conmigo.

—Usted también me habría arruinado, y para siempre —había musitado él, inclinándose hacia ella. Le acarició la cara con una dulzura que podría haberla hecho llorar—. La diferencia reside en que yo no dejaría que usted se saliera con la suya.

—¿No? —había balbuceado ella, tan nerviosa por su cercanía que sintió que le fallaban las rodillas. Nile estaba a las puertas de sus labios; se regocijaba en la necesidad de Clarissa, que cabeceaba discretamente hacia él tratando de tocarlo.

Entonces sacudió la cabeza.

—No dejaría que renegara de mí —le prometió en un susurro antes de besarla.

Pero los dos se salieron con la suya. Clarissa pudo comprometerse con un hombre sin que este

supiera que sus labios ya habían sido mancillados, que la habían abrazado de forma amorosa y colmado de palabras que ahora no podría ni imaginar viniendo de Nile, y él pudo cortejar a Rebecca sin que esta conociera jamás el carácter de su primer encuentro con Clarissa.

Que, por supuesto, sucedió cuando Nile ya había comenzado a visitar a Rebecca Wargrave. Aún no se hablaba de compromiso, sino de una preocupación inocente de parte del mejor amigo de su hermano Harding. Pero era una razón de sobra para odiarlo con todo el fuego de su alma cuando volvieron a coincidir.

—Lo recuerdas, ¿verdad? —le preguntó él de pronto, devolviéndola al presente. Un nudo se le formó en la garganta al ser de nuevo consciente de la liviana presión de su mano en la espalda, de que la tenía bien agarrada con la otra, de que sus ojos la anclaban a ese misterioso rincón de la Tierra que él acaparaba con su fuerza masculina—. Reconozco el anhelo que aflora en la expresión de un amante cuando se acuerda de un momento especial.

—Usted... —jadeó sin voz— usted no es especial.

Para su inmensa sorpresa, no hubo regocijo ni vanidad en la mirada oscura que él le dirigió.

—¿No lo fui? —inquirió con mera ingenuidad—. ¿No fui quien te besó por primera vez?

Clarissa apartó la mirada, y no porque esa verdad la avergonzara, sino porque le partía el corazón.

Había condenado el recuerdo a los confines de su memoria porque no podía soportarlo. No podía soportar saber que existía el romanticismo, la ternura; que había hombres que podían hacerla soñar con un sencillo beso, que podían conquistarla en cuerpo y alma con una caricia tierna, y que ella había ido a parar con el que tomaba cuanto y como quería sin pararse a preguntarle si estaba conforme, si acaso le apetecía.

Había entrenado la mente para no sacarlo a colación bajo ningún concepto, ni siquiera para tratar de evadirse cuando Bellingrath la tocaba. Encontraría intolerable que las experiencias con su prometido corrompieran la naturaleza honesta y la dulzura de aquel beso, ese beso que, de forma intermitente, le permitía recuperar la esperanza en un futuro feliz.

Pero, de algún modo, seguía teniéndolo tan presente que ninguno de los terribles actos que Bellingrath pudiera acometer resultarían tan devastadores como ese bello recuerdo.

Y es que si Nile no hubiera esperado un segundo a las puertas de sus labios, si Nile no se hubiera conformado un instante con que sus alientos se conocieran para tener la plena certeza de que Clarissa también lo deseaba, si Nile no hubiera solicitado su consentimiento, Clarissa no sabría que este existía. No sabría que podía decidir si quería o no dar su beneplácito, y, por ende, no resentiría a Bellingrath por su tiranía, pues no la describiría como tal. Podría odiarlo de todos modos, sí, pero no sabría por qué... y ahí, en esa divina ignorancia, hallaría su consuelo. Se sentaría sobre la excusa de que no existía nada mejor, de que así era el amor en todos los casos, y lograría resignarse.

Pero por culpa de Nile no podía, no sabía, no quería abandonarse a la obligación.

Él la hizo desearlo con desesperación una vez. Estaba familiarizada con el deseo, pues. Él hizo que le rodeara el cuello con brazos temblorosos, víctima de la no muy descabellada sensación de que no volvería a vivir nada tan hermoso. También conocía el romanticismo; la efervescencia de la pasión. Experimentó todo lo bello a través de Nile, que fue demasiado perfecto para ser real. Luego, la crueldad del mundo se lo arrebató arrancándola bruscamente de sus brazos.

Porque no se equivocó al pensar así.

Ese Nile no existía. Era un espejismo.

—¿Clarissa? —musitó él con la garganta atorada.

Fue al oírle hablar en ese tono cuando se dio cuenta de que había empezado a llorar. Pestañeó deprisa para que cayeran las últimas lágrimas, más asombrada por su reacción que preocupada por si alguien era testigo de su debilidad. La música cesó en ese momento y pudo limpiárselas con rapidez. Nile parecía con la intención de decir algo, algo que tal vez le habría gustado oír, pero Clarissa se desentendió de lo sucedido enfilando hacia el tocador.

Jadeaba por el ejercicio de bailar y la intensidad de los recuerdos, pero tenía que admitir que aunque una parte de su ser se había resentido al ser tocada por unas manos que no eran del todo bienvenidas, también tenía la sangre ardiendo, como si su cuerpo recordara el tacto del hombre que una vez la hizo vibrar.

Estaba a punto de entrar al tocador cuando una mano firme la agarró del brazo y tiró de ella. La sacudió de tal forma que los dientes le castañetearon y se mordió la lengua sin querer. Cuando fue a quejarse o pedir ayuda, aturdida, el agresor la estrelló contra la pared contraria, impidiéndole siquiera comprender qué estaba pasando. La cabeza de Clarissa rebotó contra el borde rematado en oro de un cuadro y perdió el aliento y casi la conciencia, pero antes logró emitir un gemido lastimero. La misma mano, cerrada en puño crispado, puso fin a sus últimos intentos por hablar de un simple y llano derechazo.

Clarissa se quedó doblada sobre un costado y sintiéndose como si una pesada losa descansara sobre su pecho, sensación de ahogo y frustración que fue a peor en cuanto Bellingrath la agarró por el cuello y la arrastró hacia la habitación más cercana.

Todo lo que Clarissa oyó en su estado de semiinconsciencia fue:

—La próxima vez te lo pensarás mejor antes de desobedecerme.

Capítulo 7

Nile supo que había cometido un error cediendo a la amenaza de Clarissa en cuanto la soltó. Como si los uniera un hilo invisible, de lejos se topó con el rostro congestionado de Rebecca. A juzgar por su expresión sombría, debía de haberlos estado observando en la distancia a lo largo de la pieza.

La joven ni siquiera esperó a que Nile se las ingeniara para apaciguarla. Abandonó el salón sin disimular su disgusto, y si no lo disimulaba, era porque no podía. Ni en mil años Rebecca Wargrave haría peligrar su estatus haciendo gala en público de un comportamiento impropio.

Él, que sabía cuál era su deber, salió en pos de la muchacha. Se reencontró con ella en uno de los amplios pasillos que llevaban a las dependencias personales, perímetro que los invitados no tenían permitido traspasar. Recostada en la pared y de brazos cruzados, una postura que no hacía justicia a su rabiosa frustración, parecía decidida a torturarlo con su silencio.

Antes de que Rebecca pudiera acusarlo de algún delito, Nile extendió los brazos y aclaró:

—¿Qué iba a hacer, Becks? ¿Desairarla delante de todo el mundo cuando vino a pedirme que la sacara a bailar? No es lo mismo buscarle las cosquillas en la escuela, en un entorno más o menos privado, que hacerlo delante de la flor y nata de la sociedad. Lo comprenderás conforme vayas acostumbrándote a las normas no escritas de las veladas de soci...

Rebecca lo acalló girando en redondo y clavando en él tanto una mirada agresiva como un dedo acusador.

—No te atrevas a sacar la carta de «eres demasiado joven para entenderlo», Nile Inglefeild, porque tengo ojos en la cara y sé lo que sucede, y no tiene nada que ver con el protocolo. ¿Por qué te comportas de un modo tan extraño a su alrededor? —preguntó sin ambages.

No era una duda inocente. Era un reproche que abría la veda al temido interrogatorio.

—¿Alrededor de quién? —repuso para ganar tiempo.

—¡De Clarissa Simms! —aulló con impaciencia. A punto había estado de espetarle que no se atreviera a hacerse el idiota. Rebecca mantenía su inteligencia a resguardo, pero dejaba la suficiente a la vista para que nadie se atreviera a insultarla con burdas mentiras—. Te conozco lo bastante para saber que no albergas odios injustificados y has sido educado para no dejarte arrastrar por emociones intensas. Quiero conocer las razones por las que ella es la excepción a tus reglas.

—La señorita Simms y yo coincidimos mucho antes de que nos cruzáramos en la escuela. Digamos que, en esa primera ocasión... actuó de forma inapropiada —resumió con paciencia, esperando contagiársela a Rebecca—, y ya sabes cuál es mi opinión sobre las mujeres que no conocen su lugar.

—¿Te desairó? —trató de averiguar, confusa con la explicación.

—Podría decirse —replicó con ambigüedad.

—¿Por qué eres tan críptico? —le acusó, volviendo a crispar los puños—. ¿No puedes simplemente decirme qué ocurrió?

—Estaría poniendo a la señorita Simms en una situación comprometida, y me gusta dormir con la conciencia tranquila. No insistas, Rebecca —la advirtió, dirigiéndole una mirada fría que bloqueaba cualquier amago de réplica. Raras veces empleaba un tono autoritario con la joven, pero la situación lo ameritaba—. Con independencia de lo que ocurriera, es agua pasada y no

tiene nada que ver con nosotros. La única razón por la que verme bailar con ella te ha sacado de quicio, es que se trata de tu archienemiga; con una cualquiera, quizá...

—¿Y no te has preguntado nunca por qué lo es?, ¿por qué la he convertido en mi enemiga? —lo interrumpió en un arrebato vehemente, mirándolo con los ojos en llamas. Pero no era el odio lo que los empañaba, sino la clase de súplica que avergonzaba a las mujeres como ella.

—Supongo que existe cierta competencia en el mercado matrimonial... —empezó él.

—Eres un ingenuo —le acusó con frialdad—. ¿No se te ha ocurrido pensar que se debe al modo en que interactuáis?, ¿a que tienes más aficiones en común con ella que conmigo?

—¿Cómo?

—No es la primera vez que descubro que leéis los mismos libros. Vi en su mesilla *Los viajes de Gulliver* unos días antes de que tú lo mencionaras como una de las mejores obras ficticias de nuestro tiempo. Os gusta Salieri, pero también Scarlatti y Lully, que son compositores barrocos que a mí apenas me han mencionado por encima en clase de música y que, mientras tú alabas, ella practica al piano. Los dos odiáis montar a caballo, os frotáis las manos cuando hay tarta de Sant Honoré de postre y participáis en las conversaciones solo cuando creéis que tenéis algo que aportar.

Se le escapó una carcajada incrédula.

—Por Dios, Becks, ¿qué estás insinuando? ¿Que coincidimos en un puñado de intereses aislados porque nos vemos a escondidas, o algo similar?

El rostro de la muchacha perdió color.

—Espero que no —musitó con un hilo de voz—. ¿Acaso es eso? ¿Antes de mí ella era tu...?

—Rebecca —la interrumpió con hastío—, vi a la señorita Simms una única vez antes de reencontrarme con ella en la escuela. Te puedo asegurar que no he mantenido un contacto íntimo con la joven en ningún momento, ni ninguna conversación más allá de los desprecios que tú muy bien sabes que intercambiamos.

Se sintió miserable por mentirle a la cara, pero era de la opinión de que ser brutalmente sincero solo servía para echar más leña al fuego. Rebecca no necesitaba saber que una vez, hacía demasiado tiempo para tenerlo presente, Nile besó a Clarissa. No necesitaba que le dijera que después del suceso, inesperado y, por ello, idealizado durante meses, se planteó abandonar sus nobles intenciones con la señorita Wargrave y pedir la mano de la mujer que le había robado la cordura.

No era él mismo cuando barajó esa posibilidad, sino la víctima de un deseo enajenado.

Y, aun así, aunque estaba aislando un detalle crucial de su contacto con Clarissa con el único fin de no hacerle daño, sabía que sería en vano, porque ella sufriría de todos modos. Y que era una rematada estupidez, porque Rebecca no le tenía miedo al dolor. A Rebecca solo la aterraba la incertidumbre.

—¿Y? —insistió ella, sondeándolo con la mirada—. ¿Qué más? Porque sé que hay algo más. A mi hermano no le agrada la señorita Burton y no por eso la provoca cada vez que tiene oportunidad. Se limita a evitarla.

—Cada uno actúa con sus enemistades como considera oportuno, y...

—Vi cómo se te crispaban los puños cuando a Clarissa se le deslizó el pañuelo del cuello —interrumpió en tono gélido. Nunca antes se había dirigido a él en esos términos, y Nile debía reconocer que le gustaba aquella Rebecca que se arriesgaba a perder sus afectos sacando al animal que tenía dentro; esa Rebecca que no estaba determinada a agradar a costa de ocultarse bajo el canon inverosímil de esposa ideal—, y he visto la tensión en tus dedos al sostenerla mientras bailabais el vals. No me trates como si fuera estúpida, y si el problema es que mi

dignidad no significa nada para ti, hazlo por la tuya y ten la decencia de ser valiente. Ponlo de una vez sobre la mesa para que al menos pueda dejar de pensar que me estoy volviendo loca.

—Me siento atraído hacia la señorita Simms —admitió al fin. Pretendía decirlo con llaneza, pero se le escapó una nota de resentimiento, porque odió que lo acorralara para admitir aquello de lo que no estaba orgulloso—. Dicha atracción es puramente física y no está en absoluto influida por las aficiones comunes que has mencionado. Me acostaría con ella —añadió sin miedo a escandalizarla—, pero no le pediría matrimonio ni borracho. ¿Lo he dejado lo bastante claro?

Los ojos de Rebecca se llenaron de lágrimas que se negó a derramar.

Parte de la indignación al haberse visto contra las cuerdas se desvaneció. Dio un paso hacia ella, confundido porque la hubiera herido que él le hubiese dado lo que tanto quería, e intentó ofrecerle alguna palabra de consuelo.

Rebecca se adelantó con una duda legítima.

—¿Por eso no puedes quererme a mí? ¿Porque piensas en Clarissa?

—Ya te he dicho que no tiene nada que ver con el amor...

—¡Pero sí tiene que ver conmigo! —gritó, clavándose el dedo índice en el pecho. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas—. ¡Tiene que ver con todo! ¿O acaso crees que no me he dado cuenta de que a mí no me dedicas esa atención? ¿De que a mí no me miras de esa manera? ¡Ni siquiera me has besado en estos meses que llevamos juntos! ¡Lo hiciste una única vez en el pasillo de mi casa, y porque habías bebido!

—Tampoco he besado a Clarissa, si es lo que insinúas. —Ni siquiera se dio cuenta de que le había mentido, porque, en su opinión, tenía parte de verdad: no la había besado desde que decidió con pleno convencimiento que Rebecca sería su esposa—. Que me porte como un caballero durante el cortejo no quiere decir que...

—¿No quiere decir que no me desees? Por favor. —Rebecca apartó la mirada con una media sonrisa a caballo entre la amargura y el desdén. Su cinismo le dejó helado, al igual que su rabia ciega al continuar—: Tengo solo dieciocho años y he sido presentada en sociedad hace cuarenta y cinco minutos, pero me he relacionado con los amigos de mi hermano desde que tengo uso de razón y sé reconocer una mirada hambrienta cuando la veo. El marqués de Sutherland se abalanzaría sobre mí tan pronto como yo le diera el sí, igual que el conde de Haven o el duque de Richmond, pero se reprimen porque predican de corazón la caballerosidad que tú solo mencionas de boca. Ahora bien —añadió entrecerrando los ojos verdes, unos ojos que contenían una sabiduría que Nile había subestimado—, la pasión es tan incontrolable que ni el hombre más disciplinado puede disimularla.

Él comprendió lo que quería decir, porque la había sufrido en sus carnes. Siempre había sospechado que su obsesión con Clarissa Simms saltaba a la vista.

—¿Qué es lo que esperas de mí, Rebecca? —suspiró para ponerse a resguardo—. ¿Que me arroje sobre ti como si fueras una vulgar ramera?

Ella lo sorprendió con una afirmativa argumentada.

—¿Tan descabellado es que quiera que me adores en todos los sentidos de la palabra? ¿Y tan descabellado para ti sería hacerlo? ¿Qué tiene Clarissa que a mí me falte? —exigió saber con la barbilla alta. Dio un paso hacia él para exhibirse con los hombros hacia atrás—. Las dos somos rubias, las dos tenemos los ojos claros; quizá ella sea más alta y, por tanto, parezca más delgada, pero te aseguro que yo también vigilo mi alimentación y practico ejercicio. Hago equitación, juego al...

—Rebecca, basta —la cortó con voz grave. Ahuecó su rostro entre las manos, sintiéndose

miserable, y esperó a que ella lo mirara con los ojos vidriosos—. ¿Por qué no te conformas con saber que te he elegido a ti?

No supo qué fue lo que rebasó su paciencia; que la tocara cariñosamente en plena discusión o que la hubiera instado a resignarse.

—¡Porque no entiendo las razones! —gimió con la voz quebrada. Se arrancó sus manos de las mejillas tirándole de las muñecas y le dio la espalda—. Y, a veces... a veces no me importa si no las sé, porque soy egoísta de nacimiento y estoy tan desesperada por tenerte que me repito que ya me ocuparé de que sientas lo mismo una vez seas mío. Pero ahora... ahora necesito que me lo digas con todas las letras. Dime qué tiene ella que no tenga yo, o dime qué tengo yo que a ella, gracias a Dios, le falta, pero establece una diferencia, aunque sea por piedad, e intentaré... intentaré salvarla, incluso si para ello he de cortar un pedazo de mí.

Nile se quedó sin respiración.

La conocía desde que era apenas una niña, e incluso entonces se mostraba digna como una reina, siempre en control de la situación, demasiado acostumbrada a que la amaran por encima de todas las cosas. Jamás la habría imaginado perdiendo los papeles.

Recordó que el día anterior había acorralado a Clarissa para convertirla en su amante a toda costa, empleando hasta las excusas más ignominiosas, y quiso que Rebecca lo matara allí mismo. Se sentía tan despreciable como había demostrado que era, y a eso se sumaba el sentimiento que había estado arrastrando desde que comenzó el cortejo: la impotencia de no poder amarla como ella quería, como se merecía, y como él mismo necesitaba hacerlo para estar en paz.

Pero ¿qué podía hacer? ¿Seguir mintiéndole por piedad cuando acababa de abrirse en canal? ¿Decirle que la escogió porque respetaba a su hermano, porque los Wargrave fueron su refugio cuando él se quedó solo en el mundo?, ¿porque fue evidente desde la tierna infancia que Rebecca bebía los vientos por él, y él, después de perder a su parentela, necesitaba alimentarse del amor ajeno para sobrevivir al hambre que lo estaba consumiendo?, ¿porque provenía de una buena familia, porque era el modelo de esposa apropiada?

¿Porque, en definitiva, era lo conveniente?

Aquella fría descripción de razones la destrozaría del todo, y Nile no podía hacerse responsable de esa tragedia.

—A ti te quiero —confesó en voz baja, y no era mentira. La quería porque había crecido con ella, porque la conocía mejor que a la palma de su mano, pero no tanto como para considerarla predecible, y porque era la única familia que le quedaba. El problema era que no la quería de ese modo, pero antes se dejaría degollar que hacer esa puntualización—. La señorita Simms no puede decir lo mismo.

Rebecca cerró los ojos y exhaló, emitiendo un sonido que se asemejó al de un pobre animal agonizante. Parecía que la acabara de salvar de una muerte cruel.

Nile apoyó la frente contra la de ella, que se aferraba a sus brazos como si temiera perderlo.

—Debería estar prohibido que una mujer llorara en su debut —balbuceó Rebecca, sorbiendo por la nariz—. Qué vergüenza. Espero que nadie se dé cuenta.

—El que está avergonzado soy yo —reconoció sin energía—. Si puedo enmendar el daño causado de algún modo, te ruego que me lo hagas saber. No volveré a dirigirme a Clarissa, si es lo que deseas, ni a mirarla, ni a respirar su mismo aire.

Durante unos tensos segundos, mientras se secaba las lágrimas con los dedos, Rebecca se lo planteó. Y en esos segundos, a Nile le dio tiempo a temer la respuesta.

Sabía que era la única solución posible para garantizar el bienestar de la joven, y obedecería sin rechistar si así se lo exigía, pero una parte de él se rebelaba contra la idea de renunciar a

Clarissa. Darse cuenta de esto le aturdió. ¿No se suponía que distanciarse del problema le ayudaría a alcanzar la preciada paz mental? ¿Por qué, entonces, la posible ausencia de la señorita Simms intensificaba la presión en la garganta que le había estado impidiendo tragar?

Recordó las lágrimas en los ojos de Clarissa al revisitar su primer y único beso, y estuvo cerca de estremecerse. Un pálpito le decía que la futura lady Bellingrath sufría mucho más de lo que él podría llegar a imaginar.

La pregunta era si lo hacía por su culpa.

—¿No puedes hacer algo para dejar de... de sentirte atraído por ella? —musitó Rebecca.

—Si estuviera en mi mano, ya lo habría resuelto —le confesó con resignación—, pero siempre puedo poner tierra entre los dos.

—Todo el mundo lo notará, y habremos de dar explicaciones...

Nile sacudió la cabeza.

—No pasarás mucho más tiempo en la escuela, y ella se casará y se irá a vivir con su marido dentro de poco. Calculo que dentro de un mes la habremos perdido de vista. —La besó en la frente y se separó para ver que una sonrisa de alivio iluminaba su rostro. Nile se rio sin ganas al ver que no ocultaba cuánto la entusiasmaba la idea de que no volvieran a verse—. Ahora será mejor que vuelvas al salón. Estarán preguntándose dónde se ha metido la indiscutible joya de la temporada.

Al sonreírle, los hoyuelos que tan familiares eran para él afloraron en sus mejillas, sellando la reconciliación. Nile la ayudó a secarse las lágrimas y ofrecer un aspecto algo más entero. La vio regresar al salón con el abanico desplegado y la falda cogida con la otra mano. Se detuvo bajo el umbral un instante antes de hacer su aparición para decirle adiós con un gesto tímido y una sonrisa esperanzada, que Nile le devolvió cada vez más cansado.

Siempre había tenido claro que una de las responsabilidades de su matrimonio sería hacer feliz a Rebecca, y saberla confiada en un futuro común le aplacaba, pero al mismo tiempo le formaba un nudo en la garganta. Se preguntó si estaba haciendo lo correcto, y antes de llegar a conclusiones que no le gustarían un pelo, bloqueó todo pensamiento y se dirigió a la salida.

La discusión le había dejado exhausto, y no estaba de humor para el elevado entretenimiento de una presentación en sociedad.

Harding se haría cargo de ella si necesitaba un hombro en el que llorar.

Se encaminó a la zona exterior donde esperaban los carruajes. La mayoría de los cocheros habían abandonado su puesto. Al igual que su estimado Jones, se habrían alejado de la zona para fumar o charlar entre ellos sobre las condiciones de sus contratos.

No le costó hallar su landó, pues era el único sin blasón. Prescindió de él en la escuela para trasladar a Rebecca y así los invitados no murmuraran sobre su futuro compromiso. Quizá esto debería haberle dado una pista de lo necesitado que estaba de un subterfugio para cambiar de opinión si en el último momento no deseaba formalizar su matrimonio.

Pronto descubrió que no estaba solo en la calle amplia donde se amontonaban los carruajes. Una de las debutantes, reconocible por su vestido blanco, intentaba forzar la portezuela.

Y no la de cualquier vehículo, sino la del suyo.

Para cuando Nile llegó, la joven había conseguido abrirla y se estaba impulsando para entrar. Guiado por el pasmo y una rabia incrédula, agarró a la intrusa del brazo.

—¿Se puede saber qué hace?

Ella lanzó una mirada temerosa por encima del hombro, mostrando tan solo medio perfil. A pesar de la oscuridad, a duras apenas contrarrestada por el alumbrado público, Nile la reconoció. Tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre, las mejillas estriadas por un rastro de lágrimas

secas y el rostro contraído en una mueca de absoluto pavor. Parecía al borde del desvanecimiento, o de arremeter brutalmente con quien se cruzara en su camino; dependía de qué lado se pusiera la energía sobrenatural que le confería a uno hallarse en un trance emocional.

—Suélteme —masculló entre dientes.

—¿Soltarla? ¿Y dejar que se infiltre en mi coche con Dios sabe qué propósito? ¿Ha perdido el juicio?

—¡No tenía ni la menor idea de que era su maldito coche! ¿No ve que no lleva blasón?

—Ya veo. Ha elegido el que no lleva blasón porque pensaba que era de alquiler y nadie se percataría de que lo han robado. Qué ladrona tan astuta es usted. ¿A qué se debe esta faena? ¿Ha acordado una cita clandestina con Bellingrath y se ha equivocado de puerta?

Observó que Clarissa apretaba los labios. Pensó que a eso quedaría reducida su reacción, pero un arrebato de violencia le desfiguró la expresión en una mueca furibunda y le rugió, a un palmo de la cara:

—¡¿Por qué no se va al diablo?!

La soltó por instinto, convencido de que, de lo contrario, sufriría terribles consecuencias. No dijo nada mientras ella ponía a prueba la debilidad de su cuerpo para adentrarse en el landó. Ni siquiera haber sido cazada con las manos en la masa había bastado para que cambiara de parecer y volviera a la fiesta.

Esto solo hizo a Nile más consciente aún de su estado catatónico.

Clarissa no estaba en sus cabales.

—¿A dónde va? —inquirió, esta vez con paciencia.

—¡A donde me dé la gana...! ¡Maldita sea! —exclamó por lo bajo, confirmando con una mirada rápida que el vestido se le había enganchado. Nile no supo con qué. La luz de las farolas no alcanzaba a iluminarlo—. ¿Por qué está ahí parado? ¿Es que no piensa ayudarme?

Él se quedó de una pieza.

—¿Ayudarla a dejarme sin medio de transporte para regresar a casa, dice?

—Se lo devolveré, se lo prometo, pero tiene que permitir que me vaya de aquí, y no puedo hacerlo a pie. Es casi medianoche, podrían reconocerme, y yo no... Por favor —insistió, dirigiéndole una mirada desesperada por encima del hombro.

Aunque había empleado un tono agresivo, Nile sustrajo el ruego desesperado que había sabido camuflar. No la ayudó a desenredar el vestido, pero tampoco le impidió moverse.

—¿Es que le ha escupido a la reina en la cara? —quiso saber, muerto de curiosidad—. ¿Se ha tropezado con la falda haciendo la reverencia y se ha caído sobre su regazo? ¿Qué clase de altercado puede empujar a una mujer a marcharse de la fiesta de su debut? Se supone que este es el día más feliz de su vida.

—Pues entonces no quiero saber cómo serán los demás —musitó Clarissa.

Resignado a no sonsacarle más información, y teniendo presente que Rebecca necesitaba que se alejara del objeto de su obsesión, Nile decidió llevar a cabo un buen gesto. Sacó del bolsillo interior de la chaqueta una cajita de fósforos de fricción y prendió uno para iluminar la parte de la tela atrapada. O esa era su intención, pero lo que ilustró primero fue el rostro desencajado de Clarissa y la mejilla inflamada del perfil que le había estado ocultando; una marca de violencia tiránica que empezaba a adquirir un tono cerúleo.

No supo cómo reaccionó al descubrimiento, pero se pudo figurar que no fue disimulado al ver que Clarissa tragaba saliva. Sin darse cuenta, y en busca de desahogo, apretó con fuerza el brazo de la muchacha.

—¿Quién diablos te ha hecho eso?

Su tono amenazante hizo que ella se estremeciera. En lugar de contestar, y comprendiendo que no pensaba colaborar, tiró del vestido hasta que se rasgó. Y no de forma superficial: abrió una raja de muselina hasta media pierna. Sin querer, quedaron a la vista las medias blancas, atadas sobre la rodilla. Nile no tuvo ojos para el detalle, sino para la vergüenza de Clarissa. Trataba de agachar la barbilla para ocultarse de su juicio, pero la mirada de él estaba en todas partes.

En lugar de marcharse y dejarla en paz ahora que había conseguido liberarse, Nile se impulsó desde el escaloncito y entró en el carruaje, aplastando a Clarissa en el proceso.

Esta puso los ojos como platos y fue a quejarse mientras se retiraba hacia el interior, huyendo de su contacto, pero él la cortó.

—Ya está bien de que haga lo que se le canta —espetó de mala manera—. Si quiere mi beneplácito para fugarse en mi dichoso carruaje, tendrá que decirme por qué. Una vez me dé por satisfecho, yo mismo le conseguiré un maldito cochero para que la lleve hasta el infierno, si es lo que desea.

—¡Yo no tengo por qué darle ninguna explicación! —le gruñó ella en una postura vulnerable. Estaba tendida sobre uno de los asientos con las manos apoyadas a la espalda—. ¡Y le aseguro que hoy no es el día para provocarme!

—Oh, ¿debería estar asustado? ¿He de asumir que usted dejó en peor estado a quienquiera que le haya pegado? —Observó que ella perdía el color de las mejillas gracias a las lamparillas ubicadas estratégicamente en el landó—. Por el amor de Dios, Clarissa —se desesperó, ahora sin ocultar su preocupación—. Si estás en peligro, ¿no tendrías que pedir ayuda?

—¿Y a quién se la voy a pedir? ¿A usted? —repuso en voz alta—. ¡Seguro que siendo su amante quedaré libre de todo mal!

Nile fue a disculparse, admitiendo que aquella tarde no había estado a la altura de sus propios principios. Pero la fiereza con la que trataba de esconder su vulnerabilidad le conmovió, y las palabras renunciaron a salir cuando alargó una mano para rozar con el dedo la mejilla inflamada.

En una primera instancia, Clarissa no osó mover una pestaña, paralizada por la ternura encerrada en el atrevimiento. En cuestión de segundos, no obstante, sus ojos se llenaron de una emoción intensa y le revocó su mirada girando la cabeza.

Una triste sensación de orfandad y una aún más desagradable de indignación lucharon por adueñarse de Nile. Le irritó que no permitiera que la ayudara, pero, para su desgracia, también lo entendió. ¿Qué iba a merecer él viniendo de la víctima de sus ofensas, sino un desaire?

—No soy tan malo como crees —murmuró en una débil defensa—. No tanto como para dejarte sufriendo si me necesitas.

—No le necesito a usted —respondió ella en el mismo tono, todavía con la mirada perdida en la oscuridad del landó—. Solo necesito desaparecer.

Nile fue a infundirle ánimos prometiéndole que, fuera lo que fuera que pasase, tendría solución. La repentina aparición de un grupo de damas lo impidió. Todas ellas cargaban una lamparilla de gas; juntas recordaban a un conjunto de luciérnagas nerviosas, y se encontraban lo bastante cerca como para haber deslumbrado a Nile si no hubiera estado inmerso en el rostro lloroso del polizón.

Por supuesto, se habían dejado la puerta abierta, y pudo imaginarse por qué los gestos de las matronas expresaban asombro: porque estaban a solas en la oscuridad, porque Nile sujetaba a Clarissa por las muñecas, porque ella tenía el vestido rasgado, y porque hacía unos segundos había gritado la palabra «amante».

Nile cerró los ojos, como si así pudiera ponerse a salvo de lo que estaba a punto de suceder.

Pero en cuanto una de las mujeres cuadró los hombros y los miró con solemnidad, preparada para hacer su anuncio, supo que no tendría escapatoria.

Capítulo 8

—Muy bien... —La señorita Reeves entrelazó los dedos sobre el regazo y observó alternativamente a Clarissa y a Nile. Los dos, catatónicos, tenían la mirada perdida en distintos puntos del salón de Mabry's Place, la mansión de Eaton Square donde las debutantes dormirían esa noche y las siguientes—. ¿Podría decirme alguno de los dos qué ha sucedido? ¿Usted, milord? ¿O tal vez será Clarissa?

Que empleara un tono amable y se ofreciera de buena gana a escuchar una versión alternativa a la que había corrido de boca en boca en el debut de 1843 solo consiguió que Nile se sintiera más culpable.

Hacía años que no experimentaba la sensación de haber defraudado a alguien. Concretamente, desde que sus padres fallecieron en un trágico accidente náutico. A raíz del contratiempo, Nile heredó el título de conde de Haverford y no volvió a recibir órdenes de nadie, ni mucho menos tuvo que dar explicaciones o pedir disculpas por sus actos.

La señorita Reeves esperaba con la paciencia de un santo a que respondiera, pero su postura serena y el hecho de que su cuerpo se hubiera anclado al asiento daban a entender que la contestación no era opcional.

La maestra no se iría de allí sin una respuesta.

—Nos han encontrado en una situación comprometida, no lo niego, pero no de la manera en que pueda pensarse —explicó él en vista de que Clarissa no pensaba colaborar.

La joven había pedido una copa de champán nada más llegar a la propiedad, y ni la señorita Reeves ni la señorita Vallans, quienes los habían escoltado a un lugar seguro, se habían visto en condiciones de oponerse.

En el fondo, todo el mundo necesitaba un trago.

No había ocurrido una debacle semejante bajo el mandato de la escuela en cien años de historia.

—La señorita Simms estaba forcejeando con la puerta de mi carruaje cuando yo llegué —prosiguió Nile—. Estaba yo insistiendo en conocer a qué se debía su... sospechoso empeño por huir, cuando el vestido se le enganchó en la puerta. Entonces, vi que se hallaba en unas condiciones pésimas, y...

—Entonces no ha sido usted el responsable de su mejilla amoratada —sentenció la señorita Vallans. Dejó de caminar de un lado para otro de la habitación y, con la mano apoyada en el respaldo del asiento de Sarah Reeves como el severo esposo de un retrato familiar, lo acusó con la mirada.

Nile se envaró.

—Por supuesto que no —respondió Clarissa en cuanto él separó los labios. Seguía con la mirada perdida en el ventanal, a través del que solo se percibía la oscuridad de la noche—. Corroboro el relato de milord.

Nunca pensó que tendrían que darse aquellas circunstancias para que Clarissa le diera la razón. O para que se refiriera a él con respeto, y no tratándolo de Haverford como sus colegas de White's.

El silencio de las maestras posterior a la declaración de la joven desesperó a Nile.

—¿Nadie va a preguntarle quién ha sido el agresor? —Alternó una mirada entre las señoritas

Reeves y Vallans—. ¿No les parece relevante para el tema que nos ocupa, o una cuestión prioritaria de seguridad?

—Un desconocido me asaltó cuando salí a tomar el aire —atajó Clarissa—. Eso es todo.

«Y un cuerno», estuvo tentado de decir Nile. Pero los ánimos de los presentes, el suyo incluido, ya pendían de un hilo como para enzarzarse en una discusión por la verdad. Se resignó a no insistir, en parte sabiendo lo que le esperaba si contrariaba los deseos de la muchacha. No mucho rato antes, había descubierto, y no por las buenas, que presionando a la señorita Simms no se llegaba muy lejos.

—Comprenderás, aun así, que no os podéis ir de rositas —prosiguió la señorita Vallans, mirando a Clarissa con una mezcla de cautela y decepción. Todo apuntaba a que la maestra se había creído la historia tergiversada por las chismosas de las patronas, las que al final del día, como unas caprichosas nornas, tenían el destino de cada debutante en sus manos—. Lo que procede en estos casos es anunciar un matrimonio, y, tras valorarlo en privado, se ha decidido que este y no otro sea el camino que la escuela tomará para evitar crueles habladurías y salvaguardar la honra de la señorita Simms.

Clarissa y Nile alzaron la barbilla hacia ella al mismo tiempo. La primera, con aparente indiferencia; él, con absoluto espanto. Conociendo las normas por las que se regían las altas esferas, habría sido una ingenuidad esperar otro tipo de resolución, pero, al verse al borde de la caída en desgracia, jadeó:

—¿Disculpe?

—No, discúlpeme usted a mí —replicó la señorita Vallans, encarando a Nile con acritud. Nadie diría que una mujer con un aspecto tan frágil, como el de una de esas preciosas muñecas de porcelana con tirabuzones rubios y mirada prístina que regalaban a las niñas de buena familia, sería capaz de acobardar a un hombre hecho y derecho valiéndose llanamente de un tono adusto —. La escuela de señoritas de lady Mabry se esfuerza cada año por darle a sus alumnas un debut para el recuerdo, y no pensamos permitir que la reputación de la señorita Simms se vea afectada porque usted quiso meter las narices donde no le llamaban.

Nile se quedó de una pieza al escuchar su interpretación de los hechos.

—Perdóneme, señorita Vallans —trató de replicar, cada vez más anonadado—, pero fue Clarissa quien se metió donde no le correspondía al forzar la cerradura de mi carruaje.

—Si la llama por su nombre de pila, debe de haber alguna familiaridad entre ustedes —apostilló la señorita Reeves, que prefería verlo desde un punto de vista positivo. Incluso sonreía con la burda esperanza de, en un dramático giro de los acontecimientos, haber unido en matrimonio a dos almas gemelas.

—Estaban en plena calle y a la vista de todos, y usted decidió quedarse hablando con ella sabiendo a lo que se exponía —le recriminó la señorita Vallans—. No se encontraban en una biblioteca con la puerta cerrada, milord, sino en una zona de tránsito. No pretendo que pague por su malicia, pues sospecho que actuó según le pidió el honor, aunque en el proceso cometiera una negligencia. Pero tendrá que responsabilizarse de la previsión que brilló por su ausencia.

—Entonces sabe que me está haciendo pagar un alto precio por mi descuido. Sabe que el compromiso con la señorita Simms sería un castigo para mí —repuso con los hombros tensos, sosteniéndole la mirada en todo momento.

Lavinia Vallans entrelazó los dedos sobre el regazo y le dirigió una mirada contrita. Por fortuna, no lo malinterpretó como un desprecio a Clarissa, sino como lo que era: un recordatorio de que él ya estaba, en cierto modo, comprometido.

—Conozco su situación con respecto a la señorita Wargrave, y lamento de corazón truncar su

futuro de esta manera, pero se ha tomado la decisión que era mejor para todos nosotros. Incluso para Rebecca. Ni siquiera hemos tenido que inventarnos una historia de amor. Para cuando el rumor llegó a mis oídos, ya se estaba dando por hecho que la señorita Simms y usted llevaban comprometidos en secreto desde antes de su debut.

—No había otro modo de salvar la situación, milord —se justificó Sarah Reeves—. Les cazaron a solas, manteniendo el contacto físico, y las enaguas de la señorita Simms quedaban a la vista. Y ha sido en la noche más importante de la temporada, estando incluso la reina presente. —Le dirigió una sonrisa triste—. La verdad, milord, debería dar las gracias por que su majestad se lo haya tomado como una anécdota para el recuerdo y no como un falta de respeto hacia ella.

Nile comprendía las implicaciones de lo ocurrido y sabía en lo más hondo de su corazón que estaban en lo cierto. No había otra manera de proceder que la que habían elegido para proteger a la señorita Simms del escarnio, y a él, de la reputación de calavera sin escrúpulos. Si hubieran seguido adelante como si nada, el conde de Bellingrath habría tenido que tolerar que se dijera que su esposa no era pura, y Rebecca se habría visto obligada a soportar que se comentara que su marido tenía un idilio con su antigua compañera de la escuela.

Ni uno solo de los mencionados podría haberlo aguantado... A excepción de, quizá, la más afectada de la historia: la propia señorita Simms, que seguía sorbiendo de su copa como un pajarillo, sumida en un silencio que resultaba inquietante.

—Lo comprendo —acotó él al fin, sabiendo que no correspondía decir otra cosa—. Pero me gustaría saber cómo se va a tratar el hecho de que yo estuviera cortejando a la señorita Wargrave. —Miró de reojo a Clarissa—. Y cómo se explicará la implicación de Bellingrath en toda esta historia.

—Como ya le he dicho, se ha vendido como una historia de amor —explicó Lavinia, alisándose las arrugas de su magnífico vestido de noche color púrpura. Realzaba el dorado blanquecino de su cabello y el celeste grisáceo de sus ojos—. Usted acudía a la escuela en nombre del honorable Harding Wargrave para contarle a posteriori cómo se encontraba su hermana, a la que, de todos modos, siempre le ha tenido usted el cariño inocente de un primo carnal. De paso, le prestaba una visita a su verdadero interés romántico, la señorita Simms. Se estuvieron viendo en secreto para no contrariar los deseos de la familia de Clarissa, que no eran otros que casarla con el conde, pero con la complicidad de la escuela. De esta manera, Rebecca no sufrirá el revés.

—¿Y Bellingrath?

—Bellingrath no es alumno de la escuela —acotó la señorita Reeves con su tono cantarín. A Nile le dio la impresión de que estaba siendo desdeñosa, pero era imposible saberlo cuando su rostro seguía expresando la más pura de las amabilidades—. Por tanto, no es nuestra obligación cubrirle las espaldas.

Clarissa se estremeció de pronto. Lavinia, pendiente de las necesidades de las jóvenes a su cargo, tomó una de las mantas que descansaban sobre el respaldo del diván cercano y la ayudó a cubrirse en un gesto maternal.

A Nile le sorprendía que las maestras, más allá de ocuparse del pequeño inconveniente, se mostraran comprensivas con la afectada. Entendía que se tomaran la molestia de blindar la reputación de su institución. Era una cuestión de imagen, y se estaban jugando el empleo. Pero, además, percibía el cariño y la compasión hacia Clarissa. No había juicio alguno en que hubiera intentado escabullirse, ni tampoco la reprendían como le habría correspondido a una madre. Ni siquiera exigían saber por qué diantres había tratado de huir.

Visto lo visto, los padres de las alumnas depositaban tanto dinero en Arlington Abbey que el

profesorado no tenía derecho siquiera a acusarla de imprudente.

Esa era la menor de sus preocupaciones, sin embargo.

—¿Dónde está la señorita Wargrave? —preguntó Nile. Se dijo que ya se ocuparía de averiguar cómo se sentía él mismo respecto al cambio de novia una vez hubiera hablado con Rebecca—. ¿Sabe...? ¿Sabe lo que ha ocurrido?

—Estaba en el salón cuando el relato del incidente se esparcía como la pólvora, así que es cuestión de tiempo que se entere —contestó Lavinia—. La fiesta aún se alargará un par de horas, pero si ha sido su deseo venir enseguida a Mabry's Place para confrontarle, la maestra de guardia se lo habrá concedido y estará al caer.

—Entonces sabe que estoy aquí.

Sarah asintió con la cabeza. Fue a decir algo más, pero las puertas del salón se abrieron de golpe y una despeinada y llorosa Rebecca hizo acto de presencia, escoltada por un par de alumnas y una maestra con el rostro demudado.

Nile se puso en pie enseguida con un nudo en la garganta, pero Rebecca no fue hacia él, sino hacia Clarissa. La obligó a levantarse tirándole del cuello del vestido con violencia, y aunque no la abofeteó, su mirada le hizo algo aún peor.

—Sabía que acabarías arrebatándomelo —siseó con un tono de ultratumba que Nile nunca le había escuchado—. Era lo que querías desde el principio, ¿verdad? Lo deseabas para ti y por eso con él no te comportabas como la mosquita muerta que eres; por eso lo perseguías guardándote bajo la manga las respuestas más ingeniosas, las que podrían hacerlo adicto a ti. —Como resultado de los temblores que se habían apoderado de su cuerpo, su voz empezó a entrecortarse —. Parece que no tenías suficiente con andar acostándote con tu prometido, que también necesitabas al mío. No eres más que una sucia fulana... ¡Mírame! —le gritó, y su aullido estuvo a punto de alterar los cimientos de la casa. Clarissa alzó la barbilla con la mirada perdida—. Eres una furcia insaciable y me las vas a pagar, ¿me has entendido? Me las vas a pagar. Nadie me arrebata lo que me pertenece, nadie me...

—Ya basta, Rebecca —la cortó Lavinia con sequedad.

Como si acabara de darse cuenta de la gravedad de sus palabras y de que tenía público, Rebecca se llevó una mano al vientre y dio un paso atrás, tan mareada que parecía que vomitaría en cualquier momento. Sus ojos verdes, más verdes que nunca por el trance de no querer creerse lo que estaba pasando, vagaron por el espacio hasta detenerse en la figura de Nile, que la observaba con el aliento contenido.

La barbilla de Rebecca tembló, anticipando un llanto desconsolado. Tenía los mechones fuera del moño, y los surcos de las lágrimas que ya había derramado habían creado un efecto con el que daba la impresión de lucir distintos tonos de piel.

Nile no la había visto tan desvalida jamás, y quiso acercarse a abrazarla, pero en cuanto avanzó el primer paso, ella reaccionó como si le tuviera miedo. Se dio la vuelta y huyó del salón en desbandada.

Él no se conformó con que se hubiera desahogado con Clarissa y la siguió.

La alcanzó en la acera, unos segundos antes de que alargara la mano hacia el carruaje de la familia Wargrave. Tuvo que agradecer que estuviera demasiado débil para encaramarse al interior, y para evitar que Nile la abrazara por la espalda.

—Becks, no ha pasado nada —le prometió en voz baja, aprovechando que estaba callada. Estrechó su cuerpo laxo tratando de reafirmar sus palabras—. No ha sucedido nada entre ella y yo. Ha sido un accidente... ¿Me estás escuchando?

Como no respondía, le puso las manos sobre los hombros y la hizo girarse.

Rebecca no reaccionó ni tampoco despegó la barbilla del pecho.

—Ni diez minutos... Ni diez minutos —empezó a repetir en una letanía. Había clavado la mirada en el suelo—. No has tardado ni diez... ni diez minutos en incumplir tu promesa y en ir a buscarla... Ni diez minutos. Me he dado la vuelta y ahí estabas tú... Ahí estabas...

—No ha sido como lo cuentan, Rebecca —insistió, agobiado—. Tienes que creerme.

—¡¿Qué demonios voy a creerme?! —le gritó, levantando la cabeza de pronto. Le asestó un primer puñetazo en el pecho—. ¡Ni media hora antes me habías estado diciendo que te sientes atraído por ella, que iniciarías con ella una relación que no te imaginas teniendo conmigo, que ella te inspira sentimientos que jamás podrías desarrollar por mí!

—Eso no es lo que dije —se defendió con un hilo de voz.

—¡Eso era lo que querías decir! —le recriminó entre sollozos—. ¡No importa que no le pusieras palabras!

—¿Y no importa tampoco que no lo haya hecho? Hay una diferencia entre pensar y llevar a cabo, Rebecca, y eso es lo que quiero que comprendas. Ha sido un gran malentendido.

—¿Un gran malentendido? ¿Un malentendido que puedes deshacer para dejar de estar comprometido con ella? ¡Comprometido con ella! —repitió con los ojos como platos. Empezó a jadear, al borde del infarto. Nile tardó en darse cuenta de que se suponía que estaba riéndose, histérica—. Estás... comprometido con... con Clarissa Simms... con Clarissa Simms, Dios mío. Clarissa Simms, entre todas las mujeres...

—Becks...

Intentó tomarla de la mano, pero ella se zafó de él con un movimiento brusco.

—No te atrevas a tocarme —le advirtió con el dedo índice en alto—. Ni te atrevas a dirigirte a mí o a mi familia... ¡O a mi hermano! Dios santo, prepárate para cuando Harding se entere. Ha abandonado la velada en cuanto ha visto que me desenvolvía con naturalidad y no necesitaba su apoyo, pero esta misma noche sabrá lo que has hecho... y te matará con sus propias manos.

El corazón se le rompió al oír la amenaza.

En ningún momento le cupo la menor duda de que su relación con los Wargrave acababa de tocar a su fin. Lo aceptó tan pronto como las patronas alzaron sus lamparillas de gas y se vio acorralado entre Clarissa y el deber de un caballero. Y, aun así, aunque estaba destinado al duelo con Harding y condenado al desprecio eterno de Rebecca, había querido albergar la ingenua esperanza de que lo perdonarían. De que los Wargrave seguirían siendo sus aliados.

Los Wargrave, que desde los doce años habían sido su única familia.

Había compartido con Harding la habitación en el colegio, en la universidad. Se adentraron en el mundo de las mujeres a la vez, llegando a compartirlas en la misma sesión durante interminables noches de libertinaje. Harding estuvo cogiéndolo de la mano cuando murieron sus padres, y fueron los suyos quienes se hicieron cargo de los destrozos que quedaron de quien una vez fue Nile Inglefeild.

Rebecca, aunque aún era demasiado pequeña, también le ofreció consuelo a sus tiernos cinco años. También estuvo presente en las tardes de *vingt-et-un*, oliendo con curiosidad cada uno de los alcoholes que cataban los mayores, pero aún entonces adolescentes, a espaldas del barón; estuvo en cada cumpleaños, Navidad y aniversario de la pérdida de sus padres.

Harding y Rebecca eran su única familia.

Acababa de quedarse huérfano.

Por segunda vez.

—Soy consciente de que soy quien sale más perjudicado —atinó a decir Nile.

—¡De eso no te quepa la menor duda! —le espetó ella con un desprecio que le perseguiría

toda la vida—. Más que nada porque te vas a casar con una arpía miserable. La he oído en mil ocasiones hablando con sus queridas amigas sobre lo mucho que odia a Bellingrath, sobre lo poco interesada que estaba en casarse con él. Lo iba a hacer por el dinero, porque costea los caprichos de sus padres, pero ha tenido que verte a ti y pensar que eres mejor partido, y que solo podría librarse de su actual prometido armando un escándalo como este.

—No creo que sea como lo pintas, Rebecca —repuso Nile, aunque no muy convencido. Empezó a marearse—. La señorita Simms no es tan retorcida.

Ella soltó una carcajada envenenada.

—Ahora incluso la defiendes, cuando lo más probable es que te haya tendido una trampa. No será tan retorcida, pero, desde luego, sabe lo que le conviene. Te convendrá tenerlo presente cuando empiece a vivir en tu casa. Vas a tener bajo tu techo al verdadero enemigo, Nile —sentenció con la barbilla alta. Lo miraba con los ojos entrecerrados, como si fuera un vil gusano. Quizá lo fuera—. Que te aproveche.

Dicho aquello, se subió en el carruaje con el impulso que le dio el odio.

Segundos después, el carruaje se perdía por la calle principal.

Nile se quedó donde estaba con la sensación de que el cuerpo le pesaba más que nunca y, a la vez, no volvería a estar tan ligero de cargas, tan vacío. Porque Rebecca se llevaba consigo el futuro que siempre había sabido que necesitaría abrazar para no volverse loco... y a la única familia que le quedaba.

Capítulo 9

Todo se decidió en apenas quince minutos.

Nadie pidió la opinión de Clarissa en ningún momento.

Nunca le pedían opinión, en realidad.

Nadie.

Lord Nile Inglefeild y ella se casarían en tres días gracias a una licencia especial obtenida de urgencia. A los medios que estuvieran interesados en conocer el desenlace de la escandalosa historia, se les hablaría de una discreta y romántica ceremonia en la propiedad del marquesado de Haverford, situada al suroeste de Inglaterra. Allí residirían durante su luna de miel y los meses que restaran de verano para protegerse de las crueles habladurías de la capital. Cuando la aristocracia se olvidara del escándalo, podrían regresar como una pareja de jóvenes enamorados. Hasta entonces, permanecería encerrada, si no en la cárcel de su cuerpo, por lo menos entre cuatro paredes que le eran desconocidas y donde ni siquiera contaría con sus amigas como distracción principal.

A la mañana siguiente, Clarissa partiría en carruaje con su prometido a Bloom's Park, la magnífica propiedad campestre de la que ahora sería marquesa. Lo único que la consolaba era saber que ahora que había caído la noche y todos los habitantes temporales de Mabry's Place se habían ido a la cama, no tendría que enfrentarse a nuevos e indeseados reproches: ni Bellingrath se había asomado por allí, ni mucho menos sus padres, que de todos modos sabía lo que dirían. Lo único que les importaba era el dinero, y conociendo la asignación anual de Nile, debían de saber dondequiera que estuviesen que él les proveería de todo lo necesario para garantizar su supervivencia.

Incluso más de lo que podrían soñar.

Esas habían sido todas las instrucciones.

Le habían quedado meridianamente claras.

Clarissa apagó la luz de la última vela prendida, notando el cansancio en los huesos, y se introdujo bajo las sábanas con la rigidez que no la abandonaba. En cuanto apoyó la mejilla en la almohada, cerró los ojos y empezó a temblar. Hizo cuanto pudo para que no fuese notable, y trató de bloquear los recuerdos más recientes: la advertencia de Rebecca, la cara desencajada de Nile al verse atrapado en un matrimonio con ella, el modo en que Bellingrath se había desquitado con ella para cerciorarse de que no volvía a desairarle.

Una lágrima rebelde escapó de su autocontrol, pero esta vez no se apresuró a secarla, como acostumbraba a hacer para intentar mostrarse sólida incluso ante sí misma. Permitió que el dolor y la desesperación se fueran apoderando de ella hasta anestesiar sus sentidos.

Estaba empezando a hacerse a la idea de que no lograría conciliar el sueño cuando se percató de que una figura ágil se infiltraba en su dormitorio, andando de puntillas, y tiraba de un extremo de la sábana para deslizarse a su lado. Se acomodó en la misma postura de rezo compungido, tendida de costado con las manos entrelazadas y las rodillas recogidas.

Era Primrose. Reconocería su perfume de campanillas en cualquier parte.

La única luz que entraba por la ventana, rayos de luna y destellos de farolas, recortaba su silueta, pero sumía su rostro en el misterio.

De poco servía la enigmática iluminación para ocultar su padecimiento. Clarissa sabía que su

amiga estaba conteniendo las lágrimas de impotencia por ella.

—¿Te duele mucho? —preguntó en voz baja, rozándole el borde de la mandíbula con el dedo —. La señorita Reeves me ha contado que has... que has sufrido una agresión.

—¿Acabas de tartamudear? —replicó Clarissa en su lugar, improvisando un tono desenfadado. Pero no tenía energía para bromear, y se acabó rindiendo al desamparo continuando con abatimiento—: Pensaba que eso de que podías perder tu magnífica oratoria según el momento era una leyenda urbana.

—En el caso de que algo pudiera entrecortarme la voz, y ambas sabemos que eso no es posible —repuso Prim con afán informativo, captando de inmediato el mensaje: no quería que la compadeciera—, ¿no te parece que el hecho de que hayan herido a mi amiga me haría susceptible al balbuceo? Ni siquiera yo logro reunir las palabras adecuadas para ofrecerte un digno consuelo.

—No hace falta que lo intentes. Ya no se puede hacer nada para remediarlo.

Una brisa fría la sorprendió por la espalda, señal de que alguien había levantado la sábana por detrás. Un brazo protector la rodeó por la cintura, y enseguida notó el peso de una barbilla presionando su hombro.

—Podemos darle una paliza al hijo de puta ese.

—Verity, por Dios —suspiró Prim.

—¿Wit? —musitó Clarissa, haciendo amago de girarse. No necesitaba verla para saber que era ella: le había llegado una ráfaga de su aliento con olor a oporto. Era bien sabido que a Verity le gustaba tomarse una copa con su padre cada noche antes de irse a dormir, y que era un ritual que habían mantenido incluso en la distancia, estando él en Londres y ella en Kent—. ¿Qué haces aquí? ¿No estabas con tu familia?

—«Estaba» es el verbo perfecto para conjugar esa oración. Ahora estoy contigo. Siempre estoy contigo, de hecho, aunque sea en sentimiento —añadió con el dramatismo que imprimía sin querer a su tono en situaciones límites.

En estos casos, quienes no la trataban a menudo la acusaban de banalizar los problemas con su cinismo, pero ella ni siquiera se daba cuenta de cómo sonaba.

Clarissa y Primrose la conocían lo suficiente para incluso reírse con su teatralidad.

—¿Por qué? —inquirió la afectada—. ¿No decías que echabas de menos a tus padres?

—¿Y qué? ¿Se suponía que tenía que seguir jugando a las cartas a sabiendas de que el mundo se desmoronaba a nuestros pies? —Wit solía emplear el plural mayestático para darse aires, pero esa vez lo hizo como un gesto de generosidad. Se incluía en el dolor de Clarissa, como si fuera el suyo también—. He venido en cuanto me he enterado.

—¿De que me voy a casar con el conde de Haverford?

—De que te han dejado la cara como a un cristo, Clary. ¿Quién ha sido?

Clarissa no se atrevió a pronunciar su nombre, aunque por primera vez en mucho tiempo, su primer impulso fue sincerarse y no retraerse; hablar por fin con claridad y no apartar a sus seres queridos, como si no los creyera a la altura de las circunstancias.

Su repentino deseo de abrirse la cazó con la guardia baja y la dejó estupefacta, pero entendió lo que significaba. Y es que ya no estaba a merced de Bellingrath. Se había librado de él. Probablemente enfureciéndolo en el proceso y arrastrando a Nile consigo, pero ya no estaría nunca más entre sus garras.

Todo había acabado, comprendió Clarissa. Por eso podía mencionarlo.

Primrose interpretó su silencio como un mal presagio. La voz no le tembló, pero sonó angustiada al musitar:

—Clary... ¿Qué ha estado pasando todo este tiempo mientras nosotras no mirábamos? Porque ha ocurrido algo, ¿verdad? El incidente no ha sido aislado. Si lo fuera, no hablarías de ello con la resignación de la costumbre.

Tan rápido como el alivio la había invadido, se marchó, dejándola a merced del nudo en la garganta que le formó tan concreta pregunta.

Clarissa se encogió, aferrándose con más fuerza al borde de las sábanas.

Prim le rodeó los puños crispados con la mano, esa mano permanentemente fría pero cálida a la vez; más cálida que ninguna, en realidad. Wit no necesitaba tocarla, en cambio. Tenía el poder de abrazar con su envolvente presencia, que a ratos asfixiaba a quienes compartían espacio con ella. Pero por si acaso lo necesitaba, y para aclarar sus intenciones, la estrechó con esa fuerza desmedida que no sabía ni quería aprender a controlar.

Clarissa cerró los ojos, temblando de miedo, de rabia, de dolor.

—Él... —consiguió articular. Su confesión salió como una exhalación—. Me hacía daño.

—Lo voy a matar —sentenció Verity con voz de ultratumba—. Ya sabía yo que ese maldito viejo no era trigo limpio. Un hombre que se empecina en casarse con una muchacha que podría ser su nieta no puede traer nada bueno. Hay que hacer algo —determinó, perdida en fantasías de venganza—. ¿Quieres que hable con mi padre? Lo aniquilará en una visita, y sin utilizar las manos. Es su mayor don.

—Wit —interrumpió Prim con suavidad. Se había incorporado para proteger a Clarissa de la débil luz que se filtraba entre las cortinas. Le acariciaba la melena suelta con delicadeza y ritmo, como si le estuviera cantando una nana—, no es el momento.

Clarissa se sorprendió al oír el tono sereno de Primrose.

Siempre había pensado que, de llegar a conocer su situación, le haría preguntas que no estaría en condiciones de responder, como por qué no había pedido ayuda, si sus padres no lo sabían, cuándo comenzó a mostrarse violento, de qué tipo de violencia estaban hablando...

Pero no hubo ni una sola.

Prim relegó a otro momento su brillante capacidad discursiva y se limitó a desenredarle los nudos del pelo con los dedos, ahora convertidos en las púas del cepillo más placentero del mundo.

El hecho de que Wit se callara, de acuerdo con la decisión de Primrose, terminó de conmover a Clarissa. Verity Burton jamás acataba órdenes, ni mucho menos si estas exigían el sacrificio de su silencio. Y fue precisamente ese silencio sacrificado y cómplice el que Clarissa decidió utilizar para disculparse.

—Siento no habéroslo dicho antes. No sabía qué estaba pasando, ni si tenía derecho a quejarme, ni si exageraba, ni si era una desagradecida por todo lo que Bellingrath ha hecho por mi familia, ni... —Hizo una pausa—. Creía que tú me verías como una blanda porque no dejas de preguntarte cómo se sentirá que un hombre te envuelva con su brazos, Wit.

—Pues claro que me pregunto cómo se sentirá que un hombre me envuelva con sus brazos. ¡Un hombre, Clarissa, no una momia tullida! —exclamó, ofendida. Luego cayó en la cuenta de lo que implicaban sus palabras y vaciló—. Un momento. Quieres decir que Bellingrath... que ha habido...

Clarissa presionó los labios, temiendo que pronunciara en voz alta las palabras que sentenciarían oficialmente su humillación.

Pero Verity no supo qué decir.

¿Y cómo iba a saberlo? Vivía tan sumida en su propio mundo que apenas se percataba de lo que sucedía a su alrededor, y, de todos modos, Clarissa se había cuidado de cubrir las marcas que

Bellingrath dejaba cambiándose de ropa cuando nadie miraba o fingiéndose enferma hasta que los dolores se iban. La única que la había cazado en un par de situaciones comprometidas era Rebecca: la pilló huyendo del salón donde se había citado con Bellingrath con el vestido desacomodado e intentando aplicar polvos de maquillaje a las rojeces de sus besos.

—No es necesario que profundicemos —acotó Primrose con parquedad.

Su intervención empequeñeció a Clarissa.

—También pensé que tú... Ni se me pasó por la cabeza que pudieras juzgarme, Prim, pero eres cuáquera y sé que esta no es la clase de historia que quieres o puedes oír sin escandalizarte.

En lugar de ofenderse, sintió que la muchacha sonreía con tristeza en la oscuridad.

Primrose se inclinó sobre Clarissa y la besó en el nacimiento del pelo.

—Dos de las bases del cuaquerismo son la Paz y la Verdad. Si contármelo te hubiera proporcionado paz alguna, o si a raíz de una confesión sincera hubiese podido ayudarte, para mí habría sido un honor convertirme en tu fiel escucha. Además..., es cierto que aprecio a los Amigos[2], pero quiero aún más a mis amigas. —En la pausa que siguió, Verity y Clarissa pudieron escuchar cómo tragaba saliva—. No le digáis a mi iglesia que he hecho semejante comentario.

—Descuida, no me acercaría a tu iglesia ni borracha —bufó Wit. Aún no había entendido (o no había querido comprender) que aquellos comentarios insensibles irritaban a Primrose, o quizá sí lo sabía pero conocía aún mejor a su amiga y estaba convencida de que acabaría acostumbrándose a aquel defecto de su carácter, como ya había hecho con los demás—. ¿Y qué vamos a hacer? No quiero volver a poner sobre la mesa lo del asesinato, pero quizá otra palabra... ¿Quieres que «me encargue de él»?, ¿que «le haga morder el polvo»?, ¿que «lo deje seco»? ¡O mejor! —Ya incorporada por el arrebato de inspiración, dio un saltito en la cama—. ¡Que lo quite de en medio!

Clarissa soltó una carcajada que la sorprendió incluso a ella.

No podía recordar cuándo fue la última vez que se rio. Tal vez dejara de hacerlo cuando fue a pedirle ayuda a sus padres, a los que trató de explicarles la situación con Bellingrath, y descubrió que eran cómplices de lo que sucedía durante las visitas. Cuando comprobó que los Simms no podían ni mirarla a la cara, que hacían oídos sordos a sus súplicas llorosas, se desprendió de ella la última esperanza, y, con esta, se fue la habilidad para sonreír.

—Está claro que tengo que quedarme aquí —dictaminó Verity—. Solo yo puedo hacerte reír esta noche, y eso es justo lo que necesitas.

Se deslizó por la cama y la rodeó para acercarse a la única ventana del dormitorio. Prim aprovechó que se había apartado para susurrar:

—¿Quieres hablar de ello?

—No —admitió tras pensarlo un instante—. Creo que prefiero saber cómo ha ido vuestro debut. Os lo debo, sobre todo a ti. Eres la única razón por la que me he subido esta mañana al carruaje de Nile Inglefeild estando Rebecca con él —apostilló con amargura hacia lo ocurrido.

—No sabes cuánto lamento que tu sacrificio haya sido en vano. La reina cabeceó en mi dirección y no mudó el gesto al verme, y toda la sala interpretó con eso que yo me había ganado su respeto, pero, aun así... La velada no ha sido en absoluto agradable. Y la verdad que yo también preferiría no mencionarlo, si fuera posible —admitió con una débil sonrisa, perceptible en su tono de voz.

En cuanto se quedaron en silencio, oyeron los susurros cada vez más impacientes de Wit.

—Papá... ¡Papá! —repetía una y otra vez. No se detuvo hasta que recibió una respuesta verbal desde la calle: un gruñido más animal que humano—. Me voy a quedar con Clary. Ya te puedes

ir.

Prim se incorporó en la cama apoyando todo el peso sobre el codo. Clarissa no podía verla, pero se imaginaba su cara de pasmo. Estaba absurdamente enamorada de Desmond Burton, y, como aspirante a escritora, su admiración por su personaje y por la leyenda que giraba en torno a él le tenía sorbido el seso.

—¿Desmond Burton te ha traído hasta aquí? —jadeó—. ¿Te ha acompañado?

—Evidentemente. —Chasqueó la lengua, reafirmando la obviedad—. Una mujer no puede deambular por ahí fuera a altas horas de la madrugada, y eso lo sabe hasta mi padre, que de caballero tiene poco.

—Te he oído, Verity —oyeron que decía desde la calle.

Wit se rio por lo bajini.

—¡Te quiero, papi! —dijo con voz melosa antes de retirarse de la ventana dando saltitos, como una adolescente enamorada.

Era curioso el efecto Burton, sin duda. Algunas de las amigas de Wit intentaban impresionarlo, como si aún fuera un soltero muy solicitado; algo que no fue ni en su juventud por su falta de escrúpulos y su carácter arribista. Otras se quedaban paralizadas cuando lo veían, impresionadas por su planta y porque su sola expresión confirmaba la leyenda negra que le perseguía como una cola... o más bien como una capa, porque le daba un toque de misterio y distinción innegable.

Clarissa siempre había formado parte del segundo grupo.

El señor Burton era intimidante.

—Lo que me extraña es que te trajera desde su casa —reconoció Prim—, que, según tengo entendido, está bastante lejos de esta zona de la ciudad.

—Así que tienes localizado a mi padre, ¿eh? —se regocijó Wit con malicia—. Lamento amargar tus esperanzas de noviazgo, pero el señor Burton moriría por su esposa incluso si su esposa estuviera ya muerta.

—¡Por Dios, Wit! ¡No sé cómo puedes matar a tu madre! —la reprendió Primrose, perpleja—. ¡Aunque sea en un supuesto!

—Ya conoces a la señora Burton —desestimó con un ademán, volviendo a dejarse caer, esta vez cruzada, sobre la cama. Se tendió boca arriba con los brazos extendidos en toda su gloria egoísta: así impedía que alguna de las otras dos conociera la comodidad—. Se carcajearía de lo lindo si supiera que ando matándola en mi imaginación para que mi mejor amiga pueda acostarse con su marido.

—¡Witty! —Clarissa apostaba por que Primrose se había ruborizado hasta la raíz del pelo. Es decir: acababa de llegar al límite de vergüenza tolerable—. ¡Espero que no se te haya ocurrido hablarle a la señora Burton de mi... admiración por su marido!

—Por supuesto que no. Si lo hiciera, no te dejaría en paz. Para empezar, te sentaría a presidir la mesa, justo al lado de mi padre, y se dedicaría toda la noche a hacerle preguntas como: «¿No te parece que la señorita Insley está preciosa esta noche?». Luego brindaría por «lo joven y prometedora que es la velada», porque «la vida está llena de posibilidades», y por «las uniones más insólitas». Quizá insinuara durante la cena que está dispuesta a compartir los favores de su marido a cambio de un módico precio, como, por ejemplo, que se lo quiten de encima tan solo cinco minutos, porque la hastía que se pase el día persiguiéndola...

Wit no pudo seguir exponiendo el carácter de su madre y rompió a reír, y Clarissa estuvo a punto de seguirla. Conocía a Faith Burton lo suficiente para saber que, si podía divertirse a costa de los demás, no desaprovechaba la oportunidad. No era la más inocente de las aficiones, pero

solía hacer las delicias de cualquiera menos de la víctima.

—La próxima vez, me limitaré a mantener la boca cerrada —se quejó Primrose, lo más cerca que podía estar del enfado—. Me preocupaba que hubierais venido desde tan lejos, eso es todo.

—¡Si venimos de aquí al lado! Mi familia vive en Eaton Square, ya lo sabes, y estábamos celebrando mi puesta de largo a lo grande: jugando al *vingt-et-un*.

—¿A vuestra versión del *vingt-et-un*? —inquirió Clarissa—. ¿La que implica desnudarse?

—No somos bárbaros, por Dios. —Hizo una pausa—. La que implica sacarle la mayor cantidad de dinero posible al que tenemos al lado. Y las joyas. Y algunas prendas, pero ninguna muy significativa.

—Cristo redentor —murmuraba Prim, haciéndose cruces.

—¡Como si no quisieras ver a mi padre en su traje de Adán!

—¡No menciones a Adán en vano!

—¿Por qué? —inquirió con coquetería—. ¿También te gusta el primer hombre?

—¡A mí no me gusta nadie!

A Clarissa se le escapó una carcajada. Acabó transformándose en un suspiro de añoranza.

—Os voy a echar de menos —reconoció con un hilo de voz, cortando sin querer el aire informal de la conversación. Se arrepintió en el acto y quiso arreglarlo haciendo alguna aportación chistosa, pero el ánimo no la acompañó y permaneció sentada sobre la cama con los ojos llorosos.

Prim fue la primera en abrazarla.

—Iremos a visitarte —le prometió—. Haverford nos tendrá que poner un horario fijo para que no le interrumpamos mientras se echa la siesta.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Verity, emocionada—. ¡Tengo que confirmar que la leyenda es cierta y los padres egiptólogos de Haverford conservan una momia en perfecto estado en un pasadizo secreto!

Clarissa volvió a reírse, conmovida con sus esfuerzos por relajar la tensión.

Pero la mención de su futuro marido le formó un nudo en la garganta.

Apenas participó en la conversación informal que iniciaron las otras dos, tendidas sobre la cama y con la vista perdida en el techo. Aunque procuraron evitar a toda costa la boda y el estado de Rebecca —Verity debía de estar arañándose la cara para sus adentros, desesperada por conocer los detalles de la reacción de la señorita Wargrave—, Clarissa no pudo apartar de su pensamiento el hecho de que su segunda oportunidad se había dado en las peores condiciones.

Un nuevo futuro se abría ante ella, y si bien ponía punto y final a la muerte lenta y dolorosa que habría sufrido a manos de Bellingrath, no estaba segura de que la vida con Nile Inglefeild fuera a ser prometedora.

De hecho, su instinto le decía que hacía bien en tener reparos y no agradecer el malentendido, porque sufriría otra clase de castigo.

Capítulo 10

Nile se dio cuenta de la magnitud de lo ocurrido cuando se vio en el carruaje camino a Bloom's Park, acompañado de nada menos que de la silenciosa señorita Simms. Era cuestión de horas que renunciara a su apellido de soltera y tanto sus amistades como los miembros del servicio de la casa empezaran a referirse a ella como lady Haverford.

Clarissa Simms, y no Rebecca Wargrave, sería lady Haverford.

Aún no se lo podía creer.

Sentado frente a ella en el sentido contrario de la marcha, no podía sino estremecerse cada vez que la miraba. Aún no decidía si se debía a la preocupación por la vida que tenían por delante o a las palabras de Rebecca, que no habían dejado de retumbar en su mente desde que las pronunció con solemnidad.

¿Sería posible que Clarissa hubiera orquestado el malentendido para librarse de Bellingrath?

Temiendo volverse loco con la duda, Nile acabó por romper un silencio incómodo. Solo para él, pues no parecía que su acompañante fuera siquiera consciente de lo que sucedía a su alrededor.

En parte se le antojaba un delito alterar la relativa calma de una joven que había sido agredida. Cada vez que se fijaba en la mejilla hinchada, se estremecía de pura rabia, de angustia, de incomprensión.

¿Qué clase de animal haría algo así?

Después de haber dedicado parte de sus meditaciones nocturnas al misterio, resolvió que Clarissa carecía de motivos para mentir sobre lo sucedido. Debía de ser la primera persona interesada en que se hiciera justicia, a fin de cuentas. Además; ¿cuál era la alternativa a la violencia gratuita de algún infiltrado en el recinto de la fiesta? ¿Quién más podría haber empleado su fuerza de forma tan contundente en el mismo perímetro que la reina de Inglaterra? Sería descabellado acusar a cualquiera de los invitados, y, hasta donde Nile tenía entendido, Clarissa carecía de enemigos capaces de reducirla.

Aunque, en realidad, ¿qué sabía de ella?

Este desconocimiento le instó a actuar.

—No hemos tenido la oportunidad de hablar sobre lo ocurrido —comentó Nile con aparente indolencia, echando una ojeada por la ventanilla. Ya empezaban a alejarse del paisaje urbano para adentrarse en las vastedades de la campiña inglesa. Sería una visión encantadora si el cielo nublado y el torrencial que golpeaba el cristal como una lluvia de balas no la ensombreciera—. Las patronas, sus maestras y luego sus amistades imposibilitaron una necesaria conversación.

—¿Por qué «necesaria»? —replicó Clarissa con voz hueca, también con la mirada perdida al otro lado del cristal—. ¿Qué hay que decir al respecto?

Su cinismo le envaró.

—No sé, señorita Simms. Se me ocurre que podría explicarme qué hacía esa noche intentando meterse en mi carruaje; así podría entender algo mejor por qué me estoy viendo en esta situación ahora. Incluso podría llegar a comprenderla a usted. —Se reacomodó en el asiento sin apartar la vista de ella, temiéndose que Rebecca estuviera en lo cierto. Su actitud solo avivaba sus temores —. No me vendrá nada mal en el futuro. Ya sabe, para facilitar el trato conyugal.

Observó que Clarissa se tensaba, como si imaginarse relacionándose en buenos términos con

él le provocara una úlcera estomacal. Se arrebujó en el chal de fina seda translúcida que se había echado por los hombros.

—¿Qué importa lo que pretendiera? —musitó sin energía—. La conclusión es que nos encontraron a solas, y eso habría sucedido con independencia de las que fueran mis motivaciones.

—Su reluctancia a dar explicaciones solo la hace ver más culpable, señorita Simms —la acusó sin rodeos.

Su respuesta la sorprendió tanto que por fin apartó la mirada de la tormenta y lo encaró con una mezcla de sospecha e incertidumbre.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que había seis o siete carruajes en la acera, y usted se decantó por el mío. Y no me venga con monsergas, como que era el único sin blasón. Fue el coche que la trasladó de Kent a la capital esa misma mañana.

—Me halaga que me crea capaz de memorizar el interior y el exterior de cada vehículo en el que me subo, Haverford, pero le aseguro que no me percato de detalles insignificantes. Ni mucho menos en la oscuridad.

—A mí no me halaga en absoluto que me tome por idiota. Se percatara o no, sí debía saber tan bien como el resto de las compañeras de Rebecca que, en ausencia de su hermano, yo la llevaría a la fiesta en un coche que no delatara nuestro compromiso.

—¿Por qué habría yo de saber eso? —contraatacó con el ceño fruncido. Nile experimentó un extraño alivio al recibir su mirada fulminante. Era mucho mejor que su indiferencia—. ¿Acaso la señorita Wargrave es mi amiga íntima y me mantiene al corriente de en qué dirección da usted cada paso?

—No será su amiga, pero son ustedes rivales. Uno suele estar más presente en la vida de su enemigo que en la de su amigo. Sobre todo usted, que ya sabemos que siente debilidad por coleccionar odios.

Clarissa soltó una carcajada que podría haber congelado el landó.

—¿Asume que me complace protagonizar refriegas y ser el blanco de continuos desprecios porque no congenié con usted y nunca me he molestado en arreglarlo?, ¿o porque resulta que su querida Rebecca no me agrada en lo más mínimo? Puede que haya quienes se aburren tanto en su vida diaria que necesitan estar pendientes de lo que su enemigo hace o deja de hacer, pero le aseguro que la señorita Wargrave nunca me ha importado hasta ese punto.

—¿Ah, no? Porque cualquiera diría que se dejó cazar a solas conmigo para darle una lección. Un plan redondo, sin duda, porque le asestó el golpe de gracia.

Clarissa se quedó momentáneamente sin palabras. Cuando volvió en sí misma, tan solo sacudió la cabeza a caballo entre la incredulidad y la decepción.

—No se puede ni imaginar lo ridículo que suena usted ahora mismo.

Ser acusado de absurdo le enervó más si cabía. Su paciencia llevaba pendiendo de un hilo desde la noche anterior, y había estado sospechando que cualquier provocación podría conducirle a un estallido inevitable.

Aquel fue el detonante.

—¿Me va a negar que le haya importado un carajo perder los favores de Bellingrath? —espetó en voz alta, inclinándose hacia delante para hablarle a un palmo de la cara. Esa cara que le rehuía como si fuera irrelevante—. ¿Me tengo que creer que no se alegra de habérselo quitado de en medio?

Clarissa imitó su pose bravucona. Al tenerla cerca, se fijó en que tenía los ojos inyectados en

sangre. Dos bolsas purpúreas colgaban de la fila inferior de las pestañas, señal de que tampoco había podido descansar.

—Me alegraría si no lo hubiera conseguido a costa de prometerme con usted, que no es precisamente mejor.

—Espero que no piense que yo ando batiendo las palmas.

—Pues para estar tan consternado, poco le he visto hacer para solucionarlo. Podría haberse fugado con Rebecca a Gretna Green, si tanto la amaba. Podría haber desaparecido en mitad de la noche, subir a un barco destino al Nuevo Mundo y desentenderse de las dos; comenzar una vida que le resultara más satisfactoria. O podría, simple y llanamente, haberme rechazado como esposa. Le habría valido una pésima reputación de mujeriego, pero Rebecca se habría casado con usted de todos modos. Y si no, le aseguro que, tarde o temprano, cuando el escándalo hubiera quedado en el olvido, habría encontrado otra esposa.

—Parece ser usted muy consciente de que soy un buen partido, señorita Simms, o no hablaría con seguridad de mi facilidad para hallar candidatas. ¿Fue esa su misteriosa motivación a la hora de forzar mi carruaje? —la pinchó—. ¿O solo quería darme una romántica sorpresa cuando volviera de la fiesta? A lo mejor deseaba que la encontrara tendida entre los cojines, tan ligera de ropa como debía quedarse con Bellingrath.

Clarissa enrojeció hasta las puntas de las orejas.

—Yo a usted no pretendo ni jamás he pretendido complacerle en modo alguno.

—Pues gracias a su fantástica idea de anoche, no le va a quedar otro remedio, porque, por si no lo sabe, ha quedado vinculada a mí de por vida.

—Descuide, que le pondré remedio a eso ahora mismo.

Nile puso los ojos como platos en cuanto supo que no exageraba: Clarissa abrió la portezuela de un tirón y se bajó de un salto. El resultado fue inevitable. Como el coche no se detuvo, cayó sobre las manos y las rodillas, pero no pareció afectada al levantarse del barro que comenzaba a formarse en los márgenes del camino y emprender la marcha en el sentido contrario.

Él lo vio todo bajo el umbral de la puerta, hacia la que se abalanzó en cuanto creyó que se había partido el cuello.

—¡¿Se puede saber qué demonios hace?! —bramó desde el carruaje. Tuvo que entrecerrar los ojos para percibir su silueta bajo la copiosa lluvia. En tan solo cinco segundos, había calado el vestido de Clarissa hasta ceñirle las faldas a las piernas; piernas que se alejaban de él con visible impaciencia—. ¡Clarissa! ¡Venga aquí ahora mismo!

Como ella no parecía por la labor de obedecer, Nile le gritó al chófer que diera la vuelta para recogerla. Si el pobre Jones pensó que su prometida era una tarada de libro, no lo manifestó. Se limitó a seguir sus órdenes, a diferencia de Clarissa, que se había agarrado la falda con una mano para que no la molestara en su determinación de volver a Londres a pie.

En cuanto el coche estuvo a la altura de la fugitiva, Nile volvió a asomarse.

—¿Qué pretende? ¿Regresar a la capital andando?

—¿Por qué no lo intenta averiguar usted, que es el que tiene una imaginación desbordante? Si llegó a la conclusión de que forcé su carruaje para casarme con usted, no puedo esperar a conocer su creativo veredicto sobre mi decisión de arrojarme del landó. ¡Soy todo oídos! —bramó para que la escuchara por encima de la lluvia. Ni un rayo habría partido la tierra con tanta fuerza—. ¿Por casualidad no estará pensando que regreso porque quiero gritar a los cuatro vientos y en medio de la plaza que estoy comprometida con el más maravilloso de los hombres?

Nile apretó la mandíbula para contener una blasfemia.

—Muy bien, Clarissa, ya ha manifestado su disconformidad. Ahora puede volver a subir.

—Lo cierto es que estoy más cómoda aquí abajo —le espetó, pero enseguida la interrumpió un potente estornudo.

Nile enarcó una ceja, trasladándole un mensaje significativo.

—Ya veo lo cómoda que está. Va a coger una pulmonía.

—Mejor. Así le dejo viudo para que pueda volar a los brazos de la señorita Wargrave.

Su comentario, enunciado en tono venenoso, pudo con su voluntad de mostrarse razonable.

—¿Cuándo diablos he insinuado yo que la quiera ver muerta? —gimoteó, pasmado—. ¡Por el amor de Dios!

Clarissa frenó para enfrentarlo con la frente arrugada. Y empapada. El torrencial le había desbaratado el moño y su cabello caía como una cortina de agua sobre los hombros. Trató de apartarlo de la cara con un manotazo impaciente.

Jones, como si lo estuviera viendo desde el pescante, detuvo el carruaje.

—¿Y cuándo diablos he insinuado yo que desee casarme con usted? ¿Cómo demonios se llega a semejante conclusión? ¿Acaso no le he expresado en infinidad de ocasiones cuánto le desprecio? —le gritó.

—Sí, lo ha hecho. De acuerdo, Clarissa, tiene razón —respondió enseguida, alargando en su dirección la palma apuntando hacia arriba. Estaba empezando a inquietarle la situación. El camino estaba embarrado, y veía a Clarissa muy capaz de tropezarse y abrirse la crisma—. No volveré a insinuarlo.

Pero no se dio por satisfecha con la promesa. Reemprendió la marcha pisando cada vez más fuerte, tironeando de su vestido, que debía de pesar como un muerto.

—¡Desde luego que quería librarme de Bellingrath, pero no a costa de casarme con otro hombre que detesto! —siguió exclamando en voz alta, esta vez para sí misma—. ¡Si pudiera, no me casaría con absolutamente nadie!

A Nile le extrañó su rotunda afirmación. No le cupo la menor duda de que era sincera, pero tampoco pensó que estuviera mintiendo cuando, apenas cinco meses atrás, esa tarde que se conocieron en una velada de sociedad, Clarissa le habló de sus aspiraciones románticas y sus deseos de formar una familia.

Sabía que las mujeres jóvenes tendían a cambiar de parecer. Era la virtud de la juventud, ser maleable e indeciso. Pero esa alteración radical le descolocó. Habría jurado que aceptó la propuesta de Bellingrath porque ansiaba abordar cuanto antes el proyecto de la maternidad.

—Por desgracia, no podemos retroceder en el tiempo —le dijo en cuanto Jones logró situarse a la altura de la fugitiva—. Por más que se enfade y camine bajo la lluvia, no conseguirá huir de lo inevitable, que es que usted y yo pasaremos por el altar esta misma tarde.

No pudo evitar pronunciarlo con tono posesivo. Incluso le costó disimular cuánto se regocijó internamente al recordarle que sufriría tanto como él.

Nunca había sentido la necesidad de castigar a Clarissa, pero que le comparara con un hombre cuarenta años mayor que ella, que lo pusiera al mismo nivel que a un tipo al que no le importaba marcarla físicamente y convertirla en la vergüenza de la escuela, había tocado una fibra sensible y hasta el momento desconocida.

Pensó en Rebecca, que se habría casado con él con los ojos cerrados, quizá incluso a pesar del escándalo, y lamentó una vez más su destino.

—¿Pretende estar en Bloom’s Park esta misma tarde? Pues vaya dándose la vuelta o no llegará a tiempo —sentenció Clarissa sin detener la marcha. El viento que soplaba contra ella y la lluvia que caía en diagonal no la cansaban—. Yo, desde luego, si llego, no seré puntual, porque no pienso subir ahí por voluntad propia.

Nile se encomendó a Dios al oír su amenaza.

—No me puedo creer que tenga que rogarle a la mujer que me ha metido en esto que se suba al condenado carruaje —masculló por lo bajini.

Después de pensarlo un instante, decidió que la forma más rápida de atajar el problema sería ocupándose con sus propias manos. Se quitó la chaqueta y el pañuelo de cuello y, aprovechando que el carruaje había rebajado la velocidad para viajar a la par que Clarissa, saltó a la intemperie.

Ella no pudo disimular su asombro al verlo dispuesto a mojarse.

Nile la detuvo cogiéndola del brazo con firmeza. Procuró imprimir la mínima agresividad, pues lo que quería era convencerla de seguir el recorrido, pero Clarissa respingó de todos modos y lo miró con los ojos muy abiertos. Tenía el cabello pegado a la cabeza y el vestido completamente empapado. Ríos de agua corrían cuello abajo, por sus brazos desnudos y por su rostro, como falsas lágrimas en un rostro carente de expresión.

Seguía siendo tan bonita que, ante la estampa, un hombre no podía más que frustrarse.

—Ya he renunciado a Rebecca. Ya he elegido mi reputación. Ya no hay marcha atrás —deletreó—, así que vamos a casarnos tanto si le gusta como si no.

Observó que el fuego relampagueaba en los ojos de Clarissa, que le dirigían una mirada turbulenta capaz de encoger al dios más irascible.

—¿Por qué todo el mundo piensa que puede disponer de mí a su antojo? —gritó, y se deshizo de la mano que la sujetaba por el brazo con un tirón violento—. ¿No se le ha ocurrido pensar ni por un momento que a mí tampoco me complace esta situación?, ¿que yo también renuncio a lo poco que me queda, que es mi libertad?, ¿que mi reputación se ha visto asimismo afectada, y de peor manera?, ¿que, tal vez, casarme con el conde de Haverford no ha sido nunca mi deseo?

—Tampoco creo que sea una condena, ¿o piensa seguir ultrajándome como marido y como ser humano, cuando los dos sabemos que soy un pretendiente muy válido?

—Depende. —Clarissa se cruzó de brazos—. ¿Piensa usted seguir actuando como si fuera yo una víbora que desea arruinarle la vida, y que lo ha orquestado todo para hacerle miserable?

Nile la miró a los ojos, esos ojos tapados por el flequillo en cortinilla que ahora se le pegaba a la piel, y supo en ese preciso instante que había sido un necio al dejarse convencer por la rabia de Rebecca. Por más que quisiera tener en baja consideración a la señorita Simms, nunca podría haberla acusado de diabólica. No la veía capaz de una vileza semejante.

Lo peor de todo, y esto no lo admitiría ni bajo amenaza, era que sabía mejor que nadie que Clarissa no lo quería, no lo respetaba y ni siquiera lo deseaba. Nile lo comprobó de primera mano cuando la acorraló entre sus brazos en el jardín de Arlington Abbey y ella se estremeció. No sabía si de miedo, de repugnancia o por la impresión de que un hombre distinto a su prometido la tocara, pero una cosa tenía clara, y es que no había sido la reacción de una mujer ansiosa por su contacto.

Había sido más fácil para él creerse el cuento de Rebecca. Implicaba que Clarissa podría tener una razón, no necesariamente romántica, para quererlo a su merced. Y en el fondo le habría gustado que así fuera; que Clarissa lo necesitara por alguna razón, por retorcida que fuese.

—No —contestó al fin, poniendo la suficiente distancia entre los dos para que ella volviera a respirar tranquila—. No la acusaré de tal cosa. Plantearlo siquiera ha sido una majadería por mi parte, y me disculpo —agregó con un humilde cabeceo, sin perder de vista su expresión. Parecía un animal herido, pero aún con energía para defenderse—. Por favor, suba al carruaje y hagamos como si esto no hubiera pasado.

Clarissa permaneció donde estaba con los hombros tensos. Todo apuntaba a que nada habría podido convencerla de romper el silencio si no la hubiera sobrevenido un potente estornudo.

Cuando se recuperó frotándose la pequeña nariz con el dorso de la mano, un gesto poco femenino que a él le dio unas inexplicables ganas de sonreír, dijo:

—Por ahora no. Quiero seguir caminando.

—Pero ¿de qué diablos...? —Se cortó en cuanto ella le lanzó una mirada admonitoria. Le obligaba así a recordar que acababa de disculparse y que tenía que actuar en consecuencia—. No me puede pedir que la deje pasear bajo una tormenta, Clarissa. Puedo soportar que un matrimonio concertado como este pese sobre mi conciencia, pero no podré tolerar con el mismo estoicismo enterrar a la novia antes de la boda.

—¡Ni que a usted le importara un cuerno!

Nile se dejó arrastrar por un impulso incontrolable y la cogió por los hombros.

—¡Deje de jugar con mi paciencia! —le espetó, sacudiéndola—. ¿Se cree que es usted la persona que más sufre en el mundo?

—No creo que usted sea de los que padecen más aún —replicó con frialdad—, teniendo en cuenta que se ha librado de la señorita Wargrave.

Aquel ataque colmó su paciencia. Todavía agarrándola por los hombros, siseó en voz baja:

—Rebecca no era solo una opción conveniente, ni tampoco una cualquiera. Era la niña con la que he crecido, la amiga que me acompañó en mis pesares, y una mujer que me quería. Una mujer que podría haberme hecho feliz. Constituía un futuro loable y que ya estaba acariciando con mis propias manos cuando entró usted a desbaratarlo. Usted se ha librado de un demonio para ir a parar a los brazos de otro, y la acompaño en el sentimiento, pero yo he visto cómo mis sueños se desvanecían de un plumazo porque una estúpida egoísta pensó que podría ponerse a salvo a costa de mi libertad. Yo no he cambiado mi desoladora situación por una similar, señorita Simms. Yo he descendido del cielo para caer directo a los infiernos, y usted es la única responsable.

Daba por hecho que la obstinación natural de la joven le impediría comprender la magnitud de su desamparo, pero, para su sorpresa, Clarissa lo había escuchado con el aliento contenido y una sombra de bochorno en la mirada.

No pronunció palabra, aun así. Quizá porque ya estaba todo dicho.

En lugar de resguardarse de la lluvia entrando de nuevo en el carruaje, y teniendo presente la decisión de Clarissa, le hizo un gesto a Jones para que continuara la marcha. Sintiendo el curioso escrutinio de la joven, a la que no quiso volvió a dirigirse, Nile echó a andar en dirección a Bloom’s Park.

—Si no le importa, le haré compañía —determinó sin ninguna inflexión—, pero si vuelve a estornudar una sola vez más, la meteré ahí dentro a la fuerza. Le juro por Dios que lo haré.

Dicho aquello, se resignó a que Clarissa lo dejara rezagado. Y es que nadie podría haber igualado la velocidad con la que siguió caminando aun teniendo la naturaleza y el peso del vestido en contra.

Nile la siguió por detrás, procurando respetar su deseo de mantener la distancia y el silencio. Y en vez de maldecirla por exponerlo a contraer la gripe, pensó en la forma en que lo había mirado al arrojar sus reproches contra él.

Reconocería en cualquier parte aquel dolor profundamente arraigado al alma. Era el mismo del que el mismo Nile fue víctima siendo niño, y se caracterizaba por un solo detalle.

Era inconsolable.

Capítulo 11

Aunque él había tenido la última palabra, Clarissa acababa de abrirle los ojos a una realidad que no podía ignorar por mucho más tiempo. Y es que ella también estaba sufriendo con el desenlace de los acontecimientos.

Por primera vez desde que la conoció y decidió que la detestaría por sus chantajes, se compadeció de su situación tanto como lamentaba la suya propia, y lo hizo durante el enlace.

Nile nunca había albergado una idea muy clara sobre cómo sería su boda. Desde muy joven se resignó a casarse con una mujer apropiada que le permitiera cumplir con sus obligaciones para con el marquesado: mantener su reputación intacta y engendrar un heredero. No obstante, le quedaban escrúpulos para darse cuenta de que aquella ceremonia no era como ninguno de los dos la habría querido. Miraba a Clarissa y se daba cuenta de que habría agradecido la presencia de sus amigas tanto como a él le habría gustado que, a falta de sus padres, Harding estuviera presente.

Incluso Rebecca, aunque no pudiera ejercer el papel de novia.

Estaban solos en la parroquia más cercana a Bloom's Park, en el condado de Cornualles; concretamente al lado del pintoresco pueblo de Padstow. Se habían apeado del carruaje allí mismo, sin antes pasar por la finca, sin que Clarissa tuviera la oportunidad de ponerse un vestido que veinte años después pudiera rescatar del armario y acariciar con nostalgia.

Ante ellos, el hombre de Dios leía un fragmento de las Sagradas Escrituras para acto seguido administrarles el pertinente sacramento. Dos sirvientes de Bloom's Park, en concreto el mayordomo y el ama de llaves, se habían desplazado hasta allí con sus modestas galas para fungir de testigos.

Se percató de que Clarissa estaba temblando en cuanto la tomó de la mano. Intentó hacer contacto visual con ella, pero la muchacha tenía la mirada perdida en el suelo.

Los dos estaban empapados, tiritando de frío y quizá de algo más.

Nile no dejaba de preguntarse en qué estaría pensando. Él era consciente de lo trascendental que era aquel momento de cara al resto de su vida. ¿Lo sería ella?

O, mejor dicho, ¿lo sería a su pesar?

Nile no se alegraba de casarse con alguien distinto a Rebecca por los problemas en los que esto había derivado, pero que Clarissa no lo apreciara como el buen partido que era le inquietaba. Ya había superado la furia inicial y ahora solo le embargaba una desagradable desesperanza. Se había convencido de hacérselo pagar durante el comienzo del viaje, mientras ella estuvo callada y la imaginación de Nile pudo volar para sacar las peores conclusiones, pero ahora que sabía que Clarissa era una víctima, se preguntaba si no sería mejor demostrarle que se había casado con un hombre decente.

Se comprometió a interiorizar sus votos además de pronunciarlos con decisión. Por el bien de la convivencia conyugal que siempre había anhelado, se juró que Clarissa Simms cambiaría de idea sobre su persona. Le costaría olvidar las duras palabras que ella le había dirigido, pero si quería considerarse justo, habría de aceptar que toda ofensa dirigida contra él fue verbalizada en respuesta a su propia crueldad.

Miró a Clarissa, más enjuta y vulnerable que nunca con el vestido mojado y el pelo desordenado, y se dijo que podría haber sido peor. Al menos tenía a su lado a una mujer capaz de

defenderse de los ultrajes, que no lo trataba con condescendencia ni le obedecía como un manso cordero... y que lo había vuelto loco de pasión desde el día en que la vio.

No podía seguir ignorando la emoción pulsante que amenazaba con trastornarlo. Sí, existía un motivo burdo y meramente carnal por el que se alegraba de que Clarissa hubiera caído sobre su regazo. Quizá estuviera amargado, furioso consigo mismo, apenado por su familia, pero la única parte de él que no podía pensar de forma racional estaba desesperada por quedarse a solas con ella en el dormitorio. Tenía la sensación de que haberla anhelado durante tanto tiempo convertiría la noche de bodas en una de las mejores de su vida; que le daría sentido al daño que le habían causado a los demás con su inesperado matrimonio.

Se le hizo tan larga la espera que creyó que no podría soportarlo y la tomaría a las puertas de la mansión. En cuanto llegaron a Bloom's Park, una de las fincas más antiguas y mejor valoradas del condado, los criados se pusieron a trabajar para prepararles un baño por separado, una cena en condiciones y, por supuesto, la habitación principal.

Nile tuvo que pedirle al ama de llaves que dejaran el dormitorio que perteneció a sus padres tal y como estaba, y que en su lugar los acomodaran en la que fue suya.

—Pero en la de los difuntos marqueses estarán más cómodos, milord —repuso el ama de llaves, dubitativa. A Nile le sorprendió que le replicara. La criada sabía muy bien que él le profesaba un respeto aprensivo a las posesiones de los fallecidos. Esta se explicó al ver que no reaccionaba—: Quizá ahora que se ha casado sea el momento de romper con viejas costumbres, ¿no le parece?

—Tal vez cuando me case por segunda vez, señora Forbes.

El ama de llaves se resignó a obedecer.

Más adelante, Nile no recordaría nada de lo sucedido durante la cena. Estaba tan ansioso por averiguar cómo se daría la noche que apenas probó bocado. Los nervios le habían formado un nudo en el estómago. Cada tanto, lanzaba miradas hambrientas a Clarissa, situada en la otra punta de la mesa del comedor. Ella también andaba inquieta. Le costó siquiera tocar el primer plato. Se limitó a remover la sopa sin apartar la vista del mantel.

Por un momento, Nile pensó que mantendría la actitud apocada hasta el final, y que rehusaría cumplir con sus deberes maritales. Para su inmenso alivio, cuando llegó la hora de visitarla en el dormitorio adaptado para ella, situado justo al lado del suyo y conectado por una discreta puerta, confirmó de un vistazo que estaba al corriente de lo que sucedería.

Clarissa lo estaba esperando sentada en el borde de la cama.

Nile cerró la puerta tras de sí sin apartar la mirada de su delicada silueta. El cimbreo de los cirios que las criadas habían dejado prendidos creaba un efecto de luces caprichosas en el rostro ensombrecido de Clarissa. Esa era toda la iluminación: un par de candelabros.

Lo único que la muchacha había podido trasladar a Bloom's Park era el modesto baúl que contenía sus prendas de viaje, las que escogió para la puesta de largo: el vestido del debut, la ropa de viaje y el sencillo camisón con volantes que ahora llevaba puesto. El resto de sus pertenencias seguirían en Arlington Abbey hasta que un mensajero tuviera a bien hacérselas llegar.

Nile se detuvo delante de ella, que en ningún momento lo miró. Tuvo que tomarla de la barbilla y alzársela, y esperar con forzada paciencia hasta que Clarissa tragó saliva y se dignó a enfrentarlo.

—¿Sabes lo que va a pasar entre nosotros? —preguntó Nile con la voz enturbiada por el deseo.

Ella desvió la mirada al suelo, riéndose sin energía.

—¿Me lo pregunta después de haberme acusado de fulana siempre que ha tenido oportunidad? Cualquiera pensaría que me tiene por una Cleopatra, «la boca de mil hombres».

—No quiero discutir ahora mismo, Clarissa —la cortó.

—Por supuesto que no —musitó con sarcasmo. Habló tan bajo que Nile no la oyó—. Ahora me quiere tan dispuesta que incluso se digna a ser amable conmigo.

—¿Qué has dicho?

—Nada importante.

Él inspiró hondo.

—Supongo, entonces, que tus maestras te explicaron qué es lo que sucede en la noche de bodas. Dímelo si no es así, y seré yo quien te ilumine. No pretendo asustarte ni pillarte con la guardia baja. Entiendo que estés nerviosa, y me puedo imaginar que esto es novedoso para ti... Aunque sea en algunos sentidos —apostilló por lo bajini.

No quería ofenderla, pero se sentiría ridículo ignorando que Clarissa tenía experiencia. Daba por hecho que todavía era pura, aun así. Bellingrath se habría limitado a acariciarla y a pedirle que le tocara íntimamente, como era habitual entre los cortejos de los que Nile tenía constancia.

La posibilidad de estar equivocado le asaltó de todos modos, y estuvo a punto de preguntar para estar seguro, pero Clarissa dio por zanjada la conversación acotando con voz hueca:

—Sé lo que tengo que hacer.

Él también sabía lo que ella tenía que hacer. Había oído hablar de las instrucciones que madres, maestras y tutoras daban a las novias de cara a la noche de bodas. Eran las mismas que las prostitutas seguían con los clientes que no valoraban la iniciativa y preferían un rol dominante: tenderse sobre la cama, y hacer exactamente lo que el hombre ordenara.

En realidad, Clarissa estaba desempeñando su papel a la perfección. Nile suponía que solo estaba angustiada por el dolor que le habrían advertido que sentiría, o cansada por el traqueteo del viaje. Así pues, ignoró al presentimiento que le decía que algo no andaba bien.

Se acercó más a ella, encajándose en el hueco entre sus piernas separadas, y le alzó el rostro para mirarla con detenimiento.

Rozó sus mejillas y el óvalo de su cara con los dedos, y le despejó la frente rastrillando hacia atrás los mechones sueltos de la trenza que descansaba sobre su hombro.

Empezó a deshacerla con lentitud, deleitándose con su tacto de seda.

—Te aseguro que no te haré daño —le prometió en voz baja—. Además... No es como si fuera la primera vez que te beso, ¿verdad? Y aquella vez no te asusté.

Clarissa no contestó, como si él no estuviera hablando con ella. Permaneció sentada con una rigidez dolorosa, sin mover los brazos o hacer el amago de participar. Nile le acarició la melena suelta hasta las caderas, ondulada ahora por la trenza. Se preguntó, sumido en una fantasía secreta, si era así por naturaleza, o bien liso como lo había estado imaginando.

Le masajeó delicadamente la cabeza y los hombros a la espera de que se fuera relajando, pero Clarissa no llegaba a soltarse. Era un bloque inamovible.

Nile pensó que respondería si la besaba, como ya hizo en una ocasión, y se inclinó sobre ella, pero no era tan idiota como para engañarse a sí mismo. La besó porque era lo que él quería; el deseo que llevaba una eternidad quemándolo por dentro. Procuró hacerlo con suavidad, apenas rozando sus labios. Solo cuando Clarissa separó los suyos, aún tensa como la cuerda de un violín, se atrevió a rodearle la nuca para profundizar la exploración.

Recordaba haber percibido su torpeza y timidez la primera vez que la besó. No esperaba que después de los meses de cortejo de Bellingrath siguiera siendo una muchacha inocente, pero su escasa receptividad y el hecho de que volviera a tensarse gravemente le dieron a entender que no

tenía una vasta experiencia.

No como él había dado por hecho.

—Tranquila —susurró Nile, frotándole la espalda mientras la iba tendiendo sobre la cama. Ella se dejó hacer sin oponer resistencia, con los ojos entreabiertos y los brazos laxos—. Clarissa, no tienes de qué preocuparte.

Tampoco contestó. En su ignorancia, Nile pensó que solo necesitaba que la estimularan, y que era lógico que estuviera reticente porque hasta hacía apenas unas horas se profesaban un odio visceral. Probablemente se sintiera extraña en una cama ajena, pero Nile estaba más que dispuesto a demostrarle que el amor y la pasión eran dos sentimientos diferentes, y que podría seguir guardándole rencor sin privarle de sus maravillas.

Recorrió su rostro con pequeños besos y descendió hacia su cuello. Bajo los labios sintió el latir acelerado de su corazón, otro indicador de que estaba nerviosa.

Pero por más que trató de justificar la falta de respuesta, Nile acabó llegando a la conclusión de que había un problema. Un problema tal que el ambiente se había enrarecido, el silencio era ensordecedor y había dejado de contemplar su propio deseo como un derecho legítimo. Lo sentía incluso aberrante. Tanto así que, por más que trató de venerarla con caricias pacientes, todas ellas inocentes, no logró excitarse.

Cuando se incorporó para darle un respiro, se percató de que Clarissa había estado apretando los puños. Sus nudillos habían palidecido.

Nile se retiró rápido, como si lo hubiera mordido.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja, mirándola sin comprender—. ¿No te encuentras bien?

—Sí —articuló con la voz enronquecida. Parecía que llevara años sin pronunciar palabra. Nunca la había oído hablar así—. Termine con esto lo antes posible, por favor.

Su contestación le chirrió tanto que, por instinto, dio un paso atrás. La miró de hito en hito, navegando en la incredulidad, y no supo qué conclusiones sacar de su postura rígida sobre la cama, del hecho de que no hubiera cerrado los ojos en ningún momento pero tampoco mirara a un punto concreto. No le extrañaría esa actitud viniendo de una virgen, mas le constaba que Clarissa había practicado en infinidad de ocasiones.

Todos los domingos, sin ir muy lejos.

—¿Te han dicho que esto es lo que tienes que hacer? ¿Tumbarte y dejarte tocar? —Ella no contestó, y él empezó a desesperarse. Estaba incómodo con la forma de la joven de habitar el espacio, como si en realidad no estuviera allí; como si su mente y su alma se hubieran alejado de la estancia y de él para encontrarlo soportable—. Para mí no funciona así, Clarissa.

Quiso añadir algo más, pero supo callar a tiempo para no delatar las inquietudes que le harían ver como un hombre débil.

Las dudas siguieron atormentándolo. ¿Se negaba a colaborar porque lo odiaba?, ¿porque le asqueaba incluso en el plano físico?, ¿porque era tímida?, ¿porque seguía pensando en Bellingrath, al que de veras deseaba?

A priori no habría dicho que Clarissa albergara sentimientos por un hombre que casi le triplicaba la edad y con el que nunca quiso casarse, pero todo era posible. A fin de cuentas, ¿qué sabía de su esposa? Solo lo que ella quiso contarle la tarde que pasaron juntos mientras una velada mortalmente aburrida se desarrollaba en la habitación de al lado.

Él era el problema, acabó deduciendo con una impotencia injustificada. Injustificada porque, al final del día, Clarissa no tenía por qué vivir el deseo con la misma intensidad que Nile; era lógico que necesitara amarlo, o, por lo menos, tolerarlo, para disfrutar de un acercamiento.

Sacudió la cabeza, derrotado, y fue directo a la puerta con la intención de marcharse.

—¿A dónde va? —inquirió Clarissa, que por fin se había incorporado.

Lo miraba con una desconcertante combinación de temor e incertidumbre.

—A descansar. Ha sido un día muy largo.

—¿No va a...? —No terminó la frase, y en su lugar musitó—: ¿Pretende volver mañana?

Tendría que haber sido un tarado de remate para no percibir la ansiedad que le producía la sola posibilidad. Nile se quedó un instante donde estaba, con la mano en el pomo de la puerta, y la miró largamente, como se miraba a los misterios indescifrables. Sabía que por más que le preguntara cuál era el problema, ella no respondería, y la verdad era que Nile temía conocer la respuesta. Le asustaba confirmar que estaba atrapado en un matrimonio que no solo le había dejado huérfano, sino que además le obligaría a convivir con una mujer a la que le asqueaba.

—Lo dudo —reconoció con voz queda—. Buenas noches, Clarissa.

Capítulo 12

Al día siguiente, Clarissa no quiso levantarse de la cama. No le quedó otro remedio cuando entró una cuarta criada a preguntarle, cautelosa, si no le apetecía que le subieran el almuerzo. El trajín del servicio y su preocupación por ella la hicieron sentir una auténtica irresponsable, y acabó pidiéndole con un hilo de voz a su nueva doncella que la ayudara a vestirse.

En la escuela de señoritas le habían inculcado las labores domésticas que tendría que atender una vez fuera la señora de una gran casa. Debía citarse con el ama de llaves para que le enseñara la mansión, preparar los menús, hacer recomendaciones sobre la decoración y encargarse de la correspondencia, que, tratándose de una recién casada, implicaría responder un aluvión de cartas felicitándola por su nuevo estatus.

Clarissa no tenía tantos conocidos, pero apostaba por que Nile sí. Tendría que agradecer los buenos deseos en nombre del marqués.

Bajó las escaleras con miedo a encontrarse con su nuevo marido. Uno de los motivos por los que le habría gustado permanecer en su dormitorio era ese: estaría a salvo de la mirada decepcionada o censuradora de Nile, que con mucha razón la acusaría de pésima esposa por haber sido incapaz de cumplir con sus deberes conyugales.

O no con exactitud, porque Clarissa se había resignado a acogerlo en su cuerpo sin rechistar. Distinto era que no le hubiera bastado a él con su tolerancia y hubiese estado a punto de pedirle algo imposible, como disposición o incluso participación.

Clarissa estuvo demasiado ocupada tratando de ahuyentar los recuerdos de Bellingrath y conteniendo las lágrimas como para encima devolverle los besos. Los únicos besos que tenía en la memoria eran los que su antiguo prometido le obligaba a darle en los labios, en el cuello y en zonas que solo evocar le daba náuseas. Y era una lástima que la experiencia más reciente se hubiera impuesto a la determinación de Nile de hacerla sentir amada y hermosa. Aunque su mente estuvo muy lejos de allí, no dejó de ser consciente de que él hizo cuanto estuvo en su mano para satisfacerla.

—¿Emily? —llamó a la doncella con una voz débil que no era suya. La muchacha estaba a punto de volar hacia la cocina para servirle una manzanilla, lo único que Clarissa se sentía en condiciones de consumir, cuando se giró para atenderla de buen grado—. ¿Se encuentra milord en casa?

—No, milady. Pasa la mayor parte del día encargándose de la hacienda con el señor Appleton, que es quien supervisa al ganado. Bloom’s Park cuenta con una de las granjas más prósperas de Cornualles. Provee al condado de huevos y carne —le explicó con orgullo.

Para ser tan joven, era muy poco soñadora. Parecía más que feliz con su sencillo puesto y la vida humilde que este le garantizaría mientras no decepcionara al patrón. Ojalá pudiera contagiarla con su arrebatadora alegría; sería el mejor regalo de bodas que podrían hacerle.

Clarissa no pudo contener a tiempo un suspiro de alivio que desconcertó a Emily, aunque no por mucho tiempo. Su mirada adquirió un aire furtivo.

—¿Ha dormido usted bien, milady? No se preocupe por incorporarse a estas horas a sus tareas, todo el servicio comprende que anoche estuviera despierta hasta muy tarde...

Se calló cuando un par de criadas bajaron con las sábanas de la cama matrimonial. El ritual de la noche de bodas culminaba así, con el servicio limpiando la prueba de que el acto había sido

consumado.

Clarissa captó a tiempo la mirada que Emily y una de las doncellas intercambiaron. La que todavía no conocía se limitó a negar con la cabeza de forma muy sutil, a lo que Emily reaccionó poniendo los ojos como platos. Incluso un idiota habría comprendido lo que eso significaba: si la sangre no manchaba las sábanas y no habían encontrado restos de fluidos, los condes de Haverford bien podían ser marido y mujer a ojos de Dios, pero no según las leyes terrenales. Tampoco le pasó desapercibido que Emily se quedaba anonadada con el descubrimiento. Mortificada, incluso. Debía de resultarle inconcebible que la esposa de un hombre joven y atractivo como Nile no hubiera podido o querido satisfacerle en el lecho.

—Con su permiso, milady —se apresuró a decir la joven, saliendo en pos de las dos criadas.

A Clarissa no le cupo la menor duda de que se dedicarían a chismorrear y procurarían que se corriera la voz. Pero más allá de las consecuencias que el bochorno de Nile pudiera acarrearle, le importó un ardite.

Aquella noche se había estado gestando en su cabeza la posibilidad de abandonar al marqués antes siquiera de darle una oportunidad al matrimonio, y tenía que admitir que había sido él quien le había dado la idea al posponer la consumación. Nada asustaba más a Clarissa que volver a ser humillada, y, para colmo, por un hombre distinto al que más tarde que pronto aprendió a acostumbrarse. Estaba dispuesta a exponerse al escarnio, como también a condenar socialmente a Nile, si solo huyendo podía evitarlo.

Si el conde no estaba en la casa, no se le dificultaría llevar a cabo su plan. Bastaría con pedir que le ensillaran un caballo y no volver nunca más. Ni siquiera tendría que empacar sus pertenencias. Apenas había un par de vestidos y un camisón en su nuevo dormitorio. No dejaría atrás nada de valor.

Se dirigió al salón principal, donde le habían prometido que servirían el tentempié. Necesitaba recobrar fuerzas antes de poner en marcha la huida. Se adentró en la estancia sin mostrar el menor interés por la decoración, que tal vez en otro momento habría suscitado su curiosidad.

Se estaba dando la vuelta para cerrar la puerta cuando una voz impetuosa la sobresaltó.

—Por fin te dignas a aparecer.

Un escalofrío le atenazó la espalda, paralizándola momentáneamente. Cerró los ojos y se dijo que no era posible que hubiera oído su voz, que solo estaba teniendo una pesadilla, pero el ama de llaves aprovechó que la puerta aún estaba entreabierta para asomarse y suspirar con alivio al verlos reunidos.

—¡Aquí está, milady! La estaba buscando para avisarla de que tiene visita, pero ya veo que se han encontrado. Enseguida traeremos el té y un aperitivo —le aseguró la mujer.

Clarissa le lanzó una mirada de auxilio, pero la señora Forbes no la captó a tiempo, y ella no halló la voz para pedir ayuda de un modo más contundente.

—¿Ni siquiera vas a tener la decencia de mirarme a la cara, sinvergüenza? —bramó Bellingrath en cuanto se quedaron solos—. Después de la humillación pública a la que me has expuesto... ¿Tienes idea de cuántos de mis conocidos sabían que estabas prometida conmigo?

El vello se le puso de punta al escucharlo cada vez más cerca. Las heridas, hijas de la violencia de aquel hombre particular, empezaron a dolerle, reconociendo la presencia de su agresor. Notó que le palpitaba el golpe de la mejilla y que le quemaban la espalda y la nuca, que salieron perjudicadas después de que la estrellara contra la pared.

La noche anterior había pensado con el corazón en un puño que fue toda una suerte que Nile no llegara a desnudarla.

Se giró con precipitación, reteniendo el aliento. Bellingrath se estaba aproximando a ella con

el rostro ruborizado por la afrenta, y si bien convenía temerlo cuando estaba enfadado, Clarissa lo prefería así mucho antes que cuando se mostraba cariñoso.

Quería mirarlo a la cara y reconocer el monstruo que era, no su amor nocivo.

—Fue un malentendido —balbuceó, presionando la espalda contra la puerta que el ama de llaves había cerrado.

La criada no debía tener ni la menor idea de que Bellingrath había sido su antiguo pretendiente. De lo contrario, habría tomado la precaución de mandar a una doncella, o habría esperado a que Nile llegara para determinar si quería recibirlo.

—Y no te molestaste en venir a aclarármelo —le reprochó con frialdad—. ¿Así es como me pagas el dinero que he invertido en tu educación y en mantener a flote a tu miserable familia? No te quepa la menor duda de que pienso obligarles a devolverme hasta el último penique.

A Clarissa le tembló la barbilla por todo lo que quiso decir y no pudo, como, por ejemplo, que ella consideraba haber pagado con creces la deuda de sus padres. A su modo de ver, Bellingrath se había estado aprovechando de ella más incluso de lo que los Simms se beneficiaron de su ayuda económica.

—Lord Haverford los mantendrá ahora —se atrevió a decir con un hilo de voz—. Él... él tiene una finca muy próspera. No... no necesito su... su sucio dinero.

Clarissa apartó la cara con los ojos apretados cuando él levantó la mano, pero no llegó a golpearla. Quizá porque, al ladear la cabeza, le enseñó el lado de la mejilla aún amoratado por la paliza del día anterior.

«Un día», pensó ella entre las corrientes de escalofríos. «Un día y todo ha cambiado tanto».

—Tal vez no lo necesites, pero te habría convenido tenerme contento hasta el final, porque no pienso parar hasta que pagues por el desaire. —La agarró con fuerza de la mandíbula para obligarla a mirarlo, presionando con el pulgar la zona afectada. Las lágrimas se le saltaron por el dolor agudo. Cerró los ojos para aislarse de la situación, y dejó de inspirar por la nariz para que el aliento fétido de Bellingrath no la marease—. Pero antes quiero saber cuál es el precio exacto. ¿Has estado acostándote con él? ¿Lo invitabas al salón o a tu dormitorio después de que yo te visitara? Dicen por ahí que eso de que Haverford cortejaba a la señorita Wargrave no es más que un cuento chino; que siempre te deseó a ti y que la honorable hermana del barón ejercía de carabina para que pudierais veros a mis espaldas.

Clarissa no se atrevió a hablar. Tampoco habría podido de haberlo querido. Estaba presionando su mentón con tanta fuerza que resultaba sorprendente que la presión no le hubiera abierto la boca.

—¡Dímelo! —le gritó a un palmo de la cara.

Clarissa apretó los párpados para que no la viera llorar, pero una lágrima rebelde acabó deslizándose por su mejilla.

—No... no es cierto lo que se d-d-d-dice, es la historia que han... que han contado para que no nos salpique ni a nosotros ni... ni... ni a la señorita Wargrave.

—¿Y no se te ocurrió pensar en mí en ningún momento, zorra malcriada? Desde luego que no lo hiciste cuando te abriste de piernas para Haverford en su carruaje. Dime cuántas veces te ha tocado —le exigió saber.

—¡Ninguna! —se justificaba ella, intentando no sollozar. Quería gritar, pero a duras penas le salía la voz—. Ninguna, se lo... se lo juro... Lo juro por lo que más quiero, milord.

—¿A quién vas a querer tú, si no tienes corazón? ¿Y quién te va a querer a ti, una puta traicionera? Harías bien en no mentirme. Puedo hacerte mucho daño, Clarissa —le advirtió—. El hombre tierno y cariñoso que has conocido te trataba con deferencia porque ibas a ser su esposa,

pero ahora que eres la perra de nadie, no tendré piedad.

—Por favor... —Clarissa pegó las palmas de las manos a la pared en busca del picaporte. ¿Dónde estaba el servicio de té? ¿Le habría pedido Bellingrath a las doncellas que se demoraran, o les habría dicho que no quería tomar nada? ¿Le habría hecho saber con la mirada al ama de llaves que pagaría muy cara una interrupción...?—. Milord, le ruego que me suelte. Ya no... ya no tiene caso seguir con esta historia. No puedo darle lo que usted quiere, no...

—¿Ah, no? Podría levantarte la falda ahora mismo y tu marido no podría hacer nada.

—Él... le retaría a duelo —le dijo con la boca pequeña, sabiendo perfectamente que a Nile no le importaría hasta ese punto. Dado que solo le preocupaba su preciada reputación, lo más probable sería que la instara a callar para no salir perjudicado.

Bellingrath soltó una carcajada que le heló la sangre.

—No se atrevería. Soy más poderoso que él. No pienses ni por un momento que estás a salvo aquí, Clarissa. Sé dónde vives. Sé quién es tu esposo, y quiénes son tus amigas. Sé dónde reside tu familia. Siempre lo sabré todo sobre ti. Y si crees que por no ser mi mujer te has librado de mí, no sabes cuánto te equivocas... Conozco maneras de truncar vidas que tú ni siquiera imaginarías.

Pero Clarissa sí podía imaginarlas, porque ya había truncado la suya sin saberlo, sin esforzarse, sin ser ni siquiera consciente —ni tener el menor interés en hacerse responsable— del daño que le había causado.

Se quedó inmóvil donde estaba, aferrándose a la fútil esperanza de que renunciara al placer de hacerle daño con tal de que no llegara a oídos de Haverford, a quien al menos respetaba más que a ella.

—Más te vale no poner un pie en Londres en lo que queda de año. Es lo mínimo que puedes hacer para suavizar el golpe que ha sufrido mi reputación. Si te atreves a desobedecerme...

Nunca sabría qué había pretendido hacer para sellar su amenaza, porque la puerta se abrió en ese momento, empujándola hacia delante, y se asomó la criada con el servicio de té.

Clarissa no supo qué vio la muchacha, ni si vio algo en absoluto, porque no se quedó a averiguarlo. En cuanto localizó la rendija de la puerta, escapó a toda prisa y sin mirar atrás. Se recogió las faldas para no tropezar por el camino, confiando lo justo en su visión reducida por las lágrimas.

Ni siquiera subió al dormitorio para guardar los vestidos que le quedaban. Corrió por el pasillo hacia la puerta de entrada, ignorando el revuelo que causaba en la comunidad de lacayos. El corazón le bombeaba con fuerza en el pecho, el pulso le latía en los oídos y en la garganta seca. Estaba tan cansada de tener miedo, incluso en la casa que supuestamente la había salvado del peor destino posible, que por primera vez notó cómo el pánico se fragmentaba para dar paso a la resignación, al hastío. No fueron lo bastante poderosos para menguar su desesperación, que la guio con el calzado menos apropiado hasta las caballerizas.

Se topó con un mozo que le preguntó en qué podía ayudarla, pero pasó de largo y agarró las riendas del primer caballo ensillado que se encontró. Lo sacó del establo, haciendo oídos sordos a las preguntas y a la extrañeza del muchacho, y se peleó con las ataduras de la silla de montar, que parecían el mayor enemigo de sus manos temblorosas. Le costó otro tanto encaramarse, pero cuando lo consiguió, sintió que el aire volvía a sus pulmones.

Ni siquiera percibía la temperatura ambiente o lo que sucedía a su alrededor. Estaba tan sumida en su propio pánico que por poco pasó por encima de Nile, que solo Dios sabía de dónde había salido.

—¡Eh! ¡Quieto! —le gritó al animal, que, a su señal, detuvo el comienzo de una marcha al trote. Sin querer, Clarissa soltó las riendas con el abrupto frenazo, dándole a Nile la oportunidad

de alejarlas de ella. De pie junto al semental, cuyos bufidos fue apaciguando con caricias en el lomo, le lanzó una mirada cautelosa—. ¿A dónde se supone que vas?

—A despejarme —balbuceó sin energía, pestañeando en todas direcciones para alejar las lágrimas.

—¿Con las zapatillas de andar por casa, un vestido y con la silla equivocada? Perdóname si no me lo creo, pero...

—Solo quiero dar un paseo —insistió en tono más severo, forcejeando con él para recuperar las riendas. Se oía a sí misma desde muy lejos, como si su voz fuera un canto arrastrado por el viento—. Volveré antes de que anochezca.

—No puedes montar en esas condiciones —se empecinó él. Clarissa no quería ni saber cómo la estaría mirando. Se podía imaginar que no ofrecía el mejor aspecto con el rostro estriado de lágrimas—. Podrías hacerte daño.

—¿Y a ti qué te importa? ¡Deja que me vaya! —gritó delante de los mozos.

El berrido encabritó al animal, que se levantó sobre las patas traseras.

Clarissa intentó agarrarse a su cabellera castaña para no caerse, pero perdió el equilibrio y se precipitó hacia atrás.

En el segundo que tuvo que durar la caída, pensó que morir también era una forma de escapar, y no le pareció mal que su final tuviera lugar allí, en ese momento. Ni siquiera le quedaban fuerzas para aferrarse a la venganza y así seguir adelante con un motivo. Lo único que añoraría si la esperaba la vida eterna, sería a sus amigas.

Durante ese segundo crucial, evocó los rostros de Prim y Wit, y se abrazó a la inmediata calidez que la invadió.

Lástima que Nile fuera más rápido que la Parca.

Aunque no consiguió cogerla en brazos, sí evitó que el impacto fuera mortal agarrándola con fuerza de la cintura antes de que tocara el suelo.

Clarissa no pudo negarle la mirada cuando lo tuvo en su campo de visión.

No esperaba experimentar el menor remordimiento, pero al ver su rostro salpicado por el sudor de un día en el campo, atravesado por el pánico y la incomprensión, se sintió más miserable si cabía.

—¡¿Se puede saber qué te pasa?! —exigió saber con voz ahogada—. ¿Tienes idea de lo que podría haberte ocurrido? ¿Es que has perdido el juicio...? ¿Por qué has salido así de la casa? ¿Alguien te ha hecho un desaire, acaso?

«Ojalá eso fuera lo peor que pudiera sucederme», estuvo a punto de responder.

Clarissa se sacudió entre sus brazos, luchando por la liberación, pero solo consiguió que él la sujetara con el ceño cada vez más fruncido. El miedo a verse atrapada allí para siempre la cegó, y acabó soltándole una bofetada. Nile dio un paso atrás, aturdido, y ella aprovechó para agarrarse las faldas y salir corriendo por el sendero de tierra.

No llegó muy lejos. Chocó con el amplio pecho de uno de los jornaleros, que la detuvo tan solo rodeándole los hombros con las manos. Clarissa abrió la boca para rugirle que se apartara de su camino, pero al hacer contacto visual con unos extraños ojos rasgados, perdió el habla.

Un hombre de mediana edad le estaba dirigiendo una mirada compasiva que estremeció su corazón.

—Ya está, muchacha —le dijo con voz grave. Deslizó una mano por su espalda para calmar la tensión con movimientos circulares—. Ya está.

Clarissa se quedó tan conmocionada por la dulzura de su expresión que no pudo moverse, y sintió, más asustada por el milagroso efecto que sorprendida, que se iba calmando.

Nunca pensó que encontraría la paz en los brazos de un hombre, pero aquel no era un hombre cualquiera. No tenía los rasgos aristocráticos de los nobles con los que se había codeado. Tenía los ojos exóticos y la piel oscura, salpicada de arrugas de expresión que añadían ternura a su rostro, y el cabello tan largo que podría trenzarlo, como trenzada estuvo su melena en su noche de bodas.

El recuerdo volvió a sacudir su corazón.

—No puedo estar aquí —le explicó, mirándolo a los ojos. Aunque estaba segura de que aquella persona, fuera quien fuese, podría entenderla, siguió encogida por el pánico—. No puedo. Me tengo que ir. Tiene que ayudarme, por favor... Se lo ruego.

El labriego alzó la vista por encima de su hombro, quizá en dirección a Nile. Clarissa nunca sabría si estaba esperando una orden o solo pretendía leer en el semblante del patrón si era o no el responsable de su conmoción, porque Nile irrumpió en ese momento. Al hombre no le quedó otro remedio que soltarla para que él pudiera cogerla por el brazo y guiarla hasta el establo, donde todo apuntaba a que esperaba gozar de la privacidad necesaria para ponerla en su lugar.

Clarissa lo había abofeteado, y después de eso no esperaba que se mostrara tan paciente como la noche anterior. Una vez a solas entre pilas de heno, se resignó a ofrecerle la mejilla sana, convencida de que se la devolvería.

La incredulidad de su tono la despertó del trance.

—¿Pensabas que te iba a pegar?

Abrió los ojos y se topó con una expresión que no había visto nunca. No ya en él, sino en nadie que hubiera conocido. Se había quedado en la línea que separaba el espanto absoluto de la consternación.

Clarissa se abrazó a los hombros, avergonzada por haberlo creído capaz de las mismas crueldades que Bellingrath, y rehusó contestar.

—Clarissa —la llamó con la urgencia de los desesperados—, ¿qué demonios está pasando? ¿Por qué has intentado escaparte?

Aunque no confiaba en él, decidió que bien merecía la pena intentar hacerle entrar en razón, sobre todo aprovechando que se mostraba receptivo.

—No puedo ser su mujer —le explicó con lágrimas en los ojos—. No puedo estar casada. No puedo hacerle compañía, ni puedo cumplir con mis deberes conyugales, no puedo...

—No pasa nada —le respondió él con llaneza, aún anonadado—. No pasa nada, Clarissa. No te los exijo.

—Sí me los exige —replicó con ansiedad—. O me los exigirá, tarde o temprano. Y yo no estoy hecha para esto. Yo no puedo hacer esto. Tiene que perdonarme, Haverford, tiene que...

—Clarissa...

Nile dio un paso adelante para tratar de consolarla, pero ella rechazó la caricia alejándose.

—Tiene que dejar que me vaya lejos —insistió con agitación—. Puede fingir que he muerto si no quiere cargar con la vergüenza de que su esposa le haya abandonado. Le prometo que no volveré nunca a pedirle una pensión económica, o a rogarle protección.

—Clarissa, eso no me...

Ella lo miró a los ojos.

—Nile, te lo ruego —repitió sin voz—. No me obligues a ser tu mujer.

Era la primera vez que lo tuteaba. Esperaba que esto le ablandara, o, al menos, le hiciese comprender que se trataba de una cuestión de vida o muerte. Él, abrumado por el modo en que se había dado la mañana, aún tardó un buen rato en encontrar las palabras.

—No voy a obligarte a hacer nada que no quieras —le prometió después de pasarse una mano

nerviosa por el pelo—. Ni tampoco se me pasaría por la cabeza ponerte la mano encima, Clarissa. No sé por quién me has tomado, pero...

—Por un hombre que me dijo con claridad una vez que todo cuanto quería de mí era mi cuerpo —respondió sin rencor o retintín, tan solo asustada. Él se sumió en un silencio avergonzado—. Me lo admitió, Haverford. Solo podría servirle para satisfacerle en el lecho, y yo...

—Que quiera tu cuerpo no significa que vaya a tomarlo a toda costa —interrumpió Nile tras volver en sí mismo, recuperado del azote de la verdad—. No lo hice anoche, y no lo haré nunca si tu respuesta natural siempre que lo intentemos es la que tuviste.

—No le creo —le dijo ella, esta vez con resentimiento. Sacudió la cabeza, empecinada, y fue alejándose de él más y más—. No le creo.

—Pues vas a tener que hacerlo, porque no puedes desaparecer sin más. Ni tampoco vas a volver a escaparte, poniendo tu vida y la de los demás en peligro —sentenció con un tono que no admitía réplica—. Podrías haberte abierto la crisma con esa caída, podrías haberte llevado por delante al pobre Oliver, a Mikaere y a solo Dios sabe quién más. Este comportamiento tiene que acabar aquí y ahora, si no por tu bien, al menos por el de los inocentes que te rodean.

Clarissa agachó la cabeza, por primera vez consciente de los perjuicios que había ocasionado con su actitud. No se le había ocurrido pensar en el resto, o, mejor dicho, no le había importado el resto mientras hubieran estado en su camino hacia la independencia. Saberse atrapada de nuevo entre aquellas cuatro paredes y Nile le produjo un acceso de rabia que, como todos, acabó desinflándose, reducido a la impotencia de quien sabía que no podía hacer nada para salvarse.

Hundió los hombros, hasta el momento tensos en una línea, y apartó la mirada de Nile, que, en vano, había estado tratando de establecer contacto visual.

—Te acompañaré a tu dormitorio —dictaminó, dando el tema por zanjado.

Y eso hizo.

Clarissa siguió sus pasos como un autómata, sin ser consciente de las miradas que los labriegos le lanzaban, sin percatarse de que se había embarrado los zapatos y el borde del vestido, sin permitir que un solo pensamiento cruzara la barrera del inconsciente al consciente.

Después de la tempestad, llegaba la falsa calma que auguraba una tormenta aún peor: la que tenía lugar cuando estaba a solas, esa negrura en la que se sumía y no la dejaba hablar, comer o solo moverse.

Nile abrió la puerta de la habitación para que pasara, sin apartar la mirada de su camino hasta la cama. Sintiéndose vigilada por un temible centinela, y sin desvestirse ni descalzarse, Clarissa se tendió de costado, dándole la espalda a la entrada, y encogió las rodillas.

Cerró los ojos y rogó para que su vida pasara tan rápido como fuera posible.

Capítulo 13

Nile se levantó bruscamente en cuanto oyó que llamaban a la puerta de su despacho. Aunque estaba acompañado de Mikaere, el labriego maorí con mayor responsabilidad en el cuidado de la finca, rodeó el escritorio como si no estuviera delante para oír la sentencia del doctor.

Había mandado llamar de urgencia al mejor especialista del condado, un hombre con el cabello del color de la paja y los ojos hundidos.

—Milady se encuentra en perfecto estado de salud, milord —anunció con prisas. Nada más llegar, había advertido a Nile de que tendría que estar en la otra punta del pueblo lo antes posible; una emergencia le requería—. He realizado un reconocimiento completo y no he notado ningún tipo de lesión profunda más allá de las heridas superficiales que se están curando en mejilla y espalda.

—¿Espalda? —repitió, consternado—. ¿Qué lesiones tiene en la espalda?

—Golpes propios de una caída que irán sanando naturalmente, no se inquiete.

Pero todo le inquietaba.

—¿Y sobre lo que le mencioné con respecto a la... intimidad?

Nile se había odiado a sí mismo por someter a Clarissa a un estudio médico sin pedir su consentimiento, pero al verla receptiva e incluso aliviada porque fueran a tratar sus golpes, se animó a pedir en confidencia un examen más exhaustivo. Le preocupaba que el pavor de la joven hacia las relaciones carnales tuviera su base en una dolencia profunda que le avergonzara mencionar, o que sus encuentros con Bellingrath le hubieran causado alguna clase de desgarro interno.

—Tampoco he visto nada fuera de lo normal, milord —aclaró el profesional—. El estado de salud de lady Haverford es el que corresponde a una mujer de su edad, peso y estatura.

—¿Ha... colaborado con usted para facilitarle el trabajo?

El gesto naturalmente adusto del doctor mudó a uno de sospecha. Nile vio en su mirada que, de haber sido algo menos prudente, le habría preguntado sin rodeos por qué no le hacía el mismo interrogatorio a su esposa.

—Así es. Ni siquiera me ha preguntado por qué estaba aquí. Supongo que sabía que un profesional la visitaría, al igual que la razón que salta a la vista: las heridas sin cicatrizar. —Hizo una pausa para escrutarlo con la mirada en silencio—. El que no la sabe soy yo, milord. Por lo general, se suele hacer llamar a un médico cuando hay un problema urgente que atender, y la dama solo presenta cardenales que no requieren tratamiento alguno. ¿Le ha ocurrido algo a lady Haverford que yo deba conocer?

—Bueno... —Carraspeó, con la mala suerte de que su garganta, sensible desde que decidió caminar durante una tempestad, desencadenó un ataque de tos. Cuando pudo continuar hablando, lo hizo con la voz ronca—. Hace una semana se cayó del caballo, y apenas un día antes estuvo paseando bajo la lluvia. Quería cerciorarme de que no estaba herida ni incubaba algún tipo de gripe. Mejor prevenir que curar, ¿no le parece? —Se obligó a forzar una mueca amable y le hizo un gesto hacia la puerta, de la que el médico no se había movido—. Le agradezco su visita, doctor, y lamento haberle hecho perder el tiempo.

Este lo miró de arriba abajo con ojo clínico. Nile se pudo figurar qué había llamado su atención: las profundas ojeras, la mirada vidriosa, el gesto viciado de frotarse la garganta para

prevenir la tos...

—¿Está seguro de que no he atendido al paciente equivocado? No tiene muy buen aspecto, milord. Parece que sea usted quien ha cogido una gripe. Si me lo permite, podría regresar después de mi próximo paciente y hacerle un examen rápido.

—Descuide —desestimó con impaciencia—. Solo necesito descansar.

El doctor no las tenía todas consigo, y Nile, en el fondo, tampoco. No se sentía tan enérgico como de costumbre, y reconocería los síntomas de un resfriado en cualquier parte, pero confiaba en recuperarse por causas naturales.

Siempre lo había hecho. Esta vez no sería diferente.

Aun vacilante, el médico aceptó su negativa y abandonó el despacho con el mismo sigilo con el que había interrumpido la reunión. No se dio cuenta de que dejaba a Nile nadando en la incertidumbre, preguntándose si no habría exagerado al preocuparse por la salud de una mujer que, según él tenía entendido, solo se comportaba de forma errática... Y eso durante las escasas ocasiones en las que le permitía adivinar de qué humor estaba, porque la mayor parte del tiempo ni siquiera salía de su habitación.

A Nile no se le había ocurrido importunarla. Tenía grabada a fuego su expresión de pavor al rogarle que la dejara marchar, y la triste resignación con la que se hizo un ovillo en la cama. Recordaba haberse sentido miserable, poco más que un carcelero que disfrutaba infligiendo torturas a los presos de su sección.

—¿Estuvo paseando bajo la lluvia, ha dicho? —inquirió Mikaere de pronto, sobresaltándolo.

Nile se giró hacia el maorí, que no se había movido de su asiento, situado justo delante del escritorio. Hasta la visita del doctor, Mikaere había estado hablándole de la situación de la cosecha, que preveía fructífera aquel verano. Fue el hombre de confianza de su padre, y ahora era su mano derecha. Prácticamente formaba parte de su familia, de ahí que decidiera desahogar la frustración contenida durante los últimos días.

—Bajo un temporal —confirmó Nile con voz queda. Se dejó caer contra el escritorio, incapaz de soportar el peso de su cuerpo, y tosió tratando de ser discreto antes de proseguir—. Llegué a pensar que la partiría un rayo, pero no quería subir al carruaje. Caminó durante horas hasta que se cansó. Ha sido una suerte que no haya agarrado una pulmonía... No se comporta como una persona normal, Miko —resolvió al fin, dirigiéndole una mirada hastiada y emborronada por el cansancio—, y, por injusto que suene, tenía la esperanza de que se debiera a una enfermedad. Explicaría su actitud y me ayudaría a saber cómo tratarla. Pero también es cierto que hay comportamientos que no puede explicar un resfriado. Ya la viste cuando intentó escaparse, como si fuera yo una bestia y aquí corriera peligro de muerte.

Mikaere lo escuchó con la serenidad que le caracterizaba. Su respiración pausada logró calmar un tanto las preocupaciones de Nile.

Nada alteraba su paso por el mundo. Siempre estaba relajado, hasta tal punto que se bromeaba con que dormía con los ojos abiertos; los dos ojos oscuros y de mirada prístina en los que Nile había hallado consuelo más de una vez.

—¿Me permitiría hablar con ella, milord? —preguntó al final—. No le puedo prometer que vaya a averiguar si está enferma. Ni siquiera le haré un reconocimiento de los míos. Solo pretendo intercambiar unas palabras.

A Nile le sorprendió que se ofreciera. Como maorí, Mikaere tenía su propia opinión sobre la medicina occidental, de la que se negaba a ser partícipe; en su lugar practicaba otra clase de tratamientos que iban en contra de lo que los cristianos entendían por honesto, pero que, en numerosos casos, habían funcionado con éxito.

Nile lanzó una mirada al otro lado del ventanal que daba al jardín.

Las pocas veces que Emily lograba sacar a su señora del dormitorio, Clarissa solía permanecer sentada en uno de los bancos de piedra del porche, admirando cómo el cielo iba cambiando de color. El fin de la tarde ejercía como toque de atención, como aviso de que podía volver a su nido de autocompasión. Nile la veía suspirar cuando se levantaba, no sabía si aliviada porque otro día miserable hubiera acabado o solo muerta de melancolía.

Esa mañana, Clarissa estaba en su sitio de siempre, peinada, vestida y seguramente también perfumada para la improbable ocasión de que recibiera una visita. Nada salvo su mirada perdida podría haber delatado su inapetencia vital.

—No perdemos nada por intentarlo —murmuró Nile—. Aprovecha mientras está ahí fuera. El servicio dice que es imposible hacerla hablar cuando se encierra en sus aposentos, ni siquiera para dar el sí a que le sirvan el desayuno. Ni siquiera sé cuánto lleva sin comer —añadió para sí mismo, abatido.

Mikaere se levantó con el permiso de Nile.

En principio había accedido con el único fin de agotar los recursos y así dejar de sentirse culpable por el estado de su esposa, del que se creía responsable, pero cuando vio a través del cristal que Mikaere se dirigía a Clarissa, empezó a ponerse nervioso.

¿Acaso estaba preparado para conocer el porqué de su dolor? Si así fuera, habría sido él y no un médico el que habría acudido a su dormitorio para exigir una explicación, pero Nile no se había atrevido a visitarla después del altercado; ni mucho menos cuando el ama de llaves le puso al corriente de que Bellingrath le había prestado una visita en su ausencia.

Ahora, Nile estaba convencido de que lo que Clarissa sufría era el mal de amores. Había tenido años para familiarizarse con aquella expresión perdida, alejada de lo terrenal; Nile había sido víctima de sentimientos semejantes cuando sus padres fallecieron, y lo sucedido con Bellingrath, aunque de otra manera, también constituía una pérdida.

Había sido un auténtico idiota al dar por hecho que Clarissa no se enamoraría de su prometido, y si alguna vez tuvo la corazonada de que entre ellos había incluso un retorcido desprecio, claramente se debió a alguna que otra mala palabra captada durante una discusión.

La visita de Bellingrath era la causante de su estado de melancolía. No le cabía la menor duda. Y si bien Nile había querido proclamarse la única víctima de la historia, no podía competir con el hecho de haber separado a una pareja de enamorados, cosa que Rebecca y él nunca fueron.

Nile se dedicó a dar vueltas de un lado a otro mientras Mikaere y Clarissa conversaban. Creyó que la muchacha lo apartaría, pero no era inmune al magnetismo que irradiaba el maorí y, de hecho, acudió directa a sus brazos durante la huida, como si supiera que él era la paz. De no haber sido por las firmes palabras de Mikaere, probablemente Clarissa habría conseguido su propósito: escaparse.

A los brazos de Bellingrath, quizá.

A través de la ventana observó que Mikaere permanecía en todo momento acuclillado frente a ella y con el rostro alzado en una pose de escucha activa. Clarissa no llegaba a reproducir los dramáticos aspavientos que se hicieron tan familiares para Nile la tarde que la conoció, esa tarde que pensó que la muchacha estaba llena de vida que con un poco de suerte podría contagiarle a él, pero charlaba con Mikaere razonablemente relajada.

El maorí regresó al cabo de cuarenta y cinco minutos, dejando a Clarissa en la misma postura de abandono con la que esperaba que la muerte llegara a buscarla.

Nile aguardó con el aliento contenido y los brazos tensos a que diera su veredicto.

—¿Y bien? ¿De qué habéis hablado?

Mikaere se quitó el sombrero de ala ancha que usaba para trabajar.

—De nada relacionado sobre su presunta afección. No he indagado en lo que ocurrió el otro día y ni siquiera le he preguntado cómo está. No me habría gustado ahuyentarla.

—¿Entonces? —Pestañeó, perplejo—. ¿Qué ha pasado?

—Hemos mantenido una conversación banal. Me ha comentado que le gusta sentarse ahí en concreto porque hay un nido de petirrojos en el árbol y se entretiene observándolos, por ejemplo. Se ha mostrado bastante reacia a darme información sobre lo que opina de la vida en Bloom's Park y no he querido seguir por ahí.

—¿Cómo pretendías averiguar nada sin hacerle ciertas preguntas? —se desesperó.

Mikaere clavó en él una mirada que iba directa al corazón.

—Le sorprendería lo que se puede averiguar sobre una persona con tan solo mirarla a la cara. Las palabras se pueden falsear, milord, pero los ojos son el espejo del alma.

Nile se resignó a tomar por cierta su visión de las cosas. Mikaere había sido contratado para supervisar las labores del campo precisamente por su sensibilidad. Se le daba de maravilla captar las sutilezas del género humano y de la naturaleza, y respetaba la verdadera esencia de las criaturas.

—¿Y cuál es tu veredicto?

—Su esposa está enferma, sí —le confirmó.

Nile no quiso ni pudo hacerse cargo de su reacción. El corazón se le paró de golpe, y se olvidó de la prudencia avanzando hasta Mikaere para cogerlo por los hombros.

—¿De qué? ¿Qué es lo que le pasa?

—Está enferma de pena —concretó con voz queda. Nile pestañeó repetidas veces, sin comprender—. Es un fenómeno muy frecuente para las pocas veces que se diagnostica en firme. Lo he visto en los veteranos que volvieron de la última guerra, por ejemplo.

—Por Dios —masculló Nile, pasándose una mano por el pelo. Se dio la vuelta para no decepcionar al maorí con su exasperación—. Clarissa no ha combatido en el frente.

—No, pero cada uno libra sus batallas todos los días. Los síntomas de lady Haverford coinciden con los de los soldados a los que traté. Demuestra un comportamiento temerario, tiene dificultad para concentrarse, se asusta con facilidad, sufre arrebatos furiosos...

—Puede que simplemente sea así —se apresuró a justificarla. Ni él mismo entendía su necesidad de desmentir el diagnóstico cuando hacía un momento habría dado cualquier cosa para conocer con exactitud el problema de Clarissa; cuando, en el fondo, no le extrañaba el veredicto —. Hay mujeres temerarias, distraídas, asustadizas o irascibles. Y hay mujeres que lo son todo a la vez.

—Las que suelen serlo todo a la vez, acostumbran a responder a una descripción más breve: son infelices. Pero usted lo sabrá mejor que yo, que la conoce desde hace bastante tiempo — contestó sin despegar la vista de él. La mirada de Mikaere haría sentir culpable hasta al villano más canalla, y era sorprendente, porque su intención estaba muy alejada de reprender a los malvados—. ¿Al principio, lady Haverford era tal cual se muestra ahora?

Nile tuvo que guardar silencio.

Clarissa había exhibido un sinfín de facetas desde que la conoció hasta el día presente. La primera vez la percibió como una muchacha cándida y soñadora, quizá reprimida por la timidez, pero no por ello menos vital. Después, conforme fueron desarrollando su complicada relación plagada de amenazas y ultrajes, se percató de que tenía un lado fiero, incluso cruel, y de que estaba permanentemente a la defensiva.

Prefería a cualquiera de aquellas dos mucho antes que a la Clarissa que no parecía Clarissa;

que ni siquiera parecía un ser humano, sino una sombra.

—¿Y qué hago? —murmuró al fin, buscando su blanca silueta entre los setos del jardín. No se había movido—. ¿Cómo la ayudo?

—Trátela con cariño y paciencia, milord —le sugirió Mikaere—. Puede que esa no sea la cura del mal que la acecha, pero el amor genuino rara vez nos perjudica.

Capítulo 14

Clarissa se tensó cuando oyó el sonido de unos pasos aproximándose.

En el transcurso de una semana había aprendido a diferenciar el caminar agitado de Emily del paseo lento de otra de las doncellas, Julianne. Al mayordomo se le reconocía con facilidad porque cojeaba de una pierna, y el ama no era un misterio gracias al tintineo del manojo de llaves que colgaba de su mandil.

Pero el sujeto que se acercaba ahora no había tenido la valentía de acercarse antes.

El corazón le dio un vuelco cuando Nile tomó asiento a su lado. Si bien lo hizo a una distancia prudencial, la mera expectativa de mantener con él una conversación sobre lo ocurrido —o, peor: lo que sucedería tarde o temprano, tal vez en cuanto cayera la noche— la enderezó, a la defensiva.

Sobre todo cuando sintió que alargaba un brazo hacia ella con la intención de tocarla.

Estaba a punto de exigirle que respetara su deseo de soledad cuando notó el roce de la esquina de un libro en el muslo. Clarissa agachó la cabeza para leer el título, y, sin darse cuenta, su rostro se iluminó.

Lo tomó entre las manos, emocionada, y delineó la caligrafía de la cubierta de cuero.

—¡No recordaba cuánto me gustaba este libro! —exclamó ella para sí, olvidando por completo que tenía compañía—. Y tengo esta misma edición... Qué curioso. A estas alturas, deben de haberse publicado alrededor de... —Pestañeó deprisa al caer en la cuenta de que Nile no se había marchado. Se atrevió a mirarlo de soslayo—. ¿Han traído ya mis posesiones de Arlington Abbey? No se me ocurrió que incluirían las novelas.

—Me temo que no, aún no han llegado —contestó con una voz áspera que le extrañó. Estaba resfriado, como comprendió después de consultar su aspecto con un vistazo rápido—. Este volumen lo he sacado de la biblioteca de Bloom's Park. Hay un sinfín de títulos, aunque posiblemente ninguno tan brillante como *Los viajes de Gulliver*.

Le sorprendió el tono que empleó para dirigirse a ella. No había ni rastro de la arrogancia con la que antaño la ultrajaba para situarse por encima, ni de la irritación o la incertidumbre que había percibido en él en los últimos días.

Con un nudo en la garganta, Clarissa alzó la barbilla en su dirección y se fijó en que la estaba mirando con cautela, dubitativo sobre si su iniciativa sería o no bien recibida.

No quiso pararse a pensar en cómo le sentaba que, a raíz del escándalo de la escapada, Nile hubiera empezado a sentirse incómodo en su presencia. Se suponía que esto debería aliviarla, y, sin duda, estaba más tranquila sabiendo que le tenía el suficiente respeto temeroso como para no propasarse.

Pero también notaba el aguijonazo de la culpa.

—Es usted muy sagaz —respondió ella en tono neutro. Acarició el lomo con el pulgar, la excusa perfecta para esquivar su mirada—. Si con esto pretendía hacerme una recomendación literaria, ha acertado de lleno.

—Me temo que ya sabía que le gustaba este libro, o, por lo menos, que lo había leído. Alguien me dio el soplo —reconoció con un cabeceo humilde y una sonrisita resignada. No mantuvo el misterio por más tiempo—. No pretendía darle la respuesta larga. Tengo la impresión de que basta con sacar ciertos nombres a colación para arruinar una plácida convivencia... —La sonrisa

se le torció hacia la amargura. A Clarissa no le costó imaginar qué le habría replicado su conciencia: «¿Plácida convivencia? ¿La de quiénes? No la tuya con tu esposa, eso seguro»—, pero digamos que Rebecca me comentó en una ocasión que usted y yo coincidíamos en una serie de gustos. Esta es mi novela favorita, y, según tengo entendido, a usted también la maravilló.

Clarissa cayó en la cuenta de que había vuelto a tratarla con la distancia cortés que se estilaba entre pretendiente y pretendida. En lugar de preguntarse por qué había renunciado al tuteo de las últimas discusiones, lo agradeció para sus adentros. Podía ser una señal de que de ahí en adelante pondría un necesario espacio entre los dos.

—¿Cómo supo la señorita Wargrave que yo había leído *Los viajes de Gulliver*? —inquirió en voz alta, aunque más bien se lo preguntó a sí misma. Dudaba que a Rebecca le hubiera interesado nunca la novela que descansara sobre su mesita de noche.

—Quizá lo compartiera con alguna de sus amigas y Becks estuviera presente, aunque en segundo plano —sugirió Nile, encogiéndose de hombros.

El apodo, «Becks», le formó un nudo en el estómago, y no supo cómo seguir la conversación.

Aunque eran numerosas y apremiantes las preocupaciones que rondaban a Clarissa, no le había faltado tiempo para revisitar la sarta de crueles verdades que Nile le espetó a la cara el primer día. «Rebecca era la niña con la que he crecido, la amiga que me acompañó en mis pesares, y una mujer que me quería. Una mujer que podría haberme hecho feliz», le soltó con el rostro contraído de dolor.

Clarissa no había querido pensar en ello porque sabía que la culpa la acabaría asfixiando. Incluso había tratado de negar su cuota de responsabilidad. Hasta intentó acusarlo de mentiroso durante sus cavilaciones, basándose en que no podría quererla tanto si había tratado de tomarla a ella como amante. Pero no podía fingirse tan mojigata como para no diferenciar entre amor y deseo, sobre todo cuando había atestiguado la complicidad de la pareja.

Nile visitaba con religiosidad a Rebecca, y siempre saltó a la vista que, si bien él no estaba enamorado, sí le profesaba todo el afecto que un hombre de su posición podía expresar en público. No era mucho, pero más que suficiente para que Clarissa la hubiera envidiado.

«Becks», repitió para sí, encogida de lástima hacia las circunstancias. Podía ser un detalle insignificante, pero a ella solo le habían otorgado un diminutivo cariñoso las personas que más la querían. O las únicas personas que la querían: Prim y Wit.

—No sé si llegó usted a darse cuenta —prosiguió Nile, viendo que ella se sumía en un silencio fúnebre—, pero a Rebecca le gustaba observarla tanto a usted como a las señoritas Burton e Insley. Siempre he tenido la sensación de que quería formar parte de su grupo.

Solo oír tamaño disparate habría logrado despejarle la mente de toda autocompasión.

—Más bien nos vigilaba para averiguar nuestros puntos débiles y así, a posteriori, atacarlos sin compasión —repuso Clarissa, a caballo entre el pasmo y la indignación. Enseguida recordó de quién estaba hablando y carraspeó, escarmentada—. Discúlpeme. Sé que la señorita Wargrave es importante para usted.

—Descuide —desestimó él con media sonrisa nostálgica—. Si la quiero es justo porque la conozco, y sé lo bajo que puede llegar a caer. Es innegable que tenga un don para tocar la fibra sensible de sus enemigos.

Lo único que Clarissa pudo escuchar fue aquel vehemente «la quiero».

Estuvo a punto de estremecerse.

—Entonces será usted el primero en respaldar mi afirmación. Le encantaba humillarnos. Fíjese, por ejemplo, en la última velada musical de Arlington Abbey. Me interrumpió en pleno recital para que la atención recayera sobre mí y mi...

Como no pudo pronunciar la palabra, se llevó una mano al cuello de forma involuntaria.

Nile alzó las cejas, sorprendido con su interpretación.

—No es así como yo lo viví. Rebecca intervino para ocupar su lugar al piano, dándole así la oportunidad de abandonar la estancia antes de que más invitados se dieran cuenta de... lo que sucedía. Lo hizo a su manera, eso no se lo discuto —cabeceó, resignado—. Y su manera siempre contempla dejar meridianamente claro que no la mueven ni la compasión, ni la humanidad. Pero el trasfondo del gesto fue de una benevolencia incontestable.

Clarissa le dio el gusto de detenerse a meditar si podría o no tener razón.

—¿Por qué haría eso cuando me desprecia? —inquirió, dudosa, al cabo de un rato.

Nile se tuvo que aclarar la garganta antes de hablar. Le habían estado interrumpiendo toses secas y cortas que se esforzaba por mantener a raya carraspeando y tragando saliva.

—La respuesta a esa pregunta no la sé, pero piénselo. Rebecca se expuso a que la reprendieran por grosera. A fin de cuentas, interrumpir un recital es una descortesía. No se habría arriesgado a ser la comidilla de la reunión por el placer de avergonzarla, se lo aseguro. Hay límites que Becks no cruzaría estando en juego su reputación.

Clarissa sacudió la cabeza tercamente.

—Está claro que el amor le ciega, Haverford —le recriminó con acritud—. La señorita Wargrave no me ha dirigido una palabra amable desde que coincidimos en la escuela, y ya han transcurrido años. Me parece inverosímil que trate de vendérmela como un ángel de la caridad cuando sé de buena tinta cómo se las gasta.

—No voy a negar que Rebecca tenga una forma de comunicarse con los demás que deja bastante que desear —reconoció con aire melancólico—, pero eso no debería restarle importancia al hecho de que intentara ayudar. Créame, la conozco y me consta que no es tan cruel como para ponerla en el punto de mira en un momento delicado.

«Pero sí es tan cruel como para llamarme zorra insaciable y prometerme que un castigo divino se cernirá sobre mí», se cuidó de replicar. ¿Con qué objetivo lo haría? Al final del día, poco importaba ya la figura de Rebecca Wargrave en sus vidas. Por lo menos en la de Clarissa, que, más allá del desahogo de Nile, no le había dedicado un pensamiento desde su llegada a Bloom’s Park.

No podía decirse lo mismo de él, sin embargo. Bastaba con fijarse en su expresión cuando hablaba de la que podría haber sido su esposa para saber que aún le torturaba lo ocurrido.

—Además de mencionarme *Los viajes de Gulliver*, Rebecca me comentó que le gustaban a usted Salieri, Scarlatti y Lully —retomó Nile, decidido a sacar a flote la conversación—, que montar a caballo no le convence como actividad deportiva y que su postre favorito es la tarta de Sant Honoré. Me imagino que estos detalles le llamaron la atención porque son preferencias que comparto con usted.

Clarissa lo miró con incredulidad.

—No es posible que tengamos tantos intereses en común.

—Yo también era reacio a creerlo, pero entonces recordé que leímos a la vez *Pamela o la virtud recompensada* y pensé que era posible. Me he tomado la libertad de pedirle a la cocinera que prepare la tarta de postre para esta noche, si le parece a usted bien —apostilló, sosteniéndole la mirada a la espera de un asentimiento conforme. Le pareció que incluso llameaba la esperanza en el corazón de sus ojos negros; una esperanza que anhelaba atisbar en los labios femeninos una sonrisa de agradecimiento.

Clarissa no quería temerse lo peor, pero la mente la traicionó insinuándole que Nile solo esperaba complacerla para luego tomar de ella lo que quisiera. Al igual que Bellingrath, se

creería a salvo de los remordimientos si la trataba con deferencia antes de ejercer sus derechos maritales, esto en contra de su consentimiento.

O quizá solo pretendía instarla a probar bocado, se obligó a pensar. No recordaba haber comido en las últimas veinticuatro horas, y él debía de saberlo si prestaba sus oídos a las preocupaciones del servicio.

Aunque no terminaba de entender el objetivo del acercamiento de Nile, decidió corresponder su esfuerzo por entablar una conversación.

—¿Le gustó la novela? —preguntó con timidez—. Me refiero a *Pamela*.

Nile desvió la mirada hacia delante y adoptó una postura tan informal que Clarissa se quedó sorprendida. Nunca lo había visto relajar la pose de venerable marqués, que a menudo pasaba por intimidar a sus interlocutores con miradas por encima del hombro. Ahora, abrazado a una rodilla, parecía cómodo en su piel.

—No me suelen convencer los libros escritos para aleccionar al público, incluso si el mensaje que pretenden transmitir es positivo. —Hizo una pausa para organizar sus ideas—. Sé que todas las novelas cuentan una historia de la que se puede extraer una moraleja, pero la intención del autor es tan evidente en este caso que siento que insulta mi inteligencia. Tengo derecho a sacar mis propias conclusiones sin que el escritor me induzca a replicar su pensamiento, ¿no le parece? —La miró de soslayo, y entonces sonrió para su coleto—. Debo admitir que me gustaron más las parodias. Con *Shamela* llegué a llorar de la risa. Samuel Richardson se lo tuvo bien merecido por creerse el profeta de la moral.

Clarissa se sorprendió devolviéndole la sonrisa.

—A mí tampoco me entusiasmó —reconoció con un hilo de voz, alisando las arrugas que la falda le formaba en el regazo—, aunque por otros motivos. Es inverosímil que una modesta doncella consiga disuadir a su amo de hostigarla haciendo gala de su prudencia. La segunda parte, en la que Pamela se adapta a la vida en sociedad, sí me entretuvo algo más.

Evitaba mirarlo mientras no fuera una descortesía flagrante, abrumada por la cantidad de sensaciones que esto le provocaba. Ser objeto de su observación le recordaba que le había arruinado la vida con sus torpes decisiones, y la culpabilidad entraba en conflicto con el insensible argumento de que se lo merecía por haberla torturado durante meses; sentimiento pueril del que pronto se avergonzaba. Pero, aunque no se girara hacia él para proteger su paz mental, Clarissa seguía sintiendo la mirada oscura clavada en ella.

Quizá Nile se hubiera dado cuenta de que rememorar determinadas partes del libro la había turbado. Al final, Pamela había sido más valiente que ella llevando a cabo toda suerte de estratagemas para quitarse de encima al desagradable señor B. Era una macabra casualidad que el nombre del perseguidor de la protagonista y el del suyo empezaran por la misma letra; casualidad ante la que no le quedó otro remedio que reírse con cinismo.

—¿Por qué es inverosímil? —tanteó él.

—Porque los hombres toman lo que quieren, milord —resumió con sencillez—. Sobre todo de las mujeres indefensas.

—A mi parecer, esa es la razón por la que se escribió el libro —le señaló con gentileza—. Porque, por desgracia, los hombres solo son caballerosos con las damas, y el señor Richardson opinaba que un noble que se precie de serlo de corazón, además de por título, no ha de hacer distinciones a la hora de tratar con respeto al bello sexo.

—Una interpretación muy libre, quizá demasiado benevolente. Yo habría jurado que el libro se escribió para hacerle saber a las mujeres que, si no quieren convertirse en parias sociales o ir directas al infierno, antes deberán renunciar a su propia vida que aceptar encamarse con el

miserable de turno —repuso con gravedad, manteniendo la vista fija en un punto entre la hierba.

Lamentó haberse dejado llevar por la rabia. El silencio que se formó a continuación le hizo saber que había sorprendido a Nile, y temió que esto derivara en las incómodas preguntas que trataba de evitar.

—Parece que no tenemos tanto en común, después de todo —comentó él, alejando la conversación de donde pudiera malograrse. Clarissa tuvo que reconocerle la elegancia al redirigirla hacia un terreno común—. Puede que nos gusten los mismos libros, pero no los percibimos igual. ¿O sí? ¿Por qué le gustó *Los viajes de Gulliver*?

—Adoro a Jonathan Swift —reconoció con simpleza, encogiéndose de hombros—. Era crítico con la profesión de fe ciega y tan agudo como para satirizar todo aquello que no le parecía bien. Además de que escribió los únicos poemas que podría recitar de memoria —apostilló, lanzándole una mirada tímida—. ¿No es sorprendente que escribiera un libro apto para niños y que también los adultos puedan disfrutar?

—Era un genio. Su obra acabará siendo un clásico de la literatura universal.

—¿Por eso le gustó a usted? —preguntó ella, ladeando la cabeza en su dirección.

—Me gusta por la misma razón que a usted: porque su habilidad para la sátira es la señal distintiva de una inteligencia superior. Sabrá que su propósito al escribir la novela era burlarse de esos relatos de viajes que se podían y siguen pudiendo leer en las revistillas y biografías de quienes se dan más importancia de la que tienen. También me gusta que fuera irlandés —apostilló, rascándose la nuca en un gesto introvertido—, pero eso es irracional. Mi madre nació en Dublín.

—Es una ciudad que siempre he querido visitar —admitió Clarissa.

Sus propias palabras la sorprendieron.

¿Desde cuándo deseaba viajar a Dublín? Recordaba haber dado de lado sus intereses personales por mera supervivencia, hasta tal punto que le asombraba encontrar sueños y aspiraciones olvidados conforme escarbaba en la memoria.

—No me diga. Pues eso es algo que también tenemos en común. —Nile se giró hacia ella, pero no llegó a aproximarse más en el banco—. Veamos si somos tan parecidos como Rebecca insinuó. Aparte de leer, ¿qué le gusta hacer en su tiempo libre?

Clarissa tuvo que bucear en sus recuerdos para acordarse de qué acostumbraba a ocupar sus ratos cuando el pánico no la paralizaba bajo las sábanas.

—Se me da muy bien jugar a las damas —señaló muy despacio, como si no estuviera segura de que fuese verdad.

—Vaya por Dios... —Nile chasqueó la lengua—. Yo prefiero el ajedrez. ¿Cuál sería su menú ideal para almorzar?

—Sopa de salmón con eneldo —empezó a recitar, pensativa y al mismo tiempo envalentonada—, rodaballo con salsa holandesa agria y, evidentemente, tarta de Sant Honoré. Aunque también me encanta la gelatina de sidra.

—Había olvidado por completo que existía la gelatina de sidra. Creo que solo la probé una noche y repetí hasta cuatro veces —recordó Nile, divertido—. Si pudiera viajar a una época pasada, cualquiera, ¿cuál sería?

—Al Antiguo Egipto. Necesito saber cómo se construyeron las pirámides.

Se fijó en que la media sonrisa de Nile se atenuaba y sus ojos emitían un destello misterioso, como si hubiera dado la respuesta correcta a una pregunta que debería haber fallado.

—Mis padres eran de la opinión de que se levantaron como cualquier otro edificio: con la ayuda de trabajadores civiles comprometidos con la causa. Y con esclavos, claro está —admitió

a regañadientes. Luego apoyó la barbilla en la rodilla todavía doblada, y clavó la vista al frente —. Estudiaron a fondo la sociedad egipcia, ¿sabe? No por nada me llamaron Nile, lo que me ha valido unas cuantas preguntas indiscretas y las mismas bromas pesadas durante toda la etapa universitaria. Se podrá imaginar que a mi padre no le faltaba trabajo aquí, en la finca, pero viajaba a El Cairo siempre que podía para invertir y participar en investigaciones arqueológicas. Todo empezó con la historia de la piedra de Rosetta, que conquistó su corazón cuando visitó el Museo Británico con solo diez años.

—No he estado —confesó Clarissa, conmovida por el relato de su padre.

Nunca antes lo había mencionado, y podía figurarse por qué.

Sabía que ambos progenitores fallecieron en un siniestro hundimiento. Una furiosa tempestad atlántica engulló al navío, que, en un pasado alternativo y feliz, habría llegado, precisamente, a las costas del continente africano.

Según tenía entendido por los comentarios que había oído de Rebecca, en el presente seguía siendo un asunto delicado para Nile. Y aunque hablar de sus seres queridos los acercaba, justo lo que Clarissa trataba de evitar, se alegró de que se hubiera animado a hablarle de un tema tan sensible.

—¿Y le gustaría ir? —tanteó él.

Sospechando que pretendería programar una visita, no se arriesgó a darle una afirmativa. Habría sido una imprudencia cuando desconocía el ánimo en el que se encontraría el día del viaje, y no le gustaría arruinárselo con un ánimo esquivo. Era evidente que había heredado de sus padres la pasión por la egiptología.

Aun así, procuró suavizar la ambigua respuesta con una modesta sonrisa.

—Tal vez.

—Me conformo con eso. —Inspiró hondo, llenándose de energía, y prosiguió—: ¿Olor favorito?

—El pan recién horneado. Sobre todo si lo hornea Prim. Hace unos panecillos deliciosos.

Nile se la quedó mirando con la cabeza ladeada.

—Debe de echar de menos a sus amigas... —Su voz se fue apagando al hacer la suposición, como si acabara de ser consciente de que se adentraba en terreno pantanoso; ese que había estado esforzándose por esquivar desde que tomó asiento.

Clarissa no entendió del todo su reacción, pero puso fin a su incertidumbre respondiendo con naturalidad.

—Son lo mejor que me ha pasado en la vida. Cuando nos conocimos, yo tenía quince años, y fue amor a primera vista. Enseguida hicimos un pacto: solo una de nosotras se casaría, y la boda tendría lugar con un caballero que permitiera que las otras dos amigas fueran a vivir a la misma casa. No como el duque de Devonshire tenía a su esposa y amante bajo el mismo techo para gozar de las atenciones de ambas[3] —se aseguró a aclarar—. No había sordidez en nuestra fantasía. Lo planteábamos como una convivencia inocente.

—¿Y cuál se casaría? —inquirió, divertido con la idea—. ¿Había alguna preferencia? ¿Peleabais por el puesto?

—Todo apuntaba a que sería yo la que pasaría por la vicaría. Prim nunca ha tenido mucha fe en su futuro matrimonial, y si Wit le parece alocada ahora, imagínese cómo era cuando tenía tres años menos. Estaba convencida de que se fugaría con un hombre con una historia turbulenta, quizá un tipo casado, un fugitivo de la ley o un joven de clase baja que su padre no aprobaría, y viviría amancebada con él... —Puso los ojos en blanco, en el fondo conmovida con la sola mención de Verity—. Cada día la historia era distinta, y todas ellas satisfacían sus ansias de

aventuras. Pero bueno... —Sacudió la cabeza y se animó a girarse hacia él—. ¿Cuál es su olor favorito?

—El tuyo —admitió sin tapujos.

Nada más escucharse, buscó la mirada de Clarissa con una huella de preocupación, tratando de averiguar si había metido la pata. Y lo había hecho; lo comprendió en cuanto ella palideció y agachó la cabeza.

El comentario, que poco o nada había tenido de inocente, la despertó del plácido sueño que había sido la charla como un jarro de agua fría.

—Si está siendo amable para luego cobrárselo de alguna manera —consiguió hablar con relativa firmeza—, quiero que sepa aquí y ahora que prefiero que tome lo que quiere sin antes hacerme la cama.

Clarissa odió el artificio en el gesto de asombro de Nile, con el que fingió no haberse dado cuenta enseguida de que la respuesta la había turbado.

—¿De qué está hablando? Le aseguro que ese no es mi objetivo.

—Tal vez no el que he dado por hecho, pero admite tener un objetivo —señaló con rencor.

—Ninguno más allá de fomentar cierta familiaridad entre nosotros —repuso, esta vez genuinamente contrariado—. Quiero que se sienta cómoda en Bloom’s Park, que pueda llamarlo hogar, y que tenga conmigo la suficiente confianza para trasladarme sus preocupaciones.

Quizá unos minutos atrás, aquello le habría bastado como argumento para no temerse lo peor, pero el anhelo que había visto en sus ojos al mencionar su olor le había formado un nudo en la garganta.

Uno que no desharía ninguna disculpa.

—Justo como se las trasladé el otro día, y todo para que las desestimara sin miramientos, ¿no es así? —contraatacó con la espalda recta como una flecha.

Nile no dio muestras de comprender su reclamo. Incluso creyó considerarlo injusto.

—Si se refiere a cuando me pidió que la dejara marchar a la montaña para no ser la marquesa de Haverford, por supuesto que tenía que desestimarlo —atajó con acritud.

—Ya veo —musitó ella sin abandonar la postura defensiva—. Solo quiere que confíe en usted lo suficiente para consumar el matrimonio, y no porque pretenda atender ninguna de mis necesidades.

Nile soltó una carcajada incrédula.

—Por el amor de Dios... ¡Claro que pretendo atender sus necesidades! Lo que he querido decir es que si me pide la luna en bandeja de plata, Clarissa, no se la podré bajar. Anular un matrimonio, fingir su muerte o simplemente permitir que me abandone no está al alcance de mi mano. Pero sí —confirmó con llaneza—, también espero que llegue a sentirse cómoda conmigo en el dormitorio. Algún día —apostilló—, pero no cuento las horas. No tengo ninguna prisa.

Aunque no planteaba nada descabellado, y, de hecho, le estaba dando el espacio que siempre habían vulnerado para llegar a ella, su propuesta seguía representando una amenaza en el largo plazo.

Se puso de pie con dificultad, notando las rodillas débiles.

Él la imitó con la misma torpeza.

—Clarissa... —empezó, y avanzó un paso con la intención de detenerla.

Era consciente de que no se comportaba como Nile habría esperado. Tampoco como a ella misma le gustaría, porque sí, no mucho tiempo atrás, fantaseó con un matrimonio feliz.

Aunque la atormentaban males peores que la certeza de ser un fracaso de esposa, le dolía saber que, comparada con Rebecca, era inútil; poco más que una carga. Pero no tenía la fuerza ni

el valor necesarios para sobreponerse a sus recuerdos. Y que él la mirara así, como si hubiera perdido la cabeza, la disuadía de intentar recobrarse de las experiencias que le quitaban el sueño.

Así la miró cuando se arrojó del carruaje, cuando quiso huir, cuando le gritó lo que pensaba.

Así la observaba ahora.

—Entiendo que se haya acercado a mí con esta... agradable charla para valorar mi estado —se obligó a decir ella—. Debí de asustarle con mi reacción del otro día, y lo lamento; lamento también que se vea obligado a tantearme. Pero le aseguro que no volveré a ponerle en una situación comprometida, ni le avergonzaré en público, ni atentaré con mi egoísmo contra la integridad física de sus trabajadores. Y si lo que quiere es que atienda... determinadas labores... —Tragó saliva—. Le prometo que responderé las cartas que llegan, y que me sentaré con el ama de llaves a escuchar sus propuestas, y que... Le juro que saldré de la cama y seré una digna señora de la casa.

—Eso es lo de menos, Clarissa —la cortó con impaciencia, dando un paso hacia ella. Extendió la mano con la palma hacia arriba y le sostuvo la mirada a la espera de que leyera en su humilde expresión que no pretendía asustarla—. Solo quiero hacerte saber que no soy tu enemigo. Respeto y respetaré tu espacio..., pero tampoco me gustaría que abrieras un abismo entre nosotros —confesó con dificultad, temiendo su reacción—. Eres mi mujer, a fin de cuentas.

«No soy tu enemigo» y «eres mi mujer» se le antojaron conceptos antónimos, como si le hubiera dicho que la quería y la odiaba al mismo tiempo; que la protegería y que la mataría. Ser su esposa y tener obligaciones para con él lo convertía involuntariamente en la persona que más daño podría causarle.

Dio un paso atrás, sintiendo una dolorosa presión en el pecho. Abrió la boca para decirle algo que lo disuadiera de insistir, como que había captado el mensaje, pero volvió a recordar su amenaza pasiva —«Espero que llegue a sentirse cómoda conmigo en el dormitorio. Algún día»— y su cuerpo reaccionó con un brote de vértigo paralizante.

Solo pudo musitar una débil excusa y marcharse antes de que Nile pudiera replicar.

Capítulo 15

Nile selló la carta más urgente que mandaría esa mañana. Tambaleándose, se la acercó al lacayo, que, recto como una lanza, esperaba sus órdenes. La dirección no era otra que Mabry's Place. No iba dirigida al servicio de la institución para que se apresuraran en mandar las pertenencias de Clarissa, sino a sus dos amigas.

Basándose en la breve conversación que había mantenido con su esposa el día anterior, Nile tomó la decisión de invitar a las señoritas Burton y Insley a pasar el fin de semana en Bloom's Park. Tenía dudas sobre si las maestras les permitirían abandonar Londres durante su primera temporada; de ahí que hubiera hecho hincapié en la importancia de su visita. No creía que las jóvenes fueran a obrar un milagro con la actitud esquiva de Clarissa, pero albergaba la esperanza de que marcaran una diferencia. Tal vez, en el gesto de acercar a sus seres queridos, la joven viera que le preocupaba su comodidad.

No recordaba haber estado tan desesperado por agradar a alguien. En parte, porque nunca lo había necesitado. La trágica muerte de sus padres le convirtió a la tierna edad de doce años en una suerte de víctima, y, como tal, sus allegados lo creyeron merecedor de todo género de caprichos. Había crecido abrumado por el trato preferente que le prodigaba no ya el servicio, que se limitaba a cumplir con su deber, sino los miembros de la alta sociedad que tuvieron en estima al difunto marqués de Haverford. Nile jamás había usado la morbosa historia de hundimiento y orfandad para ganarse el aprecio de nadie, pero no importaba, porque seguía pendiendo de sus hombros como una sombra que brillaba en la oscuridad. Todo el mundo estaba al corriente de lo ocurrido y actuaba en consecuencia.

La relación con Clarissa, tal y como se presentaba, era toda una novedad... Pero cuánto le gustaría que no lo fuese. Cuánto le gustaría que las cosas fueran diferentes.

Tan cansado que se le cerraban los párpados, se dejó caer en el sillón de cuero.

Debía reconocer que el resfriado estaba empeorando a un ritmo vertiginoso, y ya no solo le picaban la garganta y los ojos, ni solo necesitaba acostarse antes de las nueve. Empezaba a costarle respirar con normalidad, y había pasado la noche con un principio de fiebre emborronándole la visión y truncándole el equilibrio.

Apoyó la nuca en la pared y se concentró en el aire que trataba de llevar a sus pulmones. Oía un ronquido grave, como de estertor, cada vez que inspiraba. Si tosía, le daba la impresión de que un demonio saldría de su pecho.

Como Mikaere le había señalado con inquietud, no sonaba nada bien.

Estaba planteándose hacer llamar al médico cuando el mayordomo abrió la puerta del despacho.

—Milord, tiene usted una visita.

—¿De quién se trata? Porque creo que no estoy en condiciones de recibir a...

—¿De quién crees que podría tratarse, Haverford? —bramó la voz profunda que tan familiar era para él—. ¿Acaso esperas a muchos hermanos ofendidos, o es que no pensaste ni por un segundo que vendría a felicitarte por tus recientes nupcias?

Con dificultad, Nile se levantó para darle la bienvenida al honorable hijo del barón.

Harding Wargrave estaba de pie bajo el umbral del despacho, adelantado al pálido mayordomo. Le sostenía la mirada con esa mueca desdeñosa que, con ánimo burlón, Nile había

replicado durante las borracheras universitarias.

Además de censurador como el más rancio de los vicarios y heredero de la arrogancia del Rey Sol, Harding tenía un carácter temperamental que no casaba con la imagen que se esforzaba por transmitir al mundo. Nile siempre había percibido en su amigo una poderosa lucha interna: la desesperación por ser el caballero bien educado del que su padre se enorgullecería, y el deseo visceral de obedecer a sus instintos.

Su aspecto físico le había facilitado el propósito de presentarse como un príncipe sin imperio en la alta sociedad. Tenía la esbeltez de un bailarín, el cabello rubio de su hermana y unos ojos verdes idénticos. En parte por eso fue tan chocante verlo abrirse paso con sus andares avasalladores, porque trajo a Rebecca a su presente con la culpa que había empezado a empañar su recuerdo.

Se notaba que se había arreglado a conciencia para prestar la visita más complicada de sus veinticinco años de vida. Llevaba un traje color borgoña perfectamente planchado, y lo combinaba con un chaleco brocado en plata. La chalina del mismo gris acerado y ceñida a su cuello hacía destacar los destellos de furia que emitían sus ojos.

Si bien los rasgos de Harding Wargrave estaban en armonía con el canon de belleza, algunos de sus detalles podían servir como advertencia de que no era del todo lo que parecía: peinar su cabello tomaba un esfuerzo sobrehumano, porque sus mechones ondulados desobedecían al cepillo y a la misma gravedad; su mirada era extraordinariamente expresiva, de manera que si en algún momento perdía el control sobre sus emociones, cualquiera que lo estuviera observando sería testigo, y aunque sus labios se limitaran a esbozar en público sonrisas estudiadas, eran capaces de pronunciar las palabras más crueles.

Y eran esas palabras y ningunas otras las que Harding había ido a disparar contra Nile.

—Antes de que digas nada —se apresuró a intervenir el anfitrión, rodeando el escritorio con las manos en alto—, permíteme que te explique lo que ocurrió...

—Nunca me ha interesado lo que hagas con las mujeres en la cama. O en el carruaje, si a esas vamos —lo cortó de raíz con sequedad. Avanzó hacia él sin cerrar la puerta y sin bajar el tono. Pretendía que lo escucharan en toda la casa: la apoteosis de la humillación—, y no me importan ni los medios ni el proceso tanto como el resultado, que es que te has casado con una joven que no es mi hermana.

—Es mucho más complejo que como lo has planteado, Harding. No seas obtuso y deja que te ilumine sobre lo sucedido, aunque solo sea para que puedas hacer razonar a Rebecca.

—Oh, Becks no quiere verte ni en pintura —aclaró, atravesándolo con la mirada—, y apuesto por que eres el primero que lo sabe. Esto no es una venganza por ella, o, al menos, no es solo eso; confío en la habilidad de mi hermana para poner a la gentuza en su sitio cuando la han desairado. Mi visita es algo entre tú y yo. Un ajuste de cuentas entre caballeros.

—¿Qué quieres decir con eso? —Se le escapó una nota de preocupación, no tanto porque su vida corriera peligro como porque Harding se proclamara capaz de hacerle daño—. ¿Piensas retarme a duelo?

Los ojos de su amigo brillaron con desafío.

—No —resolvió después de un oportuno silencio, blandido adrede para torturarlo—, pero si he tardado una semana y un par de días en presentarme, no ha sido en deferencia a tu esposa, ya que me habría importado un carajo irrumpir en plena luna de miel, sino porque he estado barajando la opción —reconoció sin ápice de vergüenza—. Quiero que sepas que el único motivo por el que no he venido con médico y con padrino es porque disparar no es mi punto fuerte, y porque no me arriesgaría a morir o a ser sancionado por tu causa.

—A Dios damos gracias —musitó con alivio palpable.

A Harding no le sentó bien el comentario, fácilmente interpretable como una burla, y avanzó hacia él hasta cubrirlo con su sombra.

Harding no solo llamaba la atención en los salones por su apostura o por el lunar sobre el labio del que hablaban las revistas para mujeres, sino por su desproporcionada altura.

—¿Te parece muy gracioso, Haverford? —Era una pregunta trampa. Lo supo por la manera en que ladeó la cabeza y el destello de pitón que emitieron sus pupilas, una expresión letal que le había visto dirigir a sus enemigos—. Si hubieras sido la mitad del hombre que crees ser, habrías pasado por mi casa para disculparte con la cabeza gacha.

—Di por hecho que lo interpretarías como un atrevimiento y me echarías con cajas destempladas.

—Conociéndome de verdad, deberías haber pensado que, si te casabas con otra, te mataría por humillar a mi hermana. Por humillarnos a todos; a toda la familia Wargrave, que creo recordar que te dio cobijo cuando perdiste a la tuya. Te has sentado a mi mesa y se te ha servido con esmero y estima siempre que has pisado Wargrave House; se te ayudó a mejorar las calificaciones durante tus estudios cuando no podías pensar con claridad, se te ofreció apoyo y verdadero afecto; se te enseñó a cabalgar, a disparar, a todo cuanto se te antojó aprender para huir de ti mismo, ¿y así es como nos lo retribuyes? ¿Rompiéndole el corazón a Rebecca? Tienes suerte de que mi padre esté de viaje.

Nile luchó por tragar saliva, creyendo que así desharía el nudo en la garganta.

La discusión había empeorado su dolor de cabeza. Ahora le latía como si albergara entre las sienes un segundo corazón.

—Es una bajeza sacar a colación los favores que me has prestado —se oyó decir, sin embargo —, a no ser que estés confesando que fuiste un hermano para mí con el propósito oculto de que me convirtiera en tu cuñado.

Los ojos de Harding se convirtieron en una fina línea esmeralda.

—No me vengas con monsergas. Sabes lo que te costó convencerme de cortejar a Becks. Yo no daba un penique por ti —le recordó, apuntándolo con el dedo en el que lucía el anillo familiar —, y has demostrado que hacía bien al confiar en mi instinto.

—Si te tomaras la molestia de escuchar y comprender lo que pasó...

—Me he tomado la molestia, por supuesto. He escuchado y he comprendido la historia que me ha relatado Rebecca, que se remonta a unos cuantos meses atrás, cuando empezaste a comportarte como un idiota enamorado alrededor de la señorita Simms. Has estado jugando con mi hermana desde el principio —sentenció con el gesto ensombrecido—. Podrías tener la decencia de admitirlo ahora que todo está perdido. Porque eso, Haverford, nadie te lo va a perdonar jamás.

Nile encajó el crudo dictamen de Harding como buenamente pudo. Y le costó, porque aquellas eran las siete palabras que llevaban persiguiéndolo en pesadillas desde que los Wargrave lo recibieron con los brazos abiertos para convertirse en su familia postiza.

Nadie se lo perdonaría jamás.

—No tenía la menor intención de enredarme con Clarissa —se excusó con humildad—, ni tampoco de casarme con ella.

—Eso le decías a Rebecca, ¿no? ¡Y que la detestabas! —se echó a reír con cinismo—. Ya veo cuánto la desprecias, Haverford. Tanto que la invitas a tu landó a altas horas de la noche. Pero incluso si el episodio del debut hubiera sido un malentendido —agregó antes de que Nile replicara—, no puedes borrar lo evidente: cediste a la presión externa tomándola como esposa

cuando podrías haber escogido otro camino.

—Un caballero no tiene otra opción, y te aseguro que la despreciaba de veras.

—¿La despreciabas? ¿En pasado? —Se fingió sorprendido con una ceja enarcada—. Vaya... Parece que el roce sí hace el cariño.

Nile abrió la boca para aclarar que no había cariño entre ellos. Nada más que la verdad; una que, quizá, podría salvar su amistad... o permitirle conservar su respeto. Pero estaría mintiendo si para colmo apostillara que seguía odiándola, porque no era cierto.

Ver a Clarissa cada día y no solo de refilón cada domingo le había dado una perspectiva mucho más completa de quién era en realidad: una mujer con luces y con sombras que luchaba por su supervivencia. Dejar de provocarla había cortado de raíz los enfrentamientos que solían avivar su resentimiento hacia ella, dando respuesta a una pregunta que Nile se había formulado con frecuencia: ¿empezaba Clarissa los ataques?, ¿o era él quien la buscaba, y la muchacha solo se limitaba a defenderse?

Resultó evidente que, si hubiera bajado las armas antes, Clarissa lo habría imitado.

Además, no podía ignorar que ahora era su mujer, lo que le obligaba a empatizar para construir una convivencia más o menos agradable. Y es que existía un hecho aún más sobrecogedor y muchísimo menos desdeñable para impulsarle a tenderle la mano: ella estaba sufriendo.

Nile no era tan despreciable como para hacer oídos sordos al dolor de alguien con quien compartía techo y apellido. Y tampoco habría podido, porque dicho sufrimiento era tan ensordecedor que se había sorprendido a sí mismo estremeciéndose físicamente en su nombre.

—Ahora es mi esposa —le contestó a Harding, mirándolo con seriedad—. Tengo que responsabilizarme de sus necesidades y no ponernos piedras en el camino. Flaco favor nos estaría haciendo como cónyuges si la vejara como cuando no la conocía ni sabía que...

El futuro barón enarcó una ceja al verlo callar.

—Ni sabías ¿qué?

—Estoy en una situación complicada ahora mismo, Harding —le explicó, bajando el tono. Albergaba la esperanza de que su amigo se mostrara receptivo, dispuesto a entender que los hechos le habían venido dados y ahora solo podía hacer lo posible por mejorarlos—. Clarissa no se encuentra bien, y yo empiezo a desesperarme porque no sé cómo acercarme a ella, y...

Observó que a los ojos de Harding asomaba algo de la familia de la compasión, pero tan rápido como le asaltó el impulso natural de ejercer de confidente, se desvaneció.

—Rebecca tampoco se encuentra bien, y yo tampoco sé cómo demonios aplacarla. Me importan un carajo las vicisitudes que debas afrontar ahora, por no mencionar que me parecerán una caricia de seda comparadas con las que tendrías que padecer por negligente y desalmado. Sé un hombre —le espetó con frialdad—, hazte cargo de lo que has provocado, y deja de lloriquear por las esquinas.

Nile apretó la mandíbula para no soltar una blasfemia.

—¿A eso has venido? ¿A decirme que a partir de ahora no podré contar con tu favor?

—A eso y a expresarte hasta qué punto no eres bienvenido en mi casa.

No le dio tiempo a reaccionar. Harding cerró la mano en un puño y le incrustó los nudillos en la mejilla, con una fuerza que el dios Zeus parecía haberle transferido en el buen nombre de la justicia. Nile se tambaleó, y podría haberse caído si no hubiera podido apoyarse a tiempo en el borde del escritorio.

Se llevó la mano a la zona sin llegar a rozarla, notando la violencia del golpe en el intenso palpitar.

—Te arrepentirás de esto —masculló Nile—. Te darás cuenta de que has cometido un gran error conmigo, Harding, y, cuando me necesites, volverás arrastrándote. Y a diferencia de ti, bastardo arrogante —añadió, buscando sus ojos verdes—, yo sí me sentaré a escucharte.

Harding tembló de pura indignación al escucharlo.

—La audacia que hay que tener para creerse en el derecho de amenazar a...

—¡Lárgate de mi casa! —le ladró, fulminándolo con la mirada.

Harding permaneció unos instantes en el sitio doblando y estirando los dedos, desafiando abiertamente a Nile. Pero ni él asestaría un segundo golpe, ni el anfitrión contraatacaría. Nunca llegarían más allá del primer puñetazo. Incluso si al joven Wargrave se le daba de maravilla camuflar sus verdaderos sentimientos, e incluso si Nile estaba tan furioso como para ocultar el dolor bajo capas de ira, los dos lamentaban el final de su amistad.

Jamás lo reconocerían, pero ambos habían pospuesto el enfrentamiento porque sabían que no habría manera humana de solucionar el problema. Habían entrado en juego el honor y la respetabilidad de la familia, y tanto el uno como el otro enarbolaban los principios de caballerosidad y el apellido heredado más incluso que sus propios deseos.

Con todo y con eso, Nile habría preferido que el encuentro se diera más tarde. Aunque le costaba conciliar el sueño por culpa de la incertidumbre, de tanto preguntarse cuándo llegaría y lo abofetearía con el guante, ahora sabía que la aversión que había visto en la mueca de Harding no le dejaría pegar ojo. Quizá por eso estuvo a punto de detenerlo en su camino hacia la puerta.

A punto, porque no lo hizo.

Se resignó a quedarse con una última y triste imagen: la amplia espalda de Harding con los músculos agarrotados por la tensión, y la mirada por encima del hombro que le dirigió antes de dar un portazo.

Una mirada de profunda decepción.

Capítulo 16

A raíz del tenso desenlace de la conversación con Nile, Clarissa había desarrollado un plan de escape algo más elaborado.

Se había enterado de que los sábados por la mañana se montaba una feria de antigüedades en el pueblo. Le pediría a su doncella personal que la acompañara para echar una ojeada a los productos bajo la excusa de que tenía afición por coleccionar reliquias, y en el momento en que Emily entablara conversación con algún lugareño, Clarissa emprendería a pie su regreso a Londres.

Había pensado en subirse a alguna carreta de mercancías o pedirle al cochero que la trasladara a la capital, pero su vestido llamaría la atención de los vendedores ambulantes, que insistirían en conocer su historia o en cobrarle el viaje. Y Nile no tenía un pelo de tonto. Habría advertido al servicio, chófer incluido, de no obedecer en ningún caso las peticiones de lady Haverford sin antes consultarle a él.

Dobló con cuidado el vestido de viaje y guardó a buen recaudo los escasos peniques que había encontrado en el fondo de los cajones y abandonados en las rendijas de los divanes. Mientras se preparaba y pensaba en la excusa para justificar que llevara una bolsa grande —«para guardar mis nuevas adquisiciones», le diría a Emily—, el corazón le martilleaba en el pecho, asustado y a la vez entusiasmado por el inminente regreso.

En los últimos días no había dejado de tener pesadillas. En ellas, Nile se colaba en su dormitorio por la noche, a pesar de que cerraba su puerta con llave, y la tomaba en contra de su voluntad. Estando despierta, el panorama no era mucho más alentador. Recordaba la franqueza con la que había admitido que esperaba que cumpliera con sus deberes conyugales, y la fuerte pelea en la que se vio inmerso con Harding Wargrave, quien hasta entonces había sido su gran amigo.

Clarissa no podía soportar la culpa de haber provocado la ruptura de una amistad famosa en Londres. Había llegado a sus oídos que compartieron mujeres en más de una ocasión, que vivieron juntos en la misma casa cuando Nile perdió a su familia; que, aunque podían pagar habitaciones individuales, insistieron en pasar las noches en el mismo dormitorio durante la etapa universitaria. Incluso se rumoreaba que, borrachos como cubas, hicieron un pacto con sangre; de ahí la cicatriz de un corte que ambos lucían en la palma de la mano.

Terminó de preparar su macuto con la sensación de estar haciendo lo correcto, y estaba a punto de colgársela del codo cuando Julianne, una de las criadas, se asomó bajo el umbral.

—Milady... —balbuceó, retorciéndose las manos en el regazo—. Disculpe que la interrumpa, y justo ahora que va a salir —lanzó una mirada nerviosa al ligero equipaje—, pero... pero... pensé que le gustaría conocer el estado de milord.

Clarissa pestañeó sin comprender.

—¿El estado de milord, dices?

—Sí, milady. Ayer, tan pronto como el honorable Harding Wargrave se despidió de él, milord se excusó alegando que estaba cansado y se marchó a sus aposentos. No se ha movido de allí desde entonces, y por lo que me han dicho los criados, su salud ha empeorado notablemente. Estos días ha estado sintiéndose débil, pero ahora apenas logra tener los ojos abiertos. Me he tomado la libertad de... —carraspeó, avergonzada por su atrevimiento—. Bueno, de hacerle la

sugerencia de que lo acompañe en su convalecencia mientras el doctor se presenta.

Resentida por el sentido de la oportunidad del resfriado, Clarissa fue a decirle que contaba con una estupenda selección de sirvientes que podrían sujetarle la mano. Pero entonces recordó los ojos vidriosos con los que la miró el día que, como dos tímidos enamorados, charlaron de naderías; de su tos seca y la debilidad de su cuerpo, que ya no se erguía con distinción.

Descartó la posibilidad de que hubiera fingido su padecimiento.

Pero no se movió enseguida.

Una parte de ella incluso celebró la indisposición de Nile. Si no estaba en pie para detenerla, Clarissa podría desaparecer en un abrir de ojos. Sería una crueldad aprovecharse de su estado para marcharse, pero no perdía de vista que no solo lo hacía por ella. También pretendía librarle a él de un matrimonio infeliz.

Julianne la sacó de sus pensamientos con un tímido:

—¿Milady?

Clarissa alzó la mirada y comprendió que el servicio estaba esperando una respuesta.

Sabía que la juzgaban por no complacer al patrón en ningún sentido, por ser como el fantasma de un antepasado desgraciado que pululaba por la mansión. Si se quedara y lo atendiera, podría enmendarse no ya con Emily, la señora Forbes y el mayordomo: podría enmendarse con él. Pero eso fomentaría un acercamiento, y Clarissa se vería en la temible situación de sus pesadillas.

Tragó saliva, aun así, y decidió que no le haría daño prestarle una rápida visita. Una vez recuperado, Nile podría recordar esa indulgencia como una despedida.

Una Julianne alborotada por el milagro de haberla convencido insistió en acompañarla a sus aposentos, aunque estuvieran justo al lado de los de la marquesa.

Clarissa empujó la puerta y dio el primer paso con reticencia, decidida no permitir que los males que aquejaban a Nile cambiaran sus planes. Pero en cuanto lo vio enterrado bajo una sábana que parecía ahogarle, con el rostro ceniciento y salpicado por los sudores de la muerte, la conmoción la hizo olvidar su empeño.

—Dios santo —balbuceó ella, inmóvil. Él no se enteró de su presencia; estaba sumido en un el sueño intermitente de los estados febriles—. ¿Cómo ha llegado a ponerse así? Ayer mismo recibió a Harding Wargrave, y anteayer... anteayer... solo...

—Mikaere es de la opinión de que, al no haberse tratado el resfriado después de que le cayera un torrencial, ha derivado en una gripe peliaguda —explicó Julianne.

«Después de que le cayera un torrencial», repitió Clarissa.

El torrencial bajo el que ella caminó obstinadamente con tal de llevarle la contraria.

La certeza de ser la causante de su estado le cayó como un jarro de agua fría. Los ojos se le cristalizaron con lágrimas de horror, de vergüenza de haber estado pensando en marcharse. Se habría ido dejando atrás no solo a un hombre convaleciente, sino a un hombre al que ella podría haber matado. Recordaba con nitidez cristalina a su vecina Misty, de doce años, con la que solía jugar antes de ser enviada a la escuela de señoritas. La pequeña agarró una neumonía por una causa similar, y no vivió para contarlo.

Sacudida por la responsabilidad, Clarissa dejó en el suelo el macuto, que ni siquiera había soltado para así huir lo antes posible. Se acercó al convaleciente con pies de plomo, y confirmó que presentaba el mismo aspecto que la pobre Misty.

Nunca lo había visto tan desvalido, vulnerable como un bebé abandonado a las puertas de la casa de un extraño. Tomó asiento en el borde de la cama y alargó una mano indecisa hacia la frente. Tuvo que retirar un paño húmedo para medir su temperatura.

—Tiene fiebre —musitó ella.

Hundió la tela mojada en la jofaina que habían preparado para contrarrestar el ardor, y la dobló con mimo antes de secarle el sudor de la cara. Dudaba que hubiera perdido peso en el transcurso de una semana, nueve días a lo sumo, pero tenía los pómulos y la mandíbula más marcados.

Para cuando presionó el paño contra la frente, Nile ya había despertado.

—¿Clarissa? —murmuró, intentando abrir los ojos.

—Sí, soy yo. Parece ser que... que... cogió frío el día que llegamos a Bloom's Park. El médico llegará en unos minutos y le hará un reconocimiento. Pronto se encontrará mejor, ya lo verá.

Nile asintió con aire desvalido. Al marqués de Haverford que ella conocía no le habría gustado que le relacionaran con el enfermo que ahora tenía delante. El marqués de Haverford era orgulloso, y mucho antes que como un hombre débil, prefería que lo leyeran como un desalmado sin escrúpulos. O como un cínico, lo que demostró al sonreír para su coleto y decir:

—Estás a tiempo de evitar que el doctor obre un milagro, Clarissa. Si lo retienes del tiempo suficiente para dejarme morir, te librarás de este matrimonio indeseado... o indeseable... o ambos, y serás libre para escaparte sin que nadie te lo impida.

Clarissa se ruborizó porque hubiera adivinado sus intenciones.

—Es evidente que no cree usted que vaya a morirse de verdad, o no hablaría de ello tan a la ligera —lo reprendió con acritud—. Una gripe es algo muy serio, Haverford.

—Pero no creo que pueda uno curársela siendo pesimista, ¿no te parece? —Ladeó la cabeza hacia ella, pero mantuvo los ojos cerrados. Hablaba con una voz bronca y rasposa que delataba el lamentable estado de sus pulmones—. No tuteas a tu mayor enemigo, no tuteas a tu marido, no tuteas a tu... captor... ¿Tampoco vas a tutear a un pobre enfermo?

—Cómo se nota que no está usted en sus cabales. El marqués de Haverford jamás habría recurrido a un victimismo tan lamentable para conseguir lo que quiere.

—En vista de que ni un comportamiento irascible, ni una actitud cordial, ni una confesión sincera pueden darme el gusto de que mi esposa deje de tratarme como a un desconocido, ¿puedes culparme de servirme de métodos tan lamentables? Es ese el aspecto que debo de tener ahora si te has dignado a aparecer: uno patético.

Clarissa apretó los labios, molesta porque en lugar de valorar su gesto, se dedicara a echarlo por tierra con retorcidos argumentos.

Retorcidos y desgraciadamente ciertos.

—No soy la desalmada por la que me toma. Aunque sea mi enemigo, mi marido y mi captor, no le abandonaría a merced del dolor.

Nile suspiró, todavía sin mirarla.

—No me extraña que interpretes cada palabra que sale de mis labios como un ataque personal. Hasta hace poco, todo cuanto he dicho tenía el fin de desprestigiarte. Pero la cuestión es... que no me sorprende tu disposición a cuidarme porque te tome por una pésima cristiana, Clarissa, sino porque soy consciente de que no me merezco tu compasión.

La aclaración la sorprendió tanto que, durante los segundos que flotó en el aire, no encontró una respuesta.

Clarissa se sirvió de la experiencia que adquirió cuidando a familiares enfermos para volver a secarle el rostro, depositar el paño en la frente y ayudarlo a recostarse contra un par de almohadones para que los ataques de tos no le asfixiaran.

—Dudo que el buen samaritano hiciera distinciones entre los enfermos que le agradaban y los que no —contestó transcurrido un rato.

—Y yo no te agrado. Lo comprendo. Pensándolo bien, ese ha sido mi primer error. —Tuvo

que hacer una pausa obligada para incorporarse siguiendo las órdenes de Clarissa. No tenía fuerzas para hablar y moverse a la vez—. Creer que estar unidos en matrimonio te haría olvidar las afrentas del pasado, o que, como yo, las dejarías atrás en beneficio de la convivencia. —Sonrió con desdén—. Qué necedad la mía. Estoy dando la impresión de que no he tratado con una mujer jamás, cuando sé de buena tinta que al género femenino no se le puede aplacar si no es con una disculpa sincera.

—Qué distinción tan absurda. ¿Acaso usted no querría oírme pedirle perdón?

—A los hombres nos complacen las disculpas, pero podemos vivir en paz sin ellas. —Suspiró de alivio con la espalda ya apoyada en los almohadones. Abrió los ojos por fin, una fina línea negra como el horizonte nocturno, y la miró a la cara—. No voy a excusarme alegando que no era yo el hombre que te vejaba y vertía sobre ti las más despiadadas calumnias, porque lo era. O, al menos, puedo llegar a serlo. Pero en el caso de ser una parte de mí, es la peor de todas ellas. Y no deberías haberla conocido. Nadie merece conocer a alguien así.

Los encontronazos más recientes acudieron a la cabeza de Clarissa, obligándola a tragar saliva.

Cuando el cortejo de Bellingrath pasó de ser incómodo a violentarla en todos los aspectos, los insultos que Nile le dirigía velada o abiertamente dejaron de ser la fuente de su dolor. Pero estaría mintiendo si dijera que nunca llegaron a tocar una fibra sensible, o que perdonarlo no le supondría hacer acopio de toda su fuerza de voluntad.

Teniendo presente su enemistad, se sintió tentada de soltar el trapo húmedo y abandonar la estancia en un acto de rebeldía. ¿Por qué tenía que atender en su convalecencia al hombre que, mucho antes que su marido, había sido su antagonista? Le parecía una obligación injusta.

Y, sin embargo...

—Usted tampoco me ha conocido en mi mejor momento —repuso, resignada.

Para su sorpresa, la sonrisa mansa de Nile se torció hacia la diversión.

—Preferiría que no me perdonaras solo porque yo también tengo afrentas que disculparte.

Fue a decirle que esa era la única manera lógica de enterrar el hacha de guerra; el perdón pasaba por aceptar que ella tampoco había sido perfecta. Pero en el fondo sabía que no era cierto. Clarissa no solo no había sido perfecta, sino que fue quien empezó la guerra, tanto si él lo recordaba y era demasiado galante como para ponerlo sobre la mesa como si no.

La noche que se conocieron, Clarissa regresó enamorada a la escuela. Aunque la sensación había quedado sepultada bajo los pesares, aún la recordaba. Sobre todo sabría reproducir palabra por palabra los ingenuos sueños a los que se aferró a partir de aquel día: Nile Inglefeild la encontraría, a pesar de que solo le había dado su nombre de pila, declararía corresponder sus sentimientos y acto seguido se arrodillaría para hacer lo propio. En su cabeza de joven inocente, no había espacio para la posibilidad de que Nile ya hubiera elegido a su novia, y de que la susodicha fuera ni más ni menos que Rebecca Wargrave.

Cuando se reencontraron un domingo de visitas en el pasillo de la planta baja, el anhelo golpeó a Clarissa con fuerza. Pero no fue ese anhelo lo que la noqueó, sino el creerse traicionada al comprender que no había ido a verla a ella. Que ella no fue más que una pobre incauta de cuyos labios se sirvió por puro aburrimiento.

Nile fingió no conocerla. Clarissa se envenenó con argumentos que lo dejarían por un repugnante libertino, como que pretendía ocultarle a Rebecca lo sucedido, pero no mucho más adelante, durante uno de sus intercambios verbales, él le espetó que solo pretendía proteger su virtud. E hizo bien, porque Clarissa se habría visto fuera del mercado matrimonial en un abrir y cerrar de ojos. Lo que, pensándolo ahora, y considerando el cortejo de Bellingrath, la habría

salvado de madurar antes de tiempo.

Pero eso solo lo relativizaba ahora. En aquel entonces, Clarissa empezó a hacer comentarios por lo bajo cada vez que Nile pasaba por su lado. Era la que le buscaba las cosquillas con pueriles insinuaciones. Fue quien decidió que se proclamarían enemigos porque no soportó que no la hubiera elegido. Y él, aunque en un principio se mostró incrédulo ante su comportamiento errático, acabó acumulando razones para responder a sus ataques y sucumbió a la hostilidad.

Tuvo que aceptar, pues, que no era inocente. Y lo que era más importante: no le serviría de nada guardarle rencor.

Fue a decirle que sí, que lo disculpaba de corazón, pero el doctor hizo acto de presencia y tuvo que reclinarse a un lado. No quiso permanecer en el dormitorio mientras el especialista lo desnudaba para el examen.

Al salir al pasillo, tropezó con el macuto.

Su macuto.

Lo recogió del suelo con gesto entristecido y se lo echó al hombro, creyendo que así recuperaría el entusiasmo por la escapada. Ahora, Nile estaba en buenas manos, y ella tenía una oportunidad de oro que no se le volvería a presentar.

Pero no podría irse de allí con la cabeza bien alta si se escabullía por la puerta de atrás. Si, en cambio, se sentaba a su lado, le secaba la frente, le daba de comer y le leía sus pasajes favoritos para entretenerlo, quizá más adelante Nile se sintiera inclinado a renunciar a sus derechos como marido; o incluso estuviera dispuesto a retribuir sus cuidados viéndola partir sin resentimiento.

Bellingrath no era el único que podía llevar a cabo una buena acción para luego cobrársela.

Cuadró los hombros, determinada a hacer de su convalecencia un período de ensueño.

Cuando el médico abandonó la estancia y la informó de que, en efecto, había contraído la gripe, Clarissa le prometió que seguiría sus recomendaciones al pie de la letra.

Entró en el dormitorio con seguridad, y recuperó su puesto en el borde de la cama.

—¿Quiere descansar, o le gustaría que le leyera algo? —inquirió ella, solícita.

—Encontrarás un puñado de libros sobre el escritorio.

Clarissa fue a donde le había señalado y confirmó que tenía tres novelas apiladas, cada una de ellas marcada por el separador apenas unas páginas después de la introducción. Hojeó con curiosidad la única que no había leído aún, y se giró para preguntarle si estaba conforme con que ella eligiera el título. A Nile no le dio tiempo a disimular que la había estado observando como solo un hombre que quería lo que no podía tener observaría a una mujer. Un fulgor especial le había dado vida a su ojos de por sí brillantes por la enfermedad.

Por primera vez en meses, Clarissa no reaccionó con turbación a su escrutinio. Si bien percibía en él un interés innegable, no le pareció agresivo o demandante. La certeza de que no podría consumarlo estando enfermo le hacía inofensivo, el único estado en el que toleraba al género masculino.

Le sorprendió reparar en que no le tenía miedo a él como hombre, y ni siquiera al deseo. Solo a la fuerza; a la posibilidad de que pudiesen ejercerla contra ella.

Clarissa regresó a la cama con un sugerente frufrú de faldas, estruendoso en un dormitorio donde solo se oía la respiración agitada del convaleciente.

—¿Qué has elegido? —le preguntó con una mezcla de cautela y bochorno. Debía de haberse dado cuenta de su propia mirada, de esa mirada que estaba prohibida y con la que había vuelto a vulnerar los límites pactados.

El solo hecho de que se avergonzara desterró las inquietudes de Clarissa, que pudo mostrarle el título con un gesto enérgico, incluso cómico en su solemnidad.

—Es la única que aún no he leído de Dickens.

Nile se permitió sonreír antes de recostarse contra la almohada. Los párpados le pesaban, le rogaban que se rindiera al sueño, pero no quiso dejar de observarla.

—Creo que *Nicholas Nickleby* salió hace un par de años. No está mal. Lo malo es que...

Un violento ataque de tos lo interrumpió. Clarissa se adelantó para ayudarlo a echarse hacia delante y le dio una serie de palmaditas en la espalda, pero el ataque no cesaba, y empezaron a preocuparse: Nile buscó su mirada con los ojos inyectados en sangre, cubriéndose la boca, y Clarissa se compadeció del terror que vio cruzar fugazmente su expresión.

Estaba débil y enfermo de verdad. Y aunque eso la asustó por si al final sus cuidados no surtían efecto, también sintió, inexplicablemente, que su desvalimiento les acercaba. No del modo en que Clarissa temía, sino a través de la comprensión.

Acababa de ver en Nile a un ser humano, con su insignificancia, sus miedos y también su habilidad para hacerse cargo de sus errores. Que no fuera irreductible, como llegó a creer de Bellingrath, y que supiera disculparse, hizo que lo viera con otros ojos y se animara a cogerlo de la mano.

Nile le devolvió el apretón mientras luchaba por reponerse de la tos. Lo consiguió después de que Clarissa le acercara un vaso de agua, sin soltarlo en ningún momento. Cuando se había recuperado, lo ayudó a imitar la postura anterior. Lo miró largamente para cerciorarse de que estaba bien antes de coger el libro y, con su permiso, pasar las hojas hasta el primer capítulo.

Iba a empezar a leer sujetando el tomo con la mano libre, cuando el instinto le susurró que alzara la barbilla. Se topó con que Nile la estaba observando con los párpados entornados, los labios entreabiertos y la barbilla casi pegada al pecho, que subía y bajaba por la dificultad de llevar aire a sus pulmones. Por obra y gracia de la fiebre, sus ojos ya no se asemejaban a un pozo de tinieblas. Aquel fulgor vidrioso, propio de los santos iluminados, le recordó a un manto de estrellas.

Con la mirada que le dirigió, cualquiera habría pensado que era ella quien le estaba arrebatando la salud y la cordura.

—Te miro —confesó con la voz atravesada— y no logro entender por qué un día quise hacerte daño.

Clarissa le ofreció una sonrisa trémula, pero sus palabras estuvieron a punto de costarle la compostura. Lo había pronunciado con una honestidad desgarradora y un fondo de incredulidad, como si de verdad hubiera dejado de parecerle legítimo o siquiera realista que ella mereciera el más mínimo sufrimiento. Y, por primera vez desde que empezó a ser una víctima, Clarissa se permitió no responder a la pregunta implícita con una descripción de sus defectos, esos que se dijo mil y una veces que justificaban el vilipendio de otros; que la hacían indigna de respeto.

Abrazó su duda a la vez que apretó su mano, y, pensando en Bellingrath como un verdugo, se dijo: «Yo tampoco lo entiendo, o no lo quiero entender. No quiero tener que entender ni aceptar nunca más que me estén haciendo daño».

Capítulo 17

Tres días después de la visita del médico, Clarissa pudo suspirar aliviada. Nile había superado las cuarenta y ocho horas de peligro y había contado con unas veinticuatro extra para levantarse de la cama, vestirse y salir a tomar el aire fresco.

Todavía no había recuperado las fuerzas para atender sus responsabilidades para con la finca, pero sí el ánimo. Las últimas veces que Clarissa se había sentado a continuar la lectura de *Nicholas Nickleby*, Nile había mantenido los ojos abiertos y se había animado a hacer acotaciones inteligentes sobre la trama.

Aunque existían motivos que justificaban la tranquilidad con la que Clarissa se comportó a su alrededor, seguía tan sorprendida que no quería confiarse. Haber descubierto que su marido era frágil como podía serlo ella misma y que valoraba de corazón sus atenciones había sentado las bases de una nueva forma de comunicación, una que seguía fundamentándose en la cautela, pero que les daba a ambos mayor libertad para expresarse.

El progreso había sido milagroso.

La apenaba tener que marcharse aun así.

Porque por más que hubiera disfrutado de las horas de lectura y de la cálida mano que entrelazó con la suya, Clarissa seguía hecha a la idea de que jamás podría darle lo que él estaba en el derecho de querer: un matrimonio convencional.

Lamentaba que así se hubieran dado las cosas, que el proceso de sanación no pudiera ser inmediato, que los rencores no desaparecieran de un plumazo; que le hubieran arrebatado la capacidad de amar o siquiera tolerar a un hombre. Incluso si ese hombre merecía redención. Y lo lamentaba mientras terminaba de preparar su macuto, esta vez concienzudamente. La primera ocasión olvidó guardar el calzado, el cepillo del pelo, una pastilla de jabón...

Clarissa se había cerciorado de que Nile se encontraría descansando en sus aposentos en el momento de la estampida. Le había dado trabajo a Emily y a Julianne, como asimismo al ama de llaves, para que no se interpusieran en su camino. El mayordomo, gracias al cielo, era un hombre despistado y no sospecharía ni si la viera salir por la puerta.

Ya lo llevaba todo encima. Todo, incluso los remordimientos de dejar atrás a Nile después de haber vivido un momento de complicidad. No había contado con que se le formaría un nudo en la garganta, pero ni ese moralismo recién estrenado que le insistía en que no era de buen nacido abandonar a su marido no lograría detenerla.

Iba a enfilar hacia la salida cuando el corazón se le paró de golpe.

Recostado contra el marco de la puerta y de brazos cruzados, Nile había estado observando sus movimientos sumido en un silencio que hablaba por los dos. La inexpresividad de su semblante, que en los últimos días había pasado por todos los estados imaginables —muchos de ellos rozaron la ternura—, logró hacerla retroceder.

Incluso ojeroso, con la barba crecida y aspecto desmejorado consiguió estremecerla. Había olvidado lo alto que era, la seguridad y el dominio que proyectaba con su sola presencia.

—¿Va a alguna parte, milady? —le preguntó con aparente amabilidad.

Sintió una pequeña punzada de decepción.

Había renunciado al tuteo al que se había aficionado durante su convalecencia.

—¿Yo? —Carraspeó para ganar tiempo y miró a un lado y al otro—. No, solo... Iba a avisar a

Emily para que... para que me acompañara al mercado del pueblo, a esa feria semanal de antigüedades que se ha estado anunciando a bombo y platillo, a... Resulta que me gustan... que colecciono...

Odió que Nile no la cortara con sequedad para decirle a las claras que sabía lo que pretendía. En su lugar, la dejó balbucear incoherencias hasta que ella empezó a sudar la gota gorda.

Solo entonces se apiadó de su brote de angustia.

—Ya veo —acotó con llaneza—. Y supongo que para ir de compras es necesario llevar un vestido de repuesto, por si se mancha y tiene que cambiarse. Me conmueve que le preocupe tanto la imagen del marquesado de Haverford que lanza al mundo. ¿Qué hay del cepillo? —Señaló con la barbilla las cerdas que asomaban entre el resto de sus pertenencias—. ¿Tanto la preocupa estar presentable ante los comerciantes del continente, que se lleva el tocador entero? Cualquiera diría que anda en busca de marido, no que se lo iba a dejar en casa.

Había pronunciado las últimas nueve palabras con un resentimiento que saltaba a la vista.

Su ironía, lejos de desinflarla, la armó del valor que le había faltado para marcharse tres días atrás.

—No es necesario que se burle de mí —resolvió, cuadrando los hombros—. Si ya está al tanto de lo que me propongo, ¿por qué no se deja de sarcasmos y me da su opinión, esa con la acostumbra a amargarme el día?

Hasta hacía un momento, la había estado mirando con la esperanza de haber malinterpretado su propósito. Con su afilada respuesta, escogida para ahuyentarlo, la última luz de sus ojos se apagó.

—Como usted comprenderá, prefiero amargarle el día a usted que arruinarme la vida a mí, pero la complaceré solo porque hoy me siento generoso, y porque usted lo ha sido durante mi enfermedad: le digo mi opinión... ¿y luego qué, milady? ¿La dejo marchar sin mirar atrás?

—Si le hiciera sentir mejor, podría lanzarle una última mirada —sugirió con cinismo.

Nile permaneció apostado bajo el umbral, como si pudiera dedicar el resto de su vida a contemplarla.

Con el paso de los días, la que al principio fuera la inflamación del golpe limpio de Harding se había convertido en un ojo con el cerco amoratado. Fueron su implacable silencio, el detalle de que estaba herido y seguía enfermo, y recordar las últimas horas juntos lo que inclinó a Clarissa a explicarse.

—No me torture, Haverford —musitó al fin, soltando el macuto. El cepillo cayó a sus pies, emitiendo un golpe sordo—. Sabe tan bien como yo que lo mejor es que me marche, y si lo hago con su ayuda, es menos probable que descubran el porqué de nuestro fracaso matrimonial.

—Yo no he visto ningún fracaso, Clarissa —le respondió con una sinceridad trastocada por la ira que pujaba por salir—. He visto un mal comienzo, pero eso no necesariamente ha de derivar en un final catastrófico.

Clarissa se negó a repetir que no podía ni quería alimentar sus esperanzas. Habían podido convivir tres días sin mencionar la cama, y no sería ella quien la sacara a colación para que él volviera a tenerla presente.

—Le prometo que mi marcha no le arruinará ni la vida, ni la reputación —insistió en su lugar —. Podrá contar la historia que le plazca para protegerse de las habladurías. Que he fallecido, por ejemplo.

—Me gustaría conocer la reacción de sus amigas, las señoritas Burton e Insley, a esa muerte prematura suya. O la reacción de todo Londres cuando alguna de las dos se fuera de la lengua después de que usted las contactara para hacerles saber que está sana y salva: lady Clarissa

Inglefeild —pronunció con la voz de un pregonero real—, la que resucitó al tercer día.

—Ya pensaría más adelante en qué hacer con mis amistades —se apresuró a aclarar.

—¿También pensará más adelante en qué la matará? —inquirió con genuina curiosidad—. ¿El disgusto de haberse casado conmigo? ¿El aburrimiento, quizá?

Clarissa apartó la mirada, mordiéndose la lengua para no soltar una grosería.

—Lo que pretendo decirle —se obligó a responder con serenidad— es que mi decisión no tiene nada que ver con usted, Haverford.

—Y, sin embargo, acaba de decir que precisa mi ayuda, lo que me involucra en sus objetivos tanto si me gusta como si no. —Se cruzó de brazos—. Solo por curiosidad, ¿cómo pretende que le eche una mano en su empeño?

—No lo sé... —masculló, en principio reacia a depender de él, aunque fuera económicamente. No tenía otra salida, así que acabó claudicando—. Présteme dinero para ir a Escocia, o cómpreme un pasaje en barco para el Nuevo Mundo, o págueme la renta de una modesta casita en un pueblo de Gales...

—O sea, que no solo pretende abandonarme, sino también dejar mis arcas vacías.

—¡No! ¡Sería un préstamo! —exclamó con optimismo al ver que se prestaba a escucharla—. Se lo devolveré en cuanto consiga un empleo, y no tardaría en...

—¿Un empleo? —la interrumpió con frialdad—. ¿Cuál? Usted ha nacido y ha sido educada para llevar una gran casa, no para ejercer de institutriz, de maestra de pueblo o el que sea el trabajo que haya pensado. Y si cree que huyendo de este matrimonio se libraría de mantener el contacto con los hombres, la que parece su mayor condena, se equivoca, porque en el peor de los supuestos podría verse desempeñando la labor más antigua del mundo. ¿Eso no le preocupa? ¿Va a insultarme una vez más diciéndome que prefiere vender su cuerpo al mejor postor antes que entregarse a su marido?

Clarissa había valorado la posibilidad de terminar haciendo las calles, y tenía que reconocer que le había puesto el vello de punta. Era un destino tan loable como cualquier otro, incluso para el que tenía más papeletas.

Miró a Nile a los ojos, a punto de rendirse por puro cansancio. La falta de sueño y de apetito, acumulados durante la primera semana en Bloom’s Park, la habían debilitado. Tenía la sensación de que desfallecería.

—No solo me marcharía por mí, Haverford —musitó con sinceridad—. Lo haría por usted. Se merece a una mujer que le vea con el ojo morado y le pregunte con ternura qué ha pasado; que no dude en mecerlo entre sus brazos con solo presentir su inquietud... —tragó saliva antes de añadir, a sabiendas de que le haría daño y esto le convencería de dejarla ir—, no a una que permanezca a su lado mientras está enfermo porque espera que, agradecido por su dedicación, algún día le perdone su partida. No le he estado apretando la mano porque le compadeciera, o no solo por eso, sino como un justo intercambio: yo le salvaba la vida, y usted, más adelante, me permitía recuperar la mía.

Al conocer la cara oculta de sus cuidados, Nile curvó los labios en una sonrisa vacía.

—¿No se le ha ocurrido pensar que, después de conocer su presunta generosidad, con más razón me negaría a verla marchar? —replicó con voz queda—. Sea como sea, el amor que ambos merecemos quedó fuera de la cuestión en el momento en que nos cazaron juntos en un carruaje —atajó con sequedad. Se separó de la puerta, adoptando la pose regia y la voluntad firme con las que Clarissa estaba más familiarizada, y agarró el pomo con la intención de marcharse—. De todos modos, no había venido a su dormitorio a recordarle lo que ambos ya sabemos, sino a anunciarle que tiene visita. La señorita Burton y la señorita Insley la esperan en el salón

principal.

Clarissa estuvo a punto de gritar al escuchar que alguien pretendía verla, creyendo que se trataría de Bellingrath. Sus recelos y preocupaciones se desvanecieron al evocar los rostros de sus amigas, pero Nile no se quedó para ver cómo se le iluminaba la mirada. Cerró en cuanto había anunciado las novedades, dejando a Clarissa navegando entre la decepción de haber sido pillada en plena huida y la emoción del reencuentro.

Decidió que la visita bien merecía que se olvidara por un rato de sus planes y bajó las escaleras con las faldas recogidas. Las doncellas que subían para airear las habitaciones del piso superior se pararon a admirarla, asombradas por su energía y la sonrisa que curvaba sus labios.

Clarissa no quería pararse a pensar en lo que opinarían sobre la nueva marquesa.

Seguramente, que era un bicho raro.

Encontró a Wit y a Prim donde Nile le había indicado. De hecho, Haverford les estaba dando la bienvenida con modestos agradecimientos que ellas correspondían, cada una a su manera: ahí donde Verity lo repasaba de arriba abajo, como si así pudiera adivinar si estaba haciendo feliz a su esposa, Primrose se mostraba cautelosa y más bien callada.

Las dos se olvidaron del marqués en cuanto Clarissa se adentró en la estancia. No les importó perder la compostura. Ambas corrieron hacia ella y se fundieron en un abrazo de tres. Clarissa habría jurado que esto le daba la fuerza necesaria para afrontar otra temporada de soledad.

Cuando abrió los ojos, capturó a Nile observándola en la distancia con una expresión difícil de describir. Parecía entre aliviado e irritado. Quizá porque se alegraba de que no fuera una muerta en vida, después de todo, pero también le costaba aceptar que él no estuviera en el grupo de los privilegiados que podían hacerla feliz.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Clarissa—. No os esperaba... Ni siquiera recuerdo haber respondido las cartas que me habéis mandado.

—¡Menudo descaro el tuyo! ¡Hablando con semejante desahogo de que nos ignoras abiertamente, como si no fuera una vergüenza! —rezongó Wit con exagerada afectación. No era en absoluto cariñosa, pero ese día se negaba a soltarle las manos—. Milord nos hizo llegar la invitación hace unos días, y las señoritas Reeves y Vallans nos dieron su beneplácito para venir a verte.

El anuncio de la muerte fulminante de la reina de Inglaterra la habría sorprendido menos.

—¿Milord? —repitió en un murmullo—. ¿Ha sido milord?

—Ajá —confirmó Primrose.

Clarissa buscó con la mirada a Nile, que ya se habían desentendido de la reunión femenina dirigiéndose a la salida. Cuando hicieron contacto visual, fue incapaz de leer en su expresión nada distinto al hastío, y sintió que el corazón se le retorcía de culpabilidad.

Quiso preguntar en voz alta con qué propósito había tenido ese detalle, pero le pareció grosero revelar los altibajos y desconfianzas de la relación con sus amigas delante. Si no las había invitado ni se había dignado a responder sus amorosas cartas, era porque no quería que supieran que la vida matrimonial estaba siendo una tortura.

Ahora tendría que fingir que todo estaba bien para no alarmarlas.

Le habría gustado hacerle saber a Nile cuánto la había conmovido el gesto, pero él ya estaba a punto de abandonar el salón.

—¡Por favor, milord, quédese con nosotras! —exclamó Wit de pronto. Trotó alegremente hasta el diván que más le gustó, cuya tapicería solía combinar con el vestido que llevara puesto. Hizo un hueco a su lado en el sofá y lo palmeó, mirando a Nile con una amplia sonrisa de pilluela. Se las arregló para sonar desinteresada, incluso inocente, pero quien la conocía sabía

que la astucia dotaba sus ojos de un brillo especial; el que esa mañana iluminaba la estancia—. Lo mínimo que podemos hacer para agradecerle que nos haya invitado es permitirle participar en nuestra reunión privada.

Él enarcó la ceja desde la puerta.

—¿La característica principal de una «reunión privada» no excluye de forma deliberada a terceros?

—No cuando han sido convidados.

—Tengo la impresión de que pretenden interrogarme —reconoció con una media sonrisa capciosa.

Intercambió una mirada con Clarissa. Su rigidez revelaba cuán en desacuerdo estaba con que participara en el reencuentro, sobre todo tras la discusión en el dormitorio.

Como cabía esperar dado que estaba furioso con ella por haber intentado escaparse, Nile desobedeció sus deseos y se sentó junto a Verity.

Clarissa y Primrose lo hicieron después justo enfrente.

—¿Y se dejaría interrogar? —tanteó Wit, encantada con el juego.

—Depende de las preguntas que me hicieran.

—Oh... —Verity se puso una mano en el pecho—. Me ocuparía de ser tan prudente como me lo permitiera mi carácter.

—Es decir; se ocuparía de no ser prudente en lo absoluto —repuso Prim por lo bajini.

Nile sonrió al escucharla y le dirigió una mirada cargada de simpatía y al mismo tiempo de curiosidad, como si nunca se le hubiera ocurrido pensar que la señorita Insley pudiera ser divertida. Por esa parte, Clarissa celebró que se hubiera sentado con ellas. Todo aquel que estuviera dispuesto a apreciar el sentido de humor de Prim y el retorcido ingenio de Verity era bienvenido en su casa.

—Tenéis que ponerme al día sobre vuestro periplo por los salones londinenses —dijo Clarissa, obviando la presencia de Nile. Ni él ni nadie la detendría a la hora de hablar sin tapujos con sus seres queridos—. ¿Alguna novedad?

—Pues te sorprenderá esto que te voy a decir, pero no tener ni la menor idea de cómo se borda, tocar mal el violín y saltar más de la cuenta durante la cuadrilla no me ha supuesto el menor problema a la hora de relacionarme —comentó Verity con orgullo.

—Deberíamos notificárselo a la escuela para que cambie el programa de estudios —apostilló Primrose con un cabeceo resignado—. ¿O será posible que, en realidad, estos defectos no afecten a la señorita Burton porque su padre tiene aterrorizado al mundo entero?

—Al mundo entero no, Prim —le recordó con coquetería—. Recuerda que tú estás enamorada de él.

Primrose agachó la cabeza, avergonzada, y consultó la reacción de Nile con la esperanza de que no se hubiera enterado. No solo lo captó, sino que le regaló una amable sonrisa a la muchacha y dijo:

—Yo también lo admiro, señorita Insley. No está usted sola.

—¡Deberíais formar un club! —propuso Wit de buen humor.

Clarissa se echó a reír y pronto se dirigió a Primrose.

—¿Qué tal estás tú? —le preguntó con la ilusión de que le diera una buena noticia.

La joven se limitó a encogerse de hombros con humildad.

—No puedo contarte nada que se salga de la rutina, me temo. —Lo que, en otras palabras, significaba que se estaban burlando de ella—. Aunque un caballero poco quisquilloso se animó a sacarme a bailar una cuadrilla cuando vio que tengo amistad con Wit.

Verity gimió escandalosamente.

—¡Por favor! Sé que poseo una personalidad única y absorbente, pero no pretenderéis dirigir cada tema de conversación a una servidora, ¿verdad? Aquí lo más importante es averiguar cómo se va dando el matrimonio de los escandalosos marqueses de Haverford. ¡Qué suerte que le tengamos entre nosotras para dar su punto de vista, milord!

Clarissa se habría ruborizado si no tendiera a palidecer, horrorizada, cuando tenía lugar una escena vergonzosa. Verity Burton se había negado a interiorizar valores necesarios para moverse por el mundo civilizado, como la sensatez.

Aunque se tendría merecido que la humillara delante de sus amigas, Nile optó por una verdad ambigua.

—Está siendo muy distinto a como imaginaba la vida matrimonial con la señorita Wargrave.

—¡Entonces estará batiendo las palmas de alegría!

—Wit... —la regañó Prim, que no había cesado de lanzar miradas de disculpa a Nile. Al igual que Clarissa, su amiga era consciente de que Rebecca no era cualquiera para el marqués. Se apresuró a cambiar de tema—. ¿No tienes nada que contarle a Clary sobre tus últimas... incorporaciones?

—Pero si no ha pasado nada interesante en su ausencia... ¡Ah, sí! ¡Ya sé a qué te refieres! Verás... Un par de caballeros en Londres me han pedido permiso para mandarme fervorosas cartas de amor. —Puso los ojos en blanco, hastiada—. Por suerte, dos de ellos son jóvenes, y lo bastante apuestos para que decidiera cortar el contacto con lord Hughes y con el duque de Illingsworth para mantener equilibrada la balanza: a partir de ahora, solo ocho pretendientes al mismo tiempo. O, bueno... Mejor dicho, no he cortado el contacto, porque me habría dolido desprenderme de un muchacho tan atractivo con el señor Connor y de un noble tan terriblemente divertido como William Wharton, pues aquí todas sabemos que escasean los hombres con estas virtudes...

—Esos no son los nombres que has mencionado al principio —señaló Clarissa, divertida—. Has empezado hablando de Hughes y de Illingsworth, y luego has seguido con Connor y con Wharton...

—Soy una mujer —se defendió con sarcasmo—. No le puedes pedir milagros a mi memoria limitada.

Nile soltó una carcajada que sorprendió a Clarissa. No recordaba haberlo visto reír jamás, y ni mucho menos por un comentario tan pueril. Había estado imaginando que tendría un sentido del humor oscuro y retorcido, pero a la vista estaba que, para arrancarle una sonrisa, solo había que proponérselo.

—El caso es... —prosiguió Wit— que le he pedido a Prim que me ayude con el turbulento caos de la correspondencia, y ha aceptado.

Clarissa no cupo en su asombro, y a juzgar por la expresión de culpabilidad que se adueñó de la aludida, Primrose parecía igual de pasmada con su propia decisión.

—¿Te estás haciendo pasar por Witty? —jadeó.

—No me juzgues —se quejó enseguida, envarada como un palo de escoba. Justificarse parecía tan importante que no se cortó porque Nile estuviera presente—. Quince minutos en un salón de baile bastaron para confirmar mis pesquisas: ningún caballero se acercaría a mí por decisión propia. En un arranque de debilidad, mientras Wit leía sus declaraciones de amor, me presté a intercambiar un par de cartas con uno de sus... descartes, como ella los llama. Para vivir la experiencia del cortejo, eso es todo —agregó enseguida, ruborizada.

Clarissa la conocía como a la palma de su mano, y sabía que, si bien aquel engaño iba en

contra de sus principios, estaba decidida a seguir adelante.

Lamentó la que era su situación. Para que Primrose se hubiera prestado a falsear su identidad, tenía que haber sufrido desaires inimaginables en Londres.

Por supuesto, de poco serviría que le pidiera un informe de lo acontecido. Prim elegía ignorar los desplantes, y esto pasaba por no reproducirlos en voz alta.

—A mí me parece un acuerdo estupendo. —Verity se encogió de hombros—. Me quita trabajo, y, además, Prim puede divertirse. El señor Connor es un pintor irlandés de mucho talento. Desprecia todo lo que representa Inglaterra a excepción de yo misma.

—Si tan encantador te parece, podrías conquistarlo tú, no Prim en tu nombre —repuso Clarissa con gravedad.

Se figuraba los males que aquella descabellada idea podría desencadenar.

—¿No le preocupa que luego vuelvan a verse, si es que se han visto alguna vez antes de mantener contacto postal, y descubra que no piensa ni siente como la mujer que le responde las cartas? —inquirió Nile, que luchaba por disimular su pasmo.

—En absoluto —zanjó Verity—, y a Prim menos, que solo desea entretenerse. Todas aquí sabemos que los hombres priorizan la belleza sobre la atracción intelectual.

—No me parece la mejor idea —reconoció Clarissa. Intentó convencer a Primrose de olvidarse del estúpido juego, pero ella no le devolvió la mirada, sabiendo que la esperaba una reprimenda. No le quedó otro remedio que rendirse por el momento, y prosiguió con la ronda de preguntas—: ¿Qué más podéis contarme sobre la escuela?

—¡Oh! ¡Pues no te vas a creer cómo está Rebecca! —exclamó Verity. Su mirada adquirió el aire malicioso que le venía de familia.

Previendo que la conversación se impregnaría de un cariz más bien perverso, y escarmentado por la primera mención de la que habría sido su esposa, Nile se aclaró la garganta mientras se levantaba.

—Será mejor que las deje poniéndose al día, señoritas. Seguro que llevan un rato deseando charlar sobre asuntos más sensibles. —Hizo una breve reverencia—. Buenos días.

Wit escoltó con la mirada la salida de Nile sin ocultar su profunda decepción.

Apenas había cerrado la puerta tras de sí cuando jadeó, indignada, y lo señaló con un desdeñoso gesto de barbilla.

—¿A qué ha venido eso? ¿Por qué no se queda a criticar a Rebecca? Sería una forma estupenda de declarar sus nuevos sentimientos por ti. ¿O qué pretende? ¿Iniciar un feliz matrimonio contigo teniéndole respeto a la que ha sido tu mayor detractora?

Estuvo a punto de responderle que la señorita Wargrave era el menor de sus problemas, pero no estaba segura de poder expresarse sin retintín, y no sería justo para Verity. No tenía la culpa de que sus preocupaciones, las de toda debutante, se le antojaran superficiales a una mujer ya casada y con dramas matrimoniales.

—Nile y yo le hemos demostrado que no era mi detractora sin razones —repuso Clarissa, recordando con el frío instalado en los huesos la manera en que Rebecca se había dirigido a ella la última vez—. Todo lo que pudiera pensar sobre mí ha resultado ser bastante merecido.

—Fue un accidente, Clary —intervino Primrose, poniéndole una mano en el muslo—. No permitas que los desdenes de la señorita Wargrave te convenzan de lo contrario. Está terriblemente equivocada, y no es tu responsabilidad que se haya empecinado en ignorar la verdad.

—Y que se empecine en ignorar la verdad solo demuestra lo imbécil que es y lo merecido que se lo tiene —declaró Wit con su habitual desahogo. Aún tenía la mirada clavada en la puerta—,

aunque hay circunstancias mucho más difíciles de pasar por alto que la casualidad que os unió a Haverford y a ti, como, por ejemplo, el hecho de que tu marido tiene cara de no haber dormido en cien años... y, además, le han propinado una buena paliza. —Encantada con el chisme, se inclinó hacia delante—. Me apuesto las enaguas a que ha sido Harding Wargrave.

—¿Por qué tienen que ser las enaguas? —suspiró Primrose—. ¿No puedes apostar algo menos sugerente?

—Ha sido Harding Wargrave —confirmó Clarissa antes de que sus amigas se enzarzaran en una discusión sobre lo moralmente aceptable.

Se miró las manos, avergonzada. No quería ni ser cómplice de la consternación de Prim, ni mucho menos ver cómo una inmensa sonrisa de placer ocupaba el rostro de Wit.

—Sé que detestamos a ambos especímenes... hasta que Clary demuestre lo contrario —comentó Verity, jugando con los volantes de su voluptuosa falda rosa pálido—, pero a mí no me importaría que ese par de caballeros se pelearan por mi causa. Porque los detestamos, ¿no? —inquirió, empleando un tono confidencial. Intercambió miradas con Clarissa y con Primrose—. ¿O hemos dejado de odiar a Nile Inglefeild en el transcurso de las últimas semanas? Por favor, lady Haverford, póngame al corriente para que pueda restablecer mi lista de enemigos.

Clarissa sonrió muy a su pesar.

—No se pelearon por mi causa, sino por Rebecca. Oí los gritos y fue muy desagradable. —Inspiró hondo y, con gesto inocente, agregó—: Tanto que estaba intentando escaparme otra vez cuando me han anunciado vuestra visita.

—¿Te quieres escapar porque tu marido ha encajado un golpe para defender el honor de que seas su esposa? —repitió Primrose, anonadada—. No me gustaría que nadie supiera que estoy de acuerdo con las barbaridades de Witty, pero coincido con ella en que tiene cierto encanto que Haverford haya discutido con su mejor amigo por ti.

—No quiero que nadie discuta en mi nombre —atajó Clarissa, molesta porque se pusieran de su lado—. No quiero que nadie haga sacrificios por mí, a secas, y menos un hombre por el que no estoy dispuesta a hacer lo mismo. Me niego a deberle favores. Detesto sentirme en deuda con los demás.

El silencio se asentó en el salón después de su réplica vehemente.

—Estar en deuda con Haverford no es lo peor que podría pasarte —habló Primrose al fin, mirando a su amiga como si no la comprendiera—. Se nota que está preocupado por ti, y que quiere que vuestro matrimonio funcione. ¿Y acaso no es mejor depender de él que de... quien tú ya sabes?

—Lo cierto es que yo habría preferido ver ese ojo morado en la cara de Bellingrath —soltó Verity.

—No es eso de lo que estamos hablando —se desesperó Primrose. Miró a Clarissa con la respiración suspendida—. Percibo cierta tensión entre los dos. ¿Cómo es posible que no hayáis conseguido entenderos, cuando tenéis tantos gustos en común? ¿Ni siquiera el hecho de que no os quede más remedio te ha animado a... acercarte a él? No me ha dado la impresión de que siga siendo tan desagradable como cuando coincidíais en la escuela.

Clarissa dejó las manos muertas sobre el regazo.

—Agradecería enormemente que sacáramos a Haverford de la conversación.

—Estoy de acuerdo con la petición. —Wit se repantigó con las manos entrelazadas sobre el vientre—. Es lo bastante atractivo para embellecerlas, pero me aburre hablar de caballeros si no es desde un punto de vista superficial, y no es como si tuviera algún beneficio intelectual. No saldremos de aquí siendo más inteligentes.

Primrose no quedó del todo convencida.

Conociéndola, no solo habría aceptado la invitación a Bloom's Park porque le ofreciera la excusa perfecta para huir de un ambiente que la rechazaba abiertamente, sino para cerciorarse de que Clarissa gozaba de una vida tolerable. Las presentes sabían que eso era improbable, y, aun así, habían preferido engañarse con absurdas teorías románticas para seguir adelante. Wit lo había conseguido, y Clarissa lograba fingir delante de ellas, pero Primrose estaba hecha de otra pasta. Apostaba por que le costaba conciliar el sueño pensando en su amiga y su reciente matrimonio.

—Yo solo diré que la carta que milord me escribió fue conmovedora —concluyó Primrose con prudencia—. Expresaba su genuina preocupación por ti, y lo convencido que estaba de que una visita nuestra conseguiría lo que a él tanto se le dificulta: alegrarte el día. También me pedía que hiciera todo lo posible por averiguar qué te estaba haciendo daño, pero no me exigía, en cambio, que se lo comunicara. Solo que te ofreciera consuelo y tratara de animarte.

—¿En serio? A mí no me escribió tantos párrafos —se quejó Wit.

—Me pregunto por qué será —murmuró Clarissa. Pretendía burlarse con intención amistosa, pero la confesión de Prim la dejó tan descolocada que le costó proyectar la voz como habría querido.

—Yo solo pretendo hacerte ver —retomó Prim con dificultad, consciente de que estaba tensando la cuerda— que Haverford, si bien tiene sus defectos y ha cometido errores, no es ni remotamente parecido a Bellingrath. Me partiría el corazón que no te dieras una oportunidad con él cuando, pese a todo, has salido beneficiada del malentendido. Muy pocas tenemos la suerte de acabar a merced de un marido comprensivo y paciente, y creo que tú eres más consciente que nadie.

—Y tanto. Esquivaste una bala —apostilló Wit.

Clarissa suspiró con hartazgo, ya resignada a que sus amigas hubieran acordado realizar una intervención en Bloom's Park. Se centró en Verity, que era a quien tenía delante, y preguntó:

—¿Tienes algún consejo que darme? Prim ha dado su punto de vista. Ahora te toca a ti. Una vez nos ilumines con tu opinión, mi matrimonio dejará de ser objeto de debate.

Verity se quedó un buen rato pensativa. No desaprovecharía la oportunidad de ser el broche de oro, pero era difícil anticipar cómo lo haría, si con un comentario burlón o con un alegato que quedara para la posteridad.

Pensó que sería lo segundo cuando la vio asentir con solemnidad.

—Permítele entrar en tu cama —sentenció—. Tienes derecho a descubrir que ni tú, ni él, ni el amor mismo es el problema; Bellingrath era el problema.

A Clarissa se le escapó una sonrisa cargada de amargura.

Esa era la clase disparate, o, peor, de comentario insensible que solo a Verity se le ocurriría verbalizar con la seguridad de estar en lo cierto. De las tres jóvenes presentes, la señorita Burton era la única que no había conocido el dolor, ni de primera mano, ni de oídas, y que por eso creía en su divina pero a veces insultante inocencia que el remedio quedaba al alcance de cualquiera.

Aun y con todo, la ingenuidad de su respuesta encerraba una verdad inapelable, y es que Nile no era Bellingrath. Clarissa lo sabía porque, aunque intentara olvidarlo, descubrió el amor vibrando entre sus brazos. Y los consejos de Wit siempre albergaban cierta sabiduría pagana, sabiduría de la calle o de cajón, mismamente. No había hecho más que decirle que, para aprender a confiar en él, tendría que confiar en él.

Después de zanjar el tema, Primrose y Verity se enzarzaron en una conversación informal, tal y como Clarissa había rogado. Y si bien disfrutó de la mañana y de la tarde, que dedicaron a

tomar el té, pasear por los alrededores y visitar la feria de antigüedades que pretendió utilizar como pretexto, no dejó de pensar en ningún momento en Nile y en su determinación a salvarla de sí misma.

Había estado segura de que era porque ansiaba acostarse con ella. Nada más. Ya no estaba tan segura. Y en lugar de sentir miedo y rechazo hacia la verdad, experimentó un fuerte deseo de averiguar qué había en su cabeza; en la cabeza de su marido, el marqués de Haverford.

Capítulo 18

Una vez Clarissa se había despedido de sus amigas con todo el dolor de su corazón, se armó de valor para preguntar dónde estaba su esposo.

«Mi esposo», retumbó en su cabeza.

Sabía que el mero hecho de estar casada la torturaba, pero no se había parado a pensar en el significativo detalle de que aquel hombre en particular, Nile y ningún otro, fuera su marido.

Si se paraba a meditarlo, acabaría entrándole la risa floja.

¿Quién le habría dicho un mes atrás que, de entre todos los caballeros de Inglaterra, acabaría casada con Nile Inglefeild? Una Clarissa tres semanas más joven se habría echado las manos a la cabeza. La Clarissa que era ahora, la que había sido amonestada por Primrose Insley con más razón que un santo, debía admitir que no, no era el peor destino en el que podía pensar.

Tocó a la puerta de su salón de uso personal. Viendo que no respondía, se asomó por una rendija. Lo halló sentado frente al hogar apagado con el tobillo cruzado sobre la rodilla. Tenía una copa de brandy en una mano y una novela en la otra. Podía disfrutar de la lectura gracias a las gafitas redondas que descansaban sobre el puente de su nariz.

Clarissa sintió curiosidad por averiguar si le sentaban bien, y dio un paso adelante antes de pensar en las consecuencias.

Su entrada lo sobresaltó e hizo que el copioso libro aterrizara sobre la moqueta.

—Lo siento —dijo ella enseguida, alzando las dos manos—. He llamado, pero no respondía, y... —Se quedó sin palabras que decir, de pronto sobrevenida por una inexplicable timidez. Acabó repitiendo lo mismo una y otra vez—. Yo... lo siento. Lo lamento. Muchísimo.

Él la observó desde el sillón que había arrastrado hacia la chimenea. Estaba descalzo, ligeramente despeinado y en mangas de camisa. Clarissa no recordaba haberlo visto tan relajado, somnoliento como un niño demasiado soñador y al mismo tiempo con la mirada despierta que dejaba una visita a un mundo de ficción.

O haber vivido una experiencia cercana a la muerte.

Se había recuperado de la gripe a una velocidad asombrosa, pero el cansancio todavía pesaba sobre él. Se notaba en sus movimientos ralentizados.

—¿Ya se han marchado sus amigas? —Ella asintió—. ¿Por qué no se han quedado a pasar la noche? Hasta Londres las espera un largo camino. Podríamos haber preparado las habitaciones de invitados.

—Tienen que atender sus deberes sociales. —Con tal de darles una postura respetable, Clarissa entrelazó los dedos sobre el regazo. Había estado sintiendo que le sobraban las manos, que, con su laxitud, delataba su nerviosismo—. Incluso siendo un hombre, ha de saber lo demandante que la primera temporada puede llegar a ser para una debutante.

—La que no lo sabe es usted, supongo —respondió un instante después, mirándola como si quisiera adivinar cómo le sentaba haber renunciado a un verano repleto de veladas variopintas.

Clarissa comprendió el interrogante en su mirada y lo aplacó:

—Y me alegro. Creo que la vida social no está hecha para mí. Siempre he sido muy tímida. Prefiero las aficiones a las que puedo dar rienda suelta en la soledad de mi alcoba.

Temió que Nile se plegara a la mención indirecta al dormitorio para guiar la conversación por morbosos derroteros, pero él no pareció captarla siquiera.

Había conseguido que desistiera de percibirla como una criatura sexual.

Más relajada, se animó a acercarse, dando a entender que estaba dispuesta a conversar.

Sin cerrar la puerta, por supuesto. De hecho, la dejó abierta de par en par adrede.

—Lo imaginaba, pero es un alivio oírselo decir —confesó, inclinándose para recoger el libro. Lo cerró tomando la precaución de colocar el pulgar como separador. Así respondió positiva e indirectamente al acercamiento de Clarissa: le transmitía su disposición a charlar, pero estaría preparado para volver a su lectura enseguida y sin rencores si ella decidía dar un paso atrás—. Tengo entendido que las lujosas fiestas a las que se asiste después del debut marcan de forma irreversible la vida de una mujer; tanto así que, incluso años después, las damas se refieren a dicha etapa de su vida con una melancolía insoportable.

Clarissa entrelazó las manos a la espalda para que no se percatara de que le sudaban.

Seguía sin saber qué hacer con ellas, dónde ponerlas.

—Dudo que ese hubiera sido mi caso si me hubiera quedado en Londres. Y estoy convencida de que las mujeres no echan de menos el lujo de las fiestas, pues las siguen frecuentando a posteriori. Ni siquiera añoran la atención de sus pretendientes; más bien la divina juventud y las infinitas posibilidades que cabían en ella.

Nile alzó la barbilla hacia Clarissa, interesado en su reflexión. Las gafas afilaban aún más sus rasgos, pero le hacían parecer mucho menos fiero.

—¿Ni siquiera eso añora usted? ¿Las infinitas posibilidades que caben en su juventud?

—No debería echarlas de menos —respondió, contrariada por la pregunta—. Aún soy joven.

—Usted misma lo ha dicho. No debería —recalcó— echarlas de menos. Pero la forma en la que lo ha expresado sugiere que sí lo hace.

Clarissa agachó la cabeza.

—No quiero que la conversación converja y se estanque en el mismo punto de siempre, milord.

—¿Cuál sería el punto de siempre? —preguntó él con solicitud.

—Que las vidas de ambos han quedado irreversiblemente marcadas por una terrible casualidad, y que nuestro matrimonio ha destruido esas posibilidades vitales que en el pasado podrían habérsenos antojado más atractivas. Era eso en lo que pensaba, ¿verdad? —Él no contestó. Descruzó las piernas y dirigió una mirada enigmática a la chimenea vacía. Clarissa no soportó su silencio y, con los puños apretados, aclaró—: Pues se equivoca por mi parte. Yo ya había renunciado a beber del misterio de mi juventud antes de que usted apareciera... O, mejor dicho, antes de que yo me metiera en su carruaje —se corrigió con amargura.

Con aquella admisión de culpa esperaba que Nile la viera con buenos ojos. Necesitaba que lo hiciera para no sentir que le debía un favor después de que se hubiera ocupado de contactar a sus amistades; después de que hubiera mandado al médico a reconocerla antes que a él, que era quien lo necesitaba, y después de que hubiese contraído la gripe porque ella decidiera provocarlo con una niñería.

Se negaba a permitir que un hombre le echara en cara de nuevo todos los sacrificios que había hecho en su nombre.

Él se giró hacia ella, pero no sorprendido porque por fin hubiera aceptado su responsabilidad, sino curioso por lo que había dejado entrever sobre su pasado. Clarissa, viendo que la conversación podía agotarse y aún no había correspondido su generoso gesto con cordialidad, buscó con la mirada una excusa a la que aferrarse para cambiar de tema.

Así fue como recordó la presencia del libro que reposaba sobre su regazo, entre dos manos cansadas de soportar el peso de la situación.

—¿Qué estaba leyendo?

Nile giró el ejemplar para leer el título, como si no lo recordara.

—*Persuasión.* —Se quedó un rato valorando el volumen con gesto pensativo—. Todo apunta a que me espera una gran historia de amor. ¿Usted lo ha leído? ¿Puede confirmarlo?

—Depende de los ojos con los que se lea. Prim y la señorita Reeves son unas románticas empedernidas y se quedaron con el tumultuoso idilio entre Anne Elliot y su adorado capitán Wentworth, pero, en mi opinión, es simplemente un ejemplo de costumbrismo literario con un refrescante análisis moralista. Como todos los libros de la autora. —Se mordió el labio, convencida de que, en su afán por hablar más, estaba descubriéndose como una pretenciosa. Con la boca pequeña, añadió—: Quiero decir que... que sí. Supongo que es una novela de amor.

Nile se rio sin energía. Se pasó una mano por los mechones oscuros que enmarcaban su rostro alargado. Brillaba a la luz de las velas igual que el personaje de un cuadro tenebrista.

Con cuidado, dejó la novela en el amplio reposabrazos, como si no quisiera ofenderlo aun cuando fue evidente que acababa de perder el interés por su lectura.

Justo encima puso las gafas.

—Lo que me faltaba —oyó que decía en voz baja.

Clarissa se tensó un instante, pero no permitió que el comentario la achantara.

—Quiero agradecerle que se haya tomado la molestia de invitar a mis buenas amigas. Son muy importantes para mí. Son, de hecho... las personas que más aprecio en este mundo, y ha de saber que ha conseguido su... propósito, si es que de veras pretendía iluminar estos días tan aciagos. Me siento... —Apretó los dedos, aún entrelazados sobre el regazo—. Me siento revitalizada.

Él la sondeó con sus implacables ojos negros.

¿Sería consciente de que tenía una mirada que no pasaba desapercibida?, ¿de que la desarmaba, de que la asustaba y despertaba su curiosidad al mismo tiempo?

—Me alegra oírlo.

Y eso fue todo.

Con el gesto de darse la vuelta, determinó que la charla había tocado a su fin. Fue a examinar el montón de libros que descansaban sobre la mesilla cercana para seleccionar otra novela más acorde a su humor.

Clarissa observó con pasmo que se entretenía hojeando los volúmenes, dándole la espalda.

—¿Ya está? —alzó la voz—. ¿Le alegra oírlo?

Nile la miró por encima del hombro sin demasiado interés.

—¿Qué más quiere que le diga?

—Primrose me ha descrito el contenido de la carta que le mandó —soltó de sopetón. Esto captó la atención de Nile, que, sin la menor idea de lo que le esperaba, la enfrentó con recelo—. Me gustaría saber por qué se preocupa por mí, Haverford.

Los labios de él se curvaron en una sonrisa amarga.

—Qué bien que me lo pregunte antes de sacar conclusiones precipitadas. He dado por hecho que pensaría que lo hago porque pretendo meterme entre sus piernas a cualquier precio, y que mi descarnado propósito contempla la maquinación de ardides tan mezquinos como victimizarme ante... ¿cómo las ha llamado?, ¿las personas que más aprecia en este mundo? —Se percató de que su elección de palabras no había sido la acertada cuando Clarissa se tensó, entristecida porque su iniciativa no hubiera sido bien recibida. Nile suspiró con resignación, como si lo necesitara reunir para reunir la paciencia, y moduló el tono antes de continuar—: Ojalá estuviera de un humor propicio para afrontar esta conversación, que sé que ha promovido usted con la

mejor de las intenciones y que en cualquier otro momento yo le habría agradecido, pero comprenderá que tenga mis reservas. No me gusta admitir que albergo sentimientos ante una mujer, o por una mujer, cuando cabe la posibilidad de que mañana por la mañana o tergiverse mis palabras para reprochármelas, o se haya fugado con lo puesto.

—No me fugaré —le aseguró con franqueza. Vaciló antes de confesar con un hilo de voz—: Aún no se me ha ocurrido una idea factible.

Para su asombro, la respuesta hizo reír a Nile. Fue una carcajada crispada, mas no por ello deshonesta.

Cuando Clarissa no estaba en su campo de visión, el marqués exudaba la grandeza de un noble de su talla. Parecía inalcanzable de tan altivo, el vivo y eminente retrato de un gran emperador. Pero en las últimas semanas, bastaba con que su esposa se tropezara en su camino para que se desinflara, para que su mirada adquiriese un aire nostálgico y su cuerpo se tensara como resultado de una amenaza inminente. Se dio cuenta entonces de que su actitud le había cambiado, de que le hacía sentir un intruso en su propia casa; de que si tenía ojeras, más allá de por la enfermedad, se debería con toda probabilidad a que la situación conyugal le impedía descansar.

Clarissa le había contagiado sus males, y si bien Nile no era su persona favorita, le dolió haberlo condenado a la permanente vigilancia y al deseo de desaparecer.

Era algo que no le desearía a nadie.

—Sé que algo te ocurre —dijo él en voz baja, quizá porque la había tuteado, y, sospechando que ella rechazaría su atrevimiento, quería evitar que se diera cuenta—, y aunque desconozco el qué con exactitud, me lo figuro. Tratar de hacerte más llevadera la estancia en Bloom's Park es lo mínimo de lo que puedo encargarme cuando tengo la culpa de tu malestar. Por eso he invitado a tus amigas.

Su respuesta la dejó perpleja.

—¿Por qué crees que es tu culpa? —preguntó con un hilo de voz.

Nile se la quedó mirando unos instantes con el aliento contenido, cavilando si Clarissa poseería la suficiente fortaleza para encajar la respuesta.

—Mikaere sospecha que estás enferma de pena —expresó con tiento—, y, que yo recuerde, no lo estabas antes de casarte conmigo. Cuando uno no es un arrogante sin ojos en la cara, lo lógico es que se plantee... —tragó saliva— ser el problema. No puedo hacer nada para cambiar la situación, y, desde luego, no puedo permitir que te marches porque ahora eres mi responsabilidad, y no me gustaría un pelo que te sucediera una desgracia en el Nuevo Mundo, en Gales o dondequiera que pretendas ir...

Clarissa lo interrumpió con una risotada. No había querido burlarse, pero la incredulidad fue tal que se le escapó.

Nile no lo interpretó como una buena señal.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido?

—¡Nada, nada! —se apresuró a explicar—. Es solo que me asombra que pienses que eres tan importante como para ser el causante de mis desdichas.

Esta vez fue ella la que se arrepintió de su pésima elección de palabras, y fue él quien levantó las cejas, más decepcionado que asombrado con la respuesta. Pretendía darse la vuelta para dar por zanjada la conversación, pero Clarissa salvó el espacio que los separaba y lo detuvo cogiéndolo de la muñeca.

Su propio arrebato la pilló con la guardia baja, pero viendo que no pasaba nada, dejó la mano donde la había puesto.

—No quería decirlo así —se disculpó.

—Descuida, Clarissa —le respondió con fría serenidad—. Me alegra saber que no soy tan importante, y que no te paseas por esta casa como un alma en pena porque prefieres morir a pasar el resto de tu vida casada con tu gran enemigo.

—No eres mi enemigo —repuso en voz baja, y al verbalizarlo reparó en que era verdad. Él se calló, también extrañado al comprender que era sincera—. Sé... sé que no lo eres —prosiguió, envalentonada—. Por eso no tienes la culpa de que mi felicidad se haya malogrado.

—No hace falta que me mientas. Sé que me odias con fervor. Has dejado claro en incontables ocasiones que ser mi esposa era lo último que querías. Por Dios... —sonrió con tristeza—. Te has quedado a cuidar de mí solo para poder marcharte sin remordimientos de conciencia.

Clarissa no pudo defenderse de la segunda acusación, pero sí de la primera.

—No era lo último que quería. En todo caso, lo penúltimo —especificó, probando a esbozar una sonrisa amistosa. Él no se la devolvió, pero al menos suavizó la expresión—. Ni... Nile... yo... ¿Puedo llamarte Nile? —El marqués asintió, tan pendiente de ella y del que preveía un momento determinante que apenas pestañeaba—. Es posible que te odiara, pero no era un odio que te consume y despoja de toda voluntad. Era un odio tan vital como yo misma, un odio que me hacía vibrar, temerario y brillante, y que me animaba a creerme capaz de rebelarme, de luchar contra ti. Odiarte era mi única fortaleza de carácter, la única parte de mi cuerpo en la que aún coleaba la vida. No lamento haberme casado contigo porque fueras mi enemigo, porque la verdad es que eras... —se humedeció los labios— eras esencial a tu manera. Tanto así que, en los peores momentos, tú... tú me mantenías viva, o, por lo menos, alejada del agujero de desidia en el que me refugiaba para que el dolor no pudiera alcanzarme. Ni el dolor, ni tampoco las cosas bellas. Allí no llegaba la luz del sol. Solo llegabas tú. No de la mejor manera, pero era así como recordaba que aún había fuego en mi corazón.

Se arrepintió de haberlo dicho en cuanto él abrió los ojos.

Se había limitado a sincerarse, sabiendo que, si no lo hacía, Nile no podría perdonarle que le hubiera hecho pensar que era el causante de su desdicha, pero había escogido la expresión equivocada.

Una que podría hacerla ver como una idiota enamorada.

—Quiero decir que...

—Sé lo que has querido decir —la cortó con sutileza.

Cubrió la mano que seguía aferrando su muñeca con la propia. Clarissa la sintió tan cálida que respingó. Más allá del contacto que tuvieron cuando él estuvo convaleciente, que ella no había interpretado como un gesto romántico por su contexto, nunca había experimentado la tierna caricia de una palma masculina sin los guantes.

La sensación se le antojó turbadoramente exquisita.

—Era divertido, ¿verdad? —Nile se atrevió a sonreír con debilidad—. En algunos momentos.

Ruborizada, Clarissa asintió con la cabeza.

—Algunos. En otros era devastador.

—Entonces... —prosiguió Nile, despacio para no ahuyentarla. Mantenía la vista fija en el rostro femenino, como si quisiera hipnotizarla y así evitar que se moviera mientras él resolvía sus dudas—, ¿qué es lo que sucede? ¿Puedo hacer algo por ti?

Clarissa pestañeó, vacilante.

—¿Por qué...? —Meneó la cabeza—. No lo comprendo. ¿Por qué sigues preocupándote ahora que sabes que no es tu culpa? Puedes desentenderte y dejar de sentir remordimientos.

Nile exhaló, simulando una carcajada de hastío.

—Sentirme culpable ha motivado solo en parte cada uno de mis intentos por propiciar un acercamiento, pero no era todo cuanto me empujaba hacia ti. No puedo vivir con una extraña en mi propia casa, Clarissa —resumió con humildad—. Tú no lo entenderás porque la desprecias, pero quería casarme con Rebecca porque con ella habría sabido a qué atenerme y habría hallado en su carácter y sus maneras una familiaridad que llevo necesitando para hacer de esta cárcel un hogar desde que... —Su voz se fue apagando, pero Clarissa supo que había querido mencionar a sus padres—. El caso es que saber que no me odias, o que ya no lo haces con una intensidad cegadora, no es suficiente para mí. No me atrevería a pedirte que me quieras. Solo que no me rehúyas y que confíes en mí lo suficiente para decirme qué es lo que necesitas para que una estancia permanente en Bloom's Park se te empiece a antojar factible.

Ella comprendió que había llegado el momento de la verdad.

—Ya... ya sabes qué es lo que necesito —murmuró con tristeza, sabiendo que él se negaría—. Tendrías que jurarme por lo que más amas que no me tocarás sin mi consentimiento. —Hizo una pausa para respirar hondo—. Ni siquiera si no te doy mi consentimiento jamás.

Nile le sostuvo la mirada con la esperanza de que hiciera alguna puntualización, de que marcara un par de excepciones, pero no sucedió. Él agachó la cabeza para vigilar el movimiento de sus dedos, que curvó para introducir bajo la palma de Clarissa y así poder tomarla de la mano.

—Yo necesito tener hijos, Clarissa. Al menos un heredero varón —le explicó en voz baja. Una débil ilusión se filtraba en su tono—. Y digo «necesito» y no «quiero», a pesar de quererlos también, porque podría sacrificar un anhelo personal si tú no estuvieras de acuerdo. Sin embargo, es mi deber como marqués de Haverford, ¿entiendes? Mi única obligación para con el linaje que encabezo y ante el que respondo. Si no la tuviera, te aseguro que callaría para siempre y buscaría placer en otra parte, pero esa... esa no es una opción posible.

Clarissa dejó que sostuviera su mano con gentileza y que la mantuviera a ella atrapada en su mirada cargada de determinación.

—¿No podría dártelo otra mujer? —planteó, dubitativa—. No sería del todo un bastardo si llevara tu sangre, y nadie tendría por qué saberlo. Pasaremos el resto del año aquí porque en Londres no seremos bien recibidos. Esta podría ser la oportunidad perfecta para que otra mujer... gestara a tu heredero, y así presentarlo en la capital el año que viene.

En un principio, Nile la escuchó tratando de disimular lo espantosa que le parecía la idea, al mismo tiempo anonadado por lo lejos que Clarissa estaba dispuesta a llegar con tal de no desnudarse. Tuvo que ser el descabellado planteamiento lo que acabó por convencerle de que ni siquiera Dios lograría disuadirla de cerrarse en banda.

—Si llegara a saberse —contestó al fin, procurando sonar razonable—, te perderían el respeto.

—Estoy dispuesta a soportarlo —le aseguró con franqueza.

—También se lo perderían al niño.

Clarissa dudó.

—Haríamos lo posible para que eso no sucediera —concluyó un rato después, decidida—. Puedo guardar un secreto.

Él enarcó una ceja.

—¿No te importaría ser la madre de un niño que no fuera tuyo?

—Me importaría más ser la madre de un niño que nunca quise que fuera mío. Con un niño que hubiera sido concebido en...

La voz se le apagó, y no encontró ni la fuerza ni el valor para explicarle lo que había querido decir ni siquiera cuando él sacó una conclusión desacertada. Que su semblante se hubiera

oscurecido por efecto de la tristeza solo podía significar que se había vuelto a atribuir la culpa: «... que hubiera sido concebido en la cama con un hombre al que desprecio», o, quizá, «al que jamás podría desear».

¿Qué otra cosa podría pensar, si cada vez que la había tocado, ella se había estremecido?

Aun habiendo encajado su respuesta con dolor, Nile le apretó la mano con suavidad.

—¿Cómo estás tan segura de que de aquí a unos años no cambiarás de parecer? No necesito el heredero ahora. Puedo esperar cuanto sea necesario hasta que estés lista.

Clarissa lo miró a los ojos.

—Nunca estaré lista.

—Pero... —Nile barrió el salón con gesto desorientado—. ¿Por qué?

—Porque me repugna la intimidad. Yo sé lo que sucede en la noche de bodas, Nile —le aseguró con el semblante sombrío—, y si tengo que volver a hacer algo parecido, no creo que pueda vivir para contarlo. La mecánica me resulta desagradable y asquerosa. No lo puedo evitar.

Muy despacio, Nile acarició el dorso de su mano con el dedo pulgar. Así permaneció un buen rato, rozándola mientras meditaba en silencio.

Clarissa no apartó la vista de él en ningún momento, aun temiendo leer el rechazo en su semblante. Al menos al principio. Al cabo del rato, se fijó en la sombra que sus densas pestañas proyectaban sobre las ojeras marcadas, en cómo la luz de las llamas perfilaba sus labios entreabiertos; en los pómulos elevados, donde aún brillaba la huella de la rabia de Harding Wargrave. Clarissa respiró hondo, más por necesidad que porque hubiera encontrado la calma, y se percató de que Nile olía a una mezcla de aromas conocidos que, juntos, creaban una combinación deliciosa.

Fue de pronto consciente de su cercanía, de que la estaba tocando, y se estremeció de pies a cabeza por acción de una sensación a la que no pudo poner nombre.

—De acuerdo —cedió él—. Estoy dispuesto a hacer pasar por mi hijo a un bastardo si me aseguras que no te arrepentirás de tomar esta decisión...

—No lo haré —le prometió sin aliento, todavía aturdida por las emociones que se arremolinaban dentro de ella.

—... y si antes me permites intentar algo.

Clarissa se tensó enseguida.

—¿Intentar algo? —repitió entre tartamudeos. Quiso dar un paso atrás, pero su mirada directa y el olor que la envolvía, la mano que le prodigaba caricias persuasivas, la habían anclado al suelo—. ¿El qué?

—Sabes lo que se hace en la noche de bodas —le concedió con un cabeceo sutil—, pero no sabes cómo sería hacerlo conmigo. No pretendo exponerte a una situación que te recuerde a una experiencia nauseabunda; ahora bien, si me vas a pedir este sacrificio, si me vas a exigir que renuncie a mi esposa, burle los sagrados votos matrimoniales, me enemiste con Dios y mienta ante la ley sobre mi descendencia, creo que merezco que, a cambio, tú hagas algo por mí.

Clarissa aguantó la respiración. Apenas se escuchó por culpa de la sangre que se había agolpado en sus oídos:

—¿El qué?

—Deja que te bese —le pidió con una mirada abrasadora—, y si no lo soportas, no volveré a insinuar siquiera la posibilidad de que compartas ciertas intimidades conmigo. Jamás —recalcó con severidad—. Me mudaré a otra casa para que puedas caminar en libertad por Bloom’s Park, no te visitaré si no es avisando con semanas antelación, visita que podrás rechazar sin justificarte, y el único acercamiento al que tendrás que prestarte, y solo en ocasiones de riguroso

protocolo, será el de tomarme del brazo para asistir a una velada ineludible.

A Clarissa le costó tragar saliva. De pronto notaba la boca y la garganta secas, la primera señal que indicaba su indisposición a ceder. Pero pensaba que un beso no era nada en comparación con el mal del que se libraría si aceptaba el acuerdo.

No podía negar que la propuesta de Nile era lo bastante tentadora para exponerse a la vergüenza.

—¿Cómo sé que no te aprovecharás de mí en el caso de que acepte tus labios? —musitó ella —. ¿Que no me tocarás mientras me tengas a tu merced?

La ofensa oscureció sus ojos de por sí abisales, pero se controló para no dejarla entrever. Debía saber tan bien como Clarissa que no la podía culpar de ponerse en lo peor. Nile la había acorralado en una ocasión, habían sido enemigos acérrimos, y no lo conocía lo suficiente para confiar en él.

—Átame las manos. —Se las ofreció en un gesto humilde—. Así, poco podría hacerte.

Antes de que Nile se arrepintiera de su propuesta, Clarissa se apresuró a buscar algo que pudiera servir. Localizó sobre la mesilla el pañuelo que solía anudarse al cuello y envolvió sus muñecas sin mediar palabra.

Echó un segundo nudo por si acaso, detalle que hizo que Nile sonriera con tristeza.

—No te fías de mí ni un pelo, ¿verdad?

No, no se fiaba ni un pelo, pero de los hombres en general. Sobre todo ahora que había llegado la hora de la verdad.

Clarissa tuvo miedo de alzar la barbilla, pero no se echó atrás porque un trato era un trato, y sabía reconocer uno fructífero cuando lo veía. El dolor no la había cegado hasta ese punto.

Nile avanzó un paso sin romper el contacto visual. El hecho de que tratara de disimular su deseo para no ahuyentarla animó a Clarissa a relajarse, lo que pasaba por cambiar la expresión de pavor que sabía que le demudaba el rostro. Se concentró en él, en esos rasgos en los que no había podido ni querido volver a fijarse desde la primera y única vez que lo besó.

Tuvo que reconocer que era terriblemente bello. Tenía la piel de un egipcio y los pómulos afilados, como una brillante escultura renacentista, una insinuación de barba oscura y la nariz tan recta que trazaba la perfecta línea de perfil. Un abanico de pestañas tan negras como su densa cabellera enmarcaba sus ojos misteriosos. Dos mechones franqueaban el rostro ovalado, pero con la mandíbula marcada, y Clarissa sintió el extraño deseo de apartárselos.

Le asustó que se acercara, pero no tanto como habría imaginado. Quizá porque sabía con exactitud qué iba a pasar y había tenido unos minutos para prepararse.

No supo cuánto rato estuvieron escrutándose, memorizándose el uno al otro. El suficiente para que tanto ella como él acabaran llegando a una conclusión: Clarissa dictaminó que si un hombre podía convencerla de besarlo, ese sería Nile. Y en cuanto a él...

—Es curioso cómo la vida conspira para darnos la oportunidad de expresar nuestra verdad —musitó, perdido en su contemplación—. Nunca pensé que se daría la ocasión en la que podría decirte que... —Su voz tembló, e hizo ademán de levantar las manos hacia su barbilla, pero las dejó caer a tiempo—. Me robas el aliento, Clarissa. Incluso si estoy condenado a mirarte y solo mirarte, siento que debo ser agradecido.

Un agradable calor se extendió por su pecho. Estaba acostumbrada a los cumplidos de Bellingrath, que en nada se parecían al que Nile acababa de dirigirle, pues este no estaba manchado por la perversión. Era un cumplido que no estaba destinado a seducirla, sino a librarse de un peso con el que no podía seguir cargando, y Clarissa lo agradeció de corazón.

Nile se inclinó sobre ella, y viendo que reaccionaba suspendiendo la respiración, la besó

primero en la mejilla, junto al puente de la nariz. Sintió sus labios volar como una tímida mariposa hacia la barbilla, que rozó con la boca entreabierta, y luego posarse con gentileza en la esquina de una de las cejas.

Clarissa apretó las manos contra su pecho, tan rígida que pensó que se rompería, pero no por el miedo que creyó que la embargaría, sino por la expectación. La ternura que sus besos le transmitían la arrebató de emoción.

No tardó en encontrar sus labios. Nile los rozó primero con la boca, como si quisiera que se acostumbrara antes a su cercanía y al choque de su aliento, y seguidamente avanzó el último paso para sellar el beso con lentitud, dándole en todo momento la oportunidad de retirarse.

Así lo sentía Clarissa. No había unas manos aferrándola con salvajismo, ni una boca que la maltrataba.

—¿Estás bien? —susurró él a las puertas de sus labios.

Se percató de que Nile también temblaba, y la respuesta se le atascó en la garganta.

Contestó alzando la cabeza hacia él y dejando que sus bocas se reencontraran, esta vez con propiedad, buscando acoplarse a la del otro, condensar sus alientos en uno solo. Clarissa sabía lo que iba a pasar antes de que Nile deslizara la lengua en su interior con un sigilo electrizante. Ella la rozó con la propia, apretando aún más los puños cerrados contra su pecho, y emitió un débil gemido. Nile ladeó la cabeza para ahondar en profundidad, y para cuando Clarissa quiso darse cuenta, estaba perdida en la mezcla de sabores, impaciente por el siguiente beso, por el choque con sus labios mullidos.

Sintió que el estómago le empezaba a arder y que las rodillas le flaqueaban, pero estaba tan poco familiarizada con sensaciones como aquella que no las interpretó como negativas y dejó que la vencieran la curiosidad y el anhelo: ese anhelo antiguo que volvía tras meses desde su nacimiento para recordarle que una Clarissa con derecho a soñar y sin miedo a lo desconocido había deseado volver a encontrarse con aquel hombre. Con el hombre que ahora, por obra del destino, tenía entre sus brazos.

No lo pensó y, con cautela, apoyó las manos sobre su recio pecho. Saber que su corazón también latía desaforado la tranquilizó. No estaba sola en el mar turbulento que eran sus sensaciones. Rozó con un dedo el borde donde la camisa se abría para mostrar parte de su pecho, tan cálido como el resto de su cuerpo, pero no se atrevió a rozar el vello. Tampoco podría haberlo visto, porque había cerrado los ojos para rendirse a la deliciosa sensación que la llenaba de luz por dentro.

Dudoso, Nile levantó las manos atadas y, con los nudillos, acarició la barbilla de Clarissa. Ella gimoteó y deslizó las manos por sus hombros. Notó sus relieves, la dureza de un cuerpo joven y aficionado al deporte, tenso por la pasión reprimida. Gracias a esa contención que le dolía, Clarissa comprendió con claridad cristalina que podía confiar en él.

El beso se fue tornando más y más intenso; aumentó en fuerza y en urgencia, y Clarissa sintió que deseaba estar a la altura, que no quería alejarse del cuerpo que le daba cobijo y al mismo tiempo respetaba su espacio.

Fue Nile quien dio un paso atrás con los ojos cerrados y agachó la cabeza.

—Vete —musitó con voz gutural—. Vete antes de que encuentre la manera de desatar estos condenados nudos.

Clarissa se alegró de que no hubiera visto la decepción en su rostro. Se avergonzó enseguida de su comportamiento, porque había demostrado que podía besar a un hombre y disfrutarlo, e intentó enmendarlo.

—Pero... ¿nuestro trato sigue en pie? ¿Cumplirás...? ¿Cumplirás con tu parte?

Nile clavó en ella una mirada a caballo entre la incomprensión y la inquina. Se le veía dudar de si Clarissa había fingido la pasión que la había poseído, de si estaba exagerando su deseo de continuar con el pacto.

Se quedaría con la duda.

—Cumpliré con mi parte —le prometió. Un músculo palpitaba en su mandíbula, revelando la dificultad de su juramento—. Pero no creas ni por un segundo que no me he dado cuenta de que tú has cumplido con la tuya... y con creces.

Capítulo 19

Nile sabía que a Clarissa le había gustado el beso.

Para empezar, no quiso apartarse. Y cuando lo hizo él por miedo a descontrolarse, reconoció la decepción en sus ojos vidriosos.

No dudaba de los sentimientos de Clarissa, del asco que le suscitaba la mera expectativa de enredarse con un hombre. Pero también sospechaba que albergando esperanzas de cara al futuro no estaría pecando de ingenuo. No todo estaba perdido. Por eso ahora, un par de días después de la visita de sus amistades, se dirigía a su encuentro para plantear un nuevo acuerdo.

Había practicado la mejor manera de abordarla, pero ninguna le había parecido lo bastante desenfadada. Convivía con una mujer con la que debía andarse con pies de plomo, y, por primera vez en su vida, Nile estaba dispuesto a renunciar a su fuerza. Cómo no hacerlo, si entregaría cuanto tenía a cambio de otro roce de sus labios.

El beso le había vuelto la cabeza del revés. Le costaba tanto pensar en otra cosa que había tomado la precaución de desaparecer de la vista de Clarissa durante cuarenta y ocho horas, tiempo suficiente para atenuar la urgencia de su deseo... y, con un poco de suerte, también para que ella se recompusiera y lo echara de menos.

Cuando llegó a la entrada del saloncito, Nile inspiró hondo para armarse de valor.

¿En qué momento había dejado de sentir una enfermiza combinación de anhelos prohibidos y desprecio por la mujer que creía que era la señorita Simms? Durante su enemistad, insistió en leerla como una muchacha que vendía su presunta timidez como anzuelo para que los déspotas cayeran rendidos ante la tentación de someterla. Ahora, Nile era víctima de la curiosidad hacia cómo sería la verdadera lady Haverford. Tal vez fuera una niña timorata e indecisa, pero poseía asimismo una voluntad que nadie, ni él ni los deberes conyugales, podían doblegar. Una mujer que, si no sufriera en silencio por Dios sabía qué razón, podría dominar el mundo con su verdad y su habilidad para defenderse de los ultrajes.

Esos que inmerecidamente Nile había arrojado contra ella.

En un arrebato, abrió la puerta sin tocar antes y se la encontró tomando el té con una joven a la que no había visto antes. Le alegró ver que Clarissa tenía color en las mejillas y acompañaba sus intervenciones con aspavientos enérgicos, nada que ver con el hilo de voz que se le escapaba cuando solo quería esconderse.

—¡Milord! —se apresuró a saludar a su acompañante. A juzgar por sus modestas vestiduras, debía tratarse de una aspirante a doncella—. Buenos días.

—Buenos días, señorita. —Después del asentimiento de rigor, Nile dirigió su atención a Clarissa—. Veo que se ha despertado con ganas de comerse el mundo. Es muy temprano para recibir visitas, y me ha dicho el ama de llaves que lleva toda la mañana dándole la bienvenida a... —vaciló antes de sugerir—: ¿Amigas?

—¡Oh, ya me gustaría! —exclamó la muchacha, echándole un vistazo nervioso a la anfitriona. No dejaba de secarse las palmas sudorosas en la falda—. Tengo entendido que milady anda en busca de una doncella personal a la que pueda encomendar una tarea delicada... ¡Pero eso debería decírselo ella! —se apresuró a apostillar—. Disculpen por entrometerme, es que... estoy... Me gustaría muchísimo trabajar aquí.

—Valoraré tu aplicación, Fanny —le aseguró Clarissa con amabilidad—. Gracias por venir.

La aspirante se despidió agachando la cabeza con torpeza y salió de allí tras dirigirle una sonrisa temblorosa al marqués de Haverford. Este a duras penas pudo contener su impaciencia hasta que por fin se quedaron a solas.

Entonces, recorrió a su esposa con una mirada ávida de la que esperó que ella no fuera consciente.

Se deleitó con la frescura que irradiaba esa mañana. El resplandor del nuevo día proyectaba su luz sobre un rostro ruborizado por el vigor de la juventud, arrancándole destellos diamantinos a unos ojos llenos de vida. Llevaba un vestido de muselina color melocotón que dejaba una tentadora porción de escote a la vista; esa piel de alabastro que sabía prenderse como la pólvora. Se había peinado el cabello en un semirrecogido griego con el que su melena ondulada caía en cascada sobre los delicados hombros y espalda. Estaba recta como una flecha en el único sillón de una plaza, pero no por la tensión, sino en honor a la postura de una digna marquesa.

Jamás había deseado tanto a una criatura.

Antes de que pudiera tantear el terreno para introducir el objeto de su visita, Clarissa inquirió con cordialidad:

—¿Qué le ha parecido?

—¿El qué?

—Fanny —se rio, encantada con su confusión. Aunque había sonado genuinamente divertida, Nile pensó que había un fondo de histerismo en su voz—. ¿Qué otra cosa, si no?

—Parece una muchacha confiable e inocente —respondió tras devanarse los sesos. La joven acababa de salir y ya no recordaba ni su rostro—. Creo que sería una doncella a la que un buen día podrías llamar amiga.

—No le pedía una valoración sobre sus aptitudes como criada, sino relacionada con su... feminidad —replicó Clarissa. Sujetaba el platillo con una mano, y la taza con la otra. Había situado el borde de la porcelana muy cerca de los labios, como si no quisiera que se los leyeran mientras contaba un secreto—. Si se ha sentido atraído por ella, quiero decir.

Nile la miró de hito en hito, temiendo que fuera una pregunta trampa. Ni se le ocurrió pensar en el pacto que habían formalizado dos noches atrás; en que era improbable que pretendiera renovar la plantilla.

—No sabría decirte. Ha estado aquí un par de minutos y andaba más pendiente de que se marchara para hablar contigo.

—Pues no es a mí a quien tiene que gustarle —resolvió Clarissa en tono brioso. Dejó el té sobre la mesita e invitó a Nile a sentarse. Señaló el sillón más alejado de ella, un detalle que no le pasó desapercibido—. Como podrá imaginarse, ya tengo una doncella, y estoy muy satisfecha con sus servicios. Lo que estoy buscando ahora es a una mujer que pueda prestarse al propósito que acordamos el otro día.

Nile cayó en la cuenta de a qué se refería en cuanto apoyó las manos en el reposabrazos.

La perplejidad estuvo a punto de impulsarle desde el respaldo y ponerlo de nuevo en pie.

—¿Cómo? —fue lo único que atinó a decir. Su pregunta, pronunciada en tono conminatorio, no alteró a Clarissa. Estaba orgullosa de su iniciativa—. ¿Has estado citándote toda la mañana con jóvenes que podrían atraerme lo suficiente para engendrar con ellas a mi heredero? ¿Se supone que ahora hay cinco o seis muchachas regresando al pueblo, ansiosas por contarle a sus amigas y familiares la historia de que el marqués de Haverford busca a la madre de sus hijos... fuera del matrimonio?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Clarissa, escandalizada—. No les he dicho cuál es mi objetivo. Por ahora solo estoy cerciorándome de que no han contraído enfermedades que el niño

pudiera heredar y no son demasiado mayores para quedarse embarazadas. Aunque siento predilección por las viudas con hijos; así tenemos la certeza de que son fértiles y no pondremos en riesgo su reputación.

»También estoy considerando el atractivo físico. Me gustaría que el encuentro le resultara agradable, Haverford —agregó—. Por eso me viene de perlas que se haya pasado usted por aquí. Podría quedarse conmigo durante las próximas entrevistas y dar su opinión, ya que es quien va a beneficiarse de dichos encantos.

Nile se fue recostando muy despacio en el sillón.

—Supongo que no debería sorprenderme que hayas tomado cartas en el asunto para formalizar el pacto antes de que me eche atrás —murmuró para sí.

Clarissa interpretó su tono vacío como una mala señal y se envaró.

—Creo que mi anticipación solo demuestra que soy espabilada. O adivina —se corrigió—, porque ese era justamente su propósito al buscarme esta mañana: sorprenderme con una contraoferta. ¿Me equivoco?

Nile aguantó la mirada determinada de Clarissa con la certeza de que no daría su brazo a torcer. Su flamante humor matutino no era sino el estado ansioso de una mujer con la esperanza de enterrar de una vez por todas un asunto peliagudo.

Fue a preguntarle cómo se atrevía a obrar a sus espaldas y a llevar a cabo una tarea tan delicada gritándola a los cuatro vientos.

—Respondiendo a su pregunta —prosiguió ella, salvándolo de perder los papeles—, sí, Haverford. He tomado la iniciativa por si acaso se arrepentía de la alternativa que me ofreció al matrimonio tradicional.

Nile tuvo que celebrar su franqueza. Uno de los aspectos de la relación que aún esperaba fortalecer era la confianza, y, para bien o para mal, había logrado que se sintiera lo bastante cómoda para expresar su verdad.

—Suelo cumplir mi palabra —contestó con voz queda, controlándose para no revelar su irritación.

—¿Y cómo puedo saber yo eso? —contraatacó ella con una ceja arqueada.

—Bueno —Nile cruzó las piernas y se acomodó en el sillón como un apático sultán—, creo recordar que te lo demostré aquella noche. Te dije que sería solo un beso, y me aparté aun cuando era obvio que no te habría importado que fueran más de dos y más de tres.

Clarissa enrojeció, no supo si de indignación o de vergüenza, y le apartó la mirada para perderla en el servicio de té. Para ocupar las manos, tomó la taza y le dio un sorbo rápido. Se había fijado en que era un vicio que tenía: entrelazar los dedos, esconderlos a la espalda o poner los brazos en jarras para disimular su nerviosismo.

—Yo... yo solo cumplí mi parte —acotó con forzada entereza—. Le devolví el beso como imaginé que usted quería que lo hiciera.

A Nile se le escapó una sonrisa incrédula.

—No pretenderás hacerme creer que respondiste por obligación y con condescendencia, ¿verdad? A veces finjo no comprender lo que sucede a mi alrededor en aras de la convivencia, pero no nací ayer, Clarissa, y sé reconocer el deseo en las mujeres. Incluso en las mujeres como tú —apostilló con más rabia de lo conveniente.

Su mandíbula se tensó al escucharle.

—¿Las mujeres como yo?

—Las que se esfuerzan por ocultar que sienten placer cuando en realidad son apasionadas por naturaleza —se explicó en voz baja, empleando un tono persuasivo. Se inclinó hacia delante en

un fútil intento por estar más cerca de ella—. ¿Cómo puedes apartarme después de lo que sucedió? ¿Qué es lo que te retiene, si ya has descubierto que yo no te aterro, que no te voy a asaltar como una bestia y que te sientes atraída por mí?

Clarissa se puso en pie con la intención de cortar la conversación.

—Lamento que se llevara la impresión equivocada, Haverford. No se me ocurrió ni por un momento que atribuiría mi relativa disposición al recalcitrante deseo de estar entre sus brazos —recitó con sarcasmo—. Daba por hecho que entendería que me limitaba a cumplir con el trato. Ahora veo que no fue así.

—No seas ridícula —rezongó él, levantándose también—. Si lo que te propones es volverme loco y convencerme de que veo interés donde no lo hay, cuando claramente...

—Es que ve interés donde no lo hay —lo cortó con el cuerpo en tensión—, y tal vez lo vea porque está tan ansioso por poseerme que se le nublan el juicio y la visión. Yo a usted no lo deseo, ni para compartir intimidades conyugales, ni para jugar a los besos robados. Creí haberlo zanjado durante aquella conversación, pero es evidente que es usted como todos los demás.

—¿Y cómo son los demás? —la retó.

—Se niegan a aceptar la verdad que ha salido de mis labios, ¡mis labios! —repitió, señalándose el pecho—, en cuanto ven la oportunidad de interpretar unos hechos aislados en su beneficio. ¡Y todavía se pregunta usted cómo es posible que obre por mi cuenta y no le crea una palabra cuando asegura cumplir sus promesas!

Clarissa sacudió la cabeza. La contrariedad había instalado el rubor en sus mejillas.

Rodeó la mesilla donde descansaba el servicio de té para abandonar la estancia. Nile intentó impedirlo poniéndose en su camino, pero ella lo esquivó con agilidad.

Por suerte, la puerta se abrió en ese momento y una muchacha con los ojos tan azules como un cielo despejado evitó su estampida.

—¿Lady Haverford? —inquirió con voz aguda. Miró a Clarissa y luego a Nile. Su sensibilidad le hizo saber que llegaba en mala hora, pero tuvo la gentileza de no señalarlo y decir en su lugar, con prudencia—: Venía por el puesto de doncella, aunque si no es un buen momento, puedo regresar más tarde. No vivo muy lejos de aquí.

Nile se obligó a relajar los músculos apretados.

Las recriminaciones de Clarissa le habían puesto a la defensiva, pero sabía que su rechazo tenía una base real y, por ende, su derecho a ofenderse era ninguno.

Porque sí, estaba en lo cierto. Deseaba con una intensidad desesperada que su mujer lo necesitara en idéntica medida, y la obsesión lo había cegado de tal modo que, aun teniéndolo todo en contra, había decidido interpretar el beso como un éxito. No poder alcanzarla estaba trastocando su raciocinio, mas no podía aferrarse a hipótesis benevolentes con él, pero injustas con ella, para ponerse a salvo del dolor de resultarle repugnante.

Empezó a sentirse avergonzado de su actitud.

—Es el momento perfecto —forzó un tono afable y la invitó con un gesto a ponerse cómoda —. Si está conforme, lady Haverford y yo la entrevistaremos.

Clarissa lo miró a caballo entre la incredulidad y el recelo. El arrepentimiento de Nile debió quedar manifiesto, porque ella volvió a ocupar su sitio. Esta vez tendría que soportar que su marido tomara asiento a su lado, que sus muslos se rozaran, y él habría de contener un suspiro por no poder inclinarse sobre su cuello y embriagarse con su perfume corporal.

—Lady Haverford le hará las preguntas —anunció Nile con la voz enronquecida—. Yo interrumpiré lo mínimo posible. Solo cuando tenga alguna duda.

Clarissa se aclaró la garganta e inició el interrogatorio con una elegancia que, en otras

circunstancias, Nile le habría alabado. Pero le costaba agradecer que se comportara con semejante naturalidad en presencia de la que podría ser la madre del futuro marqués de Haverford.

La que sería su amante.

Nile no podía ocultar ni su asombro ni su decepción.

¿Cómo había podido pensar que Clarissa le deseaba, si no le importaba un carajo imaginarlo en brazos de una desconocida?, ¿si incluso la aliviaba cederle su lado de la cama a otra mujer? ¿No debería sentir celos solo de pensarlo, o, al menos, aprensión?

Nile se limitó a escuchar la ronda de preguntas con estoicismo.

Resultaba que la señorita Lainie Northam ocupaba la granja de al lado, un detalle muy favorable, pues Nile podría escabullirse para verla cuando estuviera embarazada sin llamar la atención. Vivía sola con su padre, un hombre callado al que el marqués conocía en persona. No había enfermado jamás, tenía veinticuatro años y estaba cansada del trabajo de campo, por eso rogaba por un puesto en el servicio de Bloom's Park.

Clarissa la despidió con una sonrisa amable, y en cuanto la puerta se cerró, se separó de Nile lo suficiente para que corriera el aire.

Entonces, lo miró expectante.

Él le dio lo que quería.

—Es bonita —se oyó decir sin interés—, pero no se parece a ti, y no me gustaría que se descubriera que el crío es un bastardo porque heredara el cabello pelirrojo de su madre.

—Pero tiene los ojos azules —se apresuró a replicar ella—, y... Bueno, mi madre tiene el pelo de una tonalidad caoba que podría justificar el pelirrojo. También es de mi estatura...

—No se parece a ti ni en los gestos ni en la forma de hablar o caminar —zanjó Nile con sequedad—, y eso es incluso más revelador que el pelo de otro color.

Clarissa se sumió en un silencio meditabundo. Quizá también culpable.

—Podríamos escoger a una mujer que compartiera atributos con usted —retomó con tiento—, una joven morena de ojos oscuros. Así, además de un heredero, tendría un espejo en el que mirarse.

—Si tengo que encamarme con una mujer que no es mi esposa, me gustaría que fuera lo más parecida posible a la que deseo —cortó con un bramido. Clarissa se quedó inmóvil en el sitio con la vista clavada en la alfombra. Nile se humedeció los labios mientras meneaba la cabeza—. Siendo sincero, me cuesta creer que pretendas hacerme pasar por esto.

Como cada vez que él la atacaba con su despecho, ella pareció llenarse de una fortaleza inusitada, perfecta para devolverle el golpe.

—¿A qué se refiere con «esto»? ¿A concederle la libertad de acostarse con quien desee y cuando lo desee? ¿Tiene idea de la cantidad de hombres que soñarían con una esposa permisiva, no ya resignada a hacer la vista gorda sino conforme con el libertinaje de su marido?

—Un libertinaje que me has impuesto —especificó él, acorralándola con su cercanía—, porque no soy ni he sido jamás esa clase de hombre. Crecí en el seno de un matrimonio feliz que se profesaba el más sincero afecto y cimentaba su relación en valores como la fidelidad y el respeto. Soñaba con replicar lo que los Inglefield fueron hasta que tú llegaste —le recriminó con rencor.

—Pues si espera encontrar en mí a la esposa que fue su madre, su vida se convertirá en un infierno. Incluso si abandonáramos esta idea que tan descabellada le parece, entre usted y yo jamás habría afecto alguno —le espetó con frialdad.

Aunque no había señalado más que lo evidente, Nile recibió sus palabras como una puñalada.

—Eso desde luego —respondió con voz queda, dándole la espalda—. No eres una persona que se haga querer.

Clarissa creyó ocultar el dolor bajo un estallido colérico, pero él, aun a punto de marcharse, se percató de que sus ojos se humedecían.

—Quizá no me esfuerce para que me ame —se defendió con debilidad—, pero no se me puede reprochar que no haya intentado perderme de vista para hacerle la vida más sencilla. ¡Menudo valor tiene usted al atacarme por no ser como la señorita Wargrave o la difunta lady Haverford, cuando hace tan solo unos días le estaba ofreciendo otra oportunidad para ser feliz... aunque fuera a costa de fingir mi propia muerte!

—Oh, sí —aplaudió con sarcasmo—. Su generosidad es realmente conmovedora, Santa Clarissa de los Eternos Dolores... de cabeza.

—¿Yo soy un dolor de cabeza? ¿Yo, que he puesto las cartas sobre la mesa? ¿Yo, que soy quien se está tomando las molestias de encontrar a la madre perfecta para que no tenga usted que...?

—No pierdas el tiempo disfrazando tus intereses de altruismo, Clarissa —la interrumpió con brusquedad—. Al final del día, la moraleja es que prostituirme no te incomoda en lo absoluto.

—¡Es usted quien insiste en revestir de sordidez una opción loable a la que, para más inri, ya había prometido prestarse!

—Aunque, considerando las bondades infinitas de Santa Clarissa —prosiguió Nile, rondándola con aire teatral mientras se mesaba la barbilla—, extraña que no sienta reparo por las mujeres a las que pretende hacer pasar por una trágica experiencia. —Dejó caer el brazo para, una vez de pie a un palmo de su cara, clavar en ella una mirada fría—. Quieres que una muchacha joven y pobre se quede embarazada de un niño al que acto seguido tendrá que renunciar, y todo para evitar una responsabilidad que sabías que tendrías que cumplir una vez te casaras. Eso, en mi lenguaje, tiene un nombre, y se llama egoísmo.

Clarissa le giró la cara.

—Estarás encantado de haber ganado la discusión —masculló, enrabietada.

—En absoluto —respondió él con el mismo tono gélido—. No puedo consolarme con estas ridículas victorias cuando habría preferido que mi esposa no adoleciera de semejante defecto.

—Claro que no... —murmuraba ella con desdén, manteniendo la vista fija en el suelo—. No puede soportar mi egoísmo porque es usted un dechado de virtudes, ¿verdad? El hombre con más principios de Inglaterra.

—Tengo tantos principios que carezco de final. Lo sabrías si te tomaras la molestia de conocerme, y, créeme, me encantaría que lo hicieras. Por eso estoy aquí.

—¡No me haga reír! —replicó Clarissa, atreviéndose a lanzarle una mirada incendiaria—. Estaba dispuesto a engañar a Rebecca una vez fuera su esposa, ¿y ahora se pronuncia como un abanderado de la fidelidad y la moral cristiana? Le estoy ofreciendo el mismo matrimonio que se planteaba con la señorita Wargrave, uno que le permitirá tener esposa y tomar amante. ¡Le estoy ofreciendo el matrimonio convencional por antonomasia! ¡Las bodas del mundo real no son como la de sus padres, Haverford! ¡Son meros contratos entre partes que no vuelven a vivir bajo el mismo techo si pueden evitarlo!

—No es lo mismo obedecer una ley social no escrita, como lo es que un matrimonio lo conforman la esposa y la amante, y otra muy distinta es hacer pasar a un bastardo por el heredero de mi casta.

—¿Qué importa llevarlo un paso más allá? ¿Acaso los bastardos no existen? No me ha negado que los matrimonios suelen ser una fachada. ¿Por qué le irrita tanto que el nuestro lo sea

asimismo, incluido en el aspecto de la...?

—¡Porque a ti te deseo, maldita sea! —exclamó, ya sin paciencia. La sujetó por los hombros y los presionó con los dedos. Necesitaba desahogar su frustración de alguna manera—. Cuando supe que había quedado atado a ti de por vida, pensé que, si echaba de menos el romance, siempre podría enamorarme fuera del lecho, pero por Dios que tú serías la única que calentaría mi cama. Estoy luchando contra mi educación, mis principios; contra anhelos que me devastan, para aceptar que te repugno y actuar en consecuencia. Y aun con todo el pesar de mi corazón, tarde o temprano lo conseguiré, te lo aseguro. Pero ¿no puedes comprenderme tú a mí? ¿No puedes dejar que me lamente, que tu remedio se me antoje de una sordidez insoportable? ¿Por qué no puedes perdonarme que me hiera tu rechazo?

Clarissa lo miraba a los ojos con el aliento contenido. Un torrente de emociones la había sobrevenido, paralizándola, pero él no logró diferenciar unas de otras y renunció a adivinar en qué pensaba.

Tardó unos segundos, pero acabó asintiendo con la cabeza. Así le daba su beneplácito para dolerse en voz alta. Ese era el único terreno que podía cederle: un espacio para desahogar su frustración por los secretos que ella no le contaba.

Nile no contuvo la sonrisa cargada de ironía con la que le agradecía su permiso, y reemprendió la marcha hacia donde quisieran llevarlo sus pasos. Lejos, a poder ser.

—¿A dónde va? —preguntó Clarissa con voz temblorosa—. ¿No quiere quedarse a conocer a las demás? Tal vez llegue otra muchacha más indicada...

Nile sacudió la mano con desdén cuando ya le había dado la espalda.

—Me fío de su impecable criterio, milady.

Capítulo 20

Considerando los sentimientos de Nile, lo correcto habría sido cesar en su empeño y mandar a casa a las últimas aspirantes. Sin embargo, a Clarissa le preocupaba tanto que él se echara atrás en su decisión que obedeció las directrices que le dio aun en tono condescendiente.

Si se fiaba de su criterio, entonces no le importaría que ya hubiera contratado a la joven perfecta, una muchacha sin escrúpulos que estuvo conforme con poner su firma en un documento que le exigía silencio y discreción.

Aunque coincidía con Nile en que el plan era de un egoísmo sonrojante, también pensaba que una mujer humilde miraría con ojos golosos la promesa de una renta vitalicia.

Incluso si el pago se realizaba a cambio de entregar a su bebé.

Se planteó aprovechar que la susodicha ya estaba allí, en Bloom's Park, para mencionarle la letra pequeña del acuerdo. No le pareció apropiado ponerla al tanto sin consultar antes a Nile y la dejó marchar, no sin antes citarla para el día siguiente a la misma hora.

Acto seguido, fue en busca de su marido.

Cuando salió del salón, el naranja encarnado del atardecer teñía los pasillos de la planta baja de un aura mágica, dándole la impresión de estar atrapada en un recuerdo romántico. Aprovechó el paseo para estirar los brazos y la espalda. Recibir a una docena de candidatas la había dejado con dolor de hombros, además de con una incomodidad moral que estaba tratando de ignorar por el bien de su plan.

Localizó a Nile detrás del escritorio de su despacho. Se había quedado en mangas de camisa, como el día que la besó, pero esta vez no le entretenía una novela. Tenía en la mano una pluma, y parecía concentrado en la lectura de un pergamino que ya de lejos olía antiguo.

Clarissa se aproximó con cuidado de emitir el menor ruido posible. Iba a pasar por el punto exacto en el que aquella noche se detuvo para recibir el beso.

Apartó el recuerdo de su mente y se apoyó en el borde del escritorio para asomarse a su labor, tratando de parecer informal. A eso había quedado reducida su dinámica: a ladrarse el uno al otro por las mañanas y fingir que eran civilizados cuando el sol se ponía.

—¿Qué se trae entre manos? —preguntó en voz baja. Él no se sobresaltó, pero observó que, al escucharla, apretaba la pluma—. ¿Eso son... jeroglíficos?

—Sí. —Nile se apartó de la mesa para estirarse, porque llevaba un buen rato encorvado, o porque quería poner distancia entre los dos. Miraba el texto egipcio con resentimiento—. Mi padre murió antes de descifrar esta pieza antigua y me he tomado la libertad de retomar su trabajo. Como casi todos los pergaminos, tiene un valor histórico monumental.

—¿Quiere decir que es improbable que se trate de una insignificante carta de amor?

A su pesar, Nile sonrió por la ocurrencia.

—Me sorprendería que lo fuera.

—Tenía entendido que el papel no solía sobrevivir a los años.

—Depende de su conservación. Este ha llegado a nosotros porque permaneció oculto en uno de los sarcófagos que los franceses rescataron hace relativamente poco. Es decir; en un lugar fresco y seco. —Alzó la mirada hacia ella, pero no se levantó—. ¿Puedo hacer algo por usted?

Había regresado al trato cortés que se suponía que debía apaciguarla, pero que constituía un ataque en sí mismo.

—Creo... creo que he encontrado a la mujer perfecta —le anunció Clarissa.

Tenía la vana esperanza de que en el transcurso de las horas hubiera llegado a la misma conclusión que ella: que era lo mejor para los dos. Pero él curvó los labios en una sonrisa desdeñosa hacia sí mismo.

Volvió a tomar la pluma y retomó su labor.

—¿Y le has asegurado que se la retribuirá generosamente por su servicio? —inquirió sin mirarla.

No le pasó por alto el sarcasmo en su tono desinteresado.

Decidió no tensar la cuerda con una réplica a la altura.

—No. He pensado que dudaría de mí si se lo proponía a espaldas del señor de la casa. Transmitiremos más confianza si se lo notificamos juntos, usted y yo. Le he pedido que vuelva mañana.

—Me ocuparé de que tengan la cama preparada para entonces —rio entre dientes.

—Nile... —empezó ella.

No se atrevió a acercarse, aun cuando se sentía atraída por la marca rojiza que el sol había dejado en el puente de su nariz, el olor a verano impregnado en su camisa. Ya sabía que era cálido como un atardecer. Una parte de ella, esa que intentaba exiliar, deseaba volver a fundirse en su abrazo protector.

—¿Sí?

—Puedes estar en contra de lo que haremos, puedes sentirte frustrado o herido, pero... pero no me gustaría que me trataras así por algo que aceptaste con todas sus consecuencias la otra noche.

Nile apoyó los codos sobre la mesa y alzó la barbilla para mirarla sin expresión.

—¿Te has parado a pensar en qué haremos si se queda embarazada de una niña? Una cría no resolvería el problema.

—También corres el riesgo de que nazca una niña si con quien te acuestas es conmigo. ¿Cuál es la diferencia? ¿Que yo sí te intereso? Ni el instante de placer más maravilloso que pudieras obtener a mi costa podría compensar el sufrimiento que a mí me acarrearía el...

Todas y cada una de las veces, Clarissa intentaba hacerle ver que no le odiaba a él, sino al amor. Pero todas y cada una de las veces, Clarissa se quedaba helada en el proceso de sincerarse. Y, sin querer, daba a entender que Nile era su cruz.

Al principio no le importaba. De hecho, creyó que convencerle de que no lo deseaba a él en concreto sería más sencillo que rememorar en voz alta los meses de terror con Bellingrath. Pero después de ver el dolor y el resentimiento con el que había interiorizado su rechazo, Clarissa comprendió que no era justo para Nile. Podía no contar toda la verdad, pero mentirle de manera tan flagrante dejaría de hacerla egoísta para convertirla directamente en una arpía.

—Lo que he querido dar a entender con mi pregunta —repuso él con aspereza— es que yo no voy a meterme en la cama otra vez con esa mujer, ya sea la criatura más bella que haya caminado sobre esta tierra. Ni con ella, ni con otra. Solo pasaría por esta humillación en una ocasión, y con el único fin de complacerte.

Clarissa tuvo que apartar la vista para que no leyera la verdad en su mirada. Y es que si se encamaba con otra mujer para satisfacer a su esposa, fracasaría en su finalidad. No la ilusionaba imaginarlo en brazos de otra, y no ya porque supondría una vergüenza para ella como lady Haverford, pues sería cuestión de tiempo que saliera a la luz que el marqués tenía una amante ya al comienzo de su matrimonio, sino por una razón más elemental que la aterraba.

Experimentó tantas emociones durante el beso que una parte de sí misma, de nuevo egoísta y contradictoria, se negaba a renunciar a la esperanza que él hizo renacer.

Clarissa no había olvidado lo que sintió por Nile cuando lo conoció. Invocados por el contacto físico, esos sentimientos habían regresado con una fuerza inusitada.

—Entonces tendremos que encomendarnos a Dios y a la buena suerte —musitó ella—. Solo si se apiadan de nosotros conseguiremos que la muchacha engendre un varón.

—Hay responsabilidades que no pueden dejarse en manos de la divinidad. Perpetuar el linaje de los Inglefeild es una de ellas. ¿Y si en el mejor de los casos, el heredero no nace sano y muere después? —contraatacó él, ajeno a las emociones que, en vano, Clarissa trataba de contener—. ¿Y si la joven se arrepiente de haberme entregado a su criatura y divulga a lo largo y ancho del pueblo que Haverford pagó por su carne? O, peor: ¿y si no me la entrega? ¿Cómo lucharía yo contra el amor incondicional de una madre por su hijo? ¿Cómo me perdonaría por arrebatárselo?

Al límite de la exasperación, Nile alzó las manos, dando a entender que había acabado con los temibles supuestos y con el tema en general.

Regresó a su tarea ignorando que ella seguía allí.

Clarissa se lo quedó mirando un buen rato con el corazón encogido.

Nunca habría descrito a Nile Inglefeild como un hombre feliz, ni siquiera cuando Rebecca lograba sacarle una de sus sonrisas socarronas. De hecho, habría jurado que había en él una sombra de tristeza que lo acompañaba a donde fuera, un siniestro ángel de la guarda. Aun así, esas últimas semanas se había fijado en que el matrimonio estaba causando estragos también en su humor y su carácter, tornándolo poco a poco lúgubre y amargo.

—Te estoy arruinando la vida, ¿verdad?

La contundencia de su pregunta detuvo los garabatos de Nile, que muy lentamente fue alzando la barbilla. Tuvo que darse cuenta de que aquello la torturaba de veras, porque supo el exacto momento en que Nile se resignó a agitar la bandera blanca.

Al menos, por lo que quedaba de noche.

Un suspiro le relajó los hombros.

—No me lo pones nada fácil —admitió con humildad.

Una nota de decepción se filtró en su voz al replicar:

—¿Tan importante es para ti acostarte conmigo?

—Creo que no lo has entendido —se lamentó él. La miró a través de las pestañas—, o quizá no lo he sabido expresar. Reniegas de mí, Clarissa. Lo haces en todos los ámbitos. Que tu rechazo hacia el sexo nos haya traído hasta aquí es solo un indicativo más de que no confías en mí, y tampoco intentas hacerlo. Eso es lo que me hiere, no que me vetes tu cuerpo.

Clarissa asintió muy despacio, asimilando su confesión.

—Más allá de que yo me oponga a compartir intimidades, creo que tu ofuscación viene de que te empecinas en construir la casa por el tejado —reconoció tras darle una pensada—. Quieres acercarte a mí comenzando con los besos y las caricias, y yo... Yo creo de corazón que no es eso lo que te dará la felicidad conyugal que deseas. ¿O acaso piensas que solo el amor físico puede llenarte?, ¿que la complicidad se forja únicamente en la cama? Antes has mencionado que tus padres se profesaban un afecto sincero. Si lo viviste, si te parecía palpable, no debió ser porque observaras sus intimidades a través de la rendija de la puerta, sino por cómo actuaban el uno con el otro fuera del dormitorio.

Nile levantó las cejas, sorprendido por su apreciación. Tuvo que considerarla muy precisa, porque se reclinó hacia atrás, acariciando uno de los reposabrazos, y la miró meditabundo.

—Tenía entendido que el roce hacía el cariño, pero si tan equivocado estoy, ¿qué sugieres?

Ella se encogió de hombros.

—Podríamos ser amigos. No debería ser difícil cuando tenemos aficiones en común, y cuando

contamos con una experiencia previa muy positiva. ¿Te acuerdas? —No supo qué la animó a sacarlo a colación. Tal vez la necesidad de que él confirmara que no lo soñó, que hubo un tiempo en el que estuvo enamorada platónicamente de un hombre que la besó a escondidas—. Cuando nos conocimos, tú y yo... No sé cuánto rato estuvimos juntos, pero...

—Cuatro horas y media. Era medianoche cuando te marchaste, y la fiesta acababa de empezar en el momento en que yo fui a esconderme. —Nile sonrió, nostálgico. Enseguida se arrepintió de haberse mostrado sensible al recuerdo y sacudió la cabeza—. Lo que está claro que sabemos hacer juntos es escaquearnos de nuestro deber para con la sociedad, ya sea asistir a una velada o engendrar un heredero.

—Por ejemplo —se rio ella.

Permanecieron en silencio hasta que su carcajada se extinguió, cada uno sumido en sus pensamientos.

—De todos modos, Clarissa —retomó él—, será complicado que entablemos una amistad cuando apenas toleras acercarte a mí. Abres distancias abismales entre los dos incluso si solo estamos sentados en el mismo salón. Esa frialdad tuya genera un ambiente de extrañeza en el que no puede florecer la confianza. Por no mencionar que me gusta ofrecer consuelo a mis amigos con una mano en el hombro, con un abrazo. No quiero estar enfrascado en una conversación informal y de pronto toparme con que mi interlocutor ya no quiere ni verme o incluso desea salir corriendo solo porque... No sé —suspiró—. Porque le he palmeado la rodilla, por ejemplo, o porque me he inclinado hacia él para escucharle mejor. Si vivo en tensión constante por si cometo un error, jamás lograré sentirme cómodo a tu alrededor, ¿comprendes?

Ella asintió con la cabeza.

—Puedes tocarme el hombro para ofrecerme consuelo —contestó, esbozando una sonrisa desvalida—. Hay zonas de mi cuerpo que supongo que no... que no me hacen respingar. Todo depende del... de las connotaciones de la caricia, supongo. Si no lo interpreto como el preludio de la intimidad, puedo soportarlo.

Nile se la quedó mirando como si fuera un misterio incomprensible.

—«Soportarlo» —repitió, afligido—. Qué triste elección de palabra. ¿Por qué te repugna que un hombre te desee? Debería halagarte cuando el caballero no te hostiga y sí te resulta atractivo. No hablo de mí, por supuesto. Me ha quedado meridianamente claro lo que sientes —continuó sin ningún tipo de autocompasión—. Lo digo en general.

Ella tragó saliva.

—Preferiría no responder a esa pregunta.

Nile siguió escudriñándola de aquella manera que la turbaba y la instaba a confiar en él a partes iguales. Percibía bajo su expresión forzada que procuraba disimular cuánto deseaba saber, cuánto necesitaba comprenderla, y entendía que estaba ante un buen hombre.

Pero temía que, algún día, el buen hombre perdiera la paciencia e insistiera hasta acorralarla.

—Hagamos una cosa —propuso él, poniéndose en pie. Rodeó el escritorio con la pluma aún en la mano—. Deja que marque con una cruz las zonas de tu cuerpo que estás conforme con que toque, siempre de forma amistosa, y así sabré a lo que atenerme y podremos... avanzar. ¿Estás de acuerdo?

Clarissa se sorprendió sonriendo por el curioso juego.

—Supongo que sí..., pero no quiero que me manches el vestido. —Se tiró de la falda para mostrarla en su esplendor—. Es de mis favoritos.

La expresión de él se suavizó al verla exhibir su vanidad femenina.

—Es muy bonito.

Ella se ruborizó con el comentario, y se apresuró a balbucear:

—¿No me arañará la piel? La punta de la pluma, quiero decir.

—Puede ser. Se me ocurre que podríamos usar solo la tinta y marcar el punto con los dedos. —Se animó a sonreírle con confianza. Ella se relajó, momento que él aprovechó para dar un paso al frente y acariciar su barbilla con el suave extremo de la pluma—. ¿Qué tal ahí?

—¿Te refieres a... a la cara? No me importa que me toques la cara. A no ser que hablemos de las narices. Claro que para eso tienes un talento innato —añadió por lo bajini.

Sintió que el corazón le estallaba en el pecho cuando él se rio.

—Me parece a mí que las narices son una zona sensible para todo el mundo. ¿Algún punto más? ¿Las cejas, quizá? Porque a veces no importa cuánto me esfuerce; estás empecinada en que no te cambie la expresión.

Recorrió el trazo recto del vello facial. Clarissa las levantó, como si ante la mención debieran reivindicar estar presentes. Conforme él iba recorriendo su rostro con los dedos, ella iba asintiendo, vigilando a la vez sus propias sensaciones.

En un momento dado, Nile se inclinó hacia el escritorio para hundir la yema del pulgar en el tintero. Dejó que goteara sobre el recipiente para no ponerlo todo perdido, y acto seguido selló la frente de Clarissa con gesto orgulloso.

Ella se rio por el aspecto cómico que presentaría con una huella negra en la cara, y por las cosquillas que él le hizo cuando se dirigió a la curva de la oreja derecha.

—¿Qué hay de esta parte?

La sonrisa se le congeló en la cara, recordando que Bellingrath solía lamerle los lóbulos de las orejas, recorrerlas con la punta y mordisquearlas. Si se esforzaba lo suficiente, podía recrear el escalofrío que la recorría cuando lo oía ronronear de cerca.

Como acto reflejo, Clarissa cabeceó hacia el lado contrario.

Se llevó una mano para cubrirla con afán protector, y, consternada, buscó la mirada de Nile. Él la comprendió sin necesidad de que dijera nada.

—Obviaremos las orejas —determinó con sencillez.

—No, es que... Es decir, puedes tocarlas —repuso, pensando que no la mataría esforzarse por sustituir el antiguo recuerdo por una nueva sensación—. Pero otro tipo de... No importa. Olvídalo.

Inspiró hondo y cuadró los hombros, preparada para continuar la exploración. Sin dejar de mirarla para transmitirle un mensaje secreto —«Podemos volver a esa historia tan pronto como te sientas lista»—, Nile bajó la pluma por su cuello. Más recuerdos tórridos e insoportables acudieron a la mente de Clarissa, incluida la velada musical en la que el carácter de su relación con Bellingrath fue revelado.

—No —musitó Clarissa—. Ahí no.

En lugar de descender por el valle de los senos, Nile curvó la pluma sobre sus clavículas y siguió por sus hombros. Clarissa, indecisa, meneó la cabeza sin atreverse a asentir o negar con rotundidad. Permaneció muy quieta cuando él acarició su brazo desde el hombro y llegó a la mano sudorosa, que tomó entre la suya.

La miró a la espera del veredicto.

—Ahí sí —confirmó con la voz estrangulada. Nile sonrió con un guiño, transmitiéndole su enhorabuena porque lo estaba sobrellevando de maravilla. Rozó sus nudillos con las yemas de los dedos, a lo que Clarissa añadió—: No me importa cogerte de la mano. Me acostumbré durante los días que pasaste en cama. Cuando teníamos los dedos entrelazados, pensaba en mí como el sujeto activo, como tu tablón en alta mar, y me encantaba la sensación.

—¿Te gustaba que dependiera de ti?

—No. Me gustaba tener el control. No me regocijaba en tu debilidad, pero una parte de mí se sentía a salvo sabiendo que podría apartarte si intentabas propasarte. Creo que... —se mordió el labio— que solo permitiría que tocaras partes de mí que no entran en la categoría de... Las que no tienen que ser tapadas.

—Todas deben ir tapadas, si la dama es respetable —corrigió con un cabeceo juguetón—, y mi dama es la más respetable de todas.

—No decías eso de mí el mes pasado —replicó sin acritud. Agradecía que se hubiera armado con una actitud desenfadada para restarle hierro al asunto.

—Un hombre tiene tanto derecho a equivocarse como a cambiar de opinión una vez reconoce su error.

—Supongo que sí, tienes razón... —Se sorprendió cuando él se agachó ante ella—. ¿Qué haces?

Con los codos apoyados en las rodillas, Nile dijo:

—¿Qué hay de los pies?

—¿Los pies? —repitió, sorprendida.

—Ajá.

—¿Para qué querrías tocar mis pies?

—¿Nadie te ha dado nunca un masaje?

—¿Ahí? ¡No! ¡Sería asqueroso!

—Permíteme discrepar —replicó él con elegancia—. ¿Y bien?

Clarissa respondió a su pregunta quitándose los zapatos en silencio. Los retiró de una patada y se levantó la falda a la altura de los tobillos para que observara el movimiento de sus dedos.

—Los pies pueden salir a bailar. Estupendo —celebró Nile, mirándola desde abajo con una sonrisa. Dejó la pluma a un lado y aprovechó que el borde del vestido ya no tocaba el suelo para doblarlo: con deliberada lentitud, fue subiéndolo para revelar el color de sus medias—. ¿Qué me dices de las pantorrillas?

—Para tocar mis pantorrillas tendrías que... Yo tendría que... No llevaría vestido —logró decir al fin.

—No tiene por qué. Ahora lo llevas. Y a lo mejor las toco un día dándote una patada sin querer. ¿Me odiarías por eso? —inquirió desde su postura vulnerable.

Al alzar la barbilla, el flequillo oscuro se había abierto como una cortinilla, permitiéndole apreciar sus rasgos sin amenazas de eclipse. Sintió el impulso de ahuecar su rostro entre las manos, de acariciarle las mejillas ya rasuradas, de besarle el mentón.

Pero se contuvo.

—¿Por un accidente? —musitó con la voz estrangulada—. No. Mis pantorrillas te perdonarán si les haces daño, siempre y cuando no sea voluntario.

—Y... ¿las rodillas son igual de permisivas y piadosas? —inquirió con una ceja alzada, posando las manos sobre las rótulas.

Clarissa respingó al sentir el tacto de sus dedos en una zona donde nunca antes la habían tocado... O sí. En realidad, Bellingrath comenzaba ahí su exploración falda arriba. Pero, por alguna razón, no le molestó el contacto de Nile.

—Las rodillas son más quisquillosas. Dependerá del día —determinó con seguridad. Estaba empezando a adueñarse del experimento—. Los muslos son zona prohibida, igual que lo que encontrarás entre esa altura y... y lo que hay debajo de las clavículas.

Nile se incorporó casi de un salto para mirarla con una tristeza teatral.

—¿Me estás diciendo que no puedo tocar tu ombligo?

—¿Mi ombligo? ¿Para qué...?

Clarissa puso los ojos como platos cuando llegó la primera oleada de cosquillas. La sobrevino un ataque de risa tal que no tuvo en cuenta que estaba tocándola en los costados, en el vientre; en una parte que jamás había recibido atención, pero que hasta ese momento había pensado que odiaría poner al alcance de los hombres.

—¡Basta! —se reía Clarissa.

Logró agarrarlo por las muñecas, pero solo fue fácil porque él se había detenido en cuanto oyó el grito.

Clarissa respiraba con dificultad después de las carcajadas. Parecían haber contagiado a Nile, porque a él también le brillaban los ojos.

—¿Y las muñecas? —Señaló con la barbilla el punto por el que Clarissa lo estaba sujetando —. Las había olvidado. Las articulaciones, en general. ¿Qué hay de los codos?

—Me gustan mis codos —reconoció con regocijo—. Pueden hacer mucho daño.

—¡Milady! —se escandalizó con voz aguda. Clarissa se echó a reír. No lo soltó, y él tampoco luchó por librarse de su amarre. Se sostuvieron la mirada, sin saber que sonreían—. ¿Y la espalda? —preguntó en voz baja, avanzando un paso—. ¿Puedo acariciarte la espalda?

Clarissa no supo si fue por el tono que empleó, entre dulce y sugerente, o porque el centelleo secreto de sus ojos la había desarmado, pero dejó caer las manos, ofreciéndole su cuerpo para la exploración.

Nile vigiló su semblante mientras pudo, justo antes de rodearla y situarse en su retaguardia. Al no ver qué hacía, Clarissa se sintió desamparada y estuvo a punto de girarse, pero se reprimió para no decepcionarlo con un ataque de inseguridad. Cerró los ojos y se concentró en la sensación de tenerlo tan cerca, en las oleadas de aliento conocido que le llegaban a la nuca como una brisa lejana.

Los dedos de Nile retiraron la melena semirrecogida para rozar los vellos más cortos del nacimiento, aquella uve de cabello rubio que se erizaba a la menor tentativa. Le rodeó los omoplatos con las manos y descendió por la columna en una caricia larga que la hizo estremecer.

Le dio la impresión de que Nile se acercaba un poco más, y así fue: pronto notó la tierna presión de sus labios en el hombro, sobre la tela del vestido. Una de sus manos siguió trazando líneas ondulantes sobre la piel del escote trasero. El dorso de la otra recorrió la longitud de su brazo hasta ponerle el vello de punta.

Clarissa notó que el pulso se le aceleraba de forma absurda. No sabía si era una buena o una mala señal, solo que sentía la suficiente curiosidad para permanecer en el sitio.

—Pensaba que íbamos a... conocernos de otra manera —susurró ella.

—¿Te molesto?

Su propia respuesta le sorprendió:

—No.

—Bien. Sigo dispuesto a conocerte de todas las maneras posibles —le aseguró Nile en voz baja. La tomó de la muñeca y la guio al hombro femenino, cerca de donde él seguía posando los labios—, pero tiendo a demostrar mi afecto a través de la piel. Perdóname, Clarissa —susurró antes de besarla entre los dedos, en los nudillos y la cara exterior de la muñeca. Solo se detuvo para suspirar sobre el semicírculo de piel que el corte del vestido dejaba a la vista, esa reducida parte de la espalda donde campaban los lunares. También la besó ahí, entre los omoplatos y justo en el hueso en el que terminaba la columna y comenzaba el cuello—. Perdóname por desearte tanto.

Cuando Clarissa emitió un jadeo entrecortado, Nile la abrazó. Sintió que la arropaba por el vientre y solo pegaba el pecho a su espalda, dejando el resto de su cuerpo sin el consuelo de su calor.

—¿Y tu pelo? —le preguntó cerca del oído—. ¿Me dejarías acariciar tu pelo?

Ella se limitó a asentir con la cabeza. Las palabras se habían esfumado de su vocabulario, dejándola a merced del lenguaje más arcaico.

Nile llevó las manos al sencillo moño que le despejaba el rostro. Fue tirando las agujas al suelo una a una. Antes de que hubiera acabado, la indómita melena ya se había soltado sobre los hombros.

Sintió que él hundía los dedos y lo peinaba con lentitud, con cuidado de no tirar de su cuero cabelludo, que de todas maneras atendía con la otra mano. Clarissa jadeó, entregada al masaje de sus dedos. La relajación fue cerrándole los ojos.

Al comprender, esperanzada, que podría quedarse dormida entre sus brazos, se dio la vuelta y buscó su mirada oscurecida.

Nile no apartó la mano de su cabellera. Enredó algunos mechones entre sus dedos y jugó con ellos, perdido en la contemplación del rostro iluminado de Clarissa, que le dejaba hacer con los labios entreabiertos. Con la mano contraria, Nile rozó la comisura de su boca y recorrió el contorno sin apenas pestañear, como si estuviera en un sueño. Fue Clarissa la que, siguiendo un impulso basado en la curiosidad y en el anhelo, en la desesperación por una cura para su mal, se puso de puntillas y alzó la barbilla pidiendo el beso.

Un beso que no se hizo de rogar.

Llegó con una dulzura que le retorció el estómago y le abandonó el corazón a las llamas.

Clarissa ahuecó el rostro de él con las manos y devolvió los envites de su lengua con una paciencia impostada. Su mayor enemiga en ese momento era la premura; deseaba permanecer en aquella postura tanto tiempo como necesitara para averiguar qué sentía, pero paladear su sabor, su olor, su tacto, la estaba desesperando. Le hacía querer más.

—Si te dijera que te detuvieras... —musitó contra sus labios, con los ojos aún cerrados—, ¿lo harías?

—Lo haría —le aseguró él, bajando también el tono. Que se acoplara incluso a la forma de su voz le pareció una muestra de que estaba aprendiendo a estar en sintonía con ella—. ¿Quieres que lo haga?

—No. Bésame. Pero solo eso.

Y obedeció. Entre caricias a su melena y a su rostro, enrojecido por la pasión y los nervios que empezaban a desbordarla, Nile siguió besándola con absoluta dedicación. Besos más breves o más largos, besos más precipitados y sensuales frente a los besos más castos y entregados. Clarissa descubrió todo un repertorio de experiencias, a cada cual más deliciosa. Permitió incluso que la tomara de la mano y la llevara hacia el sillón del despacho. Él se puso cómodo, y ella, aunque no pudo ni quiso sentarse sobre su regazo, sí lo hizo a su lado y colocó los pies al otro extremo de sus muslos, permaneciendo en contacto de un modo más inocente.

Le gustó que la tomara de la cintura y la apretara con suavidad, que le pellizcara la barbilla y le hablara para asegurarse de que no estaba obedeciendo, de que lo hacía porque quería. Tanto quería, que el calor se fue apoderando de ella hasta que se sorprendió moviéndose hacia Nile con cierta incomodidad, como si necesitara ir más allá. Y aun aterrándole lo que había detrás de ese «más allá», atendió los ardores de su cuerpo y se sentó a horcajadas sobre él.

Era una postura que nunca había probado. Una postura de dominación absoluta que la empoderó, haciéndole olvidar lo que significaba la tensión del miembro que notó contra su sexo.

La mirada vidriosa de deseo de él se encontró con la de ella, que nadaba en la incomprensión hacia sus anhelos; anhelos de los que le hizo partícipe moviendo las caderas sobre su erección.

—¿Por qué... por qué... —musitó, entrecortada— me gusta tanto?

Nile la tomó de la barbilla para no perder de vista su expresión. Abriendo la boca, ella facilitó que él acariciara su labio inferior con el pulgar.

—¿Porque soy atractivo?

Era más que eso. Era la combinación de su manera de tratarla cuando el deseo le abrumaba, con gentileza y a la vez pasión; su olor, el tacto de su piel, la textura de su cabello, la temperatura de su cuerpo y de su aliento, la suavidad de la ropa que llevaba y el vello que salpicaba su pecho... Todo en él era demoledoramente atrayente, una razón para volverse loca. Si no hubiera perdido la cabeza, no habría atrapado su pulgar entre los dientes y lo habría chupado, ansiosa por probar más partes de su cuerpo. Nile observó el gesto sugerente con la mirada oscurecida, y cuando Clarissa lo soltó, replicó su movimiento: se llevó el dedo húmedo de su saliva a la boca y lo succionó suavemente sin quitarle la vista de encima. Aquella provocación le quemó en el estómago, y no vaciló al inclinarse para ir al encuentro de su lengua con un beso sucio y desesperado.

Fue Nile quien giró la cara de pronto, humedeciéndose los labios hinchados, y la soltó para acomodarse la camisa arrugada.

—Clarissa, yo... —Se pasó una mano por la frente perlada de sudor, y le lanzó una mirada abrasadora con la que tuvo la certeza de que podría devorarla—. Si no quieres que exceda los límites y te toque donde no debo, tienes que marcharte. Confío en mi autocontrol, pero temo asustarte si... —masculló una imprecación y la tomó por la cintura para apartarla y levantarse—. Prefiero no saber cómo reaccionarías si tuviera un maldito orgasmo delante de ti. No quiero que vuelvas a pensar que soy un... depravado.

—No pienso nada de eso sobre ti —le dijo ella en cuanto encontró las palabras, aún sentada sobre el diván. No fue consciente de la expresión de abandono que se le quedó cuando él la soltó —, pero... sí, será mejor que me vaya a la cama. O sea, al dormitorio. ¡A mi habitación! —exclamó, pensando que aquella era la palabra menos sugerente—. Buenas... buenas noches.

Se puso en pie con dificultad y pasó por el lado del tembloroso Nile para dirigirse hacia la puerta.

No imaginó que la detendría tomándola de la mano.

Por un momento, temió que hubiese cambiado de opinión y la acorralara para llevar esta vez él la voz cantante, y que la magia de la última media hora se desvaneciera.

Sus miedos se desvanecieron al toparse con su mirada abisal.

—Clarissa —dijo en voz muy baja, pero sintiendo cada palabra—. Si me quieres... por Dios te juro que seré todo tuyo.

Capítulo 21

Clarissa no consiguió pegar ojo aquella noche. Estaba tan excitada por lo ocurrido en el despacho de Nile que no podía dejar de preguntarse si hizo lo correcto al cerrarle la puerta sin pararse a intentarlo. A fin de cuentas, ella era la primera interesada en superar sus miedos, y empezaba a sospechar que su marido podría ayudarla si se sinceraba.

¿Quién, si no? La experiencia le decía que ningún otro hombre se mostraría tan paciente y respetuoso como él, ninguno lograría frenar a tiempo, ninguno permitiría que su orgullo de noble y las circunstancias del nacimiento de su primogénito se pusieran en entredicho. Y Nile estaba dispuesto a sacrificar todo aquello por lo que Clarissa lo conocía —su arrogancia, su dignidad— para hacerla sentir cómoda en su casa. Tanto así que, a pesar de estar en contra de la decisión que Clarissa tomó con respecto a la mujer con la que habría de engendrar su heredero, fue con ella con quien lo encontró al bajar las escaleras esa mañana.

Había olvidado que la señorita Peterson los visitaría al día siguiente. Clarissa había concertado con ella la segunda cita a primera hora, a fin de interceptar a Nile antes de que desapareciera para atender sus labores matinales. Como se había despertado después de la hora de la citación, él se había encargado de recibirla.

Al verlos pasear juntos por el jardín delantero, la embargó una sensación que no le era del todo desconocida, pero a la que tendría que sacarle el polvo para poner nombre.

No se había equivocado al elegir a la señorita Peterson. El contraste entre los dos le recordaba a la pareja que un día formaron Nile y Rebecca: él tan moreno y esbelto, y ella de estatura más bien reducida, con el cabello trigueño recogido en un moño sencillo.

Clarissa sintió que viajaba atrás en el tiempo y volvía a ser la joven con el corazón podrido de rencor y de envidia que tenía que conformarse con admirar a Nile desde el otro extremo del cristal.

Sí, lo había odiado por su detestable manera de dirigirse a ella, porque la obligó a guardar el secreto de su beso robado y a actuar como si la noche que se conocieron nunca hubiera existido. Pero, antes de eso, se lamentó en secreto porque el hombre que la fascinó no estuviera disponible.

Recordaba haberse sentado en el sillón más cercano a la ventana que daba al jardín de Arlington Abbey y haber dedicado horas a lanzar vistazos anhelantes a la pareja, preguntándose qué habría pasado si ella hubiera llegado antes; si Rebecca Wargrave no hubiera existido.

Algo parecido la carcomió cuando Nile y la señorita Peterson tomaron asiento en uno de los bancos de piedra y se echaron a reír a la vez.

Clarissa sintió que la sangre huía de su rostro y se le concentraba en los pies, manteniéndola anclada al suelo. Frente al malestar de asimilar una estampa desagradable, prevaleció la incomprensión. ¿Cuál era su problema? ¿Por qué estaba angustiada? ¡Lo había rechazado! ¡Le había arrojado a los brazos de otra mujer! ¡Ella tomó esa decisión, no él! No tenía derecho a cambiar de opinión solo porque dos noches hubieran prendido una débil llama de esperanza.

No la suficiente para salir al jardín y anunciarle a la señorita Peterson que no se requerirían sus servicios, sin embargo.

No supo cuánto rato pasó vigilándolos con el alma en vilo, víctima de pensamientos a cada cuál más cruel: ¿se atreverían a besarse allí, delante de ella? ¿La invitaría a pasar acto seguido,

ahora que había quedado claro que se sentía atraído por la muchacha? ¿Tendría que estar Clarissa al corriente de lo que sucedía en el preciso instante en el que sucediera?

¿Podría soportar los detalles?

Al cabo de tres cuartos de hora, perdió de vista a la pareja y oyó los pasos seguros de Nile ahuyentando la calma del pasillo. Clarissa se envaró, como si se preparara para abroncarlo por una gamberrada, pero se desinfló en cuanto lo reconoció bajo el umbral.

Cada día estaba más y más repuesto de las secuelas que la gripe le había dejado. Aún le interrumpía una tos débil, pero el cansancio se había batido en retirada para devolverle al hombre orgulloso su esbeltez y su arrebatadora apostura.

¿Cómo era posible que, conforme más lo miraba, más atractivo le pareciera?

—Aquí estás. Parece que se te han pegado las sábanas. —Entró con naturalidad y rescató la tetera del servicio para servirse una taza. La acercó a la nariz para comprobar que aún humeaba y le dio un sorbo—. He conocido a la señorita Peterson —anunció de buen humor—. Debo admitir que has hecho un gran trabajo. Tienes muy buen ojo. ¿Será que las maestras de la escuela te contagiaron su talento para ejercer de carabina?

—Será —logró articular Clarissa, esforzándose por sonreír.

Había determinado que no tenía derecho a manifestar su incomodidad. En parte se debía a que no confiaba en mantener una promesa de reconciliación. Esa mañana se había levantado con la ilusión de un nuevo día, Bellingrath apenas había atormentado sus pensamientos, pero ¿quién le aseguraba que al día siguiente no volvería el que ella entendía como su estado natural?

No podía volverlo loco con su indecisión. Ante todo, un matrimonio requería cierto orden. Si los tumultuosos sentimientos de Clarissa no podían estar a la altura, habría de lidiar con ellos en privado.

—¿Habéis...? —Se aclaró la voz con un carraspeo—. ¿Habéis concertado la siguiente cita? ¿Le has... comentado lo que necesitas de ella?

—Ajá. La señorita Peterson es muy discreta, honrada y tiene escasos escrúpulos en lo que a la maternidad se refiere. Decidió en su juventud que no engendraría hijos porque no siente el menor aprecio por las criaturas vulnerables. Me pareció sincera cuando lo dijo —apostilló. Tomó asiento enfrente de Clarissa, sujetando la taza de té por el borde—. Todo apunta a que no se presentará un día a las puertas de Bloom’s Park para exigir que le devuelvan al niño.

—¿Y dinero? ¿Exigiría dinero?

—Tampoco. Con la cantidad que le he prometido, dice, podría vivir cómodamente durante el resto de su vida. Nació en Gales y vino al sur de Inglaterra porque sería más fácil encontrar un trabajo bien remunerado, o eso pensaba, pero le encantaría regresar a su tierra natal. Me ha prometido mudarse en cuanto dé a luz al heredero.

—¿Y si el parto se complica y la señorita Peterson no vive para contarlo? —preguntó de golpe Clarissa. Nile bajó la taza, que había acercado a sus labios, y la miró con curiosidad. Ella empezó a ponerse nerviosa y fingió retirar una pelusilla invisible de la falda—. Quiero decir... Debemos barajar esa contingencia. No sería la primera mujer que no llega a conocer a su retoño, y yo no querría seguir adelante con cargos de conciencia.

»Además, ¿hay alguien que pueda responder por ella?, ¿que cogiera el dinero en el peor de los casos? A lo mejor tiene un hermano que la adora y que, al enterarse de nuestros objetivos, se propone arruinar nuestra reputación para reclamar a su sobrino.

—Su familia entera reside en Gales —la tranquilizó con una serenidad descorazonadora, como si nada ni nadie pudiera hacerle cambiar de opinión—. No habría manera de que lo descubrieran. Y si le sucediera algo a la señorita Peterson, me encargaría de mantener a sus

padres y a sus hermanos, para los que fundamentalmente necesita el dinero.

—¿Crees que habría aceptado si no hubiera una fortuna involucrada?

Sus fútiles esfuerzos por disuadirlo la estaban avergonzando. Denotaban una bochornosa debilidad de carácter. Él no parecía darse cuenta, sin embargo.

—De hecho —dijo Nile, cruzándose de piernas con elegancia—, me ha dado a entender que no es pura, que fue la querida de un hombre durante años y no solo conoce la mecánica del sexo, sino que la encuentra irresistible.

—No lo preguntaba con respecto a su experiencia en el lecho, sino a... —carraspeó—. Di por hecho que cualquier incauta se prestaría a la tarea con tal de gozar de una buena posición económica. Pero, poniéndome en tu lugar, ¿no te genera un fuerte conflicto moral saber que quizá no se sienta atraída por ti?, ¿que, en cualquier otra circunstancia, no se acercaría de buen grado?

No le extrañó que la expresión afable de Nile se agriara. Clarissa se había expresado de una manera muy pobre, insinuando que era un hombre indeseable.

Esta vez no había sido su intención, y trató de aclararlo, pero él se le adelantó.

—Quizá te sorprenda saber que las mujeres suelen encontrarme atractivo —contestó sin rencor, tan solo señalando un hecho. Pero en la neutralidad de su tono creyó entrever un fondo de decepción—. Hay otras muchas que preferirían la guillotina a que las rozara con un dedo, por supuesto —prosiguió—. Afortunadamente, la señorita Peterson me ha confirmado que forma parte del primer grupo. Eso facilitará el propósito.

—Sé que eres atractivo —balbuceó Clarissa. No lo había planeado. Las palabras salieron a borbotones de sus labios, captando la atención de un Nile que ya había decidido desentenderse de la charla—. No pretendía cuestionarlo, yo... yo... —Se miró las manos entrelazadas—. Solo pretendía establecer que, ahora que te conozco y me consta que te preocupan el consentimiento y el bienestar de tu compañera, me sabría mal ponerte en la situación de sentirte... un depravado —añadió con un hilo de voz, referenciando el término que él mismo había usado la noche anterior —. Sobre todo cuando no es necesario porque, como muy bien has dicho, hay mujeres que de muy buen grado te acompañarían a tu alcoba.

Clarissa alzó la mirada con la esperanza de que captara el mensaje. No podía proclamar su disconformidad a los cuatro vientos, pero se la había puesto en bandeja.

Más relajado con la aclaración, Nile le ofreció una sonrisa de consuelo.

—Entiendo que te asalten las dudas. La inminencia de un plan a punto de materializarse siempre aviva los nervios. Pero no te preocupes por mí —la apaciguó en tono condescendiente —. La señorita Peterson y yo sabremos desenvolvernos. Te daremos lo que quieres.

«¡Eso no es lo que quiero!», quiso gritar. Pero estaría tensando la cuerda. Con su comportamiento errático de los primeros días en Bloom’s Park y sus rocambolescas propuestas de concepción había rebasado el cupo de disparates que tenía permitidos.

—Vendrá esta noche en torno a las once y media —añadió Nile, removiendo el contenido de la taza con su cucharilla—. He pensado que querrías saberlo.

—Lo que me gustaría saber es cómo has hecho las paces con la idea tan rápido. —Clarissa procuró sonar desenfadada, pero mucho se temía que estaba logrando el efecto contrario—. ¿Tanto te ha fascinado la señorita Peterson a lo largo de la mañana? ¿Una cita ha bastado para sacrificar tu conciencia?

Nile la miró a los ojos sin revelar sus pensamientos.

—En el preciso instante en que comprendí que estaba haciendo esto para complacer a mi esposa y cumplir con mi deber de marqués, me reconcilié con la idea. Dios perdona los pecados

que cometemos por el bien de aquellos a quienes deseamos la felicidad.

Clarissa no pudo contener una carcajada despectiva.

—Sacar a Dios a colación en esta tesitura me parece inapropiado, cuando no directamente blasfemo.

—Estoy de acuerdo. La iglesia promueve el matrimonio como el origen de la familia, y no contempla que los bastardos merezcan el apellido de su padre. Pero henos aquí, justo en el lugar al que has querido llevarnos —apostilló sin acritud.

—Y al que hasta hace diez minutos te habías estado resistiendo con garras y dientes —concretó ella con los puños crispados—. ¿Por qué no confiesas que lo único que te molestaba de mi propuesta era la eventualidad de que la futura madre fuera un esperpento? Era evidente que, en el momento en que la muchacha te pareciera atractiva, dejaría de ser un sacrificio morboso y se convertiría en un placer para ti.

Le asombró el rencor implícito en su reproche.

—Te recuerdo que fuiste tú quien escogió a la señorita Peterson —contestó él, mirándola con fijeza—, no yo. Y solo habría faltado que la futura madre de mi heredero fuera desagradable a la vista. Ya que pretendes que me encame con otra mujer, lo mínimo que puedes hacer por mí es buscarme a una que sea bonita.

—Y eso he hecho, por lo visto. No tienes de qué quejarte.

—Tú tampoco tienes de qué quejarte, Clarissa. ¿O es que esperas que no disfrute del proceso? —Se inclinó hacia delante, dejando la taza sobre su platillo, y apoyó los codos sobre los muslos —. Cuando sugeriste esta locura, ¿no se te pasó por la cabeza que tanto yo como la elegida podríamos divertirnos en la cama?, ¿que podríamos querer repetir?, ¿que podríamos, incluso, convertirnos en amantes? Tú estás muy segura de que lo que sucede entre doseles es una tortura, y lo respeto, pero yo sé cómo sacar provecho y me alegra que la señorita Peterson sea de la misma opinión.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que estábamos hablando? —jadeó, no tan indignada como sofocada. Se había ruborizado al imaginarlo desenvolviéndose como la noche anterior. Pero, a la vez, una garra helada le oprimió el corazón: «amantes», había dicho—. No me interesa conocer los detalles de lo que vayas a compartir con la señorita Peterson.

—No, lo que te interesa es que lo único que pueda decir al respecto es que cumplí con mi obligación, ¿me equivoco? Es de una maldad atroz que pretendieras castigarme forzándome a compartir intimidades con otra mujer. Eso es lo que da a entender que ahora te enfurezca mi disposición a cumplir el trato. Cuando me veías contrariado, insistías en salirte con la tuya, y ahora que me muestro obediente, intentas mortificarme.

—¡Eso no es cierto! —exclamó, poniéndose en pie. Cayó en la cuenta de que aquello era lo que había transmitido con su actitud desdeñosa, y reculó entre tartamudeos—. No es... no es como lo planteas.

—¿Y cómo es entonces, Clarissa? —Nile también se levantó, pero más despacio y como si no le quedaran fuerzas—. Porque estoy empezando a pensar que lo único que podría hacerte feliz es saberme miserable.

—¡No es verdad!

Quiso explicarle lo que había sentido al verlo con la señorita Peterson, sus contradictorios sentimientos con respecto a lo que entendía por el sexo y lo que había experimentado con él, tan distinto a lo que conocía. Se trabó al tratar de ponerle palabras, y lo único que se le ocurrió fue agarrar su mano cuando ya le había dado la espalda.

—No es verdad —repitió con un hilo de voz, apoyando la frente entre sus omoplatos, donde

la chaqueta formaba una arruga horizontal.

Nile no le devolvió el apretón, que de un tiempo a esa parte se había convertido en su lenguaje secreto. Clarissa esperaba que hiciera alguna mención a la noche anterior, pero se comportaba como si no hubiera existido.

Después de lanzarle una mirada que ella no supo cómo interpretar, Nile sacudió la cabeza y abandonó la estancia, dejándola con la palabra en la boca.

Capítulo 22

Nile le había dado a Clarissa la oportunidad de confesar lo que sentía. Por desgracia, la vergüenza y el miedo vencieron el impulso que vio en ella.

Mentiría si dijera que no estaba decepcionado, pero la noche era joven.

Todavía había esperanza.

—Si me permite una crítica..., creo que está arriesgándose demasiado, milord —le dijo Sally Peterson. Dejó que él la tomara de la mano para ayudarla a subir la escalera de las cocinas. Había accedido por la puerta trasera cuando el servicio ya estaba descansando—. ¿Y si su plan no surte efecto?

—En el peor de los casos, supongo que tendré que vivir con la triste certeza de que a mi esposa no le importa que me acueste con otras. —Hizo una pausa para leer la expresión de la señorita Peterson, que no se escandalizó más que cuando la puso al corriente de lo que se proponía. No le había mentido a Clarissa en un aspecto: Sally no era impresionable—. Al final va a ser cierto eso de que está usted curada de espanto.

—Si usted supiera los favores que a mí me han pedido... —suspiró. La risa brillaba en sus ojos cristalinos—. Este lo hago incluso con gusto, milord. Soy una romántica sin remedio. Me halaga poder aportar mi granito de arena para que su esposa y usted se sinceren por fin.

—Eso llevo diciéndome todo el día: que estoy poniendo a Clarissa contra las cuerdas por el bien de ambos.

—¿Ya no lo piensa?

—Sí, pero me avergüenzo de haberle explicado al detalle la que es mi situación con ella —confesó en voz baja. Estaban a punto de llegar a la escalinata principal que desembocaba en las habitaciones. Nile había dejado fuera de la conversación las teorías que se había formado sobre el rechazo de Clarissa hacia el contacto físico, pero, aun así, se sentía culpable por haber desvelado su delicada realidad—. Confío en que no se lo dirá jamás. Ni a ella, ni a ningún conocido.

—Por lo que me ha pagado y lo poco que tengo que hacer, puede estar seguro de que no le defraudaré —determinó con una sonrisa pacificadora—. De todos modos, y si me permite la indiscreción... ¿Cree que es necesario llegar hasta este punto para que milady reaccione?

—No tengo ni la menor idea, señorita Peterson. Pero he de intentarlo para salir de dudas.

Nile estaba convencido de que Clarissa había cambiado de opinión con respecto al pacto inicial. Ella no podía saberlo porque no se veía, pero era tan expresiva que, nada más entrar en el salón, él había reconocido el brillo de los celos en sus ojos vivos. Nile había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no arrodillarse a sus pies y pedirle que se lo dijera, que, por favor, pronunciara las palabras que lo liberarían de su responsabilidad. Se frenó porque temía que su atrevimiento le costara la confianza adquirida; porque sabía que Clarissa acabaría cediendo ante el miedo que le suscitaban sus propios deseos.

Era un miedo de la misma familia que el que asombraba a Nile: el de estar completamente a merced de sus sentimientos, sentimientos nuevos y desgarradores que habían puesto en jaque su cordura.

Jamás se había tomado tantas molestias por nadie. Y ni siquiera eran molestias más allá de que a punto había estado de perder los papeles en varias ocasiones, de que le costaba conciliar el

sueño y de que su obsesión con Clarissa estaba alcanzando cotas insospechadas, impidiéndole pensar en nada más. No lo eran del todo porque, cuando ella le sonreía con timidez, se sentía el hombre más poderoso del mundo.

—¿No se enfadará con usted por haberle tendido una trampa? —preguntó la señorita Peterson en voz baja, ya en el pasillo de la planta superior. Nile lanzó una mirada furtiva al dormitorio de Clarissa. Tenía la puerta entornada, un detalle significativo que le robó una sonrisita de satisfacción—. Si yo fuera ella, me sentiría manipulada.

—En los últimos días, me he dado cuenta de que ceder a sus deseos sin oponer resistencia funciona en algunos casos, pero en otros solo empeora la situación. Se acomoda en sus miedos porque es lo que le resulta familiar, y no se permite asomar la cabeza. Solo pincharla saca el fuerte coraje que lleva dentro.

—Me fío de usted, que seguro que la conoce mejor. —Sally se encogió de hombros.

No mucho mejor, pensó Nile, pero estaba encaminado a comprenderla, y cada descubrimiento que hacía le llenaba de un inexplicable regocijo.

Solía detestar a las mujeres que se pavoneaban delante de él con aires de misterio, a fin de parecer más interesantes de lo que eran. Cuando Nile ya se había citado con ellas en un par de ocasiones, reparaba en que aquello era pura fachada y se sentía estafado.

Con Clarissa no era así. Sabía que Clarissa no se escondía por gusto, sino por necesidad, y más que sentir curiosidad por sus secretos, Nile albergaba la esperanza de ayudarla.

Y él nunca había sido un hombre altruista.

Invitó a pasar a la señorita Peterson a su dormitorio. Procuró hacer el suficiente ruido para que Clarissa, descansando en la habitación vecina, supiera que el pacto estaba a punto de consumarse.

Enseguida supo que no habría hecho falta que armara un escándalo. Siguiendo a Sally, Nile iba a internarse en su alcoba cuando se percató de que la puerta colindante se abría lo suficiente para que Clarissa observara por una rendija.

Fingió que no se daba cuenta y se adentró en su habitación.

—¿Y bien? —inquirió Sally, mirando a su alrededor sin demasiado interés. Nile se había inventado la historia del amante de la señorita Peterson, pero en vista de su disposición a ayudar en empresas descabelladas como aquella y su falta de escrúpulo al encontrarse en la alcoba de un marqués, no le cupo la menor duda de que había acertado: había conocido el amor—. ¿Qué hago ahora?

—Marcharse, claro está. —Nile se dirigió a la puerta que conectaba con la salita donde solía asearse—. Esa puerta la llevará a una habitación vacía, donde encontrará las escaleras que conducen al sótano.

Sally se quedó de una pieza.

—¿No quiere que le ayude a saltar en la cama? ¿Ni siquiera que gima en voz alta?

—Creo que estaría cruzando un límite infranqueable, señorita Peterson. Quiero poner a prueba a mi mujer, no torturarla emocionalmente.

—Eso le honra, milord —se rio ella, encantada.

—El dinero que le prometí está en las cocinas, debajo de un tarro de mermelada junto a la repisa de la salida trasera.

—Estupendo. —Sally le hizo una divertida reverencia—. Ha sido un placer no acostarme con usted.

Nile se carcajeó y la despidió con una venia igual de cómica en su teatralidad.

En cuanto la muchacha desapareció, suspiró en voz alta y puso los brazos en jarras,

preguntándose qué hacer a continuación. ¿Tumbarse a leer? Cualquiera cosa era mejor que sentarse a esperar con el alma en vilo.

Le habría extrañado que Clarissa se hubiera personado en la habitación para pedirle que no siguiera adelante. Por eso, cuando fue a salir en busca de una novela que le hiciera la noche llevadera, le sorprendió pillarla caminando de un lado a otro en el pasillo, como si no supiera de qué manera proceder. Llevaba el camisón puesto, y se abrazaba con el cuerpo en tensión al chal desgastado que, junto con el resto de sus pertenencias, le habían mandado desde Arlington Abbey.

Bastó con oír el chirrido de las bisagras y los pasos de Nile para, con el rostro demudado, concluir que lo mejor sería refugiarse en su alcoba. Y eso hizo, corretear como una niña traviesa para ponerse a salvo de su juicio.

Trató de contener la risa en señal de respeto. No estaría siendo una situación agradable para ella.

—¿Clarissa? —preguntó en voz alta, aún con el pomo de la puerta en la mano. Esperó con paciencia a que encontrara la manera de reaparecer sin que la vergüenza la paralizara—. Clarissa, ¿estás ahí?

La muchacha abrió del todo la puerta de su dormitorio y se asomó con el rostro enrojecido por el bochorno. Aún con la cabeza gacha, se atrevió a dar un único paso hacia el corredor sumido en la penumbra. Cuando Nile estaba a punto de abalanzarse sobre ella, arrebatado de ternura, Clarissa alzó la barbilla con la esperanza de parecer segura de sí misma.

—No quiero que lo hagas —balbuceó atropelladamente—. A lo mejor llego tarde y ya habéis... ya habéis terminado, pero, si no es así, por favor, detente. Dile que se vaya —exigió con debilidad. Al percatarse de su propio tono demandante, se corrigió encogiéndose sobre sí misma —. O dile que... dile que se quede, pero que no va a pasar lo que ella pensaba que sucedería. Sé que no tengo derecho a enloquecerte con mis cambios de opinión, y aceptaré los reproches que desees referirme porque haya decidido truncar una noche que preveías... excitante, pero soy... — Apretó los puños. En el gesto pareció encontrar la valentía—. Soy tu mujer, tu esposa, y creo que tengo privilegios de los que la señorita Peterson no debería gozar. Privilegios de los que puedo echar mano ahora mismo si lo deseo, y tú... No es que tú tengas que obedecerme, pero se supone que sientes algo por mí, ¿no? Se supone que te sientes... atraído, y por eso querías a una mujer que se me pareciera, por eso...

—Ya basta, Clarissa —la cortó él con dulzura—. Lo he entendido.

—¡No, no lo has entendido! —le ladró con lágrimas en los ojos—. Yo no quiero que interpretes esto como que... No quiero que pienses que estoy preparada, que puedo meterme ahora mismo bajo las sábanas de tu cama y dejar que me hagas lo que quieras. Es decir... puedo hacerlo, puedo dejarme, pero no voy a disfrutarlo. Lo que pasa es que siento... siento que, con el tiempo, y si nos tomamos la intimidad como un reto ante el que ser pacientes, tú y yo podremos... beneficiarnos de un matrimonio convencional, uno como el que tuvieron tus padres.

»Cuando me besas, yo... —Se apretó el puño contra el pecho, arrugando los volantes del camisón. Clavó la mirada en el suelo—. Mentí cuando dije que no me sentía atraída y que... que no me gustó lo suficiente como para intentar complacerte. Complacernos. Mentí porque me asustaba la intensidad de mis emociones, y lo que podría suceder si te abría la puerta, si... Pero yo... —Se le escapó una lágrima de incredulidad. Él la pudo ver con claridad cuando alzó la barbilla para enfrentarlo—. Nunca pensé que podría desear a un hombre, pero siempre supe que, si el milagro tenía lugar algún día, sería contigo.

Nile no logró contener a tiempo una sonrisa de alivio. Salvó el espacio que los separaba y

tomó su rostro entre las manos con inusitada delicadeza. Se inclinó para besarla en los labios, húmedos y aterciopelados por las lágrimas que allí habían ido a desembocar. Nile no ahondó en el beso y se limitó a rozar su boca muy despacio, preparándola con calma para aceptar su cercanía.

Clarissa se fue relajando, consciente ahora de que no caería sobre ella una lluvia de reproches. Al final suspiró contra los labios de Nile, y le rodeó la cintura con los brazos temblorosos. Enterró la mejilla en el pecho donde ahora latía un corazón esperanzado, luchando por huir de sí misma. El contraste entre su enternecedora fragilidad y la fortaleza de carácter que había demostrado expresando sus necesidades le conmovió.

—¿Quieres venir a dormir conmigo? —preguntó él en voz baja—. Solo dormir, te lo prometo. Como mucho, te robaré un beso.

No solo cedió, sino que se plegó a su costado como si temiera que Nile cambiara de opinión. Se aferró a su mano igual que una niña que acabara de despertar de una pesadilla. Él la estrechó con cariño y la condujo a su dormitorio, a tan solo una puerta de distancia, pensando en lo sumamente delicada y preciosa que era la mujer que pronto tendría entre sus brazos. Y no solo eso, sino también valiente. Valiente de un modo que él aún no podía comprender, pues no sabía a qué se estaba enfrentando. Solo que esa nada misteriosa la aterraba, y, a su manera, había estado peleando contra ella cada día.

Nile se encargaría de premiarla por haber luchado contra su indecisión y haber salido victoriosa.

En cuanto estuvieron a solas, Clarissa miró a un lado y al otro, confundida.

—¿Dónde está la señorita Peterson? Juraría haberla oído en el pasillo hace un rato. Incluso he escuchado vuestras carcajadas —añadió, procurando moderar sus celos.

Nile copió su gesto desorientado de buscarla en la habitación, como si pudiera encontrarla escondida tras las cortinas, y se encogió de hombros con los brazos en jarras.

—Me imagino que estará volviendo a su casa —comentó con naturalidad.

Clarissa separó los labios para hablar, pero la contrariedad la dejó boqueando unos instantes.

—¿La...? ¿La habías invitado a marcharse antes de salir a hablar conmigo?

—Ajá.

La joven se abrazó los hombros con aspecto desamparado. Parecía concentrada en sacar una conclusión rápida. Era en momentos como aquel, en los que demostraba una inexplicable inocencia, como si no pudiera concebir que la eligieran sobre las demás, cuando Nile se debatía entre el arrebato de ternura y la soberana incomprensión.

No solo había sido y seguía siendo deseada, sino que había participado en ese deseo con su antiguo prometido. Con él, también. ¿No debería estar acostumbrada a que los hombres llegaran a límites disparatados para tenerla?

—¿Por qué? —inquirió sin voz.

—Porque creía... creo que entre tú y yo hay esperanza, Clarissa —reconoció, aún sujetando su mano—. Desde que me devolviste el beso aquel día, he vivido bajo la impresión de que no estoy loco por aspirar a un matrimonio real. No solo en lo que a la intimidad respecta, a la que ya has demostrado responder favorablemente y que te aseguro que ha dejado de ser mi prioridad —se apresuró a aclarar con las palmas en alto—, sino porque no somos tan distintos.

Fue como si no hubiera escuchado ni media palabra después de oír su nombre.

Sacudió la cabeza, aturdida.

—Y si tenías esa sensación desde el primer beso, ¿por qué...? ¿Por qué me has dejado pensar que seguirías adelante con la señorita Peterson?

—Porque no quería ser yo quien te repitiera lo que siente una vez más. No podía correr el riesgo de ahuyentarte, y un hombre también necesita reafirmación —confesó con una sonrisa humilde—. Tenías que ser tú la que me detuviera. Admítelo, Clarissa —insistió, dispuesto a convencerla de que había hecho lo correcto. Había reconocido en su expresión de animalillo asustadizo la decepción de haber sido manipulada, y no iba a permitir que eso la echara para atrás—. Si hubiera vulnerado nuestro acuerdo, si te hubiera negado de frente lo que querías recordándote que me deseas, me habrías echado la cruz, y ahora estaríamos de nuevo en la casilla de salida.

Clarissa agachó la cabeza, como si el mero hecho de sentirse atraída por su marido fuera de algún modo vergonzoso, o algo incluso peor: una traición a sus principios.

—¿Me has hecho pensar que pasarías la noche con la señorita Peterson para hacerme sufrir? —atinó a verbalizar con temor.

Nile suavizó su semblante, hasta el momento contraído en una mueca tensa.

—Me acabo de enterar de que te haría sufrir que pasara la noche con otra mujer, Clarissa —le dijo en voz baja, y se arriesgó a acariciarle la mejilla con los nudillos; una caricia tan ligera que ella pareció no darse cuenta, sumida como estaba en su contrariedad—. Lo que me extraña es que creyeras que lo haría. Dejé muy clara mi postura desde el principio.

Clarissa reaccionó alzando la barbilla con cautela.

—¿Y cuál es tu postura? ¿Vas a renunciar a tu heredero? Porque sigues necesitándolo, y yo no puedo garantizarte que... Estoy dispuesta a avanzar poco a poco, ver hasta dónde me lleva la curiosidad y... y la atracción, pero... eres consciente de que podría no lograrlo, ¿verdad? Podría fracasar y confinarte al otro lado de mis murallas.

—Entonces tendré que recitarte poemas de amor desde allí, esperando que te asomes entre las almenas para que veas que soy inofensivo —bromeó.

Clarissa no estaba convencida. Lejos de desesperarse con el pesimismo que parecía regir la vida de su esposa, Nile sintió que la compadecía. Él había vivido durante tantos años con la negatividad por bandera que estaría siendo injusto si no se esforzara por comprenderla a ella.

Tomó su rostro entre las manos y le acarició la nariz con la suya.

—Lo óptimo sería engendrar al legítimo heredero, pero si no sucediera, no sería el fin del mundo. El título volverá a la Corona y la reina en persona elegirá a quien lo ostente. No voy a decepcionar a nadie si no cumplo con mi deber —añadió con tristeza—. Mi familia ya no está aquí para exigirme que perpetúe la estirpe, y yo no respondo ante nadie a excepción de mis seres queridos. Decepcionar a la Cámara me importa un bledo.

—Bueno... —murmuró ella tras un rato dubitativa. Lo miró con timidez—. Ahora yo soy tu familia, ¿no? Y la familia ha de estar unida.

—¿Acabas de citar una consigna cristiana, o de verdad lo piensas?

—Eres todo lo que tengo. —Y no sonó resignada, sino con un nudo en la garganta, como si lo hubiera descubierto en ese preciso instante.

—Esas son las «buenas noches» más curiosas que me han deseado —confesó, quitándose la bata que llevaba encima y revelando una porción de pecho que dejó a Clarissa patidifusa—: ¿Te importa que duerma con el torso al descubierto? Nunca he sido un seguidor de los camisones, y el resto de mis prendas no son cómodas que se diga.

—No me importa, siempre y cuando... es decir... Siempre y cuando mantengas una distancia

entre... No sé cómo me... Aunque la verdad es que nunca he sentido la piel desnuda de un hombre contra la mía, y... ¡Olvida que he dicho eso! —exclamó de pronto con voz aguda. Nile se mordió el labio para no soltar una carcajada; carcajada que de todos modos se le había atascado en la garganta al verla humedecerse los labios—. Nunca he visto a un hombre... desnudo.

—¿Nunca? —tanteó, extrañado.

Hacía un tiempo desde que estaba convencido de que con Bellingrath había llegado hasta la última demostración de afecto, pero decidió no profundizar en la sospecha por miedo a que la imagen lo persiguiera.

Prefería ignorar que Clarissa había tenido experiencias previas. Y apostaba por que ella también. Ardía en deseos de preguntarle qué le había desagradado con exactitud de su contacto con el sexo, pero se sumía en un silencio hermético en cuanto sacaba el tema, y no quería alejarla con su curiosidad. Ahora bien, no le cabía la menor duda de que la razón por la que prefería no disfrutar de la intimidad estaba relacionada con el conde. Con toda probabilidad, se habría prestado a los acercamientos de buen grado porque era su deber, pero no habría sido capaz de celebrarlos. Aún no había conocido a una mujer casada con un caballero cuarenta años mayor que se mostrara complacida con sus muestras de afecto. O, tal vez, Bellingrath no fuera muy distinto de la mayoría de su género y no se hubiese preocupado del placer de su prometida.

Muy a su pesar, Nile debía admitir que ni él mismo se había esforzado siempre por satisfacer a sus amantes. A los trece años, y solo porque el padre de Harding le espetó que iba siendo hora de que se convirtiera en un hombre, se estrenó con una prostituta. La muchacha se tendió en la cama y le invitó a hacer con ella lo que quisiera, sin tomarse el atrevimiento de dirigirle o explicarle el funcionamiento del amor físico. Algo que Nile había agradecido, sobre todo estando aún emocionalmente entumecido por la pérdida de sus padres.

Tras la experiencia, dio por hecho que el reparto de roles entre doseles era idéntico al que se veía fuera de la cama. El hombre era la fuerza, y la mujer, el sujeto pasivo; el hombre estaba en su derecho de tomar cuanto se le antojara, y la mujer debía tolerarlo.

Empezó a dudar de sus arraigadas concepciones cuando Harding, por lo general discreto a la hora de describir sus escarceos, lo sorprendió trayendo a una amante a la habitación que compartían en la universidad. Verlo involucrado en el placer de la susodicha, tanto así que parecía prendado de ella, y observar que la joven se mostraba ansiosa por repetir, le dio una nueva perspectiva del sexo. Tuvo que admitir que esta resultaba bastante más atractiva que la que aprendió de sus mayores siendo adolescente.

Adaptó su manera de relacionarse con las mujeres hasta que empezó a sentirse cómodo, pero comprendió que aún le quedaba mucho camino por recorrer en cuanto Clarissa llegó a Bloom’s Park. Solo entonces se le ocurrió mortificarse por lo equivocado que había estado desde el principio de su periplo amatorio.

—No —respondió ella, sacándolo de sus pensamientos.

—Entonces es comprensible que te preocupe compartir algunas intimidades. Parte de tus reticencias vienen del desconocimiento. Mírame. —Nile dejó la bata a un lado y extendió los brazos, exhibiéndose con sencillez. Dio una lenta vuelta sobre sí mismo—. Fíjate en lo inofensivo que soy. La desnudez nos hace vulnerables, y creo recordar que, cuando estuve enfermo, te sentiste cómoda precisamente por eso, ¿no?

Clarissa asintió con aire distraído. Con una valentía inusual, avanzó un paso y posó las manos sobre su pecho descubierto. Él procuró no respingar mientras ella deslizaba las palmas curiosas por los pezones erizados por la temperatura, por la línea que dividía la zona pectoral y que se iba difuminando conforme se acercaba al ombligo, por el vello oscuro que empezaba a brotar justo

debajo.

Algo en la concentración de Clarissa, en su objetivo de memorizar cada parte de su cuerpo y analizarla con ojo crítico le cautivó. Se sorprendió con el aliento entrecortado. Con la vista clavada en su expresión, Nile acarició un mechón de pelo que sobresalía de la trenza.

—¿Te desnudarías tú para mí? —preguntó en voz baja. Captó una sombra de temor en su mirada—. Estaremos en igualdad de condiciones, te lo prometo. Yo me desnudo para ti, tú para mí. Ninguno tendrá más poder sobre el otro.

—De acuerdo —contestó tras un rato de meditación, ruborizada—, pero quiero que tú te desnudes del todo primero. Luego... luego lo haré yo.

Nile la complació bajándose los calzones ceñidos hasta la rodilla y arrojándolos sobre la descalzadora que destacaba a los pies de la cama. Se fijó en que ella contenía la respiración al clavar la mirada en su entrepierna.

Él se encogió de hombros y, a continuación, se cruzó de brazos.

—Ya me ves. Estoy a tu merced.

—¿Y no te avergüenza? —se extrañó Clarissa.

—En absoluto. Entiendo que nos han enseñado a proteger nuestro cuerpo porque enseñarlo es una llamada al pecado y todas esas idioteces religiosas —puso los ojos en blanco—, pero yo tengo mi propia opinión. Estoy cómodo en mi piel.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —admitió con un hilo de voz.

Él se la quedó mirando un rato antes de aclarar:

—No tienes que imitarme si no lo deseas.

—No lo deseo —admitió, mortificada.

Nile le ofreció la mano con la palma apuntando hacia arriba.

—En ese caso, ya podemos irnos a dormir.

Clarissa vaciló antes de entrelazar los dedos con los suyos y dejarse escoltar hasta la cama. Era la viva imagen de la mojigatería, aferrada a los dos extremos de su chal con el puño crispado.

Nile esperó a que ella se metiera bajo las sábanas para imitarla. Clarissa lo miraba con un nudo en la garganta, pendiente de cómo se flexionaban sus músculos. Basándose en su expresión, dedujo que no le daba tanto apuro como simplemente se moría de curiosidad.

Se tendió sobre el costado y alargó un brazo hacia su rostro para acercarla a él. Clarissa agradeció con un suspiro que la besara en los labios, en las mejillas, en el mentón, en las sienes, en el nacimiento del pelo... incluso en las puntas de las orejas, territorio prohibido: un detalle que le produjo un escalofrío placentero.

Clarissa le rodeó el cuello con las manos heladas y descendió por la espalda, palpando las durezas de los tendones.

Él, sumido en su contemplación, estuvo a punto de preguntarle sin rodeos por qué sentía ese desprecio hacia el sexo. Era habitual que las mujeres no lograran disfrutarlo. En cuanto las casadas engendraban al heredero, le echaban la llave a la puerta de su alcoba y no volvían a recibir varón. Pero Clarissa no era así. No le asqueaba, como tanto le había costado entender, sino que le daba miedo.

¿Sería posible que Bellingrath hubiera sido violento? No lo había barajado porque, de haber sido así, estaba seguro de que no habría guardado el secreto. Se lo habría comunicado a sus padres, a sus amistades y a sus maestras. Incluso habría puesto al conde en su sitio, como tenía por costumbre escarmentarlo a él cuando se propasaba.

Temiendo sacrificar un momento que podría no repetirse, silenció las dudas y disfrutó de sus caricias.

El roce de sus dedos y los besos cada vez más urgentes empezaron a calentarle la sangre, concentrando un núcleo de calor en la nuca y la entrepierna. Recogió las manos en dos puños para no arriesgarse a rodearla por las nalgas o rozar sus pezones enhiestos, que veía rayar la fina tela del camisón.

—¿Me dejarías probar algo? —pidió él—. Tendrías que confiar en mí.

—No sé si...

—No te voy a pedir que me dejes tocarte. Al menos, no con las manos. ¿Me darías ese voto de confianza, Clarissa? —susurró en tono persuasivo—. Si te disgusta, prometo parar.

—¿Crees que me gustará tanto como los besos?

—Espero que sí. —La guiñó un ojo—. No es muy diferente.

Retiró las sábanas hasta revelar la totalidad del cuerpo femenino, rígido por el desconocimiento. Nile no rompió el contacto visual con ella en el proceso de descender hasta los pies de la cama y subirle el dobladillo del camisón hasta las rodillas. Clarissa no se quejó, pero al ver que pretendía que flexionara las rodillas, exponiendo así su sexo, se agarró a las sábanas con los dedos crispados y abrió la boca para quejarse.

—No pasa nada —la tranquilizó él, besándola en una pantorrilla y en otra. La besó una y diez veces, dando rodeos en torno a los muslos hasta que por fin se fue relajando y él pudo acceder a la cara interna, a los confines de aquellas piernas que le volvían loco. Las recorrió con una caricia que comenzó en el empeine y desembocó en la ingle. Clarissa dio un respingo e hizo el amago de vetarle el acceso, pero Nile la detuvo con una mirada segura—. No te voy a hacer daño, Clarissa. Me crees, ¿verdad?

—No sé si hago bien —contestó tras un instante de vacilación.

Nile se conformó con la extraña afirmación y retiró el camisón hasta que apenas le cubría el pubis. Retomó los besos, esta vez en dirección ascendente: desde las rodillas hasta el triángulo de vello oscuro que, tal y como sospechó, le recibió mojado por los besos compartidos. A él mismo le dolía la entrepierna. Habían levantado entre los dos una institución con los apretones de manos y los besos en los labios, una práctica a la que Nile nunca le había dado demasiada importancia y que ahora se presentaba ante él como una fuente de placer de incalculable valor.

Clarissa respingó cuando posó la boca el corazón del pubis. La distrajo del atrevimiento prodigando una lenta caricia a la ingle que le puso los vellos de punta. Apenas la oyó jadear, sorprendida porque lo encontrara agradable, tanteó la humedad de la hendidura con la lengua.

Aunque no se quejó, Nile se detuvo un instante para explicar:

—Son besos, Clarissa. Lo que a ti te gusta. Solo que no en la boca.

Se aseguró de que su silencio ahogado era una buena señal intercambiando una mirada cargada de deseo. Clarissa seguía aferrada a las sábanas, pero esta vez por la tensión de querer anticipar lo que seguiría a continuación; más por la sospecha de que tendría que contenerse para no poner en evidencia su deleite que por preocupación, aunque dicha preocupación persistiera. Nile se tomó como algo personal la obligación de erradicarla y retomó las caricias. Separó los pliegues rosados con los dedos mientras la lengua buscaba el frunce más sensible. Cerró los ojos y la besó ahí, presionándolo delicadamente con la punta.

Clarissa intentó juntar las rodillas de nuevo, pero no por miedo. Ella misma se disuadió de luchar contra el deseo en cuanto llegaron los primeros espasmos, provocados por la estimulación de una zona y la persuasión de la lengua de Nile justo en la otra. Se preocupaba de mantenerla atendida hundiendo las uñas y rodeando los muslos con la mano libre, e intentaba no dejarse llevar más de la cuenta para no asustarla, pero pronto confirmó lo que había sospechado: Clarissa nunca había disfrutado de un experimento similar. Podía rendirse ante lo desconocido cuando era

tan embriagador. A fin de cuentas, lo que le producía rechazo era lo que sí conocía.

Y cuánto celebró él que Clarissa se entregara a sus humildes demostraciones de afecto. Nile no soportaba alejarse de ella, del olor femenino que se concentraba en su entrepierna y la humedad que le espesaba la saliva, pero se forzaba a incorporarse a cada tanto no ya para cerciorarse de que ella se retorcía, perdida en el placer, sino para verle la cara. Se había convertido en un adicto a sus expresiones de éxtasis, a su mirada vidriosa, a su adorable rubor. No se había equivocado al dar por hecho que tenerla entre sus brazos sería una experiencia única e irrepetible. La vida le estaba recompensando con creces, porque Clarissa era todo aquello con lo que había fantaseado y más. Mucho más.

No llegó a atreverse a tirarle del pelo como las más juguetonas, pero oírla gemir y ronronear como una gata lastimera le volvió loco, y le incitó a perseverar en el descubrimiento y disfrute de su intimidad. Supo que estaba a punto de llegar al clímax —y que no era un lugar que hubiera visitado con anterioridad— cuando ella balbuceó incoherencias sobre lo extraña que se sentía.

Instantes después, cuando Nile aumentó el ritmo de la fricción del pliegue central y había salivado sobre su sexo para volver a rebañarlo con fruición, Clarissa se arqueó dramáticamente, jadeando sin control. Entonces sí buscó a Nile con las manos. Lo agarró de los mechones más firmes de la cabellera y tiró lo suficiente para que se incorporara y demandar una explicación entre balbuceos.

—¿Qué me has hecho? ¿Qué...? ¿Qué ha sido eso? Oh...

—Te dije que te gustaría —dijo él.

—Y yo estaba segura de que no me... Oh —musitó con los ojos brillantes. Nile trepó sobre su cuerpo hasta tenerla acorralada entre sus brazos. Con una emoción que amenazó con desbordarlo, se percató de que Clarissa no demostraba signos de querer apartarlo. De hecho, apoyó las manos sobre su torso desnudo y musitó con timidez—: ¿Lo que he vivido ha sido una sensación accidental o incluso involuntaria, como cuando te sonrojas, o puedes hacer...? ¿Podrías lograr que sucediera otra vez?

—Tantas veces como tú quieras, y como apoteosis de mil prácticas distintas —le aseguró, inclinándose para besarla en el cuello—, pero tendrías que levantarme el veto. No puedo hacerte sentir así tan solo rozándote las orejas... O tal vez sí, pero tendrías que darme mucho tiempo. Mucho, muchísimo... —murmuró, acariciando la nariz de ella con la suya.

Temblorosa pero segura en sus movimientos, Clarissa lo rodeó con los brazos.

Pensó que ahí acabaría la conversación, y no le importó. A pesar de estar sobreexcitado, podría haberse quedado dormido por la satisfacción que experimentó al saber que no se arrepentía de su voto de confianza.

Estaba a punto de dejarse vencer por el sueño cuando oyó su voz trémula muy cerca del oído.

—Gracias, Nile.

Capítulo 23

Nile pasó la semana siguiente flotando en una nube de romanticismo.

Aquella podría haber sido su luna de miel, y no los desconcertantes días posteriores a la boda. Días que iban dejando en los confines del olvido.

Podría haber dicho que Clarissa estaba haciendo un gran esfuerzo para pasar tiempo en su compañía, pero salvo en momentos puntuales, como en los que llegaba la temida hora de desnudarse, no parecía limitarse a complacer los deseos de Nile. De hecho, fue ella la que se interesó por conocer los cultivos que se trabajaban en la finca, familiarizarse con su pasado y las historias de sus parientes lejanos, y, por qué no mencionarlo: también procuraba disimular las ansias que tenía por que llegara la noche, cuando descubría lo que su marido le tenía reservado.

Nile se desvivía por sorprenderla con prácticas originales que no implicaran la unión carnal para la que no estaba preparada. Se metían en la cama y Clarissa se prestaba a que la acariciara hasta que les ardía tanto la sangre que debían hacer algo para calmarse. Algunas veces, Nile caía en brazos de Morfeo sin haber hallado satisfacción física, pero no le preocupaba. Los progresos de Clarissa indicaban que, muy pronto, podrían tenerlo todo.

Además, dejó de preocuparse por que su esposa se mostrara distante a la mañana siguiente. Clarissa se despertaba de buen humor, si bien se andaba con pies de plomo por miedo a confiarse demasiado. Nile comprendía su cautela y se mostraba agradecido. Antes de casarse, él no le había dado ningún motivo para que se dignara siquiera a mirarlo a la cara, y ella hacía más que eso.

Un día, Nile la llevó a los campos. Mikaere los guio entre los senderos de los cultivos mientras le explicaba el proceso con pelos y señales. Interpretando como un halago la silenciosa intriga que Clarissa sentía por él, el maorí se dignó a hablar de su cultura por primera vez.

—Lo conozco desde que era niño y nunca me ha querido explicar qué son esas marcas que tiene en la cara y en el cuello —le había comentado Nile durante el paseo—. Ni siquiera tenía la menor idea de que vino a Inglaterra buscando a una mujer. Pensaba que se casó con su esposa por puro azar, porque la encontró aquí y se sintió atraído por ella.

—Supongo que confía en que no hay prejuicio por mi parte —había contestado Clarissa, caminando a su lado con las manos entrelazadas a la espalda—. En cuanto lo conocí, supe que era un hombre único. Él ha debido ver algo similar en mí.

Convencido de que ella no cogería el guante, Mikaere interrumpió la conversación para pedirle a Clarissa que le ayudara a recoger los primeros tubérculos de la remolacha. Así, además de saber qué se hacía en Bloom’s Park, podría probar la experiencia de un jornalero más.

Para sorpresa de Nile y del maorí, Clarissa se mostró entusiasmada. Aceptó el sombrero de ala ancha que uno de los capataces le prestó y se recogió las faldas, de un desafortunado celeste con tendencia a mancharse, para adentrarse con naturalidad en los campos de cultivo.

En otra ocasión, Nile le ofreció dar un paseo a caballo hasta la cala más próxima.

—¿No se supone que te gusta tan poco la equitación como a mí? —le preguntó ella, descansando su lectura sobre el regazo.

Ambos se habían comprometido a leer a la vez las mismas novelas. Ponían un máximo de capítulos diarios para terminar al compás y compartir más adelante sus impresiones.

Clarissa ya había demostrado que era incapaz de seguir el orden predeterminado. Como

lectora voraz que era, adelantaba a Nile incluso si empezaban en la misma página, y se percataba de sutilezas del texto que a él se le pasaban por alto.

Hasta la sugerencia de la carrera a caballo, habían estado discutiendo sobre cómo cada uno percibía al vizconde Valmont.[4]

—Así es, pero eso no impide que podamos competir a ver cuál de los dos detesta más el ejercicio —bromeó Nile, ganándose enseguida una sonrisa cómplice. Clarissa dejó a un lado la novela y lo siguió, no por detrás ni por delante, como hasta entonces habían realizado los trayectos, sino a su altura y dándole conversación. Él la inició en esta ocasión—: ¿Sigues empecinada en que nuestro libertino vizconde acabará destruyendo a madame de Tourvel?

—Sin lugar a dudas. ¿Y tú sigues creyendo que se ha enamorado de la pobre criatura? —inquirió sin miedo a airear su condescendencia.

Nile había descubierto que cuando se trataba de poner en común opiniones intelectuales, a Clarissa le salía una graciosa vena competitiva. Estaba convencida de tener la razón, y era un deleite para los sentidos estar presente cuando la defendía a capa y espada.

—Es el encanto del libro, ¿no crees? Que el tramposo caiga en su propia trampa.

—No todos los hombres se enamoran al final de las novelas. Haber leído *Orgullo y prejuicio* ha trastocado tu raciocinio —se rio Clarissa, aunque no sin cierta amargura.

Nile se la quedó mirando mientras se dirigían a las caballerizas. No se percató de que eran observados por el servicio de la casa, que aún no daba crédito al cambio drástico en la relación de los marqueses.

Él tampoco terminaba de acostumbrarse. Había aprendido muy joven que la felicidad era pasajera, y no convenía subestimarla.

—Yo diría que es más bien al revés: en los libros siempre hay alguien que acaba enamorado, y su amor suele desafiar las convenciones sociales o al mismísimo destino. Es una forma de contrarrestar el cinismo que impera en la vida real, ¿no crees? La ficción se toma la licencia de ser más romántica de lo que cabría esperar, y lo hace a través de personajes como Valmont, que te acepto que, de llegar a ser de carne y hueso y tomar parte en la sociedad inglesa, sería una bestia irredimible.

—Lo que mencionas sobre la licencia artística es cierto, pero hasta los grandes romances de la cultura popular me dejan cierta desazón... cuando no nadando en la incredulidad —reconoció ella, pensativa—. Aunque Valmont asegure con todas las letras haberse enamorado de madame de Tourvel, me permitiré discrepar.

—¿Porque no te fías de la palabra de un caballero con su reputación de granuja?

—Porque me cuesta creer que un hombre que valora a las mujeres por los favores carnales que pueden hacerle, que solo se rinde ante el maquiavelismo y el talante seductor de la marquesa de Merteuil, se postre a los pies de una santurrona inexperta. Madame es magnífica a su manera, pero carece de los encantos que él podría encontrar atrayentes, y eso ha de hacerla invisible a sus ojos..., ¿comprendes a lo que me refiero?

—No cumple sus requisitos —resumió Nile.

—Así es. Lo mismo sucede con la señorita Bennet y el señor Darcy. Me asombra cómo el caballero se enamora de ella cuando solo le contradice. ¿No sería ese, en opinión de un rico educado en la arrogancia, el más detestable de los defectos?

—¿Qué novela has estado leyendo, mujer? ¡Si consiste precisamente en desmontar el mito de la arrogancia de Darcy!

—Es arrogante. Y orgulloso —contraatacó Clarissa—, solo que, gracias a Dios, no tanto como Lizzy le achacaba.

—De acuerdo, lo acepto. Pero ¿cómo puede extrañarte que un hombre apocado como Darcy se prende de la señorita Bennet? Es una mujer ingeniosa a la que su asignación económica le importa un ardite, que defiende unos principios, ama a sus seres queridos...

—Y no es lo bastante bonita para tentarle —le recordó con un brillo pícaro en los ojos. No era ningún misterio que defender sus argumentos le otorgaba una confianza en sí misma muy atractiva. Lo había visto y sufrido durante meses. Nile seguía sin acostumbrarse a esa Clarissa que le contradecía sin atacar sus puntos débiles—. No creo que el señor Darcy sea de los que le disculpan la mediocridad a una mujer. Pero sí, supongo que podría aceptar el aturdimiento del caballero ante la primera persona que se atreve a replicarle, y disfrazar ese asombro, esa novedad, de amor. Un amor con los días contados, en cualquier caso. Ahora bien, y esto es lo que más me anonada: ¿cómo es posible que la señorita Bennet decida que lo ama solo después de darse cuenta de que lo había prejuzgado? ¿No crees que, en realidad, la culpabilidad la confunde, haciéndole creer que alberga sentimientos por el caballero?

—Lees con el pesimismo por delante, querida —le señaló él. Ya se habían adentrado en los jardines delanteros que conducirían a las caballerizas—. Darcy es orgulloso y arrogante, y Lizzy no es tan bella como su hermana, pero ambos poseen virtudes que podrían maravillar al otro. Igual que incluso el más canalla de los hombres, como en este caso Valmont, podría ser víctima de la flecha de Cupido al reconocer en Tourvel lo que a él le falta: el virtuosismo.

—¿Lo que a él le falta? Lo que no ha corrompido aún, querrás decir.

—Mi padre decía que el amor es una iluminación sagrada, y coincido completamente.

—Si es una iluminación sagrada, cabría esperar que se presentara en su forma angelical ante los puros de espíritu, no ante «el más canalla de los hombres».

—Dios y los arcángeles no hacen distinciones. Nos aman a todos por igual, perfectos e imperfectos.

—Lo siento, Nile, pero hay hombres que son bestias tan cegadas por sus vicios que no reconocerían las bondades del amor ni aunque les acariciaran el rostro.

Aun sabiendo que era imposible dar su brazo a torcer, Nile siguió hablando por el placer de disfrutar de su conversación. Cada charla como aquella le enviaba de cabeza al recuerdo de su primer encuentro, a esas cuatro horas y media de diálogo que le hicieron consciente de su brillantez.

—Volviendo al tema que nos ocupaba... Me creo todos los casos de enamoramiento, ficticios o reales, por una sencilla razón: amar no contempla los planteamientos racionales que analizas. No se da tras una acumulación de triunfos. Acontece sin permiso. Por eso desorienta e incluso hiere, y por eso nace por las razones más peregrinas en corazones obstinados.

—Quién me iba a decir que serías tan romántico —se burló ella, rozando los dedos de él con los suyos en su camino a los establos, que ya se avistaban al horizonte—. Tal vez sea más justa con la verdad admitiendo que soy yo la que no cree en el amor. Opino que los hombres están cegados por el deseo carnal y pretenden elevar su obsesión a una categoría divina, y que las mujeres no aman; idealizan.

Aunque la conversación le dejó una extraña desazón, Nile logró sobreponerse y disfrutar tanto de la torpe cabalgada como del atardecer.

Llegaron a la cala de los confines de Bloom’s Park a tiempo para ver cómo el océano consumía la bola de fuego agonizante en la que se había convertido el sol. Tomó asiento sobre la arena con las piernas recogidas. Clarissa, a su lado, hizo lo mismo.

—Mis padres solían traerme cuando era niño —le contó, sonriendo con nostalgia—. Cada uno tenía su labor: el de mi madre era recoger caracolas, empresa en la que yo colaboraba con gusto

para luego confeccionarle un collar monstruoso. Lo peor era que ella tenía la valentía de llevarlo en público... —Sacudió la cabeza, exasperado con la testarudez de la difunta marquesa. Clarissa lo escuchaba con una sonrisa divertida, y no exenta de calidez—. «Quítate esa aberración», le exigía mi padre entre risas. Solo conseguía que mi madre se empecinara en lucirlo incluso ya lista para dormir.

»En cuanto a mi padre... Me enseñó a nadar en esta misma cala. Aprendí, y no sin dificultad. Aquí, desafiar las corrientes puede costarte la vida. El marqués me reprendía con severidad cada vez que me internaba en las aguas sin su supervisión. «Nunca le pierdas el respeto al mar», me decía. —Su expresión se ensombreció—. Siendo niño, siempre que iba a visitar su tumba, pateaba la lápida con rabia y le gritaba: «¿Quién le perdió el respeto al final? No soy yo el que está criando malvas entre la flora marina».

Clarissa alargó hacia Nile la mano que no tenía sobre la frente. Los últimos destellos del atardecer cegaban la vista.

—Siento mucho que los perdieras siendo tan joven —le dijo, entrelazando los dedos con los de él—. No me puedo ni imaginar el dolor que se siente al pasar el luto de un ser querido.

—¿Nunca has enterrado a alguien amado?

—No —guardó silencio un instante—, pero porque tampoco he experimentado esa clase de afecto puro que tú le profesabas a tu familia. Mis padres no eran tan atentos como los tuyos... Bueno, son. Aún viven. Pero es como si no lo hicieran —confesó en voz baja. Devolvió la mirada al horizonte. La luz del crepúsculo dotó sus ojos de una claridad asombrosa—. Me prometieron al primer hombre que les prometió que pagaría sus deudas. Yo siempre he sido una muchacha obediente, aquí donde me ves —sonrió con amargura, consciente del contrasentido—, y cumplí con mi parte por el bien de mis padres, que necesitaban el dinero con urgencia. Pero ellos nunca se preocuparon por mi bienestar. Ni siquiera cuando les pedí expresamente que lo hicieran.

—¿Te refieres a Bellingrath? ¿A que no querías casarte con él?

Clarissa apoyó el mentón sobre sus rodillas juntas.

—Justo a eso.

Nile arrugó el ceño, incapaz de comprender la decisión de los Simms. Tenían una hija sin dote, sin el respaldo de un linaje de renombre, pero había recibido una educación ejemplar y era la criatura más bella de toda Inglaterra. Habría encontrado un marido con las mismas credenciales que Bellingrath en su primera temporada.

En su primer día, mejor dicho.

No lo expresó en voz alta porque saltaba a la vista que Clarissa no quería hablar de ello. La joven estaba receptiva y se atrevía a tomar la iniciativa, pero la había cazado en más de una ocasión con la mirada perdida y abrazada a sí misma, como si quisiera proteger su cuerpo del contacto con el exterior.

No le convenía forzarla más de lo que ya se estaba forzando ella misma.

—No tener un vínculo con personas que sabemos a ciencia cierta que veremos morir tiene su lado positivo —se le ocurrió responder con tal de aplacarla—. Por la parte que me toca, salgo ganando. Incluso si soy un marido lamentable, no te arrepentirás de haberte casado conmigo por el simple hecho de que no puedo ser peor que tus padres.

Aunque era una broma arriesgada, Clarissa le sorprendió echándose a reír. Y más le sorprendió su propia reacción al verla suavizar la expresión y mostrarle los dientes con una sonrisa sincera. No recordaba haberla visto tan relajada jamás, y esto le encogió el corazón.

—Por esa regla de tres, yo tendría que aceptar que nunca podré mejorar la familia que tuviste

—señaló con sabiduría.

—No tienes que mejorarla. Hace tiempo que me resigné a que mi matrimonio, fuera con quien fuese, sería... diferente. ¿No ves que me prometí con Rebecca?

Clarissa enarcó una ceja.

—¿Ese ha sido un intento de hacer de menos a la señorita Wargrave?

—En absoluto. Pero la elegí a ella como esposa porque ya era parte de mi familia, no porque pretendiera conocer el amor. Eso bien lo sabes tú —murmuró él, lanzándole una mirada fugaz para confirmar que ella también recordaba su encontronazo en el jardín de la escuela, cuando le confesó que la quería como amante.

Clarissa no respondió enseguida.

—He estado torturándome por haberte privado de la felicidad conyugal. Con la señorita Wargrave, quiero decir —reconoció, aún contemplando el océano que se abría ante sí—. Has de saber que parte de mi silencio inicial y mi reticencia a dejarme ver en la casa se debía a la culpabilidad. Yo sé que no te tendí una trampa, y estaba y estoy tranquila en ese aspecto, pero por inocentes que fueran mis actos, las consecuencias te han causado dolor. A ti, a Rebeca, al honorable Harding Wargrave...

Nile le agradeció su sinceridad apretándole la mano.

—Nunca he estado enamorado de Becks, y casarme con ella no era algo que estuviera esperando con ansias..., pero la adoro —admitió con pesar—. Sus padres, el barón y la baronesa, me acogieron en su casa siempre que necesité el calor de una familia. Por eso lamento y lamentaré cada día de mi vida la casualidad que nos encontró en ese carruaje..., pero por ninguna otra razón —apostilló con intención—. Si hubiera podido explicarme, si ellos me hubiesen escuchado y no hubiera tenido que pagar mi negligencia con el destierro, incluso me alegraría que, al final, la corriente me haya traído hasta ti.

Clarissa se giró hacia él con los ojos muy abiertos.

—Debes estar de broma —jadeó, pasmada—. ¡Te he hecho la vida imposible!

Él se rio con su dramatismo.

Poco tenía que ver lo que ella hubiera hecho con lo que él había sentido desde el principio: que Clarissa siempre había sido más apropiada para el matrimonio que Rebecca. Nile creció en el seno de una pareja que se amaba, que se eligió por ese único motivo, y les prometió siendo niño que seguiría su ejemplo.

Rebecca no era una mujer a la que se hubiera imaginado amando.

Clarissa, por otro lado...

Cohibido por sus pensamientos, cambió de postura sobre la arena, estirando una pierna y apoyando el codo sobre la rodilla flexionada.

—Pero al final no nos está yendo tan mal —dijo tras un rato de silencio—. Tal vez la convivencia con Becks me hubiera resultado insoportable. Si no me hubiera enamorado de ella, Rebecca habría convertido mi vida en un infierno.

—Puedes estar tranquilo conmigo. Eso yo nunca te lo reprocharé —lo apaciguó Clarissa, mirándolo con la cabeza ladeada y una sonrisa sencilla. Se retiró un mechón suelto de la cara y lo colocó tras la oreja con un gesto tímido—. Después de todo lo que ha pasado, no se me ocurriría exigirte que me quisieras.

Nile le sostuvo la mirada tanto como ella se lo permitió; no durante el tiempo suficiente, porque Clarissa fue consciente de la dolorosa verdad que encerraban sus palabras y tuvo que apartar la vista.

A él le costó tragar saliva después de escucharla.

¿No se le ocurriría exigirle afecto porque la avergonzaba su comportamiento inicial, o por algo más? ¿Porque, quizá, ella no podría devolvérselo? ¿Porque ni siquiera sus padres la habían querido nunca y estaba acostumbrada a la soledad? ¿Porque, en sus palabras, no creía en el amor?

No era un declaración de intenciones que él debiera tomarse a la ligera.

«Pues quizá deberías exigirlo», estuvo a punto de decir, sobrevenido por la certeza de que él habría empezado a quererla ya si ella se lo hubiera permitido. «O tal vez solo debas aprender a aceptarlo, porque, llegados a este punto, pedirlo no va a ser necesario».

—Aun así, Nile —añadió Clarissa, justo cuando él empezaba a temer por sí mismo. Le regaló una sonrisa débil pero sincera—, que sepas que yo también me alegro de haberme casado contigo.

Capítulo 24

Cuando se cumplieron dos meses desde la precipitada boda entre los marqueses de Haverford, una invitación a una velada privada en la capital llegó a Bloom's Park. La escuela de señoritas organizaba un evento en Mabry's Place, y estaban deseando contar con la presencia de Clarissa.

Como antigua alumna, tenía derecho a participar en las fiestas.

—No me parece buena idea —le dijo a Nile en cuanto le comunicó las nuevas, mirándolo con aprensión—. Lo más probable es que Rebecca está allí, y tengo la sensación de que estaríamos invadiendo su... territorio.

—¿Qué tontería es esa? —se rio él, hasta el momento removiendo su café de la mañana. Se estaban acostumbrando a desayunar juntos en el comedor principal, sentados el uno al lado del otro.

—¿No te preocupa el reencuentro con Rebecca? —tanteó, contrariada—. Tal vez me equivocara al asumir que la conoces mejor que yo. Te puedo asegurar que se las apañará para humillarnos.

—Creo que los dos la conocemos muy bien, pero tú no has tratado con su lado benigno. Quiero pensar que, en todo este tiempo, Rebecca ha encajado la situación y está tan ocupada encontrando un nuevo y fabuloso marido que se ha olvidado de mí. —Y no pudo evitar que se le escapara una nota de profunda decepción al decirlo. No por lo que Clarissa imaginó al encontrarse con su mirada, sin embargo; Nile se vio en la obligación de aclararlo—: Me haría un inmenso favor si dejara de estar enamorada de mí. Me ayudaría en mi propósito de superar la culpabilidad con la que me acuesto. Pero no puedo evitar dolerme cuando pienso en que jamás volveremos a relacionarnos como antes de que se me ocurriera la estúpida idea de cortejarla.

—Reencontrarte con ella tampoco te sentará bien a ti —repuso Clarissa con preocupación. Puso una mano sobre la de él—. No tenemos por qué ir.

—Pero quieres ver a tus amigas, ¿verdad? Y debemos demostrarle al mundo que no nos avergonzamos de lo que supuestamente hicimos. Además, no creas que no conozco las políticas de la escuela. Me consta que la directora quiere cerciorarse en persona de que sus alumnas prosperan en los matrimonios que les concertaron.

—El nuestro no fue concertado.

—Pero podría decirse que se dio en el ambiente escolar.

Clarissa bufó ante su intento de broma. Jugó durante un rato más con las esquinas de la invitación y al final la dejó a un lado para dar buena cuenta de su desayuno.

Nile se había percatado de que empezaba a comer, y con muy buen apetito. Suponía una considerable mejora, sobre todo considerando que los primeros días se negaba a bajar a desayunar o a pedir que le subieran el almuerzo.

Tenía tan presentes los avances de Clarissa y el papel tan importante que habían desempeñado las señoritas Burton e Insley en el proceso que tomó la decisión por ella.

—Iremos.

—¿Qué? —inquirió Clarissa, levantando la mirada de repente. Un rubor placentero se instaló en sus mejillas, delatando el que en realidad era su deseo: reunirse con sus amigas—. Nile, no parece...

—Obedece a tu marido por una vez, criatura de Dios —se quejó él en tono bromista—. Creo

que después de dos meses encerrados, nos hemos ganado una excursión a la capital.

—Muy bien. Pero si ocurre alguna desgracia, no me hago responsable.

—Ni yo tampoco —se burló—, porque te aseguro que no seré yo el que no sepa comportarse.

En lo que a Nile respectaba, prefería que Rebecca asistiera al evento para tantear el terreno y averiguar si seguía odiándolo: era pensando en el bienestar de Clarissa cuando dudaba de lo que sería mejor. Pero ¿cómo no iba a ir? La señorita Wargrave no se ausentaba de una velada ni aun enferma, y al tratarse de su primera temporada londinense, su rutina consistía en empolvarse la cara y conceder valses.

Al final, los dos eran conscientes de que tendrían que enfrentarla, y mejor antes que después.

Estuvo pendiente de Clarissa durante todo el trayecto hasta Londres, esperando anticiparse a una posible crisis. Aunque evitaba revelar su inquietud, Nile sabía que una parte de su esposa preferiría estar en cualquier otra parte. Le trasladó su apoyo y su cariño entrelazando los dedos con ella y apretándole la mano en cuanto notaba que cambiaba de posición o lanzaba una mirada nerviosa al otro lado de la ventanilla.

Cuando estuvieron de pie ante Mabry’s Place, a unos pasos de la hora de la verdad, fue Clarissa la que se pegó a su costado todo cuanto la decencia se lo permitió.

—Todo va a salir bien —le prometió él, robándole un beso rápido en la frente—. No hemos cometido ningún delito, ni tampoco somos los primeros que se han casado con una licencia especial por culpa de un escándalo.

—Lo sé, pero nunca pensé que yo sería una de esas mujeres consideradas... alborotadoras. No me da miedo Rebecca, y sé que las maestras cuidan de mí, pero... —suspiró—. Siempre he odiado ser el centro de atención.

Nile sonrió sin poder evitarlo.

La que podría haber sido su esposa se conducía por la vida de la manera contraria. Hacía cuanto estaba en su mano para brillar por encima del resto, y si eso implicaba pisotear a alguien en el camino, no demostraba el menor remordimiento. Siempre había admirado —con la conveniente dosis de respeto temeroso— la seguridad de Rebecca, pero la mera existencia de Clarissa se las arreglaba para que esas terribles virtudes se le antojaran ahora grotescas. Sin proponérselo, ponía de relieve los defectos de los demás, dándole así a cada uno su verdadero nombre. Rebecca no podría responder a otro que no fuera cruel.

No llegó a arrepentirse de haber pensando en la señorita Wargrave en aquellos términos, porque en cuanto pusieron un pie en el salón y todo el mundo se giró para recibirlos con curiosidad o recelo, la muchacha demostró merecerse cada desplante que Clarissa le hubiera dirigido.

Lejos de delatar su dolor o su incomodidad, miró de arriba abajo a su eterna competidora y se cubrió la boca para sofocar una risotada desdeñosa. Clarissa iba vestida tal y como dictaba la etiqueta del evento: llevaba un riguroso traje blanco con tan solo unos ribetes dorados en las mangas y en los bordes de la falda. Estaba bien peinada, se había maquillado y perfumado, y, aun así, Clarissa se sintió una intrusa.

Intentó dar un paso atrás, pero él la sostuvo con firmeza del brazo y se encaminó, en primer lugar, a saludar a la señorita Reeves.

—Recuerda que hay gente que se alegra de verte, Clary —le recordó Nile en voz baja.

Pero Rebecca hablaba más alto, y sus amigas, que solían perseguirla como un averío de

gallinas cluecas para no perderse los comentarios mordaces de su líder, procuraban que se las escuchara hasta en el último rincón.

—Hay que tener valor para presentarse aquí después de haber estado a punto de provocar un cisma en la escuela —espetó Rebecca, meciendo su abanico con plumas—. Y encima vestida de blanco, cuando todas sabemos que representa la pureza. ¿Acaso se le ha olvidado que todos aquí sabemos de qué manera pescó a Bellingrath? O a Haverford, si a esas vamos.

Aunque estaban intercambiando unas palabras con la señorita Reeves y otro par de maestras que solo le sonaban de vista, Nile se percató de que los hombros de Clarissa se tensaban. Sin importarle lo que los invitados pudieran pensar, colocó justo ahí una mano protectora. Ella lo agradeció con una sonrisa frágil que estuvo a punto de romperle el corazón.

—Ni siquiera el matrimonio le ha quitado la cara de acelga —continuaba Rebecca, mirándose los bordes de las uñas—. No es más que una pobre infeliz.

—A lo mejor echa de menos a Bellingrath. Hay mujeres que prefieren a los hombres mayores —apostilló su amiga francesa, Quitterie. Escudriñaba a Clarissa con más curiosidad que saña.

—Yo estoy segura de que esa mujer en cuestión no tiene una preferencia. Siempre y cuando tengan el rasgo que les hace hombres, todos sirven para el que es su propósito —zanjó Rebecca.

Las risas de su coro de amigas se levantaron por encima del murmullo de conversaciones, de la música que la orquesta tocaba en una discreta esquina.

Clarissa se giró hacia Nile. Estaba tan pegada a él que cualquiera diría que pretendía esconderse dentro de su cuerpo. Era escandaloso a todas luces, pero dadas las circunstancias, dudaba que alguien se atreviera a reprenderla por buscar consuelo en su marido.

—Ya he saludado a la señorita Reeves —anunció en voz baja—. Ahora quiero marcharme.

—Ni siquiera has visto a tus amigas —se quejó él.

—Parece que van a llegar tarde, o tal vez ni siquiera se presenten. No pude avisarlas de que asistiría por lo precipitado de nuestro viaje, Prim siempre se escabulle de los eventos sociales alegando sufrir migrañas incapacitantes, y Verity no duerme en Mabry's Place. Cuando viene a Londres, se queda con sus padres y tíos y les dedica de cuanto tiempo disponga.

—Si la señorita Insley está arriba, podrías pedir permiso para subir a saludarla —sugirió, desesperado por que el viaje le hubiese merecido la pena—. O, ya que estamos, ¿por qué no le prestamos una visita sorpresa a la señorita Burton?

Clarissa trató de no mirar al grupo de muchachas que se reía en voz alta, ajenas a la censura que las maestras imponían con sus rictus severos. Era una lástima que la señorita Reeves no supiera proyectar su autoridad con la contundencia de la señorita Vallans, quien esa noche no los había honrado con su presencia. La maestra de literatura las habría puesto en su sitio con una simple mirada.

—Nile..., solo quiero irme a casa —confesó con un cansancio que le hundía los hombros. Ni siquiera sonaba triste, solo hastiada—. Voy a ir a refrescarme al tocador. Luego me subiré en el carruaje estés preparado o no. Tú puedes quedarte, si lo deseas. No voy a fastidiarte la fiesta.

No le dio tiempo a contestar. Clarissa se agarró las faldas y, teniendo presente que no podía correr o de lo contrario llamaría la atención, disimuló su huida deteniéndose a hablar unos instantes con la directora.

—Menuda llorica —se burló Rebecca al verla abandonar el salón—. Si no puede aguantar mis críticas, que no salga de su habitación. El mundo es bastante más cruel que yo.

Nile llegó al límite de su paciencia. Dejó su copa intacta sobre la bandeja que paseaba uno de los lacayos y se aproximó a Rebecca procurando disimular su irritación. Estaban en un ambiente exclusivo que favorecía el trato directo, pero convenía muy poco armar un escándalo.

Ella se dio cuenta de que Nile se acercaba y cuadró los hombros, como si supiera que había llegado la hora de la verdad. Su expresión vanidosa adquirió un matiz muy distinto en cuanto supo que no pasaba a darle las buenas noches.

—Ya es suficiente, Rebecca —sentenció en tono inflexible.

La susodicha miró a un lado y al otro para asegurarse de que nadie le había leído los labios, o de todo lo contrario: lo habían escuchado y estaban tan pasmados por su atrevimiento como ella misma.

Lo confrontó con los ojos echando chispas.

—Vaya, ¿ya no merezco un «cómo te encuentras» o «te veo de maravilla»? ¿Los dos meses que llevas escondido en el campo te han convertido en una bestia sin modales?

—Yo no soy el que está haciendo gala de un comportamiento indigno de mi educación. He pensado que valorarías que alguien tuviera la gentileza de venir a señalártelo antes de que siguieras trasladando una imagen que no te representa.

—¿Y cuál sí me representaría, milord? ¿La de virgen doliente? ¿La de pobre rechazada? O, Dios me salve, la de alma caritativa que concede su perdón a quienes no se lo han pedido —enumeró, cuidando el tono para no alertar a su grupo de amigas. Las jóvenes les lanzaban miradas curiosas a cada tanto, situadas en corro a unos metros de distancia—. ¿De qué comportamiento debería hacer gala, pues? Tendría que haberme deshecho en lágrimas al verle llegar del brazo de su encantadora esposa, ¿no es así?

Nile inspiró hondo. Se dijo que si se había atrevido a acercarse con la historia que cargaban a sus espaldas, una en la que él ostentaba el rol de villano, era porque tenía una buena razón. No podía permitir que la culpabilidad le obligara a dar dos pasos atrás.

—En absoluto —respondió cortésmente—. Celebro verte de maravilla, y huelga decir que no se me ocurriría pedirte que nos felicitaras. Solo espero...

—No tienes derecho a esperar nada de Rebecca Wargrave —le cortó con un moderado ladrido. Su postura corporal era la de una mujer cómoda y segura de sí misma; seguía abanicándose, incluso, pero su rostro ensombrecido contaba otra historia—. Cuando decidiste casarte con Clarissa Simms, te expusiste a encajar como pudieras todo lo que viniera de mí.

—Entonces esa es la decisión que has tomado —se oyó decir con voz hueca—. Eso es lo que vas a hacer, y ni siquiera lo escondes. Pretendes convertir mi vida en un infierno, y la de Clarissa por extensión.

—Yo lo expresaría de otra manera. Pretendo que la vida de Clarissa sea un infierno, y la tuya por extensión.

Nile se arriesgó a dar un paso adelante y tomarla del brazo para asegurarse el contacto visual. Rebecca enseguida lo miró con un frío desdén que habría estremecido a un hombre más débil.

En voz baja y con rapidez, Nile aclaró:

—Ella tuvo tan poca culpa de lo que sucedió como yo mismo, Rebecca.

Con una elegancia que habría de ser estudiada en próximas lecciones, la joven se deshizo de su agarre y volvió a desplegar el abanico. Parecía que hubiera llevado a cabo un paso de baile y no un menosprecio.

—No vuelvas a ponerme un dedo encima —le advirtió con voz cantarina, esbozando una sonrisa que a la distancia suficiente podría interpretarse como una encantadora expresión de amistad.

—Solo quiero que entiendas que Clarissa nunca fue tu enemiga, y que no merece el trato que le estás dispensando. Ha sufrido durante todo este tiempo, quizá antes de que tú y yo apareciéramos en su vida, y...

Rebecca rompió a reír. La estridencia de sus carcajadas atrajo la atención.

—¿Y yo no he sufrido? —contraatacó con los ojos inyectados en sangre—. Yo soy la que lleva dos meses tolerando las crueles habladurías sobre qué tan cierta es la versión oficial que se ha contado sobre tu matrimonio. Yo soy la que ha tenido que soportar desplantes de caballeros que, por supuesto, no se han creído la historia de que era ella a quien visitabas en Arlington Abbey. Tipos arruinados, adictos al juego, jovencitos universitarios y ancianos; otras debutantes y hasta amigos de mi hermano se han divertido bromeando a costa de tu desaire. Yo soy la que puede que no se case jamás, cuando los dos sabemos que he nacido para triunfar.

—Existen desgracias infinitamente más desoladoras que la que describes, Rebecca.

La indignación le tiñó las mejillas.

—No para mí. Mi única obligación era hallar marido, y tú me has arruinado para siempre.

Nile se obligó a insistir para hacerla entrar en razón.

—Pero que hagas oídos sordos a la verdad y te encierres en el resentimiento no hará que las consecuencias desaparezcan. Tampoco borrará una realidad, como lo es que Clarissa ha pasado por situaciones que tú ni siquiera podrías empezar a imaginarte.

Rebecca se quedó un momento en silencio, abanicándose con lentitud. Nile pensó que aquella era su primera y pequeña victoria, que a partir de ahí podría razonar con la que fuera su amiga, pero ella cerró el abanico de pronto con los nudillos blancos.

—Eres un sinvergüenza —masculló en voz baja, con la vista clavada en el cuello de su frac —. ¿Cómo te atreves a acercarte a mí con esos aires de superioridad, a tratarme como si fuera una estúpida mimada sin inquietudes reales, y todo para venderme las bondades de una mujer que no hace ni dos meses me juraste que odiabas? Deberías estar hincando las rodillas en el suelo y suplicando mi perdón.

—Mi forma de abordarte habría sido bastante más conciliadora si no hubieras atacado a mi esposa en cuanto ha puesto un pie en el salón. Me he cansado de sentirme culpable por una casualidad que escapó a mi control. Estuve dispuesto a ofrecerte una explicación sincera, pero no quisiste aceptarla; ni tú, ni Harding. Desde entonces, he estado procurando daros el espacio que necesitabais para encajar el desarrollo de los hechos.

—¿A qué te refieres con «el desarrollo de los hechos»? ¿A que de pronto te has enamorado de Clarissa Simms? —le espetó con frialdad—. ¿Eso también ha sido una desafortunada casualidad, como describiste el episodio del carruaje? ¿No era algo que ya había pasado cuando te paseabas por Arlington Abbey conmigo del brazo, tratando de engañarte a ti mismo y arrastrarme a mí contigo?

Sintió que se le caía el alma a los pies al escuchar de sus labios, precisamente de sus labios, una verdad loable y lo contrario a halagadora. Una por la que se merecería cada desplante de Rebecca Wargrave.

—Eso ha sido fruto de la convivencia —se oyó responder con determinación—. No vas a conseguir que me sienta culpable por haber tratado de sacar lo mejor de un accidente. Tomé la decisión que la beneficiaría a ella, a ti, a mí y a tu hermano, y no pienso disculparme más por lo que en realidad me quieres ver arrepentido: por alegrarme de que Clarissa sea mi mujer. Va siendo hora de que abras los ojos a la realidad, Rebecca. Tú y yo no habríamos sido felices jamás. Nunca te he querido como algo distinto a una hermana pequeña, y tú llevas toda la vida empecinada en idealizarme. Lo más probable es que te hubieras desencantado en cuanto hubieras descubierto que tengo no solo un defecto, sino varios, y que muchos de ellos me hacen indeseable.

Se arrepintió de haberle hablado con crudeza en cuanto sus ojos verdes se cristalizaron.

Rebecca sujetó con fuerza el abanico cerrado y le sostuvo la mirada por orgullo.

—En eso estoy de acuerdo contigo —le dijo con sequedad—. En cuanto he descubierto que eres un indeseable, el desencanto ha sido brutal.

Dicho aquello, se dio media vuelta y abandonó el salón con toda la dignidad que pudo.

Y no era poca.

Su grupo de amigas la siguió con una mirada aprensiva. Como si fueran un mismo ser, acordaron salir en pos de ella hacia el tocador.

Nile no pudo sino alegrarse de que al menos siguiera gozando del apoyo de Quitterie y las demás. No habría soportado haberle arrebatado también eso.

Capítulo 25

Clarissa llegó a la residencia de Haverford situada en Mayfair en cinco minutos, y, aun así, el trayecto se le hizo eterno. Estaba deseosa de alejarse del ambiente competitivo en el que había estado inmersa desde los quince años. La decepción al llegar a Mabry's Place, exponerse a las burlas y ver que sus amigas no estaban presentes, la había dejado con el único interés de pasar el resto de la noche sumergida en las páginas de un buen libro.

O en brazos de su marido.

Dudosa como cualquiera que se internara en lo desconocido, entró en la mansión del marquesado. Antes de ir a la velada, apenas había puesto un pie en el recibidor para entregar su baúl. Se dejó guiar por el amable mayordomo, un hombre paciente que tuvo la gentileza de mostrarle las estancias de uso personal.

Clarissa decidió afincarse en un precioso salón con papel de pared azul verdoso y divanes de cuero blanco. En lugar de pedir que le sirvieran un té, pues prefería no molestar al servicio cuando ya les habían dado el resto de la noche libre, decidió echar mano de la discreta licorera que encontró en uno de los cajones del buró.

No era muy dada a la bebida, sobre todo teniendo en cuenta lo que sucedió la última vez que se atrevió a dar unos cuantos sorbos de más a su copa de vino.

Como llevaba haciendo desde hacía un par de semanas, Clarissa cuadró los hombros y superpuso un recuerdo agradable a la imagen de su antiguo prometido. Por el momento, esta estrategia no le había fallado. Bastaba con traer a su mente el momento en que se sentó a admirar el atardecer con Nile, o cuando este le preguntó qué zonas de su cuerpo podría mimar, o todas las noches que habían pasado durmiendo juntos desde entonces para erradicar los residuos del malestar que, por desgracia, aún latía dentro de ella.

Especialmente al evocar a Bellingrath.

Mentiría si dijera que no había tenido presente su amenaza. Cada noche, antes de acostarse, solía preguntarse cuándo la pondría en práctica; cuándo volvería y se aprovecharía de su indefensión para hacerle pagar por el agravio.

Con toda probabilidad, ejecutaría su venganza en el momento que menos lo esperara.

Su pregunta tuvo respuesta al cabo de unos minutos. Sin ocultar su contrariedad, el mayordomo anunció que el conde de Bellingrath aguardaba en el salón principal.

—Puedo decirle que se marche, milady —apostilló el criado, viendo que los dedos de Clarissa se crispaban en torno al cristal de la copa—. La hora de las visitas ya ha pasado. Estoy convencido de que milord lo comprenderá... Además de que no es apropiado que se cite usted a solas con...

—Que pase —se sorprendió diciendo—, pero me gustaría que tanto usted como los lacayos estuvieran cerca, guareciendo la puerta.

No le cupo la menor duda de que el mayordomo pondría a Nile al corriente de la visita tan pronto como plantara un pie en el recibidor. La alivió no ser quien le transmitiera la noticia. Pese a haberlo deseado en numerosas ocasiones, esperando cerrar de una vez por todas el abismo entre Nile y ella, aún no había podido hablar de Bellingrath con propiedad. No ya de las amenazas que le refirió en Bloom's Park, sino de ese pasado que solo podría enterrar cuando dejara de ser un secreto.

—Así será —le prometió el criado. Se retiró con un brazo doblado a la espalda.

Clarissa se preparó para recibir a Bellingrath dejando el oporto a un lado y poniéndose en pie. Alisó las arrugas de la falda con cuidado. El corazón le latía tan rápido que en otras circunstancias habría temido un infarto, y su reacción al ver al conde presentarse ante ella con los ojos echando chispas no fue mucho menor de la que tenía por acostumbrada.

Pero esa noche Clarissa había tenido suficiente. Suficientes burlas, suficientes desdenes. Estaba cansada de agachar la cabeza, de esconderse bajo las sábanas, de que a sus enemigos les resultara tan sencillo partirle el corazón. De su espantoso victimismo. Se había quedado con la espinita clavada al no poder confrontar a Rebecca; intentaría hacerlo, pues, con Bellingrath.

Porque estaba en su casa, se recordó para infundirse valor. Era lady Clarissa Inglefeild, la marquesa de Haverford. Ningún hombre, ni siquiera su marido, podría amedrentarla bajo su propio techo. Y lo sabía precisamente porque su esposo, el único que habría tenido derecho a ponerla en su sitio, había renunciado a su fuerza.

¿Por qué iba a tolerar desprecios viniendo de alguien externo, pues?

—Creí haberte dejado muy claro que no pusieras un pie en Londres en lo que quedaba de temporada —fue lo primero que ladró Bellingrath, aproximándose a ella con la mandíbula apretada—. Te podrás imaginar mi sorpresa cuando he oído por ahí que pretendías asistir a una velada privada. ¿Qué es lo que no entendiste de mis órdenes explícitas, rubita?

El apodo le provocó un escalofrío. Se lo había susurrado al oído en tono lascivo, mientras pasaba la lengua por el cartílago de la oreja; lo había jadeado entrecortadamente mientras la agarraba del pelo, forzándola a acoger su miembro en la garganta.

No soportaba que la llamara así.

—Entendí las órdenes —atajó Clarissa. No pudo evitar que le temblara la voz, pero procuró, en la medida de lo posible, sonar segura de sí misma—. También entendí que no está usted en posición de dármelas y, por tanto, no debo obedecer.

—¿Que no debes...? —Su rostro desencajado le produjo una profunda satisfacción—. ¿Cómo te atreves a hablarme así?

—¿Cómo se atreve usted a venir a mi casa a exigir que viva mi vida como a usted le plazca? —contraatacó con frialdad—. ¿Es que no se ha enterado todavía de que soy la marquesa de Haverford y de que no tiene ningún derecho a tratarme como si fuera de su propiedad?

El conde jadeó, indignado.

—Niña desagradecida... ¿Has olvidado que pagué por ti? ¿Has olvidado que tus padres aún me deben una mujer? —bramó Bellingrath con toda la intención de acorralarla con su cuerpo.

Clarissa dio un paso atrás, y luego otro, y buscó con la mirada algún objeto contundente con el que defenderse en el peor de los casos. El miedo, hasta el momento agazapado a la espera de una señal para salir, la asaltó justo entonces.

«Es tu casa», insistió en recordarse. «No es la primera vez que lo desafías, los lacayos están en la puerta y Nile volverá enseguida. No hay nada que temer».

—Los acuerdos que usted tuviera con mis padres no son de mi incumbencia. Resuelva sus desavenencias económicas con ellos, que, por si lo ha olvidado, viven en Bradley Street, a unas cuantas manzanas de aquí.

—Oh, no, rubita, no me he equivocado de dirección. Has cometido un grave error al decidir tratarme como me estás tratando, y te vas a arrepentir... —Clarissa frenó el avance de Bellingrath agarrando la botella de oporto y blandiéndola como si fuera una espada entre su cuerpo y la cara enrojecida de él. La amenaza explícita lo enfureció más—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Poner fin de una vez por todas a esta indeseable tradición de visitas inesperadas. No quiero

que vuelva a aparecer por mi casa, ni para exigirme el dinero que le entregó a mis padres y del cual yo no he percibido un penique, ni para acobardarme, ni para maltratarme. Ya no soy la chiquilla asustadiza a la que se divertía atormentando, Bellingrath.

Pero sí lo era, porque temblaba violentamente, y su mirada fija en él se había cristalizado. Estaba a punto de ceder al peso de los recuerdos, y al miedo de seguir creando nuevos si Bellingrath no renunciaba a perseguirla.

Aun y con todo, saberse resguardada por los criados y amparada por un cristal contundente la armó de una fuerza y poderío que la hizo muy consciente de su cuerpo, de la sangre que bullía en sus venas, de la garganta que clamaba por arrojar acusaciones a la bestia que tenía delante.

—¿Qué vas a hacer? ¿Golpearme con eso y exponerte a la ruina? ¿Tienes idea de lo que podría sucederte si me infligieras el más mínimo daño? —Sonrió con desdén—. Tu marido no lograría ponerte a salvo de las consecuencias... aunque no es como si te hubiera ayudado a salir de ninguno de los problemas en los que te sueles ver envuelta. ¿Dónde estaba cuando te visité la última vez, rubita? No eres más que un pobre pajarillo, un pajarillo desprotegido al que nadie quiere.

No era la primera vez que, para herirla, recurría a lo que Clarissa siempre había entendido como una verdad dolorosa. Porque era verdad; no la habían amado quienes deberían haberla protegido de él.

Pero Bellingrath no había contado con que, en esta ocasión, atraería a su memoria las tiernas atenciones de su marido, la paciencia y las distintas formas de acercamiento físico que Nile se había esforzado por aprender; incluso el anhelo reprimido que tanto la asustó al principio, y que ahora entendía como un halago.

Porque siempre la deseó, pero no la hizo suya a toda costa.

—Eso no es verdad —balbuceó con un hilo de voz. Sus propias palabras la sorprendieron, porque él no se había declarado—: Ahora hay alguien... hay alguien que me quiere.

Bellingrath miró a su alrededor fingiendo desorientación.

—¿Y dónde está ese alguien? —inquirió con teatralidad—. Yo no lo veo por ninguna parte, Clarissa. ¿Sería posible que tu marido se hubiera quedado en esa velada privada en Mabry’s Place, charlando alegremente sobre los buenos tiempos con la honorable Rebecca Wargrave?

La sola posibilidad le cayó como un jarro de agua fría, incluso si carecía de sentido. La alumna sería la primera que le negaría el saludo a Nile, y, por lo que él había transmitido durante la velada, estaba tan decepcionado con la actitud de Rebecca que solo la abordaría para ponerla en su lugar.

¿O no?, le sugirió una insidiosa voz interior.

No era ningún secreto que Nile la echaba de menos.

Bellingrath aprovechó su aturdimiento para alargar la mano hacia ella. Clarissa se quedó tan paralizada ante el inminente contacto que la botella cayó a sus pies. Al aterrizar de lado sobre la gruesa moqueta, no emitió sonido alguno, y tampoco se quebró.

El conde invadió su espacio y la tomó de la barbilla para obligarla a mirarlo.

La joven temblaba tanto que le castañeteaban los dientes.

—Eres de mi propiedad, Clarissa Simms —le anunció con la sencillez con la que se proclamaban las verdades universales—. Te he hecho mía en más de un sentido, empezando por los pagos que duplicaban tu valor y terminando por todas esas tardes de domingo que pasamos juntos. Estoy seguro de que no has conseguido disfrutar con tu nuevo marido más de lo que lo hacías conmigo.

Fue aquella frase la que despertó a Clarissa del trance. Miró a Bellingrath a la cara, perpleja

con la confianza que derrochaba, y confirmó que sus ojos se humedecían por el deseo que aún sentía por ella. Más que la repugnancia, fue la indignación lo que hizo que Clarissa apartara el brazo de Bellingrath de un fuerte golpe y lo empujara por el pecho.

—¿Que no disfruto con él más de lo que disfrutaba con usted? —preguntó, alzando la voz. Con cada palabra repetida, su incredulidad se incrementó. Él se quedó tan aturdido porque de pronto se hubiera defendido que, por un momento, solo pudo mirarla con extrañeza—. Pero ¿a qué mujer visitaba usted en la escuela? Porque si se atreve a jurar sobre todas las cosas que yo era feliz cuando me sometía a su voluntad, que me retorcía por placer y no por asco, que me quedaba quieta porque deseaba ser su esclava y no para que pasara más rápido, no sabe lo equivocado que está. Usted... —Lo apuntó con el dedo índice, y lo instó a seguir retrocediendo con torpeza—. Usted me repugna, y antes de eso, me aterraba. Pero ya no tengo miedo, o no quiero tenerlo, y no voy a permitir que mangonee.

—¿Cómo te atreves a...?

—¡Me atrevo! —gritó a pleno pulmón. Bellingrath respingó, de pronto pálido como un fantasma—. ¡Me atrevo a esto y a mucho más! ¡Y si no quiere que mi marido lo cosa a tiros al amanecer, o que lo haga yo misma, hará bien en mantenerse alejado de esta casa y de mí! Aún no lo he puesto al corriente, Bellingrath, pero cuando descubra lo que pasaba entre usted y yo, no le quepa la menor duda de que lo matará.

No estaba segura de que eso fuera a ser así, sin embargo. Con el paso del tiempo, Nile había aprendido a apreciarla, y del modo en que ella deseaba ser querida: con paciencia y respeto. Pero ¿la apreciaría tanto como para defenderla de su verdugo? ¿Seguiría haciéndolo si conociera la sordidez de su compromiso con Bellingrath? Su madre le advirtió que mantuviera los labios sellados, porque, si por una casualidad del destino, alguien se molestaba en escuchar su relato de terror, no sería para apiadarse de su situación, sino para señalarla como una vulgar quejica y una mujer que no conocía su lugar. Clarissa sabía mejor que nadie que el deber de una prometida para con su hombre, de una esposa para con su marido, era obedecer sus órdenes y calmar sus ardores. Nadie a excepción de ella concebía esta obligación como un sufrimiento humillante, porque no lo era.

Era la realidad de cuanta joven había conocido.

—No te atreverías —dijo Bellingrath con ojos redondos—. Serías la primera que saldría perjudicada si llegara a saberse que tú y que yo...

—¡Me es indiferente! —le ladró a un palmo de la cara, tan fuera de sí que un rubor furioso había conquistado su rostro—. Estoy dispuesta a hundir mi vida y mi futuro si de esta manera le hundo a usted..., cerdo miserable. No se merece ni pisar el mismo suelo que el resto de las mujeres de esta ciudad. Y, ahora, ¡lárguese! —lo volvió a empujar por el pecho, esta vez con tanta fuerza que Bellingrath tropezó y estuvo a punto de caerse hacia atrás—. Y procure que no nos volvamos a cruzar en ninguna velada social, o me encargaré de que se arrepienta de haber nacido.

—¿Qué es lo que podría hacer una mujer como tú...? —balbuceaba Bellingrath, empecinado en mantener la pose de agresor.

Ella le lanzó una mirada desafiante.

—Haré hasta lo imposible, eso se lo puedo asegurar.

Bellingrath no tentó mucho más a la suerte. Le había sorprendido tanto el arrebato furioso de Clarissa que se marchó mudo de asombro y ruborizado por la vergüenza de que una muchacha lo hubiera reprendido.

No supo si había salido victoriosa, porque al principio no experimentó ningún alivio. En

cuanto oyó cerrarse la puerta principal, se desinfló con tal rapidez que habría jurado que asimismo le había bajado la tensión. La sobrevino un fuerte mareo y un llanto tan intenso que venció su propio peso y acabó en el suelo.

Clarissa se abrazó las rodillas y hundió allí la cara para protegerse del juicio de unos espectadores invisibles. Se desahogó llorando por compasión hacia sí misma, por todas las veces que había deseado que la semana tuviera seis días y por las pesadillas que aún seguían despertándola entre sudores fríos. Lloró por los meses de compromiso perdidos, por los meses de tortura, por el injusto sacrificio de su inocencia.

Pero en cuanto se trasladó al recuerdo más reciente, al hecho de haberle gritado a Bellingrath lo que pensaba, al llanto se sumaron una serie de carcajadas de pecho. Algunas incrédulas, otras histéricas... e incluso genuinamente complacidas.

Así la encontró Nile al cabo de unos minutos: agarrada a las piernas con lágrimas salpicando las mejillas, presa de un ataque de risa que ni ella habría sabido explicar.

—¡Clarissa! —exclamó él, yendo a su encuentro con visible preocupación—. Clary, ¿qué ha pasado? Me ha dicho el señor Gillies que has recibido una visita, y que era... ¿Por qué...? —Su pasmo fue palpable—. ¿Estás llorando... o te estás riendo?

Alzó la barbilla y se limpió los ojos con el dorso de la mano.

Nile la estaba mirando como si no hubiera nada en el mundo que no estuviera dispuesto a hacer para salvarla de sí misma. Aquella expresión suya de amor incondicional, que tan claro dejaba que perseguía su felicidad con el mismo ahínco que la propia Clarissa, era tan novedosa que a menudo había sentido vértigo, porque creía estar demasiado arruinada para corresponderle. Al saber que contaría con su tierno abrazo y con su consuelo cada vez que se enfrentara a sus miedos, agradeció tanto su existencia y la fatalidad que los unió que solo pudo demostrarlo de una manera: rodeándolo por el cuello y besándolo.

Al pillarlo desprevenido, ni siquiera tuvo que esperar a que separara los labios. Clarissa se zambulló en su boca con una urgencia nunca antes demostrada, poseída por un maremágnum de emociones que amenazaban con volverla loca. Nile tardó en responder, seguramente preguntándose si era lo correcto, pero le venció el deseo explosivo que sentía por ella. Se incorporó tirando de los brazos de Clarissa para levantarla a su vez, ahondando en el beso entre gruñidos placenteros.

No permitió que su marido se adueñase de la situación. Enseguida se hizo con el control ahuecando sus mejillas con las manos y empujándolo con su propio cuerpo para que retrocediera. Nile tropezó con un sillón y cayó sentado contra el respaldo. Clarissa detuvo un instante los besos para apoyar las manos en sus rodillas y dirigirle una mirada hambrienta. Hambrienta de vida, de amor, de sensualidad. Hambrienta de todo lo que no había tenido hasta entonces y que supo que empezaría a apreciar a partir de esa noche, ahora que había dado el primer paso para ahuyentar al diablo sobre su hombro.

Clarissa se remangó el vestido y se sentó a horcajadas sobre él para volver a besarlo. Se sentía tan poderosa y valiente que había olvidado quién era. Incluso olvidaba también quién era el hombre que tenía debajo, y por qué la miraba como si fuera un milagro.

Nile la rodeó por la cintura y no vaciló al prodigarle una caricia atrevida hacia las nalgas, que empujó para atraer hacia sí.

—Clarissa... —logró articular con la voz ronca—, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué estás así?

—¿Así, dices? Así ¿cómo? ¿Dispuesta a darte lo que deseas?

Fue a entrelazar los dedos detrás de su cuello, pero él la frenó cogiéndola por las muñecas.

—Espera. —Esperó a hacer contacto visual para preguntar—: ¿A qué viene todo esto? ¿Es

que Bellingrath...? Gillies me ha dicho que acaba de irse. ¿Te ha tocado, te ha dejado insatisfecha y por eso estás así?

—Ese hombre no podría satisfacerme jamás —sentenció—, pero es una manera de decirlo.

Clarissa fue a reencontrarse con sus labios, pero él la apartó con gentileza rodeándole el cuello. Para aplacar su contrariedad, acarició con el pulgar la zona donde su pulso latía acelerado.

—No hay nada que desee más en este mundo que estar contigo de esa manera, Clarissa, pero creo que has malinterpretado el porqué. —Su afectuoso tono de voz la desarmó por completo. La hizo consciente de cómo se había comportado; como si para ellos el sexo hubiera contemplado alguna vez ser insensible con las necesidades del otro—. No quiero tu cuerpo si no me lo entregas porque por fin confías en mí; porque me deseas despierta y dormida, porque sueñas conmigo, porque me respetas y me aprecias sinceramente, no por un arrebato provocado por otro hombre ni por Dios sabe qué misteriosa razón.

Clarissa tragó saliva, preocupada ahora por cómo podría haberlo interpretado. Nile soltó su garganta para a continuación apartar las manos que ella había posado sobre los muslos masculinos. Acto seguido, y con una serenidad envidiable, la ayudó a levantarse del sillón como haría todo un caballero.

Más que avergonzada por el alboroto que había armado, experimentó un intenso agradecimiento hacia Nile. Acababa de demostrar que la conocía; que sabía que ella no habría actuado así si hubiera estado en sus cabales. Sin saberlo, había disuelto un miedo arraigado dentro de Clarissa. Un miedo que le habría impedido amarlo con el tiempo: el miedo a que hubiera sido considerado con ella con el único fin de poseerla.

Nile no era así, comprendió por fin, ya despejadas las dudas. Nile no se parecía ni remotamente al animal que acababa de expulsar, y aunque lo llevaba sabiendo un tiempo, una parte de sí se había negado a aceptarlo.

—Parece que no nos ponemos de acuerdo —se atrevió a bromear con la voz temblorosa—. Cuando yo me muestro dispuesta, tú sufres un ataque de mojigatería.

Ya a las puertas del pasillo, despejado de criados en su papel de centinelas ahora que el marqués había regresado, Nile le lanzó una mirada abrasadora.

—Algún día te demostraré lo poco mojigato que soy, Clarissa. Mañana mismo, si me sigues deseando de esta manera. —Alargó una mano hacia ella y le acarició la barbilla con el pulgar—. Ya sabes dónde encontrarme; yo nunca te cerraré mis brazos. Pero tendrás que venir a mí por tu propio pie, sin que nadie te haya visitado antes, y sin oler a oporto.

Dicho aquello, Nile la besó en la frente y la dejó a solas en el salón, inestable y tan llena de sentimientos contradictorios que no supo por dónde empezar a desenmarañarlos.

Probablemente solo debiera prestar atención al único que se presentaba con una nitidez abrumadora: al día siguiente, seguiría deseándolo de esa manera. Incluso más. Y otro día no muy lejano, ese deseo que la estaba cegando acabaría permitiéndole vislumbrar lo que había detrás: nada menos que la iluminación sagrada del amor.

Capítulo 26

Clarissa se armó de valor con una profunda inspiración y tocó con los nudillos a la puerta del dormitorio principal. En teoría no debería ser tan escrupulosa; Nile le había dejado claro que la habitación era tan suya como lo era de él, y todavía rehusaban separarse por las noches para cada uno dormir en su estancia personal.

Pero sentía que debía ganar tiempo para poner en orden sus pensamientos.

Tan solo una hora y media después de que Nile la encontrara en un pésimo estado, había tomado la decisión de sincerarse con él de una vez por todas y echar abajo la única muralla que se erigía entre los dos.

Nile no le había exigido que le contara lo ocurrido durante la visita, pero estaba convencida de que no descansaría tranquilo hasta averiguarlo. Le constaba que se devanaba los sesos tratando de adivinar qué había o qué hubo entre Bellingrath y ella, y que, en algunos momentos, había acariciado la posibilidad de que Clarissa lo hubiese amado.

No podía permitir que estuviera tan equivocado.

No si aspiraba a quererlo como se merecía.

—Adelante —contestó con el tono que utilizaba para referirse al servicio.

Lo encontró tendido en la cama con un libro en la mano. Todavía llevaba con el frac, excepto por la chaqueta, que había arrojado sin contemplaciones sobre la descalzadora.

Apartó la lectura en cuanto la localizó bajo el umbral, e incluso se incorporó con gesto expectante, como si supiera que Clarissa había llegado para trastocar su paz... una vez más.

«Después de todo lo que le has hecho pasar, no tienes derecho a alterar su vida de nuevo», le reprochó la voz interior. «Y menos todavía con una historia truculenta que no volverá a repetirse, de la que él no se puede responsabilizar, y que es muy probable que no entienda. ¿No ves que a Nile nunca le extrañó que Bellingrath tomara cuanto deseaba?, ¿ni a Rebecca, ni a las maestras? Eras de su propiedad, y podía hacer contigo lo que se le cantase. No eres especial porque sucediera en contra de tu consentimiento».

—¿Te encuentras mejor? —inquirió él, ahuyentando sus dudas sin saberlo—. He pensado que lo mejor era dejarte a solas, pero quizá debería haberme quedado a tu lado hasta que te calmaras... No lo sé. A veces necesito que me des indicaciones —reconoció con humildad, esbozando una sonrisa frágil.

Su honestidad la conmovió una vez más.

A lo largo de las últimas semanas, hubo momentos en los que Clarissa se juró que, si Nile seguía comportándose con semejante caballerosidad, acabaría por fugarse, pero esta vez para librarle del mal de no poder corresponderlo. Nunca lo hizo porque había empezado a derretirse entre sus brazos, a sospechar que podría llegar a merecerse su afecto.

—No quiero tener que dártelas —admitió Clarissa, cerrando la puerta a su espalda—. No quiero que sientas que tu esposa es una mujer vulnerable y ridícula que no sabe cuidar de sí misma y ante la que has de andarte con pies de plomo... aunque ahora mismo sea exactamente eso lo que vive bajo tu mismo techo. Sobre todo porque para mí es muy difícil prestarte la misma atención.

—Que te preocupes por si me siento o no satisfecho, por lo que opino o no opino sobre nuestra convivencia, ya me hace saber que tarde o temprano acabarás volcándote en el

matrimonio. Y eso me basta por ahora —aclaró Nile, alargando el brazo hacia la mesilla para depositar el libro con cuidado. Palmeó un espacio a su lado.

Clarissa se tendió de costado junto a él, con la nariz rozando su pecho, y lo rodeó por la cintura para pegarse todo lo posible. Su calidez la envolvió como un abrazo, y reconoció en su olor ya familiar el de un ser querido.

El corazón empezó a bombearle con intensidad.

—Hay algo que quiero decirte... Algo que debería haberte advertido hace mucho tiempo —musitó ella—, pero tengo miedo de que me veas con otros ojos cuando sepas la verdad. Si es que no la sabes ya —añadió.

Uno de sus grandes temores había sido sincerarse con él y que Nile le contestara que siempre había conocido el porqué de sus reparos, pero que nunca había entendido el motivo por el que le costaba tanto plegarse a los compromisos que el amor le imponía, si eran los de toda mujer comprometida o casada que se preciase.

—Juraría que ya he visto lo peor de ti, y aun así no me he espantado lo suficiente para pedir habitaciones diferentes —le recordó con sentido del humor, desenredándole el pelo ahora suelto. Hacía de peinarla una tarea que exigía la mayor delicadeza—. Conmigo no debes tener miedo, Clarissa. No me importa cuántas veces deba repetirlo. —Ella tragó saliva, sin atreverse aún a iniciar la conversación. Él la ayudó—: ¿Tiene que ver con la visita?

Clarissa asintió con la cabeza y presionó la frente contra el pecho de Nile, como si quisiera refugiarse allí dentro. Recordaba haber pensado que el marqués de Haverford tenía el corazón podrido. Aquellas crueles opiniones parecían pertenecer a otra vida, a otras personas distintas de las que ahora se prodigaban caricias.

—¿Estás enamorada de Bellingrath aún y por eso no puedes estar conmigo? —se adelantó Nile, procurando sonar comprensivo. Pero se filtró una nota de dolor—. Al principio lo descarté. Di por hecho que la avanzada edad del conde te repugnaría, pero a veces olvido que no todas las mujeres del mundo comparten las opiniones de Rebecca, y en vista de lo que ambos sabemos sobre... Bueno, que sus visitas a la escuela se convertían en encuentros muy apasionados, no es descabellado asumir que le profesabas cierto afecto. El hecho de que te asqueara tocarme y te negaras a entregarme tu cuerpo, como si ya tuviera dueño, solo hace que me reafirme en mi sospecha. Sé que dijiste que no querías casarte con él y que te libraste de una buena —continuó —, pero a veces tendemos a engañarnos a nosotros mismos para huir del dolor de la realidad. Dios sabe que yo lo he hecho. ¿Estoy en lo cierto, Clarissa?

Ella se separó lo suficiente para mirarlo a los ojos, para lo que tuvo que echar la cabeza hacia atrás. Para hacer una confesión de la magnitud de la suya, una que desmentía categóricamente la historia que él se había estado repitiendo, tendría que adoptar una postura formal. Pero no quiso apartar la mano de su pecho, del punto donde latía su corazón.

—No puedes estar más equivocado —musitó con una sonrisa desvalida.

—¿Y por qué las visitas de Bellingrath te dejan tan... dolida, como si no pudieras soportar decirle adiós?

—Porque lo único que ese hombre me ha procurado ha sido sufrimiento —confesó con dificultad. Las palabras no se le atascaron, pero temía tanto su reacción, que la despreciara, que la tratara como a una mujer de segunda, que le costó encontrar la voz—. Es cierto que nuestros encuentros durante los días de visita podían tildarse de... apasionados, pero el deseo era unilateral. Yo era una mera espectadora de lo que sucedía en los salones privados que Bellingrath exigía a cambio de una copiosa suma de dinero para mis padres. Yo le repetía que no quería, que me disgustaba su contacto, pero...

Fue Nile el que se incorporó, con una expresión que se debatía entre la cautela y el mal presentimiento. Se quedó sentado en la cama, mesándose el pelo como si lo necesitara para atraer una lluvia de ideas.

—¿Qué quieres decir con eso, Clarissa? —inquirió con voz grave, una que ella no le había escuchado antes. El fondo de su tono amenazante auguraba temibles consecuencias, y Clarissa se bloqueó al no estar segura de si las dirigiría contra ella—. ¿Qué sentías por Bellingrath?

—Miedo —reconoció con un hilo de voz—. Tanto miedo que a veces no podía respirar... Y, al mismo tiempo, asco. Un asco que me hacía vomitar en cuanto se marchaba, que me ponía enferma y me postraba en cama durante días, en parte porque me hacía... me hacía daño la mayor parte de las veces. El resto supongo que me acostumbré. También sentía rabia, pero era una emoción secundaria, porque sabía que no me serviría para combatirlo. Mis padres me habían prometido a él y no desharían el enlace, así que no tenía caso enfurecerme.

Observó que Nile presionaba la mandíbula, como si lo necesitara para no soltar una blasfemia. Al pasarse una mano por el pelo oscuro, se percató de que habían empezado a temblarle los dedos, y que su cuerpo entero adquiría una energía diferente.

La serenidad se había marchado para dar paso a un estado de nervios que inquietó a Clarissa.

—¿Nile?

Oír su voz le sentó como una puñalada. Reaccionó cerrando los ojos, deseando, quizá, no verla ni oírla. Nile se levantó de la cama, dándole la espalda, y empezó a moverse por el dormitorio como si no fuera dueño de su ser; como si lo empujara una fuerza mayor, una a la que no podía hacer frente.

—Cómo no se me pudo... —le oyó jadear por lo bajo, a caballo entre la consternación y la indignación hacia sí mismo. Cerró las manos en dos puños—. Dios santo.

Clarissa se incorporó también y dijo su nombre dos y hasta tres veces, cada vez más preocupada, al borde del llanto al ver que él no respondía.

—Te lo he dicho para que sepas por qué me cuesta... por qué no puedo... por qué... Para que no temas a las visitas de Bellingrath, pues ninguna actividad deshonrosa tiene lugar, ni la tendrá jamás, y...

—El golpe que supuestamente te diste «por torpeza» durante tu puesta de largo —la cortó—. El que dijiste que corrió a cuenta de un desconocido. —Le lanzó una mirada por encima del hombro; una mirada hostil que hizo que el alma se le cayera a los pies—. ¿Fue él? —Clarissa se limitó a asentir con un nudo en la garganta—. Y también esas marcas que tenías en la espalda...

No esperó que Clarissa respaldara la afirmación. Lucía el aspecto de un hombre que por fin hubiera encontrado la respuesta a todas las preguntas, que hubiera colocado la última pieza del rompecabezas... y, al mismo tiempo, parecía sumamente desorientado, perdido en la incomprensión. Clarissa no supo cómo ayudarlo a ver la luz.

Se abrazó los hombros, helada, y abrió la boca para disculparse, pero Nile reaccionó con tanta rapidez que no pudo sino balbucear:

—¿A dónde vas?

Él no contestó. Había terminado de calzarse los zapatos y agarró la chaqueta que había dejado sobre la descalzadora. Sin mirarla ni una sola vez, abandonó el dormitorio.

Clarissa obligó a sus piernas entumecidas a ponerse en funcionamiento, a pesar de que la ansiedad de la situación la había paralizado entera.

No llegó a tiempo para exigir que le contara a dónde se dirigía, sin embargo. Tan solo atinó a verlo salir por la puerta principal como si el diablo le estuviera persiguiendo.

Capítulo 27

Nile estaba tan fuera de sí que no pudo esperar a que el cochero se preparara para llevarlo hasta White's, donde le constaba que Bellingrath pasaba las noches desde que fue admitido en el club. El famoso local de caballeros se encontraba a tan solo quince minutos a pie, pero en pleno arrebato furioso, Nile cubrió la distancia en nueve.

Nada más se presentó a las puertas, e ignorando al lacayo que se ofreció amablemente a tomar su abrigo y llevarlo al ropero, fue directo hacia el saloncito donde a esas horas servían copas.

Al no localizarlo en un primer vistazo, Nile estuvo a punto de ponerse a gritar.

Había caminado con las manos escondidas en los bolsillos de la chaqueta, temiendo revelar a los transeúntes el violento temblor que se había apoderado de ellas. No recordaba haber experimentado semejante rabia jamás, ni siquiera cuando a los doce años le comunicaron que no existía milagro capaz de devolverle a su familia. La impotencia le había formado un nudo en la garganta que apretaba cada vez que intentaba separar los labios y pronunciar una palabra tan sencilla como «apártese», «tengo prisa» o «no he venido para quedarme». Pero pronto descubrió que la ira que se había apoderado de él no era más que la previa de un estallido colérico que le hizo verlo todo rojo.

Tal y como había sospechado, Bellingrath estaba dando buena cuenta de una copa de brandy mientras jugaba a las cartas. No hacía ni tres horas que había abandonado Mayfair, dejando a Clarissa abrazada a las rodillas, llorando y riendo como si hubiera perdido el juicio.

Verlo tan ajeno al daño que había causado pudo con su autocontrol. No se lo pensó dos veces a la hora de acercarse con los puños crispados. Ni siquiera pensaba con claridad. Lo único que había estado circulando en su pensamiento durante la carrera de nueve minutos era el sufrimiento de Clarissa que él mismo había atestiguado: sus pesadillas, su cara de espanto cada vez que la tocaba o solo se acercaba, las marcas de besos que Bellingrath habría dejado en su piel en contra de su voluntad, y todo para gritarle al mundo que era de su propiedad.

No solo había abusado de su confianza y de su cuerpo, sino que además la había maltratado. Aún brillaba en su mente el golpe que le robó la respiración a las puertas del carruaje donde a posteriori los encontraron enredados.

Pero lo que le enfurecía no era únicamente el sufrimiento de Clarissa, sino que él hubiera sido incapaz de verlo. Saber que, de no haber sido cómplice de las consecuencias que lastraba una mujer cuyo consentimiento había sido vulnerado, no habría comprendido lo que su esposa le había querido decir.

Si Clarissa se hubiese sincerado meses atrás, Nile habría pensado que Bellingrath se estaba limitando a tomar aquello que era suyo. Estaba ejerciendo un derecho. Como mucho, habría sentido unos celos ciegos porque el conde sí pudiera tocarla. Apenas hacía unas semanas que Nile había aprendido a respetar los deseos de Clarissa. Deseos que él había desestimado toda su vida al no preguntar por las preferencias de sus amantes, convencido de que eran el sujeto pasivo de una experiencia compartida.

Se acordaba de cómo tendió a su esposa en el lecho conyugal y la tocó a pesar de estar notando que ella no quería colaborar, y se estremecía de asco hacia sí mismo.

¿Por qué le habían dicho que aquello era lo correcto? ¿Por qué había tenido que instruirse a través del dolor de Clarissa? ¿Le habría explicado su padre cómo debía tratar a sus amantes si

hubiera estado vivo...? Haber caído en la cuenta de que su comportamiento, el de Bellingrath y el de todos los hombres que conocía tenía un impacto severo en las mujeres, de que lo que él tenía por natural era una aberración, le había trastocado por completo.

—Bellingrath —logró articular con una voz que ni él reconoció, interrumpiendo la conversación general. El susodicho apenas alzó la mirada de su escalera real. Hizo un sonido desdeñoso con la garganta, dando a entender que lo había escuchado, pero que no estaba interesado en charlar—. Tengo que hablar con usted.

Nile quiso sacudirlo violentamente, pero se prometió que se contendría por respeto a Clarissa, cuya reputación se vería afectada si él se comportaba de forma imperdonable.

—Ahora mismo estoy ocupado, ¿no lo ve? Cuando termine la mano de cartas, le atenderé —le aseguró con la dulce condescendencia que se usaba con los niños.

Ni siquiera se había girado para averiguar quién era, y Nile dudaba que lo hubiera reconocido por el tono.

—Me temo que no puede esperar —sentenció con frialdad—. Es bastante urgente.

—No creo que haya en juego nada tan importante como las diez libras que he apostado.

—Eso depende. ¿Qué valora más? ¿Su fortuna o su pescuezo? —le ladró, ya sin rodeos.

La amenaza alteró la calma del club. Cómo no hacerlo, si era conocido por conceder la membresía a los caballeros más ilustrados y correctos de la sociedad aristocrática.

Bellingrath no fue el único que alzó la barbilla. También sus compañeros de juego buscaron con la mirada el origen de la trifulca.

El conde palideció en cuanto intercambió una mirada con Nile. Este, que se había forzado a mantener la calma en la medida de lo posible, no pudo sobreponerse al arranque de ira en cuanto tuvo su rostro a tan escasa distancia. Los ojos saltones que recordaban a un pollo degollado, las mejillas arreboladas por la buena vida que se daba, disfrutando de los mejores manjares y ahora sabía que también de las mujeres más exquisitas, incluso si estas no estaban dispuestas; todo en él, la grasa que colgaba de su barbilla y las orejas separadas de la cabeza, el ralo cabello gris, le produjo un asco tan desmedido que no pudo contenerse más.

Lo agarró por la fina corbatilla que lucía sobre el pecho y lo levantó del asiento de un contundente tirón.

—¿Qué diablos ha...? —balbuceó este, enrojeciendo por la indignación—. Sea lo que sea que le haya contado la puta de su mujer, le aseguro que no es...

Nile no se había propuesto mostrar misericordia, pero hasta la sensatez abandonó su cuerpo al asestarle un primer derechazo. El golpe resonó en el salón como una bomba antes de instalarse un silencio sobrecogedor.

—No te atrevas a ponerte el nombre de mi esposa en la boca, miserable bastardo —le espetó a un palmo de la cara, sujetándolo por las solapas de la chaqueta.

—¿Ha perdido... ha perdido la cabeza? ¿Cómo se atreve a golpearme en... en White’s? ¡Está loco! —aulló, llamando la atención de los lacayos que paseaban entre las mesas con las bandejas.

Nile sintió que alguien intentaba detenerlo tomándolo del brazo, pero se deshizo de su agarre y se concentró en Bellingrath con los ojos fuera de las órbitas. Antes de que pudiera volver a hablar, le propinó otro puñetazo que hizo que le saltara la sangre de la ceja derecha.

—¡Dios santo! ¡Deténgase! —Intentó cubrirse con las manos, pero Nile se las apartó con otro golpe que le obligó a sacudir la muñeca ahora herida—. ¡¿Qué es lo que quiere?!

—¿Qué cree que puedo querer, hijo de puta? ¿Qué puedo querer a estas alturas, si no es venganza? Si de mí dependiera, no saldría vivo de este sitio. Y parece que en mis manos va a quedar su destino, porque nadie me va a mover de aquí hasta que me haya desquitado.

Las lágrimas de Clarissa acudieron a su mente; todos esos días y noches que Nile había pasado revolviéndose bajo las sábanas, muerto de preocupación. Aquel malnacido había provocado un cisma en su matrimonio antes incluso de pasar por el altar, les había escamoteado la felicidad de la que podrían haber disfrutado desde el principio; le había robado a Clarissa aquello que necesitaría no ya para entregarse a él, sino para sentirse dueña de su ser, de su cuerpo y de sus sentimientos. Pero no solo la rabia hacia el conde dirigía la lluvia de golpes que cayó sobre Bellingrath y sobre quienes inútilmente trataron de detenerlo, sino el desprecio hacia sí mismo por haber sido tan estúpido y no haberlo visto desde el principio; por haberse atrevido a burlarse con Rebecca de la situación que Clarissa estaba viviendo.

Estuvo muy cerca de volverse loco y quedar marcado para siempre. No era consciente ni del tiempo ni del lugar, y ya ni siquiera veía a dónde enviaba los golpes, porque las lágrimas de impotencia le anegaban los ojos y no oía otra cosa que los gemidos animales que barbotaba; un sonido que ni siquiera era humano, y que espantaba a aquel que intentaba detener la pelea.

Pero no era una pelea en igualdad de condiciones, porque Bellingrath no podía defenderse. En algún momento había caído de espaldas al suelo como peso muerto, y Nile se había situado a horcajadas sobre él para saltarle los dientes.

Llegó un punto en el que sus rasgos faciales eran indistinguibles.

Su cara se había convertido en un cuadro de sangre.

—¡Ya basta, Nile! —gritó una voz familiar, agarrándolo por los brazos y tirando de él hacia atrás—. ¡Lo vas a matar!

—¡Eso pretendo! —rugió él. Ni siquiera Nile era lo bastante robusto para evitar que el salvador lo arrastrara lejos de Bellingrath. Ahora que no podía usar los nudillos en carne viva, se tuvo que resignar a patear al conde con violencia—. ¡Más te vale huir de la ciudad! ¡Irte muy lejos! ¡Como te encuentre en alguna parte, como te vea merodear a tan solo tres manzanas de mi casa, te juro que te mataré!

Los brazos amigos que le habían contenido a base de fuerza bruta lo guiaron a uno de los salones anexos, donde estaría a salvo del horror del público. Bajo el quicio de la puerta se habían acomodado un par de curiosos. Habían observado la pelea con una mezcla de desprecio hacia el vergonzoso comportamiento Nile y morbosa curiosidad por el origen de la disputa.

Se apartaron a regañadientes en cuanto salvador y agresor pretendieron quedarse a solas.

El mediador lo soltó en uno de los sillones como si fuera una muñeca rota, y, a continuación, se apresuró a cerrar la puerta.

Nile lo reconoció en cuanto pudo apartarse las lágrimas de rabia a manotazo limpio.

Harding Wargrave se valía de su intimidante estatura y sus párpados entornados para censurarlo. Permanecía a la distancia considerada razonable dado que existía el riesgo de ser su siguiente víctima. Iba vestido apropiadamente para una visita a White’s: combinaba un impecable traje verde oscuro con un chaleco dorado.

Cuando creyó que Nile habría recuperado el juicio, lo agarró por las solapas del frac y lo sacudió con el ceño fruncido, esperando así sacarle la rabia de encima.

—¿Se puede saber qué diablos te ha poseído? —le espetó Harding.

Si Nile hubiera estado en condiciones de darse cuenta, se habría percatado de que su viejo amigo nunca lo había mirado de esa manera, como si no lo conociera. Ni siquiera el primer día que coincidieron, momento en el que sus vidas cambiaron para siempre, se había mostrado tan lejano a él. Ya durante las presentaciones tuvieron la sensación de que habían tropezado en una vida anterior.

—¿Y a ti qué demonios te importa? —rugió Nile, tratando de apartarlo con impaciencia. Pero

por más que lo disimularan los trajes de dandi y las buenas maneras de futuro barón, Harding había sido forjado en acero, y Nile no logró que apartara las garras de su chaqueta—. ¡Suéltame, maldito seas!

—¿Para que vayas a rematar a Bellingrath? Me tendrás que perdonar, pero me niego a ser cómplice de un asesinato.

—Como si no me odiaras lo suficiente para ir a declarar en defensa del conde y arruinarme la vida del todo.

—Desde luego que te odio suficiente, pero no como para alegrarme de verte en la cárcel. Más que nada porque, por lo poco que he podido ver, tu matrimonio es lo bastante caótico como para que una temporada entre rejas te supusiera un alivio. Y aquí no estamos para ayudar.

Nile lo atravesó con una mirada hostil.

—No tienes ni idea de nada, así que cierra el pico y déjame solo.

—No pienso moverme de aquí hasta que te tranquilices y recapacites sobre el escándalo que acabas de armar.

Sonó a advertencia, como la inmensa mayoría de las palabras que salían de sus labios.

Aun sabiendo que no daría su brazo a torcer, Nile le desafió con la mirada. Pero Harding había nacido con el don de lograr que hasta el alumno más insurrecto le obedeciera. Incluso le rindiera pleitesía.

El futuro barón se sentó en el sillón de enfrente, se cruzó de piernas y encendió de nuevo el puro que, por lo visto, se había estado fumando antes de intervenir. Con lentitud, se deshizo de la chaqueta, la dejó sobre el reposabrazos y clavó una mirada vigilante en Nile.

Todo apuntaba a que no la despegaría de ahí, así ocurriera una desgracia.

Encorvado sobre sí mismo, Nile se sujetó con la cabeza entre las manos. Lejos de calmarse, estaba más nervioso incluso que al principio. Temblaba como si lo hubieran arrojado a un invierno siberiano con nada más que lo puesto, y aunque luchaba por reprimir las lágrimas de impotencia, le quemaban en las cuencas de los ojos. Aislado en su soledad, Nile se entregó a un llanto inconsolable que abrió surcos de fuego en sus mejillas. No llegó a olvidarse por completo de que Harding estaba allí, no sabía si regodeándose en su dolor u ofreciéndole su silencioso consuelo, como hizo cuando perdió a su familia. No le importaba en absoluto el que fuera su sentir. Solo la imagen de Clarissa permanecía anclada a su cabeza.

El propietario de White’s entró sin llamar, pero eso fue todo lo que Nile supo sobre él o sobre lo que sucedía a su alrededor. Le pareció que Harding se levantaba con presteza y se dirigía al susodicho para intercambiar unas palabras. Tuvieron que ser determinantes, porque no lo largaron del club. Le dejaron permanecer allí Dios sabía cuánto rato, tal vez minutos, tal vez horas.

Cuando por fin se había tranquilizado para mantener una conversación civilizada, se topó con la mirada fija e imperturbable de Harding, que, según creyó, se había estado encendiendo un puro tras otro durante aquel rato; muestra de ello eran los residuos que descansaban en el cenicero macizo situado sobre la mesilla de café.

Había que conocer muy bien al honorable Harding Wargrave para saber que cuando fumaba de forma compulsiva era porque algo le preocupaba profundamente.

Nile notaba la garganta árida, los ojos le escocían y notaba la cara pegajosa y a la vez reseca por culpa del rastro que las lágrimas habían dejado en su piel.

Tuvo que renunciar a ser quien iniciara una charla ineludible a todas luces.

—No podrás volver a poner un pie en White’s —le anunció Harding en tono desapasionado, ese que empleaba para enmascarar sus emociones—. Lo sabes, ¿verdad?

Nile apartó la mirada y se recostó hacia atrás, de pronto consciente de que le dolía todo el cuerpo como resultado de la insoportable tensión. Parecía que cada golpe que le había propinado a Bellingrath se hubiera vuelto contra él.

—Que todo lo malo sea eso —murmuró para sí.

—No podrás poner un pie en ningún sitio, de hecho —se corrigió Harding—, porque se correrá la voz sobre el accidente. Supongo que eres consciente de que...

—Me es indiferente convertirme en un paria social —le espetó Nile, harto de que centrara la conversación en un asunto para él baladí—. Los únicos sitios en los que habría querido estar me fueron vetados antes de que se me ocurriera armar este escándalo.

Harding no respondió enseguida, dándose por aludido con el comentario.

Por supuesto, eligió no hacer una acotación al respecto.

Nunca había sido un hombre sentimental.

—Entonces no estás tan fuera de tus cabales como temí en un principio —respondió, acercándose el puro a los labios—. Reconoces que has armado un escándalo de padre y muy señor mío.

Nile se inclinó hacia delante, retador.

—Y lo haría mil veces más —le aseguró en tono amenazante.

Harding le sostuvo la mirada como si lo necesitara para cerciorarse de que hablaba en serio. Le intuía ansioso por comprenderlo, por averiguar qué había motivado el deseo de que corriera la sangre, pero Nile sabía que no pondría su orgullo en entredicho expresando su preocupación.

O eso habría jurado.

—¿Qué te ha hecho ese viejo? —preguntó, abandonando por fin la pose regia. Dejó el puro en el cenicero y apoyó los codos sobre las rodillas—. Es un imbécil, pero un imbécil inofensivo. Lo único que hace es jugar a las cartas los fines de semana y airear cuánto dinero acumula en sus arcas. No me digas que te has puesto celoso porque, antes de estar contigo, tu esposa estuvo comprometida con él.

—No me importaría que ella hubiera estado comprometida con él si él no la hubiera comprometido a ella —masculló en voz baja, con la vista clavada en el suelo. Seguía viendo borroso, y aún respiraba con dificultad—. Ese bastardo hijo de puta... Esa basura humana...

La voz se le quebró y no pudo continuar. Se pasó la mano por la cara presionando puntos de alta tensión, como la mandíbula.

Supo que no tenía que especificar ni airear la pesadilla de Clarissa en cuanto su mirada coincidió con los ojos oscurecidos de Harding. Por un instante de complicidad, el futuro barón pareció cargarse de la misma rabia candente.

Nile estuvo a punto de soltar una carcajada envenenada, asqueado una vez más con su propia ignorancia. Porque por supuesto que el honorable Wargrave había captado el problema al vuelo. Su amigo jamás se había acostado con una prostituta, ni había mirado a una virgen con lascivia. En las reuniones que organizaba en su casa, se cuidaba de guardar silencio cuando sus invitados arrancaban a describir con licencioso detalle los atributos femeninos de las damas respetables sobre las que se abalanzarían a la menor oportunidad.

Como el mismo Harding decía siempre que le preguntaban por sus preferencias en tono salaz, las únicas mujeres que le gustaban eran aquellas que le correspondían.

—No se me ocurrió —reconoció Nile, abochornado—. No se me ocurrió que una mujer pudiera sufrir en brazos de su prometido como lo haría si un vagabundo le arrancara la falda en un callejón oscuro. Incluso más, si cabe.

Harding tardó en contestar, pero cuando lo hizo, fue con una sabiduría que Nile lamentó no

haber tenido a mano al comienzo de su matrimonio.

—Me temo que la idea de consentimiento no está tan extendida entre los hombres como para contemplar esos casos como lo que son; un abuso de poder en toda regla. Y quien es consciente de ello, decide hacer la vista gorda para seguir beneficiándose de sus privilegios.

—Pero tú sí contemplas esos casos como lo que son. Lo has captado al vuelo. ¿Por qué?

—Tengo una hermana pequeña y me codeo con el género masculino —respondió con llaneza —. Es decir, sé cómo se las gastan unos y me puedo imaginar cómo las otras reaccionan a sus atropellos. Si he de elegir entre simpatizar con las situaciones en las que mis amistades ponen a sus esposas y cómo se sentiría Becks de llegar a sufrir ciertas vejaciones, tengo muy claro mi bando.

—¿Cómo es posible que te resulte más sencillo comprender a una mujer que comprenderte a ti mismo?

—Como ya te habrás percatado, a ella la quiero muchísimo más —sentenció con sencillez—. Más que a ti, más que a mí, y, por supuesto, más que a ningún otro idiota. Proteger su honra, su sensibilidad y sus derechos es mi prioridad.

Sin ser consciente de ello, Harding había verbalizado de un modo distinto las palabras que una vez le dirigió su padre: el amor era una iluminación sagrada. Abría los ojos a realidades que se daban por sentadas. Sin él, Nile habría seguido ignorando, más por ignorante que por sádico, una tortura prácticamente institucionalizada.

—La adoro con todo mi ser —se desahogó sin apartar la vista de Harding—. No sé cómo ni cuándo ha ocurrido, porque Dios sabe que no me lo ha puesto fácil y que yo no estaba dispuesto a convertirme en el hombre de sus sueños; el rencor acumulado me lo habría impedido, pero... — emitió un suspiro entrecortado. Incrédulo, incluso—. La quiero tanto, Harding. Su dulzura me conmueve, y su fragilidad me insta a mostrarme paciente, a comedirme en las discusiones, a ser mejor cada día. Su dolor me ha inspirado a ser generoso sin hacer alarde, sin esperar absurdas compensaciones. Es tan tierna y vulnerable, tan buena y a la vez implacable si te atreves a desairarla... —Meneó la cabeza, como si no pudiera creer que no lo hubiera visto en todo ese tiempo—. Y también inteligente. Tiene fuertes opiniones sobre cada ámbito de la vida, y hace una reflexión brillante en el momento oportuno. Posee esa profundidad espiritual que te da la impresión de no conocerla en absoluto. Te volverías loco de angustia como yo: cada vez que hablas con ella, te percatas de que siempre que lo hagas, descubrirás algo nuevo, y quizá nunca llegues a descifrarla por completo..., ¿comprendes lo que te digo? Y aunque eso me frustra, cuento con aprender a quererla por lo que me quiere mostrar y nada más que eso. Y, sobre todo... Sobre todo, Harding, es fuerte; fuerte de una manera insólita y admirable que yo jamás habría contemplado si no la hubiese conocido. No he tratado a nadie que luche cada día por alejarse un paso más del miedo que la controla. Clarissa arremete contra él y a veces fracasa, pero nunca cede. Todos nosotros, los demás, ignoramos lo que tememos o lo escondemos de nuestra vista. Ella... ella lo ha peleado bajo sus propias condiciones.

Y tanto que lo había peleado, pensó. Lo peleó bailando su primer vals con un hombre que no era su prometido para darle a entender a Bellingrath que no podía controlarla; lo peleó tratando de huir de él en su mismísimo debut en un coche que no era suyo, aun si el futuro que la esperaba era incierto. Lo peleó intentando escapar de Bloom’s Park, en secreto y también advirtiéndole a él con una determinación feroz, y todo porque aún tenía la remota esperanza de ser feliz en otra parte. Lo peleó escogiendo a la mujer que daría un heredero al marquesado, porque por encima de su cadáver volvería a permitir que un hombre la tocara si ella no quería.

Y lo había peleado, sobre todo, permitiendo poco a poco que Nile entrara en su vida, una vida

en ruinas, y acercándose cada vez más a su cuerpo, un cuerpo roto del que no se sentía dueña, sino presa.

Había luchado a su manera silenciosa pero tenaz, y había salido victoriosa.

—Por eso he estado a punto de matar a Bellingrath —musitó a modo de conclusión—. Porque el enemigo de mi mujer es mi enemigo.

—Creía que tú eras su enemigo.

—Yo espero ser su amado enemigo. Él es el enemigo que destruiremos juntos.

Nile pensó que Harding, en su línea de tomar la decisión correcta, le expresaría que esa no era la manera de proceder.

Lo sorprendió por segunda vez en la noche.

—Existen formas más contundentes de hacerle daño a un hombre con la personalidad de Bellingrath —comentó como si el asunto no fuera con él—. Se pueden sacar a la calle un par de rumores hirientes que le garanticen el ostracismo. Lo conozco y sé que nada le afectaría más que verse arruinado en el ámbito social.

—¿Y qué rumores serían tan contundentes como para lograr algo así?

—Déjalo en mis manos. —Hizo una pausa para recuperar el puro y dar una calada.

—Sí, sobre todo en tus manos, las del hermano de la mujer a la que hace meses pretendía. Estoy desesperado por tomar represalias —le aseguró—, pero sospecho que conseguiré justo lo contrario si confío en ti.

Harding lo acalló con una mirada hostil, eclipsada por la densa nube de humo que había expulsado.

—Hay cosas con las que un caballero no juega —acotó con severidad—. Y no es una cuestión de hermandad, de que vaya a ayudarte porque fueras mi buen amigo, sino de justicia. Yo siempre estoy en este lado de la balanza. El rencor no puede convencerme de tomar la decisión equivocada.

Nile sorbió por la nariz y le sostuvo la mirada.

—¿No piensas que te haya mentido sobre mi situación para ganarme tu favor?

—No eres esa clase de hombre —atajó sin ambages.

—Pues la última vez que nos vimos parecías muy seguro de que soy exactamente ese tipo de hombre —le recordó con rencor—, y también te alegraste de achacarme delitos que sabías que en ningún mundo habría sido capaz de cometer. Pero solo por curiosidad, ilumíname, Harding; dime en qué momento has decidido que ya no soy de los que mienten para ganarse tu favor.

—En el momento en el que te he visto entrando en prisión por amor.

Nile abrió la boca, pero la réplica inteligente con la que le hubiera gustado sorprenderle no acudió a tiempo a su mente. Se limitó a guardar silencio, a otearlo en la distancia como si fuera un rival traicionero cuando nunca podría ser nada parecido.

Harding era un hombre que se guiaba por unos códigos. Generalmente, su definición de lo correcto se correspondía con lo que entraba en el decoro social, pero si por casualidad su parecer contradecía las normas no escritas sobre el buen comportamiento, poco le importaba pasarlas por alto.

Ahora bien: no había puesto en pausa su agradable velada nocturna en White’s para vigilarlo porque le pareciera lo adecuado, sino porque era su amigo.

Saberlo hizo que Nile relajara los hombros desde que Clarissa entró en el dormitorio.

Aprovechó que lo tenía delante, quizá por tiempo limitado, tal vez por última vez, y dijo:

—Créeme cuando digo que siento más que ninguno de vosotros lo que sucedió con tu hermana...

—Me lo puedo imaginar, Nile —suspiró Harding, abarcando el penoso aspecto del marqués con un aspaviento.

—... pero no voy a flagelarme para siempre solo para aplacar vuestro orgullo. Esta no es la vida que he elegido, mas sí la que me está tocando vivir, y si he acabado amando a mi esposa y alegrándome de que el destino se haya reído de mis planes, no se me puede acusar ni de egoísta ni de desconsiderado. Solo soy un hombre más que hace cuanto está en su mano para encontrar la felicidad, a la que tiene el mismo derecho que cualquier hijo de vecino, así acumule defectos e imper... —Se calló en cuanto asimiló con retardo lo que Harding le había respondido—. ¿Te lo puedes imaginar, has dicho?

Harding meneó la cabeza a regañadientes.

—Después de dedicarle algún que otro pensamiento a lo sucedido —respondió con aparente indiferencia—, llegué a la conclusión de que ningún hombre en su sano juicio tomaría conscientemente una decisión que le mereciera mi eterno desprecio. Aunque, en vista de los acontecimientos —prosiguió, mesándose la barbilla mientras lo escudriñaba con aire pensativo —, no pareces un hombre en su sano juicio. Tal vez esté muy equivocado y no te moviera la maldad, sino la enajenación mental.

Nile esbozó una sonrisa sin energía.

—No, Harding. No te equivocas —le aseguró con un nudo en la garganta.

—Bueno es saberlo.

El futuro barón se puso en pie. Mientras buscaba en alguno de los bolsillos secretos del interior de su chaqueta, se acuclilló ante Nile. La postura tuvo al marqués con el alma en vilo hasta que Harding confesó sus intenciones humedeciendo de alcohol un pañuelo de tela con sus iniciales.

En completo silencio, lo cogió de las manos y se empleó limpiando los nudillos destrozados.

—No quieres que tu esposa se preocupe al verte llegar a casa de esta guisa —resumió con voz queda. Se incorporó—. Continúa tú, y sé rápido. Va siendo hora de salir de aquí. El propietario me ha dado un máximo de hora y media para sacarte de White’s para siempre, y me temo que estamos excediendo el tiempo de gracia.

Nile se frotó las heridas abiertas hasta que lucían un aspecto más presentable, solo inflamados y no ensangrentados. Le costó doblar los dedos sin ver las estrellas, y le costó también levantarse del asiento. Se sentía como si pesara cien kilos más que la última vez que se puso en funcionamiento, y probablemente no fuera una sensación suya. La culpabilidad, la desesperación y el dolor eran pesadas losas que sospechaba que tendría que cargar por toda la eternidad.

Como si Harding hubiera sabido que no estaba en condiciones de moverse, le pasó un brazo por la cintura para sujetarlo con firmeza del costado.

—¿Y ya está? —musitó Nile, dejándose arrastrar hacia la puerta—. ¿Me has perdonado?

—¿Qué otro remedio tengo? Si no hubiera sido por mí, hoy habrías terminado la noche en el cementerio. Uno de los lacayos estaba a punto de romperte un jarrón en la cabeza cuando he aparecido. Es obvio que me necesitas —apostilló con su característica soberbia.

—Rebecca también te necesita. No te perdonará que te relaciones conmigo.

—Es probable que debamos llevar nuestro romance en secreto, sí —ironizó con un fondo de amargura—. Haz el favor de dejar que yo lidie con mi hermana, Nile. La última vez que miré, la conocía mejor que tú —le recordó, mirándolo de reojo. No disimuló la censura en su tono al agregar—: ¿Por qué crees que me opuse a que la cortejaras desde el maldito principio? Esto iba a acabar como el rosario de la aurora.

Nile soltó algo parecido a una carcajada.

—Claro que sí. Una vez más, Harding Wargrave predice el futuro.

Su amigo puso los ojos en blanco, pero en otras circunstancias, a sus labios habría asomado una sonrisita sabedora. Le gustaba asegurarse la victoria de las discusiones atribuyéndose el don de la clarividencia. «Lo sabía» era su coletilla más socorrida para agenciarse la razón incluso con retroactividad.

El momento de complicidad tocó a su fin en cuanto cruzaron el umbral y se toparon con que la escasa concurrencia masculina había permanecido inmóvil en el sitio, presumiblemente comentando lo sucedido con una mezcla de pasmo y desprecio hacia Nile. Aun sabiendo que no querrían escucharle, no se arriesgó a perder su oportunidad y aprovechó que los ojos estaban puestos en él.

—Quiero que conste en acta que Bellingrath ha amasado toda su fortuna mediante soborno y estafa, y que ha tenido hijos bastardos con algunas de las damas más respetables de la ciudad.

Nile observó que la reacción generalizada era escandalizarse con la información. Lejos de enorgullecerse de arruinar la reputación de Bellingrath, apenas experimentó una levísima satisfacción. Las consecuencias sociales que el conde sufriría de ahí en adelante por una burda mentira, y solo si los caballeros decidían correr la voz, no serían absoluto comparables con las que Clarissa había padecido.

Aun así, poco más podía hacer. Proclamando a los cuatro vientos la pura verdad, que el conde de Bellingrath abusaba de su poder contraviniendo el consentimiento de las mujeres, ni uno solo de los caballeros movería un dedo. Darle la espalda por esta razón conllevaría cuestionar los pilares en los que se sustentaban el matrimonio y la intimidad, y ningún hombre de la sala renunciaría jamás al pleno dominio sobre su mujer, su amante o su prometida.

Gracias al firme agarre de Harding, lo único que podría haberle dado la fuerza que necesitaba para recomponerse, logró salir de White’s dejando a su espalda a un puñado de agitados aristócratas.

Capítulo 28

Clarissa no dejó de deambular por toda la casa hasta que Nile regresó, y eso no sucedió hasta cuatro horas después de su precipitada partida. Sospechaba que se había marchado a Bloom's Park con tal de ampliar las distancias entre los dos, motivado por el asco hacia ella.

Incluso llegó a pensar que no volvería a verlo.

Pero ya de madrugada, oyó que el mayordomo se apresuraba a coger el abrigo de su señor, y que este se encaminaba sin energía al dormitorio. Ese dormitorio donde Clarissa estaba frotándose los muslos, más nerviosa con cada paso que Nile daba.

Se había concienciado para hablar con él en cuanto volviera. Nada más Nile cruzó el umbral tambaleándose, Clarissa se levantó del borde de la cama y lo encaró.

Se había puesto sin otro remedio uno de los camisones de su ajuar de novia, uno menos desgastado por el uso y mucho más sugerente. Pero él no pareció ser consciente de lo revelador de la tela.

¿Y si ya no la deseaba?

¿En qué momento esto habría dejado de ser un alivio para convertirse en una tragedia?

Nile había hecho acto de presencia con la cabeza gacha y el frac arrugado, como si viniera de haberse cogido una cogorza.

—¿Dónde has estado? —quiso saber ella con un nudo en la garganta. Él alzó la barbilla y la miró como si la viera por primera vez, pero no fue de los matices de lo que Clarissa se dio cuenta, sino de lo que saltaba a la vista: tenía los ojos inyectados en sangre y enrojecidos, y las comisuras de su boca, torcida en una mueca, apuntaban hacia abajo. Era la viva imagen de la derrota, y si bien Clarissa estaba en parte furiosa porque se hubiera marchado en un punto crítico, no pudo sino compadecerlo—. ¿Qué ha pasado?

Nile no dijo nada. Arrojó al respaldo del sillón la chaqueta que había estado descansando en su antebrazo, se quitó los zapatos y se fue deshaciendo del frac sumido en un silencio que asustó a Clarissa.

—¿Por qué no me respondes? ¿Tanto me odias? —preguntó con voz temblorosa—. Nile, yo... Seguro que piensas que no me resistí lo suficiente, o que me merezco todo lo que me ha pasado por no haberme defendido. Tal vez creas que exagero, o... A lo mejor solo te sientes estafado porque mi actitud esquiva se debiera a una razón tan estúpida. A fin de cuentas, Bellingrath solo tomaba lo que era suyo, lo que...

Se obligó a callar.

No había luchado contra la culpabilidad para caer nuevamente de lleno en vicios superados. Clarissa había sufrido, y poco importaba si los demás no se lo reconocían. Nadie iba a arrebatarle su verdad.

—No sé qué es lo que hay en tu mente —reconoció ella—, pero seguro que no albergas hermosos sentimientos hacia mí ahora mismo, y eso me... Por favor, deja que me explique mejor, o solo olvida que te lo he dicho —le rogó, de pie junto a la descalzadora con las manos retorcidas en el regazo—, pero, te lo ruego... Mírame a la cara.

—No puedo —articuló él pasados unos temibles segundos.

Clarissa sintió que los ojos se le anegaban en lágrimas.

—¿No...? —Se las secó con un manotazo rápido—. ¿No puedes?

Nile sacudió la cabeza antes de girarse hacia ella, todavía sin alzar la mirada.

—No puedo porque me siento profundamente avergonzado. Porque no me lo merezco.

La respuesta sorprendió a Clarissa. No supo cómo reaccionar. Y no tuvo que hacerlo, porque él se acercó como si no quisiera asustarla y, para su inmensa sorpresa, se arrodilló a sus pies para abrazarla por la cintura.

Ella permaneció con los brazos inmóviles, apretados contra las caderas. La mejilla de Nile le presionaba el vientre, suplicando cariño como un pobre animal sin dueño.

—¿Cómo puedes haber creído por un segundo que pensaría esas barbaridades sobre ti? —musitó, acongojado—. ¿Cómo has podido pensar que te abandonaría? Para alejarme de ti, Clarissa, tendrías que atarme un peso muerto al tobillo y arrojarme al mar. Tendrías que enterrarme vivo. Yo no sería capaz de marcharme por voluntad propia.

—Nile... —balbuceó Clarissa.

Como las palabras le fallaron, le acarició el pelo.

—¿Cómo han podido hacerte tanto daño...? ¿Cómo han podido hacerlo sin que yo me diera cuenta? —Trató de esconderse entre los pliegues del camisón de Clarissa, presionando la frente contra su ombligo—. Recuerdo todas esas veces que te ofendí por gusto cuando tú estabas viviendo un infierno... Todas esas veces que Rebecca te atacó. La noche de bodas... —Se estremeció—. He sido tan cruel contigo.

—No podías saberlo —lo consoló ella—, y ya sabes cómo me siento respecto a nuestra pasada enemistad. No mentí cuando te dije que coincidir contigo era lo único que me sacaba a rastras de mi agujero de miseria. Tú nunca has sido el problema, Nile. De hecho, siempre estuviste cerca de ser la solución.

Él alzó la barbilla para mirarla con los ojos húmedos.

—¿Y lo he sido al final? ¿He sido la solución? Porque siento que contigo todo lo hago mal, Clarissa. Si pienso en las veces que te he... presionado...

—No me he sentido presionada contigo, y te equivocas. —Clarissa tomó su rostro entre las manos y le dedicó una tierna sonrisa—. Siempre he sospechado que tendría una única oportunidad para ser feliz, y gracias a Dios he ido a parar con el hombre que podía darme la seguridad, la paciencia y el respeto que necesitaba.

Le sorprendió darse cuenta de que era sincera. Había estado tan asombrada por el hecho de que Nile se fuera metiendo bajo su piel que no había reparado en que, en algún punto del matrimonio, había dejado de odiarlo. Era imposible despreciar a un hombre que se esforzaba día y noche por alejarla de los malos recuerdos y crear unos nuevos.

Clarissa se agachó para rozar los labios de Nile. Los sintió más cálidos y suaves que de costumbre por las lágrimas derramadas; lágrimas que nadie había derramado por su causa, quizá ni siquiera ella misma en cuanto comprendió que sollozando no se pondría a salvo.

Lo besó con lentitud y dulzura, recreándose en el gesto y sin temer lo que preludiaba, porque el hombre que tenía arrodillado ante sí no era su enemigo. Era su aliado. Su amante. Su marido. No solo no le haría daño, sino que había demostrado tener especial cuidado en todo lo que a ella respectaba.

Nile se incorporó utilizando las caderas femeninas como apoyo y la rodeó por la espalda y por la cintura para profundizar el beso, poseído por un inesperado ramalazo de pasión. Clarissa dejó de acariciar los mechones más oscuros para cerrar el puño sobre la nuca de él, estremecida por la necesidad que había estallado en su cuerpo. Abrió la boca para jadear en voz alta, y se apretó contra Nile, desesperada como nunca por sentir su contacto.

Aquella noche había dado el último paso hacia la confianza definitiva, y estaba tan

entusiasmada y deseosa por demostrarle que lo adoraba que no podía evitar sonreír, llorosa, entre besos.

Clarissa solo se separó para tomarlo de la mano y guiarlo a la cama. Viendo lo que se proponía, Nile estableció el contacto visual para transmitirle sus dudas.

—Puedo esperar cuanto sea necesario —le aseguró, pero su voz ronca decía lo contrario.

Al principio, Clarissa había estado debatiéndose entre sentirse halagada porque la deseara tanto o asqueada por esa misma razón. Ahora que sabía que Nile no la llenaba de caprichos solo para poseerla, la balanza se pudo inclinar por fin a favor del halago.

—Pues yo no quiero esperar más —murmuró ella.

Decidió empezar por la tarea más abordable, que fue quitarle los guantes. Maldita la hora. Tuvo que reprimir una exclamación ahogada al ver que tenía los nudillos en carne viva, como si la hubiese emprendido a golpes con alguien.

En lugar de buscar su mirada o pedir explicaciones, aceptó y comprendió que aquella hubiera sido su forma de desahogarse y se llevó su mano derecha a los labios para besar los puntos más inflamados.

Oyó a Nile sisear entre dientes.

—No pude contenerme —reconoció, no tan avergonzado como impotente—. Ni tampoco podía detenerme. Por un momento pensé que nadie lograría sacarme de allí.

—¿Te duele? —susurró Clarissa, apoyando la mejilla en el dorso.

Él la miró con los ojos entornados, debatiéndose entre el deseo y el bochorno de que hubiera visto las marcas de violencia.

—Tú me dueles —confesó con un hilo de voz.

—No... Hoy no. Ya no. —Se frotó delicadamente con su mano herida, rogando su afecto como una gata mimosa—. A partir de hoy voy a cuidarte.

Sin soltarle la mano, tomó asiento en el borde de la cama y se tendió con la cabeza sobre la almohada. Le dirigió una sonrisa temblorosa, primera señal de los nervios que empezaban a apoderarse de ella.

Él vaciló antes de deshacerse del chaleco y arrojarlo a un lado.

—Si en algún momento quieres que me detenga... —empezó con tono de advertencia.

—Te lo diré —le aseguró.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Clarissa extendió los brazos para que acudiera a refugiarse en ellos.

Nile agradeció la calurosa bienvenida de su cuerpo besándola con fervor desmedido. Recorrió la longitud de su cuello y la curva de sus hombros con caricias apresuradas y por eso mismo excitantes. Clarissa quería temer el dolor hacia lo que sucedería a continuación, pero él, con su pericia y su erotismo, le complicaba sentir algo distinto a impaciencia. Llegado cierto punto, cuando Nile ya se había hecho un hueco entre sus temblorosas rodillas, se dijo que no tenía sentido luchar contra el deseo y se esforzó por relajar los músculos.

Como si Nile supiera que ella lo necesitaba para recordarse que era él y nadie más, mantuvo la luz encendida. Esperó a que Clarissa lo mirara a los ojos en un par de ocasiones antes de continuar y le dedicó palabras dulces durante todo el proceso de desvestirla. Por cada corchete desabrochado, por cada centímetro que el dobladillo del camisón escalaba hacia arriba, Nile le dedicaba una caricia a una zona de su cuerpo teóricamente ajena al amor, una zona que a partir de ese momento quedaba bendecida como una de tantas que exigirían sus atenciones en el futuro.

Clarissa se negó a ejercer de sujeto pasivo y peleó contra la torpeza de sus dedos para liberarlo de la camisa, que le sacó por la cabeza y mandó a la otra punta del dormitorio.

Ya lo había visto desnudo, pensó con alivio. Ya se habían tocado de todas las formas en que dos personas que se necesitaban podían tocarse. Esa noche solo tendría lugar el último paso, la culminación del sexo, pero habían recorrido todo un camino arduo y a la vez excitante durante el último mes. Sabía cómo era su piel al tacto, cómo sabía y olía, estaba familiarizada incluso con su miembro, con sus besos húmedos y la manera en que gemía.

En cuestión de segundos, ambos estuvieron en cueros. Nile permanecía sobre ella, acariciándola entre las piernas para prepararla para la intrusión. Que se tomara esa entre otras tantas molestias la emocionó y tuvo que contenerse para no lagrimear.

Clarissa se convenció de que no le dolería. Y no solo eso, sino que esa vez lo disfrutaría. La presión de sus labios y la insistencia de sus dedos, estimulando el pliegue frontal y amenazando con introducirse dentro de ella, la llevaron a un trance enajenado del que no habría querido salir jamás.

—Así me gusta —musitaba Clarissa con la boca entreabierta y los ojos cerrados. Se aferraba a su hombro, a su cintura o a su cabellera. Ansiaba estar en todas partes a la vez—. Así es... así es como me gusta...

—Lo sé, lo veo en tu cara —respondió él con voz grave, tan cerca de su oído que Clarissa lo sintió como si hablara dentro de ella—. Tu preciosa cara... ¿Tienes idea de cuánto tiempo he soñado contigo?

—Por lo menos dos meses —jadeó una carcajada.

Sus caderas empezaban a moverse al ritmo de los dedos de Nile.

—Casi un año entero... Puede que incluso toda mi vida —reconoció él con vehemencia—. En el preciso momento en que te vi, Clarissa... Cuando te vi en aquella habitación, sola... Te juro que no solo deseé estar dentro de ti. Deseé todo lo que tú quisieras darme.

Clarissa lo abrazó con fuerza contra su pecho y lo besó en la sien, en el cartílago de la oreja y la mejilla. Lo rodeó por la cintura con las piernas y se ocupó de anclarlas al sitio cruzando los tobillos.

—¿Estás preparada? —preguntó en voz baja, separándose lo suficiente para mirarla a los ojos.

Ella tragó saliva y asintió con la cabeza frenéticamente.

—Sí. Esta... esta va a ser mi primera vez —respondió con un hilo de voz, y afianzó las manos en los músculos ondulantes de la espalda.

Apretó los párpados, esperando el pinchazo inevitable, ese dolor que, por mínimo que fuera, nunca faltaba en momentos de intimidad..., pero no llegó. Sintió cómo Nile se iba introduciendo dentro de ella lenta y deliciosamente, y cómo su carne se iba abriendo para él, pero la intrusión no trajo consigo ninguna experiencia física distinta a un soberano golpe de calor y una oleada de placer inaudito.

Clarissa gimió sin ser consciente de con qué desinhibición lo hacía y miró hacia abajo para confirmar que su vello púbico se confundía con el de él; que la había penetrado hasta el límite y ya era imposible que pudiera experimentar algo diferente al hambre irrefrenable que de pronto la sobrevino.

—¿Estás bien? —inquirió Nile.

—Sí, por favor... Muévete —le rogó con la boca seca—. Muévete y bésame.

Él obedeció con una pequeña sonrisa que desahogaba sus últimas preocupaciones. Se encajó entre sus caderas con una serie de embestidas turbadoramente sensuales y la besó al mismo tiempo. Clarissa se sintió tan colmada que tuvo que soltar una ligera carcajada para liberar la tensión. Los golpes de cintura de Nile le entrecortaban la risa, pero no lograron borrar ni su expresión de éxtasis ni sus labios curvados en una sonrisa de incredulidad.

Cerró los ojos y se abandonó al rítmico empuje, a los besos que repartía por su pecho y su rostro, a las caricias y a los arañazos que le hacía sin querer al agarrarla por la cadera o cubrir sus pechos con delicadeza. Sintió que alcanzaría un éxtasis mayor al del propio orgasmo cuando se dio cuenta de que Nile también lo estaba disfrutando. Había abandonado el control autoimpuesto para penetrarla una y otra vez con la ansiedad de quien nunca tendría suficiente.

—Dios... —jadeó él, retirándole los mechones rubios que el sudor empezaba a pegarle a la frente y a las mejillas—. Clarissa, mi Clarissa... Te estoy haciendo el amor.

—Lo sé... lo sé. Nile, creo que voy a...

No llegó a anunciarlo. Su cuerpo habló en su lugar. Sin que ella lo ordenara, sus caderas dieron una sacudida y arqueó la espalda, liberando el aire que había estado conteniendo en un profundo gemido. Él todavía continuó embistiéndola para alcanzar el mismo punto que Clarissa, lo que solo acentuó el sorprendente placer que le producía ahora estar debajo de un hombre. Lo que antes le había parecido un acto degradante, se le antojaba de pronto un acto de amor.

Supo que Nile también había alcanzado el orgasmo cuando se detuvo tras una estocada final y apoyó la frente contra la de ella, apretando la mandíbula para no hacer ruido. Cuando abrió los ojos, Clarissa se topó con una mirada lúcida y profundamente emocionada.

—Dios mío —murmuró él, abrazándola por la cintura—, te quiero tanto que a veces siento que este amor me devorará.

CAPÍTULO 29

Clarissa pasó la noche en vela, repitiendo para sus adentros las últimas palabras que Nile pronunció antes de derrumbarse sobre ella. Estaba segura de que no se había dado cuenta de la magnitud de su declaración, de que ni él mismo le daba importancia; que se trataba de uno de esos arrebatos sentimentales que los hombres sufrían en pleno éxtasis y enseguida olvidaban.

Pero ella no había podido olvidarlo. Ni siquiera digerirlo, porque era la primera vez en su vida que alguien le había confesado que la quería.

A lo largo de la noche, había pasado por todos los estados.

Primero se quedó conmocionada, preguntándose si habría oído bien.

Después la sobrevino la incredulidad.

¿Cómo podría quererla cuando no había traído más que miseria a su vida? Había perdido a su Becks, a su Harding, y a punto estuvo de despedirse de su paz mental también. Para el momento en que empezó a despuntar el alba y las cortinas filtraron los primeros rayos de sol, Clarissa se permitió preguntarse cómo la hacía sentir que Nile la amara.

Si es que la amaba de veras, hito que le costaba digerir.

Teniendo en cuenta que había caído rendido a los pocos minutos, aplastándola con un brazo protector sobre el vientre, dudaba que lo hubiera dicho de veras. Nadie se dormía inmediatamente después de hacer una confesión de esa calibre. Pero en el remoto caso de que Nile quisiera hacerse cargo de sus palabras y despertara con la intención de discutirlas con ella, Clarissa sentía que debía adelantarse y salir corriendo de allí. Estaba tan confundida por lo que aquel «te quiero» había provocado a nivel interno que aún no sabía cómo hacerle frente.

Retiró las sábanas en silencio y procuró que Nile no notara el desnivel del colchón una vez pusiera los pies en el suelo. Clarissa fue de puntillas hasta su habitación, se vistió sola, como se acostumbró a hacer en la escuela de señoritas, escogió un sombrero y un chal al azar y salió de la casa. En cuanto el aire fresco le acarició la cara, respiró hondo por fin y se permitió temblar como resultado de las emociones contenidas.

Era tanto lo que necesitaba asimilar que se sentía abrumada.

Teniendo en cuenta que Mabry's Place se encontraba a tan solo un paseo de diez minutos de distancia y no eran ni las siete de la mañana, Clarissa decidió caminar.

Necesitaba encontrarse con sus amigas. Era una urgencia como nunca se le había presentado otra. Desde que supo que podía contar con ellas incluso para las desgracias que la hacían enmudecer, Clarissa no había logrado callarse ni un secreto y debatía con las jóvenes hasta la minucia más insignificante; las cartas intercambiadas durante las últimas semanas daban fe de ello.

Temió encontrarlas dormidas, pero Clarissa ni siquiera tuvo que anunciar a quién deseaba ver para que el mayordomo, nada más reconocerla, la condujera a un coqueto saloncito de té.

Allí estaban Prim y Witty. Aún en camisón, disfrutaban de una partida de cartas.

A juzgar por las ojeras púrpuras de la una y de la otra, Clarissa apostaba por que no habían llegado a acostarse.

—Le harías un favor al mundo si te rindieras —comentó Verity, cubriendo un bostezo.

—Querrás decir que se lo haría a tus pretendientes, quienes preferirían verte descansada esta noche para así reservar todos tus valses.

—Sabes mejor que nadie que detesto bailar el vals —se quejó, poniendo las cartas sobre la mesa. Boca abajo, por supuesto—. No me digas que tu estrategia para hacerme morder el polvo es irritarme con comentarios de esa índole.

Primrose esbozó una sonrisita canallesca y cambió algunas cartas de lugar para reorganizar lo que Clarissa pronto descubrió que era una escalera real.

Era imposible vencer a Verity Burton a los juegos de cartas que los Swansea, su familia por línea materna, habían convertido en una institución familiar... a no ser que Verity Burton estuviera cansada y quisiera irse a dormir, como era el caso.

—¿Tan desesperada estás por ganarle una mano? —inquirió Clarissa con una sonrisa, llamando la atención de las amigas—. ¿Es que no sabes que el alto precio a pagar es tolerar a una irritable Verity durante veinticuatro horas? Me parece a mí que has olvidado que el mal perder de tu amiga no es un castigo leve, y su falta de sueño, menos aún.

—¡Clary! —exclamó Prim, dando un saltito en su asiento. Esperó a que la joven se adentrara en la estancia para pasarle un brazo cariñoso por la cintura, manteniendo el abanico de cartas intacto en la mano contraria—. ¿Qué te trae por aquí? La señorita Reeves nos dijo anoche que habías asistido a la fiesta. Ni se nos ocurrió que fueras a venir; por eso nos escaqueamos.

—Si te preguntan, di que nos hemos contagiado mutuamente la gripe —pidió Verity, estirando los brazos rollizos por encima de la cabeza—. Dos veces.

—¿Cómo funciona eso de «dos veces»?

—Ya sabes... —Hizo un gesto difuso con la mano—. Prim cogió la gripe y me la contagió; luego ella se curó, y yo se la volví a contagiar, y así en un ciclo sin fin que nos permite pasar cuarenta y ocho horas ininterrumpidas jugando al póquer. ¿Quieres saber cuántos rosarios me debe ya?

—¿Rosarios?

—Dice Wit que es lo único que puedo apostar —se lamentó Primrose—. Y como lo único que Verity posee son veinte pretendientes obsesionados con ella y ha perdido un total de dos veces, en teoría debe cederme el amor de un par de caballeros. Siento curiosidad por cómo se las apañará para traficar con el afecto masculino.

Clarissa soltó una carcajada.

—Si alguien puede lograr tal hazaña, esa es Wit.

Los nervios que traía de Mayfair acabaron entrecortándole la risa. Las amigas se percataron de aquello y actuaron conforme a sus caracteres: Prim la miró de arriba abajo, detectando detalles que auguraban un problema en necesidad de consejo —temblor de manos, ojeras, mejillas ruborizadas—, y Wit fue directamente al grano.

—Dudo que tú hayas madrugado tanto porque al marqués de Haverford también le guste apostar a las cartas. No me digas que vienes huyendo de él. Mi lista de indeseables está empezando a desbordarse, Clary. Como añada a uno más, voy a dejar de ser una homicida puntual para convertir el asesinato en mi trabajo no remunerado.

—¿Cómo puedes bromear con esas cosas? —rezongó Prim—. ¡Estás hablando de vidas!

—Vidas inútiles —especificó Verity, puntillosa como era en lo que a los odios viscerales refería—. Vidas que nadie echaría de menos.

—Anoche me dijo que me quería —soltó de sopetón—. Que me quiere, en realidad.

Prim renunció a replicarle a Verity, como la tensión de su cuerpo indicaba que estaba deseando. En su lugar miró a Clarissa con una mezcla de ilusión y cautela, como si no supiera si darle la enhorabuena o su más sincero pésame.

Verity se limitó a asentir con la cabeza muy despacio.

—Podrá conservar su vida, entonces —determinó con solemnidad.

—Algo me barrunté al respecto cuando te visitamos en Bloom's Park —reconoció Prim, soltando las cartas. Una sonrisa complacida le iluminaba la cara—. Un hombre no se preocupa de esa manera por su mujer si no le tiene cierto aprecio.

—No me tiene «cierto aprecio». Siendo fiel a sus palabras exactas, «me quiere tanto que a veces siente que este amor le devorará».

—¡Por Dios! ¡Qué poema tan pésimo! —Wit puso los ojos en blanco—. ¡Vuelve a la lista de hombres mediocres que deben abandonar este mundo!

—Ten la gentileza de no entrometerte en el momento de Clarissa, Witty —la reprendió Prim con la dulzura que impedía ver su censura con malos ojos—. Tú estás acostumbrada a que hombres, mujeres, niños y lo que haya en medio te declaren sus sentimientos con fervor, pero para algunas es una novedad. Una que recibimos con los brazos abiertos, ¿verdad? —inquirió, refiriéndose esta vez a Clarissa. La tomó de la mano y se la apretó, pretendiendo transmitirle que acababa de encontrar un tesoro.

Tragó saliva y se dejó caer sobre el reposabrazos del sillón donde Prim seguía sentada.

—No... no lo sé —musitó con fragilidad.

—¿Por qué te ha dicho que te quiere? —Wit enarcó una ceja—. Mi madre siempre dice que las confesiones aisladas no existen, que solo se pueden entender en su contexto, y pone de ejemplo que la primera vez que mi padre le dijo que la quería, fue cuando estaba a punto de darle con la puerta en las narices. No te puedes fiar de las declaraciones románticas que hace un hombre cuando ha perdido los papeles. O cuando te ha perdido a ti, si a esas vamos.

—¿Y después de una noche... especial? ¿Puedo fiarme de sus declaraciones entonces?

Wit y Prim se pusieron de acuerdo para abrir los ojos a la vez. La primera se encaramó al asiento dando un salto digno de trapecista y la señaló con el dedo.

—¡Y un carajo! —gritó, más entusiasmada que incrédula—. ¡Dos carajos, lady Clarissa Inglefeild! ¿Cómo fue? —exigió saber. Su interés por lo carnal era escandaloso comparado con el silencio en el que Primrose se sumió—. Una vez encontré a mis padres en plena faena y me pareció grotesco, pero luego mi madre me explicó que las sensaciones son incomparables, y que es una mezcla de fuego y... Tal vez quiera taparse los oídos, señorita Insley —agregó con malicia, lanzando una miradita perversa a su ruborizada amiga.

—Estoy bien, gracias por tu preocupación —repuso con sequedad—. Y me alegro por Clarissa. Porque tenemos razones para celebrarlo, ¿verdad? Fue... —Enseguida tuvo que admitir, a pesar de su infinita sabiduría y su habilidad para hablar con propiedad, que no tenía los conocimientos necesarios para adjudicar el adjetivo perfecto. Dubitativa, inquirió—: ¿Cómo fue?

¿Cómo había sido?

Clarissa recordó cómo sintió que su piel ardía al contacto de sus caricias, el millón de besos que había descubierto que se podían dar a una misma mujer con el propósito de volverla loca, la manera en que sus cuerpos se fundieron en uno solo y se movieron al mismo compás.

Recordó también la ternura de sus palabras, la paciencia y la delicadeza que mostró antes, durante y después; cómo su cuerpo entero se había destensado de puro alivio y agradecimiento después de alcanzar lo que Nile le explicó que era el orgasmo.

—Perfecto —anunció, anonadada por la claridad con la que lo veía—. Fue perfecto.

—A lo mejor a la que tengo que matar es a ti, entonces —rezongó Wit—. Ahora me corroe tanto la envidia que necesito experimentar por mi propio lado qué es eso tan «perfecto»... ¿Me prestarías a tu marido?

—¡Verity! —rezongó Primrose, enrojeciendo más allá de sus posibilidades. Si hubiera tenido

cuernos, el rubor le habría llegado hasta las puntas—. ¡Ya basta, por Dios! ¡No eres consciente de las barbaridades que se te ocurren! ¡Y no contenta con pensarlas, te atreves a verbalizarlas!

—¿De qué sirve pensar si no puedo expresar mis conclusiones?

—¡Te sirve para preservar tu honra intacta!

—La honra está sobrevalorada —sentenció Verity sin ambages.

Clarissa se cubrió la cara con las manos, no sabía si avergonzada o solo sobrepasada por los sentimientos que debía desenmarañar y luego enfrentar.

Por un lado estaba desesperada por volver a ver a Nile, y por otro la aterraba decirle algo inapropiado que provocara un cisma entre los dos.

—No sé qué voy a hacer ahora —musitó.

—Pues seguir adelante —resolvió Verity—. ¿Qué, si no?

—En eso estoy con Wit —cabeceó Primrose a regañadientes—. Tendrás que seguir adelante sin importar cómo te sientas. Pero creo que todas aquí sabemos que lo que sientes favorecerá a Haverford, porque correspondes sus sentimientos en forma e intensidad. Incluso me atrevería a decir que lo amas más de lo que sabrías expresar.

Clarissa miró a Primrose sin ocultar su perplejidad, como tampoco el miedo que le suscitó su respuesta.

Muy a menudo, la sabiduría que recogía la leída señorita Insley la abrumaba.

—¿Cómo estás tan segura? No lo sé ni yo.

—Eres introvertida, aún no te has acostumbrado a que se preocupen por ti y jamás te has visto en la tesitura de corresponder a una persona que te aprecia sinceramente..., pero no eres estúpida —añadió Primrose—. Te has amoldado a él aun cuando tu cuerpo te pedía retraerte; has luchado contra tu naturaleza esquiva para afrontar con valentía las peticiones y deseos de un hombre, pese a que la mera idea de él mismo y de su género hacía que te temblaran las piernas. Haverford ha cuidado de ti, pero tú te has dejado cuidar, y, conociéndote, eso es tanto o más encomiable, cuando no revelador.

Las dos se quedaron mirando cómo Primrose reorganizaba sus cartas con toda naturalidad.

Fue Wit la que pestañeó con lentitud y dijo:

—A veces pienso que nunca tendré que hacer el esfuerzo de descifrar mis sentimientos siempre y cuando Prim esté a mi lado. ¿Para qué tomarme la molestia, si ella nos conoce mejor que nosotras mismas?

Clarissa se concentró en la expresión serena de Prim. Parecía muy satisfecha después de haber protagonizado la heroicidad del día, y, sin duda, se lo merecía, porque ella nunca habría podido verbalizar con semejante claridad lo que en el fondo de su corazón llevaba largo tiempo sabiendo.

Empezó a darse cuenta de que estaba perdida en cuanto salió de su dormitorio una noche de mayo, dispuesta a sacar a rastras a la señorita Peterson para que no le pusiera un dedo encima a su marido.

Su marido.

Solo a partir de entonces comenzó a percibirlo como tal. No como un hombre cualquiera que hubieran unido a ella en sagrado matrimonio, sino como *su* hombre.

—¿Y qué hago? —balbuceó—. ¿Se lo digo sin más? Siento que el momento ya ha pasado.

—Encontrarás otro. No tienes por qué apresurarte. Estarás con él durante el resto de tu vida; seguro que en ese lapso de tiempo se dará la situación perfecta. —Prim le guiñó un ojo.

Con una leve sonrisa en los labios y la sensación de haberse desprendido de un peso muerto al poder decir alto y claro que estaba enamorada de un hombre, de un hombre bueno que la

respetaba y la cuidaría, pensó que bien podía empezar el resto de su vida en ese preciso instante. Tal vez no estuviera preparada para cualquier eventualidad que pudiera poner en jaque su matrimonio, pero tenía la esperanza de ganar la confianza necesaria con el paso del tiempo.

Sí, tenía esperanza. Por primera vez desde que le arrebataron su vida por la fuerza, podía aferrarse a ella para repetirse que las cosas saldrían bien.

Abandonó Mabry's Place con ligereza.

Emprendía su camino a pie cuando un carruaje sin blasón se situó a su altura. Clarissa se dio cuenta justo cuando la portezuela se abrió y un rostro familiar se asomó bajo el quicio con la mandíbula apretada.

El corazón le dio un vuelco al reconocer a Bellingrath bajo las heridas abiertas y los moretones que le habían desfigurado la cara.

—Sube o te meteré en el carruaje a la fuerza —le ordenó—. Y sabes que las amenazas que hago, las cumplo.

Capítulo 30

Cuando Nile despertó y vio que Clarissa no estaba ni a su lado ni en ningún rincón de la casa, entró en pánico. Su primera conclusión fue que se había fugado para no tener que lidiar con la declaración que había escapado de sus labios antes de tiempo.

¿Cómo había podido ser tan estúpido? Abrirse en canal de esa manera con una mujer que aún estaba luchando contra sus demonios, que no se sentía preparada para recibir a un hombre en su cama, ni mucho menos en un corazón desgarrado.

En el momento, llegó a pensar que morderse la lengua le costaría la vida. La vio entregada al placer bajo su cuerpo, como una perfecta afrodita, desnuda y receptiva a lo que quisiera hacer con ella, y el amor disimulado por el bien de ambos le estalló en las narices. No pudo soportarlo más. Bastó con verle el rostro demudado antes de derrumbarse sobre su cuerpo para saber que había cometido un error.

Entonces, Nile se batió en retirada sin mediar palabra, fingiendo quedarse dormido al poco rato.

Por suerte, el vaivén de emociones vividas durante el día y la noche le ayudaron a conciliar el sueño de veras. Ahora se maldecía también por eso, por haberse entregado a los brazos de Morfeo en lugar de haber permanecido ojo avizor; lo suficiente para detener a Clarissa antes de que huyera.

Los criados no sabían dónde estaba, solo que se había marchado antes de que dieran las seis y media de la mañana.

Desde entonces habían transcurrido cinco horas, y no había ni rastro.

Desesperado por una respuesta, Nile decidió prestarle una rápida visita a las señoritas Burton e Insley. Era el único lugar al que se le ocurría que Clarissa podría haber ido, si no para esconderse de él y de sus anhelos exigentes, por lo menos para despedirse y avisarlas de la que sería su próxima dirección postal. A fin de cuentas, no era ni la primera ni la segunda vez que Clarissa intentaba desaparecer, y las dos ocasiones previas —y frustradas—, el desencadenante de su deseo de abandonarlo no fue otro que su incapacidad para corresponder las demandas de su marido.

Si tan solo pudiera hacerle saber que no pretendía asustarla, que no le imponía que le amara... Pero en el fondo sabía que eso era justo lo que quería de ella, su amor, su confianza, su aceptación y su respeto.

Aunque en los últimos tiempos le hubieran movido la generosidad y la preocupación, Nile no era un enamorado altruista. No podría vivir bajo el mismo techo que Clarissa con la certeza de que nunca lo correspondería. Del mismo modo en que al principio le habían obsesionado su cuerpo y sus besos, se había empezado a desesperar por su secreto mejor guardado, por poseer aquel tesoro escondido bajo siete llaves que era su corazón.

Encontró a las buenas amigas de Clarissa vestidas a punto de salir a dar su paseo matinal por Hyde Park, como era obligación y costumbre entre las jóvenes casaderas. Ambas lucían unas ojeras llamativas, y la señorita Burton en concreto parecía de un pésimo humor. Hasta su cabello había perdido el brillo caoba que le daba su aspecto tan saludable como angelical.

En ese momento, Harding Wargrave salía de Mabry’s Place con las prisas que le perseguían siempre que se hallaba rodeado de solteras elegibles. Al no mirar por dónde iba por culpa de un

ceño circunspecto, que con toda probabilidad le habría pintado su hermana Rebecca, tropezó sin querer con Verity.

Esta, sorprendida por el empellón, lanzó al aire una blasfemia sonrojante.

—Por supuesto que tenía que ser usted —se lamentó el futuro barón, lanzando una mirada de auxilio al cielo—. Es la única que se defiende de los accidentes invocando un vocabulario satánico.

—¿No piensa disculparse por el atropello? —fingió indignarse la joven—. ¡Menudo caballero de pacotilla está hecho!

Harding miró de hito en hito a la muchacha. La había emprendido a golpes contra su parasol, que por lo visto se había quedado enganchado en los volantes de su vestido. Solo cuando había bufado todas las palabras malsonantes de su repertorio, el honorable Wargrave tomó el mango a desgana con un severo «con permiso» y lo desenganchó sin dificultad.

Se lo volvió a tender abierto de par en par.

—Gracias, señor Wargrave —le dijo Verity, esta vez con una amplia sonrisa pícara—. Que sepa que el gesto ha elevado su categoría de caballero de pacotilla a caballero con la mínima decencia humana.

—Tampoco se exceda en sus cumplidos, señorita Burton. He tenido la gentileza de ayudarla para que se tape esas ojeras que lleva.

—Sí que le preocupa a usted que conserve el afecto de mis pretendientes.

—Me preocupaba que ahuyentara a todos los viandantes del camino de Rotten Row.

—Su honradez no conoce límites —ironizó Primrose.

—Tengo que compensar por aquellos que sí han nacido con serias limitaciones. Usted no es una de esas personas, señorita Insley; no caiga en la tendencia de ignorantes de utilizar el sarcasmo como castigo verbal. Puede hacerlo mucho mejor. Buenos días a las dos. —Se tocó el ala del sombrero de copa y bajó la escalinata a toda prisa.

Al pasar por el lado de Nile, que había estado desesperado por interrumpir, apenas le hizo un gesto de reconocimiento.

En el territorio de Rebecca, no eran dos amigos.

Eran dos conocidos distantes.

—¡Milord! —exclamó Primrose nada más localizarlo. Ahora que se fijaba, si bien la señorita Insley había acompañado a su buena amiga hasta la puerta, no llevaba un vestido apropiado para lucir en público. Todo apuntaba a que pretendía quedarse en casa—. Qué sorpresa.

Nile se obligó a sonreírle con educación a las muchachas que marchaban hacia los carruajes y a las maestras que le sonaban familiares. Como no había llegado a entrar en Mabry’s Place, pocas explicaciones tenía que dar.

—¿Saben ustedes dónde... dónde puede estar Clarissa? —preguntó en voz baja. Ya ni siquiera le avergonzaba reconocer ante los demás que su esposa hacía y deshacía a su antojo, y que él no tenía ningún poder sobre ella. La preocupación le vencía en todos los casos en los que un hombre con sentido común se habría enfurecido—. Se marchó hace horas y todavía no ha regresado. Estoy temiendo que... Ustedes intercambiaron correspondencia durante las primeras semanas de nuestro matrimonio. Saben que Clarissa quería marcharse.

—De hecho, las primeras semanas nos ignoró muy hábilmente —refunfuñó Verity. Se había quedado mirando con los ojos entrecerrados la dirección en la que Harding había desaparecido.

—¿Cree que le ha abandonado? —Primrose pestañeó, perpleja—. Eso es imposible. Vino a vernos sobre las siete menos veinte de la mañana y nos mencionó cuán entusiasmada estaba conviviendo con usted.

El corazón le dio un vuelco al escucharla.

—¿Está segura de eso?

—No lo dijo con todas las letras, pero conozco a mi amiga —le aseguró la muchacha con una sonrisa conciliadora—. Le guste o no, es transparente, y la vi esperanzada. Creo recordar que regresaba a Mayfair después de despedirse de nosotras... a no ser que se entretuviera por el camino.

—Si me permiten la interrupción —habló una voz aguda a sus espaldas. Nile se giró para toparse con una de las sirvientas uniformadas. Era joven y tan pequeña que apenas debía llegarle por el hombro—, estaba limpiando las ventanas del piso superior cuando la señorita Simms... Disculpe, quería decir la marquesa de Haverford —se corrigió—. La vi salir tranquilamente y tomar la dirección a Mayfair cuando un carruaje sin blasón se detuvo a su lado. Lo último que vi de ella fue que aceptaba la invitación. No parecía el coche en el que hubiera viajado hasta Mabry's Place. No estaba parado esperándola, sino que venía del este. Por otro lado, me... me dio la impresión de que no iba a realizar el trayecto sola. Había un hombre en el interior. El conde de Bellingrath.

Nile sintió que la sangre le bajaba a los pies. Le costó incluso doblar los dedos y crispar los puños. La reacción de las jóvenes fue similar. Primrose palideció de forma ostensible, y Verity enrojeció de rabia hasta la raíz del pelo.

—Se podrá ser hijo de puta —masculló la segunda—. ¡Vamos ahora mismo a su casa!

—Señorita, no puede ir usted a ninguna parte —razonó la criada, que no tardaría en arrepentirse de haberse entrometido—. La están esperando para dar el paseo...

—Al carajo con el paseo. Puedo sacrificar un día coleccionando pretendientes por el bienestar de mi amiga. ¿Ha venido en carruaje, milord? —Nile asentía con la cabeza mientras bajaba las escaleras con precipitación hasta donde el chófer aguardaba de brazos cruzados—. ¡Le acompaño!

Primrose no lo anunció a bombo y platillo, pero, aprovechando que nadie se percataría de su ausencia y de que ninguna maestra estaba mirando, también los siguió. Nile ni las invitó ni tampoco las disuadió de acompañarlo, porque a partir de ese momento las muchachas desaparecieron para él. El mundo entero quedó en un segundo plano, en realidad.

Estaba seguro de que solo el miedo podría convencer a Clarissa de subirse en el carruaje con aquel malnacido, y también se consolaba aferrándose a la esperanza de que, estando tan desmejorado como lo había dejado la noche anterior, no sería capaz de levantarle la mano. Los remordimientos iban camino de enterrarlo bajo una pesada losa cuando Primrose, que siempre le había parecido la muchacha más lúcida del mundo, lo miró a la cara y le dijo:

—No tiene usted culpa de nada, milord.

—Tal vez no —reconoció, frotándose los muslos de forma compulsiva—, pero que me aspen si la próxima vez no la ato al poste de la cama para cerciorarme de que no se escabulle mientras duermo.

—Sabia decisión —concordó Verity. El bamboleo del carruaje hacía que sus alegres rizos pelirrojos y los volantes de su carísimo vestido de mañana danzaran arriba y abajo.

En otro momento, Nile habría pensado que más allá de que su padre fuera el empresario más importante de Inglaterra y de que su abuelo hubiera sido una leyenda en Europa, la señorita Burton era preciosa como una muñeca, y todos los hombres de los que Harding se burlaba por haberse encaprichado de una burguesa caprichosa tenían razones muy sabias para pretenderla.

En cuanto llegaron a donde Nile sabía que vivía Bellingrath, saltó del asiento, dejando atrás a las dos muchachas, y subió las escaleritas de dos en dos para aporrear la puerta con todas sus

fuerzas. No se molestó en exigirle al mayordomo que le dejara citarse con su señor. Se limitó a apartarlo con un brazo y a advertirle de que no lo detuviera con una mirada que prometía venganza. Cruzó el pasillo a grandes zancadas, revisando las puertas abiertas en busca de la figura de Bellingrath.

Lo encontró recostado en una otomana, disfrutando de las atenciones de un doctor. En cuanto el conde lo vio adentrarse en la estancia, palideció y se encogió sobre sí mismo.

Boqueó como un pececillo en busca de las palabras exactas.

—¿Dónde está Clarissa? —bramó Nile.

—¿Cla...? ¿Clarissa...? No lo sé, no... ¿Qué hace en mi casa? ¿Quién le ha dado permiso para entrar? —balbuceó, recuperando por un momento la pose de digno aristócrata—. Cualquiera diría que anoche habría tenido suficiente. Por su culpa voy a tener que estar postrado en...

—Por mi culpa no tendrá la suerte de ver el día de mañana si sigue tratándome como si fuera imbécil. Un testigo le ha visto siguiendo a Clarissa en su carruaje e instándola a subir, y aún no ha regresado conmigo. —Imaginar lo que pudiera haber sucedido en el interior del coche avivó su rabia y perdió los papeles. Apartó al médico agarrándolo de la chaqueta y empujándolo a un lado. Un segundo después, tenía a Bellingrath cogido del cuello del camisón—. ¿Qué diablos le ha hecho?

—¡Nada, maldita sea! ¡Solo quería hablar con ella para que intercediera por mí ante usted! No sé qué diablos se ha propuesto, pero esta mañana me han llegado tres cartas de conocidos denegándome la entrada a las fiestas que habían organizado esta semana, y... y después de investigar lo suficiente, he sabido que es usted quien está detrás de mi caída en desgracia. Ha divulgado mentiras sobre...

—No va a tener más que aquello que ha estado buscando —le espetó a la cara. Bellingrath tragó saliva y apartó la vista—, y debe dar gracias de que vaya a conformarme con arruinarle la salud y la reputación.

Nile torció la boca en un gesto de profundo desprecio. Tan solo compartir habitación con aquel hombre, tener que mirarlo a la cara, le provocaba unas inmensas ganas de vomitar, de gritar e incluso de llorar.

No podía ni imaginarse lo que experimentaría Clarissa en su presencia.

Nile lo soltó, dispuesto a husmear habitación por habitación.

—¿La tiene aquí?

—¡No! No tengo ni la menor idea de dónde está su mujer, maldita sea... ¿Cree que la buscaría para hacerle daño después de saber de lo que es usted capaz? ¡Tampoco estoy tan tarado! —rezongó, incorporándose lo suficiente para no volver a verse en situación de inferioridad—. La subí a mi carruaje y dimos una vuelta, apenas fueron quince minutos; le pedí por favor que mediara por mí, aunque solo fuera a cambio de no exigirle a su familia que me devolviera el dinero que invertí en ella. Clarissa me dio a entender que lo valoraría, y dejé que se bajara en Bond Street. No he vuelto a saber nada. ¡Mi doctor puede dar fe de ello! ¡Lleva toda la mañana revisando mis lesiones!

Nile lanzó una mirada perdonavidas al médico. Se había reclinado contra la pared contraria a fin de mimetizarse con el papel de pared. Asintió con la cabeza, sudando la gota gorda.

No le quedó otro remedio que confiar en que Clarissa había decidido salir de compras después de visitar a sus buenas amigas. Solo para asegurarse de que aquello no volvía a suceder, Nile regresó sobre sus pasos y escogió el moretón más llamativo de la cara de Bellingrath para presionarlo con malicia.

El conde lanzó un aullido de dolor.

—Por si acaso no entendió lo que le dije anoche —retomó Nile, agachado para que pudiera leer sus labios—, si se le ocurre acercarse de nuevo a mi mujer, no va a vivir para contarlo. Me es indiferente la finalidad con la que lo haga. Incluso si sus intenciones son buenas, procure que no me entere de que ha estado rondándola. Como muy bien ha dicho usted, ya se puede hacer una idea de lo que soy capaz, pero no se puede ni imaginar hasta dónde estaría dispuesto a llegar para convertir su vida en un infierno.

Solo lo soltó cuando Bellingrath ya había empezado a llorar como un niño, y no sin que antes asintiera, dando a entender que había comprendido la amenaza. Una vez dicho todo, Nile salió de la casa dejando al médico anonadado y al conde al borde del desmayo.

Se reencontró con las inquietas amigas de Clarissa.

—No estaba aquí —resolvió con voz queda.

—¿Y dónde está? —quiso saber Verity, ceñuda.

A Nile solo se le ocurría la respuesta obvia: muy lejos de él.

Ni siquiera una adicta a las compras pasaba tantas horas deambulando por Bond Street, especialmente cuando no la acompañaba un hombre que pudiera correr con los gastos.

Lo más probable era que Clarissa lo hubiera abandonado.

Regresó a Mayfair cuarenta y cinco minutos después, cuando había devuelto a las señoritas a Mabry's Place y ya estaba hecho a la idea de que poco más podría hacer para localizar a Clarissa.

Durante la parte de trayecto que hizo acompañado, las muchachas intentaron convencerlo de que volvería tarde o temprano, pero él ya se había resignado al pesimismo. Estaba seguro de que había espantado a Clarissa al hacerla cómplice de sus sentimientos, y una parte de sí mismo se torturaba repitiéndose que se lo merecía por imprudente.

Tendría que haber esperado. Ya sabía que con ella debía ir paso a paso. Había cometido un grave error al pensar que el amor no la asustaría tanto como lo demás.

El mayordomo tomó su chaqueta en completo silencio, como si estuviera al corriente de su ánimo y supiera que no estaba para atender cortesías.

Nile cruzó el pasillo en dirección a su despacho, pero el sonido de unos pasos lo alertó. Se dio la vuelta a tiempo para ver que Clarissa saltaba el último peldaño de las escaleras y se detenía en el otro extremo del corredor, a una carrera de distancia de él. Se había puesto un cómodo vestido rosa pálido que favorecía su piel blanca y el inusitado brillo de sus ojos.

—Llevo horas esperándote —le dijo ella, ajena a la situación—. ¿Dónde estabas?

Nile se quedó tan impactado al verla allí que le costó reaccionar.

—Eso mismo podría preguntarte yo —atinó a responder con un nudo en la garganta—. Cuando me he despertado, ya no estabas.

—Salí a hacerle una visita a Prim y a Witty, y luego, aprovechando que estaba por la ciudad, me escabullí a una de las librerías de Bond Street. Supongo que perdí la noción del tiempo. —Se encogió de hombros con naturalidad, como si allí no hubiera pasado nada, y caminó con los brazos cruzados a la espalda hacia él. Sonreía comedidamente, pero Nile no pudo devolverle el gesto. De pronto le invadió una súbita rabia que no supo cómo desahogar, y que le dejó paralizado. Ella se dio cuenta y frenó en medio del pasillo—. ¿Qué ocurre?

—¿Por qué te has reservado la parte en la que coincidías con Bellingrath?

Clarissa vaciló antes de satisfacer su duda.

—Porque quería evitar que salieras de nuevo por la puerta y no regresaras hasta bien entrada

la madrugada. No pretendía mentirte, tan solo evitarme las horas de preocupación y desconsuelo que sufrí anoche y que, por lo visto, tú has padecido esta mañana.

—¿Qué quería de ti? —exigió saber.

—Que te convenciera de que retiraras los rumores que has vertido sobre él. Supongo que... que... el causante de su estado físico actual no es otro que... —Clarissa tragó saliva—. No me dijiste que habías ido a... No sabía que anoche tú... que pretendías encontrarte con él.

—¿Con quién iba a encontrarme, si no? Si el diablo hubiera sido tu enemigo, habría ido a buscarlo al infierno. Por suerte, Bellingrath estaba jugando a las cartas en White's. —Hizo una pausa para valorar su expresión—. ¿Te horroriza de lo que soy capaz?

—No sé si me horroriza o me siento... agradecida. Él... Su actitud hacia mí ha cambiado.

—Eso es indiferente —rugió Nile, dando un paso al frente—, porque no vas a tener que volver a encontrarte con él en lo que te queda de vida.

Soltó todo el aire que había estado conteniendo y se pasó la mano por la cara y por el pelo, sobrepasado por los últimos acontecimientos. Ella no apartó la mirada de él, como si debiera vigilar sus movimientos para prevenir una desgracia.

—¿Por qué estás así? —preguntó con un hilo de voz—. Pareces...

—¿Que por qué estoy así? —repitió, incrédulo—. ¡Estoy así porque pensaba que esta vez habías conseguido escaparte! ¡Pensaba...! —repitió entre dientes, estirando y doblando los dedos. Completó la frase sin apenas aliento—: Pensaba que me habías abandonado.

Clarissa pestañeó sin comprender.

—¿Qué? ¿Por qué haría algo así? Es decir... —Carraspeó—. ¿Por qué lo haría *ahora*?

—Quizá porque anoche te asusté —respondió con voz queda. Se armó de valor con una profunda inspiración—. Y antes de que digas nada, me jacto de conocerte como me conozco a mí mismo y sé que, más allá de que decidieras dar un paseo y visitar a tus amigas, esta mañana me dejaste solo en el dormitorio y te escabulliste de la casa por esa razón. Si no te hubiera impactado, como supe en cuanto te vi la cara, habrías esperado a que despertara para avisarme, porque tú también me conoces. Tú también deberías haber previsto que me pondría en lo peor.

Con la mirada gacha, Clarissa se disculpó.

—No era mi intención hacerte sentir así.

—Ni tampoco fue la mía que creyeras que te estaba presionando al manifestar mis sentimientos —replicó Nile, aún rígido. Había estado conteniéndose durante toda la mañana, convencido de que Clarissa había conseguido lo que quería, huir de él, y ahora no podía desaprovechar la oportunidad de desahogarse—. Soy consciente de que me excedí al mencionarte mi sentir, de que debería haber dejado pasar el tiempo, pero salió de mí... como el rubor. No fue una estrategia para forzarte a corresponderme. Y, dicho esto, si bien me he justificado por mi arrebato, no pienso pedir disculpas. Te quiero —repitió, dando un paso hacia ella con seguridad—. Te quiero como si no hubiera un mañana, y no voy a esconderlo en mi propia casa y de mi propia esposa, porque es imposible que este amor pueda hacerte daño.

—Lo sé —musitó ella, sosteniéndole la mirada con los ojos vidriosos.

Su respuesta frenó la que habría sido una argumentación detallada.

—¿Qué quieres decir con que lo sabes? ¿Lo sabes y no te importa? ¿Lo sabes y... y ya llegarás al punto en el que yo me encuentro? ¿Lo sabes y con hacérmelo saber ya basta, porque no vas a responsabilizarte? —Sacudió la cabeza para centrarse—. Capté al vuelo lo que pretendiste darme a entender cuando hablamos de esos grandes romances de nuestras lecturas conjuntas. Los hombres no se enamoran, sino que se obsesionan, y las mujeres tampoco aman; idealizan. Es fácil suponer a raíz de una afirmación semejante que te crees incapaz de enamorarte, pero eso no

quiere decir que los demás no podamos amarte a ti.

—De hecho —interrumpió Clarissa, avanzando aún con las manos a la espalda. Nile comprendió por qué en cuanto mostró lo que hasta el momento había estado sosteniendo: un volumen encuadernado—, he estado toda la mañana buscando entre los estantes de la librería una sola historia que, aunque fuera en otro momento de mi vida, me hubiera animado a creer en el amor como el milagro que todos dicen que es. Y lo he encontrado.

Salvó el ridículo espacio que hasta entonces había estado separándolos dando un último paso al frente. Le extendió un ejemplar de *Sentido y Sensibilidad*. Nile lo cogió sin entender muy bien a qué venía el comentario, dudoso sobre si debería reprocharle que hubiera cambiado de tema.

—Lo he leído. —La miró en busca de una explicación—. ¿Y?

—En este libro, Marianne idealiza a su pretendiente... y dicho pretendiente se obsesiona con ella. Pero no es ese amor el que prevalece, el que arde un instante y, como todas las llamas poderosas, se extingue al segundo, sino la relación que Marianne forja con el caballero que de veras la cuida con su afecto desinteresado y silente: el coronel Brandon. Es el único libro que he leído en el que no me ha costado creer que el amor existe.

—Me alegro. Leer sin estar dispuesto a empaparse de las emociones de la historia es una pérdida de tiempo. Lo que no comprendo es por qué...

Se calló al encontrarse con su mirada limpia y sincera; la mirada de una mujer que estaba en paz consigo misma, o, por lo menos, se encaminaba a la felicidad. Entendió entonces el fondo del gesto de hacerle entrega del único libro que había logrado que se replanteara su definición sobre el amor.

—Veo un poco de ti en el coronel Brandon —reconoció en voz baja—. No has pasado de puntillas por mi vida, como él sí lo hace durante la novela, pero tanto el personaje como tú sois el ejemplo de que con paciencia y generosidad se puede conquistar hasta a la mujer que sufre por otro. Marianne no se duele por las mismas razones que yo lo he hecho... —reconoció, agachando la cabeza—, pero creo que podemos obviar ese detalle. Lo que pretendo decirte con esto es que... Muchas cosas han cambiado desde que pude dejar de idealizarte, porque no dudes que lo hice a partir del día en que te conocí... hasta que superé la obsesión a la que me aferré para pensar en algo diferente al problema que truncaba mi vida. Ahora no me queda otra que creer en el amor, porque estoy viviendo en mis carnes cómo se siente. Pero al igual que Elinor, que es la que aporta sensatez a la historia... —prosiguió, acariciando el cuero del libro con la mirada fija en las letras grabadas—, tenía que esperar a averiguar si tú me correspondías antes de dar un paso en falso.

Nile aguantó la respiración sin darse cuenta. Se quedó muy quieto ante ella, sosteniendo el libro, pero sin percibir su peso, concentrado en las mejillas sonrosadas de Clarissa y en la adorable timidez que la había obligado a bajar la mirada.

Con el corazón en un puño, la tomó de la barbilla para contemplarse en sus ojos. No supo qué decir, así que se contentó con observarla a sus anchas durante un buen rato, hasta que a ella se le escapó una sonrisa que desahogaba sus nervios.

A él no le quedó otro remedio que devolverle el gesto.

¿Cómo no hacerlo?

Nile dejó el libro sobre el mueble más cercano. Con las manos ya libres, rodeó a Clarissa entre sus brazos y la estrechó contra su cuerpo. Así fue como la hizo consciente de la desesperación que había estado dirigiendo sus pasos durante las últimas horas, lo doloroso que fue creer por un solo instante que pudiera haberse marchado.

—Prométeme que nunca te alejarás de mí... a no ser que haga algo para merecerlo —musitó

Nile, hundiendo la nariz en el hueco entre su cuello y su hombro.

Ella lo apretaba contra su pecho al mismo tiempo.

—Te lo prometo —respondió en voz baja, temblando—. Prométeme tú a mí que confiarás en que siempre volveré, y en que no tengo la sangre fría para dejarte atrás.

—Haré lo que pueda. —La besó en el cuello y luego en la coronilla.

Aprovechando que estaba desprevenida, se agachó y la cogió en brazos de repente. Clarissa soltó un grito que se convirtió en una risilla nerviosa y, temiendo perder el equilibrio, se apresuró a rodearlo por la espalda.

—¿A dónde vamos?

—Al dormitorio del que no deberíamos habernos ido, aunque solo sea para, esta vez, hacer las cosas bien. —Hizo una pausa para mirarla con la ceja enarcada, ya encaminado a las escaleras principales—. Si estás de acuerdo, claro está.

Ella sonrió con los ojos brillantes y se recostó contra su cuerpo.

—Por supuesto que estoy de acuerdo. A fin de cuentas, tenemos pendiente una luna de miel.

El epílogo que en realidad es el prólogo

Mabry’s Place, Londres
Octubre de 1842

Clarissa se había roto el vestido. Tenía la excusa perfecta para pedirle a la señorita Reeves que la exonerase de seguir dando vueltas por el salón con ningún otro objetivo que dejarse ver. La adorable maestra se había tragado la única mentira que Clarissa se había atrevido a formular en sus dieciocho años de vida: que la rasgadura de la falda había sido obra de un accidente, y no el resultado de su deseo de esconderse.

Era la primera vez que acudía a la fiesta del aniversario de la escuela de señoritas, que se celebraba el tercer viernes de cada mes de octubre sin faltar un año. Estaba tan desacostumbrada a tratar con desconocidos —y, concretamente, con jóvenes solteros— que la timidez había atacado, dejándola paralizada. Verity había tratado de convencerla de quedarse aferrándose a su brazo como si de un tablón en alta mar se tratara. Primrose, en cambio, había comprendido su necesidad de esconderse, si bien en esta ocasión no había cedido al mismo impulso, optando por permanecer junto a la señorita Burton.

En lugar de retirarse a su dormitorio, donde le había asegurado a la señorita Reeves que se apresuraría a cambiarse, Clarissa se adentró en la salita contigua al impresionante salón de baile. Odiaba las presentaciones, tener que conceder bailes a desconocidos, charlar sobre banalidades como el clima invernal o sus últimas adquisiciones en Bond Street, pero no estaba dispuesta a renunciar al placer de escuchar la música. Desde allí, a tan solo una necesaria pared de distancia, Clarissa podía oír con total nitidez el compás del vals que en ese momento tocaba la orquesta.

A pesar de las obligaciones que conllevaba, ese era uno de los días más felices del año para ella. La directora escogía a unos músicos magníficos para tal ocasión.

Clarissa tomó asiento en el sillón, con cuidado de no prolongar la rasgadura del vestido. Sus padres no podían permitirse otra confección, así que tendría que coserlo ella misma y luchar por que la maliciosa señorita Rebecca Wargrave no se diera cuenta del estropicio.

Tan solo unas horas antes, anticipando su deseo de soledad, había dejado entre los cojines del sillón una novela que le tenía sorbido el seso y a cuya lectura planeaba entregarse mientras la música siguiera sonando.

No se le ocurría una situación más grata. Lástima que, como todos los días felices, acabara antes de lo previsto; esta vez, debido a la intrusión de un desconocido con las mismas prisas que ella por esconderse.

La puerta principal se abrió, sobresaltando a Clarissa. Un caballero que no recordaba haber visto en el salón se adentró levantando una brisa a sus espaldas. Cerró la puerta y se apoyó contra esta con una media sonrisa que mezclaba la incredulidad y el cansancio.

Clarissa se envaró y no dijo nada, como si así pudiera hacerse invisible. Fue él quien, después de que ella lo mirara de arriba abajo con asombro y con una extraña sensación presionando la boca del estómago, cayó en la cuenta de que no estaba solo. Se notaba que había bebido, aunque

no tanto como para que el alcohol ralentizara sus movimientos.

Fijó en Clarissa una mirada oscura, cargada de curiosidad.

—¿No debería estar usted buscando marido?

Temiendo que el caballero reportara a las maestras que andaba escondida, Clarissa se puso a la defensiva y retrucó:

—¿No debería estar usted buscando esposa?

Él pareció encantado con la respuesta. Su sonrisa adquirió un matiz inclinado hacia la simpatía.

—A lo mejor ya la he encontrado y puedo dar mi labor por concluida —replicó, impulsándose desde la puerta para pasearse por el salón con naturalidad. Mientras, se arregló los mechones de cabello negro que habían salido disparados en todas direcciones—. Seguro que usted no puede decir lo mismo... a no ser que el señor Darcy le haya robado el corazón, como a la inmensa mayoría de mujeres que conozco, y no le importe conformarse con un marido que solo existe en el papel.

Señaló con un movimiento de cabeza el libro que estaba leyendo.

A Clarissa le sorprendió que conociera el nombre de uno de los personajes principales.

—¿Ha leído *Orgullo y prejuicio*?

—A pesar de mi orgullo y de los prejuicios que tenía hacia la obra, sí —cabeceó con una ligera sonrisa. Clarissa observó, anonadada, que tomaba asiento frente a ella y abrazaba el respaldo, cómodo en su papel. No se parecía a ninguno de los caballeros que le habían presentado en el salón. Le importaban un ardite tanto el decoro como el aspecto que ofrecía—. En mi opinión, la novela habría sido bastante más interesante si la hubiera protagonizado la señorita Lydia Bennet.

—Espere, espere... —Clarissa se levantó, consciente de los peligros que entrañaba quedarse a solas con un hombre—. ¿Qué hace?

—¿A qué se refiere? —fingió no comprenderla.

—Se ha sentado.

—Estoy cansado. Además, tengo entendido que es maleducado mantener una conversación si uno de los interlocutores está de pie, y el otro, sentado.

Ella buscó en las lecciones aprendidas en las clases de protocolo alguna norma relacionada como la que el desconocido acababa de señalar.

—Apuesto mi alma a que eso se lo acaba de inventar —determinó.

—Se nota que no juega mucho a las cartas, señorita. Se empieza apostando fichas de poco valor, y se va aumentando conforme avanza la partida. Yo que usted, me dejaría el alma para el final.

—No cambie de tema. Usted y yo no deberíamos estar hablando, y, además... —Clarissa carraspeó—. Este es mi escondrijo. Si quiere usted descansar o huir de algo o de alguien, tendrá que buscar su propio refugio.

—¿Dónde pone que esta sala sea de su propiedad? No he visto ninguna placa que rezara «señorita...» —Enarcó una ceja.

Clarissa comprendió que pretendía que le dijera su nombre.

—¡No puedo decirle cómo me llamo sin una carabina presente!

—Y yo que pensaba que era usted una rebelde que no cree en las normas... Al menos, lo es lo suficiente para escabullirse de una velada. ¿Por qué tan cerca del salón? ¿Tanto le gusta la marcha turca de Beethoven, que no podía alejarse demasiado por miedo a perdérsela?

El corazón le dio un vuelco al oírle mencionar una de sus piezas preferidas.

—Beethoven no es mi preferido, pero... no me habría gustado renunciar a escuchar la marcha turca. Solo disfruto de la música cuando estoy en clase de baile, y entonces apenas contamos con un pianista, no con toda una orquesta.

—¿Solo le gusta escucharla? ¿No baila?

—No se me da particularmente bien, pero ese no es el problema. Lo que no me convence es participar en una charla banal mientras brinco por la habitación con un caballero que con toda probabilidad no me resultará ni simpático ni interesante.

—Vaya... La dama tiene prejuicios, y el listón bastante alto. —Él sonrió, divertido, y se recostó en el asiento—. Tendré que esforzarme para resultarle simpático, interesante y digno de un baile. A fin de cuentas, vamos a pasar un rato aquí dentro. ¿Qué mejor que sacarle provecho conversando y conociéndonos?

Clarissa se ruborizó ante la propuesta. Todavía no podía saberlo con certeza, pero la sencillez con la que la había abordado, sin llegar a resultar impertinente, solo podía tildarse de afable, y había algo en él, quizá fuera la energía o la seguridad que exudaba, o tal vez el hecho de que no le importaba ir despeinado, que se le antojó peculiar. O a lo mejor solo tenía que ver con que no se podía discutir su atractivo físico.

Apenas llegaría a los veinticinco años, y nada en él indicaba que tuviera la intención de cortejarla; únicamente quería pasar un rato agradable en compañía de una muchacha con la que se había topado por casualidad.

—¿Por qué preferiría charlar conmigo en lugar de relacionarse con las damas y los caballeros de la habitación de al lado?

—Porque todos y cada uno de los invitados me conocen por mis padres, y relacionarme con ellos implicaría o bien mencionar la tragedia que sacudió a mi familia, o bien soportar que esta flotara sobre nosotros, y que no me interesa en absoluto rememorar mis desgracias. Ni ahora, ni nunca.

Dudó entre darle sus condolencias por lo que su respuesta implicaba o pasar por alto el comentario. A fin de cuentas, no quería que se lo recordaran.

Optó por lo segundo.

Sus modales le habían enseñado que, mientras no hubiera una afirmación que no diera lugar a dudas —«mis padres fallecieron»—, no convenía dar las cosas por sentadas, y, por supuesto, era una falta de educación absoluta indagar al respecto con interrogatorios fuera de lugar.

—¿Tan poco le interesaba, que ha venido usted corriendo? —inquirió en su lugar, cerrando el libro—. Parecía que le persiguiera el diablo.

Él se rio, divertido de veras, y Clarissa se sorprendió ruborizándose de nuevo.

—No me perseguía el diablo, pero sí una mujer que quiere casarse conmigo. —Fingió estremecerse para enseguida sonreír con calidez—. Estoy planteándome cortejarla de manera oficial, pero, mientras decido si hacerlo o no, prefiero disfrutar de un rato en paz. Y mi objetivo no era otro que este: encerrarme en una sala, a poder ser con licorera, sacar algún libro de la estantería más cercana y dedicar el resto de la velada a leer.

—Pocas licoreras encontrará en una escuela, milord —mencionó con sabiduría.

—Eso es cierto —cabeceó, resignado—. El caso es que, en vista de que he tropezado con usted... —La miró largamente con interés—. Bueno, no crea que me decepciona tener que cambiar mis planes. Si las fiestas la aburren o la asfixian tanto como a mí, debe de ser una mujer con temas de conversación. ¿Estaría dispuesta a demostrar que no me equivoco?

Clarissa dejó a un lado el libro. Ni siquiera pensó que estaba sacrificando el placer de la lectura por romper una de las primeras normas del decoro: una mujer no podía quedarse a solas

con un hombre, a no ser que dicho hombre no hubiera alcanzado la tierna edad de quince años.

Había decidido que el caballero que tenía delante podía ser lo más interesante que le ocurriría en mucho tiempo.

—Puedo hablar con usted —decidió Clarissa—, pero no le puedo decir mi nombre.

Él se inclinó hacia delante, apoyando los dedos entrelazados sobre el regazo, y le sonrió con picardía.

—No importa. Tengo toda una fiesta por delante para averiguarlo.

Mi querido secreto

MALOS PARTIDOS 2

Eleanor Rigby

Una remitente enamorada de su destinatario.
Un destinatario que no sabe quién está detrás de las cartas.

La mayor virtud de Primrose Insley es la elocuencia, pero ni un solo hombre se queda a charlar para descubrirlo; todos huyen despavoridos en cuanto aprecian las manchas de su cuerpo. Ante la vida solitaria que la espera, la oportunidad de iniciar un inocente romance epistolar en nombre de su amiga se le presenta de lo más suculenta... y ella no es tan fuerte como para resistir la tentación.

Para Sean Connor, la joven con la que mantiene correspondencia no es ningún pasatiempo. Sabe que se casará con la susodicha en cuanto viaje a Inglaterra para atender unos asuntos relativos a su herencia. No solo es sagaz y tierna, sino que, además, su belleza le dejó sin aliento la única vez que se cruzaron. Está convencido de que no encontrará otra mujer como la señorita Verity Burton.

Cuando Sean y Prim coincidan en la escuela de señoritas, las vendas caerán, dejando el engaño a la vista. ¿Sobrevivirá el amor a pesar de un mal comienzo?

PRÓLOGO

Mabry’s Place, propiedad de la escuela de señoritas
Londres, Inglaterra
Primavera de 1843

Primrose no podía estar más de acuerdo en que la envidia merecía la consideración de pecado capital. Y era curioso, porque los cuáqueros como ella no mencionaban en su catecismo sentimientos perjudiciales como el que estaba experimentando en ese momento.

Pero que la aspasen si lo que sus ojos contemplaban no justificaría un ataque de celos.

El cartero había llegado esa mañana con la correspondencia de las alumnas de la escuela. Ahí donde ella no había recibido una mísera nota convidándola a una misa de tarde, la señorita Verity Burton había sido destinataria de tal volumen de cartas que había tenido que elegir entre depositarlas sobre la cama y tumbarse ella cómodamente. Los dos juntos no cabían.

Wit[5], como la llamaba quien la conocía, contemplaba con cara de circunstancia las decenas de sobres de pie frente al colchón. Su expresión no era la de una muchacha halagada por el furor que causaba entre el público masculino, sino la de un condenado a muerte. Se enfrentaba a sus romances epistolares como un jornalero a la tierra sin labrar: con los brazos en jarras, la frente salpicada de sudor y un gesto que clamaba a Dios que por favor se la llevara pronto.

Primrose, mientras tanto, la miraba con atención desde el otro lado de la estancia, sentada bajo la sombra de su mala suerte y en el borde de la colcha que ella misma había confeccionado.

Wit había señalado en alguna que otra ocasión que admiraba sus labores de costura, a lo que Prim había tenido que morderse la lengua para no decir que, cuando una solterona no tenía que dedicar días enteros a responder cartas de amor, disponía de tiempo sobrado para dedicar a otros oficios.

Oficios no tan gratos como agradecer lisonjas, por descontado.

—Veamos... —meditó Wit en voz alta. Se agachó por fin, arremangada con valentía, y empezó a revisar los remitentes. Entornó los párpados sobre la caligrafía del primer elegido—. Tú no. —Y la arrojó a su espalda. Ojeó la siguiente con una mueca torcida—. Tú tampoco. —Meditó sobre el nombre de otro de sus enamorados—. Contigo tendría que pensármelo. ¡Irás al montón de *Las Posibilidades*...! —«... lo que quiera que fuera eso». Lo dejó sobre la mesilla de noche con una palmadita condescendiente—. En cuanto a vosotros... —Verity arrugó el ceño, observando de forma alternativa los sobres que sostenía, uno en cada mano—. ¡Por Dios! ¿Desde cuándo me escriben dos hermanos? ¿Siquiera saben que pretenden a la misma mujer?

Primrose estaba acostumbrada a que Wit la deleitara con un espectáculo similar cada cinco semanas, tres si los interesados sobornaban a los mensajeros para hacer llegar su carta urgente antes de lo previsto.

Porque era urgente. Todos sabían que debían correr por su vida si no querían que otros candidatos los adelantaran por la izquierda.

Aquel día no pudo tolerar con su habitual estoicismo el despliegue de superficialidad de su amiga. Guiada por un impulso superior a la benevolencia que se esforzaba por cultivar, se levantó y se dirigió airadamente a las cartas que habían mordido el polvo.

—¿En serio? —jadeó, recogiendo cuatro de los sobres—. ¿No piensas ni siquiera abrirlos para

conocer su contenido?

Verity se giró como si le hubiera sugerido que le prendiera fuego al ruedo de su falda.

—¿Has visto la escandalosa cantidad que he recibido? Si tuviera que leer todo eso, no solo me moriría de aburrimiento, sino que acabaría sintiéndome impelida a contestar y lo más probable es que acabara dirigiéndome a lord Seyton como si fuera el señor Epstein y a la inversa. ¿Te imaginas la situación?

—No me la imagino. Le he vivido —replicó con retintín—. Aún recuerdo la última velada de la escuela, cuando un hombre amabilísimo y atacado de los nervios se presentó ante ti como el señor Ralston. Por lo visto, habías estado manteniendo correspondencia con él durante seis meses. No lo reconociste por el apellido, sin embargo, y...

—Pero eso es porque soy una pobre desmemoriada —resolvió sin el menor interés en sonar creíble, exagerando una afectación que no había sido creada para sentir.

Primrose suspiró con hastío.

Al menos esta vez no había añadido su coletilla predilecta, la que encapsulaba el sarcasmo que definía su sentido del humor: «Como la mayoría de las mujeres».

—¿Desmemoriada, dices? Sé que te encanta aprovecharte del bajo concepto en el que los hombres tienen el intelecto femenino para que te disculpen descortesías intolerables, pero yo no soy uno de tus pretendientes. Me consta que de tonta no tienes un pelo, así que no te burles de mi inteligencia.

—¡No osaría! —se defendió con las manos en alto—. Aun así, me irás a negar que sería más fácil estudiarse la Biblia que acordarse de más de una veintena de pretendientes por nombre de pila, apellido, título y oficio.

No le quedó otro remedio que darle la razón.

—¿Pero tenías que decirle al señor Ralston que no habías oído hablar de él jamás? ¡El caballero se marchó a un rincón a lamerse las heridas durante el resto de la noche!

—No es mi culpa que su estado de ánimo dependa de si una dama le concede un baile —desestimó con una condescendencia que habría hecho llorar al aludido.

Casi hizo llorar a Primrose.

—Wit, deberías parar de jugar con tus pretendientes. A lo mejor ahora te perdonan los desaires por la gracia de tu encanto, pero eso no será así eternamente.

—¡No quiero que me perdonen por la gracia de mi encanto! —rezongó con la boca torcida—. Es más; quiero que me odien. Así dejaría de recibir cartas insulsas de caballeros que ni recuerdo que me hubieran besado la mano.

—¿Y por qué no les pides que dejen de escribirte? —inquirió, perpleja—. ¡Sería mejor que ignorar cartas que se han tomado la molestia de redactar!

—Descuida, que no hiero sus sentimientos. Más de una vez se me ha acercado un cualquiera a reprocharme que no le haya contestado y ni te imaginas la elegancia con la que he salido del paso acotando que nunca llegué a recibir su carta. ¡Benditas sean las interferencias del correo! ¡Siempre están ahí para respaldar mis excusas! ¡Como el mejor compinche!

Se quedó pasmada al escucharla, todavía con los sobres en la mano.

Verity había sido presentada en sociedad unos días atrás, pero antes del debut ya se las había apañado para que, en eventos a los que su padre la llevaba, como reuniones de inversión para el ferrocarril o los proyectos de la Royal Society, la concurrencia masculina se prendara de sus maneras y le rogara una dirección para escribirle.

Se fijó en su nariz insolente, en la hilera de pestañas caoba que se rizaban con coquetería sobre sus pómulos elevados, en el volumen de sus pechos, que la habría catalogado de vulgar si

no hubiera sido por su elegancia innata; la rebeldía con la que los tirabuzones pelirrojos caían en cascada sobre sus hombros.

Primrose pensaba a menudo, reprendiéndose por envidiar a su amiga, que si poseyera al menos una sola de sus virtudes ya llevaría años casada.

—¿Y qué haces si te vuelve a pedir la dirección?

—Advertirle que posiblemente no recibirá una respuesta porque soy una persona muy ocupada. A fin de cuentas, estoy estudiando día y noche para convertirme en una dignísima señorita. Todos coinciden en que no es asunto menor. —Verity se encogió de hombros. Sonrió al ver el nombre de uno de sus pretendientes favoritos y se guardó la carta en el bolsillo del vestido —. Ya había quien me tildaba de arrogante antes de haber debutado en Londres, pero la inmensa mayoría de los hombres adoran el reto de una mujer solicitada. Créeme cuando te digo que podría pisarles los pies durante el vals y arrojarles el ponche a la cara, que de igual modo saldrían en pos de mí deshaciéndose en disculpas.

Primrose sacudió la cabeza, anonadada.

Aunque Verity era de naturaleza soberbia, un rasgo del carácter que había heredado de su familia materna y que sus parientes alimentaron al convertirla en la princesa de la casa, no eran sus triunfos románticos lo que le causaba regocijo. Por eso pudo leer en su respuesta una simple y llana descripción de hechos objetivos y no un alegato en defensa de su perfección.

Por otro lado, si se hubiera tratado de otra mujer, habría resultado sonrojante escucharla hablar de sí misma con semejante vanidad. Pero cuando la beldad en cuestión era, para colmo, la burguesa más rica de Inglaterra, cualquier amago de humildad viniendo de ella habría sido una ironía de pésimo gusto.

—Me creo cada palabra que dices, y estoy convencida de que la mayoría de los caballeros que te pretenden no podrían estimular tu intelecto, pero... —Su voz se apagó. Agachó la mirada hacia las cartas—. Si yo gozara de las atenciones que a ti tanto te agobian...

No se atrevió a terminar la frase. Temía que Wit se girara y la acusara de mala cuáquera por anhelar las relaciones mundanas que toda muchacha de su edad perseguía con ahínco. Estaría en su justo derecho... salvo por el detalle de que Primrose no las deseaba para cumplir con su deber social, sino por una debilidad del alma que no conseguía perdonarse.

Aquello fue justo lo que Verity hizo, aun así.

El de impredecible no era uno de sus defectos.

—Cuidado, Prim —canturreó con una sonrisita resabida—. Has estado a punto de admitir en voz alta y donde Dios todopoderoso y omnipotente puede escucharte que podrías no hallar la felicidad plena tan solo entregándote a tus rezos nocturnos.

—«Todopoderoso» y «omnipotente» son sinónimos —se quejó Primrose con la boca pequeña —, y no veo por qué es necesario sacar a colación mis creencias.

—No es necesario, no, pero me gusta recordarte que eres humana y no tienes por qué sentirte culpable porque te afecten las banalidades del mundo sensible —repuso Wit, poniéndole una mano cariñosa en el hombro. Ladeó la cabeza y miró el puñado de cartas que aún sostenía—. Si tanto te preocupa que las arroje al fuego sin haber abierto el sobre, ¿por qué no las lees tú? Siéntete libre de contestar como gustes, pero cuidado con las expresiones rimbombantes que utilizas, y no te atrevas a citar un versículo bíblico. No tienes por qué imitarme para que no quepa la menor duda de que soy yo, pero tampoco me avergüences.

Primrose puso los ojos en blanco.

No era la primera vez que Wit aireaba su ateísmo. Era una de tantas convicciones radicales que había heredado de su padre, un hombre progresista tan comprometido con la causa científica

que pensaba que atribuir lo inexplicable a un ser superior era un defecto de la psique humana.

En cuanto cayó en la cuenta del ofrecimiento que acababa de hacer, empezó a boquear.

—¿Cómo has dicho? ¿Quieres que responda las cartas por ti?

—No lo plantees con ese tono. No quiero que lo hagas como podría querer que me hicieras un masaje en los pies. Quiero que lo hagas como podría querer que emprendieras una nueva afición si te hiciera feliz. Es un ofrecimiento que te hago porque sabe Dios, nunca mejor dicho, que yo no me pienso molestar en responder a dos tipos de los que ni me acuerdo y a otros dos que me disgustan.

Primrose le mostró los remitentes de las cartas que había rescatado del suelo.

—¿Cuáles te disgustan?

Verity entornó los ojos para leer sus nombres. Dejó al aire un par de segundos de suspense.

—No tengo ni la menor idea. A saber quiénes son. —Y regresó a su labor. Primrose se quedó mirando los sobres. Se mordió el labio, dudosa—. ¡No es tan difícil, Prim! —se desesperó Wit al ver que vacilaba—. Todo depende de lo que te parezca más lamentable: que las cartas sean devoradas por las llamas sin que nadie las haya abierto o que una persona distinta del destinatario las lea.

—Supongo que dependería del contenido, que en este caso es de carácter privado.

—Supones demasiado, querida. Hay pretendientes que ya me tratan como si fuera su esposa y se limitan a contarme con riguroso detalle qué han almorzado.

Se estremeció, señal de que lo encontraba escalofriante.

—Aun así, sería una descortesía leer halagos que van dirigidos a ti...

—¡No se van a enterar, Prim! —Suspiró al límite de su paciencia. Alguien había dicho una vez que Wit era «de mecha corta y de lengua larga». No se equivocaba—. No respondas si no quieres, pero ahora te ruego que las leas si la alternativa es seguir torturándome.

Se desentendió del asunto agitando una mano en el aire y rodeando la cama hacia el escritorio para leer con tranquilidad las elegidas: ocho en total, apenas un exiguo porcentaje del volumen inicial.

Viendo que Wit estaría ocupada, Primrose se dejó caer sobre el borde de la cama y observó durante un buen rato las cartas. No supo qué se apoderó de ella, si el mismísimo diablo o tan solo el inexplicable presentimiento de que el contenido de los mensajes podría significar el comienzo de algo nuevo, pero acabó obedeciendo el impulso de rasgar uno de los sobres lacrados y ojeó el contenido con ansiedad.

Mi querida, queridísima y adorada señorita Burton...

Prim soltó la carta de inmediato, ruborizada por el fervor del comienzo. Le lanzó una mirada asombrada porque a alguien se le hubiera ocurrido dirigirse a una muchacha con tal intensidad, y se concentró en la siguiente.

Estimada señorita Burton,

Ruego disculpe los meses que he pasado sin dirigirme a usted para siquiera poner al corriente de mis últimos viajes. Mi superior me convocó con tan solo un par de horas de diferencia con respecto de la fecha de mi partida y podrá imaginarse que en el navío de nuestra majestad, si bien es incomparable en comodidades, existe el mismo problema de comunicación que en el resto de los barcos: están rodeados de agua y eso imposibilita el contacto. Al menos, ahora que he regresado de mi urgente partida a Sudáfrica puedo dedicarle unas líneas para ponerla al corriente de las últimas noticias.

Seguramente no sabrá que Gran Bretaña ha incorporado Natal a la colonia de El Cabo y que hemos sufrido un

grave contratiempo en la región vecina. En torno a quinientos ministros de la Iglesia de Escocia se han escindido para fundar otra, en teoría libre, guiados por el insensato de Thomas Chalmers...

Primrose dejó de leer con el ceño fruncido y volvió a guardar la carta en su sobre. Al alzar la mirada hacia Verity, se topó con que la estaba observando con una ceja enarcada.

—¿Ya te han espantado? No creas que has roto un récord.

—No me puedo ni imaginar por qué dedicaría una carta a informarte de la geopolítica africana. Es decir... No voy a negar que sea interesante, pero... ¿acaso no te conoce? ¿No sabe que estás al día con lo que sucede en las colonias sudafricanas y de las crisis religiosas escocesas?

—Oh, ya me acuerdo de por qué ignoré a ese asesor de la Corona. —Puso los ojos en blanco —. Forma parte del grupo de caballeros que se conformaron con la amplitud de mi escote para decidir que querían hacerme la corte. Ni siquiera sabe que tengo inquietudes intelectuales, y lo más probable es que le horrorizara descubrirlo. En fin, como ves, no estoy interesada en leer idioteces que insultan mi inteligencia.

Primrose estuvo de acuerdo por vez primera con Wit. Dejó a un lado el sobre ya abierto. Se prometió que terminaría de leerla por mera educación más adelante, y acto seguido rasgó la penúltima de las cartas.

Escarmentada por haber querido conocer a sus pretendientes, ojeó por encima y sin la esperanza de toparse con algo que mereciese la pena. Su desinterés no duró mucho tiempo: tan solo la caligrafía desenfadada, mas no por ello descuidada, de un brevísimo contacto y las manchas que había dejado en el papel, indicadores de la despreocupación absoluta y la confianza en sí mismo del remitente, captaron su atención.

Señorita Burton,

Me hallo en una terrible encrucijada, y en vista de que aquí solo me rodean insensibles que no podrían comprender jamás la dificultad de esta decisión, recurro a usted y a su experto consejo con la esperanza de que pueda asistirme.

Tal vez no recuerde mi nombre ni mi rostro. Coincidimos hace un par de meses y de forma fugaz. Aun así, me disculpo si piensa que me hacía de rogar al demorar mis escritos. Sepa que el único motivo por el que no me he dirigido antes a usted es porque no me gusta andar molestando a las jóvenes casaderas en su empeño de encontrar marido. Solo cuando tengo una buena excusa para interrumpir tan noble propósito.

La cuestión es, señorita Burton, que no soporto más esta soledad. Que necesito a alguien a mi lado, a una buena compañera que me reciba cuando regreso a casa con verdadero entusiasmo, a alguien que pueda seguirme el ritmo en mis paseos matutinos por la costa, a una criatura dulce que me despierte por las mañanas con tiernos arrumacos...

Por eso he decidido adoptar un perro.

Primrose soltó una carcajada que la sorprendió incluso a ella. Se cubrió la boca y no levantó la mirada de la carta a pesar de que sospechaba que Wit la estaba observando con curiosidad.

Había estado leyendo el contenido con el corazón en un puño, queriendo apartar la mirada para no toparse con una declaración íntima que perteneciera exclusivamente a Verity, pero por alguna razón no había podido despegar los ojos de la prosa del desconocido.

Pero ¿qué perro? Esa es la verdadera cuestión, señorita Burton. ¿Un setter irlandés? ¿Un setter rojo y blanco? ¿Los pequeños y peludos que se han popularizado en Glen of Imaal? ¿Al que llaman de manera informal «kerry blue»? ¿Un wheaten terrier? ¿O un terrier irlandés? ¿O un perro de aguas irlandés? ¡Ya sé! ¡Un lobero irlandés! Disculpe mi terrible indecisión, pero esta no es una cuestión menor: tratándose de una compañera de vida, ha de escogerse con meticulosidad y mucho tiento. La equivocación podría salirme por el alto precio de la

incompatibilidad y resultar en una convivencia insoportable, y deseo que mi amiga canina me endulce la vida o por lo menos aligere mis pesares, no que me traiga pena.

¿Qué dice usted?

No había firmado la carta, como comprobaría al final. Y su mensaje ni siquiera ocupaba tres párrafos: en apenas una cara y dejando un amplio vacío al final, había despachado el mensaje que pretendía transmitir.

Con un éxito rotundo, además.

Primrose era una lectora voraz y pulía obsesivamente su expresión escrita. Podía decir con conocimiento de causa que el caballero tenía una labia de temer. Con poco texto y yendo directo al grano, había insinuado entre líneas su interés por el matrimonio sin presionar a su destinataria, sonando a la vez divertido e informal pero sin caer en la descortesía.

La escritora que había dentro de ella había decidido que era una carta perfecta.

Y la mujer, que era un hombre perfecto.

—Wit —la llamó en voz alta sin despegar la mirada del sobre, donde sí había escrito su dirección con la ilusión de que le hiciese llegar una respuesta—. ¿Cómo te sientes respecto al señor Connor?

—¿El señor Connor? ¿Cómo se llama?

—Sean. La envía desde Irlanda.

—Ahora mismo no me suena. A lo mejor lo conocí de pasada en alguno de esos eventos familiares que mi abuelo organiza anualmente. —Verity le sonrió desde el sillón. Se acarició la mejilla con la pluma que utilizaba para torturar a sus enamorados—. Podrías averiguarlo contestando esa carta tan hilarante.

Primrose fue a abrir la boca para reprocharle que lo hubiese propuesto siquiera, pero acabó humedeciéndose los labios y volviendo a leerla.

Le pareció tan fresca y original como la primera vez.

Su corazón bombeaba con intensidad, rogándole que no dejara pasar la oportunidad, o quizá tratando de transmitir justo lo contrario: que sería un grave error tomar el lugar de Verity cuando no se parecían ni en la edad, ni en la clase social, ni por supuesto en el atractivo físico.

Tenía todas las razones en su contra, y era una muchacha lúcida la que debía tomar la decisión. Al menos, así la describían sus conocidos.

Sin embargo, Primrose no escuchó a su lado razonable, y con la sangre palpitando en los oídos y las manos temblorosas, se apresuró a encontrar pluma y papel para redactar su respuesta.

Se percató de que Wit la estaba mirando con una sonrisita de suficiencia, pero ni siquiera así se sintió culpable. No era más que una gamberrada sin importancia, y no pretendía prolongarla en el tiempo.

Porque, cuando hizo su promesa —solo sería esa vez—, fue con la intención de cumplirla.

Lástima que la tentación se interpusiera en su camino.

Capítulo 1

Escuela de señoritas de lady Mabry
Finca de Arlington Abbey, Canterbury, condado de Kent
Nochebuena de 1844

—Que Dios le bendiga, buen señor —agradeció Sean.

Tuvo que rebuscar un buen rato en el morral descosido que colgaba precariamente de su hombro para encontrar unas monedas que enfatizaran sus palabras. Todo hombre que se preciase debía acompañar con hechos sus afirmaciones; de lo contrario, estaría cayendo en la hipocresía o, como decían los cristianos, el falso testimonio.

O eso decía su madre, la mujer más sabia sobre la faz de la Tierra.

El lugareño al que había importunado con sus dudas se quedó asombrado con la donación.

—No esperaba una retribución tan generosa viniendo de un irlandés.

—Ni yo semejante hospitalidad viniendo de un inglés.

Le guiñó un ojo, dando a entender que bromeaba.

El anciano sonrió, cómplice. Las arrugas de su rostro le dieron un aire entrañable que conmovió a Sean. Debía tener la misma edad que su madre, y cualquier parecido que un desconocido pudiera compartir con la señora Connor le convertía en el acto en alguien digno de su respeto.

—No me extraña la gratitud de mis convecinos, señor; más bien que les sobre el dinero para pagar por unas indicaciones. No corren buenos tiempos en el norte. Si no lo sabré yo bien... Parte de mi familia salió de Belfast, y los que se quedaron andan un tanto inquietos con los estragos que empieza a causar la enfermedad de la patata.

Sean asintió, resignado, y aferró las riendas de su montura. Clavó una mirada pensativa en el horizonte, ahí donde ahora, gracias a las indicaciones del indígena, sabía que se encontraba su destino.

—Si puede usted acoger en casa a su familia, le recomiendo encarecidamente que lo haga. Tienen motivos para estar nerviosos, señor. Prevemos una crisis como no se ha conocido otra.

Cabeceó a modo de despedida y picó espuelas. Tuvo que hacer equilibrismos para no escurrirse hacia los costados mientras supervisaba, revolviendo el contenido del morral, que no había perdido de vista o dejado caer al camino embarrado las cartas que justificaban su presencia en Inglaterra.

Había memorizado una de ellas: la primera que recibió.

Señor Connor,

¿Qué clase de persona sería si ignorara su terrible encrucijada? No hay nada más angustioso en este mundo que la indecisión, y, como todo el mundo sabe, la elección de la compañera de vida no es asunto menor. Pero no he podido evitar darme cuenta de que siente una marcada preferencia por la nacionalidad de sus animales: un setter irlandés, un terrier irlandés, un perro de aguas irlandés, un lobero irlandés... Este detalle no ha hecho sino generarme una duda: si en tanta estima tiene la pureza de la sangre irlandesa, ¿de qué manera podría servirle la opinión de una persona cuyo único contacto con la antigua patria celta ha sido leer a Jonathan Swift?

Estaré encantada de resolverle cualquier duda que pueda tener sobre los setter ingleses, los bedlington y los cocker spaniel, entre otras razas de gran calibre que se prefieren en Inglaterra y de las que poseo más información

como orgullosa inglesa que soy.

Sean se quedó maravillado con la respuesta. Podía leerse como atrevida por su tono sardónico, incluso como un pronto de indignación domesticada por el ingenio. O como decidió interpretarla él, y de la manera acertada: como una invitación a conquistarla.

O, mejor dicho, un reto.

Aquella no era una mujer deseosa de formalizar un matrimonio, pero tampoco se tomaba demasiado en serio a sí misma o lo habría mandado a tomar viento fresco por hacerle llegar más una nota humorística que una carta de amor desde la lejana Irlanda. En tan solo un puñado de líneas, menos que las que él había escrito para evitar que se creciera con las atenciones de un cualquiera más y para diferenciarse, para bien o para mal, del groso de pretendientes, le había advertido de que le apasionaba la buena lectura, por lo que no era inculta y sí lo contrario a manipulable.

El estilo narrativo constataba que la dama no era fácil de impresionar.

Él envió su primer mensaje insinuando sus intenciones de hallar en ella a una novia digna, y Verity le respondió que se buscara a su pareja en los páramos irlandeses y la dejara tranquila si no podía igualar el ingenio por el que era conocida. Sean no era del tipo que se ofendía con facilidad o desaprovechaba una buena oportunidad cuando la veía, así que le respondió en términos similares.

El resto era historia.

Pero las cartas de Verity no eran las únicas que le habían llevado hasta allí. El mismísimo duque de Maybourne había firmado la misiva que en teoría era más urgente. Su excelencia precisaba una visita a Henshawe House para ponerle al corriente de una noticia trascendental. La deslumbrante mansión solariega de Maybourne se alzaba entre las llanuras del condado de Kent, mas no en Canterbury, por donde cabalgaba Sean, sino en Dover, la zona costera.

Lamentablemente para el duque, las cartas que no contenían un sello de nobleza pero sí un rastro de coquetería irresistible tenían bastante más intrigado a Sean. De ahí que hubiera decidido priorizar una visita sorpresa a la joven con la que había estado manteniendo correspondencia durante el último año y medio.

Maybourne le había dado la excusa perfecta para comprar un billete de barco, alquilar un caballo y reencontrarse por fin con la señorita Verity Burton, que, a diferencia de su pomposa excelencia, se había ido ganando sus afectos con su dulzura y viveza.

Recordó con una sonrisilla traviesa la última carta que había recibido. En ella, Verity le mencionaba, sin poder disimular su desconsuelo, que pasaría las festividades navideñas en la escuela de señoritas donde perfilaba sus modales. No había querido ahondar sobre la cuestión familiar que tanto le dolía, pero Sean sospechaba que no se preocupaban por ella lo suficiente para recibirla en el hogar.

Ni siquiera en fechas señaladas.

Al mismo tiempo llegó a la conclusión de que era inaceptable que una criatura de su carácter se viera sola frente al fuego en una de las noches más mágicas del año y optó por tomar cartas en el asunto.

—¿Siempre tienes que ser tan radical en tus determinaciones, Sean Connor? —había gimoteado su madre—. ¡No podías enviarle un regalo, no! ¡Tenías que presentarte allí en persona, y, para colmo, sin avisar! ¡Estás loco de atar!

Verity no había mencionado en ningún momento que estuviera dispuesta a recibir visitas, pero en vista de que, por asombroso que pareciera —a él se lo pareció en su momento, cuando ella le

desmintió su popularidad—, no era la mujer más solicitada de Inglaterra, Sean pensó que se alegraría si se dejaba caer por sorpresa. A fin de cuentas, ¿qué otra finalidad podría tener el romance epistolar que habían iniciado, sino verse de nuevo? La conclusión más obvia de su contacto era el matrimonio, y por más que a Verity le gustara bromear con que él era un auténtico canalla, Sean no se identificaba con la clase de hombre que ilusionaba a las mujeres con ningún otro propósito que satisfacer su vanidad.

Él estaba más que dispuesto a desposar a la señorita Burton. Su decisión había adquirido una seriedad tal que, incluso sin haberse citado con ella aún, le costaba concebir su futuro conyugal con una mujer diferente.

—¡Esa muchacha te tiene sorbido el seso! —se había estado quejando su madre.

Por lo menos aquel día se atrevió a hacer una acotación al respecto. El resto del tiempo, cuando pasaba por delante del escritorio y lo cazaba leyendo o bien redactando una respuesta para Verity, la señora Connor le lanzaba una mirada condenatoria y sacudía la cabeza con la clase de disgusto que llevaba a una mujer a la tumba.

—¿No quería verme enamorado, señora? —se había mofado él.

—¡Pero no de una inglesa! Por Dios, ¿es que no te he enseñado nada, niño?

—Me ha enseñado todo lo que podía y más, y ya ve que me he convertido en un hombre de provecho gracias a usted —Sean le había robado un beso en la sien con el fin de apaciguarla—, pero un muchacho tiene derecho a cometer sus propios errores, aunque sea por gusto, ¿no le parece?

—¡No! ¡No me lo parece en absoluto! ¿Qué se supone que tengo que hacer, Sean? ¿Ver cómo te marchas de regreso a Inglaterra y te conviertes en el modelo de caballerete arrogante del que precisamente huiste, y no hace mucho tiempo?

—Si ocho años no es mucho tiempo...

—Voy a perder a mi hijo otra vez, ¡y a manos de una mujer nacida en Londres! ¡Como si Inglaterra no me hubiera arrebatado suficiente!

Sean había tenido que consolar a su madre antes de marcharse; marcha ante la que la señora Connor se mostró impotente y resignada a la vez. Al fin y al cabo, era ella la que le había inculcado la testarudez y el orgullo de los ideales propios. Estaría yendo contra sus principios si criticara que hiciese lo que él sentía que debía hacer.

—Recuerde que no soy ningún obtuso, madre —le había dicho antes de dejar el hogar, tomando su rostro entre las manos—. He elegido a la señorita Burton porque es tierna y avispada, pero también porque nunca se ha mostrado desdeñosa ni con Irlanda ni con su gente. De hecho, me he asegurado de que Belfast le parecería un lugar maravilloso para vivir.

—¿Y qué te dice que no cambiará de opinión?, ¿o que no te hará un desaire cuando te vea, con tus humildes camisas y tu aún más humilde asignación anual? ¡Las mujeres de clase alta son criaturas de naturaleza caprichosa! ¡Estoy convencida de que le interesas ahora que la entretienes, pero en cuanto se cruce con un caballero de postín en la temporada londinense, te desechará como a un trapo viejo!

—Por el amor de Dios, madre, qué poca confianza le tiene usted a mi encanto personal.

—Cariño mío... —La señora Connor lo había estrechado con desesperación entre sus brazos, engrosados tras toda una vida de trabajo en la granja, primero en Dover y más tarde en su Irlanda natal—. Si de algo soy creyente, es de tu habilidad para conquistar corazones. Pero el amor nunca es suficiente. Ten eso en mente cuando viajes a Canterbury y la veas. ¿Me aceptarás ese consejo, al menos? ¿Tendrás presente a tu pobre madre?

Sean le había besado la frente con la promesa de llevar consigo su recuerdo y su sabiduría allá

donde fuera, como llevaba haciendo desde que se reencontraron en Belfast ocho años atrás.

Todos en el pueblecito de las afueras de la ciudad donde vivían sabían que no existía mujer más importante para él que la señora Connor. En parte por ese motivo, muchas de las jóvenes que le habían echado el ojo habían desistido en su empeño de enamorarlo, convencidas de que nunca lograrían que las pusiera por delante de su madre y de que jamás gozarían de un nidito de amor propio.

A Sean no le causaba rubor anunciar a sus pretendientas que la señora Connor viviría con él hasta que pudiera compensarla por las dificultades que había tenido que afrontar. Precisamente porque deseaba protegerla, no le había mencionado ni que iba a casarse con Verity —ella había entendido que solo pretendía visitarla— ni que había recibido una carta del duque de Maybourne.

Llevaba toda la vida pensando que algunos secretos debían permanecer en la oscuridad a fin de evitarle un daño innecesario a los seres queridos.

Sean avistó por fin la silueta de la mansión solariega sobre la que se había levantado la escuela de señoritas de lady Mabry. El corazón se le detuvo al pensar en reencontrarse con la señorita Burton, a la que le bastó mirar una sola vez para saber que podría robarle el corazón. Se regocijaba en que su intuición hubiera resultado ser cierta, porque no solo era bella, sino que poseía un sinfín de virtudes ante las que no podía hacer la vista gorda.

Ni siquiera por la felicidad de su madre.

No había ni un alma en aquella zona alejada del pueblo y de la costa, o eso pensó en un principio. El caballo avanzaba al trote cuando avistó una figura femenina en el camino.

El pulso se le aceleró.

¿Y si era ella, la mismísima señorita Burton?

No, la señorita Burton era pelirroja, y el cabello de la joven era de un castaño brillante que se doraba bajo el sol adecuado. Iba a pasar de largo, limitándose a darle los buenos días, pero unos segundos antes de llegar a su altura, observó que la joven tropezaba y caía de bruces.

Sean le dio la orden al animal para que frenase de inmediato y descendió a toda prisa.

—Señorita, ¿se encuentra bien? ¿Necesita asistencia?

Se agachó hacia ella y, obviando toda ceremonia, se arriesgó a tomarla del brazo con suavidad. La pobre muchacha se había hundido hasta el codo en un charco de barro que le había salpicado la cara. Esto hizo sus rasgos indistinguibles cuando se giró, sobresaltada.

—Sí... sí... —musitó, dejando que Sean la incorporase tirando con gentileza. La joven intentaba sacudir el vestido de mañanas, una prenda desgastada y poco favorecedora de un aburrido tono gris—. Estos caminos son muy traicioneros. A veces voy tan concentrada en mi escritura que no me doy cuenta de que... ¡Oh, no! ¡Mi cuaderno!

Sean la soltó para que pudiera agacharse de nuevo en busca de lo que parecía habérsele caído. Lanzó una mirada de advertencia a su montura, como si así pudiera obligarla a permanecer en el sitio mientras ayudaba a la muchacha, y dejó ir las riendas para colaborar en la búsqueda.

Ella dio muy pronto con el pequeño cuaderno y se apresuró a cerciorarse de que el barro no había arruinado el contenido.

Solo una de las esquinas estaba enfangada.

—¿Sobrevivirá? —preguntó Sean en tono amistoso.

Suspiró, aliviada, y por fin lo miró a la cara con una inmensa sonrisa. Tener el rostro salpicado de barro no evitó que apreciara el fulgor natural de sus ojos, de un verde fuera de lo común.

Era bonita, pensó, fijándose en su sonrisa dulce. No poseía la clase de voluptuosidad que

avivaba el instinto lujurioso de los hombres, empezando por él. La suya era una belleza serena que templaba el corazón, como una cálida tarde de otoño sentado con una taza frente al fuego.

Internamente dedicó una burla a la intensidad de su apreciación. Como su madre insistía en señalar, a veces con orgullo, a veces con comprensible preocupación, Sean era tan susceptible a la brujería del arte y los atractivos de la naturaleza que se entregaba sin reparos a todo cuanto captaba su atención. Si su romance con una nueva idea para un cuadro o con una jovencita del pueblo duraba quince minutos, veinte días o treinta años, era indiferente, si bien lo más probable era que la ilusión se le agotara pronto: nadie podría decirle nunca que no se hubiese sometido apasionadamente desde el principio hasta el final.

Eso sí; en reconocimiento de su carácter tan sentimental como caprichoso, se obligaba a racionalizar su entusiasmo antes de perder el norte o herir a los demás con un exceso de candidez que no podría sostener en el tiempo.

«Siente lo que quieras y como quieras, ¡pero no lo digas!», le regañaba la señora Connor. «Luego pasa lo que pasa, que les sueltas una lisonja poética a las muchachas durante los cinco segundos que te fascinan y ya se creen que las amas con locura cuando tú no estás enamorado de ellas, sino de la idea que te formas de ellas».

La desconocida lo sacó de su ensimismamiento llevándose el cuaderno al pecho.

—¡Gracias a Dios! No se puede ni imaginar el desastre que habría sido perder mis anotaciones.

—Dese las gracias a usted, aquí Dios poco ha tenido que ver.

—Oh, no, no, señor. Dios tiene que ver con todo.

—¿Qué contiene, si no es indiscreción? —cambió de tema para no disgustarla con una opinión malintencionada sobre el cristianismo—. Debe de guardar secretos gubernamentales entre sus páginas si le preocupa más el estado del papel que el suyo propio. —La miró de arriba abajo con el ceño fruncido—. ¿No se ha hecho daño?

—Ahora que lo dice, es probable que me haya doblado un tobillo —confesó, levantando la falda lo suficiente para mostrar la punta de sus botas. Una joven de clase no llegaría tan lejos como para enseñarle sus pantorrillas a un desconocido, y aunque se encontraban en tierra de nadie sin carabina a la vista, Sean estaba seguro de que la muchacha era de buena familia. La delataba el acento pausado y la elegante genuflexión con la que le agradeció que hubiera intervenido—. Lamento haberle importunado. Me imagino que iba a alguna parte antes de tropezarse conmigo.

—No tengo prisa —mintió. Estaba desesperado por ver a Verity—, pero si quiere disculparse por interrumpir mi paseo, podría contarme a cambio qué lleva ahí escrito.

Ella se ruborizó, pero no por la vergüenza, sino por el placer de mencionar un tema que la entusiasmaba.

—Oh, no, nada, son tonterías... Pensará usted que me absorbe la pretensión. No existe la manera de hablar de mis... aficiones sin que me acusen de aspirar a más de lo que merezco.

Su humildad le provocó una sonrisa.

—Es imposible que aspiremos a más de lo que merecemos, señorita. Los sueños están hechos a la medida de cada uno. Si nos superaran en grandeza, nuestra mente no podría concebirlos. Hemos sido diseñados con unas limitaciones, ¿comprende?

Ella le devolvió el gesto, satisfecha con su respuesta.

—Algo así decía el filósofo Santo Tomás de Aquino para justificar la existencia de Dios, de hecho —le confirmó en un arrebato—: si un ser tan perfecto como Él no nos vigilara desde el Reino de los Cielos, ¿quién habría puesto en nuestra cabeza la idea de perfección, que no se

puede experimentar de ninguna otra manera? Usted lo ha dicho: nuestra mente no puede concebir determinada grandeza. Es impotente ante ciertos conceptos.

Sean esbozó una sonrisa incrédula pero sorprendentemente alejada del desdén pese a la burla que los feligreses convencidos inspiraban en él.

—Si había alguna relación entre mi comentario y su aporte, desde luego es la que ha señalado. ¿Se lo lleva todo al plano religioso, señorita?

—Bueno, Dios está en todas partes. Es inevitable tenerlo presente.

—No será por casualidad una interpretación de la Biblia lo que lleva ahí.

—Oh, no. Aquí guardo las anotaciones de mi primer libro. Apenas es un esbozo —se apresuró a añadir—, y ni siquiera sé si podría ser lo bastante bueno, pero habría sido frustrante perder la base de la historia. Es que yo... sueño con ser novelista.

Sean alzó las cejas, sorprendido.

—No me diga.

¿Cuáles eran las probabilidades de que dos muchachas de Canterbury quisieran ser novelistas? Verity le había mencionado en algunas de sus cartas que ansiaba convertirse en la próxima Jane Austen, a la que admiraba con un fervor obsesivo que siempre había encontrado adorable.

Estaba a punto de preguntarle si, por casualidad, alguna amiga suya de la escuela de señoritas también albergaba esa esperanza cuando la joven palideció al avanzar un paso.

Sean se apresuró a sostenerla por las muñecas.

—¿Qué ocurre?

—Acabo de confirmar lo que me temía. Parece ser que me he torcido un tobillo.

—¿Me permite echarle un vistazo?

Se agachó antes de esperar una respuesta cautelosa que no tardó en llegar.

—¿Es usted médico?

Sean alzó la mirada hacia ella y le sonrió en una postura informal, el codo apoyado sobre la rodilla. Tuvo que guiñar un ojo para que un sol impropio de diciembre no le cegara.

—Soy muchas cosas.

—El que es muchas cosas, a veces no es ninguna.

—Estoy de acuerdo —cabeceó, divertido con su repelencia—, pero me refiero a que soy la clase de hombre que posee conocimientos sobre múltiples materias.

—Seguro que sí, y no pretendo desairarle, pero preferiría limitar los reconocimientos médicos al doctor del pueblo.

—Por supuesto, lo comprendo. —Alzó las dos manos—. Al menos deje que la lleve a su destino. No creo que pueda caminar mucho más si tiene el tobillo inflamado.

—¿Llevarme? ¿Se refiere... a caballo? No sé montar, señor. —Soltó una risita nerviosa—. Creo que acabaría saltando por los aires, y no me conviene salir más perjudicada de lo que ya lo estoy. Mañana tengo una clase de baile.

—¿Una clase de baile? Entonces sí es usted una alumna de la escuela. Tuve la ligera sospecha en cuanto la escuché hablar. —Volvió a sonreír, esta vez con calculada simpatía. Por lo que sabía, Verity no era la muchacha más popular en Arlington Abbey, pero contaba con dos buenas amigas. Si la joven era una de ellas, le convenía que lo viera con buenos ojos—. No se preocupe por el asunto del caballo. Puedo montar delante o detrás, o, si lo prefiere, caminar a un lado con las riendas en la mano. Es un animal muy bueno. No se deje intimidar.

—No me cabe la menor duda. Adoro a los animales. —Cabeceó hacia el caballo con tristeza —. Es solo que ese amor no es correspondido.

Sean levantó las cejas, nuevamente sorprendido por un comentario que le sonaba familiar. Estaba convencido de que la señorita Burton le había mencionado en alguna ocasión que los animales la rehuían a pesar de sus intentos por relacionarse con ellos.

Se dijo que no era extraño que dos jóvenes coincidieran en aficiones o defectos cuando pasaban tiempo juntas, ni siquiera que utilizaran las mismas expresiones, pero no pudo evitar quedarse mirándola con fijeza, como si a través de ella pudiera ver a Verity.

—¿Es usted amiga de la señorita Burton?

—Así es, señor —confirmó con orgullo.

—Debe de ser la señorita Insley, entonces —meditó en voz alta—. Tengo entendido que su otra buena amiga, lady Haverford, si no recuerdo mal, lleva alrededor de un año y medio casada y no visita Canterbury con frecuencia.

—Ahora que está embarazada, mucho menos —apostilló con una calidez entrañable—. Discúlpeme si no le pregunto yo a usted cuál es su nombre. Aunque estoy segura de que no corro ningún peligro y me guardaría el secreto, sabrá que no es apropiado que andemos presentándonos a escondidas.

—Seré un perfecto desconocido para usted. El buen samaritano que su tobillo necesita.

La señorita Insley —Primrose, en realidad. Había memorizado cada detalle de las cartas de Verity— le dirigió una sonrisa cansada que sirvió de claudicación. Debía dolerle más de lo imaginable, porque ni siquiera sus impecables modales y su temeroso respeto hacia las normas la habían frenado a la hora de aceptar su ayuda.

Sean no se dio cuenta enseguida de que le estaba pidiendo con una mirada impaciente que se pusiera en marcha. Le fascinó tanto toparse de frente con una joven de la que llevaba oyendo hablar durante un año y medio que no se pudo ni mover. Es más: recordó el tono extrañamente implacable que Verity empleaba en sus cartas al mencionar a Primrose. Aunque eran amigas —o eso juraba; Sean tenía sus dudas—, se había referido a ella en términos de lo más desafortunados, llegando a alegar que nunca se casaría por su lamentable aspecto físico.

Le había dejado pasmado la falta de tacto de Verity, que en general solía ser benevolente con los defectos ajenos y tenía una actitud piadosa incluso con los seres más crueles. En una carta llegó a confesar que sentía compasión por Napoleón, a quien Josefina partió el corazón.

Ahora comprendía por qué Wit había minimizado a Primrose, por decirlo de un modo suave. Lo más probable era que se sintiera amenazada por su dulzura.

—Debo confesarle que no es usted como la señorita Burton la describió en sus cartas.

Sin pararse a meditarlo, avanzó un paso y le cubrió la mejilla con el pulgar para frotar una mancha de barro que se deshizo con facilidad.

En el pueblo del que venía, tocar a una mujer con el noble fin de adecentarla no era un pecado capital, pero en Inglaterra se entendía que el honor de las señoritas era de una fragilidad extraordinaria. Se regocijó en el contacto por su carácter prohibido, por la suavidad de su piel y por el exquisito nerviosismo que se apoderó de la joven.

Se encontró con su mirada tímida durante un instante, y ya fuera porque Sean había viajado con el corazón en la mano o porque la criatura tenía los ojos excepcionalmente verdes, su pecho se rebeló contra su dueña dando un inesperado brinco.

—¿Di... di... disculpe? —Pestañeó ella, confundida y sonrojada—. ¿Wit... me ha m-m-mencionado?

Sean tuvo que morderse la lengua para no soltar una inoportuna carcajada.

En su tierra, a las mujeres les arrancaban los escrúpulos nada más nacer para arrojarlas a la vida de campo. No tenían tiempo para perderlo tartamudeando. Quizá por eso la novedad de su

retraimiento le resultó tan atractiva.

—Muy por encima, y siempre en términos positivos —se apresuró a aclarar. Se humedeció los labios y añadió—: Pero si se dedica usted a escribir novelas, ya sabrá lo traicionera que es la imaginación. A veces nos equivocamos en nuestras suposiciones. Yo lo hice.

Con la excusa de ayudarla a limpiarse, siguió deslizando el pulgar por su piel de terciopelo. Pero el resto de las manchas no desaparecían con la misma facilidad.

No desaparecían a secas, y pronto descubrió por qué.

La expresión de Primrose se había torcido hacia la incomodidad.

Dio un paso atrás para romper el contacto sin necesidad de tocarlo.

—Eso no es barro, señor —le explicó con rigidez—. Soy así.

Sean limitó su reacción a una mueca de moderado asombro, que no bebió tanto de su insólita condición como del tono que empleó. Dijo «soy así» como si lo odiara por tener ojos en la cara; porque su sentido de la vista le hubiera obligado a ser consciente de lo que ella entendía como su mayor defecto.

—Qué curioso —comentó él, ladeando la cabeza para mirarla mejor—. No había conocido a nadie con la piel de dos colores.

—No tengo la piel de dos colores. —Hizo una pausa para armarse de paciencia. Reconoció un fondo de rabia en su expresión, y algo aún más admirable: el autocontrol con el que impidió que saliera a flote—. Son solo manchas.

Pero no eran «solo» manchas. Saltaba a la vista que era una condena para ella, y que con un comentario buenista de la categoría de «a mí me agradan» no la estaría apaciguando, sino agitando un pañuelo rojo delante de un toro.

De la mano de la prudencia, Sean se tuvo que conformar con asentir. La ayudó a acercarse al caballo y le ofreció su mano. Ella vaciló a la hora de tomarla como impulso al ver que no llevaba guantes, pero acabó cediendo con un discreto suspiro.

Unos instantes después, la señorita Insley ya había encontrado su equilibrio sobre la silla de montar. Estaba tan avergonzada por tener que cabalgar a horcajadas que se había ruborizado, una reacción ante la que Sean sonrió sin darse cuenta.

Agarró las riendas con firmeza y palmeó el lomo del caballo para retomar la marcha caminando a su lado.

Ella no volvió a hacer ningún comentario. Se sumió en un silencio fúnebre que le tentó romper en un par de ocasiones, pero que, sobre todo, deseó penetrar acuciado por la curiosidad. Tuvo que renunciar al placer de hacer preguntas impertinentes y centrarse en sus propios pensamientos, que no tardaron en volver a girar en torno a Verity.

Era curioso que ni la señorita Insley ni la señorita Burton supieran montar a caballo.

Sería culpa de la escuela, pensó sin darle mayor importancia. No tendrían un maestro en condiciones.

Capítulo 2

Primrose tenía el corazón comprometido, pero eso no quería decir que no pudiera disfrutar de las atenciones de un hombre atractivo. Durante unos instantes, se había permitido cerrar los ojos y soñar con que era el corcel de su adorado Sean Connor el que cabalgaba destino a la escuela, y que no era otro que su misterioso amante el que la tomaba de la mano y la ayudaba a desmontar para conducirla hacia el recibidor.

Había sido una fantasía magnánima, incomparable con las no tan vívidas que dibujaba en el pensamiento antes de dormirse, siempre inspirada por el receptor de sus cartas. Pero al igual que cuando despertaba, en cuanto tocó el suelo alfombrado de la antesala de la escuela, su ilusión se resquebrajó tan abruptamente que se quedó sin aliento.

Darse cuenta de que estaba sola era tan doloroso que a veces se sorprendía encogiéndose sobre sí misma; tendiéndose sobre el mismo corazón, hecha un ovillo, para soportarlo.

—Gracias, señor —le dijo con una sonrisa quebrada.

Él la observaba con una atención halagadora, como si fuera la única mujer en el mundo. Tenía una manera de mirar que conectaba de forma directa con los procesos internos que ocasionaban el rubor.

—Gracias las suyas, señorita —respondió con la inflexión perfecta para, sin perder la coquetería, evitar sonar invasivo. Lo acompañó de un guiño inocente.

Primrose comprendió que no tenía razones para sentirse especial en cuanto dos profesoras de la institución interrumpieron la escena.

El desconocido les puso el mismo interés, si no más.

La señorita Lavinia Vallans comandaba la marcha; Sarah Reeves la escoltaba al trote.

Eran pocas maestras las que tenían una familia esperándolas en casa, pero eso no significaba que tendieran a quedarse en la escuela durante fechas señaladas. Solo la directora, por cuestión de jerarquía, Sarah, por aprecio hacia las muchachas, y Lavinia, por razones personales, habían aceptado la responsabilidad de acompañar a las rezagadas.

—¡Primrose! —exclamó la señorita Reeves, alternando una mirada escandalizada entre el apuesto caballero, que todavía la sostenía por la cintura, y el precario equilibrio de la joven—. ¿Qué ha ocurrido? ¿De dónde vienes? ¿Por qué vas descalza?

Primrose bajó la mirada y comprobó que sus dedos, prudentemente cubiertos por la media, asomaban bajo el ruedo de la falda. Se apresuró a esconderlos antes de que el desconocido se percatara del descuido, ruborizada y al mismo tiempo complacida en secreto.

Se preguntó qué pensaría Sean cuando en su próxima carta le narrara el incidente. ¿Despertaría sus celos? Desde luego, el desconocido era la clase de hombre por el que otro caballero podría sentirse amenazado sin necesidad de que abriera la boca, tan solo apareciendo bien —o incluso mal— vestido en un salón. Y, por lo que ella sabía, el señor Connor era un tipo bastante posesivo. Le había encantado saber de labios de Prim que no estaba tan solicitada por el público masculino como se decía en Londres, una de tantas verdades sobre ella que, en el caso de Verity, eran una patraña descomunal.

Por lo que ¿era una verdad... o era una mentira?

Esa pregunta la perseguía día y noche. Nunca permitía que la encontrara porque la respuesta la definiría como ser humano, y no se perdonaría mirarse al espejo y verse como una canalla.

Comprobó una vez más que no estaba soñando lanzándole una discreta mirada de soslayo al

recién llegado.

Sean era seguro de sí mismo, pero arrugaría la carta en el puño si Primrose le admitía haber sentido mariposas en el estómago con el solo contacto del desconocido.

Jamás se habría dejado seducir por su visión si no hubiera neutralizado la rudeza de su apariencia, sus dimensiones épicas, con unos modales exquisitos. Aquel hombre parecía un titán bajado a la Tierra con el ingenuo propósito de pasar desapercibido, pero, por más cercano que se mostrara —y no podía decirse que no lo hubiese intentado—, era imposible no sentirse intimidado en su presencia. Tenía los hombros anchos como los costados de un galeón, la mandíbula prominente y acentuada por una barba integral de varios días de viaje y unos brazos que podrían arrancar el Big Ben de cuajo.

—Sé que nadie me ha dado vela en este entierro, y que mi visita sorpresiva podría suponer un problema —expresó el recién llegado, soltándola un momento para mostrar sus palmas inocentes. Solo que no eran inocentes, sino dos armas en reposo. Se había dirigido a la ceñuda Lavinia, quien, aun sin haber pronunciado palabra, se presentaba como la indiscutible autoridad a la que rendir cuentas—, pero le aseguro que solo pretendía evitar un accidente. Venía hacia aquí cuando la señorita Insley ha sufrido un traspié. No podía abandonarla en el barro, como usted comprenderá.

Sarah dirigió enseguida una mirada preocupada a la alumna.

—¿Es eso cierto? ¿Estás dolorida, Prim? —Fue a agacharse para valorar de cerca la hinchazón, impulsada por el instinto médico heredado de su madre, una valiosa enfermera que se hizo cargo de los soldados durante las guerras napoleónicas. Se lo pensó mejor al recordar que tenían compañía—. Será mejor que te eche una ojeada. Ven al despacho de la directora.

—Me encuentro bien, señorita Reeves. Solo necesito asearme antes de la cena.

«Y contarle a Sean lo que acaba de pasar para que sepa que podría tener competencia, que vivo situaciones novelescas y que, por primera vez en mi vida, un hombre joven y bello me ha tratado como si de verdad fuera una señorita, no un monstruo».

Bueno, probablemente no añadiría aquello último. Sean no sabía que Primrose tenía el aspecto de un demonio bíblico, y no se lo confesaría mientras pudiera prolongar la fantasía.

—De ninguna manera —se impuso la señorita Vallans, recta como una flecha—. Igual que el caballero ha tenido la gentileza de traerte a la escuela, podrá llevarte hacia el despacho para que te revisemos. No os habrá visto nadie, ¿verdad?

—Juraría que no, señora —respondió el aludido.

Lavinia debía de ser la única mujer en edad de merecer pero bochornosamente soltera que no se tomaba la molestia de corregir a un hombre cuando la llamaba «señora». Se comportó como si se reconociera en el apelativo dirigiéndole un asentimiento brusco y gesticuló hacia el fondo del pasillo sin esperar el visto bueno de Sarah.

Esta se resignó a obedecer también.

No cabía otra cosa cuando Lavinia daba una orden.

—¿Te ayudo, querida? —le preguntó a Primrose antes de echar a andar.

—No se preocupe, señorita —le dijo el desconocido—. Lo tengo todo controlado por aquí. ¿Me permite? —inquirió en dirección a la doliente. Esta esbozó una sonrisa nerviosa que él tuvo que interpretar como una venia, porque se agachó para tomarla entre sus brazos sin mayor ceremonia y echó a andar corredor abajo.

Primrose contuvo a tiempo una exclamación de asombro. Su primer impulso fue echarle los brazos al cuello para recuperar el equilibrio, pero enseguida se reprendió por su libertinaje involuntario y agachó la barbilla, avergonzada.

Oyó la risa del caballero y también la sintió cuando su aliento fresco le hizo cosquillas en el perfil. No fue el único aroma que percibió al inspirar como si anduviera de incógnito: el hombre olía a la frondosa humedad del bosque, a pintura oleosa y a piel limpia.

—No tenga miedo de tocarme, señorita Insley —le dijo en voz baja—. Eso que iba a hacer es, de hecho, lo que se suele hacer en estos casos. Agarrarse fuerte.

«¡Agarrarse fuerte!», exclamó para sus adentros, a punto de desvanecerse.

—¿Qué... qué quiere decir? —balbuceó, ruborizada—. ¿Hace esto tan a menudo que se conoce la postura correcta?

Él le lanzó una mirada soñadora a través de las pestañas.

Oh, qué hombre tan hermoso, pensó con un nudo en la garganta. Tan hermoso que daba miedo mirarlo directamente. Sus ojos azules habían atrapado el fragmento más puro del mar, e incluso si no sonreía de forma abierta, su expresión de pícaro sin malas intenciones despertaba en los demás el deseo de corresponder su simpatía.

—No se puede ni imaginar la cantidad de ovejas que un hombre llega a levantar en un día cuando toca lavarlas en el río. O, Dios nos guarde, esquilarlas —apostilló en tono de ultratumba, exagerando su temor hacia la tarea.

Su respuesta le hizo gracia.

—Así que peso lo mismo que una oveja —comentó, burlona.

—¡Por supuesto que no, señorita Insley! —exclamó, indignado con su comentario—. ¡Las damas son ligeras como una pluma! Y, a decir verdad, a esos engendros de la naturaleza me los echo a los hombros, no los cojo en brazos. Lamento no poder hacerle una demostración sin que me acusen de representar el número de un circo.

—Porque le aseguro que lo acusaría de eso mismo —le confirmó Lavinia en tono implacable.

Comandaba la marcha con la prisa de quien no quería prolongar ni un segundo más la escandalosa situación. La señorita Reeves, en cambio, caminaba a sus espaldas y asistía a la charla con una vaga sonrisa en los labios, como si presenciara una escena por largo tiempo soñada.

—¿Trabaja usted en el campo? —le preguntó Primrose en voz baja para no alterar los nervios de la maestra de literatura.

—Ajá, es uno de mis oficios. Ya le he dicho que soy muchas cosas. Me desempeño en los campos de las afueras de Belfast.

El corazón le dio un vuelco de alegría al escucharlo.

—¡El hombre al que amo...! —Se obligó a moderar su entusiasmo con un carraspeo—. Quiero decir que... que... alguien a quien conozco también es irlandés. ¡Me hace tremendamente feliz ponerle por fin un acento a nuestros compatriotas del norte! Hasta hoy, no había conocido a nadie de la zona. El padre de Wit es irlandés, sí, pero lleva más de veinte años viviendo en Londres y ha ido perdiendo el habla local. No se enorgullece de ello, claro está; el señor Burton es un férreo defensor de su oriundez, más por obstinación y desprecio a lo inglés que por nacionalismo. Simplemente se ha adaptado al deje londinense. ¡Debería haber reconocido su origen a primera escucha! He estado informándome sobre cómo se oye el acento irlandés y tiene usted una forma muy característica de expresarse. Resulta más agradable de lo que imaginaba o me habían contado. Ese toque rudo e informal, las consonantes marcadas, el énfasis en la erre... Desde luego, inglés no era usted, eso estaba claro.

Al caer en la cuenta de que estaba hablando por los codos, apartó la vista con la excusa de arreglarse la manga del vestido. La señorita Reeves también se había percatado de su repentina verborrea y la había mirado con una sombra de diversión.

Se excusó ante sí misma con que era la primera vez que un hombre le dirigía la palabra y no solo no parecía incómodo con su proximidad, sino que la atendía con genuino interés.

—No se vuelva a corregir jamás —le dijo él. El tono aterciopelado de su voz la atrajo y pronto se vio hipnotizada por su mirada sincera—. Si tiene el valor de proclamar en voz alta que ama a alguien, no lo esconda ni lo minimice con sinónimos que no le hacen justicia. ¿Cómo se llama el susodicho, por cierto? Tal vez le conozca. Tengo contactos en todo el país gracias a mi modesta dedicación a la pin...

Lavinia frenó su agitado recorrido hasta el despacho y abrió la puerta con impaciencia para atraer la atención.

—¿A usted le parece que ese es un tema de conversación apropiado para mantener con una joven a la que ni siquiera conoce?

—Me parece un tema apropiado para mantener con una joven a la que tengo entre mis brazos —respondió con una espontaneidad que la maravilló, pese a ser la perjudicada en la historia. Que un desconocido la tuviera entre sus brazos no hablaba muy bien de ella, ni siquiera considerando las circunstancias, pero Primrose se quedó gravitando en torno a aquella construcción.

«Entre sus brazos».

Un hombre la tenía *entre sus brazos.*

Jamás pensó que algo así sucedería, y que el hombre en cuestión sería la cosa más bella que había visto en su vida.

«Eso ya lo has pensado», le regañó la voz de la conciencia. «Creo que es suficiente. Si Dios no consiente la superficialidad, tú deberías perdonártela aún menos».

—Es más inapropiado si cabe porque la está sosteniendo en brazos —sentenció Lavinia, y, con un gesto de cabeza, lo exhortó a pasar una vez abierta la puerta y depositar a la joven doliente en el butacón junto a la ventana.

Las últimas luces del atardecer ya se habían extinguido. La señorita Reeves, con esa entrañable prisa con la que lo hacía todo, tuvo que prender las luces de las lamparillas de gas antes de arrodillarse ante Primrose.

Con cuidado de que el invitado no atisbara un ápice de piel, y sin cometer la insensatez de retirar la media, la maestra manipuló gentilmente el tobillo.

Primrose tuvo que morderse el labio para no lanzar un alarido.

—Por favor, caballero, tome asiento y acepte la taza de té que la señorita Vallans le preparará —señaló Sarah con educación. No fue tan cortés con Lavinia, a la que le enarcó una ceja para exigirle que se pusiera en movimiento y tratara de reparar así sus groserías hacia el desconocido —. A Prim le sentará bien otra. ¡La pobre está helada!

—Solo Dios sabe cómo se le ocurre salir a pasear con estas temperaturas... —La maestra de literatura sacudió la cabeza, exasperada—. Si quieres disfrutar de la naturaleza, Prim, vete a leer al invernadero, como hace todo el mundo. Así, si te caes, puede asistirte alguien que conozcas.

Primrose estuvo a punto de suspirar.

Al principio se sentía halagada porque las maestras demostraran una clara debilidad por ella, pero había que ser un auténtico ingenuo para no ver que dicho aprecio tenía su razón de ser en sus terribles defectos, que la hacían proclive a recibir la compasión ajena. Como adepta del cuaquerismo, no podía despreciar la piedad, que era un rasgo del carácter del Señor, pero no podía evitar sentir una punzada de resentimiento.

A nadie le gustaba que, aunque fuese por una buena causa y por acción pasiva, le recordaran su imperfección.

Desesperada por recuperar el autocontrol obviando la presencia del desconocido, se concentró

de manera intencionada en Lavinia; en cómo se movió por la estancia para disponer el tentempié.

Aunque la altura y la delgadez aportaban elegancia al conjunto de una mujer, en la maestra de literatura el don era innato. En poco tendrían que haber ayudado a hacerla ver hermosa la rigidez de la postura y el desprecio hacia la feminidad que proclamaba con su vestuario desfasado. Pero, incomprensiblemente, seguía saltando a la vista que su atractivo no era de ese mundo.

Por más que Primrose se esforzó por fijarse en la señorita Vallans, su visión periférica había estudiado con una precisión bochornosa cada paso de la presencia masculina. No había dudado en aceptar la invitación y se había sentado donde correspondía para que el cuerpo de la directora tapara el tobillo desnudo de Primrose, un detalle que indicaba su respeto.

—¿Cómo es que la llaman a usted por su nombre de pila, señorita? —inquirió el tipo al ser consciente de que era escrutinado. Cruzó el tobillo sobre la rodilla contraria y se repantigó nada más recibir la taza que Lavinia le sirvió a regañadientes.

—Prim ya no es una alumna, señor, sino parte de nuestra familia —le explicó Sarah con una sonrisa afectuosa. Se había levantado para revolver en los cajones en busca de un vendaje—. Lleva con nosotras en Arlington Abbey desde que tenía nueve años.

—Nueve años —se sorprendió con las cejas en alto—. ¿Tan jóvenes comienzan a estudiar?

—Lo habitual es que las niñas reciban clases de institutrices en la comodidad de sus hogares hasta los catorce —explicó Primrose con calma—. Tres o cuatro años antes de su presentación en sociedad, el estudio se vuelve más exhaustivo y se incorporan materias relacionadas con la vida en los salones, como el baile. Aunque hay alumnas aventajadas porque toman lecciones antes de tiempo. Todo depende de quién estemos hablando, de la capacidad adquisitiva de la familia...

«... y de si se le augura un gran futuro o un destino fatal en función de sus encantos», debería haber añadido. Pero al igual que durante el trayecto a caballo, Primrose se negaba a entrar en terreno pantanoso. Antes muerta que admitiendo ante un hombre apuesto que llevar toda la infancia y adolescencia en la escuela no era una buena señal en su caso, sino todo lo contrario.

—Comprendo —cabeceó, dando el tema por zanjado.

Captaba al vuelo cómo andaban los ánimos y cuándo correspondía cerrar el pico; eso se lo tenía que conceder. La señorita Reeves lo había llamado «caballero», una consideración muy merecida. Había una inclinación en él por cuidar de los sentimientos de quien le rodeaba. Aun así, no podía haber nacido en el seno de la aristocracia. Los nobles inculcaban en sus hijos la frialdad y distancia necesarias para llevar sus asuntos financieros y personales desde la más estricta severidad, y Primrose percibía en el desconocido la conmovedora calidez de quien ha experimentado el amor en primer grado. Su forma de habitar cómodamente el espacio, su manera de sonreír sin complejos, la franqueza al mirar y la seguridad al hablar: alguien llevaba toda la vida procurando transmitirle que su existencia era valiosa, que su voz importaba y que nadie tendría derecho a arrebatarle o cuestionar su lugar en el mundo jamás.

Primrose no había experimentado nada semejante en el seno familiar, y esto, unido a lo novedoso de su contacto, su conversación e incluso su olor, despertó en ella una poderosa admiración hacia él.

—Tocadas ya todas las banalidades habidas y por haber, y en vista de que no piensa tener usted la iniciativa, ¿qué se le ofrece, si no es mucho preguntar? —exigió saber Lavinia.

—¿Por qué el tono de sospecha, si no es mucho preguntar? —contraatacó, removiendo el té con tranquilidad.

—Comprenderá que es cuanto menos sospechoso que un hombre en edad de amar deambulee por las inmediaciones de una escuela de señoritas y aparezca encantado de haber estado presente durante el infortunio de una muchacha soltera —le soltó la maestra sin pestañear—. Así que...

¿Qué se le ofrece?

Primrose odió inconscientemente a Lavinia por haber subrayado su soltería. Y no porque la avergonzara su condición, a la que ya se había resignado, sino porque había indicado que estaba en el mercado cuando eso solo era cierto en la teoría.

Los hombres tendían a indignarse cuando se insinuaba que podían estar interesados en su compañía, y prefería no ver el disgusto relampaguear en el semblante del desconocido. No sería la primera vez que uno se levantaba, demandando reparaciones morales, después de haber entendido la sugerencia de bailar con ella como un insulto.

Con la esperanza de evitar un exabrupto escandalizado, se acercó la taza a los labios muy despacio y esperó, con los ojos cerrados, a que el vapor le calentara la punta de la nariz helada. Cuando volvió a abrirlos, se percató de que el caballero la había estado observando sin parpadear, sosteniendo su propio té muy cerca de la boca como si la imagen se hubiera congelado durante el movimiento.

—Hasta hace un momento, ser un buen samaritano —declaró con naturalidad—. Ahora, y viendo que la noche ha caído sobre nosotros sin piedad..., rogar por un poco de pan y solicitar asilo.

Había un guiño de ojos en su pregunta, enunciada para desarmar a Lavinia. Si la señorita Vallans no hubiera estado hecha de otra pasta, se habría ruborizado; Primrose casi lo hizo al volver a mirarlo a los ojos, momento en el que un estremecimiento placentero le tensó el cuerpo de arriba abajo.

De veras que no había visto un hombre más bello jamás.

Aunque se avergonzaba de albergar pensamientos que chocaban frontalmente con la promesa de fidelidad que le había hecho a Sean, se consolaba diciendo que, ante las cuestiones de la carne, incluso las mujeres más devotas eran impotentes.

Qué ojos tan azules; qué cabello tan negro. Su cuerpo era una torre desafiante y tenía la sonrisa de un hombre bueno que se permitía ser travieso de vez en cuando.

Procuró huir de él centrando la mirada en la dedicación de Sarah, que le había tenido que bajar la media para vendarle con paciencia el tobillo.

—Tendrá que presentarse antes —dijo la maestra de literatura— y comentar el porqué de su visita.

—No oculto mis intenciones, que son de lo más honorables. He venido a visitar a la señorita Verity Burton, con la que me he estado carteando estos últimos tiempos.

—Por supuesto que tenía que venir a ver a Wit —se lamentó Prim por lo bajini, de manera que solo la escuchara la señorita Reeves. Esta alzó la barbilla y le puso toda su atención, sorprendida porque se atreviese a airear sus celos—. Jamás habría perdido el tiempo escribiéndose con un hombre que no pareciera la prueba de que Dios tiene muy buena mano.

Sarah contuvo una sonrisa.

—Verity es muy bonita —le confirmó en el mismo tono—, pero una no rompe corazones solo porque tenga el cabello del color del fuego.

—También porque su padre posee en propiedad todos los ferrocarriles de Inglaterra.

La señorita Reeves negó con la cabeza dulcemente.

—Si ha triunfado en los salones, Prim, es porque confía en sí misma.

No le pasó por alto la cariñosa pulla, la que las maestras llevaban toda una vida repitiendo con la esperanza de espabilarla. La frase tenía continuación, pero solían dejarla a medias para que rellenara los huecos: Verity confiaba en sí misma... a diferencia de ella, que solo ponía piedras en su propio camino.

—¿A la señorita Burton, dice? —inquiría Lavinia, sorprendida. También Primrose miró al desconocido tratando de disimular su consternación. Cuánto se lamentaba por el pobre hombre, que habría realizado el trayecto en vano—. Witty pasa todas las Navidades con su familia materna. ¿No se lo mencionó en sus últimas misivas? —Había un claro retintín en su pregunta. La maestra prefería desconfiar de las explicaciones de los caballeros que de las agendas ocultas de sus señoritas, incluso si esas señoritas eran la temible y manipuladora Verity Burton—. No regresará hasta Año Nuevo.

—¿Está usted segura? Me dijo de forma explícita que estaría en Arlington Abbey durante el receso. Por eso se me ocurrió presentarme por sorpresa. Para aplacar su soledad.

—Qué considerado —aplaudió la maestra de literatura con aburrimiento.

Primrose tragó de golpe el sorbo de té. Estaba ardiendo, pero ni siquiera lo sintió quemarle la garganta. Un vértigo desagradable se había apoderado repentinamente de su cuerpo. Tuvo que depositar la taza sobre el amplio reposabrazos para que no se notara que le temblaba la muñeca.

Buscó el rostro del desconocido tratando de disimular que ya no se sentía ni los labios, tal era la fuerza del shock.

Verity siempre hacía honor a su nombre[6] siendo honesta incluso en cuestiones en las que le convendría mentir, como, por ejemplo, acerca de su paradero. A fin de cuentas, eran muchos los que aprovechaban la información para presentarse de pronto dondequiera que estuviese, convencidos de que la deleitarían con su aparición sorpresa.

En palabras de Wit, «los muy moscones acababan arruinándole la velada».

Sin embargo, ella seguía sin alterar sus principios. Solo sacrificaba la verdad en aras de su diversión, pero no acostumbraba a divertirse a costa del tiempo físico de sus pretendientes. Solo de su prosa colmada de cotilleos y halagos, más por pasión hacia lo primero que para regodearse en lo segundo.

La única Verity Burton que había mentido sobre dónde se hallaría en Navidad era la Verity Burton por la que Primrose se hacía pasar para flirtear con Sean Connor.

Sean Connor, se repitió.

El ganadero irlandés que se carteaba con ella, una alumna de la escuela.

Justo como el desconocido.

—Ha debido de haber un error, señor... —empezó la señorita Reeves en cuanto terminó de ajustar la venda.

Primrose escudriñó el rostro del desconocido con la compostura pendiendo de un hilo. El miedo a la inminencia del descubrimiento le emborronó la vista y, aun así, pudo reconocer en el atractivo del susodicho la única descripción física que Verity le había proporcionado de Sean después de, a petición suya, investigar a fondo para discernir quién era:

«Es uno de los hombres más guapos que he visto en mi vida. Pero te lo regalo, para que luego no se diga que soy egoísta o superficial».

—Connor. Sean Connor.

El alma abandonó su cuerpo, y al intentar salir huyendo de la escena, obró el resultado contrario: en lugar de apoyarse sobre el pie sano al levantarse de golpe, echó todo el peso en el tobillo vendado. Durante un delirante segundo, el dolor sumió la estancia en la oscuridad. El mareo no ayudó a que encontrara el equilibrio. Habría caído dramáticamente de bruces si, en su segunda heroicidad del día, Sean no se hubiese adelantado con tres veloces zancadas para sujetarla por la cintura.

Lo siguiente que la joven vio al abrir los ojos, aterrorizada por lo que todo aquello significaba, fue la sonrisa juguetona del hombre.

Su hombre.

«Dios mío, no puede ser. No puede ser. ¡No puede ser!».

—Parece que hoy el equilibrio no nos acompaña, señorita Insley —murmuró él.

Tantas emociones se arremolinaron en torno a ella al mirarlo a la cara que sintió que se desmayaría allí mismo. La sensación de asociar por fin las bellas palabras que leía a la mullida boca que las pronunciaba fue incomparable; reconocer, también, los ojos que recorrían las líneas de sus cartas, ser sostenida por las manos que acariciaban el borde del papel y lo doblaban con mimo para que llegara a las suyas con la mejor presentación, uno de tantos detalles de cuánto apreciaba su contacto epistolar; de cuánto la respetaba a ella.

El impulso de envolverlo con los brazos fue enseguida eclipsado por el miedo y por una furia injustificada hacia la única parte inocente de la historia. Y es que Sean no sabía quién era, y se suponía que así debería haber sido para siempre. Con su atrevimiento, había arruinado un juego que se había convertido en su única razón de vivir.

Juego del que ahora tendría que retirarse.

Lo apartó de mala manera, como si encontrara indeseable su contacto, y huyó de su gesto de perplejidad cojeando hacia la salida. Ignorando el pasmo de las maestras y el dolor del tobillo, que no podía compararse con la pesadez del corazón, se arrastró pasillo abajo y, luego, escaleras arriba.

En otras circunstancias se habría avergonzado de su comportamiento, pero no estaba en condiciones de otra cosa que de encerrarse en el dormitorio para asimilar lo sucedido. Cerró la habitación con llave y se precipitó sobre su mesilla de noche para batallar con la cerradura que protegía el cajón de sus secretos. Hiperventilando por el shock y la desesperación, sacó un papel nuevo y reluciente y el tintero cuidadosamente sellado.

Temblando como nunca antes y activada por la necesidad de ponerse a salvo, empezó a garabatear una serie de ruegos.

Wit,

Tienes que regresar a Arlington Abbey. Sean ha venido a verte por sorpresa. Mi Sean. Solo que es tu Sean, al final, porque es tu rostro el que recuerda. Necesito que vuelvas a la mayor brevedad y le pidas que se marche, que le digas que no estás interesada en sus atenciones, que vuestro contacto epistolar no fue más que un juego para hacer las delicias de tu entretenimiento y que no significa nada para ti.

Te lo ruego, Wit.

No puedo permitir que se entere de lo que he hecho.

Capítulo 3

Era una suerte que Sean supiera prestar atención a su alrededor en cualquiera que fuese su situación emocional. De lo contrario no habría sabido apreciar el paseo que la directora le invitó a dar por la escuela para que conociera las instalaciones.

A falta de su pretendida, Madeline Lacraft había tenido que improvisar otro modo de entretenerlo. La señorita Vallans había estimado pertinente arrancar a la máxima autoridad de sus quehaceres para resolver el problema que representaba la osadía de un fervoroso galanteador.

Sean había estado seguro de que recibiría una reprimenda por parte de la institución nada más llegar, pero también había estado convencido de que sorprender a Verity compensaría el sermoneo. De esa y de otras muchas cosas que unas horas atrás habían sido certezas inamovibles y, sin embargo, ahora se desmoronaban ante sus ojos.

—Comprenderá, señor Connor, que no puede quedarse pululando por aquí en tanto que la señorita Burton regresa de sus vacaciones —le explicaba la directora. Habían terminado en la otra punta del grandioso edificio, husmeando entre los volúmenes de una biblioteca con títulos de filosofía y matemáticas que uno no esperaba hallar en una escuela de señoritas, pero que justificaban el conocimiento de Primrose sobre Santo Tomás—. Ahora mismo, la finca de Arlington Abbey está cerrada a cal y canto por una cuestión de seguridad. Somos tres alumnas y tres maestras, las seis solteras; no hay hombres a la vista por razones obvias. Si fuera usted un padre o un hermano, aún podría pensármelo, pero tratándose de un pretendiente...

—Señorita Lacraft, vengo de Irlanda —expresó con tiento. La directora era una mujer seria, mas no intransigente. Sospechaba que, si la conmovía, haría una excepción con él—. El mío no ha sido un viaje corto. Me ha supuesto tomar un barco y recorrer alrededor de cuatrocientas millas a lomos de un caballo, y eso por no mencionar el coste económico de pasar un par de noches en posadas donde la hospitalidad y la higiene brillaban por su ausencia. Me ha llovido, me ha nevado y he pasado un frío que solo se sufre en los páramos rusos. Huelga decir que es un sacrificio que he realizado gustosamente por la mujer a la que amo, no me malinterprete; no pretendo venderme como un pobre diablo..., ni mucho menos que me compense el perjuicio de marcharme de vacío si no consigo que se apiade de mí —continuó con una sonrisa amistosa.

Madeline se la devolvió con cansancio.

—¿Entonces? —le invitó a proseguir con un deje irónico—. ¿Solo quiere ponerle voz a las vicisitudes de su periplo para que quede constancia de su heroicidad?

—Quiero que entienda que mis intenciones con la señorita son honorables. Un hombre nunca recorrería tales distancias, y menos en estas fechas, por un simple capricho.

Madeline le lanzó una mirada socarrona.

No había esperado toparse con una mujer expresiva y abanderada de la llaneza al mando de responsabilidades del calibre de una academia. Cabía imaginar a una señora entrada en años que renegaba de su feminidad y creía en el castigo físico para inculcar la disciplina, pero la señorita Lacraft no había cumplido aún los cuarenta y sabía reírse tanto de sí misma como de sus invitados desde la más sincera cordialidad.

—No me tome por inocente, señor Connor. Llevo una década dirigiendo una institución que se compromete a garantizar, si no el amor, al menos la conveniencia matrimonial. Soy muy consciente de las molestias que un hombre puede llegar a tomarse por un deseo momentáneo.

—Llevo un año y medio carteándome con la señorita Burton. Entiendo que el tiempo es muy abstracto y cada uno lo vive de un modo distinto, pero, si eso le parece momentáneo, entonces supongo que no tenemos nada más de lo que hablar.

Madeline le transmitió con su obstinado silencio que no pensaba dejarse amilanar por su determinación, si bien en el brillo de sus ojos castaños había cierta curiosidad. Apostaba por que en todos esos años dirigiendo no había tenido que lidiar con una situación parecida.

Ni él con una mujer que le mentía, por otro lado.

Ya habían emprendido la marcha hacia el comedor donde se celebraría la cena cuando la directora retomó la negociación.

—¿Está la señorita Burton al tanto de sus... sentimientos?

—Si a estas alturas no sabe que la amo, no será porque no haya sido explícito. Estoy dispuesto a todo con tal de verla, señorita Lacraft. Si hubiera tenido que enfrentarme a un monstruo mitológico con mis dos manos desnudas durante el camino, no habría vacilado. Por favor —le pidió sin perder la dignidad—, no me cierre las puertas ahora.

—¿Por qué no se queda en una posada del pueblo mientras llega el día del encuentro? —propuso al cabo de un rato. Era una mujer resolutiva. Eso le gustó—. Canterbury es una zona muy frecuentada por turistas. Encontrará todos los servicios que pueda necesitar.

—Me temo que he viajado con el dinero justo. No puedo permitirme más hospedajes.

Eso no era cierto, pero dudaba que fuese a cuestionarlo. Un hombre que se preciara de serlo jamás reconocía en voz alta, y menos ante una mujer, que no nadaba en la abundancia. Además de que su humilde aspecto físico lo confirmaba: a fin de hacer más cómodo el viaje, Sean había prescindido de prendas ceremoniales decantándose por una sencilla camisa, un chaleco de piel de borrego y un gabán que cubría hasta las rodillas.

Madeline enarcó las cejas.

—Con el debido respeto, señor Connor, quien no puede permitirse un hospedaje, tampoco puede permitirse una boda. Al menos, no con las damas y señoritas que salen de esta escuela.

No se tomó a pecho el comentario, que no podía entenderse ni por asomo como un dardo envenenado. Era lógico que la directora se preocupara, si no del bienestar de las alumnas, de cómo afectara a la reputación de la academia que alguna se casara por debajo de sus posibilidades.

—Aún no se ha decidido que vayamos a contraer matrimonio, señorita Lacraft. Yo he de hacer mi propuesta formal y la señorita Burton tiene que dar el sí, cosa que solo sucederá si nos encontramos y descubrimos que nuestra complicidad no depende del papel. Pero no se apure por mis finanzas —añadió, inclinándose hacia ella con las manos cruzadas a la espalda—, que dinero tengo para mantenernos a mí y a mi futura esposa y, además, estoy a la espera de recibir una cuantiosa herencia.

—¿Puede usted recordarme a qué se dedica, señor Connor?

—Echo una mano en la granja de mi familia materna y pinto cuadros.

—Curiosa combinación —meditó en voz alta, divertida. Entrelazó los dedos sobre el regazo del vestido azul marino, el que se confirmaba como el uniforme de las maestras, y alzó la mirada hacia él—. Los padres de las alumnas podrían quejarse si llegara a saberse que un hombre soltero duerme bajo el mismo techo que sus hijas.

—Con el debido respeto —la imitó con un cabeceo risueño, sin detener la marcha hacia el comedor—, si los padres en cuestión no se han preocupado de llevarse a sus hijas a casa para celebrar la Navidad en familia, tampoco les preocupará quién ronque en sus proximidades.

—No insinúe conocer las particularidades de cada caso, señor Connor. Le puedo asegurar que

el padre de Quitterie, el señor Tandye, y el hermano mayor de la honorable señorita Rebecca Wargrave están muy volcados en la educación de sus parientes.

—¿Y qué hay de la señorita Insley?

No había podido resistirse a mencionarla. Le había costado Dios y ayuda alejarla de su pensamiento desde la precipitada estampida por la que Sarah Reeves había tenido que pedir disculpas. Cada vez que le venía a la cabeza su inocente gesto de cerrar los ojos con la taza pegada a los labios, la vaga sonrisa al respirar el vapor del té, el pecho se le encogía en una agonía que rehusaba aceptar como un síntoma de debilidad.

—La señorita Insley no ha tenido la mayor de las fortunas en lo que a la familia se refiere —respondió Madeline con ambigüedad. Un reflejo acerado en sus ojos advertía de que defendería la dignidad y los secretos de la alumna con su vida—, pero la escuela se responsabiliza de su reputación y su bienestar en la medida en que lo haría una madre.

Sean reprimió un inapropiado suspiro de alivio. Se alegraba de saber que había quien se hacía cargo de la criatura como era debido, preocupación que le había asaltado al comprender que no se había movido de Canterbury porque nadie la recibiría en casa.

No solo su familia dejaba que desear, sin embargo. Tampoco podía apoyarse en sus amistades. Lady Haverford ya no la visitaba con frecuencia, como era natural dados el período de luna de miel del que estaba disfrutando su matrimonio y su estado de buena esperanza. Además de que, a raíz de los términos en los que la mencionaba, él siempre había puesto en tela de juicio el afecto de la señorita Burton hacia ella.

La claudicación de Madeline lo devolvió al momento presente.

—Supongo que negándole cobijo en estas fechas estaría enfadando a Nuestro Señor, que nos quiere unidos en las fechas de su nacimiento...

—Empiezo a pensar que aquí solo se enseña a creer en Dios —comentó por lo bajini.

—... además de poniendo en peligro el buen nombre de la institución. Pretendemos que se nos conozca por garantizar a las jóvenes un matrimonio provechoso, pero también porque acogemos a todo el mundo sin importar sus circunstancias. Si se supiera de su presencia como pretendiente, todos nos meteríamos en buen lío. Ahora bien... Si se supiera de su presencia como maestro de pintura en la semana y media que resta de vacaciones, nadie pondría el grito en el cielo. ¿Qué le parece, señor Connor? Le ofrezco una habitación en el ala opuesta a la alcoba de las alumnas, tres comidas al día y acceso restringido a determinados espacios a cambio de unas horas diarias de lecciones... más las particulares en el caso de que alguna de las muchachas las solicitara.

Sean frenó en seco. Se enderezó con una inspiración aliviada y le regaló una sonrisa.

—Sabía que encontraría usted un modo de disponerlo todo honrando a la justicia. Le estoy muy agradecido, señorita Lacraft.

—No tan rápido —le advirtió con el dedo en alto—, que mi ofrecimiento viene con letra pequeña. No podrá verse ni conversar con ninguna alumna si no hay una maestra delante. Le está terminantemente prohibido acceder a los salones de descanso de las jóvenes y al ala oeste de la escuela.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Habla como si pudiera interesarme seducir a alguna mujer distinta de la que he venido buscando —dijo, más empecinado en convencerse a sí mismo que a la directora.

—Le sorprendería lo que puede llegar a suceder en este lugar, señor Connor —comentó con una mirada significativa. Reanudó la marcha por el pasillo—. Los condes de Haverford contrajeron nupcias el verano pasado, y tanto lord Nile Inglefeild como Clarissa tenían distintos

intereses matrimoniales, ambos muy formales, hasta unos segundos antes de su compromiso.

—Estoy familiarizado con ese escándalo —señaló, recordando el tono soñador con el que Verity narró en sus cartas la gran historia de amor de su mejor amiga—, pero yo tengo muy claro lo que quiero.

—Eso espero. Nada me complacería más que empezar el año con un grandioso anuncio de boda. Siempre trae buena fortuna y levanta los ánimos de las alumnas. —Gesticuló hacia el comedor, al que un par de sirvientes les dieron la bienvenida—. Mientras tanto, señor Connor, disfrute de la cena. Feliz Nochebuena.

—Feliz Nochebuena, señorita Lacraft.

Según le había comentado Madeline, con motivo del limitado aforo habían dispuesto la cena en un saloncito algo más modesto que el comedor principal. De este modo, pese a haber tres personas sentadas alrededor de la mesa, cinco con la llegada de directora e invitado, la escena resultaba acogedora y no fantasmal. La luz de los candelabros decorativos, copiosas obras de orfebrería que Sean admiró con interés, alumbraba los platos típicos de Nochebuena y Navidad: pasteles de carne picada entre otros entrantes variados, un pavo entero, una cabeza de jabalí, chipolatas y una humeante cazuela de sopa que olía a gloria bendita.

Si en algún momento había pensado que Verity exageraba al definir la escuela de señoritas de lady Mabry como una de las mejores de Inglaterra, esta duda se disolvió en el acto. Sin un presupuesto desorbitado no habrían podido servir viandas de alta categoría, el «modesto» comedor no tendría las dimensiones y la rica decoración de un palacio y tampoco habría dos bellezas despampanantes ocupando los asientos.

—Oh, no sabía que tendríamos compañía masculina esta noche —oyó que mascullaba una de las jóvenes, atusándose con impaciencia el grueso tirabuzón rubio que descansaba sobre el hombro descubierto. Lanzó una mirada de rayos y centellas a la señorita Reeves, sentada justo enfrente—. ¿Por qué no se me ha avisado?

—Porque no estaba segura de que nos fuera a acompañar —se defendió con la resignación de quien estaba acostumbrado a lidiar con caracteres temperamentales—. Señorita Tandye, honorable señorita Wargrave, permitidme presentaros al señor Connor. Ha venido a...

—A hacer las delicias de vuestras vacaciones —completó Lacraft para evitar la revelación de su verdadero objetivo. Tomó asiento junto a Sarah Reeves—. A partir de mañana, ocupará parte de vuestro horario diurno con una lección de pintura al óleo. Así no volveré a oír vuestros bostezos de aburrimiento ni vuestras quejas por lo restringido que está el ocio en Navidad —apostilló con sentido del humor. Barrió la estancia con una mirada pensativa y verbalizó la duda que llevaba persiguiendo a Sean desde que había entrado—. ¿Dónde está Prim?

—Ha dicho que no se encuentra bien —respondió Quitterie Tandye con un hilo de voz y sin levantar la mirada de la mesa, presa de una timidez paralizante. Hablaba inglés a la perfección, pero con un ligero rastro de acento francés—, y que la lesión en el tobillo le ha quitado el hambre. La señorita Vallans se ha quedado arriba tratando de convencerla de no encerrarse en una noche tan especial.

—¡Pintura al óleo! —exclamó Rebecca Wargrave, ignorando de manera deliberada el interés general hacia su compañera. Apoyó los codos a cada lado del plato y descansó la barbilla sobre las dos manos entrelazadas—. ¿Es usted pintor, señor Connor? ¿Ha encontrado ya mecenas, o anda en su busca? ¿Ha vendido algún cuadro o ha conseguido que lo expongan en un museo?

Sean le sonrió educadamente a la muchacha.

En su afán por hacerse notar, había cometido el error de hacer preguntas indiscretas que podrían haber ofendido a un artista menos seguro de sí mismo. Pero lo bueno de haber estado

carteándose con Verity era que contaba con ventaja a la hora de tratar a sus compañeras.

Aunque Rebecca se consideraba la archienemiga del trío que alrededor de dos años atrás habían formado Witty, Clarissa y Primrose, lo cierto era que la primera le había confesado sentir una fuerte compasión hacia la joven. Recordaba sus palabras exactas porque había sido una de las muchas veces que le había deslumbrado con su corazón de oro.

Por capricho del destino y, por qué no decirlo, debido también a la pésima gestión de todas las partes involucradas, la honorable señorita Wargrave se ha visto reducida de joya de la temporada a solterona empedernida. Lo tenía todo para triunfar en el mercado matrimonial: la belleza, el encanto personal, la riqueza, la cuna... Incluso el cálculo necesario —o la falta de escrúpulos— para interpretar el papel de la mujer soñada para quienquiera que fuese el caballero escogido. Pero el desprecio del marqués de Haverford, el hecho de que prefiriera a Clarissa, ha levantado suspicacias: ahora todo el mundo se pregunta cuál es el problema de la dama, qué la hace tan fácilmente sustituible, y le niega el reconocimiento de su virtud.

A veces pienso que el desprecio con el que Rebecca llevaba años castigándonos se debía a una habilidad de predicción. Nos estaba adelantando la penitencia que nos mereceríamos por condenarla al ostracismo. Y antes de que me digas que yo no tuve nada que ver, como sé que harás para curarme los remordimientos, has de saber que yo habría intercedido una y mil veces por la felicidad de mi amiga, llegando a aplastar a Rebecca Wargrave, si esto hubiera sido necesario. No se requirió mi acción directa para lograrlo, de acuerdo, pero siempre me consideraré cómplice del delito por el simple hecho de enorgullecerme del resultado: no la vergüenza de Rebecca, sino la paz de Clarissa.

En general despreciaba las almas cándidas porque en la mayor parte de los casos no eran más que una puesta en escena, una treta para recibir cálidos aplausos. Pero la bondad de Verity no podía ser fingida porque nacía de la empatía hacia los demás y el sufrimiento ajeno repercutía directamente en su bienestar emocional.

En su concepción de sí misma, incluso.

Era una mujer que se preocupaba por el mundo, y eso, un hombre que solo se preocupaba de aquellos a quienes amaba, que tenía una visión algo más limitada del entorno, no podía sino admirarlo.

En ello andaba pensando con el ceño arrugado por la contrariedad cuando las puertas se abrieron de repente.

Capítulo 4

Lavinia cruzó el umbral más ceñuda de la cuenta, prácticamente tirando de la manga de una lívida Primrose. Aunque se notaba que no había fingido sus afecciones y era probable que se hubiera vestido a regañadientes, deslumbró el comedor con un vestido que distinguía su magnífica figura y que sin género de dudas estrenaba para la ocasión.

Había sustituido la deslucida prenda gris del paseo por una confección de un amarillo dorado con estampado floral, tono que favorecía el brillo de la melena recogida en un grueso moño con dos mechones sueltos. El corte del vestido era idéntico al que ya le había visto, aun así: mangas cerradas hasta la muñeca y escote abotonado un dedo por debajo de la barbilla.

Aunque en exceso recatado y más propio de una carabina que de una joven casadera, el estilo la hacía aún más esbelta; una dignísima reina cristiana.

Sean se levantó de inmediato, tal como estilaba el protocolo, y rodeó la mesa para retirar la silla que presidía, la enfrentada a la suya. Primrose avanzó con la cabeza gacha y evidente disconformidad, y apenas musitó un agradecimiento con un hilo de voz y sin mirarlo.

—Tienes muy mal aspecto, Prim —señaló Rebecca con desdén—. Si no te encontrabas bien, deberías haberte quedado en la habitación. Tenemos un invitado que no se merece que le agües la fiesta con tu cara de consternación.

—Señorita Wargrave —interrumpió la directora, con el tono perfecto para reprenderla sin que esto afectase al ánimo general—, ¿nos haría el honor de bendecir la mesa?

La aludida suspiró ruidosamente.

—¿Por qué no lo hace Prim, mejor? Ella es la especialista de los credos, y a lo mejor recitando en voz alta lo privilegiados que somos de estar aquí, algunos más que otros, consigue animarse.

—¿Te sientes en la disposición, Prim? —inquirió la señorita Reeves en voz baja, apoyando una mano cariñosa en su regazo.

La joven asintió, cada vez más pálida, y unió las manos en un rezo.

Se humedeció los labios en tanto que buscaba la inspiración, un gesto que Sean advirtió con el estómago encogido. Le costaba reconocer cuándo una mujer usaba maquillaje; solo sabía en qué momento estaban más o menos atractivas, y parecía que la noche le sentaba mejor que el día a su rostro de luz de luna.

Cuando alzó la barbilla, se percató de que un brillo antinatural acentuaba el intenso verdor de sus ojos. Tenía las pestañas pegadas y más oscuras, y los labios parecían alas de seda, señales de que había estado llorando.

—Bendice, Señor, estos alimentos que vamos a tomar en la noche de hoy. Agradecemos la dedicación con la que Louise y Tom han preparado esta magnífica cena, y que con tanto esmero han dispuesto George y William para nuestro deleite. —Le dirigió una sonrisa desinflada a los lacayos que, erguidos en sus puestos, le devolvieron el gesto con afecto sincero—. Nos acordamos de todos aquellos que durante las fiestas no pueden disfrutar de manjares tan suculentos, pero especialmente de los que las pasan en soledad. Te pedimos que los guardes del sufrimiento y nos reafirmamos en nuestro agradecimiento inicial porque Tú, Señor, hayas puesto a los unos en el camino de los otros para que nos encontremos y podamos celebrar juntos un acontecimiento tan grande como lo es tu nacimiento. Amén.

—Amén —repitieron los comensales al unísono.

—Bueno —retomó Rebecca tras dar una palmada. Se retiró lo justo para que el lacayo pudiera empezar a servir—. ¿Y bien, señor Connor? Se nos ha quedado pendiente la conversación.

—¿Sobre mi trabajo, puede ser? —inquirió él con cordialidad—. He vendido cuadros, sí.

—¿A algún noble conocido?

—No necesariamente. Intento embellecer mi tierra desde dentro en todos los sentidos, romper con los privilegios de clase, y eso exige que le dé prioridad de compra a mis vecinos.

La respuesta extrañó a Rebecca.

—Pero podría obtener un beneficio económico aún mayor si los reservara para las grandes fortunas.

—La cuestión es, señorita Wargrave, que no creo que el arte deba servir a intereses individuales y tan superficiales como el de enriquecerse... Gracias —le sonrió a uno de los criados en cuanto terminó de servirle la sopa—. Como le decía, el arte es un servicio a la comunidad. Evidentemente, un hombre debe comer y debe vestirse, pero las ambiciones que van más allá de cubrir las necesidades primarias y de ser feliz en el desempeño de la vocación no son... mi prioridad, por expresarlo de algún modo.

—Aún no he conocido caballero que no prefiera unas botas hessianas a un calzado de baja calidad —bromeó Rebecca con una expresión algo más benevolente—, pero encuentro su... espiritualidad de lo más interesante, señor Connor. Entiendo con esto que no tiene usted un mecenas, o el susodicho ya le habría sacudido por los hombros para que siguiera su estrategia empresarial.

Sean estuvo a punto de soltar una carcajada.

Había sido advertido de la habilidad de la señorita Wargrave para adaptarse al carácter de su interlocutor masculino, un don sin duda útil a la hora de moverse en el mercado matrimonial, pero verlo en vivo y en directo era harina de otro costal. Había cambiado por completo su semblante del rechazo más tajante a la deliberada benignidad en cuestión de segundos para que su visión de ella siguiera siendo favorable, pero sin sacrificar del todo su opinión personal. Saltaba a la vista que Rebecca no abanderaba la frugalidad, y no ya por su respuesta imbuida de sarcasmo amistoso, sino por las sedas celestes que la cubrían.

—Desmond Burton en persona se interesó por mi trabajo hasta el punto de ofrecerme su mecenazgo, sí —respondió Sean—, pero nunca he querido que me financie un rico. Luego sucede lo inevitable: que he de plegarme a sus exigencias, y en el momento en que se sacrifica la libertad de creación, se pierde por completo el propósito del arte.

—¿Que sería...? —le invitó a continuar la señorita Reeves, que atendía a la conversación con curiosidad.

—Contar una verdad propia o colectiva. Dar voz a una injusticia. Expresar un sentimiento puro. Por eso las grandes pinturas evocan la libertad, el amor, el espíritu nacionalista, la naturaleza...

—Yo que usted reservaría mis mejores soliloquios para las clases que están por llegar, señor Connor —se rio amistosamente la directora—. Las mañanas dan para mucho, y no queremos que se quede sin inspiración en medio de las lecciones. ¡Oh, Prim! ¡Tú no estabas cuando se ha dado la noticia! —exclamó al caer en la cuenta—. El señor Connor se quedará en la escuela la próxima semana y media para enseñaros técnicas de pintura al óleo. En principio será una actividad, un mero entretenimiento, pero si alguna demostrara un talento natural, no me opondría a cultivarlo añadiendo la asignatura el año que viene.

Sean observó conscientemente la reacción de Primrose, que no le decepcionó en absoluto.

Puso los ojos como platos y aferró con más fuerza de la indicada el cubierto que hasta el momento había estado sosteniendo sin intención de darle uso.

—¿Cómo? ¿Clases de...? ¿Próximas semanas? Pero... pero... Si el señor Connor ha venido a ver a Wit y Wit no está aquí, lo lógico es que regrese por donde ha venido o al menos se aloje en una posada..., ¿no? —balbuceó con los nervios crispados.

—Vaya, señorita Insley —comentó Sean en tono jocoso—. El talento que tiene usted para darle las gracias a Dios parece esfumarse cuando toca ser agradecida con un simple mortal. Uno que le ha salvado la vida, para más inri.

—Eso de «salvar la vida» alude a gestas mayores —oyó que mascullaba por lo bajo. El pasmo inicial de Sean solo fue en aumento—. Señorita Lacraft, no puede ser que no haya sopesado lo escandaloso que podría ser alojar a un hombre soltero en la escuela.

—¡Un momento! —Rebecca se hizo oír con la que parecía ser una tendencia natural a intervenir cuando le venía en gana—. ¿El señor Connor ha venido a ver a Verity? ¿A Verity Burton? ¿Qué quiere decir con eso?, ¿que es usted un familiar lejano? No se me escapa que tiene parientes irlandeses, y su acento clama al cielo.

—Pretendo formar parte de su familia algún día, sí, aunque como su marido —respondió Sean con llaneza. Enseguida se dirigió a la directora para aplacar su justa irritación—. No me parece de recibo mentirle a las jóvenes sobre mi presencia aquí. Además; quedando advertidas de que no estoy soltero, o no del todo, evitaremos esas situaciones incómodas que la institución no puede permitirse.

—¿De qué conoce un pintor irlandés a Verity Burton? —escupió Rebecca, cada vez más perpleja. No se preocupaba de disimular su desprecio hacia la joven—. Oh, ya caigo. La conoció a través de su padre.

—Así es. El señor Burton y yo coincidimos por azares del destino en el Museo Británico durante el invierno del cuarenta y dos, cuando yo había viajado a Londres para inspirarme con los clásicos. Llevaba conmigo un par de lienzos ya terminados, en parte con la esperanza de que me expusieran en la galería de jóvenes promesas que acababan de inaugurar en el ala este. Me topé con el señor Burton ante una obra marina de Charles Brooking que nos dejó fascinados a ambos. Entablamos conversación al respecto de nuestras pinturas preferidas, le mencioné mi vocación, él insistió en que le mostrara mis lienzos, y... Está mal que yo lo diga, pero le maravilló mi estilo, supongo que porque retrataba los páramos irlandeses que un expatriado como el señor Burton ya solo puede ver en sueños. El caso es que su hija andaba por allí y se unió a nosotros al cabo de un rato. Pasamos el resto de la visita charlando.

—Y a usted no se le ocurrió nada mejor que prorrogar la charla vía epistolar —comprendió Rebecca, horrorizada ante la idea de mantener el contacto con Verity—. Como si no hubiera tenido suficiente.

Algo que durante el contacto por carta le había enfurecido —no le parecía justo que nadie le buscara las cosquillas de manera constante a una persona con las bondades de Verity— se le antojaba ahora un aspecto terriblemente divertido de la vida de Wit.

¡Tenía hasta sus propios antagonistas!

¿No era eso indicativo de que su carácter atraía las aventuras?

—En efecto —confirmó, y dio un sorbo a la copa de vino para exagerar su informalidad.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que le llamó la atención de la señorita Burton? —insistió Rebecca con una sonrisa crispada. Empezó a manipular los cubiertos con un escrúpulo cómico, como si estuvieran contaminados—. Más allá de lo visible, quiero decir. Apuesto por que un hombre como usted, y esto es, curado de las obsesiones con lo material, jamás pretendería a una

mujer exclusivamente por su aspecto.

Sean se divirtió con la astuta ironía de la muchacha. No había contado con que Verity no estaría presente en la escuela para su llegada, pero tampoco con que se lo pasaría de lo lindo con los dardos de sus compañeras.

Rebecca tenía un ingenio afilado de los de temer.

—Está en lo cierto, señorita Wargrave. Su físico es lo de menos.

—Creo que deberíamos alejar la conversación del terreno personal —intervino Lavinia con un tono riguroso que por fin entendía como característico y no como un ataque personal—. E incluir al resto de los comensales, a ser posible.

—Descuide, señorita Vallans —respondió Sean con una sonrisa—. Estoy encantado de tener con quien hablar del objeto de mis afectos, y la veo una pregunta de justicia. A fin de cuentas —añadió con premeditación—, la honorable señorita Wargrave solo pretende asegurarse de que mis intenciones con su buena amiga son sinceros, ¿no es así?

Sarah Reeves escondió una carcajada detrás de la copa de vino rebajado.

—Por supuesto, por supuesto. —Rebecca aireó la mano—. ¿Y bien, señor Connor? Si su aspecto es lo de menos, ¿qué es «lo de más»?

Sean inspiró hondo y se reclinó en el asiento como la buena educación prohibía de manera explícita. Dudaba que le importara a un solo alma: todos los comensales habían puesto los cinco sentidos en la respuesta, cada uno por distintas razones. Rebecca pretendía desmontar la leyenda del encanto de Verity, Lavinia y la directora querían cerciorarse de que sus intenciones eran honorables, y Sarah Reeves y Quitterie, como las cartas habían advertido sobre ellas, ansiaban embelesarse con el romanticismo que las sensibilizaba.

En cuanto a Primrose, era difícil adivinar sus pensamientos. Lo único evidente era que no estaba cómoda en su presencia y aprovecharía cualquier excusa para huir. Comía como un pajarillo con la cabeza gacha, pero la tensión de sus hombros delataba que estaba pendiente del debate y no le gustaba un pelo.

—Para empezar, Witty es un alma cándida —señaló con tono aterciopelado—. Me maravilla que no tenga criterios de ningún tipo a la hora de juzgar a los demás y que se conduzca con la humanidad por delante cuando debe reflexionar sobre una situación o aconsejar a alguien al respecto de la misma.

—Un alma cándida —repitió Rebecca, de una pieza. A decir verdad, no era la única. Toda la mesa procuraba moderar su perplejidad. En defensa de la joven, tuvo que decir que se esforzó por esbozar una sonrisa apaciguadora—. De todo lo que podría usted haber dicho, señor Connor, se ha decantado por el único rasgo del carácter que a mí no se me habría ocurrido. No había entendido a qué se refería la gente cuando mencionaba el poder de los ojos del enamorado para embellecer al objeto de su devoción hasta hoy.

Sean no se inmutó. No le extrañaba que la señorita Wargrave despreciara las bondades de Wit o directamente rehusara verlas. Era de dominio público que no se soportaban.

—Por otro lado, siempre me ha conmovido la naturalidad con la que acepta sus errores, sus defectos y dificultades. La falsa modestia me irrita, lo confieso, y hasta hacía poco pensaba que no existía la humildad genuina. Entonces la conocí.

La incredulidad le había dejado el ceño fruncido a Sarah Reeves. Se obligó a borrar la expresión, reveladora de sus opiniones, y carraspeó.

—Ah, por supuesto —asintió Rebecca—. El nombre de reina medieval que le pondrían: Verity «La Humilde».

—Señorita Wargrave —masculló Lavinia a modo de reprimenda.

—¿Qué? Si yo estoy de acuerdo con que es muy natural aceptando sus errores —continuó la aludida con una informalidad exagerada, contemplando su copa de vino rebajado con desdén—. Sobre todo porque dichos errores se reducen a ninguno en absoluto.

—Especialmente me fascinan sus ambiciones —continuó Sean, ya no tan seguro de estar recitando las virtudes de Verity en el lugar adecuado—. No pretendo desmerecer el objetivo de la mayoría de las mujeres que conozco. Comprendo que es legítimo y muy honrado aspirar únicamente al matrimonio. Pero siempre he soñado con una esposa que tuviera su punto de mira en ámbitos distintos del sentimental y quisiera ser alguien.

Rebecca fue a abrir la boca, la sonrisa sardónica asomando ya a los labios, pero no fue su voz la que rompió el silencio. Para asombro de todos, Primrose soltó la cuchara sobre el plato, provocando un estruendo de porcelanas, y alzó la barbilla con el aspecto de alguien que había tenido suficiente.

—Es cierto que Verity no aspira únicamente al matrimonio, pero porque no aspira a un solo hombre, sino a todos cuantos le sea posible coleccionar —señaló de corrido, con las mejillas rojas de... ¿rabia?

Sean parpadeó varias veces seguidas.

La fuerza del asombro le inclinó hacia delante.

—¿Disculpe?

—Tiene sentido que perciba a Wit como una muchacha humilde cuando no está al corriente de cuántas cartas llegan a Arlington Abbey cada mes —continuó ella, alzando la voz para que no osara interrumpirla—, pero en mi idioma, señor Connor, una mujer para la que un solo hombre no es entretenimiento suficiente, así esté enamorado hasta la médula y le ofrezca cuanto posee, comete el pecado de la avaricia y no merece apelativo distinto de codiciosa. Por otro lado, y a mi parecer, un «alma cándida» no puede convivir con un espíritu egoísta, y una mujer que se comporta como si su derecho a la diversión profana estuviese por encima de la paz mental ajena jamás podría definirse como bondadosa. Estoy dispuesta a concederle, aun así —cabeceó con una conformidad envenenada que habría hecho bailar sus pendientes si hubiese llevado—, que ambición no es algo que le falte dado que se ha propuesto compilar corazones como quien colecciona sellos. Lo que no me convence es que lo pronuncie como si fuera algo de lo que enorgullecerse.

No había esperado una descripción tan descarnada de Verity viniendo de su archienemiga, pero mucho menos de parte de Primrose, que además se había presentado hacía tan solo unas horas como una criatura encantadora.

No supo cómo replicarle, ni tampoco cómo interpretar que el rubor de sus mejillas y sus ojos encendidos despertaran en él un anhelo confuso. Era partidario de que nada favorecía más a las mujeres que defender sus opiniones con una pasión furibunda.

—Primrose —jadeó Sarah Reeves, anonadada—. ¿Qué mosca te ha picado?

—Solo invito al señor Connor a replantearse sus afectos o, por lo menos, a reflexionar acerca de por qué los siente —replicó, sin pretender en ningún momento sonar inocente. Era consciente de que había ido a matar, y no se avergonzaba—. A mí no me gustaría recorrer más de quinientas millas para descubrir que he estado un año y medio equivocado.

—Si sabe cuánto tiempo he pasado carteándome con la señorita Burton —consiguió articular al fin—, debe de ser porque me ha mencionado en algún momento, lo que yo interpretaría como que al menos soy uno de sus pretendientes preferidos.

Primrose desvió la mirada con desdén.

—Supongo que una engañosa sensación de prioridad es suficiente para consolar a los hombres

sin amor propio.

—¿Perdone? ¿Está diciendo que carezco de orgullo?

—Digo que eso que ha respondido es lo que interpretaría un pretendiente empecinado en creerse la palabra del epicentro de su obsesión —le confirmó, sosteniéndole la mirada con frialdad desde la otra punta de la mesa—. Pero uno inteligente y que se presta a escuchar testimonios ajenos llegaría a otras conclusiones.

A Sean se le escapó una sonrisa incrédula.

—¿Ahora me está llamando estúpido?

—Le estoy sugiriendo que busque una confirmación de las virtudes de Verity en el resto de los comensales, que mejor que usted la conocen, si es que mi aportación no le basta para cuestionar sus convicciones.

—A mí no me metáis en esto —balbuceó Sarah con la cabeza casi sumergida en la sopa—. Yo adoro a la señorita Burton aunque me saque de quicio.

—No puedo decir lo mismo —dijo Rebecca.

—Señorita Wargrave —la regañó Lavinia por segunda vez.

—Desde luego que no me basta con su aportación —ladró Sean sin apartar su atención de Primrose. Fue incapaz de ver u oír a nadie más—, pero porque me basto y me sobro con mis propias sensaciones y me respeto tanto que la opinión ajena no puede envenenarme. Además, es imposible que una mujer falsee sus percepciones y sentimientos durante tanto tiempo.

—Una mujer puede hacer lo que quiera si es lo bastante bonita —contraatacó sin pestañear siquiera, recta como la hoja de un puñal y tan bella que resultaba injusto estar discutiendo con ella y no tocándola a placer. «¿Qué diablos estás pensando?», se regañó él—, y a la vista está que quedó tan abducido por su imagen la primera vez que se encontraron que no necesitó más que el recuerdo de su belleza para perdonarle los defectos. Para perdonarle, incluso, que le haya mentido sobre su paradero y, para más inri, sentarse a esperarla en lugar de coger sus bártulos y regresar a Irlanda en el acto.

Sean se esforzó por no exteriorizar un enfado que solo iba en aumento. Consideraba haberse curtido en el arte de la discusión gracias a su madre, una mujer que no sabía expresar su cariño si no era llevando la contraria más por gusto que por convicción y a voz en grito, pero la señorita Insley estaba desarmándolo con su implacable mordacidad y a él le estaba fallando la elocuencia.

Se avergonzó de su defensa en cuanto la enunció.

—Es posible que en el último momento su familia cambiara de opinión sobre recibirla.

—Verity Burton no pasaría una Navidad sola ni si Londres ardiera hasta los cimientos y su parentela al completo estuviese en la cárcel —bufó Rebecca, exasperada con la sola idea de que alguien pudiese pensar lo contrario—. Le aseguro que lleva los diecinueve años que tiene sabiendo que estaría en Eaton Square para el veinticuatro de diciembre.

Sean odiaba que le llamaran la atención, y más todavía si lo hacían para subrayar su rematada estupidez. No se tenía por un idiota. Pero precisamente por eso no permitiría que la mala baba de sus compañeras, arpías sin corazón, intoxicaran su afecto sincero y con fundamento por Verity.

—Si la señorita Burton tiene otros pretendientes, no me extraña un ápice. Es más: lo prefiero —le aseguró a Primrose con una mirada retadora—, porque así, si me escoge, es porque me considera la mejor opción y no se resigna con la única. Si me ha mentido sobre su paradero, sus razones tendrá; razones que respeto como la respeto a toda ella. Dudo que el embuste se deba a una cuestión personal, porque no podía ni sospechar que me presentaría aquí por sorpresa para comprobarlo. Y, como comprenderá —prosiguió con un falso tono amable. Se inclinó hacia delante para mirar a Primrose más de cerca—, me importa una mierda la visión que puedan tener

tanto usted como la señorita Wargrave sobre la que será mi esposa. Lo prioritario no es si se lleva bien con sus compañeras; lo prioritario es que se entienda conmigo. Y, por supuesto, me da igual quién sea con su círculo cercano, sino solo quién es conmigo.

La señorita Insley se había tensado al oír su elección de vocabulario, pero no había conseguido intimidarla. La vio inspirar hondo, mas solo para suavizar la rigidez que se había apoderado de su cuerpo, pues habló con la serenidad de quien sabía con exactitud lo que iba a decir.

—Entonces no nos venga con monsergas de que le conmueven las almas cándidas, señor Connor. Si es capaz de amar a una mujer que se burla de usted y de quienes le rodean, está claro que no le atraen ni el virtuosismo moral como rasgo, ni su corazón, que ha demostrado carecer de él.

Sean entrecerró los ojos con aire beligerante.

—Lo que me atraiga o no me atraiga no es de su incumbencia.

—Parecía serlo cuando se sentaba a la mesa a exponer las virtudes de su «futura esposa» ante todas nosotras, atribuyéndose un protagonismo tan injusto como sonrojante en una noche privada que nos pertenecía a maestras y alumnas —espetó en tono de reproche—. Si no está preparado para recibir una opinión distinta de la suya, no mencione los que para usted son temas sensibles. Y ahora, si me disculpan, me retiraré a mis aposentos. La comida está deliciosa, pero la compañía deja bastante que desear.

Sean observó, perplejo, que Primrose se levantaba del asiento y aceptaba la ayuda de un lacayo que se aproximó, raudo, para ofrecerle su brazo. Con una elegancia asombrosa viniendo de una mujer con un esguince, abandonó la estancia, dejándolo con un palmo de narices y un extraño ardor en el estómago por segunda vez en el mismo día.

Capítulo 5

Primrose no recordaba haber sido tan desagradable con alguien jamás. Y debía reconocer, a su pesar, que la experiencia había sido tremendamente revitalizante. Ahora se sentía algo más cerca de las personas que nunca había comprendido, como Rebecca o la propia Witty: mujeres tan seguras de su virtud, del poder que ostentaban por abolengo o belleza, que se permitían la descortesía como quien se concedía un dulce tras un almuerzo copioso.

Sin embargo, aún conservaba los principios que llevaban guiándola toda la vida, y los remordimientos le habían impedido dormir. No soportaba la idea de que Sean, Sean entre todos los hombres, pensara en ella como una desalmada.

Incluso si era imposible que la asociara con la destinataria de sus cartas.

Ojerosa y con el corazón en un puño, Primrose se presentó en el salón donde tendría lugar la primera clase de pintura al óleo.

Cuando Rebecca no se estaba quejando de lo aburrida que estaba —algo que se había buscado ella sola al preferir *motu proprio* quedarse en la escuela, por otro lado—, la mansión se sumía en un silencio que Primrose encontraba de lo más agradable y que, por paradójico que sonara, sentía que le hacía compañía.

Las fiestas eran un período doloroso porque una vez más confirmaba que pasaría otro año sin sentir el calor de una familia; sin ver a su hermano pequeño, la entrañable criatura que hizo de su vida un regalo impagable durante cuatro años. Aun y con eso, le gustaba deambular a sus anchas por una casa que tenía vida propia, que ya era parte de ella como las maestras o la rutina establecida por las clases, que hasta sentía de su propiedad; ponerse cómoda donde más le apeteciera y pedir dos tazas de té, una para ella y otra para invitar al criado que tuviera la gentileza de traerlas y de ofrecerle su inestimable compañía.

Una parte de sí odiaba que Sean hubiera destruido esta tradición apareciendo de repente y poniéndole los vellos de punta.

—No sé por qué tenía la sensación de que no nos honrarías con tu presencia —comentó Rebecca en cuanto la vio entrar en la sala.

El inmenso reloj de pared, una reliquia de maderas preciosas, marcaba las diez menos cuarto de la mañana. Un sol perezoso bañaba con su luz invernal, fría pero cegadora, una de las estancias más luminosas y hermosas de la escuela. Habían tenido la precaución de retirar las alfombras para evitar desastres y habían dispuesto cuatro caballetes, cuatro taburetes y cuatro maletines de pintura para alumnas y maestro respectivamente.

La actividad habría sido prometedora de no haber sido por la inminente llegada de Sean.

—Buenos días a ti también, Rebecca —suspiró Primrose con desgana. Le dirigió a la atenta Quitterie un vago asentimiento y se dirigió a su puesto fingiendo que no notaba su mirada curiosa sobre ella.

Habría sido mucho pedir que la hubieran dejado sumirse en sus pensamientos en tanto que el señor Connor las honraba con su presencia.

El señor Connor, por el amor de Dios.

Ya había puesto en marcha todo un plan de emergencias para echarlo de Arlington Abbey y, sin embargo, todavía le costaba aceptar que estuviese allí.

Como coreografiadas, Rebecca y Quitterie se giraron hacia ella desde sus respectivos

taburetes. Se habían anudado a la espalda delantales grises para no manchar sus bonitos vestidos de mañana. La posibilidad de una catástrofe vestimentaria no preocupaba a Primrose. Pensaba con cinismo que una mancha bermellón solo daría vida a sus prendas fúnebres.

—¿Se puede saber qué mosca te picó anoche? —preguntó la señorita Wargrave sin rodeos—. Solía pensar que no eras la más afortunada de las casaderas con los caballeros porque el mundo es un lugar cruel y prejuicioso, pero tras testimoniar tu infame comportamiento, he llegado a la conclusión de que es culpa tuya: de que desairas a todo hombre soltero y atractivo que tiene las bondades de prestarte atención.

—¿«Porque el mundo es un lugar cruel y prejuicioso»? —repitió Primrose, demasiado cansada y alerta por la inminente llegada de Sean como para ofenderse—. ¿Hoy no vas a decir que se debe a que parezco una jirafa con todas estas manchas?

Rebecca se encogió de hombros con indiferencia.

—Anoche me sorprendiste gratamente al subrayar los defectos de Verity, y mi hermano siempre dice que una excelente manera de conseguir que una determinada conducta se repita es reforzándola con halagos.

—¿Y dónde están esos halagos? Lo único que has hecho ha sido no insultarme, pero por más infrecuente que sea tu benignidad, eso no convierte tu comentario en una alabanza.

La aludida sacudió la mano en el aire de manera abstracta.

—Dame tiempo, ¿quieres? Roma no se construyó en un día.

Primrose cayó en la cuenta de algo.

—Un momento. ¿Por qué querrías que mi conducta se repitiera, de todos modos? ¿En qué te beneficia que sea grosera con el señor Connor? No será que en contra de tu buen juicio me percibes como una amenaza y pretendes conquistarlo —teorizó con un nudo de angustia en el estómago.

Conociendo a Sean como lo conocía, le extrañaría que la señorita Wargrave le despertara el menor interés romántico, pero había observado durante la cena que la encontraba divertida.

«Oh, sí, tiene una gracia que no es de este mundo», pensó con rencor. «¿Qué hay de todas las veces que te he dicho en las malditas cartas que no pierde oportunidad de humillarnos?».

—Si te considerara una digna rival, no estaría yendo en contra de su buen juicio —replicó Quitterie con ese débil murmullo que tenía por voz—, sino apelando a lo evidente. El señor Connor no te quitaba ojo de encima, Prim.

—¡Y no me hagas reír! —se horrorizó Rebecca—. No me casaría con un artista ni harta de vino. Estaría condenándome a un matrimonio precario y a los reproches que más pronto que tarde llegan con él para envenenar la convivencia. Aunque no negaré que en un primer momento me tentó coquetear con él por el gusto de fastidiar a Wit.

Los términos en los que se refirió a Sean la pusieron a la defensiva.

Le lanzó una mirada hostil.

—Desprecias la mano del señor Connor como si en tu situación pudieras permitirte andar rechazando pretendientes.

—Oh, Dios, no tuvo suficiente con lo de anoche; se ha levantado con las mismas ganas de guerra —musitó Quitterie, perpleja. No menos perpleja se había quedado Rebecca, que se enderezó con la boca torcida para tratar de quedar por encima de su comentario.

—Quien tampoco puede permitirse la descortesía eres tú, querida. La que no pueda ofrecer una cuantiosa dote o una chispa de encanto personal, que al menos procure comportarse.

—Es evidente que la cuantiosa dote ya no es suficiente para tolerar según qué defectos, o tus padres no te habrían sugerido que te quedaras en Arlington Abbey durante la Navidad para

reflexionar sobre tu lamentable conducta.

—Oh, Dios —balbuceó Quitterie.

El semblante de Rebecca adquirió un aire fúnebre.

—Permanecer en la escuela ha sido mi decisión, y te puedo asegurar que ha ido en contra de los deseos de mi familia. Mis padres se encuentran de viaje en Egipto, y mi hermano solo me ha dejado en paz después de que le amenazara con envenenar su cena si insistía en pasar las fiestas conmigo. Y no sé de qué lamentable conducta hablas —continuó, cada vez más tensa—, cuando mi actitud pública frente a la adversidad a la que me arrojaron tus amistades ha sido ejemplar, y no porque me lo pusieran fácil.

Se le habrían subido los colores, avergonzada, si no llevara en shock las últimas veinticuatro horas. Las escasas ocasiones en las que Rebecca tenía razón, no tardaba ni un segundo en poner en su sitio a quien correspondiera; cuando no contaba con ella, abochornar a quien correspondiera le tomaba tan solo un par de inspiraciones más.

Primrose sintió que la invadían de pronto todos los remordimientos que había estado esquivando hasta el momento y por fin volvió en sí misma.

—Lo siento —articuló con la cabeza gacha—. Ya sé que tu situación no tiene nada que ver con la mía, no sé por qué... No sé por qué he dicho algo así.

Cuando alzó la barbilla, esperó toparse con la frialdad con la que Rebecca castigaba a sus enemigos, saco en el que Primrose entraba o salía en función del pie con el que la hija del barón se hubiera levantado. Pero tanto ella como Quitterie, su eterno perro faldero, la estaban observando con más curiosidad que desdén.

—¿Es que estás enamorada del señor Connor o algo así? —soltó Rebecca.

—¿Cómo? —balbuceó con voz aguda—. ¿Qué dices? ¡Por supuesto que no!

La señorita Wargrave se miró las uñas con displicencia.

—Es lo único que se me ha ocurrido que pueda justificar una pérdida de control como la de anoche. No te concibo criticando a tu adorada Witty por nada distinto de los celos, uno de los pocos sentimientos que capto al vuelo y que reconozco que le giran la cabeza hasta al ser más racional.

Primrose fue a defenderse de lo que a todas luces entendía como un ataque, pero la llegada de Sean cortó la conversación. En el fondo lo agradeció, porque no habría sabido cómo quitarle la idea de la cabeza. Tampoco supo cómo reaccionar cuando él apenas posó la vista en ella un instante, lo justo para reconocer que ocupaba un lugar en la estancia y sin expresar emoción alguna.

Al pasar por su lado, la nube de aire que cargaba su olor natural la envolvió en un sueño.

Tragó saliva y se atusó el vestido y el apretado moño con nerviosismo. Aunque había intentado librarse de la lección alegando que su tobillo seguía hinchado, todavía había tenido tiempo para aplicarse polvos en la cara, pellizcarse las mejillas, colorearse los labios para que parecieran más jugosos; detalles de una superficialidad apabullante que una cuáquera no podía permitirse y que ella ni mucho menos se perdonaba.

No quería verlo, pero si él la veía a ella, no soportaría que pensara que era repulsiva.

—Buenos días, señoritas —saludó Sean, que había ido directo como una flecha hasta el ventanal para descorrer la única cortina que filtraba la luz. Se giró hacia ellas con los brazos en jarras—. ¿Alguna de las presentes tiene nociones de pintura, por mínimas que sean?

Primrose se tuvo que reservar todo lo que había aprendido precisamente de él. Solía rogarle en las cartas que se extendiera explicándole no tanto los aspectos materiales de su vocación, sino cómo se sentía cuando se hallaba inmerso en la creación, si se enorgullecía de sus obras o mirar

alguna le torcía el morro.

Al cabo de un año y medio, había acumulado una decente cantidad de información.

—Va al grano —murmuró Rebecca, no demasiado feliz—. Yo no tengo la menor idea, señor Connor.

—Yo tampoco.

—¿Y usted, señorita Insley? —inquirió amablemente con el fin de incluirla en lo que parecía una clase de dos alumnas.

Primrose no supo cómo sentirse al ser blanco de su mirada, una mirada desprovista de rencores o juicios e iluminada tanto por el brillo pálido de la mañana como por sus propias y abisales emociones. Aquel era un hombre que solo sabía sentir; ella lo sabía y él se lo había confirmado con su vehemencia la noche anterior.

—Yo... yo... Sé que lo primero que hace un pintor que se precie es elaborar sus propias pinturas. Se hace moliendo pigmentos con aceite de linaza, nuez o amapola.

—Así es —convino con un asentimiento enérgico. Aspaventó hacia una amplia mesa de comedor que los sirvientes habían dispuesto para depositar los materiales—. Acérquense y observen lo que la señorita ha mencionado con tan buen tino. Aparte de los aceites, base de toda pintura oleosa, utilizaremos geles y resina con plomo para acelerar el proceso de pintar. Pretendo que terminen su primer cuadro antes de que acabe el año, para lo que será necesario echar mano de las innovaciones de Turner en la materia. Habrán oído hablar de Turner, ¿no?

Primrose escuchaba prudentemente relegada al punto más alejado de donde él se alzaba grande y magnífico. Había sentido su pasión por el arte a través de las cartas, pero verlo en persona era tan impresionante que tenía que esforzarse por no sonreír, contagiada de su entusiasmo. Se había vestido con la misma modestia con la que había aparecido el día anterior: camisa blanca bajo el chaleco azul marino y unas gruesas botas aptas para el trabajo en el campo. El cabello aún húmedo de un baño matutino le había salpicado de gotas de agua el cuello y el triángulo de piel que el escote, escandaloso a sus ojos, dejaba a la vista.

Por alguna razón, Primrose lo había imaginado con el pelo más largo, pero ni en eso la había defraudado. Tenía los rizos sedosos y brillantes en los que Miguel Ángel tuvo que inspirarse para pulir la belleza de su David.

—Este año se ha exhibido en la Royal Academy su último cuadro, *Lluvia, vapor y velocidad. El gran ferrocarril del Oeste* —señaló Quitterie, contemplando los materiales con interés científico.

—En efecto, señorita Tandye —le aplaudió él con una sonrisa—. ¿Ha tenido la oportunidad de ver en persona alguna de sus obras?

—*El último viaje del «Temerario»* es una de mis pinturas preferidas —reconoció con la boca pequeña, sin atreverse a mirarlo—. Siento debilidad por los paisajes marítimos. Nací y crecí en la Côte d'Azur; me basta con ver un barco abandonado en la inmensidad del océano para conmoverme absurdamente.

—No hay nada absurdo en el hecho de conmoverse —replicó con suavidad—. Es lo único que tiene sentido en esta vida de injusticias e inevitable sufrimiento, si me permite la corrección.

Primrose observó la interacción entre los dos con disimulo. Contaba con una ventaja respecto de Sean, y es que como no sabía que ella era la mujer a la que en teoría debía impresionar con sus encantos, podía verlo desenvolverse con los demás tal cual era en realidad, sin deliberadas puestas en escena o versiones edulcoradas de sí mismo que valieran. Las pocas veces que se había permitido soñar con que algún día se encontraban, había temido que Sean se hubiese vendido como alguien que no era. Ahora no sabía si celebrar o dolerse porque fuese exactamente

como lo imaginaba, un hombre paciente y cariñoso que no por eso renunciaba al placer de comportarse a veces como un gamberro entrañable.

—Como usted ya sabrá y sus compañeras quizá ignoren —prosiguió Sean. Su desenvoltura al utilizar los diferentes productos y utensilios para lograr un amarillo tirando a ocre y un rojo escarlata la maravilló—, Turner es un maestro en lo que a la luz se refiere y ha pintado algunos de los mejores cuadros marinos de este siglo. Pero aunque sería romántico escabullirnos a la playa para inspirarnos con las mareas, estaría siendo un maestro perverso si las obligara a pintar el mar como primer ejercicio... Además de que las condenaría a una neumonía. Cuando termine de explicar qué combinaciones de colores dan como resultado el tono que buscamos, bocetaremos primero en papel el rostro de la compañera. Un retrato no es menos complicado que captar la belleza natural, pero al menos el aspecto de la modelo no dependerá de si se levanta o no el viento.

—¿No pintaremos directamente en el lienzo, señor Connor?

—Si tuvieran algo de experiencia, no me importaría, señorita Tandye, pero me parece arriesgado tratándose de un primer contacto. No queremos tener que tirar los soportes y utensilios que la señorita Vallans ha tenido a bien ofrecernos.

—¿Todo esto es de la maestra de literatura? —se asombró Rebecca.

—A Lavinia le encanta pintar —respondió Primrose con una sonrisa benevolente, recordando todas las veces que se había quedado admirando su habilidad en el porche de la escuela, donde le gustaba sentarse para plasmar los colores del atardecer—. Muchos de los cuadros sin firmar que se observan dispuestos en el salón principal han sido obra suya. La señorita Lacraft la ha animado a compartir su talento con nosotras, pero, en sus palabras, no cree tener la paciencia para ayudar a una joven a encontrar su don artístico.

—Suena a la señorita Vallans —se resignó Rebecca.

Primrose estuvo a punto de ruborizarse al sentir la mirada de Sean sobre ella. Incluso si no lo hubiera espantado con su patética demostración de carácter, estaba segura de que su opinión al hacer balance del día no habría sido positiva. Cada palabra que pronunciaba, cada dato que revelaba saber, conducía a la misma reflexión: Primrose Insley estaba siempre encerrada en la escuela y sus maestras, profesionales a las que les pagaban para tal fin, eran las únicas que toleraban su presencia.

—Yo pintaré a la señorita Wargrave, si es que puedo elegir.

A Primrose le pilló por sorpresa la iniciativa de Quitterie y no supo reaccionar.

—En ese caso, la señorita Wargrave pintará a la señorita Tandye —determinó Sean—. Si cree que puede mirarme a la cara durante el tiempo suficiente, señorita Insley —continuó con socarronería—, usted y yo formaremos la segunda pareja.

La sugerente palabra, «pareja», se quedó flotando a su alrededor unos delirantes segundos. Optó por agachar la cabeza y no hacer ninguna acotación al respecto. Se concentró en la tarea que tuvieron por delante durante la siguiente hora: preparar las *gumtions* mezclando el acetato de plomo en solución acuosa con los pigmentos para lograr los llamados colores base a partir de los que irían preparando los que pretendieran utilizar.

La faena no distrajo a Primrose del que llevaba siendo su objetivo desde que mandara la carta urgente a Londres: ahuyentar a Sean. El correo tardaba de unos días a unas semanas en llegar a su destino, pero ella, aprovechando que uno de los lacayos debía ir a la capital para pasar la noche navideña con su familia, se había asegurado de que se montaba en un caballo a última hora de la tarde con su nota en la mano. Así se aseguraba una respuesta de Verity antes del almuerzo del día siguiente...

... A no ser que la ignorase.

«No haría eso», se dijo.

«Pues te lo tendrías merecido después de todo lo que dijiste sobre ella ayer», le recordó la voz de la conciencia.

Comprobó el reloj, nerviosa.

Si Verity no le hacía el favor, tendría que ser ella quien continuara el plan de echarlo con cajas destempladas.

No sabía cómo demonios lo haría. La halagadora visión que Sean tenía de la joven de las cartas parecía incorruptible.

Al cabo de unos minutos, el maestro las estaba invitando a ocupar sus puestos ante las láminas de papel sobre los lienzos que, a su vez, soportaban los caballetes. Explicó grosso modo cómo preparar un primer boceto anatómico antes de adentrarse en los detalles.

Un rato después, el maestro arrastraba su caballete para quedar enfrentados.

Primrose estuvo a punto de gemir de angustia.

Tendría que pasar la siguiente hora, y eso como mínimo, mirando a la cara a un hombre que jamás podría tener.

—Me alegra verla en perfecto estado, señorita Insley —comentó para romper el silencio una vez realizaron los primeros trazos. A ella le temblaba la muñeca. Suerte que, desde su posición, él no podía apreciarlo—. Por un momento temí que no sobreviviera a la noche.

—Las torceduras de tobillo no suelen cobrarse la vida de las jóvenes, señor Connor —respondió con su mejor tono desenfadado.

—Pero tengo entendido que uno se puede atragantar con su propio veneno con independencia de su edad y de su sexo, señorita, y anoche usted enseñó unos colmillos infectados.

Primrose apretó los labios.

La amabilidad de la primera parte de la lección había sido una puesta en escena, comprendió. ¿Para que se confiara y luego asestarle la puñalada, tal vez? ¿Para no inmiscuir a dos inocentes en su odio? Ahora estaban a distancia más que suficiente de Quitterie y Rebecca para que cada pareja mantuviese una conversación diferente, y las jóvenes estaban demasiado entretenidas riéndose y bromeando sobre sus bocetos como para pegar la oreja.

La señorita Vallans la había sacado de la cama a base de empellones para exigirle que fuera a clase y, como mínimo, se disculpara con Sean. Hasta Lavinia, que mil veces antes se posicionaba de parte de las alumnas que de los caballeros porque su sentido de la justicia iba en contra de la tendencia común y no dependía del dinero o el género, había estimado intolerable su comportamiento.

Primrose coincidía con ella, pero no soportó que él le llamara la atención.

—Procuré lavarlos con una solución de alcohol antes de irme a la cama, pero le agradezco la preocupación, señor Connor —ironizó ella con la mayor naturalidad—. No le voy a preguntar si usted consiguió descansar. Considerando que tiene una visión de las cosas y de las personas propia de quien se pasa la vida soñando despierto, dormido debe de fantasear el doble. ¡Qué gusto!

Sean captó el mensaje implícito y entrecerró los ojos con hostilidad, pero tomó un sendero distinto en la discusión.

—La imaginación no es una cualidad que deba ser subestimada.

—¿Cómo iba yo a subestimarla? ¡Si soy la primera que es consciente de su poder! Ya ve que hay hombres que solo creen a las mujeres dignas de su devoción si les atribuyen sus virtudes preferidas mediante un formidable ejercicio de imaginación.

Observó que él soltaba una risa exasperada entre dientes.

No le quedaba otro remedio que percibir cada una de sus expresiones. La actividad los había condenado a mirarse de manera deliberada y con una fijeza íntima.

—Me había sorprendido que, después del espectáculo de Nochebuena, tuviera el valor de presentarse en la lección de hoy —prosiguió con una despreocupación falsa pero muy conseguida, concentrado en el dibujo a carboncillo—, pero empiezo a comprender que viene a por más porque le divierte discutir conmigo. Me reafirmo en lo que le dije ayer, señorita Insley: cuesta hallar un parecido entre las descripciones de Verity y usted.

—Enhorabuena, señor Connor. Está a un paso de reconocer por fin que su pretendida es una embustera.

—Desde luego que sí. Por lo que la señorita Burton me contó, era usted una santa. Ahora veo que asumí erróneamente que su actitud de anoche la habría hecho enfermar.

—Enfermar ¿de qué?

—De vergüenza, de culpabilidad... Incluso de miedo. A una cuáquera le horrorizaría que el demonio se le metiera dentro como le pasó a usted, ¿me equivoco?

Primrose puso los ojos en blanco casi por primera vez en su vida.

—No caiga en la costumbre medieval de creer que una mujer que piensa y opina distinto de usted es una mujer poseída por el diablo. Es más inteligente que eso, señor Connor.

—Más inteligente que eso, pero no tanto como para protegerme de la pérfida Verity, ¿no es así? ¿Sabe? —Bajó la mano que sostenía el utensilio de pintura y la descansó sobre el regazo en un postura desahogada—. Llevo toda la noche preguntándome por qué una joven hablaría en semejantes términos de su mejor amiga. ¿O acaso la señorita Burton le profesa un amor que no es correspondido?

Primrose se estremeció, como cada vez que echaba la vista atrás y se veía a sí misma despotricando de una de las personas que más quería. Sobre todo porque, por más que se avergonzara de haber caído tan bajo, sabía que no estaba haciendo más que verbalizar los menos halagadores aspectos de la personalidad de la víctima. Mencionarlos era una vulgaridad, sí, pero no había incurrido en la mentira, sino solo puesto voz a una opinión que llevaba años tratando de empujar a lo más hondo de su ser para no aceptar que Verity era pura virtud.

Inspiró hondo.

—Si es cierto que Wit me ha mencionado en sus cartas —empezó con tiento—, sabrá que mi compromiso con la verdad es kantiano. Por más que adore a mi amiga, no puedo permitir que alguien sufra por capricho suyo. Ni siquiera si ese alguien es un perfecto desconocido.

—Comprendo —cabeceó con falsa benevolencia—. Usted solo intentaba ponerme a salvo de una arpía.

—Es una forma de verlo —respondió con aire distraído, concentrada en trazar las líneas de la mandíbula de Sean.

Se estaba tomando en serio la tarea de construir una imagen suya, decidida a guardar un recuerdo físico del mejor año y medio de su vida que no consistiera en la colección de cartas. Una prueba de que él había sido real, de que su amor tuvo un rostro. No quería pensarlo demasiado, o de lo contrario un acceso emocional haría temblar aún más su mano.

Si no se hubiera convencido de que jamás sería suyo, habría encontrado intolerable su cercanía. Pero Primrose había saboteado hábilmente su derecho a luchar por lo que quería para ahorrarse el sufrimiento del rechazo, el que vendría tan pronto como se enterase de quién era su Verity.

—Supongo que no le queda otro remedio que dedicarse a meter las narices en asuntos ajenos

considerando que no está entretenida que se diga por estos lares —comentó Sean, aislado de su silogismo.

—En Navidad se está muy tranquilo en Arlington Abbey, eso es cierto.

—Lo que pretendía decirle es que a lo mejor debería preocuparse de su vida matrimonial y no de la de la señorita Burton. Es obvio que requiere bastante más atención.

Primrose se enderezó de golpe, como si le hubiera apretado la hoja de un cuchillo contra la espalda. Buscó su rostro con la necesidad de confirmar que no había dicho tal cosa, que había sido producto de su pérfida imaginación, pero Sean le sostenía la mirada sin un ápice de vergüenza.

«¿Por qué es obvio, si puede saberse?», le habría gustado ladrarle con tal de oír la respuesta hiriente que destruiría su absurdo enamoramiento. Si se le caía el mito, podría seguir adelante sin dedicarle un solo pensamiento, o de eso se convenció. Pero no tuvo el valor de acabar de un plumazo con la bella imagen masculina que le había devuelto la esperanza.

Dejó a un lado el carboncillo y lo enfrentó con las palmas sobre el regazo.

—A lo mejor me he equivocado tratando de evitarle una decepción y un matrimonio infeliz, señor Connor. Empiezo a pensar que la señorita Burton y usted podrían ser tal para cual: ambos testarudos y maliciosos.

Se levantó con las manos temblándole, aterrada con la posibilidad de romper a llorar antes de alcanzar su habitación. Pasó por el lado de sus compañeras como una exhalación, ignorando el latido doloroso del tobillo. Estaba subiendo las escaleras que la conducirían a su alcoba cuando el sonido de unos pasos precipitados y una voz imperiosa la detuvieron.

—Me ha dejado dos veces con un palmo de narices, señorita Insley. No voy a permitir que suceda una tercera. No sin oírme antes.

Primrose ni siquiera se giró antes de reanudar la marcha.

—Créame —masculló entre dientes—, ya ha dicho suficiente. Puede considerarse el ganador de la discusión.

—Si lo que la ha ofendido es que subraye su soltería —empezó él, subiendo las escaleras con una mano sobre el barandal y a un ritmo que pronto igualaría el de Primrose—, sepa usted que peca de lo mismo que tanto critica. ¿Qué ha sido de eso de que la incapacidad de tolerar las opiniones ajenas es una señal de baja inteligencia?

Primrose se agarró las faldas para subir más rápido, tratando en vano de huir de un hombre que tardaría dos zancadas en alcanzarla.

—Herir mis sentimientos no es una opinión, señor Connor. Es una bajeza.

—Oh, ¿es que acaso piensa usted que no me afecta su actitud nefasta hacia la mujer que amo?, ¿hacia mí mismo? Pretendía llevarme bien con los seres queridos de la señorita Burton y usted no ha hecho otra cosa que poner piedras en el camino desde que supo quién era yo. —Esperó a haberla adelantado y haberle cerrado el paso con su altura acentuada ahora por los peldaños de ventaja para exigir una explicación—: ¿Por qué?

—Porque así soy.

Pero se le quebró la voz, y, de cualquier modo, él ya contaba con un sabio argumento.

—No, no es así. Cuando la encontré en las inmediaciones de la escuela fue encantadora conmigo —le reprochó con una vehemencia que solo le hizo ver más atractivo.

«Encantadora», resonó en su cabeza.

No era un adjetivo que hubieran asociado con ella jamás.

Ni por piedad.

—Por más perdido que se haya dado mi futuro matrimonial, como ha tenido la audacia de

señalar —balbuceó, nerviosa. Debía cambiar de tema—, sigue siendo impropio que conversemos a solas.

Lo rodeó con las faldas bien agarradas, más por temor a que se percatara de su nerviosismo que para evitar el tropiezo, y siguió subiendo las escaleras.

Estaba a punto de salvar el segundo tramo cuando Sean la corrigió con retintín.

—Usted y yo no conversamos, señorita Insley; discutimos. Y no sé por qué demonios la ha afectado tanto que mencione su soltería. Salta a la vista que es usted la única responsable de no haber encontrado aún un buen partido.

La audacia de Sean la dejó patidifusa. Tuvo que girar en redondo, con los ojos como platos y el corazón ardiendo de dolor, para no olvidar nunca la cara que puso el hombre que supuestamente la amaba al insinuar su fealdad.

Solo que algo no cuadraba.

—¿Yo? ¿Responsable? ¿Cree que elegí nacer así?

—¿Nacer así? —repitió, anonadado con su descaro—. Habrá quien sea de su escuela, señorita Insley, pero a mí no me parece que no tengamos ni voz ni voto sobre el modo en que nos relacionamos. Si no fuera usted tal y como ha demostrado que es, una mujer con doble cara y a la que no le tiembla la voz a la hora de difamar a sus supuestas amistades, no veo qué problema habría tenido para hallar marido.

—¿No *ve* qué otro problema podría haber tenido? —jadeó de una pieza—. ¿Se está burlando de mí? ¿Es eso?

—Estoy poniéndola en su sitio, pero ¿burlándome? No osaría. Acostumbro a pronunciarme con absoluta seriedad.

—¿Y le parece serio decir que mis defectos son morales? —Se le escapó una risotada incrédula.

—¿De qué otra deficiencia la acusaría, si no? Su aspecto podría ser un defecto si aludiera a su naturaleza engañosa, porque si nos acogemos a la teoría de que el rostro es un reflejo del interior, no es de justicia que una mujer tan bella esconda un corazón podrido. Por supuesto que sus defectos son morales en exclusiva. —Esperó un instante para asimilar lo que acababa de suceder, y entonces la miró desde abajo consumido por la extrañeza y hasta la indignación—. ¿Pensaba que estaba menospreciando su apariencia? ¿Por qué diablos llegaría a esa conclusión?

«Una mujer tan bella».

El adjetivo más positivo que había recibido en veintidós años de vida había estado relacionado con ese corazón podrido que él tanto despreciaba: sus amistades y maestras decían que Primrose tenía, precisamente, un alma cándida. Y hasta eso era mentira, porque podía albergar sentimientos tan complejos como despreciables.

Uno de ellos lo había mencionado Rebecca: los celos.

Lo mejor que había dicho un hombre sobre ella, el único que se dignó a permanecer a su lado durante diez largos y tensos minutos mientras se desarrollaba un baile de temporada, fue que «le había sorprendido de manera positiva que resultara tolerable porque no olía mal».

«Una mujer tan bella», había dicho.

Los ojos se le anegaron de lágrimas y esta vez no pudo ocultarlo. No fue el impulso más poderoso que la embargó: incluso viéndolo borroso por el velo del llanto, percibió que la irritación de Sean mutaba a un asombro en el que acechaba el remordimiento, y el deseo de fundirse en un abrazo con él para pedirle perdón y darle la bienvenida en condiciones estuvo a punto de matarla.

Se tuvo que disuadir de hacerlo improvisando una barrera entre ambos cubriéndose los

hombros con las manos.

—Señorita Insley... —vaciló, dando un paso al frente—. Yo no pretendía... Es decir, sí pretendía darle un escarmiento, pero... Lamento de corazón si...

—¿De verdad piensa que soy bonita? —musitó con un hilo de voz. Pestañeó deprisa para ahuyentar las lágrimas y ver así con claridad su expresión. Estaba convencida de que detectaría la mentira antes de escuchar la confirmación piadosa, pero él parecía cada vez más confundido, como si el dios Marte le hubiera preguntado cómo hacer la guerra.

Sean abrió la boca para contestar, pero no fue capaz de hablar y mirarla de arriba abajo a la misma vez. Supo que se arrepintió de haberlo hecho por la manera en que presionó los labios y agachó la mirada, turbado de un modo extrañamente cautivador. Se pasó una mano por el pelo de por sí revuelto, obra de unos rizos voluminosos sin apego por el decoro, y tragó saliva antes de volver a mirarla con un brillo en los ojos que habría intimidado hasta a la mujer con más experiencia amorosa.

—No creo que se merezca un halago después de haber demostrado que no practica la clemencia cuando se propone ofender —respondió en tono tajante, rígido como una estaca—, pero sí quiero advertirla aquí y ahora de que si sus continuados ataques contra la señorita Burton encontraran su justificación en los celos o la envidia hacia ella, no se lo perdonaría nunca. Además de ser ambas las más pobres de las razones, en su caso resultan directamente inadmisibles e inconcebibles.

Primrose le aguantó la mirada con el corazón y el aliento suspendidos.

Clarissa había repetido en cientos de ocasiones que era atractiva, y que el hecho de que los hombres fueran demasiado obtusos para reconocerlo por presiones sociales no eliminaba esa verdad universal. Pero no era lo mismo recibir un halago afectuoso viniendo de una amiga cansada de oír llantos amargos que de un hombre como aquel; un hombre que era tal y como uno imaginaría al resultado carnal de que Zeus se hubiera metido en la cama con el mismísimo sol, con la luna o con las estrellas, o con todos los fenómenos y astros de hermosura irreal que existían a la vez.

Olvidó que habían estado discutiendo hasta el momento e incluso que la estaba amenazando con su odio eterno. Bajó tres de los cuatro peldaños que los separaban y, deseosa de demostrarle su eterno agradecimiento, apoyó las manos en su torso y lo besó con fervor en la mejilla.

Besar a un hombre era una experiencia curiosa. Tenía la piel caliente, y, a pesar de haberse afeitado, la insinuación de la barba le raspó los labios. Y el olor... Si los hombres olían a tierra, a la pura naturaleza, no le extrañaba que las mujeres enamoradas llevaran toda su historia queriendo que las enterraran por ellos; queriendo tenderse sobre ellos, beber de ellos, rebozarse hasta empaparse de ellos.

Aprovechando que lo había dejado sin palabras, le dirigió una sonrisa delicada y temblorosa como un nenúfar y se marchó escalera arriba. Mantuvo el puño apretado contra el pecho, igual que una mujer su bolso después de que le hubieran intentado robar.

Allí llevaría las amables palabras de Sean hasta el día del Juicio Final, en ese cálido rincón entre el corazón y el alma que de todos modos siempre había tenido su nombre.

Capítulo 6

No se quedaba tan turbado con un beso en la mejilla desde que tenía diez años, cuando una doncella de Henshawe House, Polly Gates, le agradeció que la ayudara a cargar hasta su casa una carreta con heno para alimentar a los dos burros de su padre. Desde entonces habían transcurrido dieciséis años y creía haber visto mundo suficiente para no dejarse impresionar por las inocentes carantoñas de una virgen.

Había subestimado el poder de las mujeres, eso era evidente.

Sean había tenido que regresar a la improvisada sala de pintura para continuar la lección y guiar a las señoritas Wargrave y Tandye en su torpe pero tenaz ejercicio artístico. Primrose Insley no se molestó en regresar y tampoco la vio en lo que restó de día, cosa que muy en el fondo agradeció. Le permitió realizar un examen introspectivo para tratar de discernir qué diablos le pasaba con ella.

Sospechaba de qué podía tratarse. Y es que a diferencia de lo que la jovencita había insistido en recalcar, Sean tenía lo justo de tonto y se jactaba de captar al vuelo los intentos de manipulación. Solo que a veces decidía fingir que no se percataba de los mismos para así tener la fiesta en paz.

Pero parecía que la fiesta no estaría en paz ni de una manera, ni de la otra, por lo que bien merecía darle un largo pensado a la situación que se le planteaba.

Al día siguiente notaba todavía la huella del beso de la señorita Insley en la piel. Se vistió modestamente con una de las tres mudas que había traído consigo, conjunto de botas de caña alta y chaleco ajustado color madera, y bajó las escaleras principales casi de puntillas, como si le debiera un respeto religioso al sagrado rincón donde el beso había tenido lugar. Oyó de fondo un coro de risas femeninas y supuso que Rebecca y Quitterie estaban tomando un desayuno tardío en su salita de descanso.

Aún contaban con media hora de ocio antes de reunirse de nuevo con él, como dictaba la nueva rutina, para pasar al lienzo los trazos del boceto. Se le ocurrió que sería egoísta privarlas de su mutua compañía y se propuso posponer la conversación que tenía pendiente con la señorita Wargrave. Pero ya fuera porque Dios había escuchado sus súplicas mentales o bien debido al fruto de la casualidad, justo cuando pasaba por delante del salón, Quitterie lo estaba abandonado con prisa.

—Buenos días, señor Connor —murmuró con las mejillas ruborizadas.

Sean había tenido que evitar que se chocaran sujetándola por el hombro. La soltó enseguida, a sabiendas de que la criatura era en exceso vergonzosa y el simple contacto podría hacer que se desmayara de la impresión.

—Buenos días a usted, señorita Tandye. ¿Está preparada para la siguiente lección?

—A ello iba. Me gustaría pedirle un delantal a la señorita Vallans para no ensuciarme el vestido. El mandil de ayer aún no ha pasado por el lavadero y todavía están húmedas las manchas de la mezcla de las pinturas.

Sean se apartó de la puerta y gesticuló con benevolencia hacia el pasillo para invitarla a continuar su recorrido. Quitterie se agachó en una rápida reverencia y le faltó tiempo para desaparecer.

Si no hubiera tenido asuntos personales en los que pensar, se habría compadecido de la

muchacha por el negro futuro que le auguraba. Había hombres que se pirraban por una chispa de timidez inicial porque la asociaban con la inexperiencia amorosa, con la inocencia que tan atrayente resultaba en las mujeres, pero la actitud de Quitterie rayaba en la rareza, y las excentricidades carecían de cabida o perdón en el mundo del dinero.

Cruzó el umbral del saloncito, pintado de los mismos tonos cálidos que vestían a la señorita Wargrave, y esperó a que la susodicha se percatara de su llegada para dirigirse a ella sin rodeos. Llevaba el cabello recogido en un sencillo rodete y un vestido de mañanas color melocotón, pero eso no era lo que saltaba a la vista. Sostenía una taza de café con una mano; el periódico ocupaba la otra, y no se trataba de la humilde impresión de un medio local, sino del *Times*.

Alguien debía de hacérselo llegar todos los días desde la capital para poder informarse de manera exhaustiva, lo que delataba un interés personal y cuanto menos impropio del bello sexo por conocer las últimas novedades.

—Considerando su tendencia a proteger las singularidades de su carácter del ojo público, me sorprende, y no para mal, que no se moleste en esconder el periódico de mi vista —comentó con naturalidad en su camino hasta la mesa redonda.

En la fuente de porcelana aún quedaban bollitos espolvoreados de azúcar, y una tetera humeante esperaba a que decidiera servirse.

Cómodo en compañía de la dama, se preparó el té y dio un generoso mordisco al pastelito.

—Solo disimulo mis extravagancias en presencia de potenciales pretendientes —le explicó con un encogimiento de hombros. Tardó un segundo de más en doblar el periódico y depositarlo a un lado, como si durante un instante se hubiese planteado obviar la compañía en beneficio de continuar la lectura.

«Qué maleducada, señorita Wargrave», pensó Sean con sorna.

—¿Qué es lo que me hace lo contrario a un potencial pretendiente? —inquirió con interés y ni una pizca de indignación, aun sospechando que la respuesta sería ofensiva para él—, ¿que soy su maestro?, ¿que pretendo a la señorita Burton?, ¿que no poseo una riqueza voluminosa?

—Una combinación de todo lo mencionado. No le quepa la menor duda de que el hecho de cartearse con Wit habla de unas inclinaciones cuestionables cuanto menos —respondió sin tapujos—. Pero no escondo el periódico por una cuestión más simple: no parece usted de los que se mezclan con la alta sociedad y, aun en el caso de hacerlo, no tendría el mal gusto de revelar ante otros candidatos que la honorable señorita Wargrave sabe pensar.

Sean se echó a reír con su cinismo. Un defecto que deleznaba en los hombres se convertía en una delicia cuando lo aireaba una mujer, por lo general privada de nacimiento de tener sentido del humor o un ingenio afilado.

—Lamento decirle que uno se percata de que sabe usted pensar en el preciso momento en que la escucha por primera vez. Que utilice su inteligencia para minar el amor propio de sus enemigos no la hace menos ocurrente.

—Si tanto se me nota, tendré que pulir mi expresión oral —atajó, y se acercó la taza a los labios para dar un sorbo que zanjara el debate.

En el brillo travieso de sus ojos percibió el inmenso placer de poder hablar de tú a tú y sin tapujos con un hombre. No debía de habérsele presentado la ocasión hasta el momento. Sean apostaba por que todos los caballeros de su entorno intentaban o habían intentado conquistarla, obligándola sin darse cuenta a actuar como una debutante encantada con las atenciones en lugar de como un sujeto con autonomía y opiniones propias, y los que no, habían renunciado al cortejo porque la creían una muñeca de porcelana. Esto también la forzaba a estar a la altura de sus expectativas y a evitar practicar su humanidad para no decepcionarlos.

Después de soltar una carcajada sana, guio la conversación por el camino que le interesaba.

—Confío en que esperará a que le haya planteado mis dudas para borrar todo atisbo de astucia de su personalidad. Preferiría que no se contuviera a la hora de contestar a mis preguntas, aunque pudiera pecar de mordaz.

Rebecca gesticuló hacia él en señal de invitación, regocijándose con vanidad en que quien la veía por fin tal cual era en realidad no manifestara el menor desprecio hacia su esencia.

—Adelante.

Sean se reacomodó en la silla para adoptar una postura informal. Cruzó el tobillo sobre la rodilla y se repantigó contra el respaldo, como si del tema a tratar no dependiera en gran medida su felicidad.

—¿Cuál diría que es la asignatura preferida de la señorita Burton, usted, que la conoce tan bien?

La joven enarcó una ceja, no para pedir explicaciones, sino admitiendo que le había divertido la inesperada salida.

—Imagino que la que mejor se le da —suspiró, echándose también hacia atrás en el asiento—. Montando a caballo no tiene rival, y no le menciono esta habilidad por decir una, sino porque es posible que sea lo único en lo que destaca. Aunque sea avispada de nacimiento y pueda dar lecciones de política contemporánea, no es una estudiante modélica que se diga.

—¿Y la que menos le gusta?

Rebecca dedicó un momento de reflexión a pensarlo, a lo que Sean estuvo a punto de sonreír. Para odiar a la señorita Burton como juraba y perjuraba hacerlo, se tomaba muy en serio todo lo relacionado con ella.

—Me consta que desprecia las lecciones de la señorita Vallans. Toda lectura obligatoria le resulta soporífera porque opina que no se debe imponer el gusto por los libros y que enseñar la preferencia por los clásicos es una imperdonable muestra de elitismo y un desprecio a la literatura popular... y porque no le gusta que le digan lo que tiene que hacer, todo sea dicho. No soporta la poesía, por otro lado. Opina que el lirismo del lenguaje dificulta la comprensión, lo que excluye de forma deliberada a quien no posee determinados conocimientos porque no ha tenido acceso a una educación exhaustiva, y que las tertulias están plagadas de seudointelectuales pagados de sí mismos cuya pretensión entorpece, si no arranca de raíz, el disfrute de los versos. —A Sean le pareció percibir una sonrisa complacida en su voz. Incluso si no estaba conforme con la visión de Witty, era obvio que respetaba la originalidad de sus argumentos—. La ficción la aburre salvo contadas excepciones, todas notables; sostiene que la lectura debe enseñar e iluminar caminos intelectuales, no inventar recorridos para el deleite de la imaginación. Solo la verá leer densos manuales de economía y, como mucho, algunos manifiestos filosóficos. Una manía heredada de su padre, imagino.

Su mueca denotó que su opinión sobre el señor Burton no era positiva que se dijera.

Ni la suya, ni la de la inmensa mayoría de la sociedad.

—¿La señorita Burton cree en Dios?

Rebecca le dirigió una mirada burlona.

—¡Qué pregunta! Todos creemos en Dios, señor Connor —replicó con la justa dosis de ironía para no ofender sentimientos religiosos, de los que en el fondo ella misma se burlaba. Él se dio por escarmentado levantando las dos manos—. Pero si lo que cuestiona es si la señorita Burton no se pierde un servicio, reza antes de acostarse y vive por y para el cumplimiento de los preceptos del Señor..., le aseguro que no.

—Ya veo. ¿Y qué me puede decir de sus aspiraciones?

La ceja ya enarcada de la dama no hizo sino escalar.

—Hasta ahora me ha hecho preguntas que he podido responder porque asisto a las mismas clases que ella y tengo el infortunio de oír sus opiniones día sí y día también; opiniones que se da el gusto de berrear incluso ante quienes no debe gracias a la inmunidad que le concede ser quien es. Pero ¿qué le hace pensar que conozco los secretos deseos de su alma?

—Que la detesta con todo su ser —resolvió con sencillez—, y, por ilógico que pueda sonar, prestamos más atención a aquellos que odiamos que a quienes amamos.

El gesto incrédulo de Rebecca se torció hacia una sonrisa vacía que insinuaba una pena antigua.

—Eso tengo entendido, sí —murmuró para sí misma. Se recuperó de un momento de debilidad con una inspiración entrecortada y lo encaró con otro tipo de energía—. Si le soy sincera, señor Connor, no secundé las opiniones de la señorita Insley durante la cena de Nochebuena porque no estaba de acuerdo con ella. Es cierto que es una joven de naturaleza coqueta, pero no me parece que su sueño en la vida sea acumular cartas de amor o coleccionar corazones rotos. Me atrevería a decir... —Apoyó el codo en la mesa y sobre la mano fue a descansar su mejilla, que se acarició con parsimonia mientras reflexionaba—. Me atrevería a decir que, si aún no se ha casado pese a haber recibido múltiples ofertas estas dos temporadas, no es porque le guste hacerse de rogar, como me consta que se rumorea. Ni siquiera porque la fortuna de Desmond Burton y la plena confianza de su familia materna le permita revolotear sin preocupaciones hasta bien entrados los veinte años. Me parece que fantasea con enamorarse —determinó, y no sonó despectiva, como si se le antojase una cursilería infantil, sino vagamente compasiva, anticipando el apocalipsis que se le vendría encima si lograba su objetivo—. Otro pájaro que los Burton debieron de meterle en la cabeza, este sin pretenderlo. Sus padres estuvieron vetados de Almack’s, entre otros lugares públicos, porque eran incapaces de comportarse con la mínima decencia en presencia del otro. No se sacaban las manos de encima en los días buenos, y, en los malos, sus peleas dejaban en paños menores los diálogos de las óperas en intensidad y volumen... O eso me contó mi padre.

Sean asintió despacio para indicar que necesitaba digerir la información.

En el fondo no le pillaba con la guardia baja que le hubiera desmontado el mito de Verity Burton. Sabía que a la señorita Wargrave le gustaba ejercer el rol de villana en reuniones de más de dos invitados para cerciorarse de que nadie la atacaba a ella, pero también sabía que en privado se mostraba tan moderada como era en realidad y le ofrecería la visión más objetiva de los hechos.

La visión que, en realidad, él llevaba horas sabiendo que era la verdadera.

—Entonces no la ha oído hablar sobre la construcción de una novela, ni ha manifestado interés alguno en convertirse en una cotizada escritora de la talla de la señorita Austen —retomó solo para confirmar.

Rebecca esperó a haber posado el café sobre el platillo para clavar en él una firme mirada que hablaba por mil palabras.

—Señor Connor —empezó con un tono tan aterciopelado como implacable—, la única persona que va de acá para allá con una libreta de anotaciones para su novela es Primrose Insley. Y tiene talento para la escritura, todo sea dicho —añadió con impostado desdén, desviando la vista a las uñas.

—No me diga que ha metido las narices en sus anotaciones —se mofó amistosamente.

—Una se aburre en la escuela durante los recesos —se justificó con vaguedad.

Sean trató de controlarla, pero se le terminó escapando una sonrisa de complicidad. Esperó a

que hubieran transcurrido unos minutos de silencio para retomar la conversación con un nuevo cariz confidencial.

Echó el peso sobre los codos y se inclinó hacia delante para hablarle en voz baja.

—¿Ve como no tiene usted un pelo de tonta? —inquirió en referencia a su insinuación.

Rebecca le aguantó la mirada.

—Usted tampoco, señor Connor. A lo mejor debería actuar en consecuencia.

La dama se ayudó del borde de la mesa para levantarse. Alisó las arrugas que se le habían formado en la falda de muselina sin apartar la vista de Sean, incitándolo con su apremio a hacer algo al respecto de sus recién confirmadas sospechas.

Ni siquiera la propia señorita Wargrave pensaba que conversar con ella había sido iluminador. Ambos sabían que él se había sentado a desayunar con las ideas claras, y que lo único que buscaba era seguir recabando pruebas para... ¿para qué? ¿Para vengarse con más razón? Primrose se lo merecería por embustera, pero no podía engañarse a sí mismo. La telaraña de la mentira había sido débil desde el principio. Incluso si no hubiera tenido la mosca en la oreja desde que paseó a Primrose y a su tobillo magullado hasta Arlington Abbey, habría bastado con tomar el barco a Inglaterra para desmantelarla más pronto que tarde.

Aun así, ¿cuánto tiempo no habría permanecido la venda sobre sus ojos si una recóndita parte de sí no hubiera fantaseado con que la señorita Insley fuese, en realidad, su destinataria?

El verdadero impulso de pararse a reflexionar a solas sobre cada palabra que salía de su boca y conectar los puntos había nacido de la necesidad de comprender esa absurda fascinación inicial por la amiga de Verity. Sean se había estado negando a aceptar que la aparición de una muchacha de apenas metro sesenta y cinco y ojos verdes hubiese sido suficiente para distraerlo, alejarlo, disuadirlo de sus planes para con la cada vez más diluida señorita Burton. Su madre le habría dicho que no le extrañaba un ápice porque su carácter veleidoso le había llevado a pensar más de una vez que estaba enamorado cuando lo suyo era un capricho elevado a la categoría del sentimiento por obra de su dramática —él prefería «artística»— tendencia a glorificarlo todo. Pero Sean había aprendido a diferenciar lo divino de lo mundano gracias a la mujer que le escribía las cartas. No estaba menos enamorado de ella porque se hubiera sentido atraído por la señorita Insley, y por supuesto que no era un contrasentido: en Belfast abundaban las bellezas y Sean había sentido tentaciones como todo aquel con boca y pulsiones. Habría sido lógico, aun así, que su inclinación hacia Primrose incluso a pesar de su lamentable comportamiento le hubiera pesado.

Pero, más que incomodarle, le había olido a chamusquina.

Todo cobraba sentido si la dueña de su corazón y la causante de sus desvelos eran la misma mujer.

Dejó de jugar con la cucharilla del juego de porcelana. De pronto notaba el estómago demasiado revuelto como para apurar el té. Se levantó despacio. La soledad había duplicado el eco de la estancia y quería evitar el ruido, como si haciéndose notar peligrara el descubrimiento de un secreto que no significaría nada para nadie, pero que lo era todo para él.

Sumido en un silencio confuso por lo que le tocaría hacer a partir de entonces, se dirigió a la salida de la escuela.

Pensaba en dedicar el rato previo a la lección a pasear por los alrededores cuando se topó con un muchacho a las puertas de la mansión. Llevaba una graciosa gorrilla calada en la cabeza, un papel arrugado en una mano y las riendas de su caballo en la otra.

Estaba tan agitado que por poco embistió a Sean en su objetivo de llamar a las puertas.

—Cuidado, chico —dijo él, sujetándolo por los hombros para evitar un choque doloroso—.

¿A dónde vas? ¿En qué te puedo ayudar?

—Señor... —Tuvo que hacer una pausa para tomar aliento—. Vengo de Londres. Traigo una nota urgente de parte de la señorita Verity Burton. ¿Sabe usted dónde podría encontrar a la destinataria, la señorita Insley?

Sean enarcó las cejas. Aquel apuntaba a convertirse en su día de suerte...

... O en su peor pesadilla.

Todo dependía de si lo tomaba desde una perspectiva optimista.

—Conque Verity Burton, ¿eh? ¿Por qué no lo dejas en mi manos? —Alargó la palma hacia arriba con una de sus mejores sonrisas conciliadoras—. Soy el maestro de pintura y da la casualidad de que comenzaré la segunda lección de la semana en unos minutos. Me encargaré de que le llegue, muchacho. Así no pierdes el tiempo buscándola y puedes volver a casa antes.

Esperaba que el chico opusiera resistencia. Una de las normas no escritas sobre los mensajeros era que debían entregar el sobre en la mano de quien se presentara como el destinatario, nunca de otra persona.

Pero este le sorprendió con un suspiro de alivio.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señor. La última vez que vine a entregarle una carta a la señorita Burton, me pasé una hora y media dando vueltas por el edificio hasta que la hallé. —Levantó la mirada para examinar el recibidor con recelo—. Este lugar es enorme, ya se lo digo yo. Si alguien no quiere ser encontrado, será imposible localizarlo.

Le plantó la nota en la mano y se dio la vuelta sin molestarse en recalcar que debía llegar a su legítima dueña.

Sean alargó el que su cuerpo le decía que sería un momento trascendental permaneciendo de pie bajo el umbral. Observó con aire distraído la precipitada marcha del muchacho, y no fue hasta que su caballo se había perdido en el horizonte que agachó la mirada hacia el papel doblado.

Lo giró entre los dedos índice y corazón con una ligera suspicacia, y por fin ojeó el contenido.

Querida Prim,

Me temo que no planeo regresar a Arlington Abbey antes de lo previsto. Estoy muy cómoda aquí, con mi familia. Ya sabes que, si te apetece pasar el resto de las vacaciones en compañía (o en *buena* compañía... o solo en mejor compañía de la que supone la señorita Wargrave), no tienes más que decirlo: mi padre mandará un carruaje para que te recoja y te traiga a la ciudad. No tendrás la suerte de que mi padre en persona lo conduzca y te ayude a subir y a bajar del coche, pero al menos podrás disfrutar de su estimulante presencia en casa.

Y dejarás de echarme de menos, lo que no está de más.

Respecto al señor Connor, haz lo que veas conveniente. Procurando, si es posible, que no regrese a Irlanda con la peor de las opiniones sobre mí. Mi padre dice que algún día será un pintor famoso y no me gustaría que en sus memorias echara pestes sobre la señorita Burton.

En fin. Lo dejo en tus manos.

Siempre tuya,
Witty

Sean volvió a doblar el papel sin más ceremonia, manteniendo el semblante neutro que le había acompañado durante la lectura.

Estaba de suerte. Si la señorita Burton se hubiera tomado la molestia de lacrar un sobre, justificar que estuviera abierto ante Primrose le habría requerido un esfuerzo intelectual. Por fortuna, era cierta la leyenda de que Verity rehusaba preocuparse de las sensibilidades ajenas. Le importaba tan poco que la señorita Insley la hubiera contactado a los pocos minutos de que Sean se personara en Canterbury que ni siquiera creyó que debiera blindar un mensaje delator y a

todas luces hiriente.

Porque cualquier hombre que hubiese recorrido quinientas millas para reunirse con una mujer se habría sentido ofendido de que aquella hubiera sido su respuesta.

Y, sin duda, Sean estaba ofendido.

Indignado.

Pero no por la reacción de la señorita Burton, que le parecía apropiada considerando que se le exigía que se responsabilizara de un caballero que nada tenía que ver con ella.

A fin de cuentas, esa no era la caligrafía de la mujer a la que amaba.

Capítulo 7

La carta de Verity había llegado.

Quería matarla por desentenderse de ella en un asunto tan delicado, pero al mismo tiempo la comprendía. Nada le gustaba más a la señorita Burton que reunirse en las fiestas con su amplísima colección de tías y primos. Primrose se había convencido de dejarla disfrutar sin remordimientos en lugar de devolverle la nota con una sarta de reproches, alegando que no habría dudado en tomar un coche de vuelta si de verdad hubiese tenido un problema grave.

Pero he ahí el quid de la cuestión: Sean no era un problema grave.

Era un problema que se había buscado ella sola.

Un sirviente le había subido la nota a la habitación. Sentada en el tocador que acostumbraba a ejercer de escritorio, lugar donde daba rienda suelta a su imaginación y contestaba a Sean con el corazón en un puño, Primrose había obtenido la inspiración que necesitaba para continuar su plan: pasó a limpio la carta con su letra, palabra por palabra, para a posteriori mostrársela a Sean y que él mismo se desencantara con el humillante desinterés de la joven.

Por una vez tendría en consideración sus sentimientos aguardando al final de la clase de pintura.

Le arruinaría la tarde, eso seguro, pero no el día entero.

Respiró de forma consciente, llamando a la calma, y se apoyó en el reflejo de sí misma que le devolvía el ventanal para configurar una postura natural. Necesitaba exudar confianza y normalidad.

Sean había mandado sacar los caballetes al porche, donde estarían refugiados del frío invernal pero gozarían de las inspiradoras vistas. Llevaba dos días nevando sin descanso y las tierras de la finca se habían cubierto de medio metro de blancura fantasmal. Al menos el cielo había conseguido vencer la niebla nocturna y había amanecido tan nítido que se podía percibir desde allí la trémula vibración del sol.

—Bonito vestido, Prim —dijo Quitterie en cuanto ocupó su lugar frente a Rebecca.

La aludida alzó la mirada de su lienzo en blanco y capturó el gesto conspirador de la señorita Wargrave. Más que halagarla de corazón, la francesa había hecho un apunte objetivo; era un vestido bonito, sobre todo en comparación con los que acostumbraba a ponerse, pero Rebecca había captado el porqué de su elección y se aseguró de ventilar con petulancia que lo sabía tomando asiento con una sonrisa conocedora.

Primrose se ruborizó y, como si así pudiera cubrirse, mesó desesperadamente los pliegues de la falda aguamarina.

Era, en efecto, la prenda más bonita que tenía en el armario, un vestido con el corte recatado y fiel a su personalidad, pero con un estampado vivaz que la haría llamar la atención.

La señorita Wargrave no se equivocaba. En el fondo de su ser, deseaba que Sean la mirase y se reafirmara en que encontraba muy agradable su aspecto.

No tuvo tiempo de agradecer el cumplido. Como si lo hubieran invocado, el maestro apareció con la prisa con la que lo hacía todo y un estuche bajo el brazo.

El corazón le dio tal vuelco en el pecho que por poco se llevó la mano a la zona para protegerla.

No conseguía acostumbrarse a su presencia física. Comenzaba el tercer día de convivencia y,

aun así, cada vez que entraba en una habitación era como si alguien le rodeara el cuello por detrás. Sentía miedo por si la descubría con tan solo mirarla —*ni que eso fuera posible*—, pero también un alivio tan placentero de tenerlo cerca por fin que a ratos resultaba doloroso.

—No pretenderían ustedes pintar sin pinceles, ¿verdad? —fue lo primero que preguntó en cuanto estuvo en el centro del porche. Mostró el estuche, retiró el cordel que lo mantenía fijo y lo desplegó como si de un pergamino real se tratara. Escogió uno de los pinceles al azar para mostrarles la punta—. Me gustaría que no se sintieran limitadas en ningún sentido y dieran rienda suelta a su arte como mejor les viniera, para lo que será necesario que no me entretenga con directrices. Pero algo básico, además de la mezcla de colores y la medición y encaje de las facciones de nuestra retratada, es el uso de los pinceles.

»Los de superficie plana como el que estoy sosteniendo sirve para los trazos anchos y colorear grandes espacios. Será perfecto para plasmar las primeras manchas generales de nuestro cuadro: mejillas, cuello, cabello... Áreas que ocupan un segmento considerable. ¿Alguien recuerda lo que dije sobre la iluminación en la pintura?

Quitterie levantó la mano.

—Es primordial decidir de dónde viene la luz para establecer la posición de las sombras.

—Correcto. Muy bien, señorita Tandye. El pincel por antonomasia, el que todos conocemos, es el pincel redondo. —Sacó uno que cumplía con la característica y lo aireó como un director de orquesta su batuta—. ¿Para qué creen ustedes que se utilizará?

—¿Para líneas más finas?

—Está usted sembrada hoy, señorita Tandye. En efecto. Líneas finas, detalles, filigranas... Por ejemplo, el sombreado de la nariz, los labios, el iris y la pupila. Se los entregaré de todos los tamaños para que no se vean en la tesitura de colorear pestañas con un pincel por debajo del uno.

—¿Por debajo del uno? —repitió Rebecca.

—Todo objeto que presente una variedad infinita de sí mismo, como es el caso de los pinceles, al menos en cuanto al tamaño, recibe un nombre para ayudar a diferenciarlo. Igual que la gente —le sonrió—. Los hay del cero, del veinte, del dos cero... Solo los redondos llegan al tamaño más reducido.

»Acabamos con los denominados pinceles de abanico, los que yo de niño pensaba que eran un chiquillo partido por un rayo —A Primrose se le escapó una sonrisa con la breve anécdota. Le gustaba verlo en su papel más teatral; desde luego, daba las clases con una pasión contagiosa—. Como veis, cada uno de sus pelitos apunta en una dirección contraria, como si hubiese recibido una descarga. No es un error. Se hacen así para crear texturas, como, por ejemplo, en la melena de nuestra retratada, y para difuminar. Sencillo, ¿verdad?

Caminó con seguridad hacia la mesilla central y ahí depositó el estuche con una delicadeza de la que un hombre de sus dimensiones parecía incapaz. Cogió cuatro pinceles de superficie plana y los fue entregando a cada una empezando por la señorita Wargrave y terminando por Prim, que aguardó a su llegada con la respiración suspendida.

Sus miradas se encontraron por primera vez desde la discusión de la mañana anterior. Ella pensó que no lograría aguantársela, todavía abrumada por su halago, pero el relampagueo secreto de sus ojos vibrantes atrajo su atención. No fue impotencia o desprecio lo que vio en su expresión, sino algo que no era posible entender; una emoción abismal de la que su cuerpo se intentó poner a salvo ruborizándola hasta las puntas de las orejas, como un camaleón que tratara de pasar desapercibido poniéndose del color del fondo.

—Buenos días, señorita Insley —dijo en voz baja.

Fue como si le hubiera susurrado una zalamería.

Primrose no encontró la forma de responderle verbalmente, demasiado agitada por su proximidad, y se limitó a asentir en su dirección. Rabió por no poder regresar al momento en que se conocieron, a esa presentación natural en la que ella, al no saber que era Sean, pudo desenvolverse con la tranquilidad de no pretender impresionarlo.

Confió en que no se daría cuenta de que le temblaban los dedos al tomar el pincel.

—G-g-gracias.

Debía de pensar que estaba loca, concluyó. O, como mínimo, se estaría preguntando quién diablos era en realidad la mujer que tenía delante: la que la timidez paralizaba o la que cruzaba límites castigados por Dios para humillarlo.

Él la sorprendió quedándose en el sitio, de espaldas a las demás, para decirle:

—Me gustaría que la mañana de hoy tuviéramos la fiesta en paz. Para que vea que mi compromiso con nuestra cordialidad es solemne, evitaré mencionar a la señorita Burton, la que parece la fuente de nuestras disputas. A cambio le pido que haga lo mismo. ¿Lo cree factible? —inquirió. A la vez que bajó el tono, se inclinó sutilmente hacia ella de modo que su rostro le quedó a poco más de un palmo de distancia.

Con la repentina proximidad, Primrose sintió que algo se retorcía dentro de sí: un anhelo autodestructivo. ¿Mariposas? ¿Quién había inventado tal cosa? Ella sentía que un animal enjaulado en sus entrañas trataba de devorarse a sí mismo y le infligía heridas en el proceso.

Impulsada por el miedo a delatarse, agachó la cabeza como un subordinado.

—Sí, señor.

Él la obligó a levantar de nuevo la mirada tomándola con suavidad de la barbilla.

Era la primera vez que la tocaba desde que sabía que era Sean Connor.

Esperó a hacer contacto visual con ella para asentir.

—Bien.

La soltó con naturalidad, una naturalidad casi ofensiva para una mujer que había vivido el contacto como una gracia divina. Acto seguido, se situó frente a su propio caballete para comenzar a dar las indicaciones.

Inicialmente giró el soporte hacia las demás para que pudieran observar cómo trazar las primeras manchas.

—El orden de uso en los pinceles es del más grande al más pequeño. El orden de trabajo en cuanto a la iluminación es de las zonas más oscuras a las más claras. Por eso pintamos primero una base general de color. Si la señorita Insley tuviera el cabello negro, colorearíamos los contornos del recogido de negro sin miedo... porque no hay que tenerle miedo al negro, por más que insistan en ello los artistas clásicos —apostilló. Lanzó una mirada furtiva pero intencional a Primrose—, pero como lo tiene de un castaño muy claro, incluso rubio oscuro, diría yo, pondremos una base de sombra tostada tirando a avellana oscura y más adelante iremos aplicando los ocres. En el caso de ustedes, señoritas, la base deberá ser directamente ocre. El rubio dorado es más fácil de recrear en pintura, y es cierto que también queda vistoso con menos esfuerzo.

Acompañó la última apreciación de un guiño para que no pensaran que era un insulto velado. Rebecca lanzó una mirada inquisitiva a Primrose, invitándola a explicar por qué el señor Connor alababa la tonalidad de su melena.

Ella no supo cómo actuar ni entonces ni unos segundos después, cuando el maestro, ajeno al revuelo que iba a causar, prosiguió.

—Creo que no tengo ni que decir que debemos limpiar el pincel antes de utilizar otro color, tanto si vamos a emplear uno más claro como si nos decantamos por uno más oscuro. Los

colores han de ser tan puros en el papel y el lienzo como lo son en la paleta. Lavamos el castaño con la solución de aguarrás, que no es bebible por tentadora que se presente, y nos dirigimos a la piel. —Como si lo necesitara para inspirarse, lanzó una mirada premeditada a Primrose, que se puso firme en el acto. Y no tanto porque fuera a describir su peor defecto, sino por lo halagador que fue el detenimiento con el que la examinó—. La señorita Insley tiene una piel cremosa y brillante, más tirando a marfil que a dorado o aceitunado. Por eso, en mi mezcla de blanco, amarillo, rojo y una pizca de azul ultramar, el básico para la mayoría de las pieles, voy a potenciar el blanco. Diría que la única marca de nacimiento que podemos apreciar en su rostro —prosiguió, pensativo. Se acercó a ella con el pincel a la espalda en una postura propia de valet y la tomó de la barbilla para contemplar de cerca la mancha de la mejilla— es tan solo dos o, como mucho, tres tonos más oscura que el resto. Para lograr una tonalidad más arenosa que marfileña, añadiremos una gota de rojo. —Cuando Primrose estaba a punto de balbucear que por favor no siguiera hablando, abochornada porque su mayor inseguridad fuese mencionada en voz alta, Sean se giró hacia las alumnas sin soltar su mentón y dijo—: ¿Ha quedado claro cómo conseguir el color de la piel?

—Sí, señor Connor —respondió Quitterie, la única que estaba más concentrada en la lección que en el escandaloso hecho de que un hombre soltero tocara a una alumna.

Para asombro de Primrose, Rebecca no parecía frotarse las manos para tener con qué chantajearla más adelante: fingía pésimamente, sí, pero fingía en beneficio de todos, incluida ella, mirando para otro lado.

—Podéis empezar.

Primrose se convenció de que eran imaginaciones suyas y Rebecca no acababa de colocar el caballete de manera que tapara por completo la trayectoria de la visión de Quitterie hacia Sean y ella.

—Usted también debe ponerse manos a la obra, señorita Insley —la apremió el maestro.

—Yo... yo... —Carraspeó, esperando apaciguar sus nervios. Apoyó las manos sobre el regazo —. ¿Siempre se hace así?

—¿El qué?

—La... base de un cuadro. ¿Nadie empieza a pintar por los detalles? ¿Nadie dibuja el boceto sobre el lienzo? No sé si nos está enseñando una técnica universal o solo el modo en que usted prefiere trabajar.

—No puedo evitar que mi método de enseñanza esté ligeramente sesgado por mis preferencias —le concedió con un asentimiento—. Sobre todo porque no soy maestro. Soy un pintor que las está guiando con la mejor de las intenciones para que puedan mostrar a sus familias un resultado de la estancia en la escuela que difiera del perfeccionamiento de las clásicas reverencias o la asimilación del vals. Por eso, en parte, he mencionado antes que no quiero excederme en mis recomendaciones. Porque solo son recomendaciones. Creo que, si alguna de las presentes tiene un don para la pintura, se manifestará antes si no trato de encorsetarlo en un estilo concreto.

Primrose agradeció que se extendiera en la respuesta. Aunque escucharlo hablar era un placer igual de envenenado que mirarlo, porque tarde o temprano la hacía dolorosamente consciente de lo que se perdería por no ser lo bastante buena, concentrarse en sus argumentos le permitió recuperar el autocontrol.

Incluso se animó a dedicarle una sonrisa tímida.

—No sé por qué me sorprende tanto su visión de las cosas, señor Connor. Al fin y al cabo, los artistas se caracterizan por habitar más allá de los límites intelectuales y sociales; porque

conciben el mundo de manera distinta.

—El mundo es el que es, y así lo vemos; no nos ponemos una venda en los ojos por artísticos que seamos —replicó—. Pero sí que elegimos buscar la belleza en todo lo que contemplamos. No crea que es ahí donde reside el reto, aun así. Lo difícil es plasmarlo de manera que el resto de los espectadores perciban esa belleza.

—Pensaba que la belleza dependía de los ojos que la veían y que por eso no es contagiosa o divulgable, como usted pretende dar a entender con su opinión sobre el arte, sino una subjetividad.

—¿A esa conclusión ha llegado con mi comentario?, ¿a que pretendo convencer a la gente de lo que veo, como un político de la Cámara?

—Creo que eso es lo que ha dicho, ni más, ni menos. —Encogió un hombro con naturalidad —. Yo siempre he pensado que lo que vemos y leemos, lo que es pintado y escrito por otros, está adulterado por la visión de sus autores. O no adulterado, sino que directamente *es* la visión del autor.

—No comparto su opinión, señorita Insley. Lo que vemos y leemos, siempre y cuando esté bien hecho y escrito y, esto es, sea verosímil, es una de las verdades de la vida, y su verosimilitud no depende de quién lo haya creado. Si lee una historia sobre, digamos, un hombre que se enamora de una mujer con la que se comunica vía epistolar, está leyendo sobre una realidad. A lo mejor al autor no le ha sucedido, pero ha sucedido en la historia del mundo o seguramente sucederá, y si no ha sucedido ni lo hará, podría haberlo hecho porque existen las condiciones materiales en las que se daría. Las posibilidades también son una verdad, en definitiva. Si yo pintara bella a una mujer que no se lo parece a, no sé, la señorita Wargrave, estoy pintando una realidad y no una opinión. Porque si hay una persona en el mundo que la ve bella o *podría* verla bella (incluso aunque nunca la conozca; solo porque se ajusta a sus cánones), entonces es invariable e indudablemente bella.

—Parte usted de la idea un tanto ingenua de que no existen hechos universales, solo perspectivas, y todas ellas igual de válidas a la hora de construir la verdad —resumió ella, pensativa—. Y de que querer es poder.

—Ver es poder. Si yo aprecio su belleza, ¿cómo va a ser mentira? ¿Acaso estoy loco?

—Algunos lo pensarían —murmuró.

—¿Qué ha dicho?

—Nada. Desconozco la razón, pero me está recordando aquel proverbio filosófico que decía: «Si un árbol cae en medio del bosque y nadie lo oye, ¿hace algún sonido?».

—Del *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*, de George Berkeley —sonrió Sean. Le agració la conexión con un cabeceo complacido—. Me lo enseñó mi tutor cuando tenía tan solo ocho años y me obsesionó durante una larga temporada. Sin duda de ahí he sacado mis conclusiones conceptuales sobre la finalidad del arte: las cosas solo están si podemos percibirlas, y, por lo tanto, si yo he percibido un hermoso atardecer o una bella mujer, son verdad: el cielo es perfecto y la mujer es perfecta con independencia de la opinión ajena. Que una sola persona lo atestigüe es suficiente.

Primrose se echó a reír de buena gana.

—Señor Connor, creo que ha llevado demasiado lejos la palabra del Berkeley. Apuesto por que si aún caminara entre los vivos, le diría que no era así como pretendía que se filosofara sobre su experimento mental.

—Y yo le diría que lo bonito de la filosofía es que cada uno filosofa como gusta.

No le quedó otro remedio que darle la razón con una vaga sonrisa, colmada de la dulzura que

le inspiraba su espíritu idealista.

Sean ya había empezado a manchar el lienzo con la desenvoltura que otorgaba la costumbre. Esto le permitió observarlo a sus anchas con el corazón en un puño, sin ser consciente de que el rastro de la sonrisa permanecía en sus labios.

Era un lujo para ella conversar cara a cara con el hombre sagaz de sus cartas, ese hombre de cuya existencia había llegado a dudar en más de una ocasión. Y es que su suma magnificencia solo podía ser resultado del perfeccionamiento del concepto de carácter ideal, obra del sueño febril de una mente creativa como la suya. Se convencía de que únicamente Dios era perfecto, pero ante sus ojos tenía la prueba fehaciente de que, a veces, el Señor, en un gesto de generosidad que jamás podría ser retribuida, cedía su incomparable virtuosismo a los mortales. Esto, lejos de invitarla a revisar sus creencias, se le antojaba un milagro que debía ponerse por escrito; el fruto de un salto evolutivo de la raza.

Y ese fruto de un salto evolutivo se había apoyado en la filosofía para volver a decirle que le parecía una mujer hermosa.

Sean levantó la barbilla y la pilló mirándolo con embeleso. Primrose se apresuró a apartar la vista y se recolocó un mechón detrás de la oreja con impaciencia, sintiendo cómo le ardía la cara.

«Estúpida, estúpida, estúpida».

—No altere su apariencia —le pidió él—, o la composición del cuadro saldrá perjudicada. Si no va usted a pintar, como al menos ahora parece, intente permanecer lo más quieta posible. La voy a retratar con el vestido que lleva puesto hoy y no ayer —continuó—. Necesitaría que, para futuras clases, se pusiera el mismo. Podría intentar pintarlo de memoria, pero si me hiciese el favor me sería más fácil de cara a los detalles que ahora se me pudieran pasar por alto.

Sin saber muy bien qué hacer con su cuerpo, Primrose murmuró un débil «de acuerdo» y entrelazó las manos sobre el regazo. Pero, al cabo de un rato, decidió que sería menos obvio que estaba pendiente de sus movimientos si se ocupaba con una tarea y rescató un pincel plano para comenzar su propio cuadro.

«Un retrato de Sean... Dios santo, ¿qué haré yo con esto cuando se vaya? ¿Rezarle todas las noches? Incluso si el resultado no se le parece en nada, tendré que arrojarlo a las llamas».

—¿Por qué pintor, señor Connor? —inquirió Rebecca en voz alta cuando el silencio se había puesto cómodo en el porche—. Con el debido respeto hacia su lugar de origen, ninguna ciudad irlandesa es famosa por las oportunidades que ofrece más allá del cultivo de la patata. Me extrañaría que su familia le hubiese inculcado la pasión artística o siquiera le hubiese animado a perseguirla.

—En realidad nací en Inglaterra, señorita Wargrave. No me marché a Irlanda hasta los dieciocho años, cuando ya había concluido mi educación... que, por supuesto, contó con las asignaturas artísticas que me trajeron a donde estoy hoy.

—¿Terminó la universidad a tan temprana edad?

Primrose estuvo tentada de responder en su nombre.

Ella ya sabía todo eso. Eso y mucho más.

—No fui a la universidad. Tampoco a Eton o alguna de las famosas escuelas privadas. Siempre tuve un tutor privado, un hombre de una sabiduría apabullante que me enseñó todo lo que pudiera aprenderse en otras instituciones: el señor Gregory Egerton.

—¿El famoso arquitecto y restaurador de castillos escoceses que se casó con la duquesa de Tantridge? —se asombró Rebecca.

—Así es. Hace ya veinte años dejó su trabajo, que no su puesto honorífico en la Royal Academy, y le hizo a mi padre el favor de enseñarme matemáticas, literatura, arte, historia... Le

gusta que se le conozca por su contribución al mundo de la arquitectura, sí, pero es un erudito que tocó todos los palos científicos y artísticos.

—¿Entonces? —se animó a musitar Quitterie, hasta el momento concentrada en su cuadro—. ¿Por qué la pintura?

—Nos hemos desviado de la pregunta inicial, ¿no? —se rio Sean. Seguía dándole pinceladas a su lienzo y alternando miradas entre la obra y la modelo, que no terminaba de acostumbrarse a sus vistazos furtivos—. Quizá les sorprenda saber que mi vocación no surgió de una admiración infantil hacia los grandes maestros. Ni siquiera de una tendencia natural a experimentar con los pinceles como me pidiera la creatividad. Por razones que no vienen al caso, estuve separado de mi madre durante quince años. —La inflexión de su voz y su expresión sufrieron un cambio radical. Ahí donde su tono se atenuó por el cariño implícito, su semblante se oscureció—. Lo único que me permitieron conservar de ella para no olvidar cómo era fue un retrato suyo. Un retrato de dimensiones modestas y pintado a brochazos, sin ningún tipo de ambición real por pintarla con una mínima fidelidad.

»De niño me sentaba delante del cuadro durante horas. Obligaba a mis recuerdos a aliarse con mi imaginación para corregir los errores que presentía que estaban ahí. Había que reorganizar sus facciones, acentuar algún que otro rasgo, suavizar su mirada, tratar con más mimo las texturas del cabello... Digamos que empecé a ser pintor por el cálculo mental de la anatomía, a través de la teoría y no la práctica, y que habrían de pasar algunos años antes de que me animara a poner sobre el lienzo cuanto aprendí observando. Luego existe otra razón base, mucho más elemental pero igualmente relacionada con el retrato de mi madre, que me impulsó a pintar —continuó después de exhalar para liberar la impotencia—. Ese cuadro me enseñó lo importante que es el arte no solo para adquirir conocimiento, sino para cuidar de los sentimientos; para ofrecer consuelo. Hay gente que nunca verá el mar si no es en una pintura. Hay gente que jamás entenderá la libertad si no contempla su reflejo en un lienzo. Hay gente que no podrá volver a mirar a los ojos a la persona que más ha querido si no es por un retrato. Me conmovía pensar que el trabajo de algunos artistas pudiera ser captar las cosas y plasmarlas en el apogeo de su belleza para que jamás sean olvidadas. Salvar lo que importa en esta vida, en este mundo, de un extravío que a veces parece inevitable.

Primrose ya conocía la historia. Él mismo se la había contado por carta en una de las escasas ocasiones en las que cedió a sus ansias por familiarizarse con su pasado y le contó una anécdota personal.

Ahí donde se le veía, tan cercano y accesible, en el fondo era un hombre muy reservado.

No por elección propia, eso era evidente.

Recordaba cómo se había sentido leyendo al respecto. No fue comparable con lo que le sugirió escucharlo, ver qué expresiones iban surcando su rostro, en qué puntos se le quebraba la voz y en qué partes del relato recuperaba su orgullosa fortaleza.

Nunca le había contado por qué tuvo que separarse de su madre. Daba por hecho que tenía algo que ver con su padre, pero Sean no lo había mencionado más que para ventilar el desprecio que sentía por él. En su momento le pareció extraño, sobre todo considerando que pretendía casarse con Verity y lo primero que un pretendiente ponía sobre la mesa era su árbol genealógico para tentar a la familia de la novia con sus conexiones sociales y su fortuna patrimonial.

No le había dado importancia, sin embargo. A ella tampoco le gustaba hablar de su parentela, y asumiendo que nunca lo vería y ni mucho menos contraería matrimonio con él, lo relativo al misterioso progenitor perdía relevancia.

—Entiendo con todo esto que volvió a ver a su madre —dijo Rebecca—, ¿no?

—Oh, la tengo tan vista que he sentido la necesidad de huir a Inglaterra para despejarme —bromeó con un claro fondo de afecto—. Fui a buscarla en cuanto finalicé mis estudios y allí me quedé. Y, por supuesto —apostilló, ufano—, le regalé el que me parece el mejor de todos los retratos de mi autoría.

—Me gustaría verlo —confesó Primrose. No se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que alzó la vista y vio que Sean había bajado el brazo del pincel y la observaba con un brillo provocador en la mirada.

—¿Acaso no se fía de mi palabra? ¿Necesita comprobarlo con sus propios ojos?

—¡No! No lo decía en ese... con esa... Yo...

—Descuide, señorita Insley —dijo después de apaciguarla con un guiño pendenciero—, que su retrato no tendrá nada que envidiarle al de la señora Connor... siempre y cuando consiga plasmar sus sutilezas. En mi opinión, lo primordial cuando se pinta a una persona —explicó en tono informativo, para ella y para el resto de las alumnas. Ya era hora de que volvieran a la lección que les ocupaba, como se aseguró de transmitir depositando el pincel sobre el taburete y acercándose a Primrose con la cabeza ladeada, perspectiva desde la que la observó con particular fijación— es captar la mirada. Decía Cicerón que el rostro es el espejo del alma, y los ojos, sus delatores... —Invadió el espacio de la joven, que se quedó petrificada en su asiento, y le rodeó la garganta con unos dedos delicados como una caricia de seda. Subió hacia la mandíbula y, sosteniéndola, la manipuló gentilmente para admirar sus rasgos desde distintos ángulos. Cuando creyó haberla abrumado lo suficiente, la instó a levantarse para obtener una visión mejorada, y entonces se zambulló en sus ojos valiéndose de una mirada penetrante—. ¿Y qué color es este? No es azul, ni oliva, ni esmeralda... Quizá no lo sepa, señorita Insley; a mí me lo contó el señor Egerton porque en uno de sus viajes lo leyó en la lengua original, pero existe un cuento sueco en el que una sirena con el corazón roto se transforma en espuma de mar con la llegada del amanecer.[7] —Con la yema del pulgar acarició la curvatura de la ojera de Primrose—. Ese es el color de sus ojos. Así es como yo me imaginaba la espuma de mar.

Parecía que su mano estuviese ejerciendo una fuerza descomunal para mantenerla anclada al suelo, porque no pudo rehuir su contacto por más que lo deseó.

¿Lo deseaba, en realidad?

Sabía que lo correcto era dar un paso atrás y restarle importancia al comentario para que ni Rebecca ni Quitterie informaran a las maestras sobre el descaro del maestro, que podría perjudicarlos a ambos empezando por él. Pero, de no haber sido por el miedo que la asaltó, miedo a que leyera en su expresión quién era en realidad y la poderosa pasión que inspiraba en ella, sabía que nada ni nadie podría haberla alejado.

Primrose se tambaleó al apartarse. Lo hizo en el momento oportuno, porque justo entonces la señorita Lacraft entró al porche para anunciar que había llegado la hora del almuerzo.

Se le torció la boca al comprobar el estado del delantal y la cara de la señorita Insley. Ella ni siquiera se había dado cuenta de que se había distraído tanto con Sean que se había manchado la frente y la mejilla, como observó tras un rápido vistazo a su reflejo en la ventana.

—Veo que te has tomado la labor artística muy en serio, Prim. Será mejor que subas a cambiarte. Te esperaremos. Señoritas —llamó a las demás—, les recuerdo que esta tarde pasará el señor Maine, como es costumbre. Habrán de tener listas las cartas que quieran enviar antes de las dos.

Obedientemente, y con el gesto distraído de quien no había apreciado o escuchado nada fuera de la normalidad, Rebecca y Quitterie siguieron a la directora al interior.

La mención de las cartas sobresaltó a Primrose.

Debía utilizar la suya como salvoconducto. Ese había sido el plan desde el principio.

—Señor Connor —dijo en cuanto se quedaron a solas—. Soy consciente de que esta mañana acordamos no mencionar a Wit, y a la vista está que es... beneficioso para nuestra... nuestra... cordialidad, pero creo que le gustaría conocer su respuesta a mi carta informándola de su llegada a Arlington Abbey.

Capítulo 8

Alardeando de una parsimonia desquiciante, Sean se paseó por el porche para rescatar los pinceles usados. Tomó el tarro de cristal que contenía la solución de aguarrás y comenzó a limpiarlos uno a uno. Primero los sumergía en el líquido transparente, los meneaba en pequeños círculos y luego los dejaba reposando unos segundos. No demasiado, o correría el riesgo de que la mezcla corrosiva los resecara o trasquilase.

—¿Me ha oído? —insistió Primrose.

De espaldas a ella, Sean curvó los labios en una sonrisa por el placer de regodearse en el conocimiento que a la joven se le escapaba.

Cambió la expresión antes de girarse a mirarla con aparente incomprensión.

—¿Su carta, dice?

—Como ya le he comentado, le escribí a Wit para hacerle saber que estaba usted aquí.

—Qué detalle, señorita Insley. —Volvió a su quehacer y se esforzó por emplear el tono de voz adecuado para no levantar sospechas—. Supongo que, cuando menciona que «me gustaría conocer» la respuesta de Verity, no lo dice literalmente. Conociéndola a usted, seguro que es más bien lo contrario: no me gustará en absoluto, o de lo contrario la señorita Burton ya estaría entre nosotros..., ¿me equivoco?

—Me temo que no, señor Connor. No se equivoca. Wit me ha pedido que me encargue de usted mientras dure su ausencia, que no abreviará ni un solo día puesto que no tiene ningún interés en venir a recibirle.

Sean se tomó su tiempo secando las finas cerdas del pincel con el paño de hilo. Alargó la agonía de Primrose hasta el infinito siendo riguroso al escoger el espacio del estuche y el orden en el que los iría disponiendo.

Le había venido de perlas que a las damas de la escuela no les enseñaran el valor disciplinario de limpiar lo que ensuciaban. O a lo mejor no se lo enseñaran adrede, para que comprendieran siendo aún muy jóvenes cuál era su lugar en el mundo: uno que, por derecho de cuna, nunca tendrían que fregar sobre las rodillas.

Al fin alzó la vista hacia Primrose con gesto neutro.

No le extrañó que la muchacha hubiese aprovechado el silencio para imitarlo: había limpiado los pinceles en su tarro y se había acercado para tendérselos.

—Le ha pedido que se encargue de mí —repitió él—. ¿Y cómo pretende cumplir su petición? ¿Le ha dado alguna indicación sobre la clase de entretenimiento que deberá ofrecerme para hacer las delicias de mi estancia?

Primrose boqueó en busca de una respuesta lógica que nunca llegó.

—¿Di... disculpe?

—¿La señorita Burton quiere que usted la sustituya durante estos días... o para siempre?

—No quiere que la sustituya. Quiere que vuelva usted a Irlanda.

—Eso no me lo creo —sentenció.

La nerviosa expectación de ella se transformó en una mueca. Intentaba disimular la irritación, pero, para su inmensa desgracia, era transparente. Esa era la cualidad definitoria de unos ojos que no eran ni verdes ni azules: que la verdad los utilizaba para escabullirse del encierro de su testarudez, una cárcel no tan consistente como ella creía.

—¿Que no se lo...? ¿Por qué iba yo a mentirle sobre un asunto tan delicado?

—Esa es una muy buena pregunta, señorita Insley —convino con un enérgico asentimiento. Cerró el estuche y se lo colocó bajo el brazo antes de enfrentarla con una mirada penetrante que lo decía todo para quien quisiera escuchar—. ¿Por qué iba a mentirme sobre un asunto tan delicado?

—Pues... pues... pues... Por ninguna razón en absoluto, yo...

—Comprenderá que dude de su palabra cuando lleva días tratando de disuadirme, por activa y por pasiva, de pretender a su amiga.

—¡Yo no le he dicho más que la verdad! ¡Si no quiere creerme...!

—Enséñeme la carta. Así acabaremos antes.

Para su sorpresa, Primrose cuadró los hombros como si la aliviara que hubiese tomado el camino de la prueba física. Su intención había sido pillarla con las manos en la masa, pero, por lo visto, había subestimado su talento para el engaño, porque dijo:

—Sígame.

Echó a andar con una seguridad de pega hacia el interior de la escuela.

Al ser la hora del almuerzo, la mayoría de los criados estaban o disponiéndolo todo en el comedor o bien dando cuenta de su propia comida en las cocinas. No hubo miradas indiscretas persiguiéndolos con legítimos juicios en su camino escaleras arriba, camino que la directora de la institución le había prohibido tomar de manera terminante.

Sean la siguió en completo silencio, aun así. Al principio ralentizaba el paso, seguro de que más pronto que tarde Primrose se percataría de que lo estaba conduciendo a su habitación y frenaría en seco, agitada por su osadía. Pero estaba tan desesperada por demostrarle que tenía razón, incluso por convencerlo de que volver a Irlanda sería la decisión inteligente, que parecía haber perdido de vista por completo las implicaciones de su atrevimiento.

Sean no sería el único amonestado.

Abrió la puerta de lo que solo podía ser su dormitorio y cruzó el pasillo decididamente para dirigirse a la que debía ser su cama. Un impresionado Sean se detuvo bajo el umbral para echar un vistazo concienzudo a la estancia.

Las alumnas debían dormir juntas. Al menos, todas las que asistían a una misma clase o compartían año de nacimiento, porque había diez camas individuales distribuidas en dos columnas divididas por un pasillo alfombrado. Averiguar dónde descansaba la mujer que le tenía sorbido el seso siempre era un placer para un caballero, pero Sean se quedó más de la cuenta contemplando la habitación.

Allí no solo dormía Primrose, sino que también allí debía de haber escrito las cartas.

Llegó a preguntarle en una ocasión dónde leía sus epístolas y en qué lugar de la casa redactaba sus respuestas, seducido por la imagen mental que se hacía de la joven en el proceso de describirle su rutina con riguroso detalle. Primrose le contó que le gustaba enterarse de lo que él estaba haciendo tumbada boca arriba en el colchón, y le confesó que le gustaban las tardes en las que arrastraba el escritorio hasta el único ventanal y se sentaba a contemplar las últimas luces del ocaso.

Esperaba a estar inspirada para empezar a escribir, o eso le dijo.

Allí se hallaba el escritorio que le había sido mencionado, una antigua obra de carpintería que se conservaba en perfecto estado gracias a una copiosa capa de barniz y al gentil cuidado que su propietaria le prodigaba. Una sobreexcitación de idólatra le embargó al toparse con los elementos que conocía de palabra, de mención indirecta; elementos que la habían tocado, como la cama de cuya almohada Primrose sacó una nota doblada.

—Aquí la tiene.

Le tendió el papel con un movimiento airado que declaraba lo asegurada que creía su victoria. Estaba casi sin aliento y los nervios le habían cristalizado la mirada, como si hubiera subido las escaleras corriendo.

Sean tomó la presunta carta muy despacio, incapaz de apartar la vista de su rostro. No pasó por alto que contenía la respiración mientras la desdoblaba, y pronto averiguó por qué.

Porque no era de la señorita Burton y no se le daba tan bien mentir como ella creía.

No lograba comprender por qué estaba empecinada en engañarlo cuando le había dado la excusa perfecta para confesar. Habría sido tan sencillo como tenderle la nota con otra caligrafía y disculparse por el embrollo. Entonces, él podría haberla tomado entre sus brazos de una vez por todas y haber puesto fin a unos días de confusión e impotencia. Pero Primrose había reescrito la carta —palabra por palabra para ser del todo justa con la verdad, eso había que concedérselo—, un esfuerzo innecesario e incomprensible que le añadía al engaño el agravante de ensañamiento.

Alzó la barbilla sin ocultar su perplejidad, una máscara expresiva que le vino de perlas para hacerle creer que la carta le había devastado. Primrose le devolvió la mirada con los hombros tensos. Aunque había culpabilidad en su semblante, una esperanza desesperada se imponía sobre el resto de las emociones.

Aquella mujer de veras ansiaba que Sean pronunciara las palabras mágicas, que debían de ser algo de la familia de «espero que Verity Burton arda en el infierno» o «se acabó, me marcho». Lo único que le salvaba de prorrumpir en maldiciones era, además de su tendencia a resolver los problemas sin dejarse llevar por la ira, el pasmo.

¿Le estaba poniendo a prueba... o solo lo estaba tomando por idiota?

«Dios santo», pensó con el corazón en un puño. «¿Ha estado jugando conmigo todo este tiempo y, en realidad, no siente nada por mí? ¿De veras quiere que me vaya?».

Tuvo que ser ella quien rompiera el silencio.

—¿No va a decir nada?

Sean bajó la mano que sujetaba la carta y la encaró con toda la fuerza de su mirada, que no era poca considerando que todas las emociones habidas y por haber se arremolinaban dentro de sí.

—Si la señorita Burton quiere que largue —dijo muy despacio—, que venga en persona y me lo diga a la cara. Es lo mínimo que merezco después de haber recorrido quinientas millas.

Comprobar que se aferraría con garras y dientes a la invitación de permanecer en Arlington Abbey pudo con la contención de Primrose. Su pose rígida se desmoronó como un castillo de naipes y una furia exasperada la impulsó hacia delante.

—¿Es que no ha tenido suficiente aún? —gimoteó entre dientes—. Ha descubierto que Wit no es lo que dice ser a través de las versiones de sus compañeras, mujeres que conviven con ella y, por ende, saben mejor con quién están tratando que ningún amante postal. Ahora ha recibido una carta que le desprecia abiertamente y me exige a mí que le eche con cajas destempladas. ¿Qué más quiere, señor Connor?

—Consideración.

—¡Que usted sea considerado no quiere decir que el resto del mundo predique con sus mismos valores! —le gritó—. ¡No va a recibir consideración alguna de la señorita Burton! ¿No ve que le considera un paleto?

Sean levantó las cejas.

—No veo en qué parte de la carta pone eso. ¿Se le ha olvidado darme la segunda hoja?

Primrose apretó los labios.

—No es posible que un hombre tan inteligente como usted no se haya dado cuenta de que la

señorita Burton ha estado jugando con su tiempo y sus sentimientos por mero capricho; que ni en mil años se tomaría en serio sus intenciones para con ella por más honorables que fueran. No importa que no lo diga en la carta, ¿entiende? Es contenido que se sobreentiende. Verity es la hija de los Burton, la nieta de los Swansea y la mayor fortuna de entre las casaderas del reino, y usted...

—¿Y yo? —la apremió al ver que callaba. Avanzó un paso amenazante—. Yo ¿qué soy a su parecer, aparte de inteligente a veces y estúpido casi siempre?

Primrose enrojeció, por primera vez por impotencia y no por timidez.

—¡No estoy hablando de lo que usted sea o no sea a mi parecer, sino de cómo se percibe su romance epistolar con Wit desde fuera! ¡Verity se cartea con decenas de hombres! ¡Decenas! ¡Todos ellos son más ricos y están mejor posicionados que usted!

—Como tan gentilmente ha mencionado —replicó él en tono calmo, serenidad que dejaba en evidencia la agitación de la muchacha—, Verity es la hija de los Burton, la nieta de los Swansea y la mayor fortuna de entre las casaderas del reino. No me parece que sea el dinero lo que más falta le hace. Cuando una mujer nada en la abundancia, puede permitirse un matrimonio por amor.

—Amor —repitió, anonadada—. ¡Amor! ¡Por Dios santo! ¡Una mujer que de veras le amara no entretendría a otros hombres al mismo tiempo!

—Y supongo que usted sabe mejor que nadie de lo que habla porque también está enamorada de un caballero irlandés y asimismo mantiene contacto postal con él, ya que comunicarse por otro medio sería imposible. —Ladeó la cabeza, regocijándose internamente al ver que su rubor empeoraba—. ¿Por eso la altera tanto el asunto?, ¿porque se ve reflejada en la narrativa? A ver si adivino: le quema tanto que yo, a diferencia de su enamorado, sí haya venido a ver a Wit en estas fechas, que para consolarse enaltece lo único que le queda, su furiosa lealtad hacia el fulano... aun a costa de vilipendiar a su buena amiga Verity.

—Yo no tengo nada que ver en su historia, señor Connor —siseó entre dientes—, así que le pido que sea un caballero y no ponga la pelota en mi tejado.

—No puedo ser un caballero y un paleto a la vez, señorita Insley. Y a lo mejor no tenemos nada que ver, no, pero desde luego sí tenemos algo en común. A ninguno de los dos nos aprecian lo suficiente... O a los dos nos han roto el corazón.

—Oh, ¿se lo han roto? —ironizó ella con los puños apretados—. Porque he llegado a pensar que con su deliberada ceguera y su dura mollera estaría a salvo de la decepción, así se la restregara yo en las narices cada día hasta Año Nuevo.

—Desde luego, si no asumiera el que usted entiende como mi destino inevitable, no sería culpa suya: no he visto nada más encomiable que sus esfuerzos por convencerme de que me marche.

—¿Y le he convencido? —gimoteó a la desesperada, dando el último paso al frente para agarrarlo de la camisa en un arrebato—. ¿Comprende que la señorita Burton jamás se plantearía el matrimonio con usted, señor Connor? ¿Comprende que Wit se estaría casando por debajo de sus posibilidades?

—¿Y tú eres consciente de que me has traído a tu dormitorio y ahora me estás tocando?

Las palabras de Primrose se quedaron suspendidas en el aire. El comentario intencionado de Sean la pilló con los labios entreabiertos y el rostro colorado del esfuerzo por salir airosa de la discusión. La metamorfosis que sufrió su semblante fue tan espectacular que Sean por poco se echó a reír, y es que primero palideció y recogió las manos en el regazo en una postura intimidada, luego tragó saliva y al fin abrió la boca para balbucear incoherencias que trataban de

justificar su error de cálculo.

No tardaría en aceptar que ya no estaba en condiciones de seguir presentando batalla y rodearlo con mucha prisa para escoltarlo a la salida.

Sean la siguió con la calma de quien no tenía que llegar a ninguna parte, desenfado desmentido por la mirada de halcón con la que predaba el vuelo de su falda. Esperó a que ella hubiera alargado la mano hacia el pomo para adelantarse con un brazo más largo; brazo que mantendría la puerta cerrada a cal y canto.

Primrose dio un respingo y se giró, atolondrada, para exigir una explicación que llegó en la forma de un gesto elocuente: Sean la acorraló entre su pecho y la salida bloqueada apoyando una mano muy cerca de su rostro lívido.

—Si la señorita Burton no está a mi nivel, ¿quién lo está? —inquirió él en voz baja, entrecerrando los ojos—. ¿Qué, o, mejor dicho, a quién cree que puede permitirse mi humilde bolsillo, mis aspiraciones de vulgar vecino? Parece que no puede pagar ni siquiera su amabilidad, señorita Insley. ¿Qué es lo que vale usted, por ejemplo?

—Señor Connor, yo no... no... Insisto en que tan solo expongo los hechos tal y como se perciben desde el exterior, en ningún momento aporto una opinión personal acerca de su valía. Le aseguro que no es cuestión de lo que usted merezca o no, sino de lo que el mundo piensa que merece en función de su cuna y riqueza. Créame —le rogó con un hilo de voz, inmóvil—. Sé de lo que hablo. No quiero que sufra el escarnio, ¿entiende?

Inspiró hondo para controlar una réplica mordaz que lo delatara.

Ella había decidido jugar a quién era quién, y él tenía claro qué papel de seguro no iba a interpretar: el del tipo que le arrebataba la fantasía, incluso si parecía que la fantasía la hacía sufrir. Porque hasta temblorosa y abochornada después de hacer declaraciones que iban contra su naturaleza generosa resultaba demasiado irresistible como para enfurecerse, no se dijera ya renunciar a ella.

Sean había recorrido quinientas millas y sintió que habría salvado quinientas más, aun sabiendo lo que le esperaba, si al final hubiera podido llegar hasta esa habitación, hasta ese momento.

—Si me ha tomado usted por un pobre hombre, no la culpo, señorita Insley. Me he presentado enseñando mi cara más indulgente con el propósito de meterme en el bolsillo a todas las conocidas de Wit; todas las que me conviniera tener de mi parte de cara al cortejo oficial. —Su expresión adquirió un aire pendenciero—. Pero no piense ni por un instante que soy inofensivo, tan sensible que me amilano con cuatro vejaciones o que mi obstinación puede confundirse con la redomada estupidez, cuando en realidad es lo que me garantiza que siempre conseguiré lo que quiero. Vaya por delante, pues, que a mí no me da miedo el rechazo; ni el público, ni el privado, y que si a alguien debe proteger del escarnio, es a usted misma si me sigue mirando así.

El rubor de Primrose alcanzó su punto álgido coloreándole también el cuello.

—Yo... yo... no le estoy mirando de ninguna manera.

—De ninguna manera que sea decente, en eso estoy de acuerdo. ¿Es que me vio y me quiso para usted?, ¿de ahí todo este escándalo bochornoso? —Simuló una risotada con una exhalación. Acalló cualquier intento de Primrose por quejarse rodeando su cintura con la mano que no le cerraba el paso y presionó el corsé con los dedos para atraerla hacia sí—. ¿Por eso me ha arrastrado hasta una habitación solitaria y saturada de camas?

Primrose puso los ojos como platos.

—¡Yo no...! ¡Yo...!

—¿Cuál es la suya? —siguió insistiendo con un ronroneo. Agachó la cabeza para buscar con

los labios la mejilla ardiente de Primrose. Había perdido la vista en el suelo, incapaz de soportar su propio sofoco. Apoyó la boca entreabierta contra su sien y la dejó resbalar lenta y sensualmente hacia su oreja también enrojecida—. ¿O prefiere que me la lleve a la de la señorita Wargrave para así vengarnos de sus ultrajes? O, mejor aún, a la de la señorita Burton.

Primrose rodeó la muñeca masculina un instante, como si se estuviese planteando formas de sacársela de encima, pero desistió casi de inmediato dejando caer la mano, y no tanto porque no pudiera doblegar su fuerza. Alzó la mirada hacia él, demostrando que una mujer podía estar intimidada y segura en sus pies al mismo tiempo.

—Yo no pretendía... seducirle, si es lo que cree. Ni siquiera pensaba que pudiera... que yo pudiera... —Tragó saliva antes de hacer su confesión con un aliento exhausto—. Que yo *pudiera*.

Un ramalazo de odio sin destinatario estuvo a punto de hacerle gemir. ¿Que no pensó que ella pudiera seducirlo? La observó con la obscena intencionalidad que había estado reprimiendo por respeto desde el principio, cuando aún le abrumaba aquella inoportuna atracción por no poder relacionarla con la autora de las cartas, y sintió que no habría hombre o dios que pudiese evitar que la poseyera allí mismo. La garra que sacaba a la luz durante las discusiones y la femenina vulnerabilidad que luego la instaba a arrepentirse; esas dos caras de la moneda devolvían a la vida un rostro precioso de ojos con alma y labios llenos.

Sean se tuvo que disuadir de soltarle que sabía quién era y que ya había tenido suficiente, y, en su lugar, hacerle pagar por sus desprecios. Pero, por el camino, dándose todos los gustos que se le antojaron, como curvar la mano que había afincado en la cintura para descender a las nalgas.

—Por si no se le había ocurrido pensarlo, señorita, llevo un año y medio sin follarme a una mujer —masculló entre dientes. Apretó su carne con los dedos y la pegó a sus caderas—. Invitarme a una habitación no ha sido la mejor de sus ideas, y menos todavía pronunciar la palabrita «seducción». Ha infectado mi mente de imágenes que la harían desmayarse.

Transgredida ya toda línea, a Primrose no le quedó otra que rehuir su mirada. Sin necesidad de entrar en detalles, la había alterado lo suficiente para que sopesara llamar a gritos a sus queridas maestras o incluso invocar a Dios mismo.

—No es necesario emplear ese... ese... vocabulario...

—Es el vocabulario de... ¿cómo me ha definido antes?, ¿un paleto?

La escandalizó mucho más oír de sus labios lo que ella misma había dicho que el hecho de que estuviera cubriéndola con su cuerpo, como demostró al buscar su mirada con una sombra de arrepentimiento.

—No pretendía ofenderle.

Sean chasqueó la lengua.

—Y yo no pretendía besarla.

Primrose estaba a punto de preguntarle a qué se refería cuando él se inclinó para tomar su boca desprevenida. El jadeo incrédulo de la joven se perdió en el fragor de un contacto que desde el principio fue precipitado y torpe por la ansiedad de tocarse que los bloqueaba a ambos. Sean estaría mintiendo si dijera que no le habían pesado los casi dos años de celibato voluntario y que no había fantaseado durante todo el camino con el momento de conocer íntimamente a la que sería su mujer. No había experimentado hasta entonces la sensación de besar a la persona amada, por tanto tiempo anhelada, y tantas emociones se juntaron con el objeto de doblarle las rodillas que estuvo al borde del derrumbamiento. Le costó echar a un lado la inseguridad de estar equivocándose y el nerviosismo adolescente para quedarse solo con lo que necesitaba, entusiasmo febril, hambre, bendita paciencia y sobre todo observación, porque su cuerpo debía

analizar la respuesta de Primrose para continuar o separarse.

Contando con que ella, mojigata como era, querría retirarse, había dejado que corriera el aire entre sus cuerpos. Su agarre no era tan decidido como le exigía la sangre ardiendo. Pero la joven lo sorprendió una vez más dejándose arrastrar por el huracán de su deseo inflamado, entregándole un cuerpo solo relajado en la medida de lo que era posible calmar las ansias y ensayando hábil e intuitivamente un modo de encajar sus bocas.

Sean decidió interpretar que no le estaba mintiendo porque no sintiera nada por él y cerró del todo el brazo a su espalda, inmovilizándola contra sí. Gruñó, no sabía si más aliviado o urgido por cubrirla por todas partes. Deslizó la lengua al interior de su boca para profundizar un beso que la impaciencia terminaría por hacer estallar en algo más peligroso. Aún tenía un regusto al té de la mañana, una dulzura y una calidez que honraba la personalidad de las cartas. Y lo besaba de vuelta, también, con un ímpetu alienado con sus demostraciones de carácter. Era inexperta, pero no tímida, y por más principios que blindaran su sentido común, la pasión tenía la última palabra.

Se la llevó por delante apretándola contra la pared, todavía con la mano en las nalgas accesibles gracias a la sencillez del vestido. Tiró hacia arriba durante un delirante segundo, pero se disuadió de asustarla con sus necesidades y en su lugar le acarició todo el talle desde las caderas hasta la curvatura del busto. Fue a apartarse para enterrar la cara en el escote, pero se convenció de prolongar los besos para no echar de menos su calor. La indecisión sobre qué hacer después, qué zona anatómica descubrir, le habría impedido disfrutar del contacto de no haber atesorado como a su vida cada movimiento de la muchacha; si no le hubiese cautivado el ondular de su cuerpo. Le rodeó el lateral del cuello con la mano para dirigir los quiebros de su cabeza durante los besos mientras con la otra cubría uno de sus senos.

Sintió que ella se sobresaltaba y tuvo que separarse para mirarla a los ojos.

—¿La estoy asustando? —logró pronunciar con la voz ronca.

—No exactamente —balbuceó ella.

—¿No exactamente? —repitió, divertido. Pero el hambre de carne le impedía reírse o tomarse con humor nada de lo que estaba sucediendo. Se humedeció el labio inferior y probó a acariciarle superficialmente el pecho con la palma de la mano—. No parece una respuesta decisiva. ¿Quiere que la bese otra vez para averiguar si la asusto o no?

Primrose tragó saliva y lo contempló durante unos segundos. Su tardanza no solo no le irritó, sino que le excitó comprobar los efectos que el deseo tenía en ella. El rubor de las mejillas se había cronificado, pero había adquirido un tinte dulce y aún más comprometedor. Tenía los labios húmedos y unos ojos por los que entraba la luz del sol. Y lo miraba de un modo del que no podía ser consciente, porque, si lo hubiera sido, la recta y honrada señorita Insley se habría atado a una silla y habría rogado que la disciplinaran a base de azotes.

Ella le puso las manos sobre el pecho y lo acarició, muerta de nervios, hasta el ombligo. Volvió a subir, y volvió a bajar, y volvió a subir, como si necesitaba ese contacto directo para confirmar que estaba allí, que era él. La visión debía de haberla embelesado, porque la pregunta pareció olvidársele.

Cuando hasta Sean había perdido el hilo de la conversación y estaba al borde de la combustión, Primrose asintió con la cabeza muy despacio. Él ni siquiera esperó a que reafirmara su bendición y la besó con un apuro y una violencia tal que daba la impresión de que la odiara. Si alguna vez había tenido la menor duda de que las ganas eran acumulables, la estaba resolviendo: por Dios que se le habían multiplicado y ahora no sabía ni qué hacer con ellas. Encerrarlas, por descontado, no era una opción viable.

Se le nubló la razón y ya solo hizo, pero no a su antojo consciente, porque su voluntad se fugó junto con su buen juicio: hizo en función de las necesidades que le llegaban, como un perro comía cuando tenía hambre o dormía cuando tenía sueño. La paralizó con un abrazo apretado, la cubrió de besos en la cara y en el cuello, en el pecho y los hombros; le desbarató el moño para disfrutar la experiencia de su sedoso pelo, introdujo la mano en su escote y propició un contacto directo con su piel de marfil y de ébano, una piel única, metros y metros de lienzo pintado distraídamente para su exclusivo deleite.

Primrose estaba jadeando, descontrolada entre sus brazos, y ya empezaban a sudar por la incapacidad de mantener los besos sin ir un paso más allá. Sean apretaba sus caderas contra su ingle como se presionaba un paño contra una herida abierta, pero seguía sangrando y gemía, igual que un animal moribundo, porque la necesitaba por encima del sentido común. Fue una suerte y a la vez una condena que ella lo recuperase por ambos y lo empujara por los hombros para liberarse.

Sean retrocedió dos pasos, tambaleándose, y la miró a través de las pestañas como si la odiara por ser un cuerpo ajeno al suyo, un cuerpo autónomo y no algo adherido a él. Primrose había perdido todas las agujas que mantenían el moño en el sitio, la manga del vestido se había descosido significativamente y tenía marcas de dientes en el cuello, en la curvatura que lo unía con las clavículas; en la barbilla, incluso.

No supo cómo recibió la mirada con la que Sean trataba de hacerle entender que acababa de sellar su locura. No como algo positivo o siquiera aceptable, eso seguro, porque la vio huir de su propio dormitorio como alma que lleva el diablo.

Y quién decía que no fuese el diablo el que había mediado entre ambos.

Capítulo 9

Los cuáqueros profesaban un culto religioso menos encorsetado que los católicos. Acostumbraban a reunirse en casas de particulares y realizar sus oraciones en completo silencio, el que entendían único medio necesario para propiciar el contacto con Dios. La Sociedad de los Amigos entendía que no había o no debía haber intermediarios entre el creyente y la deidad. La relación entre ambos era fluida y directa y no requería de sacerdotes para garantizar la comunicación.

Sin embargo, para aplacar la culpa de Primrose no habría sido suficiente con enviar una nota a su comunidad practicante y organizar una plegaria de urgencia. Sabía que el pecado que había cometido no podía expiarse intercambiando reflexiones con alguno de sus amigos cuáqueros. Tampoco necesitaba indagar en su imaginación para adivinar lo que Dios opinaría al respecto si cerraba los ojos y ponía en su conocimiento los recuerdos de la mañana anterior.

No le parecería correcto, mas sí perdonable, porque para Él todo feligrés arrepentido merecía una segunda oportunidad.

Pero Primrose no quería que le diera una segunda oportunidad.

No consideraba merecer su sagrado perdón.

Por eso, pese a que sus creencias distaban de obedecer los preceptos anglicanos que le fueron inculcados siendo niña, había ido a la iglesia de San Martín en busca de un castigo a la altura. Se trataba de la iglesia más antigua de Inglaterra, una modesta construcción en piedra con tejado a dos aguas que databa de tiempos previos a Beda el Venerable. Se ubicaba a menos de dos millas de la catedral de Canterbury, una obra arquitectónica sin parangón. Aunque se había planteado visitar en su lugar el indiscutible centro neurálgico de la diócesis, la había intimidado la sola idea de cruzar su umbral sin ser practicante y, para colmo, para hablar con los hombres de Dios más cercanos del arzobispo sobre su libertinaje.

Por el momento, Primrose se daba por satisfecha con la soledad de la pequeña parroquia para llamar a la paz espiritual que Sean le había arrebatado.

Como cuáquera, defendía los principios de sencillez y conexión directa con Dios, por lo que evitaba las iglesias, con sus épicas pinturas supervivientes de la modernidad y sus preciosos mosaicos de cristal. Pero aquella le gustaba por el reducido tránsito, por lo recogida y oscura que era, por su hermosa modestia. De vez en cuando, los días que le urgía sentir al Altísimo envolviéndola física y espiritualmente, se escabullía de la escuela hacia uno de sus templos y tomaba asiento en la banqueta más cercana al altar.

—Señor —musitó con las manos unidas en un rezo—, dice el credo que no soy digna de entrar en tu casa, y así es. Sabes que yo no practico el anglicanismo pese a haber sido bautizada en el seno de su iglesia y puede que interpretes mi necesidad de citarme aquí contigo como una burla, como una contradicción..., pero seguro que también sabes que es por eso por lo que deseo disculparme: por ser la contradicción encarnada desde hace días. Llevo toda la vida predicando el valor de la integridad personal, tratando de vivir conforme a su máxima, y, sin embargo, mírame ahora, faltándole el respeto a los sacramentos, sacrificando mi decencia en beneficio de... ¿de qué? ¿De un placer momentáneo? Todavía no me puedo creer que mis principios saltaran por los aires a la primera muestra de afecto o tan solo interés de parte de un hombre; un interés impuro, para colmo. Aunque no es como si el hecho de que quisiera casarse conmigo pudiera hacerlo

perdonable.

Primrose agachó la mirada hacia sus dedos entrelazados. Notaba el corazón bombeándole insistentemente en los oídos, en los laterales del cuello como los bronquios de un pez. Lo había intentado todo para apaciguar el estado de nervios: poner el incidente por escrito con la esperanza de que sacarlo del sistema la ayudase a procesarlo, cuando no la exorcizase; darse un baño caliente para eliminar la impureza de la que el pecado la había impregnado; permanecer horas y horas en silencio para realizar el discernimiento cuáquero, la práctica que favorecía la reflexión e inspiraba el florecimiento de la Luz Interior...

Y nada.

Las imágenes escandalosas seguían irrumpiendo en su cabeza, dejándola arrobada por el efecto que solo el recuerdo tenía sobre su cuerpo sensible, de nuevo en shock por la intensidad del anhelo que el demonio había sembrado en sus entrañas y, sobre todo, cansada de luchar contra la imposibilidad de olvidarlo.

—Señor, yo... De acuerdo a la fe anglicana, de la que bien sabes que no he renegado, deseo realizar el Sacramento de Reconciliación confesando ante Ti que ya no soy pura. No solo he experimentado la pasión de un hombre, sino que la he sentido dentro de mí, como los síntomas de una enfermedad contagiosa. Estoy aterrada por si he quedado contaminada de por vida, por si esto me arrebata tu amor incondicional y me priva de encontrarme contigo una vez mi alma se desprenda de mi cuerpo... Me arrepiento, Señor. Juro que me arrepiento.

Primrose sintió una punzada en el corazón, el modo menos sutil que tuvo su ser de rebelarse contra la afirmación. La protesta no verbal la abochornó más si cabía, porque era consciente de que Dios se percataría de la mentira en el acto, y si se había planteado disculparla por su comportamiento licencioso, ahora tendría sus serias dudas.

No podría reprochárselo.

El Señor realizó su sentencia desde un punto a su espalda.

—Estimada feligresa —la llamó una voz grave y desconocida con contundencia—, al igual que siente el amor divino en su corazón y corriendo por sus venas y la necesidad de demostrarlo la ha traído hasta aquí, la sangre le pidió que se entregara a ese hombre. Despreciando los afectos que provienen de sus entrañas, por impulsivos que sean y despreciables que le parezcan, está desobedeciendo la voluntad de Dios, pues de ahí y solo de ahí, de la glándula pineal, emerge la verdad de las cosas.

Primrose tragó saliva al oír sus palabras.

—No sea tan benevolente conmigo, padre. Soy consciente de que merezco una sanción por el atrevimiento. Con él he degradado la digna finalidad del contacto físico, que no es otra que engendrar una criatura temerosa de Dios en el seno del sagrado matrimonio. Contravenir la naturaleza de un sacramento por placer egoísta no tiene perdón.

—Y si está tan segura de que así es, ¿por qué ha venido hasta aquí para pedirlo igualmente? ¿Necesitaba usted que la disculparan... o solo desahogarse con alguien que pudiese darle un consejo sobre una encrucijada que la atormenta?

Primrose tomó aire. No sintió la menor tentación de girarse para mirar a la cara al que solo podía ser el sacerdote de la iglesia. Sostener la mirada limpia de un hombre que había consagrado su vida a Dios mientras contaba su delito le costaría la dignidad y la reputación. Los curas también hablaban, entre ellos y con la gente del pueblo, y si la reconocía por nombre y apellidos, al día siguiente toda la ciudad de Canterbury acusaría su vergüenza.

—Quizá sí que necesite un consejo —reconoció por lo bajo—. Por desgracia, ahora mismo no me es posible huir del hombre que me ha llevado por el mal camino. Estaremos forzados a

coincidir al menos durante una semana más.

—¿Por qué cree que es el mal camino, señorita? ¿Y si es el camino que Dios ha señalado para usted? Es bien sabido y predicado desde la iglesia que las mujeres vienen al mundo para obedecer y complacer al hombre —le recordó con un sospechoso rastro de sarcasmo, como si no estuviese conforme—, y basándome solo en su vehemente descripción, todo apunta a que este caballero suyo no es un capricho, sino el canal a través del cual alcanzará la vida eterna. Los seres humanos nos equivocamos, es cierto. El corazón puede ser traicionero y veleidoso. Pero cuando caemos apasionadamente en ese error, es porque el anhelo viene del alma, y es el Señor quien pone los anhelos en el alma.

—¿Insinúa que mi destino podría ser la mancebía? —jadeó con la voz ahogada. Su pregunta provocó un eco inquietante en la iglesia vacía—. Porque si mi vocación fuera el matrimonio, el señor Connor no habría empezado a moldearme para él usando las manos, sino con una declaración de amor.

—Se le nota la inexperiencia en el ámbito amoroso, señorita —replicó el cura con un fondo de humor en la voz, como si la encontrara de lo más divertida—. No se puede ni imaginar cuántos sagrados enlaces comienzan como idilios al margen del decoro.

—¡Pero yo no deseo sacrificar mi honorabilidad por un futuro imposible!

—¿Imposible? ¿No concibe que el caballero pueda estar interesado en desposarla?

—¡Por supuesto que no! Ama a otra mujer, o, mejor dicho, cree amar a otra mujer. Y, aunque no lo hiciera, yo no sería una opción factible. Dios me dio buen juicio, elocuencia y sueños, muchos sueños... Quizá más de los que es justo sembrar en la mente de una mujer sabiendo que por cuestiones de sexo se enfrentará a limitaciones que le impedirán cumplirlos —murmuró para sí—, pero no me entregó la belleza o el encanto para atraer a un hombre... ¡Y conste en acta que no estoy resentida por ello! —se apresuró a aclarar, enderezándose en el acto—. ¡Jamás cuestionaría su creación!

Hubo un prolongado silencio.

—¿La raíz del cuaquerismo del que es adepta no sostenía la creencia en la Luz Interior? ¿Y no significa eso que aseguran que cada persona tiene dentro de sí una chispa divina?, ¿que Dios mismo habita en todos los seres? ¿Por qué se menospreciaría usted cuando eso podría significar la blasfemia en su religión?

Primrose se mordió el labio, escarmentada por la justa amonestación.

—No cuestiono el valor de mi corazón, padre, ni desmerezco mis esfuerzos por ser cada día menos imperfecta. Solo señalo que esa Luz Interior no tiene por qué ser perceptible para el resto, y es obvio que, en mi caso, me presento como alguien más bien apagado, alguien con una luz extinta... ¡Y eso no era de lo que estábamos hablando! —rezongó, abochornada porque le hiciera confesar en alto sus inseguridades.

—En mi opinión, es justo de eso de lo que estamos hablando. Su falta de amor propio está directamente relacionada con la crueldad con la que castiga sus impulsos. Si se creyera digna de atención masculina y se tuviese en estima tanto a sí misma como a sus deseos, podría legitimarlos y naturalizar una situación amorosa en la que se suelen ver, al menos una vez en la vida, la inmensa mayoría de las criaturas.

—No tiene nada de natural desear de esta manera a un hombre —masculló entre dientes—. Es una venganza del diablo. La clase de castigo que se ve en el apocalipsis bíblico.

—¿De veras cree que algo que se siente bien puede ser demoníaco? —contraatacó con suavidad. Le pareció que le hablaba con afecto—. Mi consejo es, señorita, que si no se ve en posición de resistirlo, cometa el pecado de nuevo. Una deslumbrante Luz Interior como la que

usted posee no podría apagarse ni por obra del viento huracanado del deseo.

—¿Que peque de nuevo? —repitió, perpleja—. ¿Qué clase de sugerencia es esa?

—Si experimentó un placer, por mínimo que fuera, en brazos de ese hombre, no será un pecado; a fin de cuentas, Dios quiere la felicidad para todos sus hijos.

—¡Basta! ¡La felicidad no está en los placeres efímeros y ni mucho menos carnales, sino en la satisfacción de perseguir el virtuosismo espiritual disciplinadamente!

—¿Está usted discutiéndole las bases de la religión a un hombre de Dios, señorita?

—Yo... eh... No, yo... No pretendía... Lo lamento. Es que... —Se miró las palmas sudorosas por la tensión del debate—. Llevo toda la vida sintiendo que nací sin Luz Interior y que, para aspirar a cultivarla, debía procurar no caer en conductas inapropiadas; que mi Luz Interior, insegura y titilante, depende de que me mantenga en el camino de la rectitud moral para aportarme valía y continuar proporcionándome un mínimo contento que me permita vivir en paz. Con este pecado, padre, me he convertido en una oveja descarriada. No puedo soportarlo. No puedo soportarme —concluyó con un sollozo.

—Entonces a lo mejor le alivia saber que sigue usted siendo pura como un recién nacido —respondió una voz completamente distinta, igual de masculina pero con un acento irlandés—; que, por un puñado de besos y tocamientos que a mí me parecían más «a deber» que indebidos, una mujer no pierde su virtud.

Primrose se sobresaltó. No tardó ni un segundo en girarse para confirmar que la voz del intermediario entre el Señor y ella había provenido del jactancioso Sean.

Sentado con las piernas cruzadas y un codo apoyado en el respaldo de la banqueta, como si acostumbrara a cometer travesuras de ese calibre a menudo, miraba en su dirección con un regocijo exasperante.

—¡¿Cómo se atreve?! —jadeó ella en cuanto estuvo sobre las dos piernas, sacando la energía de su anclaje al suelo para arremeter contra él—. ¡Mi conversación con Dios es privada! ¡Usted no es quién para intervenir, y menos haciéndose pasar por el pastor!

—Si quería conversar en privado con el Señor, a lo mejor debería haber recitado sus arrepentimientos para sus adentros, y no a viva voz en este bello templo. —Lo abarcó con un ademán parsimonioso para acto seguido mirarse el borde de los dedos con indiferencia.

—¡Se suponía que no había nadie aparte de mí! Y, además, ¿qué hace usted aquí? —gimoteó, desesperada por desviar el tema de su confesión antes de que le dijera una obscenidad—. ¿No se supone que, como irlandés, practica la religión católica?

—Fui bautizado en la iglesia de Santa María la Virgen, en Dover, así que en teoría soy anglicano... —Le hizo una cómica caída de ojos—. Aunque no vaya usted a pensarse que me lo tomo muy en serio.

—Que no se lo toma muy en serio es obvio —masculló, indignada—. Pero, en ese caso, ¿qué hacía aquí? ¿Me ha seguido?

—Era la única manera de hablar con usted considerando que lleva evitándome desde que me invitó a su dormitorio. Y si vamos a cuestionar las visitas a esta iglesia, podríamos empezar por la suya; esto no se parece en nada a una casa de reuniones de la Sociedad Religiosa de los Amigos.

—Yo también fui bautizada como anglicana, y... y... y... ¡Y no tengo nada más que hablar con usted!

Primrose se agarró las faldas y echó a andar airadamente hacia la salida. Tuvo que cruzar el pasillo de la nave central en la dirección contraria al altar, como una novia arrepentida de su decisión. Un latido premonitorio le anticipó que Sean se interpondría en su camino, y así fue: no

le tomó más que salir del patio de banquetas y cerrarle el paso con su torso de acero, esa mañana apenas disimulado por un chaleco granate que no le cerraba el primer botón.

«Es tan grande», pensó, entre acobardada y maravillada.

—Qué curioso —comentó él, sin ser consciente de sus pensamientos. Si lo hubiera sido, solo Dios sabía lo que habría ocurrido—, porque yo tengo la opinión contraria. Me parece que si debe compartir con alguien sus impresiones sobre, por lo visto, el pecado original, es conmigo, que soy al que le incumbe por implicación directa. ¿Tiene alguna crítica constructiva, más allá de que con nuestro atrevimiento hemos podido engendrar a Satán como María concibió a Jesús, por obra del milagro y no de la carne?

—No contento con perjudicar severamente mi honor y mi reputación, se atreve a burlarse de mí y a blasfemar en mi presencia. No tiene vergüenza alguna —lo acusó con la barbilla alzada.

—Y usted, no contenta con llamarme demonio y dejarme en su habitación con un palmo de narices después de devolverme los besos con una pasión desenfrenada, se indigna como si la hubiese forzado. Usted lo que no tiene es corazón, señorita.

—¿Que yo no tengo corazón? —repitió con los ojos como platos—. ¿Quién es el que anda besuqueando a las amigas de su futura prometida?

—Posible futura prometida —corrigió—. Aún no le he pedido la mano porque ni siquiera la he visto todavía desde aquel primer y lejano encuentro —dio un paso hacia ella y le cubrió la mejilla con la mano—, que se desdibuja más y más conforme paso los minutos contigo.

Escandalizada por la facilidad con la que había olvidado a la dama de las cartas, Primrose rechazó su acercamiento con un aspaviento y lo acusó con una mirada indignada.

—No vuelva a tutearme, y ¿acaso eso le hace inocente? ¡Es usted quien lleva días llenándose la boca sobre cuánto ama y respeta a la señorita Burton para desdecirse cada vez que se queda a solas conmigo!

—Y usted lleva ese mismo tiempo difamándola. ¿Ahora se va a ofender en su nombre? Súmele a sus pecados una nada desdeñable pizca de hipocresía, señorita Insley —le sugirió con ironía, y se inclinó hacia ella para hablarle en voz baja muy cerca de la nariz—; eso Dios tampoco lo perdona, ¿a que no?

Primrose giró la cara, ruborizada, para que ni su aliento ni su proximidad la afectaran.

—Apártese de mi camino.

—¿Es que ya ha acabado de confesarse? ¿No hay nada más que le gustaría contarle al Señor? Le ha dicho que ha tolerado pensamientos impuros, ha cometido actos de la misma índole y ha codiciado, incluso robado, al hombre del prójimo, pero ¿no ha mentido en todo este tiempo? —la pinchó con malicia—. Hablo del octavo mandamiento, señorita.

—¡El único que ha mentido es usted jurando amar a la mujer que escribía esas cartas para luego sorprenderla con una puñalada trapera! —se desahogó con las lágrimas pujando en la garganta.

—El deseo es una criatura caprichosa, señorita Insley. Y a lo mejor las cartas se me antojan soporíferas en comparación con nuestros estimulantes intercambios. Ahora que lo pienso, de hecho —meditó, mesándose la barbilla—, la señorita Burton me aburría enormemente cuando me hablaba de sus sueños. El entretenimiento que usted me ofrece, sumado al festín de sus labios, supone una mejora significativa. Tenía usted razón al final, querida. He de replantearme mis afectos.

Primrose gimió en voz alta, no sabía si más indignada porque la describiera como un mero pasatiempo o herida porque menospreciara sus cartas. A ella jamás se le ocurriría referirse a su profundo contacto epistolar en términos que lo rebajaran de conmovedor y perfecto. Para la

joven lo había significado todo, y a punto estuvo de romper a llorar por la facilidad con la que había olvidado lo que entendía por una complicidad irrepetible.

—Y si le aburría, ¿por qué ha venido hasta aquí? —se las arregló para articular.

—Porque la curiosidad es una poderosa orientadora de destinos, porque era el siguiente y lógico paso tras un año y medio en contacto, porque un hombre se tiene que casar... —Englobó el resto de los supuestos, obvios para él, con un aspaviento—. Existen un sinfín de razones. Pero ¿sabe? Sea porque se ha negado a recibirme o sea porque se me ha cruzado una mujer interesante, he de reconocer que mi interés por la señorita Burton ha menguado de manera significativa. Tal vez ya no sienta nada por ella, ahora que me paro a meditarlo.

Primrose recibió la noticia como un disparo a traición. Se quedó inmóvil a unos pasos de la salida; la impresionante planta de Sean le impedía apreciar siquiera el arco que la enmarcaba. Tuvo que hacer acopio del coraje que había estado planteándose abandonarla para no arremeter a golpes contra él, delatando así quién era en realidad su señorita Burton.

Estaba familiarizada con la naturaleza antojadiza de los hombres jóvenes. Tantos años en una escuela de señoritas por la que desfilaban diversos pretendientes le habían enseñado que cambiar de opinión formaba parte de la experiencia de ser humano, que el amor eterno e incondicional era una ilusión solo plausible entre las páginas de una novela y que los caballeros, aunque se casaran con damas de bien, era a las meretrices a quienes entregaban su corazón, es decir: a aquellas a las que no les importaba rebajarse para satisfacer sus pulsiones.

Como había hecho ella.

—Me alegra haber contribuido a su discernimiento, señor Connor —le replicó con frialdad, aguantándole la mirada—, aunque fuese a costa de mi honor. Pero que no sienta nada por la que proclamaba que sería su esposa y sí por mí no quiere decir que yo le corresponda, así que le ruego que se aparte, y...

—¿Está segura de que no siente nada por un tipo sobre el que acaba de decir, y cito, «no tiene nada de natural desear de esta manera a un hombre»?

—También he dicho que vivo ese defecto mental como un castigo divino —atajó sin tapujos —. Si cree que pienso hacer algo al respecto, como denigrarme poniéndome voluntariamente a su merced, se equivoca por completo. No vuelva a acercarse a mí, y, si lo hace, aténgase a las consecuencias.

Primrose tuvo que empujarlo con violencia por el pecho para abrir un hueco que le permitiese escabullirse. Chocó aun así con su brazo firme en el camino hacia la salida, que hizo sin mirar atrás y con el paso apresurado de quien huía de un peligro superior.

Agradeció que no la siguiera. Se bastaba y sobraba con la desagradable compañía de sus palabras sobre la señorita Burton y sus cartas, que sintió que, como las vejaciones de un enemigo cruel, le taladraban las sienes como incrustaron a Cristo los clavos en la cruz.

Solo que ella no era ninguna mártir. Era una pecadora a la que le estaban cobrando su audacia.

Capítulo 10

Tenía las botas embarradas por los charcos que la nieve en descomposición había dejado en el camino, un frío insoportable se le había metido en los huesos y le picaban los ojos inflamados de no haber podido contener un acceso de emoción. Cuando entró en su dormitorio arrancándose el chal de lana y una inesperada presencia se quedó perpleja al verla en semejante estado, solo se le ocurrió justificarse con una débil excusa:

—El viento helado se me ha metido en los ojos.

—Y una mierda —atajó Verity en todo su femenino esplendor. Se levantó de la cama, donde había estado tendida boca arriba leyendo con un plato a rebosar de galletitas de canela a su vera, y fue hacia ella para frotarle los hombros—. Ya veo que he hecho bien en venir antes de tiempo. Mis primas me convencieron de que sonabas desesperada en tu carta y acabé tan preocupada que hasta soñé contigo. Estarás contenta después de haber perturbado mi descanso, que sabes que es sagrado para mí. ¿Se puede saber qué ha ocurrido?

Primrose se aferró a los rollizos brazos de Verity con la necesidad de sentir que aún tenía un anclaje a tierra. Cerró los ojos y se dio el gusto de respirar hondo, esperanzada ahora que había vuelto la única persona capaz de resolver el entuerto sin que la ira de Sean Connor cayera sobre ambas.

Cuando volvió a mirar a su amiga, lo hizo con los ojos cristalizados.

—Gracias al cielo que estás aquí, Wit. Te ruego que convenzas al señor Connor de regresar a Irlanda tan pronto como vuelva de su estúpida excursión a la iglesia de San Martín. No me importa cómo lo hagas; solo que, para esta noche, la escuela vuelva a ser el cómodo refugio que siempre ha significado para mí.

—Querrás decir que la escuela vuelva a ser un soberano aburrimiento sin encantadores caballeros pululando de acá para allá —corrigió una ceja alzada—. ¿Acaso ha perdido el pelo desde que lo vi en el Museo Británico? ¿Ha ganado cincuenta libras en peso o las ha perdido económicamente hablando? ¿No es encantador, como parecía serlo en las cartas que te hacían reír tanto que retumbaban los cimientos del edificio?

Incluso remitiéndose a la última discusión en el templo, Primrose no podía negarle el atributo de carismático. Tenía un modo de desmontar sus argumentos y de emplear la ironía que le hacía, si no cautivador, al menos tan sagaz como en su contacto epistolar. O incluso más, porque ahora no contaba con días y días para meditar la respuesta y pedir consejo para sonar chispeante, y, aun así, saltaba con la réplica perfecta en apenas un segundo.

Su elocuencia le daba tan poca tregua como su extraordinaria belleza, de la que Primrose no podría hablar en voz alta sin ponerse en evidencia.

—Él... él... él...

—Me estás asustando, Prim. ¿Se ha quedado tullido? Oh, por supuesto que no —se respondió en tono cansino, poniendo los ojos en blanco—. Solo lo querrías más si le faltara una extremidad. Lo habrías convertido en tu pequeño proyecto caritativo... Vosotros los cuáqueros hacéis cualquier cosa menos divertiros.

—Me ha conectado con un lado diabólico de mí misma que mi sentido de la ética no se puede permitir —sentenció con solemnidad, tan acostumbrada a desoír los desprecios de Witty hacia su religión que se consideraba oficialmente inmune a ellos.

Diciendo que Verity se quedó perpleja habría desaprovechado la magnífica oportunidad de retratar la viva imagen del pasmo supino. Claro que eso en gran medida se debía a que la muchacha era la criatura más expresiva sobre la faz de la Tierra.

—¿Qué demonios estás diciendo? ¿Te quiere unir a una secta anticristiana? —Soltó un bufido que podría haber levantado un vendaval—. ¿Es que acaso no te conoce de nada? ¿No le mencionabas en las cartas que Dios es para ti lo primero?

—En su día, seguí tu consejo de no mencionar al Señor en cada párrafo. Ya sabes, para no delatar enseguida que otra persona estaba detrás de las cartas. Así pues, está al corriente de que soy religiosa. Es decir, de que tú eres religiosa —suspiró—, pero no te asocia al cuaquerismo.

—Eso que me llevo. ¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—Wit... —pronunció en tono lóbrego—. Ese hombre me ha incitado a cometer pecados.

El gesto sombrío de la joven se tornó suspicaz, cayendo de pronto en la cuenta de que lo que esa palabra representaba para Primrose no era ni por asomo lo que significaba para ella.

—¿De qué pecados hablamos?

—¡Innombrables! ¡Imperdonables! ¡Lúgubres y mefistofélicos!

—¿Qué significa «mefistofélico»? —se desesperó Verity—. ¿Podrías, por favor, hablar claro y no como si estuvieras escribiendo tu novela?

—¡Me besó!

Un fuerte alivio la invadió al ver que a Verity se le descomponía la expresión. Entonces sería posible que la acompañara en el sentimiento de suciedad por la depravación de sus actos, y no que la juzgara por la clase de mojigatería que a Wit se le antojaba despreciable...

—¿Tan mal lo hizo? —se lamentó, para la absoluta decepción de Primrose. «Ya decía yo que no habría tenido sentido que se echara las manos a la cabeza», pensó—. ¡Si parecía un semental!

—¡Verity! ¡No hables en esos términos de un hombre!

—Digo yo que será mejor que describir a una pobre criatura como si fuera *Femistófeles*.

—Mefistófeles.

—Lo que sea. No estoy interesada en estudiar terminología bíblica.

—¿Piensas ayudarme? —insistió, a punto de perder los estribos.

—¿A expulsar a un mal besador del sagrado reino de lady Mabry? Por descontado.

Primrose se planteó guardar silencio, consciente de que una mínima decepción romántica bastaría para que la señorita Burton, recalcitrante abanderada del amor idílico, ahuyentara a un caballero. Y no de cualquier manera, sino llevando a cabo los actos más reprobables que nunca se hubieran registrado en el Antiguo Testamento. Pero justo por eso, porque ya la veía burlándose de forma abierta de un hombre que no era ni por asomo aquello de lo que se le estaba acusando, por eso y porque su conciencia no podría perdonarse la difamación, aclaró:

—¡No es un mal besador! ¡Solo es... un... un besador inoportuno! ¡Un besador de conductas desafortunadas!

—«Un besador de conductas desafortunadas» no será el historiado sinónimo de la palabra abusón, ¿verdad? —Enarcó una ceja.

—No, claro que no, no pienses en él como... Oh, Señor. —Se cubrió la cara con las manos—. Es simplemente un buen besador que se equivoca de mujer.

—¿Cómo se va a equivocar de mujer si tú eres su señorita Burton? —Verity tardó un segundo en hacer los cálculos y comprender lo que estaba pasando—. Déjame ver si lo he entendido bien, Primrose Insley. No me estás pidiendo que lo eche porque se haya enfurecido al saber que le has mentido y se haya propuesto vengarse, sino porque no se lo has dicho ni pretendes hacerlo, ¿verdad? —Se cruzó de brazos y alzó la barbilla, de pronto indignada—. Quieres colgarme el

muerto porque eres una cobarde.

Primrose le soltó el brazo y retrocedió dos pasos con la cabeza gacha, escarmentada por el justo reproche.

Nadie se equivocaba al achacarle pecados. Sean había dado en el clavo al señalar los mandamientos incumplidos, y ahora Verity desdeñaba el defecto de carácter que a menudo sentía que le estaba costando la felicidad. Porque ¿dónde estaría ella si fuera más valiente? No en Arlington Abbey ni refugiada en las páginas de un libro, eso por descontado.

Se reservó que la idea de cartearse con Sean había sido tan suya como de ella, comentario que podría desembocar en una discusión que no la beneficiaría en nada.

A fin de cuentas, seguía dependiendo de que se apiadara de su situación.

—Witty —empezó con tiento—, las dos sabemos que el señor Connor empezó a dirigirse a la escuela porque se quedó prendado de tu belleza en el Museo Británico. Creo que te puedes figurar el porqué de lo que tú llamas cobardía, como tampoco te extrañará que me preocupe lo estafado que se sentiría al descubrir el engaño.

—Si te ha besado aun sabiendo que no eres Verity Burton, me atrevería a decir que la sorpresa no le desagradaría en absoluto —replicó ella con retintín, aún cruzada de brazos—. Es más: cometería la bajeza de humillarme a mí, por la parte que me toca, dando brincos de alegría.

—¿No crees que estoy en mi derecho de no querer confirmarlo? Incluso si no le asqueo, incluso si, para colmo, se siente atraído por mí, sigo siendo la mujer que se ha falseado su identidad y lleva días ultrajándolo para que se marche. Es muy probable que lo interprete como que me he burlado de su inteligencia y no me perdone que haya herido su orgullo.

Verity se encogió de hombros.

—Si la conversación va de plantear realidades alternativas, veo igual de plausible que deje correr la travesura y pida tu mano.

—Por supuesto —ironizó Primrose—, porque pedirle matrimonio a la hija del señor Burton, nieta del señor Swansea y mujer más rica y encantadora del reino anglosajón es lo mismo que pasar por la vicaría con la señorita Insley, que tiene apellido porque los administrativos del registro le pusieron un cuchillo en el cuello a unos padres más que dispuestos a abandonarla en un orfanato, y solo porque ahogarla en el río habría constituido un delito. Él no firmó para casarse con una don nadie. Él quería a una señorita de la cabeza a los pies.

Aunque Primrose nunca se había referido a sí misma en términos tan feroces, más para evitar que sus amigas descubrieran con qué clase de monstruo se relacionaban que porque el pensamiento fuese novedoso, Verity procuró mantenerse impertérrita. Supo contener el impulso de sacudirla por los hombros, pero no disimular que lo sintió: una ráfaga colérica destelló en sus ojos castaños al oírla y apretó vagamente la mandíbula.

—Yo en todo caso sería señorita del cuello a los pies, y solo cuando tengo la decencia de vestirme acorde a mi posición; no menciono mi cabeza porque los revolucionarios franceses la habrían hecho rodar de haber llegado a conocer mi ideología. Tú, en cambio, eres señorita desde los cielos a los que te diriges para construir tus principios y tu fe, hasta las puntas de los zapatos a los que los demás ni te llegamos. Tienes una dote muy decente, una figura elegante y mejores modales y conocimientos prácticos sobre cómo llevar una casa que nadie que haya pisado esta escuela.

—Tengo la piel manchada, la reputación de un engendro y hasta la reina de Inglaterra hizo una mueca en mi puesta de largo —replicó en tono implacable, aunque las palabras de Verity la hubiesen conmovido—. No seas obtusa, o, mejor dicho, no me trates como si no me viera en el espejo todos los días. No te estoy pidiendo que me consueles, además, sino que me ayudes a

resolver un problema en el que las dos nos metimos sin imaginar las dimensiones que alcanzaría.

Verity compuso una expresión que Primrose estaba acostumbrada a ver. La ponía sin darse cuenta cuando alguna maestra explicaba una anécdota histórica o un problema matemático cuya solución no se le ocurría en el acto, o, en situaciones sociales, cuando no atinaba a comprender las motivaciones detrás de un comportamiento. La joven creía andar en la honrada búsqueda de la verdad de las cosas cuando, en realidad, solo quería adaptar dichas cosas a *su* verdad individual, la que ella había elegido creyéndola superior.

—Pero yo... —Dejó caer los hombros en una postura de rendición. Buscó la mirada de Primrose con la esperanza de que se desdijera y expresara lo que quería oír—. Pensaba que amabas a ese hombre.

El corazón le dio un vuelco, protestando por la conjugación pretérita del verbo.

Trajo a su mente cada día que se sentó a escribir una carta besando la estilográfica, besando la base del tintero, besando el papel que él luego acariciaría con sus dedos; las noches que se expuso a una regañina e incluso a un incendio negligente por meterse bajo las sábanas con una lamparilla y las últimas noticias de Sean, procurando cubrirse la boca para que nadie oyera su estúpida risita de enamorada.

A su cabeza acudieron también los recuerdos más recientes, el momento en que lo vio apearse de su caballo como un príncipe de cuento y le tendió la mano, todavía sin alcanzar el esplendor de la gallardía de la que haría gala durante todo el paseo sin saber aún quién era ella, simplemente porque era un buen hombre. Se acordó de cómo se iluminaban sus ojos al hablar de su vocación artística; de cómo palmeó con entusiasmo la espalda de Quitterie para felicitarla por su don recién descubierto, genuinamente conmovido por la ilusión que ahora podía compartir con la muchacha; de la pasión con la que defendió el honor de la señorita Burton y proclamó sin miedo alguno que haría lo correcto en cuanto se dignara a volver; del modo en que la apretó, enfermo de deseo, cuando la acorraló contra la puerta de ese mismo dormitorio.

Primrose se amenazó a sí misma para no descomponerse de pena e impotencia. Incluso si no habían hecho más que discutir desde su llegada, gracias al redescubrimiento de sus virtudes y a la naturalidad con la que había aceptado sus defectos, hasta el momento solo insinuados, había comprendido que su amor por él nunca había sido una ilusión. Sentía por aquel hombre algo tan real que podía tocarlo, agarrarlo con fuerza, y lo que era peor: ese algo podía de igual modo ahogarla y someterla a ella.

—Por supuesto que no lo amo —dijo en su lugar, exagerando su indignación—. Cartearme con él no era más que un absurdo divertimento. Claro que he esperado sus respuestas con el alma en vilo y me he empleado a fondo para ganarme su afecto a la hora de elaborar mis contestaciones, pero porque estaba mortalmente aburrida y volcarme en la tarea formaba parte del entretenimiento. Del juego. Nunca he cometido la insensatez de pensar que vendría a buscarme, y ni mucho menos que se le ocurriría casarse conmigo —dijo en voz alta, y no mentía.

Verity tuvo que darse cuenta, porque arrugó el ceño.

—¿Y por qué no? —se quejó su amiga—. Me cuesta creer que, siendo escritora vocacional, no pudieras soñar con un novelesco desenlace en el que Sean pedía tu mano.

—Lo creas o no, en según qué historias, mi imaginación está muy limitada —respondió con una sonrisa vacía. «En la historia de mi vida, si quieres concreción», estuvo a punto de añadir—. Lo único que te pido, Wit, es que le pongas fin a esta travesura. Si lo hiciera yo, si admitiera el engaño, nos arruinaría a los dos la larga temporada de romance idílico. Él sentiría que nada fue real, que me burlé de sus sentimientos, y no podríamos quedarnos con el bonito recuerdo de nuestra... amistad.

—¿Acaso crees que no le dolerá que lo eche con cajas destempladas?

—No tanto como destapar una mentira de tamañas proporciones. Siempre puedes esperar a dar un paseo con él y fingir que la complicidad ha desaparecido para lamentarte porque la química epistolar no sea trasladable a la realidad. Es un hombre con el que se puede razonar, Witty —insistió al verla dudar—. Lo entenderá rápido y se marchará.

—Entonces eso es lo que quieres —repitió, solo para estar segura. La miraba sin disimular su incredulidad, aderezada por una chispa de desconfianza—. Que se marche.

Primrose asintió como un autómata sin antes permitirse reflexionarlo para sus adentros. Si le concedía espacio a la duda a una mente que lo cuestionaba todo como la suya, empezaría a echarlo de menos antes de que se fuera y no podría soportar comprender todo lo que se perdería. En el fondo, tendía a fantasear con una felicidad que ya debería haber aprendido que no estaba disponible para su disfrute. Si no le cerraba del todo las puertas a la esperanza, podría cometer un grave error, como creer que Sean podría ser suyo.

—Eso es —le confirmó—. Cuanto antes, mejor.

Capítulo 11

Sean no estaba emocionado con los tres días de celebración navideña que la escuela había organizado para las familias. Había sido informado al respecto por la misma directora y durante las cenas había oído que cada una de las muchachas tenía una opinión distinta sobre el acontecimiento, pero nada le preparó para el despliegue de gente que aconteció para la caída de la tarde.

Con el fin de darle vida a la mansión después de las fechas clave y antes del regreso a las clases, la institución preparaba las numerosas habitaciones de invitados para acoger a los parientes de las alumnas. Padres o hermanos, tíos o primos; daba igual mientras significaran algo para la joven. El vínculo de sangre no era obligatorio para transferir una invitación, porque no tardó en descubrir que la pareja que se presentó para visitar a Primrose no fueron los Insley, sino los condes de Haverford: lady Clarissa y lord Nile Inglefeild.

Precisamente porque su situación sentimental con la joven no era la propicia, Sean había tenido que reclinarse a un rincón y limitarse a observarla de lejos en tanto que los criados iban de un lado para otro ultimando los preparativos. Incluso si hubiesen estado en buenos términos, no se habría atrevido a romper el obstinado silencio en el que se sumió nada más sentarse a esperar a los pies de la ventana del salón. Con la barbilla apoyada en la mano y un gesto que solo podía describirse como desalentado, oteaba el horizonte como si supiese de antemano que nadie acudiría a visitarla.

El deseo de flagelarse con sus infortunios era un rasgo del carácter que no le habría costado atribuirle tras conocerla en profundidad, pero en ese caso no le pareció que ansiara regodearse en su miseria, sino tan solo constatarla objetivamente para poder soltar de una vez por todas una absurda esperanza.

Y la soltó cuando los invitados dejaron de llegar y los encargados de los exteriores de la finca cerraron las cancelas. Primrose se crujió el cuello y se alisó la falda con la mayor de las dignidades, forzó una sonrisa cordial y se dispuso a dar la bienvenida a sus conocidos. No hacía falta prestarle atención para percibir que un ánimo sombrío se había apoderado de ella... hasta que reconoció a la embarazada lady Haverford en el meollo del recibidor.

Entonces, su opinión sobre el fin de semana festivo cambió por completo.

«Niña tonta», pensó Sean para sus adentros, apoyado en la esquina saliente que unía el salón con el pasillo del ala este. «Si me hubieras dejado, o, mejor dicho, si te hubieses confesado, yo habría venido a verte a ti. Yo habría sido tu visita, ahora y siempre».

Observó de lejos la calurosa bienvenida que la muchacha le dio a su buena amiga. Le costó controlar una sonrisa colmada de la misma calidez que parecía a punto de humedecerle los ojos a Primrose.

Recordó los términos en los que había descrito a lady Haverford, Clarissa Simms cuando aún era soltera, y tuvo que reconocer una vez más su talento narrativo para definir la realidad tal cual era. No había exagerado al deshacerse en halagos sobre las bondades de la condesa, implícitas en el modo de apretar a su amiga en un abrazo tembloroso de emoción, como tampoco su belleza o la extrema timidez que sin embargo compensaba con un encanto natural. Incluso sin verla de cerca u oírla hablar, tan solo fijándose en sus gestos, se le antojó un hada de cuento infantil, una criatura etérea a cuyos parsimoniosos movimientos se sumaba la apariencia de una diosa nórdica.

Su marido, en cambio, se presentaba como un hombre de aspecto severo y el pelo tan negro como el de un semental árabe. Ambos eran esbeltos, iban magníficamente vestidos y estaban compenetrados al tomarse de la mano, mirarse, dirigirse el uno al otro. En definitiva, hacían una pareja conmovedora que le constaba que Primrose llevaba casi dos años celebrando.

La muchacha y él podrían haber hecho una pareja igual de adorable si no fuera terca como una mula. Haberla espiado mientras trataba de concentrarse en leer en la salita y lanzaba suspiros de aburrimiento o de anhelos no correspondidos al pasear por los pasillos había suavizado su enfado monumental, porque cómo no iba a enternecerse con su fragilidad, con la hipnotizadora distinción con la que lo hacía todo. Pero seguía herido por el modo en que le había confrontado en la iglesia, y no tanto porque acusara su pasión de ilegítima, cosa comprensible tratándose de una feligresa recalcitrante, sino porque al no confesar su mentira insistía en renegar de él.

Le estaba costando comprender por qué.

—¿Quién es esa muchacha? —oyó que inquiría un hombre de cabello castaño, en exceso arreglado para la ocasión. Se había apartado de la escena de reencuentros y presentaciones con un par de amistades de su edad y sexo. Fumando lo que parecía un puro muy fino, observaba a los recién llegados con un interés secreto, como aquellos para los que el chisme era una afición válida y no una inmoralidad—. La que tiene las manchas en la cara, el cuello y las manos.

—Mi hermana me dijo su nombre, pero me temo que no lo recuerdo —contestó uno de sus acompañantes.

—Pues no es como para olvidarlo, Smith —bufó el tercer tipo, un rubio con la frente prominente. Se cruzó de brazos—. Primrose Insley, si no me engaña la memoria. El año pasado fue presentada en sociedad. La apodaron «la leprosa de Londres» por razones obvias.

Sean se enderezó de pura indignación al oír el comentario, pero sobre todo prevaleció el asombro. Era la primera vez que escuchaba a alguien hablar con desprecio de Primrose.

—¿Dónde están esas razones obvias que mencionas? —quiso saber el primer interesado, el entrometido empedernido. El cabello ondulado le caía sobre la frente, tratando de minimizar en vano el efecto confuso de una mirada única: incluso de perfil, sus ojos parecían de un insólito tono rojizo—. No es que la piel se le esté desprendiendo del cuerpo. Son, más bien, manchas de nacimiento.

—¿Qué más da lo que sean? —se quejó el rubio—. Todo el mundo coincide en que es repugnante, y yo no soy la excepción. Apuesto a que te puede contagiar algo si la tocas.

—No seas ignorante, Waddingham —le reprochó el de los misteriosos ojos—. Suenas a un paso de llamarla bruja y rogarle al gobernador provincial que la prenda.

—No sería una gran pérdida —desestimó el aludido—. Nunca he entendido para qué sirve una mujer fea además de para estorbar.

—No es tan fea... —la defendió el tipo de la opinión más o menos neutra, hasta el momento callado—. Si la miras con los ojos entrecerrados, claro. Y lo bueno que tienen las víctimas de deformidades como esa es que no están en posición de pedir y no pueden negarse a las virguerías que pretendas hacerles si te las llevas a un rincón apartado.

—Haz el favor de cerrar el pico, Smith —le rugió el fumador, acompañando la orden de una mirada hostil—, o te lo cerraré yo de un puñetazo.

—Oh, ¿qué ha sido de tu flamante sentido del humor, Kinross? Si la muchacha te gusta, no pasa nada; te conviene, incluso, que a nosotros nos resulte nauseabunda. Aunque, si soy sincero, no me disgusta su figura. ¿Creéis que tendrá manchas a lo largo del cuerpo? ¿Incluso en el coño? —añadió Waddingham en tono de mofa.

Sean no pudo seguir escuchando y, viéndolo todo rojo, se giró hacia el miserable y procuró

que su amplia espalda bloqueara la visión del resto de la concurrencia al agarrarlo del cuello.

—¿Y tú crees que esa es la manera de referirte a una dama? —siseó Sean a un palmo de su cara, presionando los dedos contra la garganta para entrecortarle la respiración—. Paradójico cuanto menos que se te olviden los modales nada más plantar un pie en una escuela que se dedica a divulgar los beneficios de la buena educación.

—Disculpe al marqués, caballero —intervino Smith con las dos manos en alto—. Solo estaba bromeando.

—Como tú cuando insinuabas hacerle daño a la señorita, ¿verdad? Si no os rompo el cráneo aquí y ahora es porque no os daría protagonismo ni como víctimas —le rugió, aún estrangulando al cada vez más pálido Waddingham. Sean ladeó la cabeza hacia el implicado que restaba por recibir su furia, y lo vio todavía recostado contra la pared y contemplando a Primrose con una sana curiosidad—. ¿Y usted? ¿No va a defender a sus amigos?

Kinross comprendió que se refería a él. Se quitó el cigarrillo de los labios y echó a un lado el humo antes de mirarlo a los ojos con cierta sorna.

—¿Qué amigos? —preguntó, y se dio media vuelta con un desdén hacia sus acompañantes que habría herido el orgullo de un rey.

—Señor Connor —se alzó una voz. Lavinia Vallans se había abierto paso en el cúmulo de invitados. A la par que llamaba su atención con una mano en alto, con la otra procuraba disolver el desorden empujando a la mole de gente hacia el salón principal. Sean tuvo que soltar a Waddingham y enfrentarla con una mueca de falsa expectación—. Le complacerá saber que la señorita Burton está bajando las escaleras ahora mismo.

Sean había sido informado de la llegada de Verity hacía un par de horas, pero igual que Sarah Reeves había anunciado la buena noticia, le había hecho comprender que la joven estaba cansada del viaje y todavía tenía que asearse y acicalarse para el reencuentro. Él había fingido hallarse encantado porque la joven hubiese adelantado su regreso y se había sentado a esperar en un punto que le permitiera contemplar a Primrose mientras tanto.

Tuvo que hacer un llamado de urgencia a una mínima estabilidad tras la ira candente que le había subido por el cuerpo. Inspiró hondo y probó una sonrisa relajada antes de alzar la barbilla hacia la escalera principal, por donde, en efecto, la maravillosa Verity Burton pretendía hacer su inolvidable aparición.

Sean tuvo que controlar una risotada a tiempo, en ningún caso despectiva, por el gracioso afán de protagonismo de la muchacha. A la vista estaba que no habría soportado pasar desapercibida bajando a recibir a los familiares a su hora; tenía que hacerse de rogar como todo invitado de honor y cerciorarse de que nadie perdía detalle de su elegancia descendiendo la escalera con premeditado detenimiento.

Si aquella hubiera sido su mujer, habría merecido la pena no solo la espera de las dos horas de acicalamiento, sino el año y medio de agonía. Verity se había arreglado para la ocasión con una dedicación tal que no se habría visto ni siquiera en su puesta de largo. Lucía un vestido de rayas verde aguamarina con escote pronunciado y mangas ajustadas que favorecía sus voluptuosas curvas, quizá más de la cuenta. Pero ni eso, ni las joyas de oro, ni la peina que lucía en el moño, la hacían brillar tanto como la actitud coqueta con la que se presentó.

Sean se sorprendió sonriéndole como si ya fuera su mejor amiga, asombrosamente apaciguado por su sola proximidad. Ella cogió el guante de su amabilidad correspondiéndola en idéntica medida y estiró la mano para que él la besara.

Incluso sin girarse para confirmarlo, supo que la totalidad de los invitados tenía los ojos puestos en ellos. Pero a Sean no le importó la curiosidad ajena a la hora de presionar los labios

contra sus nudillos enguantados; tan solo los celos que pudiese despertar en cierta jovencita.

—Sabe usted cómo impresionar a un público difícil, señorita Burton —dijo en voz alta con el fin de que lo escucharan.

No tenía ni la menor idea de cómo reaccionaría Verity a su gallardía. Apostaba por que Primrose ya la había puesto al corriente de la situación y esta se habría plegado a los que fueran sus deseos, que con toda seguridad serían largarlo de Arlington Abbey a la mayor brevedad.

Para su sorpresa, la dama le siguió el juego enarcando una ceja y respondiendo:

—¿Un público difícil, dice? Pensaba que a usted ya le tenía en la palma de mi mano.

—Como no podía agarrarme usted muy fuerte desde Londres, me he resbalado un poco entre sus dedos. Seguro que una joven tan escurridiza como usted comprende la situación.

—La comprendo y le pongo remedio, como ya puede ver. —Abarcó su magnífico vestido con un ademán—. Confío en que la espera no le haya dolido tanto como es evidente que le ha entusiasmado la sorpresa.

—Por descontado, señorita Burton. ¿Le gustaría acompañarme a dar un paseo por el invernadero? —propuso sin soltarle la mano—. Me han estado picando los dedos de no poder escribirle una carta en semanas, y ahora lo que ardo en deseos de usar para ponernos al día es la lengua.

Verity soltó una risita incrédula pero encantada con el segundo sentido del comentario. Aceptó su invitación con una sonrisa contagiosa y, ya agarrada a su brazo, se encargó de conducirlo fuera de la estancia, donde el público que sí era impresionable se había quedado descolocado.

La señorita Reeves, rauda y consciente del que era su trabajo, se apresuró a seguirlos a la distancia adecuada para ejercer de carabina.

—Magnífica entrada —le halagó Sean en cuanto habían perdido de vista el barullo. Se detuvo a las puertas de cristal del invernadero para invitarla a pasar primero.

Ella ni siquiera se giró para contestar con displicencia.

—Me suena que le mencioné mi pasión por el teatro aquella vez que coincidimos en el Museo Británico. Al igual que un dulce nunca amarga a nadie, una pizca de efectismo tampoco ensombrece la reunión.

—Recuerdo a la perfección ese rasgo de su personalidad. Usted no puede ni quiere pasar desapercibida.

Y no lo dijo con retintín. Al fin y al cabo, Sean se decidió a escribirle esa primera carta a la señorita Burton porque le fascinó su espíritu vivaz y la manera en que había reformulado la definición de feminidad para que una pizca de ferocidad y ambición tuviesen cabida y, aun así, resultara igualmente delicada y encantadora.

—Entonces no le he decepcionado por ahora.

—Está usted tan bella como la primera vez que la vi.

Sean era tan sensible a la armonía facial y a la belleza canónica como cualquiera que se preciara de ser hombre o artista, y la señorita Burton era de todo menos desagradable a la vista. A nadie le disgustaba una pelirroja, un ángel travieso controlaba sus expresiones y contaba con atributos mujeriles que hacían que un hombre le agradeciera a Dios que le hubiese dado dos manos y no solo una.

Esa era otra de las razones por las que se inclinó por escribirle un buen día.

Verity lo miró por encima del hombro cuando ya estaba encaminada por el amplio pasillo entre las flores silvestres.

—Me he buscado una reacción desproporcionada al aparecer de esta guisa, pero su invitación

a pasear a solas nada más reencontrarnos ha sido un tanto osada, ¿no le parece?

—No estaba seguro de cuánto rato podríamos mantener una conversación en público antes de que fuese evidente que usted y yo no nos hemos dirigido la palabra en año y medio —respondió con llaneza, siguiéndola a una distancia prudencial con las manos a la espalda—, y considerando que tenemos una charla privada pendiente, no quería desaprovechar el milagro de su plena atención.

Capítulo 12

La oyó echarse a reír desde su posición adelantada. Frenó justo cuando el camino doblaba la esquina y se apoyó en la pared de cristal para, desde allí, mirarlo con un brillo pícaro en los ojos.

—Ya sabía yo que usted de tonto no tenía un pelo.

Sean suspiró con dramatismo.

—Reconozco que tardé alrededor de cuarenta y cinco minutos en descubrir el engaño —confesó con una mano sobre el pecho, avanzando con calma para alcanzarla—. Soy consciente de que eso no habla muy bien de mí.

—Lo que no habla muy bien de usted es que no haya puesto su... hallazgo en el conocimiento de quien corresponde —señaló ella con una ceja alzada—. Si pretende emprenderla a gritos y reproches con alguien, yo no soy la mujer indicada.

—Tal vez me equivoque, pero me da la impresión de que a la señorita Insley jamás se le habría ocurrido la chiquillada de hacerse pasar por usted si el diablo sobre el hombro no la hubiese incitado.

—¿Ahora soy el diablo? —se burló.

—Un diablo muy bien vestido. Una cosa no quita la otra.

Verity volvió a reírse y se agarró a su brazo como una debutante enamorada para proseguir la marcha. Desde su modesta altura, algo menos de un metro sesenta, lo miró con la cara iluminada por la diversión pueril de estar haciendo una trastada.

Por más que le hubiese descolocado con su implicación en la jugarreta, no pudo sino apiadarse de ella. Había visto con sus propios ojos cómo vivían las pobres muchachas, qué rutinas seguían, cuál era el objetivo principal que perseguían y al que enfocaban sus vidas: ¿cómo no iba a aprovechar la carta de un pretendiente, el único elemento alejado de la monotonía que se le ofrecía, para avivar su imaginación y salir del encorsetamiento escolar? ¿Qué otra aventura podría vivir y narrar en su vejez una mujer condenada a pasar por la vicaría, engendrar herederos y morir sin hacer ruido?

—Oh, señor Connor... —Le apretó el brazo con afecto, mirándolo con alegría—. ¿No está usted enfadado?

—Si le soy sincero, al principio no quise creérmelo, y no por desmerecer a la verdadera señorita Burton... es decir, a la falsa señorita Burton —se corrigió—, sino porque me costaba entender la finalidad del embrollo.

—¿Costaba? ¿En pasado?

Sean se contuvo para no narrarle el desagradable incidente de tan solo unos minutos atrás, cuando había estado a punto de matar a dos hombres del mismo golpe en el recibidor de la escuela. Lo tuvo muy presente al mirar de nuevo a la expectante Verity, sin embargo. Le transmitió en silencio, con apenas un ceño ominoso, que le llenaba de impotencia que la sociedad le hubiese metido ideas terribles en la cabeza a una criatura inocente como Primrose.

Le había extrañado descubrir en la iglesia, durante su confesión, que se odiaba a sí misma, pero más le había impactado comprender por qué: porque le habían dado razones con sus prejuicios. A saber desde cuándo...

A saber hasta qué punto.

En la escuela había estado a salvo del desdén con el que la trataban en el mundo real, pero a la

vista estaba que el amor con el que la arropaban las maestras en Arlington Abbey no era sino el parche de una herida sin cura.

Sean meneó la cabeza, señal de que prefería no ahondar en esa cuestión hasta que la hubiese digerido, y en su lugar zanjó el asunto de su supuesta indignación.

—He tenido diecinueve años y me he divertido con gansadas de peor calibre que la suya, señorita Burton. Además de que, sin intención de ofender, no estoy descontento con el cambio de novia.

—Me lo podía figurar. ¿A qué espera para decírselo a Prim? —Tiró de él con impaciencia—. ¿Tiene idea de cuánto le gustaría oír que celebra que se trate de ella?

—Si es solo la mitad de lo que me gustaría a mí que me dijera la verdad, entonces me puedo imaginar que le encantaría; que la volvería loca. Pero aunque no esté enfadado con la mentira inicial, señorita Burton, estoy furioso con la retahíla de embustes posteriores, así que mucho me temo que no voy a satisfacer su ilusión... y usted tampoco —la advirtió con una ceja enarcada.

No tomó a Verity por sorpresa con su afirmación. La muchacha era igual de avispada que las alumnas que ya había tratado, y debía de saber mejor que nadie que uno no podía atentar contra el orgullo y el amor sincero de un hombre e irse de rositas.

—Como comprenderá —intentó hacerle entrar en razón—, no puedo fingir ante una de mis mejores amigas, la única que me queda en la escuela, que no sé que usted lo sabe.

—Si ha podido fingir que se alegraba de ver a su pretendiente preferido nada más bajar la escalera, confirmando que no solo se le da de maravilla, sino que le encanta el arte dramático, ¿por qué no iba a poder ayudarme en mi empeño?

Verity entrecerró los párpados, temiéndose una conspiración irresistible.

—¿De qué empeño estamos hablando?

—De darle una lección a la señorita Insley —determinó con seguridad—. He tenido unos días para barruntar mi método de acción. Después de ver cómo dejaba pasar las ocasiones en las que le ponía en bandeja la confesión de quién es, cómo se burlaba de mi inteligencia y llegaba a humillarme con tal de que no descubriera su secreto, he decidido que se merece que le dé un poco de su medicina.

—Si pretende humillar a mi amiga... —empezó en tono conminatorio.

—Pretendo que se muera de celos —la interrumpió—, para lo cual necesito su... ¿cómo ha dicho? ¿Su pasión por el teatro, era?

Verity soltó su brazo para recalcar cuán en desacuerdo estaba con su propósito, pero no pudo engañarlo una vez lo miró a la cara con la boca deliberadamente entreabierta. Trataba de exteriorizar un pasmo que sin duda sentía, mas fue evidente que la idea de escarmiento se le antojaba tentadora.

—Señor Connor, está usted loco si piensa que me prestaría de forma voluntaria a hacer algo que hiriera a mi amiga.

—¿Cómo sabe que la heriría? ¿Acaso le ha confesado que está loca de amor por mí?

La joven puso los ojos en blanco, como si acabara de recordar una escena lamentable.

—Todo lo contrario, de hecho. Alega no amarle en absoluto.

—A eso me refería. Si no me ama en absoluto, le será indiferente que flirtee con usted como desde el primer día estuvo previsto que sucedería, y entonces yo me marcharé de aquí por mi propio pie y sin armar un escándalo. Será como si nunca hubiese existido, lo juro. Pero si me quiere de veras pese a su desquiciante falta de amor propio, sospecho que solo la idea de perderme a manos de su mejor amiga la hará reaccionar.

—No sé si es usted perverso o brillante —reconoció Verity por lo bajini, observándolo con

admiración—. ¿En qué momento ha aprendido a descifrar tan bien a Prim? ¿Tanto puede llegar a aprenderse sobre una persona únicamente enviándole cartas?

—La señorita Insley es transparente, un rasgo que no dudo que ella desprecia porque le juega malas pasadas, pero que resulta que yo adoro. No es necesario pasar más de quince minutos en su compañía para saber que se avergüenza de lo que desea, cuando no le aterra, y que está desacostumbrada a luchar por lo que quiere porque nunca se ha planteado que pudiera salir victoriosa.

—Es justo por eso que sería una crueldad arrojarla a las garras del monstruo de los ojos verdes. Admítalo, señor Connor. Una parte de usted clama una venganza de las bíblicas.

—Por supuesto que clamo venganza —sentenció sin ocultar su enojo—. El barco con el que crucé a Escocia estuvo a punto de naufragar, casi pierdo la vida por culpa de la pulmonía que agarré al cabalgar bajo la lluvia durante varios días y he tenido que invertir todos mis ahorros para llegar hasta aquí. Cualquiera se llevaría una irritación de padre y muy señor mío si arribara a su destino con la efervescente ilusión del primer amor y el corazón en la mano y el objeto de sus deseos le negara no solo su afecto correspondido, sino su nombre real, el reconocimiento de la complicidad compartida y hasta su compañía.

Verity guardó silencio unos segundos para digerir los hechos. No tenía a la señorita Burton por una persona especialmente empática —no fue la impresión que se llevó el único día que se trataron—, pero le pareció que ponerse en su lugar la ofendía y hasta la instaba a reconsiderar dónde poner sus lealtades.

—A lo mejor es cierto y no desea estar con usted —murmuró, pensativa.

Sean se habría reído por el poco tacto de la muchacha si la enumeración de lo ocurrido no hubiese reavivado su ira, bloqueando cualquier emoción menor.

—En ese caso, quiero que me lo diga con todas las letras; que me confiese quién es, lo que ha hecho, por qué lo ha hecho y, para rematar, exprese a las claras que me desprecia.

—Por el amor de Dios —bufó ella—. Prim jamás le diría a nadie que le desprecia.

—Pues hasta ahora es lo único que le ha faltado incluir en sus retahílas de barbaridades.

—Y, sin embargo, aquí sigue —señaló ella con un brillo ufano en los ojos.

—Aquí sigo —reafirmó él.

Una sonrisa entre conmovida y orgullosa se fue abriendo paso en los labios de la joven. No tardó en volver a aferrarse a su brazo, ahora apretándolo con cariño, para retomar el paseo.

—¿Tiene idea de cuánto tiempo llevo esperándole, señor Connor? —le dijo con la voz atravesada por un entusiasmo infantil—. Mi abuelo dice que para cada roto hay un descosido, y basta con mirar a mis tías y tíos maternos para saber que así es; que el amor no hace distinciones de raza, género o clase social y llama a todas las puertas por atrancadas que estén. Ansiaba que llegara de una vez por todas un hombre ajeno a las convenciones populares y lo bastante seguro de sí mismo para perseguir a Prim sin tregua y sin vergüenza, tal y como se merece.

—La he perseguido en la medida en que me lo ha permitido. Reconozco que podría ir ahora mismo a dondequiera que esté y decirle que lo sé todo, pero soy consciente de que existe la posibilidad de que no haya confesado su mentira porque la avergüenza admitir que, después de todo, no me ama; que ha jugado conmigo. Si no siente nada por mí, señorita Burton, necesito que sea ella la que dé un paso adelante y hable con claridad.

—Y le vendrá de perlas sentir esa presión —caviló Verity con la vista clavada al frente—. Prim no es sincera con sus sentimientos. Teme todo lo que no sea el amor a Dios, es decir, todo lo que no consigue controlar y la aleja de la paz espiritual. Pero así no se puede vivir.

Sean asintió.

Era imposible estar más conforme con su argumento.

—Entonces apoya mi decisión.

—Le concederé tres días de puesta en escena porque es de justicia que padezca un rechazo similar al que usted ha sufrido a sus manos, y porque quiero que sepa que me responsabilizo y me arrepiento de mi colaboración en la historia de las cartas. Pero solo tres días —recalcó con el índice alzado—. No pienso torturar a Prim indefinidamente.

—Yo tampoco, señorita Burton, aunque algo me dice que tres días no son suficientes para doblegar la voluntad de la señorita Insley. No he conocido a nadie tan testarudo en mis veintiséis años de vida, y eso ya es decir considerando que mi madre es de las afueras de Belfast.

Verity comprendió a qué se refería —su padre no dejaba de ser irlandés— y rompió a reír. Esa fue la adorable imagen con la que se topó la pareja que accedió al invernadero justo entonces: la señorita Burton reclinada sobre el hombro de Sean, aferrada también a su brazo como si nada, ni un terremoto, pudiera moverla de allí, y riéndose encantada con el sentido del humor de su pretendiente. Él también daba el pego, sonriente por lo estimulante que encontraba la compañía de Wit e ilusionado por los tres días que le habían sido concedidos para recuperar un amor que no sabía en qué momento se le había escapado.

Pero Verity se tensó al reparar en que eran Rebecca y su hermano mayor los que coincidirían en el camino del invernadero. Percibió la rigidez que se apoderó de ella en el modo en que se endureció el brazo que descansaba contra el suyo; por lo demás, su aspecto y su postura, no denotaban más que una saludable relajación. Sean asumió que se debía a su enemistad con la señorita Wargrave y, para cuando iban a chocarse físicamente, se preparó para intervenir en su defensa en el caso de ser necesario.

—Parece que algunas no han oído que la avaricia rompe el saco —comentó Rebecca tan pronto como se detuvieron ante la pareja, parada obligatoria para no faltar el respeto a la educación protocolaria. Su hermano Harding la acompañaba del brazo, hastiado de antemano por el que preveía un rifirrafe inevitable—. No contenta con la veintena de pretendientes que ha coleccionado en tiempo récord, ahora la astuta Wit quiere también agenciarse a los que prefieren a sus amigas. Está claro que todo lo malo se pega; pasar tanto tiempo con Clarissa Inglefeild te ha convencido de que es de recibo robarle el candidato a quien se te mete entre ceja y ceja.

Sean se quedó pasmado con su habilidad para, en tan solo una introducción y con tono desenfadado, encajar todos los reproches con los que era notable que se envenenaba a diario. Se estaba preguntando cuánto tiempo habría dedicado a elaborar el comentario malintencionado, esto en el caso de que lo suyo no fuese un don natural para la improvisación, cuando Verity sonrió de oreja a oreja.

—Que yo recuerde, a diferencia de mí, tú no eras amiga de Clarissa, sino su insufrible rival. Robándote el pretendiente no se estaba extralimitando, sino acometiendo un acto de justicia. Si fue poética o no, eso ya lo decides tú, pero desde luego la cara que se te quedó fue un poema digno de enmarcar.

La señorita Wargrave palideció ostensiblemente y luego enrojeció hasta la raíz del pelo.

—Muy propio de la señorita Burton —espetó, envenenada—, enmarcar las tragedias ajenas y despreciar los poemas que de veras son hermosos; los que recibe de los insensatos a los que se les ocurre prestarle una atención inmerecida.

—Atribuirle a un grupo de cortejadores un adjetivo, positivo o negativo, es un privilegio de aquellas que podemos elegir marido entre una variedad. Otras no pueden decir lo mismo; sus pretendientes no son insensatos porque directamente *no son*.

Sean abrió la boca para pedirle a Verity que reanudaran la marcha, incómodo al ser testigo de

la dolorosa reacción de Rebecca. Pero entonces una voz fría como el hielo se hizo oír por encima del bien y el mal.

—Satán también era muy popular entre los suyos —dijo Harding con expresión neutra—. Ya ve que a la desgracia le gusta la compañía.

Verity se enderezó en reconocimiento del primer insulto con madera para ofenderla.

Más allá del gesto de ponerse recta, su afectación fue imperceptible.

—Y, aun así, Satanás era un ángel caído —repuso con gesto coqueto.

—Prueba de que los ángeles caen como moscas. Sobre todo en Londres a partir de su segunda temporada, y parece que usted va camino de la tercera. No descuide esos poemas ni esas cartas... —Le echó un vistazo de reojo cargado de desdén al pasar por su lado tirando gentilmente de una catatónica Rebecca—. Y a ser posible no toque las de la señorita Insley, no vaya a ser que además de soltera se quede sin amigas.

Verity se quedó boqueando en busca de una respuesta a la altura de su malicia. Para cuando consiguió balbucear, insegura, que «quien no tenía amigas era su hermana», una réplica pueril y que no hacía honor a su ingenio, los Wargrave ya habían desaparecido al otro lado de la arboleda del invernadero.

Sean se percató de que la joven temblaba, aferrada a su brazo con rabia, y presionaba los labios para contener un siseo furibundo... ¿o un puchero? No tardaría en comprender que Wit no se había tensado por la inminente proximidad de Rebecca, cuyos hirientes reproches sabía corresponder en medida similar y, cuando no, esquivar sin despeinarse, sino por la presencia del honorable Harding Wargrave.

Trató de distraerla iniciando una conversación banal sobre las flores que franqueaban el paseo, todas ellas de una exuberancia llamativa, pero Wit permaneció con el ceño fruncido y la mirada perdida al frente, sumida en la clase de contrariedad que a uno le impedía pegar ojo.

—¿En serio me ha llamado Satán? —balbuceó al cabo de un rato, cuando Sean se había cansado de luchar contra su silencio iniciando charlas banales que no iban a ninguna parte.

—Usted se ha excedido al burlarse sin compasión de su hermana. Es lógico que saliera en su defensa, ¿no cree? Se trata de su propia sangre.

—Pero nunca había sido tan cruel conmigo —musitó, ahora sin poder controlar los pucheros —. Soy consciente de que le disgusto, y sé que es porque la estúpida Rebecca le ha envenenado con odiosas calumnias, pero... pero siempre ha procurado, en la medida en que se lo ha permitido su recelo hacia mí, ser cordial.

Sean observó que ella se encogía, cada vez más molesta, y se concentraba en dónde iba poniendo los pies para alejar cualquier pensamiento que la inclinara al llanto. Pese a la penosa escena, a Sean se le acabó escapando una sonrisa, y a punto estuvo de preguntarle cuánto hacía que estaba enamorada del futuro barón.

Como si lo hubiese sabido y pretendiera evitarlo a toda costa, Verity se recuperó del enfado con un hondo suspiro y decidió cambiar de tema empleando un tono brioso.

—¿De qué hablábamos antes de que los Wargrave se cruzaran con nosotros?

—Sobre Primrose —le recordó—. Se me ocurre que podemos prolongar un rato más nuestro paseo y así me cuenta usted datos sobre ella. Es obvio que no es hija del señor Burton, por lo que... ¿De quién es hija? ¿A qué se dedican sus padres? ¿Qué es lo que debería saber sobre la esquiva señorita Insley?

Capítulo 13

—¿Te encuentras bien? —preguntó Wit en cuanto terminó de aplicar polvos a sus mejillas.

Ningún tipo de mancha en la piel femenina estaba bien considerada, pero Verity Burton se podía permitir cuantos defectos le placiera tanto física como moralmente, y a la vista estaba: no se esforzaba demasiado por disimular las pecas que le salpicaban sobre todo la nariz. Y por qué hacerlo, si era la clase de figura influyente que ponía de moda tendencias mundialmente estigmatizadas.

Primrose siempre había admirado su belleza, primero con envidia sana, feliz porque su amiga disfrutara de beneficios a los que ella jamás podría aspirar, luego con cierta impotencia al comprobar que la utilizaba como arma arrojadiza y como subterfugio para librarse de pagar por los platos rotos, y, al fin, con resignación. Pero desde la tarde anterior había empezado a fijarse con particular fijación, decidida a herirse a sí misma, en todo aquello que Verity tenía y de lo que ella carecía.

No había necesitado esforzarse para adivinar qué habría visto Sean en su deslumbrante aspecto y la originalidad de su personalidad que le había fascinado hasta el punto de olvidar la pasión compartida en el dormitorio.

No sabía por qué diantres le sorprendía que hubiese escogido a Verity por encima de ella nada más reencontrarse. Cierto era que no se había visto antes en situación semejante, pero porque los hombres no la tenían por una rival a la altura de la señorita Burton como para que existiese una elección ecuánime. Aparte, el desenlace casaba con lo que Sean llevaba días recalcando: que amaba a la señorita Burton, quien no dejaba de ser el rostro y el apellido de la destinataria de sus cartas.

Aun así, contra todo principio, contra toda obviedad, Primrose había tenido la audacia de asombrarse e incluso sentirse traicionada.

—Sí, solo sigo algo adormilada por la siesta —respondió con una débil sonrisa. Desde su cama, de donde se había incorporado para abrazarse las rodillas cubiertas por el camisón, observaba las hipnóticas abluciones de Verity—. Pareces entusiasmada con el baile de esta noche. Vas a ponerte uno de tus vestidos preferidos —señaló con lentitud, como si aún no hubiera decidido si quería o no saber el porqué de su vanidad.

—¿Es que no has visto la cantidad de hermanos mayores y tíos jóvenes que han venido para acompañar a sus hermanas y sobrinas durante las fiestas? —inquirió con el tono entre incrédulo y burlón de quien no podía creerse que le preguntasen una obviedad. Primrose estuvo a punto de responder que eran los mismos hermanos mayores y tíos jóvenes que llevaban los últimos tres años celebrando las Navidades en Arlington Abbey, pero prefirió engañarse un rato más con que su acicalamiento no se debía a la presencia de Sean—. Es casi como si estuviéramos en Londres, Prim. ¡Un mundo de posibilidades infinitas se abre ante nosotras! No podemos desaprovechar la oportunidad de hacernos ver. Lo que hace que me cuestione... ¿Por qué no te arreglas?

—Supongo que a mí no me ilusiona eso de ser vista tanto como a ti.

No pudo evitar que se le escapara una nota de resentimiento.

Se odió por ello.

—Pues deberías —atajó Verity, concentrada en recogerse la melena. Mirarse al espejo era para ella una ceremonia privada de carácter casi religioso que le concedía la misma paz espiritual

que a Primrose entregarse a un rezo. De niña, la señorita Burton estableció la costumbre de ahuyentar a sus criadas cuando debía prepararse para un evento. Exigía que le dieran horquillas y agujas, un cepillo de cerdas de jabalí y veinticinco minutos, que ya se encargaría ella de obrar un resultado milagroso con tan escasa materia prima—. No sé por qué has renunciado al matrimonio, Prim. Muchas solteras se han casado antes de su tercera temporada. Gracias, precisamente, a veladas familiares como esta.

Ladeó la cabeza para desviar la mirada hacia el borde del camisón, que se estaba volviendo a descoser. ¿Cuántas veces no habría remendado la misma ropa interior?

—No he visto a nadie que llame mi atención —mintió con la boca pequeña.

—Pues no será porque no abunden los caballeros atractivos. Fíjate en el señor Connor, sin ir más lejos —dejó caer con brío—. Por más que me esforcé anoche, no logré verle un solo defecto que justificara tu deseo de espantarlo. Estuvimos más de dos horas paseando. ¡Hacía años que no me sentía tan revitalizada con una conversación!

—Dos horas hablando, ¿y no se dio cuenta de que no eres la mujer que le respondía las cartas? —soltó antes de pararse a pensarlo. Se obligó a sonar más o menos indiferente al continuar—. El defecto de estúpido no lo tiene, o esa impresión me ha dado a lo largo de los últimos días, y asumo que, en algún momento de la charla, mencionaría algo relativo a lo que se debatió durante el contacto epistolar.

Sin apartar la vista de su glorioso reflejo, Wit contestó con desahogo.

—Fui precavida y le dije de antemano que me gustaría que nos conociéramos de nuevo cara a cara tocando cuestiones que nunca llegaron a tratarse por escrito.

«Me gustaría saber qué cuestiones son esas», pensó Primrose con inevitable retintín. «Los temas sobre los que no hayamos discutido largo y tendido en este último año y medio no existen, no son importantes, o no nos interesan a ninguno de los dos».

—Es una lástima que tengas que decirle que no quieres saber nada más de él, entonces —repuso en su lugar, enderezándose con una vaga sonrisa de alivio—. Se notó nada más veros que complicidad no es algo que os falte.

Verity se recogió la densa melena pelirroja en un moño alto y realizó las pertinentes sujeciones con la destreza de quien llevaba desde los nueve años peinándose sola.

—¡Oh, eso! —exclamó con aire distraído—. Verás... Anoche decidí que no voy a pedirle que se marche. Me ha resultado incluso más atractivo que la primera vez, habría que estar ciego para no percatarse de que se siente atraído por mí y, como has dicho que tú no estás interesada en él, no veo por qué no ocupar tu lugar.

Primrose había estado temiéndose un giro argumental parecido desde el preciso instante en que Sean miró hacia las escaleras y localizó a Verity. Todo el mundo había contenido el aliento, las maestras incluidas, mientras la joven descendía con una mano en la baranda y alcanzaba al más apuesto de sus pretendientes con el brazo extendido en una muestra de coquetería irresistible que ella nunca habría podido replicar. Primrose había sentido que se le retorcían las entrañas, víctimas de una rabia candente, al atestiguar el suave contacto de sus labios sobre los guantes blancos.

No había podido agradecer que se apartaran de su vista, sin embargo. Su mente imaginativa le había jugado una mala pasada pintando a su amiga entre los brazos de su señor Connor. Conociendo su fogosidad, no le habría extrañado que se abalanzara sobre Verity y le repitiera la sarta de obscenidades con las que sonrojó a Primrose.

«Un momento. ¿Has dicho “tu señor Connor”? Hay que tener valor», se burló de sí misma.

Al ver que no obtenía una respuesta inmediata, Verity se giró desde el tocador con las manos

sobre la cabeza y la miró con esa inocencia impostada que a veces la hacía reír y que, en otras ocasiones, despreciaba desde lo más profundo del alma.

¿A quién pretendía engañar cuando se fingía inofensiva?

—¿Supone un problema para ti, Prim? Tú solo di la palabra, querida, y yo me retiraré de la partida a la mayor brevedad y procurando no perder la dignidad.

Todo su sistema se rebeló para instarla a protestar en voz alta. La sangre le quemó en las venas, el estómago se le encogió agónicamente, el pulso se le aceleró a un ritmo de infarto. Pero Primrose tenía por costumbre desatender sus propias emociones, minimizar sus deseos como si no valieran nada, y no le costó ignorarlas. Sin embargo, sí necesitó convencerse de que el cortejo no iría a ninguna parte para no ahogarse en su amargura.

«Witty se aburrirá de él», se repitió. «Seguro que sí... Ya lo verás».

—Para mí no supone problema alguno, pero quizá para ti sí —se oyó decir. Había dejado de sentirse la cara y las manos. Solo notaba las orejas ardiendo—. Te recuerdo que el señor Connor me robó un beso hace menos de cuarenta y ocho horas, cuando en teoría seguía esperándote, y ha tenido la audacia de recibirte con toda pompa y boato, alardeando de una hipocresía apabullante. ¿De veras quieres que un canalla de tamaño calibre te haga la corte?

—Te invito a señalarme a un solo sujeto en esta sociedad podrida hasta los cimientos que no adolezca de ese defecto —desestimó con un encogimiento de hombros—. Tal vez me ofendería su libertinaje si le hubiera escrito cartas durante año y medio, pero como en realidad no le conozco de nada y él tampoco a mí, no hiere mis sentimientos. Además; en su lugar, yo también habría besado a una bella señorita si se me hubiese presentado la ocasión en bandeja —añadió con un guiño encantador.

Primrose se sintió miserable por haber pensado en los peores términos de su amiga. Era imposible que estuviese improvisando aquella puesta en escena con el fin de hacerle daño. La conocía desde hacía años, y entre la estricta proximidad de la convivencia y el intercambio de confidencias que propiciaba la cercanía, habían terminado por estar al tanto de todos los secretos de la otra. Sabía que Verity la quería sinceramente y no mentía cuando decía que bastaría con que dijera que amaba a Sean para que se batiera en retirada.

Pero Primrose no podía decir algo así. En el peor de los casos, Sean la despreciaría por mentirosa, por no estar a la altura de sus expectativas, y, en el mejor de entre los mejores, pediría su mano y ella le arruinaría la vida con el simple hecho de pasear de su brazo. Todo el mundo señalaría al señor Connor como un pobre hombre por haber cometido la insensatez de tomarse en serio a una mujer con su aspecto, y eso cuando no le tildaran de contrariar las normas no escritas del sistema sacando a la luz a la clase de amante que debía permanecer entre las sombras.

—Creo que hacéis una bonita pareja —se resignó a decir, e hizo de tripas corazón para ofrecerle una cálida sonrisa.

Desde los nueve años con los que Primrose llegó a Arlington Abbey hasta los diecisiete, ninguna alumna se le acercó ni por piedad. Verity Burton fue la primera en demostrar unas agallas fuera de lo común abordándola por voluntad propia y sin el objetivo ya popularizado de mofarse de ella. Con tan solo los catorce años que una muchacha debía de haber cumplido para entrar en la escuela, exhibió la personalidad ajena a convencionalismos sociales que le había permitido hacer buenas migas con ella sin pensar en cómo repercutiría esto en su reputación. A raíz de su acto de generosidad, otras jovencitas se habían dignado a dirigirle la palabra por exigencia de un debate en clase o un proyecto grupal. Pero ninguna arrastró una silla para sentarse a su lado, silla que hasta el momento había formado parte del corro de las damas a las que se les auguraban matrimonios provechosos, y preguntarle quién era, de dónde había salido y

si era cierto que escribía novelas.

Y si, de ser así, tendría la amabilidad de dejarle leer alguna.

Era cierto que la mayoría de las alumnas nunca se atrevió a despreciar a Witty por su elección de amistades. Casi todas respetaban la jerarquía y una joven con la dote de Verity Burton formaba parte del groso de la cúspide social, por lo que sus excentricidades entraban en la categoría de entrañables. Pero en la pirámide estamental, las damas seguían estando medio escalón por encima.

La honorable señorita Wargrave, hija de un barón, era el principal ejemplo.

Aunque Rebecca no le hubiera dado tregua un solo día desde que se negó a juntarse con las jovencitas del rango que le correspondía, Verity atendía a las continuas críticas como quien oía llover. Primrose la admiraba por ello y por cuantos rasgos la hacían única, y la quería porque no solo la había elegido una vez, sino que la escogía a diario pese a saber ahora a lo que se enfrentaría.

No podría odiarla así aceptara la propuesta matrimonial de Sean Connor.

Pero debía reconocer que esto la sumiría en la amargura y que su amistad sufriría un revés.

—¿Necesitas ayuda para vestirte? —preguntó Verity al cabo de una hora exacta, ya lista para bajar a iluminar el salón con su presencia. Presentaba un aspecto saludable y atractivo a más no poder: se había decantado por un vestido con las mangas de seda color crema y un semirrecogido que insinuaba la longitud de su melena rizada.

—No, gracias. Estás preciosa, Wit.

Alargó la mano para estrechar la de su amiga. Verity aceptó el gesto ligeramente descolocada, detalle que captó en la vacilación de su media sonrisa. La despidió devolviéndole el gesto cuando casi todas las alumnas que habían estado preparándose a su alrededor ya se habían marchado.

Solo la señorita Wargrave seguía en su tocador, ubicado en el lado derecho de su cama.

Primrose esperó a que Wit hubiese desaparecido para abrazarse con fuerza las piernas y apoyar la mejilla sobre las rodillas. Aún llevaba el camisón y tenía el pelo suelto y recién cepillado arropándole la espalda. Le ardía el corazón al pensar en volver a atestiguar un momento de complicidad como el de la tarde anterior.

—¿En serio la vas a dejar ganar? —oyó que le preguntaba Rebecca—. ¿Así de fácil?

Levantó la cabeza para mirar de reojo a la señorita Wargrave, que había dejado el cepillo sobre el tocador en un violento gesto de disconformidad.

—No sé de qué me hablas —murmuró Primrose.

—Oh, por favor. —Puso los ojos en blanco—. Tengo suficiente con que los hombres me traten como si fuera estúpida como para que también lo hagan mis compañeras. He visto cómo miras al señor Connor, y supe que la que escribía las cartas eras tú en el preciso instante en el que pusiste a Verity a caer de un burro en la cena de Nochebuena.

Primrose se quedó de una pieza.

Por lo general, Rebecca era más sutil a la hora de expresar su opinión. Hasta la boda de Nile y Clarissa, a nadie se le habría ocurrido que la muchacha tendría no ya criterio para valorar lo que sucedía a su alrededor, sino una capacidad de observación que hilaba finísimo y, para su inmensa desgracia, incluso sentimientos.

—Pensaba que... —se le fue apagando la voz—. No se me ocurrió que habría podido ser tan obvia.

—¿Qué explicaría una deslealtad por tu parte, si no? Tendrás numerosos defectos, Insley, pero el de judas no es uno de ellos. Tus adoradas Clarissa y Verity siempre lo han significado todo para ti... aunque solo sea porque rehúsas aspirar a algo más que a la amistad femenina.

Dejó claro, poniendo los ojos en blanco de nuevo, la opinión que le merecía su falta de ambición.

—¿Qué tendría eso de malo? —replicó, rompiendo la postura autocompasiva.

—Si fuera lo único que le pides a esta vida, no lo juzgaría, pero estar enamorada de un hombre y arrojarlo a los brazos de otra mujer es de no tenerse respeto alguno. Sobre todo si esa otra mujer es la dichosa Verity Burton.

—¿Por qué? Wit me supera en todos los aspectos imaginables.

—En los imaginables, puede ser, porque en la imaginación todo es posible. En los reales, en los observables, ya te digo yo que no tanto. Es obvio que careces de amor propio e instinto de supervivencia —continuó reprochándole—, pero ¿dónde se han metido las bondades cristianas que te suelen inclinar a apiadarte del prójimo? ¿Es que no te da pena el señor Connor? ¿Quieres condenarlo al matrimonio con una arpía venenosa que lo enfermará de celos y le hará miserable con sus descarados flirteos durante el resto de su existencia?

Primrose no lo habría expresado de un modo tan despectivo, pero cierto era que no se imaginaba a Verity moderando su carácter chispeante para no faltarle el respeto a su marido. Era una criatura libre que rehusaba someterse a los dictámenes del decoro. Por eso la quería... y por eso mismo no la querría jamás para Sean.

—Eh —la regañó, aun sin tenerlas todas consigo—. Es mi amiga de quien estás hablando.

—¿Y por cuánto tiempo lo será si se casa con el hombre al que amas? ¡Por los clavos de Cristo, Primrose! —se desesperó—. ¡Ni siquiera tú tienes un corazón tan generoso como para asistir a esa boda sin vomitar sobre tus propios zapatos! Levántate, vístete y recuérdale al señor Connor por qué te miraba durante las clases de pintura como si no hubiese visto antes a una mujer.

Odió tener que reconocer que no le faltaba razón.

Primrose era interpretada como un alma cándida porque se aferraba decididamente al virtuosismo religioso, convencida de que no podría ofrecer ninguna otra cosa a sus conocidos y amistades aparte de buenos consejos y una generosidad ilimitada. Pero su Luz Interior era el reflejo de la luna en el agua, apenas una ilusión creada por el ojo humano, porque, como todo hijo de vecino, sentía celos, rabia, a veces pensaba lo peor de Verity y, en el fondo, le encantaría aparecer en el salón con sus mejores galas para deslumbrar a un hombre que había osado despreciarla.

Sin embargo, debía poner los pies en la tierra y admitir sus carencias.

—No tengo un vestido lo bastante bonito para siquiera aspirar a estar al nivel de Wit —se lamentó con un hilo de voz—. Y, aunque lo tuviese, nada me garantiza que me mirará dos veces.

—Mejor intentarlo que rendirte antes de tiempo, ¿no? Y por el vestido que no sea —atajó Rebecca, poniéndose en pie—. Mi armario está repleto de diseños que aún no he estrenado y que de seguro te sentarán de maravilla. Creo que tú y yo tenemos unas medidas similares, si acaso tú eres más alta, pero dudo que alguien eche de menos dos o tres centímetros en el bajo.

Primrose tardó en asimilar el ofrecimiento.

—¿Me estás...? ¿Me quieres prestar un vestido?

Rebecca le restó importancia con un ademán impaciente.

—No me lo iba a poner de todos modos, así que no veo por qué no —le espetó de mala gana —. Como no lo he estrenado aún, nadie sabrá que es mío.

Primrose seguía sin caber en su asombro.

—¿Me darías uno que ni siquiera te has puesto todavía?

—Estreno un guardarropa de vestidos nuevos todas las temporadas, Insley —suspiró, hastiada

—. No me supone ningún esfuerzo.

—Sigue siendo un... un... un acto de generosidad que yo... Nunca podría agradecértelo.

—Si consigues que el señor Connor se olvide de Verity y se centre en ti, me daré por satisfecha. Pero tienes que empezar a vestirte ya. Y dejar que me encargue de tu pelo —agregó tras echarle un vistazo valorativo.

Primrose fue a preguntar por qué diantres haría algo así, convencida de que había una razón oculta por la que de pronto era el culmen del altruismo. Pero la misma Rebecca se lo había dicho, y con un brillo retador en los ojos que conocía demasiado bien: quería ayudarla porque odiaba a la señorita Burton con cada fibra de su ser y no soportaba verla ganar.

Aceptando la dadivosidad de la mayor enemiga de Wit y de Clarissa, también la suya en algunas ocasiones, estaría incurriendo en una debilidad moral por la que sus amigas pedirían explicaciones. Pero llevaba días soñando, aun en contra de sus principios, con que Sean volvía a mirarla como lo hizo al acorralarla en el dormitorio, y no estaría flirteando con descaro ni exponiendo la mentira haciendo algo tan inocente como ponerse un vestido.

Así pues, se levantó de la cama en completo silencio y extendió los brazos en señal de claudicación. Ni corta ni perezosa, Rebecca se dirigió flamantemente vestida hacia su armario y sacó el traje que había mencionado, una confección de seda y satén en tonos plateados y dorados que hizo que el corazón le diese un vuelco.

Dio por hecho que Primrose le había dado el visto bueno al apreciar su rubor placentero y le indicó con aspavientos impacientes que empezara a ponerse la ropa interior.

En completo silencio, Rebecca la ayudó a ajustar el lazo trasero de la falda y los nudos del corsé mientras Primrose se miraba al espejo con la ilusión burbujeando en el pecho.

«¿Será hoy un día especial?», se preguntó. «Crucemos los dedos».

Capítulo 14

—Mandé hacer este vestido a imagen y semejanza del que llevaba mi madre cuando la retrataron por última vez —le contó la señorita Wargrave en voz baja, concentrada en cerrar los broches de la prenda. Le estaba algo más ajustado de la cuenta porque Rebecca tenía la cintura muy estrecha, pero eso solo remarcaría unas curvas por lo demás modestas—. Me pareció una bonita manera de homenajearla. Pero cuando me lo probé ante la modista, la semejanza nos afectó profundamente a Harding y a mí. Aunque, como puedes ver, lo pagamos y me lo llevé, nunca he sido capaz de estrenarlo y sé que no volveré a atreverme a ponérmelo. En el fondo es un alivio que me hayas hecho el favor de... —Carraspeó, avergonzada por su confesión—. Bueno, de darle uso y vida a la prenda.

Primrose buscó el rostro de Rebecca en el espejo, pero esta se había escondido a su espalda, sospechaba que adrede, y se negaba a apartar la vista de su labor para no fomentar una complicidad para la que en el fondo no estaba preparada.

—Sé lo que es no poder ni ver algo que llevaba un ser querido —reconoció ella con una sonrisa temblorosa—. Todavía conservo en el cajón de mi escritorio uno de los gorritos de lana que le hice a mi hermano pequeño.

—No sabía que tenías un hermano pequeño.

—Porque lo tenía —murmuró, agachando la cabeza—. Murió de escarlatina con cuatro años, cuando yo ya estaba internada en la escuela. ¿Qué edad tenías tú cuando falleció la baronesa? —preguntó antes de que la conversación sobre el pequeño Silas pudiera alargarse.

Rebecca comprendió que prefería no ahondar en el tema y aceptó que lo guiara a su terreno.

—Acababa de cumplir once. Harding todavía no tenía ni diecisiete.

—Lo siento muchísimo. Seguro que era una mujer encantadora.

—Es algo que se dice sobre los padres por mera cortesía o para contentar a los huérfanos que deja atrás, pero sí que lo era. Lo era de verdad. Si supiera que tengo enemigas en la escuela, me echaría una buena reprimenda y me obligaría a extender puentes de unión.

—Entonces ¿por qué las tienes? —se animó a preguntar Primrose, y no sin amargura—. A la vista está que puedes ser generosa, Rebecca. No entiendo tu fijación por humillarme a mí y a mis amigas.

La señorita Wargrave alzó la cabeza cuando había terminado de ajustar el vestido. Ni siquiera el ceño de incredulidad afeaba su rostro perfecto. A Primrose siempre le había parecido natural, cuando no inevitable, la rivalidad entre Wit y ella. A fin de cuentas, y lo quisieran o no, competían por el puesto de la más bella de la escuela. El cabello de rojo de Verity entraba en la definición de exótico, el suyo era el único cuerpo voluptuoso que no se tildaba de vulgar y el hecho de que no requiriese de la menor aproximación al arquetipo de belleza inglesa para ser considerada una hermosura ya lo decía todo sobre la magnitud de sus encantos. Pero Rebecca cumplía uno por uno los puntos del canon estético europeo, lo que la hacía parecer la modelo huida de un retrato, un ángel caído del cielo y hasta una aparición. Primrose había visto cómo la miraban los hombres, como si aún no pudieran creerse que sus fantasías se hubieran encarnado no ya con precisión, sino rebasando con creces sus modestas concepciones.

—¿Mi fijación por defenderme, quieres decir? —replicó ella—. Yo no fui la que empezó la guerra.

Primrose pestañeó, perpleja con su audacia. Fue a replicar que aquella afirmación estaba fuera de lugar cuando la puerta del dormitorio se abrió y la señorita Reeves, ataviada con su uniforme azul marino, asomó la cabeza de bucles castaños bajo el umbral.

—¡Señoritas! ¿A qué esperáis para hacer acto de presencia? Todo el mundo se está preguntando, en concreto el honorable Harding Wargrave... —Puso los ojos como platos al fijarse en el vestido prestado de Rebecca—. ¡Dios santo, Prim! ¡Estás deslumbrante!

Primrose se ruborizó de gusto y se cogió la falda para girar sobre sí misma.

—¿Usted cree, señorita Reeves?

—¡Lo creo y lo confirmo! ¡Qué maravilla! Querida señorita Wargrave, usted también está preciosa —añadió enseguida, aunque con la falta de entusiasmo de estar recalcando una vez más una verdad sostenida en el tiempo—. En fin, estimadas, por bellas que estén, no se les perdonará la tardanza si extienden mucho más su acicalamiento.

—Descuide, señorita Reeves, que estamos listas —se apresuró a decir Primrose.

Se miró una última vez en el espejo, admirando el resultado del semirrecogido ondulado, el brillo en los labios, el rubor en las mejillas y el favorecedor escote, que mostraba unos hombros redondeados y unas clavículas marcadas. Enseñaba también una de las manchas que más despreciaba, oscura y demasiado grande para soñar con taparla con polvos, que de todos modos eran inútiles. Se trataba de un vestido que jamás habría diseñado para sí misma y que nunca se habría puesto en una velada de temporada, pero a caballo regalado no se le miraba el diente y, además, en la escuela se sentía algo más segura para arriesgarse.

—Gracias, Rebecca —le dijo en cuanto se giró con los ojos anegados en lágrimas de ilusión —. Creo que nunca estaré ni me sentiré tan bonita como esta noche.

La señorita Wargrave ocultó un rubor de placer por el agradecimiento y sacudió la mano para instarla a dejarse de memeces. Se dio la vuelta para adelantarla con las faldas bien agarradas, y desde la puerta le espetó que sería mejor que no las vieran aparecer a la vez. Primrose pensó con vaguedad que no la dejaba sola para evitar que Clarissa y Wit le hiciesen preguntas indiscretas, cosa que apostaba por que le encantaría para sembrar la discordia, sino para que su entrada fuese el doble de impactante.

«La señorita Wargrave no es un alma cándida porque te haya prestado un vestido. Lo hace para que, para variar, Verity no sea la estrella de la noche, no para hacerte feliz», se dijo.

Pero esta vez le costó ponerse en contra Rebecca.

¿Sería posible que bastara con un buen gesto para borrar los desprecios de años enteros?

«¡No, claro que no!».

Primrose inspiró hondo y cruzó el pasillo con las manos entrelazadas sobre el regazo. No perdía de vista que seguía siendo la joven apodada «jirafa» y «leprosa» por las manchas de la piel, la solterona empedernida, la única alumna de la historia de la escuela de señoritas que había sido admitida por lástima y a la que no se le auguraba un futuro prometedor. Aunque la vistieran las mejores sedas, la baronesa en persona, una de las mujeres más apreciadas de la historia del *beau monde*, hubiese lucido un diseño similar y la confección hubiera sido obra de la mejor modista de la ciudad, lo lucía una muchacha que no destacaba por nada de valor.

De pronto se sintió una impostora resguardada tras el anonimato de un disfraz legendario que le venía grande. Se detuvo al comienzo de bajar las escaleras, antes de que la viera nadie. La voz interior la convenció de refugiarse en la habitación, el rincón que le correspondía, o cambiar el vestido por una prenda más apropiada, y esto era una confección de algodón raído y con el cuello cerrado. Y ya bajaría por las escaleras del servicio para no irrumpir en el baile creyéndose una dama solicitada.

«Ni siquiera tú tienes un corazón tan generoso como para asistir a esa boda sin vomitar sobre tus propios zapatos», oyó que le susurraba el diablo del hombro.

«Eso habría que verlo, Rebecca», le respondió.

«¿En serio vas a dar lugar a que suceda solo para poner a prueba tu ilimitada generosidad?», se siguió burlando su demonio particular, que tenía el cabello dorado y un don para despreciar o bendecir a su interlocutor tan solo arqueando las cejas. Volvió a robarle las palabras a Rebecca: «Levántate, vístete y recuérdale al señor Connor por qué te miraba durante las clases de pintura como si nunca hubiese visto una mujer».

Primrose se aferró a la barandilla como si le fuese la vida en ello y probó distintas expresiones neutras para bajar las escaleras. Procuró no hacer ruido por si tenía la magnífica suerte de que la música de la orquesta y el barullo de las conversaciones disimulaba su entrada. Por fortuna, la escalinata desembocaba en el recibidor y eran pocos los invitados que bebían y charlaban fuera del salón. Solo el honorable Harding Wargrave y el conde de Haverford, Nile Inglefeild, se habían alejado del foco para conversar en privado.

Olvidó su bochorno para sorprenderse de que los viejos amigos se estuviesen riendo con la cabeza inclinada hacia la del otro, como si acabaran de compartir una confidencia. Por lo que sabía, los caballeros se habían visto en la obligación de distanciarse después de que Nile cancelara su compromiso con Rebecca para casarse con Clarissa, con todo lo que esto supuso: la caída en picado de la reputación de la joven Wargrave y su odio inmortal hacia los condes de Haverford, que por razones de lealtad debía ser replicado en idéntica medida por el futuro barón.

Los dos se percataron de su llegada a la vez, sincronizados como lo habían estado desde la tierna infancia. Pese a que Harding Wargrave llevaba visitando la escuela alrededor de cinco años, Primrose apenas había intercambiado un par de frases de cortesía con él. A menudo, dicha cortesía había disimulado un rencor comprensible hacia una de las detractoras —aunque fuese en defensa propia— de su hermana. Pero el caballero tuvo que reconocer el vestido de su difunta madre, porque su expresión se suavizó nada más verla como si fuesen viejos amigos. La primera sonrisa que le veía esbozar en público asomó a sus labios, iluminando un rostro de perfectas proporciones que ahora contaba con un extra de encanto personal.

Nile Inglefeild, por otro lado, siempre le había profesado el mayor de los respetos. Ambos se aproximaron a la vez, el conde con la expresión orgullosa de quien veía triunfar a un ser querido, y el hijo del barón mucho más que enternecido.

Los dos le tendieron la mano al mismo tiempo para ayudarla a bajar los últimos escalones.

—Tiene usted un aspecto magnífico, señorita Insley —la halagó el conde—. Va a causar sensación.

—¿Necesita escolta? —inquirió Harding con amabilidad.

La solicitud de dos de los caballeros más atractivos de la fiesta inspiró en Primrose una actitud coqueta.

—¿Qué habrán cenado esta noche los hermanos Wargrave, que se muestran tan gentiles conmigo?

Harding se enderezó, en lo absoluto indignado porque hubiese sacado a colación que la mayor parte del tiempo no era el mejor ejemplo de cordialidad. Se giró hacia el pasillo que conducía al salón con el brazo doblado, invitándola a agarrarse.

—No existe cosa en el mundo que pueda yo negarle a la mujer que luzca ese vestido.

—Entonces su urbanidad depende de lo que una dama lleve puesto —bromeó Primrose, complacida por la atención de Wargrave. Estaba de veras conmovido; un brillo jovial había humedecido sus ojos verdes, avivando la imaginación de la muchacha. Se preguntó con el

corazón en la mano cómo habría sido de niño aquel hombre que por lo general se mostraba tan serio—. Rebecca me ha contado la historia de la prenda. Lamento lo de su madre, señor.

Él sacudió la cabeza, dando a entender que no era lugar o momento para debatir lutos dolorosos, y esperó a que ella aceptara la galantería para conducirla hacia el salón. Nile le ofreció el suyo por el otro lado, y así fue la entrada triunfal de la señorita Insley en plena cuadrilla: con un caballero, a cada cuál más deseado, franqueándola a cada lado.

Desde luego que llamó la atención, y no solo de la concurrencia masculina, sino de todas las damas presentes.

Pensó que Rebecca se indignaría al ver a Nile tan cerca de su hermano mayor, pero captó su sonrisa satisfecha con lo que a todas luces había sido obra suya nada más testimoniar su llegada. Los primeros acordes de un vals acallaron los murmullos sorprendidos de los invitados, que solo fueron a más cuando el conde se separó de la dama, concediéndole a Harding la intimidad necesaria para preguntar:

—¿Me concedería este baile?

—¿El vals? —se asombró Primrose—. ¿Está... seguro?

Su vacilación extrañó al caballero.

—¿No le gusta el estilo de la pieza, señorita?

—No, no, claro que sí, es solo que yo nunca he...

Se calló a tiempo para no pregonar su desconocimiento, su inexperiencia y, lo que era peor, su inseguridad. No sirvió de nada, porque Harding, tan perspicaz como su hermana, comprendió sus reservas.

Ni una pizca de compasión o desdén enturbió la calidez de su expresión.

—Está usted de suerte, entonces, porque suele ser el hombre quien guía la danza y yo soy un déspota por naturaleza.

Le volvió a tender la mano, que Primrose aceptó sin reservas, y, tan encantada con las atenciones que no se sentía la cara, se dejó guiar hacia el centro del salón.

Parecía que los Wargrave se hubiesen propuesto convertir aquella noche en una velada para el recuerdo. Bailaría su primer vals con un vestido de ensueño y en brazos del que era, objetivamente, el hombre más bello, si no del mundo entero, al menos de Inglaterra. Olía tan bien que Primrose se sintió tentada de acercarse un paso de más, y aunque la fiesta hubiese empezado hacía horas, ni una arruga osaba perturbar la caída impecable del frac o el cabello del color del oro viejo que se le ondulaba sobre las orejas.

Se ruborizó cuando le puso una mano en la cintura y le cubrió la palma contraria con la de él. La diferencia de tamaño la hizo sentir extrañamente femenina, una especie de princesa de cuento.

—Imagino que ha sido idea de Rebecca vestirla a imagen y semejanza de la difunta baronesa —comentó Harding en cuanto empezaron a bailar—. Eso solo puede significar que mi hermana la respeta.

—Y usted extiende su respeto a aquellos que su hermana respete... con excepción del conde de Haverford, ¿me equivoco? —inquirió ella con una ceja enarcada.

Harding copió su gesto.

—Confío en que no me está amenazando con contarle a Becks que aún atesoro mi amistad con Nile.

—¡Por Dios! Jamás me atrevería. Solo expresaba en voz alta que aún no sé cómo interpretar su... modo de relacionarse, señor Wargrave. ¿Qué hago? ¿Aplaudo su halagadora lealtad hacia su familia? ¿Le admiro por formarse sus propias opiniones?

—Diría que lo segundo. Tengo mis propias opiniones, señorita Insley; por eso usted siempre

me ha parecido una mujer inteligente y una compañía agradable al margen de lo que Rebecca pudiera dar a entender con sus cuestionables conductas —reconoció sin inmutarse, moviéndose con una elegancia contagiosa a su alrededor. Resultaba tan fácil bailar con un hombre que sabía imponer su voluntad que por un momento pensó que le había hechizado los pies—. Pero es cierto que mi opiniones sobre los demás dependen en gran medida de cómo traten a mi hermana pequeña. Usted nunca ha sido cruel con ella, por eso me tomé la molestia de valorar su virtuosismo por separado.

—No será porque ella no haya sido cruel conmigo, eso se lo aseguro.

Harding suspiró a la par que ejecutaba una vuelta sujetándola con firmeza.

—Estoy al tanto de los que son los defectos de Becks. Convivo con ellos. Pero me gustaría que alguien los pasara por alto y le ofreciera su sincera amistad. No hay nada que mi hermana desee más que forjar un vínculo real con un corazón sensible.

Primrose se sorprendió con la elección de tópico, que dudaba que se hubiese preparado para la ocasión. Más le extrañó, y no para mal, que Harding se presentara como un hombre con preocupaciones del tipo sentimental.

—Su hermana tiene muchas amigas, señor Wargrave. La señorita Tandye, por ejemplo.

—Tal y como yo entiendo la amistad, o se tiene un amigo, o se tiene un palmero, y la señorita Tandye entra más bien en la segunda categoría. —Hizo una pausa deliberada para diferenciar un tema de otro—. No suelo coincidir con las ocurrencias del conde de Haverford, que acostumbran a encuadrarse en la categoría de idioteces, pero hoy estoy de acuerdo con él en que es usted la estrella de la noche.

Primrose se ruborizó furiosamente.

—Gra... gra... gracias... Usted también destaca cuando se digna a sonreír.

Él se rio, conforme con su respuesta.

—Sé divertirme, se lo juro. Solo necesito estar inspirado. O, en su defecto, que me inspiren —añadió con un aire pícaro que le contrajo el estómago.

¿El honorable Harding Wargrave estaba flirteando con ella, Primrose Insley?

Los nervios le jugaron una mala pasada y le pisó la puntera del zapato sin querer. Agachó la mirada para confirmarlo, helada en el sitio, y luego buscó su rostro, horrorizada por el error. Se percató de que a Harding no solo no le había importado en absoluto, sino que soltó otra carcajada que el resto del salón pudo apreciar.

—Puede usted respirar tranquila, mujer de Dios. No va a haber que amputar.

Primrose se echó a reír también, más divertida con su sentido del humor que aliviada, y se relajó tanto entre sus brazos que no volvió a perder el equilibrio en lo que restó de vals; una experiencia breve pero maravillosa que albergaría en el corazón para siempre.

Capítulo 15

—Parece que Prim nos ha adelantado por la izquierda —comentó Wit en uno de los arriesgados giros de la polca, poniendo voz a los turbulentos pensamientos de Sean.

Por imprudente que fuera apartar la vista del otro o centrarla en un punto distinto de los pies, tanto ella como él habían estado lanzando miradas indiscretas a la formidable pareja que componían Primrose y el honorable Harding Wargrave, quien muy pronto se convertiría en el trágicamente asesinado Harding Wargrave si no le quitaba las manos de encima.

Sean no se consideraba un hombre celoso. No envidiaba aquello que él podía tener si se esforzaba lo suficiente ni codiciaba lo que le faltaba por el simple hecho de que otro lo poseyera. Pero el futuro barón la había hecho reír más veces de las que Sean podía atribuirse con orgullo, y ahora que estaba más familiarizado con las inseguridades de la joven gracias a los relatos que Verity le había proporcionado durante su paseo, era consciente de lo mucho que estaría significando para ella que un caballero la hubiese sacado a bailar.

Si el señor Wargrave tenía la menor intención honorable con su criatura, estaría enfrentándose a un digno rival.

En un principio se había entusiasmado como el que más con la reacción general a la entrada de Primrose. Nada le ilusionaría tanto como que la señorita Insley se sintiera querida en la medida en que lo merecía. Pero ese profundo agradecimiento hacia el aristócrata porque la hubiera invitado a acompañarle en uno de los bailes más románticos del repertorio se había torcido hacia la alarma.

—Habréis charlado desde nuestra conversación de ayer —señaló Sean, alternando miradas suspicaces entre Verity y la pareja—. ¿Le has mencionado algo que pudiese bastarle para deducir lo que nos proponemos?

—¿Qué insinúas? ¿Que Prim se está vengando de nosotros por la jugarreta? No es esa clase de persona. Solo se está divirtiendo, y sin saber que lo hace a costa de...

Apretó los labios para no expresar en voz alta lo que saltaba a la vista, que el monstruo de los ojos verdes también tenía sus garras sobre ella. Debía de estar desacostumbrada a ver al caballero abducido por una presencia femenina, porque le estaba costando Dios y ayuda rebajar el rubor rabioso que le había coloreado las pecas y contenerse para no intervenir.

—¿Primrose desconoce su fijación por el honorable Harding Wargrave?

Verity puso los ojos como platos al escucharlo.

—Se supone que debía desconocerla todo el mundo, pero usted parece haber salido del reino de los espabilados —masculló por lo bajini, irritada. No perdió el ritmo en ningún momento pese a poner toda su atención en disimular sus vistazos a los aludidos—. Es imposible que Prim sepa que esto podría sacarnos de nuestras casillas. ¡Ni siquiera entiendo por qué está bailando con ella! —añadió por lo bajini, furibunda.

Sean enarcó una ceja sin ocultar su hostilidad.

—Ya se lo digo yo. Porque es la mujer más bella del salón.

Wit lo fulminó con la mirada.

—¡No pretendía dar a entender lo que usted me reprocha! ¡Me consta que Prim es una compañía encantadora y tiene una cara por la que se escriben poemas! —le acusó con el ceño fruncido—. Lo que quiero decir es que Harding nunca ha manifestado interés alguno en Prim, ni

romántico, ni solo cordial. ¡Ni siquiera nos mira a la cara cuando pasamos por su lado! ¡Se toca el ala del sombrero procurando reconocer nuestra presencia lo justo y necesario!

—Conque Harding, ¿eh? ¿Ya se refiere a él en términos informales?

—Harding es su nombre, ¿no? —le ladró de mal humor—. El título se queda un poco largo para mi gusto, y ya estoy lo suficientemente agitada por la danza como para agregarle dificultad con trabalenguas.

—Yo haría el esfuerzo, aunque solo sea porque un hombre que «se limita a tocarse el ala del sombrero reconociendo su presencia lo justo y necesario» no se merece que lo trate con cercanía. Ya que estamos, Wit, ¿por qué diantres amarías a una persona que no da muestras de registrar siquiera tu valía?

—Tú no lo conoces.

—¿Y tú sí? —contraatacó, pero ya la había perdido a manos del interés en la pareja, a donde había devuelto su mirada atravesada.

—¿No saben esos dos que bailar dos veces seguidas con la misma dama es un peligro para su reputación? —farfullaba, cada vez más fastidiada—. Como se animen con la próxima mazurca, no les quedará otro remedio que anunciar la boda antes de que acabe la noche.

Sean se tensó de la cabeza a los pies de solo imaginarlo.

—Ustedes los ingleses y sus incomprensibles costumbres —rezongó.

—No crea que yo estoy conforme con el modo en que se construye el mundo, y más londinense que una servidora, no la va a encontrar.

Se calló al oír la exclamación ahogada de Primrose. Harding detuvo el trote de la alegre melodía un instante para mirar en la dirección de los pies de la muchacha. Se agachó para recoger el pedazo de tela que se había desprendido de la falda en el fragor de la polca.

Uno a uno, los participantes en la danza se fueron deteniendo para comprobar que no era una trágica lesión lo que había aguado la fiesta. Y, gracias al buen humor del que Harding se había levantado de la siesta, absolutamente nada se pasó por agua: mostró la fila de volantes que Prim o él habrían pisado durante el baile e hizo un comentario inocente que levantó risas aliviadas.

—Siempre hay alguien que sale perjudicado en el fragor de la polca.

—Qué graciosito anda esta noche, el tipo —masculló Verity—. Yo también quiero tomar lo que sea que haya bebido.

—Iré a solucionarlo en un momento —decidió la afectada, ajena al círculo de fuego que el odio había prendido alrededor de su amiga. Rescató el rectángulo de tela y le dirigió una luminosa sonrisa al futuro barón antes de dirigirse a la salida.

Incluso sin girarse, Sean sintió el suspiro de alivio con el que Wit relajó la tensión.

—Gracias a Dios.

Aunque él no dijo nada en respuesta, la acompañó en el sentimiento.

Se irguió con una profunda inspiración que le llenó los pulmones, y, tras esperar un tiempo prudencial, aprovechó que la orquesta reanudaba la velada tocando una pieza distinta y mucho más popular para escabullirse entre el gentío.

La señorita Burton no le preguntó a dónde iba. Salió por la misma puerta que Primrose, una de las tres de las que disponía el salón y que conectaban con diferentes salas. La señorita Insley había ido a parar al pasillo principal, por lo que Sean tuvo que desperdiciar cinco preciados minutos para averiguar dónde se había escondido y para qué.

Al empujar una puerta entornada situada a cien metros respecto del salón, a donde llegaba la alegre melodía de la mazurca, la encontró sentada en un sillón que le venía grande con un costurero a los pies. Luchaba por enhebrar la aguja cuando él le preguntó desde el umbral:

—¿No debería quitarse el vestido para hacer eso?

Le perdonó que se sobresaltara. El eco en la estrecha habitación resultó incluso tétrico.

—O ponerme otro directamente —le concedió, cordial. Devolvió enseguida la vista a su labor. No tardó en lograr su cometido y agacharse para estirar el volante rebelde sobre el ruedo de la falda—, pero me gustaría regresar al salón lo antes posible.

—Comprensible. Ya he visto que se está divirtiendo de lo lindo.

Trató de sonar desenfadado.

Solo Dios sabía si lo consiguió.

—Usted tampoco parecía pasar un mal rato, señor Connor —contestó en aquella postura tan poco elegante e incómoda para arreglar un descosido aunque fuese. Le habría dado por reír si el miedo a que de veras estuviese deseosa de volver con Harding a la mayor brevedad no lo hubiese paralizado—. Está claro que debería retirar todo lo que he estado diciendo sobre Wit estos últimos días. Hacen ustedes una pareja entrañable. Son perfectos el uno para el otro.

Primrose tenía suerte de que a Sean todavía le entusiasmara quedarse a solas con ella, o de lo contrario se habría enfurecido con su reiterada determinación a mantenerlo en las sombras.

Si su terquedad no le produjera un sufrimiento evitable, tendría que haberla admirado.

—¿Esa impresión se ha llevado? —Cerró la puerta tras él y se acercó con sigilo. A fin de cuentas, estaba tratando con una criatura escurridiza—. ¿Me ve enamorado de su amiga?

Primrose se incorporó para lanzar una mirada desorientada a la única salida, como si no comprendiera qué fuerza humana o divina pudiese haberla bloqueado.

—Debería regresar al salón, señor Connor. Es cierto que, en la escuela, vivimos de forma algo más holgada que en Londres las normas que remiten al decoro, pero eso no significa que no nos pudiéramos meter en un problema si nos encontraran a solas.

—¿Qué es lo que le preocupa con exactitud? ¿Eso que tilda de problema en sí mismo, que asumo que sería un matrimonio apresurado para reparar una reputación afectada, o que pueda verse envuelta en él conmigo? Porque, según tengo entendido, también es escandaloso bailar tres veces con el mismo caballero y no parecía inquietarla que el «problema» se le pudiera venir encima si este la hubiese unido a Wargrave de por vida.

La incomprensión descompuso el semblante de Primrose. Durante un instante, no supo muy bien cómo tomarse su comentario, si como un reproche o como el manifiesto de una preocupación por su futuro, nunca como lo evidente: una señal inequívoca de que estaba miserablemente celoso.

Le irritó que su ingenuidad le impidiera ver que solo tenía ojos para ella, ingenuidad que, aun sabiendo que manaba de una flagrante falta de amor propio, le costaba entender.

—Estamos celebrando una velada navideña a puerta cerrada en un entorno familiar, señor Connor. La directora no perdonaría que me encerrara con un soltero en una habitación, pero ni tres ni cuatro bailes inocentes me pondrían en una situación complicada. A mí menos que a nadie —resolvió con una resignación exasperante.

—¿A usted menos que nadie? —repitió sin ocultar su irritación—. Hasta donde sé, está tan soltera y, por tanto, es tan susceptible a una boda de improviso como el resto de sus compañeras. Y, por lo que se ha visto, también está más hermosa que todas ellas juntas, una opinión que por lo pronto el señor Wargrave comparte conmigo.

Primrose se quedó un momento con la mano que sujetaba la aguja suspendida en el aire. La dejó sobre el costurero y se levantó sin haber terminado de coser el bajo. Lo enfrentó con la barbilla alzada y un ceño fruncido con el que trataba de ocultar una confusión adorable.

—¿Se puede saber qué pretende al halagarme de continuo, señor Connor?

—Llevarle la contraria al bochornoso doble rasero del que hace alarde tratando a sus compañeras como deidades a la par que se refiere a usted como si no valiera nada. ¿No dice Dios, acaso, que todos somos la misma sustancia?

—No empecemos de nuevo con el debate ontológico —suspiró, cansada. Renunció a dar las últimas punzadas y se puso de pie—. Mire, si su amabilidad hacia mí se debe a la intención que confesó tener de ganarse el afecto de las amigas de Wit para allanarse el camino a su corazón, conmigo no ha de preocuparse. Olvide mis ultrajes de estos días pasados. Ahora que he visto a Verity ilusionada con su cortejo, no seré la que se oponga.

Sean avanzó un paso con la plena convicción de que la proximidad la desarmaría y al menos dejaría de decir auténticas memeces sobre sus propósitos ocultos. El precio era que también lo desarmara a él, pero estaba dispuesto a pagarlo.

—¿Ha dejado que su amiga se ilusione sin contarle que siento una pasión arrolladora por usted?, ¿sin decirle que sueño despierto y dormido con la ocasión en la que la beso de nuevo? ¿Se ha callado información delicada como esta y aún tiene la audacia de jurar estar de parte de los intereses de la joven?

Primrose parpadeó repetidas veces.

—Yo no... —Acabó agachando la cabeza, no supo si abochornada o solo sobrepasada por su arrebato vehemente—. No podía contarle algo que no sabía.

Sean arqueó la ceja.

—¿No lo sabía? ¿Le parece que he sido contradictorio expresando mis deseos? ¿Cree, acaso, que voy por ahí besando a las mujeres por aburrimiento?

—Conociendo su recién descubierta falta de escrúpulos, señor Connor —replicó en cuanto se recuperó del trance—, no me extrañaría que solo hubiese pretendido ensayar con la actriz suplente para cuando su querida Wit saliera a escena.

—¿De qué falta de escrúpulos está usted hablando?

—De la que demostró burlándose de las cartas de Verity cuando unos días antes estaba defendiendo su virtuosismo con fervor enamorado.

—Me tendrá que perdonar si he descubierto en cuestión de días que su amiga Primrose es bastante más apasionante —respondió tras suspirar con dramatismo—. Yo también habría preferido que desencantarme con la señorita Burton me demorara algo más de tiempo; así no me reprocharía usted ni la frivolidad de mis sentimientos, ni mi veleidad. Y así, por descontado, la animaría a confiar en mis palabras cuando le digo que no dejo de pensar en usted ni un solo minuto.

No le pasó desapercibido el sentimiento de traición que apagó el brillo de Primrose. No podía evitar aludirse con sus desprecios a las cartas, y bien que se alegraba Sean de darle de su propia medicina. Esperaba que la ofensa la hiciese reaccionar, pero ella solo cuadró los hombros y replicó sin perder la dignidad.

—No se equivoca al asumir que no confío en sus palabras. Por más preocupante que sea mi soltería y el límite que ha alcanzado mi edad, señor Connor, jamás me enredaría con un hombre que se despierta enamorado y se acuesta desilusionado.

—Le aseguro que la noche que empezó mi delirio por usted yo no me acosté desilusionado, señorita Insley —contraatacó en voz baja, avanzando el último paso para que sus pechos se rozaran. Enrolló el dedo índice en el bucle rubio oscuro que le enmarcaba la cara y tiró con sutileza para acercar su rostro al de él. En tono sugerente, aclaró—: Me acosté más acalorado que nunca.

A ella le costó tragar saliva.

—Si cree que encuentro halagadora su... lujuria, entonces está... está muy equivocado.

—A lo mejor no la encuentra halagadora —le concedió él, sin alejarse un ápice ni bajar las armas. Deslizó los dos nudillos por su tersa mejilla—, pero ¿y tentadora?

Primrose cerró los ojos durante un instante revelador que le instó a sonreír, victorioso, y le convenció de tomar su rostro entre las manos. Cuando se miraron, reconoció en su semblante una emoción pasional tan intensa que se tergiversaba hacia el miedo más acérrimo.

La joven le cubrió los dorsos con las palmas con la intención de retirarlo.

—Piense en la señorita Burton y en la opinión que le merecerá esta situación.

Sean apretó la mandíbula para no perder los estribos, pero que volviera a sacar a Verity a colación pudo al fin con sus nervios. Se decidió a llevarla al límite, a forzar una confesión, aunque fuese a costa de asestarle una puñalada.

—La señorita Burton no significa nada para mí. Nunca lo ha hecho —sentenció con frialdad, y no le costó un ápice sonar creíble porque era verdad—. Tal vez me case con ella porque, como usted bien mencionó, es la mujer casadera más rica de Inglaterra, y tener los bolsillos llenos nunca arruinó a nadie..., pero eso no significa que no pueda divertirme antes de pasar por la vicaría. Ni que no pueda seguir haciéndolo después —insinuó con la esperanza de que entonces revelara su identidad, aunque fuera para ponerlo en su sitio por descarado—. No finja que no me desea, señorita Insley, ni que mi pasión la escandaliza —prosiguió, rodeando el lateral de su cuello con una mano cariñosa y pulsando con el pulgar el centro de la garganta. Deslizó la yema hacia la oquedad con forma de triángulo entre las clavículas y ahí la dejó enterrada; hallado ya su eje de sujeción, se inclinó y la besó con suavidad en los labios entreabiertos, en la comisura de la boca, en el borde de la barbilla—. Dios no solo no la perdona, sino que la felicita porque por fin haya hallado su misión en la vida. Ha sido usted creada para recibir y corresponder mi amor. Demuestre ser consecuente con su deber.

La besó convencido de que lo empujaría airadamente, le acusaría de nuevo de no tener escrúpulos y confesaría por fin su delito, pero ella no solo no se opuso a la manera en que definió su vocación, sino que no dudó en aceptarla con orgullo abrazándolo por los hombros. Más que enojarse por lo lejos que estaba dispuesta a llegar con tal de ocultar la verdad, Sean se conmovió. Había comprendido a raíz de su apremiante respuesta que la muchacha lo deseaba de veras y ni el sentido común podía hacer nada en contra de eso para alejarla de él. Aunque le confundía que pudiera estrecharlo como si no pudiese vivir sin su proximidad y fingir que le era indiferente su idilio con Wit, no pudo resistirse a la calurosa acogida de sus labios, y se abandonó a la clase de beso apasionado que se merecía.

Sintió sus dedos presionarle los hombros y sus pechos apretados contra el torso. Le molestaba la pesada estructura de la falda, pero no habría soportado privarse de su deliciosa boca para desajustar la crinolina. Lo dejó estar por el momento y la apresó entre sus brazos tanto como le era posible pese a la molestia del armador. Ella se daba cuenta de que la ropa estorbaba y parecía igual de molesta, pero no le concedía una tregua entre besos para averiguar el modo de ponerse cómodos.

El jadeo anhelante de la muchacha le hizo olvidarse de la dificultad que se planteaba y la aturdió con una miríada de besos por toda la piel que el escote dejaba a la vista.

—Por fin un vestido en condiciones —gruñó Sean con la boca pegada a su cuello—. Toda la maldita clase de pintura haciendo cálculos matemáticos sobre cómo podría desabotonar todos los corchetes de tus trajes de comadrona antes de que me salieran canas.

—No me gusta... mostrar mis... defectos.

—Ya se nota que no te gusta mostrar tu piel... —Tardó en caer en la cuenta de que no era eso

lo que había dicho. Con todo el dolor de su corazón, se separó lo justo para escarmentarla con un ceño contrariado—. ¿Defectos?

Ella agachó la cabeza.

—Tengo manchas en la espalda y el escote.

—¿De veras? —exageró su curiosidad, y no dudó en darle la vuelta con brusquedad sujetándola por los hombros. Le retiró los rizos y contempló la marca a la que había hecho mención con deliberado detenimiento—. Esta no la había visto. La mayoría tienen forma de nubes, pero la de la espalda parece un caballo alzado sobre las patas traseras.

—Señor Connor... —balbuceó, culebreando con palpable incomodidad para cubrirse la piel. Dejó de revolverse en cuanto Sean presionó los labios en la hendidura entre las escápulas, justo en el centro de la espalda y, por ende, en el corazón de la mancha. Observó que se le ponía toda la piel de gallina y no hacía sino estremecerse conforme repartía más besos, mordiscos y lametones por el escote trasero del vestido—. Señor... Connor...

—Señorita Insley... —la imitó con un rugido. Una de las manos que la mantenía anclada al suelo por la cintura se adelantó hacia la entrepierna femenina. Perdió la paciencia al toparse con la estructura de la crinolina—. Ya está bien, maldita sea.

Sean desarmó el vestido que había causado tanta agitación presionando hacia dentro para separar todos los corchetes a la vez y luego tirando hacia fuera. Primrose hiperventilaba y trataba de ver qué sucedía mirando por encima del hombro, pero no se oponía: dejó los brazos en la posición ideal para que él le sacara el vestido, le desanudara el corsé y comenzara a batallar con el cierre de la crinolina.

—Quienquiera que inventase esto no se acostaba con mujeres —mascullaba por lo bajo.

Ella soltó una risita trastocada por la vergüenza.

—Aunque haya pasado un año y medio sin... sin amarse con una joven, no se le han olvidado las cuestiones técnicas, señor Connor.

—A nadie se le olvida lo importante —susurró en su oído, y aprovechó que tenía el rostro ladeado hacia él para robarle un beso rápido en la mejilla y otro en el puente de la nariz. A Primrose se le escapó otra risa nerviosa que se convirtió en un jadeo ahogado cuando Sean consiguió desarticular la crinolina. Esta se derrumbó a sus pies formando un círculo—. Sal de ahí y vuelve a mis brazos.

Su lentitud al apartar la base del vestido y girarse hacia él, su gesto entre desamparado y ansioso por oír algo que calentara su corazón, no hizo sino convertir su deseo inicial en un dolor insoportable.

—¿Qué quiere de mí, señor Connor? —musitó con aire desvalido.

—Todo —respondió sin vacilar. Acompañó su confesión de una mirada ardiente—. Lo quiero todo.

Primrose pareció renacer al oír lo que a todas luces era una declaración de intenciones. Se hizo cargo de los deseos carnales que comprendía y de los que todavía no le habían enseñado caminando hacia él sin vacilación, tan solo con esa deliciosa timidez que le incitaba a ser más cruel y también más delicado.

Sean la acogió entre sus brazos y se dobló para convertir el beso en una violenta invasión a su intimidad que ella toleró y agradeció con un gemido placentero. No dudó ahora en cubrir sus nalgas con las manos, cubiertas tan solo por los pololos de algodón, y apretarlas como si deseara dejar su marca. Quería exprimirla. No solo sacarle la verdad mediante tortura sexual, sino extraer su encantadora dulzura y atesorarla él en secreto, protegerla en un cofre de la codiciosa mirada de quien pudiera arrebatársela.

Rodeó sus caderas sin disimular en ningún momento su siguiente paso y deslizó los dedos entre sus piernas. Primrose giró la cabeza para que no viera sus mejillas ardiendo, pero él se negó a no participar en su gracioso bochorno y presionó la nariz contra su pómulo, deseoso de que lo infectara con su calor, de que la temperatura le dejara una marca parecida al carmín... como si eso fuese posible. Mientras, su mano buscaba por encima de la fina ropa interior la hendidura de su sexo y el punto carnoso que la haría doblarse de gusto.

Primrose se tuvo que aferrar a sus brazos, sorprendida por la sensación, cuando empezó a masturbarla.

—No me digas que es la primera vez que alguien pasa una mano por aquí —susurró él contra la comisura de su boca. «¿Ni siquiera te acariciabas cuando leías mis cartas?», estuvo a punto de preguntar. Se corrigió lo justo para no quedarse con la duda—: Se supone que tiene usted un amante vía postal. ¿No la incita a darse placer con una mano mientras con la otra sostiene sus letras?

—Yo... no... Claro que... ¿Usted sí hace eso con las... con las cartas de... Wit?

Sean se separó para dirigirle una mirada que quemaba. Los ojos de Primrose se habían humedecido en los bordes como resultado del placer tan intenso.

—Mientras leía, nunca. Pero me metía en la cama... —continuó, besando el borde de su mentón y la punta de su nariz— y me la imaginaba mordiéndose las uñas a la espera del cartero, o releyendo mis cartas con tan solo el camisón bajo las sábanas, y no podía resistirme.

Primrose había perdido el control de sí misma. Ya no era capaz de recordar que, en su mentira, ella no era Verity y le correspondía indignarse por la detallada descripción de otra mujer.

—Resistirse ¿a qué?

Se mordió el labio, imaginando algo que en realidad no podía entender todavía. El seductor gesto le estremeció y tuvo que inclinarse para atraparlo entre sus dientes también y succionar hasta que ella se quejó con un gemido. Continuaba ejerciendo la presión justa con los dedos sobre su ropa interior, esforzándose por imaginar lo que había debajo, cuán húmeda estaría.

—Quiero verte desnuda —confesó en tono exigente y a la vez vulnerable—, y quiero que sea mi boca y no mi mano la que te catapulta al orgasmo.

—¿Su... boca? —Se ruborizó—. ¿Como en las novelas de... de... del marqués de Sade?

Sean se quedó perplejo.

—¿Ha leído usted las novelas del marqués?

—Todo... el erotismo del siglo... anterior... *Teresa filósofa*, *Fanny Hill*, *Dos noches de pasión*... Yo sé... Yo puedo... Podría darle lo que usted quisiera, señor Connor —le confesó con una mirada ambiciosa y rebosante de anhelos prohibidos—. Y quiero dárselo. Sería su amante, sería... Sería lo que me pidiera que fuese.

—¿Perdón?

—Nunca volveré a sentir esto —admitió con humildad—. Nunca volveré a experimentar nada semejante en otros brazos, lo sé; algo dentro de mí me lo dice. Así pues, no sería descabellado que usted y que yo... Le deseo de un modo que es imposible que se repita; un cuerpo humano no puede sobrevivir dos veces a la tempestad. Estoy a su completa merced. Haga conmigo lo que quiera.

La vehemencia de su declaración le sacudió en todos los sentidos. Fue una suerte que la muchacha llegara al clímax durante su respuesta, porque el pasmo frenó los movimientos de Sean y le condenó a mirarla a la búsqueda de algo en sus palabras que tuviese el menor sentido. Su fervor le había conmovido y excitado más allá de los límites tolerables, al igual que su

entrega y su abnegación, pero el horror le había dejado rígido en el sitio.

¿Su amante? ¿Solo su amante?

¿Había perdido el juicio, acaso?

—¿Es que no cree merecer nada mejor que la lujuria de un hombre? —musitó él.

Había subestimado el alcance de su odio hacia sí misma.

De pronto le costaba soportarlo.

Trajo a su mente cómo le agradeció entre lágrimas que la llamara bella; su soberano asombro al comprender que alguien podía desearla y la confusión que la había embargado hasta ese momento al ser testigo de atenciones de las que nunca creyó que sería beneficiaria.

Se acordó, también, de la crueldad de Waddingham y su cómplice.

—¿No prefiere esperar a alguien que pida su mano en matrimonio? —insistió Sean.

Primrose le dirigió una mirada tan desvalida como furiosa, un extraño contrasentido que solo tenía razón de ser en un carácter como el suyo. Le estaba reprochando que no fuese consciente de la gravedad de su patética posición en sociedad, en el mundo, y a la vez se dolía porque le recordase su inferioridad; por tener que hacerle cómplice de la misma cuando en realidad deseaba que él fuese eternamente ajeno a sus defectos.

Sean la soltó como si hubiese descubierto que estaba hecha de un material corrosivo, tan avergonzado por su actuación que no sabía por dónde empezar a arreglarlo.

No se atrevió a decir palabra, y tampoco habría podido aunque hubiese querido.

Tras comprender que el furor de unos segundos atrás era irrecuperable, Primrose regresó al punto donde la crinolina había caído y la levantó para ajustarla en la cintura con dificultad. Sean la ayudó a vestirse empezando por los aros de metal y terminando por el vestido, que en el fragor del encuentro había vuelto a perder la fila de volantes. Una vez estuvo presentable, Primrose se pasó una mano por los rizos afectados, tragó saliva y se encaminó con el eje torcido a la salida.

Desde allí vaciló, dudando entre girarse a mirar a Sean o no.

Al final, la vergüenza la venció y tuvo que desaparecer refugiando su rostro sombrío de lo que una vez más debió de pensar que era desprecio. Pero si se hubiese dado la vuelta hacia él, habría descubierto por fin que no solo había juicio para Primrose Insley. También había amor.

Capítulo 16

Primrose había perdido por completo la cabeza. No cabía otra explicación que justificara las palabras que la noche anterior habían salido de su boca. Miraba atrás y, por más que se esforzaba por comprender su escandaloso arrebato, solo llegaba a una conclusión.

El deseo era el arma más peligrosa del mundo entero.

Era aterrador que un puñado de besos bastaran para doblegar la voluntad y el sentido de la moralidad que una mujer llevaba cultivando desde que era una niña.

Pero no era tan estúpida como para pensar que la pasión era una emoción aislada cuando en su caso la reforzaba un sentimiento elevado. Primrose estaba perdidamente enamorada de Sean, y se trataba de la primera vez en la vida que no solo deseaba algo con auténtico fervor, sino que no podía soportar la idea de renunciar a ello. Claro que ansiaba que algún día se publicaran sus novelas, aunque no le quedase otro remedio que hacerlo bajo un nombre masculino. Claro que ansiaba la felicidad plena de sus amistades; a fin de cuentas, solo había experimentado el amor correspondido gracias a ellas después de la pérdida de su hermano, quien la puso en contacto con la pureza del afecto. Pero la huella del romance no invitaba a la tranquilidad, como el consuelo de los sueños o la amistad, sino que sembraba el caos absoluto y hacía sentir a quien lo padecía que no estaría completo hasta que tuviera entre sus brazos al objeto de sus deseos.

Por eso no había podido negarse a sus besos, quizá.

Por eso no le había importado ni siquiera mientras él mencionaba a Verity o proclamaba sus intenciones de convertirla en su mujer oficial, con lo que eso significaría para ella.

Ahora lo pensaba en frío y se estremecía tanto de pena como de resignación. Había sido consciente de lo lamentable de su entrega sin reservas antes incluso de que él la mirase como si hubiese perdido el juicio. Pero entonces no había existido otro modo de proceder. Primrose quería y necesitaba a ese hombre, y en ese momento debía hacérselo saber.

—¿Prim? —oyó una voz femenina desde el pasillo. El tenue chirrido de la puerta advirtió que Clarissa estaba a punto de entrar—. Estás ahí, ¿verdad? ¿Por qué no bajas?

Primrose se enderezó y compuso la mejor sonrisa de su repertorio para recibir a su amiga. Rompió la postura de rodillas abrazadas y se bajó de la cama alisando las arrugas del vestido de mañanas; un vestido que Sean habría despreciado por su sobriedad y su nula cabida a la insinuación.

Si pensaba en todo lo que él le había dicho la noche anterior, la agitación la dejaba boqueando.

—Discúlpame —le rogó, yendo a recibirla. La besó en la mejilla con cariño—. Me dolía la cabeza y necesitaba un rato a solas.

Clarissa asintió prudentemente sin avanzar un paso más hacia el interior. Estaba concienciada de que hacía tiempo desde que no pertenecía a ese escenario, de que no tenía cabida en la narrativa de jovencita casadera en la que sí debían encajar sus compañeras. Había pasado tres años en la escuela hasta que, en su primera temporada, un escándalo memorable la unió en matrimonio con el conde de Haverford. Desde entonces había visitado a sus amigas cuanto se lo habían estado permitiendo sus responsabilidades maritales.

Ahora, solo las honraba con su presencia cuando el embarazo no le daba guerra.

—Sabes que estar a punto de alumbrar una criatura es motivo suficiente para que los médicos

manden a las damas y señoritas a sus casas, ¿verdad? —señaló Primrose, colocando una mano afectuosa sobre el vientre abultado—. Viajar está prohibido de manera terminante.

—Yo no tengo un médico al uso —replicó con orgullo—. Ya conociste a Mikaere, el trabajador maorí de Bloom's Park. Sostiene que, siempre y cuando no lleve a cabo esfuerzos físicos a los que no estuviera acostumbrada de antemano, sobreviviré. Puso de ejemplo a su propia esposa, que estuvo labrando las tierras hasta el momento del alumbramiento.

—Se supone que el niño de una labriega y el niño de una condesa no son la misma cosa —señaló Primrose en tono burlón, radicalmente en desacuerdo con el doble rasero popular.

Clarissa captó su sarcasmo y se rio.

—¡Cierto es! Las mujeres nobles somos criaturas delicadas que han de guardar reposo, mientras que las esposas de los labriegos no solo están hechas a prueba de balas, ¡sino que deben demostrarlo!

Primrose soltó una carcajada entristecida por aquella realidad. Su amiga tenía que ser testigo de las insoportables cotas que la desigualdad alcanzaba en las zonas rurales. Ni a Nile ni a ella les tentaba la vida en la capital y, a riesgo de ser tildados de ermitaños, permanecían el año entero en la finca que colindaba con la costa.

—Bueno, he de reconocer que yo también soy hipócrita en ese aspecto, solo que no en un sentido clasista —retomó Primrose con una sonrisa dulce—. A mi parecer, mis seres queridos tendrán siempre derecho al doble de tiempo de cama que el resto del mundo.

—¿Seguro? Yo siempre he pensado que, en tu opinión, tus seres queridos tienen derecho a hacer siempre lo que les venga en gana si es lo que les hará felices.

Primrose le guiñó un ojo.

—De acuerdo, me has pillado.

—¿Sabes? Aunque sepa de primera mano la presión que sufren las mujeres en el ámbito matrimonial y lo dolorosa que puede llegar a ser la feminidad, estoy rezando para que sea una niña —le confesó Clarissa con una sonrisa juguetona—. Así me aseguro de que mi marido me sigue tocando para engendrar al heredero, aunque sea una sola vez más.

—¡Por favor, no seas ridícula! No puedes decir eso en serio. Milord está enamorado de ti de un modo absurdo y sonrojante. Apuesto a que te sigue tocando incluso estando embarazada. —Observó que Clarissa se ruborizaba y no pudo sino escandalizarse. Frenó antes de empezar a bajar las escaleras para abrumarla con su preocupación—. ¡Clary! ¡Lo había dicho de broma! ¡Intimar durante la gestación es peligroso para la criatura! ¡Lo sabe todo el mundo!

—Mikaere dijo que no, que eso no es más que un bulo malintencionado para privar a las embarazadas de sus caprichos carnales. Aunque Nile suele cuestionar la palabra de su empleado, cuya visión conlleva a menudo el choque cultural, esto en concreto se lo tomó al pie de la letra. —Sacudió la cabeza, ruborizada, para dar el tema por zanjado. Pero antes se percató de una curiosidad que no pudo resistirse a señalar mirando a su amiga con grato asombro—. ¿No me vas a regañar por mencionar según qué intimidades en voz alta? ¿Wit te ha corrompido ya del todo y nada te sorprende?

Primrose recordó la noche anterior, cuando le confesó a Sean que, gracias a la inmensa colección de lecturas escandalosas de la señorita Reeves, convenientemente escondida entre los manuales de la biblioteca, llevaba unos cuantos años leyendo sobre las intimidades conyugales.

Aun sabiendo que Clarissa jamás la juzgaría, prefirió no revelar sus gustos literarios.

—Ahora eres una mujer casada, ¿no? Se sobreentiende que al menos una vez a la semana duermes con tu marido.

—¿Una vez a la semana? —bufó—. Ese hombre no sabe lo que es el espacio personal, Prim.

Si pudiera encadenarme y atarme a su tobillo para llevarme a todas partes como una herropea, apuesto el alma a que lo haría.

El buen ánimo de Clarissa era contagioso. No dejaba de maravillar a Primrose. Sabía lo que el poder del amor de Dios podía obrar en los feligreses, pero hasta ese momento no había atestiguado en primera persona que la devoción de un hombre bueno podía producir resultados similares.

Detuvo la bajada para tomar de las manos a su amiga. No tenía que buscar sus ojos para encontrarlos: brillaban como el reflejo del sol sobre la nieve, y si ya había sido bella a los dieciocho años recién cumplidos, ahora, con el mágico toque del enamoramiento y el contento existencial, deslumbraba con una belleza que no era de ese mundo.

—No te imaginas lo feliz que me hace verte así —reconoció con la voz trémula por la emoción—. Sé que te lo digo siempre que nos vemos, pero es porque hasta hace poco temía nuestros reencuentros. Ya sabes, por si algo había salido mal o los afectos del conde habían cambiado. En fin, es natural tener reservas y sopesar la posibilidad de un desenlace negativo, pero no hago sino reafirmarme al verte cada vez más resplandeciente.

—Es el efecto que tiene la libertad sobre un ser humano —respondió Clarissa con una sonrisa serena—. Parece un contrasentido, porque se entiende que el matrimonio enclaustra, cierra puertas, pero cuando te casas con el hombre adecuado, solo ganas oportunidades. Lo comprenderás tan pronto como conozcas al caballero que te merezca. Debe de estar cerca; ya ves que hasta Wit parece tener ahora un favorito, y eso que pensé que el infierno se congelaría antes de que se decantase por uno.

La mención velada a Sean le apagó el ánimo.

—Yo no estaría tan segura de que el señor Connor vaya a pedir su mano. Aunque parezca muy formal, es un impresentable —soltó sin pensar.

Clarissa no se mostró sorprendida por su arranque. Es más; a Primrose le dio la impresión de que había mencionado adrede al irlandés para llevar la conversación a su terreno.

—Si no recuerdo mal, Sean Connor es el hombre con el que empezaste a cartearte cuando me marché de Arlington Abbey. Haciéndote pasar por Wit —concretó sin ocultar la opinión que le merecía. Ninguna positiva—, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y te parece correcto que el caballero vea pasar los días, lejos de su tierra natal y perdiendo jornadas de trabajo que menguarán significativamente su capacidad adquisitiva, sin saber quién es en realidad la mujer que ha venido buscando?

Ahora que Clarissa se preocupaba en persona de algunas tareas relativas a la finca en la que vivía y estaba en contacto con los labradores, podía recriminarle a Primrose cuestiones materiales que ella ni siquiera se había planteado.

Pensar que Sean pudiera empobrecerse por culpa la puso firme en el acto.

—Por favor, Clary, no empieces con eso —replicó, aun así. «Ni que lo estuvieran forzando a quedarse», pensó con rencor. «Está encantado disfrutando de dos mujeres en tanto que se decide a formalizar sus intenciones»—. Conozco tu sentir y lo respeto, ¿de acuerdo? Pero he decidido manejar esto de la manera que considero menos dañina para todos. Confía en mí, te lo ruego.

—No hay nada que yo valore más que tu habilidad resolutiva. De no haber sido por tu sabiduría y tu capacidad de observación, solo Dios sabe dónde estaría ahora..., pero creo que, cuando se trata de abordar tus propios asuntos, Prim, te saboteas de lo lindo.

Con tal de no tener que escuchar una verdad dolorosa, reanudó la marcha escaleras abajo. Pero era consciente de que estaba cometiendo un acto reprobable y anticristiano al mentirle a

Sean y de que, para más inri, al revolcarse con él a espaldas de Verity, estaba sumando a la lista de pecados una conducta indecorosa e imperdonable.

No quería escucharlo, aun así. Le gustaba pensar que Sean era sincero cuando aludía a cuánto le aburría la señorita Burton y se marcharía antes de que acabase el año para no volver jamás.

No saber de él le rompería el corazón, pero era un riesgo que en su día aceptó correr. Nada duraba para siempre; las cosas buenas, lo que menos.

Y no se arrepentía de nada de lo que había hecho.

Quizá ese fuera el problema.

En eso andaba pensando, oyendo los pasos de Clarissa a sus espaldas, cuando al llegar al recibidor se topó con una escena romántica. El señor Connor y Wit se entretenían desmontando el árbol de Navidad que, por inspiración de las estampas de la Casa Real, habían decorado al comienzo de las vacaciones con pan de jengibre, adornos de colores y velas que por supuesto ya se habían apagado. Las maestras solían esperar a Año Nuevo para retirarlo del recibidor, pero, por alguna razón, la encantadora pareja se había adelantado.

Sean se había arrodillado para desarticular una de las filas inferiores del pino, mientras que Verity se estiraba cuanto podía, desafiando su modesta estatura, para rescatar las manualidades de las ramas más altas. Al observar la dificultad que le suponía, el caballero se incorporó y cogió una de ellas en su nombre para tendérsela con una sonrisa cómplice.

Primrose se quedó lívida al presenciar el gesto, que delataba la mutua confianza de quienes habían intercambiado secretos a espaldas del mundo. Se fijó en que, para colmo, Sean llevaba en torno al cuello la bufanda de lana azul que ella le había enviado junto con la carta de rigor un par de meses atrás.

Habían estado comentando la diferencia de temperaturas entre el sur de Inglaterra y el norte de Irlanda. A Primrose le había preocupado tanto imaginarlo trabajando a deshoras y a la intemperie con la cara helada que había echado mano de sus talentos manuales para confeccionar la prenda.

Como muy sagazmente había señalado el propio Sean nada más agradecer su regalo, una de las motivaciones de Primrose había sido asegurarse de que, además de sus textos, el caballero conservaba algo suyo. Algo con lo que pudiera recordarla si algún día cortaban el contacto postal.

Verity, al principio sin reparar en ella, se puso de puntillas para arreglarle los extremos de la bufanda en un gesto íntimo, propio de una esposa que no soportaría que su marido se marchara a trabajar en un estado descuidado. Intercambiaron un par de palabras que la distancia le impidió oír, y de las que en el fondo de su corazón agradeció no ser testigo.

Antes de pararse a pensarlo mejor, Primrose bajó los escalones restantes a toda prisa para hacerse notar.

—¿Quién ha decidido quitar el árbol? —inquirió en voz alta.

Sean fue el primero en girarse. Esperaba recibir una mirada de arriba abajo que indicase que sus intenciones con ella seguían siendo deshonrosas; que el hecho de flirtear con Wit no anulaba el deseo que ya le había manifestado por activa y por pasiva. Pero él ni siquiera pareció consciente de que se trataba de la mujer que había tocado íntimamente la noche anterior.

Esto debería haberla ofendido, pero el azul de la bufanda destacaba el brillo de sus ojos marinos y su tez pálida de una manera sobrecogedora.

No se había equivocado al escoger el tono del hilo.

—La señorita Lacraft ha dicho que, como han pasado ya las fiestas religiosas y verdaderamente importantes, no tiene sentido que las decoraciones sigan ahí. El señor Connor y

yo nos hemos ofrecido a desmontarlo, en gran medida porque me encantan los panecillos de jengibre y todavía están comestibles —apostilló Wit con una sonrisa adorable.

Sean la complació retirando uno de los dulces envueltos de la rama más próxima, abriéndolo y dándoselo de comer. Verity separó los labios con premeditada lentitud y, sosteniéndole la mirada a su pretendiente, le dio un generoso mordisco.

—Se deshace en la boca —señaló con un gemido de placer.

—¿De veras? —Sean se colocó sobre la lengua la otra mitad del panecillo y esperó un segundo para masticar—. Tenía usted razón. Sigue estando delicioso. —Y, como si quisiera dejar al aire la interpretación de a qué o a quién se referiría, alargó una mano atrevida hacia la comisura de la boca de Verity para retirarle una migaja con la yema del pulgar.

Un acceso de celos rabiosos estuvo a punto de impulsar a Primrose hacia delante, no sabía si más hacia Verity o hacia Sean, pero, en cualquier caso, con las garras por delante. Una parte de ella le decía que no tenía derecho a ofenderse, pero la otra, a la que no se le caían los anillos por desoír los mandatos cristianos, la persuadía de exigir que le dieran su lugar, emprendiéndola a gritos si fuese necesario.

Creyó estar complaciendo a ambas partes al decir:

—Bonita bufanda, señor Connor. ¿Se la ha tejido su madre?

—Oh, ¿esto? —Sean tiró del borde que le rozaba la barbilla. Una sonrisa colmada de ternura suavizó su expresión—. Fue obra de la encantadora señorita Burton. Tiene unas manos que son un regalo.

Verity le restó importancia con un gesto.

—No es para tanto. La hice en apenas unos días, entre mis ratos libres..., pero sí es cierto que le puse todo mi cariño. La distancia no me parecía excusa suficiente para que no se sintiese arropado.

Primrose notó que el rubor de la indignación le quemaba en el pecho.

Por suerte, esa noche lo llevaba cubierto gracias al cuello vuelto.

—Fue todo un detalle. Lo más bonito que una mujer ha hecho por mí —señaló Sean con una sonrisa conmovida. Atrapó la mano de Wit entre las suyas y, sin considerar que no llevaba guantes, se la llevó a los labios—. Todavía estoy pensando en el modo de corresponder su generosidad.

—Verle con la bufanda puesta es más que suficiente para satisfacer a la ambiciosa costurera que hay dentro de mí —le apaciguó Verity, devolviéndole el gesto—. Pero si insiste en obsequiarme algo de su cosecha, no seré la que se oponga. Solo tenga presente que no aprecio tanto un regalo material como un gesto romántico.

Le pareció percibir entre los dos un destello del deseo que ingenuamente había creído que solo sentía por ella. Aunque la confusión fue la emoción predominante, el asco que le revolvió el estómago lo acaparó todo. Por un delirante momento, pensó que devolvería el almuerzo allí mismo, pero encontró la manera de aplastar el dolor al fondo de las entrañas. Suponiendo que no verían siquiera si se marchaba, abducidos como estaban el uno con el otro, echó a andar en la dirección contraria al salón sin decir ni media palabra.

Solo Dios sabía lo que podría haber pasado si hubiese seguido insistiendo en participar en la conversación.

Un intenso zumbido le había taponado los oídos. Aun así, escuchó el eco de sus pasos por el corredor que conducía a la sala de música, a la salita de estar de las alumnas, a la que se reservaba para las visitas; el ala que permanecía vacía y cerrada al público cuando se celebraban fiestas multitudinarias.

Repitió para sus adentros los preceptos de la Sociedad de los Amigos, como cada vez que creía estar al borde de un ataque nervioso.

—Tienes dentro la luz de Dios —balbuceó por lo bajo, sin apartar la vista de un punto concreto al fondo del pasillo para rebajar la ansiedad—. Wit también tiene dentro la luz de Dios. Sean tiene dentro la luz de Dios. Ninguno de los mencionados es buena persona... ¡No! Quiero decir que todos ellos son buenas personas. La chispa divina no discrimina. Ilumina nuestro camino y nos ilumina a nosotros...

—¡Prim! ¡Espera! ¡Yo no puedo caminar tan rápido! —oyó que exclamaba Clarissa, apretando el paso a su espalda—. ¿Por qué te has escabullido así...? ¡Prim! ¡Un momento! ¿Desde cuándo este pasillo es tan largo? Por Cristo, ¡no se acaba nunca...!

—Nuestro camino es el pacifismo. La simplicidad. La igualdad. Todos somos iguales ante los ojos de Dios —seguía Primrose, tan concentrada en atraer la paz interior que no se percataba de que se estaba clavando las uñas en las palmas y se estaba abriendo heridas—. Wit no es mejor que tú. Wit es una de tantas ovejas del rebaño. Una oveja descarriada, en realidad, pero Dios no guarda rencores. Dios nos ama tal y como somos, únicos y especiales. Nadie es mejor que tú. Nadie es mejor que tú, aunque lo parezca...

—¡Prim! —gimoteó Clarissa nada más llegar a su altura. Le puso una mano en el hombro, y, con el simple toque, devolvió a la joven a la realidad. Se giró hacia su amiga en estado catatónico, incapaz de hacerse una idea del aspecto enfermizo que presentaba—. ¿Qué sucede? Estás... estás... amarilla. ¿Te encuentras bien?

La imagen de Sean dándole de comer a Verity relampagueó en su cabeza. Tuvo que llevarse una mano a la sien y propinarse toquecitos impacientes, casi violentos, para alejarla, pero solo consiguió avivar la memoria reciente. Otra escena de complicidad en la que se reían juntos mientras le reacomodaba la bufanda, *su* bufanda, la apuñaló por la espalda.

¿Se habrían besado? Se comportaban como una pareja de recién casados.

—Creo que voy a vomitar —murmuró, temblorosa.

—¿Cómo? ¡Ni se te ocurra! Prim, soy una embarazada cuyas náuseas no discriminan; no las tengo solo por la mañana, sino a lo largo de todo el día. Si te descompones delante de mí, yo lo haré también, y entonces armaremos un espectáculo... —Se calló cuando Primrose apoyó las manos sobre sus hombros para mantenerse en pie. Clarissa olvidó sus escrúpulos y la miró con preocupación—. Prim, ¿qué tienes?

—¡Prim! —la llamó una voz cantarina. La aludida se sobresaltó como un antiguo soldado ante un estallido sorpresivo. Miró por encima del hombro de la condesa y enfocó la vista en Verity, que se aproximaba al trote con las faldas agarradas—. ¡Prim, querida! ¡Necesito que hagas algo por mí!

—¿Qué quieres? —articuló con un hilo de voz y un fondo de mordacidad indisimulable.

La señorita Burton se alisó las arrugas de la falda y tomó aire para componer la sonrisa de las peticiones imposibles, un gesto que parecía heredado de la legendaria magia celta. Eso era lo único que podía explicar que hechizara a quien se lo propusiese de manera que siempre se cumpliera su voluntad.

—¿Podrías tejer una chaqueta de lana o algo parecido? También en azul, ¿sí? Para que combine con la bufanda. Como has sacado el tema del punto, Sean ha empezado a preguntarme cómo lo hago y solo se me ha ocurrido prometerle que le tendré otro regalo listo antes de que se vaya. ¿Te encargarías del diseño tú? —Juntó las manos en un rezo—. ¡Por favor! ¡Ya sabes que a mí se me dan fatal las actividades manuales!

Primrose nadaba en la incredulidad cuando alzó la mirada hacia Verity. Por un instante, un

efímero pero revelador instante, tuvo la impresión de que no reconocía ese rostro; de que no sabía quién era la mujer cínica que se abalanzaba sobre ella con una desfachatez sonrojante para realizar pedidos que, cuando no eran impertinentes, le faltaban el respeto. No vio a la mejor amiga que tanto quería, a la muchacha que le tendió una mano cuando todo el mundo se puso de acuerdo para negarle el saludo, a la criatura chispeante y en contra de la norma que admiraba por más que se divirtiese regañándola.

A través del velo de la rabia, se topó de frente con una persona que carecía de vergüenza y decencia. Una persona que había nacido en el seno de una familia amorosa, con el regalo de la belleza y la suerte de tener las estrellas de su parte, y que, para colmo, quería también el único sol que había alumbrado su vida.

Una persona a la que odiaba.

La imaginación hizo el resto al situarse a sí misma condenada al fondo borroso de una romántica escena entre Verity y Sean; siendo la persona que desaparecía bajo la sombra de la joven que se atribuía sus méritos.

—No es lo único que se te resiste —se oyó responder con el alma fuera del cuerpo—. Tampoco eres conocida por tu recato, tu modestia o tu discreción al conversar, y eso te resultará bastante más difícil de disimular al hacerte pasar por mí que tu inutilidad manual.

La respuesta impactó a Verity, que solo pudo fruncir el ceño.

—¿Y eso a qué viene? Te recuerdo que la que se hacía pasar por mí eras tú.

—Yo solo te cogí el nombre, pero, según estoy entendiendo, tú pretendes presumir de tus virtudes y también de las mías, como si no tuvieras suficiente con lo que te corresponde. ¿No has oído que la avaricia rompe el saco?

El rostro de Verity se ensombreció.

—¿A qué se debe todo esto, Prim? Puedes simplemente decirme que no.

—Eso mismo me pregunto, Wit. ¿A qué viene esto? Podías simplemente decirme que no ibas a molestarte en ahuyentar al señor Connor en lugar de regalarme los oídos para luego invitarme a seguir representando mi papel. Solo que en la sombra —recalcó entre dientes—, donde los demás hemos de quedarnos para que nadie eclipse tu brillo.

—¿Disculpa? ¿Todo esto es por Sean? ¡Si me dijiste que no te importaba!

—¿Que no me importa? ¡¿Que no me importa?! —repitió, alzando la voz—. Incluso si no me importase un rábano, hay una diferencia entre sobrevivir a la ruptura de un contacto postal y tener que ser testigo de cómo asumes mi identidad para coquetear con el hombre en el que me he acostado pensando durante un año y medio. ¿Tan absorbida estás por ti misma que no puedes ver más allá de tus caprichos?, ¿que no puedes diferenciar entre lo que está bien y lo que está mal?

Verity se enderezó con un semblante ominoso.

—Desde luego que puedo. No me parece que esté bien o sea justo nada de lo que estás diciendo.

—¡¿Que no es justo?! ¡¿En qué mundo es correcto que nos pasemos un pretendiente de unas manos a otras como si de un juguete se tratara?!

—Prim, cálmate —rogó Clarissa con las manos en alto.

—¡No me voy a calmar! —gritó Primrose. Clavó en Verity una mirada de ojos inyectados en sangre—. ¿Cómo te has atrevido? ¿No tienes suficiente con todo Londres y media Escocia? ¿Tienes que conquistar también los páramos de Belfast? ¡Que él sea lo bastante estúpido para no percatarse en una primera conversación de que tú y yo no tenemos nada que ver no significa que debas aprovecharte! Además, ¿para qué demonios lo quieres? ¡No puede ofrecerte el amor que andas buscando porque me ama a mí!

La impavidez había borrado del rostro de Verity todo amago de emoción.

—Pero tú no debes de amarlo a él —señaló con voz queda—, o, de lo contrario, no permitirías que la egoísta y pérfida Wit te lo arrebatase. O cualquier otra mujer, dicho sea de paso. ¿Crees que puedes dejar un caramelo a las puertas de un orfanato y esperar que siga ahí cuando vuelvas?

—¡Me importa un rábano que «cualquier otra mujer» me arrebate a un hombre, me haga cuestionarme mi valía o me utilice de canal para ejecutar sus ambiciosas conquistas! ¡Lo que me importa es que tú tengas semejante desconsideración! ¡Tú, entre todas las mujeres! Aunque, conociéndote, no me sorprendería un ápice que me hubieses animado a contestar esas cartas en tu nombre solo para hacerte el trabajo sucio. Ya te encargarías tú de embaucarlo a tu manera cuando yo te hubiera hecho dulce e inteligente a sus ojos.

—Oh, porque no soy dulce ni inteligente, ¿verdad? Yo soy una estúpida y una arpía.

—Prim, Wit —las llamó Clarissa con una nota de preocupación—. Basta. Vayámonos cada una por su lado y volvamos a conversar sobre el tema cuando estemos más tranquilas...

—¿Qué otra cosa mereces que te llame con todo lo que estás demostrando? —rugió Primrose, sin embargo—. Quizá no tengas un pelo de tonta, pero te encanta fingirlo para no responsabilizarte nunca de ninguna de tus canalladas, que no son pocas ni son inofensivas. Sé que viste que me ponía verde de celos cuando te marchabas con Sean, y sé que me viste aguantarme las lágrimas cuando anunciaste que aceptarías su cortejo, y no hiciste nada más que meter el dedo en la herida. Y te atreves a venir aquí a pedirme que teja para embellecer tu romance inventado con cara de no romper un plato... —Exageró una carcajada histérica—. Si no has perdido el juicio por completo, entonces eres la persona más cruel que he conocido. Y óyeme bien, Verity, porque a mí permito que me decepciones y me rompas el corazón, pero ¿a él? A él no le vas a hacer lo que le has hecho al resto de tus perros falderos. A él no lo vas a seducir para luego condenarlo al cajón olvidado de las cartas de los no tan afortunados.

—¿En serio crees que he sido yo la que le ha roto el corazón y la que ha jugado con el poder que ostenta sobre cada uno de los involucrados en esta historia? —contraatacó Verity, tan tensa que parecía que se iba a romper, pero por lo demás impertérrita—. Tendrías que reconsiderar a quién otorgas los títulos de arpía y de estúpida de las dos; de las dos y no de los tres, porque el que te aseguro que no es ni por asomo un imbécil redomado es Sean Connor, el hombre al que nunca le ha cabido la menor duda de con qué dama está hablando independientemente de cómo se haga llamar.

Primrose sintió que todo el calor y el color del rostro se le bajaban a los pies.

—¿Cómo?

Verity bufó una risotada.

—Me maravilla que haya bastado con quitarme el disfraz de contendiente por el amor del señor Connor para serenarte —ironizó con frialdad—. En esta escuela de mujeres inevitablemente condenadas a competir en un mercado donde se agotan las opciones, tú eras la última a la que imaginaba poniéndome el pie en el cuello por un hombre. Te tenías muy guardadas esas adorables opiniones sobre mí y sobre cómo elijo conducirme por el mundo. Espero que disfrutes de las dos victorias de esta noche: la de saberte indiscutible propietaria del corazón del caballero y la de haber desahogado por fin una malicia disimulada de un modo brillante hasta el momento...

—Wit... —balbuceó Clarissa—. Por favor, no digáis nada de lo que os podáis arrepentir.

—... Solo espero que mañana sigas actuando en consecuencia y no vuelvas ni a renunciar al señor Connor ni, por supuesto, a acercarte a mí con esas sucias pieles de cordero.

Capítulo 17

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —jadeó Clarissa. La fuerza del asombro la había retenido junto a la no menos perpleja Primrose cuando era obvio que, de haber podido, habría salido en pos de Verity, la que creía más perjudicada. Cuando pudo recuperarse del pasmo inicial, enderezó los hombros y le dirigió una mirada de reproche—. ¿Por qué has sido tan dura con ella?

Primrose solo necesitaba un ligero toque de atención para avergonzarse de sus arrebatos. La habían educado para disimular sus accesos emocionales; demonizarlos, incluso, e iba camino de rogarle a Verity un perdón que en el fondo no quería ni pedir, ni recibir, cuando asimiló la recriminación implícita en la pose y el tono de Clarissa.

—¿No has oído nada de lo que he dicho? —se defendió, perpleja—. Si no le hubiese parado los pies, habría tenido que ver cómo el señor Connor y Verity pasan por la vicaría; él, miserablemente engañado por la complicidad de Wit, y ella lista para entregarle su vida a un hombre que en realidad ama a otra persona. Aunque quién sabe si todo esto habrá servido de algo. Con lo orgullosa y tozuda que es, seguro que ahora con más ganas se dejará conquistar por Sean.

Clarissa no daba crédito a lo que oía.

—Prim, si no he entendido mal, tú lo rechazaste primero.

—¿Eso le da derecho a romperme el corazón? ¿Siquiera se ha parado a preguntarme por qué no me veo en posición de aceptar que lo amo? ¿En algún momento se ha molestado en indagar?

—Una amiga no debería tener que indagar. Más bien tú deberías sentirte en la confianza de decir lo que piensas sin que nadie deba aplicarte un violento interrogatorio. Además —continuó, cada vez más convencida de quién merecía misericordia y quién no—, conociendo a Wit, dudo bastante que haya hecho esto para infligir el más mínimo daño; ni a ti, ni a él. Tiene que haber una explicación, una que no le has permitido darte centrada como estabas en herir sus sentimientos. No esperaba esto de ti, Prim —concluyó, meneando la cabeza con desaprobación —. De ti, entre todas las personas.

Algo que no mucho tiempo atrás se le habría presentado como el fin del mundo pasó a ser percibido como una traición de primer nivel. Primrose no solo no se dio por escarmentada con la decepción de sus mejores amigas, sino que se rebeló contra su visión dirigiéndole una mirada hostil.

—¿Qué es lo que no esperabas? ¿Que tuviese una opinión sobre las actitudes egoístas o injustas que observo en los demás?, ¿que me mantuviese callada y reclinada a una esquina mientras esos demás hacen y deshacen con plena libertad, en este caso a costa de mi paz mental? ¿Que me resignara a ver cómo mi primera y gran amiga se casa con el hombre del que ella y nadie más que ella me incitó a enamorarme? ¿O lo que no esperabas es que algún día demostrara no ser un ángel caído del cielo que está de acuerdo con todo y con todos y que, en efecto, si me pinchan, sangro como tú o como cualquiera? —espetó de carrerilla, aferrada a sus dos puños apretados como si estos fueran los que le transmitían la fuerza para expresarse—. ¿Sabes? Llevo toda mi vida tolerando atropellos, vejaciones morales y desdenes, y vosotras no habéis sido testigo ni de la mitad porque he procurado ocultarlos para no molestar a nadie, priorizando el alto o solo decente concepto que teníais sobre mí por encima de mi deseo de desahogarme. Pero lo

que no voy a pasar por alto es que mi amiga, mi amiga entre todas las personas —la citó con retintín—, sea la que me aseste la puñalada definitiva. En ningún mundo o realidad sería correcto o estaría bien visto que una mujer se dejara cortejar por el hombre con el que su amiga ha estado manteniendo contacto íntimo durante un año y medio, y si eres incapaz de ver eso y encima te atreves a coartar mi derecho a quejarme, entonces vete por donde has venido. No volveré a mantener la boca cerrada para tener a todo el mundo satisfecho. Se acabó.

Pero fue Primrose la que le dio la espalda y se marchó en dirección al salón, a donde debería haberse dirigido en primer lugar para evitar la polémica. Le hervía la sangre y un lado arrogante que no sabía que tenía había decidido, sin consultar a nadie más, que su comportamiento estaba justificado.

Y, sin embargo, conforme se alejaba de Clarissa como Verity se había alejado de ella, las punzadas de culpabilidad iban escalando en intensidad. Se preguntó si no podría haberse expresado de otro modo. Era lo bastante concienzuda y racional para concederle a la condesa uno solo de sus argumentos, y es que debería haber hablado desde el corazón antes de dar lugar a una situación límite.

Tuvo que esperar a calmar las pulsaciones en un pasillo adyacente al salón principal. Allí, refugiada en la oscuridad, se regaló cinco minutos para inspirar y expulsar el aire cuantas veces necesitó para volver a sentirse dueña de sí misma. Repasó las palabras pronunciadas, repasó las expresiones de Verity y Clarissa, y aunque una profunda tristeza estuvo cerca de convencerla de acudir a ellas para suplicar su perdón, algo muy distinto de la cabezonería o el orgullo se lo impidió: el amor propio, que tan distinto era del pecado capital de la soberbia. Le dolía haber sido capaz de sermonear a Wit con ferocidad, pero también que sus amigas se hubieran tomado como un ataque su indignación y su pena, como si por el simple hecho de haber sido una santa toda la vida tuviera que privarse para siempre de expresar sus sentimientos.

La embargó el miedo a descubrir que Clarissa y Verity la querían porque nunca las había importunado con numeritos lacrimógenos o temperamentales; porque era una compañía llevadera gracias a su obstinado silencio, a sus posicionamientos neutrales; una fuente de consejos sabios que había renunciado a apropiarse del centro de la conversación.

Más por costumbre que por convicción, la sobrevino la tentación de tomar el camino fácil, que pasaba por disculparse y comprometerse a recuperar el rol pasivo que le correspondía en aquel triángulo. A fin de cuentas, ¿qué otro papel iba a desempeñar cuando las otras dos eran la gran condesa de Haverford, que con toda probabilidad albergaba ya al heredero en sus entrañas, y la casadera más rica del reino? ¿Qué era ella en comparación?

La voz de Sean se hizo oír en sus pensamientos para atraer el sentido común.

«¿La raíz del cuaquerismo del que es adepta no sostenía la creencia en la Luz Interior? ¿Y no significa eso que aseguran que cada persona tiene dentro de sí una chispa divina?, ¿que Dios mismo habita en todos los seres? ¿Por qué se menospreciaría usted cuando eso podría significar la blasfemia en su religión? (...) ¿No dice Dios, acaso, que todos somos la misma sustancia?».

Sacudió la cabeza con la esperanza de que el aire corriera en el asfixiante rincón de sus dudas y se adentró en el salón con la espalda erguida. Los invitados se habían esparcido hacía rato en canapés, sofás y sillones, como advirtió al ser testigo de conversaciones reposadas. Ya en un primer barrido panorámico observó que Clarissa y Verity se habían sentado juntas, y que la condesa había tomado de la mano a la joven para apaciguarla. Ese gesto de hermandad le rompió el corazón.

Se había puesto de su parte sin pensar ni por un segundo en cómo se había sentido ella.

Curiosamente, fue la señorita Wargrave la que esperó a que se fijara en que estaba sola en un

canapé para hacerle un gesto de invitación. La señorita Tandye estaba entretenida charlando con una alumna, también amiga —o palmera— de Rebecca, en la otra punta de la estancia.

Sin dudarlo, Primrose se acercó a la señorita Wargrave, y no solo porque la viera con otros ojos desde que le prestó un vestido con valor sentimental ni para darles a sus amigas algo de lo que hablar, sino porque era innegable que sentía curiosidad por ella.

Rebecca la entendería, o eso le dijo una corazonada.

—¿A qué están jugando? —preguntó nada más acomodar la falda de manera que no molestase a la hija del barón. Señaló a la señorita Reeves. Hacía frenéticos aspavientos hacia el público desde el corazón de la sala, donde se erguía para dirigir el entretenimiento.

—A las adivinanzas. Mediante gestos o aportando una descripción parca en palabras, presenta un personaje histórico, literario o presente en la sala; no hay límites para la imaginación. Los demás tenemos que averiguar de quién se trata con la información de la que se dispone. El que lo acierta, se levanta y ocupa su lugar. Solo llevamos un par de adivinanzas. Hasta ahora, el señor Ritter y la señorita Vallans han representado a Napoleón y a la reina Elizabeth... —Rebecca comprendió que Primrose no la estaba escuchando. Fue a ponerle una mano en el hombro, pero se lo pensó mejor y solo la miró con fijeza—. ¿Ocurre algo?

—He discutido con Wit.

—Muy poco lo haces considerando lo impertinente que es.

—Es que no podía seguir así. Tenía que decir cómo me sentía —se justificó con un murmullo, agarrándose la falda a la altura del regazo. Ahí había prendido la vista para resistir el deseo de buscar a Sean entre los participantes del juego. Le aterraba descubrir que se había acercado a consolar a Verity si ese era el caso. Claro que, si atendía a lo que Wit le había confesado sobre él... «No es el momento de pensar en eso»—. Sé que me he excedido, pero no logro arrepentirme por más que me esfuerzo.

—¿Por qué te ibas a arrepentir de expresar lo que piensas? En todo caso, podrías lamentar haber usado unas palabras duras y no otras más gentiles, pero no creo que exista la manera ideal de plantear una molestia sin levantar ampollas en el proceso. Si una persona es lo bastante inteligente, comprenderá el prejuicio, la crítica o la opinión cruel que haya detrás de todos los paños calientes que pongas, así que más vale decirlo rápido y sin rodeos.

Primrose se giró para contemplar la determinación en su semblante. No le cabía la menor duda de que era una perspectiva a la que la muchacha había ido haciéndose con los años a base de acierto y error, y que había podido perfilar dicha estrategia porque precisamente Wit la ponía en situaciones que la ayudaban tanto a practicarla como a reafirmar que era la única manera de proceder.

—Eres una mala influencia, Rebecca —se rio a su pesar—. Si sigo tu consejo, ya ni siquiera se podrá decir de mí que soy una compañía tolerable, como señaló el señor Hopkins. Entre mi aspecto y mis turbios resquemores, me apodarán «la bruja de Canterbury».

—A mí me gusta como suena. Tiene gancho —se encogió de hombros. Primrose se rio de nuevo, esta vez de buena gana—, y al menos te permitirá decir lo que quieras, cuando y como quieras, sin que nadie espere de ti las gestas filantrópicas de un mártir. Creo que subestimas la independencia y las agallas que concede ser temido y odiado, y que no le has dado a la libertad de expresión el valor que merece —añadió, mirándola de reojo—. Si lo que te granjea el amor de los demás es fingir una benevolencia que no sientes de corazón o que, por razones de simple humanidad, no puedes sostener en todo momento porque eres víctima de pasiones volubles (como todo hijo de vecino, por otro lado), entonces ten por seguro que ese amor está viciado y no sirve para nada distinto de impedirte ser quien eres. No deberíamos guardar silencio en presencia

de quienes juran conocernos y amarnos con condiciones inasumibles solo para disfrutar de una convivencia pacífica. ¡Al cuerno con la conciliación! No me iría a la guerra con alguien que no conoce mis sombras o no las acepta. Esos me dispararían por la espalda.

Primrose enmudeció al escucharla.

Nunca había dudado de la sagacidad de la señorita Wargrave. Demostraba una agilidad mental a la hora de inventar crueles sobrenombres y arrojar los peores reproches que solo Wit podía igualar, pero no se le habría ocurrido jamás que podría utilizar esa misma inteligencia para reflexionar sobre las cuestiones del ser.

Estaba lamentándose por haberla juzgado como un mero genio del mal —al final, era un genio a secas— cuando una voz masculina como la miel intervino.

—Quién habría dicho que cabría tanta pasión en un cuerpo tan pequeño.

Primrose se fijó en el caballero que se había puesto cómodo en el sillón individual más próximo a Rebecca. Estaba lo bastante lejos para que resultara grosero unirse a la conversación, pero habría apostado por que habría recibido la acusación de chismoso con una reverencia de reconocimiento. Además, algo en su postura reclinada hacia la señorita Wargrave advertía de que ese y no otro había sido el objetivo detrás de escoger aquel asiento.

Quizá el tratamiento de caballero fuera fiel a sus prendas de calidad exquisita, propias de un *dandy* apasionado de las últimas tendencias, pero no a la picardía a todas luces indecente de su mirada tornasolada. El cabello castaño oscuro, como la leña quemada, le caía sobre unos ojos que chisporroteaban como el hogar, y aquella no era una burda metáfora. Tenía los iris de un extraordinario tono rojizo que, en contraste con la piel morena y alentados por la vida interior que se intuía en su amago de sonrisa pendenciera, parecían más mágicos si cabía.

Por eso le sorprendió que Rebecca pusiera los ojos en blanco, en lo absoluto impresionada, y dijera con toda confianza:

—Oh, cállese, Kinross.

—Pero solo porque me lo dice usted, ¿eh?

La señorita Wargrave giró el cuerpo hacia Primrose para darle la espalda de forma deliberada a quien supuso que sería Emerson Kinross, conocido como Sonny por la mayoría de quienes le trataban; incluida su hermana, que había entrado en la escuela ese año a una edad sospechosamente tardía.

—¿En qué estábamos? —inquirió para bloquear cualquier intento de Kinross por intervenir.

Primrose se apiadó de que lo ignorasen con semejante frialdad y le lanzó una mirada de disculpa. Pero los desdenes de Rebecca debían de ser una costumbre que ya había aprendido a interpretar como un juego la mar de divertido, porque el aludido se encogió de hombros con las palmas apuntando hacia el techo —«otra vez será», parecía decir— y devolvió su atención a la adivinanza.

—No te imaginaba haciéndole un desaire a un hombre soltero.

—Eso no es un hombre soltero, ni un hombre a secas. Es Sonny Kinross —bufó, y fue como si su nombre lo resumiera todo. Primrose pensó con aire soñador, un aire necesario para oxigenar un cuerpo tenso por la culpa, que ese era el primer paso necesario para constituir una leyenda: que su denominación bastase para identificar no ya a la persona, sino al novedoso concepto que había inventado—. ¿Y bien?

Primrose tardó en recordar la insinuación que le había venido a la cabeza antes de que Kinross interrumpiera.

—Iba a decir que ayer, mientras nos arreglábamos, mencionaste que tú no habías empezado la guerra entre mis amigas y yo. ¿A qué te referías? Que recuerde, nunca hasta ahora habías sido

amable conmigo.

—Tampoco era desagradable hasta que Verity lo arruinó todo —replicó entre dientes. No podía decirse que Rebecca le tuviera resentimiento a Wit; el ardor de su odio no se había extinguido aún, y el rencor era las cenizas de un viejo desprecio, no un corazón latente—. Tú tal vez no te acuerdes o quizá no lo sepas, pero yo... yo... —Se ruborizó de vergüenza—. Hace años, intenté acercarme a ella con la intención de entablar una amistad. Fue antes de llegar a la escuela, pero pese a su rechazo inicial en Londres, insistí. Obtuve resultados que creí gratificantes y que no eran más que un espejismo. Salí escaldada de la peor manera. Verity me ha odiado desde que puedo recordar.

Primrose se quedó perpleja.

Una parte de ella le dijo que la señorita Wargrave estaba mintiendo. Pero cuando alzó la mirada para buscar a Verity entre la gente y le chocó, una vez más, reconocer la historia de pequeñas maldades que escondía aquel rostro angelical, supo que no podía tratarse de una exageración. Sabía que Wit era de sentimientos profundos, tanto si hablaban de odio como si hablaban de amor, y prueba de ello era la devoción con la que se entregaba a su familia. Además, los Burton la habían criado de modo que no experimentara nunca el menor bochorno o culpabilidad tras soltar las palabras más crueles jamás pronunciadas.

—¿Cómo muere su personaje, señorita Reeves? —inquiría Harding en ese momento, absorto, como los demás, en el juego. Se había alejado de la inmensa mayoría de la concurrencia para fumar sin importunar a las damas: sostenía un puro entre los dedos y con el hombro contrario se dejaba caer contra una gruesa columna de mármol.

—Ahogado —contestó ella.

—Entonces solo puede ser Ofelia, de *Hamlet* —resolvió Verity.

—¡En efecto! —aplaudió Sarah Reeves.

—Muy bien, señorita Burton —la halagó la maestra de literatura—. Se nota que ha hecho sus deberes.

Wit se levantó para deleitar a los presentes con una graciosa reverencia. Nadie se burló de una coquetería innecesaria y hasta infantil que, si Primrose se hubiese atrevido a ejecutar, habría provocado miradas incómodas y risas burlonas entre los presentes.

Hizo la comparación de forma inconsciente, pero trajo consigo una dosis de veneno del que sí se avergonzó profundamente.

Por más que lo intentara, no podía seguir fingiendo que no envidiaba a Verity; que no envidiaba que sus padres la amaran de manera incondicional y perseveraran en sus deseos de retenerla en la casa familiar a toda costa, cuando a ella la habían echado con cajas destempladas y no le habían escrito una carta en trece años ni por piedad. Y es que en realidad envidiaba que nadie quisiera o supiera cómo refutar su belleza, cuando ella no podía arreglar sus defectos de cuna. Envidiaba su carácter, aplastante de tan seguro de sí mismo. Envidiaba el modo en que la sociedad se inclinaba ante ella, como si más que una muchacha de diecinueve años, fuese una deidad olímpica. Envidiaba que nadie la reprendiera duramente porque, en ella, todo defecto era perdonable. Envidiaba hasta que Clarissa se hubiera puesto de su lado.

Podría seguir mintiéndose a sí misma alegando que la intoxicación vitriólica se debía a la llegada de Sean, pero él solo había sido la gota que colmaba el vaso. Esos terribles sentimientos ya estaban ahí antes.

¿Se podía amar a alguien hacia quien se sentían unos celos insoportables? ¿Alguien a quien se admiraba por los aspectos más superficiales, pero a quien se deploraba a veces por razones morales?

Capítulo 18

Habiendo ocupado ya el lugar de la señorita Reeves, como le correspondía como ganadora, Verity dio una palmada para atraer la atención de un público que estaba orgullosa de dirigir.

—¿Alguien quiere empezar preguntándole algo a mi personaje?

—¿Es usted un hombre o una mujer? —preguntó el conde de Haverford, también de pie y reclinado al fondo del salón. Se hallaba a una distancia de dos metros del futuro barón, pero sus cuerpos estaban orientados el uno hacia el otro.

Aun en silencio, parecían mantener una conversación secreta.

—Una mujer.

—¿Cuántos años tiene?

—Soy joven.

—¿Su nacionalidad es inglesa?

—Ajá.

—¿Ha hecho algo de relevancia política o social? —preguntó Harding con la vista clavada en el extremo húmedo del puro. Se lo acercó a los labios mientras esperaba una respuesta de Verity, a la que no se molestó en mirar.

Primrose se regocijó de manera pueril en que al menos alguien, nada menos que el honorable Harding Wargrave, no pareciese hipnotizado por ella.

—Quizá no política o social, pero sí contribuyo a la difusión de las creencias religiosas minoritarias —explicó Verity con una sonrisa beatífica. Entrelazó las manos sobre el regazo—. Claro que solo practico sus honorables preceptos de cara a la galería; cuando llega la hora de tratar a mis amigos más cercanos con tacto y respeto los días que se me levanto con el pie izquierdo, se me olvidan todas esas pamplinas de la Luz Interior.

—Lo que faltaba —bufó Rebecca por lo bajini. Había captado a la par que una catatónica Primrose a quién había escogido para el juego, pero, a diferencia de la afectada, aún podía hacer acotaciones verbales al respecto. A ella se le había bajado la sangre a los pies—. No tiene vergüenza ni la conoce.

—No puede ser Enrique VIII porque es un hombre —meditó Nile, más para sí mismo. Primrose intentó provocar el contacto visual para compartir con él su perplejidad. ¿Acaso no había deducido en el acto de quién se trataba?—, aunque encaja con la última descripción.

—El anglicanismo no es una religión minoritaria, milord —le corrigió Harding, para lo que procuró no mirarlo de forma directa.

—Pero lo era en el siglo XVI —replicó el conde.

—¿La Luz Interior no es un término de la Sociedad Religiosa de los Amigos? —preguntó Clarissa en dirección a su marido, confusa.

—Está claro que la estupidez es contagiosa —comentó Rebecca en voz baja.

—¿Es usted una traidora a la patria? —inquirió Kinross.

—Si con «patria» entendemos «comunidad», y con «comunidad» entendemos a quienes tenemos cerca, entonces sí, soy una traidora. Sobre todo me traiciono a mí misma constantemente al no decir nunca lo que pienso y necesito y esperar que sean los demás quienes lo deduzcan. Aunque esa es más bien una conducta perezosa e incluso cobarde, ¿no?

Primrose se enderezó con el rostro tenso.

La experiencia la había advertido desde el principio de que habría de andarse con cuidado con esa Verity furiosa, sobre todo ahora que tenía la palabra, pero confirmarlo no fue menos devastador. Le costó creer que la hubiese elegido como personaje cuando eso significaría airear los trapos sucios y devolverle la humillación ante gente que la apreciaba y gente que la había vejado, como si Primrose no hubiera tenido suficiente a lo largo de su vida.

—Si nos diera algún que otro dato más... —sugirió Sean.

Rebecca ladeó la cabeza para mirar a Primrose como si estuviese rodeada de débiles mentales.

—Espero que a ese idiota también le digas cuatro cosas.

—Por supuesto, señor Connor —continuó Verity—. Diría que una de las cosas más llamativas o interesantes de mi historia personal es que me he estado carteando con un pintor irlandés en el último año y medio. Pero cuando ha venido de visita, me he escondido tras las faldas de una amiga. Porque si algo se ha de saber de mi carácter, es que nunca doy la cara.

—Creo que estás malinterpretándote, Verity —se hizo oír Rebecca con la intención de defender a la inmóvil Primrose—. En efecto, te has carteado con un pintor, pero también con un aristócrata, y con un corredor de Bow Street, y con un miembro de la realeza, y con... —Dejó la enumeración al aire cuando ya había quedado claro que pretendía subrayar su libertinaje—. En fin, no voy a entorpecer la dinámica listando a todos los caballeros empadronados en la capital. El problema es que has dicho que no das la cara, cuando deberías haber señalado que *tienes* mucha cara.

—Es cierto que mi personaje tiene muchas caras, Rebecca —le concedió con una sonrisa gélida—. Una de ellas es la amiga perfecta, ideal..., pero a la otra le gusta sentarse con la enemiga de sus presuntos seres queridos.

—Eso solo significa que al menos una de sus caras tiene sentido común —contraatacó Rebecca.

—Basta —musitó Primrose con un hilo de voz, de manera que solo la escuchase la señorita Wargrave—. No es necesario que me defiendas. Déjala que se desahogue.

—Antes muerta. Me parece a mí que a la señorita Burton se le ha dado carta blanca para decir lo que le venga en gana sin atenerse a las consecuencias o considerar sentimientos ajenos durante mucho tiempo —espetó Rebecca en voz alta—. He tenido suficiente.

—Si quieres que me calle, siempre puedes decir el nombre de mi personaje y regresaré a mi asiento —respondió con aparente naturalidad.

—Lamento decepcionarte, Verity, pero no soy la clase de persona que ataca por la espalda a sus amigas cuando le dicen algo que no le gusta... Incluso si es la pura verdad.

—¿Qué sabrás tú? —le soltó con aire displicente.

—Sé que Primrose no ha dicho jamás nada que no sea cierto.

—Lo que demuestra que no la conoces tan bien como yo.

—Tú solo conoces lo que quieres conocer. Lo que no te conviene, lo ignoras —masculló Primrose.

—Dios santo —suspiró Clarissa, llevándose una mano a la cara.

Un gesto similar compartieron Harding y Nile, que, acodados cada uno en su columna, aprovecharon la distracción del público para intercambiar una mirada cómplice.

«Aquí uno nunca se aburre», parecía decir el futuro barón.

«Ni que lo digas», confirmaba el conde.

Verity se giró en redondo hacia Primrose para volcar en ella una mirada furibunda.

—Eso solo significa que soy mejor que otras, porque tú ignoras incluso lo que te conviene, algo que tiene bastante más delito y además demuestra que careces del instinto de preservación

necesario para la supervivencia humana: el de buscar la felicidad propia en lugar de sabotearla de manera sistemática.

—¡Hay que tener valor! ¡Tú eres la que me ha ayudado a sabotearla! —le espetó Primrose.

—¡Yo solo te estaba empujando al borde del asiento para que te levantaras e hicieras algo! ¿De verdad piensas que tengo el menor interés en el señor Connor? ¿En qué mundo y en qué mente cabría que yo me fijara en él?

El señor Kinross soltó una carcajada nada discreta a su lado que todos los presentes se ocuparon de censurar. A él no le importó demasiado ser la comidilla.

—Gracias, por la parte que me toca —ironizó Sean.

—Oh, no tengo nada en su contra, querido —se apresuró a alegar Verity—. Es solo que jamás se me ocurriría dejarme cortejar por un hombre que, primero, es el objeto de deseo de mi mejor amiga, y, segundo, no siente una devoción por mí que podría dar la vuelta al mundo.

Harding dio una calada al puro para que el humo camuflara su expresión facial: puso los ojos en blanco, y hay quien hasta le vio mover los labios para emular algo parecido a «la criatura no tiene abuela».

Como si los Wargrave compartieran opiniones además de sangre, Rebecca soltó:

—Me extrañaría que alguien pudiera siquiera soñar con sentir la mitad de esa devoción por ti, es decir; la devoción que solo tú sientes por ti misma.

—¡Se acabó! —exclamó Clarissa, levantándose del sillón con el brazo rodeándose el vientre abultado—. ¡No he venido en carruaje desde Bloom’s Park, arriesgándome a romper aguas en medio de la nada, para ver cómo os insultáis unos a otros! ¡Prim y Wit, más os vale hacer las paces ahora mismo o...!

—Éramos pocos y parió la abuela —se rio Rebecca, envenenada—. Desde luego, es un alivio ver que algunas cosas nunca cambian: el egocentrismo de la condesa de Haverford siempre tiene que intervenir para resolver la situación, y más nos vale a todos que sea de un modo conforme a sus deseos. Pero ¿es que no le ha dicho nadie que es de mal gusto dejarse ver en público con una prueba fehaciente de su repugnante libertinaje?

—Por favor, Rebecca, sé algo más elegante, ¿quieres? —le rogó Verity con las manos juntas en un rezo y un puchero burlón—. A nadie le cabe la menor duda de que lloras hasta que te quedas dormida cada vez que piensas en el heredero de Haverford, pero en este salón hay unos cuantos hombres solteros, y, si quieres casarte algún día, tendrás que hacerles creer que no te importa que tu desafortunada pasión por un hombre casado no fuera ni sea jamás correspondida.

—¡Verity! —exclamó Primrose, a la que la indignación había impulsado también de su asiento—. ¡Basta! ¡No tienes derecho a tratarla así! ¿Es que no te escuchas? ¿Dices algo semejante y luego pones el grito en el cielo porque acuso tu crueldad?

—¡Pongo el grito en el cielo porque no entiendo cómo puedes defender a la estúpida Rebecca Wargrave! ¿Ya se te han olvidado las incontables ocasiones en las que te ha empequeñecido con burlas injustificadas para engrandecerse a sí misma?

—Si tuviera que odiar a toda persona que alguna vez me ha hecho sentir insignificante, tendría que odiar a todas las personas de esta sala —sentenció—. A ti entre ellas.

Verity retrocedió un paso, como si su comentario hubiese venido acompañado de una onda expansiva. En su perplejidad sobreentendió que le costaba reconocer a la Primrose que decía lo que pensaba sin miedo a la crítica o a la posible humillación de un contraataque aún peor.

Una tensión que se podía cortar con un cuchillo se asentó en el salón.

—Quiero a todas las involucradas fuera de aquí ahora mismo —declaró Lavinia Vallans en tono gélido, hasta el momento al margen por Dios sabía qué razón. El shock, tal vez—. Señorita

Burton, usted diríjase a su dormitorio; señorita Wargrave, márchese a la sala de visitas del ala oeste, y señorita Insley... Usted quédese en el despacho de la directora hasta que se haya calmado. Más tarde las iré a ver una a una acompañada de la señorita Lacraft.

Verity fue la primera en abandonar la estancia, aunque antes hizo una venia cargada de sarcasmo. La lívida Rebecca fue escoltada por su hermano, que no había tardado en precipitarse hacia ella como si pudiera bloquear los ultrajes con su propio cuerpo. Primrose esperó a que los pasos de ambas se hubieran extinguido para irse, y aunque sintió la mirada de Clarissa siguiéndola como una sombra, no se giró.

No tenía nada más que decir, ningún mensaje que trasladar. Se había quedado vacía y exhausta. Incluso triste ahora que asimilaba que sí, se podía querer y odiar a alguien del mismo modo que se le podía envidiar y admirar; y que, aunque había errado al creer a Verity capaz de encapricharse con el hombre que ella amaba, lamentablemente estaba en lo cierto al definirla como un alma despiadada.

Se encaminó al despacho con una postura alicaída, pensando en lo inteligente que había sido la medida de la señorita Vallans. Si las hubieran mandado al despacho para resolver la discusión, solo habría prolongado los gritos y los reproches hasta el infinito.

Por el momento, cada una descansaría en un punto cardinal opuesto de la escuela.

—Prim —oyó que la llamaban.

El eco de la voz masculina la advirtió de que estaban solos en el pasillo. Se tensó de arriba abajo con una mezcla de rabia y deseo. Su cuerpo era muy consciente de lo que sucedía cuando nadie los estaba mirando, y ella se hallaba ahora en un estado de locura transitoria.

—Déjeme en paz —musitó sin darse la vuelta—. Nada de esto habría pasado si no se hubiese presentado en Canterbury sin avisar.

—Creo que ya ha habido suficientes recriminaciones malintencionadas en el salón como para que las traslademos al corredor, ¿no le parece?

Primrose giró en redondo para lanzarle una mirada conminatoria.

—¿No cree merecer que le salpique la pelea en la que nos hemos embarrado todas? Entiendo con las confesiones de Verity y con su silencio cómplice que se le ocurrió a usted y solo a usted la magnífica idea de darme una lección de celos. Seguro que le habrá parecido muy divertido. Wit y yo no nos estamos riendo tanto ahora que nuestra amistad ha quedado severa e irreversiblemente dañada. Ya que está aquí, podría contarme el aspecto chistoso de su plan maestro para que al menos deje de sentirme el mismísimo diablo.

Sean inspiró hondo.

—Dudo que sea imposible que la señorita Burton y usted arreglen las cosas —replicó con afán conciliador—. A mi parecer, no están acostumbradas a discutir, de ahí la intensidad del rifirrafe, y se quieren demasiado como para que no las hiera una mínima desavenencia.

—¿Mínima desavenencia? ¿Es que no es usted consciente de lo que ha hecho?

—Soy consciente del que es su carácter, señorita Insley, y no es usted de las que ponen la pelota en tejado ajeno cuando la situación se torna sombría. Yo no tengo problema en aceptar la responsabilidad de mis actos; acepte usted la suya, que ha sido mentirme a mí y envenenarse aun sabiendo que eso podría afectar a su relación con la persona que más quiere.

Primrose soltó una carcajada incrédula.

—No me diga que pretende que me disculpe cuando es usted quien ha intentado manipularme, y, para colmo, utilizando a Verity como arma.

—No. Quiero que me diga qué espera de mí ahora que ha quedado claro que le importa, y más de la cuenta, que me pueda interesar una mujer distinta de usted.

—¡Espero que se pierda de mi vista! ¡Eso es lo que espero! —rugió para su inmensa sorpresa; la de Sean, que no controló a tiempo su asombro, y la de ella misma—. No le voy a culpar de mi irascibilidad hacia Wit porque ya ve que existen otras muchas razones para estar en desacuerdo con su visión; como, por ejemplo, el modo en que trata a los que no le bailan el agua. Pero usted ha sido un motivo de peso para enemistarme con ella, y algo que me aleja emocionalmente de mis amistades o me hace cuestionarme mis principios hasta llevarme a menospreciar a mis seres amados, es algo con lo que debo poner distancia. Habría sido muy justo que hubiese señalado los defectos de Wit si no lo hubiera hecho guiada por los celos que me ha inspirado su causa. Y es que así sea egoísta, narcisista y cruel, Verity Burton es mi amiga, y eso va por delante de usted. No le culpo porque mis sentimientos me hayan hecho olvidarlo, pero si su proximidad me hará volver a perder de vista mis prioridades, entonces no le queda otra que marcharse.

—Cuando usted y yo nos encontramos en el camino a Arlington Abbey y cenamos en Nochebuena, Verity aún no estaba entre nosotros y la vi igualmente convencida de renunciar al hombre de las cartas —señaló en tono informativo. Su mirada se endureció, como también su voz, al añadir—: Honre su bonito discurso sobre el amor que le profesa a su amiga llevándolo a la práctica, y empiece a respetarla no utilizándola como burdo pretexto para apartarme de su camino. Sigue sin decirme la condenada verdad.

Primrose lo odió por no rendirse, por ser más valiente que ella, por desmontar sus argumentos, por no permitirle que se escondiera para llorar por haberse delatado como una terrible cuáquera, por haber decepcionado a sus amistades, por haberse traicionado a sí misma. Lo odió de corazón; durante un delirante segundo, sí, porque el agradecimiento porque la siguiera creyendo digna de insistir seguía allí, pujando para hacerla romper en llanto. Pero igual que la invadió el inflamable deseo de estrangularlo y hacerlo desaparecer, se marchó, dejándola fría y exhausta, y lo que era peor, a solas con su amor incondicional.

—No puedo lidiar con esto ahora mismo —acabó murmurando, y se dio la vuelta para continuar su camino hacia el despacho. Apenas avanzó unos pasos antes de que Sean la alcanzara y la agarrase por la muñeca para detenerla. El mero contacto le aceleró el pulso y terminó por colmar su paciencia, y más le habría valido al caballero estar a cubierto cuando Primrose lo encaró con los ojos enrojecidos y un dolor insoportable en el pecho—. ¡¿Por qué no me deja tranquila?! ¡¿Es que no ve que no deseo nada de usted?!

—Eso no es lo que dices cuando nos quedamos a solas. Basta ya de juegos —le rugió a un palmo de la cara, presionando su brazo con los dedos—. Tu tozudez casi provoca un cataclismo en la escuela y aquí sigues, negándote a decir lo que quieres y lo que sientes. Dime por qué diablos te escondes de mí.

—¡Porque no te quiero! —le gritó a pleno pulmón. La potencia de su declaración instó a Sean a soltarla y a dar un paso atrás—. Me cuesta creer que un hombre tan inteligente como usted no haya podido llegar solo a la conclusión. Tengo veintidós años, ningún pretendiente, mi familia no me dirige la palabra y mi amistad con Verity tiene los días contados, porque se casará y me dejará atrás como determina el curso de la vida. Ya he aceptado mi destino: acabaré enseñando literatura en esta misma escuela cuando la señorita Vallans se canse de hacerlo, viviré en alguna de las casas de la parroquia de Canterbury, si no en el mismo dormitorio que llevo ocupando aquí desde los nueve años, y me moriré de puro aburrimiento cuando mi alma no lo soporte más.

»Usted me vino caído del cielo. Era justo lo que una persona como yo necesitaba para recordar que estaba viva. Que *está* viva. Pero nunca ha dejado de ser un espejismo para mí, un juego, un entretenimiento, algo que se acabará. Hice ese luto durante nuestro contacto epistolar; por eso nunca quise ni esperé nada de usted, y por eso me estorba ahora.

Sean la había escuchado sin caber en su asombro. Se le veía francamente horrorizado, como Clarissa o Verity cuando hacía proclamas semejantes desde la resignación o con una falsa sonrisa ilusionada por la vida contemplativa que la esperaba.

Vida que en el fondo no quería e incluso despreciaba.

—¿Y no puede convencerse de amarme algún día?, ¿de ver esto como algo que continúa?, ¿algo que puede salir bien? ¿Es porque teme que yo no pueda darle las comodidades de las que ya disfruta en Arlington Abbey? No está en mis manos ofrecerle una mansión como esta, pero sería la señora de la casa que mi bolsillo me permita habitar. Y si es porque vivo en Irlanda, se prevén tiempos oscuros debido a las malas cosechas. Pretendía marcharme al sur con mi madre de igual modo, y...

Primrose lo interrumpió levantando una mano.

Sentía que llevaba el corazón arrastrando, roto por zonas cuyo nombre no sabría indicar. ¿Cómo podía insistir aun así? ¿Cómo podía querer tanto a la mujer de las cartas y seguir asociándola al monstruo que tenía delante después de todo?

—No tiene nada que ver con eso, señor Connor. Simplemente en ningún momento se me ocurrió la descabellada idea de que pudiera llegar a presentarse, de que pudiese llegar a quererme, y se debe, en gran medida, a que yo jamás tuve la aspiración de buscarle o amarle. No desprecio lo que pueda ofrecerme; es más bien que no consigo verlo. No consigo *verme* ahí. Lo que usted propone va contra lo que Dios ha decidido para mí.

—¿Y cómo puede creer en un Dios que le amarga la vida? —murmuró con voz queda.

—Mi vida no será amarga solo porque no disfrute del matrimonio.

—Lo será si se niega el amor. Eso lo necesita todo el mundo, Prim.

—Disfruto de cuanto amor pueda necesitar a través de Dios.

—Pues si es Dios quien la está convenciendo de que no se merece mi afecto, yo no volveré a rezarle jamás.

Primrose alargó el cuello para mirarlo bien desde su falsa posición orgullosa. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no le importó que él las viera; podría asociarlas a la impotencia y no al dolor que estaba a punto de doblarla.

—Respetaré sus creencias o su falta de ellas si a cambio usted respeta mi decisión.

—No la respeto —sentenció él, mirándola desde su altura con los ojos entrecerrados—. No la acepto, no la quiero y no la comprendo. Pero no lucharé más contra ella y me perderé de tu vista. Justo como me has pedido.

Empezó a cumplir su palabra dándose la vuelta con la energía que otorgaba la seguridad en uno mismo y marchándose pasillo abajo. El corazón se le rompió una vez más, y aunque sintió la poderosa tentación de detenerlo alegando que solo tenía miedo, que no contaba con el derecho de arruinarle la vida caminando de su brazo, que en realidad lo estaba haciendo por él porque por supuesto que había soñado con un futuro juntos, no abrió la boca.

Se apoyó contra la pared del pasillo y se dejó caer hasta quedar sentada. Se abrazó las rodillas para tratar de unir los pedazos rotos y descansó la mejilla húmeda entre las piernas.

—Es lo mejor —musitó para sí misma—. Así deben ser las cosas. Todos tenemos Luz Interior. Él tiene Luz Interior. Tú tienes Luz Interior. Pero has de proteger su Luz aun si es a costa de la tuya. Has de proteger su Luz.

Capítulo 19

El amanecer descubrió a Sean ordenando la que había sido la sala de pintura. A modo de agradecimiento por la amable invitación y la disposición de la escuela a permitirle enseñar sus conocimientos, se había propuesto evitarles a los sirvientes el esfuerzo de sacar las manchas de óleo de las maderas y dejar la salita como una patena por su cuenta.

El cegador sol de invierno parecía orgulloso de iluminar los retratos que, gracias a las técnicas materiales de Turner y para deleite de sus familiares, las jóvenes habían podido finiquitar la mañana anterior. La señorita Wargrave había defendido los errores de su cuadro alegando que tenía otros muchos talentos y no necesitaba acaparar todo virtuosismo demostrando, además, aptitudes con el pincel. La señorita Insley, por otro lado, no se había esforzado en lo absoluto para que su cuadro evocara el menor rastro de habilidad, y el resultado así lo testimoniaba.

Pero Quitterie habría sido un agradable descubrimiento. En apenas veinte o veinticinco horas totales ante el lienzo, había hecho gala de una maestría sorprendente para tratarse de un primer contacto con los óleos. Ni siquiera Sean, que se consideraba bendecido por el don artístico, había aireado un talento de tamañas proporciones en sus acercamientos iniciales con la pintura.

La Rebecca Wargrave del cuadro de la francesa había dejado perplejos a los invitados que se habían pasado por la sala para contemplar —y, por qué no decirlo, *juzgar*— la modesta exhibición. El hermano de la retratada hasta le había preguntado a Quitterie por cuánto lo vendería, jurando estar muy interesado en colgarlo en la finca familiar. La muchacha se había sentido tan abrumada por la atención que no había podido separar los labios. Sean había tenido que interceder en su nombre y rogar que le dieran tiempo para meditarlo.

Apostaba por que no querría deshacerse de su primera obra. Ningún pintor que apreciara de corazón su desempeño era capaz, en buena parte porque siempre era un placer ir comparando la técnica perfeccionada de pinturas posteriores con la original.

Pensaba con una amarga sonrisa en los labios que, al menos en ese sentido, su viaje no había sido un auténtico fracaso. Sean no era de los que se rendían, ni con facilidad, ni sin ella. No se rendían y punto. Pero para no rendirse debía presentir en su objetivo una mínima inclinación a dejarle ganar, la posibilidad de la victoria, y no había visto en Primrose la actitud remolona de una mujer que quería que lucharan por ella, sino la desesperación de quien ansiaba que la dejasen en paz para siempre.

Meneó la cabeza, decepcionado consigo mismo y con todo lo que había desencadenado el inocente intercambio de cartas. Quería odiar a Primrose por su cabezonería, por el modo en que se había burlado de él tanto si había sido adrede como si no le había quedado otro remedio..., pero recordaba a la joven de los interminables textos y se conmovía irremediablemente.

Había una mujer sensible, dulce y brillante detrás de la máscara que se había sentido en la obligación de ponerse. Había una muchacha con sueños, ambiciones y una inteligencia que a menudo le jugaba en contra, porque no le cabía la menor duda de que, si no hubiera pensado demasiado en los desenlaces fatales de su unión, la visita se habría desarrollado de otro modo.

Uno con un final feliz para ambos.

La mujer que amaba no había desaparecido. Seguía allí.

Pero tal vez se hubiese equivocado y no estuviera hecha para él.

—Señor Connor —oyó que lo llamaban desde el umbral. Se giró con el paño húmedo en la

mano, a tiempo para captar la sonrisa tímida de Quitterie. Tenía las manos unidas sobre el regazo y el cabello recogido en un elaborado trenzado que le dejaba los hombros al aire.

—¡Señorita Tandye! ¡Apenas son las seis de la mañana! ¿Qué hace despierta?

—No podía dormir. —Se miró los dedos entrelazados—. A decir verdad, me cuesta conciliar el sueño desde que soy niña. Ya se marcha, ¿verdad, señor Connor?

—Lamentablemente, así es.

La francesa agachó la cabeza con las mejillas ardiendo.

—He de reconocer que me entristece —musitó—. Tenía la esperanza de que se quedara unos meses más, o incluso para siempre; así podría seguir aprendiendo de usted. Le he... —Tragó saliva—. Le he sugerido a la señorita Lacraft que le ofrezca un contrato de... de... de maestro de pintura para los meses que restan hasta el inicio de la temporada. Me ha dicho que habría sido una propuesta excelente de no ser por... por... Bueno, por lo sucedido ayer. La directora opina que sería escandaloso mantenerlo bajo este mismo techo mientras la señorita Burton y la señorita Insley formen parte de la escuela.

—Y no se equivoca. Madeline Lacraft es una mujer muy prudente y profesional. Sabe qué es lo mejor —concordó con suavidad. La decepción de la muchacha era visible. Seguía con la vista clavada en el suelo para disimular una contrariedad que creía ilegítima, pero que en el fondo era halagadora. Sean se apiadó de ella soltando el paño sobre la mesa e invitándola a pasar con un gesto—. Acérquese, señorita.

Quitterie no obedeció enseguida, y, cuando lo hizo, fue vacilante. Incluso las que no habían estado involucradas en la historia del engaño y las cartas se habían dado por escarmentadas con el altercado de la tarde anterior.

Sean le puso una mano amable en el hombro para conducirla hacia el caballete que exhibía su retrato de la señorita Wargrave. Rebecca miraba hacia el observador con la barbilla levemente alzada, insinuación de su carácter soberbio, pero la expresión de sus ojos no era retadora en lo más remoto. Encerraba el orgullo de la joven, como también su vulnerabilidad: se ajustaba a la verdad de un modo milagroso.

—¿Ve usted lo que ha hecho? —le preguntó Sean sin moderar su satisfacción—. No he asistido a una escuela de arte propiamente dicha, pero me he movido en ambientes donde proliferaban los pintores y aún no he conocido a nadie que haya logrado este resultado con un primer cuadro. Le aseguro que, aunque yo me vaya, este talento suyo no va a desaparecer. Este magnífico retrato lo ha creado usted y, por tanto, suyo es el talento. Yo solo le he dado los pinceles y unas vagas indicaciones.

—Pero sin un buen maestro no se puede progresar, señor Connor.

—Estoy de acuerdo en que puede ser más difícil, pero yo no soy un buen maestro. Cierto es que tengo las virtudes que se aprecian en uno: muestro paciencia y cuido los ánimos de mis alumnos. Eso no significa, sin embargo, que me hayan preparado para alumbrar el camino de un artista. Si quiere seguir la senda del arte, señorita Tandye, le recomiendo que contacte a algún viejo pintor que se preste a la enseñanza a cambio de una generosa suma. Podría darle una lista de nombres.

Quitterie sonrió apenada, como si hubiera dicho una rematada estupidez.

—Mi padre jamás pagaría un extra para que yo aprendiese a pintar. Lo cierto es que siempre me ha gustado el dibujo, y el carboncillo, y la asombrosa técnica de la acuarela... Por eso sé la opinión que el arte le merece a mi familia. No invertirán en nada que no me ayude a encontrar marido.

Se fijó en la postura derrotista de la muchacha, en cómo le tembló la voz al confesar su temor

de tener que renunciar a la recién descubierta vocación.

—Es comprensible que prioricen el casamiento, pero una cosa no es incompatible con la otra. ¿Qué hombre no querría a una joven virtuosa a su lado? —trató de animarla.

—Me parece que no es esa clase de virtuosismo el que los solteros andan buscando, señor.

Sean retiró la mano de su hombro muy despacio, sin apartar la vista de su rostro apagado.

—Tiene razón —dijo con voz queda. Pero puso la mente a pensar al límite de su capacidad en busca de una solución definitiva—. No se preocupe, señorita Tandye. Si usted de verdad quiere aprender a pintar como una profesional, como el Turner que tanto admiramos ambos, le prometo que lo hará.

Quitterie levantó la cabeza sin ocultar su incredulidad.

—¿Qué quiere decir?

—Usted solo confíe en mí, ¿de acuerdo? —Le guiñó un ojo—. Aquí donde me ve, soy un tipo con recursos.

La muchacha se ruborizó, pero también se concedió una sonrisa aliviada porque no tenía que hacer el esfuerzo de confiar en él; ya lo hacía. Sean pensó, sin saber cómo sentirse, que había conseguido ganarse el respeto y el cariño de todas las alumnas excepto los de la mujer que le interesaba.

—Buen viaje, señor Connor —le dijo a modo de despedida, cuando ya se había encaminado a la salida—. Ojalá vuelva a saber de usted muy pronto.

—Seguro que sí. Sigue practicando, Quitterie —añadió con el dedo en alto—. Recuerda que, aunque hayamos nacido con un don sin parangón, si no lo cultivamos, nos moriremos sin saber a dónde podría habernos llevado. Ten presente la fábula de Esopo, aquella de la liebre y la tortuga, y no te duermas en los laureles.

Ella asintió frenéticamente con una solemnidad cómica y se marchó después de dirigirle la última sonrisa. Sean todavía se quedó un rato mirando hacia la puerta con una cálida sensación.

No, su viaje no había sido en vano. El despertar vocacional de una muchacha no era asunto menor y, por tanto, no debía ser menospreciado. Sobre todo cuando la muchacha en cuestión necesitaba de manera desesperada encontrar una vía de escape, una forma de expresión, para desahogar todo lo que era incapaz de decir por culpa de su terrible timidez.

Retomó su labor recogiendo los pinceles aún húmedos uno a uno para acomodarlos en el estuche de la señorita Vallans. Se le había olvidado mencionarle a Quitterie que la maestra de literatura podría supervisar su desempeño creativo en tanto que él localizaba a un artista profesional y lo sobornaba o bien chantajeaba para enseñarle: se había fijado en los cuadros de la salita, cuya autoría Primrose había atribuido a la susodicha, y tenía un estilo muy particular.

—¿Necesita ayuda? —inquirió una voz femenina.

Sean se enderezó como si Dios mismo le hubiese soplado un secreto al oído. Solo para cerciorarse de que era ella, de que había tenido la gentileza de pasar a despedirse, miró por encima del hombro.

Allí estaba.

Lo primero que había hecho nada más despertarse, y a una hora a la que las demás debían seguir dormidas, había sido echarse una bata por encima del camisón y quitarse la trenza con la que era habitual que las mujeres se fuesen a la cama. Su cabello, ni rubio ni castaño, caía en una cascada de ondas brillantes hasta la cintura.

Tuvo que girarse en redondo con las manos aún apoyadas en el borde de la mesa, solo que ahora a su espalda, para contemplarla con la intencionalidad que una visión semejante merecía. Alargó el momento de la respuesta, priorizando la captura de detalles que le ayudaran a

sobrellevar su ausencia durante el resto de su vida.

—Estoy bien —resolvió con la garganta atascada. Carraspeó para aflojar el nudo—, pero le agradezco que haya venido a ofrecerse. Supongo que no tenía en su agenda cometer la descortesía de no venir a despedirse.

—La verdad es que algo me decía que se iría antes de darme la oportunidad. He pasado gran parte de la noche despierta, tratando de anticiparme a ese momento.

—Me alegro. No quería irme sin decirle... —se le apagó la voz— sin decirle adiós.

Ella asintió muy despacio, todavía bajo el umbral. No había ni rastro de la rigidez de los primeros días. Debía de haber comprendido que Sean se había rendido, que no iba ni a torturarla, ni a rogarle que correspondiera sus sentimientos; ni siquiera a mencionar lo ocurrido, porque parecía cómoda en su piel por primera vez desde su tropiezo a las afueras de la finca.

Tenían que haber transcurrido milenios desde entonces. De lo contrario, no entendería las medidas del tiempo.

—No he podido evitar oír la conversación con Quitterie —comentó ella en un desesperado gesto por mantener una charla casual. Sean podía entender su necesidad. A él también le gustaría marcharse con la tranquilidad de no haber arruinado su complicidad—. Me alegra que al menos compartir con ella su afición le haya hecho más leve la estancia.

—Es una joven encantadora y le auguro un futuro prometedor en el ámbito del arte.

—¿Sabe? Creo que se ha enamorado de usted —señaló Primrose con una sonrisa.

—Lo dudo —desestimó sin tapujos—. Solo está agradecida porque alguien la ha escuchado por primera vez en mucho tiempo y le ha dado el lugar y el valor que le corresponde. Pero si lo estuviera, me temo que mi corazón está comprometido... y que, aunque fuera yo libre como el viento, ella es demasiado joven para mí.

—¿Joven? Solo le saca nueve años, señor Connor. Todos los días se ve a muchachas de diecisiete casarse con hombres que les triplican la edad.

—Y seguro que esos hombres se quedan muy satisfechos con su compra —ironizó él—, pero yo busco otra clase de estímulos de parte de mi futura esposa más allá de su tierna juventud. La señorita Tandye es magnífica, no me malinterprete. Sin embargo, no deja de ser una niña, o así la percibo yo.

—Verity solo tiene dos años más. Cumplirá veinte dentro de tres meses, en marzo. Y ahí estaba usted antes de los diecinueve, incluso; carteándose con ella —lo pinchó, cruzándose de brazos. Su postura informal le hizo saber que no pretendía iniciar una discusión, y él le dio el gusto de contestar en tono conversacional.

—Verity no se expresaba en sus cartas como una adolescente, señorita Insley. Parecía un alma vieja. En cuanto a cómo la concibo ahora que la he tratado en persona, confirmo que ni a la verdadera Wit ni a la falsa les ha temblado nunca la voz, que ambas tienen muy claro lo que quieren y que, en definitiva, su madurez, lo que yo le pido a una mujer, es sorprendente.

Primrose se consideró aplacada y asintió con serenidad.

—¿Buscará esposa en Irlanda, señor Connor? —se arriesgó a preguntar con las manos entrelazadas en el regazo. Recalcaba con su duda que allí no tenía nada más que hacer, y, aunque Sean ya lo sabía, de todos modos sintió una punzada de dolor.

—No, por ahora no. Ni en Irlanda, ni en Inglaterra. ¿Qué hay de usted, señorita Insley? —Le lanzó una mirada veloz y significativa—. ¿Con qué espera ocupar sus días en el futuro cercano?

—Ya sabe que sueño con ver publicada una novela mía. Estoy terminando mi primer proyecto; luego será cuestión de que alguien lo estime apto. Y supongo que iré a Londres esta primavera, una vez más, para disfrutar de la que será mi tercera y última temporada.

—Confío en que se dará una oportunidad para ser feliz.

—Si le soy sincera, señor Connor —confesó después de suspirar—, nunca, en toda mi vida, me he planteado que mi felicidad pudiera estar vinculada al matrimonio. Ni siquiera a la familia que ya tenía.

—¿Lo dice por su hermano pequeño? —inquirió con el mayor tiento—. La señorita Burton me habló de su pérdida cuando quise indagar en su historia personal. Lo siento si me extralimité preguntando al respecto.

Una tristeza antigua suavizó la expresión de Primrose.

—No se preocupe. Entiendo que es necesario conocer a mi hermano para conocerme a mí, y me alegra que Silas sea mencionado incluso años después. Es una forma de mantenerlo vivo. Pero sí, él era lo único que me vinculaba a los Insley; el único miembro que me amaba. Su muerte me obligó a crecer antes de lo previsto, pero me tiene en paz saber que está con el Señor. Un niño de cuatro años no ha cometido pecados significativos en tan poco tiempo como para haber ido a parar a cualquier otra parte. Y él en concreto era perfecto. Un bebé perfecto —concluyó sin apenas voz. Tuvo que inspirar hondo para recomponerse antes de continuar—. Si le soy sincera, la pérdida fue tan insoportable que me alivia quedarme soltera de por vida. Así no tendré que exponerme al luto de un marido o un niño, padecimientos que esposas y madres de todas las clases sociales acaban viéndose obligadas a sobrellevar.

Sean la escuchaba con atención.

—¿Qué hay de sus padres? —inquirió con una ceja alzada—. Siguen vivos, supongo, pero su pérdida representa un luto futuro que habrá de sobrellevar. No se librará de ese dolor por no casarse.

Primrose esbozó una sonrisa distante.

—Ya ve que nadie ha venido a visitarme esta Navidad, dinámica que ha estado manteniéndose los últimos trece años. Los vi por última vez en el salón de casa; no salieron a despedirme pese a saber que recorrería cientos de millas hasta Arlington Abbey, y ni mucho menos me acompañaron en persona hasta la escuela. No se lo reprocho a ninguno de los dos —añadió con un encogimiento de hombros—. Soy consciente de que no son un ejemplo de compasión o amabilidad, pero yo tampoco he sido un ejemplo de virtuosismo ni he hecho nunca nada que les invitara a sentirse orgullosos de mí, por lo que estamos en paz. Dicho eso, y respondiendo a su pregunta, el luto de una familia que en realidad no lo es y no lo ha sido, no podría equipararse con la pérdida de un hijo o un marido amados.

Dándole su más sentido pésame por los padres que le habían tocado podría estar cayendo en el mal gusto; incluso podría interpretarse como una ironía. Corrigiéndola para subrayar que los Insley no solo no eran amables, sino que merecían ir al infierno, estaría metiendo el dedo en la herida. Quedándose en silencio la haría avergonzarse de su arrebato de sinceridad, y él quería que supiera que apreciaba que al menos ahora le permitiese ver quién era la gente que había moldeado el carácter de la mujer de las cartas.

—Creo que, con sus planteamientos, no solo se priva de vivir, sino que además renuncia a la oportunidad de construir algo bello sobre los cimientos podridos —fue lo único que se le ocurrió decir—. Cuando la familia que nos viene dada no es aquella con la que soñamos, siempre tenemos la posibilidad de formar por nuestra cuenta una que se adapte más a nuestras expectativas. Yo podría haber sido esa familia para usted —añadió sin resentimiento o pretensión más allá de recalcar que sus intenciones con ella siempre habían sido honorables.

La vio esforzarse por no traslucir que su respuesta le había afectado.

—Le agradezco que haya sacado el tema. He venido porque quería darle la oportunidad de

decirme todo lo que piensa sobre mí —dijo ella cuando Sean ya se disponía a guardar los utensilios de limpieza—. Ha tenido que estar guardándose más de un reproche, si no desde que puso un pie aquí, al menos de la tarde de ayer hasta hoy. Si es su deseo, le invito a desahogarse en voz alta. Lo escucharé con atención, y le prometo que no osaré contradecirle.

Sean meneó la cabeza.

—No creo en eso de hacer leña del árbol caído, y la redundancia nunca me ha parecido un recurso lingüístico que embellezca los textos. A estas alturas, usted tiene que saber lo que pienso mejor que yo mismo; a fin de cuentas, si ha prestado atención a mis cartas, habrá llegado a conocerme en profundidad. Lo único que me gustaría es que me prometiese que será feliz —resolvió con humildad, encogiendo un hombro—. El resto es secundario.

—No lo entiendo —murmuró Primrose—. ¿No está furioso conmigo?

—Odiar a alguien porque no corresponde tus sentimientos es un vicio propio de narcisistas, ¿no le parece? He estado enfadado, eso sí. Muy enfadado. Confuso, sobre todo. Triste. —Se fijó en que Primrose apretaba los labios al oír aquello último—. Pero eso es porque tendemos a buscar explicaciones retorcidas, cuando no absurdas, para justificar actitudes que claman al cielo; le ponemos cualquier nombre a las conductas del ser querido menos el que tiene, que es que no nos aman lo suficiente.

—¿Tampoco espera que me disculpe por haberle... mentido?

—¿Se refiere al asuntillo de firmar las cartas como la señorita Burton? —Enarcó una ceja, divertido—. Eso está olvidado. A mí en ningún momento me ha supuesto un problema que no fuera usted Wit, y no soy de los que exageran las afrentas o hasta se las inventan por el placer de armar un alboroto. No hay orgullo que reparar en ese aspecto porque no lo ha herido. Pero si se refiere a los actos de los últimos días, a la mentira sobre la mentira... —cabeceó, indicando que aquello era harina de otro costal—. Bueno, una disculpa de corazón no estará de más.

Primrose rompió la postura formal y apretó los puños contra su regazo.

—Siento haberle hecho perder el tiempo este último año y medio, señor Connor.

—El tiempo que hemos sido felices no es tiempo perdido —replicó, mirándola de reojo—. Esa es la conclusión a la que he llegado, y a mi carácter doy gracias porque me haya llevado por el camino de la apreciación y el perdón en lugar de haberme envenenado. Sus cartas han sido, durante un año y siete meses, una de mis fuentes de alegría, esperanza y motivación. Nunca podré desprenderme de la ilusión que me embargaba al saber de usted; es una sensación que aún hoy, ahora, sigue llenándome de calidez. Saber que la experiencia toca a su fin y que tenerla es y será un sueño frustrado no empaña el orgullo de haberla conocido. Nada podrá borrar eso, Primrose.

—¿Es y será? —repitió, extrañada—. ¿Por qué...? ¿Por qué da a entender que querría...? ¿Por qué insinúa que aún ahora le gustaría pasar el resto de su vida conmigo? Ya ha visto que no soy lo que esperaba. No solo en el aspecto físico, que ya he comprendido que no es importante para usted pese a apreciar la belleza como artista desde todas las ópticas, sino en todos los demás. Subrayó el alma cándida de la supuesta señorita Burton su primera noche aquí como una de las razones por las que la adoraba. Habrá comprobado que yo carezco de esa bondad. En todo este tiempo he demostrado ser envidiosa y embustera, sentir celos y dejarme dominar por el miedo, y se supone que el candor protege el corazón de dichos defectos.

—Creo recordar que dije que me gustaba que fuese capaz de ponerse en el lugar de todo el mundo —replicó él—. Conservo todas y cada una de sus cartas, señorita Insley, y muchas de ellas demuestran que tiene usted un sentido del humor malicioso cuando quiere y que no es ajena a las imperfecciones del resto. Puede señalarlas y criticarlas debidamente, pero luego siempre

sabe apiadarse de quien las sufre. Si no fuera así, sería cándida como sinónimo de ingenua. Por el contrario, es cándida en el sentido de que no alberga rencores, y muestra de ello es su reciente amistad con la señorita Wargrave.

—Parece usted muy seguro de saber de quién está hablando —murmuró ella, abrazándose los hombros con aire desvalido.

No se atrevía a mirarlo a la cara. Había perdido la vista en la moqueta.

—Porque estoy seguro de saber de quién estoy hablando.

—Usted no se imagina lo imperfecta que puedo llegar a ser más allá de mi... aspecto...

—¿Que no me lo imagino? ¿Quién cree que es el hombre que ha estado padeciendo su tozudez y su inseguridad estos últimos días? ¿Y cree que eso es algo que pueda disimularse en las cartas cuando uno escribe con el corazón en la mano? Ya estaba advertido de lo que me encontraría.

—No, no estaba advertido, porque se ha encontrado algo muy diferente.

Sean se cansó de su terquedad y fue hacia ella. La instó a mirarlo levantándole la barbilla.

—Supe que eras tú en el preciso instante en el que te acercaste a los labios la taza de té. Estaba en el despacho de la señorita Lacraft, siendo interrogado por tu maestra de literatura, y entonces cerraste los ojos sujetando la taza para que el vapor te calentara la cara. Tú misma me habías contado en una carta que te gustaba hacer eso.

»Me dije que no tendrías razones para mentirme y me convencí a mí mismo de que me equivocaba, de que la intuición me estaba fallando, pero no hacías más que cometer errores que te delataban. Y lo que es más importante, Prim —añadió en voz baja. Tomó su rostro entre las manos—: Lo descubrí enseguida porque yo *quería* que fueras tú. A mí ni me sumó ni me restó el rostro de la señorita Burton durante el intercambio de cartas porque no podía verlo, porque no lo estaba mirando. Pero cuando te miré a ti la primera vez, me molestó la corporeidad de tu amiga Verity; me molestó que no pudieras ser tú. Y, sin embargo, lo fuiste. —Se le escapó una sonrisa incrédula—. Bendita la suerte de los humildes como yo. Lástima que no pudiera durar demasiado porque la dueña de la cara de ángel es terca como una mula.

Primrose se humedeció los labios y bajó la cabeza en señal de arrepentimiento, pero su bochorno llegaba demasiado tarde y no bastaba para persuadirla de rendirse a su amor. Sean tampoco querría que se dignara a tenderle la mano solo porque se avergonzaba de lo que había hecho y sentía que debía compensarlo.

—He sido una estúpida —musitó con un hilo de voz—. Lo siento tanto, Sean.

—Más lo siento yo —le respondió en el mismo tono, todavía acariciándole la cara con el pulgar—. No entiendo por qué me rechazas ni entiendo por qué me has mentido, pero lo único que me queda por hacer aquí es aceptar tus negativas. Te pido que al menos consientas mis sentimientos por ti, Prim; te valgan o no, hagas algo con ellos o no, no importa. Tan solo comprende que te quiero, y que si pudiera obrar milagros, seguiría intentando hacerte entrar en razón hasta que me llevara la muerte.

La besó en la frente para sellar la despedida y se quedó un rato disfrutando del suave y cálido contacto con su piel.

Luego se separó con cuidado de no mirarla a los ojos por si flaqueaba de nuevo.

Echó un vistazo a la habitación para cerciorarse de que lo dejaba todo en perfecto estado. A partir de ahí, ya solo le quedó esquivar la estatua de sal en la que ella se había convertido, agacharse a coger el fardo con el que había viajado y emprender la marcha hacia la salida.

Todavía le quedaban unos días más en Inglaterra. El duque de Maybourne lo estaba esperando desde hacía una semana en Henshawe House, la grandiosa finca ducal de la costa de Dover.

Llegaría al atardecer si se daba la prisa suficiente.

Como ya se había despedido de las maestras y agradecido su hospitalidad la tarde anterior, se dirigió directamente a los establos. El servicio de la finca no solo había alimentado a su caballo, sino que lo había lavado, cepillado y ensillado para que estuviese listo el veintinueve de diciembre, como estaba previsto.

Acarició la sedosa crin de la bestia con una sonrisa atravesada por la resignación, puso un pie en el estribo y al cabo de cinco minutos ya estaban trotando lejos de la escuela de señoritas.

Sean resistió el impulso nostálgico de echar un vistazo hacia atrás y cruzó las puertas de la cancela que abrieron para él con la dolorosa certeza de que no volvería a poner un pie allí.

Pretendía concentrarse en estudiarse un nuevo personaje para enfrentarse al duque de Maybourne, pero el sonido de los cascos de otro caballo galopando en pos de él lo distrajo. Ceñudo, miró por encima del hombro, y no habría podido ser mayor su sorpresa al ver a una desabrigada y aterrorizada Primrose luchando por mantenerse erguida en la silla de montar.

Se acordó de cómo había tenido que guiar al caballo unos días atrás para que no se resbalara, de la resignación con la que había asumido que era una pésima jinete, y ralentizó la marcha para quedar a su altura con miedo a verla matarse ante sus ojos.

Estaba dispuesto a desmontar y ayudarla a salvar su vida cuando ella aferró con fuerza las riendas, manteniéndose recta más por testarudez que por maña, y exclamó:

—¡No podía dejar que se marchara sin que le hiciera una advertencia, señor Connor! ¡Será inevitable que me odie usted cuando empiece a pasar el tiempo, que deje de verme con... con buenos ojos, y que el resentimiento que garantiza el olvido irrumpa en sus recuerdos! ¡Por eso quería pedirle que, cuando empiece a detestarme, no se le ocurra hacerlo porque yo no hubiera correspondido sus afectos o no me hubiese concienciado para amarlo de por vida!, ¡en todo caso, habrá de hacerlo porque estuve a punto de permitir que se fuera sin saberlo! Oh, Dios... —balbuceó cuando el caballo amenazó con alzarse sobre las patas traseras. Primrose se abrazó al cuello de la bestia y ladeó la cabeza hacia el perplejo Sean—. Señor Connor, yo... yo... No tengo derecho a pedirle que se quede o pase por alto mi actitud, impresentable bajo todas las consideraciones. Pero si hallara en su corazón el modo de perdonarme y tuviese a bien darme una segunda oportunidad, yo podría... yo me comprometería a resarcirle. A hacer lo que me pidiera, que no sería poco puesto que he demostrado ya que soy capaz de todo menos de curar mi pasión por usted.

—Mujer de Dios —protestó él, extendiendo una mano hacia ella—, haga el favor de guiar el caballo hacia mí antes de que se caiga. De poco me servirá su tentadora promesa si se rompe la crisma. Desde el cementerio no podría cumplirla.

Tuvo que ser Sean quien convenciera a su montura de acercarse al alterado animal. Hizo alarde de su fuerza para ayudarla a descabalgar agarrándola por la cintura con un solo brazo. En un abrir y cerrar de ojos, Primrose estaba sentada sobre el regazo de Sean de espaldas a la dirección de la marcha. El frío le había helado el rostro y las manos, pero la fervorosa declaración le había teñido las mejillas. Le castañeteaban los dientes cuando él la abrazó, acoplándola por completo a su torso, y la besó en los labios sin mayor ceremonia.

—¿Ya... está? —balbuceó ella—. ¿Así de fácil?

—¿Fácil? Casi me mandas de vuelta a Irlanda —se carcajeó—. Eras tú la única que lo estaba complicando, cariño. Si te pones en mis manos como acabas de hacer, ya está, sí. Se acaba la agonía.

—¿De... de veras? ¿No me vas a hacer sufrir para vengarte? —murmuró con la garganta atorada.

—Creo que después de haber utilizado a la señorita Burton para volverte loca de celos estamos en términos similares. Pero si quieres cumplir tu promesa de esclavitud voluntaria y empezar a plegarte a mis deseos ahora mismo, podrías jurarme aquí, en este momento, que te casarás conmigo.

Capítulo 20

Sean se apeó del caballo primero. Ya con los pies en tierra, le tendió una mano llena de posibilidades y significados a la turulata Primrose, que se la aceptó sin dudar pero temblando de arriba abajo. Él se aseguró de que no perdía el equilibrio al desmontar y de no desaprovechar la oportunidad de tocarla envolviéndole la cintura con el brazo.

Se miraron un instante a las puertas de la escuela, donde todavía dormían a pierna suelta los invitados y alumnas. No tuvieron que advertir de su regreso a los criados para refugiarse del frío. Primrose había dejado la puerta abierta por si Sean la rechazaba y debía volver con la cabeza gacha.

—¿Y ahora qué? —balbuceó ella, agarrándose a los propios hombros. Estaba helada por fuera y ardiendo por dentro, no se sentía las manos y los pies descalzos y apenas llevaba el camisón y la bata.

—Ahora te beso —sentenció Sean. Se inclinó sobre la trémula Primrose y la abrigó con el calor de su boca, con el firme refugio de su abrazo. Avanzó muy despacio, llevándosela a ella por delante, hasta que estuvieron a los pies de la escalera. La apoyó gentilmente contra la gruesa columna junto al barandal; sus manos vagaron con ansiedad por los brazos femeninos, los hombros, la cintura; la pierna que le levantó por el muslo para pegarse su rodilla a la cadera. Sean gimió contra sus labios antes de separarse para regalarle una mirada ardiente—. No sabes lo que tenerte significa para mí, Prim... —musitó con la voz atravesada por el deseo—. No te figuras cuánto te he querido todo este tiempo, estos casi dos años...

—Llévame contigo —le respondió en el mismo tono—. Aquí nos van a ver, y...

Sean alzó la cabeza de repente, como si le hubiera sorprendido su comentario. Solo al echar un vistazo alrededor pareció caer en la cuenta de dónde estaban: en el amplio recibidor de la escuela, donde cualquiera podría cazarlos en una situación comprometida.

No tardaría en decidir que le era indiferente.

—¿Y qué? ¿Llevarte a dónde? No seguirás con esa estúpida idea de convertirte en mi amante, ¿verdad? No mentía al decir que pretendo hacerte mi esposa, y seguiré los pasos adecuados adaptándome a la tradición. No porque le tenga el menor respeto, sino porque sé que para ti es importante.

—A mí no me importa nada ya —reconoció ella. Alargó una mano hacia su rostro y lo acunó con el pecho henchido de emoción—. Llévame a la que haya sido tu habitación y quedémonos allí, y... y... y hablemos de lo que no hemos hablado aún, y abrázame, y... y tócame como tú quieras. Ahora mismo no puedo soportar todo el tiempo que hemos perdido.

Sean atrapó la mano de Primrose y la besó fervorosamente en el centro de la palma. Sus ojos azules brillaban como un reflejo del cielo en la nieve al replicar:

—Yo no he perdido el tiempo. Conocer tu lado terco, junto con todos los demás, ha sido un verdadero placer... Pero si eso es lo que quieres, pasaremos ahora mismo por la iglesia para que nos casen, y con pleno derecho y sin que nadie se atreva a perturbarnos, podremos encerrarnos en la habitación que sea de tu gusto.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Casarnos? ¿Ya? Pero yo soy cuáquera, y tú...

—Los dos fuimos bautizados anglicanos. En la iglesia de San Martín nos podrán hacer el

apaño. Luego nos casaremos como cuáqueros, si lo deseas, y como católicos para terminar.

Primrose se echó a reír, risa que se le entrecortó cuando él volvió a besarla.

—Usted no sabe lo caro que es un vestido de novia, señor Connor —articuló sin voz.

—Sé lo caro que me puede salir no amarrarte a mí con cuantos votos sagrados existen —murmuró contra sus labios, y la apretó más contra su costado—. Mía a ojos de todos los dioses, los reales y los falsos, por si acaso el mío y el tuyo no fueran el verdadero.

—No... blasfemes... Sean... —sollozó con el pecho a punto de explotar. Se abandonó a la fiereza de su abrazo, con el que la sostuvo mientras recorría su rostro aún aterido con besos a cada cuál más dulce.

Nunca había experimentado una sensación tan poderosa; jamás en ella se habían combinado el miedo a que el sentimiento escalara en intensidad y a que se pudriera de pronto. No sabía si podría seguir soportando por mucho tiempo todo lo que el cuerpo le rogaba, las exigencias de un alma que acababa de descubrir que era insaciable y que, a la vez, no podía creerse la suerte de que sus afectos fuesen correspondidos.

No había nada que temer, se dijo. Él la quería, ella lo quería a él. No le importaría marcharse a Irlanda y arrimar el hombro en una granja, y lo que era más: esa era la única vida que se imaginaba teniendo para no someterse a absurdos dictados sociales y poder acabar de una vez por todas con la sucesión de veladas londinenses que solo minaban su autoestima.

La humildad de los Connor iba a salvarla de la constante humillación. Ya se veía felizmente aislada en el campo, celebrando su utilidad a través del compromiso con los trabajos manuales en lugar de creyéndose un estorbo en la escuela y estando entretenida con su escritura durante las tardes libres.

Y lo que era lo mejor de todo: sintiéndose amada a todas horas.

—Vamos —le confirmó Primrose en un arrebato—. Casémonos hoy.

Sean se separó y la cogió de la mano.

—Tenemos que encontrar a un testigo —anunció, y echó a andar hacia el comedor donde habían estado desayunando los invitados los últimos días.

Primrose estaba segura de que acabarían teniendo que pedirle ayuda a un criado. Lo prefería a despertar a la señorita Vallans o a la señorita Lacraft, que insistirían en que contuvieran sus ansias y esperaran tanto al día adecuado como el beneplácito de los Insley. Un sirviente o incluso Sarah Reeves, en cambio, y ya fuese por cariño hacia ella o porque no verían inconveniente en celebrar una boda por amor a espaldas de la escuela que había hecho posible el enlace, llegarían hasta a ofrecerse voluntarios.

Para su inmenso asombro, pues no eran ni las siete de la mañana y a todo el mundo se le permitía que se le pegaran las sábanas durante las festividades, había dos hombres conversando en voz baja en torno a la mesa principal. Uno de ellos, con un cabello rubio como el resplandor del sol y el frac más pulcro de la historia de las vestiduras masculinas, escuchaba con atención a su interlocutor. Tenía la taza pegada a la sonrisa incrédula, una sonrisa al borde de la carcajada que se había estado gestando durante el relato de su acompañante. El otro, de pelo negro como el de un gitano y la bata de recién levantado, lucía un brillo animado en el rostro de donde aún no se había despegado del todo el sueño.

Primrose comprendió que habían pasado toda la noche despiertos, como indicaban sus caras cansadas pero sin intenciones de marcharse pronto a la cama y la colección de vasos de brandy ya vacíos que les precedía. Se habían servido el desayuno ellos solos, a espaldas del resto del mundo, como a espaldas del resto del mundo —o, concretamente, de Rebecca— habían aprendido a encontrarse para disfrutar de la mutua compañía.

—Caballeros —saludó Sean. Harding Wargrave y Nile Inglefeild miraron hacia la puerta con la irritación de haber sido interrumpidos—. Lamento la irrupción, pero les prometo que es por una buena causa. Estoy buscando testigo para casarme con la señorita antes de que el sol brille en el cielo, y me he comprometido a proponérselo a quien viera primero.

Harding y Nile intercambiaron una mirada cómplice.

El primero reaccionó primero suspirando y descansando la taza sobre la mesa.

—Si así es como se hacen las cosas en Irlanda —comentó con sorna—, no me extraña que Desmond Burton haya criado a su hija pequeña de aquella manera.

—No son horas para andar vilipendiando a nadie, señor Wargrave —señaló Primrose, más por la costumbre de defender a su amiga que para sacarle los colores—. Apenas amanece.

—Eso depende de cómo lo mire. —Fingió consultar su reloj de bolsillo—. En la India ya estarán almorzando, hora perfecta para el vilipendio.

—Al revés. Insultar durante la comida aumenta las posibilidades de que se atragante.

—Ahí tiene razón. —Harding se echó hacia delante para estirar la espalda con una mueca de dolor. Lanzó una mirada expectante a Sean—. Estaría encantado de participar en la aventura, señor Connor, pero me parece que, para empezar, necesita usted el permiso de los padres. O, en su ausencia, el beneplácito de Madeline Lacraft.

—Voy a cumplir veintitrés años. Soy lo bastante mayor para decidir por mí misma, y apuesto a que no se le escapa el tipo de relación que mantengo con mis padres. No soy jurisdicción de los Insley y tampoco de la escuela, que es bien sabido que termina de educar, como muy tarde, a los veinte años. Por favor —le pidió Primrose, agarrando más fuerte la mano de Sean—. Incluso si nos metiéramos en un problema, usted no saldría escaldado, se lo prometo. Y si no... —Desvió la mirada hacia el silencioso Nile—. Usted lo hará por Clarissa, ¿verdad?

—Lo haría por usted —corrigió el conde—, pero no puedo abandonar la escuela por quién sabe cuántas horas cuando mi esposa aún duerme. Está a punto de salir de cuentas y no puedo separarme de ella hasta que suceda. Con la suerte que tengo, regreso cuando ya tiene a la criatura en brazos y soy castigado por mi incompetencia con una semana de indiferencia femenina.

—No se me ocurre nada peor que eso —confesó Sean, exagerando un estremecimiento.

Harding resolvió la cuestión poniéndose en pie con una mano sobre la mesa.

—En fin, todo sea por la familia —suspiró con una nota de sarcasmo amistoso—. Espero que tengan preparado el carruaje, señores. Con este frío que hace no me digno a cabalgar a la intemperie; ni por su amor ni por el de Dios.

Primrose procuró esconderse detrás de Sean mientras aporreaba la puerta de la rectoría, donde constaba que descansaba el vicario. La avergonzaba tener que molestar a un hombre de Dios a horas intempestivas, pero, al mismo tiempo, no podía evitar ser egoísta. Pensaba, con tal de apaciguar la culpabilidad, que se había privado de muchos placeres a lo largo de su vida y tenía derecho a importunar a alguien por esta vez, y no por un capricho momentáneo, sino por una necesidad de vida o muerte.

Ansiaba estar con él, y de manera legal y justa para que nadie se atreviera a separarlos.

Ni siquiera ella misma.

—¿Qué sucede? —balbuceó el cura nada más asomarse a la puerta, un hombre de aspecto bonachón y barriga redonda. Llevaba el camisón cerrado al cuello y un gracioso gorrito con volantes. Se estaba frotando un ojo con las gafas aún en la mano que no sujetaba el pomo.

Sean no esperó a que se las pusiera para hablar.

—Vengo a que me una en matrimonio con mi prometida. He traído al testigo y ya es de día. No existe inconveniente si nadie se opone durante la ceremonia, ¿verdad?

—Hombre, eso de que no existe inconveniente más allá de las oposiciones... —respondió tras ponerse los anteojos y recuperarse de la sorpresa—, lo habitual es avisar con antelación, publicar unas amonestaciones... Ya conocerá el procedimiento. Además, este templo no es conocido por oficiar ceremonias.

—Pero sabe hacerlo, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. —Entrecerró los ojos para fijarse mejor en sus visitantes. Las suyas eran preguntas un tanto sospechosas, propias de ignorantes o ateos, y de ahí que añadiera—: Asumo que han sido ustedes bautizados en la fe cristiana y su iglesia es la anglicana...

—Así es —confirmó Primrose con la boca pequeña.

—En ese caso, no me importará casarlos pasado mañana: que las amonestaciones estén en la puerta al menos cuarenta y ocho horas...

Sean lo cortó intimidándolo con un paso al frente.

—No me ha entendido, padre. Tiene que casarnos ahora.

El vicario no se atrevió a cuestionar sus razones, quizá porque las entendía. Él también había sido joven. Pero a Primrose no se le escapó su extrañeza al echarle un vistazo a la novia y decidir ipso facto que no era una Helena de Troya como para armar semejante escándalo.

Acabó dando su brazo a torcer, aun así.

—Por un generoso donativo, Dios obra milagros —insinuó con un encogimiento de hombros.

—Muy bien. —Sean empezó a rebuscar en el pantalón, la chaqueta y el gabán que le había pasado por encima de los hombros a Primrose para cubrirla del frío y tapar el escandaloso batín translúcido—. Maldita sea. No llevo monedas encima.

—Si no va usted preparado ni a su propia boda... —suspiró Harding, buscando la billetera en el bolsillo interior de su chaqueta.

Sacó la cantidad que estimó apropiada, una muy superior a la que habría ofrecido Primrose o cualquiera que discrepara con el derroche. Aunque lo miró a la espera de atisbar una mueca de hastío o contrariedad en él, Harding no se mostró en lo absoluto irritado por la inconveniencia. No tardó en recordar que era famoso en Londres tanto por su riqueza como por su generosidad.

—Se lo devolveré —le prometió Sean.

—Ni se moleste. Tómeselo como el regalo de bodas. Así, además, será más interesante el relato de su casamiento —añadió con sorna—: el honorable Harding Wargrave le pagó el soborno al cura.

Primrose no pudo resistirse a intervenir.

—Sé que nunca ha tenido nada en mi contra, o no particularmente, pero mis amigas no son santas de su devoción y no sé hasta qué punto las simpatías de su hermana están condicionadas a que yo siga enemistada con Verity. ¿Por qué hace esto por nosotros, pues?

—¿Y por qué no? —contraatacó con una ceja alzada—. A lo mejor me mueve el amor al arte. O el amor a secas, qué sé yo.

—¿Cree usted en el amor? —se extrañó ella—. No lo habría dicho a primera vista.

—Siempre he creído —encogió un hombro con indiferencia—, lo que pasa es que me parece ingenuo confiar en que todo el mundo ha venido a este mundo para experimentarlo en cada una de sus formas. Claro que sostenía este argumento para describirnos a Nile y a mí, los solteros reacios —prosiguió con un cabeceo resignado—, y resulta que al final Nile podía experimentarlo.

A Primrose se le escapó una sonrisa fruto de los nervios por el inminente casamiento, pero también suavizada por la extraña simpatía que le despertaba el hermano de Rebecca.

—La vida siempre nos sorprende.

—Dígamelo a mí, que mire a dónde me he dejado arrastrar antes de las siete de la mañana —comentó con fingida exasperación. Le lanzó una mirada que insinuaba un carácter risueño y la invitó a pasar con un gesto de cabeza—. Adelante, por-tiempo-limitado-señorita-Insley; no somos mi estimulante conversación y yo quienes la vamos a casar.

Primrose nunca se había parado a pensar cómo le gustaría que fuera su boda. Siendo aún niña, descartó sin miramientos la posibilidad de que pidieran su mano y se dedicó a imaginar otra clase de supuestos; casi se diría que fue al apuntar más alto que a su paseo hasta el altar cuando comenzó a concebir novelas enteras. Pero su cultivada creatividad no impidió que la situación superara sus expectativas. Casarse en la minúscula iglesia de San Martín estando la catedral de Canterbury a un paseo a pie, con un camisón y un gabán de hombre existiendo confecciones de satén que harían llorar a los ángeles, no la habría podido decepcionar en ningún universo. El lado aventurero que caracterizaba sus historias y que nunca había sacado a la luz en su vida personal debido a sus circunstancias se doblaba de admiración ante aquel giro argumental. Pensaba como Harding: haría una muy buena anécdota.

Pero, sobre todo, la boda iba a ser perfecta porque Sean Connor, alzándose a su lado regio y absurdamente enamorado, era el novio.

Ella, que por lo general dudaba de todo, estuvo por primera vez segura de estar haciendo lo correcto.

Se tomaron las manos e intercambiaron los votos ante un vicario que disimulaba los bostezos, tenía legañas en los ojos y llevaba la estola blanca y dorada sobre el camisón. Primrose solo apartó la vista de Sean cuando el padre mencionó al testigo, momento en el que pensó que al menos le debía una mirada de reconocimiento. Su sorpresa no pudo ser mayor al ver al inconmovible Harding Wargrave con una vaga sonrisa de ternura.

Este se encogió de hombros con las manos juntas sobre el regazo y musitó con los labios: «¿Qué puedo decir? Siempre me han encantado las bodas».

Unos minutos más tarde, Primrose Insley era oficialmente una mujer casada. No, no era Primrose Insley, en realidad; ya no pertenecía a una familia que nunca la amó. Se trataba de la esposa libre y querida del señor Sean Connor.

Primrose Connor.

—Enhorabuena —la felicitó Harding a las puertas de la iglesia. La besó en los nudillos desnudos y le dio una palmada de ánimo en la espalda a Sean—. Contaré las buenas nuevas en la escuela tan pronto como sea una hora razonable. Porque imagino que, como recién casados, preferirán pasar la noche en una posada o un lugar más privado.

—¿Alguna recomendación? —inquirió Sean.

Harding ya estaba subiéndose al carruaje cuando le lanzó una mirada cómplice.

—En lo personal, encuentro muy cómodas las camas de La mula coja.

Y cerró la puerta antes de que pudieran hacerle otra pregunta indiscreta.

Capítulo 21

Primrose y Sean intercambiaron una mirada silenciosa con la que acordaron aceptar la sugerencia del futuro barón. Él le ofreció su brazo en una galantería apropiada considerando su nuevo estatus y ella se mostró encantada de pasear a su lado hasta que localizaron calle abajo la señal de la posada: un edificio con muy buen aspecto que prometía comida caliente, un hogar en cada habitación, sábanas limpias y, sobre todo, intimidad.

Primrose no vio venir su siguiente movimiento. Un momento estaba de pie leyendo en qué consistía el menú del almuerzo y, al siguiente, se hallaba atrapada a unos palmos del suelo entre los brazos de Sean.

Lo perdonó por el susto en cuanto vio el brillo feliz de sus ojos.

—Da buena suerte cruzar el umbral con la esposa en brazos, ¿no es así?

—¡De la que sea nuestra futura casa, no de una posada cualquiera! —se quejó ella entre risas.

—No es una posada cualquiera —replicó él con una mirada ardiente—. Te acordarás de este sitio toda la vida, te lo aseguro.

Primrose comprendió a qué podría referirse y se quedó inmóvil, atrapada en su propio deseo, ahí donde Sean la dejó para cerrar con el posadero un precio que le pagaría al día siguiente, cuando abandonaran la habitación; juró que para entonces contaría con el dinero. Luego regresó, triunfal, a donde aguardaba su esposa, y la alzó en brazos de nuevo para subir las escaleras hasta la habitación que les correspondía: un rincón cálido con una cama doble con dosel, una mesilla con una palangana provista de agua limpia y fresca y una jarra, una cómoda recién barnizada y un par de mecedoras con cojines bordados.

Sean la soltó sobre la cama y, como si ambos se hubieran puesto de acuerdo, nada más oír el sonido de los muelles olvidaron por qué estaban sonriendo como si aquello no fuese a marcar un antes y un después. Un calor que anticipaba lo que estaba por suceder la invadió y no se atrevió a cambiar de postura.

Permaneció como estaba, incorporada pero con las piernas dobladas bajo el vestido.

No lo miró directamente, pero le oyó respirar con dificultad.

—Ya estamos aquí —dijo él.

—Ya estamos aquí —confirmó ella con un hilo de voz.

Se colocó un mechón de pelo tras la oreja, de pronto víctima de la timidez de las vírgenes, y alzó la barbilla en su dirección. Sean se había quedado inmóvil junto a la cama, y doblaba y estiraba los dedos como si no supiera qué hacer o por dónde empezar.

—Eres mi mujer. Mi esposa —se ayudó a comprenderlo pronunciándolo en voz alta. No sonó posesivo o demandante, solo tratando de hacerse a la idea—. Mía.

Primrose se humedeció los labios y, muy despacio, se puso de rodillas sobre la cama para alcanzarlo con los brazos. El simple gesto de alzar las manos lo atrajo hacia ella como las polillas a la luz; pudo así rodearle el cuello y hundir los dedos en la mata de rizos negros que el aire helado había enfriado.

Cuando se acercó a él para esconder la nariz en su hombro, se le escapó una sonrisa.

—Hueles como tus cartas, ¿sabes? —musitó ella, acariciándolo despacio—. Dudo que las perfumaras, pero siempre llegaban algo húmedas, oliendo a madera, a romero... Y me dejaban en un estado de irrealidad tal que pensaba que esos eran los ingredientes del opio —se rio—. ¡O de

una pócima secreta!

—¿Pensabas que te hacía brujería? —preguntó en el mismo tono, al borde de la carcajada. Le pasó las manos por la cintura y las caderas y la apretó contra sí. Emitió un ronroneo placentero al sentirla tibia pese a la ropa ligera—. ¿Y qué es esto que te estoy haciendo ahora? Porque te aseguro que no tengo romero.

—Ahora tienes labios. Hacen el mismo efecto —replicó, cruzando el dedo índice sobre su boca entreabierta. Lo besó superficialmente y se quedó a una distancia crítica, calentándose con su aliento—. Nunca pensé que sería posible querer a alguien que no has visto. Y menos aún que a ti también podría sucederte. Crees que has llegado a mi vida para hacer que me cuestione mis creencias, pero eres la prueba de que Dios obra milagros.

Sean se conmovió con su declaración y la besó a modo de agradecimiento en la sien, el cuello y el hombro que dejó a la vista al retirarle la bata y dejarla con tan solo el camisón con el escote y la manga dados de sí. Le quedaba tan corto y pequeño que saltaba a la vista que formaba parte de la colección de prendas interiores que usaba desde la niñez.

—Te compraré ropa nueva —le prometió él con la boca pegada a su clavícula.

—No es necesario —gimoteó ella.

—No, no lo es. De hecho, preferiría que durmieras desnuda. Pero seguro que te gusta estrenar algo nuevo.

—Estoy estrenando marido, ¿te parece poco?

—Sí. Todo me parece poco si es para ti. —Sean se separó para mirarla a los ojos, y así la mantuvo firme e hipnotizada mientras le quitaba el camisón, dejándola como vino al mundo—. Quiero que tengas cuanto puedas desear. Más, incluso. Todo lo que puedas pedir solo porque tienes boca.

Pero no habría podido pedir más que aquello de lo que disfrutaba en ese momento, la atención plena del hombre al que amaba desesperadamente y que con idéntico desespero la admiraba a ella. Debía de haber visto a cientos de mujeres desnudas y, sin embargo, tuvo la impresión de que era la primera. No le importaba que estuviera manchada, que fuera imperfecta. Solo le importaba que le estaba concediendo el gran honor de contemplarla a sus anchas.

Pensó que el escrutinio de un hombre la violentaría como la habían violentado siempre las miradas desde la otra punta del salón. Nada más lejos de la realidad. Se sintió tan segura que se animó a desvestirlo a él quitándole la ropa capa por capa, hasta que llegó a su favorita, a la mejor de todas: la gruesa capa de piel que parecía de cuero salvo por el vello de terciopelo negro que le salpicaba la zona del pecho como si quisiera proteger su corazón.

Primrose deslizó la mano por sus hombros anchos, por el relieve de un torso fortalecido por el trabajo manual. Era el doble de grande que ella, y, por alguna razón, eso la excitó. No tanto como que él terminara el trabajo en su lugar quitándose las botas y el pantalón para mostrarse en todo su esplendor masculino.

Le costó tragar saliva después de mirarlo una sola vez.

—Es curioso, porque no siento que la desnudez te haga vulnerable. Por el contrario, me... me intimidas más.

—¿Intimidarte? —se rio—. Estoy a tu merced, Prim. Soy tan tuyo como tú eres mía.

—Pero sigo nerviosa. Será porque efectivamente soy más tuya que mía —musitó. Dejó que su mano vagara con libertad hacia su ombligo y se guiase por la ruta de vello vertical que desembocaba en su miembro—. Es... como decían los libros. Duro.

—No es su posición natural, aunque eso lo dirán los manuales de biología y no las novelas escandalosas que has leído tú —la provocó con una sonrisa malévola.

Primrose lo castigó por mencionarlo con una mirada severa que no tardó en convertirse en un vistazo anhelante. La belleza del cuerpo masculino lo transformaba todo: el recelo en ansias, la admiración en hambre. Sean la rodeó por las nalgas con una mano y, antes de pegarse a su vientre, se agarró la erección y la introdujo entre los muslos femeninos para que notara la presión contra su sexo. Se empujó con suavidad dos, tres, cuatro y hasta diez veces, imitando el coito de un modo dolorosamente efectivo para hacerla temblar.

Sean apoyó los labios contra su sien y le habló en tono íntimo.

—Esto es lo que haré dentro de ti cuando estés tan mojada que te sientas sucia y te mueras de vergüenza de pensar en que te vea.

Primrose se ruborizó, pero se agarró a sus hombros y acercó la caderas con timidez para sentir con mayor intensidad la fricción de su miembro.

—Dicen que duele.

—Te dolerá solo si no te gusta. Pero yo a ti te gusto, ¿verdad? —la tanteó, masajeando rítmica y seductoramente una de sus nalgas. Ella solo pudo asentir con un entrecortado «hm», más hipnotizada que cohibida—. ¿Y confías en mí? —Volvió a repetir su afirmativo—. Entonces no será un problema, cariño.

—¿Así me vas a llamar ahora? ¿Cariño?

Sean la miró con los párpados entrecerrados. Una lenta sonrisa se formó en sus labios.

—¿Cómo prefieres que te llame? —Le apartó el pelo de la cara—. ¿Eh?

Primrose sacudió la cabeza, dando a entender que poco importaba eso, y escuchó lo que el cuerpo le pedía a gritos inclinándose sobre su boca.

Los besos desesperados que habían compartido en la escuela palidecieron en comparación con el lento y sensual roce de lenguas que les ocupó durante quién supo cuánto tiempo: pudieron ser minutos, pudieron ser horas, pero, para cuando ella se separó, algo primitivo, exigente y peligroso había tomado posesión de su ser. Ansiaba no ya tocarlo, sino aplastarlo, morderlo, hacerle daño, y él parecía víctima de la misma falta de control, de los mismos deseos atávicos.

La fue tendiendo boca arriba empujándola despacio, compensando cualquier orden que la hiciera dudar con una mirada fija y segura. Estaba ya tumbada con las rodillas flexionadas cuando él la agarró por los tobillos y tiró hacia el borde de la cama.

Prim dio un respingo y se incorporó a tiempo para verle arrodillarse entre sus piernas y dar el primer beso al muslo con los párpados cerrados.

Puso los ojos como platos.

—¿Vas a hacer...? ¿... eso que yo...?

—Si has leído sobre el tema, mejor; así no tendré que perder el tiempo explicándotelo.

—¿Lo haces porque... me quieres? ¿O porque te gusta? ¿Cómo te va a gustar eso? —añadió por lo bajini, espantada.

Él enarcó una ceja desde su escandalosa posición.

—¿Tú qué crees? —Meneó la cabeza, divertido—. Pobre señora Connor... Aún no sabe con qué clase de cerdo se ha casado.

Primrose lanzó un gritito cuando le hundió los dientes muy cerca de la ingle. Ya se había percatado de que sentía debilidad por las demostraciones de afecto que rayaban en la violencia, pero seguía sorprendiéndola que a ella le gustaran tanto.

Se cubrió la cara para ocultar un rubor que de todos modos él no habría visto, concentrado como estuvo con sus intimidades después de un primer y delirante beso.

—¿No estoy todavía... húmeda como quieres? —gimoteó, avergonzada—. Sí lo estoy. Puedo notarlo.

—Puedes estar mucho mejor —respondió, y tuvo la impresión de que la voz llegaba a sus oídos viajando por todo su cuerpo como un escalofrío—. O peor, como prefieras verlo.

Primrose respingó al notar el tanteo de los dedos masculinos ahí donde antes habían estado sus labios. Desconocía la anatomía femenina y las malas artes de los hombres seductores, pero él fue un espléndido profesor en la materia antes de que le diera tiempo a hacerse a la idea. Sean demostró haber estado trabajando al mínimo rendimiento hasta ese momento besándola entre las piernas con un hambre desmedida. Ella se retorció sobre las sábanas, entre perpleja y muerta de placer, pensando que lo había subestimado de nuevo. Se sintió cada vez más resbaladiza que al principio, como él había pronosticado, cada vez más débil, cada vez más cerca de una enajenación inexplicable, y si osaba alzar la cabeza para ver qué estaba haciendo, el calor se multiplicaba y debía pensar en auténticas catástrofes para no morirse.

No había estado preparada para la visión de un Sean abandonado con los ojos cerrados al propósito de lamerla entera. Creyó que no podría seguir soportándolo, y que eso era tan mala señal como que le dieran pequeños calambres en los pies y no pudiese parar de moverse. Pero había estado equivocada. Un furioso estremecimiento la pilló mordiéndose la mano para no aullar, dejándola laxa y relajada como nunca y, a la vez, con toda una guerra desatada en su interior.

—¿Qué me has hecho? —balbuceó en cuanto lo vio incorporarse pasándose la lengua por las comisuras de los labios.

Se inclinó sobre ella, apoyado sobre las dos manos, y la besó en la frente.

—Quererte mucho.

—Qué... tonterías dices.

Sean se abrió hueco entre sus piernas sin que Primrose pusiera resistencia alguna y se encajó de tal modo que volvió a sentir la dulce presión del miembro contra ella. Él tuvo que apoyarse un instante sobre el codo para guiar la erección al orificio de entrada, que había dejado tal y como había advertido: tan empapado que estaba segura de haber mojado las sábanas de fluidos y saliva.

—¿Te parezco tonto? ¿Cómo de tonto? ¿Mucho o poco? —le preguntó en tono persuasivo mientras la iba penetrando. Le robó un beso en el borde de la mandíbula y otro en la clavícula—. ¿Te lo parezco ahora?

Primrose perdió la mirada en el techo. Estaba tan convencida de que le dolería que no comprendió que se le llenaran los ojos de lágrimas de incredulidad. Notaba una presión gentil, y, por lo demás, sensaciones para las que no existía comparación posible, todas ellas de una intensidad a duras penas tolerable pero terriblemente adictivas.

Sintió de pronto la necesidad de agarrarse a él y lo aferró con fuerza por los hombros.

—Dios.

—¿Dios? —repitió—. Un tanto excesivo, ¿no crees?

Ni siquiera pudo regañarlo por su apego a la blasfemia. Entró en una suerte de trance donde todo lo ajeno al movimiento de sus caderas dejaba de ser importante. Su mente, su cuerpo; no había nada que no estuviese sometido a la férrea dominación del hombre que se adentraba en ella. La besó en la comisura de la boca entreabierta y se incorporó, quedando de rodillas, para aumentar el ritmo de las estocadas. Usó sus dos manos, que le parecieron más grandes que nunca, para sujetarla por los huesos de las caderas.

—¿Ves como no duele, cariño? —Se mordió el labio, reprimiendo un gemido, y levantó aún más las caderas femeninas hasta separarla del colchón para penetrarla profundamente—. Mira... Te cabe entera.

—¿Eso... es bueno?

Él se rio, encantado con la pregunta, y se empujó más hondo como si se hubiese propuesto robarle la respiración.

—Dímelo tú. ¿Se siente bien?

—Se siente... Oh... Se siente... —Cerró los ojos y se abandonó a los adictivos estremecimientos que, como un oleaje, iban recorriéndola de arriba abajo—. Perfecto. ¿Esto es lo que has... echado de menos durante... un año y medio?

—Sí.

—Eres muy valiente —señaló con admiración.

Sean se carcajeó de lo lindo. Pero la pasión lo cazaba con la guardia baja, como a ella, y, al igual que un sargento inflexible, le ordenaba callar y centrarse en lo que exigía la sangre.

Y lo que le exigió fue retirarse y ayudarla a darse la vuelta.

—Eso es... Apóyate en las manos y en las rodillas... Muy bien, cariño. —Primrose se estremeció cuando le acarició la curvatura de la baja espalda y se inclinó para besarla entre los omoplatos.

—¿Me pones así porque... no quieres verme?

—Te pongo así porque quiero vértelo todo. Tienes un cuerpo de ensueño —replicó con vehemencia. Se agarró a sus nalgas con las dos manos y las separó de un modo indecente para volver a penetrarla. Primrose cerró los párpados para que no se le volcaran los ojos y echó la cabeza hacia delante—. Mira... —susurró—. Mira qué culo tienes.

—¿Qué palabra es esa? No la he oído nunca.

Primrose gimió al sentir la presión de sus dedos en la nuca, masajeándola para relajarla.

—Luego te lo cuento —le prometió—. Es propia de zafios y vulgares como yo..., no de encantadoras señoritas como tú.

—No eres zafio... ni vulgar... eres...

Perdió el hilo de lo que estaba diciendo cuando Sean retomó el movimiento con una insistencia especial, o quizá era la postura lo que le hacía sentirlo en lo más hondo. Se agarró a los almohadones y se concentró en el ritmo de las embestidas, ruborizada por lo que él le iba diciendo y por el sonido de la colisión de sus cuerpos, de sus testículos chocando contra el sexo. Un escalofrío de una intensidad turbadora la poseyó, haciendo temblar sus rodillas y las manos que la sostenían, e iba a decirle a Sean que algo terrible estaba sucediendo de nuevo cuando comprendió que era la misma potencia de unos minutos atrás.

Entonces, el miedo fue sustituido por un placer incomparable.

Él le cubrió la espalda con su pecho para poder besarla en la nuca y la penetró dos veces más, la última acompañada de un gemido gutural que le puso todo el vello de punta, casi como si el sonido hubiese venido de ella.

—Estabas diciendo que no soy zafio ni vulgar, que soy... —lo dejó al aire para que ella lo completara.

Sean le apartó el pelo de la espalda y ladeó la cabeza para morderle la carne tierna del cuello. Pasó la lengua por encima para calmar el mordisco irritado y enterró la nariz justo en ese punto. Ahí se quedó unos segundos más hasta que Primrose amenazó con derrumbarse, incapaz de sostener su peso. La volvió a manipular como si fuera su juguete preferido para tenderla de costado frente a él, y en un cómodo abrazo que no apuntaba a deshacerse pronto cobijó todas las palabras de afecto que pudiera haberle dicho.

Aun así, Primrose rellenó ese silencio con su verdad.

—Eres perfecto. Eso eres.

Capítulo 22

—No me puedo creer que tengas que irte justo ahora —le había dicho Primrose con la voz entrecortada. No solo por la emoción de las últimas horas enredados en la cama, en la que seguían abrazados, sino porque se había negado a poner distancia: llevaba toda la conversación hablando con los labios pegados a su cuello—. ¿Y si me llevas contigo?

—No te expondría ni loco a un primer contacto con mi padre sin allanarte primero el camino... Además de que debo tratar con él a solas un asunto privado. Una vez hayamos puesto en regla lo que quiera que se traiga entre manos, que, conociéndolo, no será nada bueno, le anunciaré que nos hemos casado y te llevaré como invitada de honor. —La besó en la raíz del pelo—. ¿Estás conforme?

—¿Y cuándo será eso? ¿Cuándo piensas volver?

—Dame tres días máximo y seré todo tuyo, te lo prometo. Mientras, quizá podrías aprovechar que no te acaparo para aplacar la furia de tus maestras, que pensarán que te he secuestrado... y para hablar con Verity —había añadido con pies de plomo, temiendo contrariarla. No sabía cuál era su posición respecto a la disputa ocurrida dos días atrás.

—Tienes razón —convino ella. Lo estrechó con más fuerza, como si la necesitara para reunir el coraje que requería enfrentarse a la señorita Burton—. Si te soy sincera, no me quito de la cabeza la discusión. Es solo que... me da miedo que sea demasiado tarde para disculparme, o haberme excedido en mis reproches, o... o que la condición de solucionar nuestras desavenencias sea hacer la vista gorda al modo en que me humilló durante las adivinanzas o volver a ser la joven que no se manifiesta ni pone en valor sus sentimientos.

Sean se separó para mirarla a los ojos con cuidado de no romper el contacto.

—Prim... —le dijo con cariño, prodigando una caricia con los nudillos a su tierna mejilla. Con la otra mano le acunaba la nuca—. Conste que no pretendo restarle importancia a tus sensaciones; apuesto por que, si lo has sentido así, a algo se debe, pero también estoy seguro de que Verity jamás ha pretendido silenciarte. Se preocupa por ti igual que puedo hacerlo yo, y como por supuesto también lo hará la señorita Simms... Quiero decir; lady Haverford.

—A mí también se me olvida que ahora es condesa, y eso que en unos meses cumplirá su segundo aniversario de boda —se rio Primrose. Las últimas veinticuatro horas juntos le habían pintado un rubor muy saludable en las mejillas que la hacía resplandecer—. Debo hablar con ella. Y con las maestras, como bien has mencionado. No sé si estarán furiosas, pero seguro que se preocuparon.

—Les mandé una nota mientras tú te bañabas advirtiéndolas de que estabas conmigo, y de que no sería un escándalo puesto que ya nos habíamos casado... Y apuesto por que el honorable Harding Wargrave cumplió su promesa y nos hizo el favor de confirmarlo tan pronto como regresó a Arlington Abbey.

Primrose asintió, mucho más tranquila.

Sean aprovechó el silencio que se asentó entre los dos para admirarla a sus anchas. La vida de casada le sentaba de maravilla y no había hecho más que comenzar. ¿O no era tanto el título oficial como la alegría de saberse por fin amada de manera incondicional? Su cabello parecía más dorado, sus labios, más llenos, y en sus ojos había amanecido igual que lo hacía ahora al otro lado de las puertas, señal de que se había cumplido un día entero desde su encierro

voluntario en la posada.

Se inclinó para besarla, y ella correspondió enseguida su iniciativa echándole los brazos al cuello.

—Algo que no me esperaba es que fueras tan apasionada —le había confesado al oído.

—Ni yo, pero porque no te imaginaba tan atractivo —le dijo ella en el mismo tono.

Sean se echó a reír.

—¿Y cómo me imaginabas? La señorita Burton debió describirme para ti. Ella me había visto.

—Oh, lo hizo, ya te digo que lo hizo. No escatimó en adjetivos. Te atribuyó características de adonis y te situó a la altura del dios Apolo. Aun así, no estaba preparada para verlo con mis propios ojos... —Le lanzó una mirada juguetona a la par que recorría con el índice el borde de su oreja, caricia que lo sensibilizó más si cabía—. Vuelve cuanto antes y te demostraré que lo que viste anoche es solo el principio.

—Cogeré ese guante que tan amablemente me has tendido —le prometió él con una sonrisa prometedora—. Hasta entonces... Pórtate bien, ¿de acuerdo? Y no me apartes de tu pensamiento ni un solo instante.

Unas horas después de la dulce despedida, Sean avistaba la finca de Henshawe House en la desembocadura del camino. Dudó si ralentizar o no la marcha. No tenía la menor urgencia por reencontrarse con su padre; es más, lo habría pospuesto de manera indefinida si esto no hubiese conllevado retrasar a su vez el regreso junto a Primrose.

En las cartas, Sean había sido escueto respecto a la relación de parentesco que le unía con su excelencia. Para empezar, no había mencionado que su padre era el duque de Maybourne. Había hablado de su progenitor como una figura ausente durante su infancia e invisible en la edad adulta, más por el desprecio de Sean que porque él se hubiese desentendido. No solo no pretendía impresionar a su destinataria revelando que era el hijo de uno de los hombres más relevantes social y económicamente hablando, además del posible heredero de su título y patrimonio, sino que esperaba que se enamorase de él creyéndolo un humilde granjero con aspiraciones artísticas.

A lo largo de la noche, en momentos de vulnerabilidad que le hicieron temer estar ocultándole un secreto de gran calibre, había estado a punto de especificarle a Primrose a qué se dedicaba lord Lucien Henshawe, pero se había convencido de que sería más razonable esperar a oír lo que el susodicho tenía que decirle. Si pretendía desheredarlo, renegar de él, arrebatarle el apellido como él mismo se había adelantado haciendo al adoptar el de su madre en Irlanda, sería contraproducente alentar a Primrose con la promesa de una fortuna que no llegaría.

Pero como siempre habían hecho por vía postal, habían dedicado parte de la noche a diseccionar el aspecto emocional del reencuentro con el duque. Eso era lo que siempre había preocupado a la ahora señora Connor por encima de todas las cosas: sus sentimientos.

—¿No te ilusiona lo más mínimo verlo de nuevo? —le había preguntado. A Sean le había costado concentrarse teniéndola desnuda y pegada a su costado—. Si no recuerdo mal, hace ocho años que no sabes nada de él.

—Y no me habría importado que fueran diez, o quince, o incluso veinte más —resolvió él con una frialdad que hizo dudar a Primrose—. Mi padre nunca estuvo presente durante mi infancia. Los niños le han molestado siempre; los cree unos memos con los que no se puede mantener una conversación elevada, la única clase de conversación que su intelecto tolera. Aun así, entendía que tenía una obligación para con su hijo, aunque fuese un bastardo, y se esforzaba por aguantarme. Le agradezco, eso sí, que me diera una buena educación. Era algo que mi madre jamás podría haberse permitido... Claro que no le habría costado un penique garantizarme los

mismos saberes si mi padre se hubiese hecho cargo de ella antes de darme a luz pidiéndole matrimonio.

Primrose le dio un beso en el hombro antes de apoyar ahí la barbilla para mirarlo con aire pensativo.

—¿Por qué crees que eso sucede, Sean? ¿Por qué los hombres toman amantes?

Él desvió la vista al techo con una mano sobre el vientre.

—He tenido mucho tiempo para pensarlo, y he llegado a la conclusión de que hay una sola respuesta correcta: las toman porque pueden. Claro que hay quienes se enamoran de ellas, quienes solo tratan de matar el aburrimiento con un idilio prohibido que les tenga en el borde del asiento, quienes se sienten apremiados por sus amistades, puesto que la infidelidad está en boga; quienes pretenden vengarse de la frigidez de su esposa; quienes son meros coleccionistas de mujeres..., pero todos esos hombres tienen en común que *pueden*. Y muchos confunden posibilidad con obligación, o esa impresión me he llevado después de observar a la fauna. Piensan que están desairando a algún dios o convicción espiritual (tal vez sí desafíen una convención social, por otro lado) desaprovechando dicha posibilidad, así que lo hacen solo por si acaso. Para que nadie les reclame, incluso.

—Es una reflexión muy interesante. Recuerdo que en una de tus cartas insinuaste que tu padre era un hombre sentimental, algo que le había jugado en contra a lo largo de su vida... ¿Lo dijiste porque crees que entra en el grupo de hombre infiel que se enamora de su amante?

—Si alguna vez he sentido que mi padre amaba a mi madre, no es porque ella me lo haya dicho, eso por descontado —se había reído Sean, aunque con amargura—. Y ni mucho menos porque él lo diese a entender.

—¿Entonces?

—Es la conclusión lógica a la que llegué después de observar los hechos. Mi padre se estaba poniendo en riesgo al criar a un hijo bastardo y, sin embargo, lo hizo. No fue por amor a mí, así que tuvo que ser por amor a ella.

—No tiene por qué ser amor —había meditado Primrose, apoyando la palma sobre el pecho masculino—. A lo mejor fue por culpabilidad.

Sean le lanzó una mirada socarrona.

—¿Te imaginas? Créeme, mi padre no es la clase de tipo que se siente culpable por haber herido a alguien si esto no le hace perder dinero. También me baso en un criterio de temporalidad. Mi madre fue su amante durante años; no se trató de una relación ocasional o de una sola noche. Si no estaba enamorado, como mínimo se había enganchado... Y creo que ya hemos hablado suficiente —había agregado para zanjar la conversación. Se giró hacia ella y la envolvió entre sus brazos—. Ahora toca besarse.

Primrose se había echado a reír, más que conforme.

Sean sacudió la cabeza para alejar el recuerdo reciente. Sentía que nada más cruzar las puertas de Henshawe House entraría en un trance de irrealidad y todos los buenos momentos que estuviese rememorando se pudrirían junto con su buen ánimo.

Una de las razones por las que no había querido traer a Primrose consigo era esa: no deseaba que viera cómo se desarrollaba el reencuentro con su padre cuando estaba casi seguro de que lloverían las acusaciones, la que había sido su dinámica los últimos años de convivencia. La otra era algo menos negativa, y es que pretendía prestarle una visita a los Insley para anunciarles que su hija era ahora una mujer casada. Los amenazaría si fuera necesario para que se acicalaran y viajasen a Arlington Abbey en persona para presentarle sus respetos.

La noche había dado de sí lo suficiente para tocar todos los temas personales que les habían

ido viniendo a la cabeza: entre ellos, lo mucho que entristecía a Primrose que sus padres no quisieran formar parte de su vida. A Sean le costaba creer que alguien pudiera desairar a una joven con sus bondades y no pasar el resto de su existencia maldiciéndose por injusto. Si la razón por la que un buen día decidieron abandonar a la niña en Arlington Abbey y cortar toda comunicación entre ambas partes era que temían que nunca encontrara marido, debían enterarse de que la situación había cambiado y empezar a plantearse un nuevo modo de relacionarse con ella.

A los Insley sí les informaría muy educadamente de que el esposo en cuestión era hijo de lord Lucien Henshawe.

Si de él dependiera, no se acercaría a los Insley más que para escupirles a los pies y decirles lo que opinaba de su lamentable sentido de la responsabilidad. No obstante, Primrose no dejaba de ser una muchacha que, como él mismo hacía no mucho tiempo, soñaba con la validación de sus padres. Además; debía concederle el beneficio de la duda a una pareja que había perdido a su pequeño de cuatro años a manos de una fulminante enfermedad. Contándole largo y tendido lo poco que sabía al respecto, Primrose le había hecho entender que tuvo que ser una experiencia devastadora. En opinión de Sean, no justificaba el maltrato a la hija mayor, pero, al final, lo único que importaba era lo que la hiciese feliz. Y sospechaba que nada la ilusionaría más que saber de sus padres; que reencontrarse con ellos y verlos entusiasmados con la brillante culminación de sus estudios, sus nada modestas ambiciones y su nuevo marido...

... aunque para mostrarse sonrientes él tuviera que ponerles un cuchillo en la espalda.

—¡Señorito! —lo llamó el ama de llaves nada más abrieron las puertas de la mansión. Aunque habían pasado ocho años sin verse, la señora Tomlinson presentaba el mismo y saludable aspecto con la excepción de una colección de canas que, de algún modo, solo favorecían el conjunto de su chispeante personalidad—. ¡No me lo puedo creer! ¡Está usted aquí! ¡Qué maravillosa sorpresa! ¡Oh! ¡Dichosos los ojos!

—Qué escandalosa es usted, señora Tomlinson —se rio Sean, apeándose del caballo con agilidad. Abrió los brazos para acoger en un gesto amoroso a la criada que durante quince años había sido como su madre—. ¡Y qué exagerada! ¡Si le dije que venía hace un par de meses, mujer!

—¡Pero no me lo creí! ¡Y no está usted en posición de juzgar mi incredulidad, considerando que siempre que anuncia los viajes termina cambiando de opinión y dejándome con la miel en los labios! Qué maravilla... Qué alto, señorito. Qué grande. Qué... ¡qué guapo, por Dios! —seguía exclamando con una sonrisa reluciente. Se había aferrado a sus brazos, y lo estrujaba como cuando era niño y quería supervisar tras una caída aparatosa que no había salido herido—. ¡Debe de ser usted el hombre más deseado de Belfast!

—He tenido admiradoras, eso no se lo voy a negar. Pero estamos ignorando a la verdadera estrella de la casa, a la belleza de la nación... —La tomó de la mano para hacerla girar sobre sí misma. La señora Tomlinson se dejó con las mejillas encendidas de puro gusto, coqueta como siempre había sido—. Mírese... ¡Si parece que tiene diez años menos!

—¡Anda ya, canalla! —Le soltó un amistoso manotazo en el dorso de la mano—. ¡Menudo adulador está hecho! ¿Cómo ha ido el viaje, señorito? Viene de Arlington Abbey, ¿no es así? De reencontrarse con la señorita con la que se estaba carteando... ¡Una de tantas! ¡A ver si se cree que no sé que, aparte de a la dama y a mí, también le escribe a la señorita Evans y a Fanny!

—La señorita Evans era mi institutriz, señora, y sabe que siempre he sentido debilidad por la dulce Fanny. —Moderó la expresión por una más resignada—. Ya me informó de que tuvo que abandonar Henshawe House para cuidar de su familia. Me contó que su suegra ha enfermado y

ahora ha de cargar con sus responsabilidades, además de las propias.

—Lo sé, lo sé, la estoy ayudando en la medida de lo posible. Se ha mudado a una casita muy cerca de aquí, ya lo sabrás. Aunque le tengo dicho que, si quiere ahorrar, debería dejar de comprar estilográficas y papel.

—¿Y cómo diablos pretende que me escriba, vieja celosa? ¡Será bruja, diciéndole a Fanny que renuncie al contacto conmigo...!

—¡A mí no me hable en ese tono! —rugió el ama de llaves—. ¡Le dije que yo le facilitaría el papel y la estilográfica, igual que le facilité la dirección del profesor que le enseñó a leer y escribir, para que pudiese ahorrarse el gasto! ¿Por quién me toma?

—Por lo que es, una arpía sin corazón —se burló Sean, al borde del ataque de risa al verla enrojecer.

—¡Usted no tiene vergüenza ni la conoce!

—Bueno, bueno, bueno... ¿Acaba de llegar y ya están ustedes discutiendo? —se quejó el viejo mayordomo. Los párpados caídos le impedían ver con claridad: tuvo que echar la cabeza hacia atrás en un ángulo cómico de tan exagerado para reconocer a Sean—. Mire que es difícil sacar de sus casillas a la señora Tomlinson, pero usted siempre ha tenido un don.

Sean se adelantó a estrecharle la mano con una sonrisa sincera.

—Me alegro de verle sobre las dos piernas, señor Orson. Me contaron que había estado enfermo y que el pronóstico de recuperación no auguraba nada bueno.

—Mala hierba nunca muere, milord. ¿Le gustaría tomar un baño o asearse antes de reunirse con su excelencia? ¿Quizá comer algo caliente? Linda ha preparado estofado para el almuerzo y todavía debe de estar caliente.

—Cuando haya resuelto mis asuntos con el duque bajaré a cenar con ustedes..., si me concedieran el honor de sentarme a su mesa, por supuesto —añadió con sorna, inclinándose dramáticamente sobre la menuda ama de llaves.

La señora Tomlinson respingó y lo acusó con una mirada indignada.

—¡Como si se le hubieran cerrado a usted las puertas alguna vez! Mire que no lleva aquí ni diez minutos y ya me tiene con los nervios crispados —refunfuñó.

Sean se echó a reír y le pasó un brazo cariñoso por los hombros, que le quedaban a la altura del costado, para estrecharla contra sí.

—No te enfades conmigo, Petula, que todavía estoy paladeando la gloria de la noche de bodas y no me gustaría que nadie me bajara de las nubes antes de tiempo.

El ama de llaves estaba forcejeando con el grueso brazo que le había caído como el tronco de un árbol cuando asimiló lo que acababa de decir. Alzó la cabeza como una gacela al percibir la vigilancia del depredador y lo miró con los ojos fuera de las órbitas.

—¿La noche de bodas? —Miró al callado mayordomo, que lanzó una mirada de auxilio al techo temiéndose otro exabrupto—. ¿Ha dicho eso? ¿Noche de bodas?

El señor Orson se encogió de hombros, que ya tenía de por sí hundidos hacia delante.

—Creo que sí, pero cuesta saberlo. Con la ceguera uno se vuelve más sordo, si es que eso tiene algún sentido.

—¡Noche de bodas! —aulló el ama de llaves. Orson se llevó las manos a las orejas—. ¡¿Se ha casado usted?! ¡¿Cuándo?! ¡Y me lo dice como si nada, el muy sinvergüenza!

—¿Cómo quería que se lo dijera? ¿Cantándoselo en latín, como en las misas?

—¡Casado! ¡¿Con la señorita Burton?! ¡Oh, mi buen Dios! ¡Me va a dar un patatús!

—No, con la señorita Burton no. Es una larga historia que estaré encantado de contarle con las ínfulas de un trovador en cuanto caiga la noche. Haré las delicias de su cena, se lo prometo.

—Acompañó el juramento de un guiño.

—¿Qué escándalo es este? —rugió una voz masculina; la que más experiencia tenía haciéndose oír por encima de los demás pese a tener a Petula Tomlinson como digna competidora, y la única que conseguía extinguir la diversión.

El mayordomo se puso firme, el ama de llaves se encogió y el irlandés tuvo la gentileza de contener sus instintos destructivos para no replicarle una ruindad. Daba igual que ya no tuviese dieciocho años y su episodio de rebeldía adolescente hubiese tocado a su fin.

En presencia del duque, Sean siempre sería un jovencito respondón.

Capítulo 23

Esperaron con el aliento contenido a que el duque cruzara el pasillo y se personara en el recibidor. Todos observaron cómo su sombra, al principio alargada y amenazante, iba empequeñeciéndose conforme avanzaba hasta que fue su silueta en carne y hueso la que robó la atención.

Él sí que era la mala hierba que nunca moría, porque más que ocho años parecía que hubiesen transcurrido ocho días desde su despedida. El duque se había quedado congelado en el tiempo. Su cabello se resistía a contabilizar las décadas conservando la insondable negrura que Sean había heredado, y lo mismo sucedía con la barba. Era el único aristócrata que se permitía llevarla crecida, aunque tan bien cuidada que ni siquiera el más escrupuloso de los lores podría haberle reprochado su falta de higiene. Tampoco su carácter se dejaba vencer por la edad, ni sus principios titubeaban conforme acumulaba experiencias que a un hombre menos tozudo habrían convencido de cambiar de opinión: se erguía con un orgullo terco que infundía tanto respeto como causaba rechazo. El único síntoma de debilidad visible podría haber sido el bastón con el mango de oro con el que se abría paso casi a machetazos en la jungla de un mundo que antes o después se ponía a sus pies, pero no lo llevaba por cojera, sino como un rey su cetro. No era más que uno de tantos falsos defectos de los que se valía para que sus víctimas le creyeran inofensivo y así fuera más divertido asestar la puñalada definitiva.

Sus ojos eran la razón por la que se creía que el azul era un color frío e inexpresivo, la condena de los cielos y la cara oculta y peligrosa del océano.

—A buenas horas —fue cuanto señaló al ver a su hijo, y se dio la vuelta para rehacer el camino sin necesidad de dar su orden. Sabía que Sean lo seguiría porque todo el mundo lo seguiría siempre, indiscutible privilegio de quienes habían nacido con una estrella sobre la cabeza.

—Imbécil —masculló el ama de llaves—. Mira que ver a su hijo por primera vez en una década y no tener siquiera el detalle de acercarse a darle un abrazo, un beso... ¡Nada! ¡La cara de palo de siempre, como si viniesen a verle a menudo, como si estuviese por encima de todo sentimentalismo! ¡Qué hombre tan insufrible!

Sean se mordió la lengua para no carcajearse con la expresividad del ama de llaves.

Era un milagro y también un misterio que siguiera conservando su puesto. Le parecía imposible que su padre no la hubiese escuchado aunque fuese una de las veces que había prorrumpido en escandalosas protestas.

—Me temo que ha absorbido usted toda la vida de este sitio y no ha dejado ni una chispa de corazón para nadie más —señaló Sean con una sonrisa afectuosa. Le dio un apretón en el hombro a modo de despedida y emprendió la marcha tras el duque.

Cuando era niño, lo odiaba por una razón muy específica. Una vez esa razón dejó de distanciarlos emocionalmente porque él mismo se encargó de ponerle remedio, el odio desapareció, pero no fue reemplazado por el amor o la simple tolerancia. Lo contrario del desprecio no era el afecto, sino la ausencia de desprecio: la nada.

Eso era lo que ocupaba sus entrañas al cruzar el umbral de la estancia.

El vacío.

Maybourne esperó a que Sean entrara en el despacho ducal para cerrar la puerta tras él. Con la

naturalidad de ser el primogénito e hijo único del dueño de cuanto alcanzaba a la vista, se arrojó cómodamente sobre el sillón que en realidad debía ocupar su padre y apoyó las manos sobre el reposabrazos en una pose retadora.

Si el duque tuvo alguna opinión sobre su descaro, no la exteriorizó. Descansó el bastón contra el escritorio y, una vez sentado enfrente, como si fuese él quien iba a rogarle clemencia, cruzó las piernas.

—No nos voy a hacer perder el tiempo. Sabrás por qué te he ordenado venir.

«Ordenado venir», repitió para sus adentros, más escarmentado por la risa que por el desprecio. Estuvo tentado de sacudir la cabeza con exasperación. No serviría de nada señalar su engreimiento. A esas alturas ocupaba en sus entrañas un lugar de la misma importancia que un órgano vital; tendrían que matarlo para que dejara de ser un auténtico cretino.

—Sospecho que no era para preguntarme cómo me va —respondió en su lugar.

—Suponía que mal no te iba a ir. La gente como tú suele caer de pie. Gracias a mí tienes unos estudios y sabes moverte por el mundo, y gracias a tu madre puedes utilizar tu encanto personal contra quien quieras que lo padezca.

—Solo usted se referiría al encanto personal como una maldición.

—¿Estás preparado para que te presente en sociedad como mi hijo? —inquirió sin rodeos.

No era la primera vez que Sean intentaba hablar con su padre, provocarlo, incluso, y no recibía más que una cruda indiferencia.

El duque era inalterable. Nada de lo que le dijera le haría alzar el tono o fruncir el ceño.

—¿Acaso me había estado escondiendo? Alguien tuvo que comentar en los grandes salones que su excelencia estaba criando en Henshawe House a un muchacho con su mismo aspecto físico.

—Todo el mundo sabe quién es lord Sean Henshawe, pero, como podrás figurarte, ningún miembro de la alta sociedad lo ha tratado en persona.

—Está mal visto llevar a los niños a las fiestas de la temporada —completó con la teoría ya estudiada en tono monótono—, y, aunque hubieses podido, lo habrías evitado para que no te abochornara con una pataleta de las mías.

—Efectivamente —le confirmó sin un ápice de vergüenza—. Hasta ahora he podido calmar la curiosidad exigente de las masas alegando que eres un trotamundos empedernido y estás completando tus estudios artísticos viajando por Europa, pero ya ha pasado casi una década desde que cumpliste la mayoría de edad. Ocho años dando vueltas por Italia para conocer la pintura renacentista son demasiados incluso para el desahogado hijo de un duque. Va siendo hora de que te hagas cargo de las responsabilidades que te inculqué de niño y des la cara en público. Y, a poder ser, encuentres una esposa con la que empezar a procrear. La línea no va a acabar contigo.

Su osadía le hizo arquear las cejas. Lucien Henshawe había nacido enemistado con todo lo que no podía controlar. Le declaraba la guerra o le planteaba un reto hasta a la fecundidad de una mujer que ni siquiera conocía. Se iba a hacer su voluntad en todos los casos.

—Eso no es algo que usted pueda decidir o en lo que pueda inmiscuirse —le recordó por el placer de subrayar su inutilidad en según qué cuestiones—. Y lo sabe mejor que nadie puesto que no hubo manera de que tuviese un hijo legítimo pese a casarse tres veces.

—Poco tiene que ver eso con el asunto que nos ocupa. Ni falta que me hace decidir o inmiscuirme, dicho sea de paso. Ya se dispuso todo cuando aún estabas en el vientre de tu madre.

—Ah, sí... Me acuerdo de la historia. Obligó a mi madre a prometerle que cuando cumpliera tres años me traería a Henshawe House para enseñarme la historia de Inglaterra y modales a la

mesa, entre otras cosas, y le aseguró que me devolvería en cuanto cumpliese dieciocho. Solo que usted contaba con que para entonces me habría olvidado de ella y desearía disfrutar de los privilegios de los que solo se goza a su lado, ¿me equivoco?

—Me alegra que te marcharas con tu madre...

—Deje de decir «tu madre» como si no hubiese convivido con ella durante años. Es la tercera vez y no voy a tolerar una cuarta —lo interrumpió en un arrebato—. Tiene un nombre. Lo mínimo que se merece después de todo a lo que la sometió es que se lo reconozca.

—... Ha pulido y completado tu educación de un modo sublime al que ni los grandes señores pueden aspirar —prosiguió, sin prestar atención a su reproche—. Yo no podría haberte mandado a labrar campos de cultivo ni a cuidar de un ganado de ovejas. Cuando heredes mis tierras, no solo sabrás economizar y multiplicar la producción, sino que entenderás lo que veas los días que te pasees por los cultivos para supervisar que tus aradores y labriegos trabajan según lo previsto.

—Le aseguro que mi madre no tenía la menor intención de colaborar en su empeño de hacerme duque.

—Tampoco creo que se haya esforzado por sabotear mi digno propósito. Me consta que nunca le ha importado la riqueza porque se guía por otras consideraciones morales. Algo encomiable, sin duda —subrayó con indiferencia—. Pero ninguna madre en su sano juicio se opondría a que su hijo heredara una fortuna sin parangón. —Se apoyó en los reposabrazos para incorporarse, dando por zanjada la conversación con un tono imperativo—: Te quiero ver asentado en Londres para la temporada que viene. Procura pasarte con un mes de antelación por alguna de las sastrerías de moda; debes presentar un aspecto decente, y salta a la vista que hay mucho trabajo por delante. Te mandaré una lista de las veladas a las que quiero que asistas y de los caballeros con los que habrás de hacer buenas migas por el bien de la finca y de tus conexiones sociales. Estarás comprometido con una mujer de buena familia, fortuna y modales impecables antes de que empiece el otoño.

—¿Algo más? —ironizó Sean—. ¿Le friego el suelo también?

El duque sabía que estaba siendo sarcástico, pero no le costaba ponerse por encima de lo que estimaba meras niñerías volviendo a imponer la seriedad con su tono adusto. Tras coger de nuevo el bastón y echarle un vistazo valorativo a su físico, determinó:

—Córtate el pelo y aféitate para entonces. Lucir barba es una excentricidad que solo puede permitirse un ciudadano con cierta edad y un mínimo abolengo. Puedes quedarte a cenar, si lo deseas —añadió en su camino hacia la puerta—, aunque me temo que no podré acompañarte.

«Qué sorpresa».

—Es una lástima. Podría haber aprovechado la agradable velada para describirle a mi esposa y cómo intercambiamos votos en la iglesia de San Martín hace tan solo veinticuatro horas.

Sean se regocijó para sus adentros en la reacción de su padre. No recordaba haber conseguido sacarlo de sus casillas ni una sola vez; ni con rabietas, ni con alusiones a su pasado atravesado por la lujuria y empeorado por las malas decisiones de la juventud, ni dedicando un almuerzo entero a lanzarle pullas, ni levantándole la mano en una agitada discusión.

Unilateral, claro estaba, porque quien quisiera batirse en duelo con su excelencia debía saber de antemano que tendría que hacerlo solo. Lucien Henshawe se presentaría al amanecer porque se enorgullecía de su educación y su sentido del honor, pero humillaría al contrincante dejándole apretar el gatillo hasta desahogarse antes de darse media vuelta, impertérrito, y preguntar a los padrinos por el mejor sitio para desayunar de la comarca.

Esta vez, no obstante, el duque se detuvo antes de abrir la puerta. Le traicionó la crispación de la línea de los hombros, pero se recuperó tan pronto como priorizó la urgencia por solucionar el

problema.

—¿De quién se trata? —exigió saber.

—De la señorita Primrose Insley.

Casi le pareció escuchar el pensamiento de Maybourne.

«Conque señorita. No es una dama, entonces».

—¿Te has acostado ya con ella?

—Varias veces. Supongo que no lo pregunta porque le urja el asunto del heredero.

—Lo preguntaba para averiguar si estaría a tiempo de pedir la nulidad.

Sean soltó una carcajada gélida.

—Como si yo fuera a firmar algún papel semejante.

El duque se giró lo justo para echarle una mirada elocuente a través de las pestañas.

—¿De veras crees que necesitaría tu beneplácito para anular el matrimonio? El arzobispo de Canterbury estuvo aquí cenando hace dos semanas. Destruiría los papeles sin hacerme una sola pregunta y luego me preguntaría si deseo que me sirvan más vino.

—¿Y en qué le beneficiaría eso? Solo lograría cabrearme, y ya no tengo catorce años, excelencia —recalcó en tono burlón—. No puede mangonearme como se le antoje.

—Eso es cierto. Ya no eres manipulable —le concedió sin el menor rastro de resentimiento. Su cerebro era un engranaje perfecto. Localizaba el problema, consideraba las complicaciones y actuaba sobre él sin sentimentalismos que valieran. Si Sean no hubiese apreciado la empatía como el más preciado rasgo en la toma de decisiones, lo habría admirado—. No me entusiasma que no sea una dama, y, conociéndote, la habrás elegido así para molestarme.

—No se dé tanta importancia, Maybourne.

—Me doy exactamente la que tengo; la que de todos modos tú mismo has reiterado sin darte cuenta. No debes de haberte casado por amor si has sido capaz de abandonarla al día siguiente para venir a intentar ponerme nervioso. Por lo general, si a uno le gusta un poco su mujer, le cuesta salir de la cama los primeros días. Y si a uno le quiere su mujer solo lo suficiente —apostilló—, no le permite que se vaya así como así.

—Oiga, excelencia, no todos somos unos obsesos del sexo como usted —se burló, en el fondo molesto porque tuviese la réplica perfecta para cualquier reproche—, que seguro que se casó tres veces para poder acostarse con hijas de marqueses sin perder la cabeza a manos de sus familiares indignados.

—Lo que denota que hago las cosas como han de hacerse. ¿Cómo es la muchacha?

—Compasiva, generosa, bella... —Escogió los adjetivos con el pueril objetivo de molestar a su padre, quien, por supuesto, ni se inmutó.

—Dame alguna virtud que pueda interesarme —lo cortó con más impaciencia que irritación —. ¿Ha recibido una buena educación que me garantice que sabrá comportarse en público? ¿Fue presentada en sociedad ante Su Majestad? ¿Es temerosa de Dios?

—Fue presentada hace dos temporadas y predica con los valores del cuaquerismo además de ser anglicana; así de temerosa es, padre. La he conocido en la escuela de señoritas de lady Mabry, donde destaca como una alumna ejemplar.

—Si sus padres han podido permitirse que estudie en la reputada academia, debe de ser porque no son unos don nadie. ¿A qué se dedican los Insley? Su apellido no me suena.

—¿No ha oído hablar de la empresa de alimentación Insley & Dahl? Uno de sus productos más destacados son las galletas.

Maybourne torció el gesto.

—Qué elección de negocio tan poco elegante.

—No tienen un ducado, no, pero parece que llegan a fin de mes.

—Supongo que mientras la familia tenga beneficios y esté bien conectada a nivel social, no puedo quejarme. Distinto sería si fueras una mujer y te quisieras casar con un galletero.

—No creo que esa palabra exista, excelencia —se mofó Sean, en el fondo divertido con su bochornoso clasismo.

—Tampoco debería existir una empresa de galletas. El nivel de patetismo es mortal. Tráela la semana que viene —le ordenó—. Quiero conocerla en persona.

—¿Qué le hace pensar que ella tiene el menor interés en conocerle a usted?

—Imagino que a no todo el mundo le ilusiona hallarse en presencia de un aristócrata de altura —volvió a concederle sin pestañear—, pero estoy seguro de que no te has casado con una arribista que fantasea con el día en que la llamen milady. Conociendo tu falta de gusto y tu desprecio hacia las tradiciones que sobreviven a costa de demonizar el romanticismo, y aun en contra de lo que demuestra su visita, la habrás elegido porque la amas y ella te ama. Eso significa que estará ansiosa por tratar con los individuos que te trajeron al mundo, ya sea por curiosidad, por agradecimiento o para sentirse parte de la familia.

Sean esbozó una sonrisa incrédula.

—Ha perdido usted el juicio si piensa que voy a someterla a su escrutinio.

—Parece mentira que tenga que decirte que sé comportarme. Incluso si la escrutinase, la muchacha no se daría cuenta. Se sentirá como en casa, eso te lo puedo prometer. A fin de cuentas, yo también estoy vagamente agradecido con ella. Me ha quitado de encima la preocupación de buscarte novia, que intuía que me iba a privar del sueño.

—No le habría resultado tan difícil como imposible era que usted dejara de casarse.

—Os recibiré el lunes que viene antes de las cinco —atajó. De niño, Sean solía pensar que su padre estaba sordo: llevaba toda la vida fingiendo que no oía lo que no le interesaba contestar—. Si la joven trae a sus padres, mejor. Me interesa poner a prueba el intelecto y las maneras de un par de galleteros. En cuanto a ti, si deseas quedarte en Henshawe House toda la semana, me encargaré de enviar un coche de cuatro caballos a Arlington Abbey para que ella viaje con comodidad mientras tú te relajas en la finca. Hay pudín de cereza —añadió cuando ya tenía el pomo de la puerta en la mano, detalle que sorprendió a Sean; debía haberlo mencionado porque sabía que era su preferido. El duque le lanzó una mirada hostil—. Procura no comértelo entero o pediré la nulidad de tu matrimonio solo para vengarme.

Capítulo 24

Primrose llevaba toda la mañana mentalizándose para la conversación con Verity.

Sospechaba que no se lo pondría fácil.

Una de las principales razones de la polémica había sido lo radicalmente distintas que eran tanto en carácter como en formas de ver la vida, la inevitable conclusión de haber nacido en el seno de familias diferentes y del modo tan opuesto en que la sociedad las trataba. Primrose había tenido tiempo para pensar en la mejor manera de enfrentarla sin dejarse amilanar, pero esta vez sin recurrir a los golpes bajos de una discusión de la que ahora se avergonzaba.

Dudaba que su amiga, eso sí, fuera a mostrarse igual de abierta y dispuesta a aceptar sus errores.

Después de dar cinco o seis vueltas por los espacios más frecuentados por Wit, la señorita Vallans le indicó que, después de desayunar, Verity se había encerrado en la biblioteca. También le había indicado con retintín que se alegraba del enlace, que todas lo hacían, pero que podría haber tenido la gentileza de ponerlas sobre aviso para que no pensaran que el señor Connor la había arrastrado hacia el altar.

—La única que no se llevó las manos a la cabeza fue la señorita Reeves —le había confesado Lavinia—, que nos aseguró que nada salvo el amor os había llevado a casaros de repente. Suelo cuestionar todas sus ocurrencias porque el romanticismo le empaña el sentido común, pero ha resultado ser la más avispada.

—Lo siento, señorita Vallans.

—Las disculpas pídeselas mejor a Verity. Y procura que sean correspondidas, que todavía estamos todos escandalizados con su despliegue de sentido del humor durante el juego de las adivinanzas —apostilló con sarcasmo.

La ubicación de la señorita Burton había sorprendido a Primrose, que no había tardado en llegar a la conclusión de que no quería ser encontrada. Era bien sabido que Witty despreciaba la incomodidad de los sillones de la sala de lectura y que, para disfrutar de un buen libro, prefería adueñarse temporalmente del volumen de su preferencia y tenerlo cautivo en sus aposentos.

No recordaba un solo día en los últimos años que Verity hubiese pasado su tiempo libre allí.

Pero allí estaba, como comprobó nada más abrir la puerta con el sigilo que ameritaba la situación. No pretendía espantarla, y una Wit furiosa era, en el mejor de los casos, escurridiza. En el peor...

No quería ni imaginarlo.

Nunca antes se habían peleado, y no tener una referencia a la que remitirse la hacía temer el desenlace.

Verity estaba sentada de cualquier manera en un sillón orejero del mismo terciopelo que su vestido, un vestido a todas luces inapropiado para ver morir la mañana en un espacio privado. Es decir: perfecto para brillar en una fiesta. Tenía la espalda apoyada en un reposabrazos, mientras que las corvas de las rodillas descansaban sobre el reposabrazos paralelo. Las letras grabadas del tomo que sujetaba precariamente rezaban *Decoro femenino*, lo que le robó una sonrisa a Primrose.

—Conque leyendo *Tratado teológico-político* de Spinoza —comentó en voz alta. Procuró romper el silencio con un tono afable—. Creo recordar que siempre escondes tu filosofía

preferida en los libros sobre modales.

—Una lectura ligera para el último viernes de vacaciones —respondió Verity con aire indiferente, sin molestarse en mirarla. Giró la cara hacia la página que ocupaba ahora su atención, que muy convenientemente era la que le haría dar la espalda a Primrose—. No era lo que estaba buscando, aun así, pero me temo que el manual sobre cómo superar la ruptura de una amistad ya estaba cogido para cuando llegué a la biblioteca.

—No tienes por qué leer nada semejante si aceptas escucharme —repuso, empujando el malestar al fondo de su estómago.

Solo estaba siendo dramática, se consoló.

Verity en estado puro.

—Preferiría no volver a oír según qué barbaridades.

—Es cierto que me excedí en un momento dado —admitió con paciencia—, pero no todo lo que dije merece ser descartado sin miramientos. Tú tampoco eres perfecta, Wit.

—Precisamente por eso deberías marcharte y procurar, en el futuro, no acercarte demasiado a mí... algo que no te costará, pues, según he oído, ya estás casada y es cuestión de tiempo que abandones la escuela. En fin, todo acaba en esta vida, ¿no? —Pasó a la siguiente página—. Y ponerle un cierre a nuestra amistad es lo que procede tras los últimos acontecimientos. A la vista está que tú y yo no somos compatibles.

Primrose apretó los puños, molesta con su actitud.

—¿Sabes? —alzó el tono, y, qué casualidad, Verity pareció interesada en la conversación justo entonces—. Odio las posiciones terminantes que adoptas cuando estás furiosa o decepcionada. Es como si no cupiera en ti un cambio de opinión; como si, al mínimo desmán, lo único que correspondiera fuese arrojarlo todo por la borda. A lo mejor deberías sopesar que no estarás enfadada de por vida y que te convendría escuchar y tomar decisiones que te beneficien cuando este estado transitorio se te pase y vuelvas en ti misma.

Verity cerró el libro para lanzarle una mirada penetrante.

—¿Qué te hace pensar que algún día olvidaré lo que dijiste sobre mí, Prim?

Le costó tragar saliva después de observar su semblante estoico. La prefería cuando la emprendía a gritos, porque entonces al menos sabía que le importaba.

No; de hecho, la prefería cuando era risueña y divertida.

Como siempre.

—¿No puedes perdonarme un arrebato motivado por los celos?

«Celos que, además, provocaste tú», estuvo a punto de añadir.

Pero todo fuera por la paz.

Casi en el acto, a modo de protesta, se hizo oír la voz de Rebecca: «No deberíamos guardar silencio en presencia de quienes juran conocernos y amarnos con condiciones inasumibles solo para disfrutar de una convivencia pacífica. (...) No me iría a la guerra con alguien que no conoce mis sombras o no las acepta. Esos me dispararían por la espalda».

—Puedo perdonarte un arrebato motivado por los celos —cabeceó Verity en señal de conformidad, devolviéndola a la realidad—, pero no que lleves toda la vida pensando que soy una arpía sin escrúpulos. La tuya es una opinión legítima, no me malinterpretes; como la inmensa mayoría de las perspectivas. Algo que aprendí siendo muy pequeña es que es imposible agradar a todo el mundo. Pero, como bien me han enseñado mis padres, no es mi obligación permanecer junto a personas que no me aman como deseo ni me perciben como yo soy. Supongo que este es uno de los rasgos egoístas o soberbios de mi personalidad que tanto deploras... Pues bien: yo me aprecio y me admiro por esa entre otras muchas razones, y ni tú ni nadie vais a

volver a hacerme dudar de mis bondades.

—No pretendía hacerte dudar de tus bondades. Yo solo... yo... —Se calló al ver que iba a disculparse una vez más. Le bastó con hacer un breve recorrido por lo sucedido en los últimos días para llenarse de valor con una inspiración—. Esto no empezó porque me parezcas o no egoísta, Verity, y estoy cansada de que te erijas protagonista de cada disputa. Esto comenzó porque me hiciste pensar durante las peores cuarenta y ocho horas de mi vida que eras lo bastante cruel como para conquistar a Sean aprovechándote de mi historia con él; la única historia bella y genuina, encabezada por una de las pocas personas que no me han despreciado por mi aspecto, que he tenido en toda mi vida. No justifica el modo en que te traté, pero que quisieras ayudarme tampoco justifica que me engañaras miserablemente.

Verity entrecerró los ojos.

—Si Clarissa hubiera hecho lo mismo que yo, habrías desconfiado de sus razones y no te habrías creído que existe complicidad entre Sean y ella. Pero no te extrañó un ápice que yo fuese capaz de tamaña crueldad, lo que prueba que sí, esto empezó porque te parezco egoísta, o el engaño no habría sido verosímil en primer lugar.

—¿Y es mi culpa percibirte como una persona que sobre todo piensa en sí misma? ¿No crees tener tú ahí algo de responsabilidad? —contraatacó, cansada—. Lo has dicho hace un segundo: yo me aprecio y me admiro por ser egoísta, entre otras muchas razones. Y yo te aprecio y te admiro por eso, entre otras muchas razones, porque sabe Dios que yo nunca he sabido ni pensar en mí ni protegerme del juicio ajeno. Pero ese defecto tuyo se volvió contra mí y, por una vez, no pude pronunciarlo como si me enorgulleciera de ser tu amiga. ¿Tan malo es?

—Sí, lo es —atajó Verity. Se bajó del sillón y fue a colocar el libro en su sitio—. Es terrible.

Primrose la observó perpleja.

—¿Y ya está? ¿No quieres saber nada más de mí? ¿Vas a odiarme de por vida por no decirte ni la mitad de lo que Rebecca te puede llegar a insultar en un día?

Verity la miró por encima del hombro.

—Lo que Rebecca y yo nos insultemos o no entra en la consideración de juego, o de fechoría, si lo prefieres, y no me afecta en lo absoluto porque no es una persona a la que le profese el menor aprecio... a diferencia de ti, que parece que le has tomado cariño a costa de sacrificar nuestra amistad.

Primrose se vio impelida a defender a la joven.

—Rebecca no es tan pérfida como piensas, Witty. Solo hay que darle una oportunidad.

Se giró para mirarla a la cara una vez había encajado el tratado filosófico en el hueco del estante.

—¿Por qué iba a darle una oportunidad? ¿Acaso ansío su amistad en lo más remoto? —Sacudió la cabeza, como si ya hubiera llegado al límite—. No me interesa que la estúpida señorita Wargrave se adueñe de nuestra conversación. Resumiré mi respuesta alegando que lo que me duele no son solo tus acusaciones, Prim, ni que te tuvieras reservada una opinión dañina sobre mí. Te has acercado a la maldita Rebecca Wargrave, llegando a establecer una alianza con ella para atacarme en público durante las adivinanzas, y lo que es aún peor: el motivo de que te hayas vuelto contra mí no es nada menos que un hombre. ¡Un hombre! —repitió entre dientes—. Hace no mucho tiempo, Clarissa, tú y yo nos habíamos puesto de acuerdo para vivir juntas y mantenernos sin ayuda de un marido, y ahora me arrojas a los lobos en cuanto crees que te estoy arrebatando un pretendiente. ¡Como si fuera capaz de hacer algo así! ¡No ya a ti, sino a cualquier otra mujer!

Primrose se ablandó al ver la incredulidad en su expresión.

—No pensé que quisieras arrebatarme a Sean, que de todas maneras no es «un pretendiente», sino el amor de mi vida —reconoció ella al cabo de unos segundos—. Solo pensé que *podías*, y que era inevitable que sucediera incluso si no movías un dedo. Ahora entiendo que eso es injusto con Sean, porque menospreciaba sus sentimientos, y también contigo. Pero solo te he tenido celos porque partía de la idea de que eras mejor que yo.

—¿Incluso siendo una narcisista sin corazón?

—Incluso siendo una narcisista sin corazón —convino con una pequeña sonrisa avergonzada —. No quiero ganarme tu perdón infravalorándome para engrandecerte, Wit. A lo mejor empleé términos desmesurados para describirte, pero es cierto que no siempre te importan los sentimientos de los demás, que eres ciertamente insensible y cruel cuando te lo propones y que a veces tu amor propio te impide detectar, y ya no se diga aceptar, los errores que cometes tanto sin querer como adrede. Es justo que no desees a tu lado a alguien que te menosprecia. Pero yo no te menosprecio, porque te quiero por tus virtudes y por tus defectos, no a pesar de ellos. Yo te conozco y te quiero todo el tiempo aunque a menudo me enfurezca tu actitud. ¿Qué dicen tus padres respecto a la gente que te ve tal cual eres, te para los pies cuando es necesario y, aun sabiendo de lo que eres capaz, para bien y para mal, elige defenderte, comprenderte, cuidarte? Porque no creas que no te he defendido delante de Rebecca, delante de Harding Wargrave y delante de quien ha sido necesario. Yo no aireo nuestros trapos sucios en público, Witty.

Verity cruzó los brazos sobre el pecho. Si no hubiera bajado la guardia en ese preciso momento, vencida por la verdad de los hechos, Primrose habría tenido que dar media vuelta y aceptar que su amiga no era la persona coherente por la que en el fondo la tomaba. Pero ella tuvo que comenzar a asumir las culpas, y empezó suspirando con hartazgo hacia sí misma.

—Yo sí los aireo, por lo visto. Qué poco elegante fue eso —se lamentó, meneando la cabeza —. Lo siento mucho.

—Gracias —respondió, exhalando el aire contenido con alivio—. Te perdono.

—Ya que los has mencionado, mis padres son los que me han enseñado que los que se pelean, se desean —retomó con un tono de voz radicalmente distinto; uno que la hizo parecer otra persona. La Wit de siempre—. Hace rato que se me pasó el enfado, Prim, y he de decir que en ningún momento he estado furiosa porque me insultaras. Soy muy consciente de que hay malicia en mi corazón.

Su salida la dejó perpleja.

—¿Y por qué has estado manteniendo una actitud altiva durante toda la conversación?

—Quería ver a qué conclusiones llegabas y si habías aprendido algo o, por el contrario, te marchabas con el rabo entre las piernas. Me alegra descubrir que es cierto eso que dicen de que el matrimonio sienta bien. —Esbozó una sonrisa juguetona—. Ya nada te hace agachar la cabeza, ¿eh?

Primrose soltó un jadeo indignado.

—¡Y sigues intentando manipularme!

—Y no pienso pedir perdón por eso. No te quepa la menor duda de que estoy orgullosa de haber contribuido a tu primer estallido colérico. A la vista está que era lo que necesitabas para despertar de un letargo en exceso prolongado y coger al toro por los cuernos. En fin... No hay nada que perdonar. Salvo una cosa —se corrigió con el dedo en alto—. Que no me invitaras a tu boda. Esa ha sido una venganza que excede todo límite.

A Primrose no le quedó otro remedio que echarse a reír de pura exasperación. Sacudiendo la cabeza, no se negó a que Verity se acercara con ese caminar suyo, imbuido de coquetería, y le robara un sonoro beso en la mejilla.

—No fue adrede.

—Más te vale, porque llevo veinticuatro horas tratando de entender por qué diablos le concederías a Harding el honor de ser tu testigo y a mí me tendrías durmiendo a pierna suelta en mis aposentos sin la menor idea de lo que estaba sucediendo.

—Sean y yo planeamos organizar una ceremonia en condiciones muy pronto. Lo del otro día... —Se ruborizó al recordar las ansias desesperadas de ambos—. Simplemente no podíamos esperar.

—Comprensible —cabeceó ella, como si estuviese acostumbrada a padecer en sus carnes los ardores sexuales—. Apuesto a que el tipo llevaba más de un año sin tocar a una mujer. Entre el celibato voluntario y lo difícil que se lo has puesto, la criatura ha debido de estar al borde de la locura.

—Pues imagíname a mí —musitó con la cabeza gacha—. Estaba convencida de que tu encanto personal y tu curiosidad hacia el amor, sumados a su desesperación, habrían resultado en un apasionado abrazo y en su consecuencia natural: que la señorita Vallans os obligara a reuniros en el altar.

—Habría tenido que ser una boda de cuatro, porque a ti por poco te perdemos también a manos del matrimonio con el honorable Harding Wargrave. Un vals más en la fiesta de Navidad y os llevan al despacho de dirección para preguntaros si acaso estáis enamorados. Dios sabe que yo estuve a punto de hacerlo —apostilló con las cejas enarcadas.

—No iba a negarme a bailar con uno de los hombres más atractivos de la fiesta —se burló Primrose, pero enseguida cambió de expresión—. El señor Wargrave solo estaba agradecido porque me hubiese acercado a Rebecca. Quiere mucho a su hermana, Wit.

—Pues mi más sentido pésame para él. —Hizo una pausa para encontrar las palabras que no habría sabido pronunciar sin previa preparación—. Y mis más sinceras disculpas para ti.

Primrose sonrió, agradecida porque por fin se hubiese dignado a responsabilizarse de la parte que le correspondía. La muchacha no tardó en abandonar la pose y arrojarse a sus brazos para sellar la paz. Le devolvió el abrazo con entusiasmo y descansó la barbilla en su hombro, para lo que tuvo que inclinarse.

Pretendía cerrar los ojos y disfrutar del contacto, pero se percató entonces de que Rebecca había pretendido entrar en el salón con buen ánimo y presenciar la reconciliación de las jóvenes le había apagado la expresión. Primrose y ella intercambiaron una mirada antes de que la honorable señorita Wargrave sacudiera la cabeza con una sonrisa despectiva, más en su contra que en la de las amigas, y se diera media vuelta para volver por donde había venido.

Verity también se percató de que alguien las había estado observando. Se giró hacia la puerta y, al no toparse con nadie, buscó una explicación lanzándole un vistazo interrogante a Primrose.

—Dame un minuto —le pidió ella, poniéndole una mano cariñosa en el hombro. La apretó al pasar por su lado para salir en pos de la hija del barón, a la que alcanzó al final del pasillo. Había apretado el paso para desaparecer lo antes posible—. Rebecca... ¡Rebecca! ¿Querías algo?

La joven comprendió que no podría fingir sordera sin caer en una flagrante descortesía y se rindió con un suspiro hastiado.

—Iba a proponerte... Qué importa —masculló por lo bajo. Se pasó una mano por la cara, frustrada—. No sé por qué he pensado que... En fin, clamaba al cielo que terminarías solucionando tus diferencias con Verity, y es poco lo que yo tengo que hacer ahí, así que...

—Eso no es así —protestó Primrose, afectada por la actitud derrotista a la que la orgullosa señorita Wargrave trataba de sobreponerse en vano—. Rebecca, yo te estoy profundamente agradecida por tu amable gesto durante la fiesta de Navidad. También me conmovió que me

defendieras cuando jugamos a las adivinanzas y Wit me atacó por venganza. Sean me dijo anoche que abogaste por mí desde el principio, cuando aún no estaba claro quién era la destinataria de sus cartas, y le instaste a decirme la verdad...

—No tiene la menor importancia —la interrumpió con impaciencia, irritada porque pudieran achacarle buenas acciones—. Todo eso lo hice porque sabía que sacaría de quicio a Verity, no porque me preocupara por ti.

—No me cabe duda de que en gran parte te motivaba la venganza, pero también hay partes de ti genuinamente buenas que...

—Por favor, no seas ingenua. Tú y yo no somos amigas.

Primrose se armó de paciencia con una profunda inspiración.

—A lo mejor te habría creído hace unos meses, pero ahora entiendo que tu deseo de sabotearte ahora mismo, llegando a presentarte como una desalmada, viene del orgullo y del miedo a haber fracasado en el empeño de hacer buenas migas conmigo. Y no lo niegues —la advirtió dando un paso al frente al ver que abría la boca—. Wit es muy parecida a ti en el aspecto de la soberbia. Estoy familiarizada con este tipo de conductas.

—En ese caso, agradecerás que me quite de en medio. Si me disculpas, voy a...

—No seas tozuda, Rebecca —suspiró Primrose, deteniéndola con una mano en el hombro—. Que sea amiga de Clary y de Wit no significa que tú y yo no podamos compartir buenos ratos. Es más; el odio hacia Verity no debió ser lo que nos uniera, pero ya no puedo cambiar eso, solo tratar de reconducirlo para que nuestra amistad no dependa de que esté enemistada con ella. ¿Por qué no haces las paces con las dos? Estoy segura de que conseguiría convencer a lady Haverford de que eres una estupenda compañía; te perdonaría y...

Debería haberse callado en el momento en que Rebecca oyó el título de Clarissa y se tensó como si la hubiesen apuñalado.

—¿Disculpa? —alzó la voz, a caballo entre la indignación y el pasmo—. ¿Perdonarme, has dicho? ¿Ella a mí? Soy consciente de que no he sido la más encantadora de las criaturas en su presencia, pero el tiempo no ha hecho sino demostrarme que hacía lo correcto al ir preparando el terreno de la venganza con mis humillaciones..., por las que, dicho sea de paso, se resarcía ella misma dirigiéndome palabras que hacían palidecer las mías.

—Rebecca, no puedes guardarle rencor eternamente por haberse casado con el conde —le soltó sin miramientos—, y menos debido a un malentendido, como fue el caso.

—¿Que no? —contraatacó con una mirada furiosa. Se adelantó un paso para intimidarla—. Nunca, jamás, y dure lo que dure mi existencia, perdonaré que Clarissa Simms me arrebatara al amor de mi vida.

Primrose sacudió la cabeza, entristecida porque fuese imposible aliviar su tormento. No pudo decirse que no lo intentara hablándole con tiento.

—Si pudo quitártelo, quizá es porque no era el amor de tu vida. Un hombre que te ama de veras no cede a la tentación que representan otras mujeres; a un hombre que te ama de veras no le importa enfrentarse al ostracismo social con tal de darte lo que quieres. En definitiva, un hombre que te ama no se marcha, no se rinde, no te abandona.

—A lo mejor no me amaba entonces —balbuceó con la voz trémula, mas todavía erguida—, pero podría haberlo convencido de hacerlo con el paso del tiempo.

—Rebecca —insistió, sujetándola por los hombros—, él estaba y está enamorado de Clarissa. Desde siempre, ¿entiendes? ¿Por qué te envenenas con alternativas que de todos modos no son viables ya? ¿Cómo puedes ser tan orgullosa y al mismo tiempo valorarte tan poco? ¿No ves que mereces a un hombre que te ame solo a ti?

Esperaba que Rebecca prorrumpiera en acusaciones a voz en grito; que pasara a la acción abofeteándola por meter el dedo en la herida, pero no que su argumento terminara de destruirla. No pudo soportarlo más y, al soltar el labio que se estaba mordiendo con fuerza, rompió a llorar como Primrose nunca había visto llorar a nadie.

—Rebecca... —musitó sin saber qué hacer. Fue a abrazarla, y aunque al principio no opuso resistencia, no tardó en reaccionar desproporcionadamente empujándola por el pecho.

Se intentó limpiar las lágrimas con el antebrazo, pero seguían empapándole el rostro.

Primrose solía pensar, basándose en lo que conocía de Rebecca y lo que había observado entre Nile y ella, que no estaba enamorada de él, sino tan solo encandilada y, a posteriori, obsesionada con la historia de amor que se le había escapado. Ahora veía que la había subestimado, incluso menospreciado, igual que todos los demás, y se sintió culpable por haber pensado que lo único que salió perjudicado de todo el asunto había sido su orgullo.

—Supongo que no tendré que preocuparme de si me ignoras o finges no conocerme cuando aparezcan Clarissa o Verity —dijo Rebecca en tono envenenado. Los hipidos no le restaron fuerza a su mensaje, sin embargo—. Al final, estás casada. Estas son tus últimas horas viviendo en Arlington Abbey. Te marcharás a empezar una nueva etapa con tu reluciente marido y solo mantendrás relación con quienes te visiten a partir de las dos de la tarde. No me sirves si no vas a estar a mi lado en las próximas temporadas, así que por mí puedes retirarme el saludo —sentenció.

—Rebecca...

Lo intentó una vez más, pero la muchacha ya se había cerrado en su concha. Mientras la veía marchar con prisa por esconder sus debilidades y miedos de quien pudiese juzgarla, Primrose se acordó del gesto esperanzado con el que Harding le confesó que esperaba que se convirtieran en buenas amigas.

Le acababa de ser revelado el punto débil de la única alumna a la que nunca le habría achacado un fondo vulnerable. Si bien ese saber le habría concedido un poder magnánimo unas semanas antes, cuando tal vez habría intentado defenderse de sus ataques, no solo no quería usarlo en su contra, sino que ansiaba protegerlo para que nadie le hiciera más daño.

Nunca habría tenido la audacia de compararse con Rebecca, pero ahora se veía reflejada en sus miedos. Al final, todas eran lo mismo. Eran *la misma*. Quitterie, Becks, Clarissa, ella... Incluso Wit: seres que sacrificaban su vida, su juventud, aguardando con una ilusión impuesta por terceros el día que un hombre les diera un propósito vital poniéndoles un anillo en el dedo. Mujeres cuyo valor dependía del deseo de su público masculino, de cuán amplio fuese este, y que en algún momento, con independencia de su carácter o su amor propio, habían temido la posibilidad de quedarse solas; de que nadie las eligiera.

Suspiró, entristecida, y rehízo sus pasos para volver con Verity, quien de seguro la animaría tras la acalorada discusión. Decidió confiar en que todo saldría bien para Rebecca, aceptara tenerla a su lado o no, y terminó de reconciliarse con la única verdad del mundo: que era poco lo que ella podía hacer para salvar a los demás de su destino.

Capítulo 25

Los Insley eran una de las pocas familias burguesas que, además de disfrutar de una vivienda habitual en Londres, contaban con una mansión en la campiña inglesa. A Sean no le había resultado difícil averiguar dónde encontrarlos. Eran conocidos en el municipio de Waverley, Surrey, como la familia de empresarios más próspera...

... Como también la más avara.

A juzgar por el ceño contrariado que se les había dibujado en la cara a los lugareños cuando pidió indicaciones de su dirección, no eran especialmente apreciados. Sean podía figurarse por qué y celebraba encontrar la confirmación de sus simpatías —o, mejor dicho, su falta de ellas— en las gentes de la zona. Y es que clamaba al cielo. Un matrimonio que era incapaz de cuidar de su propia sangre se dignaría menos aún a llevar a cabo obras de caridad.

Sean desmontó a las puertas de la casa, un exuberante edificio con un pórtico de inspiración griega. El duque podía burlarse cuanto quisiera e insistir en que la venta de galletas, entre otros productos alimentarios, no era seria o respetable, pero gracias a sus beneficios, los Insley habían levantado una obra de arquitectura neoclásica que no tenía nada que envidiarle a las mansiones de Mayfair. Se alzaba orgullosa e impoluta, casi como si acabara de emerger de la tierra, en el corazón de una finca de quinientas hectáreas dedicadas al cultivo del trigo y la cebada, la remolacha, toda suerte de hortalizas y hasta lúpulo para la elaboración de la cerveza. Esta variedad favorecía la elaboración y posterior oferta de múltiples productos, el que era principio esencial de la empresa.

Ató el caballo a la verja sin tomar demasiadas precauciones, convencido de que nadie se acercaría tanto a la vivienda de los Insley como para aspirar a robarlo. Arrebujado en el gabán, echó a andar hacia la casa frotándose las manos heladas. Tenía la esperanza de que al menos fueran buenos anfitriones y le ofreciesen un té caliente junto al hogar. Pero a lo mejor eran tan ajenos a la temperatura como el muchacho que había decidido *motu proprio* sentarse en el porche a leer.

Al principio frunció el ceño, extrañado, pero había algo en el joven que le convenció de perdonarle la excentricidad. Tenía el cabello rizado y dorado, tal y como se pintaban a los ángeles en los frescos de las grandes basílicas, y su nariz era un gracioso botón rojo en el centro de un rostro porcelánico.

Lucía una bufanda de lana roja enroscada al cuello, a juego con el saludable rubor del tabique y los guantes sin dedos.

—Muchacho —lo llamó nada más llegar a los pies de la escalera. Él alzó la vista. Ya de lejos se apreciaba que tenía los ojos del color del ámbar, tan relucientes como su melena—. ¿Están los Insley en casa?

—Eso creo, señor. —Dejó el libro a un lado y se puso en pie para bajar a recibirlo. A Sean se le escapó una sonrisa al verlo trotar alegremente escalera abajo para tenderle la mano en un gesto solemne—. ¿Qué se le ofrece, caballero?

Sean se la estrechó, divertido con su confusión del orden de cortesía. Habría correspondido que antes de darse las manos se presentaran por nombre e intenciones, pero prefirió no indicárselo para no pecar de arrogante y porque admiraba a quienes tenían su propia forma de hacer las cosas.

—He venido desde muy lejos a visitarlos, como seguro que delata mi acento. Quería informarles de algo relativo a... —«A su hija», estuvo a punto de decir, pero decidió callar por si acaso se negaban a recibirlo al saber que se trataba de ella—. A los negocios familiares.

—Muy bien. Acompáñeme.

Sean enarcó una ceja.

—¿No deberías preguntar antes si quieren recibirme?

El joven lo miró a través de las pestañas con una media sonrisa socarrona.

—Señor, con este frío que hace, sería inhumano abandonarle a la intemperie.

—Pues tú parecías muy ajeno a esa intemperie.

—Es que cuando leo, señor, se me olvida todo lo que hay a mi alrededor. A lo mejor no me siento las manos, pero le aseguro que no lo sufro —se rio con una dulzura natural que le conquistó. Sean adoraba a los niños, y aunque aquel estaba más cerca de la edad adulta que del comienzo de la adolescencia, había en él la clase de llaneza que solo se perdonaba a los menores de edad.

El joven se quitó los zapatos húmedos en el recibidor y se adentró con seguridad en el pasillo. Le hizo un gesto de invitación con la mano a Sean para que lo siguiera, y luego otro para que se detuviera a unos pasos de distancia de la puerta que abrió.

—¿Están visibles? —preguntó en voz alta—. Un caballero irlandés solicita una entrevista para departir sobre negocios. ¿Le dejo pasar?

—Bug, ¿se puede saber qué haces descalzo? —exigió saber una voz femenina—. ¿Por qué le has abierto la puerta tú?

El muchacho se encogió de hombros con naturalidad.

—Estaba en el porche y no he visto la necesidad de molestar a Betty cuando podía encargarme yo.

—¡Betty ha sido contratada para eso...! Oh, qué importa —suspiró con la resignación de la costumbre—. Hazle pasar, anda.

Bug se retiró del umbral e hizo un gracioso aspaviento propio de mayordomo para invitarlo a adentrarse en la boca del lobo.

Incluso si eran personas despreciables, seguían siendo sus suegros, y más le valía a Sean dar una buena impresión. Por suerte para él, el mozo no se marchó, sino que cerró la puerta a su espalda y trotó hasta uno de los asientos más apartados de la zona común principal.

Junto a la cálida chimenea, y con una taza de té cada uno, los Insley se alzaban como la viva imagen del sueño burgués. La señora estrenaba un rico vestido de cuello vuelto y unas pieles de aspecto caro descansaban sobre su regazo. El señor fumaba un habano que Sean reconoció por el olor como uno de los más solicitados del mercado; los únicos que su padre se dignaba a importar de Cuba con el desorbitado desembolso que eso suponía.

—Buenas tardes —saludó, de pie a las puertas del salón. Habría sido imposible que no se hubiera sentido escrutinado—. Ustedes no me conocen porque no he tenido la ocasión de escribirles. Me disculpo de antemano por eso, por mi visita intempestiva y por interrumpir lo que parece una cálida velada. Mi nombre es Sean Connor.

—¿En qué podemos ayudarle, señor Connor? —inquirió el señor Insley, un hombre entrado en carnes con un lanoso bigote cobrizo—. Imagino que si viene desde Irlanda a hablar de negocios es porque está interesado en exportar nuestros productos. Es la única zona del reino a la que todavía no llegan Insley & Dahl.

—Me temo que no vengo con propuestas laborales —fingió lamentarse—, pero el matrimonio no deja de ser un negocio, ¿verdad?

—¿Matrimonio? —se extrañó la señora.

Semejante contrariedad no podía ser fingida, y, por un momento, Sean temió que hubieran olvidado a Primrose hasta el punto de no establecer la relación evidente entre su visita y el casamiento.

—Así es. Quería disculparme con ustedes por no haber pedido su aprobación antes de desposar a su hija Primrose, y enmendar el error invitándolos a visitarnos en Londres cuando nos hayamos establecido para el inicio de la temporada. Estoy convencido de que a Prim le haría ilusión verlos y saber que están encantados con este matrimonio.

La señora Insley, que ya se sentaba erguida de por sí, se tensó de tal manera que le embargó un mal presentimiento. La vio lanzar una mirada nerviosa a su marido.

No fueron ni ella ni él quienes se hicieron oír, aun así.

—¿Disculpe? —inquirió Bug desde su rincón, incorporándose muy despacio. No había ni rastro de la candidez del principio—. ¿Ha dicho «desposar»? ¿A... a Prim? —pronunció su nombre como si hubiera olvidado qué sonido hacían las letras juntas.

—Por supuesto que no lo ha dicho, porque eso es imposible —interrumpió la señora Insley, levantando la voz para recalcar su indignación—. Ha debido de equivocarse, señor Connor. Nosotros no tenemos ninguna hija llamada así. No tenemos ninguna hija, a secas.

Sean pestañeó hasta tres veces.

—Es una forma un tanto radical de expresarlo, pero sí, supongo que puedo coincidir con ustedes en que no la tienen puesto que no la cuidan, no la visitan y por lo visto hasta reniegan de ella —respondió sin ocultar su desprecio—. Eso no significa que no exista, por otro lado.

—Pero ¿qué está usted diciendo? —balbuceó Bug. Se había levantado ya del sillón y, con el rostro lívido, vacilaba entre acercarse al foco de su confusión o permanecer en el sitio—. ¿Qué... qué dice de Prim?

—Ella y yo nos conocimos mediante carta gracias a la intervención de una buena amiga suya. Esta Navidad me pareció oportuno prestarle una primera visita para conocernos. Fue allí donde y cuando confirmé que se trataba y se trata de la mujer de mis sueños. Ya he hecho partícipe de mi dicha a mi padre y a mi madre mediante audiencia y carta respectivamente, y como Prim está algo desanimada por las... interferencias que parece haber en el correo entre Canterbury y Waverley, se me había ocurrido la idea de llevarle a sus padres como parte del regalo de bodas.

—¿Viene de verla? —insistía Bug, al borde del desmayo—. ¿La ha visto de verdad?

—Guarda silencio, Bug —masculló el señor Insley.

Pero él hizo caso omiso y se acercó con los ojos como platos y el eje afectado.

—Señor Connor, ¿usted me juraría aquí y ahora que Prim...?

—¡Cállate de una vez, Silas! —interrumpió la señora Insley con un grito—. ¡Y usted lárguese de aquí ahora mismo! ¡Habrase visto! ¡Presentarse en una casa decente para soltar mentira tras mentira, y todo ¿para qué?! ¿Para hacer daño a una familia honrada e inocente que perdió a su hija hace años? ¡Váyase al diablo!

Sean se quedó mirando el rostro ruborizado de la mujer. Durante un instante pensó que los Insley habían llegado a la rocambolesca conclusión de que Primrose había desaparecido de la faz de la Tierra. Pero al oír el nombre real del muchacho y girarse para contemplar su rostro con mayor detenimiento, se le cayó el alma a los pies.

Silas Insley no tenía los ojos verdes ni el cabello de un tono indefinido y por eso mismo único; Silas Insley era lo que sus padres nunca habían visto que Prim era también, una belleza indiscutible y arrebatadora. Y eran lo mismo porque compartían sangre. Compartían rasgos. La forma redondeada de la barbilla, las líneas marcadas de la mandíbula y los pómulos, las orejas

pequeñas, las ondas de la melena.

—¿Mi hermana no está muerta? —logró articular el muchacho con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo es eso posible? ¿Sobrevivió a la enfermedad y nadie nos dijo nada?

—Oh, entonces Primrose estaba enferma —fingió comprender Sean—. ¿Y qué enfermedad se supone que te la arrebató, Silas? ¿La misma que, según veo, tú también superaste? —inquirió, forzándose por mirar a la única persona que no le inspiraba un impulso homicida. Silas nadaba en la perplejidad—. Tu hermana está perfectamente sana y feliz pese a las circunstancias en Arlington Abbey, de donde no se ha movido en los últimos trece años.

La situación superó a Silas, que, paralizado en un primer momento, solo atinó a alternar miradas de incomprensión a sus padres. Si Sean no se hubiera posicionado de parte de los intereses y los sentimientos de Primrose, se habría compadecido de él. Era imposible que el muchacho se hubiese levantado esa mañana sospechando la mentira que se destaparía.

—¡No es verdad! —ladró la señora Insley, que se puso en pie para subrayar que tenía la palabra y la razón—. Silas, ignora a este petimetre. No tiene la menor idea de lo que habla, y, si es por no saber, desconoce cuánto ha sufrido esta familia por la pérdida de nuestra Primrose. Le pido que se marche por las buenas, o...

—No —murmuró Silas. Apretó los puños y, más convencido, repitió—: No. El señor Connor no se va a marchar. —Se giró hacia él con determinación—. ¿Cómo es la que dice ser mi hermana? Descríbamela.

—Cabello castaño claro o rubio oscuro, según incida el sol. Ojos verdes como la espuma del mar. Alta, más o menos como tú, aunque eso no te cuadrará porque la última vez que os visteis era pequeña. Fiel creyente del Dios que proclama la Luz Interior. Inteligente y apasionada de las letras; sobre todo de las novelas, la ficción en general. Te quiere y te recuerda todos los días —añadió sin titubear, sosteniéndole la mirada—, incluso a pesar de creer que te mató la escarlatina a los cuatro años.

Un tembloroso Silas se enderezó cómo si el demonio lo hubiera poseído. Tal fue el espanto que le desfiguró la expresión que dejó de parecer un niño. A Sean no le cupo la menor duda de que ese fue el día en el que se convirtió en un hombre: el día que descubrió que hasta los seres que más lo amaban o juraban hacerlo podían engañarlo miserablemente.

Lo vio girarse hacia sus padres con la cara descompuesta. Si la señora Insley pretendía seguir defendiendo su infame causa, lo descartó en cuanto intercambió miradas con su hijo.

—¿Le dijisteis a Prim que estaba muerto? ¿Por qué? ¿Y por qué me dijisteis a mí que era ella la que ya no volvería? ¿Por qué? —insistió, levantando cada vez más el tono. Apretó los puños —. No lo entiendo... ¡No lo entiendo! Yo me acuerdo de ella. Me acuerdo como si fuera ayer. Ella era buena conmigo. Ella me quería, me... me cuidaba. Ella me... —Se cubrió la bufanda con cuidado, como si fuera de un material sensible—. Aprendió a coser y a hacer punto para abrigarme. Me leía. Me arropaba. Jugaba conmigo al escondite y con los muñequitos de madera. No lo entiendo... —La voz se le quebró y no pudo contener a tiempo una lágrima rebelde—. ¡No lo entiendo! ¿Por qué?

—Porque te habría arruinado la vida —resolvió el señor Insley sin el menor atisbo de culpabilidad. Hasta el momento había estado escuchando como si la situación le aburriera inmensamente—. Si incluso los paletos del condado se atrevían a apuntarla con el dedo y arrojarle piedras pese a saber que era hija mía, ¿cómo no la iban a tratar en Londres? Quedó confirmado que no existiría un lugar seguro para ella en nuestro mundo en cuanto fue presentada en sociedad y la reina hizo una mueca al verla. Si la hubieran señalado como tu hermana, su mala suerte te habría salpicado en los negocios, a la hora de casarte y relacionarte con la aristocracia.

Y lo último que necesitas es mala suerte, Silas. Vas a heredar mi fortuna y la mitad de la empresa, y no habría conseguido prometerte en matrimonio con la hija del marqués si Primrose hubiese estado en la ecuación.

—¡Sigue estando en la ecuación porque sigue estando en el mundo! ¡Ella sigue siendo una Insley pese a todo! —rugió Silas, rojo de rabia—. ¿Cómo ibais a evitar que nos asociaran una vez yo llegara a la capital?

—Habrían dejado de invitarla a las fiestas para cuando tú hubieras arribado a Londres. Solo las mujeres muy ricas pueden disfrutar de más de tres temporadas, y, llegado ese momento, la habríamos mandado a trabajar al orfanato de Brighton. La habrían olvidado unos meses después por nombre y apellido. Como si nunca hubiese existido.

—Lástima que no se pueda borrar a alguien del mundo también «como si nunca hubiese existido» —dijo Sean con frialdad—. Tarde o temprano, algo iba a delatar que Primrose seguía vivita y coleando, y han tenido ustedes el infortunio de que sea precisamente yo el que la haya vuelto a poner en el mapa. Soy el hijo de lord Lucien Henshawe, duque de Maybourne, lo que significa que, algún día, tendrán que referirse a su hija como su excelencia... y que, algún día, yo tendré el poder, el dinero y la influencia para arruinarles la vida. Solo espero, por su bien, que para entonces estén ustedes muertos. Muertos de verdad —recalcó— o pasarán el resto de sus días penando en las cloacas, rogando por estarlo.

Sean se dio media vuelta y abandonó el salón con la esperanza de que su amenaza flotara en el aire para siempre. Lo último que atinó a ver fue la palidez de la señora Insley y la primera reacción de su marido: apretar la mandíbula con impotencia. En cuanto a Silas, Sean sentía en el alma la situación, pero no había nada ni nadie que pudiese importarle tanto como Primrose y el modo en que podría reaccionar si se lo contaba.

¿Debía hacerlo?

Claro que sí. Era su hermano de lo que estaban hablando.

Estaba a punto de subirse al caballo cuando unos gritos provenientes de la casa llamaron su atención. Observó que el muchacho bajaba las escaleras a trompicones y corría sendero abajo para alcanzarlo. Silas se detuvo ante él con la respiración agitada, ruborizado y con la marca de un golpe en la mejilla.

Su padre debía haberlo atizado para acallar sus reproches.

—Señor Connor... —gimoteó con las manos apoyadas sobre las rodillas, luchando por recuperar el aliento. Alzó la mirada vidriosa hacia él—. Por favor..., lléveme con usted. Quiero verla. Necesito verla.

Capítulo 26

Sean apartó el pie del estribo y lo miró, vacilante.

El sentimiento de traición y el dolor del muchacho parecían tan reales que sintió que podría tocarlos. Era un milagro que la ternura de su corazón, la que saltaba a la vista nada más conocerlo, hubiera sobrevivido en aquella casa de desalmados.

Aun así, tenía sus reticencias. Reticencias que Silas, siendo tan inteligente como su hermana, captó al vuelo.

—Me puedo figurar lo que está pensando. No hay ninguna necesidad de alterar la paz de Prim. A estas alturas se habrá acostumbrado a la ausencia de su familia y ya habrá terminado de penar por mi... presunta... —No consiguió expresarlo en voz alta. Hacía falta un tipo de sangre fría de la que las personas bondadosas carecían—. Lo que pretendo decir es que comprendo la profundidad del problema. Pero yo también he recibido una noticia demoledora hoy, y aunque me ha sido revelada la naturaleza cruel de mis padres, no renunciaría a este nuevo saber a cambio de la dulce ignorancia. No cuando significa que por fin puedo reencontrarme con mi hermana. Aun así, me... me pongo en sus manos, señor Connor. Usted la conocerá mejor que yo. Sabrá qué preferiría ella —se resignó a aceptar, dolido porque así fuera; porque su hermana fuera una desconocida. Se armó de valor con una inspiración y volvió a mirarlo con decisión—. Pero incluso si decide que es mejor marcharse sin mí, quiero que sepa aquí y ahora que nada impedirá que tarde o temprano la busque por mi cuenta. Al final, sé dónde está.

Sean apreció en el muchacho la clase de determinación que movía montañas.

Con su edad, él había sido un caballerete mimado que se aferraba a la relación prohibida y obligadamente distante que mantenía con su madre, a la imposibilidad de estar con ella, para sentirse desgraciado. Su carácter sensible y nostálgico le había impedido tomar medidas antes de que los dieciocho le liberaran de sus obligaciones para con el estudio. A los dieciséis, en cambio, Silas era capaz de distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal, lo que debía hacerse, lo que no debía tolerarse bajo ningún concepto, y sintió hacia él la forma de admiración más pura: la que inspiraba a un hombre a modificar su modo de ser, pensar y actuar para parecerse al objeto de su deslumbramiento.

Se había enamorado de aquel chiquillo como de la misma Primrose.

Algo tenían que tener en la sangre.

«La terquedad, sin duda», comprendió.

—Si me dices que el reencuentro es inevitable, entonces más me vale atribuirme los méritos de tu resurrección mientras pueda. Como marido, he de seguir ganando puntos —comentó con toda la simpatía que pudo reunir dadas las circunstancias.

Fue suficiente con su esfuerzo para aliviar a Silas, que esbozó una especie de sonrisa, aún trastocado por el shock, y le hizo un gesto para que le esperase mientras iba por su caballo.

Unos momentos más tarde, esposo y hermano iniciaban la marcha camino a Arlington Abbey con nada encima salvo lo puesto. Pensó con vaguedad que debería haber advertido al muchacho de que les esperaba una ruta de alrededor de ocho horas hasta Canterbury, y que no disponía de efectivo para pagar una noche en una posada; si acaso lo justo para realizar una parada en un abrevadero para que el animal repostara. Pero una mirada de reojo bastó para comprender que al joven le habría importado un ardite que hubiera tenido que cruzar los infiernos para llegar hasta

su hermana. Había en su rostro una sombra de resentimiento que mucho se temía que empeoraría con el correr de los años, y una osadía más propia de un aventurero empedernido que del heredero de una empresa de alimentación.

—Me asombra que conserves los recuerdos de Primrose —comentó Sean en voz alta—. La mayoría de la gente no consigue hacer memoria más allá de los cinco años. Yo sí, todo hay que decirlo, pero porque a los tres recién cumplidos me tuve que despedir de la vida que había conocido hasta el momento y eso me supuso una conmoción.

—Lo mismo se podría decir en mi caso —respondió Silas sin apartar la vista del frente. Cabalgaba como un jinete experto. Los Insley debían de haber pensado que un hombre tan importante como él lo sería debía saber montar—. Mis padres siempre han sido afectuosos conmigo, ¿sabe? Sobre todo mi madre. Pero no era comparable con el modo en que Prim me trataba. Cuando se marchó a Arlington Abbey, y recuerdo ese día con una nitidez que me asombra incluso a mí, algo cambió para siempre. Cierto es que no sabría describirle escenas completas o días enteros a su lado, solo imágenes aisladas y lo que estas despiertan dentro de mí. —Se le escapó una sonrisa dulce—. Sí que me acuerdo de cuando me regaló la bufanda. Me la hizo más grande de la cuenta para que me acompañara hasta la edad adulta. Ya con nueve años era la mejor tejiendo, ¿sabe? Supongo que se debe a que no pasaba mucho tiempo fuera... —Apretó los labios, sobrevenido por la rabia hacia los menosprecios que sufrió. El muchacho tenía que ser tan empático como su hermana, porque pese a no haber vivido de primera mano esos atropellos, producían en él la misma impotencia que en Sean—. En fin. También recuerdo que me mecía entre sus brazos hasta que me dormía, y entonces yo ya era lo bastante grande para que le resultara incómodo alzarme en vilo. Me ha sorprendido que me diga que somos igual de altos, lo confieso. De niña era muy menuda y en extremo delgada. Mi padre solía decir que parecía que se la fuera a llevar el aire, y así es como yo la he estado imaginando.

—Incluso si hubiera conservado la complexión frágil, la vida la ha endurecido —respondió con una sonrisa abandonada, admirando el horizonte—. No se la llevaría el aire porque no se la llevaría ni siquiera un huracán. Es más terca que una mula y ha soportado más violencia de la que nos correspondería a ti y a mí en esta y en todas nuestras vidas.

Hubo un silencio en el que solo se escuchó el sonido de los cascos de los caballos y sus respiraciones.

Fue Silas quien se animó a retomar la conversación.

—¿Es feliz ahora? —se atrevió a preguntar con una seguridad de pega, decidido a no demostrar que le rompería el corazón que afirmara lo contrario—. Ha mencionado en casa que se encuentra bien, pero no sé si solo pretendía dar una lección a mis padres.

—Quiero pensar que sí, Silas. Lo es. Lo que sí te puedo jurar con pleno convencimiento es que garantizarlo se ha convertido en la misión de mi vida.

—Usted la quiere —comprendió el muchacho tras unos instantes de reflexión.

—Antes de haberla visto siquiera —confirmó con humildad—. Ahora, más aún si cabe. Mi amor podría abrir un agujero en la Tierra y salir por el otro extremo.

—Nunca he experimentado un sentimiento semejante —confesó en voz baja al cabo de un rato, como si fuera una vergüenza.

Sean se conmovió con ese síntoma de sensibilidad tan impropio de los hombres y se comprometió a protegerlo de la frialdad imperante en la sociedad, que esperaría su presentación en Londres frotándose las manos.

—Ya te llegará. Aún eres muy joven, Silas... Puedo llamarte así, ¿verdad? —inquirió para cambiar de tema, convencido de que el joven agradecería una tregua tras el traumático impacto

—. Jamás he tratado de señor a alguien más joven que yo, y tú debes de tener... ¿dieciséis años?

—Cumplí diecisiete la semana pasada. Y sí, prefiero Silas a Bug, que es como me ha llamado cariñosamente mi familia toda la vida... —Sacudió la cabeza, impotente—. Aún no me lo puedo creer. He crecido sabiendo que mis padres no... no apreciaban a Prim. Recuerdo cómo la trataban en comparación con el modo en que se dirigían a mí, y lo aliviados que parecían cuando pudieron dejar de mencionarla en casa; fingir que nunca existió. Sin embargo, yo... No los veía capaces de hacerle algo así a ella o de atentar contra mis recuerdos. A fin de cuentas, de mí depende que la empresa siga prosperando a su muerte. ¿Nunca pensaron que podría rebelarme a raíz de esto y hundir el negocio por venganza? Deberían haber tenido algo más de visión... Sobre todo porque mi padre habla de las dichosas galletas como si de un ducado se tratara.

Sean soltó una carcajada, divertido con su desdén.

—Hay quien se toma su legado muy en serio, Silas.

—Prim también era su legado —replicó con resentimiento.

No le quedó otro remedio que darle la razón con un triste cabeceo, pero se negó a permitir que el chico dedicara el viaje a envenenarse y moderó el tono para sonar más cercano.

—¿Cuál quieres que sea tu legado? Poniendo que rechazaras la herencia o vendieras la empresa por piezas en cuanto la recibieses, claro. ¿Tienes algún sueño?

Estuvo a punto de suspirar, más tranquilo, al ver que la expresión sombría de Silas era sustituida por una mueca dubitativa. No le importaría dedicar las siguientes horas a distraerlo de sus pensamientos.

—Nunca lo he pensado, señor Connor.

—Sean.

—Sean —aceptó sin resistencia—. ¿Debería tener sueños?

—Eres un hombre y, además, no te falta el dinero. Como mínimo, deberías aprovechar que puedes permitírtelos económica, social y moralmente.

El muchacho asintió, prometiendo darle una pensada, y le devolvió la pregunta sobre sus aspiraciones. Así fue como se enzarzaron en una conversación que los distrajo del miedo a romperle el corazón a Primrose en el proceso de devolverle lo que más había amado.

De sus fantasías personales pasaron al árbol genealógico de Sean, que le contó su historia de principio a fin para que al menos comprendiera que todas las familias tenían esqueletos en el armario; unas más, otras menos. Le mencionó por encima lo que enseñaban en la escuela de señoritas, solo lo justo para que llegase con una idea general y se presentara con la actitud adecuada; suponía que tanto a él como a Primrose les haría más ilusión que fuese ella la que ahondara en las cuestiones relativas a su educación.

Habían hablado de pintura, literatura, política contemporánea; se habían contado chistes y habían decidido que se gustaban el uno al otro para cuando el atardecer tiñó de rojo la tierra y el edificio de la escuela asomó en el horizonte.

—Estoy nervioso —reconoció Silas, aferrando las riendas con fuerza—. Nadie me ha enseñado a comportarme en la situación en la que descubres que tu hermana no está muerta.

Sean se rio a su pesar. A lo largo del día había descubierto que el muchacho había conocido los placeres del sarcasmo a una edad muy temprana.

—Las situaciones para las que nadie te enseña cómo comportarte son las mejores; te permiten dejarte llevar. Sé tú mismo, Silas —le sugirió con un guiño—, y recuerda que Prim te quiere incondicionalmente. No hay nada que puedas hacer o decir para decepcionarla.

Mucho se temía que así era, y que si el apodado Bug hubiese sido solo la mitad de despreciable que sus padres, la joven habría celebrado su regreso de entre los muertos de igual

modo. Se habría llegado a someter a su tiraría, incluso.

Gracias al cielo, Silas era la clase de persona que uno siempre se alegraba de tener al lado.

El joven hinchó el pecho con una honda inspiración. Contuvo el aliento un momento, pese a que el aire helado debía de estar quemándole los pulmones, y así aguantó hasta que los caballos llegaron al punto de bajada.

Sean alzó la mirada hacia el edificio y observó que las luces del comedor estaban encendidas: ya andaban preparándose para la cena. Nadie había informado a Quitterie, sin embargo, porque estaba muy concentrada dándole toquecitos a un nuevo cuadro con el pincel redondo que Sean había puesto en sus manos.

La muchacha había escogido el porche para dar rienda suelta a su imaginación. Al perderse en su propio mundo creativo sin nadie que pudiese perturbarla con regaños sobre su deplorable aspecto, había olvidado las buenas maneras: tenía el vestido, las manos y la cara manchados de pintura.

Quitterie se percató de que dos nuevos visitantes habían desmontado y alzó la cabeza. Tuvo que pestañear varias veces para enfocar la vista en algo distinto de su arte, señal de que llevaba horas absorta en la tarea. Cuando por fin despertó del trance, una sonrisa de oreja a oreja iluminó su rostro. Sosteniendo el pincel, se agarró la falda con la otra mano para ayudarse a bajar las escaleras a toda prisa e ir a recibirle.

—¡Señor Connor! —exclamó, entusiasmada—. ¡Cuánto me alegro de verle! ¡Qué ilusión que al final no se haya marchado...!

—Hombre, sin mi mujer no me iba a ir a ningún lado —bromeó con una sonrisa—. Señorita Tandye, permítame que le presente a...

Fue a abarcar a Silas con el educado ademán de rigor, pero se olvidó de lo que iba a decir al toparse con la expresión del chico. La suya fue una mueca a caballo entre el deslumbramiento inocente y la perplejidad porque el tamaño milagro que era a veces la existencia de una mujer bella estuviese teniendo lugar ante sus ojos, ojos indignos del espectáculo.

En un primer momento se burló amistosamente para sus adentros; y es que estaba claro que Primrose no era la única Insley que no había visto mucho mundo si Silas reaccionaba así ante la mera proximidad de una jovencita. Pero luego echó un nuevo vistazo a Quitterie, esta vez a través de los ojos de Silas, y comprendió el razonable origen de su embeleso.

No era una niña bonita con un reluciente vestido nuevo, perfumada para un baile y preparada para complacer a su público. Era algo mucho mejor. Era una mujer desnuda de pretensiones y artificios, tan solo enardecida hasta el delirio por la gloriosa libertad que concedía practicar la vocación. Una criatura salvaje, en definitiva. Tenía las mejillas ruborizadas, el cabello electrizado por la humedad y suelto sobre la espalda y sonreía curada de toda timidez, como todo aquel que había encontrado su sitio.

—Por favor —murmuró Silas, prendado de ella—, dígame que esa no es mi hermana.

Sean soltó una potente carcajada que desconcertó a la francesa.

—Por supuesto que no. Esta es Quitterie Tandye, alumna de la escuela y joven promesa de la pintura al óleo. Señorita Tandye, él es Silas Insley, el hermano de Primrose.

—Encantada de conocerle —dijo ella, con prisa por terminar con presentaciones absurdas. Enseguida volvió a Sean, al que se atrevió a coger de la manga y tirar con impaciencia—. Tiene que venir a ver el cuadro que comencé hace dos días. Esta vez quería probar un paisaje y me he decantado por lo que se aprecia desde el porche. Por favor, señor Connor, si es un espanto, dígalo sin tapujos. Le juro que lo soportaré. ¡Estoy preparada para cualquier cosa!

Sean prolongó su agonía por el placer de verla nerviosa y se asomó al cuadro con su mejor

expresión de crítico sin escrúpulos... o la que él pensaba que sería la expresión de un crítico sin escrúpulos. Por ninguna razón distinta de que la hubiera halagado y animado a perseguir sus sueños, Quitterie lo había nombrado su referente artístico. Y aunque él no estaba de acuerdo con esa elevada consideración, no iba a decepcionarla ahora.

Como ella no lo decepcionó a él con su cuadro.

—¿Es horrible? —musitó Quitterie al ver que tardaba en dar su valoración.

—Señorita Tandye... —Hizo una pausa para respirar hondo—. Este es el mejor primer paisaje al óleo que he visto en mi vida. Podría pasar perfectamente por el tercer o cuarto paisaje de un estudiante avanzado. Mi más sincera enhorabuena.

—¿De verdad? ¿No exagera? ¿No lo dice para contentarme...?

Se calló, confundida. No se le había dado el caso de que alguien la adulara por el placer de hacerla feliz; pese a haberlo puesto sobre la mesa, no entendería por qué Sean haría algo semejante.

—Es muy bonito, señorita Tandye —consiguió articular, y no sin dificultad, el joven Insley.

Se había quitado la bufanda y ahora la retorcía en el regazo con un nerviosismo que le habría convenido ocultar si se hubiese tratado de cualquier otra mujer; Sean era de la opinión de que el bello sexo percibía la vacilación en los hombres y, como los animales más sabios, desestimaban a las presas débiles. Pero Quitterie superaría a cualquiera en timidez y prudencia, y prueba de ello fue que apenas se atreviera a mirarlo de reojo con el rostro enrojecido de gusto y también de vergüenza.

—Gracias —musitó.

—Quitterie, ¿todavía sigues aquí? —oyeron que decía una voz femenina. La puerta se abrió y Primrose se asomó con una mano sobre la cintura—. Ya estamos todos listos para cenar. No nos hagas esperarte, anda, que Rebecca tiene una migraña de padre y muy señor mío y le gustaría irse a dormir cuanto... ¡Sean! —exclamó nada más verlo. Lo deslumbró con la sonrisa de bienvenida más bella de la historia de las sonrisas de bienvenida, presa de una ilusión halagadora.

En cuanto él extendió los brazos para recibirla en condiciones, Primrose se agarró las faldas para alcanzarlo en tres zancadas. Sean giró con ella en brazos, cubriéndole la cara de besos. No la habría bajado nunca de no haber sido por Silas, cuya presencia recordó en cuanto atisbó su perfil por encima del hombro de la joven.

—¿Por qué me sueltas? —se quejó en cuanto tocó tierra.

—Porque te he traído un regalo y quiero que lo veas.

Le puso las manos sobre los hombros y la giró en dirección al paralizado Silas.

Casi se compadeció del chico por los dos impactos que se había llevado en la misma tarde: el flechazo de Cupido y el reencuentro con quien una vez fuera su ser más querido.

Se movió rápido para no perderse la expresión de Primrose, que, sin fijarse muy bien en el muchacho, ya iba a abrir la boca para preguntar de qué se trataba.

La última vez que lo había visto, el chico aún era muy pequeño. Habría sido comprensible que no lo reconociese, pero Silas seguía retorciendo la bufanda con las manos, cada vez más angustiado, y el hecho de que tuviese que parpadear rápido para contener las lágrimas en presencia de Quitterie habló por mil palabras.

La incomprensión, la extrañeza, el shock. Todo eso y mucho más fue conquistando la expresión de Primrose hasta que se le escapó una especie de gimoteo entrecortado y tuvo que llevarse la mano a la garganta.

—¿Bug? —consiguió musitar—. ¿Eres tú?

Capítulo 27

Nada podría haberla preparado jamás para el shock de reencontrarse con su hermano. Porque *era su hermano.* Algo, llámese instinto, llámese vínculo sanguíneo, había hecho latir su corazón nada más verlo. De niño era rubio como un danés y aún no se le notaban ni los hoyuelos de las mejillas ni la graciosa línea que dividía su barbilla, pero la dulzura de sus ojos almendrados era inconfundible, y había olores familiares, asociados a la persona más querida, que no se olvidaban así pasaran mil años. Silas ya no olía a talco y a bebé, y, aun así, su aroma natural, la esencia personal, guardaba similitudes con el del pasado.

Primrose transitó todas las emociones en el curso de la calurosa bienvenida, la invitación al interior de la escuela y las horas posteriores, que pasó sin despegarse de él un solo minuto. No se le ocurrió preguntar cómo era posible aquel milagro por si acaso la imagen se deshacía ante sus ojos. Tuvo que apretarle los hombros, los brazos y las mejillas una y otra vez para cerciorarse de que era real y sus más locos sueños no le estaban jugando una mala pasada. Silas se dejaba hacer, risueño como siempre había sido, y correspondía sus apretones, sus besos y sus lágrimas de incredulidad con gestos de afecto de la misma índole.

Su hermano aún era muy pequeño cuando vivían juntos y no era insólito que entonces se mostrara cariñoso, la que era la naturaleza de la mayoría de los niños, pero ahora que iba camino de convertirse en un hombre, sorprendía que no le avergonzara gritar a los cuatro vientos su amor hacia ella. Un amor que había sobrevivido a lo inimaginable y que Primrose sintió físicamente incluso antes de fundirse en el primer abrazo de muchos.

Aunque Silas confesó llevar más de ocho horas montando al trote y debía de estar muerto de hambre, insistió en que no le importaba perderse la cena con tal de encerrarse con su hermana en la sala de visitas. Mientras se hacían constantes reconocimientos físicos y se hablaban entre balbuceos y sollozos, los silenciosos criados fueron entrando de puntillas, con cuidado de no interrumpir, para servirles una versión menos copiosa del menú. Ninguno de los dos reparó en la presencia de dos platos de sopa humeante en la mesilla porque, para empezar, no fueron siquiera conscientes de que tenían hambre.

No quisieron ni sentarse enfrentados; situados el uno al lado del otro, rehusaron soltarse las manos hasta que la emotividad del principio se disolvió lo justo para permitirles comenzar una conversación coherente más allá de «qué mayor estás», «eres tan guapo como papá debió serlo cuando era joven», «te veo tal y como imaginé siempre que serías con esta edad», «que Dios te bendiga mil veces».

Tuvieron que pasar unas horas hasta que Primrose cayó en la cuenta de que aquello no podía ser un milagro, sino obra de un malentendido.

—¿Cómo es que estás aquí?

La pregunta mermó la ilusión de Silas.

—El señor Connor vino a visitar a papá y a mamá para anunciarles que te habías casado, y... y no dudé en pedirle que me trajera hasta aquí. Al principio tuvo sus dudas porque quería protegerte, pero no me costó hacerle entrar en razón. Soy consciente de que mi presencia conlleva revelaciones insoportables —añadió en voz baja con la cabeza gacha. Se había comprometido a asumir toda la culpa del dolor que Primrose pudiera sentir—. Aun así, pensé que si te alegrabas de verme solo la mitad de lo que lo he hecho yo al saber que estabas bien,

habría merecido la pena.

—Pero ¿dónde creías que estaba? —se rio ella, nerviosa.

—¡El viaje ha sido increíble, por cierto! —continuó Silas, ignorando abiertamente su duda. Perdió la mirada en la habitación, posándola primero en la lámpara de araña, luego en las figuras geométricas de la moqueta, después en sus manos unidas a las de Primrose—. He tenido la oportunidad de conocer al señor Connor en profundidad. Hacía siglos que no trataba con un hombre tan honrado. ¡E interesante! Ha estado contándome largo y tendido cómo es la vida en Irlanda, me ha iluminado sobre cuestiones políticas a las que era ajeno... Estoy orgulloso de que hayas elegido tan sabiamente a tu marido, Prim.

—Me alegra que hayáis hecho buenas migas —aplaudió con una sonrisa inquieta—, pero no has contestado mi pregunta.

—¿Vas a irte a vivir con él a Belfast? —prosiguió con su conversación paralela, forzando un tono amigable—. ¿Os quedaréis en Inglaterra, mejor? Imagino que lo segundo, ya que su herencia le vincula al territorio inglés...

—Silas —insistió, esta vez en tono admonitorio—. ¿Qué está pasando? ¿Cómo es posible que estés vivo? Madre me mandó una carta hace años contándome que habías enfermado de escarlatina, y unos pocos meses después me informó que ya no estabas en este mundo. Quise asistir al funeral, ver tu tumba, pero me dijeron que sería mejor que no; que estaban intentando protegerme del impacto de ver un féretro tan pequeño, y... —Tragó saliva.

Silas se puso más rígido aún si cabía.

Tras hacer acopio de todo su valor con una inspiración, dejó de rehuirle la mirada.

—Ojalá hubieras venido de todos modos —confesó en voz baja—. Habrías descubierto la mentira mucho antes y ninguno de los dos habría tenido que acostumbrarse a la ausencia del otro. Habríamos podido crecer juntos, habríamos... —Se disculpó con una mirada herida por haberse atrevido a plantear vidas que ya se les habían escapado de las manos—. Nunca he enfermado de escarlatina, Prim. Siempre he estado sano como un roble.

El shock le impidió llegar a la conclusión obvia, quizá porque además de evidente era de una crueldad gratuita y despreciable.

—¿Y por qué...? ¿Por qué madre...?

Silas se humedeció los labios, nervioso, y tuvo que apartar las manos para secarse el sudor de las palmas en el pantalón.

—Prim, no quiero hacerte daño, y tampoco sé si me faltan los escrúpulos para pronunciar algo así en voz alta —murmuró con el alma en vilo—. ¿No podemos fingir que simplemente no nos veíamos en años porque no nos era posible coincidir y... disfrutar de nuestra mutua compañía ahora? ¿Por qué no me cuentas cómo ha sido tu vida en la escuela? Parece un lugar acogedor. —Y probó a sonreírle esperanzado.

Primrose no pudo reaccionar enseguida, cada vez más conmocionada.

En el fondo, carecía de sentido insistir en conocer un porqué que llevaba toda la vida siéndole revelado en pequeñas y dolorosas dosis. Con grandes o medianos gestos que clamaban al cielo, sus padres le habían demostrado una y otra vez que no solo no la querían, sino que, de haberles sido posible, la habrían enviado al mundo de los niños que nunca nacían. No quería pensar que pudieran haber tenido la sangre fría de, además de escamotearle su propio afecto y hasta su simple tolerancia, arrebatarle el inmenso consuelo de tener un hermano que la adoraba y en el que se volcaba con dedicación maternal.

Pero no había ninguna otra explicación. Se habían asegurado de que no volvía a pisar la casa familiar y no se vinculaba de nuevo con los Insley cortando el único hilo que seguiría

propiciando visitas regulares a un lugar donde no era bienvenida.

Miró a su hermano con un nudo en la garganta. Vio en su semblante un rastro del sentimiento de traición que ella podía entender ahora que le era revelada la verdad, mas no experimentar en sus carnes. Primrose no podía sentirse decepcionada con sus padres por más que se hubiesen excedido en su castigo. Llegó a acostumbrarse al odio que sus padres le profesaban; haberla privado de testimoniar el crecimiento de su hermano casaba con el modo en que siempre la habían tratado. Y lo que era más, no dejaba de ser una conclusión natural de dicho odio.

No era así en el caso de Silas, sin embargo. Debía de haberse llevado un golpe fatal, entre otras cosas porque él no contaba con la armadura de la cruda experiencia para encajar el shock.

Aunque nada quería más que satisfacer sus dudas, así la llevaran a los infiernos conociendo los detalles, Primrose se apiadó de Silas e hizo lo que le había pedido: devolverle la sonrisa afectuosa y guiar la conversación por derroteros mucho menos peliagudos.

—Dime —lo animó, volviendo a cogerlo de las manos—. ¿Has estado tú en alguna escuela? ¿Has asistido a Eton? ¿Acudirás a la universidad el año que viene?

El alivio de Silas fue palpable.

—¡Así es! Aunque estar rodeado de aristócratas me hace flaco favor a la hora de destacar, soy tan disciplinado que todos los maestros me felicitan constantemente. Dicen que no tendré problema en convertirme en uno de los mejores estudiantes que han pisado Cambridge.

—¡Cambridge! —exclamó, de veras orgullosa—. Qué maravilla, Silas. Pero apuesto a que no todo es aprender matemáticas, ¿a que no? ¿Te has divertido siendo interno en el colegio? ¿Has conocido a muchachos afines a ti?

—¡Desde luego! ¡Me muero de ganas de presentártelos! ¡Estoy seguro de que los adorarás! Aunque no te mentiré, Prim. Me ha costado hacerme un sitio en una escuela tan elitista como Eton, y sé que la universidad no será más fácil. Al principio nadie quería dirigirme la palabra por los orígenes humildes de nuestra familia: un padre que se fue a las Américas a hacer fortuna, un negocio levantado a medias con la colaboración de un empresario danés, una familia que apenas entra en la consideración de burguesa... Suerte que acabé haciendo buenas amigas con Hugh y Stirling, el hijo de otro nuevo rico y el heredero de nada menos que un ducado respectivamente. No te lo vas a creer, pero justo el que será duque es el que menos en serio se toma las clases y se pasa el día entero haciendo canalladas... ¡Es el tipo más divertido que he conocido jamás!

—Bueno, no está de más pasar un buen rato de vez en cuando, pero no te vayas a dejar influir por su comportamiento libertino, ¿eh? Es importante que te centres en estudiar.

—Claro, claro...

El hecho de que fuera su hermano, el regresado de entre los muertos, el que se había llevado el peor golpe, quien hacía las delicias de la noche con sus relatos de travesuras, sus muecas expresivas y sus grandes aspavientos, la ayudó a condenar a un rincón las duras confesiones que tenían por delante. A cada tanto se le saltaban las lágrimas de incredulidad, todavía incapaz de comprender cómo era posible y por qué alguien cometería una crueldad semejante contra ella, pero Silas se apresuraba a contarle una historia desternillante y conseguía ahuyentar la inevitable tristeza durante un rato más.

Tal fue su compromiso con salvarla de la autocompasión que las manecillas del reloj dieron vueltas y vueltas y se cumplieron las nueve, las diez y las once. Para cuando cayó la medianoche, le había tocado a Primrose el turno de contar cómo habían sido los últimos años.

En lugar de horrorizarlo con el acoso que había sufrido cada vez que había salido de la escuela, se ofreció a llevarlo de paseo por la biblioteca, el salón principal, el invernadero y el resto de las dependencias que creyó que merecían la pena.

En el paseo se encontraron con una desvelada Lavinia. Todavía no se había quitado el uniforme: la descubrieron en el pasillo que daba a las salitas de uso personal de las alumnas con una lámpara de gas en la mano y los ojos iluminados de quien había superado las necesidades del sueño.

—Señorita Vallans —se apresuró a explicarle Primrose—. Espero no haberla despertado con el ruido; estamos procurando moderar el tono para no molestar con nuestra conversación. Sé que no son horas, pero quería enseñarle la escuela a mi hermano aprovechando que no interrumpiríamos clases, sesiones de limpieza o visitas.

Lavinia lucía un gesto más tenebroso de lo habitual, y el juego de luces y sombras que la lamparilla proyectaba en su rostro no ayudaba a suavizar el impacto. Posó una mirada en Silas, que le sonrió con un encanto que no era de ese mundo para persuadirla de no mandarlos directos a la cama, y luego volvió a Primrose.

—Podéis dar las vueltas que gustéis. Eres una mujer casada; ya no tienes que ceñirte a las normas de la escuela —determinó, y volvió a echarle un vistazo rápido a Silas. Abrió la boca para decir algo que parecía estar matándola, pero al final se limitó a transmitírselo de forma no verbal a Primrose con una mirada resignada—. Tu hermano puede quedarse el tiempo que desee, al igual que el señor Connor y, por supuesto, tú misma.

La exalumna asintió con un nudo en la garganta, comprendiendo que la señorita Vallans estaba tanto o más impactada por la noticia de la resurrección que ella y que ardía de rabia en el nombre de Primrose.

Aunque su sobriedad a la hora de mostrar afecto y la inflexibilidad al impartir las clases o mencionarse las normas del decoro la hacían parecer insensible, la verdad era que la maestra de literatura tenía un corazón de oro y se dolía por sus muchachas como la que más.

—Gracias, señorita Vallans.

Lavinia se limitó a asentir con sequedad y retomó su camino hacia tal vez la biblioteca, donde se rumoreaba que pasaba las noches que le costaba conciliar el sueño... que eran las de más. Silas y Primrose pudieron seguir su camino en la dirección contraria, armados cada uno con una lámpara y con el mutuo deseo de alargar el reencuentro lo máximo posible.

Pero no podría durar para siempre, porque, aunque sobreexcitado por el viaje y la proximidad de su hermana, el joven seguía estando cansado.

—La señorita Vallans es muy bella —señaló Silas.

Primrose le lanzó un vistazo burlón.

—¡Tiene el doble de años que tú!

—Eso no la hace menos atractiva. Y, si te digo la verdad —añadió en tono pedante con una mueca cómica. Primrose se había dado cuenta de que era tremendamente expresivo, pero, además, exageraba sus aspavientos para arrancarle una carcajada a su interlocutor—, siempre que me he enamorado, lo he hecho de mujeres mayores que yo. Como, por ejemplo, mi primera institutriz, la señorita Fay. Lástima que renunciara al puesto nada más recibir la fervorosa carta de amor que le escribí.

—¿Fervorosa, dices?

—Dijo que no había leído nada tan escandaloso en sus cuarenta años de vida.

—¡Por el amor de Dios...! —Pestañeó al reparar en un detalle, que le hizo girarse hacia él con una mueca burlona—. Espera, ¿cómo que «siempre que me he enamorado»? ¿Es que te has enamorado varias veces a tu edad?

—Bastante. Nuestra vecina, Rita Turner; la institutriz, Marlene Fay; la esposa del socio de mi padre, la señora Therese Dahl; oh, y la madre de mi buen amigo Polly, lady Olivia Lovelace. —

Lanzó una mirada soñadora al techo—. ¡Qué mujer! Y creo que yo también le intereso, solo que es demasiado recta para permitirse un idilio apasionado. Además de que su hijo me retiraría el saludo —agregó, pensativo—. Es muy protector con la dama.

—¿Te has vuelto loco? —se mofó Primrose, no sabía si más divertida u horrorizada—. Que yo recuerde, la señora Turner y la señora Dahl podrían ser tu madre, e imagino que lady Olivia Lovelace también. ¿Se puede saber cuál es tu problema, jovencito?

Silas se encogió de hombros.

—Supongo que me gustan las mujeres con las que se puede conversar sobre cualquier materia. Las muchachas jóvenes suelen ruborizarse en mi presencia y comportarse de un modo muy extraño. Esas criaturas escapan a mi entendimiento. Las señoras, en cambio... —Se mordió el labio.

—Bueno, mientras te cases con una mujer que aún pueda engendrar hijos, no creo que se planteen desheredarte —bromeó Primrose.

—Oh, en ese aspecto ya estoy cubierto. ¿No te acuerdas de que siendo niño me prometieron a la hija del marqués de Fellowes, lady Sage Dinklage?

—¿Cómo? —jadeó, anonadada—. Pero... pero... ¿la conoces?

—Sí, claro. Milord nos visita cada tres meses, procurando que coincida con el fin de semana que regreso de la escuela, y tiene la bondad de traerla consigo. Es una joven muy bonita e interesante. Somos buenos amigos. Dicen que eso es lo mejor a la hora de formalizar un matrimonio, que las partes se conozcan, se respeten y se lleven bien.

—Sin duda es importante —le concedió ella a regañadientes—, pero... Eres un soñador, Silas. Y muy enamoradizo, por lo que veo. ¿Cómo vas a casarte con alguien que no amas?, ¿alguien con quien te prometieron cuando no tenías ni voz ni voto? Y que, para colmo, está muy por debajo del rango de edad que te interesa —añadió con un codazo amistoso.

Silas se encogió de hombros con aire huraño.

—Todo está por verse. No me has hablado de tus compañeras, por cierto —cambió de tema. Primrose no había tardado en percatarse de que era algo que tendía a hacer, y sin ninguna clase de sutileza, cuando no le apetecía hablar de algo—. Sean las ha mencionado en el trayecto. Una tal señorita Burton y nada menos que la condesa de Haverford. ¿Eso es todo? ¿No has entablado amistad con nadie más? —añadió, esforzándose tanto por disimular que el asunto era de su interés que Primrose enarcó una ceja.

—Me temo que no, eso es todo. Aunque es verdad que, aparte, tenía enemigas, pero creo que esas rivalidades absurdas ya han tocado a su fin. ¿Por qué lo preguntas?

Volvió a encogerse de hombros.

—Por nada. Mera curiosidad... —Fue a decir algo más, pero un cómico bostezo se interpuso en su camino. Hizo un sonido gracioso a la par que se estiraba con los brazos en alto, arrancándole una risotada a su hermana en el proceso.

—Vete a dormir, anda —le recomendó Primrose—. Debes de estar cansado del viaje.

—¿Y qué? Prefiero seguir hablando contigo —atajó, y se aferró a su brazo como si temiera que se la fuese a llevar el viento.

Ella se rio y le robó un beso en la coronilla.

—Mañana seguiré aquí, niño tonto. Retomaremos la charla donde la hemos dejado, te lo prometo.

—Bueno —refunfuñó sin tenerlas todas consigo—. Pero tendrás que hablarme de esas rivalidades. Ha sonado muy interesante.

Se dejó acompañar a la habitación que las maestras habían dispuesto para él en el ala opuesta

a la alcoba donde descansaban las alumnas —por la que Silas preguntó como quien no quería la cosa—, y se despidió de ella con un abrazo tan apretado que mandó de cabeza a Primrose al estado de sensibilidad inaudita que había estado cerca de romperla nada más reconocerlo.

—Te quiero mucho, ¿sabes? —murmuró Silas con la barbilla pegada al hombro de su hermana—. He pasado todo el viaje haciendo pausas cada media hora para orinar porque no podía aguantarme de los nervios que tenía. Aunque el señor Connor no cesaba de insistir en lo contrario, me daba miedo que te hubieras olvidado de mí... o que no congeniáramos después de tanto tiempo, o... o verte y no reconocerte. No sentir nada, en el peor de los casos. Pero ha sido... ha sido... —La apretó más fuerte—. Ha sido perfecto, Prim.

Ella cerró los ojos y se dejó embargar por la emoción.

—Eres tal y como siempre pensé que serías con diecisiete años, Bug.

—¿No soy un poquito mejor?

—Pues ¿sabes qué? Tienes razón. Eres mucho mejor.

Lo sintió sonreír pese a no verle la cara, y agradeció que así fuera, porque, si se hubiesen mirado, él habría visto que sus lágrimas de alegría se mezclaban con las de una tristeza desconsolada. O, lo que era peor, inconsolable.

—Buenas noches, Prim. Mañana te veré —le dijo, y no sonó como una fórmula de cortesía carente de intencionalidad, sino como una promesa con todas las de la ley; un juramento amenazador hacia quienquiera que osara interponerse en su camino.

—Buenas noches, Bug.

Pero no lo abandonó en la puerta, sino que se quedó bajo el umbral, de espaldas, mientras él cambiaba la ropa de viaje por el camisón que le habían proporcionado en la escuela. Cuando estuvo listo y ya tendido en la cama, Primrose se giró y lo vio tan pequeño y vulnerable como cuando era un bebé; al menos, la sensación que la embargó al toparse con su mirada sentida y aniñada fue tan similar que no pudo resistirse y, a riesgo de ganarse una reprimenda de su parte por tratarlo como a un crío, se acercó y lo arropó igual que antaño.

Silas no solo no se opuso, sino que sonrió, conmovido, y cerró los ojos como si tuviese la certeza de que por fin dormiría en paz.

Primrose le besó la frente y le lanzó un último vistazo antes de cerrar la puerta.

Se dirigió a la habitación que le correspondía ahora que era una mujer casada sumida en un estado de irrealidad. Conforme más se alejaba del dormitorio de invitados, más fuerte era el deseo de rehacer sus pasos y montar guardia allí, negándose a pegar ojo, para asegurarse de que nadie, ni un ser humano ni un espíritu inmortal, se atrevía a arrebatárselo de nuevo.

Las emociones contenidas por el bien del reencuentro la persiguieron como una horda de fantasmas, y para cuando abrió la puerta de la alcoba que compartiría con Sean, estaba tan tensa por fuera y blanda por dentro que no se sentía ni ella misma.

Su marido estaba despierto. Se había sentado a esperarla repantigado en un sillón orejero y con los pies sobre la mesilla. La luz de un par de lámparas lo iluminaba por ambos costados, haciendo perceptible su tarea y la parsimonia con la que la desempeñaba. Le ocupaba el sombreado con carboncillo de un boceto, del que apenas percibió la sombra.

—Hombre, señora... Dichosos los ojos —comentó de buen humor—. Por fin se acuerda de que tiene usted un marido que precisa atención constante.

La voz de Sean conectaba con la más sensible de sus fibras ocultas. No le sorprendió que, nada más escucharlo, la presa que contenía sus sentimientos se viniera abajo y rompiera a llorar sin consuelo. Él, en lo absoluto sorprendido —es más; por la seguridad que guio sus movimientos, parecía haber permanecido despierto para consolarla—, dejó a un lado del dibujo y

se levantó para abrazarla.

Capítulo 28

Primrose se aferró a su camisa desesperadamente, esperando desahogar solo un ápice de la impotencia que le costaría toda la vida superar.

—¿Por qué me harían algo así? —sollozó con la voz entrecortada—. ¿Qué les he hecho yo, Sean? ¿Nacer? ¿No era suficiente con abandonarme en la escuela a una edad en la que las niñas no tienen siquiera el periodo? ¿También tenían que matar a mi hermano, que era la razón de mi existir hasta que por suerte encontré a Dios y Él me salvó de la amargura?

Sean le cubrió la nuca con una mano protectora y, con la otra, le acarició la espalda de arriba abajo. Sabía con exactitud lo que estaba haciendo, porque los movimientos rítmicos la ayudaron a ir poco a poco dejando de temblar.

—No busques una justificación porque no existe, cariño. Lo único que has de saber es que hay buenas y malas personas en este mundo, y son dos tipos de caracteres que jamás se van a entender.

—Pero... pero... —hipó—. No es justo. Todo este tiempo... Yo... yo... yo me aferré a Dios por eso, ¿entiendes? Elegí el cuaquerismo entre las corrientes variadas del cristianismo porque recalcaba con especial hincapié que, como hija del Señor, poseo un valor especial, único e irrepetible. Pero el motivo por el que me dediqué en cuerpo y alma a la religión antes de eso fue mi hermano. Porque la existencia de Dios me prometía... me prometía que él habría hallado el descanso, la paz y la vida eterna. Era lo único que me consolaba, y ahora... ahora... ahora no entiendo cómo Dios ha podido permitir que alguien nos haga tanto daño.

—En lo que respecta a tus padres, no hay deidad que valga. Más bien lo contrario. Son la prueba de que es el diablo el que trabaja sin descanso. Esa gentuza arderá en el infierno, y si esta certeza no basta para aliviar tu dolor, dímelo y me encargaré de que sufran lo inimaginable también en la vida que les queda.

Primrose sorbió por la nariz y se separó para mirarlo a la cara. La determinación que vislumbró en él la impresionó.

—No quiero venganza —musitó, preocupada por si cumplía la promesa implícita en su rabia —. Solo quiero estar en paz. Y aunque eligiera perpetuar ese círculo vicioso de violencia, ¿qué podrías hacer tú para hundir a un hombre con tanto dinero? —Cayó en la cuenta de algo que Silas había mencionado y le había pasado por alto hasta ese momento—. Ahora que lo pienso, mi hermano me ha comentado que vas a recibir una herencia. ¿Lo has dicho por eso? ¿Pretendes usar dicha herencia para tomar represalias?

Como había observado que era costumbre siempre que se pretendía introducir un asunto crucial, Sean se separó lo suficiente para permitirle respirar y pensar con claridad. Se mostró irritado porque Silas hubiese mencionado el tema antes que él, pero controló sus emociones y se dirigió al borde de la cama, a donde la invitó a sentarse tendiéndole una mano amable.

Ya cómodos en el borde del colchón, Sean dijo:

—Te he hablado de mi padre.

—Sí... Aunque nunca has llegado a decirme su nombre ni a qué se dedica.

—Eso es porque no se dedica a gran cosa. Al menos, no me parece que los aristócratas hagan nada venerable, ni por el pueblo ni para sí mismos. Soy de la opinión de que no solo no dan trabajo a la gente humilde, sino que se aprovechan de su situación para explotarlos..., pero

supongo que esa es otra conversación.

—¿Aristócratas? —repitió, perpleja—. ¿Tu padre es... un noble?

—No creo que posea ninguna nobleza moral, pero sí pertenece a ella como grupo social. A lo mejor has oído hablar de lord Lucien Henshawe, duque de Maybourne —dijo, casi molesto con su participación en el árbol genealógico—. Soy su legítimo heredero.

La noticia le cayó como un jarro de agua fría. Soltó la mano que Sean le había estado sosteniendo y se echó hacia atrás sin darse cuenta de hasta qué punto rechazaba la noticia.

—¡Y lo dices como si tal cosa! —exclamó—. ¡Incluso yo, que apenas he salido de Arlington Abbey, sé quién es el duque de Maybourne! Pensaba que estarías hablando de un... de un... barón, o un vizconde, o... ¡El duque de Maybourne! ¿Quieres decir que...?

—Que, cuando fallezca, heredaré su título, su fortuna y sus propiedades; que, en su debido momento, tú y yo nos mudaremos a la finca ducal, a Henshawe House. Podrás imaginarte por lo que te he contado relativo a su carácter que está muy interesado en conocerte en persona —prosiguió, tratando de convencerla de calmarse con su tono más conciliador.

Pero el contenido de su mensaje no hacía sino escandalizarla.

—Un momento... ¡Un momento! —lo cortó, agobiada. Alzó las dos manos—. ¿Cómo diantres vas a ser...? ¿Qué...? ¡Se supone que tienes una granja en Belfast y sueñas con dedicarte a la pintura! ¡Mejor dicho, se supone que trabajas en una granja a las afueras de Belfast, de la que en realidad no eres propietario! ¡Se supone que eres un hombre humilde!

—Soy de la opinión de que la vida es muy larga y siempre se pueden combinar vocaciones.

—¿Te estás riendo de mí? —jadeó, al borde del desmayo.

Sean empezó a preocuparse al ver que no conseguía volver en sí misma y trató de cogerle la mano.

—Por supuesto que no, Prim.

—¿Acaso te parece que se puede combinar ser pintor, ser granjero y ser duque?

—Muchos artistas a lo largo de la historia, por no decir la mayoría, han tenido dinero e influencia. Me atrevería a decir, de hecho, que tener dinero e influencia es lo que te permite dedicarte a pintar sin preocupaciones de ningún tipo, puesto que las necesidades básicas las tienes cubiertas. Si no, has de sacrificar todo tu tiempo para solo ganarte el pan, lo que, por supuesto, viene con el alto precio de olvidarte de tus aspiraciones. No negaré que me alegro de heredar esa fortuna y de disponer de buena parte de ella mientras mi padre viva gracias a sus generosas donaciones. Me ayudará a seguir dándome a conocer en el mundo del arte, y, además, me permitirá mantener a mi madre. Estoy harto de que se destroce las manos y la espalda trabajando de sol a sol por cuatro sucias perras —añadió entre dientes—. Eso se acabará en cuanto el duque me garantice el acceso a sus cuentas.

Primrose se obligó a ser razonable al oírle hablar de sus legítimos propósitos. Era una buena noticia para él; la mejor de las noticias, en realidad. La clase de noticia que garantizaba una vida cómoda y estable, todo el ocio que se le pudiera ocurrir a un ser humano, y eso por no mencionar que granjeaba el respeto de las clases medias y bajas, traía honor a la casa y le prometía un futuro brillante a la descendencia.

Aun así...

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio, Sean?

—Porque no quería que la señorita Burton se enamorara de mí por mi futuro ducado —respondió con sorna. Le guiñó un ojo al pronunciar el nombre de su amiga, pero Primrose no pudo reírse. Ni siquiera sonreír. Era demasiada información la que le estaba soltando en muy poco tiempo, y ya estaba saturada antes de entrar al dormitorio.

Ahora no podía ni respirar con normalidad.

—¿Cómo es... posible? No eres hijo de lady Maybourne. Ninguna de las tres —expresó con el mayor tiento posible—. ¿Pretenden ponerte en la difícil posición de pasar el resto de tu vida defendiendo tu legitimidad en las altas esferas? Se te condenará al ostracismo social, y eso como poco, si llega a descubrirse tu verdadera condición.

—Nací cuando su segunda primera esposa ya se había encerrado en el campo para rebelarse contra sus escarceos. Nunca hubo sospechas de que no fuera hijo suyo. Para más inri, mi padre me presentó como su heredero desde el primer día. Nadie pensaría que he salido de la nada. Recuerda que me educó y me mantuvo en Henshawe House desde los tres hasta los dieciocho años. Se sabe de mi existencia.

—Pero te fuiste a Irlanda y te cambiaste el apellido. Sean Connor.

—Me lo he cambiado por gusto y para el trato de tú a tú. Eso no quiere decir que existan papeles que puedan ponerme en un compromiso. A ojos de la sociedad y en tierra inglesa, soy lord Sean Henshawe, hijo del duque y la duquesa de Maybourne. —Hizo una pausa para escudriñar la expresión de Primrose. Tuvo que tomarla de la barbilla para que enfocase la vista y volviera al momento presente—. ¿Por qué estás disgustada? No se me ocurrió que pudieras tomarte a mal que tu marido se convirtiera en un hombre rico e influyente.

—Ni me suma ni me resta que recibas una fortuna en herencia u ostentes un título nobiliario —reconoció. Pretendía reservarse lo que opinaba para evitar arruinarle la ilusión, pero la mirada fija de Sean sobre ella la disuadió de contar una mentira piadosa—. Es solo que... Esa fortuna y ese título conllevan responsabilidades de las que creí que, al casarme contigo, me habría librado para siempre. No más bailes, no más apariciones públicas, no más contacto con el mundo exterior. Siendo la duquesa de Maybourne, en cambio... —Tragó saliva. Se estremecía solo de pensarlo—. No podré recluirme en mi casa de campo y negarme a relacionarme con la flor y nata.

—Siendo la duquesa de Maybourne podrás hacer lo que te venga en gana —replicó él.

—No, Sean... Sabes que no —replicó con un hilo de voz, sacudiendo la cabeza con resignación—. Si de verdad has sido educado para heredar el ducado, has de estar al tanto de las obligaciones que te esperan. Muchas de ellas (la inmensa mayoría, me atrevería a decir) implican relacionarte con la aristocracia. Y a mí la aristocracia nunca me ha tratado bien, Sean. No has visto con tus propios ojos el alcance que su crueldad puede tener porque no hemos salido de la escuela, pero te aseguro que es... insoportablemente doloroso. La gente me humillará, sea a la cara o sea a las espaldas, tú te avergonzarás de llevarme del brazo tan pronto como escuches las murmuraciones, y nuestra vida será un infierno. —Un sudor frío la dejó paralizada al comprender la magnitud de los hechos. Buscó la mirada de Sean sin poder disimular la rabia que empezaba a emerger del shock—. No deberías haberme mentido.

—Escucha —le pidió con suavidad, tomando su rostro entre las manos—. Nada en este mundo haría que me avergonzara de llevarte de mi brazo, y ni mucho menos las caras que pusieran cuatro o cinco borregos sin criterio propio. Y no, Prim, creo que no eres consciente de lo que significa ser la duquesa de Maybourne. A lo mejor si fueras una humilde baronesa o la esposa de un arribista con dinero manchado de sangre de los mineros de Yorkshire se atreverían a mirarte por encima del hombro, pero ser su excelencia, lady Primrose Henshawe, es el único escalón que está inmediatamente por debajo de la nobleza de la corte. Mi padre toma el té con la reina, ¿entiendes? Es amigo íntimo del príncipe Alberto, ha besado la mano de la zarina rusa y el arzobispo de Canterbury le visita con frecuencia. Si a él han podido perdonarle excentricidades como que viva recluido en el campo, se haya casado más de tres veces y las tres haya enviudado

en circunstancias cuanto menos sospechosas y haya cometido tantos desaires públicos a quienes no eran de su agrado como se le ha antojado, ¿por qué no iban a respetarte a ti, que eres mil veces mejor que eso? ¿Y es que acaso no has sido educada para casarte con un aristócrata y dar la talla?

Primrose agachó la cabeza y se miró las manos, que había estado tocándose, nerviosa, desde el principio de la conversación. Sabía que Sean no decía ninguna locura, y no dejaba de ser cierto que tenía unos modales impecables, los conocimientos esperados en una dama de clase y hasta tocaba el piano moderadamente bien; lo suficiente para salvar una velada musical. Podría llevar una gran casa sin la menor dificultad, mantener una conversación elevada y preocuparse por las tierras ducales.

Y, sin embargo, un mal presentimiento había teñido de negro los aspectos racionales del asunto.

—Quiero creerte —murmuró ella con un hilo de voz—, pero son veintidós años viviendo en este cuerpo, Sean. Veintidós años relacionándome con el medio con pésimos resultados. No creo que un título de duquesa vaya a obrar un milagro. Por lo pronto puedo asegurarte que a mí no me hará sentir más segura de lo que me siento a salvo aquí y ahora, y teniendo mucho menos de lo que me prometes.

—Incluso si te mirasen por encima del hombro, ¿no te gustaría poder devolverles los desaires? —le planteó con el brillo de la venganza en los ojos—. ¿No te gustaría verte en una velada en Mayfair cubierta de joyas de incalculable valor que ellos jamás podrían costearse?

Primrose meneó la cabeza, decepcionada.

—Yo no soy ese tipo de persona, Sean. Ni de las que se vanaglorian, ni de las que represalian. Y además de sacrificar mi paz, no voy a sacrificar lo que soy.

—No tendrías por qué castigarlos a través de los celos que sin duda sentirían al saberte por encima de ellos, sino... Piénsalo como una venganza moral.

—¿Moral? ¿Acaso eso abunda en las altas esferas? Se nota que has pasado mucho tiempo alejado de los salones, Sean —sonrió sin más remedio, entre apenada e irritada con su ignorancia —. Nunca podría ser un escarmiento ético porque no se arrepentirían de haberme maltratado todos estos años al darse cuenta de que soy una persona decente (y, aunque no lo hubiese sido, no me lo habría merecido aun así); en el mejor de los casos se avergonzarían de sus actos porque entonces yo sería duquesa y no podrían alzar la voz contra mí.

—¿Y no te concedería eso ningún tipo de placer? ¿Verlos obligados a callar?

Primrose esbozó una sonrisa incrédula.

—¿Qué sentido tiene no escucharlo si sé a ciencia cierta que lo están pensando?

—Tendrías la ocasión perfecta de demostrarles...

—¡No quiero demostrar nada! —gritó, al límite de la paciencia—. ¿Es que no lo entiendes? ¿No me conoces, acaso? ¡No todo el mundo sueña con ver a sus enemigos morder el polvo tras maquinar una venganza bíblica! ¡Yo solo deseo vivir en paz, Sean! ¡Es lo único que he querido desde que recuerdo! ¡Y tú me lo has arrebatado para siempre al haberme mentido!

Él la escuchó completamente inmóvil en el borde de la cama, el gesto sombrío de quien empezaba a comprender que había cometido un error para el que no existía arreglo.

—Lo siento —le dijo con el corazón en la mano—. Por supuesto que te conozco y sé lo que eres y lo que quieres, porque lo que eres y lo que quieres es la principal razón por la que te elegí para pasar contigo el resto de mi vida. Soy consciente de que has sufrido y eres tan sabia que puedes anticipar una de las realidades más plausibles de todas a las que podríamos enfrentarnos llegado el momento. Pero ¿no crees que es posible, aunque esa posibilidad sea exigua, que al

final salga bien? Si no me equivoco, hasta hace apenas unos días no tenías la menor esperanza no ya de casarte conmigo, sino de conocerme alguna vez. Y aquí estamos.

Primrose se obligó a respirar hondo y a convencerse con argumentos lógicos y benignos de que volver a arremeter contra él no sería una buena idea. Le estaba hablando desde el amor que le profesaba y que siempre le había demostrado, y no podía subestimar lo que las personas que la querían percibían como lo mejor para ella. La opinión de Sean no era la definitiva, Primrose tenía la última palabra, pero valía la pena detenerse con otras perspectivas.

Llegó a vacilar al escucharlo. Se había dejado arrastrar por el miedo y la desesperación, mientras que él trataba de arrojar luz al asunto.

—Mi padre apenas tiene cuarenta y cinco años, está sano como un roble y es de dominio público que los aristócratas son criaturas longevas. Puede que hasta dentro de dos décadas no pongamos un pie en Henshawe House. Tres décadas, siendo muy afortunados. Aún tenemos tiempo para disfrutar de esa tranquilidad que deseas. Vamos a intentarlo, Prim, por favor.

—¿Acaso estoy en posición de negarme? —Esbozó una sonrisa desinflada—. Un ducado no es algo que se pueda rechazar a la ligera, y ya estoy casada contigo... Dios santo —balbuceó con voz trémula. Se pellizcó el puente de la nariz y trató de contener otra oleada de lágrimas, estas de impotencia—. ¿Cómo has podido ocultarme algo así, Sean? ¡Antes de casarnos! Si no te estuviera agradecida por traer a mi hermano al mundo de los vivos, estaría tan furiosa contigo que tendrías que irte a dormir al pueblo para huir de mi ira.

—Vamos... —Tiró de sus manos, aún esperanzado—. Todo el mundo es vanidoso, aunque sea una pizca, y desea disfrutar de cierta holgura económica. No me digas que en el fondo no sueñas con que te vistan las mejores sedas; con vivir con comodidad en una gran casa y ser la que mande.

—¿Es con lo que sueñas tú? —contraatacó, a sabiendas de que la respuesta era negativa.

Sean se beneficiaría del título de duque por los que eran sus objetivos, algo tan noble como adentrarse en el mundo artístico sin tener que lamer botas o exponerse al rechazo. Y por otra razón aún más elemental que él pasaba por alto, y es que nadie osaría menospreciar a un legítimo heredero con más de metro ochenta de altura, dueño de una arrebatadora belleza y un carisma imperecedero.

Eso no significaba, sin embargo, que no pudiese vivir sin el mencionado honor.

Sean había disfrutado de las dos experiencias, la del hombre humilde y la del hombre privilegiado. Él mismo aseguraba haber sido más feliz en la granja con su madre que bajo el yugo de su padre.

Al final, se había cambiado el apellido.

Una acción valía más que mil palabras.

—Dale una oportunidad a esto —insistió Sean una vez más, ahora preocupado al ver que ella no daba su brazo a torcer—. Por favor, Prim.

¿Qué otro remedio tenía?, pensó, conteniendo un aullido desesperado.

Podría insistir en la que era su verdad alegando que no solo no le importaba la riqueza, sino que sus valores cuáqueros predicaban la modestia y la simplicidad tanto interiores como exteriores. Se había acostumbrado a vivir con lo justo y sabía que tener más que eso la abrumaría, la haría sentir culpable, una impostora. Y lo que era más: llevaba años suspirando de alivio porque nadie tuviera el menor interés en su mano, convencida de que la soltería la protegería del rechazo.

La vida cómoda con la que había soñado se resquebrajaba ante sus ojos, y no podía hacer nada. No podía levantarse e irse, no podía sentarse a pensar si quería o no quería aceptar la

responsabilidad. Solo le quedaba quedarse allí sentada, viendo cómo sus sueños se hacían añicos.

Pero miró a Sean a la cara, los ojos suplicantes, la boca que la besaba como si Dios se la hubiera pintado ahí para ella, para su único placer; en definitiva, miró al hombre que le había demostrado que la quería con palabras, con actos, con su insistencia y con el gesto invaluable de devolverle a Silas, y sintió que no tenía derecho a enfurecerse.

A fin de cuentas, ¿cómo iba a menospreciar el ducado de Maybourne? ¿Acaso estaba loca?

—Está bien —aceptó, pero soltó las manos con las que él aún la estaba sosteniendo y rodeó la cama para indicar que se iría a dormir directamente—. Vayamos a conocer a tu padre.

Capítulo 29

Sean se había propuesto acabar con todos los miedos de Primrose. Estaba convencido de que era el más honrado de cuantos objetivos se había fijado a lo largo de su vida; solo lamentaba que para llevar a cabo tal obra tuviese que exponerla a situaciones que la aterrorizaban de entrada. Suerte que él se fiaba de su instinto, que le prometía que todo saldría bien.

Por si su optimismo no fuese suficiente para levantar los ánimos, contaría con la presencia del optimista Silas durante la visita a Henshawe House. No había tenido que sentarse a hablar con él para convencerlo de acompañarlos. Nada más mencionó durante el desayuno que el próximo destino de los Connor —o de los Henshawe, como prefiriera verse— sería la mansión solariega de Maybourne, Silas protestó porque no tenía ropa apropiada para conocer a su excelencia: se había montado en el caballo para reencontrarse con su hermana sin preparar un fardo con una mísera muda limpia, algo que él sospechaba que haría sentir insultado al duque y que Sean, quien lo conocía, podía afirmarlo sin género de duda.

Afortunadamente, nada le gustaba más al irlandés que sacar de sus casillas a su padre, por lo que más allá de que Silas fuera una compañía magnífica, también se regocijaba en lo problemática que sería su presencia en Dover.

La que tenía sus serias dudas y las manifestaba en contra de su desesperación por aparentar normalidad era Primrose. Se había despertado menos cariñosa que de costumbre, pero había procurado repartir sonrisas a lo largo de la mañana para disimularlo. No había probado bocado durante el desayuno, sin embargo, y cuando Sean no la estaba interpelando de forma directa, se le perdía la mirada en los pies y un ceño ominoso apagaba su energía.

La presencia de su hermano y la mínima esperanza de que al final no hubiese nada que temer era lo único que la rescataba de la autocompasión.

—Si hubiera sabido que era usted heredero de su excelencia, le habría abordado de un modo muy distinto durante la cena de Nochebuena —había comentado Rebecca durante la primera comida del día. Parecía tradición que alumnas y profesoras desayunaran juntas en el comedor los fines de semana—. Al final va a resultar que estaba curándose en salud al reservarse según qué información; no habría tenido piedad con usted, señor Connor.

—Curándose en salud a sí mismo, porque no es la clase de dato que uno deba ocultarle a su esposa —replicó Verity, tan concentrada en su desayuno que daba la impresión de que estuviese armando un rompecabezas. El complejo ritual que había llevado a cabo para llenarse el plato de viandas que de ningún modo habían sido seleccionadas o dispuestas al azar había llamado la atención de Sean. La señorita Burton se tomaba muy en serio sus comidas—. Si me entero estando casada de que mi marido ha fingido su identidad durante todo el cortejo, armo el revuelo que haga falta en la comunidad religiosa para conseguir la nulidad. Aunque, si lo piensas, es justicia poética —meditó en voz alta—. A fin de cuentas, Prim también ocultó su nombre.

—¿Cómo? —balbuceó Silas con la boca llena. Tragó con dificultad el bollito que había estado masticando y miró a su hermana—. ¿Ocultaste tu nombre?

—¿No conoces esa divertida anécdota? —se extrañó Verity. Estaba de un excelente buen humor pese a tener que despedir a la única amiga que le quedaba en la escuela—. ¡Pasará a los anales de la historia! Dudo que las maestras vayan a contarla a las generaciones venideras; así se evitan que alguna que otra tarada se inspire en según qué malas artes de conquista para conseguir

pretendiente, pero...

La puerta del comedor se abrió y una rezagada Quitterie cruzó el umbral arreglándose los bucles sueltos con aire distraído. Sean esperó a que la muchacha se percatara de su presencia y le devolviese la sonrisa con la que él le dio los buenos días, pero no pudo apartar la vista ni aun después cuando observó que, tras barrer la estancia con la mirada, frenaba su paseo agitado y se ruborizaba furiosamente. Siguió la dirección a la que apuntaban sus ojos y vio que Silas fingía no haberse dado cuenta de que estaba allí sorbiendo con inocencia de su taza. Quitterie todavía tardó un segundo más en recuperarse de lo que a todas luces era un reencuentro impactante y tomar la precaución de sentarse lo más lejos del señor Insley posible.

Sean miró a Silas con fijeza hasta que este se dignó a alzar la barbilla con cara de no haber roto un plato. Por paradójico que pudiera sonar, forzar la expresión inofensiva le hizo ver mayor, como el diablo que sabía más por viejo que por diablo.

Enarcó una ceja hacia él, exigiendo una explicación que no llegó. El muchacho le devolvió el gesto arqueando la ceja contraria, como si no comprendiera su actitud, y luego se giró hacia su hermana con naturalidad.

—Cuando vayamos a Londres después de visitar a su excelencia, me gustaría que pasáramos por la tienda principal de Insley & Dahl. Diciendo nuestro nombre nos permitirán comprar tantas galletas como gustemos. ¿Las has probado desde que padre mejoró la receta? Las de canela son un manjar incomparable... —Se mordió el labio, como si se acabara de acordar de algo muy distinto de los dulces, pero igual de apetitoso. Su tono varió sutil pero perceptiblemente hacia el ronroneo al decir—: Se me hace la boca agua de pensarlo.

Ni Primrose ni el resto de las muchachas de su clase se percataron de la insinuación. Resultaba imposible, cuando no antinatural, ver a un muchacho de dieciséis años bajo determinada lente. Pero Quitterie se envaró desde su lugar en la mesa y enterró aún más la barbilla en el escote, ansiando esconder la cara en vista de que mitigar el rubor mediante remedios naturales era imposible.

—Pues claro que sí —le complació Primrose—. Te has manchado la comisura de crema. Deja que te...

Silas protestó cuando su hermana, en un gesto maternal, le acercó el pañuelo de tela a la boca. Se lo arrebató en lo que él debió de entender como un ademán varonil y se encargó él solo, aunque abochornado, de limpiar el exceso.

Sean aguantó una carcajada.

«Juventud... Divino tesoro», pensó antes de burlarse de sí mismo por concebirse a los veintiséis como un auténtico carcamal. Pero, en comparación, a Silas le quedaban tantas aventuras por delante que sintió deseos de acompañarlo en cada una de ellas. Y parecía que se le presentaría la ocasión, porque el muchacho no había expresado la intención de regresar pronto a Waverley. Con toda probabilidad, el muchacho consideraría su actual estatus más próximo al de huérfano voluntario o de fugado que al del jovencito que disfrutaba de unas simples vacaciones con su hermana.

Una hora más tarde, Primrose se estaba despidiendo con un abrazo de Verity, prometiéndole regresar al cabo de unos días para recoger sus pertenencias. Silas deleitó a las damas con sendos besos en los nudillos, atrevimiento que Sarah Reeves permitió —pese a que ninguna llevaba guantes— solo porque se trataba de un adolescente. Pero eso no significaba que fuese un ingenuo o desaprovechase las oportunidades, porque se preocupó de prolongar el contacto unos segundos de más cuando le tocó a la tímida e impresionable Quitterie.

Esta recuperó su mano casi de un tirón a todas luces descortés; Silas no percibió su rechazo o

no quiso interpretarlo como tal, porque se dio media vuelta igual de campante que si le hubiese obsequiado un pañuelo con sus iniciales como símbolo de amor eterno.

—¿Qué has hecho, diablillo? —le preguntó Sean en voz baja en cuanto Primrose estuvo subida en el carruaje, lejos del alcance de la conversación.

Él lo miró por encima del hombro con gesto inocente.

—¿A qué te refieres, cuñado?

—Al rubor de la señorita Tandye, cuñado —recalcó con retintín—. A eso me refiero.

—Oh, ¿eso? Eso es una maravilla de la naturaleza, cuñado.

Sean aguantó una carcajada.

Adoraba a ese muchacho y no hacía ni un día que lo trataba.

—¿Y no tienes nada que ver con dicha maravilla..., cuñado?

—No osaría atribuirme la gloria de la existencia o la aparición de semejante milagro.

—Ya veo, ya... —Sacudió la cabeza y lo instó a subir con un empujoncito en el hombro.

Luego fue él.

No le gustó tanto que Silas se hubiese unido al viaje cuando comprendió que pretendía viajar en el asiento colindante a Primrose, lo que le obligaría a él a mantener una insoportable distancia con ella hasta la finca de Henshawe House. Tuvo que dar gracias porque el crío tuviese una personalidad chispeante, o lo habría odiado por acaparar la conversación durante el trayecto y quedarse con todo el mérito de tranquilizar y hacer reír a su mujer.

Aun sin ser responsable directo de su hilaridad, la contemplación de la alegría de Primrose le produjo una dicha inexplicable. No estaba acostumbrado a celebrar con entusiasmo la felicidad ajena si no participaba en ella de forma directa, pero verla repleta de energía le llenó de energía a él.

Algo le decía, no obstante, que si estaba viajando a Henshawe House no era por sí misma. Ni siquiera porque tuviese la esperanza de que todo fuera bien. La motivaban la insistencia de Sean y la inestimable compañía de su hermano pequeño.

Ser testigo de la complicidad de los hermanos le conmovió y a la vez le generó una envidia sana. Él habría crecido solo de no haber sido por el ama de llaves, por el mayordomo, por su institutriz y las doncellas que se tomaban la molestia de sacarlo de su habitación y proponerle juegos en la medida en que se lo permitían sus largas jornadas de trabajo. Pero por mucho que amara al servicio de la casa y le estuviese agradecido por haberlo salvado de la soledad y el aburrimiento, no era comparable con un hermano.

Había lamentado más de una vez ser hijo único.

—No me creo que la señorita Tandye se posicionara de lado de esa víbora —decía un indignado Silas, cruzado de brazos.

—¿Habláis de Rebecca? —intervino Sean con una sonrisa burlona.

—Bug ha estado insistiendo en que le cuente la historia de mis enemistades —suspiró Primrose—. Cierto es que Quitterie nunca me ha atacado abiertamente. De hecho, no puedo recordar una sola vez que haya secundado las vejaciones de Rebecca. Sí que intervenía durante las discusiones, pero siempre desde la objetividad, como si meditara al respecto de lo que estuviéramos tratando, no con la intención de herir mis sentimientos. Por ejemplo, en una ocasión, la señorita Wargrave se burló de Clarissa porque pensaba que había cedido a las... caricias de su prometido, Bellingrath; un aristócrata de cierta edad. No puede decirse que Quitterie la corease por el simple hecho de comentar en voz alta que algunas mujeres prefieren a los pretendientes mayores.

Silas bufó.

—Eso es lo mismo que yo te confesé anoche. No puedes tildar de ultraje una acotación meramente apreciativa. A lo mejor es inoportuna, pero también se puede considerar un intento por llevar la conversación a un terreno menos pantanoso.

—No la juzgo, ¿eh? Ni la odio. Creo que Quitterie es una pobre criatura, como yo misma hasta hace poco —meditó Primrose en voz alta tras encogerse de hombros—. Ha pasado todas las Navidades conmigo porque sus padres tampoco vienen a verla, y mejor, porque, por lo visto, su padre es un tirano. Y siento compasión por las personas influenciables. Es un encanto cuando Rebecca no está presente o no la fuerza a corearla. El resto del tiempo es lo que le digan que sea, como si se sintiese en deuda con quienquiera que le haya prestado atención lo suficiente como para darle una orden.

—¿Tú qué opinas sobre todo esto, Sean? —inquirió Silas, dirigiéndole una mirada expectante. Primrose también lo observó, mas con la cabeza ladeada y una sonrisa sabedora en los labios; casi divertida por la curiosa amistad que había forjado con la francesa.

Se alegró de que lo incluyeran en su pequeña burbuja de amor fraternal y se disculpó por no haber estado escuchando desde el principio, lo que le impedía ofrecer un punto de vista específico. Al cabo de un rato, formaba parte de la conversación como uno más, y entre risas y chanzas que habrían hecho pensar a un miembro externo que llevaban décadas conviviendo como una familia, llegaron a su destino.

Había empezado a nevar cuando Sean ayudó a Primrose a bajar tendiéndole una mano. La aferró con más energía de la cuenta para transmitirle que permanecería a su lado en todo momento, pero la joven no lo interpretó así. En cuanto se había arrebujado en el chal de lana, rodeó a Sean por la cintura con un brazo cariñoso y apoyó la cabeza en su hombro.

—No tienes por qué estar nervioso —lo apaciguó ella—. Si tu padre es tan terrible como siempre has contado, seguro que sigue sin ser ni la mitad de insufrible que el mío. Te prometo que sabré defenderme.

—Seguro que sí. Eres una guerrera. —Le besó la coronilla—. Gracias por venir.

Primrose sonrió con modestia y echó a andar cogida de su brazo hasta la entrada. Silas ya había emprendido la marcha por su cuenta observando los alrededores como si nunca hubiera salido de la vivienda familiar, y ¿quién podría jurar que no había sido así?, ¿que no lo habían mantenido recluido durante toda su infancia y adolescencia?

Por más que Sean quisiera apiadarse del muchacho, había algo en Silas, una voluntad de vivir y de hacer justicia, una vivacidad contagiosa y un brío propio de un niño de tres años que en todo caso le sugería que aprendiera de él.

Como era costumbre, el ama de llaves les abrió las puertas. Los había estado esperando, porque se había peinado con especial ahínco para la ocasión y había arrastrado al mayordomo consigo para darle un recibimiento adecuado; uno propio de un monarca.

—¡Señorito! —exclamó la señora Tomlinson con los brazos extendidos—. ¡No viene solo! ¡Qué alegría! ¿Quién es este muchacho tan encantador?

—¿Y quién es esta dama tan adorable? —contraatacó Silas, tomándola de la mano y besándola con intención en los nudillos.

El ama de llaves, más escandalizada que halagada, se puso del color de la grana.

—Ni cinco minutos aquí y ya estás alborotando al personal —se mofó Sean—. Mi querida señora Tomlinson, ese aprendiz de canalla que ve ahí es Silas Insley, el hermano de mi esposa, Primrose.

Se apartó para que pudiera ver a la muchacha, tan consciente de que aun siendo una buena mujer podría extrañarse de su apariencia que lo hizo conteniendo el aliento.

Pero el ama de llaves no le decepcionó.

Sí es cierto que tanto sus ojos como los del mayordomo recorrieron las manchas visibles en el rostro de Primrose, pero la gente humilde y temerosa de Dios poseía un rasgo del que carecía la alta sociedad, y es que creía firmemente que, por el simple hecho de haber nacido, toda criatura era merecedora de amor. Y esa criatura en cuestión era, para colmo, la esposa de Sean, el eterno niño de sus ojos. No fue de extrañar que la señora Tomlinson, arrobada por la emoción, se apresurara a tomar de las manos a Primrose y a hacerle reverencias torpes.

—Oh, es usted perfecta, ¡perfecta! Qué ojos tan verdes, milady; qué aspecto tan saludable. Y su cabello... ¡Y qué buen gusto al vestir! ¡Es un placer para mí conocerla al fin!

—Milady —la saludó el señor Orson, doblándose lo justo para presentar sus respetos, pero procurando no poner a prueba la fragilidad de sus huesos—. Bienvenida a Henshawe House.

Reclinado a un prudente segundo plano, Sean asistió a la escena sin poder reprimir una sonrisa de alivio. Las mismas sensaciones se arremolinaban en el semblante de Primrose, aderezadas por una irritante incredulidad que ya se encargaría él de erradicar rodeándola una y otra vez de personas que le demostraran que era digna de afecto.

«Te hartarás de que te quieran», se juró desde allí, cruzado de brazos junto al portón. «Te lo puedo asegurar, Primrose Connor».

—¡Pasen, pasen! ¡Que hace un frío que pela...! ¿No has avisado a la dama de que aquí Dios se ensaña con nosotros mandándonos los vientos más gélidos? ¡Deberías haberle puesto algo más grueso y calentito sobre los hombros!

—Iba a hacerlo, pero entonces no habrías podido regañarme por absolutamente ninguna razón y no te iba a privar de la mayor de tus pasiones: ponerme en mi lugar —se burló Sean, accediendo al interior en compañía del curioso Silas.

—¡No me des mala fama delante de tu esposa, sinvergüenza! ¡Yo soy una mujer muy serena y bienhablada!

—Por supuesto que lo es, señora Tomlinson —la apaciguó Primrose, lanzándole una mirada divertida a Sean que parecía decir «no me habías puesto al tanto de lo fantástico que era el servicio de la casa».

Y era verdad. Siempre había estado más ocupado describiendo las maldades por omisión del duque de Maybourne.

—¿Quieren que mande preparar algo de comer? ¿Un baño, quizá? Oh, tiene las manos heladas, milady...

—¿Cómo es eso de que a ella la llames milady y a mí me trates de «señorito»?

—Bueno, es la futura duquesa de Maybourne, ¿no? ¿Qué otro tratamiento le corresponde?

—Les conduciré hasta el salón principal antes de que se desate una guerra en el recibidor —intervino el mayordomo, que, más que hastiado, estaba tan acostumbrado a las graciosas rencillas que ni se inmutaba.

Nada más cruzar el umbral del salón, Sean buscó como un depredador hambriento la figura familiar de su padre. Quería ser el primero en vislumbrar su reacción a la futura duquesa de Maybourne, y en el caso de que resultara intolerable, ordenar la media vuelta, el regreso a la ciudad y el contacto de un mercenario que no le temiera al ensañamiento.

Capítulo 30

Halló al duque de pie junto al ventanal, surtido de una generosa taza de té y ataviado con uno de sus mejores trajes. Hasta el momento había estado admirando la hermosa caída de la nieve con aire pensativo. Al oír las pisadas de sus invitados, se giró, y como si hubiera nacido para vivir ese momento, su mirada cayó directa e indefectiblemente sobre Primrose.

Sean se sorprendió conteniendo la respiración. Había pasado un viaje de perros, nervioso como un miserable, y todo para nada: para que su padre se limitara a echarle un vistazo de arriba abajo, como podría habérselo echado a él mismo para confirmar que no llevaba los pantalones arrugados, y dejara la taza para ir a saludarla con propiedad.

Primrose demostró estar a la altura de las circunstancias tendiéndole la mano con una sonrisa cordial. El duque la tomó con delicadeza y depositó el beso de rigor sobre el guante.

Ni más, ni menos.

—La señora Connor, entiendo —dijo en voz alta. Se animó a dirigirle una sonrisa burlona—. Esperaba que la herencia secreta de mi hijo y su imperdonable obstinación por ocultársela le hubiesen dejado cara de tonta, pero tiene usted una expresión de lo más agradable.

Primrose agradeció que se posicionara de su parte con un simpático ademán.

—A lo largo del viaje desde Canterbury he tenido la oportunidad de lavármela tantas veces como ha sido necesario hasta disolver el disgusto.

—Disgusto, ¿eh? —La cabellera retirada hacia atrás permitió a Sean observar la subida sardónica de la ceja que tan histérico le ponía—. Hay que tener valor para referirse de ese modo al orgullo de un duque, que no es otra cosa que sus posesiones.

—Permítame acostumbrarme a la cara oculta de su privilegio antes de aceptarlo como tal, excelencia.

—Una muchacha prudente, por lo que veo. Por favor, tome asiento... —Entonces reparó en la presencia del curioso Silas, que, con las manos escondidas a la espalda y la bufanda colgando de los hombros de manera caótica, husmeaba por el salón con la boca abierta. El duque le pidió una explicación con la mirada a su hijo—. ¿Y esta criatura? ¿Se ha perdido?

—Me disculpo por no haber podido avisarle con antelación de que mi hermano pequeño nos acompañaría, excelencia —se adelantó Primrose, entrelazando las manos sobre el regazo—. Su aparición en Arlington Abbey fue tan sorpresiva para mí como su presencia aquí lo es para usted.

—No se apure —respondió él, vigilando al joven con los ojos entrecerrados y sana curiosidad —. Será bienvenido siempre y cuando se presente por nombre y apellido; conviene saberlo por si acaso rompiera algo durante su paseíto y hubiera que mandar llamar al alguacil.

Silas le echó un vistazo por encima del hombro.

—Dicen que es sabio hacer un reconocimiento territorial del lugar donde uno se encuentra.

—Por supuesto, soldado, no vaya usted a toparse con un fusilero escondido en la alacena.

El muchacho le lanzó una sonrisita divertida y acto seguido dio un ágil giro sobre sí mismo para dirigirse a su excelencia con la misma naturalidad con la que se habría acercado a una joven de buen ver en una taberna.

Le tendió la mano sin rodeos, manteniendo la otra a la espalda.

—Soy Silas Insley, excelencia. Heredero de la empresa Insley & Dahl.

—Ah —asintió Maybourne sin preocuparse de ocultar su opinión al respecto, aunque con una

expresión bastante más benevolente de lo que Sean había esperado—, el futuro galletero.

—¿Ha probado usted nuestras galletas, acaso? —contraatacó el muchacho.

—No.

—Lo explica todo —atajó—. Me ocuparé en persona de que reciba una caja entera. Será un regalo navideño tardío. Algo con lo que darle la bienvenida a nuestra familia.

El duque enarcó las cejas de nuevo y buscó en Sean una reacción a la altura del atrevimiento del chico. Y es que, en todo caso, Primrose y él se habían acoplado a la familia Henshawe y no a la inversa, tanto porque Sean era la parte masculina y, por ende, la proveedora, como porque era quien ostentaba un mayor rango político y social.

No se ofendió por la osadía, aun así, y lo invitó a acompañar a su hermana en el *chaise longue* que dominaba la estancia. Gesticuló hacia la silenciosa criada que había esperado órdenes en un rincón. Al cabo de unos silenciosos pero cómodos segundos, los invitados estuvieron servidos de té y una generosa fuente de pastas.

Silas fue el primero en introducir la mano en la bandeja.

—¿No ha oído hablar de la famosa luna de miel, joven? —inquirió el duque—. ¿No le parece inoportuno acompañar a la recién nombrada pareja en sus viajes por el sur de Inglaterra? A lo mejor desean intimidad.

Silas se encogió de hombros.

—Aparecí un par de días después de la ceremonia, cuando ya deberían de haber apaciguado sus pulsiones —soltó como si tal cosa, arrancándole una sonrisa incrédula a Maybourne—, y me enorgullezco de decir que no estoy acaparando a mi hermana tanto como me gustaría. En cualquier caso, Sean me presentó en Arlington Abbey como un regalo de bodas; seré inoportuno, mas no inapropiado.

—¿Un regalo de bodas? ¿Quiere decir que serán una familia de tres y no de dos a partir de ahora? ¿No tiene una escuela a la que acudir una vez termine el receso?, ¿unos padres con los que vivir?

No llevaban ni diez minutos en Henshawe House y el duque, como el animal que olía la sangre fresca, ya había reconocido y abordado sin miramientos una de las preguntas que flotaban sobre las cabezas de sus invitados. Una que habían estado evitando tocar: cuándo pensaba Silas regresar a casa y enfrentarse a la crueldad de los Insley.

Si los perdonaría. Si sería capaz de volver a mirarlos a la cara.

Habría sido imposible que no se percatara de la tensión que se apoderó de los tres presentes. Silas incluso perdió el interés por seguir mordisqueando los bordes de una pasta rellena de mermelada.

—No lo hemos hablado por el momento, excelencia —explicó Primrose con tiento—. Hacía mucho tiempo que no veía a mi hermano y, por lo pronto, estamos disfrutando del regalo de nuestra mutua compañía.

—Pero no, no tengo unos padres con los que vivir —sentenció Silas en voz alta, dejándolos a todos de una pieza—. No quiero decir con esto que los haya perdido a manos de una enfermedad; solo que no pretendo volver a la casa de Waverley. Si mi hermana y su marido me aceptan —añadió con la boca pequeña, lanzando una mirada vacilante a Sean—, me quedaré con ellos cuando no esté en la universidad.

—Me alivia confirmar que no están muertos ni los retiene una fuerte nevada, como me he temido al ver que aparecían ustedes sin referencias más adultas. Sin desmerecer la compañía o la agradable sorpresa —aclaró el duque, abarcando con un gesto el espacio que ocupaba Silas—, esperaba reunirme con los Insley además de con la dama. Tengo la tonta manía de querer

conocer a mi nueva parentela.

—Como ya sabe —improvisó Sean—, el padre de Prim es un empresario de éxito, y la demanda de dulces suele duplicarse, incluso triplicarse, por estas fechas. No podía desatender su negocio para viajar hasta aquí.

—Vaya, no sabía que el señor Insley horneara las galletas él mismo —comentó con naturalidad—. Siendo así, por supuesto que le puedo disculpar la grosería.

Más allá del sarcasmo de su padre, Sean estaba orgulloso de haber esquivado el tema familiar. No le duró mucho la sensación, porque Primrose no dudó en intervenir.

—En realidad, excelencia, mis padres y yo no mantenemos una relación fluida desde que me mandaran a la escuela de señoritas de lady Mabry. No los veo desde los nueve años, y le puedo asegurar que no pretendo alterar el recuerdo que me dejaron prestándoles una visita.

Maybourne volvió a exteriorizar una moderada sorpresa, pero tuvo la cortesía de evitar preguntas indiscretas.

—Desde los nueve años —repitió, admirativo. Hizo una pausa para beber—. ¿Qué le han enseñado que se hayan perdido las señoritas que entraron más tarde? Tengo entendido que hasta los quince, catorce como muy pronto, no se manda a las niñas a la escuela de modales.

—Y no se equivoca. Digamos que comenzaron a enseñarme con varios años de ventaja lo mismo que impartirían a las alumnas mayores unos cursos más tarde. Por eso se dice que coso mejor que las demás, por ponerle un ejemplo. Y, humildad aparte, sé historia, literatura y matemáticas al nivel avanzado del que gozan los universitarios.

—¿Ha tenido el placer de comprobarlo de primera mano charlando con un graduado?

—No, pero he leído algunos de los manuales en los que sus maestros se apoyan para dar las lecciones y nada en el temario me ha sonado a arameo.

El duque asintió en señal de aprobación.

Sean estuvo a punto de liberar toda la tensión acumulada con un suspiro de alivio.

—Aunque igual que le digo que se me da bien la costura —prosiguió Primrose—, soy una pésima bailarina y no termino de congeniar con la equitación.

—Suerte que no sea obligatorio bailar o montar a caballo para aprobar el examen de duquesa —apostilló Sean con buen humor.

Primrose le sonrió desde la otra punta del sofá. Se había sentado con las manos sobre el regazo y la espalda muy recta, como siempre lo hacía, y nada en su expresión daba a entender que estuviese nerviosa o preocupada.

—Mi hermana me hizo esta bufanda cuando tenía ocho años —aportó Silas, tirándose del extremo con orgullo. Sean pensó que su padre deploraría semejante niñería, pero lo dejó de una pieza cabeceando con admiración hacia la prenda de lana—. Es muy hábil con las manos y, además, increíblemente inteligente. ¿Sabe que está escribiendo una novela?

—No me diga. —El duque cruzó las piernas muy despacio—. Me fascinan las mujeres de letras. Su escasez en este mundo es proporcional a su brillantez intelectual. Sabes que, si una autora ha sido publicada, es porque vale por diez de sus hombres coetáneos; veinte, en algunos casos. La señorita Barbauld, la señorita More, la señorita Porter... He tenido el honor de conocer a la última en persona y comprender por qué la apodaron La Penserosa.[8]

El rostro de Primrose se iluminó.

—¿De veras? Siempre es un placer compartir con alguien la pasión por las escritoras.

—Aún no he leído nada tan fascinante como la obra de Mary Wollstonecraft. No haber podido conversar con ella es uno de los pesares de mi vida. Podría ponerla en contacto con un editor al que conozco, si lo desea. Considerando sus preferencias y su ética de negocio, apuesto

por que estaría encantado de leer la obra de una voz joven.

Sean frunció el ceño para sus adentros. El duque jamás se había caracterizado por la tacañería, pero semejante despliegue de benignidad bien merecía una leve desconfianza.

—¿Haría eso de verdad? —se conmovió Primrose con la voz temblorosa.

—No me supondría ningún esfuerzo. —Si el gesto hubiera sido educado, habría encogido un hombro—. Claro que algo que tenían en común todas las autoras que he mencionado es que, a excepción de la señorita Wollstonecraft, no llegaron a casarse. Esto me lleva a preguntarme si su pasión por las letras será compatible con sus obligaciones para con el ducado.

—Sería capaz de sacarlo todo adelante, excelencia.

—¿«Sería»? ¿Por qué un condicional y no un prometedor futuro, señora mía? Una escritora como usted sabrá de la importancia del uso correcto de los tiempos verbales y la implicación que tiene cada uno de ellos. ¿No le convencen las responsabilidades ducales?

Hubo un silencio.

Sean sintió que una gota de sudor le corría espalda abajo.

—Me intimidan —reconoció Primrose muy despacio.

El duque meneó la cabeza como si lo hubiera sabido nada más verla entrar.

—Entonces no me acusará de injusto o despreciable por señalar lo evidente, y es que no es usted la mujer adecuada para ostentar el título de lady Maybourne —sentenció con el mismo tono cordial que había empleado para dirigir la conversación a su conveniencia.

—Pero le acusaré yo —intervino Sean, notando el principio de ardor que auguraba un estallido colérico.

—Permítame exponer mis razones antes de indignarse, señora Connor —prosiguió el duque, ignorando a Sean. Para su excelencia, la entrevista era entre Primrose y él; el resto de los invitados no eran más que un gracioso decorado—. Tiene usted una cara bonita y una figura bien proporcionada, y apuesto a que no exagera cuando reconoce sus aptitudes; no parece una persona pagada de sí misma, por lo que debe estar diciendo la verdad. No hay nada más atractivo y respetable que una mujer con ambición, por otro lado; por eso me consta que se aburriría mortalmente, cuando no le pudriría el corazón la amargura, si tuviese que renunciar a sus intereses intelectuales en aras de las labores domésticas que se esperan de lady Maybourne. Una duquesa no ha nacido para codiciar éxitos, sino para entregarse a la vida contemplativa.

—Una duquesa ha nacido para lo que se le antoje —replicó Sean—, porque para eso tiene dinero para gastar en lo que se le cante. Si es en encontrar un editor, así sea; el tiempo que dedique a escribir no se lo escatimará a preparar menús o recibir visitas. Primrose es una mujer responsable.

—Las visitas... —coincidió el duque con un asentimiento—. Quería llegar a eso. La opinión benévola que yo tenga sobre su aspecto poca influencia ejercerá sobre la perspectiva general, señora Connor. Si no me informaron mal mis investigadores, sus padres la enviaron a Arlington Abbey a tan temprana edad para protegerla de que la mataran de una pedrada mientras paseaba por el pueblo, o, en el peor caso, para que su reputación no salpicara al brillante futuro de su hermano. —Lo abarcó con un ademán elegante—. Ser duquesa evitaría que la despreciasen abiertamente, al menos, mientras yo viviera; me he preocupado que nadie juzgue a quien protejo bajo mi ala. Pero no le recomiendo subestimar la crueldad de la aristocracia. Fíese de la experiencia de este viejo cuando le digo que tanto tiempo libre les sirve para idear novedosas maneras de desairar a quienes no consideran dignos de frecuentar sus espacios: no le retirarán la palabra, pero la ignorarán y la rehuirán con elegancia, hablarán pestes a sus espaldas y sufrirá la mala baba de los segundos sentidos durante cada conversación que trate de tener.

—¡Basta! —lo interrumpió Sean—. No quiero oír ni una palabra más.

El duque parecía no reconocer su presencia en la sala. Había clavado en Primrose una mirada consciente, y la joven se la devolvía sin cambiar de postura, sin pestañear, ni lívida ni sonrojada; en el mismo y perfecto estado que si fuera ajena al movimiento de la Tierra, que seguía girando con ella dentro.

—No sería usted la única que padecería la hipocresía y la malicia del *beau monde* —continuó, descruzando las piernas—. Como ya sabrá, la mala reputación de la esposa repercute en la de su marido. A priori, lo peor que podría pasarles es que dejaran de recibir invitaciones a las veladas en las que se construyen relaciones sociales y hasta negocios fructíferos. Pero al cabo de un tiempo, Sean no podría entrar en clubes de caballeros, usted no podría vestirse a la moda porque las mejores modistas le cerrarían sus puertas; sus hijos serían tratados con la misma doble moral en la escuela, en la universidad, y eso si no le dieran largas cuando quisiera efectuar la matrícula. Usted sería siempre la mujer de las manchas, la mujer desheredada por un simple burgués y abandonada por su propia sangre; la huérfana de los galleteros.

—¡He dicho que se calle! —saltó Sean, de pie—. ¡Ahora!

—Basta, Sean —replicó Primrose en un tono neutro que dejó en vergüenza su arrebato nervioso. Se hizo oír mirando al duque—. Su excelencia está hablando conmigo con calma y respeto. Es a mí a quien corresponde dar una contestación a la altura.

Sean la miró sin caber en su asombro. Esperaba atisbar una mínima indignación en su semblante, el odio en sus ojos o, Dios no lo quisiera, la profunda tristeza del rechazo total.

Pero Primrose estaba serena como las aguas del lago.

—Tiene usted razón en todo lo que ha dicho. No es nada que yo no hubiera pensado antes. Solo quiero que sepa que no se me habría ocurrido cometer la locura de casarme con Sean si hubiese sabido que heredaría un título de duque.

Él se quedó de una pieza al escucharla.

—Una muestra más de su inteligencia y de la mujer tremendamente prudente que es —la halagó Maybourne con un cabeceo respetuoso.

—Por desgracia, excelencia, ya estamos casados a ojos de Dios y de la ley. Esto no se puede deshacer.

—Es posible. Solo necesitaría que me permitierais contactar con el arzobispo de Canterbury.

—¡Y un cuerno! —espetó Sean—. Jamás daré mi aprobación para que disuelva nuestro matrimonio, ¿me oye? Antes muerto.

—No estoy imponiendo mi voluntad. Ni siquiera trato de imponer el sentido común. Te doy a elegir, hijo. Os doy a elegir a los dos. Si quieres permanecer a su lado el resto de tu vida, te desheredaré. Si das tu beneplácito para que anule el enlace, entonces algún día serás el duque de Maybourne.

Sean soltó una carcajada incrédula, pero el shock le impidió hablar durante unos largos y tensos segundos. Tuvo que pasarse la mano por la mandíbula desencajada para volver a darle movilidad.

—¿Sería tan amable de decirme cuándo demonios he dado yo la menor muestra de querer sus posesiones, su riqueza o su nombre? Con el debido respeto, excelencia, puede meterse todo eso por el culo.

—En ese caso, creo que está todo dicho y hecho —atajó el duque, poniéndose en pie como si hubiesen estado debatiendo la temperatura ambiente—. Un placer hablar con usted, señora Connor —se acercó con el brazo extendido hacia Prim—, y un placer aún mayor haber tenido la oportunidad de conocerla.

—Por Dios —se burló Sean, de brazos cruzados—. ¿A quién quiere engañar? No actúe como si la perpetuación de la estirpe no dependiera de mí; de que yo herede su condenado título. Me dio su apellido y una buena educación porque no le quedó más remedio después de casarse hasta tres veces con mujeres estériles —empezó a enumerar sacando el pulgar, el índice y el corazón —, débiles de salud o tan hartas de usted que no lo recibirían en el dormitorio ni bajo los efectos de la bebida. Todas ellas fallecidas en extrañas circunstancias, cabe decir. Me hace alegrarme de que no le ofreciera a mi madre la protección y el lugar que se merecía.

—A tu madre le di exactamente la protección y el lugar que se merecía negándome a hacerla mi esposa —respondió sin cambiar de expresión.

Su descaro enardeció a Sean, que no temió encararlo dando un paso al frente.

—¿Qué demonios insinúa? ¿Que mi madre no es digna de usted?

—Tu madre es analfabeta —señaló como quien subrayaba una obviedad— y, lo que es peor, más terca que una mula. Para solo aspirar a convencerla de educarse, que no persuadirla del todo, habría necesitado Dios y ayuda, y ni aun habiendo sido una gloria intelectual habría podido borrar el hecho de que nació en un lupanar.

Sean apretó los puños.

—Eso no parecía importarle cuando se acostaba con ella.

—Hay un menor de edad presente —apuntó el duque con indiferencia—. Haz gala de la educación que te di y mantén la compostura.

Silas levantó las manos.

—Por mí no se apuren. Ya me imagino que los niños no los trae la cigüeña, como se rumorea que dijo Hans Christian Andersen.

—Maldito el día que te dieron esa educación de la que tanto te enorgulleces, porque solo la sacas a colación cuando no sabes cómo replicar a un reproche —masculló Sean.

—Sé de sobra qué replicar a tus reproches, muchacho; distinto es que desee perder el tiempo haciendo entrar en razón a un niño encerrado en el cuerpo de un hombre. Si no entiendes los sacrificios que implica ser duque, dilo con plena libertad y no te delates como estúpido con tus absurdas proclamas. En ninguna realidad podría haberme casado con tu madre, y si te tengo que explicar por qué, es porque no has transitado el mundo durante tiempo suficiente para comprender que es injusto y sanguinario.

—No he transitado su mundo, no, y tampoco tengo interés. Espero que no insinúe ser víctima de un sistema que sobre todo le beneficia, excelencia. Acaba usted de admitir en voz alta que me arrebataría mi legítima herencia debido a mi elección de esposa, es decir; por tomar una decisión sin consultarle.

El duque le sostuvo la mirada mientras sacudía la cabeza lentamente, primero como si tratara de comprender el punto de vista de su hijo, y luego aireando una perplejidad que intentó en vano ocultar su profunda decepción.

—Eres un necio, Sean —sentenció en un tono gélido que le hizo estremecerse—. Las enemistades que te has inventado para sentirte especial y tu absurdo idealismo te mandarán de cabeza a la ruina. Créeme, no sobrevivirás a la adversidad sin el blindaje de un ducado. ¿O qué pretendes? No tienes mecenas que te permita desarrollar tu don para la pintura. No podrás alimentar a tu familia con las ventas de tus obras. Careces de granja propia; labras una tierra y te encargas de un ganado que ni siquiera te pertenece. Pero incluso si te pertenecieran, dentro de un año, dentro de dos, estarías pasando estrecheces: la enfermedad de la patata está arrasando Europa y es bien sabido que en Irlanda se depende casi por entero del cultivo de la misma. Es cuestión de tiempo que una hambruna mortal azote el pueblo de tu madre. Entonces ¿qué harás?

—Lo que seguro que no haré es venir a rogarle, excelencia —espetó con desprecio—. Eso téngalo muy claro.

—Por favor —intervino Primrose, poniéndose en pie—. No peleen por mi causa. Es innecesario y no soporto presenciar disputas familiares. Me traen muy malos recuerdos. Le agradezco que nos haya recibido —añadió en dirección al duque, que cabeceó en su dirección—. Ahora será mejor que nos marchemos y pensemos con calma qué es lo que vamos a hacer.

No esperó a la conformidad de Sean o a la respuesta de Maybourne para coger de la mano a su marido, igual que a un niño rebelde tras una pataleta bochornosa, y arrastrarlo fuera del salón.

Silas no los siguió. Se quedó donde estaba, sentado en su sillón individual, con la vista clavada en el duque. Todo en su postura corporal indicaba que planeaba tener con él una conversación del mismo cariz que la que acababa de terminar. Y aunque a Sean le habría encantado presenciarla, una aún más importante entre Primrose y él se atisbaba en el horizonte.

Capítulo 31

En cuanto estuvieron a salvo del escrutinio del anfitrión, Primrose lanzó un suspiro al aire y soltó a Sean para abrazarse los codos con aire desvalido. Tal y como sospechaba, no había sido inmune a las duras palabras del duque. Solo había esperado a perderlo de vista para echarse a temblar de pura angustia.

Sean la cobijó entre sus brazos.

—Siento muchísimo lo que acaba de suceder —murmuró, descansando el mentón sobre su coronilla—. No debería haberte traído hasta aquí, y menos aún haberte sometido a los prejuicios de ese miserable. Me avergüenza que mi padre no te haya dejado otra alternativa más que odiar a la mitad de mi sangre.

Primrose lo calmó separándose por un paso y poniéndole una mano en el pecho. Tenía el rostro salpicado de lágrimas y, aun así, no le pareció vulnerable. Se erguía mucho más entera y firme que él.

Más que el duque, incluso.

—Yo no odio a tu padre, Sean —replicó con paciencia—. Al contrario.

Solo atinó a pestañear varias veces.

—¿Cómo?

—Aunque haya podido cometer errores durante tu crianza y salte a la vista que carece de apegos emocionales, creo que no deberías tomarte esto segundo como un ataque personal. Tengo la impresión de que, más que refocilarse en una frialdad elegida, adolece de ella como si de una enfermedad se tratase. Además, se preocupa genuinamente por ti.

La fuerza del pasmo le desencajó la mandíbula.

—Oh, sí, le preocupo muchísimo. ¿Qué demonios dices, Prim? ¡Acaba de demostrar que solo le importa la reputación del ducado!

—¿Has oído lo mismo que yo, Sean? —suspiró, cansada—. El ducado es un ducado, algo inerte que ni se crea, ni se destruye; una realidad material inamovible a no ser que la Corona interfiera..., cosa que no va a suceder por escandalosa que sea la elección de duquesa. Ni los bienes ni la riqueza van a sufrir ningún revés si yo permanezco en el mapa. El que va a padecer en sus carnes las consecuencias de mi presencia, sin embargo, eres tú. Serás tan denostado como yo misma, y es lógico que eso inquiete a tu padre.

—Que se atrevan, maldita sea —se desesperó al verla tan serena. La agarró de los hombros para hacerla entrar en razón—. Prim, no permitiré que nadie alce la voz en tu contra.

—Lo sé —murmuró con una sonrisa trémula. Le cubrió la mejilla con la mano—. No estoy cuestionando tus bondades. Tan solo recalco que no tienes la obligación de verte en situaciones de ese calibre.

—¿A dónde quieres llegar, Prim? No permitas que la maldad de mi padre te cale; no creas sus embustes. Todo lo que ha dicho tenía la única intención de ahuyentarte porque pretende casarme con la hija de un... conde, o un marqués.

—Bien que hace, Sean. No le faltan razones.

—Me enfurece que te denostes una y otra vez. ¿Cuántas veces debo decirte que eres la mujer a la que amo?, ¿que no estás por debajo de nadie?

—No me menosprecio, Sean; ocupo mi lugar en el mundo. Tu padre ha dicho que soy bonita,

pero que muchos no compartirán su opinión y eso nos traerá sinsabores. Del mismo modo, en el fondo creo que soy tan digna de ser duquesa como cualquier otra, pero los demás no lo considerarán así. Que no seas capaz de entender por qué nadie comparte la admiración que sientes por mí es tan halagador como francamente exasperante.

—¡Por supuesto que no la entiendo! Estoy convencido de que cualquiera que se digne a hablar contigo cinco minutos entenderá por qué te hice mi esposa y se arrepentirá de no haber sido más rápido. Pero no, tú prefieres rendirte de antemano. ¿Por qué debes dejarles ganar?

—Te estás equivocando. La que gana retirándose de la partida soy yo —le sorprendió diciendo. El corazón se le rompió por segunda vez en la tarde—. Cartearme contigo, sentir tu afecto sincero y tu pasión; la travesura de ponerme celosa con Verity... Todo eso ha contribuido a que me dé cuenta de que merezco ser estimada, de que también yo he de hacer el esfuerzo de valorarme a mí misma. Es justo porque me quiero y me niego a hacerme daño que no pienso ponerme en una posición que sé a ciencia cierta que me hará infeliz.

»No es mi deseo que pases el resto de tu vida sufriendo vejaciones por mi culpa, con el riesgo que existe de que me desprecies a raíz de ello. Pero sobre todo, Sean —recalcó—, sobre todo no quiero seguir padeciendo de por vida el rechazo de los demás. Será inevitable que me miren con desconfianza en cualquiera que sea el lugar al que vaya, pero si llevo una vida humilde, al menos no estaré sometida al escrutinio de la alta sociedad. Y es esa paz la que necesito.

—¿Y la necesitas más que a mí? —musitó con la garganta apretada por las lágrimas que se esforzaba por ahogar.

Primrose contuvo el aliento para tratar de reprimir el llanto un poco más, solo un poco más, lo suficiente para que Sean no dudara de su determinación o creyese que aún podía convencerla. Pero por admirable que fuera su moderación, sus ojos cristalizados confirmaban lo que no podría expresar en voz alta si esperaba que él la dejase ir.

Tomó su rostro entre las manos e intentó transmitirle esperanza con su sonrisa.

—Te quiero más allá del sentido común, Sean —confesó con vehemencia—. Si no existieras, habría tenido que inventarte para sobrevivir. No me avergüenza ni me entristece decir que solo he sido feliz este tiempo que has estado a mi alrededor, porque no todo el mundo disfruta de esta suerte. Tu amor me ha hecho sentir que Dios me compensaba con creces la miseria que ha estado truncando mi paso por el mundo. Es justo por eso, porque te quiero, que no puedo condenarte a esto: ni a que renuncies a tu legítima herencia, la que te permitirá financiar tu vocación sin preocuparte de nada más, ni a que la recibas y un día te sorprendas casado con una mujer tan superada por el odio que recibe que no puede soportar ni que tú la mires.

Sean la agarró de las muñecas.

—¿No entiendes que te protegeré? ¿No me crees cuando lo digo?

Primrose sacudió la cabeza.

—El que no entiende y no cree eres tú, Sean. Tu padre tiene razón en que eres necio, pero eso se debe a que no has visto ni vivido lo que nosotros hemos tenido la mala suerte de testimoniar. Me tiraban piedras, ¿comprendes? —deletreó muy despacio, sosteniéndole la mirada—. Podrían haberme matado, y solo eran niños. Niños. Me perseguían para pegarme hasta que no me sentía las piernas. Me intentaron estrangular y me cortaron la trenza a los ocho años para humillarme. En la escuela nadie me dirigió la palabra hasta que Verity dio el primer paso; sin ella, habría tenido que hablar con las paredes para recordar que tenía voz. Me prohibieron entrar en una iglesia de Londres por mi aspecto. Me pusieron la zancadilla en mi puesta de largo, el día más importante en la vida de una mujer de cierta relevancia social. He oído a la gente decir que yo era hija del demonio; que tengo quemaduras y no manchas y que eso demuestra que nací de los

fuegos del infierno; que así es como mi diabólico padre me marcó. Los he oído decir que soy nauseabunda, repulsiva, que hay que ser valiente y tener estómago para mirarme. Ahora sé... sé, porque tú te deleitas en mi contemplación como si fuese un placer exquisito, porque siempre parece que no tienes ojos para nada más, que no soy nauseabunda ni repulsiva y que merezco respeto. Pero no podré seguir pensándolo si vuelvo a frecuentar determinados espacios. Me destruirán, ¿entiendes? Y te destruirán a ti. No puedo permitir ninguna de las dos cosas. Ni que arruinen lo que más quiero, ni que arruinen lo que más debería querer.

Primrose nunca le había descrito con pelos y señales las vejaciones a las que había estado sometida. Con toda seguridad no se las habría transmitido ni a sus propias amigas; la sombra de vergüenza en su semblante delataba hasta qué punto la habría humillado admitir su papel de víctima. Para él no resultaba bochornoso en lo absoluto, y, lejos de compadecerla, se llenó de un odio sobrehumano hacia los demás; un odio capaz de matar a un hombre si, como un veneno, no se drenaba a tiempo.

—Pues yo no pienso permitir que me abandones —determinó él, mirándola desde su altura con los puños crispados—, así que tenemos un conflicto de intereses. Pero no cuento con que lo resolvamos ni hoy, ni aquí.

Se agachó para cogerla en brazos y se la echó al hombro como un antiguo *highlander* a la novia de su elección.

Primrose lanzó un grito ahogado.

—¿Qué haces, Sean? ¡Bájame ahora mismo...!

Él la ignoró y arrancó a andar escaleras arriba para encerrarla en el dormitorio si llegara a ser necesario.

Aquellas primeras súplicas no fueron las únicas denuncias que la joven enunció en el camino hasta la habitación de su infancia, alcoba ahora vacía pero acondicionada para la ocasión de alojar a los recién casados. Sean cerró la puerta de una patada y se dirigió a la cama sin entretenerse.

La arrojó encima al tiempo que ella exclamaba:

—¡No seas tozudo y escúchame!

—No, me vas a escuchar tú a mí, mujer desesperante —le espetó en cuanto la tuvo tendida boca arriba sobre el colchón. Al ver que intentaba incorporarse, la frenó acorralándola entre los brazos y tendiéndose amenazadoramente sobre ella. Primrose lo miró con los ojos muy abiertos —. No puedes decirme que me amas y acto seguido que lo mejor es dejarme, porque lo único que me convencería de renunciar a ti es oír de tus labios que me desprecias. Y ni siquiera eso bastaría. En todo caso me convencería de dedicar mi vida entera a conquistarte.

—Sean... —musitó a punto de rendirse, inmóvil bajo su cuerpo.

Él la interrumpió besando la lágrima que había escapado de la comisura de su ojo. La atrapó antes de que se perdiera en la sien, ahí donde empezaba la melena recogida en un moño ahora desbaratado, y desde ese punto descendió al lóbulo de la oreja y a la línea natural de la mandíbula, que recorrió con los labios entreabiertos.

Primrose ya había empezado a respirar agitada cuando Sean terminó su seductora expedición en la punta de la nariz.

—Estábamos... discutiendo —protestó ella.

—*Estábamos*. Ahora estamos a punto de hacer el amor. Me parece que necesitas que alguien te recuerde una de las razones por las que pedir la nulidad sería una locura.

—Si me fuera, esto sería lo último que echaría de menos —se defendió en un arrebato de mojigatería.

—¿Ah, sí?

—Sí. No soy tan... superficial.

—¿Crees que hacer el amor es una cuestión superficial? No puede ser que estés pensando en abandonarme cuando ni siquiera has aprendido aún lo que significan o conllevan de verdad la pasión y el sexo.

—No digas esas palabras tan... vulgares.

—¿Por qué? —Entrecerró los ojos—. Una escritora debería familiarizarse con todos los términos y registros posibles. ¿Y si quisieras crear un personaje que no tiene respeto por nada?, ¿un desvergonzado?

—Pues lo llamaría Sean Connor —replicó con la voz entrecortada—, porque a la vista está que no respetas ni mi visión de futuro ni el modo en que deseo abordar el problema.

—¿De veras es así como deseas abordar el problema? ¿Me estás diciendo que, si no existiera otra salida, no tomarías ese camino diferente para no tener que renunciar a mí?

Primrose giró la cara, ofreciéndole una bonita perspectiva de su perfil y de su insufrible testarudez, en la que sin embargo se atisbaba una vulnerabilidad de la que podía valerse para convencerla. Obnubilado por su belleza, acentuada más si cabía por la melancolía que exudaban sus cartas —ahora encarnada en su mirada perdida—, recorrió con el dedo el relieve de la nariz y de los labios entreabiertos.

—Claro que tomaría un camino diferente —musitó—, pero no hay otra solución. El amor no lo puede todo, Sean..., ¿entiendes? El amor no es suficiente en todos los casos.

—Sí que lo es —rugió—. Y te lo voy a demostrar.

Se apoderó de sus labios en un descuido de Primrose, cuando abría la boca para seguir refunfuñando. No podía negarse que le gustara ese lado suyo que presentaba pelea cuando no estaba conforme; a diferencia de lo que todos a su alrededor habían pensado alguna vez, malinterpretando su moderación y su entrega a Dios, su mujer no era ni sumisa, ni desistía en sus empeños con facilidad. Pero sí estaba tan acostumbrada a que le pasaran por encima que ni se planteaba una realidad en la que podía ser feliz.

Ahí entraba la labor de Sean: demostrarle que se equivocaba al ceder a las presiones.

Tuvo que romper el beso y darle la vuelta con impaciencia para, sentado a horcajadas sobre ella, empezar a quitarle los corchetes del vestido, los lazos del corsé y la camisa; todo ese complejo de ropa interior que no hacía sino molestar. Pero incluso una tarea tan rutinaria y tediosa en apariencia como lo era desvestirla se convertía en un placer cuando se trataba de ella. Primrose era tan apasionada que con los quiebros de su cuerpo, con sus gemidos y con el modo en que se aferraba a las sábanas para reprimir escalofríos de puro gusto, hacía las delicias del hombre que insistía en dominarla.

Aun cuando el único dominado, sometido y muerto de amor era él.

Arrojó las prendas lo más lejos posible, como si temiera que al estar al alcance de su mano ella pudiera volver a ponérselas. Pero Primrose no había tardado en rendirse a la persuasión de sus labios, que le recorrieron la línea de la espalda y de los hombros con besos cuya huella acabó evocando, curiosamente, el símbolo de la cruz.

Sean se detuvo en la mancha que le cubría un omoplato. Recorrió con el dedo el borde que la delimitaba.

—Esta tiene forma de nube —susurró. Su aliento chocó con la suave piel de la muchacha, erizándola en el acto—, pero la de más abajo... —Deslizó la mano en dirección a sus nalgas. Cubrió el cachete izquierdo con una mano posesiva—. Esta de aquí... Esta de aquí parece un reloj de arena.

—Qué... qué... imaginación t-tienes.

—Chis... —la mandó callar apretando su carne tierna con los dedos. Sin quitarse aún los pantalones, presionó las ingles contra la hendidura entre sus nalgas para que notara la dureza de su entrepierna—. Hay otra en tu cintura que se va degradando para fundirse con el color marfil de tu piel, ¿lo sabías? Justo aquí —la rodeó a la altura en la que acababan las costillas y comenzaba la curvatura de la cadera—, donde me gusta poner la mano cuando te follo por detrás.

Primrose solo atinó a suspirar cuando él se bajó el pantalón para frotarse piel con piel. Si en algún momento se había mostrado remotamente en contra de hacer el amor allí y entonces, ella terminó de ceder elevando las nalgas en su dirección para sentirlo más pegado. Sean la complació colocando su miembro entre sus dos orificios y haciéndolo resbalar con suavidad hacia su sexo como preludio de lo que estaba a punto de suceder.

Pero esa noche no podría soportar no verle la cara cuando le hacía saber que hasta la peor de las catástrofes estaría justificada si a cambio se tenían el uno al otro. La giró cuando ya estaba temblando y jadeando descontrolada y se colocó a las puertas de sus piernas flexionadas.

—Alguien volcó una paleta de acuarelas sobre tu cuerpo, y ahora es un mapa que me indica dónde tengo que poner las manos —murmuró Sean, seducido por la visión de sus marcas. Posó la palma con los dedos estirados sobre la que se extendía sobre su vientre y la agarró por el muslo a la altura en la que aparecía una mancha más pequeña, una del tamaño de su mano—. Te crearon con instrucciones de uso para que yo, solo alguien que aprecia el arte, supiera orientarme. Yo y nadie más...

—Sean...

Pero no fue capaz de decir nada con sentido, solo de mirarlo con un ruego implícito. Obedeció el anhelo que hizo brillar sus ojos de un modo sobrenatural y cubrió el acceso a su interior con los dedos. Introdujo anular y corazón para tantear si estaba preparada, y se le escapó un gemido de placer y una media sonrisa orgullosa al confirmar que así era.

No la penetró enseguida. Se regaló el gusto de empaparse con sus fluidos masturbándola al ritmo que Primrose iba pidiendo con sacudidas de cadera. Se inclinó sobre ella y, apoyado sobre un codo de manera que sus rostros quedaran a la misma altura, aumentó la presión de los dedos en su interior.

—¿Sabes que es posible que ya estés embarazada de mí? —susurró contra su mejilla, húmeda por el sudor que empezaba a envolverlos—. ¿Cómo me vas a dejar con un niño mío en tus entrañas? ¿Un niño nuestro? ¿Le harías a él lo mismo que me hicieron a mí durante un tiempo? ¿Condenarlo a que lo llamen bastardo?

—No... Claro que no, yo... Oh, Sean.

Primrose giró la cabeza para besarlo con ansia animal, llevando por delante el movimiento frenético de una lengua que en muy poco tiempo había aprendido a volverlo loco. La indecencia criminal del beso, la clase de beso que solo podía darse cuando un hombre estaba dentro de una mujer, le distrajo de tal modo que se le olvidó seguir moviendo la mano y ella tuvo que apretarlo entre sus muslos para darle un toque de atención.

Sean sonrió, divertido con su lenguaje no verbal, y retomó las caricias doblando los dedos en su interior. No soltó sus labios, aun así, de manera que Primrose pudo probar una vez más que también ella sabía ocuparse con dos tareas a la vez: la de extasiarlo con su boca y su saliva, y la de cubrirle el miembro.

—Quiero un niño tuyo —le confesó entre gimoteos. Fue así, porque Sean no podía separarse para mirarla a la cara, como se dio cuenta de que se le habían saltado las lágrimas—. Quiero todo lo que puedas darme, Sean. Un embarazo nunca sería un problema para mí.

—¿Y por qué lo dices con tanta pena, eh? —la riñó—. ¿Es que todavía no te he convencido? ¿Todavía no te he sacado esas ideas estúpidas de la cabeza...? Dime que sí, por Dios; no sé si ahora mismo puedo pensar con la claridad necesaria para arrojar mis argumentos contra tu dura mollera.

Primrose respondió rodeándole el cuello con la mano para acercarlo de nuevo a sus labios. El beso fue lento y cálido, como lento y cálido sería el movimiento de los dedos con los que le rodeaba la erección. Sean se dejó llevar por su atractivo ritmo, que no se detuvo ni siquiera cuando el orgasmo de la masturbación la sacudió de arriba abajo. Pertinaz y apasionada como era, siguió concentrada, aunque temblorosa, en aproximarlo a la misma culminación. Pero él no lo permitió y, en un arrebato impaciente y temeroso por si el deseo lo cazaba antes de tiempo, se incorporó, le sujetó los muslos doblados a la altura de las rodillas y la penetró hasta la empuñadura.

Primrose estiró los brazos por encima de la cabeza, como si acabara de despertarse y necesitara recuperar la flexibilidad de los músculos, y emitió un suspiro entremezclado con un gemido tan gutural que Sean pensó que aquello había bastado para que el clímax la alcanzase de nuevo.

Empezó a moverse, primero incrédulo porque una mujer tan cristiana pudiera disfrutar de semejante manera de una actividad tildada de diabólica en algunas esferas, y después inspirado por su calor, por la visión de su figura envuelta en un sudor brillante que parecía una capa de seda transparente; por los labios entreabiertos, refulgentes por la saliva de los dos.

Un inesperado ramalazo de amor, la clase de amor impetuoso que venía acompañado por el miedo a perder, le instó a sujetarla con firmeza por la cintura y a rogarle.

—Dime que me quieres, Prim —le pidió él con la voz débil—, y que nada cambiará.

Primrose dejó que Sean arramplara con ella aumentando la intensidad de las embestidas manteniendo los brazos laxos sobre la cabeza. De este modo renunciaba a su fuerza, a su resistencia. Sean sintió que su cuerpo aguantaría para siempre la conclusión inevitable del clímax, que lo sostendría en un limbo eterno y doloroso, si no oía de sus labios las palabras detonadoras.

Le costó abrir los ojos tan solo una rendija para mirarlo, y más aún encontrar la voz en una garganta arrasada por los gemidos y la emoción.

—Te quiero. —Y sonó a juramento, el que tanto Sean como ella necesitaron para alcanzar el orgasmo con segundos de diferencia. Los segundos que tardó en hacer su promesa—: Te quiero y eso no cambiará jamás.

Capítulo 32

Sean resurgió del mundo de los sueños acuciado por las luces del amanecer, que entraron en su alcoba como si el cielo hubiera olvidado que seguía siendo invierno. Se incorporó con los ojos entrecerrados, molesto por la intensidad del resplandor. Con un antebrazo se cubrió la cara y con la mano contraria buscó a su lado el cuerpo cálido de Primrose.

Las sábanas frías fueron la primera advertencia de que algo no iba bien.

Siendo un hombre que se demoraba su tiempo en espabilar por las mañanas, fue asombroso que le tomara un segundo tomar conciencia con la realidad. Su mujer podía haberse levantado para lavarse la cara, para desayunar antes que los demás, para dar un paseo por la mansión; para reunirse con su padre, incluso, que tan en gracia le había caído. Pero Sean supo en lo más profundo de su corazón que no era ninguno de los casos evidentes, y se debía a una sencilla razón.

Si algo había aprendido, era que no resultaba tan fácil quitarle una idea de la cabeza a Primrose Insley.

Se incorporó a toda prisa, se vistió en tiempo récord y bajó las escaleras tropezándose con los propios pies y la chaqueta echada al hombro. No se había molestado en peinarse o lavarse la cara, un detalle del que su padre se percató nada más levantar la cabeza de la taza de té que a esas alturas parecía formar parte de su *attrezzo*.

Estaba solo.

—¿Silas sigue durmiendo? —fue lo primero que preguntó.

El duque torció el gesto, asqueado con su imperdonable falta de educación.

—Buenos días a ti también, Sean. Y no, no sigue durmiendo, como ya habrás comprobado tras pasar por su habitación. Dejó Henshawe House hace unas horas. Una lástima. Ese muchacho era una compañía estupenda —comentó antes de darle un sorbo a la taza—. Imagino que andas buscando a tu esposa y sospechabas que, mientras su hermano siguiera pululando por aquí, su ausencia se debería a una razón justificada.

No le quedó otro remedio que callar cuando Sean salvó el espacio que los separaba, lo agarró por la pechera del batín con escote en forma de uve y amenazó con levantarlo del suelo.

El duque no era un hombre menudo, pero su hijo no tenía nada que envidiarle en altura o corpulencia.

—¿Qué diablos le ha dicho para que huya en desbandada? —siseó entre dientes—. ¿Ha estado toda la noche susurrándoles al uno y al otro por qué abandonarme sería la opción lógica?

La antesala del primer enfado del que Sean habría sido testigo, esto en el caso de que se hubiese dignado a dejarlo fluir, hizo brillar los ojos azules de Maybourne.

—No me trates como si fuera estúpido —le advirtió—. Sabes muy bien por qué se ha ido; tan bien como que yo no he tenido nada que ver. Esa criatura vino aquí con las ideas muy claras.

—¡Pero tú no has sido de ninguna ayuda! ¡Si nos hubieras dado tus malditas bendiciones y hubieses cerrado el pico, no se habría marchado en mitad de la noche como una ladrona!

—Según el mozo de cuadras, se marcharon nada más empezó a clarear. —Se libró del zarandeo de Sean apenas empujándolo por el hombro y se arregló las arrugas de la bata con paciencia—. La muchacha tampoco es tonta. No iba a poner en peligro a su hermano viajando en plena nevada.

Sean retrocedió un paso, mareado, y, en busca de una respuesta que le sirviera para apaciguar el dolor de la traición, perdió la mirada al otro lado del ventanal.

Recostado sobre las montañas que colindaban con el este se alzaba el sol, una bola de fuego ahora blanca que indicaba que al menos le sacaban tres horas de ventaja.

—No se te ocurrirá salir en pos de ella, ¿verdad? Ha reafirmado su postura con claridad y concisión, y todo caballero que se precie de serlo ha de respetar las decisiones de una dama.

—No es una dama. Es mi dama —corrigió con un ladrido. Apuntó a su padre con el dedo—. Escúcheme bien, Maybourne. Usted me separó de mi madre siendo yo aún muy niño, cuando no podía defenderme; ahora es distinto. Ahora puedo y voy a hacer algo al respecto para que nada ni nadie me separe también de mi mujer. Ni siquiera sus condenados prejuicios.

—Quiérete un poco, Sean —bufó en tono despectivo. Volvió a sentarse ante su modesto desayuno y no lo miró mientras desmigaba un bollito espolvoreado de azúcar—. ¿Cuántas veces se ha burlado de ti esa mujer, eh? Silas tuvo las bondades de contarme la historia desde el principio en tanto que vosotros arreglabais vuestras diferencias, y, aunque sea interesante para una novelita de las que extasian al público femenino, no deja de ser humillante para el que la sufre. Fingió ser quien no era, te intentó ahuyentar en lugar de reconocer su error, y ahora se marcha sin decir nada. Acepta que esa muchacha, por interesante o única en su especie que sea, no es digna de ti porque no es digna de ningún hombre, y no estoy entrando en consideraciones físicas para señalarlo. Es un ataque contra el orgullo de quien la tenga cerca.

—Pasa usted por alto que el orgullo no significa nada para mí; no tanto como el amor o la tranquilidad de permanecer al lado de quien adoro —replicó sin ceder un ápice—. Y todo eso que ha dicho usted demuestra por qué no hay ni ha habido hombre adecuado para ella, puesto que requiere valor y paciencia ver más allá de un comportamiento errático y descubrir que proviene del miedo. No espero que un hombre que se ha casado tres veces por conveniencia lo comprenda.

Sean giró sobre los talones y se dirigió a la salida con una nueva determinación. Oyó que su padre lo llamaba con una mezcla de hastío y exasperación, pero no movió un solo dedo para detenerlo. El duque creía en el poder de la palabra; nadie le vería jamás cayendo en conductas vulgares que le exigieran emplear la violencia. Esto jugó en el favor de Sean en su propósito de escoger al caballo más rápido del establo y arrancar a cabalgar hacia el único lugar de Inglaterra donde podrían ayudarle a resolver de una vez por todas aquel entuerto.

No le importaba si lo recibían nada más llegar o si tenía que montar guardia a las puertas hasta que la máxima autoridad se dignara a escucharlo. Lo único que le importaba —que le quemaba, incluso—, era haber tardado tanto en concluir la forma más rápida y tajante de demostrarle a Primrose que su prioridad era ella.

En el viaje relámpago a Londres estuvo repitiendo para sus adentros la discusión de la noche anterior; la discusión que mantuvieron, también, la madrugada que supo por primera vez de su herencia. Recordó asimismo cuántas veces había expresado, ya fuera directa o indirectamente y mucho antes de conocerle en carne y hueso, que buscaba una vida tranquila y cómoda; no porque un espíritu antisocial la instara a permanecer alejada de la gente por el bien general, sino porque la clave de la paz mental para una persona con sus circunstancias era, por desgracia, el aislamiento.

Sean podría haberse enfurecido con ella por haberlo abandonado aun después de haberle prometido que lo quería y por todos y cada uno de sus intentos por alejarlo, pero ¿cómo iba a despreciarla por elegir por sí misma un futuro menos amargo y con mayor libertad?, ¿cómo iba a despreciarla por negarse a aceptar un destino que él le había impuesto hablándole del ducado

después de la boda, cuando ya no tenía escapatoria?, ¿cómo iba a despreciarla por haber aprendido por fin, después de veintidós años, que ella debía ser lo primero en su propia vida?

Seis horas y media alternando galopadas y cabalgadas bastaron para que Sean se hiciese cargo de su egoísmo. La había puesto contra la espada y la pared, y, para colmo había tenido el descaro de utilizar su amor como arma arrojadiza para exigirle que aceptara las nuevas condiciones que venían con estar casada con él.

«Si tanto me quieres, sé duquesa», le había dicho en realidad. «Si me amas de verdad, no te importará que el mundo entero te siga torturando con constantes vejaciones. Te darás por satisfecha con mi sola compañía».

Sean tendría que haber sido más inteligente y sensible que eso. Sobre todo porque, aunque él no lo comprendiese, aunque no quisiera verlo en algunos casos, había atestiguado tan solo la cima de la infame manera en la que la sociedad trataba a Primrose. Solo eso había resultado insoportable. Lo había presenciado incluso en la escuela, un entorno reducido y en teoría familiar en el que era apreciada. Había sido cómplice de ello a través de sus cartas, en las que contaba, escueta, a lo que la sometían sus compañeras. Se hablaba de muchachas con diecisiete, dieciocho y nunca más de veinte años que, por juventud y falta de experiencia, aún no deberían haber desarrollado las herramientas verbales que canalizarían su maldad.

Y, sin embargo, habían afilado sus colmillos a costa de Primrose.

Al final, comprendió, Primrose se estaba eligiendo a sí misma. Más allá de que creyera estar haciendo lo correcto por él y por su futuro, también estaba priorizando su bienestar propio.

Eso era una buena señal.

Era la señal que Sean había estado todo ese tiempo queriendo ver.

Por eso, si quería conservarla, debía ofrecerle algo más. Algo mejor.

Sean desmontó a las puertas del palacio de Buckingham. Le constaba que la reina no se había retirado a ninguna de sus propiedades a las afueras de Londres, rareza que se permitió interpretar como un favor otorgado por Dios mismo, quien estaba conforme con su decisión.

El portón estaba franqueado por una serie de soldados reales, todos ellos debidamente armados por si algún loco enamorado de su talla se planteaba escalar la verja con sus dos manos desnudas. Por loco y enamorado que fuera, sin embargo, tuvo que renunciar a su idea inicial y se limitó a persuadir a los guardias hasta que uno de ellos, aun receloso, accediera a conducirlo hasta el interior de palacio para pelear allí por una audiencia.

—La reina no lo recibirá —le advirtió por el camino, mirándolo de reojo—. Hoy no es día de visitas. De hecho, lo más probable es que esté disfrutando de su familia.

—Tengo que intentarlo.

El soldado sacudió la cabeza, convencido de que el invitado había perdido el juicio, y lo dejó a cargo del servicio de palacio. Si alguna vez le había cabido la menor duda sobre si la influencia de su padre era o no una exageración con la que gustaba de vanagloriarse, la resolvió esa misma tarde: lo único que le garantizó el acceso fue identificarse como hijo de Henshawe.

Por desgracia, esto no fue suficiente para que Su Majestad dejara lo que estaba haciendo, se agarrara las faldas y bajara a toda prisa para atender sus demandas.

Sean tomó asiento en uno de los bancos aterciopelados del pasillo principal, hecho a la idea de que esperaría, como mínimo, dos o tres horas. Pero fueron más de dos y más de tres, y lo supo porque ante él se alzaba un inmenso reloj de madera noble cuyo tictac estuvo a punto de volverle la cabeza del revés.

Se estaban cumpliendo las nueve de la noche, una hora muy tardía a la que la reina no habría recibido ni a su mismísimo asesor ante una situación de urgencia, cuando un elegante lacayo se

acercó para pedirle amablemente que abandonara las dependencias reales.

—Si no le molesta mi presencia, y creo que no debería porque no estoy haciendo ruido ni ocupo un espacio significativo para obstaculizar el trasiego del servicio, me quedaré un rato más.

El sirviente pestañeó cuatro veces seguidas.

—¿Un rato más, milord? ¿De cuánto estamos hablando?

—De lo que sea necesario hasta que Su Majestad tenga a bien hablar conmigo.

—Hace rato que la reina se ha retirado a sus aposentos.

—Entonces pasaré aquí la noche y esperaré a tener la suerte de que me reciba mañana.

—Milord, eso no va a ser posible. Por favor, abandone palacio por su propio pie o habré de tomar medidas drásticas que no nos gustarán a ninguno de los dos.

—Llevo aquí casi siete horas. Puedo esperar otras siete, y otras siete, y otras siete, y así hasta el infinito, señor. Y le recuerdo que no soy un molesto ciudadano de los bajos fondos. Soy el hijo del duque de Maybourne y el asunto que me ocupa es de relevancia gubernamental. Confío en que esto se lo habrá trasladado a Su Majestad.

—No con esas palabras, o me habría tomado la molestia de levantar la cabeza de la lectura que me entretenía para por lo menos arquear una ceja —intervino una voz femenina, mas no por ello dulce o delicada. Era la voz de una mujer que había tenido que obligarse a desprenderse de sus escrúpulos para asegurarse de que la escucharían a ella y solo a ella, ya estuviese en una habitación solitaria o en un salón lleno de gente—. Lord Sean Henshawe, si no me equivoco.

El aludido se levantó, como dictaba el decoro, y avanzó un paso para orientar su reverencia al extremo del pasillo por donde la reina había aparecido escoltada.

Llevaba un vestido sencillo pero de confección exquisita, la clase de prenda que una mujer de su importancia luciría solo durante las tardes de ocio que compartiera con sus hijos. Se había echado un chal sobre los hombros, que abrazaba contra el pecho en un gesto que en cualquier otra dama habría parecido un colmo de santurronería. No así en ella, que, pese a su reducida estatura y la lozanía de los veinticinco años, infundía tal respeto que, durante un efímero pero significativo instante, Sean se avergonzó de haber osado insistir.

—Su Majestad.

—Acompáñeme —le ordenó, y se dio media vuelta.

Caminaron un total de diez, quince pasos, hasta que su escolta se adelantó para abrir la puerta de un modesto saloncito. La reina entró primero y se puso cómoda en un sillón que perfectamente podría haber sustraído de Arlington Abbey, sencillo pero de buena calidad, y Sean, tras interpretar como una sugerencia su gesto hacia el butacón de enfrente, la encaró con el cuerpo tenso y las manos rígidas sobre los reposabrazos.

Victoria lo atravesó con una mirada que habría dejado en paños menores la fiera frialdad de su padre, esa que tanto solía temer de niño. Tenía los ojos grandes y saltones, una cualidad despreciada en rostros mediocres y que podía ser objeto de burla de los niños más creativos: «ojos de pescado», «mirada panorámica», «la persona eternamente sorprendida». Pero irradiaban la tonalidad de azul que Dios debió concebir en su origen, un azul sin paliativos; un azul aterrador. La sabiduría heredada de los grandes reyes, incluso venida del futuro, los había dotado de una fortaleza intimidante. No solo parecía saber qué estaba a punto de ocurrir, sino que poseía el poder y la ambición de tornar glorioso todo aquello que tocase.

—El príncipe Alberto me ha comentado esta tarde que un hombre que promete esperar días y días sentado en un pasillo es un hombre con una determinación que merece reconocimiento. A mi parecer, sin embargo —continuó con aire indiferente—, un hombre así descrito es un auténtico necio; un hombre que no conoce su lugar. Si me he dignado a venir hasta aquí, es

porque no puedo permitir que el heredero del ducado de Maybourne se humille a sí mismo ante la corte. Aquí la gente habla, y lo último que necesita un duque es que se le tilde de insolente u obtuso.

—Me disculpo por mi vergonzosa actitud, majestad, pero no mentía cuando decía que un asunto que la atañe me ha traído hasta aquí —respondió con tiento.

Pese a mantener con ella una amistad, el duque nunca se había dignado a hablarle a su hijo del carácter de la reina. No tenía idea de cuál era el modo correcto de proceder.

Ante la duda, lo mejor era mostrarse solícito y humilde.

—¿Y no podía peinarse antes de venir a contarme de qué se trata? —le reprochó con una mueca desdeñosa.

Sean esbozó una sonrisa cansada.

Ahora entendía por qué Maybourne y ella habían hecho buenas migas.

—Supongo que no puedo evitar ser un maleducado y un desaseado; a fin de cuentas, y con independencia de quién sea mi padre, sangre vulgar de granjera irlandesa corre por mis venas.

Había esperado una reacción desproporcionada viniendo de la reina, pero nada más lejos de la realidad.

Victoria solo arqueó las cejas negras.

—No me diga que ha recorrido todo el camino de Henshawe House hasta el palacio de Buckingham para confesarme que nació fruto de una relación ilícita. Estoy al tanto de su bastardía desde mucho antes de que usted conociera el significado del término, caballero.

—¿Cómo? —fue lo único que atinó a preguntar.

Victoria suspiró con hastiada incredulidad, incapaz de creerse que la hubiesen arrancado de sus planes ociosos por una cuestión de tamaña insignificancia.

—A diferencia de lo que está demostrando con su comportamiento, su padre es un hombre prudente y que conoce sus limitaciones. Habría abusado de su poder, y lo que es peor, habría cometido un grave error tomando a la monarquía por necia, si le hubiera hecho pasar por su hijo legítimo sin previo consentimiento de la Corona.

—¿Usted dio su consentimiento en persona para... para... que yo sea duque?

—No sea estúpido —le espetó—. Yo apenas estaba naciendo cuando se tomó semejante decisión. Fue el príncipe regente y posterior rey de Inglaterra, George IV, el que acordó con su padre que, a falta de heredero legítimo, usted sería heredero del ducado. Por lo que sé, pues me informé al respecto nada más ascender al trono, les tomó largas horas de negociación; horas que me pesan incluso a mí hoy día.

»Sabrá que Maybourne fue incapaz de engendrar hijos legítimos con sus múltiples esposas —recalcó. A punto estuvo Sean de reírse; la reina era de la misma opinión que él sobre la idea de casarse más de una vez—, pero con Eileen Connor tuvo suerte a la primera. Por eso, cuando usted tenía tres años y su padre estaba camino de enviudar por segunda vez, se le invitó a educarse en Henshawe House por si acaso la tercera y última duquesa no lograba concebir... el que mucho me temo que fue el caso.

—¿No fue mi padre quien decidió nombrarme heredero?

—Su padre se presentó bajo este mismo techo un buen día, aunque con previa solicitud —no perdió la ocasión de apostillar—, y, en un acceso de locura vesánica que todavía me trastorna imaginar, sugirió el disparate de desposar a Eileen Connor para que su hijo, usted, fuera oficialmente legítimo. El rey no tardó en ponerlo en su sitio, como era menester, pero cedió a la idea de darle a usted un futuro. El título habría caído en manos de un Henshawe lejano, alguno de sus primos segundos, lo desconozco; alguien que desde luego no hemos tratado en la corte y

que habríamos de seguir de cerca y estudiar con detalle para determinar si sería digno del honor ducal. La cuestión es que, conductas lascivas aparte, su padre posee unos dones naturales irrepetibles. Nació para ostentar el título, y aquí creemos que lo que hace un buen aristócrata es su instrucción. El rey decidió que, mientras le inculcase a su criatura los mismos valores de los que él hacía alarde, no habría inconveniente.

«Sugirió el disparate de desposar a Eileen Connor», repitió para sus adentros.

Sean necesitó unos minutos para asimilar lo que acababa de oír. Trajo a su mente la discusión más reciente con el duque, cuando acusó a Sean de necio por plantear que pudiera haberse casado con su madre.

Si él mismo lo había propuesto un par de décadas atrás, ¿por qué lo había tratado de loco? ¿Le habían lavado la cabeza a su padre? ¿Se estaba engañando a sí mismo...?

Se obligó a centrarse en lo que había ido a hacer allí. Inspiró hondo y cuadró los hombros para transmitir al menos una imagen de decencia y virtuosismo que no echara por tierra los esfuerzos del duque.

—Intuyo con lo que me dice que no está satisfecha con el modo en que se solucionó el problema de fertilidad o bien compatibilidad de las tres duquesas.

—No lo estoy en absoluto —sentenció—. Que un bastardo entre a formar parte de la nobleza es una vergüenza nacional, y, si llegara a saberse, afectaría a mi reinado de forma directa. Pero es la decisión que tomó uno de mis predecesores y, por más que respete la institución matrimonial y los principios cristianos, he de respetar aún más el legado de la monarquía.

—Comprensible —respondió sin ofenderse. La indignación de la reina en lo que al asunto respectaba era el perfecto vehículo hacia su liberación—. ¿Qué me diría, entonces, si le confieso estar dispuesto a renunciar a tal honor?

—Le diría que un ducado no es algo que un hombre pueda rechazar como quien se niega a probar un pastelito, y que lo hecho, hecho está.

—Majestad —replicó enseguida, mirándola a los ojos. Arrastró las caderas hacia el borde del asiento y apoyó los codos sobre los muslos para hablarle de un modo más cercano—. Mi padre aún tiene cuarenta y dos años. No es un hombre joven, pero aún queda mucho tiempo para que la senectud le esterilice, y gracias a su estatus podría encontrar fácilmente una esposa que le diera un heredero. Cierto es que, si nos atenemos a la estadística, parece que dejándolo en sus manos estaríamos tentando a la suerte más de la cuenta. Aun así, debe de haber alguna viuda con un hijo, prueba de su fertilidad, que reconozca el valor de contar con la protección de un duque y esté dispuesta a volver a pasar por la maternidad... o bien alguna dama lo bastante joven para alumbrar a su hijo legítimo. No estaría pisoteando el legado del rey George IV si compeliera a mi padre a casarse de nuevo, Su Majestad, y a mí no me perdería como alternativa. Estaría, digamos, convirtiéndome en un plan secundario por si el más conveniente fracasara de nuevo.

La reina lo había estado escuchando sin pestañear, tan inmóvil en su trono improvisado que daba la impresión de que hubiera pronunciado las palabras de un hechizo de petrificación. Aún necesitó unos segundos de silencio después de oír la propuesta para meditar, reflexión tras la cual la sobrevino una duda comprensible.

—¿Por qué el hijo de una humilde granjera tendría tanta prisa por librarse de una herencia por la que cualquier hombre en su situación llegaría a matar?

—Como usted bien ha señalado, majestad, soy el hijo de una humilde granjera. Me crie en una mansión y me llevaron entre algodones mientras completé mi educación, eso es cierto. Soy consciente de que lo lógico habría sido que me acostumbrara a lo bueno y no a lo precario. Pero mi decisión a los dieciocho fue regresar a la vida de campo, a la vida modesta, y fue ahí donde

me sentí verdaderamente realizado. Sé que mis sentimientos no importan a la hora de tomar una determinación tan trascendental como lo es el nombramiento de un futuro duque; por eso la he eximido de atender a un alegato emocional. Pero si quiere contemplar también mis razones personales, he de confesar que lo hago, sobre todo, por mi esposa.

—¿Esposa? —Abrió los ojos—. ¿Con quién se ha casado?

—Con la señorita Primrose Insley.

La reina se enderezó como si le hubiese nombrado un monstruo de mitología.

—La señorita Primrose Insley, para colmo —jadeó, anonadada—. Asumo que su padre no fue tan estúpido como para dar sus bendiciones.

—Nos casamos una madrugada en la iglesia de San Martín, con el honorable Harding Wargrave como testigo, después de pagarle una generosa suma al vicario.

—No se publicaron amonestaciones ni hubo invitados, entonces —dijo para sí misma—. Podrá anularse sin problemas.

—Podría, sí —cabeceó, tratando de contener el deseo de arrojar un puñetazo—, pero apuesto a que una reina conocida por ser temerosa de Dios y por cumplir a rajatabla los mandatos divinos y eclesiásticos preferiría no incurrir en actividades tramposas que burlaran un sacramento tan sagrado como lo es el del matrimonio.

Se había arriesgado a recibir una amonestación, y eso como mínimo, al atreverse a insinuarle una orden a la mismísima reina. Pero ella debía de estar muy conforme con sus palabras, muy conforme con las razones que lo habían traído hasta allí y, sobre todo, debía de estar frotándose las manos con la oportunidad que se le había presentado para enmendar el daño de uno de sus predecesores, porque solo tomó aire.

—¿Su esposa no quiere ser duquesa? —inquirió con voz queda—. Puedo figurarme por qué. Llevo años viendo desfilar ante mis ojos a toda suerte de jovencitas vestidas de blanco, y su esposa es una de las pocas caras que se quedaron grabadas en mi pensamiento. Una mujer elegante y virtuosa como pocas, pero lamentablemente atravesada por la mala suerte.

—He sido nombrado marido antes que duque —le dijo Sean—. Por eso priorizo mis deberes conyugales, entre ellos el de proteger y garantizar la felicidad de mi esposa, mucho antes que ningún privilegio ducal. Sé que usted me comprende a un nivel visceral: no es un secreto que ama al príncipe Alberto, y que si tuviera que elegir entre su reino y él...

—Elegiría a mi reino —le interrumpió con frialdad—, y no ose volver a insinuar lo contrario o no solo no satisfaré su deseo, sino que lo mandaré encerrar por injurias a la Corona.

Había sonado sincera al replicarle, pero Sean supo que mentía porque reconocería las mínimas expresiones de una mujer enamorada en cualquier parte. La reina debía mantener el tipo y no permitir que se cuestionara su entera devoción a sus súbditos. Sin embargo, seguía siendo una persona de carne y hueso que sentía y padecía. Y ella sentía y padecía por su marido como muchos de los miembros de la casa Hannover lo habían hecho, a menudo con consecuencias devastadoras, por sus familiares: no en vano se había dicho siempre, fuera cierto o fuese falso, que George III enloqueció tras perder a su hija, la princesa Amelia.

—Perdóneme, majestad —dijo Sean, y agachó la cabeza en señal de abnegación.

La reina se puso en pie. Creyendo que su intención era marcharse sin decir palabra, desestimando de la forma más sencilla su petición, Sean se quedó sin aire y a punto estuvo de retenerla como habría retenido a una niña rebelde. Pero Victoria se alisó las arrugas de la falda antes de buscar su mirada, iluminada por la decisión definitiva.

—El duque de Maybourne se casará una última vez y engendrará un heredero sano y legítimo. Si esto no sucediera en el transcurso de lo que le reste de vida, volverá usted a presentarse en este

mismo palacio, en esta ocasión acompañado de su padre, para que volvamos a debatir un modo de abordar el asunto de la sucesión. Hasta entonces, evitará confundir a la alta sociedad con su presencia en *soirées* y eventos públicos: se retirará al campo, a una casa modesta pero con todas las comodidades que yo misma le facilitaré, donde vivirá con su esposa y se presentará a sus vecinos con el apellido de su madre. —Hizo una pausa para paladear sus palabras. La expresión solemne de la monarca fue sustituida por una chispa de curiosidad, como si, de pronto, hubiera regresado a su cuerpo el alma de la mujer, cuerpo en el que no podía habitar la reina al mismo tiempo—. Si no quiere ser duque, será un bastardo de por vida. Es usted consciente, ¿verdad? Es consciente de las implicaciones que eso tiene, del modo en que algunos estratos sociales le tratarán.

—Además de proteger y hacer feliz a mi mujer, creo que mi obligación es esforzarme por comprenderla —respondió con sencillez—. Si sufrir únicamente la mitad de lo que ella ha padecido todo este tiempo me acercará más a su corazón, será para mí no solo un intercambio justo, sino un honor.

Capítulo 33

—¿Por qué no hemos esperado a Sean?

Eso fue lo primero que Silas había preguntado en cuanto el carruaje se puso en marcha. Lo había mencionado antes de prepararse siquiera para un trayecto cuyo destino desconocía. Estaba demasiado adormilado por la noche que había pasado en vela departiendo con el duque como para teorizar sobre el propósito detrás del viaje relámpago.

—Porque considerando el modo en que le habló ayer a su propio padre —contestó Primrose con la mirada perdida al otro lado de la ventanilla—, me puedo hacer una idea de cómo trató a los Insley cuando los visitó. No me gustaría que los amenazara o violentase de nuevo, y, para colmo, el día que por fin me decido a dar la cara.

Silas había dado un respingo en el asiento.

Huelga decir que el sueño se le pasó en un instante.

—¿Cómo? ¿Vamos a ir a ca... a Waverley? —se corrigió enseguida, furioso porque su cerebro aún asociara a los Insley con su hogar—. ¿Por qué?

—Porque ayer dijiste muy convencido que no pretendías volver a verlos en tu vida y eso me alarmó. Veo que no estaba equivocada al poner el grito en el cielo; el odio te tiene prisionero, tanto así que no puedes ni referirte a la que es tu casa como tal —le explicó con calma, calma necesaria para convencer a Silas de no abrir la portezuela y arrojarse del coche en marcha—. Tienes que volver, Bug —añadió en un tono más afectuoso, y lo acompañó de una mirada benévola—. Y yo también he de pasar por allí para que al menos oigan lo que pienso sobre lo que nos han hecho.

—¡Eso mismo, Prim! —había exclamado él, alterado. Todavía tenía el cabello revuelto y los ojos vidriosos, un aspecto de pilluelo con el que costaba tomarlo en serio—. ¡Lo que nos han hecho! ¡A los dos! ¡A ti y a mí! ¡Lo has expresado a las mil maravillas! ¿Qué te ha hecho pensar que querría acompañarte?

—¿Que me aprecias y tienes el mismo interés en recuperar el tiempo perdido que yo? —probó de buen humor. Al ver que su hermano no cedía, suspiró—. Nada. Nada me ha hecho pensar que querrías acompañarme. Me consta que pretendes cortar relación con ellos para siempre. Ya de niño eras testarudo a rabiar, tu hermana mayor también lo es por herencia paterna y, por lo que he observado estos días, tu yo adulto no se ha librado de adolecer de ese defecto: no me ha costado concluir que, si no medio entre vosotros, tendrás la audacia de retirarles el saludo.

—¡Y que se den con un canto en los dientes si además no rechazo su herencia o la acepto para hundirles el negocio! —rugió, furioso—. ¡Nuestros padres son gentuza, Prim! ¡De la peor calaña!

La aludida se quedó helada en el sitio, sobrecogida por el odio apasionado que arrasó a su hermano. Llegó a trastocar la dulzura de sus rasgos hasta tal punto que fue como si el tiempo, aliado con el furor de su sentimiento, le hubiera permitido ver cómo sería de mayor: un hombre carcomido por la amargura del rencor. Silas podía ser un muchacho jovial y bromista, como había demostrado desde su reencuentro, pero no olvidaba una afrenta.

—Sería justo que yo dijera eso —replicó Primrose, tratando de mantener la compostura—. Tú no, Silas. Lo que te han ocultado, la mentira que te contaron, no tiene perdón de Dios —agregó antes de que le hiciera un justo reproche—, pero has de ver la situación desde su punto de vista y

entender que te alejaron de mí por tu bien. Entonces aún tenías cuatro años; dieron por hecho que me olvidarías, que no sufrirías al saberme muerta.

—Se equivocaron terriblemente —masculló entre dientes.

—Sí, se equivocaron —le concedió con benevolencia—, pero no podían saber que lo harían. Los niños de cuatro años no suelen tener la magnífica memoria de la que tú fardas, Silas, y se volcaron tanto en tu educación y en garantizar tu felicidad que, aun a pesar de mi ausencia, has disfrutado de una vida apacible..., ¿me equivoco? Eso ha sido obra de los Insley, que se ocuparon en persona de que tenías cuanto necesitabas para no echarme de menos.

—A ver si lo he entendido bien, Primrose —respondió tras unos tensos segundos, empleando un tono severo que no le había oído. Era la primera vez que la llamaba por su nombre y no por su diminutivo—. Lo que vienes a decirme es que no son despreciables porque se ocuparon de distraerme para que no viera lo que habían hecho; porque trataron de arreglar un daño del que no habrían tenido que preocuparse si no me lo hubiesen infligido en primer lugar.

—Eso no es...

—No me puedo creer que estés justificando sus deplorables actos. —Meneó la cabeza, reprobador—. Precisamente tú, que has sufrido en tus carnes lo miserables que pueden llegar a ser.

—Silas —insistió en tono cansino—, no voy a negar que como seres humanos dejen mucho que desear. Aunque haya querido predicar con los valores cuáqueros atribuyéndole unas bondades únicas y especiales a cada ser humano, la vida me ha demostrado que hay personas desalmadas, capaces de actos despiadados; que no todo es perdonable, y que el hecho de no perdonarlo no nos hace ni peores cristianos ni más esclavos de nuestros rencores.

—¿Entonces? —se desesperó Silas—. ¿Por qué me llevas con ellos? ¿Es que ya te has cansado de mí? ¿O acaso me deseas lo peor?

«Tan dramático como cuando era niño», pensó Primrose, manteniendo a raya una sonrisa inadecuada. «Antes rompía a llorar a la menor oportunidad para llamar la atención; ahora hace lo mismo a través de las palabras».

—¿Cansarme de ti? —Se inclinó hacia delante para cogerlo de las manos. El inminente reencuentro y el shock se las habían helado—. Nada me haría más feliz que recuperar el tiempo perdido teniéndote a mi lado para siempre; que vivieras conmigo y con Sean, que vieras nacer a mis hijos, que fueras su tío querido con pleno derecho acompañándolos desde la infancia. Pero no puedo ni voy a permitir que mis rencores envenenen el afecto que debes sentir por tus padres. Porque sé que los quieres todavía, Silas, y sé que será inevitable que los quieras para siempre.

Él apartó las manos con gesto contrariado, molesto porque su hermana hubiese dado en el clavo y sobre todo avergonzado consigo mismo porque la traición no hubiera matado sus sentimientos de un solo y certero golpe.

—Eso no significa que deba regresar con ellos, perdonarlos o actuar como si nada hubiera sucedido, cuando es *todo* lo que ha sucedido. Ha sucedido que estás viva, que me han mentido, que han sido infames contigo, que han tratado de negarte incluso cuando el engaño ya había sido revelado. ¿O eso es lo que esperas de mí?, ¿que vuelva como el hijo pródigo y los abrace?

—Quiero para ti lo mismo que para mí: que tengas la oportunidad de expresarles lo que piensas y sientes, y que los escuches a ellos antes de tomar una decisión tan determinante como lo es proclamarse huérfano.

Silas apretó los labios y desvió la mirada hacia el paisaje. Se había abrazado los codos para recalcar físicamente que se había cerrado al perdón.

—¿Tú los disculparías? —preguntó al cabo de un rato.

—No. De todas las cosas que podrían haberme hecho... Bueno, siendo justos, de todas las cosas *que me han hecho,* porque no se dejaron ni una por hacer —se corrigió a regañadientes, todavía desacostumbrada a dar mala fama a sus padres—, negarme el placer de atestiguar tu crecimiento es lo único que jamás les perdonaré. Puedo entender que tu sentir respecto a la mentira sea similar. Pero merecen saber a dónde vas, qué quieres y si pueden esperar de ti una mínima cortesía.

Silas abrió la boca para replicar, pero acabó negando con la cabeza y sumiéndose en un terco silencio propio de los niños berrinchudos. Se hizo un ovillo contra la pared del carruaje recogiendo las piernas y cruzando del todo los brazos, y se perdió en sus pensamientos mirando al horizonte.

—Sean debería haber venido —masculló al cabo de unos minutos—. Ahora que he asimilado lo que ha sucedido, me habría encantado verle poner de nuevo en su sitio a los Insley, solo que esta vez gozándome la escena.

—No permitas que el rencor amargue tu corazón, Bug.

—No lo permitiré —le concedió con una mirada hastiada—, pero puedo regocijarme un poco en la venganza, ¿no? Y antes de que digas nada, ya sé que eso tampoco es cristiano. Por eso a lo mejor debería convertirme al Islam —sentenció con seriedad.

—No digas tonterías.

—O al catolicismo —meditó en voz alta—. Los franceses son católicos, ¿no?

—Habrá de todo, imagino..., pero sí, mayoritariamente sí. —Arrugó el ceño, extrañada—. ¿Por qué lo dices?

—Por si alguna vez me enamoro de una francesa.

—¿Por qué te ibas a enamorar de una francesa? ¿Pretendes viajar al continente pronto?

—Los jóvenes con un futuro prometedor lo hacen cuando terminan la universidad, y no creo que nuestros padres tengan el descaro de desheredarme después de lo que nos han hecho. En todo caso deberían permitirme disponer ya de mi fortuna para dilapidarla si quisiera, como forma de compensación por daños y perjuicios.

—Daños y perjuicios —repitió, divertida—. No me digas que esperas ser abogado.

—Yo no sé qué espero ser. Solo sé que me voy a hacer católico por si acaso.

—Silas...

—¿Qué? Tú te hiciste cuáquera. Cada uno que le rece al dios que más le guste.

Del tema de conversación delicado pasaron a charlar de naderías, a cada cuál más interesante gracias a las desternillantes apreciaciones de Silas y a su curiosa manera de ver la vida.

Primrose no habría podido odiar a sus padres ni aunque hubiese querido, ni aunque lo hubiese intentado con todas sus fuerzas. Habían educado a un adolescente risueño, feliz y al que no le daba ningún miedo ser quien era. Solo por eso les estaría agradecida de por vida.

Un rato después, la verja de la vivienda de los Insley se alzaba ante ellos.

Algo que antaño se le habían antojado las puertas del infierno no le parecía más que la historiada valla de una familia con dinero para pintar y barnizar cada primavera. Los años en Arlington Abbey le habían servido para desvincularse de una familia que nunca dejó de hacerle sentir que no debería haber nacido. Primrose excomulgó a los Insley de su corazón y recuperó todo ese amor no correspondido para sanarlo y dárselo a quienes sí lo merecían: sus maestras y amigas.

Y, ahora, a Sean.

—Vamos —invitó a Silas a pasar. Su hermano la cogió de la mano en un arrebato, y fue entonces cuando se giró y vio que había palidecido.

Comprendió que había hecho lo correcto al exponerlo a un reencuentro. Cuanto antes se enfrentara al daño que le habían procurado y hallara el desahogo, antes podría superarlo.

No fue necesario que llamaran a la puerta. La señora Insley había estado asomada al ventanal del salón principal y había reconocido la figura de su hijo menor; su único hijo, de acuerdo a su concepción de la familia. No había tardado en levantarse como un resorte y echar a correr hacia el exterior para recibirlo.

Fue la primera vez que Primrose presenció un arrebato emocional viniendo de su madre, que siempre le pareció una criatura de sangre fría.

—¡Bug! —exclamó en la carrera hacia la verja. Se tropezó con sus propios pies y estuvo a punto de caer de bruces, y el chal de lana se le voló por obra de una ráfaga malintencionada. No perdió tiempo recogiéndolo y se arrojó sobre su hijo pequeño, al que atrapó en un abrazo apretado—. Bug... Oh, mi niño... —balbuceaba entre sollozos—. Sabía que volverías.

—Ah, ¿lo sabía? Pues yo no he tenido idea hasta esta mañana, cuando mi hermana —recalcó con clara intencionalidad— me ha engañado para subirme a un carruaje y solo ha confesado que pretendía traerme hasta aquí cuando llevábamos media hora de trayecto. Entonces no iba a arrojarme del coche en marcha; perder la vida por usted o alguna de sus infames causas no es algo que tenga previsto.

La señora Insley dio un paso atrás y, como si en lugar de mencionar a Primrose hubiese señalado que le acompañaba un monstruo de tres cabezas, fue girando la cabeza muy despacio.

Pensó que volver a hallarse en presencia de su madre la haría romper a llorar, pero no sintió nada, como nada sintió la propia señora Insley, al intercambiar miradas después de más de una década.

—Te lo agradezco —fue lo primero que le dijo, como si hablara con una amable desconocida ante la que no le quedaba más remedio que agachar la cabeza—. Te agradezco que me lo hayas devuelto.

—No pretendo «devolvérselo» porque Silas no es un vestido que me haya prestado —respondió Primrose en tono neutro—. Tiene voluntad propia y la ejercerá para tomar la decisión que mejor le convenga. Si desea volver conmigo, vivir conmigo, no se lo impediré, y es más: será más que bienvenido.

La señora Insley se enderezó como si acabara de caer en la cuenta de que se hallaba frente a un enemigo al que no convenía subestimar.

Miró a Primrose de arriba abajo, mas no con el propósito de cerciorarse de que los últimos trece años le habían sentado bien.

—Un hombre se presentó en esta casa hace unos días y proclamó que, además de tu marido, era el futuro duque de Maybourne. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—En ese caso, supongo que no será un problema que Silas te visite —se resignó a decir—. Que se codee con un noble de alto rango beneficiará su reputación y sus relaciones sociales.

—No voy a visitarla —replicó Silas entre dientes, al borde de un estallido colérico. Lo anticipaba el rubor en las orejas, el mismo que a Primrose solía delatar—. Voy a vivir con ella cuando no esté en la universidad. ¿Entiendes lo que te digo, Rosalie? —recalcó. La mujer palideció al oír su nombre propio en los labios de su adorado benjamín—. Me seguiré educando para heredar Insley & Dahl, como es mi deber y mi derecho, pero no quiero saber nada de vosotros. Creo que Prim ha propuesto esta desafortunada excursión porque pretende decirles un par de cosas, por lo que no seré yo quien le quite el gusto poniéndose sus palabras en la boca. Aun así, algo sí deseo decir en mi nombre, y es que espero que no pensarais ni por un instante

que vuestros actos quedarían impunes. Si mi hermana no les importa lo suficiente como para que su opinión sobre la imperdonable fechoría les afecte, permitid que sean mi silencio, mi ausencia y mi frialdad el castigo bíblico por vuestra vileza.

»Ahora entraré a recoger mis pertenencias y a despedirme del servicio de la casa. Espero que no se te ocurra volver a dirigirme la palabra cuando salga —concluyó sin alterarse un ápice. Se deshizo del amarre de su madre con un aspaviento desdeñoso y la rodeó como si fuera una molesta piedra en el camino.

Primrose no supo quién de las dos reaccionó peor, si la señora Insley o ella.

Lo siguió con la mirada sin poder ocultar su admiración. Aunque podía iluminar un pabellón con su sonrisa con hoyuelos por chispeante y por coqueta, Dios le había otorgado también un lado flemático y crudo como el invierno. El que le correspondía a él para defenderse de las injusticias, sí, pero también el que le correspondía a ella, porque Primrose jamás podría soñar con exteriorizar un desapego tan verosímil en presencia de quienes la habían herido.

La señora Insley se quedó tan devastada que no osó moverse pese a que lo lógico habría sido perseguirlo para rogar su perdón. Primrose aprovechó su oportunidad para respirar hondo, mas no llegó a pronunciar palabra.

Su madre se adelantó con el rostro sombrío por la clase de emoción que solo podía provocar un desprecio heredado de una antigua vida.

—Le has envenenado. Lo has puesto en nuestra contra —siseó—. A mi hijo... A mi pequeño... Esa es tu venganza, ¿no es así? De este modo nos pagas que te hayamos costeado los estudios, la ropa que te pones y hasta la puesta de largo que nunca te mereciste; una puesta de largo que de todos modos fue un fracaso estrepitoso. Hija del demonio... —siguió masculllando—. Solo me consuela saber que algún día Dios ajustará cuentas contigo y te dará lo que mereces.

Le habría gustado sorprenderse con el arrebato vehemente de su madre, pero si Primrose ya había estado curada de espanto a los nueve años, transitando la segunda década de su existencia se alzaba ya inmune a cualquier insulto.

—Si con que «me dará lo que merezco» se refiere a un sufrimiento intolerable, no se preocupe, señora Insley; Dios ya me ha permitido disfrutarlo en su máximo esplendor en vida. Tanto así que creo que, para cuando me muera, no quedará dolor que experimentar.

—¡Estúpida victimista! —ladró ella con los ojos enrojecidos de rabia y dolor—. ¡Qué vas a saber tú de sufrimientos intolerables, si no has perdido a tu propio hijo!

Primrose le sostuvo la mirada sin pestañear, sin amilanarse, sin tartamudear.

—Si lo hubiese perdido debido a mis propias acciones, como mínimo tendría la decencia de asumir mi culpa y no apuntar a terceros con el dedo. Silas está aquí porque se me ocurrió que le gustaría solucionar sus diferencias con su familia, pero ahora veo que me equivocaba y él ha sido más inteligente que yo previendo que esto carece de arreglo.

Comprendiendo que no le serviría de nada expresarse y que en realidad no necesitaba desahogar ningún sentimiento de traición o injusticia ante seres ajenos a su dolor, seres a los que no se podía hacer entrar en razón, decidió regresar al carruaje. Pero la señora Insley la detuvo agarrándola del brazo, ejerciendo una fuerza sorprendente viniendo de una mujer tan pequeña.

—¡No te atrevas a darme la espalda! ¿Quién te has creído que eres? ¿Quién eres tú para robarme a mi pequeño?, ¿para destruir los cimientos de mi casa? ¡Si hubiera sabido lo que harías, si hubiera sabido lo que serías, te habría abortado aunque en el proceso hubiese tenido que matarme a mí!

Primrose la miró por encima del hombro con gesto indolente, aunque sintió que algo dentro de ella terminaba de desprenderse definitivamente.

El último vestigio de esperanza, ahora envenenado por el odio de la madre.

—Sí, algo así tengo entendido, señora Insley. No es la primera vez que tiene usted la bondad de señalarlo. —Inspiró hondo y se aseguró de que la miraba a los ojos al decirle—: Lástima que me trajo al mundo y, gracias a eso, todas las buenas personas de mi entorno son y serán un poco más felices. Es por eso que estoy convencida de que Dios me recibirá en su reino, algo de lo que me enorgullezco ahora más que nunca porque significa que no volveré a encontrarme con usted. Le diría que se fuera al infierno, señora, pero a los escritores no nos gustan las redundancias. En su lugar permítame decirle esto: disfrute de su estancia allí mismo.

Se deshizo del agarre de su madre con un zarandeo asombrosamente elegante y se encaminó al carruaje. El cochero del duque de Maybourne, un hombre con el que apenas había intercambiado unas palabras de cortesía, había tenido la mala suerte de asistir al intercambio.

Primrose aprovechó que la estaba mirando para decir:

—Esperaremos a que el señor Insley termine de armar sus baúles, señor Biles.

—Por supuesto, milady —cabeceó en señal de respeto. No levantó la cabeza para añadir, sin ocultar el tono admirativo—: Ojalá no me tome por un insolente, estimada dama, pero es usted lo que yo siempre he entendido por una verdadera señora. Me complace más de lo que podría expresar que no haya permitido que la rebajen.

Primrose le dirigió una sonrisa.

—A mí también me enorgullece, señor Biles. Ya iba siendo hora.

Capítulo 34

Primrose había esperado que, después del encontronazo con su sangre, Silas rompiera a llorar en el camino de regreso a Arlington Abbey. Sospechaba que en el fondo había sido más doloroso para él de lo que los dos hubiesen podido predecir. Apenas habían pasado unos veinte minutos totales en la finca de los Insley, pero habían sido terriblemente intensos y de una emocionalidad compleja.

Se dedicó a vigilar a su hermano durante el trayecto de vuelta a la escuela, temiendo que se quebrara de un momento a otro, pero nada de eso sucedió, y lo que era más: se le veía incluso entusiasmado por regresar a Canterbury.

—Es solo que tengo ganas de ver a Sean y contarle todo lo que hablé con su padre —le explicó cuando se atrevió a cuestionar las razones detrás de su excitación—. Porque estará allí, ¿no?

—No puedo saberlo con certeza. A lo mejor no ha llegado todavía. —Lanzó una mirada por la ventanilla. Ardía en deseos de contarle con detalle cómo se había enfrentado a la señora Insley —. Si nada le ha entretenido, debería llevar un rato en la escuela, sí... Pero, oye, ya que estamos, ¿por qué no me adelantas a mí lo de tu curiosa devoción por el duque?

Silas cambió de postura en el asiento, como si hubiera pasado todo el viaje rogando por que le preguntaran al respecto.

—¿No lo admiras tú también, acaso? ¿No te pareció un hombre íntegro, mas no puritano?, ¿realista, pero no cruel al exponer nada salvo la verdad?, ¿un padre preocupado que procura no excederse con demostraciones de afecto, sino cumplir con su deber mediante los actos y la palabra?

—Pensaba que serías de la opinión de Sean en lo tocante a su excelencia. Opina que cruzó límites intolerables referenciando el menosprecio que sufriré a manos de la aristocracia.

—Yo solo oí que admiraba tu ambición, que era testigo de tu inteligencia y que le pareces atractiva. No se puede matar al mensajero solo porque no gusta el recado.

—Estoy completamente de acuerdo —cabeceó, orgullosa del criterio propio del joven—. A mí también me gustó el duque, aunque seguro que tengo menos razones que justifiquen mis simpatías que tú mismo. La señora Tomlinson me ha chivado que pasaste la noche despierto alternando con el caballero. Me pregunto de qué hablan un noble de primer nivel y... ¿cómo te llamó? ¿El hijo de un galletero? —bromeó.

—Hablamos de todo de lo que pueden hablar dos personas, Prim —le contó con un brillo ilusionado en los ojos—. Me invitó a probar los coñacs que colecciona al pillarme mirándolos con curiosidad y me contó qué los hacía especiales. Me llevó de paseo por la galería de cuadros de la dinastía Henshawe y me señaló a las tres damas que habían ostentado el título de esposa. Me explicó un teorema matemático sobre el que albergaba algunas dudas... Ese hombre es cuanto siempre quise que fuera nuestro padre. Cercano, pero no empalagoso; una persona inteligente que sabe prestar la oreja cuando corresponde y atiende a las opiniones ajenas; más ingenioso que divertido, por lo que te ríes menos, pero lo que dice prende la chispa del interés en tu interior y te acuerdas de por vida de la cita textual.

—Al final va a resultar que no es que te atraigan las mujeres que te doblan la edad, sino que en general encuentras revitalizante la sabiduría de los adultos —señaló Primrose con una sonrisa

satisfecha. Era un alivio, cuando no una victoria, que la familia de su marido y la suya hubieran hecho buenas migas—. Ojalá logres transmitirle a Sean tu sentir por el duque, Bug. Me haría inmensamente feliz que me ayudaras a curar los rencores que le guarda.

El carruaje arribó a su destino largas horas después. La distancia entre la vivienda de los Insley y Arlington Abbey comprendía alrededor de cien millas, en torno a nueve horas de recorrido. Durante los primeros años, Primrose se había convencido de que sus padres no iban a visitarla porque el viaje era agotador. Ahora echaba la vista atrás y podía decir con orgullo que no le pesaba haber pasado días asomada a la ventana con la absurda esperanza de volver a verlos. Su pasado no conseguiría arruinarle ni el día ni la vida.

A veces, romper las cadenas del sufrimiento tomaba tiempo. Otras, bastaba un solo segundo.

Lo que se tardaba en abrir los ojos.

En su caso, había sido una mezcla de ambos.

Todo había ocurrido muy despacio... y, de pronto, a la velocidad del rayo.

Bajó del carruaje y se tomó un instante para contemplar la magnífica mansión que se extendía ante ella, que muy a menudo había dado por sentada y que en otras ocasiones, injustas con quienes le habían ofrecido un hogar amoroso durante más tiempo del que le correspondía, se le había antojado una prisión: la prueba material de que nunca cumpliría sus sueños y jamás sería amada. Ahora que se hallaba en otro momento vital, podía reconocer el valor de la escuela sin que la amargaran los años que en realidad no había perdido, sino invertido en placeres distintos del amor, el matrimonio y el éxito, todos ellos igual de valiosos. Los había dedicado a cultivar amistades, a aprender a ser paciente y a dejarse querer; a descubrir que la vida era o podía ser, si se rompía con los convencionalismos, algo más que lo que la sociedad marcaba para las mujeres.

Ahora se preguntaba si habría encontrado la paz de Dios, la vocación de la escritura y la importancia de la compañía femenina si se hubiese casado nada más cumplir dieciocho años.

No le gustaba la respuesta.

Inspiró hondo y echó a andar hacia el interior, inspirada. Pretendía poner fin a una etapa con un agradecimiento general, y empezaría por buscar a sus queridas maestras. Sin embargo, nada más cruzar el recibidor e intercambiar miradas con el mayordomo, comprendió que había problemas: problemas que reafirmó Lavinia Vallans, quien se arrojó hacia ella tan pronto como la reconoció desde el fondo del pasillo.

En su gesto severo se apreciaba una tendencia a la solemnidad de las decisiones irreversibles.

—Acompáñame, Primrose —le ordenó, y acto seguido giró en redondo para dirigirse al despacho de la directora. Ella intercambió una mirada rápida con Silas, quien aludió a su propio desconocimiento encogiéndose de hombros.

Un mal presentimiento la embargó, pero no se negó a su imperativo —¿cómo hacerlo, tratándose de Lavinia?—. Momentos más tarde, Primrose estaba de pie frente al escritorio de dirección con la señorita Vallans, Sarah Reeves y Madeline Lacraft. Las tres parecían a punto de realizar una intervención desde una postura de ataque, las tres erguidas al otro lado de la mesa.

—¿Qué sucede? —inquirió, confusa—. ¿Aún estáis molestas por no haber avisado de que me iba a casar con el señor Connor? No creáis que no soy consciente de que abusé de vuestra confianza haciendo lo que me vino en gana y que merezco un rapapolvo más contundente que la advertencia que me hizo la señorita Lacraft o las felicitaciones de la señorita Reeves... Juro que aprendí la lección; de ahí que notificara con antelación que me ausentaría para visitar al duque de Maybourne, el padre de mi marido... —Al ver que no reaccionaban, relajó los hombros—. Esto no tiene nada que ver con que haya podido desaparecer sin avisar, ¿no?

—De hecho, tiene mucho que ver con eso, Primrose —replicó la directora.

—Y es magnífico que hayas recordado que Connor es tu marido —apostilló Lavinia con la barbilla muy erguida—. No me habría gustado verme en la posición de insistir en que has de ser consecuente con tus nuevas responsabilidades.

—¿Cómo?

—Te hemos reunido aquí, Prim —retomó Madeline antes de que Lavinia se hiciera con la conversación, que con ella al mando habría mutado enseguida a regañina—, para decirte que, sintiéndolo en el alma, ya no eres bienvenida a la escuela.

Algo se desprendió de su estómago.

Buscó la mirada por lo general afectuosa de Sarah Reeves, mirada que esta le sostuvo con un rastro de tristeza.

Tenía los ojos vidriosos.

—¿Qué? —logró articular, conmocionada—. ¿Por qué?

—Has agotado tu tiempo aquí —le explicó Lavinia, inflexible—. Queremos que recojas tus pertenencias y te marches con tu marido, quien a partir de ahora será tu hogar... y por elección propia, cabe decir. Como bien has señalado, todas aquí tenemos muy presente que no nos consultaste nuestra opinión antes de fugarte con él a una iglesia del tres al cuarto.

—El templo de San Martín data del siglo VII, Lavinia —le susurró la señorita Lacraft, en desacuerdo con su definición—. Es una obra arquitectónica de alto valor histórico. Cualquier apasionado del arte estaría orgulloso de casarse allí.

—Lo peor es que luego ni siquiera nos contaste las buenas nuevas en persona —se lamentaba Sarah, ignorando el intercambio entre las otras dos. Sonó más dolida que con tono de reproche —. Nos tuvimos que enterar por el honorable Harding Wargrave.

—Pero eso es porque... porque no se me dio la oportunidad de...

—Tu precipitado matrimonio no es el asunto que nos ocupa hoy, Primrose —intervino la señorita Lacraft. Entrelazó las manos sobre el escritorio y la miró con intención—. Yo te habría dado mi aprobación en el acto si tan solo me hubieras dicho que lo amabas, y eso mucho antes de saber que el señor Connor heredaría un ducado pese a estar en contra de los matrimonios poco provechosos. Creo que hablo por todas cuando digo que siempre hemos querido que seas feliz; verte volar en libertad.

—Por desgracia, la libertad de las mujeres pasa por el matrimonio —completó Lavinia.

—Por eso no vamos a permitir que retomes tus viejas costumbres, algunas autodestructivas, y rehagas tus pasos regresando a los lugares que te han tenido alejada de tu verdadero potencial —continuó Madeline—. Si para impedir que abandones al señor Connor y conseguir que aceptes de una vez por todas que estás en el derecho, cuando no en la obligación, de perseguir tu felicidad, tenemos que vetarte la entrada a Arlington Abbey, así será.

Solo entonces, Primrose empezó a comprender a qué se debía la intervención.

—Prim, cariño —sollozó Sarah Reeves. Rodeó el escritorio sin poder soportarlo más y se arrodilló a su lado para cogerla de las manos—. Te ruego que consientas y creas en el afecto del señor Connor. Comprendo que te asustara verte de repente con responsabilidades de las que no se te habían advertido...

—Eso fue una bajeza —sentenció Lavinia—. Debería haber exigido la nulidad en el acto. —Madeline le lanzó una mirada de advertencia a la maestra de literatura, a lo que esta puso los ojos en blanco—. Si una no puede dar su opinión ni siquiera rodeada de mujeres, ¿qué le queda?

—... ¡pero es que mereces eso y mucho más! ¿Comprendes? —continuó Sarah, embargada por la emoción—. Oh, ¡no soporto pensar que has estado rehuyendo a un hombre al que amas porque no te creías digna de él, y que ahora vas a renunciar a lo que te da porque tienes miedo!

Será duro ostentar el título de duquesa. Será muy difícil, Prim. Pero ¿no es mejor eso que permanecer escondida de por vida en este lugar? Dios sabe que te quiero con locura, cielo mío, y que amo la escuela más que a mí misma. Aun así...

Primrose sacudió la cabeza, en un principio demasiado emocionada para hablar. El amor que sentía por aquel grupo de mujeres, cada una con un carácter más distinto que el de la anterior, le apretaba en la garganta y le enmarañaba los pensamientos.

Tuvo que besar a la señorita Reeves en la frente antes de lograr reunir las palabras.

—Creo que ha habido un malentendido. Es cierto que tuve mis dudas sobre si abandonarle después de comprender a lo que nos enfrentaríamos una vez herede el ducado —confesó—. Y sigue siendo algo que me tiene en un sinvivir; que me impide dormir tranquila. Pero también es verdad que amo a ese hombre y no puedo dejarlo sin perder la razón en el proceso, así que le daré una oportunidad a ese futuro inevitable en lugar de huir antes de tiempo, por si acaso... por si acaso se diera el remoto caso de que el mundo me sorprendiera para bien. De que algo cambiara en los próximos años.

—¿Entonces? —Madeline pestañeó sin comprender—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque tengo que recoger mis pertenencias. —Se encogió de hombros con normalidad—. Todavía no he armado mis baúles para mudarme a dondequiera que sea donde Sean desea establecer nuestro nuevo hogar.

—¿Y tu marido está al corriente de esto? —Lavinia enarcó una ceja—. Porque se presentó aquí cargando a cuestas un cuadro de histeria que habría hecho dudar a los expertos de que sea una dolencia exclusivamente femenina. Esta vez ni siquiera tuvo la prudencia de pedir permiso para quedarse: nos dijo que se iba a sentar a esperarte, cruzado de brazos como un niño en pleno berrinche, porque sospechaba que te habías fugado de Henshawe House para regresar con Verity.

—¿Qué? —jadeó—. ¿Dónde está?

—¿Verity o Sean? —se burló la directora.

—¡Sean!

—En el invernadero —contestó Sarah, secándose las lágrimas con el dorso—. Lo mejor sería que fueras a hablar con él. No ha llegado hace mucho rato.

—Por supuesto. —Primrose se levantó de inmediato y ayudó a la llorosa señorita Reeves a incorporarse antes de dirigirse hacia la puerta. Las maestras no se habían movido, todavía asimilando que la alumna más antigua de la escuela no pretendía echar su vida por la borda. Se giró a mirarlas una a una desde el umbral: la resolutiva y divertida Madeline, la severa pero maternal Lavinia, la romántica y soñadora Sarah. Una sonrisa llorosa irrumpió en la paz de su semblante—. Señoritas... —Esperó a que todas le devolvieran la mirada—. Ha sido un auténtico placer haber llegado hasta aquí, hasta Arlington Abbey, por haberme dado la oportunidad de conocerlas. Por amargos que hayan sido a veces, no cambiaría ni uno de estos trece años. Ustedes me han hecho la persona que soy, y únicamente por eso abrazaré mi pasado como un tesoro y reconoceré siempre que mi valor es infinito. Gracias.

Sarah por fin desbloqueó el llanto que había estado conteniendo sin grandes resultados. Lavinia le lanzó una mirada exasperada a la maestra de costura, como hacía cada vez que arruinaba un momento con uno de sus ya característicos arranques sensibles, pero tenía los ojos vidriosos y se le escapó también una lágrima. La directora le devolvió una sonrisa trémula pero inmensa en la que cabía el orgullo de una madre y asintió en su dirección antes de hacerle una serena reverencia.

—El placer ha sido mío, Prim. Deslumbra al mundo con tu ternura. Lo necesita.

Primrose se marchó después de asegurarse de que todas habían contemplado e interpretado de

la manera correcta su expresión cálida: era feliz. Por fin era feliz.

Cruzó la planta baja de la escuela mirando a los lados en busca de Silas. No lo halló por ninguna parte. Asumió que estaría deambulando por los rincones ocultos que no le había enseñado para no contravenir las normas, o que habría ido en busca de Sean. Tuvo que salir a la intemperie para dirigirse al invernadero con las emociones a flor de piel, la mirada cristalizada y un temblor generalizado que no sabía cómo interpretar.

Nunca pensó que ser tan querida pudiera multiplicar los nervios e incluso causar dolor físico.

Localizó a Sean antes de que él se percatase de su presencia. Estaba de perfil a ella con los brazos recogidos a la espalda. A primera vista, parecía prendado de un ejemplar de flor exótica, pero Primrose, que lo conocía bien, sabía que en realidad estaba sumido en sus pensamientos.

Unos que no auguraban nada buen.

Caminó hacia él con cuidado de no revelar su posición, esperando sorprenderlo. Sean se dio cuenta de que alguien lo estaba rondando cuando quedaban dos pasos por salvar.

Tenía los hombros hundidos hacia delante. Estaba pálido y más que cansado: estaba vencido por el agotamiento. No obstante, el baño caliente que debía de haberse dado le había sentado de maravilla a un cabello que había cobrado vida propia; a la barba que le habían recortado.

Primrose perdió el aliento.

No era posible que un hombre fuera más y más bello con el paso de los días.

En cuanto la vio, Sean recobró la postura orgullosa.

Fue casi como si floreciera.

—Prim —murmuró con la voz ronca.

—Eres un idiota —declaró ella con una sonrisa vulnerable. Se dirigió hacia él y lo abrazó igual que si se tratara de un niño que se había perdido en la ciudad—. ¿Cómo has podido llegar a la conclusión de que te había abandonado?

Sean no desaprovechó la oportunidad y la estrechó contra su pecho.

—Me desperté y no estabas —se quejó débilmente, empleando adrede una voz infantil.

—¡Te dejé una nota sobre las sábanas! ¡Decía que iba a ir a enfrentarme a mis padres y a intentar que Silas se reconciliara con ellos, y que luego pasaría por Arlington Abbey para recoger mis pertenencias!

—¿Y no podías esperar a que me levantara para decírmelo? —refunfuñó. Pero no quería apartarse de ella. Sería la primera vez que discutían sin mirarse a la cara—. ¿Tenías que irte de madrugada, como una amante de pago a la que no le importa nada ni nadie?

—Me habrías impedido ir sin ti, y era algo que necesitaba hacer sola para no sentir el peso de tus expectativas. Lo siento... —Se puso de puntillas y besó su sien. Le acarició la cabellera negra con lentitud—. No volverá a ocurrir, ¿de acuerdo?

—Más te vale, arpía. Pensaba... —Hizo una pausa para tragar saliva, aún con la barbilla apoyada sobre el hombro de Primrose. Para abrazarla así, dejándose proteger en lugar de protegiendo, debía encorvarse, como si el propósito fuera esconderla del mundo—. Pensaba que no había logrado convencerte y seguías en tus trece en lo que al ducado respecta.

—No has logrado convencerme, no —reconoció con un suspiro—, pero ¿qué voy a hacer? ¿Castigarme viviendo sin ti? Prefiero castigarme asistiendo a *soirées* donde me desprecian que vedarme el amor para siempre. Además... Quién sabe. A lo mejor consigo hacerme querer —añadió, sin tenerlas todas consigo.

Sean se separó y la miró largamente para averiguar si decía la verdad.

—¿Ahora quieres ser duquesa?

—No, no quiero. No quiero un carajo —se rio con resignación—. Pero no es algo que

podamos elegir, ¿verdad?

—De hecho, sí lo es.

—¿Perdona?

—He estado todo el día esperando a que la reina de Inglaterra tuviera a bien recibirme para charlar sobre el asunto de la herencia. Ha coincidido conmigo en que nombrar duque a un bastardo sería una vergüenza nacional. Así pues —prosiguió, tan felizmente indiferente a la terrible opinión de Su Majestad que Primrose se quedó boquiabierta. ¿Tan fácil era ignorar o superar el rechazo externo?—, ha determinado que si mi padre se casa y engendra un hijo varón antes de su muerte, como ella en persona se encargará de plantearle, yo seré apartado de la línea sucesoria.

Primrose tardó en asimilar lo que acababa de oír.

—Discúlpame un momento... ¿Has dicho que vienes de hablar con Su Majestad?

Él se lo confirmó como si fuese un honor al que estaba acostumbrado.

—Ajá. Me ha hecho esperar unas siete u ocho horas afincado en un pasillo, lo cual ha sido bastante humillante y también doloroso, porque me mata la espalda —se lamentó con una mano sobre la zona lumbar—, pero ha merecido la pena. Ahora puedo decir que he negociado con la mismísima reina de Inglaterra.

—Pero ¿se puede saber qué le has dicho para convencerla de que no quieres...? ¡Por el amor de Dios! —exclamó al comprender por fin la magnitud de lo maquinado a sus espaldas—. ¡¿Le has dicho a Victoria de Hannover que rechazas el ducado de Maybourne?! ¡¿Has perdido el juicio?! ¡Podría haberte mandado matar por atrevido!

Sean esbozó una sonrisa pilluela.

—De hecho, le he mencionado que mi esposa rechaza el ducado —corrigió—, así que lamento decirte que Victoria de Hannover te tiene ahora una ojeriza significativa y que en todo caso te mandará matar a ti por insolente.

—¡Sean! —jadeó, y le asestó un manotazo en el hombro.

Entre risas, la detuvo cogiéndola por las muñecas. Tiró con suavidad para pegarla a su torso. Cuando la miró de nuevo a la cara, había recuperado su alegría natural.

—Todo lo que quieras, Primrose Connor, te será concedido. Si quieres riqueza, tendrás riqueza; si quieres miseria, tendrás miseria. Solo pídemelo —le rogó en un tono dulcificado—. Pídemelo siempre. Con la boca, a poder ser. Con la voz. Nada de notas. He tenido suficientes cartas este último año y medio, y, aunque me encanten y las guarde en mi corazón como mi mayor tesoro, no se pueden comparar con el placer de tenerte delante. Sobre todo cuando reclamas tus legítimos derechos.

Primrose se mordió el labio inferior para contener un puchero. Se aferró a su cintura y apoyó la mejilla en el centro de un pecho que ya le era familiar. Tomó una profunda inhalación, llenándose los pulmones de su olor corporal.

Aquel era un hombre que haría cualquier cosa por su felicidad. Se le antojaba tan milagroso como injusto que ella fuese la única con la suerte de tenerlo; que no todo el mundo pudiera gozar de semejante regalo. Era una dicha que debía experimentarse al menos una vez en la vida.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —musitó, apretándolo con fuerza—. Yo no quería que perdieras los privilegios que te corresponden por razones de sangre, Sean. Ese dinero te habría permitido pintar y vivir en paz. Tú mismo lo dijiste.

—Bueno, lo primero de todo es que tengo unos ahorros nada desdeñables gracias al dinero que mi padre ha estado mandándonos a mi madre y a mí al pueblo durante todo este tiempo. Lo segundo es que, si no recuerdo mal, las mujeres ofrecen una dote a sus maridos, y aunque tus

padres sean unos hijos de puta de primer nivel, sí que reservaron una inestimable cantidad de su fortuna para uso y disfrute de tu futuro esposo. Lo tercero es que el duque te ha prometido ponerte en contacto con un editor de Londres; créeme, nunca habla por hablar y si te lo dijo fue porque pretende hacerlo realidad, por lo que es posible que tus libros nos hagan ricos. Y si no lo hicieran, la reina sigue habiéndome prometido una casa en la costa de Essex. Por si no te bastara, Maybourne se comprometerá por orden real a pasarnos una asignación anual. Seguro que la pagará con mucho gusto, más porque tu hermano le cayó de maravilla y puede imaginarse que vivirá con nosotros que porque se lo haya pedido Su Majestad o porque a mí me adore. Y, para acabar... —continuó después de coger aire—, ten por seguro que trabajaré en todo lo que se me ofrezca para darte el nivel de vida que mereces.

—Últimamente solo se habla de lo que merezco —comentó Primrose en voz baja.

—Porque hace no mucho tiempo no se hablaba nada de ello. Ha llegado el momento de implantar nuevas costumbres —replicó él con un guiño—. A partir de hoy, cariño mío, todos los días serán el día de Prim.

—¿Significa eso que puedo pedir lo que quiera?

—Eso mismo.

—¿Como que Silas viva con nosotros?

—Está hecho.

—Y tu madre, por supuesto. Quiero conocerla.

—Garantizado.

—Entonces seremos tú, yo, mi hermano, tu madre... ¿Y un perro, quizá?

Sean sonrió de oreja a oreja.

—¿Un setter irlandés? —sugirió, mesándose la barbilla.

—O uno de esos de Glen of Imaal, que alguien de por ahí me contó que era buena raza.

—O un perro de aguas. Irlandés, claro está...

El epílogo que en realidad es una carta

Querida Verity,

¡Me fascina que vayas a conocer las últimas noticias gracias a una carta! Siento que, en cierto modo, mi vida empezó gracias a una epístola; una dirigida a tu nombre, para más señas.

Dos años después de nuestra trastada, aquí estamos las dos, tú a punto de empezar tu tercera temporada —¡crucemos los dedos!— y yo esperando mi primer hijo, la feliz razón por la que no voy a poder acompañarte este año pese a contar con residencia propia en la capital. No creas que no me pesa, ¿eh? Siento que todavía no te he dado las gracias lo suficiente ni te he devuelto del todo el favor por haber sostenido mi mano durante esa terrible puesta de largo... y por todo lo que vino antes; por todo lo que hubo después.

Desde entonces parece que haya transcurrido una vida entera. ¿No tienes esa impresión?

La semana pasada celebramos el cumpleaños de Silas y preparamos una pequeña velada con aperitivos en el jardín trasero. Tuve la oportunidad de conocer a sus amigos de la escuela y al resto de amistades que ha cosechado en los últimos años, que no son pocas, porque el muchacho no pierde el tiempo. Ya lo conoces.

No hemos tenido noticias de mis padres, como era deseo de Silas, pero sí de los involucrados en sus negocios: por ejemplo, el hijo del señor Dahl, el heredero de la mitad de la empresa de alimentación de los Insley. Se trata de un jovencito medio sueco medio inglés con unos modales exquisitos y aspecto de príncipe de leyenda nórdica. También he tenido la oportunidad de conocer a lady Sage Dinklage, la prometida de mi hermano desde que vino al mundo. Es una muchacha bellísima y con la cabeza bien amueblada. Me recuerda a ti, ¿sabes? Y, en su defecto, también a la señorita Wargrave. Detesta las injusticias y posee un espíritu intrépido, mas no pierde la compostura ni un instante.

Es la clase de mujer sobre la que se escriben novelas, no irás a decirme que no.

Y, hablando de novelas, hace dos semanas puse punto y final a la mía aprovechando lo que Sean cree que es una convalecencia (por el amor de Dios, ¡todas las mujeres de este mundo, o al menos las madres, se han quedado embarazadas! ¡No soy especial!). El duque cumplió su promesa y vino a Londres para presentarme al editor del que me habló. Y antes de que digas nada sobre lord Lucien Henshawe, porque sé que lo harás debido a la ojeriza que le profesas y que Sean te ha contagiado, no le guardo el menor rencor y de hecho le encuentro un hombre de lo más interesante. No ya por su nivel de cultura y su intelectualidad, que hacen las delicias de nuestras conversaciones sobre literatura, sino porque es la única criatura en este mundo que me ve tal cual soy y ni me endulza los defectos ni me los remarca.

Es un alivio contar con una persona así en esta familia de locos en la que todos me ven como si fuera Cristo resucitado. ¡Incluida la señora Connor, que por fin ha superado sus reticencias iniciales hacia mi origen inglés!

¡Por cierto! Te sorprenderá saber que el editor que te he mencionado alabó mi aspecto. Le parecí tan única como inusuales suelen ser las mujeres escritoras, y, por lo visto, eso le gustó. Lo malo es que no sabré si le interesa el libro hasta que lo haya leído, y hasta entonces pueden transcurrir largos meses.

Cuando tenga una respuesta en firme, te escribiré.

Mientras tanto, recémosle a Dios por un milagro.

Comparar a lady Sage contigo y con Rebecca me ha recordado que me gustaría que le mostraras esta carta también a ella para que sepa que la tengo presente, que aún sigo agradecida por su generosidad y que nada me gustaría más que veros limando asperezas y apoyándoos mutuamente en la temporada que comienza. Creo de corazón que, si consiguierais sentaros a hablar como los diplomáticos en vez de tratando de poneros por encima de la otra, entablaríais una amistad que sería el terror de Londres... y la envidia de todas las mujeres.

A mi parecer, estáis hechas la una para la otra, y lo digo en el mejor de los sentidos.

(Por favor, no te lo tomes como un ataque, que te conozco).

Espero que puedas aprovechar alguna ristra de días libres durante esta temporada para venir con Clarissa, Nile y el recién nacido Frederick a visitarnos en la costa. Hace una temperatura estupenda; yo te estoy escribiendo sentada en el porche. Una brisa muy agradable me acaricia la cara y tengo unas vistas privilegiadas de mi marido, que está de espaldas a mí plasmando el paisaje marino en un lienzo. Es la obra que le has encargado para regalarle a tu padre.

No te inquietes, que estará lista para su cumpleaños.

Y si no llega, porque cierto es que está siempre muy ocupado entre las tierras, la señora Connor y el dichoso perro, no dudes en proponerle el mismo proyecto a Quitterie. Sean me lee las cartas que le han enviado tanto ella como el señor Gornick, el maestro particular de pintura que le costea él mismo, y parece ser que cada día pinta mejor. ¿Es cierto? A ver si un día te asomas a sus lienzos y puedes darme una opinión imparcial. Sabe Dios que Sean olvida el significado de esa palabra cuando se trata de la señorita Tandye.

¿Hablas con Quitterie, Wit? Esa chiquilla siempre me ha dado ternura. Creo que nunca tuvo la intención de ser nuestra enemiga. Creo que nadie quiere ser enemigo de nadie, en realidad. Creo que solo queremos ser felices y hacemos lo que pensamos que nos hará sentir bien. Es así de sencillo.

Confío en que esta carta pasará tu concienzuda criba y no acabará siendo devorada por las llamas del hogar... u olvidada debajo de tu cama, aunque no me cabe la menor duda de que habrá quien se sentiría halagado de saber que sus fervientes palabras de amor descansan bajo tu cuerpo.

Me conmueve ser una de las dos personas a las que siempre respondes, pero que sepas que te querría incluso si un día lo olvidaras. No puedo evitar pensar que, de no haber sido por ti, porque me animaste a responder esa carta en tu nombre, jamás habría experimentado una dicha tan pura como la que ahora endulza mis días.

Espero que, muy pronto, la suerte se ponga de tu parte. Podrás llamarte afortunada si vives en tus carnes solo la mitad de la ilusión constante que a mí me acompaña allá donde voy.

Eres la siguiente, Wit. Algo me lo dice.

Ya me dirás tú a mí si me equivoco o no cuando te pase.

Siempre tuya,
Primrose

Mi bella seductora

MALOS PARTIDOS 3

Eleanor Rigby

Una rompecorazones víctima de una conspiración.
Un conspirador víctima de una rompecorazones.

Si una joven casadera puede permitirse llegar a su tercera temporada con los mismos pretendientes con los que empezó su periplo matrimonial, esa es Verity Burton. Conocida como «Wit» por su soberano ingenio, tiene al mundo entero comiendo de su mano, pero todo apunta que este año se acabará decantando por la mano de Sonny Kinross… a no ser que alguien se interponga en su camino.

Solo existe una razón por la que el honorable Harding Wargrave se tomaría la molestia de acercarse a la insufrible señorita Burton: para evitar que su gran amigo cometiera el grave error de casarse con ella. Si para demostrar con hechos fehacientes que su amada no alberga sentimientos por él tiene que seducir a la muchacha, eso mismo hará.

Por desgracia, incluso el mejor jugador corre el riesgo de caer en su propia trampa cuando no sopesa los riesgos concienzudamente: y es que quizá, si hubiera contemplado el legendario encanto de la dama como una complicación, podría haberse ahorrado un cisma familiar...

PRÓLOGO

Residencia de la familia Burton, Eaton Square
Londres, Inglaterra
Septiembre de 1845

—Voy a casarme.

Con esta inesperada proclama, Verity Burton había conseguido lo impensable: adueñarse del protagonismo en una reunión familiar. Claro que no era tarea imposible cuando se trataba de ella, la niña de los ojos de quien tuviera un par en la cara, y cuando, para variar, no era la totalidad de los miembros de su parentela, a cada cuál más ruidoso e impertinente, la que se hacinaba en el salón aquella prometedora tarde de otoño. Tan solo sus queridos padres, el señor y la señora Burton; Madeline Lacraft, la directora de la escuela de señoritas donde llevaba años tratando, en vano, de comprender el porqué de sus obligaciones educacionales, y su prima, Sienna Hanson, se habían reunido en torno a la mesa redonda donde Verity había hecho trampas a las cartas en innumerables veladas nocturnas para llevarse un botín modesto además del orgullo de haber aplastado a sus sanguíneos en su propio juego.

Con lo que eso conllevaba, claro estaba: irse a la cama cargando a cuestas las infames —pero veraces— acusaciones de haber cometido delitos de hurto y estafa.

Solo dos de los numerosos crímenes de su colección de travesuras, todo fuera dicho.

—¡Esa es una excelente noticia, señorita Burton! —le aplaudió la directora.

Con motivo de la pretemporada que estaba al caer, la susodicha había sido invitada a la merienda para charlar con sus padres sobre la situación de casadera de una de sus alumnas y, de ser necesario, concretar un plan de acción para solventarla.

A Verity no se le había ocurrido mejor momento para anunciar sus objetivos.

Por otro lado, que no se hallara presente su antología de primos no significaba que no hubiese rivales por la palabra. Prueba de ello fue la reacción de Sienna, cuya gracia natural casi le robó el interés del resto.

—¿Y está informado de ello el fulano en cuestión?

—Todavía no —soltó Verity con su desahogo habitual. A lo mejor habría dejado pasmado con su audacia a un público más impresionable, pero si los Burton y sus descendientes no estaban curados de espanto a esas alturas, no sería porque Verity no se hubiese esforzado—. Cuento con acabar el año comprometida con él. Solo quería que lo supierais para que dejéis de preocuparos por mí —atajó, y acto seguido volvió a tomar asiento con una mueca de fingida inocencia, como si se hubiera levantado para proponer un brindis por el amor familiar.

—¿Y qué vamos a hacer con todos los hombres que están enamorados de ti? —insistió Sienna, exagerando una preocupación que no sentía.

—Habrá que proclamar un día de luto nacional —meditó la directora por lo bajo.

Estaba muy al corriente de las pasiones que levantaba su alumna.

—Supongo que estabas empleando el plural mayestático, querida prima, porque yo no pienso hacer nada a ese respecto. Siempre puedes encargarte tú de consolarlos. ¡Con suerte, alguno se prenda de tus encantos! —se mofó Verity.

Una joven no debía casarse a punto de cumplir los veinte años, como era su caso, sino que tendría que haberlo hecho un par de temporadas atrás. Sobre todo considerando la rotundidad de

su éxito, que le había granjeado pretendientes de cuantas clases sociales y solvencias económicas existían.

Era el modo en que lo había proclamado, insinuando que llevaría a cabo maquinaciones más propias del tratado político de Maquiavelo que de un inocente manual de cortejo, lo que inició el debate.

—Ya era hora —señaló su madre, la única que no se había inmutado. Llevaba diez minutos con la mirada clavada en la fuente de dulces, decidiendo si comerse su tercera pasta. Sabía de lo que Verity era capaz porque antes había sabido de lo que era capaz ella misma, y tanto en un sentido literal (más bien carnal) como en el figurado, ambas eran la misma sustancia. «Una sustancia corrosiva», habría puntualizado el señor Burton con su cáustico sentido del humor—. Tienes la suerte de que estos últimos meses del año haya vida en la capital y te sigan invitando a las veladas, o te habrías ido de vacío tras tu tercer paseo por los salones con todo lo que eso conlleva: una pérdida significativa de oportunidades.

Más que una recriminación, en su tono había un fondo de curiosidad. La misma que compartía toda Inglaterra: ¿por qué diantres no se había casado aún la magnífica, la incomparable, la perfecta Verity Burton?

Fue su prima quien puso voz a la duda general.

—Y pensar que por poco te coronan joya de la temporada el año de tu puesta de largo... —Sienna chasqueó la lengua, como si se avergonzara en su nombre—. Aún no entiendo cómo has podido dar pie a seguir soltera un trienio después.

—Tomarse un tiempo de reflexión es de sabios —atajó el señor Burton, fiel al papel de defensor de su única hija—. Uno no debe casarse con el primero que se le cruza por banda.

—¿Ni con el segundo? ¿Ni con el tercero? ¿Ni con el cuarto? ¿Ni con el quinto...?

—Ya hemos visto que se te dan de maravilla los números cardinales, Sienna. —Verity le dirigió una plácida sonrisa que escondía un puñal—. Considerando que los hombres no se pirran por las mujeres con ambiciones científicas, te sugiero dejar a un lado las matemáticas y, en lo sucesivo, concentrarte en materias que te beneficiarán de cara a tu propio matrimonio.

—¿Como, por ejemplo...?

—Aprender a cerrar el pico antes de pecar de insolente. Los hombres y yo tenemos algo en común, y es que nos gustas mucho más calladita.

Sienna le sacó la lengua y Verity imitó su niñería.

Al cabo de un rato estaban riendo juntas.

—¿Qué te ha llevado a tomar la decisión? —inquirió el señor Burton, que no estaba para perder el tiempo con carnavaladas juveniles.

Verity tuvo que inspirar hondo antes de decir su verdad. Sería la primera vez que confesaba en voz alta la única debilidad del alma que había podido diagnosticarse en dos décadas de diversiones superficiales; diversiones a juego con la que había decidido que fuese su manera de moverse por el mundo para no volver a sufrir jamás.

Cuando lo dijo, no sonó resignada o abochornada pese a que todavía le produjera asombro y hasta la hiciese fruncir el ceño de pura rabia ser consciente de los problemas que podría acarrearle —que ya le estaban acarreando, en realidad— no ser correspondida.

Sonó determinada a no aceptar una negativa por respuesta.

—Que estoy enamorada de él.

El anuncio descolocó a toda la mesa. Hasta habría incorporado de sus camas a los vecinos, escandalizados por lo que muchos creerían, y no sin razones de peso, una mentira sonrojante. Era bien sabido que, con permiso de su afecto inmortal hacia su padre, Verity Burton era la única

persona a la que Verity Burton amaba.

O eso había acostumbrado a todo el mundo a pensar.

—Vaya —fue lo único que se le ocurrió decir a Faith Burton—. Eso no lo he visto venir.

—¿Y no será que estás enamorada de lo enamorado que está de ti? —contraatacó Sienna.

—Te aseguro que no es el caso —masculló Verity por lo bajo.

—¿Cómo que no es el caso? ¿Es que te has enamorado de un hombre que ama a otros hombres?

—¡Sienna! —fingió escandalizarse la señora Burton, no para guardar las apariencias sino para desbaratarlas del todo con su socarrona imitación de las patronas más conservadoras—. ¡Qué terrible insinuación!

—¡Es lo único que justificaría un desprecio a la incomparable Verity Burton!

—Ahora que lo pienso, es cierto que cuenta con un amigo muy especial cuya relación mantiene en secreto —la aludida siguió la broma, más que dispuesta a hacer humor de un asunto que la amargaba profundamente.

Ninguno de los presentes se horrorizó con la desahogada mención a tendencias románticas entendidas como anormales, solo una de las muchas muestras de que la familia Burton y los antecesores de los que provenían, los Swansea, se jactaban de estar por encima de tabúes.

La señorita Lacraft tampoco manifestó la menor incomodidad. Continuó bebiendo reposada, con unos modales intachables. Su otorgante silencio confirmaba las habladurías que circulaban por la escuela de que ella misma había entablado un romance secreto con una de las maestras, Bertha Teagan.

—El amor es un milagro, señorita Burton —celebró la directora, alargando una mano hacia su alumna—. La felicito.

—¿Desde cuándo? —se extrañó su padre con expresión sombría.

No haber podido anticiparlo, ni siquiera albergar la sospecha, le atormentaría de por vida.

—Desde los trece años.

—¡Trece años! —exclamó Sienna—. Bueno, está claro que tienes una gran cualidad, y es la de leal. Aunque me cuesta creer que te haya durado tanto tiempo la fascinación por alguien que, si no he entendido mal, no sabe de tu existencia.

Por supuesto que sabía de su existencia. Para ignorar la existencia de Verity Burton habría que ser ciego, sordo, estúpido o las tres a la vez; ni vivir en un pozo de los páramos siberianos disculparía el desconocimiento. Más de una vez se había sorprendido porque perfiles como el de mercader o marinero la reconocieran igual que a una celebridad del teatro, y le constaba que su nombre se había mencionado al menos en Florencia, en Tánger y en Bombay, de donde le habían llegado cartas firmadas por fervorosos pretendientes que juraban deshacerse en detalladas descripciones de sus monerías a quienes se acercaran a preguntar a quién escribían con tanto fervor.

El hombre de sus sueños estaba al corriente de que habitaba el mundo, pero le importaba lo mismo que podría importarle que hubiese osos pardos en el zoológico de Londres. Dudaba que este hecho le hiciera deshacerse cada noche en oraciones de agradecimiento. Es más; era de la opinión de que poco se beneficiaba el planeta de su participación en él.

—¿A qué hombre conocías tú con trece años? —exigió saber el señor Burton.

Había puesto la denominada cara de pensar. Debía de estar devanándose los sesos para averiguar en qué momento había soltado ella su mano para ir a enamorarse sin pedirle antes permiso.

Verity se encogió de hombros con aire huraño, pero recordaba con riguroso detalle la tarde

que cambió su vida.

La mayoría de los allí presentes debía recordarla, en realidad.

Era la primera vez que visitaba Kensal Green para asistir a un funeral. Había sido inaugurado cinco años antes para aliviar la saturación de los cementerios parroquiales. El paisajista lo había diseñado inspirándose en el Père Lachaise de la rue de Repos, en París.

A causa de la reciente apertura, aún parecía más un parque recreativo que una zona de enterramiento. Salvo por un puñado de mausoleos con esculturas ambiciosas que uno se detendría a mirar por gusto y no para presentar sus respetos, se apreciaba una explanada verde con una cuidada vegetación al estilo inglés. Había sido justamente el carácter innovador del proyecto, el hecho de que el pesimismo y el dolor del luto no hubiesen agriado aún el aire que allí se respiraba, lo que había convencido a su abuelo de dejar por escrito que elegía Kensal Green como su lugar de descanso.

Había fallecido la noche anterior de forma inesperada, sumiendo en el shock a su devota esposa y apagando por un largo tiempo la chispa por la que los Swansea y sus descendientes habían sido tan admirados como rechazados por la sociedad. En los días posteriores, la vestimenta negra y el silencio se instalaron en fábricas, en el ejército y en las sociedades científicas para honrar su inventiva, el servicio militar que prestó durante las guerras napoleónicas y su incalculable aportación a la industria textil.

Verity se acordaba de aquellos primeros días como un borrón marcado por la extrañeza. Nunca antes la tragedia había sacudido su vida, por lo demás idílica. Caminaba por el sendero de grava entre los setos detrás de las parejas de tíos, tías, primos y primas que enfilaban hacia el mausoleo levantado en su nombre sin dar crédito a lo que estaba sucediendo.

Edison Swansea no solo había sido la pieza central de la familia, sino su persona preferida. A diferencia de su padre, que la quería porque simplemente la quería, de un modo irracional y obstinado, su abuelo aplaudió sus travesuras porque admiraba la astucia infantil que las hacía posibles.

Toda su familia la apreciaba pese a su malicia; Edison la amaba porque la tenía.

Sus padres la habían enseñado a quererse por consideraciones materiales que no eran moco de pavo. Por posición social, por situación económica, por su exuberante belleza; por todo esto le estaría permitido pasar por encima de cualquiera que se atreviese a menospreciarla y ser tan insufrible como se le antojase sin sufrir las consecuencias. Pero Edison le decía que tenía el legítimo derecho de recibir respeto y afecto porque era lo que merecía toda persona por el simple hecho de nacer, y apostillaba que su único deber en esta vida para ser fiel a la verdad era ser ella misma.

Aunque la ocurrencia se le atribuyó a su padre, fue su abuelo quien la apodó «Wit» o «Witty»[9] después de que, siendo niña, lo deslumbrara con una de las respuestas ingeniosas que le hacían reír y esperar con ojos brillantes durante un debate de sobremesa a que ella hiciera su aportación.

Pensaba en todo esto, temblando por lo que podría significar su permanente ausencia, cuando seguía el rastro de las huellas que los asistentes iban dejando en el barro.

Hasta el momento le había sido imposible abarcar intelectualmente la magnitud de la pérdida. Era algo que no comprendía y, como todo lo que no comprendía por más que lo reflexionaba, había pospuesto su abordaje para cuando tuviera capacidad mental o herramientas para diseccionarlo, tal y como le había enseñado su abuelo.

Pero, a veces, el entendimiento llegaba sin previo análisis, como un rayo que partía la Tierra.

Eso le sucedió a ella.

De pronto se detuvo en el sendero, atravesada por la revelación de la muerte.

Al mirar a la fila de parientes y ver que su abuela caminaba sola y con los hombros hundidos, dejó de respirar. Esa mañana la había oído decir lo impensable en una cristiana recalcitrante como ella: «Si Dios me lo ha quitado, entonces Dios está muerto para mí».

Verity no pudo soportar el horror de verle la cara a la Guadaña y dio media vuelta para huir de las pruebas tangibles de que había pasado por allí. No quería asistir a la misa, de la que su abuelo, ateo confeso, se habría burlado sin escrúpulos. No quería ver su enterramiento, porque, conociéndolo, habría despreciado el acabado profesional de las esculturas. Habría preferido unas vistas al mar o a los cielos; que lo enterrasen en una pradera donde en primavera floreciese una cama de amapolas donde su mujer, sus hijas, sus nietas; sus niñas, en definitiva, pudieran tenderse a ver las nubes pasar.

Corrió sin importarle que el barro le manchara el ruedo de la falda negra, lágrimas de impotencia e incomprensión derramándose por sus mejillas.

En un primer momento, quiso salir de aquel lugar tan asfixiante, pero bastó una mirada alrededor para recordar que se hallaba en campo abierto. Campo abierto por el que había paseado con su abuelo no mucho tiempo atrás; el día que se le ocurrió erigir allí el mausoleo familiar.

Fue como si hubiera predicho su muerte.

Estaba intentando serenarse sin mucho éxito cuando observó que, entre la nada de los nichos pendientes de ocupación, se alzaba la majestuosa tumba de una mujer que debió haber sido muy amada en vida. El encargado del sepulcro había mandado esculpir una figura femenina a tamaño real con rasgos de ángel. Tenía la mano extendida en un gesto de invitación a saludarla debidamente.

Eso fue lo primero que llamó su atención, mas no lo que la instó a acercarse.

Lo segundo que la sobrecogió fue ver a un muchacho arrodillado ante ella como el humilde vasallo de una reina medieval.

Desesperada por aferrarse a la desgracia de otro y también muerta de curiosidad, Verity se acercó con cuidado de no ser descubierta. Las lágrimas no le impidieron apreciar la pose derrotada del joven. Tenía el cuerpo embutido en un traje de sastre que aireaba una condición aristocrática que aún no estaba preparado para asumir y que le quedaba grande. Estaba tan delgado que parecía desgarbado, y la postura de hombros adelantados y cabeza gacha le hacía flaco favor a la hora de desmentirlo.

—Padre me ha prohibido que siga viniendo a verte —oyó que decía con la voz que no era ni grave ni aguda propia de los adolescentes. Durante la transición de sus primos, Verity se había reído de sus altibajos y sus falsetes involuntarios, pero no habría osado hacer mofa de aquel muchacho—. Me ha amenazado con trasladarte a otro cementerio y no decirme a cuál. Por si llegara a darse el caso, he... —Sacó del interior de la chaqueta un papel arrugado. Las manos le temblaban tanto que parecía sufrir de los nervios— he elaborado una lista de todos los que hay en Londres. St. Pancras Old Churchyard, en Camden... No creo que te llevara hasta allí, aun así. Está abarrotado y sobre todo entierran a la gente humilde. La de St James's, en Piccadilly, sería una mejor opción, ¿no? Te gustaba entrar a esa iglesia para oír al organista. Decías que nadie tocaba el instrumento como el señor Haynes. Luego están... están... Bunhill Fields y St Giles in the Fields, pero padre no osaría mezclar a su esposa con los disidentes o los pobres, así que he concluido que te llevaría al cementerio de West Norwood. Vengo de dar una vuelta por la zona para asegurarme de que es lo bastante bonito. Tiene cuarenta acres y no está muy lejos de casa. Podría ir andando con cualquier excusa y regresar pronto. Así no levantaría sospechas. Creo que te gustará, mamá.

Verity recordaba haberse tensado al oír cómo se le quebraba la voz. Sin darse cuenta, había estado animándolo para sus adentros: «Tú puedes. No pierdas los papeles, mantente firme y orgulloso. Informa a tu madre de las novedades sin preocuparla con tu sufrimiento». Comprendió el porqué de su apoyo incondicional al escuchar su primer sollozo: porque nunca antes había visto llorar a un hombre y algo dentro de ella le decía que debía evitar que lo hiciese, casi como si el sonido pudiese invocar un cataclismo.

Mucho tiempo después seguiría siendo el único hombre que se había atrevido a llorar en público, a llorar en alto, a llorar en un espacio abierto, pero nada volvería a impactarle tanto como descubrir a los trece años que el género masculino también tenía sentimientos.

Edison Swansea, quien no podía ser Dios porque había resultado no ser inmortal —pero eso era lo único que le había impedido proclamarse divino—, había muerto, y solo sus nietos menores, los que aún eran críos, habían llorado. Los yernos o bien se habían escondido en sus habitaciones o habían sabido controlarse para priorizar el consuelo de sus esposas, las hijas del finado.

Verity no los había visto sufrir ni siquiera viendo cómo se acababa el mundo.

Porque el mundo se había acabado.

—No sé qué estoy haciendo, mamá —lloraba el muchacho. El papel seguía arrugado en uno de sus puños. Apretados con una fuerza tal que podría haberse atravesado las manos con las uñas, caían a cada lado de sus caderas—. Siento que olvido todo lo que hago en cuanto lo dejo hecho, que nada de lo que digo tiene sentido, que camino y me aseo porque mi cuerpo ha aprendido a moverse sin que yo le dé órdenes..., pero desconozco la dirección de la marcha o el porqué de mis actos. Hace semanas que no duermo y ya no me sé reír. No entiendo por qué has muerto. No lo entiendo. Ayúdame a comprenderlo, solo... Ayúdame. Ayúdame, te lo ruego.

El joven entró en un bucle autodestructivo de súplicas que no llegarían a ninguna parte. Verity se sorprendió cubriéndose la boca para no acompañarlo en el sentimiento, inspirada, en gran medida, por su propia pérdida. Pero por primera vez desde que le comunicaran la noticia del fallecimiento de Edison, no pensó en cómo la afectaría a ella no volver a recurrir a su abuelo. Una ráfaga de empatía la instó a racionalizar la situación y verla desde el prisma de su madre, el mismo que el del desconocido: ambos habían perdido a su familiar más directo. A la persona que más habían querido. Con la que se habían convertido en adultos.

Acercarse a las emociones de otra persona le produjo una sensación extraña. Empeoró su sufrimiento y al mismo tiempo lo alivió.

¿Acaso no estaban juntos en la misma tragedia?

Vio que el joven se limpiaba las lágrimas con el borde de la manga y se ponía en pie tambaleándose. Ella retrocedió por acto reflejo, sospechando que no le perdonaría que anduviera husmeando y sorprendida porque por primera vez la preocupara herir a alguien con sus fechorías.

—Sigo manteniendo mi promesa —le anunció a la estatua tras respirar hondo. Una nueva determinación había dotado su voz de una inflexión madura, como si hubiera cumplido diez años más de repente—. Cuidaré de lo que para ti es más querido y lo amaré con la misma dedicación. En cuanto a lo que me pediste... yo... —se le atragantó la confesión—. No sé si podré. No sé si podré... ser feliz alguna vez. Solo sé que ya lo he sido contigo, y que aprenderé a que eso me baste para seguir adelante. A que me baste haberte conocido.

Verity ya había empezado a retroceder, retorcidamente maravillada por lo que había oído, para cuando el muchacho recuperó el orgullo de la postura encajando los hombros en su sitio.

Se enderezó hasta parecer otra persona, una que podía cargar con el peso del mundo.

«Aprenderé a que eso me baste para seguir adelante», había dicho. Al igual que ella, no

parecía un tipo que tendiera al conformismo. Pero aprendería a que el breve período de felicidad con su madre le bastara. Aprendería a que los recuerdos le bastaran.

Esa era la clave, entendió Verity. Eso era lo que tendrían que hacer su madre y ella, lo que tendrían que hacer sus tías y también su abuela. Que la vida, aun efímera pero infinitamente valiosa del ser querido, bastara frente a la eternidad de la muerte.

Para cuando el desconocido se dio la vuelta, Verity estaba tan lejos que no podría haberla creído cómplice de su desdicha. Pero para abandonar el cementerio tuvo que incorporarse al sendero de grava. Sin ser consciente de ello, redujo la distancia que los separaba con paso ágil y decidido, como si se hubiese sacado de encima el peso muerto de la pena que le había estado encorvando y lo hubiera dejado a los pies de su madre.

Incluso muerta, cuidaba de él.

¿Cuidaría su abuelo de ella también, desde dondequiera que estuviese?

Hasta ese día, Verity había asociado la belleza al virtuosismo de los ángeles que los artistas del Renacimiento italiano habían pintado en sus cúpulas con colores vivos. Lo hermoso era lo pacífico, lo limpio; la blancura de la ausencia de pecado. Pero cuando el muchacho apenas la registró con el vestigio de un vistazo ausente, entendió que había estado equivocada, y entendió, también, lo que había querido decir él con que lo olvidaba todo.

Iba a olvidar lo que le había dicho a la estatua, iba a olvidar que había estado allí, porque no había alma dentro de ese cuerpo. El alma flotaba fuera de él, despegada pero al mismo tiempo fundida con su ser, como si estuviese indecisa entre abandonarlo o protegerlo.

Como una sombra.

Tenía el borde de los ojos inflamado y las pestañas mojadas y curvadas hacia abajo; eran pestañas que lo acompañaban en el sentimiento. Eran un par de tonos más oscuros que su pelo, ondulado por lo general y electrizado por la humedad del ambiente. En la mirada que le dirigió y no le dirigió a la vez cupieron todos sus sentimientos y también los de ella: miedo, incomprensión, culpa, pena, rabia..., pero, sobre todo, voluntad. La voluntad férrea de seguir adelante, aunque tuviera que arrancarse el corazón del pecho para que dejara de lastrarlo.

Verity nunca había osado cuestionar si el objeto de su devoción merecía o no que ella se acostara cada noche con su imagen atravesada. Primero, porque se respetaba a sí misma lo suficiente para no menospreciar la decisiones de su instinto, así parecieran inconscientes o incluso fueran en contra de su sentido común.

Si había elegido amarlo, por algo sería.

Segundo, porque incluso si no lo quisiera, podría listar objetivamente las virtudes que le hacían digno de afecto.

No obstante, muchas veces se había preguntado qué fuerza magnética, qué combinación de casualidades, la hizo caer rendida a sus pies.

No pudo ser solo la belleza. Por arrebatador que él fuese, Verity había conocido hombres que podían hacerle la competencia a todas y cada una de sus bondades.

Tras años cavilando, había llegado a una conclusión: aquel muchacho destrozado le abrió los ojos al mundo real, el que había al otro lado de las puertas de su casa. Un mundo cruel, plagado de injusticias, con el que hasta entonces no había sabido que podía empatizar. Un mundo en el que los hombres amaban más allá de la vida y la muerte y no temían expresarlo con sus lágrimas y sus apasionadas promesas.

Verity conoció esa tarde al hombre al que consagraría su lealtad. Pero también conoció a una Verity que no sabía que vivía dentro de ella, más pequeña y vulnerable. Y, aunque después de verlo corrió hacia el mausoleo para agarrar a su madre de la mano y consolarla, ya convertida en

una adulta que entendía y se responsabilizaba del sufrimiento ajeno, a decir verdad no se la había presentado a absolutamente nadie.

Había otra razón que la vinculaba a ese extraño, absurda para quienes la escucharan, pero que para ella lo significaba todo: él había aparecido el día que su abuelo había desaparecido.

Verity creía en las casualidades. Sin embargo, siempre había creído mucho más en el poder sobrehumano, en la magia de Edison Swansea. Sabía que había sonreído desde los cielos o las montañas al hacerle dar la vuelta en el cementerio para no perderse la experiencia de toparse con el desconocido, recuperando así solo una chispa del amor, la curiosidad y la admiración que, de no haber transferido del uno al otro esa tarde, habrían muerto junto con él.

—Bueno, dime de quién se trata para que vaya pensando en cómo enamorarlo —retomó Sienna en el presente, atusándose los mechones castaños que enmarcaban su rostro.

—Ni lo sueñes —se burló Verity, cruzada de brazos—. Eres la más fea de la familia con diferencia abismal.

—Pero las feas tienen suerte —replicó, cantarina—, ¿o no es eso lo que dicen? Existen hechos que respaldan mi teoría. Tú eres, en teoría, el encanto de Londres, y no te veo ningún anillo en el dedo.

—Todos aquí sabemos que, si no está casada, es porque no ha querido —intervino con suavidad la directora. Poco le convenía replicarle a la sobrina del señor Burton en la casa del susodicho, pero era en gran medida su fracaso y de su institución que Verity aún no hubiese encontrado marido. Debía defenderse—. ¿Qué la ha hecho tomar esta decisión ahora, si no es indiscreción preguntar?

—Digamos que, como usted y el resto de las maestras me han enseñado, he estado esperando sentada como una auténtica señorita a que él se acercase a mí. Esto no ha sucedido por una razón que todavía no comprendo —aclaró con un cabeceo impotente—, por lo que asumo que es inteligente cambiar el curso de acción. Seré yo la que ponga el anzuelo. No son estos valores masculinos los que proclama la escuela, lo sé..., pero no me queda otra opción.

—¿Piensas decirnos de quién se trata? —se desesperó su padre.

Las comisuras de los labios le temblaron al sonreír con una mezcla de miedo y alivio.

A ningún miembro de su familia se le ocurriría censurar su elección, porque era ideal en todos los aspectos. Los recelos venían de otro lado, y era de la preocupación de que, poniéndole voz a su sentimiento, las fuerzas oscuras del mundo comenzaran a maquinar para sabotearla. Verity era de la escuela de que las cosas solo tenían la oportunidad de suceder si no se adelantaban los acontecimientos expresando anhelos en voz alta.

Sería la primera vez que anunciaba el mayor de sus secretos.

Era una responsabilidad.

Pero también un desahogo.

«Por fin te voy a dar tu lugar», pensó al decir su nombre. «Por fin nos voy a dejar existir».

Capítulo 1

Harding abrió los ojos lentamente para clavar una mirada de enojo moderado en el techo. La mantuvo allí con la convicción de serenarse, protegiéndose a sí mismo y a quienes lo rodeaban de empeorar su mal humor. Y es que como le echase un vistazo al reloj de bolsillo y comprobase que la demora de su rival había alcanzado la friolera de quince minutos, podría aprovechar que sabía hacer fuego sin ramas y pedernales para prender el recinto en llamas.

Se incorporó, aburrido de esperar, y alargó una mano hacia la bebida caliente que le había servido un empleado del club. Al principio lo había entendido como una cortesía hacia un cliente habitual, pero ahora veía que solo había pretendido disculparse de antemano por el retraso del propietario. Entonces no había sido tan obvio que Sonny no llegaría a la hora, pero debería de haberlo presentido. Era de dominio público que ni un temblor de la tierra, entre otras amenazas mortales, podría sacar a Sonny Kinross de la cama antes de las doce del mediodía.

La bajada del café por la garganta templó sus ánimos. No había nada como un tentempié otoñal entre las largas horas de trabajo en el despacho y el hueco que le costaba Dios y ayuda hacer en su apretada agenda para disfrutar de una hora de ejercicio.

Echó un vistazo desde el ring, donde había estado tumbado con los brazos extendidos hasta hacía unos instantes. A falta de su compañero de aventuras habitual, buscó un contrincante digno entre los madrugadores que amenazaban con partirse la cara entre ellos.

Tal y como rezaban las reglas del London Prize, que se habían formalizado recientemente para darle al arte del boxeo el espacio y las condiciones necesarias para desempeñarse con una mínima decencia, el ring consistía en un cuadrado de algo menos de siete metros y medio delimitado por cuerdas gruesas y flexibles. El club de pugilismo al que Harding llevaba acudiendo con religiosa frecuencia desde los dieciocho años contaba con cinco de estos cuadriláteros a lo largo del sótano, de los cuales solo uno se habilitaba las noches de apuestas desde que el ocho de agosto la Cámara promulgara la *Gaming Act*.

Su amigo Sonny debía de haber sido el único hombre en toda Inglaterra al que no había desalentado la advertencia de que las deudas de juego no serían ejecutables en los tribunales. Quizá porque él, a diferencia de los pobres desgraciados de clase baja que se jugaban la paga en los combates, tenía medios para cerciorarse de que sus deficitarios aflojaban la pasta.

Ninguno de ellos ortodoxo, todo fuera dicho.

«No sé por qué me junto con esta clase de gente», pensó Harding. «Matones y, lo que es peor, impuntuales».

Como si solo una descripción malintencionada de sus aficiones pudiese invocarlo, Sonny apareció en el sótano con esos andares precipitados que tan fieles eran a su carácter espabilado. Solía acompañar sus desfiles de sendos saludos a cuantos conocidos se cruzaba, que no eran pocos considerando que era el dueño del club y una cara retratada a menudo en las peores —y por ello más vendidas— revistillas de la capital. Esta manera de hacer acto de presencia en los sitios, estrechando manos de acá para allá con la prisa de llegar tarde a una cita importante pero sin perder el brío de quien se levantaba con dos pies derechos, le había valido el gracioso apodo de «la superestrella».

—¡Dichosos los ojos! —aplaudió Harding desde el borde del ring, donde había tomado asiento. Dejó que las piernas colgaran del borde mientras alcanzaba las vendas y comenzaba a envolverse las manos—. Ya pensaba que me ibas a dejar lanzando puños al aire.

Sonny le dirigió una sonrisa brillante que no le cabía en la cara.

Si al principio había estado molesto por su tardanza, no tardó en darlo por perdido con un suspiro que en realidad ocultaba su diversión.

Una chispa de descaro era admisible. Un descaro bárbaro era imperdonable. Pero un descaro sobrehumano, al nivel de legendario, volvía a ser tolerable.

La superestrella, en definitiva.

—Jamás permitiría que te avergonzaras así en público, honorable Harding Wargrave.

El aludido puso los ojos en blanco.

Llevaba recibiendo el susodicho tratamiento de nobleza desde que era niño y no se había cuestionado la ridiculez de su resonancia hasta que, al conocerlo en la facultad, Sonny lo repitió con una especie de regocijo burlón.

«¿Cómo has dicho? ¿Honorable Harding Wargrave? ¿Dos nombres tienes? Espera, ¿y por qué honorable? Ya que estabas, que te hubieran puesto "benemérito", "sublime", "mayestático"... o Príapo[10], que no es un adjetivo, pero sí describe una cualidad».

Su amistad universitaria duró el único año que se dignó a cursar un par de materias antes de que lo largaran por escandaloso. En palabras de Sonny, «asistió solo para poder decir que había probado la experiencia». En palabras de su padre, «asistió para hacerle perder dinero».

—Espero que en las sucesivas citaciones te tomes la molestia de comprobar el reloj —le señaló Harding sin la menor esperanza de que aplicara la crítica—. No te hago llegar una nota con una hora estipulada para que la utilices como una referencia opcional.

Sonny se agarró a las cuerdas y se propulsó con los pies desde abajo para encaramarse al ring de un solo y ágil movimiento.

Enfrentó a Harding con una mueca de fingida incomprensión.

—¿Qué me quieres decir? ¿Que no estabas indicándome que a las nueve podía empezar a vestirme, sino que debía estar aquí, ya listo?

—Si me preguntas a mí, debías estar aquí mucho antes, Kinross —suspiró Harding. Terminó de anudar el vendaje con un tirón firme y se incorporó ladeando la cabeza hacia un hombro y hacia el otro hasta que le crujió el cuello—. No puedes llegar más tarde que los aficionados. Eres el legítimo propietario de este establecimiento.

—Copropietario o propietario en funciones —le corrigió con retintín— hasta que la muerte separe a mi padre de la directiva... ¡pero que Dios le dé mucha salud y muchos años de vida, por supuesto! —apostilló con los brazos en alto.

Harding no sabía si Dios se dignaría a mirar a su padre a la cara, no se dijera ya bendecirlo con buena ventura. Además del genio que no solo concibió el club de pugilismo cuando las apuestas operaban en la zona gris de la posible ilegalidad, sino que había logrado que sobreviviese al fisgoneo de los corredores de Bow Street y, a posteriori, de la Policía Metropolitana, Robert Kinross era el conocido sinvergüenza de Londres que había encontrado la redención de los pecados gracias al amor de una bella mujer.

El resultado de su reconquista de la virtud habían sido sus hijos Emerson y Rosalie.

Como un nombre propio de señoritingo con aspiraciones nobiliarias no honraba a la verdad de su carácter travieso, habían acabado poniéndole el diminutivo, «Sonny».

—Bueno, vamos al lío. ¿Alguna petición especial? —inquirió Kinross. Huelga decir que no se le había pasado por la cabeza la posibilidad de disculparse—. Te sugiero que le pongamos atención al *cross-counter*. El otro día demostraste que te queda mucho para dominar el golpe cruzado.

—Como mandes. Solo te pido que mi rostro sea dispensado de toda huella de violencia. No sé

si te has enterado, pero hoy comienza la pretemporada de los últimos meses del año y no me gustaría llevar a mi hermana del brazo con la cara hecha un cristo.

—¿Que si me he enterado? ¡Si es la razón por la que llego tarde!

—Oh. —Exageró una mueca de asombro—. ¿Me vas a honrar con una explicación?

—Te voy a honrar con algo mejor, Harding. —Esbozó una sonrisa traviesa y se chocó los nudillos ya enguantados—. Te voy a honrar con un secreto.

—A mí no me gusta tanto el chismorreo como a ti, Sonny.

Por no decir que no le gustaba un ápice. Quizá por eso Dios, fiel defensor del equilibrio moral y de poner a prueba los nervios de sus hijos, había colocado en su vida a su hermana Rebecca y a sujetos como Emerson Kinross, que eran capaces de presentarse a las puertas de su habitación a horas intempestivas para contarle ahogados de emoción que lady Glasford se había comprado un perro de la región de Pomerania y lo había llamado Sansón.

Los dos lo habían hecho en días distintos y con opiniones semejantes.

«¡Qué nombre tan ridículo!», había dicho Rebecca. «¡Sansón es nombre de perro de caza! ¡No tiene ningún sentido que se lo haya puesto a una rata peluda!».

«¿Siquiera sabe lady Glasford qué personaje bíblico es Sansón?», había inquirido Sonny, a lo que había seguido una pausa dramática. «¿Siquiera lady Glasford sabe leer?».

—No es chismorreo, hombre —se defendió el púgil. Empezó a calentar trotando hacia delante y lateralmente mientras rotaba las articulaciones susceptibles de lesión: muñecas, cuello, hombros. Aquello era un espectáculo de baile de dudoso talento—. ¿O es que no te preocupa la felicidad de tus amigos? Apuesto a que si fuera el conde de Haverford el que te está prometiendo la revelación de un oscuro rincón de su alma, estarías impaciente por escucharlo.

—Deja las escenas de celos para las amantes, ¿quieres, Kinross?

Cierto era que tenía razones de sobra para envidiar al aristócrata. El conde de Haverford, Nile para él y para quienes habían gozado de la suerte de acompañarlo desde la infancia, gozaba del podio en la jerarquía de sus afectos dirigidos a amistades. Por desgracia para los aspirantes a dicho honor, Harding era un hombre de lealtades inamovibles, y si a esas alturas no le había retirado el saludo a su amigo, no lo haría después.

—A veces he pensado que Nile y tú erais justo eso. Amantes. Es lo único que a mi parecer justifica que rompiera el compromiso con tu hermana —aprovechó para soltar con desahogo—; que no le atraigan las mujeres.

—No llevas ni diez minutos aquí ¿y ya estás mencionando a mi hermana? —bufó, hastiado, y aprovechó que Sonny había concluido el calentamiento para arrojarle su primer golpe: un *roundhouse punch* que impactó en el punto exacto y obligó a su contrincante a alejarse unos pasos, lo mínimo que se tenía merecido por pronunciar el nombre de Rebecca en vano.

Lo que le gustaba de Sonny como rival era que no actuaba como un perro rabioso. Si alguien tenía la astucia de acertar con el puño, ventaja de la que gozaba Harding solo en los días buenos —los demás era bochornosamente derrotado... *por el momento*—, se recomponía con rapidez y hasta felicitaba a su contendiente con un guiño sincero.

—¿Qué quieres que te diga, honorable? —replicó después de frotarse la cadera malherida con el guante, poniendo unos morritos soñadores—. Es el vicio de la costumbre, que me lleva por los derroteros equivocados. En fin, aprovecha para pegarme ahora que puedes, que, en cuanto siga el mismo camino recto que tu amigo Nile, van a ser más bien escasas nuestras trifulcas. Me vas a echar tanto de menos que te vas a replantear tus preferencias.

Harding tuvo que hacer una pausa para esquivar con habilidad el golpe que arrojó hacia el vientre.

—¿Pretendes dejar el boxeo?

—Esta temporada voy a pasar menos por el club. A mí tampoco me conviene que me partan la cara cuando es lo poco que tengo para convencer a mi interés matrimonial de que me quiera... sin recurrir al chantaje —apostilló—. Si pudiese respaldar mi pedida de mano con un título nobiliario, otro gallo cantaría —meditó en voz alta. Tendía a hablar solo—. Quizá hasta me presentaba en el despacho del padre de la criatura con un ojo morado. A los condes les sienta mejor el tono, ¿no? ¿El morado no es, de hecho, el color por antonomasia de la realeza?

—De la bizantina, sí. Me alegra que leas algo distinto de las columnas de la Reina del Chisme. Por cierto —añadió como quien no quería la cosa—, ¿has dicho interés matrimonial?

—Así es. —Sonrió con orgullo. Esta vez le tocó a él trotar hacia el lado con rapidez para que Harding no le incrustara los nudillos en el hombro—. Vas a perder otro amigo a manos del vicario, honorable Wargrave, sublime Wargrave, ¡MAYESTÁTICO WARGRAVE!

No le costó ignorar la insolente sorna, demasiado acuciado por la curiosidad.

—¿Vicario? ¿A quién has extorsionado tú para que acepte casarse contigo?

En realidad, Sonny Kinross no era la mitad de mal partido de lo que le gustaba pregonar para afianzar su fama de granuja, la que era la más incomprensible de sus travesuras. En el pasado, su padre se había arruinado un par de veces, había obtenido dinero manchado de sangre de usureros de la peor calaña y había pisado las comisarías del barrio en más ocasiones de las que podían achacarse a una terrible casualidad. Pero por dinero bailaba el perro, y de eso no le había faltado al patriarca en los últimos treinta años.

Su madre, por otro lado, había sido la hija de un aristócrata. Un aristócrata venido a menos con una cuestionable preferencia por la vida rural y vagamente conocido en la capital, sí, pero la sangre noble seguía corriendo por las venas de sus herederos, y el actual conde de Royston, su heredero, estaba consiguiendo hacerse respetar en todas las esferas.

—¿No puedes imaginarlo si te digo que es la mujer más bella y deseada de Londres?

Harding caviló un instante.

—Lo cierto es que no —reconoció a regañadientes, incluso con cierto resentimiento hacia su propio sibaritismo, que muy a menudo le impedía conectar con terceros—. Me cuesta participar de los intereses mayoritarios. No sé por qué, pero lo popular no me apela.

—Mejor, o de lo contrario te habrías unido al llanto colectivo porque vaya a robarme a la estrella entre las estrellas. —Una sonrisa de triunfo coronó su expresión, de por sí encantada de haberse conocido—. Pienso formalizar mi compromiso con la señorita Verity Burton en cuanto se inaugure la temporada.

El nombre se repitió en la mente de Harding como una anécdota que le sonaba familiar, pero que por desinterés o por costumbre no lograba ubicar en tiempo y espacio.

Por supuesto, sabía de quién se trataba. El aturdimiento que le hizo bajar la guardia provino de la falta de comprensión.

Sonny aprovechó esa distracción para asestarle un gancho que lo mandó de espaldas al suelo.

Eso, en cambio, no le gustaba nada de su rival; que jugaba sucio.

En todos los aspectos.

—Hijo de puta —masculló todavía sentado, manipulándose la mandíbula herida.

—Cuidado con el modo en que te refieres a mi madre —le advirtió él con un dedo en alto y una sombra que auguraba terribles castigos cruzándole el rostro.

Harding se disculpó levantando las dos manos con humildad, arrepentido de corazón por el término usado. Sonny era el hombre más sensible en lo que a su madre respectaba que había conocido jamás, en gran medida porque lady Hailey Cavendish pasó por toda clase de fatigas;

incluida la del escarnio público por sus escandalosos escarceos, herida que él acababa de reabrir con su lindeza.

—Menos mal que te he dicho que en la cara no, ¿eh? —se quejó Harding, esperando relajar la tensión que se había instalado en el ambiente—. Si no te lo llego a pedir, a lo mejor me dejas irreconocible. ¿Verity Burton, Kinross? —retomó—. ¿Lo has dicho en serio?

Sonny se recuperó de la contrariedad con la velocidad con la que lo hacía todo —como, por ejemplo, escoger esposa— y le tendió una mano amiga para ayudarlo a incorporarse.

Había empezado a palpitarle la mandíbula magullada cuando el joven dijo:

—¿No es perfecta? Bueno, tal vez a ti, precisamente a ti, no te lo parezca, pero...

Harding ganó tiempo acariciándose la zona en la que pronto florecería un cardenal.

—No me lo parece porque, atendiendo a criterios filosóficos, es menester dudar de la existencia de la perfección. Ahora, si me preguntas si os concibo formando un matrimonio feliz...

Dejó al aire su conclusión, tratando de disimular su contrariedad por si acaso indignaba a un novio ilusionado. Echó mano de los conocimientos sobre el matrimonio que había adquirido gracias a la inestimable experiencia de sus amigos casados, entre ellos el conde de Haverford, pero, sobre todo, a haberse preocupado él en persona de meditar sobre lo que convertía a una buena pareja en el dúo perfecto para, en función de la respuesta, buscar a un pretendiente o a otro para su hermana pequeña.

Verity Burton y Emerson Kinross.

Quién lo habría dicho.

—Podría funcionar —opinó desde la más objetiva de las perspectivas—. A ambos os pierden las frivolidades mundanas, tenéis un puntito extra de malicia y os tomáis demasiado en serio a vosotros mismos.

—¿Así me definirías? —se mofó Sonny, cruzado de brazos—. ¿Como un desalmado que se quiere más de lo que debería?

«Es otra forma de decirlo».

—También tienes sentido del humor.

—Hombre, gracias..., perro del infierno —masculló entre dientes, más divertido de lo que parecía.

—Se comenta que es importante compartir rasgos con la futura esposa para garantizar un mínimo entendimiento —se defendió en tono informativo, el que blandía con inocencia para que le disculparan un ultraje desproporcionado—. Lo problemático es que también se dice que los caracteres opuestos se complementan, y me parece a mí que la señorita Burton y tú sois demasiado similares. Y, si te soy sincero, a ella nunca he terminado de imaginarla casada —confesó, procurando moderar el tono para que no interpretara su observación como un desaire a la joven.

—¿No será porque la odias?

Harding sonrió, burlón.

—Te has equivocado de Wargrave, Kinross. Yo no la odio como la puede despreciar mi hermana. No odio a nadie, de hecho. Es una pérdida de tiempo.

—Y un cuerno que no. Eso te habrá quedado muy bonito, pero la rehúyes como la peste. No trates de negarlo. Cuando todos los hombres van hacia ella, es más perceptible que tú remas en la dirección contraria.

—Soy de la opinión de que podría ahorrarse algunas descortesías —se resignó—, más por el bien de su reputación que porque deba preocuparse de las sensibilidades ajenas, algo que imagino que le supondría un sobreesfuerzo. Pero, ahora que Becks no nos oye, también diré que

no caben réplicas de otra naturaleza cuando la honorable señorita Wargrave se deja llevar por el mal genio. Como los abogados, creo que todo el mundo tiene derecho a una legítima defensa —concluyó con sorna.

—¡Mejor para mí si la soportas, entonces! ¡Así le das el visto bueno a la futura novia!

La sonrisa de Harding se tambaleó imperceptiblemente.

No odiaba a la señorita Burton por una razón que pesaba aún más que su ética personal, y es que la conocía desde que apenas era una niña. Tenía la misma edad que su hermana pequeña, había entrado en la escuela de señoritas de lady Mabry para pulir sus modales al mismo tiempo, habían sido presentadas en sociedad a la vez... Entre las similitudes de sus respectivos crecimientos y que solo habían logrado ponerse de acuerdo en autoproclamarse archienemigas, no podía evitar verla como la otra cara de la moneda de Rebecca..., si bien no albergaba el menor sentimiento fraternal o solo una mínima cordialidad por la muchacha, quien, dicho fuera de paso, hacía unos esfuerzos encomiables para que él la encontrase insufrible.

Sin embargo, que mantuviera una posición neutral o pudiese valorar sus infames ocurrencias con una mirada objetiva no significaba que aprobase la elección. Si Harding tuviese que elegir entre que le desearan una muerte agonizante y cortejar formalmente a la señorita Burton, escogería la primera opción dando las gracias de rodillas.

Justo porque sus responsabilidades de hermano habían forzado la proximidad entre Verity y él, había podido conocer de primera mano sus múltiples escarceos, ya se dieran mediante carta o de forma natural. Se contaba que tenía un don para ponerle a un hombre la cabeza del revés; que su condición de conquistadora había llegado a saldar la deuda histórica que les había quedado debiendo a las mujeres por culpa del afamado Casanova, pero nadie excepto Harding y quienes habían observado su paseo por lo salones sabía hasta qué punto era cierto.

Una joven así sería la condena de obsesión de su marido. Lo volvería una bestia celosa.

Miró a Kinross amagando una sonrisa entre incrédula y cargada de sospecha.

—¿La has elegido porque su corazón es inexpugnable? —indagó con curiosidad—. Sabe Dios que te pierde un reto, y que la señorita Burton no se haya enamorado en tres temporadas pudiendo elegir entre la totalidad de los solteros y hasta algunos casados lo dice todo sobre su inaccesibilidad.

—Me gustan los retos, sí, pero si fuera cierto que me pierden, me habría arrojado como un toro bravo sobre tu hermana...

—Ah, ¿no lo has hecho? ¿Y qué es eso que llevas haciendo desde que te conozco?

—... Viendo que no es posible —continuó, pasando por alto la legítima pulla—, he decidido dejar los desafíos para la lucha cuerpo a cuerpo y priorizar una convivencia estable en mi futuro hogar.

«Dijo nunca, jamás, Sonny Kinross», completó para sus adentros.

Eso no se lo creía ni él.

—¿Entonces? ¿Vas a casarte con ella porque no has podido casarte con mi hermana y esto es lo más cerca que estarás nunca de que mire en tu dirección... aunque sea para maldecirte por desposar a su enemiga? —se burló con especial malignidad para ponerlo a prueba, convencido de que había gato encerrado en su elección.

Kinross llevaba deshaciéndose en amores —o lo que él creía que eran amores— por Rebecca desde que Harding alcanzaba a recordar. Lo había maldecido porque en su día permitiera a Nile que la sacara de paseo con vistas al futuro conyugal, y aunque achacara sus recelos hacia el conde a que el hermano mayor prefiriese su aristocrática compañía, ante todo lo despreciaba porque había logrado conmover a su hermana pequeña de un modo en que nadie más lo había

conseguido hasta la fecha.

A Sonny no le hizo ninguna gracia que cuestionara la naturaleza de sus afectos y bajó los puños, hasta el momento en posición de ataque, para enfrentarlo con llaneza.

—¿Tan difícil te resulta creer que pueda haberme enamorado de la señorita Burton? —inquirió con voz queda, entre entristecido y ofendido—. No sería insólito que hubiese encontrado en ella un alma afín a la mía. Tú mismo has dicho que somos idénticos, y si me amo a mí mismo, ¿qué más hay que hablar? Blanco y en botella. Es una mujer con un sentido del humor extraordinario y una sensualidad inaudita, dos cualidades que cuesta apreciar en el groso del público femenino que uno acostumbra a ver en Almack's.

—Como si a ti te invitaran mucho a Almack's.

—Si el club de patronas trasnochadas ya está de capa caída, imagínate el modelo de dama perfecta —continuaba Sonny, imparable una vez cogía carrerilla—. Me gustó descubrir que aún quedan resquicios de las guerreras de la antigüedad, de las reinas orgullosas de Europa, en las jóvenes de la nueva generación.

La respuesta de Sonny no hizo sino confundirlo más.

«Claro que sí, ¡la señorita Burton es la nueva Boudica[11]!».

Harding encontraba grosero y obsceno el «sentido del humor» de Verity, si es que así podía llamarse a nombrar en voz alta todo lo que no debía nombrarse por educación, al menos tres tonos más alto de lo que uno debía hablar e interrumpiendo a quienquiera que estuviese dando su punto de vista. En cuanto a la sensualidad, no podía saberlo porque sus primeros recuerdos de la joven se remontaban a cuando tenía catorce o quince años y, por impopular que fuese dadas las preferencias masculinas, él nunca se había pirrado por las adolescentes.

Ni siquiera durante su adolescencia.

—¿Y eso lo has descubierto ahora? —Enarcó una ceja, todavía reacio a tragarse el cuento—. La señorita Burton lleva un tiempo en el mundo, Kinross, y creo que tú y ella coincidisteis por primera vez la Navidad pasada, cuando acompañaste a tu hermana a Arlington Abbey para que comenzase sus estudios en la escuela. Desde entonces ha pasado casi un año.

—Tanto en las festividades como en esta última temporada me pasó desapercibida, lo reconozco, pero ya te imaginarás por qué. Rebecca estaba allí, y sabes que siempre he sentido una poderosa debilidad por tu hermana —señaló con total desahogo. Un desahogo que podría haberle costado un puñetazo no mucho tiempo después, cuando no solo admitía abiertamente su deseo, sino que actuaba al respecto incordiando a la joven.

Harding estaría mintiendo si dijera que esa «poderosa debilidad», que él habría descrito más bien como ardiente obsesión, no había estado a punto de poner fin a su amistad en más de una ocasión. No solo porque su obligación fuese defender los intereses de Rebecca y no existiera hombre menos recomendable que Sonny, una víctima de pasiones pasajeras que a menudo tenían como blanco a mujeres que no podía permitirse frecuentar, sino porque después del fracaso del cortejo de Nile se decidió a evitar que Becks volviese a acercarse a un amigo suyo.

Tanto por él como por ella.

Acabó suspirando, resignado. Tenía que rendirse a la evidencia de que aquello era una magnífica noticia. Si Sonny se casaba con Verity, mataría dos pájaros de un tiro: dejaría de fastidiar a Rebecca y se llevaría a la insolente señorita Burton a donde su hermana no pudiera verla.

Solo había un aspecto que seguía preocupándole, y es que el libertinaje de la muchacha no casaba con los ideales matrimoniales de Sonny.

Desde que lo conocía, había repetido por activa y por pasiva que jamás permitiría que su

mujer mirase en la dirección de otro hombre. No era ninguna petición escandalosa. A él tampoco le gustaría que su esposa anduviera flirteando con terceros, pero Sonny se había reafirmado en tantas ocasiones a lo largo de los años, estando ebrio, sobrio, medio dormido y más lúcido que nunca, que una preferencia en teoría inocente se había convertido en una ideología solemne cuyo incumplimiento podría llevarle a un pico de locura todavía desconocido para el hombre.

De todas las mujeres del mundo, pensaba Harding, la señorita Burton era la última a la que imaginaría casada con él por eso mismo.

Jugaría con su mente hasta trastornarlo.

Claro que Verity podía haber cambiado en el transcurso de los últimos meses. Había visto sentar la cabeza a canallas descarnados por cuya rehabilitación no habría apostado ni un mísero penique. No le tenía demasiada fe a la muchacha, pero no sería descabellado darle una oportunidad.

Decidió hacer la pregunta crucial a riesgo de que le acusara de meter las narices donde no le incumbía.

—¿Ella corresponde tus afectos?

—Imagino que sí. Ha jurado darme una afirmativa tan pronto como le ofrezca el anillo de compromiso. —«Me temo que la señorita Burton tiende a hacer más juramentos de los que es humanamente posible cumplir», estuvo a punto de replicar, pero no lo hizo al ver la expresión convencida de Sonny—. Si no me amara, no me habría elegido, ¿no crees? Ya has visto que no se ha casado pese a tener donde elegir.

«Tenía donde elegir en su primera temporada, en la segunda y más o menos en la tercera», pensó Harding. No descartaba que Verity se hubiese decantado por uno de los pocos pretendientes jóvenes y atractivos que aún no se habían desanimado con su indecisión. Conociendo su frivolidad, que había tenido la desgracia de testimoniar escuchando sus desahogados comentarios sobre la belleza masculina, habría elegido a Kinross por el aspecto físico.

«Las cosas empezaron a cambiar este año», quiso decirle, «y ahora que la pretemporada de otoño insinúa un cuarto año de casadera, me extrañaría que la estrella que la ha estado acompañando siguiera brillando en el cielo. Nadie tiene tanta suerte».

Pero si alguien la tuviera, y eso debía admitirlo, la señorita Burton y nadie más sería la única beneficiaria. Una dama corriente ya se consideraba echada a perder cuando llegaba al ecuador de su segunda temporada sin un pretendiente sólido.

Verity era algo fuera de serie.

Como Sonny, por otro lado.

—Entonces estás seguro de tu decisión —insistió Harding, más para que su amigo lo reafirmara a él que para animarlo a reafirmarse a sí mismo.

—Nunca he estado tan seguro de algo, Harding. —Le puso una mano en el hombro y se lo estrechó—. Por favor, alégrate por mí. Uno no encuentra esposa todos los días.

Harding se resignó a apoyarlo como dictaba la amistad entre caballeros. Empezó por devolverle el gesto cariñoso palmeándole la espalda. Pero no pudo evitar que las palmaditas enviaran un mensaje más parecido a «ánimo y suerte, porque los vas a necesitar».

Tenía la sensación de que Sonny iba a cometer el error de su vida, y, si eso era así, alguien habría de impedirlo.

Capítulo 2

La escuela organizaba una cena para los familiares de las alumnas la noche previa a la apertura de la temporada. La finalidad del evento era proporcionar a las jóvenes una inyección de optimismo de cara al porvenir social, que, para algunas, representaba un deber ineludible y hasta tedioso.

Como, por ejemplo, para la honorable señorita Wargrave; Rebecca o solo «Becks» para Harding.

Antaño, su hermana había disfrutado de la música, la danza y las oportunidades de interactuar con siempre atractivos y solo a veces prometedores desconocidos como la que más. Por desgracia, la guerrilla de desgaste en la que se convertía el objetivo de casarse de una debutante a partir de cierto tiempo acabaría agotando hasta al más fuerte.

Pese a todo, se había acicalado con el mismo ahínco que si fuera su presentación.

A las cinco de la tarde, puntuales como un reloj, alumna y acompañante volvían de una agradable tarde alternando en Gunter's y paseando por Hyde Park. Esta tradición ociosa había permanecido inmune al tiempo desde su instauración tres años atrás, cuando Rebecca pisó Londres por primera vez como casadera y Harding se empecinó en enseñarle sus recovecos para que se llevara un recuerdo de la capital distinto de sus obligaciones matrimoniales.

Había quien pensaba que los hermanos Wargrave se citaban cada viernes en público para que los solteros no se olvidaran de la señorita. La verdad era más sencilla: el futuro barón adoraba a su hermana y disfrutaba pasando el rato con ella.

Por inconcebible que le resultara a algunos.

El carruaje se detuvo en Eaton Square. Una de las flamantes mansiones que se habían construido a lo largo de los años veinte en la zona pertenecía a la escuela. Precisamente el señor Swansea, abuelo de la señorita Burton, fue quien puso de moda el barrio entre la alta burguesía escogiéndolo para levantar su retiro.

Pensando todavía en la conversación que había mantenido con Sonny, Harding lanzó una mirada reflexiva a la casa en cuestión.

No había barajado que Kinross quisiera desposarla para sacar rédito económico, y eso que una de las razones por las que la señorita Burton era tan popular entre la aristocracia venida a menos era su dote. Pero su amigo ya era más rico que Creso, y aunque siempre tenía un proyecto en el punto de mira, sus ambiciones nunca habían sido materiales.

Que él supiera.

—¿En qué piensas? —preguntó Rebecca, que había estado observándolo con fijeza.

Sus manos enguantadas descansaban sobre el regazo, pero no engañaba a nadie.

Estaba nerviosa.

—En la temporada que tenemos por delante —respondió, y no estaba faltando a la verdad. O no del todo. A no ser que tuviera la certeza de estar protegiéndola de una rabieta, como era el caso, Harding nunca le mentía—. ¿Estás preparada, Becks?

Rebecca desvió la mirada a las puertas de Mabry's Place, la propiedad de la escuela en la ciudad de Londres en la que se alojaría junto al resto de las alumnas en los meses venideros. Era lo que recomendaban las maestras para que las jóvenes no interpretaran su paso por la capital como unas vacaciones, inevitable asociación si se hospedaban en sus viviendas de la infancia con sus familiares.

De cualquier modo, no habría podido pasar de septiembre a diciembre con Harding. Hacía años desde que su padre había vendido la casa de Londres para comprar una nueva mansión en el norte de Inglaterra, idílico escenario para comenzar su segunda vida. Si alguno de los dos quería vacacionar en la capital, Rebecca debía hacerlo en Mabry's Place y él en Albany, los apartamentos para solteros de Piccadilly.

—Esta tiene que ser la definitiva, Harding —murmuró ella, aferrada al satén de su vestido nuevo—. Me convertiré en el hazmerreír de Inglaterra si llego soltera a mi quinta temporada. No, no llegaré —se corrigió de inmediato—, porque no pondría un pie en un salón repleto de debutantes teniendo los veintiún años que cumpliría el próximo marzo, ¡y eso en el caso de que alguien tuviese la gentileza de seguir invitándome! Si ya es bochornosa mi situación actual, no quiero ni imaginar cómo será dentro de seis meses.

No fue su intención callarla cogiéndola de la mano, tan solo transmitirle su fortaleza, pero ella se quedó laxa y muda con el gesto. Rebecca solo se permitía verbalizar su desesperación con él, uno de los signos de la plena confianza que tenía en quien ahora era su única familia y del miedo que el mundo le había enseñado a profesarle al delito de hablar sin tapujos.

Harding se consolaba pensando que era un miedo colectivo; que no había muchacha en su situación que no lo sintiera.

—La de 1846 sería tu cuarta temporada —replicó él con un guiño amistoso—. Las pretemporadas de finales de año no cuentan como tal. Para algo tienen un nombre distinto.

Rebecca intentó soltar una risita, pero sonó más bien como un gemido.

—Solo es un prefijo, no un nombre distinto —suspiró—. Me preocupa que mi escasa popularidad y mis dificultades para encontrar marido te acaben salpicando de algún modo, Harding. No me quiero ni imaginar lo que tendrás que escuchar viniendo de los nobles con los que te codeas en White's, en las casas de citas; ¡incluso en ese club de pugilismo que regenta Kinross, donde no tendrían ningún derecho a cuchichear sobre mí! ¡Le estaría diciendo la sartén al cazo!

Harding ahogó una sonrisa divertida. Su hermana siempre empezaba a disertar en tono moderado, aceptando sus limitaciones con humildad, y acababa arremetiendo contra todos en defensa propia aun cuando nadie la había ultrajado.

«Te inventas enemigos para luego enfadarte con ellos», le había dicho en alguna ocasión.

—Descuida. Nadie se atrevería a desairarte delante de mis narices.

—Salvo la señorita Burton.

—Salvo la señorita Burton —vio justo darle la razón con un cabeceo—, pero, por suerte, ella no decide si te casas o no. Tampoco cómo te percibe el público masculino, que es lo que nos importa.

—Me sorprendería que no tuviera ese poder, si te soy franca. Está en la misma posición que yo y, sin embargo, no parece angustiada en lo más remoto. ¿A qué crees que se debe semejante seguridad en sí misma? ¡A veces pienso que ha hecho un pacto con el diablo! Ojalá pudiera preguntarle cuál es su secreto para atraer a los hombres, ojalá pudiera... pedir su consejo para no temerle al futuro —arrancó a balbucear con la mirada gacha.

Nada era más vergonzoso para un carácter soberbio como el suyo que tener que reconocer su inferioridad respecto de Verity.

Harding se preguntó con una chispa de humor si acaso todo el mundo se había puesto de acuerdo para mantener a la señorita Burton en su pensamiento.

—Estará en paz con su situación porque sabe que sus padres no le afearían un futuro como la eterna solterona que consiente a sus sobrinos.

Se arrepintió de haber usado esa carta para consolar a Rebecca al ver que tragaba saliva.

—Lástima que el barón no sea de la escuela de la paternidad moderna que inventó Edison Swansea y que Desmond Burton ha adoptado al pie de la letra. Si no me caso ya, no quiero ni imaginarme qué hará padre conmigo.

Harding se envaró nada más oír la palabra que agriaba su humor.

«Padre».

—Te lo he dicho una vez y te lo voy a repetir, Rebecca. Contra la imposición social de que las mujeres han de casarse no puedo luchar, porque solo soy un hombre. Pero, en lo que a mí respecta, que encuentres o no un marido es opcional. Si no quieres pasar por el escaparate de solteras de nuevo, seré yo quien busque una esposa que te aprecie y sea correspondida y nuestro hogar será el tuyo, como viene siendo hasta ahora.

Rebecca compuso una mueca sarcástica.

—No creo que pudiera soportar que otra mujer fuera la señora de Wargrave House.

—Ella tendría que ser la señora porque ostentaría el título de baronesa, pero tú serías la reina. Eso no lo dudes ni por un segundo.

Las primeras veces que había propuesto lo que para su hermana era un insulto a sus capacidades y un fracaso insoportable, se había rebotado de tal modo que habían terminado la discusión dando portazos en alas opuestas de la casa. Gracias al cielo, poco a poco fue comprendiendo que Harding le ofrecía la posibilidad desde el afecto, no por una falta de confianza en sus encantos, y se fue ablandando.

Esa tarde incluso se animó a sacarle la lengua.

—¿Qué te hace pensar que tú encontrarás esposa más rápido de lo que yo hallaré marido?

Harding se encogió de hombros con aire risueño.

—Bueno, a diferencia de ti, a mí me vale cualquiera mientras coordine motilidad y diálogo sin acabar echando humo por las orejas. Y si no es difícil de mirar en las distancias cortas, mejor —reconoció con llaneza, sin ocultar la burla que le merecía su propio cinismo.

Rebecca no se molestó en defender a las mujeres de su ofensiva frivolidad por una sencilla razón: Harding nunca hablaba del tema con desprecio hacia el género femenino, sino hacia sus limitadas expectativas y el lugar del que estas venían, que no era otro que el conformismo y el desaliento de no sentirse atraído por ninguna joven.

—Creo que un futuro barón puede aspirar a algo mejor que a una esposa agradable a la vista y con habilidades psicomotrices.

—Ya sabes que no soy especialmente tiquismiquis. —Se miró las uñas con fingido desdén.

—Pero, como a ti te sucede conmigo, no dejaría que te casaras con cualquiera. Quiero lo mejor para mi hermano mayor.

—Hagamos un trato, entonces. Yo busco lo mejor para ti y tú buscas lo mejor para mí.

—Hecho.

Los Wargrave se dieron un solemne apretón de manos con un brillo juguetón lustrando sus miradas. Harding aprovechó que la tenía agarrada con firmeza para tirar de ella y atraparla en un abrazo protector.

—¡Oye! ¡Me vas a desbaratar el peinado! —Él puso los ojos en blanco y la soltó, pero no sin antes plantarle un beso sonoro en la coronilla. Acalorada por el sobresalto, Rebecca borró los efectos del arrebato recolocando los bucles dorados y alisando la falda con impaciencia—. De verdad, Harding, tienes que aprender a controlarte —refunfuñó por lo bajini—. ¡O buscarte una mujer a la que no le importe que te desahogues con ella!

Él todavía se estaba riendo a carcajadas cuando por fin bajaron del carruaje. Llamaron a las

puertas a las cinco más veinte minutos, lo suficientemente tarde para recordar a los invitados que su presencia era un bien de alto valor que no debía darse por sentado.

Rebecca no fue la única que entró en el salón teniendo que disimular su nerviosismo. Como hermano mayor se había visto en la obligación de desarrollar una visión felina para cerciorarse de que los caballeros de la sala se dirigían a la pequeña de acuerdo a las normas del decoro; de que no había miradas lujuriosas, despectivas o burlonas y que, de haberlas, no quedarían sin su consecuente castigo.

Como no lo habían hablado, no podía saberlo con seguridad, pero Rebecca no tenía un pelo de tonta. Debía de haberse figurado que si la habían seguido invitando a las fiestas y las murmuraciones de su primera y catastrófica temporada no se habían prolongado hasta la segunda y la tercera, se debía a la intervención directa de Harding, que había advertido a quien tenía que advertir, sobornado a quien tenía que sobornar y amenazado a quien tenía que amenazar.

Soltó a Rebecca para que se moviera con libertad, tranquilo después de confirmar que no había peligros cerca.

Entre las fiestas de un Almack's conocido por sus códigos inflexibles y las de residencias palaciegas de miembros de alto standing —que, en opinión de Harding, eran laberintos repletos de trampas que solo sus propietarios podían sortear con éxito—, Mabry's Place se alzaba como un soplo de aire fresco. Era un escenario social libre de pretensiones gracias al carácter privado de sus veladas y al tipo de invitado: abundaban los conocidos y familiares lejanos completamente inofensivos, pues no había hombre que no fuese consciente del duro desafío matrimonial al que se enfrentaban las mujeres de su quinta.

Además, no hacían distinciones. Allí se mezclaban las nuevas fortunas con la nobleza venida a menos y las familias de gremios honorables pero más bien humildes.

Le extrañó no ver a Sonny. La escuela le había puesto en bandeja la excusa ideal para pasar un rato de calidad con la señorita Burton y la había desaprovechado.

«Así de enamorado estará», ironizó.

Nada más invocarla con el pensamiento, la localizó a lo lejos. Disimuló su interés calculador retirándose a un rincón de la sala. ¿La coartada? Fumarse un puro antes de la cena.

No había transcurrido ni media hora desde el comienzo de la reunión y los hombres, solteros o casados, pimpollitos o maduros, ya se habían adherido a la muchacha como los insectos a una mosquitera.

Pensó en la descripción que Sonny había dado de la joven y que tan ajena le había sonado.

«Sensualidad inaudita».

Se le torció el gesto sin darse cuenta.

Verity lucía un vestido con estampado floral de un tenue amarillo. Un color tan poco favorecedor debería haberla apagado, sobre todo con lo pálida que era, pero estaba muy bien aconsejada por su modista, porque de algún modo hacía vibrar aún más el rojo de su cabello naturalmente rizado —esto lo había comentado Rebecca con celos en varias ocasiones— y disimulaba las pecas que tan mal vistas estaban según el canon.

Su hermana aludía a menudo a que la señorita Burton estaba a un pastelito de que se le saltaran las costuras del traje. Si se drenaba el veneno malicioso del comentario y se ponía en labios de un hombre con gusto por las curvas pero sin una comprensión real de lo que significaba el erotismo, entonces podría obtenerse una afirmación muy similar a la de Kinross: Verity poseía una sensualidad inaudita.

Sin embargo, para Harding no había sensualidad en un cuerpo si no se acompañaba de un aura determinada y de lo que era aún más importante: de los ojos que lo contemplaban. La verdadera

belleza era una cualidad que adjudicaba el observador, nunca inherente al objeto o la persona observada.

Verity era bonita si se atendía a criterios estéticos, pero más allá de su insolencia, no le veía nada digno de reverencia y menos aún de obsesión. Su carácter invitaba a mantener la vista sobre ella, aun así; en el transcurso de los diez minutos previos al comienzo de la cena, la vio poner una mano afectuosa en el antebrazo de Roland Landon, reírse con coquetería de las batallitas del marqués de Tremaine y lanzarle un mensaje indiscreto con un movimiento de abanico a lord Easton.

Harding estaba lo bastante curtido en técnicas de flirteo como para saber que un suave aleteo cubriendo hasta la nariz significaba «estoy dispuesta».

«Cristo redentor», pensó, no sabía si ofendido o retorcidamente maravillado con su descaro.

—¿Qué andas vigilando con tu cara de tiro al plato? —inquirió una voz masculina a su espalda.

Mediante el estudio de cálculos matemáticos que habrían asombrado a la Royal Society, Nile y él habían establecido la distancia perfecta para hablar y ser escuchados sin que la honorable señorita Wargrave descubriera su interacción.

—A Verity Burton —dijo con el puro casi pegado a la boca, disimulando así que contestaba a la palabra de su amigo secreto—. Kinross me ha anunciado esta mañana que pretende casarse con ella, y me da a mí que hay gato encerrado.

Incluso sin mirarlo, supo que Nile le hacía una socarrona caída de ojos.

—Si te parece insólito que un hombre se haya enamorado de Wit, es que no has estado prestando mucha atención los últimos tres años.

Harding esbozó una sonrisa distante.

—Siempre me ha hecho gracia el apodo. «Wit» —repitió, y meneó la cabeza como si aún estuviera decidiendo si le gustaba o no—. He de confesar que en su día lo interpreté como un diminutivo de la acepción que verdaderamente la define: «Witch»[12].

Nile se avergonzó de reírse con el comentario. El sonido le llegó a Harding inhibido por la presión de la palma contra la boca.

Su esposa lo mataría si descubría que andaba burlándose de su grandísima amiga.

—Se lo ha ganado tratando a tu hermana con la punta del pie —admitió sin otro remedio.

—Y metiéndose en el bolsillo a media población masculina. ¿Qué les hace, si no es brujería de primer nivel? —Concentrado como un fusilero, estrechó la mirada sobre su objetivo—. ¿Cómo puedo deshacerlo para que Kinross sea un hombre libre y no acabe reducido a una de las marionetas de la mujer por la que se inventó la palabra «caprichosa»?

—No sabía que le tenías ojeriza a la muchacha.

Harding suspiró con hartazgo.

Nadie estaba por la labor de entenderlo.

—La muchacha ni me va ni me viene siempre y cuando se mantenga lejos de mis seres queridos —explicó de nuevo en tono cansino—. Ya conoces a Kinross. Si estuviera viendo lo mismo que yo en este momento, ya habría despellejado vivo a más de un pobre inocente.

—La señorita no es para un hombre sin estómago —convino Nile—, eso está claro.

Harding le echó un vistazo por encima del hombro solo para confirmar que no habían sido imaginaciones suyas: lo había oído más cerca.

—Mantén las distancias, Haverford. No queremos que corra la sangre.

—Han pasado dos años. ¿No crees que va siendo hora de que anunciemos nuestro romance a los cuatro vientos? —se mofó, aunque había una nota de resentimiento en su voz.

—Estaría encantado de hacer tal cosa si hubieses dedicado esos dos años que dices a ganarte el perdón de mi hermana, y no a esperar el milagro de que se le olvide lo que sucedió escondiéndote en tu casa de campo con tu adorable mujer, tus adorables hijos y tus adorables florecillas silvestres —respondió sin ápice de rencor.

Él era el primero que entendía el impulso de responder al instinto de supervivencia huyendo de una Rebecca furiosa.

—En gran medida me he escondido en la casa de campo para no recordarle el escándalo al groso de la sociedad con mi sola presencia —se defendió, molesto—. Clarissa y yo pensamos que le resultaría más sencillo hallar marido si desaparecíamos del mapa.

—Y, sin embargo, aquí estás.

—Estoy aquí porque tampoco puedo permitir que el bienestar de Rebecca condicione mi vida para siempre, y menos ahora que no es la querida amiga a la que puedo cuidar con mucho gusto, sino una mujer que me desprecia. A mí, a mi adorable mujer y a mis adorables hijos —parafraseó.

—Sabes de sobra que este no es mi tema de conversación preferido —atajó Harding, y lo dejó con un palmo de narices impulsándose desde la columna para apagar el puro en el cenicero que le ofreció un lacayo.

Se encaminó hacia las hermosas puertas de madera con historiadas vidrieras que conducían al comedor, a donde los sirvientes estaban dirigiendo a la concurrencia.

Ser un hombre racional le jugaba en contra. Podía comprender la posición de las dos partes perjudicadas en el mayor escándalo de la temporada de 1843: aunque al final hubiera encontrado el modo de ser feliz, Nile fue arrojado a un matrimonio de conveniencia que empezó con muy mal pie y le fue vetado de por vida el cariño de una mujer a la que quería como a una hermana.

En cuanto a Rebecca, no solo su reputación salió perjudicada. Él había sido testigo de sus llantos amargos, prueba del monstruoso crimen cometido contra un corazón que entonces aún era inocente. El profundo entendimiento de la situación, que había observado desde todos los ángulos, y haber visto a ambas partes sufrir con el resultado le había llevado a tratar de mediar, siempre en vano. Terminó por llevar una amistad paralela con Nile para algún día demostrarle a su hermana que el perdón era la única salida.

Pero ese día no llegaba, y cada rato que pasaba celebrando la continuidad de su trato con el conde a espaldas de su hermana le pesaba como a Cristo la cruz.

Uno de los lacayos lo sentó en el centro de la mesa. A un lado tendría, precisamente, a Roland Landon; a su izquierda cenaría el marqués de Tremaine. Frente a sus narices, la señorita Burton recibía la ayuda de hasta tres comensales con frac para tomar asiento. Uno le retiró la silla, otro la tomó con gentileza de la mano y un tercero tuvo el descaro de auxiliarla en la empresa de acomodar la falda.

¿Cuántos y cómo la socorrerían si estuviera lisiada? ¿Mandarían llamar a la guardia real?

—Honorable Wargrave —lo saludó Tremaine con un asentimiento—. He tenido el gusto de verle esta mañana practicando con el señor Kinross. Me gustaría que me concediera el placer de pelear con usted un día de estos. Apenas me inicié hace un par de meses en el arte del pugilismo y todavía estoy aprendiendo, pero siento que con su ayuda podré avanzar más rápido hacia el perfeccionamiento.

—Cuando a su agenda le convenga —respondió Harding, que enseguida se giró hacia el sirviente para agradecerle que le hubiese servido vino. Comprendió que iba a necesitarlo al oír la estridente carcajada de la señorita Burton, a la que por lo visto ahora trataban de conquistar a través del sentido del humor.

—¿Boxea usted, señor Wargrave? —se sorprendió Roland—. Nadie lo habría dicho. El físico de los pugilistas raya en lo grotesco.

—Procuro combinar mis ejercicios con largas horas de butaca —respondió con una discreta ironía, controlando su desdén hacia la mención del aspecto físico.

En opinión de Harding, había temas que no se debían debatir en la mesa y que no tenían perdón ni siquiera borrachos de madrugada con un abanico de cartas en la mano. Al menos, se consoló, no había arrancado a hablar sobre la belleza o la falta de ella de las mujeres.

—Mi padre es uno de los mejores púgiles con los que cuenta el club del señor Kinross —se unió Verity con una sonrisa resplandeciente—. Después de insistirle mucho, se dignó a contarme qué iba a hacer allí, aunque me ha prohibido aprender un par de golpes. Es una lástima, porque me encantaría saber defenderme.

—Defenderse ¿de qué, señorita Burton? —inquirió Tremaine, encantado con una apreciación que para Harding estaba fuera de lugar. «¿Mujeres boxeadoras? ¡Habrase visto!»—. ¿Quién osaría atacarla?

Ella se encogió de hombros y deslizó un dedo juguetón por el dibujo del mantel.

—Nunca se sabe. A veces, una mujer sola en las oscuras calles de Londres...

—¿Por qué recorrería sola la ciudad una joven como usted, y más en horario nocturno? —siguió preguntando el marqués.

—Tiene usted razón al condenar los paseos a solas. Una dama debería ir siempre del brazo de un hombre que esté dispuesto a todo para ponerla a salvo de un maleante. Me complace, pues, que esté usted aprendiendo a utilizar los puños —añadió hacia Tremaine—. A veces me entristezco pensando que se va perdiendo la masculinidad que antaño definió al hombre.

El marqués infló el pecho con el halago de la señorita Burton, a la que Harding se quedó mirando con el estómago revuelto. Estuvo a punto de señalar que, si buscaba a un tipo con las hechuras y el carácter de un *highlander*, podía centrarse en el que tenía entendido que era su prometido. Pero era obvio que Verity no sospechaba siquiera de su conocimiento sobre el inminente compromiso, o de lo contrario se cortaría un poco.

Eso le convenía de cara a la conclusión que le reportaría a Kinross.

Porque por supuesto que iba a reportarle su conclusión.

Hubo una pequeña interrupción en la que la anfitriona, la directora Madeline Lacraft, hizo una introducción de los diez platos que servirían a lo largo de la noche. Un consomé y otra opción más cremosa como entrante, una sopa de tortuga, un faisán asado, un carré de cordero, un salmón al horno con salsa de mantequilla, un *vol-au-vent*, un áspic de pescado...

Harding se olvidó de lo que la señorita Lacraft estaba contando al sentir que alguien le daba una patada por debajo de la mesa. Ceñudo, agachó la cabeza para confirmar que él no había sido en ningún momento el destinatario oficial del golpe. Solo su indignación fue mayor que su asombro cuando vio que la señorita Burton se había quitado el escarpín para tocar con los dedos la pantorrilla de lord Tremaine, y no solo eso: había plantado la mano derecha en la rodilla del caballero sentado a su lado.

Fingió no haberse percatado del escándalo ignorando la mirada de Verity cuando por dentro ardía de rabia. Le constaba que el descaro de aquella mujer era legendario, por no usar un adjetivo aún peor, pero lo que estaban viendo sus ojos cruzaba un límite infranqueable.

Dios lo librara de achacarle a una muchacha adjetivos impropios de su naturaleza noble por el simple hecho de blandir su libertad como le placiera, pero por más años que llevaba tratando de resistirse a colgarle una etiqueta por respeto, el que consideraba que merecía toda criatura, no lograba verla del todo con buenos ojos. Y si pensaba en cómo se sentiría Kinross testimoniando

aquel circo, le daban ganas de arrancárselos de las cuencas.

Si le había cabido la menor duda sobre las intenciones de Verity Burton, habían quedado sobradamente resueltas. Esa mujer no estaba enamorada de su amigo, y lo que era más: se estaba divirtiendo a costa de sus sentimientos jugando con él y con todos los que cometían el error de fijarse en ella.

Lástima que no se hubiese controlado en presencia de Harding.

Así habría evitado que se decidiera a tomar cartas en el asunto.

Capítulo 3

Harding no recordaba haber estado tan furioso desde que su padre se casó de nuevo.

No era partidario de las emociones intensas. En la mayoría de los casos llevaban a estallidos que dejaban en evidencia la humanidad de uno mismo, y, en según qué circunstancias y ante según qué sujetos, era más sabio ocultarla.

Pero la indignación lo estaba devorando.

No fue a mejor cuando, tras la cena, la habitual división entre hombres y mujeres no fue tal: con el pretexto de que se hallaban en un ambiente familiar, la escuela había decidido que los señores podrían elegir entre retirarse a sus partidas de *whist* o tomar un té de última hora junto a las señoritas.

A las señoritas se les ofertaría la misma opción.

Para el asombro de Harding, asombro que se observó con la irritación de no haberse acostumbrado aún a una desfachatez que apuntaba a ser crónica, Verity priorizó la compañía masculina.

Si alguna virtud había podido concederle siempre a la criatura, era la lealtad que le profesaba a sus amigas. Hasta los matrimonios de Clarissa y Primrose, ocurridos en 1843 y 1844 respectivamente, habían formado un trío indivisible que avivaba unos celos enfermizos en su hermana por razones comprensibles: la suya no era una amistad superficial, sino que parecían capaces de matar las unas en el nombre de las otras. Esto podría haberla acercado a ella, pues Harding también estaba dispuesto a llegar a las manos por sus seres queridos. Pero esa noche demostró que prefería seguir coqueteando con su colección de perros falderos a pasar un rato con sus dos amigas, a las que para colmo le constaba que ya no veía a menudo porque ambas habían escogido la vida de campo.

Las mismas señoras casadas parecían perplejas porque su adorada Wit se hubiese desplazado, con un caballero en cada brazo, hasta la mesa redonda.

Harding se tuvo que apiadar de la resignación de las jóvenes a permanecer junto a unos maridos que debían de tener muy vistos.

—¿Se une a nuestra partida de póquer, señorita Burton? —celebró lord Tremaine.

—Si creen que pueden perdonar una presencia femenina en sus espacios privados... —dejó caer con inocencia, pero Landon ya estaba retirándole la silla y lord Easton había alargado la mano con rapidez hacia la baraja para repartirle un puñado de cartas.

—Más que femenina, es usted una presencia divina —halagó Landon, observando con avidez el modo en que Verity se acomodaba los bucles rojizos—. ¿Sabe jugar al póquer?

—Acostumbrábamos a hacerlo durante las veladas familiares. Competíamos con mi abuelo, que era un genio de las trampas. Los niños estábamos invitados a participar, pero, como no teníamos dinero, apostábamos las cosas más insospechadas. —Una sonrisa atravesada por la nostalgia atrajo la atención de su público. Y es que era su público en todos los casos. La gente siempre estaba en inferioridad de condiciones, siempre era una masa indefinida de carne y huesos cuando Verity Burton entraba en una estancia—. Pero me temo que, desde que perdimos al señor Swansea, nos decantamos por otra clase de juegos de cartas menos ambiciosos, aunque nunca sin apuesta. —Guiñó un ojo—. En fin. Hace tanto tiempo desde la última vez que probé el póquer que ya lo he olvidado. Si no les importa repetirme las reglas...

—Por supuesto que no, señorita Burton. ¡Faltaría más! —se apresuró a responder Landon—.

Nunca he tenido ocasión de decirle que lamento en el alma su pérdida.

La sonrisa de Verity se tornó quebradiza. Fue una expresión que ni siquiera un Harding dispuesto a pensar lo peor de ella osó interpretar como un cebo para sus ratones.

El dolor del luto era una tragedia que todo el mundo padecía tarde o temprano, y le constaba que la señorita Burton adoraba a su familia, excéntrica y todo, más que a sí misma, lo que ya era decir.

Perder a Edison le tuvo que suponer un mazazo de realidad en una vida hasta entonces perfecta.

—Su abuelo era un hombre extraordinario —intervino Harding, mirándola con sinceridad. Ella levantó la cabeza para atenderle con la respiración contenida—. Siendo adolescente, tuve la oportunidad de alternar con él durante una visita que prestó a la Royal Society. Volví a casa deslumbrado. Habría sido un honor para mí coincidir con él de nuevo.

—Gracias, señor Wargrave.

Él le restó importancia con un asentimiento y devolvió la vista a sus cartas, incómodo con el brillo intenso que el recuerdo de Edison había instalado en su mirada. La joven tenía unos vivaces ojos castaños que sonreían sin el permiso de sus labios, igual de traviesos que toda ella. Siempre que lo miraba directamente —raras ocasiones, debía decir—, se sentía acorralado por las acaparadoras emociones de la joven; emociones que él no recordaba haber conocido antes y que le inquietaba no solo no comprender, sino no experimentar nunca.

Parecía que la señorita Burton tuviera una vida plena.

Se atrevió a volver a echarle un vistazo, este más receloso, cuando Verity recuperó el ánimo dando una palmada.

—¡Bueno! Soy toda oídos para el galante caballero que acuda en rescate de mi ignorancia.

Harding no tardó en olvidar lo que su fragilidad le había suscitado.

Apenas le daba tregua. Era como si ella misma se hubiese propuesto que la balanza se inclinara más hacia el lado de encontrarla insufrible que hacia el de la tolerancia.

Las pocas veces que la había visto interactuar con sus pretendientes le había costado entender por qué se comportaba como una redomada estúpida. Había observado esta tendencia en su propia hermana, por supuesto, pero Rebecca adoptaba la estrategia de la dama dócil y que conocía su sitio, no la de idiota con un don para el flirteo que parecía haberse estudiado en las casas de citas. Ninguna de las dos, ni su hermana ni la señorita Burton, era una indocumentada con dificultades para desentrañar problemas complejos. Al contrario. Verity en concreto dejaba en evidencia su astucia con los contraataques más feroces y mejor elaborados que Harding nunca hubiera oído.

Podía decirse que la señorita Burton ponía su ingenio al servicio del mal, otro rasgo que la hacía indigna de Sonny. Ahí donde se veía a su apreciado amigo, el señor Kinross carecía de la malicia que se le achacaba por ser simplemente juguetón.

—Me temo que no he entendido nada de lo que me ha dicho, señor Landon —se disculpó Verity con un puchero después de oír las reglas, que le había explicado con la lentitud ofensiva con la que se le hablaba a los cortos de entendederas—. ¿Qué les parecería si jugáramos a algo que estuviese a la altura de mi intelecto? ¿Quizá... al mentiroso?

«A la altura de mi intelecto», repitió Harding para sus adentros, anonadado. Y lo peor no era que el resto de la mesa comprara su argumento y hasta lo suscribiera intercambiando sonrisas condescendientes. Lo peor era que los hombres la prefirieran creyéndola estúpida antes que sabiéndola una listilla y que la señorita Burton estuviese cómoda siendo adorada en ese humillante papel.

«A la altura de mi intelecto», repitió de nuevo.

Había oído a Verity citar a filósofos de la Ilustración en una conversación informal y discutir acaloradamente sobre la economía política de Adam Smith. Con mucho tino, todo fuera dicho; como lo haría una persona que hubiese leído y reflexionado al respecto tanto en la soledad de su cuarto como con expertos de la materia.

«A la altura de mi intelecto».

Por el amor de Dios. Su intelecto estaba a la altura de los fundamentos epistemológicos de Hegel, explicados en términos con raíces léxicas germanas que al señor Landon le costaría pronunciar en voz alta sin atragantarse.

¿De qué demonios estaba hablando aquella mujer?

—Miren —explicaba ella con una sonrisita boba que le tenía perplejo—. Se reparte toda la baraja entre los jugadores. Gana el que se descarte primero. Si empezara yo, por ejemplo, como me correspondería por ser una dama —apostilló con un guiño—, establecería de qué número nos vamos a deshacer en la primera ronda. Si yo digo... Dos sietes —ejemplificó, y puso boca abajo dos cartas—, el señor Landon, lord Tremaine, el honorable Harding Wargrave —abarcó al resto de la mesa— tendrían que replicarme descartando sietes. De dos en dos, de tres en tres, de uno en uno... como prefiriesen.

—¿Y si no tengo ningún siete? —preguntó Tremaine por el gusto de seguir escuchándola.

Ella se encogió de hombros con un encanto natural que Harding no pudo negarle.

—Mienta, milord. Ahí reside la gracia del juego. En aprender a poner la cara «del farol», como en el póquer, para no ser descubierto cuando se cuenta un embuste, y en descifrar las de los demás para pillarlos cometiendo el delito. Si usted creyera que el señor Landon ha mentido al descartar dos sietes, podría acusarlo y levantar las cartas para mostrarlas al resto de la mesa. En el caso de ser cierta su sospecha, el señor Landon tendría que quedarse sus cartas y todas las que se hubiesen acumulado en el montón como castigo. Si, por el contrario, hubiera dicho la verdad, le tocaría a usted hacerlo. Eso por dudar de las bondades de un caballero tan honrado —agregó con sentido del humor.

Los dos aludidos soltaron carcajadas bobaliconas de las que Harding se compadeció. Opinaba que era justo y hasta obligatorio doblarse de amor por la mujer con la que uno hubiese decidido pasar el resto de su vida, pero airear la fascinación en público era de pésimo gusto.

Y cuando dicha mujer estaba a punto de comprometerse con otro, más aún.

Claro que dudaba que eso fuese de dominio público.

O que siquiera la señorita Burton lo supiese, todo fuera dicho.

Un acceso de rabia le hizo apretar las cartas que aún estaba sujetando de la partida de póquer abandonada.

—¿Lo ha entendido, señor Wargrave? —lo apeló ella con atención.

—Sí. Creo que, por suerte, ha elegido un juego a la altura de mi intelecto.

Verity se rio como si hubiera hecho un comentario digno de pasar a los anales de la historia.

«Santo Dios».

—Usted es muchísimo más avispado que esta tontería, señor. Entendería que no quisiera ni participar.

—No va a tener la mala fortuna de que abandone la mesa, señorita Burton. Alguien ha de traer un poco de sentido común a la velada y evitar que estos señores se abalancen sobre usted.

Ninguno de los presentes se ofendió por un comentario que estaba destinado a sonrojar de vergüenza a cada uno de los invitados. Verity fue la primera que lo dejó correr, y a nadie le extrañó. Cabía esperar que no entendiera el reproche implícito, pues, a fin de cuentas, era tan

sumamente idiota que no podía ni jugar al póquer.

Pobrecita. ¿Alguien tendría la bondad de limpiarle la baba que se le estaba cayendo?

Harding devolvió las cartas al montón que la señorita Burton se prestó a barajar como disculpa «por haber interrumpido la agradable partida».

—Oh, no, ha evitado usted que nos desplumemos sin piedad —rio Tremaine.

—¡Cierto es que existe la costumbre de apostar! —cabeceó Verity, concentrada en repartir equitativamente con el manejo de quien estaba muy acostumbrado a jugar a las cartas. Aquella debía ser su expresión de pensar, porque Harding no recordaba habérsela visto y apenas se percató de haberla compuesto, se apresuró a sustituirla por un semblante más accesible. «Eso. Hazte la idiota»—. ¿Qué les gustaría que nos jugáramos, caballeros?

—¿Qué propone usted? —le devolvió la pregunta lord Easton.

—Saben que el dinero queda fuera de mis posibilidades. No puedo sustraer ni un penique de la dote, que, como ustedes se imaginarán, es lo único que tengo para ofrecer a mi marido.

—Oh, ahora es un colmo de modestia —masculló Harding.

El marqués se inclinó hacia él.

—¿Qué ha dicho, Wargrave?

—Que no apostar dinero no será molestia —dijo en voz alta.

Cierto era que los caballeros presentes, y los que no estaban allí pero de igual modo se habían convencido de que esa descerebrada que repartía sonrisas a diestro y siniestro era la verdadera Verity, no eran los genios más brillantes de su generación. Pero debía admitir que la señorita ofrecía un teatro verosímil, tanto así que una parte de él tuvo que admirarla. Ni siquiera Rebecca había podido evitar que se le acabara escapando una apreciación inteligente, desmontando así la presentación esquematizada de su carácter en realidad complejo.

—¿Lo único, señorita Burton? —se escandalizó Landon—. Yo diría que tiene tanto que ofrecer a su marido que debería casarse con dos hombres. No, ¡con tres! Sería lo apropiado para que se pudieran llegar a repartir de forma justa todas las virtudes que posee.

—Es usted un adulador, señor Landon —se rio Verity—. Si les parece, comenzaré descartando un ocho. —Y lo colocó boca abajo en el centro de la mesa.

—Señorita, tiene usted unas manos diminutas —se asombró Tremaine, que detuvo un momento el juego para tomarse la libertad de tomarla con gentileza.

Era la primera vez que Harding la veía sin guantes. Debía de habérselos quitado para la ocasión y en contra del sentido común, porque las normas indicaban que habían de permanecer en su sitio hasta que se quedara a solas en su dormitorio.

Si bien estuvo de acuerdo con el marqués, no hubo emociones vinculadas a lo meramente descriptivo. Tenía las manos pequeñas, sí, pero eso a Harding le importaba un rábano.

Solo quería jugar a las cartas.

Y, después, sabotear el compromiso matrimonial de Kinross.

—Otros dos ochos —soltó el señor Landon.

Harding dejó su carta boca abajo.

—Sumo uno más.

—¿Está usted mintiendo, señor Wargrave? —inquirió Verity con una sonrisa pilla.

—Yo nunca miento —atajó sin contemplaciones—, pero si no me cree, compruébelo.

Con una sonrisa divertida, Verity levantó muy despacio la única carta de Harding. Exageró una mueca de fastidio y un débil golpe a la mesa al confirmar que era cierto, y se llevó el montón poniendo morritos. Inició la segunda ronda soltando un seis; Landon arrojó dos más, Tremaine soltó un cuarto, él puso sobre la baraja el par que tenía y Verity engordó la mentira

deshaciéndose de otros dos.

—Mentirosa —espetó Harding en voz alta, quizá con una vehemencia inadecuada.

No esperó a que ella se recuperara del sobresalto de la acusación y levantó las cartas, revelando un cinco y un cuatro.

Verity las recogió, esforzándose por mantener el tipo cuando era bien sabido que odiaba perder. Harding no podía saberlo porque se hubiese visto en una situación parecida alguna vez, pero sí había presenciado acaloradas discusiones entre Rebecca y ella y no podía soportar las escasas ocasiones en las que su hermana la acallaba con su don para el odio.

Un juego de cartas no era mucho más diferente, y menos aquel, en el que debía demostrar el ingenio por el que era conocida.

En la tercera ronda, Harding esperó a tener la corazonada de que Verity estaba mintiendo para volver a romper el silencio con una incriminación que estaba resultándole hasta placentera. Tenía muchas opiniones de la joven, la mayoría negativas, pero el adjetivo de mentirosa era el que mejor le estaba sentando achacarle a viva voz.

—Parece que la muchacha le dé rabia, Wargrave —se quejó Tremaine.

—O que se haya estudiado mi expresión mejor de la cuenta —replicó Verity con una vaga sonrisa, dispuesta a mantener el teatro de encantadora criatura hasta el final.

—O que posea un profundo entendimiento de la naturaleza de mis allegados —dejó caer Harding, y soltó los dos nueves de la cuarta ronda para que el comentario se disolviera en el aire antes de que lo asimilaran.

Pero Verity, pese a su limitadísimo intelecto, lo desentrañó y arrugó la frente.

—Miente —masculló, y se quedó con un palmo de narices al ver que Harding había sido sincero. Se recompuso cuadrando los hombros y esperó a haber compuesto una expresión afable para inquirir—: ¿Cómo se siente siendo un colmo de virtuosismo, señor Wargrave?

—No lo sé, señorita Burton. Dígamelo usted. Es la que tendría que casarse con tres hombres para distribuir equitativamente sus bondades, ¿no? Suerte que hay aquí y ahora ese número exacto de hombres. No tendrá que buscar fuera a ningún púgil experto —apostilló con una mirada intencional—, como me quiere sonar que ha anunciado durante la cena.

—No hay tres hombres, sino cuatro —corrigió ella con la ceja enarcada. Se apuntó a la sexta ronda soltando tres cincos—. ¿O no se cuenta a usted mismo?

Harding le dirigió una sonrisa carente de emoción.

—Yo no estoy aquí porque me estimule la compañía, sino por las cartas. Y juraría que ha vuelto usted a mentir.

Levantó las cartas y, con orgullo pueril, mostró a toda la mesa que, en efecto, había hecho pasar un uno y dos cuatros por los tres cincos. Verity recogió sus cartas manteniendo en el sitio el gesto divertido, aunque ahora se torcía hacia la irritación.

—Dos cuatros —dijo con aire indiferente.

—Mentirosa —le soltó Harding.

Ella levantó la mirada hacia él, a duras penas disimulando una emoción cercana a la ira, y recogió las cartas sin enseñarlas siquiera. Empezó de nuevo con una proclama dudosa, pues Harding ya se había hecho un esquema mental de los números que componían su abanico.

No obstante, la creyó cuando dijo:

—Tres doses.

Harding aplaudió muy despacio con una sonrisa de falsa satisfacción.

—Enhorabuena, señorita Burton. Solo le ha tomado siete rondas decir la verdad. Gracias a Dios que esto es solo un juego y en la vida real es usted la excelencia moral personificada —

expresó procurando no filtrar un ápice de sarcasmo—, o ya habría tenido problemas con la ley.

Verity entrecerró los ojos, una expresión más propia de su personalidad belicosa y canallesca. Harding casi se alegró de que por fin se animara a insinuar su verdadero talante replicando delante de todos:

—¿Se refiere a la ley de orden público?, ¿o a sus estrictas leyes éticas, bajo las que juzga a los demás sin espacio para la compasión?

No pudo resistirse a mofarse de ella, algo de lo que se arrepentiría más tarde.

—¿Eso es lo que ha estado buscando definiéndose como una palurda? ¿Mi compasión? Lo lamento, señorita Burton, pero mucho antes de aplicar mis leyes éticas, como usted las llama, me gusta estudiar las cosas, ponerles un nombre y actuar conforme a dichos nombres. Si usted no me parece una boba, no voy a juzgarla ni a tratarla bajo los estándares de una.

—Supongo que ahora corresponde que le admire por su sentido de la justicia y dé las gracias no solo por aplicarlo conmigo, sino por halagarme indirectamente llamándome lista.

—No, no corresponde. Más la acuso de listilla que de lista, y por mi culpa ha perdido al juego que usted misma había propuesto. —Movió los dedos que indicaban que él ya se había quedado sin cartas y luego abarcó el abanico de Verity, compuesto por media baraja, que a duras penas podía sostener—. Lo que sí le corresponde, por otro lado, es abandonar la partida y la mesa si no quiere quedar última. ¿Sabe dónde está la puerta, o requiere escolta?

—Si fuera tan amable de acompañarme para no irme con mal sabor de boca, le estaría muy agradecida —le sorprendió respondiendo.

El tramo desde la mesa hasta el salón principal apenas abarcaba veinte pasos; diez zancadas si se tenían las piernas largas, como era el caso de Harding. La ruta no bastaría para enterrar el hacha de guerra. Pero ya había cometido una serie de descortesías capaces de enmudecer a tres admiradores fervientes y no podía permitirse la puñalada definitiva.

Se levantó y le ofreció el brazo con la promesa implícita de guiarla.

—Enhorabuena por su victoria, señor Wargrave —le dijo en cuanto apoyó la mano en su codo.

—Gracias, señorita. Por el halago y por honrarnos con su inestimable participación. —Harding apostaba por que no necesitaba sonar en exceso irónico para que Verity captara que no estaba satisfecho con su entrometimiento—. Sobre todo porque unirse a la partida la privaba de dedicar un rato a sus queridas amigas, lady Haverford y la señora Connor. No he tenido oportunidad de decirle —continuó mientras caminaban el uno al lado del otro, ambos con la vista clavada al frente— cuánto la honra la fidelidad y el amor incondicional que ha demostrado siempre hacia ellas.

—Me conmueve que se preocupe por si mantengo o no el contacto con mis amistades, señor Wargrave —respondió con brío, alzando la cabeza con una sonrisa relajada—. Le aseguro que los mensajeros y la oficina de correos están hartos de verme entregar sacos de cartas. El afecto que les profeso es correspondido, por otro lado; eso significa que entienden mis decisiones como yo he respaldado siempre las suyas.

—¿Y cómo han entendido su abandono durante la velada?

—Como la decisión inevitable pero inteligente que ha de tomar una mujer para ponerle solución a su soltería.

—Si de veras entendiera la soltería como un problema, una mujer de su talante lo habría resuelto hace años.

—Tal vez yo infravalore mis capacidades ante según qué públicos, pero usted las subestima, señor Wargrave. Encontrar al hombre indicado no es tan fácil como usted cree.

—A mí se me antoja más difícil dividir la atención entre varios que centrarse en uno solo. Retener tantos nombres debe de resultarle una tarea soporífera.

—Pero necesaria para encaminarme al éxito —especificó—. Usted no lo entiende, pero mis amigas, que era de quienes estábamos hablando, sí lo hacen. Comprenden que una joven debe priorizar su futuro sobre sus preferencias ociosas, porque le aseguro que prefiero la compañía femenina a la masculina.

—Y, sin embargo, los hombres se le dan mucho mejor —malmetió con desdén.

—Me sorprende que lo diga uno que se niega a ofrecerme su amistad. Apuesto a que se debe a la influencia de su hermana pequeña, porque mi conversación está a la altura de la suya y podríamos tener mucho en común.

—No tenemos en común lo más importante, que es mi amor por Rebecca.

—Dudo que eso lo tenga en común con el marqués de Haverford y, aun así, se reúne con él a espaldas de la señorita Wargrave a la menor oportunidad —dejó caer como si tal cosa. Harding detuvo el recorrido en medio del pasillo vacío para fijarse en su expresión inocente, más indignado con su atrevimiento que escarmentado—. Imaginar la reacción de su hermana si llegara a enterarse no es muy difícil, pero finge no ser consciente de sus sentimientos. Al final va a resultar que a usted también se le dan mejor los hombres. ¡Algo que tenemos en común!

Harding soltó su brazo y la encaró con severidad.

—¿Me está amenazando, señorita Burton?

Ella alzó la barbilla hacia él manteniendo la expresión serena.

—Me estoy defendiendo a través de un sencillo ejemplo. Nadie actúa siempre en beneficio de sus seres queridos, sino en el suyo propio. De forma puntual, usted prioriza a su amigo y una servidora prioriza el matrimonio sobre Prim y Clary.

—Nunca ha dejado de parecerme una rareza toparme con esa clase de lealtad en un grupo de mujeres a las que les convenía más mirarse como la competencia que amistarse.

Verity sonrió con condescendencia, como si lo encontrara adorable.

—¿A usted le parece que a mí alguien me hace la competencia? —inquirió con dulzura—, ¿que debo preocuparme de algún rival o escollo en el camino hacia lo que quiero?

—Quizá no de un rival o un escollo, y ni mucho menos de una muchacha que no levante las pasiones que usted ha convertido en enfermedades sin cura —respondió él, ya sin rodeos. Estaban en el lugar adecuado y era el momento oportuno para hacerle la advertencia—, pero le convendría andarse con cuidado o, como mínimo, moderarse en mi presencia. No permitiré que en ese camino rompa un corazón que resulta que es una de las extensiones del mío.

—No sé de qué me está hablando —atajó ella, y fue a darse la vuelta para regresar al salón por su propio pie.

Lo impidió tomándola de la mano.

Tampoco Harding llevaba guantes; se los quitaba nada más sentarse en la mesa redonda para que las cartas no se le resbalaran. El contacto directo fue tan inesperado pese a haberlo iniciado él como sorprendentemente cálido. Más le asombró, sin embargo, descubrir por su cuenta hasta qué punto tenía las manos pequeñas.

—¿Se va sin saldar su deuda?

—¿Qué deuda?

—Como no ha llegado a concretar lo que pondría sobre el tapete, ¿puedo ser yo quien, como ganador, decida lo que desea que le sea otorgado?

—Siempre y cuando esté al alcance de mis posibilidades.

Harding avanzó un paso hacia delante, seguro de que la combinación de proximidad y llaneza

bastarían para hacer de su discurso algo que no podría desoír.

—Procure de ahora en adelante que exista una coherencia entre su palabra y su conducta. Si le hace una promesa a un hombre, cúmplala y no traslade a un puñado de cualquieras los afectos que ya le ha prometido a otro.

—¿Qué es lo que entiende usted por afectos, señor Wargrave? ¿Que ría una gracia? —La carcajada de Verity, copiada de las que habían estado interrumpiendo la cena, resonó en todo el pasillo—. ¿Que ponga una mano sobre un antebrazo? —Replicó el gesto que había tenido con alguno de sus admiradores posando los dedos con delicadeza en la muñeca masculina—. ¿Que le diga que es usted un lisonjero incurable o le permita arreglarme las arrugas de la falda? —Ladeó la cabeza para mirarlo como si le conmoviera su ingenuidad, un rasgo infantil que Harding nunca se habría atribuido—. ¿Cuán privado de amor vive usted, que interpreta gestos que contienen la mínima expresión de humanidad como una apasionada voluntad de amar?

—Y se finge usted estúpida cuando sabe darle la vuelta a la tortilla —le reprochó él con una vaga sonrisa—. Lástima que conmigo no vaya a funcionarle. Venía prevenido de sus malas artes.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Malas artes? Solo soy una mujer transitando el mercado matrimonial, señor Wargrave.

—Es una mujer *acaparando* el mercado matrimonial mediante técnicas heterodoxas. No soy nadie para juzgar sus métodos o decir si es usted más o menos cariñosa de la cuenta, pero no los emplee con aquellos a quienes aprecio o se convertirá en un asunto tan mío como suyo.

Esta vez fue ella la que avanzó un paso y cometió la indecencia de cubrirle la mejilla con la palma. Harding casi se estremeció al ser arropado por aquella cálida manita.

—Y sigue insistiendo en malinterpretar mis cariños... Señor Wargrave —lo miró a través de las pestañas cobrizas—, podría besarle aquí y ahora y no significaría nada. En todo caso significaría lo mismo que habrá significado para el señor Kinross enredarse con las fulanas que habrá frecuentado, como es costumbre entre los hombres, durante estos meses de intercambio de cartas y visitas a escondidas. Asumo que un caballero tan recto y abanderado de la justicia como usted habrá amonestado a Sonny al respecto de su fidelidad como me está criticando a mí —prosiguió con energía nada más dejar caer la mano, indirectamente llamándole la atención—. Se lo agradezco, señor Wargrave. Es más; me enternece que le haya puesto en su sitio en mi nombre por seguir divirtiéndose aun habiendo decidido desposarme. No obstante, no era necesario que se inmiscuyese. Entiendo sus escarceos como él habrá de entender el modo que tengo de relacionarme con mis allegados; es decir, con una libertad que replica la suya.

A Harding se le escapó una sonrisa incrédula que escondía una emoción menos legítima: la inquietud de haber permitido que ella plantara imágenes indecorosas en su cabeza. Su réplica había sido brillante y, aun así, él se había quedado en su infame atrevimiento.

«Podría besarle aquí y ahora y no significaría nada».

La imaginación le había jugado una mala pasada dibujando en su pensamiento una realidad alternativa en la que el beso ocurría, y no le había costado agregarle detalles porque tenía muy presente el tamaño de sus manos, el olor de su perfume y la suavidad de su piel.

«Andas urgido de contacto femenino», se consoló para apartar el comentario de su cabeza. «Eso es todo».

Verity, ajena al shock que lo había paralizado, le dirigió una sencilla reverencia y se marchó sin darle opción a réplica.

Aunque Harding no había conseguido sacarle los colores por haber subrayado su conducta, de todos modos se quedó contemplando la cola de su falda con regocijo. Admiraba la inteligencia femenina en cualquiera que fuese su expresión, y no le habría perdonado a la señorita Burton que

incluso a él le privara de ser cómplice de su ingenio. Qué suerte que este no fuera una mera leyenda y le hubiese regalado el valioso intento de ponerlo en su sitio.

No obstante, con su respuesta recalcaba un descaro que no era de ese mundo. Si algo sabía Harding, era que Kinross respetaba los cortejos formales más que a su vida y por eso mismo no habría tocado a una sola mujer durante ese intercambio de cartas.

El suyo había sido un interesante pero al final burdo intento de manipulación.

Harding seguía en sus trece.

Esa mujer no se iba a casar con Kinross de ninguna de las maneras.

Convencido del que era ahora su deber junto con casar a su hermana, regresó a la salita donde sus tres contrincantes habían estado esperando para continuar la noche de juegos.

—Esa no es la manera de tratar a una dama, señor Wargrave —le soltó Tremaine con gravedad nada más tomó asiento.

—Esta noche se ha dejado lo de «honorable» en casa —corroboró lord Easton.

—Tienen razón, caballeros —le concedió, y se echó hacia delante con agilidad para coger las cartas que le habían repartido. Iban a retomar el póquer, como Dios mandaba—. Es que a veces me pesa demasiado y me apetece viajar ligero, pero a ver si el próximo día no se me olvida traerlo.

Capítulo 4

—Creo que no ha sido mi idea más brillante —reconoció Verity a regañadientes—. ¡Ahora solo me odia más!

Con un hondo suspiro, se fue recostando sobre la espalda hasta que estuvo tendida en el ring con los brazos extendidos. No podía ni imaginarse que unos días atrás Harding había reproducido esa misma postura. De haberlo sabido, se habría regocijado puerilmente.

—Te aseguro que no te odia, querida mía. Solo hay una persona en este mundo a la que el mayestático Harding desprecia, y está demasiado ocupado volcando en él los únicos sentimientos intensos de los que su honorable señoría es capaz —la apaciguó su compinche desde el otro extremo del sótano. A excepción de Verity, de él y de la doncella que habían arrancado del cálido hogar para arrastrarla a «un antro de mala muerte», esto en sus palabras, las entrañas del club habían sido vaciadas a conveniencia del propósito del día: reorganizar la estrategia—. Además de que con él hay que ir muy poco a poco. Lo primero era conseguir que se fijara en ti, y helo aquí. Tú misma has dicho que anoche te persiguió con la mirada.

—¡Pero no porque le gustara lo que veía!

—Roma no se construyó en un día. No lo quieras tener todo a la primera.

—Si es por querer, puedo quererlo, ¿no? —Ladeó la cabeza hacia él para sacarle la lengua—. Otra cosa es que mis deseos se cumplan.

—Se cumplirán, te lo aseguro. Has apelado al punto débil de Harding al presentarte como una amenaza para mi felicidad: su sentido del deber y la justicia. Desconozco la estratagema que pretenda llevar a cabo para separarnos, pero, como mínimo, te seguirá estudiando de cerca unos días para reafirmar sus pesquisas.

—Que consisten en nada más y nada menos que en que la señorita Burton es una descocada —replicó con amargura.

—¿Y acaso es mentira? —se rio él.

Verity se incorporó sobre los codos para lanzarle a Kinross una mirada fulminante.

—¡Por supuesto que es mentira!

—Oh, vamos. Te has pasado los últimos años respondiendo las cartas menos tediosas que te enviaban tus pretendientes con un desahogo sonrojante y bailando hasta tres veces con quien no existiera el riesgo de hacer el ridículo en público.

—¡Pero no por el afán acumulativo que me achacan las envidiosas!

—¿Y por qué, si no?

—Por aburrimiento —mintió con la boca pequeña.

Sonny soltó una risita risueña y le lanzó una mirada de «te he pillado».

—Más bien por despecho.

Verity apretó los labios.

—¿Puedes culparme? El único hombre que ha logrado captar mi atención lleva ignorándome desde que tengo uso de razón. Y no solo no le requiere un esfuerzo sobrehumano pese a encontrarme hasta en la sopa, sino que le sale tan natural como respirar. De verdad, Sonny... A veces pienso que la situación es insalvable.

Él dejó la tarea que le había estado ocupando —prepararse para el combate del día bajo la intrigada supervisión de la doncella— y se dirigió a su querida amiga con un gesto compasivo.

Se colgó de las cuerdas del ring para inclinarse sobre ella y decirle en tono persuasivo:

—Si pensaras eso de veras, ya te habrías olvidado de él.

—¿Acaso crees que no lo he intentado? —le rugió, indignada—. En más de una ocasión me he entregado a los flirteos con la esperanza de enamorarme de otro; ¿o es que piensas que mi orgullo no merece que lo proteja de una fijación que no va a ninguna parte? ¡Una mujer como yo no tiene por qué perder el tiempo suspirando a los pies de un balcón vacío!

Sonny enarcó una ceja y la invitó a continuar.

—¿Pero?

La fiera defensa de sus intereses se agotó al evocar la abstracción de Harding cuando leía o escribía; cómo sonreía, muerto de amor, cuando veía a su hermana bajar las escaleras con un vestido reluciente; la propagación de su risa grave a través de los pasillos hasta meterse bajo su piel en los momentos en los que alguien lograba sorprenderlo con un chiste ingenioso.

—Pero luego lo veo en una velada al aire libre, en una fiesta navideña, en un paseo por Rotten Row —enumeró con un hilo de voz, aceptando ahora su vulnerabilidad—, y es como si los ángeles descendieran de los cielos entonando cánticos celestiales para iluminarlo. Parece que exclamen «¡Es él! ¡Es él!».

—Oh, por el amor de Dios. —Sonny le asestó un golpecito en la frente con la punta del dedo índice—. Tampoco es tan atractivo.

—No vamos a tener de nuevo esta conversación, Emerson Kinross. Tú no eres más guapo que él —sentenció con una crueldad que Sonny fingió no poder soportar llevándose las manos al pecho—. Fin del debate.

Pero su cabeza seguía dándole rienda suelta hasta ponerla de pésimo humor. Le resultaba odioso tener que rendirse a la evidencia de que aquel era el hombre al que quería. No podía atribuirle a su amor la modalidad de capricho porque, por más que ella hubiese luchado contra sus sentimientos —y su determinación no era moco de pavo—, estos seguían venciéndole los pulsos.

Tan solo unos días atrás, Verity había evaluado su situación sentimental valiéndose de la metodología científica que su padre le había inculcado para resolver problemas de cierta envergadura. Concluyó que doblegar al hijo del barón le salía más a cuenta —o, al menos, sería menos costoso en cuanto a esfuerzos materiales y emocionales— que tratar de olvidarlo. La decisión la había llevado hasta la única compañía sin esposa que Harding frecuentaba, el descarado Sonny, quien era, a su vez, el tipo con menos escrúpulos que había conocido.

Daba la casualidad de que gracias a la conexión entre sus padres, Robert Kinross y Desmond Burton, Verity lo había tratado de manera intermitente desde la tierna infancia. Ahora que Sonny se había unido a la vida social de las altas esferas, se veían de manera regular, lo que hacía viable el plan.

El pugilista se había prestado a la travesura de poner nervioso a Harding por dos sencillas razones: porque creía de corazón que formarían una pareja magnífica y porque nunca estaba de más que a la señorita Verity Burton le quedara debiendo un favor.

—¿Te ha dicho algo respecto a la otra noche? —inquirió ella, ladeando la cabeza hacia Sonny. Este se hallaba ahora de espaldas a ella, sentado en el borde del ring con las piernas cruzadas a la altura de las rodillas.

Se colocó un palillo de dientes entre los labios.

—Me hizo llegar una nota muy escueta expresando que me habría convenido asistir a la cena de Mabry’s Place, porque, en sus palabras, «lo que hubiera visto me habría inclinado a revisar mis planes matrimoniales». No entró en detalles. Supongo que porque, en el caso de que la nota se hubiese extraviado con la mala suerte de acabar en las manos equivocadas, las insinuaciones

te habrían hecho un flaco favor. Tu amorcito es de los que le guardan la cara hasta a sus enemigos, porque mira que intenté que te pusiera a caer de un burro el otro día, pero no conseguí ni que aceptara que le caes muy gorda. Por cierto, ¿se puede saber qué hiciste en Mabry's Place?

El estómago se le encogió de pensar en la opinión que Harding pudiese tener de ella. Si ya era penosa en su punto de partida, ahora que la había cazado prometiéndole noches de pasión a lord Easton con un movimiento de abanico, estaría sopesando si denunciarla o no a las autoridades por conducta escandalosa. Y, aun así, había sido en extremo cordial dentro de los que él entendía por legítimos reproches.

En su lugar, ella se habría mostrado más contundente.

—Le di patadas a Roland Landon por debajo de la mesa durante la cena y me insinué a Easton.

—Por Dios, Witty. ¿Cómo pretendes que Harding se obsesione contigo si cree que tienes un prometido y también un amante? ¡Ha de pensar que hay espacio para él en tu cama, y tres son multitud! ¿Dónde te has dejado la cabeza?

—No lo sé, Sonny, ¡no lo sé! —Se cubrió la cara con las manos y gimió en voz alta—. ¡Estoy desesperada!

—Pues procura que no se te note, que Harding no tiene un pelo de estúpido y si nos delatamos con actitudes que claman al cielo, se enterará de la trampa más pronto que tarde.

—¿Ni siquiera me puedo desahogar contigo? —siguió gimoteando.

—¿No viste ayer a tus queridas amigas para tal propósito?

—Sí, pero...

—Aún no se lo has contado —dedujo al vuelo.

—Me ha costado Dios y ayuda no confesar nuestros planes —reconoció ella tras una pausa avergonzada. Verity era la primera que se preguntaba para qué servían las amigas si no podía hablarles de los anhelos de su alma, por estúpidas que fueran—. Debería haber aprovechado la noche. Cada vez es más difícil reunir en la misma habitación a Clarissa y a Prim, que viven en extremos opuestos de Inglaterra y encerradas en sus respectivas fincas.

—¿Pero? —volvió a invitarla Sonny.

Verity le lanzó una mirada perdonavidas.

—Tú solo eres un colmo de galantería cuando puedes cotillear, ¿eh?

Su amigo batió las pestañas con un dramatismo de actriz.

—Únicamente me preocupo por ti.

No le quedó otro remedio que suspirar.

—Es que llevo tanto tiempo callando mis sentimientos que ya no concibo ningún lugar y ningún momento como los oportunos, ¿entiendes? —confesó con un hilo de voz—. He practicado ante el espejo los días que he sentido que el secreto me llevaría a la tumba, que necesitaba hablar de ello con alguien. Pero luego las miro a la cara, a la una y a la otra, y se me cierra la garganta.

—¿Y no será porque no son tan amigas tuyas como tú crees? —sugirió con aquella voz ominosa de la que se valía para inculcar ideas turbias en su cabeza.

—¡Ni siquiera lo insinúes! —le espetó, ofendida—. Al principio guardé silencio porque la competitividad entre debutantes está servida en ambientes escolares. No me enorgullece admitir que, en cuestiones del corazón, no me fío ni de mi sombra. Tengo a mis amigas por mujeres lo bastante virtuosas para conquistar a Harding, ¿sabes?

—Sí, claro. Sobre todo Clarissa, que es una auténtica estúpida.

Verity no supo si condenarlo por la gratuidad del ataque o reírse porque había sonado como si

el espíritu de Rebecca lo hubiera poseído. Había escupido las palabras con el mismo tono pedante al que la joven la tenía acostumbrada.

—Eres consciente de que la señorita Wargrave no puede escucharte, ¿verdad? No hace falta que me interrumpas para soltar la matraca complaciente con la que esperas impresionarla. En fin —prosiguió cuando Sonny se rio entre dientes, encajando con deportividad la acusación—. No podía permitir que se conociera mi única debilidad. Tenía una reputación que mantener, ¿de acuerdo?

El púgil levantó las dos manos.

—Aquí nadie te está juzgando, querida mía. De hecho, creo que la clave del éxito de una pareja es mantener en secreto los sentimientos y avances, por remotos que sean, hasta que se haya oficiado la boda. Una vez abres la boca, aunque sea con la mejor de las intenciones, contaminas el amor; sacrificas su categoría de sagrado y se convierte en un simple comadreo, y supongo que eso a Afrodita no le hace ninguna gracia —acabó por meditar para sí mismo, como siempre que improvisaba en una reflexión—. Tiene que vengarse, claro, y lo hace frustrando toda posibilidad de romance.

Para sorpresa de los dos, Verity convino con él.

—¡Exacto! Fíjate en Clarissa; su matrimonio no empezó a florecer hasta que estuvo incomunicada en Bloom's Park, donde no podía poner a nadie al corriente de los pequeños pasitos que daba, y Primrose se casó a espaldas de todo el mundo el día más insospechado...

—Señor Kinross —interrumpió una voz grave desde la puerta. El valet del club había asomado la lustrosa calva y el bigotillo que tantas burlas amistosas suscitaba—. El honorable Harding Wargrave acaba de llegar. Se halla preparándose en la habitación privada.

Verity se incorporó de golpe con los ojos fuera de órbita.

—¿Cómo que está aquí? ¿Por qué no me has dicho nada? —gimoteó, y empezó a tirarse de la falda hacia abajo y a pellizcarse las mejillas. Comprendiendo que no hallaría consuelo alguno en Sonny, que se carcajeaba de lo lindo con su ataque de nervios, buscó con la mirada a la doncella —. ¿Cómo estoy, Emily? ¿Tengo buen aspecto?

—Siempre tiene buen aspecto, señorita Burton —le confirmó la susodicha.

Verity se apresuró a esquivar hábilmente las cuerdas del ring para bajar a tierra y trotó hasta el espejo más cercano. Se arregló los rizos que estaban fuera de su sitio, pero eso no sería suficiente. Nada era nunca suficiente, puesto que ni siquiera se había fijado en ella en su puesta de largo o cuando estrenó un diseño fuera de serie con unas sedas traídas de la otra punta del mundo. Para colmo, esa mañana había salido de casa con prisa y apenas se había recogido media melena con un pasador en la nuca. Llevaba uno de los vestidos de temporadas pasadas que solo caían en su cuerpo los días que no salía de casa, una prenda de muselina desgastada color melocotón que la hacía parecer una peonza.

Por supuesto, no se había aplicado ni una gota de maquillaje.

«Eres un ataque contra el amor propio de un hombre», había comentado Sonny nada más verla llegar en semejante estado. «¡Que no se note tanto que no pretendes impresionarme!».

—¡Eres cruel, Emerson Kinross! —le acusó con el dedo—. ¡Me has tendido una trampa!

—Es lo mínimo que mereces por jugar así con mi querido amigo —contraatacó de buen humor. Movía el palito de los dientes de un lado al otro con el nervio por el que era conocido; no podía parar quieto—. Cuando se entere de lo que hemos hecho, tendré que poder defenderme alegando que también te manipulé a ti, aunque fuera en menor medida..., ¿no? No pienso perder a una gran amistad por tu causa, sobre todo ahora que demuestra lo gran amigo que es. Fíjate, está dispuesto a todo con tal de evitar que me arruines la vida —comentó con orgullo, las dos

manos posadas sobre el centro del pecho—. Procuraré emplearme a fondo haciéndole un regalo esta Navidad, aunque ese agradecimiento será poco en comparación.

El valet reapareció para abrir la puerta de par en par con esos gestos amanerados que hacían las delicias de los burlones. Verity no tuvo tiempo para replicar, pero, de haberlo tenido, no habría podido hablar... porque a duras penas pudo respirar.

Capítulo 5

Lo primero que vio desde su posición fue el asentimiento que Harding realizó hacia el criado, al que se dirigió por su nombre y su apellido en términos más amables que solo educados. Nunca había tenido el placer de verlo fuera de las ocasiones ceremoniales que exigían una mínima etiqueta, por lo que si no era con frac o chaqué, no podía imaginarlo. Verity tuvo que agradecerle a Kinross que la hubiese emboscado, porque, si no, se habría perdido el espectáculo de un Harding vestido de manera informal con tan solo unos pantalones ajustados a la altura de las caderas, unas botas y una camisa blanca con un escote abierto hasta el vientre.

Se había encaminado relajadamente hacia Sonny, al que iba a dedicarle unas palabras, cuando por el rabillo del ojo reparó en la inmóvil Verity.

Harding ralentizó el paseo hasta detenerse para mirarla con propiedad. Ella hizo un esfuerzo sobrehumano para desprenderse de la odiosa timidez que la invadía en su presencia y mostrarse tan segura de sí misma como era en realidad.

—Buenos días, señor Wargrave —lo saludó con una reverencia casi burlona.

—Buenos días, señorita. No sabía que íbamos a tener público hoy —comentó sin ningún tono en particular, ahora pendiente de la respuesta de Kinross.

—¿Ah, no? —Se rascó la nuca con una exageración tal que podría haber volado sus planes secretos en el acto—. Se me olvidaría decírtelo. La señorita Burton ha venido a desayunar conmigo al club aprovechando que los domingos está cerrado y puedo colar a las mujeres sin que mi padre amenace con desheredarme. Como ves, no hemos incumplido ninguna norma; Emily, su doncella, está aquí para asegurarse de que nos comportamos.

Le lanzó un guiño a Verity, que se resignó a sonreírle dándolo por perdido.

Harding cabeceó en dirección a la criada mientras se remangaba la camisa por los codos, exhibiendo unos antebrazos gruesos y venosos que por lo general ocultaba convenientemente con prendas de la mejor calidad.

Se aplaudía que los hombres tuviesen aficiones más allá de acudir a clubes de caballeros y preocuparse lo justo y necesario por sus fincas —un interés desmesurado por la administración se entendía como un defecto burgués—, pero, si estas aficiones entraban en el ámbito de la actividad física, estaba mal visto que los efectos se notaran en el cuerpo.

Como todas las demás, Harding seguía esta norma al pie de la letra. Se entrenaba lo suficiente para sorprender cuando iba más ligero de ropa, pero las prendas lograban hacerle pasar por un individuo solo esbelto, si acaso con los hombros anchos y las piernas macizas de un jinete experto.

—¿Les gustaría que les dejara a solas? —inquirió él con una ceja enarcada.

—Oh, no, no, no osaría interrumpir su jornada de entrenamiento —se apresuró a decir Verity. La mirada de Harding cayó sobre ella como una acusación. Tenía una forma de mirar tan contundente, tan inevitable, que parecía el dios egipcio Osiris en el proceso de sentenciar la vida eterna de un mortal—. De hecho, el señor Kinross me estaba contando que es usted un contrincante de temer.

—Yo no diría tanto —resolvió sin más, en su línea habitual de despacharla con cuatro palabras que no eran exactamente maleducadas, pero que dejaban muy clara su postura: no le interesaba hablar con ella en lo más mínimo—. No pretenderá el señor Kinross que nos enzarcemos en una pelea a puñetazo limpio delante de dos señoritas, ¿no?

—Espero que no —balbuceó Emily con resignación, a sabiendas de que sus preferencias serían desoídas—, porque soy muy sensible a la violencia y me mareo cuando veo la sangre.

Harding se dirigió a ella con el ceño arrugado.

—Mi hermana sufre de la misma aprensión, y no es un mal menor. Sería mejor que se retirara al piso superior y disfrutara de un té o un café caliente mientras tanto. ¿Quiere que la escolte, señorita?

—Oh, no, señor, no puedo... no puedo dejar a Verity aquí sola.

—Si se fía de mí, la relevaré de la obligación. Me ocuparé de que se comporten.

—Lo cierto es que se lo agradecería muchísimo, señor —reconoció Emily con la mirada gacha. Sin mayor dilación, Harding le tendió una mano amable para ayudarla a levantarse de la silla y la condujo hacia la salida, donde pasó a disposición del diligente valet.

Verity estaba segura de que si hubiese revelado sus sentimientos hacia Harding, sus amigas le habrían preguntado, anonadadas, por qué él entre todos los hombres. Ella podía aportar un sinfín de razones, empezando por las que saltaban a la vista y acabando por los detalles de los que solo una mujer precisa hasta lo obsesivo se habría percatado durante sus sesiones de observación.

Pero la pregunta era *por qué no él*. Por qué iba a interesarse en otro.

La amabilidad no era una cualidad por la que Verity se deshiciera en amores, sobre todo porque se inculcaba desde la tierna infancia junto con la buena educación. Sin embargo, había una diferencia entre quien la fingía y quien, de forma totalmente natural, la regalaba sin hacer distinciones de clase o género. Harding era cordial, mas no invasivo, y salvo excepciones en las que había tenido que priorizar su lealtad hacia Rebecca sobre el saber estar, se mostraba cortés incluso con ella. Mil veces la había ayudado a bajar un escalón, a abrir un parasol que se le resistía, a encontrar la palabra exacta durante una conversación cuando no acudía a su mente; le había preguntado si se encontraba bien cuando la había visto más pálida de la cuenta y se había quedado haciéndole compañía, aunque en obstinado silencio, al descubrir que estaba sola en un espacio público.

—Tengo una idea —anunció Kinross, ya de pie en el centro del ring. Este estaba marcado por una línea de escuadra que el pugilista pisó con los pies descalzos—. Fijaremos un número de *rounds* con un límite de tiempo para evitar que la señorita se aburra: el que gane al menos tres de los cuatro *rounds* de cinco minutos cada uno, recibirá el premio que la belleza presente tenga a bien entregar. ¿Qué tal... un beso? —sugirió con una sonrisa pilluela.

Verity se rio, metida en su papel de coqueta empedernida.

—Usted no pierde el tiempo, señor Kinross.

—Ni las oportunidades, querida mía. ¿Estás conforme, Harding?

—Lo que sea que te haga feliz —resolvió el aludido—. Estamos en tu casa.

No estaba interesado en el premio, pero Verity se había acostumbrado a su a veces ofensiva indiferencia.

Estaba comprometiéndose a volverlo loco de amor cuando Harding le lanzó una mirada seria por encima del hombro.

—Desconozco qué tan impresionable pueda ser usted, señorita, pero si en algún momento se ve sobrepasada por la violencia o quiere que nos detengamos, no tiene más que decirlo.

Ella asintió con la garganta apretada.

—No soy escrupulosa, señor, pero lo agradezco.

Harding regresó al combate inminente lanzándole una sonrisa prometedora a Kinross, que le devolvió el gesto ladeando la cabeza como si encontrara adorable su desafío. Sin recreaciones vanidosas, el hijo del barón se llevó la mano al cuello trasero de la camisa y se la quitó por la

cabeza con un certero tirón. La dejó sobre las cuerdas, junto a las vendas que rescató en completo silencio. Las utilizó a posteriori para cubrirse los nudillos, para lo que tuvo que repetir movimientos circulares con la mano que le tensaron los músculos del hombro, de la espalda descubierta, del propio brazo.

Verity observó desde su privilegiada posición con un nudo en el estómago. Desnudarse le había despeinado el cabello del color del oro viejo, arrojándole sobre los ojos un mechón que no se molestó en retirar, concentrado como estaba en vendarse. Ni siquiera el débil influjo de la luz del sótano disimulaba la textura de satén de la piel que dejaba a la vista, la colección de lunares que solo Dios sabía cómo habrían llegado hasta allí si no había sido por efecto del sol. Era mucho más fuerte y masculino de lo que hubiera podido imaginar: tenía los hombros y los brazos abultados, la espalda de Hércules y la cintura estrecha como la de una mujer. El calor condensado en el aire sacaba brillo a la nuca y al centro de su pecho, salpicado de un triángulo de vello tirando a castaño claro.

Había quedado tan absorta en su contemplación que tardó en percatarse de que Sonny la miraba con una ceja enarcada por la sorna, como si quisiera decirle «de nada, querida». Y por Dios que le estuvo agradecida cuando Harding se crujió el cuello ladeando la cabeza e hizo inconscientemente una exhibición de músculos endurecidos rotando los hombros hacia delante y hacia atrás.

Estaba trotando en el sitio, preparándose para la función, cuando Sonny la interpeló:

—Comenzaremos cuando la señorita dé la señal.

Verity tartamudeó un débil «a sus puestos... ¡ya!» y empezó a contar los cinco minutos a partir de entonces.

Estaba más o menos familiarizada con la normativa del boxeo. Su padre y su abuelo, apasionados del deporte, habían discutido sobre las Reglas de Broughton que se estilaban antes de que Kinross tomara el control del club, pero más o menos reconoció los mismos golpes: el *cross-counter*, el *chopper*, el *roundhouse punch*, el *uppercut to the body*, el *fibbing*, el *body blow*... Todas ellas eran tácticas de ataque directo o defensivo que en los puños adecuados podían resultar mortales.

Pero esa no fue la razón por la que Verity asistió al combate conteniendo la respiración.

Todavía no podía hacerse a la idea de que Harding Wargrave estaba semidesnudo.

Por Cristo. Sonny Kinross no tenía ninguna consideración hacia las sensibilidades de las mujeres, que, en el caso de Verity, y más hacia el caballero en cuestión, eran muchas.

Demasiadas para no sentirse abrumada.

—Cuidadito —dijo Harding después de esquivar un golpe con efecto dirigido a la sien.

Fue casi como si hubiera respondido a los pensamientos lujuriosos de la joven.

—¿Todavía no te puedo tocar la cara? —Sonny fingió un puchero.

—Hasta dentro de dos meses, no. Yo estoy teniendo la gentileza de no tocártela a ti. A ver si correspondes mi buena voluntad.

—Me temo que no juego limpio como tú —se burló Kinross, cambiando el peso de pie con saltitos.

Se acercó, amenazante, para arrojar un puñetazo que Harding bloqueó con el codo.

—Entonces yo tampoco, porque eres el que me ha enseñado lo que sé. —Y lo demostró enviándolo unos cuantos pasos hacia atrás con un certero golpe en el pecho.

Kinross se quedó sin aliento, frotándose la zona dolorida con gesto huraño.

—Cabrón...

—Vigila el vocabulario, que hay una dama presente —se burló Harding.

Pero no parecía ser consciente de que Verity estaba allí, porque ventilaba sin miedo un lado socarrón que no había tenido el placer de conocer hasta el momento. Harding trotaba con la barbilla casi pegada al pecho perlado por el ejercicio, la media sonrisa dándole un aire travieso a su expresión; habría parecido un púgil profesional si no hubiera sido porque el efecto de su fuerza bruta era ligeramente suavizado por la elegancia aristocrática con la que lo hacía todo. Lanzaba golpes como lanzaba su palabra, con la contundencia de una proclama, y esquivaba los ataques con una agilidad que replicaba su ingenio.

—¿Qué te pasa hoy, Sonny? —se reía Harding—. ¿Estás tan nervioso por el público que no das ni una, o qué?

—¿Y tanto te creces tú cuando hay mujeres mirando, que de pronto parece que sabes pelear?

Sonny consiguió darle en el hombro y en la cadera y hacerlo retroceder unos pasos, pero Harding le llevaba la delantera sin esfuerzo. Aun así, al girar la cabeza o doblarse de forma brusca hacia un lado, el sudor que lustraba su piel de alabastro goteaba sobre el suelo.

Las marcas que ahí se quedaban retenían por un delirante instante la atención de Verity.

Al cabo de tres asaltos, Harding estaba empapado y brillaba como si acabara de salir de un baño. De algún modo, algo que se tenía por un signo antihigiénico no hacía sino favorecer al animal que había brotado de él durante la pelea. Parecía un guerrero antiguo, uno de esos que combatían a los romanos con el panteón de los dioses de su parte y llevando por delante la legítima crueldad de quien luchaba para defender a su pueblo.

Harding retuvo contra el suelo a Kinross los treinta segundos de rigor. Como Verity había olvidado que era quien conducía el combate, el hijo del barón tuvo que lanzarle una mirada a través de las pestañas húmedas, con el flequillo mojado sobre los ojos y los labios entreabiertos, hiperventilando, para instarla a dar por finalizada la sesión. Pero el efecto de su mirada atravesada por la agresividad del ambicioso campeón, de su aliento entrecortado, fue estremecerla más aún.

Todavía tardó unos segundos más en levantar la mano y proclamarlo vencedor.

—Hijo de perra —jadeó Sonny, ayudándose de la mano que el ufano Harding le tendió en señal de hermandad—. Hoy estás sembrado, ¿eh? ¿Has estado practicando a mis espaldas?

—Ya sabes que, cuando te gano, es porque he tenido suerte. —Le dio una palmadita en el hombro y se giró hacia Verity para advertirla—. No se crea usted que su pretendiente es un debilucho. Este no es el resultado habitual de nuestros combates. Él gana en el noventa y nueve por ciento de los entrenamientos.

—Me lo creeré cuando lo vea —sentenció Verity, cruzándose de brazos por miedo a que se notara que una debilidad general hacía temblar sus manos.

—Te honra darme buena fama delante de mi querida señorita Burton, pero no me hace ninguna falta —protestó Sonny—. Estoy seguro de que verme morder el polvo solo ha despertado su instinto maternal y ahora no solo se compadece de mí, sino que desea cuidarme y protegerme de todo mal, ¿verdad que sí?

—Por supuesto..., pero no estaría de más que se convirtiera usted en el campeón para la próxima. Me gustan los hombres cuyas victorias son producto de su disciplina y su esfuerzo.

Hablaba hacia Sonny sin tener ni la menor idea de lo que estaba diciendo; de si tenía algún sentido siquiera. Sus ojos habían perseguido con avidez los movimientos de un Harding que no había tardado en desentenderse de una conversación que ni le incumbía, ni le importaba un bledo.

El bajo vientre había estado molestándola, produciendo pinchazos y emitiendo focos de calor durante todo el combate, y la sensación no hizo sino intensificarse cuando Harding bajó del ring

de un salto para dirigirse con una atractiva fanfarronería a la palangana de agua fresca. Allí se lavó la cara y se peinó el pelo hacia atrás descolgando la cabeza y suspirando sonoramente, aliviado por el frescor.

A Verity le costó tragar saliva. Recopiló en un momento todo lo que sabía sobre el amor gracias a las detalladas descripciones de sus amigas casadas, de sus primas; de su madre, incluso, y llegó a una conclusión que le puso la piel de gallina.

«No hay duda. Quiero que este hombre me cubra con su cuerpo».

—Voy a recoger mis prendas antes de que la señorita Burton me acuse de exhibicionista —anunció Kinross—. Vuelvo en un momento.

Verity se tensó como si la hubiese advertido de la detonación de una bomba de aire.

Sería la primera vez que se quedaba a solas con Harding. No había podido ni querido contar los cinco minutos de conversación en el pasillo de la noche anterior; cuando había tumultos de gente en las proximidades, su seguridad en sí misma no llegaba a desinflarse. No como esa tarde, que sintió que todo el mundo quedaba demasiado lejos como para forzarla con su mera presencia a mantener la pose.

Un nerviosismo asfixiante se apoderó de ella. Tuvo que hacer acopio de coraje para no dejarse arrastrar por el instinto de huir o, peor aún, ir hacia él y tocarlo como le rogaban las manos.

Kinross desapareció dejando la puerta abierta, pero Verity se sintió como si la hubieran cerrado con llave y la hubiesen arrojado a las profundidades del mar. Clavó una mirada anhelante en Harding, que seguía refrescándose los laterales del cuello, los hombros y la cara.

—No mentía cuando decía que no es usted nada impresionable, señorita —comentó Harding desde su posición, a una distancia absurda de ella. «Al revés», pensó Verity. «No te haces una idea de lo impresionable que soy»—. ¿Su padre le había hecho alguna demostración de lo que se aprende en el club?

Verity se humedeció los labios, que notaba tan resecos como la garganta, y se animó a caminar hacia él con las manos entrelazadas a la espalda para seguir escondiendo el miedo.

—Ojalá, pero no. Aunque mi padre me permite ciertas excentricidades, y hasta diría que es el culpable de que tenga algunas de ellas, siempre ha estado en contra de enseñarme la violencia. No sé por qué —añadió. Aprovechó que Harding no la estaba mirando para recorrer su cuerpo con avidez—. Creo que es una disciplina interesante y que requiere la misma maña que cualquier otra.

Harding se giró hacia ella y Verity frenó en seco, sacudida por las emociones que despertaba su atención directa. Un inoportuno acceso de lágrimas estuvo a punto de delatar la intensidad de sus sentimientos, que a esas alturas, después de tantos años de desgarradora indiferencia, dolían como el infierno. Para colmo de males, aquel hombre era tan hermoso que el simple hecho de estar en su presencia la alteraba, la debilitaba, la abrumaba; no sabía qué decir, dónde poner las manos, qué hacer con un cuerpo que ya no respondía, que serviría fielmente y sin oposición a los propósitos a los que Harding deseara exponerlo.

Un mechón mojado caía sobre uno de sus ojos, de un verde que brillaba como las esmeraldas y dulcificaba su mirada incluso cuando la utilizaba para escarmentar a un grosero. La nariz romana le confería el toque rudo que necesitaba un rostro por lo demás apolíneo para que nadie lo confundiera con un ángel. Pero lo que la traía por la calle de la amargura era su boca, sobre la que Harding tenía un dominio tal que a menudo se sorprendía admirándola hipnotizada por el modo en que la movía al expresarse con tiento, al fumar reposado, al masticar con lentitud; una boca mullida y rematada sobre el labio superior por un discreto lunar que Verity no podía mirar directamente sin que le temblaran las rodillas.

Culpó a la peligrosa cercanía del atrevimiento de soltar:

—Bueno... —Verity se detuvo ante él con las manos todavía cruzadas a la espalda—. ¿Dónde quiere el beso, señor?

Harding levantó la mirada sin poder controlar su incredulidad. Por suerte para ella, esa incredulidad no se transformó en rechazo, sino en exasperación.

Sonreía ladino mientras terminaba de desenvolver las vendas de la mano cuando contestó.

—Usted realmente es... otra cosa, ¿eh? —murmuró para sí mismo. Había sido en extremo ambiguo, pero a Verity se le encogió el corazón de pensar que le estuviese reconociendo su autenticidad. La miró de soslayo con los ojos entornados sin detener el hipnotizador proceso de desanudar los improvisados guantes—. Le aceptaré uno en la mejilla.

La decepción estuvo a punto de matarla, pero se las arregló para enderezarse y contestar con coquetería.

—Qué falta de ambición, señor Wargrave.

—No soy partidario de proyectar mis ambiciones, como usted las llama, en la mujer de otro.

—¿La mujer de otro? —repitió con intención—. ¿Ya me ha vendido usted a un hombre?

—Si lo prefiere, me corrijo por «la mujer de otros».

El plural podría haber resultado ofensivo si no hubiese acompañado la réplica de una ceja arqueada, expresión que pedía una explicación antes de sacar conclusiones.

—Creo que está malinterpretando la situación, señor Wargrave. Todavía no estoy comprometida ni con Sonny Kinross ni con nadie. Y, mientras eso sea así, es mi obligación seguir tanteando las aguas para decidir quién me conviene más para pasar el resto de mi vida.

—¿Eso era lo que hacía anoche? —inquirió sin retintines. En el fondo, Harding se inclinaba más por creer en su inocencia, por tomarla por una mujer conveniente, que por lo contrario; solo eso justificaba que le diera siempre la oportunidad de expresarse—. ¿Tantear las aguas?

—Pensaba que ya habíamos hablado de esto, señor Wargrave.

—Y desde luego no es conmigo con quien debe comentarlo. Asumo que estaba reflexionando sobre el asunto con el señor Kinross antes de que yo llegara. Ya sabe, para ponerlo al corriente antes de dar pie a... ¿cómo lo ha llamado?, ¿malinterpretaciones?

—Sonny ha apostado un beso mío cuando existía la posibilidad de que se lo llevara usted. ¿No cree que eso clama al cielo sobre la clase de relación que nos une ahora mismo?, ¿que el hecho de que me codee con otros hombres no es la mayor de sus preocupaciones?

—Desde luego —convino con un asentimiento pensativo rayano en la sospecha.

—Me parece que a veces uno proyecta sus convicciones individuales sobre las experiencias del resto creyéndolas una ley universal, y no existe mayor error que ese —meditó ella en voz alta —. Usted debe de ser un hombre tremendamente posesivo con sus amantes si le preocupa que el señor Kinross tenga en su punto de mira a una mujer que no se lo entrega todo de entrada, algo que no es ningún delito.

Harding dejó correr un silencio, con toda probabilidad para que ella reflexionara sobre la grosería de referirse a su vida privada con desahogo. Para su sorpresa, su regocijo y el empeoramiento de sus nervios, él replicó en tono lánguido.

—Eso no se lo discuto. Sí que soy posesivo con mis amantes.

Verity abrió la boca para responder algo que suavizara la atmósfera, de pronto irrespirable, pero no logró articular palabra y estuvo segura de que había enrojecido hasta las puntas de las orejas.

—Permítame reformular mi argumento de un modo más comprensible —retomó en cuanto ordenó sus emociones—. ¿No está ayudando a su hermana a encontrar marido, señor Wargrave?

¿No sabe acaso que escogerlo no es asunto menor, y que una mujer debe analizar y reflexionar sobre cada una de sus opciones hasta alcanzar el discernimiento? ¿No le parece que, tratándose de nuestra única obligación en este mundo, cabe desplegar una estrategia de prueba y error?, ¿lo que sea necesario para ser precisa?

Harding había ladeado la cabeza para mirarla de hito en hito, como si quisiera comprobar que era un ser humano real y no la aparición de una mujer con criterios traídos del futuro. Verity estaba acostumbrada a esa mirada viniendo de quien la conocía tal y como era, inteligente y con fuertes opiniones, pero en Harding no estaba acompañada del juicio habitual, y menos aún del rechazo.

Sentía una potente curiosidad que le resultó halagadora.

Acabó reconociéndole su parte de razón con un cabeceo.

—Visto así, puedo convenir con sus métodos. No pierdo de vista que no soy una mujer y solo puedo solidarizarme con la presión a la que están ustedes sometidas. Además... —Avanzó un paso hacia delante con la mirada fija sobre ella—, puede que tuviera razón anoche, cuando dijo que ando falto de cariño. Así que, con su permiso, voy a reclamar ese beso.

La reacción interna de Verity fue tan violenta que temió que él pudiera percibirla desde el exterior. Se tuvo que serenar cogiendo una bocanada de aire antes de acercarse para concederle el honor que, en realidad, era todo suyo.

Le costó Dios y ayuda reprimir las emociones para parecer ajena al momento de apoyar la mano sobre su pecho aún resbaladizo y ponerse de puntillas. Él le hizo el favor de inclinarse lo justo para que los labios femeninos alcanzaran el punto acordado.

Verity temblaba cuando cerró los ojos y rozó su mejilla con la punta de la nariz. No la había imaginado rasposa; siempre se presentaba en las *soirées* perfectamente afeitado, peinado, la personificación del *dandy*. Pero parecía que la barba empezaba a crecer de un día para otro, desoyendo sus ruegos desesperados por lucir un aspecto impecable. Le gustó la sensación, que apeló a instintos primitivos, y se quedó un segundo de más allí apoyada, respirando el olor a piel, a cuero y el aroma distante del tabaco al que era aficionado antes de apoyar los labios entreabiertos en su mejilla.

Los dejó resbalar apenas un milímetro antes de presionarlos en la forma de un beso.

Fue tan consciente de los puntos que la conectaban a él, la palma de la mano extendida sobre el vello húmedo del torso, la boca tan cerca del lunar, que no le costó soñar despierta con que la tomaba en brazos en un arrebato y la besaba con propiedad.

La conciencia de haberse demorado demasiado la obligó a reaccionar a toda prisa. Verity dio un paso atrás, tambaleante, y le rehuyó la mirada para no ver en su rostro un reflejo de su propio deseo. Pero se humedeció el labio superior con la punta de la lengua, ese labio superior que el rastro de sudor de su cara había humedecido, y se recreó con el sabor salado de tal manera que, cuando volvió a hacer contacto visual, estuvo segura de que le estaba confesando con todas las letras cuánto lo deseaba.

Quiso decir algo inolvidable para cerrar la escena por todo lo alto, igual que una función de teatro, pero habría tartamudeado débilmente si hubiese forzado algo mejor que un simple:

—Bueno. Me voy.

Se dio media vuelta con una prisa igual de reveladora que su nerviosismo y casi corrió hacia la salida, tal y como Eva debió correr cuando la serpiente la tentó con la manzana.

—Señorita Burton —oyó que decía Harding desde su posición. No se había movido un ápice, como comprobó tras mirarlo por encima del hombro con una sombra de temor y el pulso latiéndole en los oídos.

—¿Sí?

—Si es cierto eso de que todavía no ha tomado una decisión en firme, asumo que la veda sigue abierta para el incauto que desee unirse a la aventura de conquistarla —dedujo en tono pensativo. Ya se había deshecho de la venda, que ahora sujetaba convertida en una maraña en el puño cerrado—. De ser así, me gustaría que me concediera la oportunidad de intentarlo.

Capítulo 6

Harding terminó de ajustarse el pañuelo de seda al cuello y le devolvió la mirada al hombre del espejo. Un hombre que no estaba muy convencido de lo que pretendía hacer, pero que ya no podía desandar lo recorrido.

Se cumplían cinco días desde que la señorita Burton había accedido a disfrutar de una merienda en su compañía. No se enorgullecía de decir que había pasado esos cinco días tratando de concentrarse en los asuntos relativos a su finca, su hermana y su vida personal —o su ausencia de ella— sin el menor éxito: en cuanto se descuidaba, el errático comportamiento de Verity acudía a su mente y volvía a rondar la cuestión del sospechoso compromiso de Sonny.

Aunque Nile estaba en la ciudad y lo consideraba su inestimable compañero de juergas y lamentaciones, no se le había ocurrido informarle de lo que se proponía. Para empezar, estaba casado con la gran amiga de Verity, a la que sobre seguro transmitiría sus devaneos, y, para acabar, prefería resolver sus asuntos sin interferencias de terceros.

Pero no tardó en manifestársele la tendencia que sufría a imaginar al pie de la letra lo que su amigo le diría de llegar a conocer sus objetivos.

—¿Una cita a espaldas de Kinross? —le habría preguntado, perplejo.

—Para averiguar de una vez por todas si Sonny le interesa un carajo a la muchacha —habría respondido él en tono cansino, porque con toda probabilidad habría tenido que repetírselo por decimoctava vez para que le entrara en la sesera.

—¿Fingir que la estás pretendiendo no te parece excesivo? ¿No has pensado en...? No sé. ¿Preguntarles sin rodeos, tal vez?

—Porque seguro que la señorita Burton me diría la verdad, y porque todo el mundo sabe que Sonny Kinross es conocido por no marear la perdiz ni haber soltado un embuste en su vida —habría ironizado Harding—. Si tenía la sospecha de que hay gato encerrado en la cena en Mabry’s Place, en el club confirmé que así es.

—¿En qué te basas, si se puede saber?

—En algo tan sencillo como que Kinross es el hombre más celoso sobre la faz de la Tierra. Si la señorita Burton le importase un bledo, en primer lugar no habría apostado un beso de sus labios ni si hubiese estado convencido al ciento diez por ciento de su victoria. Y ni mucho menos me habría dejado ganar, como fue el caso.

—¿Qué?

—Has visto pelear a ese tipo, Nile. Su padre le enseñó las técnicas de Broughton que, aun en decadencia, si se emplean en condiciones pueden resultar letales, y se entrena todos los días como si soñara con matar a alguien a puñetazo limpio. Quería que la señorita Burton me besara —habría sentenciado.

—¿De qué demonios hablas? ¿Por qué iba a querer eso? Aparte de porque eres un tipo bien parecido, quiero decir.

—Es lo que pretendo descubrir.

—Pero si lo que te preocupaba era que Sonny saliera escaldado casándose con una joven a la que le gusta el flirteo más de lo conveniente, ¿no has confirmado con la treta del beso que es improbable que la señorita Burton rompa su corazón? No me digas que ahora te entrometes para proteger a la susodicha del descarado de Kinross.

—La señorita Burton sabe defenderse sola de quienquiera que ose perturbarla.

—¿Entonces? ¿Es la curiosidad lo que te mueve?

—Es la sospecha de que lo que sea que anden maquinando me involucre de algún modo.

—No sé cómo me sigue asombrando tu vanidad después de todos estos años —se habría burlado Nile.

—¿Cómo explicarías tú que la señorita Burton estuviese ansiosa por besarme, si no?

—Como que tienes una imaginación desbordante.

—¿También fue mi imaginación que casi se desmayara después de oír que aspiro a pretenderla?

—No. Sospecho que eso es obra de tu altanería.

En una confrontación real con Nile, Harding no habría tenido la descortesía de mencionar el cambio en la conducta de la joven. Es más; le habría costado encontrar la voz y las palabras adecuadas para describirlo. Seguía confundido por las sensaciones que le había transmitido al rozarlo con sus labios, al separarse con la prisa de quien había dejado la olla al fuego; al huir de la escena de un crimen.

—Si lo que quieres que te diga es que está enamorada de ti, te sugiero que esperes sentado.

Por supuesto, Nile no estaba presente. La posibilidad la había barajado Harding en la soledad de su habitación las pocas veces que se había permitido pensar en ello.

Había terminado descartándola.

—Pues claro que no lo está. Nunca se ha acercado a mí como sí se ha aproximado a todo hombre que encajaba con su ideal de marido. Apenas habremos intercambiado cien, doscientas palabras en todos estos años, siempre en conversaciones que incluían a terceras, cuartas y más personas. Por si fuera poco, nunca he sido especialmente amable con ella.

—Algo que debería darte vergüenza —habría apostillado Nile, pero el reproche provenía, en realidad, de él mismo: del bochorno que había sentido siempre al atacar a una muchacha de la edad de su hermana. No obstante, se había obligado a acallar los remordimientos con el consuelo de que solo estaba protegiendo a su propia sangre—. Aun así, amigo Harding, es un hecho que existen las mujeres que se pirran por quienes las ignoran. Sobre todo los caracteres caprichosos.

—La señorita Burton no es un carácter caprichoso, o no solo eso. No me parece justo reducir su complejidad a un par de adjetivos que no podrían abarcar tantas sutilezas.

—¿Y cómo la describirías?

—Por lo que cuenta Becks, es la princesa de la casa. Ha crecido en un ambiente en el que no se le ha negado nada. Sería posible que yo hubiera llamado su atención si no le hubiesen inculcado el respeto hacia sí misma. Ninguna mujer que se ame y se valore se obsesionaría con un hombre que no le da ni la hora.

—Cierto.

En realidad, Nile no le habría dado la razón sin presentar batalla, pero, en su fantasía reflexiva, Harding había decidido que todas las partes convinieran en que Verity Burton se traía entre manos algo más oscuro que un enamoramiento.

Era su obligación descubrir de qué se trataba.

Puso rumbo a Gunter’s un rato después para llegar al establecimiento con cinco minutos de antelación. Su sorpresa no pudo ser mayor cuando cruzó el umbral y observó que la señorita Burton se le había adelantado y que, a juzgar por la taza vacía que descansaba sobre la mesilla, llevaba alrededor de media hora esperando; lo que una mujer entrenada para las tardes de té demoraba en beberse su refrigerio para que no acusaran su glotonería.

Harding consultó el reloj con el ceño fruncido, preocupado por si había confundido el horario, pero no. Eran las tres menos seis minutos y recordaba haberle dicho que se verían a las tres en

punto.

Aprovechó que su llegada había pasado desapercibida gracias al barullo de la clientela para vigilarla en la distancia. Blandiendo una cucharilla con dedos nerviosos, se entretenía torturando una porción de tarta de la que apenas había probado bocado. A cada tanto se enderezaba, como si de pronto recordara que estaba en público y había quienes la vigilaban teorizando a la vez sobre el porqué de su soledad.

No habría sabido decir a ciencia cierta si se había arreglado con esmero o no. La señorita Burton nunca decepcionaba en lo que a diseños a la moda y peinados espectaculares refería. Siempre aparecía impecable, más de lo que le convenía a las debutantes contra las que competía, que se encogían dentro de sus trajes nuevos cuando Verity pasaba por su lado meneando las vistosas faldas con una coquetería de ensueño.

Esa tarde se había decantado por un vestido verde claro con la manga ajustada y el escote en forma de pico. A diferencia del encuentro en el club, cuando pudo comprobar que la melena rizada le llegaba por la cintura, llevaba el pelo recogido en un moño que dejaba la curvatura de su cuello a la vista de quien quisiera admirarla.

Nadie le juzgaría por pasar la tarde con ella, eso por descontado.

Habría quien lo consideraría, incluso, el hombre más afortunado de Gunter's.

O de Londres.

O del mundo entero y de la historia de la humanidad.

Verity se puso recta de nuevo y soltó la cuchara para reposar las manos sobre el regazo con un suspiro en la punta de la lengua. A Harding le pareció que no era la primera vez que lanzaba una mirada inquieta a la puerta, con la diferencia de que en esta ocasión lo localizó a él.

La saludó con un cabeceo y entregó el sombrero y el gabán al empleado que se acercó a darle la bienvenida. Sin apartar la vista de la señorita Burton, fue hacia la mesa redonda del fondo, situada en una esquina entre unos historiados biombos de inspiración asiática y debajo de una lamparilla de luz anaranjada. La saludó como correspondía aceptando la mano que le tendió, y aunque le tentó devolverle el contacto turbadoramente conmovedor que ella le regaló cinco días atrás, se adhirió a la rectitud esperada en él.

Tomó asiento frente a Verity tras saludar con un asentimiento cordial a la doncella.

Emily, si no recordaba mal.

—¿He llegado tarde?

—En absoluto —se apresuró a decir, arrastrando la silla hacia delante con cuidado de no emitir sonido y posando los antebrazos sobre el borde de la mesa. Detectó un tic nervioso en su labio superior. ¿Estaría enfadada?—. Se agradece la puntualidad, para variar.

—¿Está acostumbrada a que sus pretendientes se hagan de rogar, acaso?

—Alguno que otro se ha topado con obstáculos en el camino hasta mí.

—Y esos obstáculos no serían, por casualidad, otros pretendientes que intentaban alejarlo de usted —bromeó Harding, a lo que ella sonrió con la mirada perdida en el suelo.

Dios santo, pensó, horrorizado y muerto de curiosidad a la vez.

No estaba enfadada. Estaba... ¿nerviosa? ¿Nerviosa *de verdad*?

Aquella mujer no era descarada, sino directamente insolente. Aprovechaba cualquier oportunidad que se le ofreciera de hacerse con el protagonismo. Y, sin embargo, ahí estaba, disimulando que le temblaban las manos y rehuyéndole la mirada.

—Buenas tardes, señorita Burton —irrumpió de repente un hombre entrado en carnes, sudoroso y sonriente. Giraba su sombrero de copa entre los dedos con la impaciencia de los soñadores—. La he visto a través de la cristalera al pasar y no he podido resistir la tentación de

acercarme a saludarla.

—Oh. —Verity le dedicó una encantadora sonrisa y le ofreció su mano enguantada para que la saludara como era obvio que el sujeto se moría por hacer. Al tipo le faltó tiempo para sujetarla entre las dos suyas y regalarle el beso de consolación, cuando en realidad le habría dado hasta un mordisco apasionado. Tanto furor incomodó a Harding—. Buenas tardes, caballero.

—¿Puedo invitarla a algo? ¿Una porción de tarta más apetitosa que esa? ¿Un helado?

—Estoy muerta de frío como para tomar un helado, me temo.

—¿Quiere que le preste mi chaqueta?

—No será necesario, pero agradezco y atesoraré su galantería con cariño.

Harding aguardó con aparente estoicismo a que el «caballero» reparase en que la señorita no estaba sola. Todavía tardó un par de preguntas más en girar la cabeza, abducido como estaba por la despampanante visión de la mujer que le obsesionaba. Entonces no solo no se disculpó por la intromisión, sino que su rostro se ensombreció como resultado del entendimiento —Verity estaba reunida en privado con un soltero— y se marchó airadamente.

No tan ofendido como para no besarle la mano antes, claro.

—El señor Hobbs es un tipo de lo más peculiar —comentó Harding con un deje informal.

—¡Eso era! ¡Hobbs! —oyó que exclamaba ella por lo bajo. Cuando alzó la mirada hacia él, se topó con que el futuro barón sonreía con incredulidad—. ¡Usted mismo dijo que memorizar tantos nombres es una ardua tarea! —se defendió.

—¿Qué quiere tomar, señor? —interrumpió el empleado antes de que Harding pudiera decidir si reírse con su desparpajo.

—Solo un café, gracias. ¿Señorita?

—Con un té me basto y me sobro.

—¿Está segura? —inquirió sin entrar en especificaciones, como que la había visto más de una vez desayunar un plato de galletas después de atiborrarse de tostadas y dejar sin bollitos al resto de la mesa.

La mujer era más que de buen comer. Era una verdadera amante de la gastronomía, y no temía que esto se reflejara en su físico saludable, que algunos consideraban el colmo de la voluptuosidad y otros rechazaban de lleno porque no parecía lo bastante frágil.

Harding siempre había pensado que, cuando a un hombre le gustaban las mujeres de veras, no tenía preferencias de estilo y ni mucho menos hacía ascos a una criatura que, con independencia de su tamaño, era bonita de tan femenina. En su opinión, la señorita Burton tenía la complexión ideal para un hombre apasionado. Era lo bastante vigorosa para soportar las exigencias del sexo duro, blanda donde debía estarlo para que pudieran agarrarla, morderla, marcarla y, a la vez, lo suficientemente pequeña para despertar deseos de dominación.

«¿En qué diablos estás pensando?», se recriminó, espantado. «¡Ni siquiera la concibes de esa manera! ¡Es la compañera de tu hermana!».

La señorita Burton lo salvó de sus pensamientos señalando con la barbilla la pobre tarta, que yacía destripada sin el consuelo de que le hubieran dado un mordisco.

Había muerto para nada.

—No tengo hambre —resolvió, dejándolo de una sola pieza. Entonces quedaba confirmado. Estaba nerviosa—. Su hermana también bebe café. ¿Es una rareza propia de los Wargrave?

—No diría tanto como una rareza, pero es verdad que lo preferimos al té.

—Yo tenía que tomarlo con brandy para paliar el efecto de la cafeína, que me ponía de los nervios —confesó con una risita tímida—. Por eso me lo acabé prohibiendo. O terminaba pasando dos días sin dormir o diciendo las barbaridades que se esperan de un borracho. No sé

qué era peor. ¿Usted no va a comer nada? —se adelantó antes de que pudiera responder—. Como las grosellas están en temporada, hay *gooseberry fool*... —Cuando cayó en la cuenta de que estaba revelando que conocía sus gustos, corrió a agregar—: Me temo que su hermana tiende a comentar muchas de sus debilidades secretas en público, y me acuerdo de que me sorprendió la casualidad de que compartiéramos postre favorito.

—¿Señorita Burton? —intervino el empleado, asomando la cabeza con una mueca avergonzada por la interrupción—. El caballero de la mesa junto a la ventana me ha pedido que le haga llegar esto. —Plantó sobre la mesa un platillo con una generosa porción de bizcocho aromatizado con semillas de alcaravea, perfecto para acompañar el té. Harding arqueó una ceja al ver que llegaba con una notita incorporada—. Él sufragará el gasto.

Se giró en la dirección indicada y moderó su sorpresa al ver que se trataba del atractivo marqués de Tremaine, que no se había contenido ni considerando que era Harding, su inestimable compañero de cartas, quien acompañaba a la joven.

En un alarde de encanto personal, Verity se levantó de la silla y le dirigió una graciosa reverencia que hizo sonreír al aristócrata. En ese movimiento imbuido de coquetería, Harding vio a la señorita Burton que conocía; la desparpajada y montaraz que hacía brillar los ojos de los hombres.

Acto seguido, Verity volvió a sentarse y le prestó toda su atención a él, perdiendo en el acto aquella energía dominante que desarmaba al sexo opuesto.

«Estoy confuso. Muy confuso».

—¿No piensa leer la nota? —La señaló con el mentón.

—No pretendía hacerlo, no.

—Por mí no se corte. ¿O teme que contenga un mensaje sonrojante?

—No es la primera vez que milord me hace llegar un halago mediante carta y lo acompaña de un delicioso postre. —Se encogió de hombros, hastiada de la costumbre. Rebecca habría matado por esa gentileza viniendo de un hombre soltero; Verity las daba por hecho. «Pero no se regocija en ellas», pensó Harding, más confuso todavía. ¿Había sido siempre así o estaba reprimiendo su insufrible egocentrismo ante él?—. Puede usted comprobarlo, si quiere, pero de seguro se trata de una comparación entre la dulzura del bizcocho y la mía, de la que, claro está, yo salgo ganando, o algo como que ahora sabe por qué el verde es el color de la envidia, ya que cela lo bien que me sienta.

Incapaz de no prestar atención a los detalles como hombre observador que era, Harding ya había precisado los tonos y la forma del atuendo de la joven, pero solo entonces reparó en que había cometido un grave error de protocolo al no expresarlo en voz alta.

Le puso remedio con el piropo de rigor.

—Es cierto que el verde es su color, señorita Burton. Hoy está radiante.

La galantería la hizo separar los labios con asombro. El rubor estalló en sus mejillas a continuación, casi como si el celoso rojo pretendiera recalcar que él era el color que más la embellecía. No cupo discusión, porque Harding pudo estar de acuerdo aun paralizado por la perplejidad.

Y es que nunca, jamás, la había visto enrojecer, ni de vergüenza ni de placer, en presencia de sus pretendientes, de sus amistades o familia.

Saltaba a la vista que la invitación de Harding la había cazado con la guardia baja. No había podido practicar de antemano una de sus exuberantes puestas en escena.

Sonrió con tristeza al creer conocer el porqué de su insólita actitud.

Apoyó un codo en la mesa y se inclinó hacia delante para decir en tono discreto:

—Me he buscado yo solito que se sienta incómoda en mi compañía, ¿verdad? —Verity alzó la barbilla de golpe, sorprendida por el giro—. No he hecho otra cosa que cuestionar sus motivaciones para acercarse a mi amigo, asumiendo de entrada que serían maquiavélicas, y antes de esto tampoco era el súmmum de la simpatía.

Ella le restó importancia con una vaga sonrisa, desviando la vista hacia su regazo.

—No puedo culparle de salir en defensa de su hermana cuando se ve involucrado en una de nuestras trifulcas, señor Wargrave. No le guardo rencor alguno. En todo caso admiro su lealtad hacia Rebecca y hasta celebro que haya quien la respalde durante nuestros combates verbales, porque, si no es con ayuda, suele costarle vencerme.

Harding enarcó una ceja.

—Vencerla, ¿eh? Entonces es una guerra abierta. Me pregunto qué es lo que se disputan...

Verity apoyó los codos sobre la mesa y descansó la barbilla sobre los dedos entrelazados. Sus ojos castaños brillaban como la noche estrellada. Parecían tan felices de ser los vigías de su rostro aquella tarde en concreto, de ser los que captaban los detalles de su acompañante, que Harding notó una punzada de debilidad en un rincón secreto del pecho.

—¿Qué cree que podría ser?

«El premio a la más bella», fue a decir sin pensarlo, momentáneamente distraído. Pero, le gustara o no, la belleza de Rebecca y la belleza de Verity entraban en categorías distintas. La de su hermana no le suscitaba más que un instinto protector, pues sabía la clase de sentimientos que despertaba en los hombres; la de la hija de Desmond, en cambio, comenzaba a confundirlo.

Se negaba a desentrañar dicho aturdimiento.

—¡Señorita Burton! ¡Qué alegría verla! —exclamó un tercer osado.

En la primera irrupción, Harding se extrañó porque los hombres parecieran perder los modales en presencia de Verity, llegando a inmiscuirse en una citación privada sin ni siquiera reconocerle a él su presencia; con Tremaine le embargó la curiosidad hacia las cotas que alcanzaba la desfachatez masculina.

La interrupción del conde de Houston, sin embargo, empezó a minarle el ánimo.

Ella atendió al susodicho escogiendo la más apropiada de su colección de sonrisas circunstanciales, tanto o más crispada que él pero disimulándolo mejor. Notó que no le estaba divirtiendo la constante perturbación en los puños sobre el regazo, en la advertencia sombría de unos ojos que no acompañaban a las gentiles palabras con las que despachó a Houston.

Esperó a que se hubiese marchado por donde había venido para liberar la tensión con un suspiro entrecortado.

—Estaba usted cavilando sobre lo que nos disputamos la señorita Wargrave y yo.

Harding fingió pensarlo recostándose hacia atrás y mesándose el mentón recién afeitado.

—Diría que se trata del afecto del señor Kinross si esto le importase a mi hermana en lo más mínimo. No creo que sea un secreto que, hasta que usted se cruzó en su camino, Sonny estaba dispuesto a aprender a hacer malabares con cuchillos por las atenciones de Rebecca.

—Eso es algo que admiro del señor Kinross: su sensibilidad. Ha demostrado tener la habilidad de enamorarse, el que resulta ser el rasgo principal que busco en mi futuro marido.

No le extrañó que priorizara lo emocional sobre lo material. A fin de cuentas, ya tenía sobradamente cubiertas sus necesidades gracias a la fortuna familiar. Podía pedirle la luna a su padre si se encaprichaba con ella, que él se la alcanzaría. Y no solo porque pudiera permitírsela, sino porque ansiaba complacerla. Tenía sentido que Verity rehusara abandonar el hogar familiar por un hombre que no la venerase con idéntico fervor.

—¿Es un rasgo que usted comparte? —Harding se acercó a la boca la taza de café sin apartar

la vista de la muchacha. Ni siquiera se había dado cuenta de cuándo se la habían servido—. ¿Puede la señorita Burton poner un amor sin condiciones sobre la mesa?

Le temblaron los labios al curvarlos en una sonrisa lejana.

—¿No podemos todos?

—Usted misma acaba de mencionar la habilidad del señor Kinross de enamorarse como si fuera algo único, un milagro equiparable a la visión de un cometa. ¿Por eso quiere que su futuro marido la ame? ¿Porque la escasa probabilidad de que un matrimonio se celebre por amor lo convierte en un bien de lujo?

—¿No anhela todo el mundo ser querido, empezando por usted? ¿No sueña con casarse por amor?

Harding rehusó cuestionarse las razones detrás de que una mujer que adoraba hablar de sí misma estuviese redirigiendo las preguntas a su interlocutor.

No era ningún estúpido, pero algo le decía que debía fingirlo.

—Los hombres que tenemos los pies en la Tierra no acostumbramos a soñar con nada, señorita Burton. Miramos a nuestros lados y hacia delante, no hacia arriba. Pero supongo que, si barajara el matrimonio —continuó. Poco o ningún mal le haría ser sincero con ella—, no me pesaría que ocurriese con una mujer que deseara mi felicidad.

La mano de Verity tembló al orientarla hacia su taza de té. Esa debilidad reveló su miedo a una respuesta insatisfactoria cuando preguntó con tiento:

—¿Cómo es que no baraja el matrimonio todavía?

Harding dio un sorbo a su bebida y contestó con franqueza.

—Aún no he conocido a nadie que inspire en mí el deseo de dedicarle mi vida.

—Entonces busca deshacerse en amores, como narran los grandes poemas. Confirma usted mi argumento.

—En absoluto. Solo espero una señal —caviló en voz alta—; sentir el impulso de protegerla de todo mal y, a la vez, la certeza de que nadie podrá protegerla de mí.

La curiosidad inclinó a Verity hacia delante, movimiento que le trajo un recuerdo del perfume dulzón que le asoció en la velada de Mabry’s Place.

—¿Qué quiere decir con eso segundo? «Que nadie podrá protegerla de usted.»

—Que, al tener solo ojos para mí, las tentaciones mundanas no podrían arrebatármela.

—Entonces tendría más sentido expresar «que nadie pueda *alejarla* de usted.»

—Quería decir lo que he dicho —atajó—. Pretendía que mi expresión tuviera un tinte peligroso. Como usted ha insinuado con sus previos comentarios, señorita Burton, amar no es asunto menor. Y quien ama en serio, está asustado. Es débil. Nadie podría protegerla o salvarla de lo que significo para ella. Estaría anclada a mí... —cabeceó para restarle fiereza a su aseveración— y, por supuesto, sería recíproco.

Tardó en recordar que era Verity Burton con quien estaba hablando de sus aspiraciones matrimoniales y tuvo que contenerse para no carraspear, incómodo. Pero era una incomodidad inventada para no aceptar que era más fácil conversar con ella de lo que le habría gustado.

—Los hombres se casan por mucho menos que eso —resolvió ella con brío. Se había fijado en que, cuando él la desarmaba, Verity se revestía de una energía quizá exagerada para enmascarar su agitación—. Se casan porque ven una cara bonita, porque oyen lo que quieren oír, porque reciben presiones externas, porque están aburridos, porque su mayor fantasía es que alguien les rasque la espalda cada vez que les pique...

Harding soltó una carcajada que acabó tendiendo a la resignación, como resignado era el tono de la joven al acusar la frivolidad del género masculino. Al verla tratando en vano de disimular

su decepción, comprendió que a ella le afectaba especialmente esta trivialidad.

Curioso.

—¿Así definiría al groso de sus pretendientes?

—Ya los vio usted la noche de la cena en Mabry's Place. Tremaine me pondera para el matrimonio por la cara bonita, Roland Landon lo hace porque está aburrido, y... Diría que lord Easton es de los que tienen picores a menudo.

Harding sonrió, de veras divertido.

—Si esto la asquea más de lo que la halaga, ¿por qué les regala los oídos, entonces? ¿Por qué, en sus palabras, les dice lo que quieren oír?

Verity lo miró directamente a los ojos.

—Porque si no, señor Wargrave, no me tratarían como a un juguete bonito. Me tratarían como si fuera una molesta piedra en el zapato. Ambos casos son igual de humillantes para mí, pero mientras me tomen por una descerebrada, gozaré de la aprobación masculina. No hace daño cuando una mujer transita no ya el mundo de la soltería, que puede llegar a ser de una crueldad intolerable, sino el mundo, que no es «mundo» a secas, sino un diminutivo de «mundo de hombres».

—Sospechaba que podría ser por eso.

—Luego está usted —prosiguió Verity con una vaga sonrisa—, que me trató esa noche como si fuera una molesta piedra en el zapato por tratarme a mí misma como a un juguete bonito.

—Supongo que soy un hombre muy original.

Ella se rio con suavidad, mucho más relajada. Tanto así que se reclinó hacia atrás con la taza sujeta por el asa, adoptando una postura informal.

—Podría haberme indignado con su actitud, señor Wargrave, pero la encontré refrescante y hasta me alivió. Es un gusto que a una se le reconozca de vez en cuando su autenticidad y se la aliente a desplegarla en lugar de ocultarla para que nadie sienta amenazado el *status quo*.

—De todos modos, me gustaría disculparme por mi comportamiento. Tuve la suerte de que enseguida me pusiera usted en mi sitio, sí, pero la manera en que actué sigue sin ser justificable.

—Trataba de proteger a su amigo de la pérfida señorita Burton. En la guerra y en el amor, todo vale, ¿no es así? —Le guiñó un ojo.

Harding apoyó los codos sobre la mesa; la barbilla fue después al canto de su mano, que se quedó peligrosamente cerca del rostro sonrosado de la joven. No se percató de que bajaba el tono al responder.

—¿Y en qué escenario se siente más cómoda? ¿En las trincheras o con el corazón abierto?

—¡Mi bella señorita Burton! —tronó un cuarto descarado, esta vez desde la puerta del establecimiento. Sorteó las mesas para atravesar Gunter's Tea Shop con la urgencia de quien llegaba tarde—. ¡Dichosos los ojos que la ven...!

Harding controló un acceso irracional apretándose el muslo con los dedos.

Sabía que no tenía derecho a despachar a nadie, pero cuando el vizconde Grayson se inclinó para tomar una mano que Verity no solo no le había ofrecido, sino que había cerrado en un puño impotente, abandonó toda prudencia. Se puso en pie sin otro miramiento y le cerró el paso al caballero para ofrecerle el brazo a la muchacha.

—No sé si se ha fijado, señorita —dijo en voz bien alta—, pero hace un día espléndido. ¿Le gustaría salir a pasear?

El alivio relajó la tensión de su rostro. Con una sonrisa agradecida, terminó de despejar los últimos vestigios de incomodidad y aceptó su invitación para acto seguido abandonar las cuatro paredes.

Sintiendo el pasmo del vizconde como una insistente brisa molesta, Harding pagó los refrigerios y salió de allí tirando con suavidad de una Verity que no solo no se opuso a ser salvada de la horda de perros hambrientos, sino que sonreía con aire risueño al dejarse guiar adonde él quisiera llevarla.

Capítulo 7

Berkeley Square, la hermosa plaza donde se encontraba Gunter's, se hallaba a menos de quince minutos a pie de Hyde Park, pero optaron por tomar la calesa que había traído a Verity y a Emily para disfrutar del paisaje otoñal desde una posición más elevada.

La doncella tomó asiento junto al cochero en el hueco libre del pescante, cediendo así a la joven y al caballero los asientos enfrentados.

—¿Siempre es así? —fue lo único que preguntó Harding nada más acomodarse contra el respaldo acolchado.

Se concentró en el rostro de Verity para que no se le fueran los ojos a los hipnóticos movimientos con los que arreglaba los pliegues de la falda. «Siempre pendiente de que su aspecto fuese perfecto», pensó, sonriendo para su coleto y con una extraña calidez en el pecho. Se preguntó si era un gusto suyo, una vanidad de su carácter, o si las expectativas masculinas la habían abocado a ser obsesiva con su apariencia.

—¿Disculpe?

—Lo de que no pueda disfrutar de un té con pastas sin que la asalten como una pandilla de piratas, quiero decir.

Levantó la mirada hacia él con una expresión humilde.

—Lamento que se haya visto involucrado en el circo que es a veces mi vida pública.

—No se disculpe. Y tampoco se resigne a aceptar semejante atropello, señorita Burton. Nadie debería soportar que violen de continuo su espacio y sus deseos de privacidad.

—Es la cara oculta de ser más amable de la cuenta; el precio que pagué para apelar a un mayor número de casaderos y así aumentar mis posibilidades matrimoniales. —Se encogió de hombros—. En su día decidí rechazar el papel de princesa esquiva que tantas solteras representan para atraer un marido. Pensaba que, siendo cercana, no rechazando a nadie en lugar de mostrarme inalcanzable, podría forjar vínculos con mis allegados y así divertirme en el proceso de selección; ganar amigos, incluso. No sabía entonces que, cuando a un hombre se le tiende la mano, es muy probable que una se quede sin guante y hasta sin la manga —agregó con sentido del humor.

Le costó entender por qué una joven que había sido víctima de oprobios directos e indirectos por parte no ya de Harding, sino de ambos Wargrave, le estaba concediendo el honor de conocer su verdadera personalidad; la de una muchacha que hacía cuanto era necesario para sobrevivir en la selva de la alta sociedad, aunque le saliera al precio de ser malinterpretada por los demás.

Pero no había ido allí para conocer sus inquietudes.

O no solo para eso.

—Espero que Kinross sea algo más prudente a la hora de relacionarse con usted —comentó Harding, dirigiendo por fin la conversación al tema prioritario. Basta se había desviado ya. «¡Qué vergüenza de espía!»—. Imagino que debe de serlo, o, al menos, debería mostrarse galante y considerado teniendo en cuenta que la ha elegido como esposa, y a las mujeres de uno hay que tratarlas con especial reparo.

Verity le lanzó una mirada que exageraba su indignación.

—Qué mal habla de usted que ande revelando los sueños de sus amigos, señor Wargrave.

—¿Sueños? —Arqueó una ceja. Tuvo que hacer una pausa cuando la calesa comenzó la ruta; por poco salió propulsado hacia delante, y esto es, a los brazos de la muchacha—. ¿Quiere decir

que Kinross ha entendido mal sus interacciones y usted no le ha dado esperanzas en ningún momento?

—¿Se ha planteado que quizá el señor Kinross ha determinado que soy la elegida porque me quiere, y no porque yo le haya dado alas?, ¿porque tiene un carácter resuelto que no acepta un no por respuesta?, ¿porque sus estrategias hacia la victoria consisten en dar por hecho que lo que desea ya es suyo antes de conseguirlo? —sugirió ella, mirándolo con un rastro de ternura. No era la primera vez que la joven se conmovía con su ingenuidad, pensó Harding, que nunca se habría autoproclamado ingenuo. Cuando Verity lo miraba así, se sentía reprendido y acunado en brazos a la vez... Una sensación del todo extraña—. ¿Qué culpa puedo tener yo de que un hombre interprete mi simpatía natural como que le deseo fervientemente en lugar de como lo que es, una forma de amabilidad enfocada, además, a entablar una amistad inocente? ¿Hasta qué punto es mi responsabilidad que se enamoren de mí, señor Wargrave? Sobre todo cuando, para colmo, no se enamoran de mí, sino de lo que creen que soy; un papel al que me ciño para vivir tranquila.

—Dudo que Kinross se haya enamorado de su versión azucarada, señorita Burton. Mi amigo puede ser muchas cosas, no todas ellas virtuosas, pero ¿un necio? No. Eso jamás.

—Estoy de acuerdo. Kinross es uno de mis pretendientes preferidos porque me ve tal cual soy. Solo el tiempo dirá si eso basta para que yo le corresponda, y si corresponderle será suficiente para llegar a buen puerto. ¡Peter! —exclamó, girándose hacia el cochero con las manos agarradas al borde de la calesa—. ¿Te importaría detenerte ahora que hemos llegado al parque? Me gustaría conducir un rato.

—¿Conducir? —repitió Harding.

—A no ser que tema usted el resultado —dejó caer con una sonrisa pilla.

—Si Peter se presta al juego sin rechistar, debe de ser porque está acostumbrado y, por ende, no se le da del todo mal —meditó él. No estaba en posición de decirle a la señorita Burton lo que podía y lo que no podía hacer—. Supongo que no tengo nada en contra.

—¡Estupendo! Prepárese para un poco de velocidad, señor Wargrave.

Harding se quedó perplejo al ver que, en lugar de bajar de la calesa y volver a subir, Verity se encaramaba al asiento del conductor, ahora libre, como lo habría hecho un pequeño simio. Para ello tuvo que remangarse las faldas y colocarse en una posición a todas luces sugerente que exponía las nalgas. Durante el trajín exhibió sin darse cuenta sus tobillos y sus macizas pantorrillas, enfundadas en unas medias de seda.

Como si quisiera castigar a Harding porque se le hubiera desviado la vista a donde no debía, le arreó sin pretenderlo una fuerte patada en el hombro.

Él se la disculpó evitando mencionar que había estado a punto de dislocárselo.

—¿Está listo? —le preguntó en voz alta, mirándolo de soslayo.

No esperó a que Harding terminara de pronunciar un dudoso «imagino que sí» y, una vez Emily y el cochero se echaron a un lado del camino, espoleó a la pareja de caballos con un aullido de bandolero.

Tuvo que presionar el sombrero por la copa para que no saliera volando. No le preocupó que los paseadores de última hora se giraran a mirarlos con incredulidad; a la velocidad a la que iban, habría sido imposible averiguar de quién se trataba. Verity estaba guiando la calesa con innegable maestría hacia las profundidades más frondosas de Hyde Park, donde la aristocracia gustaba de salir a cabalgar al amanecer.

Al oír que se reía con desahogo, Harding tuvo la corazonada de que había emprendido aquella iniciativa porque necesitaba liberar tensiones. Ya fuera porque había temido que Harding la interrogase al respecto de un futuro que ni ella veía claro o porque la atacaba la inseguridad

cuando se hallaba a solas con sus pretendientes, Verity se había sentido un pez fuera del agua y había tenido que tomar medidas drásticas para volver en sí misma. Eso Harding lo respetaba, y hasta se sintió inclinado por compartir con ella la aventura encaramándose también —con mayor agilidad, todo fuera dicho— en el pescante, donde la pomposa falda apenas había dejado un hueco. Tuvo que sentarse parcialmente sobre su vestido y presionarse contra el hombro femenino.

—No pretenderá que me quede mirando mientras usted se lo pasa en grande, ¿no? —Enarcó una ceja, y, en un visto y no visto, le arrebató las riendas con una sonrisa socarrona—. Espero que se fíe de mí, señorita Burton. Esto sí que es velocidad.

Azuzó a los caballos con una exclamación de jinete experto. Las bestias obedecieron apretando el galope, lo que puso en riesgo la resistencia de la calesa. Verity se agarró al borde del asiento para no salir volando con una mano; la otra fue a parar instintivamente al muslo de Harding, que no se quejó, concentrado como estaba en la ruta, e incluso disculpó que le clavara las uñas.

La joven no dejó de sonreír, aun así. Lo comprobó con una mirada de reojo que bastó para captar cómo el viento de cara hacía bailar sus rizos, electrizados por la velocidad; cómo el frío que azotaba la piel le había teñido de rojo la punta de la nariz y las mejillas. El aire fresco había insuflado vida al espíritu aventurero, a ese genio rayano en la temeridad, que Verity no temía dejar al descubierto y que tanto la favorecía.

—¡Cuidado! —señaló ella al reconocer el reflejo de un charco a lo lejos.

Harding redirigió la calesa con destreza y, salvados ya de un inconveniente chapuzón, se adentró en el área boscosa del parque; el itinerario plagado de obstáculos que solo los jinetes expertos podían sortear. Para evitar un choque dramático con algún ejemplar de la galería de robles, fue ralentizando la marcha.

Al cabo de unos minutos, el carruaje se había detenido en el corazón del Hyde Park que ya no era parque, sino una desconcertante y a la vez hermosa mancha verde que amarilleaba por efectos del otoño.

—Creo que ha quedado demostrado —comentó Harding en cuanto se recuperó— que soy más rápido que usted.

—¡Eso no es cierto! —se quejó ella, que solo entonces apartó la mano de su muslo. Sus ojos lanzaban chispas—. ¡Me ha quitado las riendas antes de que pudiera exhibir mis habilidades en su máxima expresión!

Harding fingió quitarse una pelusa del hombro de la chaqueta.

—Eso es justo lo que diría una perdedora que no sabe encajar el fracaso.

—¡Yo nunca pierdo!

—¿Nunca? —se sorprendió él—. ¿A ningún juego? ¿Tampoco en la vida misma?

Verity pestañeó antes de desviar la mirada con una sombra de vergüenza, como si hubiese tocado un punto débil.

No importó que le privara de su rostro, porque a Harding ya se le había quedado grabada la imagen de su cara redonda orientada hacia él.

Dos mundos en apariencia antagónicos, ambos territorios inexplorados, se agazapaban en los ojos inocentes de cervato y también astutos del lince que lo habían mirado esperando que alguien, ¡por favor!, *alguien* se tomara el tiempo de desentrañar su verdadera naturaleza. Tenía la nariz tan pequeña que desaparecía sin remedio bajo una explosión de pecas doradas que se asemejaban a los fuegos de artificio. Sin querer, ofrecía sus labios carnosos en unos morritos constantemente enfurruñados porque nadie los ablandara con la ternura de un beso.

Cuando hablaba, Verity daba órdenes.

Cuando guardaba silencio, Verity rogaba.

¿A todo el mundo... o solo a él?

Harding aprovechó que ella no lo estaba mirando para tragar saliva, presa del revuelo que causaba una revelación inesperada y a todas luces perturbadora.

Ya sabía que la señorita Burton era bonita, pero no que a él también se lo parecía.

A lo mejor no se lo había parecido hasta entonces.

A lo mejor solo se lo parecía en ese momento, y, al día siguiente, restauraba la opinión que llevaba años sosteniendo y que le había mantenido a salvo.

Aturdido por la chocante novedad y lo que traía consigo, bajó del pescante de un salto y le tendió la mano.

—Hágame el favor de recuperar su sitio en la calesa como las personas de a pie, no como los monos —comentó él con sentido del humor, esperando traer de vuelta la normalidad.

Ella le aceptó la ayuda entrelazando los dedos con los de él para bajar, un contacto mil veces más íntimo que solo utilizar su palma como apoyo. Harding no se la soltó, aun así; ni al principio ni en lo que duraron los tres pasos que dio para rodear el carruaje y volver a subir. Un tenue aroma a jazmín impregnó el aire que Verity levantó al impulsarse desde el suelo para ocupar su asiento.

Esperó a que estuviera acomodada y tranquila para ejercer de cochero nuevamente y regresar al punto de partida, trayecto que le pareció sabio realizar en silencio y conteniendo el absurdo impulso de girarse a mirarla.

Detuvo a los caballos a la altura de Peter y Emily, que se habían quedado charlando a las puertas del parque. Antes de entregar las riendas al profesional, echó un vistazo al reloj de bolsillo y comprobó, no sin alivio, que era hora de dar por concluida la salida.

En unos minutos, las casas de bien estarían sirviendo la cena.

Verity seguía ruborizada por la sobreexcitación de la carrera. No se movió del asiento acolchado cuando él se dirigió a ella para despedirse.

La visión de la muchacha con las manos sobre el regazo de la falda, extendida como un abanico, le hizo pensar en una de las muñecas de porcelana con vestidos de encaje, ojos espantados y pestañas infinitas con las que Rebecca jugaba de niña. Las sentaba rígidamente en los taburetes de su mesita del té, con las piernas estiradas y las puntas de los pies apuntando al cielo, y departía con ellas sobre temas de sociedad.

Y luego le obligaba a él a participar, claro.

El paralelismo le hizo sonreír para sus adentros. Su hermana jamás habría sentado a la muñeca que era Wit en su mesita del té, pero tal vez Harding sí la hubiera invitado.

La joven le sacó de sus pensamientos ofreciéndole la mano para que se despidiera.

—Voy a necesitar que me responda a algo, señorita Burton —dijo Harding antes de pararse a pensarlo mejor, sosteniendo sus delicados dedos. Tuvo que levantar la barbilla para mirarla a los ojos—. Ahora que ha quedado resuelto que no es usted una frívola coleccionadora de corazones y busca el amor verdadero, ¿por qué me aceptó la salida de hoy?

Ella abrió la boca para contestar, pero se lo pensó mejor y acabó volviendo a juntar los labios. No rehuyó la mirada esta vez, y, aun así, Harding sintió en sus propias carnes cuánto le costó mantenerse recia en el sitio. En tanto que el aire a su alrededor se espesaba y el hermético silencio empezaba a insinuar posibles respuestas, ninguna de ellas admisible o soportable para Harding, Verity tragó saliva con un aire vulnerable en el rostro.

Un miedo paralizante a lo que pudiera decir le obligó a adelantarse.

—¿Se debe a su rivalidad con mi hermana? ¿Esperaba vengarse por sus desplantes a través de mí? —Tal era su agitación que las palabras se pisaban las unas a las otras—. La conoce bien. Sabrá que nada le sentará peor que verla pavonearse contando por ahí que su única familia y su mayor enemiga pasean alegremente por el parque.

Verity pestañeó varias veces, dando a conocer sin necesidad de pronunciarse que aquello no se le había pasado por la cabeza en ningún momento. Harding se sintió miserable por agradecer que, pese a esto, ella aceptara su suposición como válida curvando los labios en una sonrisa frágil.

—Me ha quitado las palabras de la boca. Se debe justo a eso. Pero ha sido usted demasiado encantador como para utilizarle como arma arrojadiza, señor Wargrave —añadió con una energía distinta, mucho más sincera—. Quédese tranquilo. No le diré ni media palabra sobre nuestra salida a su hermana.

—No planeo ocultarle nuestra merienda a Rebecca, señorita Burton.

—En ese caso, cuando me increpe al respecto, le diré que paseamos triste y no alegremente por el parque.

A Harding se le escapó una risotada. Se acodó en la portezuela de la calesa y apoyó la barbilla sobre los antebrazos para mirarla, risueño ahora que había esquivado lo que creía un peligro.

—Permítame dudarlo. No desaprovecharía usted la oportunidad de vanagloriarse ante mi hermana.

—Podría hacerlo para evitarle un problema mayor a un amigo. Pero es usted quien no debería desaprovechar la oportunidad de plantarle cara a propósito de las compañías que gusta de frecuentar, señor Wargrave. Por el marqués de Haverford en primer lugar, que empieza a merecerse el reconocimiento público de su amistad, y para no tener que andar esquivando posibles camaradas o esposas por miedo a las venganzas bíblicas de Rebecca.

Harding levantó las cejas, sorprendido por la osada sugerencia.

—Desde luego que debe considerarme su amigo si se atreve a criticar mi proceder con la burda excusa de ofrecerme consejo.

—Mi amigo y nada más, para su inmenso alivio —aclaró, no sin retintín—, porque si para colmo cometiera la insensatez de pretenderme en serio, no lo quiera Dios, la cobardía que disfraza de lealtad fraternal le habría impedido citarse conmigo.

—Usted lo llama cobardía —replicó con calma, acostumbrado a esa clase de recriminaciones viniendo de Nile—, pero ¿en qué consiste la lealtad fraternal, sino en adoptar como propias las antipatías de nuestros seres amados?

—En pararle los pies a odios desenfrenados que pueden echar a perder la vida de a quien con tanto empeño protegemos.

—¿Y cómo se hace tal cosa, ya que está usted puesta para la solución?

—Siendo objetivos con dichos odios y formándonos una opinión que contraste con la del otro. Mucho me temo que, replicando esas inquinas en vez de sometiéndolas a juicio, estamos alimentando al monstruo.

—¿No cree que el hecho de que se refiera a mi hermana como un monstruo me hace más proclive a adherirme a sus razonables recelos hacia usted que a ser benevolente con su persona?

—Con el monstruo me refería al rencor, no a Rebecca —especificó con gesto neutro.

Harding apartó las manos del borde de la portezuela y dio un paso atrás.

—Espero que no me tome por una mente retorcida a causa del malentendido. He presenciado suficientes desplantes hacia ella como para sacar conclusiones precipitadas.

—También empieza a relacionarse conmigo lo suficiente como para ir formándose una idea

propia y menos sesgada de la mujer que soy. Pero supongo que no es usted lo bastante valiente para tener el atrevimiento.

—Ya he tenido el atrevimiento de exponerme a los inevitables reproches de mi hermana una vez descubra con quién he salido a pasear.

Verity sonrió, decepcionada.

—No me tome por necia, señor Wargrave. Su conciencia podrá permitirse la futura rabieta de Rebecca porque un glorioso pretexto justifica esta merienda: su finalidad era sonsacarme información sobre Sonny, en ningún caso disfrutar de mi compañía. Ha estado tranquilo porque sabe que aplacará a su hermana con la verdad de su maquiavelismo. ¡Quizá incluso se lo aplauda! «¡Fingió interés en la señorita Burton, hiriéndola en su orgullo, para proteger al señor Kinross! ¡Bien por mi hermano!».

Harding no había dudado ni por un segundo de la agudeza de Verity, pero aun así tuvo la audacia de aparentar haberse ofendido con la acusación. No fue tanto por defenderse como por aliviar el desengaño que había ensombrecido su mirada, vivaz hasta el momento de la despedida, que se enderezó para hablarle sin tapujos.

—Apenas he mencionado al señor Kinross en una ocasión.

—Y yo le celebro la sutileza, que por momentos me ha convencido de que sus intenciones eran honestas. Pero sigo sin haberme caído de un guindo —atajó con sequedad.

Para su desgracia, Harding estuvo a punto de reírse. Una parte de sí, la que no agachaba las orejas cuando le llamaban la atención justamente, encontraba de lo más adorable la pose digna de la muchacha.

—Si tan segura estaba de que mi invitación era deshonesta, ¿por qué la ha aceptado?

—Porque no hay mejor venganza que demostrarle a un escéptico que se equivocaba al juzgarme.

—Pues la única que se ha equivocado juzgando al otro es usted, señorita Burton —insistió en defenderse con una sinvergonzonería de la que esperaba que ella no fuese consciente—. Le alabo la habilidad imaginativa de inventar tramas rocambolescas, pero la única razón por la que la he invitado a Gunter’s es porque he querido.

—Y supongo que no debería sospechar que no vuelva a querer hacerlo ahora que ya sabe lo que quería saber —ironizó ella.

—Sería absurdo decir que sé todo lo que quiero saber sobre usted después de una primera salida. Por eso pretendía invitarla a la ópera antes de marcharme. La semana que viene estrenan de nuevo *Don Giovanni*, una de mis preferidas. Me gustaría compartir la experiencia con usted.

No supo quién se quedó más sorprendido con la iniciativa, si ella, a la que acababa de desmontar los argumentos, o él, que por supuesto no había pretendido repetir el encuentro. Se dijo que no podía tolerar que una jovencita lenguaraz como Verity se marchara creyéndolo un manipulador con las elevadas probabilidades que existían de que lo difamara.

Debía limpiar su nombre.

Solo que no albergaba la más remota sospecha de que la muchacha pretendiera arruinar su reputación, y sus temores quedaban muy lejos de la imagen que él pudiera proyectar de cara a la galería. Lo demostró que el alivio le embargara al volver a atisbar una luz cálida en el rostro de la joven.

—¡Eso sería maravilloso! Estaré pendiente del correo para cuando me haga llegar la información con el día y la hora. —Le regaló una sonrisa deslumbrante y llamó al cochero para que se pusiera en marcha—. ¡Le veré pronto, señor Wargrave!

El conductor arreó a los caballos y, en cuestión de segundos, la calesa desapareció con las

monerías de la señorita Burton a buen recaudo en su interior.

Harding permaneció en el sitio aturdido con el cambio brusco de actitud.

Una duda razonable no tardó en torturarle el sentido común.

¿Eran imaginaciones suyas, o la bien llamada Witty lo había convencido mediante manipulación de citarse de nuevo?

Capítulo 8

—¿Qué te parece? —Verity dio una vuelta sobre sí misma con una gracilidad que la sorprendió incluso a ella. Estaba tan inspirada por las expectativas de la noche que hasta había aprendido a mantener el eje, habilidad que se le resistía durante los ejercicios que exigían coordinación—. Es mi mejor vestido.

Había sido obra de la mejor modista de Londres desde que Lyndon Hallywell se retirara. Ya de lejos saltaba a la vista el brillo esmeralda de un lujoso satén que no todos los bolsillos podían permitirse, pero conforme uno se acercaba, se apreciaba mejor el alarde de destreza con la aguja que había convertido a la señora Robertson en una leyenda de la moda londinense.

—Estás preciosa —confirmó Clarissa, y le constaba que no le estaba regalando los oídos porque su mirada cálida acompañaba al halago—. Me parte el alma que vayas a malgastar un modelo de semejantes características en una venganza contra la señorita Wargrave. ¿No preferirías ponértelo para citarte con un hombre del que estuvieras enamorada?

«Si tú supieras...»

Verity se giró hacia el espejo con aire distraído, como siempre que debía ocultar su asquerosamente delatora expresividad de las capacidades deductivas de sus amigas, no menos impresionantes. Clarissa en concreto se había vuelto en extremo avispada desde que la vida empezó a sonreírle. Solo cuando tuvo resueltos los problemas que la hacían encerrarse en sí misma, pudo prestar más atención a su alrededor y sacar conclusiones acertadas.

Demasiado acertadas.

—El señor Wargrave no deja de ser un caballero rico, atractivo e influyente —se justificó con desenfado, acariciando las capas más finas de la falda.

—Sí, vengo sabiendo que se te antoja la más bella de las criaturas desde que lo viste por primera vez —puso los ojos en blanco, y a punto estuvo Verity de increparla por blasfema. ¡No cabía discusión en la materia!—, pero no niegues que pretendes citarte con él para arruinarle el día a Rebecca.

—¿Y qué, si así fuera? Fue el honorable quien me extendió la invitación.

—No sé, Witty. ¿No se te antoja un escarmiento excesivo hacerle pensar que su hermano, entre todas las personas, te pretende a ti... entre todas las personas?

—¿Desde cuándo te preocupan los sentimientos de la señorita Wargrave?

Clarissa agachó la mirada, escarmentada con la crítica.

Llevaba un buen rato sentada en el borde de la cama de Verity, viéndola ir de acá para allá en busca de los complementos adecuados. Suerte que estaba rumiando lo pésima idea que le parecía la cita, o en la agitación de Wit habría visto la prueba innegable de su obsesión con Harding.

Horas atrás, la joven marquesa se había desplazado desde su residencia en Mayfair hasta Mabry’s Place para pasar la tarde con ella, su única amiga soltera, y sus queridas maestras, la que era tradición cuando llegaba la temporada londinense. Clarissa nunca asistía a las mejores fiestas y apenas se quedaba dos semanas de los tres meses estipulados para la socialización, pero nunca desaprovechaba la oportunidad de visitar a sus seres amados y desearle suerte a Verity.

—Debe ser que la maternidad me ha ablandado —meditó con la boca pequeña, descansando las manos sobre el regazo—, o que siento muy lejanos aquellos tiempos en los que nos azorábamos mutuamente con oprobios de la peor calaña, pero lo cierto es que me compadezco de su situación, Witty. —Hizo una pausa dramática antes de confesar lo nunca antes oído—:

Rebecca me da pena.

—¡Pena! —exclamó Verity con los ojos como platos. La encaró en un arrebato de energía enarbolando el dedo índice—. Ni se te ocurra volver a decir eso en voz alta, ni en mi presencia ni mucho menos en la suya. ¡Habrase visto! ¡Más te vale respetar su don para la malignidad con el respeto que merece! ¿Tienes idea de lo mal que reaccionaría si supiera que tú, Clarissa Inglefeild —recalcó su apellido de casada— piensas en ella como una pobre miserable?

—Me lo puedo imaginar —seguía murmurando, mortificada—. Le he causado un daño irreparable. Por eso no me siento cómoda siendo cómplice de la puñalada definitiva. Saberte involucrada con su hermano será mucho más de lo que pueda soportar. Me apuesto el alma.

—No es como si me fuera a casar con él —se oyó responder con un sabor amargo en la boca —. Solo vamos a la ópera.

«Aunque si quiere que vayamos a casarnos, no me disgustaría el cambio de planes».

Cabía decir, no obstante, que la segunda citación se celebraría por obra de Verity. Los engranajes de su retorcida cabecita se habían puesto a trabajar por encima de sus posibilidades al comprender que la primera y tal vez última salida estaba tocando a su fin. No le había quedado otro remedio que aprovechar la mención de Rebecca para pincharlo. Provocación mediante, había logrado que Harding se avergonzara de sus planes deshonestos y se ofreciera a arreglarlo invitándola de nuevo.

Aún no podía creer que hubiera funcionado. Verity era un genio matemático cuando tramaba en el nombre de otros, pero en el momento en que el señor Wargrave entraba en la ecuación, de pronto se le olvidaban las fórmulas.

En Hyde Park había tenido suerte.

—Odias la ópera —le recordó Clarissa.

—¡Eso es una mentira cochina!

—Witty, te dormiste durante todo el segundo acto de *La flauta mágica*, y ni siquiera te espabilaste con el aria de la Reina de la Noche, que podría perforar un oído.

—Bueno, pero ahora me encantan las áreas.

—Arias.

—¡Eso he dicho!

Clarissa suspiró, cansada.

—No sé si quiero saber qué te propones. Esta vez no voy a preguntar.

—Mejor, porque no me sobra el tiempo para las explicaciones.

Verity le dirigió una graciosa reverencia sujetando las primeras capas de la falda y abandonó el dormitorio con prisas. Al comprender que estaba revelando su nerviosismo, ralentizó el paso y se enderezó. Para cuando bajó las escaleras, era la prudencia encarnada, la inalcanzable consorte de un reino enfermo de indolencia.

Quiso la mala suerte que tropezara con Rebecca en el recibidor, justo cuando se disponía a franquear las puertas.

Tuvo que celebrar que Harding la hubiese citado en la entrada a Covent Garden. De haber coincidido los tres allí, Troya había ardido por segunda vez y el fuego se habría extendido al Sublime Estado Otomano.

La señorita Wargrave la miró de arriba abajo procurando no traslucir su opinión, que en todos los casos ponía en un aprieto su determinación a menospreciarla. Nunca podía evitar que una chispa de envidia, cuando no de admiración, halagara en silencio —que no en secreto— la majestuosidad de Verity.

—¿Algún comentario malintencionado para irme calentita? —la exhortó Wit con una ceja

enarcada. Acto seguido desplegó el abanico con impaciencia—. Ya sabes, para dejarlo hecho cuanto antes. Me corre prisa montarme en el carruaje.

—Que solo Dios sabe dónde te llevará —apostilló ella—, si junto al marqués de Tremaine, al vizconde Houston, a Roland Landon, al barón Easton...

—Ninguno de esos, pero, ya que estás puesta, pon los nombres en distintas papeletas, mételas en un frasco y juega a ver quién te sale con los ojos vendados. ¡A lo mejor aciertas! —Pausa maliciosa—. O a lo mejor no.

Lo último que vio antes de darse la vuelta fue que Rebecca apretaba los labios, rabiosa por no poder seguir fastidiándola.

Ya fuera porque estaba a punto de reunirse con Harding, lo que podría desencadenar el fin del mundo tal y como lo conocía, o porque Clarissa le había dado un toque de atención, se sintió inclinada a compadecerla.

A veces, Verity lamentaba su popularidad, que la privaba de disfrutar de una sola tarde de relajación en la intimidad de sus aposentos. Allí podía arrojarse a leer durante cinco horas ininterrumpidas o solo a soñar despierta, lo que a menudo la entretenía más que el mundo real. Pero vivir en la otra orilla del río, en el olvido, en la absoluta indiferencia, ahí donde Rebecca desperdiciaba su juventud, debía ser más duro.

Cada fin de semana libre de compromisos generales, la señorita Wargrave tenía que sentarse a mirar, siempre sin participar, cómo sus compañeras se acicalaban para salir con sus respectivos pretendientes.

Ella no gozaba de uno solo desde hacía años.

De no ser por su hermano, que luchaba heroicamente para arrancarla de los tentáculos de la autocompasión y así viera la luz del sol al menos una vez por semana, habría quedado reducida a una sombra. Todas las noches se le daba a elegir entre acabar relegada a su habitación o departir en las zonas comunes con sus maestras, y todas las noches escogía la primera opción. Le parecía menos humillante que aceptar la derrota codeándose con las solteronas de la señorita Reeves o la señorita Vallans.

«Maldito seas», condenó a Harding. «No sé cómo lo haces incluso sin estar presente, pero por tu culpa siempre acabo apiadándome de los demás».

Frenó antes de alcanzar la escalera y confirmó que la señorita Wargrave no se había movido. Se había quedado esperando que un desprecio magnífico le cayera del cielo para tener la última palabra.

—Sé que tienes imaginación, Rebecca —suspiró Verity en un tono divertido que casi parecía amistoso—. Cuando no puedas ofenderme con toda la razón, úsala para improvisar un insulto. Aunque falte a la verdad.

Ella cuadró los hombros, como siempre que cuestionaban sus principios.

—Ya sabes que no me opongo al vilipendio, pero sí al agravio injustificado. Y creo que a una engreída de tu talla se le puede hacer más daño negándole un cumplido que dirigiéndole una burla.

—Depende de quién me lo niegue. Te juro que no me va a hacer llorar que tú no me halagues el vestido.

Pero podría hacerla llorar que Harding sí la privara de un puñado de palabras bonitas, y empezaba a confirmar sus sospechas iniciales: no había estado evitándola porque la despreciara de corazón, sino contaminado por la errónea creencia de que Verity solo era la arrogante y vanidosa muchachita que había destruido la vida de Rebecca.

Eso era tan culpa suya por haberse presentado como tal como lo era de Harding por no haber

ampliado sus miras. Pero, en opinión de Verity, era sobre todo culpa de la señorita Wargrave.

Y solo por eso se alegró entonces, igual que se alegraría siempre, de dejarla sola en el pasillo; porque quienquiera que osara alejarla de Harding sería su enemigo.

Esa noche, Verity Burton tenía un objetivo: sacudirse de encima la timidez que la paralizaba cuando se quedaba a solas con Harding. A poder ser, sin recurrir al camino fácil, que no era otro que enzarzarse en una discusión. Era su deber descubrir qué otra ruta existía para reconducir las conversaciones tras un ataque de mutismo o simple vulnerabilidad que no implicara la violencia verbal.

Necesitaba mostrarse tal y como era ante el resto de sus pretendientes. A ellos los había conquistado con la perfecta combinación de feminidad e ingenio banal; para meterse a Harding en el bolsillo bastaría con el extra de inteligencia que en presencia de los demás debía disimular.

Es decir, lo que en definitiva era Verity Burton.

«No puede ser tan difícil que seas tú misma», se dijo.

Bajó del carruaje con su doncella y miró a un lado y al otro para asegurarse de que nadie la estaba mirando.

Al final no se había puesto un vestido que la ayudara a pasar desapercibida, pero durante todo el día la había acompañado la duda de si hacerlo: tenía que elegir entre deslumbrarlos a todos, incluido el futuro barón, o no deslumbrar a nadie. Había optado por la primera opción incluso si esto acababa por producir una situación parecida a la que irritó a Harding en Gunter’s.

Esperaba que en la oscuridad del teatro, y por la obligación de permanecer sentados, nadie los atosigara con su impertinencia y solo él pudiera gozar de su encantadora visión.

Se estaba sujetando las faldas para avanzar hacia la entrada monumental de Covent Garden cuando, entre un grupo de caballeros uniformados con su frac, reconoció las piernas largas y la cabellera dorada de Harding. El corazón le brincó en el pecho al ver que se echaba hacia atrás para reírse de buena gana de algo que había contado uno de sus acompañantes. Sostenía entre los dedos un puro que todavía no se consumía.

En el grupo, Harding destacaba como un diamante entre carbones.

Como si hubiera presentido la intensidad con la que lo miraba, giró la cabeza con aire distraído hacia la calle. Estaba contestando con sorna a un comentario inaudible, llevándose el puro a la boca entreabierta, cuando reparó en la figura femenina que se adelantaba procurando mantener la compostura.

Todos sus principios se tambalearon al recibir la mirada evaluadora con la que la recorrió detenidamente de los pies a la cabeza, recreándose durante un delirante segundo de más en el escote redondo. No había llegado a juntar los labios, lo que transmitió la impresión de que lo había dejado boquiabierto.

—Disculpen —oyó que decía en dirección a las chisteras. Le entregó el puro al señorito que le quedaba más cerca y, sin despegar la vista de ella, salvó la distancia para ofrecerle el codo. A Verity le costó convencerse de que no estaba soñando la escena incluso después de entrar en contacto con él—. Buenas noches, Emily. —Cabeceó hacia la doncella y, con una impaciencia mal disimulada, se dirigió a ella—. Buenas noches, señorita Burton.

—Buenas noches, señor Wargrave.

—No sé si sabe que, durante las óperas, las luces permanecen apagadas. Me apena pensar que no pueda lucir su bonito vestido en todo su esplendor.

No había sido el mejor cumplido de la historia de los cumplidos, pensó Verity, pero casi lo agradeció. Estaba tan nerviosa que solo Dios sabía cómo podría haber reaccionado a una lisonja de categoría. Habrían tenido que recogerla con una pala de las puertas del teatro, y, para su fortuna, pudo cruzarlas sobre sus dos piernas con una sólida coartada de señorona segura de sí misma.

—En los entreactos procuraré pasearme de arriba abajo cuantas veces lo permita el tiempo para resarcir a los demás por el deleite visual del que pudiera haberlos privado.

Harding clavó la vista al frente con una sonrisa juguetona en los labios.

—Me parece justo. ¿No habrá visto por casualidad a mi hermana antes de venir? ¿Estaba de buen humor? ¿Qué se disponía a hacer esta noche?

—Venir a la ópera no, eso es evidente, aunque me habría gustado verle indicándonos a la una y a la otra cómo disponernos en el palco para no tener que vernos ni de reojo.

—Rebecca odia *Don Giovanni*. O, mejor dicho, odia a los mujeriegos —se corrigió con la expresión atravesada por el cariño—. Ese odio se traslada a las obras ficticias. Cuando le presté el programa de Covent Garden, que recibí como asistente frecuente que soy, me lo devolvió con todas las óperas que no le interesaban tachadas. Esta es una de ellas.

—Eso es, Harding —masculló por lo bajo sin darse cuenta—. Dime que no estaría aquí si no fuera porque Rebecca rechazó el asiento.

Él se enderezó de repente, y ella supo que había hablado lo bastante alto para que la escuchara. Alzó la vista con temor a toparse con su molestia, pero Harding solo parecía sorprendido para mal con su propio comentario. Verity se dispuso a arreglarlo con rapidez.

—Nunca había pensado que me hiciera ninguna falta que me pusieran en mi sitio, pero desde luego posee usted un don innato para recordarme que no soy el ombligo del mundo y, por ende, tampoco la primera opción —soltó de muy buen humor.

Un buen humor exagerado, a decir verdad.

—Supongo que tengo tan interiorizado el amor hacia mi hermana que no me doy cuenta de que puedo pecar de desconsiderado —meditó Harding—. Lo siento, señorita Burton. Sepa que su compañía me agrada muchísimo.

Una acogedora calidez se extendió por el pecho de Verity. Una vez más demostraba que era capaz de enjuiciar sus actitudes, aunque en la conclusión saliera perdiendo, y que a su talante cortés no solo no le importaba disculparse si no que lo creía estrictamente necesario.

—Teniendo en cuenta las opiniones de mi hermana sobre las personas con demasiada suerte en el amor, y ya que su nombre ha salido a colación —continuó él con desahogo, quizá para demostrar que habían vuelto a la normalidad. Mientras, la conducía junto a Emily a su palco—, no me extraña que Rebecca la mire con recelo. Es usted el equivalente femenino de don Giovanni.

—Solo en el aspecto de que me negaría a pedir perdón incluso si el fantasma de un comendador me exigiera que me arrepintiese de haber vivido mi vida a mi manera —se defendió ella—, porque, por lo demás, jamás jugaría con los sentimientos ajenos.

—Vaya —exclamó, gratamente sorprendido—, parece que conoce el libreto.

¿Que si lo conocía? Se había fingido enferma para que la excusaran durante la velada del día anterior y así poder estudiárselo de cabo a rabo. Podría haber asistido al baile de Strickland’s y luego haber dedicado la noche a tal propósito, pero entonces no habría descansado las diez horas que necesitaba para estar resplandeciente y poco habría importado su conocimiento, pues lo habría espantado con unas terribles ojeras.

La mirada aprobadora de Harding hizo que se le subieran los colores.

—Por supuesto que lo conozco —respondió casi a la defensiva. Había llegado el momento de demostrarle que tenían muchos gustos en común—. Me fascina la ópera de Mozart.

—¿Cuál es su preferida?

—*Dido y Eneas*, claro —contestó con el pecho inflado.

—Esa es de... Henry Purcell, si no recuerdo mal —repuso él con tiento, procurando no ofenderla. Alzó las manos para disculparse por la corrección—. Aunque puedo estar equivocado, claro.

Un mareo se apoderó de Verity al revisar sus apuntes mentales.

Estaba en lo cierto.

—Oh, sí, es de Purcell, tiene razón, me he despistado. De Mozart era *Fidelio*.

Harding le lanzó una mirada de disculpa.

—*Fidelio* fue obra de Beethoven, en realidad.

Verity sintió que una sombra de bochorno sonrojante se cernía sobre ella, formándole un nudo en la garganta. Se apresuró a solucionarlo con las mejillas ardiendo.

—He tenido que confundirla con una ópera de Mozart que también tiene como título un nombre de hombre.

—¿*Don Giovanni*? —sugirió él, divertido con su más que evidente mortificación.

—¡No! —masculló entre dientes—. ¡Había otra!

Harding ya se había sentado en uno de los butacones del palco exclusivo cuando se paró a pensarlo con un dedo en la barbilla.

—¿Se refiere a *Otelo*?

—¡Exacto!

Él aspiró entre dientes, como si hubiera dicho algo problemático.

—De hecho, le he tendido una pequeña trampa. *Otelo* es de Rossini.

—¿Y usted qué demonios es? —le espetó, furiosa—. ¿La enciclopedia de la ópera?

—No —respondió con una falsa humildad que podría haberla matado de ilusión si no hubiese estado ofendida por su propio desconocimiento. ¡Se estaba burlando de ella de manera amistosa! ¡Era un gran paso!—. Solo tiendo a investigar profunda y exhaustivamente aquello que me apasiona.

«Aquello que me apasiona», había dicho, y Verity, en contra de su voluntad, pues estaba enfadada y decepcionada a partes iguales por haber perdido la oportunidad de lucirse pese a haber estudiado de sol a sol, se había prendado del movimiento de sus labios.

Un anhelo comprensible se apoderó de ella.

«Yo quiero ser eso que te apasiona», pensó en un arrebato, vigilando con el alma en vilo la caricia distraída que Harding prodigaba con los dedos al borde aterciopelado del asiento.

—Y también tiende a burlarse de las mujeres. Le juro que sé distinguir a Purcell de Rossini, y a Rossini de Mozart —se empecinó en solucionar su metedura de pata—, es solo que hoy no estoy particularmente lúcida, ¿de acuerdo? Sé, por ejemplo, y esto no me lo puede negar, que *Alessandro nell'Indie* es de Leonardo DaVinci.

Observó que Harding hacía un grave esfuerzo por tragar saliva y no romper a reír.

—Casi —logró articular con un tono más o menos sereno, pero, al girarse a mirarla, descubrió que en sus ojos brillaba la carcajada que estaba reprimiendo—. Creo que DaVinci pintaba cuadros, entre otras cosas. El que componía óperas era Leonardo Vinci.

Verity tuvo que resistir el impulso de cubrirse la cara con las manos. No le costó porque, mientras él le sostuviera la mirada con una simpatía semejante a la que le estaba demostrando en ese momento, no se atrevería a mover una pestaña. Pero Harding no pudo resistir la risa por

mucho más tiempo, y fue el que se tapó el rostro para que nadie lo viera carcajearse.

—¡Basta! —se quejó ella. Agradeció la oscuridad del palco, que impidió que su rubor, un rubor tan intenso que podría haberle provocado un desmayo, fuera apreciable—. ¡Señor Wargrave! ¡No se ría a mi costa! —insistió, y se inclinó hacia delante para agarrarlo por las gruesas muñecas para que al menos le diera el premio de consolación, el de atestiguar su hilaridad.

Al menos le había hecho reír, pensó con tristeza.

Aunque hubiera sido a costa de quedar como una rematada estúpida.

Harding cedió a los zarandeos de la muchacha retirando las manos y enfrentándola con una sonrisa amplia y sincera que, en un lugar mejor iluminado, la habría deslumbrado por completo. Sus ojos verdes emitían los mismos destellos que las hojas del nogal cuando el atardecer se filtraba entre sus ramas; cuando la brisa las mecía replicando ese guiño efectista de los rayos del sol que rebotaban en los cristales.

La garganta se le secó y no encontró el valor de apartar las manos.

—No me reía a su costa —replicó él con suavidad, aunque una ligera ronquera había intervenido su voz—. Solo me parece adorable cómo se frustra cuando no tiene la razón.

Verity se olvidó de respirar al oírlo pronunciarse desde la más pura sinceridad, aquella a la que no debía apelar jamás para expresarse en público porque siempre implicaba una vulnerabilidad. Harding debía de haberlo soltado sin pensar, creyendo que la camaradería entre los dos justificaría el atrevimiento o suavizaría la intención coqueta, porque enseguida reparó en que había cruzado un límite y, entonces, el sonrojo los victimizó a ambos por igual.

—A lo mejor no soy perfecta, pero le juro que sí soy inteligente —le dijo ella con un hilo de voz, tan débil ante el espectáculo de belleza que no le habría extrañado que ahí y entonces hubiera descubierto sus sentimientos.

Tuvo que temblarle la barbilla, o a lo mejor se le había olvidado retirar una mancha del estofado de la cena, porque ninguna otra cosa habría explicado que Harding desviara la vista un instante a su labio inferior. Le pareció que una debilidad secreta enternecía su expresión antes de que el relámpago de la impactante revelación, una que Verity no llegó a descifrar, le ayudara a volver en sí mismo.

—Lo sé —le contestó en el mismo tono—. No se me ocurriría despreciarla porque no conozca los entresijos de una materia concreta. Uno no puede saberlo todo, señorita Burton.

—Se nota que no ha conocido a mi familia —masculló, resentida consigo misma y con su imperdonable estupidez. Se arrebujó en la butaca cruzada de brazos, igual que una niña a la que le habían negado un dulce—. Allí a uno le penalizan o le atizan con la vara si no comprende una referencia cultural.

—Espero que sea una exageración —respondió él, horrorizado.

—Oh, lo es, lo es. Mi familia puede ser exigente, pero no tirana.

—Aquí están a salvo tanto su inteligencia como su necedad, señorita Burton; por eso no se preocupe. La cuestión es... ¿quiere ponerle remedio a su ignorancia sobre la ópera? Porque uno de los placeres de compartir una afición con alguien, sino el que más, es contarle cuanto uno conoce sobre el tema.

Verity quiso abofetearse. ¡Por supuesto! ¿Cómo no lo había tenido en cuenta? ¡Nada le gustaba más a un hombre que hablar durante horas y sin admitir réplica de aquello que sabía... y de lo que no sabía, también! En lugar de someterse al arduo proceso de recabar información y memorizarla, debería haber llegado allí con la mente en blanco, sonriente como una bendita y bien dispuesta a recibir una lección avanzada de ópera moderna.

—Por favor —le rogó—. Ilumíneme.

Capítulo 9

Harding todavía estaba tratando de comprender qué demonios hacía él allí. O, mejor dicho, qué diantres hacía la señorita Burton sentada a su lado asistiendo concentrada a una de sus óperas preferidas.

Seguía teniendo que investigar lo que Verity y Sonny se traían entre manos, aún reacio a tragarse los cuentos chinos que ambos le habían vendido, pero ¿justificaba eso que le hubiera dado una clase magistral de las grandes piezas musicales del Barroco en su palco privado? ¿Justificaba que se hubiera divertido con ella dentro de su propia contrariedad por lo abrumador que era susurrarle al oído a una mujer... estando prácticamente a solas y a oscuras?

La doncella no los había abandonado, pero entre que ocupaba una de las butacas traseras, no había pronunciado palabra y la presencia de Verity era envolvente a la par que exigía toda su atención, a efectos prácticos era como si no estuviera.

No podía decirse que estuviera nervioso. Tampoco incómodo. Oscilaba entre un lógico estado de confusión y, a la vez, de intriga. Era evidente que habían acudido juntos a la ópera porque la señorita Burton lo había manipulado de un modo brillante para que le extendiera la invitación. Había cabido preguntarse si su plan era poner celoso a Sonny o insinuársele a él; no le extrañaría que a un carácter conocido por su veleidad se le hubiese metido entre ceja y ceja conquistar al único hombre que no le hacía la corte. Pero Verity no solo no había desplegado sus encantos con esa naturalidad que hacía imbatibles sus dones para la seducción, sino que se había limitado a escucharle en sumo silencio y con los ojos muy abiertos, como un niño al que le estuvieran explicando cómo venían los bebés al mundo.

Casi parecía que, simple y llanamente, le gustara estar con él.

No lo entendía.

Huelga decir que su incapacidad para racionalizar la situación no venía de una falta de amor propio. Harding tenía numerosos camaradas a lo largo y ancho del reino; si no salía a diario en busca de entretenimiento y rechazaba invitaciones educadamente era porque valoraba sus ratos a solas. Si Rebecca no era asimismo convidada o bien se negaba a acompañarlo, él decidía, incluso si la alternativa no contemplaba quedarse con ella, se mostraba deferente con su hermana no confirmando su asistencia.

Lo que le extrañaba era que Verity Burton, por las artimañas por las que era conocida y por la cantidad de hombres que podrían estar ocupando su lugar, hubiese priorizado sin un objetivo oculto la compañía del que insistía en vilipendiarla por activa o por pasiva.

¿Qué quería?

Eso era lo que no dejaba de preguntarse. Y no le convendría contestar, no le convendría averiguarlo, porque la sintomatología que la muchacha estaba exhibiendo hablaba a gritos de una conclusión sin pies ni cabeza que no sabría cómo asimilar.

Y es que Verity no lograba suavizar los nervios adolescentes que la azotaban en su presencia. Se enfurecía consigo misma si pronunciaba la palabra equivocada, se esforzaba por deslumbrarlo con su ingenio y su cultura de un modo a ratos vergonzoso pero siempre adorable, se ruborizaba furiosamente o se quedaba sin habla si él se acercaba más de la cuenta, y luego estaba el detalle, para nada desdeñable, de que no se había visto vestido más hermoso que el que lucía esa noche.

La noche que iba a pasar en su palco.

Harding veía en su comportamiento la actitud que solía desplegar su hermana pequeña

alrededor de Nile, antes y durante su cortejo informal; esa vulnerabilidad que, sin querer, revelaban todas las muchachas deslumbradas por un hombre durante sus esfuerzos por que sus sentimientos fueran correspondidos.

«Tonterías», se disuadió, cambiando de postura con incomodidad en la butaca. «Si está enamorada de ti por no soportar que sus defectos se hagan visibles ante miradas críticas y ser muy consciente de tu cercanía física, entonces tú también estás enamorado de ella».

Y no lo estaba. Uno no estaba enamorado porque le resultara revitalizante hallarse muy próximo a una mujer bonita que se prestaba a escucharle divagar sobre sus pasiones.

Demasiado bonita, por cierto.

Si Harding no tuviera ya una edad y una experiencia a sus espaldas, le habría intimidado caminar de su brazo por los pasillos durante el entreacto. Definitivamente, le habría gustado ahorrarse esta galantería, sí, pero porque el aire se había espesado entre los dos durante la primera parte de la ópera y lo que necesitaba era distanciarse de ella antes de volver a encerrarse con su perfume y el sugerente roce de la manga del vestido.

Por desgracia, en cuanto se encendieron las luces y pudieron levantarse para estirar las piernas, Verity se agarró a su brazo antes incluso de que él se lo ofreciera.

Harding reprimió el impulso de mirarla con una mezcla de sorna y extrañeza para acabar decidiendo que el gesto se le había antojado una monería de lo más tierna.

Aunque también vagamente posesivo.

Si bien Harding había sido blanco de miradas anhelantes e inyectadas de envidia durante la semana que duró la fama de Rebecca entre casaderos, se había desacostumbrado tanto a ser el centro de atención por la mujer que llevaba del brazo que le impactó ser perseguido por la curiosidad y los celos de la concurrencia. Gracias al cielo que su hermana no podía leer el pensamiento, o tarde o temprano habría descubierto una dolorosa verdad: que ni siquiera cuando ella era la prometedora joya de la temporada había recibido ni la mitad del indisimulable interés y alocada pasión con los que acosaban a Verity, y a él por extensión.

—¡Oh, Dios santo! —exclamó una joven en el amplio pasillo. Su aspecto a priori anodino mejoró notoriamente cuando esbozó una sonrisa, dándole un aire pícaro a su expresión—. ¡Debo de estar delirando! ¡La señorita Verity Burton asistiendo a una ópera en Covent Garden!

—No es tan extraño —se defendió ella enseguida, ceñuda. A Harding no se le escapó que le echaba un rápido vistazo de reojo a él, preocupada por su reacción—. Soy muy aficionada desde hace un tiempo, Sienna. Lo que pasa es que nunca te invito a venir conmigo porque no sabes mantener el pico cerrado y me impides disfrutar de la función.

—La que no sabe cerrar la boca eres tú, que llevas desde los diecisiete años enseñándole tu campanilla a todos los que quieran verla con tus descarados bostezos. Menos mal que no roncas, o le habrías arrebatado el protagonismo a la Reina de la Noche durante su aria magistral.

—No te escudes en la Reina de la Noche para criticar mi habilidad natural para adueñarme del protagonismo en todos los casos; es a ti y no a ella a quien le molesta que yo reluzca como un diamante y tú no seas más que un insulso guijarro.

Harding levantó las cejas.

Sabía que la señorita Burton tenía una facilidad para devolver las pullas que, de haberse tratado de un objeto sólido, habrían debido enmarcar en el Museo Británico. Pero hacía tanto tiempo desde la última vez que había sido despectiva en su presencia que se quedó pasmado.

—Witty, querida —intervino una mujer a la que de inmediato reconoció como Faith Burton. No podía decirse que fuera bella, mas sí interesante, lo que en según qué casos valía mucho más. Alargó una mano lánguida a su hija para darle una palmadita que podría haber sido

condescendiente si la familiaridad de su expresión y su carácter por lo general burlón no hiciera de todo un chiste privado entre ella y sus seres amados—. Qué bien acompañada estás.

Como si alguien hubiera dado una señal, todos los Swansea y herederos que habían acudido a Covent Garden esa noche levantaron las cabezas y se fueron acercando a Verity por tríos o parejas. Harding, que se jactaba de tener una mente privilegiada para memorizar caras y nombres, reconoció a cada uno de los miembros de su parentela: los duques de Arden, los barones Godolphin, el señor y la señora Reynolds, el señor y la señora Hanson, los marqueses de Halifax... y así sucesivamente. No le chocó tanto el diálogo colectivo en el que se enzarzaron, llamando la atención queriendo o sin querer, como asistir a la muda de piel de Verity, que se deshizo de la máscara de jovencita preocupada por su imagen para desenvolverse con sus familiares con risas descaradas y réplicas feroces.

Era obvio que esa y ninguna otra era la verdadera señorita Burton, pensó, y que esa faceta más frágil que le mostraba a él no era sino un disfraz del que se valía para... ¿para qué? ¿Para impresionarlo? Verity estaba muy por encima del deseo de conquistar a un hombre, ya se lo había dejado claro. ¿Para conquistarlo por aquello que mencionó sobre demostrarle a sus enemigos que era alguien digno de respeto, quizá?

Eso casaba más con lo que siempre había creído sobre ella.

—Veo que ha invitado a mi hija a su palco —comentó una grave voz masculina.

Harding tuvo que salir por fuerza de sus pensamientos, más escarmentado que solo atraído por el tono inclemente de Desmond Burton. Había coincidido con él en reuniones de la Royal Society, un rincón de pretenciosos y clasistas del que sin embargo el más arribista de los irlandeses se había adueñado con su mente privilegiada para la ciencia y la economía. Había tenido la oportunidad de charlar con él en alguna que otra ocasión, y en todas ellas se había fascinado con su inteligencia y su intimidante presencia física.

Esa noche sintió de nuevo el poder de mando que emanaba, solo que como una cuchilla contra el cuello, al ser blanco de su mirada directa. Estaba proyectando su fuerza intimidatoria, que no era precisamente escasa, sobre el osado que parecía pretender a su pequeña.

En Londres corría un rumor que había causado un tremendo furor entre las clases altas: que Desmond estaba dispuesto a cederle la totalidad de su fortuna a Verity sin importar que fuera mujer o no supiera gestionarla. Por más que la burguesía no debiera atenerse a las normas hereditarias de la aristocracia, que exigían que tanto el título como los bienes raíces acabaran en manos del primogénito, era impensable que se aprovechara de esta libertad para legar tamaña riqueza a una jovencita.

Desmond era anómalo en todos los sentidos.

—Sí, señor Burton. Encuentro su compañía muy revitalizante.

—¿Revitalizante? —Enarcó una ceja negra como el carbón. Sus pequeñas expresiones, aun moderadas, resonaban en el interlocutor igual que un disparo al aire—. La compañía de mi hija es un bien precioso, Wargrave. Espero que la próxima vez escoja muy bien sus palabras..., porque imagino que habrá una próxima vez y no se conformará con compartir una velada amenizada por Rossini.

—En realidad es una ópera de Mozart.

Desmond entornó los ojos verdes por toda respuesta.

Harding empezaba a sospechar que su afán por ser preciso le iba a salir caro.

—En realidad es una excusa para citarse con la mujer que es del interés de uno —le corrigió —. Bien lo saben mis pobres orejas, que han pasado por numerosas torturas de este calibre en el buen nombre del cortejo formal. Me alegro de que para usted no sea solo música de fondo, pero

no vaya a olvidarse de lo que en realidad lo trae hasta aquí.

Y dirigió una mirada significativa hacia su hija, que seguía soltando carcajadas que espantarían a las palomas con una mano sobre el vientre y la otra cubriéndose la maliciosa boca.

Harding sintió que se mareaba.

¿El señor Burton estaba dando por hecho que pretendía en serio a su pequeña Witty? Quizá viniendo de otro hombre no le habría extrañado la confusión, pero Desmond debía de estar acostumbrando a ver pasar a Verity de unos brazos a otros sin propuestas formales que valieran... o sin que fueran tomadas con la necesaria solemnidad. Es más; como siempre le había causado curiosidad lo que el magnífico Burton opinara sobre el éxito de su hija, se había informado al respecto, y su sorpresa no había podido ser mayor al oír de su propia boca que no osaría intervenir en sus asuntos personales, pues confiaba en el criterio y el buen hacer de Wit.

No podía haber intervenido porque de pronto tuviera a Verity por una descerebrada, o, peor, lo tomase a él, el honorable Wargrave, como una amenaza. Comparado con ciertos moscones que habían perseguido a la joven hasta la fecha, Harding era inofensivo como una polilla.

A no ser que...

Harding tragó saliva.

Desmond y Verity debían de haber tenido una conversación en la que se hubiera mencionado su nombre. Conociendo la confianza mutua que se tenían, en esa conversación podrían haber cabido tanto confesiones románticas como la maquinación de una maligna estrategia para enamorarlo y así vengarse tanto de sus desdenes como de los de Rebecca.

Por una cuestión de supervivencia, decidió asumir que se trataba de lo segundo. Verity le habría llegado a su padre con un cuento en el que los villanos Wargrave le hacían la vida imposible y, a fin de poder decir que nadie podía insultarla sin obtener su merecido y que no había ser humano en la capital que no se hubiera consagrado a adorarla, se habría propuesto encandilarlo.

Esto también explicaba que con él fuera una mujer totalmente distinta.

«A ese juego puedo jugar yo», pensó Harding, y procedió a seguir estrechando las manos de sus conocidos durante el entreacto sin perder de vista a Verity.

Ella no se cortaba a la hora de airear su personaje. Era la encantadora princesita con sus pretendientes y una niña caprichosa pero amada con sus familiares.

Su don para fingir y maquinar había estado ahí, delante de sus narices, desde el principio.

Harding también lo tenía, sin embargo. Había crecido en los mismos ambientes donde mantener las apariencias era menester si se pretendía sobrevivir, y se había adherido a las exigencias del guion con una dedicación tal que cualquiera le habría acusado de tener vocación teatral.

Para cuando el segundo acto comenzó, ya había recuperado su lugar en el asiento con tranquilidad. Se había librado de las insidiosas voces que no habían dejado de repetirle la absurdidad de que Verity estaba perdidamente enamorada de él, y qué cómodo se sentía en lo que Harding conocía tan bien, en esos los recelos tras los que había permanecido refugiado desde que ella apareció en su campo de visión.

Enfrascada en la escena que se desarrollaba ante sus ojos, la joven fruncía los labios. Apretaba con fuerza el programa impreso que desglosaba la historia de *Don Giovanni*. Por un momento creyó que de veras la había abducido la belleza de la música, pero no debía olvidar que aquella era la mujer que se durmió en *La flauta mágica*.

Sí, había llegado a sus oídos esa anécdota.

Y debía admitir que en su día le pareció la mar de divertida.

—Hacerse pasar por otra persona para seducir a alguien... —murmuró Verity con la vista fija en el escenario—. Qué crueldad la de don Giovanni contra Elvira.

—Terrible —coincidió Harding, vigilándola de soslayo—, pero no es nada que no se haya visto en Londres antes. La realidad siempre supera a la ficción.

Ladeó la cabeza hacia él para mirarlo con una expresión curiosa.

Cuando se deshacía de los artificios de la pretensión de ser la más culta y del personaje grotesco de tan rimbombante en el que se convertía para soltar crueldades, era tan solo una muchacha; una muchacha bellísima dentro de su sencillez.

—¿Ah, sí? ¿Tiene usted alguna anécdota que contar sobre un casanova londinense?

—No tanto sobre un hombre con fama entre las mujeres como sobre una persona con una habilidad encomiable para hacerse pasar por una mujer o por otra en función de lo que le convenga.

Verity pestañeó, sinceramente interesada.

—¿De quién se trata?

—De usted, claro —respondió con sencillez, sin acritud alguna—. No he visto que se muestre conmigo tan inalcanzable y coqueta como con sus pretendientes o tan ingeniosa y divertida como con sus familiares. Me pregunto a qué se debe.

Verity devolvió la vista al escenario con las manos sospechosamente inmóviles en el regazo.

—Se deberá a la misma razón por la que usted es divertidísimo cuando, arropado por sus estimados conocidos, juega una amistosa partida de cartas en White’s; a que todos los seres humanos somos más o menos nosotros mismos dependiendo de lo cómodos que nos sintamos con la compañía... o de cuánto la apreciemos. —Le lanzó una mirada veloz—. Espero que no me esté llamando aburrida o, peor, me reproche tener más confianza con los Swansea y los Burton. Usted tampoco es tan cariñoso o considerado conmigo como lo es con Rebecca.

—No podría ser tan cariñoso, pero sí más cariñoso llegado el momento... —insinuó—, si es que llegara, claro. Existen sujetos mucho peores que don Giovanni, señorita Burton, pero sobre todo hay personas que, aun sin serlo, aun siendo, de hecho, gentiles, también rompen corazones y por eso pueden ser consideradas idénticamente tiránicas.

Verity dejó de aferrar la cuartilla de papel.

—¿Qué me está queriendo decir? ¿Que sus afectos hacia mí no llegarán nunca porque le preocupa convertirse en uno de los pretendientes perjudicados por mi rechazo?

—Me temo que soy demasiado precavido para entregar mi corazón cuando existe la posibilidad de que me lo rompan —confirmó con sencillez.

—¿Es también demasiado precavido para vivir cuando existe la certeza de que morirá?

Su réplica lo dejó fascinado a la par que momentáneamente aturdido.

—El amor no es lo único que puede hacernos disfrutar, señorita Burton —dijo al fin.

—¿Y qué podría ser un equivalente?

Harding vio ahí su oportunidad de devolverle el juego sucio.

Alargó una mano hacia la de ella, que descansaba con aparente indiferencia sobre su falda, y la tomó con delicadeza para llevársela a los labios. Ya le había besado los nudillos enguantados antes; daba por hecho que no le supondría un shock excesivo ni a él ni a ella salvo por el detalle de que la había cazado con la guardia baja. Y, sin embargo, ahí estaban de nuevo las manos minúsculas que habían embelesado al marqués de Tremaine... y también a él.

—La pasión, por ejemplo —le contestó, mirándola a los ojos a través de la penumbra.

—No creo que esa sea la conclusión a la que Mozart quería que llegáramos cuando compuso *Don Giovanni* —musitó ella sin apenas voz.

—Esta ópera nos advierte de que todo en exceso es malo, porque el protagonista se deja consumir por la lujuria hasta el punto de sacrificar sus principios morales. Pero, en moderación, los placeres físicos pueden ser una delicia. Usted debe saber de lo que hablo; conocerlo en mayor o menor medida. Esta no puede ser la primera vez que se cita relativamente a solas con un hombre soltero —añadió en voz baja.

Verity desvió una mirada de ojos desorbitados a las manos unidas para enseguida encontrarse de nuevo con el rostro de Harding, orientado hacia ella para estudiar sus expresiones. La vio tragar saliva de forma copiosa y dudar entre apartarse o quedarse donde estaba.

Él se recreó en esa interesante vacilación.

—No, la verdad es que no... no sé de lo que me habla.

—¿Nunca ha tenido un acercamiento con un hombre? —inquirió en voz muy baja, inclinado sobre ella de modo que desde fuera parecía que la estaba besando en la mejilla.

«A ver si sigues interesada en jugar conmigo cuando te ponga en un aprieto..., *Witch*».

—¿Un... acercamiento? —repitió, aturdida—. ¿De qué tipo?

—¿No la han besado?

—¿En la mejilla, quiere decir?

Harding sonrió para su coleto, internamente complacido con la inocencia de la que se valía para huir de sus intenciones. La tomó de la barbilla para alzarle del todo el rostro y, con la yema del pulgar, acarició su labio inferior tirando de él hacia abajo.

—O en la boca —contestó en tono sugerente—. Me costaría creer que nadie se haya tomado la libertad, sobre todo considerando que Kinross la persigue. Mi buen amigo no se caracteriza por su paciencia, y no es el único caballero con un perfil, digamos... ardiente, que la ha pretendido.

—Parece ser que incluso los perfiles ardientes, como usted los llama, pueden respetar a una mujer si les interesa lo suficiente —dijo ella, sosteniéndole la mirada con un rastro de ofensa estampado en el brillo de los ojos.

Harding dudó, preguntándose si estaba dolida porque hubiera propiciado un acercamiento impropio. Desde luego, a él jamás se le habría ocurrido tal cosa si no estuviese decidido a desenmascararla. Se había educado en los mejores colegios, y su madre se empleó a fondo para asegurarse de que su hijo respetaba la honra de las mujeres.

—Al revés. Un hombre al que una mujer le interesa en serio no se conformará con un distante beso en los nudillos.

—Pero una mujer no cederá a complacerle más allá de eso sin antes recibir una propuesta formal. ¿O acaso piensa que ando regalando mis caricias a todo el que me invita a pasear por el parque?

En cualquier otra circunstancia, Harding se habría detenido ahí y se habría apresurado a disculparse por sus infames insinuaciones. Pero había algo en la indignación de Verity que le parecía más honesto que nada de lo que le hubiera dicho antes. No podía haberla herido por achacarle coqueterías que excedían los límites decorosos, pues era una abanderada de que en la guerra y el amor todo valía. Había algo más detrás de su enojo.

¿Miedo a que no la respetara?

¿La certeza de que Harding le estuviera devolviendo la jugarreta?

—No necesariamente a todos —replicó con naturalidad—, pero a mí sí... ¿o estoy equivocado? ¿No me daría un beso si se lo pidiera, señorita Burton?

El silencio que ella dejó correr le hizo preguntarse en qué estaría pensando.

—¿Por qué me lo pediría? —le sorprendió preguntando, resolviendo a la vez, sin darse

cuenta, las suspicacias de Harding: necesitaba cerciorarse de que sus intenciones eran honorables, y sus motivaciones, profundas, para darse por halagada y satisfecha.

Agachó la barbilla y vio que Verity lo estaba mirando muy seriamente, como si se trajeran entre manos un negocio de importancia gubernamental. Le intrigó su solemnidad y se sintió terriblemente tentado cuando ella entreabrió los labios antes de morderse el inferior con impaciencia.

—¿Qué quiere decir, señorita?

—¿Por qué me pediría un beso? ¿Porque estamos a oscuras, Emily parece haberse dormido y es lo que procede en estos casos de acuerdo a una norma no escrita? ¿Porque se aburre? ¿Porque soy Verity Burton, y a estas alturas mis besos deben de cumplir deseos o conceder la inmortalidad? —Pausa antes de concluir con la respiración agitada y un hilo de voz—: ¿Porque quiere besarme?

Su inquisición lo trastornó.

¿Quería besarla? ¿Había conducido la conversación hasta ese punto, en contra de los principios morales y caballerosos por los que se regía, solo porque era lo que quería hacer? Le molestó habérselo planteado siquiera y le sobrevino un ramalazo de odio hacia ella por ser tan convincente con sus brujerías.

Pero no le duró tanto como le estaba durando la expectación de tenerla tan cerca.

—¿Y por qué no? —se oyó susurrar él.

«Porque es la enemiga de Rebecca. Porque en realidad no la soportas... o no la soportabas, pero, en cualquier caso, no ha transcurrido suficiente tiempo entre el odio y la tolerancia como para permitirte una locura semejante. Porque no sabes lo que pretende, y sin duda pretende algo. Porque si no pretende nada, entonces es verdad que Sonny, tu amigo, está enamorado de ella».

Las razones para no hacerlo eran infinitas.

Más infinitas eran las pestañas cobrizas de Verity, sin embargo.

A esa distancia podría ponerse a contarlas.

—Sería mi primer beso, señor Wargrave —murmuró Verity, inmóvil con la cabeza ladeada hacia él y la vista fija en su semblante—. Tendría que hacerlo muy bien.

—Nadie me ha dicho antes que lo haga mal.

—Tendría que ser perfecto —insistió ella—, y si alguien nos viera, habría de hacerse responsable de sus actos pidiendo mi mano. ¿Estaría conforme con ese posible desenlace?

Harding le sostuvo la mirada sin pestañear con la mente focalizada en su pregunta.

Nunca —o, al menos, por el momento no— daría a conocer la conclusión a la que llegó. Lo único que habría estado dispuesto a clamar a viva voz era que se había planteado que ella estuviese desviando la conversación para que el beso no se diera, temerosa de que su travesura se convirtiera en algo peligroso. Pero, igual que se lo había planteado, se lo dejó de plantear al reconocer en sus labios entreabiertos y en el brillo de sus ojos la misma urgencia ardorosa que había contemplado en todas sus amantes.

Le cubrió la mejilla con la mano y observó con regocijo que ella alzaba aún más la cabeza sin despegarse de su contacto, ni el de la palma ni el de su mirada, seducida por lo que aún no había pasado.

Lo que cruzó el pensamiento de Harding quedaría entre Dios y él.

Al menos, hasta que fuera sabio y seguro manifestarlo.

—Señor Wargrave —oyó que lo llamaba Emily. Se había levantado del asiento para tocarle el hombro con una mano indecisa—. Lamento interrumpir, señor Wargrave, pero si no es molestia, le ruego que se aparte de la señorita. No es que a mí me inquiete particularmente la escena o

cuestione su educación, por supuesto... Solo hago mi trabajo.

Harding se resignó a obedecer con un nudo en la garganta y otro en el estómago. Todo él se hallaba bajo la impresión más profunda, no solo por la secreta determinación que había tomado en ese momento, determinación de una locura vesánica que sabía que traería cola, sino por la conclusión a la que no le había quedado otro remedio que llegar después de ver los ojos llorosos por la impotencia de la joven; la rigidez con la que volvió a colocarse en el asiento, conteniendo tras los labios apretados un improperio o un grito colérico por la interrupción.

No tenía sentido seguir negando lo que clamaba al cielo.

Por la razón que fuera, y seguro que era descabellada y carecía de justificación, Verity Burton estaba enamorada de él.

Capítulo 10

—No me soporto —rezongaba Verity—. ¡No me soporto, Sonny! ¡No es justo!

—¿Que no te quiera el único hombre que no te hace caso? Diría que es una triste casualidad, pero tanto como injusto... Hay gente muriéndose de hambre ahí fuera, Witty —señaló un indiferente Kinross.

Se había tomado la libertad de arrojarse sobre la cama de la habitación de invitados que Verity ocuparía a lo largo del fin de semana de caza.

Si alguien tenía autoridad para pasearse a sus anchas por Royston Place, ese era el sobrino del propietario. Sonny había cumplido la promesa que le hizo en su día de arrastrar a los conocidos de su elección al campo en plena pretemporada otoñal. Ahora se movía por la magnífica mansión solariega del conde de Royston como lo que era, si no uno de sus propietarios, al menos un miembro honorífico y potencial heredero si el primogénito del actual dueño no prosperaba.

Como cabía esperar dado que la temporada solo comenzaba y tanto casaderas como hombres en busca de esposa debían mantener calientes sus puestos en Almack's, Strickland's y el resto de los salones de referencia en Londres, no todo el mundo había aceptado la invitación. Pero Verity y el honorable Harding Wargrave, que eran los que importaban, sí formaban parte de la tropa que, interesada en la promesa de entretenimiento que brindaba el aristócrata, se había desplazado a Brighton.

Cada octubre sin faltar uno, en los bosques que rodeaban la ciudad costera se organizaba una partida de caza para que señores y caballeros se llevaran el botín de su preferencia: desde faisanes, codornices y liebres, que se cazarían el viernes y se servirían a la hora de la cena en un guiso con sabor a victoria, hasta el premio gordo que eran los ciervos, para lo que reservarían toda la mañana del sábado.

—No es eso —refunfuñaba Verity, cruzada de brazos ante el ventanal que daba a los jardines traseros de la casa. Desde allí habría podido apreciar la línea del mar en el horizonte si no hubiera caído ya la noche. Había llegado a la mansión apenas unas horas antes, y por más vueltas que había dado por los espacios comunes, no había tropezado con Harding—. Me refiero al modo en que me comporto alrededor de él. ¡Me ataca la timidez por la espalda y me vuelvo una rematada estúpida! ¡Habrase visto! ¡Yo, Verity Burton, teniendo que hacer hercúleos esfuerzos para espantar un tartamudeo inútil y sonrojándome en presencia de un hombre! ¿Es que no me ha servido de nada practicar flirteos en todos los idiomas estos últimos años...? —Se calló, furiosa, al oír la risita de Sonny de fondo. Giró en redondo para acusarlo con los puños apretados—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia, idiota? ¡Y te he pedido expresamente que no fumes sobre mis sábanas!

—En teoría son mis sábanas. O las sábanas de mi tío —corrigió con ínfulas—, lo que viene a ser lo mismo.

—Oh, sí, aprovecha que ahora puedes permitirte ser un colmo de pedantería. Cuando regresemos a Londres y sea yo la que tenga más familiares poderosos por metro cuadrado, ¡a ver quién es el que se ríe!

Kinross se incorporó con las manos alzadas en un gesto de armisticio. Entre los dedos de la derecha sostenía uno de esos cigarrillos que Verity solo había visto a fumar en una ocasión a su tía Temperance, y solo por curiosidad. Si alguien llegaba a poner en boga aquel vicio, tendría que ser Sonny, porque no veía a nadie más interesado en llevarse a los labios algo que no fuese

un habano.

Empezando por Harding Wargrave.

«¿Y por qué no?», se defendería él.

¿Por qué no iba a fumarse un cigarrillo en vez de un puro?

¿Por qué no iba a besarla en su palco de la ópera? Si, total; ya que estaba...

Verity se estremecía recordando lo cerca que había estado de cumplir su sueño y, a la vez, lo lejos que le había quedado. No le habían motivado las razones adecuadas, estaba segura.

—Tranquila, Witty, tranquila —la apaciguó con suavidad—. Si te sirve de consuelo, lo que te sucede es perfectamente lógico y más habitual de lo que crees. Todas las personas de este mundo demostramos una facilidad sorprendente para regalarle los oídos a quien nos es indiferente, y una dificultad propia de afásicos cuando nos toca dirigirnos a alguien que apela a nuestra fibra sensible. Siento ser quien te dé la noticia, pequeña, pero el hombre al que amas siempre te pondrá nerviosa porque el amor siempre te tendrá en inferioridad de condiciones.

—¡Y lo dices como si supieras cómo funcionan los afectos!

—Sé cómo funcionan los afectos porque mi padre solo se muestra manso como un cordero delante de mi madre, y ya sabes cómo es mi padre.

—Tu padre es un canalla con todas las de la ley.

—Pues eso —atajó con desdén, desviando la vista a su cigarrillo antes de darle otra calada.

—Bueno, ¡pero no quiero que sea así! —protestó, a punto de dar un zapatazo.

—Las quejas, al Todopoderoso. Yo solo soy el mensajero.

»En mi opinión, deberías estar batiendo las palmas. Harding te invitó a Gunter's y luego a dar un paseo por Hyde Park, la cita por antonomasia entre las parejas con intenciones honorables. ¡Y después fuisteis a la ópera! ¿No se supone que todo fue como la seda en ambas salidas?

—¡No, porque en las dos me comporté como si fuera lela! ¿Cómo voy a conquistar a ese hombre si cuando lo tengo cerca no pienso con claridad, Sonny? —acabó gimoteando. Se cubrió la cara con las manos y se arrojó de espaldas a la cama junto a él, que no tardó en transmitirle su apoyo echándole un brazo por los hombros—. Me voy a poner a llorar, lo juro. No contaba con este inconveniente cuando tramamos esta estupidez.

—Vamos, vamos, no aproveches que tienes un don para armar espectáculos para sucumbir a la desesperación, ¿quieres? Seguro que no fue para tanto, y tú lo sabes. Volviste del parque diciendo que te habías asegurado de que se marchaba a casa convencido de que no eres una arpía, y el hecho de que cediera a tu manipulación para llevarte a *Don Giovanni* dice que ya no piensa pobremente de tu carácter. Además; que a mí no me haya mencionado nada negativo sobre ti es...

—Ni tampoco positivo, ¿verdad? —lo interrumpió, separando los dedos de una de las manos para mirarlo con un solo ojo. Kinross negó con la cabeza, a lo que Verity gimió, contrariada, y volvió a cubrirse—. Ese es el problema principal, Sonny. Ahora no me detesta, de acuerdo; ya se ha cerciorado de que no soy la peor mujer con la que podrías casarte y puede respirar tranquilo. ¡Pero eso significa que no tiene motivos para acercarse a mí! Maldita sea... Me precipité. No debí centrarme en limpiar mi imagen. Lo primero debería haber sido convencerlo de sentir celos de nuestra supuesta relación. Ahora no creo que me vea como una mujer.

—¿A qué te refieres?

Impacientada por la ignorancia que Kinross tendía a fingir por el placer de oír a las mujeres pronunciarse sobre temas indecorosos, dejó caer los brazos a cada lado del cuerpo.

—Al deseo, Sonny. Al deseo —explicó en tono cansino—. Ese deseo con el que me miran todos los hombres con los que me cruzo y que no consigo que él sienta por mí.

—¿Estás segura de que no te percibe como una joven atractiva? —inquirió, extrañado. Se había tendido sobre el costado con la cabeza apoyada sobre la mano—. El tipo tiene ojos en la cara y detesta las injusticias. Si es coherente con sus principios, debe de pensar en ti como la más bella criatura, la única causa justa que se puede enarbolar en estos días.

Verity le lanzó una mirada burlona.

—Pensaba que, en tu opinión, Rebecca Wargrave era la más bella criatura.

—Y lo es, pero hablamos de la opinión de Harding. Por viva imagen de la perfección que sea la princesa de los sueños, me extrañaría que mi buen amigo recurriera a la estampa de su hermana para avivar sus sofocos; más bien para apagarlos.

—Eres repugnante, Emerson Kinross.

—Gracias, me esfuerzo por ser cada día un poco mejor. —Le guiñó un ojo—. ¿Y bien? ¿Puedes poner la mano en el fuego por eso de que no te ve como mujer? A diferencia de un número nada desdeñable de tus pretendientes, Harding es un hombre que no soporta la vulgaridad gratuita ni el hostigamiento hacia las mujeres. Para él, tener la desfachatez de exteriorizar su pasión por la figura de una dama sería un deshonor.

Verity buscó la mirada de Kinross.

Era de la misma opinión que su amigo. Por eso le había olido a chamusquina que de pronto se mostrara coqueto; incluso interesado en tomar sus labios. Había sido tan evidente que pretendía ponerla en una posición complicada por Dios sabía qué razón que Verity ni siquiera había podido emocionarse.

Bueno, un poco sí se había emocionado.

Pero la ilusión no había durado.

—El deseo es perceptible incluso si tratas de ocultarlo, ¿verdad?

—Bueno..., sí —cabeceó—. Diría que es más difícil fingir que alguien no te atrae que fingir que sí lo hace. De cualquier modo, nuestro punto de partida con Harding era la nada, ¿no? Te has propuesto conquistarlo porque no venía ya conquistado. Si no te desea, hazlo posible, querida.

—¿Cómo? ¿Me presento esta noche desnuda en su habitación? —bufó, irritada.

Kinross puso los ojos en blanco.

—No sea soez, señora. Conociendo a Harding, no harías sino espantarlo con tu grosería, y ya no habría vuelta atrás. Además..., con la suerte que tienes, seguro que acabas metiéndote bajo las sábanas equivocadas y al día siguiente amaneces forzada a casarte con... qué sé yo, el marqués de Tremaine.

—No sería lo peor que podría pasarme —meditó, evocando su rostro atractivo.

—Tampoco sería lo mejor que podría pasarte, y eres demasiado ambiciosa para no aspirar al éxito rotundo. Presentarte desnuda sería un exceso —siguió meditando—, pero algo tan sencillo como verte un tobillo, una porción algo más generosa del escote; la melena suelta, tal vez..., podría bastar, sí. Tienes una buena cabellera, Witty. Úsala contra él.

—¿Lo dices en serio? ¿Me invitas a aparecer con el pelo suelto? ¿Ya está?

Kinross le dirigió una mirada severa y mantuvo el dedo en alto durante su advertencia.

—No subestime el poder de una melena, señorita Burton. Los hombres nos doblamos de amor ante la feminidad: una mano delicadamente enguantada, el coqueto balanceo de un abanico, una sonrisa colmada de dulzura maternal...

—Un cuerpo desnudo... —añadió Verity con sorna.

—Un cuerpo desnudo, también... —le concedió con un asentimiento—. Pero ve poco a poco con mi amigo Harding, ¿quieres? Que él es todo un gentilhombre. Por cierto; con lo tarde que es, ya debe de estar disfrutando de una lectura ante la chimenea. Le gusta sumergirse en los mundos

ficticios bien entrada la noche con la única compañía de una taza de café. Pero si te pregunta cómo lo has sabido —añadió con los dedos en alto—, yo no te he dicho nada.

»Ahora, si me disculpas, me debo a mi público como sobrino de Royston que soy. Voy a prestarle atención a nuestros señores invitados antes de que dé por concluida la sesión de póquer... y a ver si tengo la suerte de toparme con la honorable señorita Wargrave para arruinarle el día.

»Te deseo la mejor de las suertes, querida.

Capítulo 11

Verity se sirvió su tercera copa de brandy. Dio un pequeño sorbo para guardar las apariencias —desconocía ante quién, si estaba sola en el dormitorio— y, acto seguido, se bebió lo que quedaba de un trago. Había empezado a notar los efectos del licor hacía rato: la garganta ardiendo, el estómago hinchado, la cabeza algo más ligera. Los nervios habían disminuido por fin y una sonrisa plácida se había dibujado en sus labios.

Ahora que no la devoraba la histeria y el reloj marcaba la medianoche, estaba lista para dar el golpe.

Dispuso de nuevo la botella y el vaso vacío en la mesilla de noche. Luego se lo pensó mejor y los escondió en el interior del armario. No pretendía invitar a nadie a su dormitorio, pero algo le dijo que sería sabio no dejar a la vista las pruebas de su delito, que comenzaba por arrancar de cuajo la posibilidad de que la consumiera la timidez.

Se miró al espejo de reojo. Tirabuzones enroscados como las cercas alambradas del campo caían en cascada sobre sus hombros y su espalda. La blancura del camisón fino, uno de los más recatados que tenía —apto para no espantar gentilhombres—, hacía destacar el cobrizo de ensueño de su melena.

Verity se descalzó, se pellizcó las mejillas y se mordisqueó los labios para colorearlos naturalmente y puso rumbo a la planta baja, donde habría de encontrar al escurridizo Harding Wargrave.

Por si acaso se lo cruzaba en la escalera o los pasillos, Verity comenzó la actuación nada más cruzó el umbral de su alcoba. Ralentizó sus pasos, procuró no variar la trayectoria de su mirada, que debía apuntar al frente como si tuviera muy claro adónde se dirigiría, y desenfocó la vista para que se notara ya en una primera instancia que no estaba en sus cabales.

Rezó para no tropezar con nadie en el camino hasta el salón principal... y para no partirse la crisma de un traspié, como preveía que pasaría por culpa de la vaga iluminación de la casa. Tuvo que poner especial atención a donde ponía el pie, congelado por la temperatura de los espacios que no se caldeaban una vez caía la noche.

Supo que Kinross no le había mentido acerca de sus aficiones nocturnas al oír el tintineo de una cucharilla contra la porcelana. El crepitar de la chimenea y las sombras volubles que las llamas proyectaban sobre la pared iluminaban vagamente el pasillo que conducía a la biblioteca y a sus salitas anexas.

Había alguien allí.

Echó a andar con paso tranquilo, manteniendo la pose recta a la par que vulnerable de los sonámbulos. Al cabo de unos segundos, estaba entrando en el saloncito de lectura de Royston Place, donde un concentrado Harding leía con las piernas cruzadas ante el fuego del hogar.

Por más evocadora que le resultara la imagen, se forzó a apartar la vista y se paseó con calma por la estancia esperando a que se percatara de su presencia. Pero ya fuera porque al ir descalza no emitía sonido alguno y la oscuridad disimulaba su presencia, Harding no se percató de nada: no movió una pestaña salvo para pasar la página y ladear la cabeza para seguir la línea de la lectura.

Verity se sintió estúpida, pero no se rindió. Apretó el paso y cruzó por su lado como si de un espíritu maldito se tratara.

Él tampoco se dio cuenta esta vez.

«Si hubiera un fantasma en su casa, el pobre espíritu pasaría fatigas tratando de llamar su atención», pensó, entre exasperada y divertida.

Supo que habría de hacer algo más radical para arrancarlo de la lectura, y a ello se dispuso caminando hacia la otra punta de la estancia, donde una bonita mesilla de madera presentaba en su centro un jarrón con flores frescas. Verity se disculpó ante el conde de Royston para sus adentros antes de arrearle un caderazo y arrojar la pieza de coleccionista sobre la alfombra.

Gracias al cielo, no se armó un estruendo de cristales rotos: la alfombra amortiguó el golpe de modo que solo quien se hallaba ya en la sala se percató del accidente.

Sintió respingar a un Harding pillado con la guardia baja.

—Dios santo —masculló con el jesús en la boca—. Qué susto me ha dado... ¿Señorita Burton? —vaciló. Se lo pudo imaginar entrecerrando los ojos para averiguar su identidad—. Señorita Burton, es usted. —No supo cómo interpretar la variación hacia la impostada neutralidad de su tono—. ¿Qué hace aquí a estas horas?

Como exigía el sonambulismo de su personaje, Verity lo ignoró y se paseó como un alma en pena por el espacio.

Si algo había observado al respecto de esta curiosa dolencia, era que los afectados se orientaban por la casa como si estuvieran despiertos y tenían una conciencia lúcida en cuanto al manejo de los objetos y el desempeño de actividades cotidianas: cuántas veces no habría visto con sus propios ojos que su tía Prudence se levantaba de la cama, se recogía la melena en un rodete perfecto y se vestía sin dejar un mechón o una arruga sueltos para sentarse a tejer.

No obstante, Verity decidió darle un toque algo más travieso a su presunta dolencia y se dirigió a la modesta biblioteca de la estancia para empezar a sacar libros. Los que no le gustaban, los arrojaba sin miramientos por encima de su hombro, comportamiento que no tardó en alertar a Harding.

Lo sintió levantarse a toda prisa e ir hacia ella para evitar que estampara un pesado manual contra la alfombra.

—Señorita Burton, ¿qué está haciendo?

Ella se deshizo de su agarre con toda la tristeza de su corazón.

Iba a continuar la puesta en escena hasta que se lo pensó mejor.

Invariablemente inspirada porque Harding no tuviera inconveniente en tocarla para detener lo que parecía un episodio de histeria, se giró hacia él con la mirada perdida y los labios entreabiertos y le plantó las manos sobre el pecho.

No llevaba más que la camisa y el chaleco. Se había desprendido de la parafernalia del frac para ponerse cómodo, y más cómoda que se sintió ella absorbiendo el calor que emanaba de su torso, sintiendo bajo las palmas aquel conjunto de relieves y tendones endurecidos por el ejercicio que ya la habían hecho salivar antes.

Solo que ahora era peor.

El alcohol se burlaba no solo de su timidez o sus nervios, sino de su prudencia.

Lo empujó y se dirigió sin mayor dilación hacia las velas que Harding había priorizado sobre las lámparas de gas para iluminar su lectura.

Él entendió lo que pretendía hacer antes de que pudiese armar un estropicio.

—No, no, no, no... —Se abalanzó sobre ella por detrás y la agarró por la cintura con un solo brazo para apartarla del cirio. La mano de Verity se quedó suspendida en el aire, y estaba empezando a sacudirse para que su captor la soltara cuando Harding la giró—. Señorita Burton, ¿qué está haciendo? ¿Me está escuchando siquiera? ¿Acaso...?

No tardó en comprender lo que estaba pasando, o lo que él creía que estaba pasando. Verity lo

vio enderezarse y morderse el labio, confuso sobre el método de acción adecuado en estos casos. Se decidió por el procedimiento clásico: sacudirla por los hombros.

Lamentó que se hubiera dado cuenta tan rápido de lo que pasaba. Se había preparado un par de situaciones divertidas para ponerlo en un aprieto, esto por el placer de verlo fuera de sus casillas, como quitarse el camisón por la cabeza o robarle un beso.

Tuvo que resignarse a cerrar los ojos un instante antes de abrirlos como si acabara de despertar de un sueño profundo y barrer la habitación con una mirada confusa.

—¿Qué sucede? —murmuró ella con fingida incomprensión—. ¿Qué hago aquí?

—Eso me estaba preguntando yo. ¿Es usted sonámbula?

—Oh... Vaya. Eso lo explica todo —murmuró, contrariada. Al mirar hacia abajo para huir de la extrañeza del hijo del barón, hizo que caía en la cuenta de que estaba en camisón y se apresuró a abrazarse los hombros—. ¡Oh, Dios! ¡Qué bochorno! ¿Se puede saber qué es lo que he hecho mientras estaba...?

Harding curvó los labios en una sonrisa de circunstancias.

—Nada grave, no se apure. Me ha dado la impresión de que pretendía prenderle fuego a la habitación, pero, por suerte, yo estaba aquí para evitarlo —la aplacó, manteniendo la expresión benigna. Echó un vistazo tan veloz a la pose con la que Verity protegía su semidesnudez que creyó que lo había soñado, y de inmediato se dirigió al butacón donde había estado sentado para rescatar su propia chaqueta y pasársela por los hombros—. Debe de estar helada.

—Se lo agradezco —musitó ella, y se mordió el labio para dar mayor credibilidad a su aspecto desvalido. Había hecho suficientes lluvias de ideas con Kinross a lo largo de las últimas semanas para saber que nada enternecía más a un hombre que una dama en apuros—. He interrumpido lo que fuera que estaba haciendo, ¿verdad? Lo lamento.

—No es problema, señorita Burton. Si quiere que la acompañe arriba... No es lo más adecuado, pero temo que se tropiece. Es un milagro que no haya rodado escalera abajo estando fuera de sí.

—Los sonámbulos tienen un mejor dominio de su cuerpo y del entorno que ninguna persona lúcida, se lo aseguro. Una vez, mi tía Prudence, que es el miembro de mi familia del que creo que he heredado este... mal, llegó a salir a la calle profundamente dormida y despertó a orillas del Serpentine. Cómo no la atropelló un coche de caballos o la asaltó un malnacido en el camino es un misterio.

—Dios santo. No me quiero ni imaginar el miedo que pasó su familia buscándola por todo Londres. Imagino que ya estarían al tanto de su padecimiento.

—Por supuesto. —Se le escapó una sonrisa divertida—. A mi abuelo materno le resultaba de lo más interesante y recopiló toda la información que existía al respecto, en ese entonces más escasa que hoy día, para intentar curarla. Pero como todo apuntaba a que no sería posible, decidió tomárselo con humor y la familia entera se turnaba para hacer rondas nocturnas; mi abuelo ha admitido en más de una ocasión que, cuando mi tía se levantaba y él estaba vigilando el fuerte, la dejaba ser y se lo pasaba en gran observando a dónde iba y lo que hacía. Incluso llegó a anotarlo en una libreta.

Harding se rio de imaginar la escena: un hombre ya entrado en años y con medallas de honor por sus intervenciones militares persiguiendo por toda la casa a una mujer sonámbula para garabatear teorías en un cuaderno. Verity también sonrió, contagiada por la carcajada sincera de un hombre al que nunca había tenido oportunidad de divertir con sus ocurrencias.

Cuánto dolían las sonrisas de las que ella no había sido responsable directa; las que no había podido sacarle antes por falta de ingenio o de oportunidades.

—Tiene usted una familia maravillosa, ¿verdad? —señaló con voz queda, más conmovido en el nombre de su suerte que celoso por lo que a él no le había tocado.

—No me puedo quejar, señor Wargrave.

Harding suspiró.

—Y yo que pensaba que estaba molesta conmigo y por eso no me respondía.

El cambio de tema la pilló con la guardia baja.

—¿Por qué iba a estar molesta con usted?

Harding hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas.

—Lo normal después de una agradable citación en la ópera es enviar flores a la joven en cuestión y proponerle otra salida, pero supongo que mi silencio solo le habría resultado ofensivo a una mujer que no estuviera tan solicitada. Apuesto a que tenía tantos asuntos propios que atender que ni se ha dado cuenta de mi ausencia.

«Tu ausencia es lo único que he visto, sentido, olido y sufrido en una semana, idiota».

—No se equivoca al asumir que no he estado llorando por las esquinas —respondió con una sonrisa, aunque eso no fuera del todo cierto. Verity no era de lágrima fácil, pero eso no significaba que careciera de sensibilidad; una que la distancia impuesta por Harding no hacía sino acentuar—. ¿Le importa que me siente un rato con usted? El olor a café me ha dado antojo y tenía razón cuando decía que estoy helada. No me vendría mal frotarme las manos ante el hogar y beber algo caliente.

—Póngase cómoda.

Verity se aferró a la chaqueta de Harding en su quejumbroso camino hacia el sillón vacío, que para su fortuna estaba orientado hacia el que ocuparía el hijo del barón. Procuró recrearse en el breve paseo para que él no perdiera la oportunidad de fijarse en la discreta transparencia del camisón o en la caída de la melena que tan atrayente era para los hombres.

No pudo saber si había surtido efecto, porque, para cuando volvió a mirarlo, estaba concentrado sirviendo una segunda taza de café y ofreciéndosela con un ademán elegante.

Un cosquilleo nervioso se apoderó de ella.

Tenía al hombre de sus sueños en mangas de camisa, soñoliento por el cansancio del largo día y ahora la madrugada, y con la guardia tan baja que ni se había parado a pensar en las consecuencias de que los cazaran a solas. Lo vio tomar asiento de nuevo y pellizcarse el puente de la nariz antes de volver a volcar su atención en ella.

El reflejo de las llamas arrancaba destellos cobrizos a su cabello despeinado, esas volutas de oro de querubín renacentista, y recreaba un juego espontáneo de luces en un solo lado de su rostro, que no perdía ni por un instante su sobrecogedora belleza.

Por un momento, imaginó que aquella era su vida de casada: se desvelaba en medio de la noche, encontraba la cama vacía y bajaba a buscar al ávido lector nocturno que era su marido para acurrucarse entre sus brazos y volver a conciliar el sueño, hipnotizada con sus rítmicas respiraciones.

Como cada vez que se sorprendía fantaseando con los ojos bien abiertos, se asomó con espanto a la más que probable realidad alternativa en la que no conseguía que Harding la quisiera.

Se la llevaba el diablo de pensar en compartir su vida con alguien distinto.

—¿Hace esto a menudo? —le preguntó antes de que volviera a coger el libro.

—¿Se refiere a leer de noche? Sí. Mis obligaciones diarias me impiden disfrutar de tanto tiempo libre como me gustaría. No me queda otro remedio que escamotearle horas al sueño. —Tamborileó los dedos contra la cubierta dura de su lectura—. Claro que a veces, si la historia no

me seduce, me quedo dormido igualmente.

—¿Qué anda leyendo ahora?

—Una novela picaresca de Dickens que terminó de publicarse por entregas el año pasado. Todavía sigue en el debate público y me interesaba participar en las opiniones del resto, para lo que tenía que echarle una ojeada. Conozco la opinión que la ficción le merece, señorita Burton —añadió con una sonrisa socarrona. La acompañó de una mirada divertida que enderezó a Verity en el acto, sobrecogida por la familiaridad implícita—, así que me puedo figurar que no podremos debatir sobre el contenido.

—¿Cómo sabe que no leo ficción?

—Suelo escucharla cuando se enzarza en discusiones intelectuales. Tiene opiniones de lo más curiosas.

—¿«Curiosas» como sinónimo de extravagantes... o de interesantes?

—Interesantes. Y subversivas, diría yo. Pero no estaríamos donde estamos hoy día si no fuera porque alguien reflexionó negándose a atender a convencionalismos anticuados.

—Cuidado, señor Wargrave. Al final, de tanto defenderme, va a parecer que le caigo bien —se burló ella con el corazón encogido.

Harding meneó la cabeza con una sonrisa exasperada, como si encontrara fuera de lugar su apreciación.

—Nunca me ha caído mal, señorita. Me ha irritado con su malicia o su insolencia en alguna que otra ocasión y condeno con todas mis fuerzas su guerra abierta contra mi hermana, pero sigue siendo una mujer interesante.

—¿«Interesante» en el sentido de excéntrica... o de cautivadora? —repitió.

—Las dos. Creo que el odio siempre parte del desconocimiento, por otro lado —meditó en voz alta con el libro aún sobre el regazo—, y yo llevo demasiados años coincidiendo con usted como para decir que la desprecio o, lo que es lo mismo, que no la conozco. Estoy tan cómodo con sus defectos como con sus virtudes.

—Pero mis defectos han de pesarle más que mis virtudes si no me mandó flores a casa proponiéndome una tercera salida —aprovechó para insinuar, aun a riesgo de recibir una respuesta que le partiera el corazón. No soportaría oír de sus labios que la encontraba insuficiente en algún sentido o, peor aún, que no sentía absolutamente nada por ella.

Harding la observó desde la distancia con aire reflexivo.

—No sé si su enemistad con Rebecca puede considerarse un defecto o si, por el contrario, es una conclusión inevitable de la rivalidad a la que las expusieron a ambas desde que las arrojaron a Almack’s para competir por el mejor marido, pero desde luego es un aspecto que un hermano leal ha de considerar a la hora de decidir con qué mujer establece relaciones del tipo que sean.

«¡Maldita Rebecca!», rugió para sus adentros. «¡Todo es culpa tuya!».

—Pensaba que usted y yo habíamos acordado que dejarse influir por los odios familiares a la hora de escoger sus amistades es un error.

—Esta es la cuarta temporada de mi hermana, señorita Burton. Es muy probable que acabe viviendo conmigo y con la que sea mi mujer. —Verity se quedó un instante conmocionada al oír aquellas palabras en sus labios. «Mi mujer». Se reconoció en ellas igual que si hubiera dicho su nombre—. Sería inteligente, cuando no directamente necesario, escoger a una dama con la que Rebecca mantenga una mínima cordialidad o la convivencia sería un infierno.

—Yo podría ayudarla a encontrar marido —se ofreció con naturalidad. Tenía el corazón a punto de salírsele del pecho—. Creo haber adquirido suficiente experiencia e información en lo que a los casaderos de Londres respecta como para asegurarle el éxito a su hermana. Hay

alumnas de la escuela que consideran que mis consejos son oro, señor Wargrave.

Él se reacomodó en el asiento con una sonrisa incrédula.

—¿Llegaría al extremo de disculparse con mi hermana y transmitirle su sabiduría con tal de no perderme como pretendiente? ¿Para qué querría a uno más, señorita Burton?

Verity se encogió de hombros como si el asunto no fuera con ella.

—Digamos que todavía no me había pretendido un futuro barón, y me gustaría que mi colección, además de vasta, fuera variada.

Para su sorpresa, Harding soltó una carcajada sincera.

—Sabe que el juego de la temporada londinense no lo gana la que más cortejadores acumula, sino la que logra casarse con uno de ellos, ¿verdad?

—No pretendo ganar el premio de la rapidez, como ya se lo habrá figurado al ver que he llegado soltera a mi tercera temporada, sino el de la calidad. ¿Le molesta mi indecisión, señor Wargrave? ¿O es el hecho de que me valore más a mí misma y mis necesidades que a mis pretendientes?

—No puedo despreciarla por un rasgo del carácter que tiene mi hermana e incluso yo mismo, rasgo del que resulta que además me enorgullezco. Admiro el amor propio en las mujeres aunque a veces deba manifestarse como simple y llano egoísmo, lo que entiendo una consecuencia inevitable de priorizarse a uno. Lo que me molesta es que pueda estar divirtiéndose a costa de mi amigo o de mí si se diera el caso de que la pretendiera —apostilló.

Verity no sabía si hablaba en serio o aquello de fingir ser su pretendiente formaba parte del plan que suponía que habría llevado a cabo: el de conocerla mejor para averiguar si podría suponer una amenaza para los sentimientos de Kinross.

Durante la primera salida tuvo la impresión de que estaba interesado en desentrañar sus propósitos, pero no con el objeto de hacerla su esposa. Durante la segunda no supo qué pensar; pasó por todos los estados, desde el orgullo de haber captado su atención como mujer hasta el desengaño al entender que, incluso si no estaba fingiendo su interés, le partiría el corazón que solo la quisiera para unos besuqueos tras las cortinas.

¿Se estaría planteando de verdad cortejarla?

No era posible. No se comportaba como un hombre enamorado o solo anhelante.

—Procuro que la diversión siempre sea bidireccional. Incluso si no aceptara la propuesta matrimonial que sé que baraja el señor Kinross, nada podría borrar los buenos ratos que hemos pasado. Intento que mi vida no se reduzca a encontrar un marido, ¿entiende? También merezco la dicha de que algunos de los aspirantes se conviertan en buenos amigos.

Harding le sostuvo la mirada con una insinuación de sonrisa conforme en los labios. A la par que la conformidad, sin embargo, se insinuaba la incredulidad de estar aceptando los planteamientos de Verity, algo que de seguro jamás se habría planteado hacer.

Dio por concluida la conversación con un asentimiento, y con una naturalidad desconcertante puesto que pareció que estuviese acostumbrado a la compañía de Verity, abrió el libro por la página por la que había sido interrumpido y se sumergió en la lectura.

Ella supuso que se daría cuenta de que lo observaba con avidez si se embelesaba vigilándolo, por lo que tuvo que hacer de tripas corazón y buscar otra forma de entretenimiento.

Verity había crecido en una casa donde nunca reinaba en silencio. Todos sus parientes habían nacido opinando a gritos en lugar de llorando y no estaba acostumbrada a permanecer junto a alguien en una sala desierta sin charlar, aunque fuese sobre naderías. Sin embargo, esa noche comprendió que existía un tipo de intimidad al que solo se podía acceder a través de la ausencia de la palabra; que había secretos de los hombres que no podían desentrañarse si no era

contemplándolos cuando bajaban la guardia. La paz en el semblante de Harding, su concentración al leer, el modo en que se tocaba la cara o el pelo de manera distraída; todo eso también formaba parte del imaginario que le hacía único, y era una parte de su personalidad que solo quedaba al descubierto en momentos exclusivos en los que no todo el mundo tenía derecho a participar.

Por más entusiasmada que estuviese por compartir un rato a solas con él, el sueño atraído por el exceso de alcohol empezó a pesarle. Se le fueron cerrando los párpados sin ser consciente de que una sonrisa pacífica asomaba a sus labios, y se sumergió poco a poco en una agradable duermevela en la que sus pensamientos eran anestesiados pero seguía siendo más o menos consciente de lo que sucedía a su alrededor.

No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que una voz penetró en la primera capa del sueño.

—¿Señorita Burton? —la llamó Harding. Verity lo oyó como si le estuviera hablando desde otra realidad, pero consiguió atraerla de nuevo al mundo sensible insistiendo con cuidado de no despertarla de repente—. Señorita Burton.

En lugar de abrir los ojos, Verity fingió que se hallaba atrapada en los brazos de Morfeo y continuó replicando la respiración rítmica de los profundamente dormidos. Harding no insistió más, pero le oyó suspirar como si la diera por perdida y tuvo que contener una sonrisa divertida por su travesura. Asumió que se levantaría y se marcharía dejándola allí, y no se equivocó en el primer caso: oyó el crujido de la butaca al dejar de sostener su peso e intuyó sus pasos discretos en una inesperada dirección.

La suya.

En cuestión de un momento, Verity sintió que se elevaba como por arte de magia. Solo que no era una magia distinta de las caballerosas manos de Harding, que la habían alzado por la espalda y las corvas de las rodillas para emprender la marcha hacia... ¿su habitación, tal vez?

La tentó abrir los ojos en el camino solo para averiguar a dónde se dirigía o qué expresión tenía él en la cara, si estaba irritado por tener que cargar con ella, que no se consideraba precisamente ligera, o si se había resignado a cumplir con su papel de caballero. No se atrevió a fantasear con que estuviese disfrutando de su proximidad como ella sí se regocijaba en la caricia intermitente de su respiración, la firme sujeción de los brazos que la arropaban como si fuera un tesoro, el delicioso aroma que desprendía su piel caliente y que reconocería en cualquier parte del mundo.

Verity esperó a haberse dado por satisfecha con un rato de intimidad, aunque fuese unilateral, antes de fingir que despertaba y descubría dónde estaba.

Harding recorría el pasillo del ala de los invitados sin ninguna prisa por llegar, más concentrado en evitar hacer ruido para que no despertara que en soltarla cuanto antes. Se conmovió inexplicablemente al fijarse en la forma de su mandíbula, las líneas elegantes de su cuello; lo que quedaba a la vista desde su posición de novia a punto de cruzar las puertas de la nueva casa.

Al bajar la cabeza, Harding se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos y se le escapó una sonrisa que no enseñaba los dientes.

—Parece que la señorita se puede dormir en cualquier parte —le dijo en voz baja.

—Y parece que al señor no le pesaría un saco de patatas.

—Temía que pagara conmigo su mal genio si la despertaba. Como ya se habrá imaginado, no es la única que conoce datos sensibles sobre mí gracias a mi hermana; Becks se ha quejado en infinidad de ocasiones de que suele levantarse con el pie izquierdo si la obligan a madrugar.

—Podría haberme dejado en la sala —sugirió Verity, controlando la ilusión de que él también

retuviera información sobre ella.

—¿Para que mañana la descubrieran los más madrugadores con nada más que el camisón puesto? —Enarcó una ceja—. ¿En qué lugar me habría dejado eso?

—En uno no muy positivo, lo reconozco, pero dudo que usted haga o deshaga en función del modo en que repercutirá en su reputación.

—Eso es cierto. Procuro hacer o deshacer en función de lo que me hará sentir mejor conmigo mismo.

—Oh, ¿traerme en volandas hasta mi dormitorio le hace sentir mejor consigo mismo? Me extrañaría considerando que se ha dado cuenta de que no llevo más que el camisón y no deja de ser usted un honorable caballero —se arriesgó a flirtear con una sonrisa juguetona.

No pudo soportar más las exigencias de unas manos que le quedaban grandes si no podía ponerlas sobre su cuerpo y le acarició la cara con las yemas de los dedos, guiada por un deseo duramente reprimido, los efectos duraderos del alcohol y el aturdimiento.

Él no se opuso e incluso tiró de una de las comisuras de los labios.

—Podría haber coqueteado conmigo en el salón y, sin embargo, decide hacerlo en un pasillo oscuro y cuando ya tengo las manos puestas sobre su cuerpo. ¿Es que no tiene usted instinto de supervivencia, señorita Burton?

—¿Por qué lo pregunta? ¿Acaso tiene usted instintos, digamos, peligrosos que yo deba temer?

Él le devolvió la mirada con un brillo prometedor que ni siquiera la vaga iluminación habría podido camuflar.

—Le sorprendería.

—¿Ah, sí? Pues me encantan las sorpresas. Aunque dudo que esta me sorprendiera, porque ya dejó usted caer algo cuando estuvimos en la ópera.

—Lo que significa que ya me he insinuado más que suficiente —concluyó con benevolencia.

—¿Por eso no me mandó flores? Porque cabe esperar que un hombre que pide un beso y no lo recibe insista al menos una vez más en su derecho a recibirlo.

Verity contuvo la respiración, temiendo haberse excedido en sus engatusamientos. Él debía de tener una opinión similar sobre haberle devuelto las coqueterías, porque lo vio tragar saliva y devolver la vista al fondo del pasillo, que nunca sería lo bastante largo para que ella diera sus deseos por satisfechos en un simple paseo. Pudo figurarse qué ocupaba su pensamiento: la vergüenza de estar flirteando con una mujer que hacía de la vida de su hermana un infierno.

Odió una vez más a Rebecca Wargrave por ser de nuevo quien se interponía entre los dos.

—A decir verdad, no creo en la insistencia —respondió con pies de plomo.

«No te preocupes por eso. Ya insistiré yo por los dos».

—¿Y en qué cree, señor Wargrave? ¿En la improvisación?

—No lo sé —reconoció con aire abstraído—. A lo mejor no creo en nada.

—Pues algo dijo usted sobre los beneficios de la pasión, si no recuerdo mal. Sonó muy convencido de que merecía la pena creer en ella.

—No tanto como usted cuando alegaba la importancia de protegerse de las consecuencias de la misma, que no son pocas y sí muy peligrosas para una soltera.

Ella se humedeció los labios y le puso la mano en el pecho para atraer su atención. Él pareció confundido por el contacto y la miró con un aire distraído, como si no comprendiera del todo aún qué estaba sucediendo.

—En ese caso, debería bajarme antes de que ocurra una desgracia.

—No esperaba que se rindiera tan rápido, señorita Burton. Con los Wargrave demuestra tener un aguante para la discusión que no es de este mundo.

—No quiero pelearme con usted ni siquiera por un beso, señor Wargrave.

Harding todavía le aguantó la mirada un delirante segundo antes de obedecer a su sugerencia de soltarla. Procuró moderar la prisa que en el fondo tenía por destruir aquel momento de complicidad. Pero ella no permitiría que se fuera de rositas sin presentar batalla, y aprovechó que la turbación lo dejaba clavado en el sitio para ponerse de puntillas y agradecerle el servicio con un beso en la mejilla.

A diferencia del primero que le dio en el club de pugilismo, ante el que solo se dejó hacer con cierta reticencia, Harding reaccionó al segundo a tiempo para posar una mano indecisa pero con deseos propios en su baja espalda. Verity sintió que se aferraba con fuerza al camisón a falta de agarrar su carne tierna y prolongó el contacto haciendo resbalar sus labios entreabiertos por su mejilla rasposa. No osó apartarse mientras él no quitó la mano, mientras él no se movió un ápice: permaneció en equilibrio con la boca pegada a la barbilla masculina, insinuando un beso aún más sugerente que no llegaría a dar a no ser que Harding hiciera una señal.

En lo que se estiró aquel segundo de tensión insoportable, Verity se olvidó de respirar y tuvo que concentrarse en sobrevivir al infarto al que su corazón amenazaba con precipitarse.

—Señorita Burton —murmuró él en tono de alarma.

Ella se separó lo suficiente para mirarlo a los ojos, aún a una distancia crítica de sus labios entreabiertos. Harding le devolvió la mirada con el ceño vagamente fruncido, como si todavía estuviera decidiendo qué opinión le merecía la situación. En el breve repaso que le hizo a su rostro valorando sus rasgos uno a uno, la boca incluida, Verity sintió que la balanza de Harding se inclinaba en favor de darle cabida al deseo. Notó que presionaba contra su espalda el puño en el que había atrapado la tela del camisón, mas no la acercaba a él ni se inclinaba para besarla. Solo contemplaba la posibilidad desde el refugio cada vez más frágil de sus principios.

Verity cerró los ojos un instante para apaciguar las oleadas de pasión que trataban de impulsarla en su dirección. Se arriesgó a acercarse a él, ofreciendo sus labios de un modo ya descarado, de una forma que parecía más un ruego desesperado que una invitación, y sintió que podría desmayarse cuando al volver a mirarlo observó que Harding se lo estaba pensando. Se lo pensó y se lo pensó, con la respiración agitada y los nervios tan a flor de piel como los de la propia Verity, y, por fin, Dios santo, por fin se inclinó para besarla...

Pero solo rozó su boca con los labios. Se arrepintió de su osadía en el último momento, como si aquel intento abortado hubiese bastado para asomarse al problema en el que se metería de llegar a tocarla.

—Harding —susurró ella de un modo que pretendía tentarlo, pero que sonó suplicante.

—Buenas noches —dijo él abruptamente, y la soltó con la misma rigidez con la que se soltaba lo que no le pertenecía a uno pero que con mucho gusto habría robado si no hubiera consecuencias.

Lágrimas de impotencia empezaron a rodar por sus mejillas en cuanto lo vio desaparecer pasillo abajo dando largas zancadas. Se aferró a sus propios puños para no maldecir en voz alta, y habría pateado la pared o se habría abofeteado a sí misma si no hubiera corrido el riesgo de despertar a alguien.

«Maldito seas, Harding Wargrave», pensó con el resentimiento del amor frustrado. «Algún día vas a ser mío, ya verás que sí. Lo serás... aunque solo sea un momento».

Capítulo 12

Cuando Harding se quiso dar cuenta, llevaba media hora de reloj dando vueltas de un lado para otro con el nombre de la señorita Burton atravesado en el pensamiento. Frenó de golpe en el corazón de la estancia y lanzó una mirada tenebrosa a su reflejo en el espejo.

Había allí un hombre con unas profundas ojeras y un debate interno que no le desearía ni a su peor enemigo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo, imbécil? —le reprochó a su imagen.

Pero esta, en lugar de responderle, se burló de él cruzándole una sombra ominosa en el semblante.

Harding se llevó las manos a la cabeza y gimió al borde de la desesperación.

Había pasado toda la semana posterior a su salida a la ópera con la señorita Burton rumiando la disparatada posibilidad de que estuviera enamorada de él, reacio a aceptarlo aun cuando había sido testigo de sus nervios adolescentes, de sus sonrisas de embeleso, de la tensión que alteraba un ambiente infectado por la pasión contenida —¿mutua o unilateral?— en cuanto se acercaban.

Había procurado ahuyentar sus dudas, jurándose que la incertidumbre en según qué casos era un mal necesario. Había llegado a evitar a la señorita Burton durante la primera tarde en Brighton, algo imperdonable bajo los rigurosos estándares de su educación.

Tras la noche anterior, la situación no había hecho sino empeorar. Ahora no solo era su nombre lo que aparecía de improviso en su cabeza trastornada, sino todo lo que venía con él: su rostro, su risa, su cuerpo apenas cubierto por la fina y transparente tela del camisón y por la caída de una densa melena rizada que, gracias a Dios y a todos los ángeles, se había interpuesto entre sus pechos turgentes y la mirada indiscreta de un Harding atormentado.

Incapaz de soportar los derroteros de sus fantasías, abandonó la habitación como si lo persiguiera el diablo. Buscó a Rebecca en su dormitorio con el convencimiento de que una conversación con ella bastaría para reavivar sus recelos, al igual que una ceremonia religiosa era suficiente para renovar los votos sacerdotales.

Su hermana le recordaría por qué era sabio mantenerse alejado de la señorita Burton.

—¿Te gustaría dar conmigo un paseo por la playa? —preguntó con notable angustia nada más empujar la puerta.

Hasta el momento, Rebecca había estado observando con ojo crítico su reflejo en el espejo del tocador. Erguida como una estatua de sal y con los labios apretados, se revisaba los rasgos que ya se tenía aprendidos y que tan pobre opinión le merecían con la esperanza de dejar de odiarlos.

Pareció igual de aliviada que Harding con la propuesta.

También ella llevaba un rato necesitando que alguien la salvara de sí misma.

Desde Royston Place hasta una de las calas de Brighton había veinte minutos a pie, pero ninguno de los dos hermanos Wargrave sugirió tomar un carruaje para salvar la pendiente. Saltaba a la vista que cada uno andaba sumido en una preocupación distinta, si bien era de importancia similar, porque no pronunciaron palabra en el descenso.

Más que pasear, se precipitaron con desesperación hacia la playa.

El cálido influjo del paisaje y el rumor de las aguas templaron los nervios de Harding, que pudo respirar tranquilo durante los segundos que demoró en asociar el color rojizo de los guijarros de la orilla con el cabello de la señorita Burton, la luz blanca del alba con su piel de porcelana fina.

—¿Qué es lo que te inquieta? —preguntó Harding con la voz estrangulada antes de que los pensamientos libidinosos volvieran a consumirlo.

—No consigo que ninguno de mis flirteos llegue a término —confesó su hermana entre dientes. Tenía la vista clavada en el horizonte—. Lo he intentado con tres de los invitados, más los dos caballeros que logré que me invitaran a bailar al comienzo de la pretemporada, y no hay manera de que cuaje. He llegado a la conclusión de que una maldición pende sobre mi cabeza por culpa de uno de esos males de ojo de los que hablan las gitanas del East End..., hasta que entonces recuerdo que soy Rebecca Wargrave, la mujer a la que el conde de Haverford desdeñó sin miramientos. ¿Por qué nadie quiere olvidarlo? —se desesperó—. ¡Han pasado años, maldita sea!

—Becks...

—¿Qué diantres tengo que hacer para que vuelvan a verme como una mujer a la que un hombre no quiso, pero que cualquier otro podría apreciar si se quedara a mi lado el tiempo suficiente? ¿Acaso no me esfuerzo en lucir los mejores vestidos, las joyas más impresionantes?, ¿en ofrecer una conversación coherente, además de exhibir las habilidades que se requieren en una futura esposa? Bailo, canto, toco un instrumento, sé coser y bordar, conozco la historia de Inglaterra, hago operaciones matemáticas básicas...

—Becks, escucha...

—¡Lo que no consigo asimilar es el doble rasero con el que se conduce el mundo! Hay casaderas en una situación muy similar a la mía, si no peor, y no parecen tener problemas para encontrar marido. ¿No te parece que, a estas alturas, los pretendientes de la señorita Burton deberían haber asumido que su pretendida es una engreída sin escrúpulos que juega con sus corazones por aburrimiento? ¿No es esa, acaso, una razón de peso aún mayor que el rechazo del conde de Haverford a la hora de despreciar públicamente a una mujer? Yo no me he burlado de nadie; he sido burlada. Pero, por lo que se ve, pese a la influencia moral del cristianismo, es preferible ser el verdugo que la víctima.

—Rebecca...

—¿Te puedes creer que tiene hasta a Kinross en la palma de su mano? —soltó una carcajada gélida—. ¡Kinross! ¡Un tipo que no hace ni dos meses andaba persiguiéndome sin tregua para que le concediera un solo minuto de mi tiempo!

—¿Por qué toda queja sobre tu situación acaba redirigida a la señorita Burton? —logró preguntar en tanto que Rebecca tomaba aire para seguir desahogándose. Su hermana lo miró a caballo entre la perplejidad y el sentimiento de traición, que estallaría en forma de discusión acalorada si no se explicaba de inmediato—. La existencia de Verity no supone ninguna amenaza para ti, Becks. Las que entiendes por sus victorias no suceden a costa de tus fracasos. Sois mujeres diferentes con historias diferentes, recursos diferentes...

—¡Lo redirijo a la señorita Burton porque la odio! —le espetó—. ¡Y ya sé que tú no, puesto que andas invitándola a la ópera cuando yo me niego a acudir, pero que no entiendas mis sentimientos no le restan legitimidad!

Se soltó de su brazo, cansada de tener que caminar a un ritmo que no era el que ella marcaba, y se adelantó airadamente con las faldas bien agarradas. En el camino, pateó una caracola que la marea había arrastrado hacia la orilla.

Harding no reaccionó hasta que asimiló que su hermana llevaba días sabiendo de su excursión con Verity.

Tuvo que trotar a contracorriente del viento que soplaba para alcanzarla.

—Pretendía informarte de ello —se justificó él, dando largas zancadas a su espalda.

—Descuida. Ya me informó la Reina del Chisme en una de sus grotescas publicaciones.

—¿Por qué no has dicho nada si lo sabías?

—Porque tengo mis propios asuntos de los que preocuparme, Harding —le reprochó, envenenada—. Además; he elegido pensar que sabías que me enteraría o, de lo contrario, no habrías sido tan obvio. Y si lo has hecho sabiendo que me enteraría, ha de ser porque te traes algo entre manos; porque, como se va a casar con Kinross y él te nombrará padrino, quieres cerciorarte de que es la mujer adecuada. —Se giró hacia su hermano y lo retó con una mirada no tan furiosa como de puro hartazgo. El rencor la estaba consumiendo—. ¿Me equivoco?

Harding evocó el gesto traicionado de Nile las últimas veces que había proclamado que seguirían viéndose a escondidas para no alterar a la que fuera su pretendida, y las sabias palabras con las que la señorita Burton le recomendó que no echara más leña al fuego de las rabietas de su hermana.

Escogió templarlas tomando el camino de la conciliación.

—¿Por qué la odias tanto, Rebecca? —indagó con pies de plomo. Ella le lanzó una mirada de hondo desprecio. Él intentó apelar a su inocencia levantando las dos manos—. No cuestiono tus sentimientos como me has recriminado. Ni siquiera necesito conocer los entresijos de vuestra enemistad para entenderlos; me basto y me sobro con haber sido testigo de su trato infame para justificarte. Pero no olvido que no siempre echaste pestes sobre ella. No hace mucho tiempo intentaste ser su amiga.

—Y creí que lo conseguí..., como suelo pensar que consigo lo que quiero y luego no es más que un maldito espejismo. Estúpida de mí —masculló con desdén hacia sí misma. Se tomó un momento para apretar los labios y contemplar las luces del amanecer. Una sombra de tristeza le dio a su rostro de cerámica fina un tinte desvalido. Había visto a su hermana herida en el alma y asustada por su porvenir, pero nunca cansada de luchar, como declaró estar con un suspiro entrecortado y abrazándose los hombros—. Me acerqué a la señorita Burton porque pensaba que era el paso lógico. Soy la hija de un barón, pero no tengo la consideración de dama como sí podría tenerla la hija de un conde, un duque o un marqués. Atendiendo a la jerarquía social, me correspondía hacer buenas migas con los nuevos ricos que, por razones sanguíneas o de influencia social, estuvieran emparentados con la aristocracia, como era el caso de los Burton.

»Su árbol genealógico es una maravilla, ¿sabes? La señorita Burton es sobrina del barón Godolphin, del duque de Arden, del marqués de Halifax, y así sucesivamente. Es una familia de triunfadores. Pero también quería acercarme a ella porque la admiraba —reconoció con el rostro ardiendo de vergüenza—. Ya la conoces, ¿no? Está llena de vida. Es ingeniosa, no le tiene miedo ni a sus propios deseos y sabe lo que quiere o, mejor dicho, lo que merece. Parece que eso le baste para conseguirlo. El simple hecho de codearme con ella, que tanto éxito ha tenido siempre, me habría granjeado un marido en mi primera temporada. Pero me temo que la señorita Burton no pensaba lo mismo de mí. La historia de mi vida, ¿no? —Se le escapó una risa vacía, apenas una exhalación—. Mis afectos rara vez son correspondidos.

El corazón se le encogió viendo que una sonrisa quebrada asomaba a los labios temblorosos de su hermana. Rebecca se hartó de sostener su propio peso, duplicado ahora que sacaba del rincón de sus pensamientos esas dolorosas historias de rechazo que pesaban un quintal, y se arregló la falda para sentarse a orillas del mar.

Ella no podía verlo, y, aunque lo hiciera, no sería de la opinión de que brillaba más que la estrella polar, pero las luces albas del amanecer acentuaban su belleza frágil como la de una de las modelos de los retratos románticos.

Harding la amaba tanto que de solo mirarla sentía que se le llenaba el corazón.

—Un día, antes de que entráramos en la escuela, la oí conversar con una de sus primas. No me acuerdo de cuál. Es imposible estudiarse a todos los miembros de la familia Swansea —empezó a contarle con un hilo de voz—. En fin, sabes que no era difícil coincidir con ella. Su padre la llevaba a cuantos sitios frecuentaba él sin importar si eran aptos para una niña o no; si estaban restringidos a los hombres o no, y si alguien se oponía, que Dios lo ayudara. Esa noche era su decimocuarto cumpleaños y me había invitado a la casa de Eaton Square para celebrarlo. Yo estaba exultante porque se hubiera acordado de mí. Algo se le debe reconocer a Verity, y es que te hace sentir especial, incluso honrada, cuando te regala su caprichosa atención. El caso es que quiso la casualidad que cruzara el pasillo cuando su prima le estaba transmitiendo una queja sobre mí. Por lo visto, yo le parecía insufrible. —Su voz tendió a la resignación de la costumbre. No desarrolló más, ya fuera porque lo encontraba doloroso o porque ser despreciada se había convertido en algo tan habitual que no merecía mayor incidencia—. Esperé con la respiración suspendida a que Verity me defendiera, como habría hecho una buena amiga, como yo misma habría hecho en su lugar, pero ella le dio la razón y apostilló que seguía convidándome a las veladas y eventos familiares con un propósito muy concreto.

—¿Qué propósito?

Rebecca lo miró solemnemente.

—Acercarse a ti —respondió con sencillez—. No me preguntes cómo o cuándo sucedió, ni tampoco si sigue siendo así, pero la señorita Burton estaba enamorada de ti y lo mejor que se le ocurrió para coincidir contigo antes de ser presentada en sociedad fue hacerse amiga mía.

Harding buscó el humor en los ojos de su hermana, convencido de que aquello era el planteamiento de un chiste que terminaría haciéndolos reír a ambos.

Rebecca estaba muy lejos de prorrumpir en carcajadas.

—¿Cómo? —atinó a decir, perplejo—. Eso carece de sentido alguno, Becks. Yo no conocí a la señorita Burton hasta que la invitaste a tomar el té a casa. Supo de mí a través de ti, no al revés.

—Te he pedido que no me preguntes cómo, porque no lo sé —replicó a la defensiva—. Los hechos son tal y como los expongo, y, créeme, me habría encantado que no fuera así porque, sentimientos aparte, la amistad de la señorita Burton me habría abierto puertas a las que ya no puedo ni llamar.

Estaba tan sorprendido por su confesión y, sobre todo, abrumado por las emociones que despertaron dentro de él que no se atrevió a seguir indagando al respecto, temeroso de lo que pudiera llegar a decir.

En su lugar priorizó lo que ya era prioritario para él.

—¿No te parece que, arreglando tus diferencias con ella, podrías gozar de nuevo de los privilegios de su apoyo, su consejo, su protección? —sugirió con la esperanza de encauzar la vida de su hermana.

Rebecca le lanzó una mirada conminatoria desde el rincón en el que más cómoda estaba: el trono de sus rencores, aquel que había construido los últimos años con plantas espinosas de las que solo florecían rosas emponzoñadas.

—Ya puedo estar hundiéndome en el fango y a punto de ser devorada por una bestia de la selva, que no gritaría el nombre de Verity Burton ni si eso pudiera salvarme la vida. Esa mujer y su queridísima Clarissa se aliaron contra mí y, voluntaria o involuntariamente, cavaron la tumba en la que ahora descansan mi reputación y mi felicidad. Jamás olvidaré que me hicieron sentir minúscula; la villana de su historia, una en la que, para empezar, jamás quise participar. Nunca le daría a ninguna de las dos la oportunidad de pagar por el crimen cometido cuando esto las alzaría

de nuevo como las heroínas del relato.

Harding se quedó mirando a su hermana con un nudo en la garganta.

No quería ni imaginar cómo reaccionaría al enterarse de que la señorita Burton se había apoderado de sus pensamientos e iba devorando su sentido común como quien daba pequeños mordiscos a una galletita. Y, aun así, no lograba arrepentirse de haberse acercado a ella, ya fuera en nombre de Kinross o para satisfacer su propia curiosidad.

Conocía a su hermana como la palma de su mano y llevaba años profundamente preocupado por su futuro, no tanto porque no se casara nunca como por que acabase amargada por el rencor. Cada vez que intentaba hacerle ver que, aunque no pudiese perdonar, al menos era sabio no envenenarse eternamente con un pasado inmutable, Rebecca le giraba la cara, negándose a escucharlo. Las escasas ocasiones en las que se dignaba a oír lo que tenía que decirle, más porque él se imponía como hermano mayor que porque sus argumentos la convencieran, terminaban enzarzados en una discusión de la que su hermana salía llorando desconsolada.

«¡Tú no me entiendes!», le reprochaba, y aunque Harding había meditado largo y tendido sobre si era o no cierto, acababa llegando a la conclusión de que era ella quien no entendía que esa no era la forma de vivir.

Porque él sí se solidarizaba con su causa. Estuvo dispuesto a matar a su mejor amigo en un duelo ilegal para reparar el honor de su hermana. No le declaró la guerra a la señorita Burton y a sus amigas porque creía más razonable centrarse en los deberes casaderos de su hermana que en sabotear las oportunidades ajenas, pero no desaprovechó una sola oportunidad de defenderla ante ellas o defenestrar al trío delante de terceros en beneficio de Rebecca, incluso si esto iba radicalmente en contra de sus principios morales y odiaba que la mala baba pudiese definirle como persona.

Por desgracia para su hermana y por suerte para él, que podía decir con orgullo que no se había dejado consumir por el odio, lo que sí le definía era su capacidad para escuchar a los demás. Precisamente porque atendió al desgarrador alegato de Nile sobre los motivos que le impulsaron a casarse con otra mujer, precisamente porque se había tomado la molestia de oír lo que Verity tenía que decir en defensa de su inocencia, Harding disfrutaba ahora de una perspectiva plural de las situaciones ocurridas y podía sacar conclusiones justas con cada involucrado. Si Rebecca llegaba a descubrirlo, lo acusaría de traidor y le retiraría el saludo, y no habría modo de hacerle ver que Harding había prestado sus oídos por y para ella. Albergaba la esperanza de demostrarle que nadie enfocaba su vida a destruirla y que quienes la herían no eran monstruos, sino personas que transitaban los mismos caminos, que sufrían las consecuencias de la misma sociedad, y que cuando no eran víctimas de sus decisiones o las de terceros, a menudo simplemente se equivocaban.

Quería curarla de sus rabiosas inquinas con nada más que la verdad.

Pero ella no se lo permitía.

—Tengo frío —murmuró Rebecca—. ¿Te importa si volvemos?

Harding le tendió una mano para ayudarla a levantarse y acto seguido le ofreció el brazo para subir la pendiente. Hicieron el camino en silencio, él tratando de encontrar las palabras de consuelo que surtirían efecto, fueran cuales fueran estas, y meditando sobre si la señorita Burton tenía perdón de Dios por haber utilizado a Rebecca para acceder a su hermano.

Verity acababa de cumplir catorce años cuando cometió aquella maldad, pensó Harding con una benevolencia que no sabía si era justa con su hermana o por el contrario estaba sesgada por sus propios sentimientos. Era apenas una niña que todavía no distinguía entre el bien y el mal y apenas había asomado la cabeza al mundo. Estaba aprendiendo a formar sus afectos, a construir

un criterio firme, cuando tropezó con Rebecca. Antes que una buena amiga, era aún una niña traviesa que desconocía el daño que se le podía infligir a alguien con una travesurilla inocente.

¿O no? ¿La estaba disculpando porque de pronto se inclinaba más por defenderla?

Lamentó que el paseo no hubiera servido para aclararle las ideas.

Acompañó a Rebecca hasta la puerta de Royston Place con la intención de darse enseguida media vuelta e ir en busca de Kinross a donde sospechaba que andaría. Cuando no estaba en la ciudad, se convertía en un madrugador admirable; gustaba de recorrer las praderas a caballo nada más salía el sol.

Viendo que dejaba a Rebecca contrariada por haber tenido que revelar sus secretos más íntimos, sostuvo su rostro entre las manos y la miró directamente a los ojos.

—Si fueras tú la que decidiera poner fin a la guerra, serías la heroína de tu historia... y también de la suya —le dijo con una leve sonrisa—. En los relatos de odio que implican a varias personas, Rebecca, alguien tiene que blandir la bandera blanca. Y el que la blande siempre es el que se lleva la mejor parte, porque es el que no ha permitido que el resentimiento le pudra el corazón. Créeme, Becks... —Le acarició la cara con el pulgar—. Sé de lo que estoy hablando. Si yo no hubiera perdonado a quien me ha herido, solo Dios sabe qué clase de alma en pena sería ahora.

Para su sorpresa, Rebecca no reaccionó poniendo el grito en el cielo.

Así de harta estaba de sí misma.

—Pero tendrán que pedirme perdón primero, ¿no? —musitó con la voz temblorosa.

—Nile te lo pidió y tú no lo quisiste, ¿recuerdas? Lo bueno de las disculpas, por otro lado, es que no caducan —añadió antes de que Rebecca volviera a la carga con las acusaciones que ya se había estudiado de memoria—. Puedes aceptarlas cuando sientas que no te estás traicionando al hacerlo. Pero ese momento no llega por arte de magia, ¿entiendes? Tienes que permitir que la benevolencia entre en ti expulsando antes el veneno, y esto requiere un trabajo personal que nadie salvo tú puede hacer en tu lugar. —En voz baja, añadió—: Ya me gustaría obrar milagros en tu nombre. Te haría un marido a tu imagen y semejanza y un país a la medida de tus sueños.

La besó en la frente antes de que se le ocurriera enzarzarse en la pelea que ya era tradición. Se marchó en la dirección contraria con la esperanza de haberla dejado pensando al respecto, pero sabía que para convencer a Rebecca de que animándola a perdonar no estaba yendo en contra de sus intereses, sino todo lo contrario, haría falta una intervención divina.

Recordó una vez más la sapiencia de Verity Burton cuando le preguntó en qué consistía para ella la lealtad fraternal. «En pararle los pies a odios desenfrenados que pueden echar a perder la vida de a quien con tanto empeño protegemos», le dijo, dejándolo admirado. También lo puso a rabiar con su opinión sobre el modo en que llevaba sus amistades, pero no podía negar que él mismo se hubiera enfurecido con su hermana en secreto por forzarlo directa o indirectamente a romper todo contacto con su mejor amigo.

Quién le iba a decir que algún día aplicaría los consejos de la señorita Burton... y, sobre todo, quién le iba a decir que también un buen día le costaría pensar en ella como una enemiga.

Capítulo 13

—¿El señor Kinross ha salido ya a cabalgar? —le preguntó Harding a uno de los mozos de cuadras que pasó por su lado. El futuro barón llevaba las manos ocultas en los bolsillos del gabán y caminaba con los hombros vagamente hundidos, como siempre que se entregaba a un ánimo reflexivo o su hermana le recordaba por qué no estaría en paz mientras ella no hallara la felicidad.

—No, señor Wargrave. Creo recordar que hace en torno a unos diez minutos lo vi dirigirse a las cuadras. Suele tomarse su tiempo preparando su montura.

Harding le agradeció la información y se encaminó a los establos reacomodándose la chaqueta para combatir aquel repentino frío de castañetear dientes. Apretó el paso para refugiarse del viento que soplaba del este antes de que se le congelaran los dedos.

Nada más cruzar el umbral de las caballerizas, comprendió por qué el señor Kinross «solía tomarse su tiempo preparando su montura», un eufemismo sin igual: porque a las mujeres había que seducirlas con besos y caricias antes de montarlas.

Eso era lo que estaba ocupando la mañana de su amigo. Lo sorprendió entregado al deseo febril de la doncella que tenía atrapada en un abrazo apasionado.

Aunque le habría correspondido enfurecerse al confirmar que se había estado riendo de él con el presunto cortejo de Verity Burton, a Harding le salió una carcajada. No se había tragado el cuento chino ni el primer día, cuando Sonny confesó quererla por cada gota del océano, y entre el uno y el otro, a cada cuál más patético e inverosímil en su afán por fingir que se amaban, habían ido confirmando que se trataba de una treta lamentable.

La risotada atrajo la atención de los amantes, que interrumpieron la cascada de besos para mirar hacia la puerta. La muchacha sufrió un ataque de timidez y, agarrándose el escote afectado por el fragor de la pasión, se escondió a la espalda de Kinross. En cuanto a él, se limpió los labios hinchados y esperó con una mueca desentendida a todas luces ofensiva a que fuese Harding quien rompiera el silencio.

El futuro barón le complació empleando un tono lánguido.

—Bueno... Está claro que no has pretendido casarte con la señorita Burton en ningún momento.

—¿Quién ha dicho eso? —fingió indignarse con una exclamación ahogada—. Todavía no estoy casado con ella, amigo, y un hombre tiene necesidades que no puede satisfacer con una jovencita honorable.

La timidez de la muchacha se esfumó para abrir paso a una ofensa más que comprensible.

—¿Qué quiere decir con eso? —Puso los brazos en jarras, ya sin importarle que la prenda del escote se le hubiera volcado hacia delante—. ¿Que yo no tengo honor? ¿Eso es lo que está insinuando, eh?

—Por supuesto que no, Ophelia, mi amor...

—¡Me llamo Olivia!

—Olivia, mi amor... —se corrigió. Trató de aplacarla retirándole los mechones despeinados de la cara, del bonito castaño oscuro de la madera quemada, pero ella ya se había indignado. Le dio un empujón por el pecho, se arregló el vestido como buenamente pudo y salió de allí hecha un basilisco—. Olivia, vamos... ¡No seas así!

Harding la despidió con un asentimiento respetuoso que sin embargo ella interpretó como una

burla. No la juzgó porque se marchara después de fulminarlos a ambos con la mirada. A fin de cuentas, uno la había tratado de mujer de vida alegre y el otro había interrumpido su... vida alegre, sí.

Tan pronto como se quedaron a solas, Harding enfrentó a su amigo con los ojos entornados.

—No te rías de mí, Kinross —le advirtió. Bastaba con que empleara el tono de los reclamos y sermones para que quienquiera que fuese su interlocutor diera un paso atrás y asumiera las culpas... a no ser que se tratara de Sonny, la superestrella—. Si no llevas mintiéndome todos estos años con esa historieta tuya de que para ti la infidelidad es inadmisible, es imposible que te hayas llevado la contraria a ti, el hombre que más respetas, calentándote con otra mujer. Sobre todo teniendo a tu enamorada a menos de diez metros de distancia.

—¿Qué te crees? ¿Que voy a ir a presionar a la señorita Burton para que me apague el sofoco? ¿Has perdido el juicio, acaso?

—¿Lo has perdido tú? —contraatacó con la ceja en alto—. Hace falta ser rematadamente estúpido o bien tener una confianza en uno mismo rayana en la temeridad para pensar por un solo momento que caería en tan lamentable engaño. Ni por un segundo me he creído que amaras a Verity.

Kinross chasqueó la lengua como si le molestara que lo conociera tan bien.

—Puedo explicarlo —le aseguró con las dos manos en alto.

Harding se cruzó de brazos.

—Pues ya estás tardando.

Kinross lanzó una mirada a caballo entre el desamparo y el anhelo hacia la puerta por la que Olivia había desaparecido, lógicamente entristecido al comprender que se le había acabado la diversión.

—Estarás contento —le reprochó con el ceño fruncido—. La has espantado. Tan mayestático no serás.

—No cambies de tema. ¿Qué significaba todo esto, Sonny? —preguntó con hastío, decidiendo por su propio bien mental no prestar atención a las estúpidas protestas de su amigo—. Me dice mi hermana que la señorita Burton estaba enamorada de mí a los catorce años, yo mismo percibo cierto interés en ella en estos últimos días y ahora te descubro a ti, quien de todos modos habías estado actuando de un modo sospechoso en lo que al cortejo de Verity respecta, enredado con una amante.

—¿Qué quieres que te explique, si ya has sacado conclusiones? —Suspiró al ver que Harding no pensaba dar su brazo a torcer y, alardeando de una falta de educación sonrojante, se introdujo la mano en los pantalones para reacomodar una erección dolorosa y sin desahogo posible. Luego se recostó contra la pared y rebuscó en sus bolsillos la cajetilla de latón en la que guardaba el material necesario para fabricar uno de sus cigarrillos—. Mira... Witty es amiga mía desde la tierna infancia. Mi padre y el suyo se conocen de haber cerrado unos negocios. Alguna que otra vez, el señor Burton la trajo a mi casa de Half Moon Street para que me divirtiera tirándole de las trenzas mientras ellos debatían dónde sería mejor invertir el dinero de los ferrocarriles. Ya sabes, ahora que estaba en auge. Le vino de perlas tanto mantener conmigo una amistad sólida como que tú te hubieses aficionado a pasarte por mi club.

—¿Para qué? —Pestañeó, incapaz de dar crédito—. ¿Para... despertar mis celos o algo así? ¡Es absurdo!

—Sí, lo es. Es absurdo —le concedió con un cabeceo aburrido—, pero tenía su lógica pensar que te preocuparía saberme en riesgo de que una seductora de la talla de Verity me partiera el corazón.

—¿Por qué me iba a preocupar? Si una mujer te parte el corazón, bien merecido te lo tienes; a cada cerdo le llega su San Martín —replicó con frialdad.

—Oh, no vayas a fingir ahora que la noticia no te causó una conmoción. No podías ni imaginarme casado con una mujer capaz de prometer en la ceremonia que me tendría con el alma en vilo de por vida.

—No podía ni imaginarte casado, a secas.

—A la muchacha se le ocurrió apelar a tu poderoso sentido de la justicia y a la lealtad que sientes por tus amistades poniéndome en una situación delicada. Los dos asumimos que intervendrías y, en el proceso de tratar con ella para desenmascararla, Witty tendría la oportunidad de enamorarte... Dios. —Se pasó una mano por la cara, angustiado—. Ahora que lo digo en voz alta, reconozco que suena descabellado y lamentable.

—¡Porque lo es! ¿Cómo voy a enamorarme de una mujer solo porque me la pongas ante las narices?

La expresión preocupada de Sonny porque su tejemaneje hubiera salido a la luz se inclinó hacia la pillería.

—¿Acaso no lo ha conseguido? —contraatacó.

—¿Perdona?

—¿Tenerla ante las narices no ha colaborado a mejorar tu opinión sobre ella?

—Sí, pero...

—¿No te ha hecho consciente de que es una de las mujeres más bellas de Londres?

—Sí, pero...

—¿No te descubres pensando en ella?, ¿en cuándo volverás a verla?

Harding apretó la mandíbula con impotencia.

—Vete al infierno, Kinross —masculló entre dientes.

—No dudes que lo estaré dentro de muy poco. Me matará si se entera de que te lo he contado —dijo, más para sí mismo. Unió las palmas en un rezo—. No se lo digas, te lo ruego.

—Por supuesto que no se lo voy a decir —espetó él con voz de ultratumba—. Ni tú tampoco le vas a contar que sé lo que se traía entre manos.

Kinross compuso una mueca extrañada.

—¿Por qué lo dices como si hubiera cometido un delito? ¿No te halaga que una mujer haya llegado a tales extremos para conquistarte?

—En general no encuentro halagadora la manipulación. Cosas mías, supongo —ironizó.

—Oh, por favor, no te hagas el ofendido. —Puso los ojos en blanco—. ¿Cuánto has tardado en destapar el pastel? ¿Quince días? Apenas puede considerarse manipulación, si es que entra siquiera en la categoría de travesura..., que lo dudo, porque el fin era muy noble. ¿O acaso existe objetivo más tierno que intentar enamorar al hombre al que se ama?

Como guinda del pastel, posó una mano sobre su pecho y emitió un largo suspiro enamorado. Solía pasarle que se distraía tanto conversando que olvidaba lo que iba a hacer; en ese caso, prepararse un cigarrillo. Había vuelto a guardar el material sin recordar por qué lo había sacado.

—¿Siquiera escuchas lo que dices, tarado? —jadeó Harding, perplejo—. ¿Qué pretendía esa mujer al principio? ¿Convencerme a través de sus conductas indecorosas con terceros de pedirle matrimonio, esto con tal de separarla de ti? ¿Que la sedujera estando tú interesado en ella, a riesgo de que me odiaras de por vida, para desenmascarar su talante caprichoso? ¿Qué clase de locura perversa es esa?

—Vamos, Harding, ni siquiera es como si hubiese logrado que le compraras el anillo de compromiso, ¿no? ¿O llevas algo en los bolsillos? —Kinross hizo ademán de acercarse para

hacerle cosquillas en los costados en la búsqueda de la joya, pero Harding cortó de raíz sus intenciones con una mirada hostil—. Mira, si te hubiera mandado de cabeza al matrimonio por las razones equivocadas, algo que no se puede deshacer, entendería tu indignación, pero apuesto a que la pobre no ha recibido ni un beso de amor que constate su triunfo. Al final el cruel vas a ser tú, que le escatimas las mínimas expresiones de afecto pese a sus esfuerzos —le acusó Kinross.

Harding abrió la boca con el dedo índice en alto, preparándose una respuesta a la altura de su desahogo. Por desgracia, no existía en su vocabulario una palabra que pudiera encapsular la vergonzosa actitud de la que hacía gala.

—Voy a marcharme antes de rendirme a las tentaciones de darte un puñetazo.

—Te lo agradezco, porque no me apetece salir perjudicado —sonrió como un bendito, uniendo de nuevo las manos—. Yo solo soy un humilde colaborador; no vayas a echarme en el saco de tus enemigos, ¿eh?

—Eso ya lo veremos. —Y se dio media vuelta.

—¡Eh! —oyó que lo llamaba nada más salir del establo—. ¿Qué vas a hacer? ¡Harding! Harding... —Logró detenerlo agarrándolo del brazo. Nada más girarse con un grito en la punta de la lengua, se topó con su expresión solemne; solemne como no la había visto antes. Esto le inspiró a escucharlo a pesar de que la cabeza le daba vueltas y no sabía qué demonios pensar—. Escucha..., esa muchacha te quiere, y todo lo que ha hecho, por retorcido o sinsentido que se te antoje, se le ha ocurrido en un arrebato de desesperación, asustada por si te perdía a manos de otra mujer. Puedes no encontrarlo romántico, pero ni se te ocurra herirla con tu frialdad por haber intentado llamar tu atención. No se lo merece, ¿de acuerdo? Es más vulnerable de lo que piensas en lo que a ti respecta.

Harding se esforzó por no traslucir que había conseguido ablandarlo, en parte por lo insólito de la defensa. Para que Sonny Kinross abanderase una causa justa en lugar de agitar el pañuelo rojo en la cara del toro, el asunto debía de ser muy serio.

Le dio por imaginarse a Verity llorando entre sus brazos porque él había vuelto a despreciarla, por pintarlos tendidos el uno al lado del otro en la cama de la infancia, charlando como dos buenos amigos sobre las novedades del escurridizo Harding, y le costó tragar saliva.

A decir verdad, no sabía si lo encontraba romántico, manipulador o qué carajo pensaba al respecto. Todavía estaba intentando comprender cómo y por qué Verity juraba amarlo; incluso habiéndolo atestiguado con sus propios ojos, e incluso sin entrar en argumentaciones lógicas para justificarlo, le costaba encajar la noticia. Quizá porque prefería no saber cómo su cuerpo, su mente y su espíritu responderían a ella.

—Insisto, Harding... —decía Kinross—. ¿Qué vas a hacer?

Con la vista clavada en la ventana del dormitorio de Verity, respondió en tono abstracto.

—Nada que ella no quiera que haga.

Capítulo 14

Una de las ventajas de figurar en la lista de buenos amigos de la familia Cavendish-Kinross y de ser invitada a un coto privado, para colmo rodeada de buenos amigos, era que podía participar en la partida de caza como un hombre más. Tratándose de un evento anual que llevaban años disponiendo para deleite de parientes y allegados, quienquiera que hubiese estado en desacuerdo con que fuera convidada a la persecución del venado ya se habría acostumbrado —más por resignación que porque admirara su puntería, todo fuera dicho— a verla trotando sobre su semental con unos pantalones ajustados.

Porque era bien sabido que la señorita Verity Burton no hacía nada a medias. Ya que le prestaban un caballo rápido y un rifle y podía echar mano de los sabuesos de la propiedad para seguir las huellas de las presas, no iba a desaprovechar la oportunidad de calzarse una prenda masculina y escoger una silla de montar masculina que le permitiera estar completamente en igualdad de condiciones.

Guio a su corcel zaíno hacia el grupo de cazadores que aguardaba el momento de salida reunido a la entrada del bosque. Los perros ya estaban olisqueando el aire con impaciencia, mientras que los caballos parecían ajenos a la inminencia de los disparos y pastaban con las cabezas gachas, desinteresados en las conversaciones de sus jinetes.

Aunque todos vestían trajes similares —chaqueta de caza con patrón de *herringbone*, que favorecía el camuflaje, y discreto sombrero de ala corta—, no le costó localizar a Harding intercambiando unas palabras con el rubísimo conde de Royston. No se dio cuenta de que aguantaba la respiración al acercarse a ellos, pendiente de cómo su sonrisa suavizaba las líneas más duras de su perfil y cómo se distraía tanto hablando con el aristócrata que no se percataba de que acariciaba la base del rifle, apoyado como una amante amorosa contra su hombro.

La llegada de Verity produjo el acostumbrado alboroto, pero, como también se habían habituado a hacer tanto el conde como Kinross, procuraron apaciguar los ánimos y relajar los ceños fruncidos alegando que la señorita Burton era una excelente cazadora.

Harding fue el único que no hizo ningún comentario ni positivo ni negativo; que tan solo se limitó a mirarla de arriba abajo sumido en un silencio misterioso.

Verity se revolvió sobre la silla de montar, en la que se había sentado a horcajadas, al sentir la fijación de la vista del futuro barón recorriéndola desde los tobillos hasta el cuello, donde se le cerraba la chaqueta de tweed.

Estuvo tentada de devolverle la mirada con un interrogante claro: «¿A qué se debe su interés, señor Wargrave?», pero su actitud la descolocó de entrada y hasta tal punto que, para disimular, tuvo que concentrarse en responder los comentarios del resto de los cazadores con la sorna habitual.

El conde puso fin a una conversación que le incomodaba por su carácter burlón y especificó que, si todo marchaba sobre ruedas, esa noche se llevarían a Royston Place un botín de cinco venados; la mitad de los que les constaba que había en el coto privado. Sugirió que se separaran para evitar catástrofes frecuentes, como caballos chocando con otros caballos al galope o un fomento excesivo de la competitividad.

Verity agradeció esto último. La caza era una de sus actividades preferidas y le gustaría demostrar su manejo del arma sin tener que preocuparse de si un petimetre con ínfulas de

grandeza la minimizaba por el mero hecho de ser una mujer.

Al cabo de unos minutos, y con las normas ya establecidas, el pistoletazo de salida anunció el comienzo de la actividad y los jinetes se adentraron en el área boscosa de las tierras de Royston. Unos nervios positivos le hicieron cosquillas por todo el cuerpo, dibujándole a la par una sonrisa perversa en los labios. Inspiró hondo, empapándose los pulmones del aire helado y húmedo por el rocío de la mañana de principios de octubre. No hacía un día particularmente agradecido; un cúmulo de nubes plomizas llevaba desde el amanecer advirtiendo de sus intenciones de lluvia.

Verity odiaba el mal tiempo, y más odiaba mojarse, pero aun así arreó al caballo hacia el corazón del bosque.

Afinó los sentidos para ir familiarizándose con las formas y los sonidos del perímetro. Un molesto nudo en el estómago le impedía concentrarse del todo; ese nudo que llevaba ahí desde que Harding la despidió a las puertas de su dormitorio la noche anterior y que no dejaba de latir con insistencia, como queriendo decirle que el causante de su delirio andaba cerca. Tenía el extraño presentimiento de que podría cernirse sobre ella en cualquier momento ahora que la naturaleza de su relación, si así podía llamarse, había sufrido una ligera inclinación hacia el flirteo.

Y no era un flirteo inocente, porque mientras Rebecca Wargrave existiese, tendrían prohibido llevarlo a término. Era bien sabido que lo prohibido poseía un sabor especial.

Verity se rebeló contra este pensamiento apretando los labios y pagó su frustración apretando el mango del rifle con fuerza. Había soltado las riendas nada más perder de vista la salida del bosque y ahora blandía el arma con firmeza, preparada para disparar en cuanto atisbara un movimiento sospechoso. Y ese movimiento sospechoso llegó antes de lo previsto, pero no en la forma del temblor de un arbusto. Primero oyó el chapoteo de los cascos de un caballo sobre la cama de hojas embarradas, y luego el tintineo del rifle cargado al chocar con un hombro recio.

El corazón se le encogió al ver que Harding emergía de entre los árboles con una mano sobre las riendas y la otra sujetando el arma. Montaba erguido y seguro de sí mismo, con la misma expresión de apacible indiferencia con la que se enfrentaba a las actividades que no le complacían especialmente; cosa rara en él, porque le constaba que era buen tirador. Esa había sido una de las preocupaciones de Clarissa cuando su marido fue susceptible de que el honorable hijo del barón lo retara a duelo.

Tenerlo más cerca le permitió apreciar la escandalosa manera en que la chaqueta de tweed se entallaba en su estrecha cintura, diseñada para la ocasión con coderas y hombreras de gamuza que acentuaban las líneas afiladas de un torso y unos brazos masculinos. El chaleco que se insinuaba debajo, con múltiples bolsillos a los que no había dado uso aún, realzaba la forma de uve de su cuerpo. Ni los pantalones de montar ni las polainas de cuero se esforzaban por disimular el volumen de sus muslos.

—Señorita Burton —la saludó en tono lánguido, invitando a su caballo a rodearla como si necesitara hacerle un reconocimiento para averiguar si era o no de fiar—. Me extraña verla tan parada y silenciosa. Habría jurado que, para usted, la caza sería una actividad más... dinámica.

—Usted sabrá tan bien como yo que, para llegar a ese dinamismo, primero hay que estudiar el terreno. Esto exige el cultivo de la paciencia —contestó, procurando no delatar su estúpido nerviosismo. ¿Dónde había una botella de brandy cuando se la necesitaba?—. Debemos esperar a que la presa aparezca.

La mirada de Harding apuntaba al suelo cuando esbozó una sonrisa para su coleto. A Verity no le dio tiempo a ofenderse con el aire condescendiente de su expresión, porque enseguida alzó la vista para mirarla de reojo.

—Pero apuesto a que, si no viene, usted es partidaria de ir en su busca.

—Claro... —murmuró, extrañada por el aire enigmático que le rodeaba—. Para eso tenemos a los sabuesos. Para seguir las pistas.

—No esperaba menos que un gran consejo viniendo de la mejor cazadora de todos los tiempos —comentó él en tono divertido, aunque con un fondo de provocación—. Creo que va a ser difícil vencerla en su propio juego, pero no voy a rendirme con facilidad.

Verity se enderezó, no muy segura de si estaba flirteando con ella o, una vez más, recalcaba la baja opinión que le merecía su éxito con el público masculino.

—Me alegra que no se desanime, señor Wargrave. Usted vino con una ventaja de nacimiento, no crea que no; el hombre es el perseguidor por antonomasia, el depredador de la naturaleza. Yo solo he seguido sus pasos para convertirme en lo que soy.

—¿Lo que es? —La invitó a especificar.

—La mejor cazadora de todos los tiempos. ¿No es así como ha llamado? —Enarcó una ceja con intención sugerente, aferrada a las riendas con fuerza para desahogar su histerismo.

—Así es. —Al cabecear, un mechón rubio resbaló por su frente—. Aunque no le estaba atribuyendo una maestría en lo que a la caza de ciervos respecta. Por lo que se ha visto, su presa favorita es el hombre común.

Verity vio un brillo peligroso en sus ojos que la incitó a levantar el rifle y apuntarlo con una media sonrisa traviesa. El arma no estaba cargada aún.

—En ese caso, a lo mejor debería apartarse de mi camino, señor Wargrave.

Él levantó las cejas con aire divertido y reactivó la marcha del caballo para que diera una vuelta alrededor de Verity. Redujo significativamente la distancia entre los dos, y, como siempre, su cercanía la hizo vacilar.

—A lo mejor debería ser usted la que se apartara de mi camino —dejó caer, mirándola con fijeza—. Lo ha descrito antes de maravilla. El hombre es el perseguidor por antonomasia; el depredador de la naturaleza. Los que parecen inofensivos simplemente se hallan en período de hibernación. Pero, cuando despiertan, tienen tanta hambre que se comen lo primero que atrapan entre sus garras.

Verity no se movió del sitio y tragó saliva antes de responder para evitar un tartamudeo vergonzoso. No perdía de vista que estaban a solas en las entrañas del bosque; la propagación del eco de sus voces indicaba que no había ningún otro cazador en las proximidades.

—En eso se diferencian los machos de las hembras, entonces. Una mujer es bastante más selectiva cuando busca... —carraspeó— alimento.

Harding detuvo al caballo tirando de las riendas cuando iba a pasar por el lado de Verity.

Las monturas quedaron alineadas paralelamente, y sus jinetes se miraron de perfil.

—¿Ah, sí? —se fingió sorprendido—. ¿Cuáles son sus criterios? ¿Que esté tierno? ¿Que tenga buen sabor? ¿Que no se resista, quizá? —Sus ojos se convirtieron en dos verdosas líneas del horizonte—. ¿O que sea un desafío el proceso de darle caza?

—¿Una mezcla de todo? —balbuceó al ver que llevaba demasiado tiempo callada.

Su actitud la estaba confundiendo. No sabía si celebrar lo que creía intuir en su interés por acorralarla o temer su propósito.

Se callaron al oír el trote de una de las presas. Se trataba de un glorioso venado que aún no habría entrado en la edad adulta. Su cornamenta aún se reducía a unos graciosos cuernecitos afilados, como los de un aprendiz de diablillo. Verity casi se olvidó de Harding y de la conversación observando el reflejo brillante de su pelaje aún rojizo. En invierno, el pelo de los ciervos se engrosaba y endurecía y mutaba a un marrón grisáceo para protegerlos de las bajas

temperaturas, pero apenas había entrado el otoño y todavía conservaba su precioso traje veraniego.

Se le escapó una sonrisa colmada de ternura al ver que la torpe criatura no huía al verlos allí parados, armados con sus rifles mortales y de pie junto a las bestias cuadrúpedas que podrían espolear para matarlo en una persecución. Así de inocente era aún.

Se giró hacia Harding y vio que él, pese a haber desmontado a la par que ella, tampoco manifestaba la menor intención de hacerle daño. Ni siquiera había puesto la mano en el mango del arma. Observaba al ciervo con la expresión benevolente que se reservaba a los niños y a los cachorros.

—Es demasiado joven —murmuró Verity.

Harding se giró hacia ella y la miró largamente antes de agarrar el rifle con firmeza y apuntar en la dirección del ciervo. Verity intentó detenerlo, primero con la palabra, luego arrojándose sobre él para desviar el cañón del arma. Pero no consiguió evitar que Harding disparase al punto que se había propuesto, que no era el animal, sino el tronco del árbol bajo cuya sombra se refugiaba.

El instinto de supervivencia del ciervo entró en juego instándolo a huir de inmediato.

El disparador bajó el rifle y lo apoyó contra el suelo antes de girarse hacia ella, alto como un campanario, poderoso como un titán; ajeno a todo según los músculos relajados de la cara, pero dolorosamente consciente de la proximidad de la joven según el fulgor peligroso de sus ojos entrecerrados.

—No tenía de qué preocuparse, señorita Burton. Todavía no llego al extremo de matar a una criatura inocente solo para quedarme a solas con usted.

Su declaración de intenciones la hizo retroceder un paso aun cuando su corazón clamó por un acercamiento. Era la eterna e incomprensible encrucijada a la que se enfrentaba cuando él andaba cerca: necesitaba poner distancia y también borrarla para siempre.

—¿Por qué querría quedarse a solas conmigo? —balbuceó con los nervios a flor de piel.

—Para competir, ¿o no es eso lo que hemos venido a hacer esta mañana? Se sabe quién gana en una partida cazador-presa, pero ¿y cuando los dos somos cazadores?

A la señal de un trueno que partió el cielo, las nubes preñadas de humedad descargaron unas primeras gotas de preparación antes de que la lluvia tomara el control de la situación.

Si se hubiera tratado de una suave llovizna, la caza no se habría suspendido, pero la caída de sapos y culebras no tardaría en convencer a los participantes de agarrar a sus caballos y regresar a Royston Place a la mayor brevedad. La montura de Verity, inquieta por la tormenta que se había desatado en un momento, siguió una orden que ni siquiera le habían dado: se despidió de su jinete con un relincho angustiado y echó a correr en solo Dios sabía qué dirección.

—¡Mierda! —exclamó Verity, dando un paso inútil hacia las huellas que había dejado en el barro.

Apretó los labios, contrariada. A falta de una alternativa, se refugió bajo la copa de un árbol. Se llevó una mano a la cabeza y maldijo de nuevo para sus adentros. El peso del agua había vencido la sujeción de las agujas y ahora el moño era más bien un semirrecogido.

Miró a todas partes excepto hacia la que quizá le habría convenido más: la del depredador que fue hacia ella, ya empapado y sin rifle, pero con dos manos que podrían causar peores daños. No le quedó otro remedio que alzar la barbilla hacia Harding cuando la obligó a retroceder hacia el tronco para que los dos cupieran bajo las ramas más gruesas del árbol. El corazón le dio un vuelco al fijarse en sus pestañas empapadas, en el goteo sugerente de los mechones que se le habían pegado a la frente, en el modo en que el agua le había afinado los pómulos y la mandíbula

dejando un rastro transparente en su piel.

Verity no se atrevió a mover un músculo cuando Harding apoyó una mano contra el tronco y, con la otra, le fue quitando una a una las horquillas que todavía intentaban sostener su melena. Una vez se convenció de que no sucedería nada terrible si lo miraba a los ojos, no pudo apartar la vista de su cara de concentración al realizar la tarea, casi como si estuviese dando las pinceladas más delicadas a su obra maestra. Las iba arrojando al suelo sin contemplaciones, como queriendo asegurarse de que no volvía a recogerse el pelo jamás; así, su melena más mojada que solo húmeda, terminó cayendo sobre sus hombros y su espalda.

Todavía tan pendiente de su tarea que la concentración le había entreabierto los labios, Harding fue peinándole los mechones con los dedos. Solo cuando consideró haber acabado, le apartó de las mejillas los rizos que intentaban ocultarla del mundo y se reclinó hacia atrás para admirar el resultado.

—Deberíamos volver a Royston Place —tartamudeó Verity. Rogó al cielo para que pareciese que se debía al frío y no al histerismo—. Ya no... ya no vamos a cazar nada.

Una sonrisa se fue abriendo paso lentamente en los labios de Harding, más jugosos ahora que el agua los había teñido del brillo del rocío.

—¿Quién ha dicho eso? —replicó en voz baja. Curvó la mano sobre la mejilla de Verity y ladeó la cabeza hacia ella. Sus ojos se habían convertido en una fina línea verde, tan verde que competía con la belleza natural de la vegetación del bosque—. Yo estoy viendo ahora mismo un botín por el que se me podría llegar a coronar rey del mundo si cruzara el umbral de la casa llevándolo entre mis brazos.

Pensó que el corazón se le saldría del pecho.

—No... no t-t-tendría ningún mérito. No me ha perseguido; solo m-me ha... acorralado.

—Coincido en que no tendría ningún mérito, pero no porque yo no me haya esforzado, sino porque usted se ha entregado sin reservas —contraatacó con una vaga sonrisa—. No sé si frustrarme porque no haya opuesto resistencia cuando uno de sus múltiples encantos es la persecución eterna a la que condena a sus cazadores o si, por otro lado, sentirme halagado porque conmigo renunciara a la fuerza. ¿Qué hago, señorita Burton? —Avanzó el último paso e inclinó la cabeza sobre su hombro para besarle el lateral del cuello y barrer con la lengua una gota que corría piel abajo. Verity emitió un sonido de animal herido e hiperventiló entre sus brazos; más aún cuando Harding ronroneó en su oído—: La verdad es que no sé si quiero compartir mi captura con el resto.

—Creo que debería... —se obligó a tragar saliva, tan nerviosa que no podía respirar— alejarse; dejarme en libertad, y...

—¿Sin probar primero un bocado? —protestó, fingiendo un tono desolado, y aprovechó que había apoyado los labios contra el lóbulo de su oreja para propinarle un mordisco en el punto donde el mentón empezaba a afilarse.

Verity gimió en voz alta y levantó la mano para agarrarse al pañuelo que envolvía el cuello de Harding, no supo si para atraerlo más o apartarlo definitivamente. Se decantó por lo segundo para sobrevivir a las emociones que la estaban avasallando. La había pillado con la guardia baja; no estaba preparada para algo así y la aterraba su propia reacción. Tiró de él hacia un lado con impaciencia para tomar una bocanada de aire que no estuviese contaminado por su dulce aliento.

Lo vio humedecerse los labios, mirándola todavía con ese rastro hambriento que había revolucionado su cuerpo.

—La presa se resiste —comentó con languidez informativa—. A las mujeres no se las puede atar como se ata a las bestias para que dejen de revolverse, así que tendré que utilizar otra técnica

para convencerla de rendirse. Apuesto a que esta no la conocía.

Harding le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí para hacerle una valiosa demostración. En ese efímero pero delirante segundo que tardó en pegarla a su cuerpo, el vértigo atroz de un deseo para el que ningún ser humano habría estado preparado paralizó a Verity y la convenció de que su vida se precipitaría al vacío si sus labios la tocaban.

Lo frenó justo a tiempo poniéndole las manos en el pecho, a lo que él enarcó una ceja más burlona que decepcionada.

—Vaya... —Chasqueó la lengua—. Parece que malinterpreté sus intenciones, señorita Burton. Pensaba que esto era lo que usted quería, pero ya veo que me equivocaba. Estamos ante uno de esos casos de «mucho ruido y pocas nueces» que claman al cielo.

Escarmentada por su tono condescendiente, la joven retrocedió tan rápido que quiso la mala suerte que se le torciera superficialmente el tobillo al pisar terreno inestable. Gimió, más por la sorpresa que por el dolor, y se apoyó con una mano débil en el tronco del árbol que seguía protegiéndolos de la lluvia.

La expresión intimidante de tan cautivadora de Harding mutó a una de preocupación al verla agacharse para intentar agarrarse el tobillo. Verity vio que pretendía avanzar un paso y lo detuvo alzando la mano y lanzándole una mirada cargada de odio, pero de odio hacia sí misma por no haber sabido afrontar sus propias pasiones.

—¡No se acerque un paso más!

—¿Y cómo pretende que la asista si se ha hecho daño? —Harding meneó la cabeza—. Al menos deje que la ayude a subirse al caballo y a llevarla de vuelta a Royston Place.

Aunque había tropezado de un modo aparatoso, Verity había gritado más por el susto que porque estuviera herida. Dudaba que aquello pudiera considerarse un esguince, pero estaba tan sobrepasada por lo sucedido que no impidió que Harding agarrase las riendas de su caballo y la tomara por la cintura para colocarla abierta de piernas delante. Él no tardó en ayudarse del estribo para tomar asiento detrás, tan peligrosamente cerca que Verity no supo si maldecir a su semental o agradecerle que se hubiera escapado.

—¿Se encuentra bien, señorita Burton? —le preguntó en voz baja.

Aquel tono se parecía más al que conocía de Harding, el hombre a veces distante de tan caballeroso.

Verity apretó los ojos cerrados y descargó un grito rabioso para sus adentros, conmocionada por un comportamiento propio que no acertaba a entender. Era cierto que nunca había besado a un hombre, que nunca se le había acercado tanto, pero no era posible que una mujer temiera más allá del sentido común algo que se le iba la vida deseando.

¿O sí lo era?

¿Cómo se ponía a salvo una persona de las devastadoras consecuencias de la pasión? ¿Era acaso sacrificarlas por entero la única manera de mantenerlas a raya, de no sucumbir al pavor de cumplir los deseos más íntimos, más profundos?

—¡No! ¡No estoy bien! —le espetó cuando él ya no tenía la menor esperanza de que contestara.

Giró el torso tanto como se lo permitió la cintura y, decidida, se agarró al hombro de Harding para encontrar un punto de apoyo que la dejara girarse con torpeza. Tuvo que echar mano de músculos desconocidos hasta el momento y de una habilidad que parecía innata.

—¿Qué demonios hace? —jadeó él, observando, perplejo, la maniobra suicida que llevaba a cabo para enfrentarlo.

Sentada ya de lado con las piernas colgando, puso a prueba su flexibilidad levantando una de

ellas para volver a colocarse a horcajadas, solo que esta vez a espaldas de la marcha y poniendo irremediablemente la parte trasera de sus muslos sobre los de un pasmado Harding. A este no le había dejado otra opción que ayudarla a operar, para lo que había tenido que poner las manos en su cintura.

Verity respiraba con dificultad cuando lo miró a los ojos.

—¡No soy «mucho ruido y pocas nueces»! —le aclaró de mal humor.

El futuro barón pestañeó una vez.

—Vale —respondió con una razonable extrañeza hacia su arrebato.

—¡Ni tampoco... tampoco...! ¡No soy tímida!

—De acuerdo.

—Mi carácter no es una puesta en escena, ni es... ¡Yo no finjo nunca! —Se lo pensó mejor al recordar qué los había traído hasta allí: el presunto cortejo de Sonny—. ¡Casi nunca! ¡No finjo lo que siento, ni lo que pienso, ni... ni le miento!

Harding había empezado a ablandarse. Lo notó en sus esfuerzos por mantener a raya una sonrisa.

—Muy bien.

—¡Y yo...! —Se le quebró la voz al desviar la mirada sin querer a los labios entreabiertos de Harding, que la estaba mirando y escuchando como si esperara que lo deslumbrara con un discurso. Pero la coherencia quedaba muy lejos de sus facultades. Las palabras se le atascaron en la garganta y lo único que salió de su boca al ser consciente de que estaba casi sentada sobre él y a distancia crítica de su rostro fue un jadeo histérico—. Yo... yo... yo... —Tuvo que tragar saliva cuando sintió que iba a llorar, pero ninguna técnica represora bastó para contener el acceso de emoción que le humedeció los ojos. Verity le cubrió el rostro con las manos, aquel bello rostro que le inspiraba sentimientos que no le habría sido posible experimentar de ninguna otra manera, en ningún otro mundo, con ningún otro hombre, y cerró los párpados un segundo—. Por favor, dame ese beso —le rogó con un hilo de voz—. Lo quiero. Lo necesito.

El estómago se le encogió agónicamente cuando abrió los ojos y se topó con una expresión que solo podía describirse como tenebrosa. Pero en esa oscuridad se agazapaban emociones similares a las que estaban arramplando con Verity; lo vio en el modo en que se le desencajó la mandíbula y envolvió con determinación la muñeca de una de las manos con las que le estaba cubriendo la cara.

Harding se acercó muy despacio con los ojos casi cerrados, la boca entreabierta y el ceño levemente fruncido, como si todavía no hubiese decidido si era o no peligroso concederle su deseo. Tuvo que determinar que lo era y que no le importaba nada ya, porque la frente se le arrugó del todo un segundo antes de besarla.

Un gorjeo aliviado salió de Verity nada más notar la presión de su boca, que empezó siendo dulce y persuasiva para habituarse a un contacto inesperado y muy poco a poco se fue transformando en un beso con todas las de la ley; un beso que requería de cuantas herramientas y movimientos poseía la boca para conquistar la del otro, para sacar de ella toda la habilidad dormida y extraer el sabor hasta el momento inexplorado.

Verity sintió que él le rodeaba la nuca con la mano y ladeaba la cabeza antes de atraerla más hacia sí. Decidió tomarse una confianza similar deslizando las palmas por su cuello, llevándose el pañuelo por delante, e introduciendo los dedos en el hueco que dejó la camisa una vez quedó a la vista. El caballo seguía caminando con tranquilidad, ajeno a la lluvia y a la pasión desatada sobre su lomo, pasión que iba *in crescendo* conforme ella iba interiorizando y replicando el ritmo que él marcaba con la sinuoso invasión de la lengua.

El foco de calor que la provocadora conversación había activado se intensificó de un modo insoportable.

Verity siguió su instinto echando las caderas hacia delante, y Harding, que debía de entender su cuerpo mejor que ella misma, la agarró por las nalgas para prácticamente sentarla sobre él. La tela del pantalón y la ausencia de prendas debajo del mismo no consiguió mermar el roce del bulto que notó bajo su sexo, abierto de un modo descarado, y que instintivamente interpretó como una buena señal. Verity se agarró a la estrecha cintura de Harding y se sirvió de ese apoyo para moverse sin vergüenza sobre su erección, imitando la seductora cadencia de los besos que él parecía incapaz de detener.

Lejos de frenarla o reprenderla por su libertinaje, la agarró de uno de los cachetes y la pegó más a su miembro mientras hundía los dedos de la otra mano en su cabello cobrizo.

—Lo siento... —jadeó ella cuando tuvo que separarse para respirar.

Pegó la boca entreabierta a su mejilla y la besó con fervor sin dejar de mover las caderas. Repartió besos por todo su rostro, por la línea del mentón, y cuando los labios no le bastaron empleó los dientes; no tuvo miedo de morderle el lóbulo de la oreja, la carne que no sobraba a la altura de la mandíbula.

—¿Qué sientes? —respondió él igual de alterado. Cerró el puño que contenía su melena para mantenerla así, pegada a él, y gruñó en voz alta, pero no era un gruñido de queja por su violencia sino de puro gusto.

—Todas las veces que he pensado... que he temido... que fueras muy decepcionante —reconoció con un hilo de voz—. No era absurdo dar por hecho que, por razones de... de justicia, de... equilibrio universal, un hombre tan bello no podría ser también... buen amante.

Harding intentó reírse, pero el deseo le había atravesado la garganta con una flecha. En lugar de contestar, tiró de las riendas del caballo para que aligerara aún más la marcha, para que se detuviera si fuera necesario, y volvió a tomar la boca femenina.

Su fervor desesperado despertó un instinto feroz dentro de ella. Abandonó todo pensamiento y se aferró con aún más fuerza a su cuerpo, como si alguien estuviese tratando de apartarla, y solo interrumpió los besos húmedos cuando él quiso lamer las gotas de su cuello. Introdujo una mano impaciente en la chaqueta de tweed y sorteó la molestia de la camisa para agarrarle uno de los senos con la mano y masajearlo despacio.

—Sí... —jadeó Verity. Le rodeó la muñeca y la empujó hacia su esternón para que no osara detener la caricia—. Tócame.

—¿Estás segura de que nunca has hecho esto?

—Tantas veces en mis sueños... —reconoció en pleno delirio— que es como si me reencontrara contigo.

Harding premió su confesión repartiendo besos y pequeños mordiscos por toda su cara con el mismo afán caníbal que a ella la había dominado y que la hacía manosearlo sin compasión, ya toda prudencia y pudor perdidos. Aún no se había hartado de explorar su torso endurecido cuando introdujo la mano temblorosa bajo su propio sexo para sentir el calor de su erección.

—Verity... —la advirtió él con un gruñido—. Estate quieta.

—¿Por qué? —musitaba ella con los ojos cerrados. Notaba una presión dolorosa en el bajo vientre, un ruego de liberación. Trataba de sofocarla y saciarse frotando su miembro erecto con la palma—. Harding, por favor... Hazme el amor.

Él deslizó la punta de la lengua hacia su oreja, contra la que habló con voz de ultratumba.

—Sabes que no puedo hacer eso —dijo, y acto seguido le besó el lóbulo.

—Sí puedes. Sí puedes —gimoteó, fuera de sí—. Yo te lo permito. Te lo suplico, incluso.

Harding se separó para mirarla a los ojos, y no en busca de una confirmación no verbal, sino por el placer de recrearse en su expresión arrasada por las ansias. Sabía que tenía los ojos llorosos porque le escocían, y distintos puntos de la cara le palpitaban por culpa de la presión de los dientes del futuro barón.

Él le rodeó el mentón con una mano posesiva y, sosteniéndole la mirada, introdujo la otra en el pantalón, directamente entre sus piernas. Deslizó dos yemas por la hendidura de su sexo empapado con una lentitud tan gloriosa como tortuosa. Lo vio apretar los dientes con la mandíbula casi desencajada; ella, al borde del éxtasis, se revolvió al notar el agradable frescor de sus dedos contra una parte de su cuerpo que ardía.

—¿Cómo puedes estar así, por Dios? —masculló Harding—. Si solo te he... —No terminó la frase con palabras, sino introduciendo en su cuerpo el anular y el corazón. Verity gimió en voz alta, con los ojos muy abiertos, y se aferró a los hombros masculinos—. Mujer, eres... —Le costaba acabar las frases, pero su mirada ensombrecida se lo transmitía todo; casi tanto como la alternancia de movimientos verticales y circulares en el interior de su sexo—. Mira lo que me obligas a hacerte.

—Sé que esto no es todo lo que se puede hacer —balbuceó Verity—. No me tomes por... por tonta.

Harding aprovechó que la tenía sujeta por la articulación de la mandíbula para echarle la cabeza hacia atrás y hablarle con la boca casi pegada a la de ella.

—¿Y por qué quieres que te tome? —replicó en tono seductor—. ¿Eh?

—Por tu amante —dijo sin pensar. Y no se arrepintió tras proclamarlo; solo lamentó haberse dejado llevar porque él detuvo el movimiento un instante para mirarla con fijeza.

—No es tu razón lo que habla ahora mismo.

—Te puedo asegurar que te lo repetiría aun si quitaras las manos de mi cuerpo; incluso si tú estuvieras en la Línea del Ecuador y yo en la latitud inmediatamente paralela.

Él se limitó a contemplarla un instante con la respiración suspendida antes de tomar una decisión. Le hizo la primera advertencia en tono suplicante de la historia de la humanidad; la única advertencia que rogaba por una clemencia que no iban a tener con él.

—Vas a convertirme en algo que no soy, *Witch*. En un hombre sin honor.

—Muchos coincidirían en que no existe mayor honor que acostarse conmigo.

Vio aflorar una sonrisa traviesa en sus labios que la curó del mal del amor no correspondido. Harding dejó que fueran sus besos los que hablaran zambulléndose en su boca una tercera vez, y con el propósito de satisfacer lo que ella le había pedido. Sabía que eso no era hacer el amor, pero la besó de un modo tan inmoral y perverso, como si se la quisiera comer, que sintió que no podría seguir aguantando y estallaría.

Ya no podía respirar. Cuando no le arrebataba el aliento por arriba, lo hacía por abajo con la hábil fricción de sus dedos, que había retomado de manera implacable para ponerle la cabeza del revés. Casi parecía que pretendiera vengarse de ella por hacer de su honorable señoría poco más que un pirata pendenciero. Verity tuvo que echar la cabeza hacia atrás por mera supervivencia, sin saber ya cómo moverse para liberar aquella tensión paralizante a la par que deliciosa. Harding se lo permitió ahora enrollando los dedos en la melena. Sostenía así la cabeza a una mujer que debía parecer al borde del desmayo, y solo para admirarla con la clase de hambre que no se saciaba jamás. Ella apenas podía mantener los ojos abiertos, pero a través de una rendija vio que él luchaba sin apenas fuerzas contra un instinto invencible.

Hasta que este lo derrotó y, con una impaciencia asalvajada, Harding se llevó la mano hacia uno de los bolsillos del chaleco para extraer una pequeña navaja. Con la respiración alterada de

fondo y la caída de una lluvia de la que ni eran conscientes ya, refugiados como estaban en el sensual bochorno de sus cuerpos, utilizó la hoja afilada para rajar la costura del pantalón de Verity. Ella agachó la cabeza para contemplar, sin saliva en la boca y el corazón latiendo a un ritmo desaforado, que Harding se deshacía de un tirón del lazo que mantenía en el sitio sus propios pantalones y sacaba a la luz un miembro duro e inflamado.

Verity empezó a hiperventilar y se abrazó con fuerza a su cuello para facilitarle que la alzara por las caderas y la hiciera resbalar muy despacio por su erección.

No pudo comparar la sensación con nada previamente experimentado. Le pareció que estaba en un sueño borroso por la nube intoxicante del deseo y que a su cuerpo le había faltado una pieza hasta que él no estuvo encajado en sus caderas.

Harding gruñó con los dientes apretados y, con los dedos hundidos en sus nalgas, la instó a permanecer ahí quieta, dejando que fuera el suave trote del caballo, que había reanudado el paseo con calma, el que la hiciera mover las caderas.

—Sí... —gimoteó ella—. Sí... Harding...

—¿Te duele? —susurró él contra su oído.

No sabía por dónde abrazarla. La sujetaba por la cintura, después volvía a rodearle los cachetes, y luego la agarraba de la melena suelta. Su nerviosa indecisión la excitaba más aún; creía ver en ella el anhelo desbordante e imposible de poseerla por entero.

—No... No me duele... Me... Harding...

—Maldita seas, Verity Burton. Deja de decir mi nombre. Déjame vivir.

Pero fue él quien no la dejó ni descansar. No le dio una tregua de besos y caricias atrevidas ni siquiera cuando el estremecimiento brutal que solo podía ser el orgasmo la partió como un rayo. Harding esperó a que ella se hubiera recuperado de la breve pérdida de conciencia que venía con un clímax frenético para continuar satisfaciendo sus deseos, los que había manifestado y los que no sabía que sentía, solo que esta vez en tierra firme.

Verity no recordaría cómo la bajó del caballo y la obligó a tenerse en pie con las rodillas temblorosas hasta que él desmontó y pudo tenderla sobre la hierba. No recordaría cuándo dejó de llover y cuándo salió el sol de nuevo. No recordaría apenas cuántas veces seguidas le hizo el amor sin intercambiar una sola palabra, como si el demonio lo hubiera poseído.

Solo recordaría la jornada de caza del año cuarenta y cinco como el día que Harding Wargrave la reclamó como suya.

Capítulo 15

Resultaba que el honorable Harding Wargrave no era tan honorable. Tampoco tan especial. Al igual que el resto de los especímenes masculinos que bailaban al son de la polca aquella noche festiva, se doblaba ante los encantos de la señorita Burton; resultaba que domesticarlo a su placer le había tomado a la joven tan solo un par de palabras más de lo habitual.

Todavía no podía creerse el riesgo al que había expuesto a Verity haciéndole el amor al aire libre. Por culpa de su impaciencia podría haber agarrado una pulmonía, y había sido cuestión de suerte que una partida de invitados preocupados por su ausencia no saliera en su busca para acabar encontrándolos desnudos y retozando como animales sobre la hierba mojada.

Si lo pensaba, perdía la sensibilidad en las manos y se le formaba un nudo de angustia y de aterradora pasión en la garganta. Verity habría echado a perder su propio honor y el de toda su familia porque Harding no había sabido contenerse. Y, sin embargo, no podía arrepentirse del mismo modo en que no podría sentirse culpable por haber sido agredido por un monstruo más grande, más fuerte, más preparado para la adversidad y la violencia que él.

La fuerza sobrenatural que había demostrado ser el deseo lo había sometido simplemente chasqueando los dedos.

—Te noto diferente —señaló Rebecca. Harding tardó en apartar la maraña de sus pensamientos para dirigirle una mirada a su hermana, que llevaba un buen rato de pie a su lado. Ahí donde él reflexionaba y se maldecía en secreto, ella observaba el vuelo de las faldas en movimiento con envidia. Todavía no la habían sacado a bailar a excepción de su hermano mayor. Se estaría consolando con la excusa de que la velada organizada por Royston en su salón había comenzado hacía solo media hora—. No será que te has acatarrado por haber pasado más rato de la cuenta bajo esa lluvia agresiva.

—Me he dado un baño en cuanto he llegado para drenar el frío de los huesos.

—¿Entonces? —insistió con una ceja enarcada—. ¿Tan impactante ha sido quedarte a solas con la señorita Burton en el bosque? No creas que no te entendería; yo tampoco me recuperaría con facilidad de una experiencia semejante.

Él no se recuperaría ni con facilidad ni sin ella.

No se recuperaría nunca.

Algo le había hecho esa mujer con sus palabras, con su desgarradora necesidad y su entrega sin reservas. Hasta el momento, Harding no había recibido nada parecido al regalo único que era la confianza plena de una mujer a la que no le importaba quedarse en inferioridad de condiciones. Porque ahora, lamentablemente, Verity Burton estaba en inferioridad de condiciones. No solo respecto a él, que podía disfrutar del sexo cuanto quisiera y con quien quisiera sin que nadie le mirase por encima del hombro —privilegios masculinos—, sino con respecto de sus compañeras casaderas, que todavía conservaban esa virtud intacta que era indispensable como moneda de cambio para formalizar un matrimonio.

Verity no era estúpida y sabía con exactitud a lo que se expondría, las consecuencias que acarrearía su desacato inmoral, y, aun así, había querido seguir adelante.

—¿Harding? Te has vuelto a distraer —insistió, más preocupada que molesta porque la ignorase. Rebecca le puso la mano en la frente—. Estás caliente, pero no sé si tanto como para decir que son fiebres. La verdad, hermano, es un milagro que la tormenta no te haya forzado a guardar cama. Al cabo de las cuatro horas de desaparición, el conde de Royston ya había dado

por hecho que la señorita Burton y tú habíais muerto en un trágico accidente. Menos mal que cada uno apareció por su lado, o te habrían obligado a casarte con ella. —Se le escapó una carcajada incrédula—. ¿Te imaginas? Eso sí que habría sido un trágico accidente. «Verity Wargrave» ni siquiera suena bien.

Harding se reservó su opinión sobre la idea de ponerle su apellido a la señorita Burton. Opinaba que era justo, cuando no directamente necesario para la supervivencia, que un hombre tuviera secretos. No solo para proteger a las partes involucradas —sobre todo cuando las partes involucradas se odiaban—, sino para que las valoraciones externas, que no dudaba que serían crueles, no corrompieran cómo se sentía él acerca de lo ocurrido.

—Veo que insistes en preservar tus odios intactos. No has reflexionado sobre lo que te dije acerca de los beneficios del perdón —comentó Harding con la mirada perdida en el fondo del salón.

No dejaba de jugar con el reloj de bolsillo que le colgaba del chaleco, una prenda forrada por dentro para ayudarle a preservar el calor del cuerpo tras el frío al que en teoría había estado sometido. Nadie podía sospechar que llevaba el sello del sudor de Verity estampado bajo las prendas; que él mismo seguía sudando por dentro y no conseguía domesticar el codicioso afán por buscarla y volver a hacerla suya. Había cierta erótica en el hecho de conocer el cuerpo de una dama que aparecería recatadamente tapada del cuello a los pies, y ni hablar de lo morboso que se le antojaba guardar un secreto de tamañas proporciones.

—Con lo inteligente que eres, Becks... —prosiguió tras carraspear para librar a su voz de una ronquera delatora—. Si hubieras superado tus rencores, ahora podrías estar bailando con un joven casadero gracias a los expertos consejos de la señorita Burton.

—¿A qué viene eso? ¿Ahora quieres que finja ser su amiga para sacar rédito de su experiencia?

—Quiero estar tranquilo y en silencio —la cortó, cerrando los dedos crispados en torno al reloj.

El demonio del deseo lo tenía por entero poseído y no conseguía parar quieto, concentrarse en una conversación o solo una de sus múltiples líneas de pensamiento. No veía a Verity por ninguna parte y sospechaba que no podría respirar en paz hasta que confirmara que ella tampoco había enfermado, ni de salud ni de bochorno, por sus actividades ilícitas.

Pero eso no era todo.

Con las devoradoras ganas de volver a verla se mezclaba la culpa. Sus motivaciones al acercarse a la joven no habían sido honestas, si bien tampoco planeó acabar enterrado en su cuerpo; tan solo provocarla lo suficiente para que admitiera albergar sentimientos por él y así Harding pudiera decirle que estaba al corriente de la absurda gamberrada que Kinross y ella habían tramado a sus espaldas. Luego había pensado en exigirle que le explicara qué pretendía con exactitud, pero al final había hablado mucho menos de lo previsto, y nada de lo que había dicho podría repetirse en un salón lleno de gente.

Cerró los ojos cuando lo invadieron las imágenes recientes.

Había sido asombroso que una mujer tan joven y aún virgen no se horrorizara porque un hombre le quitara la ropa a dentelladas; que no solo no temiera ni al instinto propio que no dejaba de susurrarle propuestas indecentes al oído, sino que obedeciera sus sugerencias manoseándolo con impaciencia.

Si le había cabido la menor duda de que la señorita Burton lo amaba, esta se había disuelto al contemplar el júbilo en su expresión al acoger la envergadura de su miembro. Solo el amor por mucho tiempo contenido y su espera paciente eran capaces de convertir el apetito sexual en un

hambre insaciable y desproveer por completo el acto amoroso de tintes mórbidos.

—Vas a romper el reloj —señaló Rebecca, mirando, ceñuda, hacia una de sus escasas herencias paternas.

Harding bajó la barbilla y confirmó que se le marcaban las venas de la mano de tanto apretarlo. Tuvo que ser precavido al ir relajando la tensión acumulada y moderar su sorpresa al ver que se había dejado la marca de los dedos en las palmas.

—Honorable señorita Wargrave —intervino un risueño Kinross. Justo a tiempo. Le tendió la mano a Rebecca con un ánimo admirable; ateniéndose a su historia (la de la pescadilla que se mordía la cola), era más que probable que la joven le hiciera un desplante humillante, pero ahí estaba él un día más, tratando de ganarse una oportunidad—. ¿Me concedería el siguiente vals?

—Lo siento. Me duelen los pies —respondió sin ni siquiera mirarlo.

—No será de tanto bailar —replicó Kinross, todavía con la mano extendida. Era un símbolo claro de que su puerta siempre estaba y estaría abierta, y de que no se tomaba sus rechazos como algo definitivo.

Rebecca le reprochó su descaro con un vistazo fulminante.

—Tampoco veo yo que a usted se lo rifen como compañero de danza.

—Por eso no me quejo de que me molestan los zapatos y acepto a cuanta dama gentil se me aproxime con intenciones honorables.

—No he visto yo a ningún gentilhombre con intenciones honorables en mis proximidades. Solo a un tipo con más cara que espalda.

—¿Y qué le gusta más? ¿La cara o la espalda? Le daré lo que prefiera.

—La espalda —respondió sin dudar—, así que ya puede ir usted marchándose para que se la vea bien de lejos.

—¿Y a dónde quiere que me vaya?

—A los brazos de su querida señorita Burton, por ejemplo.

Harding se tensó visiblemente al concebir en su imaginación una escena de lujuria entre su amigo y Verity. La experiencia le había provisto de cuantos detalles requería para tal propósito, y no le gustó lo que le hizo sentir la imagen.

—Si el origen de su dolor de pies es que los escarpines no son de su talla, siempre puede quitárselos y acompañarme hacia allí —decía Sonny cuando Harding se recuperó—. ¡Los tres nos divertiríamos de lo lindo!

—Yo no voy descalza a ninguna parte, y en su compañía, menos aún. Una cosa sería más escandalosa que la otra, y no estoy para que se cuestione mi honradez.

—Oh... —Sonny hizo un puchero—. ¿Es o no es adorable que se siga preocupando por algo que perdió hace tiempo?

—¿Perdone?

—Cualquiera diría aprovecharía que su prestigio brilla por su ausencia para tratar de disfrutar a lo grande; divertirse como las damas de a pie no pueden permitirse..., pero, para mi desgracia y la suya, insiste en hacer lo contrario: adherirse aún más a las aburridas normas del decoro con la esperanza de que la perdonen algún día, aunque solo sea por haberse arruinado la vida usted sola.

Rebecca abandonó la pose altanera con la que le daba el hombro a Sonny. Por fin se dignó a ponerle toda su atención, aunque a qué precio. La señorita Wargrave avanzó un par de pasos hacia el sonriente Kinross con una mueca parecida en forma, mas no en su contenido hostil, y alzó el rostro para hablarle con una franqueza hiriente.

—A mí nadie tiene que perdonarme nada. Ni siquiera usted si le dijera que se fuera al infierno.

Sonny no desaprovechó la oportunidad de moverse también un paso e inclinar la cabeza hacia abajo para mirarla con un brillo retador en los ojos rojizos.

—¿Y me lo va a decir, señorita Wargrave? —la desafió.

—Con todas las letras si continúa molestándome, señor Kinross.

—Estaría usted confirmando, pues, que todo el mundo se merece lo que tiene.

—Todo el mundo —confirmó Harding en un murmullo ido.

Aquella intervención bastó para recordarle a Rebecca y a Kinross que no estaban solos, pero no quiso seguir participando en la discusión de nunca acabar y los dejó desollándose el uno al otro con réplicas que ya sabía que irían escalando en crueldad hasta ser de una flagrante falta de consideración y decoro.

Había visto entrar a la señorita Burton en el salón unos segundos atrás y la angustia le había impedido permanecer en el sitio. Había tenido que salir disparado hacia ella con el consuelo de que quienes lo vieran sobreentenderían que estaba preocupado por conocer su estado; a fin de cuentas, había regresado a Royston Place a pie para que no fuese sospechosa de haber confraternizado con Harding cabalgando a lomos de su caballo.

Justo cuando estaba a punto de llegar a ella, sin embargo, giró hacia la mesa de refrigerios y fingió entretenerse eligiendo entre los vasos de ponche.

Se humedeció los labios e hizo un llamado a todas sus fuerzas para aparentar estoicismo. Llegó a controlar el infame temblor de unas manos que recordaban demasiado bien dónde habían estado unas horas antes.

Incluso sin mirarla, sintió que Verity se acercaba discretamente y, dejando una distancia razonable entre los dos, observaba la disposición de las viandas en distintas bandejas sin verlas en realidad. No giró la cabeza en ningún momento, pero creía notar el calor que irradiaba su piel y oler todavía el sudor mezclado con la tierra mojada y el fuego que habían prendido en el bosque con sus cuerpos hambrientos.

«Me estoy volviendo loco», concluyó Harding.

Inspiró hondo antes de dirigirle una mirada de reojo que le fue correspondida enseguida. Un rubor revelador salpicó las mejillas de Verity, apretándole el corazón al acongojado Harding.

Ahora ya sabía lo suave y pecosa en todas sus partes que era el lienzo de su piel. Esos sonrojos que le habían extrañado los primeros días se habían convertido en su pequeña y secreta obsesión, porque eran suyos, le pertenecían solo a él; la señorita Burton era osada e impertinente de cara a la galería, pero con Harding se convertía en un animalillo tembloroso que imploraba caricias entre susurros. El rojo de su cuerpo tenía su nombre, el rojo del rubor, de los besos y los mordiscos, de los agarrones violentos. Apostaba por que, al bañarla, las doncellas se habrían preguntado qué eran esas marcas rojas en sus muslos y sus caderas; si acaso un monstruo impulsivo la había atacado en el bosque.

—Parece encontrarse bien —logró articular Harding.

Verity se pasó la punta de la lengua por los labios antes de formar una sonrisa trémula.

—El baño caliente me ha sentado de maravilla, señor Wargrave. Gracias por preocuparse.

Harding cerró la mano en un puño sin darse cuenta, absorbido por la tentadora imagen de ese baño caliente. La imaginó hundiéndose en la bañera con un suspiro de alivio y luego aspirando entre dientes por el escozor en la entrepierna. Ya arropada por unas aguas ardientes que todavía emanarían vapor, sumiéndola en una suerte de fantasía babilónica, empezaría a tocarse los hombros y los brazos, los pechos y el vientre...

Al ver que tenía la intención de pasar para coger un vaso de ponche, Harding se retiró de la mesa lo justo. Se le retorció el estómago de pura agonía cuando ella se situó justo delante de él y

se inclinó para coger una de las copas de champán del extremo más lejano, rozándolo tentadoramente con la curvatura de su falda. Harding estuvo a punto de cerrar los ojos y rendirse a la imagen de sexo duro que apareció en su cabeza. Si no se hubiera controlado a tiempo, habría acabado agarrándola por las caderas y embistiéndola a riesgo de que todo el mundo lo viera.

Se apartó enseguida, asustado de los que eran sus impulsos.

—Estaré en la biblioteca —dijo con voz ronca, casi irreconocible, y se marchó con paso ligero antes de cometer una insensatez.

La biblioteca de Royston Place recogía los volúmenes de más de diez generaciones de aristócratas. A excepción del predecesor del actual conde, que había llevado a cabo una gestión penosa de sus propiedades y cuanto estas albergaban en el interior, todos los Cavendish que habían ostentado el título habían ido incorporando a lo largo de su vida obras de incalculable valor. Gracias a su compromiso con la preservación del conocimiento, la biblioteca era de una riqueza incomparable no ya con el resto de las colecciones privadas de Brighton, sino en toda Inglaterra.

Harding se dirigió a uno de los sillones de lectura y tomó asiento para soltar la tensión contenida. Apoyó los codos sobre los muslos y descansó la cabeza entre las manos con la vista clavada en los dibujos geométricos de la alfombra persa.

Pensó en cómo reaccionaría Rebecca si supiera lo que había ocurrido y, conociéndola como la conocía, comprendió que el hecho de haber elegido a Verity para desatar unas pasiones desconocidas hasta entonces no sería lo único que no le perdonaría. La señorita Wargrave le profesaba una fidelidad cristiana al concepto de la castidad, y no soportaría saber que se había acostado con una joven con excelentes pronósticos matrimoniales antes de proponerle siquiera un cortejo formal.

Estaba a punto de volverse loco con sus pensamientos cuando la puerta de la biblioteca volvió a abrirse, y, como se abrió, se cerró con la precaución de girar la llave.

—Siento la tardanza —la oyó decir antes de mirar hacia la entrada—. No me acordaba de dónde se encontraba la biblioteca y he dado más vueltas de lo previsto.

Harding se enderezó como si se hubiera presentado ante él la mismísima reina de Inglaterra. Haciendo honor al decoro por primera vez desde esa mañana, se levantó como si tuviera los huesos de cemento. Volvió a burlarse de la larga tradición de decencia y contención social a la que se había adherido con orgullo echándole una mirada de arriba abajo que solo podía entenderse como un preámbulo del sexo.

Verity llevaba un pesado vestido de terciopelo verde esmeralda con escote a la barca. El recogido habría favorecido la contemplación directa del cuello, de la redondeada curvatura de sus hombros, si no se hubiera cubierto cautelosamente con un chal para tapar el recuerdo de sus dientes. Solo dos rizos enmarcaban su cara redonda, ruborizada con antelación por aquello en lo que Harding ya estaba pensando.

—Lleva usted desde que ha llegado comportándose de un modo impropio de su carácter —fue lo primero que se le ocurrió decir—. Con torpeza, con nerviosismo... con timidez.

—Lo mismo podría decirse de usted —respondió ella, todavía en la entrada con los brazos rígidos a cada lado del cuerpo—. Parece más inaccesible que de costumbre.

—Usted no lo parece menos. De pronto se presenta impenetrable y ahora rehúsa acercarse. Me pregunto si es porque, en el fondo, mis besos no han sido como los imaginó y a duras penas puede disimular el desengaño.

Verity se alisó las arrugas de la falda para ganar tiempo, para controlar el entusiasmo de volver a estar a solas con él, para secar el sudor de las palmas, para reprimir impulsos de amor

desesperado; todo eso estuvo escrito en su cara cuando lo miró desde la distancia con los ojos de un santo iluminado. Solo las leyendas de la bondad habían visto con semejante claridad la que era su misión en la vida, y la suya era él.

Harding no podía sino sentirse tan honrado como intimidado. Aterrado, incluso.

—No han sido como los imaginé, no, pero solo en un sentido: no han sido suficientes.

Harding odió que no respondiera como había esperado, ofendiéndose con su tono soberbio y espetándole que, en efecto, no era nada del otro mundo. Tenía que enfurecerla haciéndole saber que estaba al tanto de sus sentimientos y de su estúpida pillería, y que lo sucedido en el bosque había ocurrido, inicialmente, para darle un escarmiento. No querría por nada del mundo que la verdad le entrara por los oídos cuando aún estaba blanda por los besos.

Hacerle daño quedaba fuera de toda cuestión.

—Supongo que lo dice porque sería imposible compensarla considerando todo el tiempo que lleva esperándome. La he citado aquí porque quería confesarle que llevo unos días sospechando que alberga sentimientos por mí y que lo he podido confirmar gracias al señor Kinross esta misma mañana.

Verity se quedó helada en el sitio. No parecía sorprendida porque hubiese llegado a esa conclusión, sin embargo, sino cada vez más preocupada por la que fuera su respuesta.

—¿Y?

Harding sabía que quería oír que correspondía su amor, pero esa tarde debía poner su palabra al servicio de otros valores: la verdad, en este caso.

—¿«Y», dice? ¿No le interesaría defenderse de la acusación? Le estoy diciendo que he hablado con su compinche, señorita Burton. Estoy al tanto de que pretendía llamar mi atención haciéndome pensar que mi amigo iba a casarse con una mujer sin escrúpulos.

—¿Y? —repitió, esta vez con mayor seguridad. Levantó la barbilla y la ceja a la vez—. No será el método más ortodoxo, pero tampoco he atentado contra su integridad, no he jugado con los sentimientos de Kinross ni he utilizado a nadie que no estuviese dispuesto a participar en mi plan.

—¿De verdad pensó que podría manipularme? —murmuró. Intentaba sonar furioso, ofendido, pero no hacía sino reafirmarse en que se sentía terriblemente honrado porque aquella criatura lo hubiese elegido a él—. Rebecca Wargrave es mi hermana. Huelo en diez millas a la redonda las perversas intenciones de una mujer que quiere que se cumpla su voluntad a toda costa... y que tiene las herramientas para lograrlo.

—A lo mejor no le he manipulado como me habría gustado —se resignó a concederle—, pero tenga por seguro que he conseguido lo que quería.

—¿Quería acostarse conmigo? —le preguntó, rígido—. ¿Eso es todo?

Igual de rígida le contestó ella.

—No es un mal comienzo.

—Lo reconoce todo sin más, pues —señaló con voz queda.

—Lo reconozco con orgullo, incluso, porque ha surtido el efecto esperado. Deseaba que viniera a mí, señor Wargrave; que me diera una oportunidad... y eso ha hecho.

—¿A qué precio? —contraatacó con amargura, desprovisto de juicios hacia ella. Todo desprecio hacia el libertinaje y la complicada situación actual iba dirigido contra sí mismo—. Al de su honor.

—Ninguno que no estuviera dispuesta a pagar —desestimó dando un paso adelante con una actitud agresiva de tan determinada. En sus ojos se advertía la liberación de poder decir por fin lo que sentía, que no debía ser subestimada.

—¿Está segura de que lo habría pagado si hubiese sabido que me acercaba a usted para darle una lección? —soltó sin rodeos—. Si su intención era conquistarme, legítima pese a las medidas de dudosa moralidad que tomó, sepa que la mía al seducirla esta tarde era castigarla por haberme tomado por idiota.

Verity se aferró a su carácter retador para resistir aquella primera bofetada con estoicismo.

—Pues si castiga a las mujeres de esa manera, señor Wargrave, no me deja otra opción que seguir comportándome como una bruja.

—No la he traído hasta aquí para reafirmar mi masculinidad en modo alguno —aclaró con severidad—, sino todo lo contrario. Entre otras cosas, porque no veo gloria en tomar represalias pasando por encima de los sentimientos de una mujer. Quiero que sepa de primera mano que me avergüenzo de haberla utilizado para mi desahogo con tan repugnantes motivaciones iniciales. Ninguna muchacha se merece que la acaricien por una venganza personal ni por ninguna razón distinta del deseo de venerarla. Esto es algo que me pesaba, que me pesará siempre, y por lo que tengo que pedirle disculpas. Lo siento, señorita Burton. Lo siento de corazón.

Verity le sostuvo la mirada a una distancia de tres, tal vez cuatro pasos. Le costaba ser preciso en sus cálculos cuando la tenía a solas en una habitación y le costaba también no serlo, porque se trataba de una mujer cuya presencia física notaba en las entrañas.

La vio desviar la vista un instante al suelo y rascarse el codo con desvalimiento. No tardaría en recuperarse con una necesaria inspiración y esbozar una sonrisa que resumía a la perfección su desengaño y su tristeza.

—Basta, por favor. Llevaba años esperando ese momento, Harding —confesó, y echó a andar hacia él doblando y estirando los dedos. Agotada ya la paciencia, no le quedaba otro remedio que hablar, hablar y hablar hasta el exorcismo, pero no lo hizo hasta que estuvo delante de él y pudo atraparlo con su conmovedora mirada—. Te deseo desde que te vi hace siete años. Soy consciente de que no atinarás a comprenderlo porque salta a la vista que no has vivido esta clase de obsesión en tus carnes, porque evidentemente no me correspondes, pero te ruego que no tildes de capricho absurdo este amor que te refiero; es tan real como tú y como yo, como la tierra que nos sostiene. —Hizo una pausa para respirar y alargar una mano hacia su rostro—. Has tenido que sentirlo esta tarde; has tenido que sospecharlo desde mucho antes, mejor dicho, porque no he podido evitar delatarme una y otra vez siendo esta... cosa temblorosa y estúpida en tu presencia, esta cosa hipersensible y... y que carece de autocontrol. Pero te lo digo aun así, porque hay veces que he llegado a pensar que callarme me costaría la vida.

»Cada noche antes de dormir, pienso en ti —murmuró. Rozó con los dedos un mechón de pelo—. Pienso en cómo te resistes constantemente a la caricia de este flequillo que se escapa de su sitio solo para demostrarte que te quiere; en cómo tus pestañas se curvan cuando bajas la mirada para leer y entonces parece que estás dormido; en cómo tu risa se modula hacia la sorna después de beberte la primera copa, como si en lugar de adormecerte el cinismo, el alcohol te hiciera más consciente de la injusticia del mundo; en cómo la sudoración de un primer baile sala el aroma natural de tu piel. Todas esas cotidianidades o actos reflejo que reproducimos los seres humanos, todo lo que es inconsciente o inapreciable, yo lo celebro en ti como un milagro. Me recreo en esto que te describo hasta que el sueño me envuelve, y no es que ahí esté a salvo de tu imagen. Ahí tiene lugar el mejor momento del día, porque en mis sueños estamos solos tú y yo, o más bien yo y el Harding que me ama. Me juré... —Un sollozo le entrecortó el aliento—. Me juré que te tendría para mí aunque fuera una vez. Una sola. Y lo he conseguido, así que no me arrepiento. Lo único que siento... que siento de corazón... es que tú sí lo hagas.

Harding llegó a ver la primera lágrima que corrió por su mejilla antes de que se diera la vuelta

y rehiciese sus pasos para abandonar la biblioteca. Aunque la quiso detener para que siguiera escuchándolo —lo había interrumpido con su alegato antes de que pudiese terminar—, la intensidad de su declaración lo había estancado en el sitio, frío por fuera debido a nada menos que su propia estupidez y ardiendo por dentro por efecto de sus palabras, la clase de palabras que encendían la luz en las vidas apagadas.

Decidió que le debía al menos el derecho de ofenderse cómodamente y volvió a sentarse en el sillón para rumiar que era cierto lo que se decía de la señorita Burton.

Siempre conseguía lo que quería.

Incluso a él.

Capítulo 16

En cuanto Verity cruzó el umbral de la biblioteca hacia el pasillo, soltó una exhalación entrecortada que sirvió de llamado a las lágrimas. Rompió a llorar en silencio, esforzándose por controlar los hipidos y los sollozos para que no alteraran la jovialidad del salón. Se apresuró a esconderse de miradas indiscretas precipitándose hacia el tocador, donde no acostumbraban a verse demasiadas invitadas una vez alcanzado el ecuador de la noche.

Por más que intentaba retener el acceso de emoción, su cuerpo no respondía. Primero la ignoró el nudo en la garganta, insistiendo en proteger la porción de territorio que le pertenecía en sus fauces, y pronto rehusarían obedecerla incluso sus pies, porque tuvo que detenerse a unos pasos de llegar a la salita reservada para las mujeres. Se apoyó en el marco de la puerta con la cabeza gacha, igual que si hubiera corrido una maratón, y luchó por llenar de aire los pulmones.

Así se sentía el rechazo, entonces. Ese era el dolor del corazón roto del que hablaban los poemas, las canciones de verbena, las poderosísimas historias de amor que habían sobrevivido al tiempo y al olvido transmitiéndose de generación en generación.

Verity siempre había pensado que se sobrevaloraba el sentimiento y que un carácter como el suyo sabría sobreponerse inmediatamente, pero cuán equivocada había estado. Estaba alcanzando un nuevo grado de sabiduría gracias al descubrimiento de que subestimar emociones era lo contrario a sensato.

Alguien salió del tocador tirándose de los guantes hacia arriba con rabia contenida. Verity solo atinó a apreciar el estampado floral de su falda, de un poco favorecedor rosa desvaído que únicamente podría sentarle bien a una persona de la fiesta.

Y ese alguien, para variar, no era ella.

Se encogió algo más contra la pared, confiando en no haber sido vista. Y si bien en un principio la señorita Wargrave pasó de largo, con toda probabilidad sumida en sus pensamientos como bien exigía su característico egocentrismo, no tardó en rehacer sus pasos para observar, ceñuda, el estado de Verity.

Huelga decir que no perdió la fantástica oportunidad de regocijarse.

—Vaya... a la señorita Burton le ha salido una joroba. ¿Será de cargar con el duro peso de su tercera temporada, nada más y nada menos?

—Si pretendes buscarme las cosquillas de por vida, Rebecca —respondió entre dientes, con las mandíbulas apretadas—, te sugiero que me ataques con reproches que yo no pueda devolverte. Estás transitando la misma temporada que yo. En cualquier caso, no pienso lidiar contigo ahora mismo —atajó con la voz temblorosa, y entró en la salita del tocador con la esperanza de librarse de ella.

Verity apoyó las manos en el marco del espejo con miedo a vérselas con su imagen. Se podía figurar por qué la había llamado jorobada; tenía que esconder su rostro de curiosos y, a cada tanto, pasarse las manos por la cara empapada. Tarde o temprano coincidiría con alguna invitada y no podía permitir que su reputación de frívola con corazón de prestado saliera perjudicada además de sus sentimientos.

Se obligó a respirar hondo y enfrentó su imagen.

Toparse con una mujer destruida no hizo sino empeorar su dolor. ¿Quién era esa criatura derrotada que le devolvía la mirada? Y no era la única, por lo que pudo comprobar al fijarse en un punto por encima de su hombro. En lugar de volver al salón a seguir disfrutando de la fiesta

corriendo la voz de que Verity sufría en privado, la señorita Wargrave la había seguido en silencio, entre extrañada y recelosa y, ahora que contemplaba el rostro estriado de lágrimas de su archienemiga, perpleja.

Verity le dirigió la sonrisa envenenada que le habría correspondido recibir a su hermano mayor. Extendió los brazos.

—Enhorabuena, Rebecca, te felicito. Es tu día de suerte: el día que confirmas que la señorita Burton no es ni perfecta ni inmensamente feliz. Dime lo que tengas que decir de una maldita vez y piérdete.

Ojalá le hubiera quedado corazón para conmoverse con la preocupación que la simple y llana humanidad había pintado en el rostro de Rebecca, pero en su estado no fue siquiera capaz de sorprenderse porque no se riera a su costa.

Podría haberla rematado con una sencilla palabra y en su lugar escogió lo inimaginable.

—¿Quieres que...? —vaciló, tirándose de las puntas de los dedos de los guantes como siempre que el nerviosismo la atacaba por la espalda—. ¿Quieres que avise a alguien?

—¿A quién diablos vas a avisar? Prim está en la gloriosa mansión que la mismísima Corona le cedió, en el condenado Essex, y Clarissa no abandona Bloom's Park, en la otra punta de Inglaterra, ni para hacerme llegar sus cartas. —Soltó una carcajada envenenada—. Dudo que mi situación les importara siquiera, o, de lo contrario, se habrían molestado en acompañarme esta temporada en vez de prestarme una visita de una tarde. Y solo por pena.

La experiencia del dolor le estaba resultando novedosa en numerosos sentidos. Había visto a sus familiares hundirse en la miseria del pesimismo después de recibir una mala noticia; como si, al igual que la manzana podrida en un frutero, un contratiempo pudiera contaminar las victorias del resto de ámbitos vitales.

Verity nunca había predicado con esta tendencia destructiva hasta ahora, que lo veía todo negro y, para consolarse, pretendía apagar el resto de las luces.

—Puede que tus queridas amigas no sean santas de mi devoción, pero si algo se les puede reconocer, es su lealtad —la sorprendió respondiendo Rebecca—. Aunque tienes razón; de poco sirve tratar de llegar a ellas si no están a nuestro alcance. A lo mejor hay algún familiar tuyo en la fiesta, o... o... o... Si me dices el nombre de tu cochero, podría buscarlo y pedirle que estuviese listo para llevarte de vuelta a Mabry's Place. Flaco favor le haría a tu imagen pública que anduvieras por aquí con aspecto demacrado...

Verity buscó los ojos de Rebecca a través del espejo, unos ojos idénticos en color a los de su hermano mayor. El parecido con Harding era asombroso. Si los hubiera conocido en lugares distintos y con años de diferencia, habría sabido que eran familia en el acto.

Lo último que necesitaba era que un sujeto con su sangre revoloteara a su alrededor.

O a lo mejor era justo al revés, y eso era lo que le hacía falta. Recibir de otro Wargrave el amor que el Wargrave original le había negado.

—¿Qué demonios te importa? —le ladró Verity—. ¿Por qué no honras tu carácter y la enemistad que hemos construido ladrillo a ladrillo para hacer la vista gorda? ¿O es que no quieres regresar al salón tan pronto porque no te espera nada bueno allí? Ah, ya lo entiendo. Carece de sentido que vuelvas sobre tus pasos. Si no estoy yo para que me busques las cosquillas, no eres la importante rival de una mujer con éxito, sino una pobre marginada social.

Rebecca se envaró al recibir el ataque justo donde más le dolía. Cualquiera diría que a esas alturas se habría revestido de acero para soportar con indolencia menciones malintencionadas a su futuro malogrado, pero no; la señorita Wargrave tenía las heridas al rojo vivo desde hacía años, y, lejos de sanarse, se iban abriendo más y más.

—¿Sabes qué, Verity? —contestó cuando ya no esperaba respuesta, recta como una reina orgullosa. Habló desde la indiferencia, con un tono tan vacío que ni el sonido podría haberse propagado—. Sea lo que sea que te haya sucedido, estoy convencida de que te lo merecías. Si la vida aspira a ser justa, te hará pagar por cuantas veces me has injuriado gratuitamente. Y es más; me alegro de que ya haya empezado a cobrarte tu malicia con intereses. Iba siendo hora de que aprendieras lo que es el dolor, aunque sea para que no menciones el de otros a la ligera.

Verity se giró y apoyó las manos a la espalda, en el borde del tocador.

—Y supongo que esas palabras provienen de nada menos que una santa, ¿no? —contraatacó con rencor—. Una santa y una sabia que entiende las particularidades del sufrimiento mejor que nadie. Deja que corresponda tu amabilidad con un consejo de índole similar, Rebecca: cuando reconsideres la etiqueta de mártir que te has colgado del cuello solo para tener un relato más o menos interesante que contar, te darás cuenta de que eso es lo que te está ahogando; de que no te has casado ni lo harás jamás porque no se pueden tomar a la vez la senda del perpetuo victimismo y la de la buena esposa.

Rebecca soltó un jadeo asombrado.

—¡Ya hay que ser audaz para decir que mi fracaso se debe a que me he inmolado, pero no le voy a pedir amplitud de miras a una mujer que no ve más allá de su ombligo!

—Eso es algo que tenemos en común, querida, porque ¿acaso tú ves más allá de *mi* ombligo? —Enarcó una ceja—. Si te largaras al salón y le concedieras un baile a Sonny Kinross, aunque fuera por lástima, mañana estarías comprometida con un joven rico y apuesto como él solo, pero prefieres meter el dedo en mis heridas porque, mucho antes que la de hallar marido, todavía tienes la esperanza de hacerle pagar a alguien remotamente vinculado con Nile lo que él —recalcó—, él, Nile, no yo, ni Clarissa, ni Prim; *Nile* —insistió—, te hizo.

Rebecca se quedó lívida con la sola mención de su primer y único pretendiente formal. Pronunciar aquel nombre era el equivalente a agitar un pañuelo rojo delante de un toro. La señorita Wargrave olvidaba sus modales y sacrificaba sus ingeniosos ataques para embestir a quien tuviera por delante con una retahíla de vejaciones sin sentido.

Pero esa vez tuvo que llegar a su límite, porque una chispa de odio prendió sus ojos y se aferró a los puños para gritar:

—¡Deja de airar mis asuntos privados como si me conocieras! ¡No tienes ningún derecho a desmerecernos a mí y a mis sentimientos aupada en un pedestal de privilegios! ¡No podrías entender cómo se siente el rechazo ni aunque nacieras de nuevo!

—¡¿Que no podría entender el rechazo?! —le replicó Verity con los ojos casi fuera de las órbitas. Se lanzó hacia ella con un ímpetu tal que Rebecca tuvo que retroceder unos pasos para que no le cayera encima, y, aun así, no pudo evitar que la agarrara por los hombros—. ¡Eres tú la que no sabe todavía qué es el rechazo! ¿O acaso a ti te ha mirado a los ojos el hombre al que amas y te ha dicho con todas las letras que se arrepiente de haberte dado esperanzas? ¿Acaso a ti te han subido al cielo una tarde y te han mandado de cabeza al averno en la misma noche? Debe de ser muy duro que ninguno de esos hombres que bailan ahora la polca quieran casarse contigo, Rebecca, ¡pero tú tampoco te quieres casar con ellos! ¡Solo lo necesitas! ¿De qué manera podría compararse ese sufrimiento inventado y elevado a la enésima potencia por el gusto de quejarte con que no te ame la única persona a la que has amado?

La voz se le quebró a medio discurso.

La señorita Wargrave había enmudecido antes de que Verity empezara a hablar, asombrada de entrada por la agresividad con la que la había sacudido por los hombros. La desesperación no era una emoción que a menudo aflorase en el semblante por lo demás pícaro de la señorita Burton, y

nadie había tenido nunca antes el gusto de verla llorar.

Fue una cruel broma del destino que Rebecca, Rebecca entre todas las personas de Londres, fuese la que atestiguaba por primera vez su dolor.

Tragó saliva y boqueó, dudosa, hasta que se le ocurrió una manera de replicar.

—¿Por eso no te has casado todavía? —inquirió en voz baja—. ¿Porque estás... enamorada de un hombre que no te corresponde?

Verity jadeó una suerte de carcajada sombría. La soltó, escarmentada al oír en boca de otra la que era su desgracia; de algún modo, esto lo hizo más real y, por tanto, más doloroso. Caminó hacia atrás hasta que su espalda chocó contra la pared, y ahí se quedó descansando con los hombros derrumbados.

Lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas cuando volvió a agachar la cabeza.

—Pensaba que podía... convencerlo de quererme —reconoció con un hilo de voz, intervenido por los hipidos de un llanto imparable—. He leído tanto sobre el amor. He leído... he leído que un hombre desea lo que no puede tener, así que eso he sido hasta que mis propios anhelos me lo han impedido: algo fuera de su alcance. He leído que algunos hombres se enamoran de ti cuando ya te han odiado, y que otros se conforman con tu admiración..., así que he sido odiosa y también he confesado mi amor entregado. He leído, también, que se puede conquistar un corazón a través del deseo, así que le di mi cuerpo, y...

Rebecca puso los ojos como platos.

—¿Que le has dado qué? —exclamó con voz ahogada. Miró por encima del hombro para comprobar que nadie más lo había oído y se apresuró a empujar a Verity al interior del tocador para acto seguido cerrar la puerta con llave. La enfrentó con una nueva determinación tan solemne que de pronto parecía cincuenta años más sabia—. ¿Has perdido el juicio? ¡Eres Verity Burton! ¡La indiscutible joya de Londres! ¿Me estás diciendo que has sacrificado tu situación preferente, tus privilegios, tu... tu...? ¡Todo lo que tienes! ¡Todo lo has tirado por la borda! Y ¿por qué? ¿Para qué?

—Para ser feliz, aunque fuera por un momento. Mis deseos también importan, ¿sabes? —se defendió, resentida—. A lo mejor tú no lo comprendes porque no llevas toda una vida sofocando tus impulsos para proteger tus sentimientos de salir heridos, pero cuando el hombre que amas te mira, te... abraza, tú... tú te inclinas ante esa fuerza que es él. Mi deseos también importan —atajó con severidad—, y yo deseaba que él me hiciera suya.

Rebecca soltó un gritito de horror y le cubrió la boca con la palma en un acto reflejo.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡No vuelvas a decir eso en voz alta jamás! ¡Estás loca!

—¡Quítame las manos de encima! —atinó a barbotar Verity tirando de la muñeca de la señorita Wargrave en la dirección contraria. No empleó tanta fuerza como para que saliera disparada hacia la puerta, pero allí acabó la escandalizada Rebecca, con los ojos desorbitados y una mano cubriéndole la boca desfigurada por el espanto.

—¿Qué... qué...? En el buen nombre de Dios...

—¡Deja las exclamaciones cristianas! ¡Parece que quieras exorcizarme!

—¡Ojalá pudiera! ¡Merecido te lo tienes! —le aseguró a voz en grito—. ¿Qué piensas hacer ahora? ¡Nadie se casará contigo si se descubre que ya no eres pura!

Verity ni siquiera reaccionó a la que podría ser la peor noticia que podía recibir una joven casadera. Le sorprendió su propio desdén hacia la institución del matrimonio y su futuro ominoso.

—¿Y eso qué diablos me importa? ¡Es la última de mis preocupaciones! Mi padre no es un aristócrata con diez propiedades anexionadas a un título que yo, por mi género, no podría

heredar; mi padre hizo su propia fortuna y resulta que soy su única hija, por lo que un buen día, cuando él falte, recibiré una escandalosa suma económica que me permitirá vivir sin preocuparme por nada.

Rebecca pestañeó varias veces, a caballo entre la perplejidad y la rabia.

—¿Y aún te atreves a restar importancia a tus privilegios? ¡Por supuesto que te burlas de mi empeño por encontrar protector cuando no sufres presiones familiares, sociales o ambas...! —Meneó la cabeza, como si ella misma supiera que carecía de sentido incidir en el mismo tema, y volvió a mirar a Verity con seriedad—. No puedes decirle a nadie lo que has hecho.

—¿Qué te crees? ¿Que voy a ir por ahí pregonándolo?

—Me lo has contado a mí, la última persona en el mundo a la que deberías confiarle un secreto de esa magnitud. No me extrañaría que la siguiente en enterarse fuera la Reina del Chisme.

Verity se secó las lágrimas con impaciencia.

—Hacerte cómplice de mi secreto no ha sido un acto suicida o algo de lo que me arrepentiré en cuanto me libre de esta enajenación mental. Soy inteligente incluso fuera de mis cabales. No me gustas porque odias a mis amigas y porque todo te sienta mejor que a mí, no porque piense que no eres de fiar.

—Oh, ¿ahora esos son los únicos motivos de tu desprecio? —fingió sorprenderse—. Hace no mucho tiempo, decías que soy una insoportable lamebotas, una arrogante sin nada en lo personal de lo que enorgullecerse y una... ¿qué dijiste? ¿Una personalidad estereotipada sin opción de mejora?

Verity torció el gesto.

—¿De qué estás hablando ahora?

—De lo que le dijiste sobre mí a tu prima en la velada en la que cumpliste catorce años. En aquel entonces no eras tan espabilada como ahora te jactas de ser, o de lo contrario habrías procurado no invitarme cuando pensabas ponerme a caer de un burro en un espacio público. O al menos habrías cerrado la maldita puerta de la habitación para que no te escuchara en mi camino al tocador —apostilló con frialdad.

El hecho de que Rebecca recordara unas palabras que se pronunciaron seis años atrás indicaba que su odio seguía candente y que tenía una memoria muy fina, algo de lo que Verity no podía enorgullecerse en la misma medida porque tardó en ubicar en tiempo y espacio el momento al que se refería.

Cuando cayó en la cuenta, sin embargo, estuvo cerca de experimentar algo parecido al remordimiento e incluso la rabia hacia sí misma.

No soportó pensar que hubieran trascendido vejaciones que pronunció por aburrimiento y por darle la razón a su prima como se la daba a los locos. Esperaba convencerla esa misma tarde para que la acompañara a Bond Street y no se le había ocurrido nada mejor para tal propósito que unirse a sus enemistades. Por supuesto, Verity siempre había sido fiel a su verdad y pensaba de corazón todo aquello que dijo, pero nunca tuvo nada en contra de los defectos de Rebecca —ni siquiera le pesaban—: hizo su valoración sin una pizca de desprecio. Incluso con cierta admiración hacia lo que la señorita Wargrave representaba.

Podría haberse disculpado con ella, pero comprendió que a esas alturas carecía de sentido. No solo porque el acto de limpiar la imagen personal tuviera fecha de caducidad y esta oportunidad hubiese expirado hacía tiempo, sino porque el odio ya había carcomido a Rebecca, echando a perder cualquier simpatía que pudieran haberse profesado en el pasado.

—Bueno —respondió al cabo de un rato, echándole un vistazo de arriba abajo—. Es evidente

que te aplicaste la crítica constructiva, porque ya no solo no me lames las botas, sino que les pones la zancadilla en cuanto puedes. Además, has desarrollado una personalidad chispeante... en el sentido literal de la palabra: podrías prenderle fuego a esta ciudad con tu mal humor. Estaba equivocada cuando decía que tu carácter no podía ir a mejor.

Rebecca se quedó boquiabierta.

—¿Esa es tu disculpa?

—¿En serio quieres que me disculpe? —se rio Verity. Ni siquiera se había dado cuenta de que Rebecca, con su indignación propia de artista sensible y egocéntrico y sus rencores infantiles, la había distraído de su dolor—. ¿Acaso no te has vengado con creces desde entonces? Me has hecho pagar a mí, a Prim, a Clarissa y a todos mis seres amados por una sarta de idioteces que dije para complacer a mi prima cuando aún no se había terminado de formar mi cerebro. Yo diría que estamos en tablas... a no ser que insistas una vez más en que tu dolor encierra todos los dolores del universo conocido y por conocer y por eso has de ser resarcida por el resto de nuestros días. Amén —añadió con sorna.

—¿También dijiste que te habías hecho mi amiga para estar más cerca de mi hermano porque pretendías complacer a tu prima?

La sonrisa de Verity se resquebrajó, y lejos de tender a la amargura por el reciente encontronazo en la biblioteca, se crispó al recordar por qué llevaba toda la vida odiando a Rebecca. Entonces la escuchó, comprendió; escuchó ese día que tenía una pequeña y entonces inofensiva obsesión con Harding Wargrave y se ofendió hasta tal punto que empezó a envenenar la mente de su hermano para que no se acercase a ella en los años venideros.

Y lo había conseguido. No porque él fuese manipulable, eso era cierto, sino porque ya había cierta predisposición en el mayor a ignorar a las personas que no le inspiraban respeto.

La mención de Harding y el recuerdo de que una vez, con tan solo trece años, tramó un plan sin fisuras para conquistarlo, pusieron en funcionamiento la mente maestra de Verity.

Al mirar a Rebecca de nuevo a los ojos, comprendió lo visionaria que había sido la Witty adolescente. Y es que la clave de la seducción de Harding Wargrave siempre había estado ahí, en la persona que él más amaba: siempre había pasado por conquistar en primer lugar a la hermana pequeña.

—¿Sabes? —reconoció en voz alta al cabo de un rato—. Fui muy feliz durante los meses que duró nuestra amistad adolescente, Rebecca, así que te podrás imaginar cómo reaccioné a que, de un día para otro y sin decirme siquiera por qué, me retiraras el saludo y te aseguraras de que el señor Wargrave hacía exactamente lo mismo. Pero no tiene caso echar la vista a tiempos que no volverán. Agua pasada no mueve molino, ¿no es eso lo que dicen?

»Aun así —continuó. Los engranajes de su mente ya se habían puesto en funcionamiento para urdir un segundo plan; uno que esta vez surtiría efecto, se dijo—, y como muy bien has mencionado, dispongo de unos privilegios que no me importaría compartir contigo para tratar de reparar el daño que directa o indirectamente te hemos causado Clarissa y yo. Si lo que quieres es casarte, Rebecca, me comprometo a ayudarte para que antes de que acabe el año estés prometida con el hombre de tu elección... siempre y cuando ese hombre no sea, qué sé yo, un noble de la corte o alguien que está fuera de tus posibilidades actuales.

El pasmo le desencajó la mandíbula a Rebecca, que no tardó en olvidar que había sacado a su hermano a colación. De hecho, ni siquiera se percató de que Verity había esquivado con habilidad aquella pregunta sensible.

—¿En serio? —tartamudeó—. ¿Y cómo se supone que lograrías algo así?

—En estos años de casadera, he conocido a suficientes hombres como para entender más o

menos su naturaleza, desentrañar y adelantarme a sus comportamientos; averiguar qué es lo que quieren y qué es lo que no les gusta. Incluso podría advertirte de quiénes te convendrían y quiénes no en función de su personalidad y solvencia económica. Resulta que he mantenido contacto epistolar con un elevado porcentaje de caballeros, de los cuales muchos siguen aún solteros. Sería una pena que se perdiera toda la información que plasmaron en sus cartas o que yo aprendí durante ese cortejo —dejó caer con desahogo, y fingió mirarse las uñas cuando en realidad vigilaba con regocijo la reacción de Rebecca.

—¿Harías eso por mí? —jadeó, incrédula—. ¿Por qué?

—No soy una buena samaritana, eso tenlo claro; pretendo sacar rédito de tu matrimonio, aunque no del tipo monetario, y ni siquiera espero un agradecimiento. Te conseguiré un marido a cambio de que dejes de odiarme y hasta te plantees mirarme con una relativa cordialidad. ¿Qué te parece? —Le ofreció la mano extendida—. ¿Tenemos trato?

Rebecca entrecerró los ojos.

—¿Cómo sé que no me estás tendiendo una trampa?

—Acabo de confesarte que he regalado la virtud al precio de una segunda humillación. Creo que el hecho de estar en posesión de un secreto capaz de arruinarme la vida te da la suficiente ventaja para animarte a confiar en mí.

A la joven Wargrave tuvo que parecerle un intercambio justo, porque cabeceó, consciente de que no le faltaba razón, y selló el pacto estrechándole la mano.

—Pero tú y yo no somos amigas —la advirtió Rebecca.

—Ni falta que me hace.

Verity sonrió para su coleto con la energía de quien tenía un nuevo objetivo que cumplir.

«Descuida, Becks. Me bastará con que seas mi cuñada».

Capítulo 17

Ser hermano de Rebecca Wargrave era un arduo trabajo del que no podía librarse un solo día, y lo demostraba que no hubiera podido negarse a acompañarla a los jardines de Cremorne para celebrar los fuegos de artificio. Cualquier otro día, Harding habría disfrutado como un niño de la variedad de espectáculos que ofrecía la nueva atracción de Londres, pero se conocía lo suficiente para saber que un espectáculo de pólvora y metales no bastaría para mejorarle el ánimo.

Lo que sí le invitaba a mostrarse cordial, cuando no afectuoso, era el entusiasmo que percibía en su hermana. Había realizado todo el trayecto hasta Chelsea, el barrio a orillas del río Támesis, mirando con impaciencia por la ventana y contemplándose con ansias en un espejo de mano que había secuestrado del tocador.

Rebecca Wargrave era una joven presumida, pero siendo justos con la verdad, esa era una vanidad que hasta el momento no se había concedido.

Desde su inauguración ese mismo año, los jardines de Cremorne se habían convertido en una bienvenida novedad para trasladar las diversiones de la temporada que hasta entonces había monopolizado Vauxhall. Se estaba representando un pequeño teatro shakesperiano con música en directo cuando Harding y Rebecca llegaron, él con las manos en los bolsillos del gabán y ella aferrada a su chal para protegerse de la brisa nocturna.

—¿Puedo preguntar a qué se debe tu excitación? —se arriesgó a inquirir él al ver que su hermana no dejaba de mirar a su alrededor—. ¿Buscas a alguien en particular?

—A la señorita Burton —dijo como si tal cosa, y siguió barriendo el espacio saturado de sombreros de copa y vestidos aptos para el fresco otoñal con vistazos impacientes.

No se percató de que Harding reaccionaba al apellido como si hubiera mentado a la Parca.

—¿No te parece que semejante respuesta bien merece una explicación? —preguntó al cabo de unos segundos inmovilizado por el pasmo—. A no ser que la busques para ir a decirle que el escote de su vestido es de una ordinariez sin precedentes o alguna de tus lindezas, no entendería el porqué de las prisas.

Solo entonces, Rebecca cayó en la cuenta de lo impactante que debía de haber sido oírla mencionar a su archienemiga como si de una apreciada conocida se tratase.

—La señorita Burton prometió ayudarme a encontrar marido esta temporada —soltó sin más rodeos—. ¡Oh, mira! ¡Ahí viene!

Los nervios que llevaba días arrastrando como la condena por un delito no hicieron sino sublimarse en una emoción nueva y violenta cuando se giró a tiempo para verla acercarse.

Llevaba un abanico en la mano y, con la otra, se sujetaba unas pieles de cordero que le hicieron acordarse inmediatamente del fragmento bíblico. Solo que ella no era Caín haciéndose pasar por su hermano; era una mujer que deslumbraba con su belleza y estaba tan habituada a ella que no se conmovía con el halago implícito en la atención de la totalidad de los asistentes. Hasta el último hombre de la fiesta la siguió con una mirada, expresión de un interés general que, aun siendo comprensible, apeló a un lado posesivo que no sabía que tenía.

Lucía un vestido blanco que bajo las luces de la atracción refulgía como la plata. Lo combinaba con unos pendientes estilo imperio y una diadema de diamantes que reafirmaba el incalculable valor de su condición de princesa. Siempre aparecía disfrazada de emperatriz bizantina, pero Harding sacó la conclusión, quizá irracional y hasta cierto punto egocéntrica, de que esa noche se había acicalado con especial ahínco para hacerle sufrir.

—Buenas noches —saludó a su hermana. Luego, como si él apenas fuera la persona sin rostro de una multitud, un perro que deambulaba en busca de migajas, le reconoció la presencia con un asentimiento distante.

—Bonitas pieles —le dijo Rebecca.

Debía admirarlas más de lo normal si les había dedicado un cumplido.

—Espero que hayas leído todo lo que te dejé anoche en tu dormitorio, Rebecca —señaló Verity, tan acostumbrada a los halagos que estaba demasiado cansada de ellos como para detenerse a agradecerlos—. Recuerda que el objetivo de esta noche es tantear el terreno propiciando acercamientos informales pero de alta calidad con los cinco primeros candidatos.

—¿Candidatos? —repitió Harding, que todavía no se había sobrepuesto a su entrada.

En la oscuridad aliviada por el ámbar de los farolillos, sus joyas relucían como estrellas en el cielo, y sus ojos vivaces, más brillantes si cabía por obra del despecho que prendía fuegos altos como torres en las mujeres, coronaban el conjunto.

—Como te estaba diciendo —empezó Rebecca en tono cansino, como si la irritara la intervención de su hermano—, la señorita Burton se ha ofrecido a cederme una cantidad nada desdeñable de pretendientes; todos aquellos a los que no le quedará otro remedio que romper el corazón porque fueron descartados de entrada para tal honor. —Ella misma puso los ojos en blanco para acentuar su ironía. Podía ser su aliada, sí, pero darle coba no entraba en el contrato —. Entre ellos figuran grandes títulos nobiliarios como el marqués de Tremaine o el conde de Hereford, si bien en mis circunstancias actuales no le tengo fe a un aristócrata de primer nivel. Todo apunta a que habré de desposar a un burgués —suspiró con una resignación que, sin embargo, aún permanecía fresca. Rebecca estaba dispuesta a aprovechar la menor oportunidad, el más remoto error de cálculo, para atrapar a un hombre que no encajara en tan vulgar descripción y pudiera regalarle el tratamiento de marquesa.

—Cederte pretendientes —volvió a repetir Harding, anonadado.

—He encontrado algunas de las cartas que el señor Landon me dirigió durante los meses de enero y febrero —retomó Verity, como si él no estuviera delante. Rebecca estaba tan concentrada en la tarea que había ido a abordar que no se dio cuenta de la flagrante falta de educación; si era por no darse cuenta, también parecía ignorar la presencia de su hermano, que, como un pasmarote, alternaba miradas perplejas entre la una y la otra—. He pensado que podría ser peligroso traértelas, por lo que las he leído por encima y he retenido los detalles importantes para que puedas hacerte una idea del perfil que estamos tratando y así asombrarlo con vuestra presunta compatibilidad.

»Resulta que al señor Landon le fascina el mundo animal, en concreto, las aves. Atesora una magnífica colección de canarios, pinzones, jilgueros, periquitos y hasta ruiseñores; en definitiva, pajaritos con muy mala baba a los que adora con todo su corazón a pesar de que algunos le dan picotazos a la menor oportunidad y su anciana madre no hace sino quejarse del olor que dejan.

—¿Le digo que yo tengo... un mirlo? ¡No, mejor! ¡Un bicho exótico! ¡Una cacatúa!

—¿Para que cuando te pida consejo sobre los cuidados de las aves te quedes con la mente en blanco? No —atajó—. Si no tienes la menor idea sobre un tema concreto, es mejor que guardes silencio. —Hizo una pausa para reflexionar sobre lo que acababa de decir y puso los ojos en blanco—. Bueno, en realidad, es mejor que guardes silencio incluso si estás muy versada en el asunto. Procura mostrarte ignorante pero con gran disposición a aprender. Eso le encanta a los hombres. —Aireó la mano con palpable desdén.

—Depende del hombre, ¿no le parece? —no pudo resistirse a meter baza él.

—No, no me parece —contestó con la impaciencia de zanjar toda comunicación cuanto antes.

—¿Y cómo esperas que le pregunte por sus canarios si se supone que no sé que los tiene? —insistía Rebecca.

—Siéntate junto a él en un descuido comentando que te matan los pies por el largo paseo que has dado por Hyde Park, pero procura mencionar que no sustituirías tu ocio al aire libre por nada del mundo. Apreciará que te guste el campo.

»Me fío del modo en que decidas conducir la conversación. Lo que te recomiendo con encarecimiento es que no te vayas de su lado hasta que haya insinuado o, mejor, te haya prometido que se esforzará por verte en privado. En tu lugar, le dejaría caer que en tus paseos intentas distinguir el canto de los pájaros, pero que no tienes gran idea y que por más que te esfuerzas en convencer a tu hermano para que te lleve al zoo a leer sobre las especies, él rehúsa darte el gusto.

—¿Y a mí por qué se me tiene que involucrar en tamaña treta? —protestó Harding.

—Porque eres mi hermano mayor y si me quieres casar algún día has de hacer sacrificios —sentenció Rebecca sin mirarlo. Su atención plena descansaba sobre Verity, a la que le había estado asintiendo con avidez. Un hecho histórico—. ¿Qué más? No iremos a hablar solo de pájaros, ¿no? Ni siquiera me gusta el campo. Quiero vivir en la ciudad todo el año, por poco aristocrático que eso sea.

—Cuando estés casada, ya podrás negociar dónde dormís en noviembre. Pero he tenido en cuenta que eres una alumna muy aplicada y que podrías soportar un poco de variedad, así que he puesto a prueba mi memoria y me he acordado de que cuando el vizconde Maberly me pretendía, puso por delante que ya había estado casado una vez y que su hija Rosie, de seis años de edad, es lo más importante de su vida.

Harding arqueó una ceja y la apeló directamente.

—¿Qué le asegura a usted que dijo eso porque es cierto y no porque esperaba conmoverla con sus constelaciones familiares?

—La idea tal vez ingenua de que no todos los hombres perciben a las mujeres como meros objetos a los que casar, manosear o apalear con su desdén, sino que puede que incluso las quieran como confidentes de sentimientos sobre los que no pueden hablar en ambientes masculinos, los que mayoritariamente frecuentan —respondió casi con aburrimiento.

Por supuesto, sin mirarlo.

«Apalear con su desdén», repitió para sus adentros.

¿Debía darse por aludido? Él no había hecho tal cosa.

Manosear, por otro lado...

«Fue recíproco», se dijo para calmar los males de la vergüenza.

—¡No soporto a los niños! —rezongó Rebecca—. Uno que prefiere bichos alados y con garfios en vez de patas y otro que me obligará a sonreír cuando su hija mimada me dé tirones de orejas por diversión. ¿Por qué solo me ofreces tus despojos?

—Maberly tiene título nobiliario y la fortuna de Roland Landon es astronómica. Me pediste hombres ricos o influyentes, preferiblemente con legado aristocrático, y que no hubieran cumplido aún los cuarenta años. ¿Cuántos crees que hay que cumplan esas características en la capital? Y que no hayas despreciado porque tengan fama de mujeriegos, claro —añadió por lo bajini, pero Rebecca lo oyó y se envaró.

—Ni siquiera insinúes que me casaría con el sinvergüenza de Kinross.

—Pues tú no insinúes que podrías casarte con algo mejor que Maberly o Landon mientras transitas tu cuarta temporada porque te plantaron en el altar.

—¡Todavía no es mi cuarta temporada porque esto se llama *pretemporada*! —ladró a la

defensiva—. ¡Y Nile no me plantó en el altar! ¡Ni siquiera llegó a pedirme matrimonio!

Verity puso los ojos en blanco y se abanicó para reafirmar su soberano aburrimiento.

—Parece mentira que deba explicarle los atractivos que una chispa de exageración arroja a la charla a una mujer que arma un alboroto de voces en los jardines de Cremorne.

Rebecca miró a un lado y al otro para asegurarse de que nadie había oído una queja que tenía por legítima, y moderó el tono antes de retomar sus maquinaciones.

—¿Solo eso? ¿Maberly y Landon? —Torció la boca en una mueca de desdén que Verity podría haber acusado de desagradecida—. No pensarías que únicamente soy capaz de retener el nombre de dos caballeros.

—Bueno —cabeceó como si tal cosa, y Harding supo que iba a hacer un comentario hiriente —, dado que parece que las únicas personas cuyo nombre recuerdas a diario, y no en muy buenos términos, son Nile y Clarissa, no me pareció desacertado reducir la primera conquista a un par de objetivos; no te iba a forzar por encima de tus posibilidades intelectuales. Pero te he traído una joya de la corona para que pudieras disculparme este comentario que acabo de hacer —añadió con una sonrisa exuberante—. ¿Qué te parece el marqués de Tremaine? Como su propio título indica, es tremendo... En todos los sentidos, te lo aseguro. —Le guiñó un ojo.

Para asombro de Harding, Rebecca encontró el perdón en su corazón para ignorar la pulla malintencionada en beneficio de seguir ahondando en la oportunidad que representaba Tremaine. Pero a él sí se le ensombreció el rostro, y no tanto por el despliegue de superficialidad al que estaba asistiendo sin poder siquiera participar, sino por el término en el que Verity se había referido al marqués.

Todos los hombres de los que le estaba hablando a Rebecca le habían confiado a la señorita Burton intereses que no eran particularmente bien vistos en la sociedad; los lazos familiares que les impulsaban a seguir viviendo, incluso. Debería haberle escandalizado su frialdad, pero lo que hacía arder su alma de celos injustificados era pensar que hubiera dedicado un solo segundo de su tiempo a cartearse con un amante de los pájaros.

Y ¿qué quería decir con que «era tremendo en todos los sentidos»?

¿Cómo que «lo aseguraba»?

—¡El marqués de Tremaine! —exclamó, tan entusiasmada que olvidó que hacía solo una semana había jurado que tocar a Verity podría contagiarle una enfermedad mortal. Era mentira, claro, porque la agarró por los hombros y no se descompuso por la lepra—. ¿Qué sabes de él?

—Sé que ha besado a todas las mujeres a las que ha pretendido, o eso insinuó en una ocasión..., pero no ha pasado a mayores, descuida; si no, lo sabría. Ya ves que es un hombre coqueto y muy consciente de su atractivo. En la razón por la que lo descarté reside el truco de la conquista: si atiendes a la reducida lista de féminas que le han interesado, comprenderás que persigue a un tipo muy concreto de mujer. Le gustan vanidosas, respondonas, con un punto narcisista y tremendamente difíciles de complacer.

Rebecca se emocionó tanto que dio un saltito y cogió a Verity de las manos.

—¡Me ha descrito a mí!

—¡Exacto!

Harding no estaba dando crédito a lo que veían sus ojos.

La señorita Burton y la señorita Wargrave daban saltitos en círculo para compartir una ilusión.

La tierra se lo había tragado y lo había soltado en un mundo distópico.

—Ya te podrás figurar que la descripción de la esposa ideal que ha perfeccionado tiene su truco. Que no le gusten las mujeres que le bailan el agua quiere decir que fracasarás si te excedes prestándole atención. Hazle sentir el rey del mundo y luego ignóralo con crueldad. Así lo tendrás

en la palma de tu mano.

La ambición reconfiguró el rostro de su hermana, cuya mirada calculadora buscó entre la gente hasta dar con la figura esbelta del marqués de Tremaine.

—Perfecto. Voy a dar el primer golpe antes de que empiecen los fuegos.

—¡Buena suerte! —exclamó Verity, llegando a girarse en su dirección para verla partir como una madre orgullosa hacia el niño que daba sus primeros pasos.

Tan pronto como Rebecca desapareció detrás del marqués de Tremaine, Harding comprobó que hacía rato que los curiosos habían perdido el interés y aprovechó la oscuridad para agarrar a Verity de la muñeca y llevarla hacia una zona retirada donde abundaba la vegetación.

Que ella no se resistiera ya debería haberle hecho saber que existía una fácil solución al problema que se le presentaba. Aun así, en cuanto la enfrentó, palabras de reproche salieron a borbotones de sus labios.

—¿Puedo saber qué es lo que te propones con mi hermana?

—¿No lo has oído? —contraatacó con la barbilla en alto—. Pretendo aconsejarla para que encuentre marido, como recuerdo haberte sugerido a ti no hace ni tres días, cuando coincidimos en el salón de madrugada. Si no me crees a mí, ya la has oído a ella. Estoy aquí para ayudar —citó con retintín.

—¿Para ayudar? ¿Cómo? —le replicó del mismo mal humor—. ¿Has aprendido alguna manera científica de traspasar a otra mujer la admiración que un hombre pueda sentir por ti? Porque no creo que le estés dando consejos para la cama. Ya con el primer beso noté que todo lo que tienes de experta en las artes de la manipulación es lo que te falta en cuanto a desenvoltura amatoria.

Verity se enderezó como si la hubiera insultado, cuando justamente lo contrario habría sido lo que de verdad habría ultrajado a una dama: que le achacaran un profundo conocimiento del sexo.

—No solo se sintió peor que Satán tomando mi virtud por venganza, sino que, por lo visto, tampoco le mereció la pena debido a mi inexperiencia. No me gustaría estar en sus zapatos, señor Wargrave —fingió lamentarse con frialdad.

—¿Y en qué zapatos le gustaría estar ahora, señorita Burton? ¿En los del marqués de Tremaine? ¿En los de Roland Landon? ¿Qué tal los de lord Easton?

—Actualícese, señor Wargrave. Esos ya no son mis pretendientes. Son los nombres de los caballeros a los que su hermana tratará de impresionar con la información que le he proporcionado.

—Vaya, se ha librado de tres señores. Solo falta el resto de la población masculina.

—Exceptuándole a usted, claro, que disfrutó y luego despreció aquello por lo que muchos habrían matado.

—Habrían matado, sí, pero no sé si habrían traicionado a su hermana.

Verity apretó los labios.

—¿Esa culpa también pesa sobre mis hombros? Yo no le pedí que traicionase ni a Rebecca ni sus preciados principios. Algo tuvo que ver en mí esa tarde para reaccionar como un animal, señor Wargrave.

—Tiendo a darle el gusto a toda la señorita que me pide algo —mintió con descaro, demasiado atraído por la luz fogosa en el rostro de la joven como para interrumpir con una disculpa—. Si usted me rogó un beso, yo no la iba a decepcionar.

Verity le regaló una sonrisa que, aun envenenada, hizo brincar su corazón.

—Qué alma tan cándida la suya, señor Wargrave. Siendo así, ¿por qué no me da entonces el gusto de dejarme sola con mis pensamientos?

—Porque usted no dura sola con sus pensamientos ni un instante. En cuanto me aleje tres pasos, su colección de admiradores vendrá zumbando como moscardones para ocupar mi lugar.

—Y no puede permitir que me divierta, ¿no? ¿Es eso?

—No si pretende divertirse como se divirtió conmigo.

La expresión burlona de Verity se ensombreció en cuanto alcanzó el límite de su tolerancia.

—¿Se está escuchando a sí mismo? Reconoce que clamó al cielo que ni siquiera había besado antes a un hombre, ¿y ahora insinúa que me acuesto con cualquiera?

—Es usted una mujer moderna, señorita Burton. Quién sabe si sus tendencias han cambiado desde que volvimos de Brighton.

Verity no pudo seguir escuchando; vio el momento exacto en el que no solo rebasó su paciencia, sino que la discusión le tocó una fibra sensible.

—¿Por qué eres tan cruel conmigo? —murmuró con la garganta atorada.

Harding se olvidó por un instante de los celos absurdos que habían estado trastornándolo desde su llegada a los jardines, desde que había intercambiado la primera palabra con ella. Se vio a sí mismo atacándola sin compasión cuando su objetivo no había sido sino terminar la conversación que dejaron a medias en Royston Place y quiso postrarse de rodillas para pedirle disculpas de nuevo. Pero, aun resguardados de la mirada general, seguía hallándose en un lugar inadecuado para todo lo que deseaba hacer con ella y tuvo que conformarse con adelantarse un paso y cogerla con fuerza del brazo.

—Porque no me soporto —masculló con vehemencia—. No entiendo qué me has hecho y, si soy sincero, no quiero saberlo porque me das miedo. Tampoco quiero que me recuerden, tú la que menos, que todo Londres te desea y que, aunque fuera por aburrimiento, te prestaste a satisfacerlos regalándoles tu compañía y tu contacto epistolar como si fuera cualquier cosa.

—Es usted el primero que ha tratado mi atención como si fuera cualquier cosa —se defendió con la voz temblorosa—, y no creo que un hombre que me rechazó esté en posición de permitirse un arranque de celos, sobre todo si pretende conducirse por la vida con coherencia.

—No he sido incoherente en ningún momento. En cuanto comprendí que transgrediría mis principios morales, lo manifesté explícitamente.

—¡Y un cuerno que no lo has sido! ¡Dijiste que te avergonzabas de haberme puesto la mano encima después de hacerme el amor durante horas! —le reprochó, pero sus gritos pasaron desapercibidos con la primera explosión de sodio sobre sus cabezas. Los fuegos de artificio habían comenzado con un estallido amarillo sobre el lienzo negro del firmamento.

—Dije que me avergonzaba de haberlo hecho guiado por las razones equivocadas —corrigió entre dientes, irritado con su testarudez—, y eso solo al principio, porque después fue diferente, ¿o crees que un hombre puede besarte y seguir pensando que eres manipuladora, mentirosa o algo menos que perfecta? Simplemente no te quedaste a escucharme hasta el final..., maldita sea —farfulló.

Verity no se ablandó con su rectificación.

—No parece que me perdiera la declaración de amor del siglo ni nada que pudiera paliar mi desconsuelo.

—Te pedí perdón por mis motivaciones iniciales, no porque me arrepintiese —insistió, y evitó que ella diera un paso atrás atrapándola entre sus brazos y escondiéndola a la sombra de un trío de árboles frondosos—. Me he estado despertando presa de un deseo enfermizo que me va consumiendo a lo largo del día como la mecha de una cerilla. Para cuando llega la noche, *Witch*, los recuerdos me han contaminado de tal manera que no puedo tolerarme. No sé cómo diablos me he contenido para no trepar por tu ventana. Quiero hacerte el amor hasta la muerte cada vez

que te veo. No sé qué hiciste aquella tarde o qué dijiste aquella noche, pero ahora soy yo el que solo puede pensar en cómo las mangas se deslizan por tus hombros o cómo te humedeces los labios antes de sonreír...

Las manos de Verity fueron directas a sus antebrazos, pero no para apartarlo de un empujón razonable, sino para evitar que osara romper ese abrazo. Una segunda explosión de pólvora negra hizo saltar chispas vistosas que trataron de robar protagonismo a las estrellas, pero que en modo alguno podrían haber rivalizado con el brillo anhelante de sus ojos.

—¿Y por qué no me has escrito? —le reclamó con vehemencia—. ¿Por qué no has venido a verme?

—Porque todavía estoy aceptando lo que ha sucedido.

—Pues si crees que voy a besarte solo porque me digas que piensas en mí después de haberme vejado de todas las formas habidas y por haber... —masculló—, entonces estás en lo cierto.

A Harding no le dio tiempo ni a disculparse ni a reírse abochornado antes de que ella se lanzara a su cuello y lo besara. De algún modo, aquel beso condensó mejor aún que el primero los años que Verity había pasado penando a los pies de su balcón, quizá porque ahora sabía lo que hacía y sabía también lo que se había estado perdiendo. Harding no permitió que el tiempo siguiera pasando sin pena ni gloria cuando podía tenerla entre sus brazos y correspondió el empuje impaciente de su lengua. Y es que habría sido un desperdicio dedicar esos minutos a solas con ella a cualquier otra actividad.

Se adentró aún más a fondo en la arboleda, llevándose a la joven por delante, y no se detuvo hasta que la tuvo apoyada contra un árbol. Una vez ahí, se sirvió a manos llenas de una anatomía diseñada para el pecado. No hubo rincón en el perímetro de su figura femenina que él no cubriera, amasara o apretase entre jadeos nerviosos, igual que un adolescente que no sabía lo que hacía; solo que quería hacer *algo*.

—¿Crees que alguna vez haremos esto en una cama? —dijo ella entre jadeos, hundiendo los dedos en su cabellera.

Él respondió con la boca enterrada en el hueco de su cuello.

—Claro. Lo haremos en todas las camas de este país.

La oyó reír y sintió que el corazón le estallaba en el pecho.

—¿Empezando por alguna en particular?

—Por la que voy a improvisar sobre esta cama de hojas secas ahora mismo.

Capítulo 18

—¿Qué es eso que traes ahí?

—«Eso que traigo aquí», a lo que tú con tanto desprecio te refieres, honorable señorita Wargrave, comprende el número de oportunidades que tienes de casarte antes de que acabe el año —anunció Verity, proyectando su voz como un trovador de la corte. Soltó sobre la mesa de la biblioteca el saco de arpillera repleto de cartas que las maestras le habían hecho llegar a Mabry's Place desde Canterbury—. Me temo que no he podido pedirle a la señorita Reeves que hiciera la selección de pretendientes adecuados en mi nombre. Ya sabes cómo es... —Puso los ojos en blanco, pero en el fondo se conmovía con la extrema prudencia de la profesora—. Sería incapaz de decir «este sí» y «este no», incluso si el desprecio no llegara nunca a los oídos de los afectados, y, tras desperdiciar dos horas de más en la tarea, me habría enviado la totalidad de las cartas alegando que todo el mundo merece una oportunidad. Así pues, nos va a tocar a nosotras recordar con quiénes me carteaba y seleccionar entre todos ellos a los potenciales candidatos.

Un interés cotilla afloró en el rostro de Rebecca. Como si las cartas fueran a estallar en cualquier momento, se levantó del sillón donde había estado leyendo el periódico y echó un vistazo al indecente volumen de la correspondencia de Verity. Podía figurarse lo que estaba pensando: por más que se hubiera burlado, hipérbole mediante, de la manera en que acaparaba a la mayoría de los solteros elegibles, no había podido hacerse una idea de las cantidades que había manejado hasta que no lo había visto con sus propios ojos.

—Aquí puede haber fácilmente trescientas cartas, Verity —señaló con voz átona, procurando no revelar ni su pasmo ni sus comprensibles celos.

—Pero, para tu desgracia, no son de trescientos hombres diferentes. —Chasqueó la lengua—. Muchos de ellos me enviaron más de diez; otros se quedaron en la primera porque me aburrieron soberanamente. Sospecho que a ti también te pondrá a dormir alguno que otro con su tediosa escritura. En fin; calculo que, descontando a los que se han casado en los últimos años y los que no nos interesan por edad y falta de solvencia, habrá alrededor de veinticinco o treinta solteros. Nunca menos de cuarenta, en cualquier caso.

Si Rebecca se hubiera visto en un espejo al manifestar su asombro, se habría abofeteado, porque en dicho asombro cabía una significativa admiración hacia su rival.

Verity ya estaba al corriente de sus sentimientos, por supuesto. La señorita Wargrave poseía una mente maestra y una facilidad alarmante para insultar con mucho tino a sus enemigos, pero todo lo que tenía de espabilada, lo tenía de transparente. Aun espetándole desde las alturas de su barbilla insolente las peores vejaciones concebibles por la humanidad, Verity había sabido ver que Rebecca se expresaba desde la envidia.

—¿Te han pretendido cuarenta hombres? —repitió con voz ahogada.

—He permitido que cuarenta hombres me escriban —corrigió—. Si hubiera sabido en aquel entonces que, cuantos más pretendientes aceptara, más podría ofrecerte hoy para así ganarme tu respeto, no habría rechazado los intentos de comunicación de otros cuarenta.

—¿Quién ha dicho que te hayas ganado mi respeto? —refunfuñó Rebecca.

—Es usted una rompecorazones nata, señorita Burton —comentó una voz masculina.

Verity se puso firme en el acto. Tuvo que mandar una orden inmediata a su cuerpo para que relajara los hombros, así como las facciones, de modo que la espabilada Rebecca no pudiera ni sospechar que su hermano era tanto el caballero que le había roto el corazón como el que le había

curado el despecho.

Que la señorita Wargrave no hubiera llegado sola a la conclusión, por otro lado, no era ni de lejos una señal de falta de perspicacia. Era estrictamente necesario ser observador y ágil de mente para construir el perfil de una enemiga tan brillante como ella. Si lo había descartado de entrada era porque ni Rebecca ni nadie habría concebido, ni siquiera en pleno episodio delirante, que el honorable Harding Wargrave se acostaría con una muchacha respetable.

Se giró despacio, a tiempo para verlo acercarse para saludarla como mandaba el decoro. Una Verity blanda como el barro a la espera de ser moldeado le tendió los dedos desnudos, que él tomó con una gentileza conmovedora. Aprovechando que Rebecca estaba entretenida sacando las cartas del saco y que la espalda de Verity ocultaba las descaradas caricias de su pulgar al dorso, Harding le dio la vuelta a la mano femenina y la besó rápidamente en el centro de la palma.

Buscó sus ojos verdes, abrumada ya con la sorpresa de que se hubiera presentado allí, y él le devolvió una mirada ardiente que podría haberlos delatado en el acto. Pero nada más soltarla y enderezarse, recuperó la elegancia apática que lo señalaba como futuro barón —que podría señalarlo como rey— y aplastó la alegría de verla bajo una expresión de mera cortesía.

Pasó por el lado de su hermana dándole un apretón cariñoso en el hombro, recto y flamante como un príncipe de cuento, y fue a sentarse en el sillón que había estado ocupando Rebecca. Allí estuvo lo bastante alejado de la mesa central para conceder intimidad a las jóvenes y al mismo tiempo contemplarlas a sus anchas. Cruzó las largas piernas de un movimiento hipnótico y rescató el *Times* que su hermana había abandonado.

Lo abrió por la primera página y comentó, con la vista clavada en las letras:

—En vuestro lugar, señoritas, yo cerraría la puerta. El resto de las alumnas no tienen por qué enterarse de que gozáis de recursos avanzados para encontrar marido. Poco sé sobre jovencitas casaderas... —se le escapó una sonrisa que guardaba un secreto—, pero intuyo que se podría desatar una guerra civil si se supiera que confraternizáis para acaparar la escena matrimonial.

—Eso es verdad —murmuró Rebecca. Le tomó la palabra yendo a echar la llave de la biblioteca. A continuación miró a Verity con la espalda apoyada contra la puerta y las manos escondidas tras las faldas—. ¿Deberíamos ayudar también a las demás?

La aludida arqueó la ceja.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿La pregunta que haría una buena persona? —replicó con ironía.

—Eres Rebecca Wargrave. No diría que seas una buena persona. Por lo que tengo entendido, la cosa funciona así: primero tú, y, luego, si sobran «recursos» —recalcó, aludiendo al término escogido por Harding—, el resto.

Pese a la acusación, que habría revolucionado a un alma cristiana, la joven manifestó su conformidad con un asentimiento y fue a ocupar el asiento que presidía la larga mesa de madera caoba.

Verity no sabía si celebrar o lamentar que la biblioteca de Mabry’s Place fuera tan modesta. Podía recorrerse a lo largo con seis zancadas, y a lo ancho con poco más de cuatro. Disponía de una sola ventana que en realidad entraría mejor en la categoría de ventanuco, y que nadie alcanzaría a abrir si no era con una escalera: por esta razón, los olores de quienes por allí pasaban se adherían al papel de pared como el humo del tabaco.

El aire era irrespirable, sobre todo y fundamentalmente porque Harding se hallaba presente.

—¿A qué debemos el honor de su presencia, señor Wargrave? —inquirió Verity con aire informal, terminando de sacar las cartas por montones. Se las iba tendiendo a Rebecca para que las extrajese de sus sobres—. ¿Quiere echarnos una mano en nuestra tarea... o la considera una

labor estrictamente femenina?

—La considero una labor estrictamente manipuladora —le respondió de buen humor, aguantando una sonrisa tras el periódico—. Aunque sienta curiosidad, no me atrevería a husmear entre las fervientes declaraciones de amor que habrá recibido. En gran medida porque seguro que he tratado con la mayoría de sus admiradores y me gustaría poder volver a mirarlos a la cara cuando los viese sin que me vinieran a la cabeza sus tiernas palabras.

Verity arqueó las cejas en su dirección.

—¿Se burla usted de las pasiones de otros, señor Wargrave? ¿Acaso nunca se ha comunicado mediante carta con una mujer muy querida?

—Con mi hermana, aquí presente —respondió, y pasó a la página siguiente del *Times*—. Ella puede dar fe de que procuro no dejar por escrito nada que pueda avergonzarme.

—No deja nada por escrito que merezca la pena conservar, más bien —murmuró Rebecca, concentrada en ojear con rapidez los primeros párrafos de las cartas—, pero tampoco lo hacían tus pretendientes, Verity. Tenías razón cuando decías que algunos caballeros escriben sobre el tema más soporífero que se le ocurre.

—Lo que yo me pregunto es por qué la señorita Burton conservaría la correspondencia mantenida con señores con los que no cuajó la relación —confesó Harding con aire reflexivo—. Mi madre estuvo muy solicitada durante su primera y última temporada soltera, y solo guardaba como oro en paño las cartas que le envió mi padre.

—Que nosotros sepamos —puntualizó Rebecca—. Haz el favor de no insinuar nada que pueda ofender a la señorita Burton, Harding. Mientras me preste su ayuda, será respetada.

—Mientras te preste mi ayuda —repitió Verity, burlona—. Luego, Dios dispondrá. —Volvió a mirar a Harding, o donde creía que estaba el rostro de Harding, oculto tras el papel—. ¿A dónde quiere ir a parar, señor Wargrave?

—Solo se me ocurren dos razones por las que atesoraría las cartas de hombres que pasaron sin pena ni gloria por su vida, señorita: porque tiene usted mucho espacio en el armario y una obsesión malsana por acumular la basura...

—¿O?

—... o porque las interpreta como los trofeos de los corazones que ha robado y eso bien merece que se exponga.

—A lo mejor me gusta la idea de conservar las pruebas físicas que corroboran mi éxito en los salones —contraatacó, fingiéndose distraída—, y no por darme gloria, sino para mostrárselas a mis herederos cuando rehúsen creer que una vez fui bella y deseada solo porque para entonces seré un saco de pellejos.

—Ah, una razón basada en la pura estrategia. Casa con lo que tengo entendido de usted —comentó con aire distraído—. ¿No le preocupa que los remitentes descubran que va usted por ahí aireando sus intimidades?

—No creo que al asesor de la Corona le aterre que se sepa que hace dos primaveras estuvo en Sudáfrica sofocando la rebelión de las colonias.

Oyó el crujido del papel, señal de que había bajado el periódico, y Verity ladeó la cabeza para coincidir con su mirada con la impaciencia de quien llevaba días esperándolo.

—¿Es que ninguno le dedicaba halagos?

Ella le sonrió con sorna.

—Si hubiera recibido una sola carta de amor sincero, ya estaría casada, señor Wargrave.

—Así que no es usted diferente de la mayoría de las mujeres —meditó, sosteniéndole la mirada con intensidad—. También se la conquista con palabrería romántica.

—¿Por qué sería eso de tu incumbencia? —intervino Rebecca, levantando la barbilla de su labor con el ceño fruncido.

—Creo que no soy el único hombre sobre la faz de la Tierra que no comprende por qué la señorita Burton sigue soltera después de su rotundo éxito... ni tampoco el único que aprovecharía la casualidad de hallarse en sus proximidades para averiguarlo —se excusó Harding con naturalidad—. ¿Qué hay de malo en preguntar, si no la estoy incomodando?

Rebecca refunfuñó algo ininteligible y siguió revisando el correo.

—Digamos, señor Wargrave, que soy tan romántica que no diría que necesito a otro idealista a mi lado. Y no sé si esto casará con lo que entiende de mí... —prosiguió, ladeando la cabeza con aire risueño—, pero si tengo opiniones propias y abandero una cierta independencia, era evidente que habría de ser yo la que escogiera a quién amar y maquinara la conquista, que no la que se dejara agasajar.

—A todo el mundo le gusta que le agasajen de vez en cuando, ¿no?

Verity sonrió sin poder remediarlo, divertida con la expresión calculadora de Harding.

—No me negaría a una muestra de afecto sincero —insinuó—. Ni rechazaría un regalo, tampoco. Pero volviendo a mi pregunta inicial... ¿A qué se debe su implicación en lo que considera un pequeño crimen contra la intimidad y los sentimientos ajenos?

Harding recuperó el periódico y lo estiró con la intención de retomar su lectura, pero antes le dirigió una mirada solaz.

—El deseo de comprender la psique femenina, tal vez —resolvió, y volvió a extender el *Times* para ocultar una sonrisa secreta que Verity lamentó apreciar a medias.

Asumió que se había acabado la conversación y que tampoco podría ir a más mientras Rebecca estuviera delante. Todavía de pie y con un suspiro resignado en la punta de la lengua, dobló el saco ya vacío hasta tres veces y se unió a la señorita Wargrave en la criba.

La tarea consistió en reconocer primero a los remitentes y rechazarlos si eran hombres que se habían casado en el curso de los años o que no cumplían los requerimientos de Rebecca. Después, si superaban ese primer escollo, se realizaba en voz alta la lectura de sus cartas para a posteriori entrar en un debate sobre si era o no interesante en el que concurrían consideraciones económicas y sociales.

—Estás invitado a unirte cuando quieras —se quejó Rebecca en dirección a su hermano cuando ya llevaban cuatro cartas, para las que habían invertido alrededor de hora y media—. ¡Nos faltan manos y cabezas para dar abasto!

Harding no necesitó que se lo repitiera para dejar el periódico sobre la mesilla y acudir en su ayuda. Verity habría jurado que lo vio levantarse, alisarse el pantalón y acercarse como si el tiempo se hubiera ralentizado. Se preguntó si era posible que en apenas unos días separados hubiera crecido unos centímetros y se hubiese vuelto aún más bello.

Tenía entendido que, tras la consumación del amor, y esto es, cuando el objeto de deseo se tornaba accesible, la pasión del interesado disminuía o incluso se extinguía. No había sido así en su caso. En presencia de Harding, Verity era tan consciente de sus movimientos, del lugar que ocupaba en el espacio y de los ojos puestos sobre ella que se sentía la estrella de una representación de teatro y el objetivo de un espía a la vez.

El futuro barón se situó deliberadamente frente a Verity y se remangó la camisa antes de apoyar las manos sobre la mesa en una pose que se le antojó atractiva. La mirada se le fue a la tensión de los gruesos antebrazos, a la línea del horizonte de sus hombros, que parecían ir de la proa a la popa de un barco; a la esbeltez de unos dedos largos y diestros que ya sabía que podían pellizcarle los pezones hasta volverle la cabeza del revés.

Él se dio cuenta de que lo estaba observando con avidez y le lanzó un vistazo rápido pero elocuente para castigarla por su descaro.

Verity no pudo tomarlo en serio cuando en sus ojos brillaba el regocijo.

—Estabais leyendo la carta de Timothy Vickery, ¿me equivoco?

—Y usted estaba pegando la oreja, por lo que se ve —se mofó Verity.

Harding aprovechó un descuido de Rebecca para mirarla de arriba abajo.

—El tema de conversación es... irresistible —se defendió en tono grave, y tras pronunciar la última palabra se pasó la punta de la lengua por el borde del labio inferior—. ¿En qué puedo ayudar?

—Sírvete de papel y pluma y ve anotando los nombres, características y palabras clave que te iré diciendo —ordenó Rebecca—. Los que vayan a tu lista serán aquellos que no han sido descartados. Con Timothy Vickery estoy indecisa... —meditaba, sosteniendo en ambas manos las cartas que Verity había recibido del susodicho—. Está en el límite porque cumplirá cuarenta años en diciembre, pero aún luce una saludable cabellera rubia, cuida su imagen y, a juzgar por el modo en que se expresa, parece un hombre muy dulce.

—No te dejes engatusar por el tono que utilizaban conmigo y céntrate solo en los aspectos subjetivos: las finanzas, la edad, los matrimonios previos, si es que los hubo, y el carácter por el que son conocidos en la *ton* —le recomendó Verity—. No hay nada más engañoso que la paciencia y la simpatía que exhibe un hombre que espera obtener algo de ti. Todo el que me escribía quería mi mano en matrimonio o lo que se entrega en la luna de miel, y te puedo asegurar que se esforzaban por conseguirlo llegando a mentir con un descaro flagrante.

—Entonces... ¿Descarto al señor Vickery?

—Descarta a todo aquel que no haya sido amable contigo —le sugirió—. Es más; deberías mandar a la pila de los candidatos solo a los hombres que, aun tomándote por una paria, te han besado la mano y te han tratado con respeto. No ya porque serán más fáciles de convencer de quererte, puesto que no están sesgados por absurdos prejuicios, sino porque su educación habla de un carácter amable y permisivo.

—Coincido con la señorita Burton —la apoyó Harding.

Rebecca torció la boca.

—Si me ciño a los que no me dan la espalda, entonces no abundarán las posibilidades.

—No queremos cantidad, querida, sino calidad —le recordó Harding—. Solo te vas a casar con uno de ellos.

La señorita Wargrave suspiró y retomó la lectura. Acabaron llegando a la conclusión de que serían más rápidos y eficaces si se dividían las cartas, resumían el contenido y lo ponían en común. No había una votación democrática real; Rebecca era quien tenía la última palabra sobre si el caballero iba a la lista de Harding —el mejor destino posible— o a la de Verity, que no era otra que la de la basura.

A lo mejor, de haber estado a solas con ella, se habría quejado porque su valiosa opinión no fuera crucial a la hora de tomar decisiones, pero la proximidad de Harding era su prioridad y su recompensa y poco era lo que le importaba en comparación con atender a sus movimientos con disimulo y aprovechar cualquier oportunidad para decirle algo.

Harding se levantó en alguna que otra ocasión para coger un par de libros de la estantería: uno sobre filosofía clásica para que Rebecca estudiara de ahí en adelante la materia que tanto fascinaba a Edward Folly, uno de los caballeros que habían pasado la criba, y la novela reciente de Dickens que aún se estaba publicando por entregas cuando el conde de Stanton le confesó a Verity haber quedado abducido por la trama. Rebecca habría de leerla y formar una opinión

similar a la que el noble había expresado en sus cartas para sorprenderlo con su inteligencia...

—... que, claro está, habrá de ser un reflejo de la suya, nunca propia —había apostillado Verity—. No olvides que los hombres solo aplaudirán tu agudeza cuando tu argumento case con el que ellos sostienen; si no, opinarán que eres una insolente y se darán la vuelta.

—¿Lo dice por experiencia? —había intervenido Harding, de pie junto a la estantería.

—Experiencia es lo único que tengo, señor Wargrave. —Y devolvió la vista a la carta, sin dejar de ser consciente ni por un solo instante de que él estaba en la habitación y con toda probabilidad tendría los ojos puestos en ella.

Y no solo los ojos.

Al pasar por su lado con la novela de Dickens en la mano, se sirvió de la libertad de la otra y de la que él mismo se había concedido para acariciarle la curva de la cadera. Volvió a su asiento sin cambiar la expresión serena, demostrando poseer un envidiable control sobre sí mismo. Por más que Verity buscó una grieta en su máscara indiferente, Harding no dejó de aparentar la mayor de las inocencias.

Había ratos de conversación, pero también de silencio en los que trabajaban como si se trajeran entre manos la deposición de la reina Victoria. Verity tenía que hacer un doble esfuerzo más allá de leer las cartas. Debía recordar detalles de los sujetos que hubiese percibido las veces que coincidieron en veladas; así y no de otro modo se era lo bastante preciso para descartar a un aristócrata que tenía el don de la palabra para encandilar con sus cartas, pero que en un *tête à tête* incomodaba a sus interlocutoras con miradas lujuriosas.

Estaba leyendo la primera epístola que le envió lord Carrington cuando un papel doblado aterrizó sobre su bonita caligrafía. Verity resistió la tentación de mirar hacia arriba o hacia el lado, dando por hecho que Harding habría sido discreto, y desdobló la nota para descubrir un mensaje emborronado.

No había esperado a que se secara la tinta para hacerle saber lo que pensaba.

> Si no te retiras de la cara el mechón que se te ha escapado del moño,
> voy a tener que ser yo el que tome medidas... y no creo que te haga
> ilusión que te desmelene delante de Rebecca.
> En definitiva, péinate o atente a las consecuencias.
> P.D.: Hoy estás preciosa.

—Si no os importa, me voy a soltar la melena —anunció Verity en tono inocente, llevándose las manos a la cabeza—. Las agujas me están matando.

—Te voy a imitar —dijo Rebecca tras suspirar, aliviada—. No puedo aguantarlo más.

Verity se fue deshaciendo de las horquillas con lentitud, tarareando una canción a piano que se había acabado estudiando de tanto escucharla interpretada por una alumna con un talento musical sin parangón. Iba arrojando las agujas de cualquier manera sobre la mesa cuando una de ellas —no podía decirse que de forma fortuita— rebotó sobre la superficie y acabó aterrizando en la lista que Harding iba redactando.

Este llevaba ya un rato vigilándola como un ave rapaz, sus ojos cautivos del embeleso.

—¡Ups! Perdón —se disculpó Verity con la voz aguda—. Se ha escapado.

—Se la guardaré mientras tanto —le prometió Harding con una mirada oscura.

Ella contuvo una sonrisa estúpida y, cuando había terminado de desmelenarse, se masajeó el cráneo y agitó los rizos sueltos para que su cabello cayera sobre los hombros tanto o más vistoso que una peluca del rococó. Observó que Harding contenía el aliento, y agradeció una vez más a Sonny que le hubiera confesado la que era la debilidad de los hombres.

Llevaban alrededor de veinte cartas leídas, desglosadas y estudiadas cuando Verity estiró los brazos por encima de la cabeza y se crujió el cuello. Harding levantó la cabeza de la lista que le tenía ocupado para admirar sus movimientos con una tensión indisimulable. Por un momento pareció olvidarse de dónde estaban y con quién, porque apoyó la barbilla en la mano y se la quedó mirando casi sin pestañear con una sonrisa ida tonteando con sus labios.

Verity tuvo que regañarlo abriendo mucho los ojos, señalando a la cansada Rebecca con la barbilla y luego cabeceando hacia su tarea para que la retomase. Él se dio por escarmentado haciendo un gracioso puchero y agachando el mentón para ocultar una risotada.

—¿Por qué has arrancado la mitad de la página? —quiso saber Rebecca al ver que Harding rasgaba la esquina de la lista de nuevo.

—Porque me he equivocado. He anotado a Vickery sin darme cuenta.

—¡Tienes que estar más atento! —le espetó—. ¡Estamos hablando de mi futuro!

No llevaban ni quince minutos de tarea desde la exigencia de la señorita Wargrave cuando una segunda nota cruzó la mesa hacia el territorio de Verity. Esta vez, miró de reojo a Rebecca para confirmar que estaba aburrida revisando una nueva carta con la mejilla descansando en la mano.

Te haría el amor aquí y ahora mismo.
No puedo parar de mirarte.
Siento que me estoy volviendo loco.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para disimular que le había dado un vuelco el corazón.

—¿No podemos hacer una pausa? —sugirió Verity después de carraspear para calmar un ataque de nervios, manifiesto sobre todo en el picor de la garganta, en el hormigueo de las manos, en el ardor del vientre—. Me duele la espalda, y tú te estás quedando dormida.

—¡No es verdad!

—Te he visto dar cabezadas hacia delante.

—¡Pero me he recompuesto!

—Rebecca... —Le puso las manos en los hombros y los masajeó persuasivamente—. Trabajaremos mejor con los ojos bien abiertos para captar sutilezas. Ve a echarte una siesta, ¿eh? Te prometo que lo retomaremos más tarde.

Verity no podía saberlo, pero la clave para convencer a la señorita Wargrave, así como la llave de su corazón, era hablarle con el afecto maternal que llevaba más de una década echando de menos. En principio gimió en desacuerdo, claro está, pero un bostezo descomunal interrumpió la que iba a ser una débil retahíla de protestas. Harding se rio con ternura, como siempre enamorado de las niñerías de su hermana pequeña, y se levantó para escoltarla hacia la puerta, camino que la joven hizo a regañadientes con los párpados pesándole por la somnolencia.

La tercera presente permaneció sentada con la respiración suspendida, y allí esperó lo que le pareció una vida entera a que Harding hubiese acompañado a Rebecca a su dormitorio.

Estaba empezando a pensar que no volvería —lo que habría sido muy sabio— cuando la puerta volvió a abrirse y un hombre con expresión solemne y unos ojos que brillaban como estrellas cruzó el umbral. Verity se preparó con una profunda inspiración para que Harding se abalanzara sobre ella, más porque eso era lo que habría deseado que porque él lo hubiese anticipado con su caminar pausado.

No había echado la llave a la puerta, obligada precaución, pero la miraba como si fuera a darle un mordisco.

Verity no osó moverse cuando él llegó a su altura y apoyó las manos en los reposabrazos de su asiento. Con una facilidad asombrosa, giró la silla en la que seguía sentada para orientarla hacia sí.

Tuvo que contener el aliento de nuevo cuando su rostro quedó a escasos centímetros.

—No he podido evitar fijarme a lo largo de la tarde en que no tiene usted una opinión muy elevada de mi género, señorita Burton —le dijo en voz baja, empleando un tono en teoría desenfadado que sin embargo ocultaba un deseo más fuerte que él.

Verity alargó el brazo hacia el pañuelo de seda esmeralda que lucía en el cuello y tiró de un extremo para aflojar el nudo.

—¿Eso es lo único en lo que se ha fijado? —preguntó con coquetería, mirándolo a través de las pestañas.

—Lo único que sería educado mencionar en voz alta —confesó con aire risueño—. Ha delatado usted un profundo resentimiento hacia el hombre en general con cada consejo que le ha dado a mi hermana, y, si le soy sincero, no sé qué pensar al respecto.

—Descuide, señor Wargrave... —murmuró, todavía manipulando el pañuelo. Se lo terminó quitando con un gracioso floreo y se lo echó a su propio cuello con un ademán burlesco. Enseguida le llegó el olor con el que la piel caliente de Harding había infectado la tela, y no pudo sino inspirar hasta empaparse los pulmones—. Aunque no esté de acuerdo con Rebecca en que haya que tomar estas medidas manipuladoras para casarse a toda costa, no pretendo contagiarla con mi visión pesimista del género.

—Entonces reconoce que nos mira con recelo. —Se inclinó sutilmente sobre ella para rozarle la mejilla con la punta de la nariz. La deslizó hacia abajo, hacia su mentón, e inquirió en voz baja —: ¿Hay algo que pueda hacer para solventarlo?

Verity cerró los ojos y se entregó a la delicada caricia de sus labios entreabiertos, con los que recorrió el perfil de la mandíbula hasta llegar a la oreja contraria. Tuvo que retirarle la melena con una mano que parecía estar tocando un objeto precioso para besarle el lóbulo. Ascendió hacia el cartílago en un silencio tan solo trastocado por sus respiraciones irregulares.

Ella apoyó las manos en su pecho y las dejó resbalar hacia abajo, llevándose por delante el escote de la camisa. El atrevimiento le permitió empaparse de la calidez de su piel, la textura suave del vello que componía un triángulo en su plexo solar.

—Usted ya ha hecho todo lo que se puede hacer para convencer a una mujer de la que sea su voluntad, señor Wargrave; incluso si la voluntad en cuestión es curarla de su cinismo. Es usted la prueba de que no se puede ni se debe perder la fe en el hombre.

Harding le separó las piernas introduciendo una de las rodillas entremedias.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Al mirarla desde arriba, con la cabeza inclinada hacia abajo, los mechones dorados que le enmarcaban la cara acariciaban ahora el aire. Harding recorrió su labio inferior con el pulgar y lo introdujo suavemente en su boca; Verity lamió la yema sin apartar la vista de él.

—¿Por qué?

Ella besó la punta de su dedo gordo, que todavía tanteaba a las puertas de su aliento.

—Porque es todo un caballero. No se le han conocido amantes ni siquiera en ambientes masculinos, donde se tiende a mentir o exagerar la verdad sobre los idilios románticos para ganarse la aprobación de los demás. Y lo sé de primera mano porque me encargué de interrogar a Kinross, entre otros, para confirmar que cuando se emborracha tampoco se le va la lengua describiendo la figura de sus mujeres preferidas.

Verity ya no se preocupaba por lo que era o no sabio revelar ante él. Tenía el juicio nublado por sus atenciones, vivía en una nube desde la noche de los fuegos de artificio, y poco le importaba si se dejaba en evidencia una y otra vez. Es más; con mucho gusto lo haría si eso le merecía un beso de sus labios.

—Conque se encargaba de interrogar a la gente. —No sonó escandalizado—. Los tendría usted a todos hastiados con su impertinencia. ¿Se enteró de algo más?

—Me enteré de que bebe, como todo hijo de vecino, pero nunca llega a necesitar que lo lleven a casa a hombros; que nunca arma escándalos de voces ni se le sueltan los puños, y tampoco se le ha ocurrido jamás alardear de sus conquistas... —Se mordió el labio y guio la mano hacia lo que había más allá del ombligo. Cubrió el bulto del pantalón con la palma y lo acarició despacio—. Eso le honra, señor Wargrave. Le hace diferente.

—Y, aun así, no me parece que la prudencia sea un valor lo suficientemente impresionante para merecer sus afectos —musitó él, levantándole la barbilla con un dedo para regalar un primer beso a la comisura de su boca entreabierta—. No he hecho nada tan valioso o importante para diferenciarme de todos esos hombres. Ni siquiera le he mandado una carta.

El corazón le dio un brinco al oírle casi consternado por no poder pagarle con creces el regalo de su amor. Se humedeció los labios y siguió acariciando con la palma y en círculos el miembro, que se iba endureciendo.

—Tiene mi dirección. Hágalo a partir de ahora.

—Me temo que mi caligrafía es penosa. Se espantaría.

—Lo sé; he leído sus notas, que, por cierto, ya valen más para mí que ninguna carta que haya recibido nunca.

Él le aguantó la mirada con una mezcla de adoración e incredulidad. Una duda razonable lo estaba atormentando, pero no le impedía disfrutar sin condiciones de sus atenciones.

—¿Por qué me quieres, *Witch*? —preguntó en voz baja—. ¿Qué he hecho?

Verity sonrió, enternecida porque no pudiera explicarse lo que a sus ojos era un milagro. Alargó el cuello para pedir en silencio un beso que le fue concedido en el acto, un beso casto pero cargado de significados que la dejó flotando. No hasta el punto de olvidar lo que sucedía a nivel terrestre; la atrevida e insistente fricción de su palma contra el miembro duro.

—No está en lo que haces, sino en lo que eres.

—¿Y qué se supone que soy?

—Un hombre que sabe amar a las mujeres como seres iguales, pero sin ignorar que su lugar y su papel en este mundo es distinto del que tienes tú.

—Eso me lo enseñaron mi madre y Rebecca. No era mío de nacimiento.

—Pero podrías no haber hecho tuyo ese rasgo como cada día miles, millones de hombres toman la decisión consciente de ignorar el sentir y el padecer de una mujer en beneficio de su disfrute personal.

—No soy el único que puede ver lo que eres y apreciarlo, Verity.

—Pero eres el único que, si me amara, seguiría visitando religiosamente mi tumba aun diez años después de mi muerte con un ramo de mis flores favoritas —le dijo, mirándolo a los ojos.

Harding arrugó el ceño, extrañado por la forma en que lo había definido, hasta que poco a poco le fue iluminando la comprensión. Intuyendo que la conversación pasaría de coqueta a solemne, rechazó el placer de su masturbación apartándola por la muñeca. Ella no pudo tomárselo a pecho cuando fue tremendamente gentil.

—¿Me has visto en el cementerio alguna vez?

—Una sola, y me bastó para elegirte.

—Cuando aún eras adolescente —murmuró para sí.

—Ajá.

Una sonrisa triste curvó los labios de Harding.

—El camposanto no es lugar para andar de chismosa, señorita —la regañó de buen humor.

—¿Qué habría sido de mí si no me hubiera portado mal pegando la oreja? No habría descubierto que vosotros también tenéis sentimientos. Eres un hombre que llora sin cubrirse la cara, Harding. ¿Cuántos de esos hay? ¿Cuántos con este bello rostro? —insistía con la voz ahogada por el amor que se le escapaba a borbotones. Le acarició la mejilla y se estiró para besarlo en los labios sin poder aguantarlo más—. ¿Le vale con eso, honorable señor Wargrave? ¿Le basta para entender por qué usted y no otro?

Al ver que no respondía, supuso que se habría bloqueado, abrumado por la intensidad de unos sentimientos que por razones de lógica no podía corresponder aún, y fue a estirarse para sellar la conversación con otro beso. Harding se le adelantó encajando su boca en la de ella con un contacto que desde el principio fue lento y terriblemente apasionado. Ahí se fue fraguando ese calor familiar e insoportable que amenazaba con asfixiarla si no concluía con él enterrándose dentro de ella.

—Si no quieres sentirte en inferioridad de condiciones después de mi adorable y perfectísima declaración romántica, puedes decir algo que te guste de mí —sugirió ella contra sus labios. No le costaba aguantar la sonrisa porque había una solemnidad tal en su deseo por Harding que no podía tomarse a risa nada de lo que sucedía entre los dos.

Él escudriñó su rostro como si allí estuviera escrito el secreto del universo.

—Llevas con tanto orgullo lo que en otras personas podrían ser defectos que haces que parezcan virtudes. Quizá lo sean. Pero entonces eso significaría que eres perfecta.

—¿Y eso sería un problema?

—Sería un problema aquí y ahora, porque no podría hacerte el amor. —Se dejó caer sobre ella apoyando la barbilla en su hombro, aún con las manos sobre los reposabrazos, y se restregó como un gato mimoso hasta enterrar la nariz en el hueco de su cuello—. ¿Qué sortilegio has usado contra mí, *Witch*? Me has convertido en un vulgar obseso.

—¿Y lo malo? —se rio ella nada más rodearle la baja espalda con los brazos. Ladeó la cabeza hacia él, presionando tiernamente la mejilla contra su sien—. Llévame a mi habitación —le pidió en un murmullo sugerente—. Aquí dormimos en alcobas individuales, y todas pueden cerrarse con llave.

—Sería muy arriesgado teniendo a Rebecca al lado.

—Sabía que dirías eso —se lamentó—. Pero ¿entonces? ¿Te vas a marchar? ¿Y, encima, habiéndome dado un solo beso en condiciones?

Harding la besó en la mejilla a modo de compensación antes de separarse lo justo para mirarla a la cara.

—¿Marcharme? ¿Qué se cree usted, señorita? ¿Que me llaman el honorable Harding Wargrave solo porque algún día recibiré una baronía en herencia? Puedo disfrutar de la flamante compañía de una mujer sin ponerle un dedo encima.

Se incorporó del todo y arrastró la silla más próxima para sentarse frente a ella. Entrelazó los dedos sobre el regazo y compuso una mueca expectante, invitándola a hablar del que fuera su tema de preferencia.

—Estás excitado —señaló Verity. Fue lo único que se le ocurrió decir.

—Se me pasará.

El corazón le ardió de felicidad porque quisiera pasar el rato con ella simplemente charlando,

y luego le asombró su propia sorpresa: debía de estar más que acostumbrada a que los hombres solicitaran su compañía, y, sin embargo, reaccionaba al interés de Harding como si se tratara de un regalo insólito.

Tal vez no solo porque lo fuera, sino porque por fin lo interpretaba como algo precioso.

Lo aceptó con el alma llena de ilusión arrancando a balbucear sobre lo primero que se le ocurrió, y, de ahí, alternaron durante las tres horas sucesivas. Cara a cara como en una entrevista importante, se enzarzaron en una agradable conversación que iba saltando con naturalidad de un tema a otro distinto, tocando todos los palos: desde divertidas anécdotas sobre la familia hasta opiniones del teatro o la ópera más reciente, sin temer profundizar acerca de la pérdida, el olvido y la soledad y tampoco pasar por alto sus respectivas visiones sobre conocidos en común —por qué Witty le tenía ojeriza a ese, por qué Harding respetaba a aquel—, todo esto sin sacrificar las oportunidades de flirtear abiertamente el uno con el otro.

A cada tanto, mientras Verity explicaba algo con grandes aspavientos, él se inclinaba hacia delante y la besaba sin decir nada. Ella se quedaba aturdida un instante, pidiendo más con una mirada cargada de ansiedad, y Harding se disculpaba por su imperdonable interrupción y la animaba a proseguir hasta que la huella de sus labios se extinguía. En otros momentos, fue ella la que no pudo controlar las ganas de tocarlo y se sentó sobre su regazo, le echó los brazos al cuello y se rindió a él con un beso desesperado. Las ganas iban venciéndolos cada vez más y más, hasta que llegó un punto insostenible en el que la conversación era interrumpida cada dos o tres minutos con la clase de contacto ardiente que tenía un efecto devastador en el cuerpo.

—Debemos detenernos —murmuró Harding, con los labios ya hinchados y el cabello tan revuelto que no quedaba ni rastro del recto y honrado señor Wargrave. Ni él mismo se tomó en serio y hundió los dedos en la carne de su muslo; había introducido la mano sin vergüenza bajo su falda para tocar directamente su piel.

—Si la escuela es un lugar prohibido y tú duermes en Albany cuando resides en Londres, ¿cómo vamos a...? —se angustió Verity. Tenía la garganta seca y el pulso acelerado cuando manifestó su preocupación. Buscó su mirada verde con los ojos cristalizados por la pasión insatisfecha—. Lo necesito.

Harding se quedó un instante pensativo. Reflexionar no era excusa para frenar las caricias, y en tanto que buscaba una solución recorrió su rostro redondo con las puntas de los dedos, la protuberancia de la nariz y hasta la hilera de las pestañas.

—¿Pasarías una semana conmigo en Wargrave House, mi casa de campo? —dijo al fin.

«Pasaría contigo el resto de mi vida en una alcantarilla».

—Se me podría ocurrir una muy buena excusa para desaparecer —le confirmó después de retener el impulso de confesarse una vez más.

Toda una vida de silencio, y ¿para qué? ¿Para ser incapaz ahora de callar, aunque fuera por prudencia? ¿Para repetir una y otra vez cuánto lo quería, por activa o por pasiva, y con el secreto objetivo de que él se sintiera tentado de corresponderla? No podía presionarlo para que la amara, y, además de desahogarse, eso era lo que estaba haciendo.

Sus preocupaciones no eran las que Rebecca le transmitió en el tocador. Ni se le ocurría exigirle que se hiciera cargo de lo sucedido pidiéndole matrimonio. Quizá por el modo en que había vivido siempre, relativamente al margen de las convenciones sociales gracias a las contagiosas excentricidades de la familia, que la curaron del miedo a decepcionar al *beau monde*, no la asustaba tanto que la excomulgaran como que Harding hiciese lo correcto guiado por sus principios y no por el afecto sincero.

Su mayor aspiración era y siempre sería que él deseara estar a su lado de pleno corazón.

—Te haré llegar una nota con el día y la hora —anunció el futuro barón. La besó en los labios con la misma impaciencia por que la fecha llegara, y le dio un pequeño azote en la nalga—. Y ahora levántate. Rebecca llegará en cualquier momento.

Capítulo 19

Harding había llegado a Wargrave House tres horas atrás. Desde entonces, había estado encargándose en persona de disponerlo todo a su gusto para que tanto él como la futura invitada disfrutaran de su intimidad sin que les faltara un capricho. Había comprobado que hubiese flores frescas en todos los jarrones, así como que el agua había sido cambiada para garantizar su esplendor; había supervisado que no había una mota de polvo en las estanterías y mesillas pasando el dedo por encima como el más riguroso de los obsesos de la limpieza, y se había asegurado de que no faltaban viandas en las cocinas. Estas iban desde las deliciosas sobras del estofado por el que era famosa la señora Webber, que aún aguantarían en perfecto estado unos días más, hasta chocolates y otros dulces que Verity había confesado adorar.

Harding los había comprado en Londres para la ocasión antes de tomar el carruaje.

Para cerciorarse de que infames habladurías no corrían por la ciudad como la pólvora, había mandado a la totalidad de los sirvientes a sus casas o bien la de sus familiares durante una semana entera. Había tenido que avisarlos con unos días de antelación, mas no los suficientes para que los que vivían lejos de sus parientes pudieran hacer llegar la noticia de su inesperada visita. Lo que muchos habían entendido como una indulgencia del patrón había puesto en un aprieto a la mayoría de los criados que rozaban la ancianidad. A estos, Harding les había pagado con sumo gusto una habitación en un conocido albergue cercano para que disfrutaran de sus primeras vacaciones holgadas.

Se había comprometido con que todo fuera como la seda. Por eso, cuando su padre se presentó de improviso en Wargrave House apenas unas horas antes de la llegada estimada de Verity, tuvo que recurrir de emergencia a la contención cultivada durante veintiséis años para no largarlo como a un perro.

Claro que este habría sido su primer impulso incluso si su mera aparición no estuviese poniendo en peligro su cita con la señorita Burton.

El barón Gerard Wargrave se extrañó cuando fue Harding quien tuvo la valiente humildad de abrirle la puerta de la mansión. Bastó con echar un vistazo por encima del hombro del enojado heredero para valorar el recibidor vacío y descubrir a través del silencio allí instalado que se hallaba en la más rotunda soledad.

—Entonces no es un rumor —fue lo primero que comentó nada más quitarse el sombrero de copa. Se atusó con paciencia las ondas rubias que su progenie había heredado y que una vez fueron el delirio de las jovencitas de la capital. Pese a que el tiempo había pintado de plata sus patillas y las arrugas de la vida contemplativa habían aliviado la fiereza de su mirada, su belleza inglesa y su imperturbabilidad, todavía más autóctona, seguían sembrando la agitación en las mujeres—. Te has deshecho del servicio.

—Temporalmente —puntualizó Harding, todavía con el pomo de la puerta en la mano.

No dio la menor muestra de interés en apartarse y convidarlo a ponerse cómodo, flagrante descortesía que hizo enarcar una ceja de bronce a su padre.

—¿No vas a invitarme a entrar? —inquirió sin acritud.

—Es su casa, milord. Puede entrar cuando desee y servirse lo que le apetezca.

Gerard esbozó una sonrisa irónica que resumió con brillante precisión la naturaleza del vínculo que mantenía con su primogénito: los dos sabían qué era propiedad del barón y qué era de Harding, e incluso si algún día le pertenecería todo lo que su padre poseía, desde los

cimientos que los sostenían hasta la cama en la que hacía el amor con su nueva esposa, actuaban como un patrón y su contable. Ninguno osaba desafiar el muro de piedra que constataba la distancia interpuesta, no ya por miedo sino por conveniencia.

El barón se adentró en el recibidor dándole vueltas a la chistera con las manos, un gesto con el que trataba de aparentar normalidad.

Por más relajados que parecieran sus andares, por más que sonriera con impostada simpatía, Harding sabía que no soportaba el deber que tenía para con él y que seguía desempeñando por la costumbre de mantener las apariencias: el de supervisar con relativa frecuencia en qué andaban metidos su heredero y su hija.

No le importaba un ápice que estos fueran sus sentimientos porque los correspondía. A Harding tampoco le hacía ninguna gracia que aquel desconocido se valiera de una potestad inmerecida para darle consejos vitales durante una visita relámpago; una que nunca bastaba para que entendiera la complejidad de la situación de Rebecca o la fragilidad de las finanzas familiares.

Harding echó un vistazo al reloj que coronaba el hall. Si nada la había retenido previamente en Londres y no había ocurrido ninguna contrariedad en el trayecto, Verity estaría allí en cuestión de una hora. Dudaba que su padre se atreviera a juzgarlo por traer a una amante, y más dudaba todavía que la reconociera como la hija del temible Desmond Burton considerando que no pisaba la capital desde hacía ocho años, pero prefería ahorrarle el posible bochorno a la joven.

—Bueno —comentó Gerard tras dar una vuelta ágil sobre los talones. Lo enfrentó con gesto expectante—. ¿A qué se debe esta... amable concesión con la que te has ganado el afecto del servicio? ¿Es esto lo que ahora se estila en las casas nobles?, ¿dar vacaciones a los criados?

Para ser un hombre que odiaba mentir, Harding ni se inmutó a la hora de escurrir el bulto.

Ni uno solo de sus principios era aplicable en presencia del barón.

—Es mi deseo estar completamente a solas esta semana.

—Deberías haber pospuesto ese deseo hasta diciembre, cuando no tuvieras responsabilidades urgentes que atender en la capital —no tardó en señalar con la expresión de padre sermoneador que no soportaba—. Según me consta, Rebecca continúa soltera y tiene severas dificultades para recibir invitaciones a los bailes y al teatro. No le viene nada mal pasearse del brazo de su hermano, al que aún no se le atribuye ningún escándalo, para recordar a los potenciales pretendientes que sigue viva.

No se había molestado en dejar su sombrero en el ropero, como tampoco en quitarse el gabán. Pretendía que la visita fuera rápida y efectiva, y Harding habría estado en la disposición de darle el gusto si no hubiera sacado a su hermana a colación.

—Rebecca está bajo la supervisión de las maestras de la escuela de señoritas, la que le recuerdo que usted y solo usted escogió como medio de representación para que le garantizaran un buen partido —dijo con voz átona, sin ocultar su hastío.

—Y, sin embargo, se han cumplido tres temporadas desde su puesta de largo y todavía no me han dado una buena noticia.

Harding se limitó a pestañear una vez.

—Lamento que la institución de lady Mabry no haya cumplido sus expectativas, pero es poco lo que yo puedo hacer en ese aspecto.

—Puedes y lo has estado haciendo —replicó en tono de reconocimiento—. Le tomaste el relevo a esas inútiles solteronas que tiene como maestras para ayudarla a sentar la cabeza. Es la senda que considero que has de seguir.

«Considero», había dicho.

Casi se echó a reír.

—Esas... solteronas, como usted las llama —señaló con desdén—, son tan inútiles como lo sería cualquiera si intentara restaurar la reputación hecha jirones de una mujer. Aun y con todo, Rebecca se ha quedado en las mejores manos: las suyas propias. Ha sido debidamente informada de mi viaje a Berkshire y ha estado más que conforme. Siguiendo su instinto y los consejos de sus referentes matrimoniales, ha tramado estrategias que está ansiosa por poner en marcha... y para las que no requiere mi ayuda.

—¿Y te fías del criterio de tu hermana? —jadeó con incredulidad.

—Al criterio de mi hermana le confiaría mi vida —atajó, sin ceder a la burla implícita en la sonrisa ladina de su padre—. Es más: creo que eso es lo que necesita para alcanzar el éxito; que le demos un voto de confianza. Solo si la dejamos hacer según vea conveniente recuperará ese amor propio que tenía antes de la desgracia y que necesita para creer en sus pronósticos.

—No estoy del todo convencido.

—Imagino que está usted tan preocupado por Rebecca debido a la impresión que se llevó de ella la última vez que la vio, hace tres, casi cuatro años; el tiempo que ha dejado correr sin prestarle una visita, aunque solo fuera en Navidad. Le aseguro que ha cambiado desde entonces. No es que le hiciera ninguna falta —añadió—, pero la madurez le está sentando de perlas.

—La madurez no le sienta bien a ninguna mujer sin marido, Harding. A la vista está que los solteros de la capital no coinciden con tu visión. Si no, ya habrían puesto una alianza en su dedo.

—A la vista está que hay hombres que no reconocerían a una mujer maravillosa ni aunque tropezaran con ella todos los días —replicó sin parpadear, aguantándole la mirada.

No podía evitar que todo cuando pronunciaba saliera de sus labios como un reto abierto.

—No creo que lo digas por mí. Tu madre era una mujer maravillosa y el que la descubrió primero fui yo.

—Entonces dejémoslo en que hasta un reloj parado da la hora dos veces. Si lo único que le preocupa es la soltería de Rebecca —prosiguió para evitar que replicara a su ataque personal—, permítame tranquilizarle en ese sentido. Está decidida a casarse, y si algo tiene mi hermana, es voluntad.

—Y tú posees sabiduría. Una que le convendría tener a su servicio.

Harding avanzó un paso hacia él para hablarle sin tapujos, cansado de su desfachatez.

—Rebecca no es ni una dama en apuros ni una descerebrada. Es una joven que perdió a su madre siendo aún niña, que ha padecido en sus carnes el dolor del rechazo romántico y social y que se ha visto despojada las compañías que hacían de su vida un tránsito agradable; su padre, sin ir muy lejos. Ansía su felicidad más que nadie y sabe lo que tiene que hacer mejor que usted y que yo, que, a diferencia de ella, no hemos sufrido presiones de índole matrimonial. Si lo que viene a exigirme a mi propia casa es que regrese a Londres para ir detrás de sus faldas agitando con el dedo en alto, olvídese. Creo que tiene suficiente con el peso de la decepción de su padre sobre los hombros como para que mi insistencia, que no sería otra cosa que una prueba de mi falta de confianza en ella, echara más leña al fuego.

Gerard tuvo que ver cierta legitimidad en la pulla, porque se enderezó de golpe y apartó la mirada para esconder su vergüenza.

Hubo un tiempo en el que momentos de vulnerabilidad como aquel le bastaban para volver a creer en la palabra de su padre. Veía en ese acceso emocional al padre amoroso que conoció y que se hacía cargo de su familia. Pero si bien sabía que su culpabilidad era real y que también era más que probable que se acostara cada noche pensando en la pequeña Rebecca, a la que una vez quiso más que a su vida pero después abandonó en el beneficio de comenzar una nueva vida,

Harding decidió largo tiempo atrás que ningún atisbo de remordimiento conmovería de nuevo su corazón.

Se había visto demasiadas veces en la terrible tesitura de tener que mentirle a su hermana, prometiéndole el regreso del padre pródigo, como para poder perdonarlo. Para haberlos envenenado con su ausencia, Gerard Wargrave había sido durante años lo que Harding más presente había tenido.

—Lo único que quiero es que Rebecca goce de una vida cómoda, segura y estable.

—Ya tiene una vida cómoda, segura y estable. Esta es su casa —abarcó la mansión con la mano—, y yo soy el hermano que la protege. No necesita otro techo ni otro hombre.

—No seas ridículo, Harding. ¿Cómo piensas protegerla, si nada de esto te pertenecerá por derecho hasta que heredes el título?

—Quizá las escrituras digan lo contrario, pero soy de la opinión de que la tierra es de aquel que la cultiva o, en este caso, de quien la administra. He pasado los mismos años que lleva usted casado con su señora encargándome de su hacienda, de su hija y de que su nombre mantenga su relevancia en los salones londinenses pese a su sospechosa ausencia. Algunas responsabilidades son más placenteras que otras; unas las hago por gusto, incluso por amor, y otras por obligación, pero no tenga usted la audacia de insinuar, mirándome a la cara para colmo, que estoy aquí o que mi hermana estaría aquí por generosidad suya.

—Estará aquí por generosidad de tu futura esposa, a la que podría no hacerle ninguna gracia tener que compartirte con ella. ¿O acaso no piensas casarte?

—Me casaré como es mi deber de noble, pero nunca con nadie que no vaya a aceptar a Rebecca. Por suerte, milord, solo se heredan las tierras, no las malas decisiones; yo nunca cometería el error que cometió usted de casarme con alguien que me separaría de mi familia.

—Ya tardabas en sacar el tema a colación —dijo Gerard en tono áspero—. ¿Cuántos años han de pasar para que perdones que me casara de nuevo?

—Creo que un hombre debe casarse una sola vez en la vida —confesó con indiferencia—, pero, a un lado mis opiniones, que ya le manifesté en su día y que entiendo que no tiene por qué tomarse al pie de la letra, me importa un bledo que se haya casado. Cásese cuantas veces le plazca, milord. Conviértase al islam y adopte veinte concubinas. Pero no se comprometa con una nueva familia a costa de olvidar la que tuvo antes. Tal vez las responsabilidades nobiliarias sean materiales y, por tanto, parezcan impersonales y hasta frívolas, pero están directamente relacionadas con las personas, y su hija le ama y se duele cada día por su cruel indiferencia —le largó con frialdad.

—¿Ahora solo mi hija me quiere? ¿Ya no te incluyes en estas peroratas tuyas?

Harding le dirigió una sonrisa vacía.

—Hace años desde que me digno a hablar con usted en única representación de mi hermana. El día que ella deje de mencionarle y se apague la luz de sus ojos al recordarle tal y como era antes de conocer a su segunda baronesa, no volverá a vernos, y esta vez será por decisión nuestra.

Gerard perdió al fin la pose con la que procuraba mantener la compostura.

—¿Qué diablos esperas que haga si no queréis venir a casa por Navidad? —se desesperó.

—Esa mansión que compró en la costa de Northumberland porque a su nueva esposa no le gustaba vivir ni rodeada de cuadros de mi madre ni cerca de sus hijos no es nuestra casa —sentenció—. Puede acusarme a mí de no haberme prestado al teatro de la familia feliz ni una sola vez, pero a Rebecca no se le puede negar que lo intentara. Ahora, si me disculpa... —se dirigió a la puerta y la volvió a abrir de par en par—, estoy esperando a alguien y me gustaría recibirlo a

solas y en paz.

Gerard podría haber recalcado que aquellas cuatro paredes seguían siendo de su propiedad. Podría, incluso, haber llegado al extremo de echarlo de allí *ipso facto*. Pero había libertades que no podía tomarse sin pecar de imprudente. De nuevo entraba en la ecuación la gruesa línea que los separaba: con independencia de lo que rezaran las escrituras, lo suyo, lo del barón, era la nueva esposa, los nuevos hijos, la nueva vivienda; Harding, que gestionaba lo que había despreciado, que estaba embarrado hasta las rodillas con su pasado, era dueño de todo lo demás.

Allí, en la que una vez fuera su casa, testigo inmóvil de una felicidad familiar que había preferido olvidar, el barón era un extraño. No le quedó otra que dirigirse a la salida con los dientes apretados, pero no sin intentar tener la última palabra.

—Me reprochas que te abandonase como si no hubieras sido todo un hombre de dieciocho años cuando falleció tu madre; como si Rebecca no se hubiese convertido ya en una señorita. Mis hijos... —Carraspeó—. Tus otros hermanos son aún muy pequeños y me necesitan más.

Podría haber apuntado que su hermana no había sangrado siquiera ni había dejado de jugar a las muñecas cuando se quedó huérfana, pero le urgía perderlo de vista cuanto antes.

Fue breve pero certero.

—El título de padre es como el título de barón, milord —le respondió sin alterarse—. No prescribe ni goza de derechos de antigüedad. Lo ostenta y le debe su entera dedicación hasta la muerte.

Gerard se obligó a tragar saliva.

Era poco lo que podía decir.

—Si quieres garantizar la seguridad de Rebecca y no lo consigues encontrándole un marido que la sustente, tendrás que ser tú el que halle una esposa cuanto antes, y con una buena dote que os pueda mantener a los tres —le advirtió, ya bajo el umbral. Se caló el sombrero con un movimiento obstinado—. No estaré enviando dinero a Londres eternamente, y, créeme, no se debe a una cuestión de avaricia o venganza porque seas incapaz de superar tus odios. Los dos habéis cumplido veinte y más de veinte años respectivamente. Es vuestra obligación volar de una vez por todas.

—Descuide. Me estoy ocupando también de eso. Como de todo lo demás —añadió—, y como siempre he hecho.

Se encerró en el recibidor antes de que su padre se hubiera dado la vuelta, acto que podría haberse descrito coloquialmente como «cerrar la puerta en las narices», y se dirigió al salón principal con la mandíbula desencajada. Tomó asiento en su sillón preferido, el que una vez fue el favorito de su madre, y entrelazó los dedos sobre el regazo en busca de un remanso pacífico. Permaneció en silencio hasta que el sonido de los cascos de los caballos, de las ruedas de madera salvando los obstáculos del camino de tierra, se extinguió. Solo cuando se supo a solas en la inmensidad de Wargrave House y sus alrededores, alzó la cabeza hacia el retrato de la baronesa que aún colgaba sobre la chimenea, y no por petición del barón sino porque él se empecinó en su día.

Su buena pelea le costó.

—A veces no consigo acordarme de por qué lo quisimos tanto —le reconoció en secreto. El mismo cuadro que antaño le había roto el corazón, que había tenido que esquivar negándose a entrar en el salón durante meses, se había convertido en la fuente de su paz interior; una suerte de amuleto que llamaba a la oración. Se detenía a contemplar su expresión apacible, retratada con una minuciosidad por la que Harding seguía agradecido con el artista más allá de las palabras, y la tensión de su cuerpo se diluía—, pero sé que debo esforzarme por tenerlo presente. No

permitiré que me amarguen los rencores, mamá. Moriré tan sereno e inocente como tú..., aunque solo sea para asegurarme de que iremos al mismo sitio.

Capítulo 20

Harding se reclinó hacia atrás en la butaca y cerró los ojos.

No había podido dormir en toda la noche. El ajetreo de despedir a los criados, ayudarlos con su ligero equipaje y hasta acompañarlos, en algunos casos, a la posada del pueblo más cercano, donde descansarían durante la semana, solo había empeorado un estado de nerviosismo efervescente al que no estaba acostumbrado y que, por tanto, no sabía cómo combatir. La ansiedad inicial se había retirado sabiamente a un segundo plano para que la discusión fluyera con su padre, pero ahora que volvía a ser consciente de lo que estaba por llegar, los nervios regresaban con una intensidad insostenible y nunca antes experimentaba.

¿Acaso estaba padeciendo el mal al que se refirió él mismo —y con una serenidad que no podía perdonarse ahora que comprendía lo serio, lo peligroso que era— cuando le habló a Verity del porqué de su soltería? «Solo espero una señal», le dijo. «Sentir el impulso de protegerla de todo mal y, a la vez, la certeza de que nadie podrá protegerla de mí». ¿Era esa locura anticipatoria que lo tenía dominado la señal que había estado esperando? Porque una cosa tenía clara, y es que, efectivamente, nada ni nadie podría proteger a Verity de él. Había visto y sentido cuánto lo amaba antes incluso de confesarlo con fervor aquella noche que lo perseguía en sueños. Nada más hacerlo, cobraron sentido tantos detalles a los que no prestó atención cuando le habría convenido que quiso abofetearse por imbécil.

Turbado y a la vez maravillado por la imprevisibilidad del sentimiento, se levantó y bajó a las cocinas para preparar un té de bienvenida. Verity debía estar a punto de llegar y se había dado cuenta de que era friolera; echarse copiosas pieles de cordero sobre los hombros era una vanidad suya, sí, pero no había mayor indicativo de que en el fondo las necesitaba para entrar en calor que el hecho de que siempre tuviera las manos frías.

El recuerdo de sus dedos de niña le arrancó una sonrisa. Era la única parte de su cuerpo que no podía hacerle salivar y que le recordaba que una vez había sido inocente.

Con la diligencia de quien estaba acostumbrado a moverse entre fogones y conocía igual que la cocinera el modo en que se distribuía la vajilla, preparó la leche, las tazas y la tetera en una bandeja y subió las escaleras con una lentitud con la que no engañaba a nadie. Y es que si por él hubiera sido, habría echado a correr pradera abajo y habría surcado el mar a nado, tal era la energía que hacía bullir su sangre. Ni la actividad extrema habría bastado para desahogar la tensión con la que el deseo le había atenazado los músculos, le había calado los huesos. Se sentía como cuando era un crío y la casa entera se llenaba de adornos y vitalidad para recibir a su padre, que regresaba de un largo viaje. No podía parar quieto. Era el acontecimiento del siglo.

Los toques a la puerta le hicieron levantar la cabeza como una gacela al oír un disparo. Depositó la bandeja sobre la mesa central del salón y se secó las palmas sudorosas en el pantalón. Se dirigió a la entrada sumido en un trance del que salía intermitentemente, solo cuando recordaba que una preciosa muchacha se erguiría, irresistible, al otro lado de la puerta, y le embargaba la certeza de que su corazón no podría soportarlo.

Apenas lucía el chaleco desabrochado y la camisa remangada hasta el codo. El frenetismo de los preparativos lo había despeinado. Para colmo, estaba muerto de cansancio por la confrontación con su padre y sobreestimulado a la vez por la expectativa. No eran ni de lejos las condiciones óptimas en las que recibir a una mujer que nunca tenía un aspecto menos que majestuoso. Pero cualquier inseguridad o preocupación por no estar a la altura se diluyó en

cuanto abrió y la vio, redondita y sonrosada, al otro lado. Olvidó lo que estaba prohibido y lo que no era justo, y cómo no hacerlo. Ella lo amaba, él la estaba necesitando; todo quedaba, pues, sobradamente justificado, en especial el amor y el deseo. No existía imposición social, legal o moral en el mundo que pudiera rivalizar con la evidencia de que lo que iba a suceder entre los dos era tan inevitable y natural como la muerte.

Verity levantó la mirada de donde los nervios la habían obligado a perderla y contempló el semblante de Harding con los ojos muy abiertos. Trataba de leer su pensamiento. Una sonrisa trémula tonteaba con sus labios, blandos por la falta de control sobre su cuerpo, sus expresiones. Tenía las manos escondidas bajo las pieles blancas que la hacían aún más minúscula y aun así corpulenta, un pastelito espolvoreado de azúcar.

Harding logró controlar la curva suicida de una sonrisa que delataría algo más profundo, más íntimo que la mera alegría de verla. Todavía no era el momento de rendirse a sus encantos. Procuró parecer solo complacido, esperando así quedar mano a mano con la energía exaltada pero prudente que envolvía a la muchacha. Se apartó de la puerta para invitarla a pasar sin palabras. Ella, indecisa como era en lo que a él respectaba pese a ser lo que más claro tenía en la vida, vaciló un instante antes de ceder.

Harding tuvo que hacer un esfuerzo hercúleo por contener el impulso de abalanzarse sobre la muchacha, conmovido con su adorable timidez.

Apoyó contra la pared la maleta que traía consigo y se prometió volver por ella más tarde. Luego la instó a darse la vuelta para retirarle él mismo el abrigo de piel. Verity se dejó sin perturbar el silencio que pesaba sobre sus cabezas como una amenaza. Sus redondeados hombros quedaron a la vista gracias al escote de un precioso vestido violeta que, casi por obra de un encantamiento, proyectaba un reflejo plateado sobre su piel de porcelana.

Harding no se dio cuenta de que había estado contenido la respiración hasta que se inclinó sobre la curvatura de su cuello y la besó en el resalte del hueso con los párpados apretados.

Verity suspiró discretamente y se dio la vuelta para mirarlo con los ojos lanzando chispas.

—Honorable señor Wargrave.

Él no apartó la vista de ella cuando colocó las pieles en el perchero de entrada. Con la mano libre la envolvió por la cintura y la atrajo hacia sí para besarla con ternura donde más le apeteció en el momento: en la barbilla.

—Ahora soy el despreciable señor Wargrave —le corrigió en un susurro, con la boca aún pegada a su mentón. Como si hubiera pronunciado las palabras mágicas, Verity abandonó por fin sus reparos y le cubrió el rostro con las manos, ansiosa por abrazarlo.

—Eso jamás —rechazó con vehemencia—. Si acaso, el pícaro señor Wargrave.

Verity se puso de puntillas para alcanzar sus labios y él cedió a su consuelo con una vaga sonrisa. Lo besó de manera superficial, con esa castidad propia de las carantoñas públicas que le hizo sentir que ya estaban casados. Su sonrisa se estiró al asimilar una vez más, pero con el asombro de siempre, que su criatura estaba terriblemente nerviosa. No mucho después asumió que, entonces, a él le correspondía vencer su estúpido embarazo y mostrarse seguro para que se sintiera cómoda.

Como si hubiera leído la promesa de su futuro esfuerzo, Verity le dio las gracias apretando su torso contra el de él y volviendo a buscar su boca para darle otro beso corto, y otro, y otro, y en esa lluvia de besos que uno daba para despedirse cuando tenía prisa o estaba distraído, cuando todavía no sabía lo que era besar o hacía un experimento, Harding sintió la fuerza de un deseo impaciente. Se rio, de veras divertido con su urgencia, y atrapó su labio inferior entre los dientes para detener el delicioso ataque. Cuando la tuvo laxa e inmóvil entre los brazos, acarició con la

yema del pulgar el punto donde su colmillo había dejado una huella temporal para aliviarle el dolor. Le lanzó una mirada fugaz antes de, por fin, darle la bienvenida con un beso que prometía no acabar ahí; un beso que se hacía responsable de todo lo que pudiera suceder a raíz del contacto.

Harding deslizó las manos por sus caderas y la aferró por las nalgas para pegarla a su ingle, pero la copiosa falda dificultaba el contacto directo y no era suficiente con sentirla por encima de las prendas. Nada bastaba, en realidad.

Se obligó a separarse y a seguir un orden lógico: primero debía ser un buen anfitrión.

Luego ya habría tiempo para lo demás.

—¿Por qué te detienes? —protestó ella.

—Porque no te he traído a una casa en condiciones para tomarte en el recibidor.

—¿Y por qué no? ¡Llevo días sin verte! ¡Es lo mínimo que me merezco!

Harding le lanzó una mirada fugaz cargada de sorna. Solo le dieron más ganas de reír al verla enfurruñada como la niña caprichosa que era.

—¿Que te mereces que te tomen en el recibidor? Está usted muy equivocada acerca de cómo se debe tratar a una dama, señorita Burton... No mucho más equivocada de lo que lo estoy yo, por otro lado, que desde hace poco me declaro defensor de una opinión similar —añadió con aire soñador, y entrelazó las manos con las de ella para guiarla al salón—. Vamos, ven al fuego. Hace frío.

—Frío tendrás tú, porque yo ya no —la oyó decir por lo bajini.

Harding aguantó una carcajada en el camino, que Verity hizo a regañadientes. Allí, y sin preguntar antes, le sirvió una taza caliente. Gracias al cielo, no se había enfriado aún. Mientras, ella oteaba a su alrededor con la indisimulable curiosidad de los que llevaban toda la vida esperando ese momento.

—Siempre me he preguntado cómo sería tu casa. La casa familiar, quiero decir.

Verity era lo bastante inteligente como para saber que confesaba su amor cada vez que admitía haberle dedicado más de un pensamiento, no solo a él sino a todo lo que le rodeaba desde que le robó el corazón. No debía importarle dejarse en evidencia, porque ni se ruborizaba después ni exigía que le dedicara palabras que rivalizaran en hermosura y sentimiento.

Harding admiraba eso de ella. Su llaneza, su naturalidad para descubrir las inclinaciones de su alma. Él también era dado a expresar su afecto con las que habían sido las personas más importantes de su vida: su madre, su hermana, su mejor amigo. Le sorprendía estar encontrando en ella una confirmación de que no estaba enfermo de melancolía o sensibilidad por ser cariñoso, algo que en toda esfera social se tildaba de crimen contra el saber estar.

—¿Y a qué conclusiones llegabas? —inquirió, tendiéndole la taza con la vista fija en ella.

—No la imaginaba tan acogedora y... especial. Ya no se llevan estos papeles de pared. Ni estas alfombras. ¡Quién me habría dicho que no te importaría no ir a la moda, a ti, el *dandy* entre los dandis!

Dio un sorbo a la taza y suspiró nada más el líquido llegó a su estómago. Había hecho lo correcto al llevarla al salón; denotó estar agradecida con el tentempié pegando la mejilla al recipiente.

—¿Para qué molestarme en renovar la decoración? —replicó con un aire indiferente... y con una intencionalidad de la que solo él fue consciente. Apoyó el hombro contra la pared y desde allí siguió mirándola a sus anchas—. Ya se encargará de eso mi futura esposa.

Se fijó con especial interés en la respuesta corporal de Verity. Le tuvo que reconocer el esfuerzo de fingir que el corazón no le daba un vuelco al oír la palabra «esposa».

En tanto que ella tragaba saliva de forma copiosa, luchando contra los sentimientos encontrados al imaginarlo con otra —porque su reacción no fue la de una mujer segura de que sería la elegida—, él se acercó la taza a los labios para ocultar una sonrisa entre tierna y maliciosa.

—¿Y los criados? —cambió de tema enseguida.

—Estarán fuera una semana.

Verity puso los brazos en jarras.

—¿Significa eso que no me vas a dar de comer?

Harding le lanzó una mirada socarrona.

—Sé poner una cacerola al fuego, querida.

—¿Y sabes cómo hacer que esa cacerola al fuego prepare un alimento comestible? No sé si te habrás dado cuenta —continuó en tono desenfadado—, pero soy de buen comer.

Harding se acercó a ella con la taza humeante en la mano y una mirada solemne que lo decía todo. Se inclinó sobre su coronilla, electrizada por los mechones que empezaban a rizarse casi a la altura de la raya del pelo.

—Yo también —respondió en voz baja.

Ella pestañeó varias veces, conmocionada como siempre que él hacía una insinuación. No tardaría en carraspear y dar un sorbo rápido a la bebida.

—Pensaba que preferías el café.

—Té por la mañana y café por la noche.

—¿Por qué? Se supone que el café nos mantiene despiertos aún más que el té.

—Voy al revés del mundo.

—Pues no pareces un hombre muy rebelde.

—No lo parezco, no. Y si lo fuera, tú ya te habrías dado cuenta, ¿no?

Verity se mordió el labio.

—De hecho, algo he podido notar... —La timidez seguía tiñendo de rosa sus mejillas cuando alzó la cabeza hacia la chimenea y se topó con el majestuoso cuadro de la difunta. La grata sorpresa le cambió la expresión, y por primera vez desde que la conocía vio aflorar un brillo impresionado en sus ojos. Más para sí misma, exclamó—: ¡Oh! ¡Es ella!

—¿Ella? —repitió, extrañado.

—La baronesa —confirmó en voz baja—. Siempre me he preguntado cómo era. Ya parecía bella por lo que pude apreciar en la estatua del cementerio, pero cuando se le añade textura y color... Caray. Es como si cobrara vida. —Miró al perplejo Harding con una sonrisa dulce—. Es el vivo retrato de Rebecca, pero tú también guardas parecido con ella, ¿sabes? Tienes la dulzura de sus ojos... y su gallardía. Se nota que era una mujer orgullosa. No en el sentido de soberbia o petulante, sino de las que agarran a la vida del pescuezo.

—Pero gentilmente —apostilló él. Una insólita calidez le había atenazado el pecho—. Era demasiado elegante para sacudir a nadie por la pechera de la camisa. Ni siquiera a la injusta y perra vida.

—Entonces yo no le habría gustado, porque soy capaz de apuñalar a la vida si es necesario... —Al caer en la cuenta de lo que acababa de decir, se enderezó de golpe y se apresuró a decir algo que cubriera el anhelo manifiesto de obtener su aprobación. Pero lo que dijo no fue menos revelador—: Me habría gustado conocerla —admitió en voz baja, vacilante; con ese tono que se utilizaba para decir una verdad que temía que se interpretara como una coletilla mil veces usada que se decía a la ligera para complacer al interlocutor.

Pero Harding supo que no lo dijo para metérselo en el bolsillo precisamente por el miedo que

mostró a haber pronunciado las palabras equivocadas. La miró sintiendo que esa calidez sobrecogedora se extendía por todo su cuerpo como un incendio.

No fue esa la primera vez que Harding se puso en los zapatos de su madre para decidir si la señorita Burton era o no una compañía digna. En más de una y más de dos ocasiones, cuando Verity había cometido un nuevo crimen contra Rebecca o se había presentado ante el público caricaturizando su personalidad por la risa fácil, por allanarse el camino, tener presente a su madre le había servido para mirarla con buenos ojos en lugar de envenenarse con una tirria innecesaria.

—Te equivocas —se oyó decir—. La baronesa te habría adorado.

Verity podría haber aprovechado que él se había mostrado vulnerable para preguntarle a qué se refería, si acaso tenía intenciones honorables con ella. En su lugar arrojó sobre Harding su curiosidad.

—¿Cómo lo sabes?

Desvió la mirada al rostro sereno de su madre, esa mujer atrapada de por vida en un marco con relieves dorados; resignada a no moverse, a no hablar, a no pensar desde el butacón de óleo al que había quedado relegada.

—Durante mucho tiempo, preguntarme qué habría opinado mi madre sobre esto o aquello me ha servido para esclarecer dudas. Hasta para formarme una idea en firme sobre un sujeto o una situación.

—Yo también me pregunto siempre qué haría mi abuelo antes de tomar una decisión.

—¿Entonces tu abuelo habría fingido estar enamorado de Sonny para captar mi atención? —se burló.

—Es muy probable —respondió con tanta sinceridad que no le quedó otro remedio que reírse y pasarle una mano por la cintura.

—Entonces hay más de Edison Swansea en ti de lo que nadie podría pensar.

Observó que lo interpretaba como un halago y, como si estuviera conectado con sus emociones de alguna manera, le embargó la misma y absurda ilusión que a ella le humedeció los ojos.

—¿Y son los rasgos que te recuerdan a mi abuelo los mismos que tu madre habría apreciado?

—Diría que sí. La baronesa apoyaba la autenticidad de las mujeres. Perdonaba las trastadas que se hacían en la juventud y hasta las tildaba de obligada ejecución para tener anécdotas con las que ganarse el respeto de los nietos. —Verity se rio al oír aquello—. Y, sobre todo, defendía la importancia de ganarse un enemigo. Un buen enemigo. Un enemigo que te impulse a mejorar, a poner a prueba tu imaginación y trabajar la inteligencia para tramar estrategias exitosas; que te arroje a la conquista de tu propio territorio y también del suyo. Opinaba que no había nada más saludable ni más humano que abrazar la rivalidad.

Los ojos de Verity brillaban como caramelos de café al mirarlo.

—Suena a que era una persona apasionante —logró articular con la voz atravesada por la emoción.

«No menos que tú».

Harding dejó su taza sobre la mesilla y se inclinó sobre ella con el corazón a punto de salírsele del pecho. No se resistió a besarla en la coronilla, luego en la sien, después en la comisura del labio.

—Hueles a mazapán —se le escapó en pleno delirio.

—Y tú siempre has sido de salado —se burló con la voz temblorosa.

—Tonterías. No sabes cuánto te agradezco que hayas venido. Sé a lo que te expones.

Ella lo enfrentó con seriedad.

—Me daba más miedo aquello a lo que me expondría si no venía.

—¿Por ejemplo?

—Al aburrimiento, al «qué habría pasado si», a la depresión...

—¿A la depresión? —repitió con los ojos muy abiertos—. Qué exagerada es usted, señorita Burton. Todavía no sabe si se puede divertir conmigo fuera de la cama.

—Podemos empezar por la cama si no se ve preparado aún para el entretenimiento en frío.

Harding se carcajeó con su notable impaciencia.

—Por Dios, *Witch*. ¿Qué prisa hay? Te he invitado porque deseo estar contigo, no necesariamente dentro de ti. Estoy intrigado con lo que quiera que haya en esa cabecita de rizos que tienes. —Le tiró de uno de los bucles que le enmarcaban la cara. El mechón se estiró y recuperó su forma ensortijada después de saltar en el aire como un muelle.

—Antes has dicho que ibas al revés del mundo. —Se encogió de hombros—. No sería descabellado que empezáramos por el postre.

—Al final va a resultar que solo me quieres por mi cuerpo —bromeó.

Verity le aguantó la mirada con esa cara de sabia milenaria que se le ponía cuando recordaba de forma consciente que estaba enamorada de él, como si solo el amor la hiciera inteligente, culta y perspicaz.

—Incluidos tu mente y tu alma —le confirmó—, que imagino que andan por ahí dentro.

—Sí, por ahí andarán..., pero no se manifiestan cuando te tengo cerca. Soy un descerebrado y carezco de escrúpulos.

—Mejor para mí —lo defendió con arrojo.

Él se inclinó para besarla en la mejilla, en la punta de la nariz, y no paró de repartir mimos por su rostro hasta que ella se estaba riendo de histeria romántica. Se aferró a sus brazos y los apretó con los dedos para desahogar el deseo.

—Harding... —suspiró.

—No sé qué invocas cuando dices mi nombre de esa manera —musitó, desplazando los labios entreabiertos por la línea de su cuello—, pero siento que me evaporo y me vuelvo débil, y solo va a peor conforme más lo repites. Dios... —continuó con la voz cada vez más entrecortada, hundiendo los dedos en su cintura—. Eres una fábrica de dulces.

—¿Y no quieres probar uno?

Harding le aguantó la mirada con la esperanza de poder hacer alarde de un envidiable autocontrol, pero nada más asomarse a la férrea determinación de sus ojos, que advertía de que recurriría a oscuros sortilegios e ilegalidades para que se cumpliera su voluntad, supo que estaba perdido y que lo más sabio sería temerla. No subestimarla, como mínimo.

Sin más dilación, se agachó para cogerla en volandas. Un gruñido animal quebró su garganta nada más estrecharla contra su pecho. Verity soltó un grito mezclado con una carcajada de alivio y se aferró a sus hombros para mantener el equilibrio.

Ya se había puesto en marcha con la seguridad de estar haciendo lo correcto cuando le robó un beso en la cara y dijo en un susurro prometedor:

—Te voy a enseñar la casa... empezando por mi habitación.

No tenía sentido que hablaran en voz baja. Nadie podía escucharlos. Pero aquel era el idioma de los amantes, de los enamorados; no necesariamente de los que se veían a escondidas, sino de los que pretendían proteger sus preciados sentimientos de la a menudo cruel mirada ajena; de los que reservaban su lenguaje para ellos solos porque en el fondo sabían que eran los dos únicos pobladores del planeta. Los demás eran figurantes de un teatro ajeno, una raza distinta que

hablaba el idioma de aquellos a los que Cupido no había curado aún de su cinismo y su indiferencia.

—No entiendo por qué eres tan pequeña —murmuró Harding con la boca pegada a su sien. Su cabello ahora suelto le hacía cosquillas en los labios—. Tus padres son altos, tus tías son altas; tu abuelo era alto y también tu abuela lo es.

—¿En serio no ves por qué? —Abarcó su posición actual con un movimiento de mano antes de rodearle la nuca amorosamente y atraerlo hacia sí—. Me hicieron pequeña para que me pudieras tomar en brazos y subir las escaleras conmigo encima sin problema.

Harding se rio por lo bajo y presionó la nariz contra la cara de Verity en un silencioso e infantil ruego por un beso que no tardó en recibir. Cuando volvieron a mirarse a los ojos, ya a las puertas del dormitorio, él era tan consciente de la fascinación que lo había subyugado que no dudó que ella la estuviera sintiendo también.

—A veces es como si llevaras en este mundo cien años más que yo —confesó en voz baja.

A Verity le tembló la barbilla al sonreír, comprendiendo que, en ese nuevo idioma al que se empezaba a adaptar, que cada vez hablaban con más soltura, aquel era el mejor de los cumplidos; una declaración de afecto, incluso.

Se encogió para pegarse más a su torso, como si la única temperatura aceptable bajo la que pudiera sobrevivir fuese la de su piel. La mano femenina colgaba de la abertura de su camisa cuando lo miró desde abajo con ojos soñadores, pero también ilustrados por el vetusto conocimiento que otorgaba el amor; el único saber que estaba en la Tierra antes que la rueda o la escritura.

—Y no dudes que esos cien años te he estado esperando.

Capítulo 21

A Verity todavía le costaba creer lo que estaba sucediendo. Ni en sus más locos sueños se habría atrevido a pensar que una felicidad semejante sería posible, ni siquiera si alguna vez llegaba a gozar de la suerte de tener a su lado al honorable Harding Wargrave... que no era honorable en lo absoluto cuando no había nadie mirando, sino más bien lo contrario.

Y menos mal.

Había viajado al condado de Berkshire con los nervios propios de una muchacha preocupada por que todo saliera a pedir de boca, pero también angustiada por si a lo largo de la semana se daba cuenta de que era un mero entretenimiento para él; una amante de cuantas hubiese coleccionado a lo largo de su vida con su admirable discreción, y no particularmente destacable.

No tardó en descubrir que sus dudas, aunque comprensibles, carecían de razón de ser.

Cuando no era Verity la que se sentía en la confianza de preguntar sin ambages lo que le rondaba el pensamiento, era Harding quien parecía leer en la leve tensión de su postura o en su tímida abstracción lo que se cernía sobre su inseguridad para torturarla, y entonces demostraba que no temía desvelar sus andanzas para aplacar sus miedos. Con una naturalidad que aún días más tarde seguía maravillándola, el hombre que había tomado por reservado ponía en su conocimiento los detalles más escabrosos de la vida que había tenido lugar antes de ella.

—Que haya sido cuidadoso durante mis noches de locura no quiere decir que no haya disfrutado de encuentros casuales —le había dicho una de las tardes que pasaron enredados bajo las sábanas.

Verity se había escondido en su abrazo para que no intuyera el nudo en su garganta al preguntar por sus amantes. Era curioso lo que hacía el amor con la razón de una mujer: proyectaba unos candentes celos retroactivos sobre todos esos rostros sin nombre, todos esos cuerpos desconocidos, y esto por el simple hecho de haber gozado de la atención de su hombre aunque fuera durante una tarde puntual.

—¿Cómo eran esas mujeres? Imagino que serían bellísimas —masculló entre dientes.

—A nadie le amarga un dulce, ¿no? —se había defendido con una sonrisa en la voz. Sospechaba que se regocijaba en sus envidias, en su posesividad—. Nunca he sido un tipo de preferencias marcadas, si es a lo que te refieres. No persigo arquetipos. A Kinross siempre le han perdido las rubias, por ejemplo, pero a mí la cuestión física me es indiferente. —Hizo una pausa para soltar una risita exasperada—. Aunque, ahora que lo pienso, Nile sostiene que sí demuestro una predilección por ciertas señoritas, y supongo que él me entiende mejor que yo mismo.

—¿Cuáles?

—El marqués se burla de mí porque «me gustan las mujeres a las que les gusto yo».

—Bueno... —Verity se había movido como una gatita mimosa para rozarse, insinuante, con su pecho desnudo—. En este preciso instante tienes entre tus brazos a la confirmación encarnada de su teoría.

—Pero no diría que eso sea un ideal de mujer, sino la condición coyuntural que ha de darse en todos los casos para que llegue a existir cierta intimidad, ¿no crees? Un hombre y una mujer no van a acostarse si no se desean mutuamente... o no deberían —apostilló con la nariz arrugada y el ceño oscurecido por un pensamiento desagradable.

—Claro que debe existir reciprocidad para que se celebre un encuentro amoroso con éxito —había confirmado ella, pensativa—, pero no es obligatorio que el sentimiento sea correspondido

desde el principio. Basta con que se parta del deseo. Si ni siquiera hay atracción, por otro lado, lo que pudieran compartir esos dos amantes, uno enamorado y el otro no, sería un robo; la injusta explotación de algo por lo que no se pretende pagar nunca.

—Pero el amor solo se paga con amor, no con deseo..., ¿no? ¿O de qué valor monetario estamos hablando? ¿Se paga en carne? —había sugerido, ronroneando cerca de su oído. Le propinó un gracioso mordisco al lóbulo de su oreja que le puso todo el vello de punta.

—Idiota... —Le soltó un débil golpe en el brazo con la risa tonteando en los labios—. Quiero decir que el amor nace de la admiración, o del respeto, o de... de algo puro. Para que sea genuino, no puede suceder bajo la condición de que el otro me desee de antemano, como tú propones.

—¿Entonces debe suceder bajo la condición de que el otro me deteste de antemano, como le ocurrió precisamente a Nile? —había contraatacado él, separándose lo justo para mirarla con sorna—. Lo que no me parece que sea genuino es la pasión por una mujer que no has tenido o no vas a tener jamás. Al nacer del capricho de querer lo que no se tiene, tampoco surge de un lugar puro. Es más; corres el riesgo de retirarle tus afectos tan pronto como los corresponda, y estos «afectos», si así pueden llamarse, se fundamentan en una idealización que puede no casar con la realidad. Y, entre tú y yo, nunca le he visto el encanto a desear aquello que es nocivo para uno. Al menos, no como puede serlo una persona que te desprecia.

—¿Ni siquiera por lo divertido que podría llegar a ser luchar para cambiar su opinión?

La expresión de Harding se suavizó, más aún al retirarle un rizo de la cara.

—¿Crees que tú has luchado para cambiar mi opinión? ¿Y te has divertido?

—Yo he sufrido tratando de conseguir que me vieras —reconoció en tono lúgubre, y se apresuró a volver al tema—, pero algo he aprendido de los hombres en todo este tiempo, honorable Wargrave, y es que les gusta el rol de perseguidor.

—Sé a lo que te refieres. La emoción de la caza, ¿no? —Le guiñó un ojo en referencia a la tarde de intimidades que compartieron en los bosques de Brighton—. No me queda otra que respetarla, pero soy de la opinión de que en esta vida no deberíamos tener que luchar para conseguir nada. Ni el amor de alguien, ni una felicidad modesta, ni una situación económica estable, ni el respeto de nuestros allegados. Creo que, por el simple hecho de nacer, de estar en el mundo, tendrían que dársenos las circunstancias ideales para que todo lo que deseamos para estar en paz sea viable.

Verity entrecerró los ojos con aire de sospecha.

—No sé si estás proponiendo la abolición de la cultura de la persecución romántica y el concepto del trabajo asalariado o solo insinuando que hay que dejar las cosas en manos del destino.

Harding había fingido pensárselo un instante.

—Ambas. ¿No crees que el mundo es terriblemente complicado tal y como está? ¿No debería el amor concedernos la tranquilidad que nos arrebatan el inalcanzable modelo de moralidad cristiana, la pérdida de nuestros seres queridos, el mundo en constante cambio? ¿Por qué todo debe ser una maldita guerra para que uno se sienta honrado cuando obtiene una victoria? ¿No se pueden apreciar esas victorias sin necesidad de haberlas peleado antes con sudor y sangre?

—Supongo que no todo el mundo es capaz de apreciar lo que tiene delante si no sabe que puede perderlo en cualquier momento.

—Es que podemos perdernos en cualquier momento, dulzura —había replicado Harding con una sonrisa triste. Hundió la mano en su melena desparramada sobre el almohadón—. La fugacidad del amor y la imprevisibilidad no son valores que solo puedan achacársele a esa amante que se nos resiste, que se niega a entregarse del todo; también al que nos ama con locura,

porque por desgracia existen la muerte y el olvido. Por eso no entretengo estupideces de «ahora sí y ahora no» y me alejo de lo dañino, porque sufrir, sufriré seguro, pero en la medida de lo posible prefiero que suceda por causa natural. Eso también me lo enseñó mi madre. O, mejor dicho, la ausencia de mi madre.

—No pretendía ponerte de ánimo huraño —se disculpó ella con un hilo de voz, intimidada como cada vez que Harding hablaba de la baronesa.

Un velo de antigua tristeza, casi como si los recuerdos con ella empezaran a desfilar ante sus ojos, se apoderaba de su expresión. Entonces parecía mayor y más inaccesible aún. No le gustaba eso y, a la vez, lo adoraba también, como adoraba cada uno de sus secretos.

Harding se había reído por sorpresa y la atrapó en un abrazo apretado. En un abrir y cerrar de ojos, le había inmovilizado las dos manos sobre la cabeza. Se posicionó entre sus piernas en una postura dominante con la clase de expresión traviesa que auguraba peligros bienvenidos.

—Siento tener que decirte que ese talento no figura en tu interminable lista de habilidades —fingió lamentarse, y agachó la cabeza para tomar sus labios. Así la distraía mientras se abría un cómodo espacio entre sus piernas, aún temblorosas y salpicadas de fluidos aún calientes del último clímax.

—¿Interminable lista de habilidades? ¿Podrías decirme una, aunque sea?

—Eres demasiado ingeniosa y sensual como para provocarme un sentimiento negativo.

«Y entonces ¿qué clase de sentimiento te provoco?», había estado a punto de preguntarle. Pero frenó las palabras a tiempo para que su desesperación por oír palabras de amor no destruyera la magia del momento.

—¿Ni siquiera te enfadas un poco si recuerdas lo mala que he sido con tu propia sangre? —lo provocó.

Un destello malicioso estalló en sus ojos verdes, casi como si encontrara retorcidamente divertido la condición egoísta y secreta de su pasión desatada. Lo conocía y sabía que no permitiría que nada hiriera a Rebecca, pero empezaba a conocerlo también en otros ámbitos y, a sabiendas de sus obscenos fetiches y obsesiones, no le habría extrañado que en según qué situaciones le excitara que fueran Romeo y Julieta.

También la excitaba a ella. No tanto como su melena leonina, despeinada por los tirones a los que la había sometido durante el sexo, o la colección de rojeces y marcas de dientes que le había dejado en los hombros y el cuello para reclamarlo suyo.

—Eso es periódico de ayer, porque ahora eres su salvadora..., y te agradecería que no mencionaras a mi querida hermana cuando estoy a punto de meterme en tu cuerpo.

Harding la penetró despacio, sujetando todavía sus manos contra el cabecero de la cama, y ella se rindió a un placer cada vez más extraordinario cerrando los ojos.

Siguiendo las peticiones que le había hecho él los días anteriores, fue tan ruidosa como quiso a la hora de expresar su dicha sexual. En sus brazos se convertía en una diosa erótica; enroscaba las piernas en su cintura igual que una viuda negra atrapaba a las víctimas en su red y ronroneaba sin rastro de la timidez que la paralizaba durante las confesiones. Le hacía saber con miradas retadoras pero veladas por el deseo que se dejaba someter bajo su cuerpo solo porque, en esa posición, podía obligarle a contemplar cómo retorcía el torso cuando se le metía el monstruo del deseo por el cuerpo; cómo se pasaba la lengua por los labios o jugaba con sus pezones hasta que despertaba sus celos y él tenía que apartarla de un manoteo impaciente para ocupar su lugar.

Hacer el amor era lo que más le gustaba por una sencilla razón: mientras Harding la poseía a un ritmo sin descanso, ni un solo pensamiento cruzaba su mente. El miedo a que no la amara no se atrevía a interrumpir sus salvajes retozos. Se quedaba al otro lado de la puerta, como

castigado, esperando con cara de fastidio a que volviera en sí tras el orgasmo para atacarla con dudas que se iban volviendo más y más acuciantes con el paso de los días.

Verity se aferraba a un lado racional que hasta entonces no había sabido que tenía para convencerse de que era pronto para que él la amara. Debía ser paciente, se decía. Suerte que él la distraía de sus preocupaciones de miles de maneras distintas, todas ellas turbadoramente sensuales, como hizo en ese instante para que Verity se alegrara de no haber interrumpido con absurdas declaraciones: Harding la penetró despacio, sujetando todavía sus manos contra el cabecero de la cama, y ella se rindió al placer supremo cerrando los ojos.

—Espero que... con esta reflexión que has hecho, no pretendas... dar a entender que... mi enamoramiento no es legítimo solo porque... porque ocurrió antes de llegar a esta... cama —atinó a decir. Liberó un brazo para cubrirse la boca y hundir los dientes violentamente en su propia carne para desahogar un aullido de puro éxtasis.

A través de la rendija que sus párpados se esforzaban por abrir, observó que Harding meneaba la cabeza, ya sudoroso por el ejercicio, como si sus planteamientos se le antojaran absurdamente encantadores. Sus labios ya habían emprendido el que parecía su camino favorito, ese sendero recto que comenzaba en su garganta y terminaba en el ombligo, que por desgracia no alcanzaría a tocar esa vez con la punta de la lengua por limitaciones de la postura.

Acababa de darle un pequeño mordisco en el pezón cuando respondió con voz grave.

—Cuando soy yo el beneficiario del amor, prefiero no atender a mis propias teorías y sí dejarme llevar por lo que me sugiere. Lo acepto profundamente conmovido, agradecido y halagado, y lo retribuyo de la mejor manera que sé.

—Que es... ¿inmovilizándome contra el cabezal?

Harding le hizo un guiño cómplice que acompañó el imparable movimiento de sus caderas.

—Ese sería un buen ejemplo.

—¿Y no tienes otro más original? Como... hacerme eso de esta mañana... con la boca...

Harding había soltado una carcajada.

—Comerte empezando por abajo no es mucho más original, pero si es lo que prefieres... Solo soy tu humilde siervo, *Witch*.

No podía negarse que el futuro barón fuese un hombre de palabra. A lo largo de la semana, mantuvo la coherencia con la que había observado que vivía desde que lo conoció. Era cierto que no regalaba sus atenciones a las mujeres que no demostraban previamente un mínimo interés; si Verity estaba exhausta, concentrada contando una anécdota o dando su opinión largo y tendido sobre una lectura apasionante, momentos en los que el deseo quedaba en segundo plano, él no osaba interrumpirla y ni siquiera propiciaba un contacto físico meramente afectuoso por mucho que lo ansiara. Más allá de saber dar a cada cosa su lugar y su momento, le gustaba escucharla y cuando le parecía que no había profundizado lo suficiente en una materia por vergüenza o por la impaciencia de recibir sus arrullos, la instaba a continuar y esperaba con paciencia a que ella, con la cabeza embotada por la ilusión que aún le duraba por estar allí, encontrara las palabras adecuadas. No solo disfrutaba de su conversación, a la que se entregaban durante horas y horas hasta que el rugido de los estómagos clamaba protagonismo o un beso a traición despertaba las cosquillas del bajo vientre; también se le veía cómodo en un silencio compartido cuando jugaban al ajedrez en el salón, se sentaban a leer sus respectivos libros en la biblioteca o salían a pasear por la finca. Esto último solo sucedió una vez, porque en cuanto pasaron veinticuatro horas sin ponerse una sola prenda, descubrieron por qué fue una crueldad expulsar a Adán y a Eva del Edén y decidieron pasar el resto de los días completamente desnudos. Desnudos bajaban a preparar aperitivos sencillos; desnudos se tendían en las salas comunes, como dos orugas al sol,

y desnudos se asomaban al porche para contemplar los colores del atardecer...

... o para ceder a los bajos instintos. Verity nunca olvidaría cuando Harding la abrazó por la espalda en plena salida del ocaso y le ordenó con un susurro persuasivo que pusiera las manos sobre el barandal del pórtico. Ella obedeció en una nube de anticipación erótica y acto seguido notó que la penetraba con una fuerza tal que la empujó hacia delante.

Tener sexo bestial al aire libre la libró de los pocos reparos que pudieran haber seguido atacándola a traición para impedirle entregarse del todo.

Para cuando llevaban cuatro días sin despegarse el uno del otro, Verity sentía que había aprendido todo lo que debía saberse para complacer a un hombre; todas las posturas que una pareja podía reproducir para darse placer como locos. Harding le había hecho el amor poniéndola sobre las manos y las rodillas, tendiéndola sobre la alfombra y clavándola a la pared; la había despertado con caricias en el hombro que se habían convertido en una mañana de sexo lento pero escandalosamente sucio, lleno de fluidos y obscenidades sonrojantes que no habría podido repetir en voz alta. En las noches, uno de los dos se desvelaba —un milagro asombroso, porque después de los esfuerzos tendrían que haber caído muertos de cansancio— y solicitaba la compañía del otro tocándole la espalda. Entonces se hacían confesiones entre susurros y luego se hacían el amor con tanta dedicación que se le llenaban los ojos de lágrimas y se quedaba flotando el resto del día. La había tomado con rudeza después de que lo provocara más de la cuenta repartiendo besos juguetones alrededor de su ingle, le había separado las piernas teniéndola sentada sobre una mesa para beber de su centro con un ardor desenfrenado y la había hecho llorar de frustración si la torturaba postergando el orgasmo.

Sabía, por supuesto, que eso no era la vida real. Incluso si sus sueños se cumplían y se casaba con un Harding enamorado hasta el tuétano, sus obligaciones como futura baronesa en Wargrave House consistirían en dirigir a los criados, preparar menús y fiestas inolvidables, no solo en calentarle la cama y leer novelas en voz alta poniendo un tono más chillón o grave en función del personaje. Si los objetivos matrimoniales que la señorita Wargrave se había fijado fracasaban, también habría de lidiar con los prontos temperamentales de la que sería su cuñada.

Aun así, la misma corazonada que le susurró un día lluvioso que enamorarse de Harding era una buena decisión, le prometía ahora que una vida allí rebasaría todas sus expectativas.

No solo amaba con desespero al futuro barón; también le apasionaba la naturaleza que rodeaba la mansión de Berkshire, la sobrecogedora vista del océano desde una de las terrazas, las excursiones que se podían emprender a los encantadores pueblos vecinos; lo próximo que estaba de Essex, donde Primrose vivía felizmente con su familia... El viaje le había abierto los ojos a un anhelo que no habría podido anticipar en Londres, distraída como estaba en las nubes del incipiente romance con Harding. Y es que unos días atrás habría estado conforme con el título de amante, pero el amor era caprichoso y exigente, y ahora necesitaba que la quisiera tanto como él a ella.

Ansiaba que formalizara la felicidad de los últimos días con una pedida de mano, y no por una cuestión de honorabilidad, pues no podía importarle menos, sino para hacerle el mejor regalo de todos: la seguridad de que la quería y se quedaría a su lado de por vida.

En ello andaba pensando con la pierna atrapada entre los muslos más firmes de Harding y su mano descansando cómoda pero posesivamente sobre su pecho, salpicado de marcas de dientes, de besos y succiones, algunas rojizas, otras amoratadas. Él sujetaba un libro con la mano libre, y hacia la lectura orientaba su mirada verde, es decir; en la dirección contraria a la que ocupaba ella, desnuda y enredada con su cuerpo. Se sentían tan cómodos con el contacto de la piel del otro que parecía que hubieran crecido al mismo tiempo y al margen de la vergüenza del Génesis.

Verity alzó la vista en su dirección y admiró el perfil romano de su nariz, los labios hinchados por el amor que se les descontrolaba a cada tanto y húmedos por el champán que, aún burbujeante, reposaba sobre la mesilla auxiliar. Alargó un brazo sin pensarlo y le acarició los mechones desordenados como llevaba haciendo desde el primer día para evitar que tuviera que peinarse; gustosamente había adoptado ella esa obligación. Todavía hundía los dedos entre las suaves ondulaciones de un pelo que parecía seda y no se creía dónde estaba ni con quién. Se sorprendía enfureciéndose de repente cuando él pasaba demasiado tiempo sin prestarle atención y reclamándole una mirada o un beso con un pellizco perverso, una tonta rabieta que le hacía morirse de la risa, o con una acción elocuente, como la que emprendió entonces: Verity recorrió su torso desnudo con una caricia atrevida y no se detuvo hasta notar la textura rizada del vello público.

Rodeó su miembro con los dedos y, con la misma naturalidad que si le hubiera apartado una pelusa de la chaqueta, empezó a masturbarlo lentamente. Observó con interés la magia que la naturaleza obraba al amparo de sus caricias: su miembro se iba endureciendo y calentando bajo la palma, y ella no era ajena a la transformación. El pleno conocimiento de lo que podía hacerle experimentar con su cuerpo la hizo salivar.

Sin detener el rítmico movimiento de la mano, recuperó la pierna encarcelada bajo las suyas y se fue deslizando hacia abajo hasta quedar arrodillada ante él. Besó sus rodillas, primero una, después la otra, y dejó rodar con libertad sus labios entreabiertos en dirección ascendente. Le recorrió una de las ingles con la punta de la lengua y le dio el mordisco más suave del mundo a un testículo antes de introducírselo en la boca con un ronroneo placentero y succionar con lentitud.

De reojo vigiló la reacción de Harding, que empezó por una contracción en el bajo vientre y siguió delatándose en el movimiento espasmódico de las caderas que alzaba con sutileza, como si no quisiera que ella se diera cuenta, para reclamar la atención.

En su rostro, un deseo agresivo iba ganándole terreno a la grata sorpresa del principio.

—¿No sabes dejarme en paz? —le preguntó él en tono juguetón.

—No. Ni tampoco voy a aprender.

Sin dejar de prodigar caricias verticales a su erección, Verity lamió la cabeza rosada y ya húmeda y se puso de acuerdo con su mano en la estrategia a seguir para que el reparto de besos ardientes por su longitud no impidiera la masturbación. Al principio compaginó las caricias con el juego de lamidas, pero conforme fue creciendo la tensión en su vientre, advertencia de que la pasión pronto la arrollaría, se fue dejando llevar más y más hasta que solo fue su boca la que cubrió el miembro.

Harding echó la cabeza hacia atrás.

—Joder.

Verity sostuvo con gentileza los testículos y los amasó guiándose por la intensidad de los jadeos de Harding, y cuando estaba salivando de tal manera que no podía ni pensar con claridad, empezó a mamar con ansias. Notó que él se tensaba bajo sus cuidados e incorporaba de nuevo las caderas para hundirse en su garganta, a lo que Verity se forzaba a relajarla para que se hincara con la profundidad deseada. Pensó que Harding había alargado la mano para animarla a continuar, pero la instó a alzar la barbilla para dar un sorbo a la copa de champán que le ofreció. Verity se refrescó con un par de tragos que le subieron directos a la cabeza y prosiguió con la lengua ahora helada y picante por las burbujas. Oírlo gruñir solo la convenció de lamer con más y más fruición, deleitándose con la textura venosa, con el calor que emanaba, con el sabor que ya formaba parte de su paladar.

Los primeros días habría derramado su simiente en el interior de su boca y habría esperado con calma a endurecerse otra vez para hacerle el amor, pero a esas alturas, bien entrado el sexto día, ya no les sobraba el tiempo. Sospechó que esa fuera la razón por la que Harding se incorporó y la desenganchó de su miembro tomándola, impaciente, por la mandíbula.

Con los ojos enrojecidos por la proximidad del orgasmo, miró a una Verity sin aliento y la barbilla húmeda de semen y saliva.

—¿Cómo quieres que te lo haga ahora? —preguntó con la voz ronca—. Tú decides.

Mientras ella ponía su cabeza confusa a funcionar, Harding le retiró el pelo a un solo hombro y sobre el otro vertió parte del contenido que quedaba en la copa. Observó con ojos codiciosos cómo el líquido se derramaba por su pecho siguiendo las condiciones de la gravedad. Algunas gotas se estancaron en la dureza de su pezón. Harding se inclinó para perseguir el camino del champán con la lengua, desde el hueco de la clavícula hasta el seno.

Verity esperó, respirando irregularmente, a que él terminara de limpiarla para empujarlo con suavidad hacia el sillón, mirándolo con un hambre contagiosa. Se encaramó a horcajadas sobre su regazo y movió las caderas en círculo muy despacio para rozarse de forma tentadora con la cabeza de su miembro.

Harding se mordió el labio, conteniendo la clase de improperio por el que Verity había aprendido a rogar, y la rodeó por la cintura con la vista clavada en su movimiento circular.

—Te gusta ir encima... —murmuró, ido—. ¿Por qué?

—Porque así veo la cara que pones y... y... oh... controlo mejor el movimiento. Me sirve de guía para saber cómo hacerlo.

—No tienes que hacerlo como me gusta a mí —gruñó con los ojos más verdes que nunca—, sino como te gusta a ti.

—Yo siempre lo hago como me gusta porque lo estoy haciendo contigo, y lo que más me excita es... verte... así... loco... por mí... —Apoyó las manos sobre su pecho para ir dejándose caer muy despacio sobre su miembro. Descolgó la cabeza hacia atrás conforme sintió que se iba llenando—. Dios...

Harding hundió los dedos en su carne y apoyó la frente contra el hombro femenino. Ahí se refugió el ruido animal que brotó de su pecho. Ya estaba jadeando antes de que Verity empezara a cabalgarlo, pero ahora aspiraba entre dientes como si le estuviese haciendo daño cuando nada más lejos de la realidad. Se reclinó hacia atrás a tiempo para verla echarse la melena sobre la espalda con un bufido impaciente y a la vez tremendamente coqueto.

—Mujer bruja... —le oyó mascullar. Apoyó la nuca contra el borde del respaldo mientras la agarraba con fuerza por las nalgas—. Eres una tentación. Estás hecha para que un hombre pierda el juicio.

Ella le sonrió, vanidosa, y se inclinó hacia delante, apoyando las manos sobre sus hombros, para moverse más deprisa.

—¿Te lo esperabas? ¿Se te ocurrió que acabaríamos así la pretemporada?

—No se me ocurrió que fuera a acabar así ningún año con ninguna mujer.

—¿Te arrepientes?

—No, ¿y tú?

Como toda respuesta, Verity abordó su boca con un beso que arrebataba la cordura. Detuvo el erótico enlace de sus lenguas cuando le pareció que estaría atormentándolo si se separaba, y así fue: Harding fue hacia delante a la vez que ella se echó hacia atrás y emitió una protesta no verbal mientras trataba de darle un mordisco.

Verity separó los labios y sacó la lengua lo suficiente para que él entendiera que tenía sed.

Harding no era rencoroso y, pese a que le hubiera sido negado un beso, cogió la botella de champán para verter una cantidad excesiva que la manchó entera. El alcohol se derramó por su barbilla, sus pechos, su vientre y hasta lo sintió resbalar por su sexo hacia el punto por donde estaban unidos.

Se rio como poseída cuando él volvió a hacerle cosquillas alrededor del pezón, buscando ahí el sabor del licor francés.

—¿Qué pasará cuando volvamos a Londres? —preguntó Verity con la voz entrecortada.

Él tardó en contestar, borracho de besos con sabor a champán y aturdido por el movimiento de la joven.

—¿Qué esperas que suceda? Sabes que ahora mismo podrías pedirme cualquier cosa; te diría que sí.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa.

—Qué... tentador.

—Ponme a prueba, vamos. Pídeme y te será concedido.

Pero lo que le fue concedido fue el aterrizaje de un orgasmo abrumador, sensación que habría sido bienvenida, como siempre, si no le hubiese impedido decir lo que quería. Había aprendido a no solo no dejar de moverse mientras duraba el clímax, sino a hacerlo con el frenetismo desesperado que la poseía durante el fragor del encuentro; así era como a menudo conseguía adelantar la explosión de Harding, que si bien se había vaciado en todos los rincones de su cuerpo por el gusto de marcarla, en realidad había escogido sus entrañas como el lugar favorito para plantar su semilla.

Ninguno de los dos había hablado de protegerse con métodos anticoncepción pese a que ambos los conocían al dedillo.

La tensión del orgasmo le tensó los músculos del cuello y le hizo daño a ella ahí donde le clavó los dedos. Solo cuando las palpitaciones de Harding empezaron a calmarse, Verity detuvo el sinuoso movimiento de caderas y se derrumbó, exhausta, sobre su hombro. Le echó los brazos al cuello y permanecieron así como tantas veces antes, en un enredo de piernas y manos, él todavía caliente y mojado, enterrado en su interior. Como debía ser.

Cerró los ojos y se permitió sonreír, feliz, cuando Harding la encerró en un abrazo apretado y la besó en la sien.

—Mi bella seductora... —musitó, muy próximo a su oído—. Tienes que saber que yo...

Unos furiosos golpes a la puerta los distrajeron. Verity odió con todas sus fuerzas a quienquiera que hubiese osado presentarse en su Edén particular. Se separó para mirarlo con el ceño fruncido, esperando una explicación sobre el intruso que no llegó.

Él estaba igual de extrañado y ciertamente molesto.

—¡Harding! —oyeron gritar a Rebecca—. ¡Abre la puerta! ¡Tengo magníficas noticias!

Capítulo 22

Verity le contagió su cara de espanto.

Durante un segundo, no se oyó una mosca. Solo se olió el miedo.

—¿Qué diablos hace aquí tu hermana?

—¿Cómo esperas que lo sepa?

—¿Le dijiste dónde estabas?

—Claro.

—¡Harding! —lo regañó con una mirada herida.

—¡Es mi hermana! —se defendió—. No puedo desaparecer sin avisar, ¿comprendes? Ya conoces a Becks, además. Echaría abajo la puerta de la Policía Metropolitana de Londres al cabo de dos días, y entonces no se habría presentado aquí ella sola.

—Pues mejor si la hubieran escoltado dos agentes. De este modo, al menos un par de hombres corpulentos podrían haberla detenido cuando intentara matarme después de pillarnos en esta posición. —Lanzó un vistazo inquieto al grueso muro que los separaba de Rebecca—. ¿Debería... esconderme?

Harding se mostró tan disconforme con la idea como espantosa le había parecido. Por encima de su cadáver permitiría que Verity se rebajara como una vulgar ramera. Por desgracia, no les sobraba tiempo para tramar una estrategia de confrontación más o menos conciliadora. Tampoco podía fingir que no estaba en casa cuando el propio Harding le había pedido a su hermana que le escribiera a la dirección de Wargrave House si tenía lugar un acontecimiento digno de mención.

¿Cuáles eran las probabilidades de que sucediera algo digno de mención, por otro lado? ¡Si no había sucedido nada en absoluto en los últimos dos años y medio!

La casualidad era caprichosa... o a lo mejor Dios lo estaba castigando.

—Debe de haber ocurrido algo grave —concluyó en voz alta, más preocupado por los motivos de su visita que nervioso por un muy probable desenlace catastrófico.

Ayudó a Verity a ponerse en pie con delicadeza, para lo que antes tuvo que desenterrar su miembro semiduro del cuerpo en el que ansiaba descansar. Se tuvo que contener para no gemir de rabia y desconcierto, pues ya no concebía la vida sin tener a aquella mujer cosida a su pecho, y todo lo que osara separarlos se convertía en el acto en su enemigo.

Aturdido aún por la burbuja en la que había vivido durante la última semana y entristecido por tener que abandonarla, se apresuró a cubrir a Verity, tal y como las niñas vestían a sus muñecas, con uno de los dos batines de satén. Deslizó las suaves mangas por sus brazos no menos tersos y lo cerró a la cintura a toda velocidad para dirigirse a la salida.

Luego, como si de pronto hubiese olvidado algo —y se le había olvidado—, viró sobre sí mismo y rehízo sus pasos para besar a la desvalida joven en los labios.

—Tranquila —la apaciguó con una media sonrisa serena—. Lo tengo controlado.

—¡Eso es lo que decís siempre los hombres cuando no tenéis nada controlado!

—Dame un voto de confianza.

—No. —Lo agarró de la muñeca con una fuerza desconocida hasta entonces. Y cómo la iba a conocer, si, con él, la joven se abandonaba por completo. Fue ahí cuando Verity lo miró a la cara con los ojos anegados en lágrimas, como si de pronto la hubiera sobrevenido una espantosa revelación—. Espera un poco.

—¿De qué nos va a servir esperar en esta situación?

—A lo mejor se va... y si no se va, por lo menos me habrá dado tiempo contigo. Vamos, Harding, finge que has salido al pueblo.

—Si hubiera algún criado para cubrirme, sería una opción, pero...

—Por favor, quédate conmigo —le rogó, tirándole del brazo como una niña asustada.

Harding arrugó el ceño, desconcertado por su vehemente negativa, y le frotó los hombros con cariño para tranquilizar un incipiente ataque de nervios.

—¿Qué pasa, dulzura? —preguntó en voz baja—. La casa es enorme. No tienes que esconderte, solo quedarte aquí mientras tanto o subir al dormitorio. Volveré cuando haya atendido a...

—¡Como si fuera a tomarte cinco minutos! ¿Qué hay de cuando decida pasar la noche y permanecer en Wargrave House hasta mañana, sin soltarte la mano como la caprichosa y acaparadora que es?

El gesto de Harding se endureció.

—No hables así de mi hermana, Verity.

—Me voy a tener que esconder en un armario durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas, y tú lo sabes. Y, la verdad, no me importaría pasar por un lance tan humillante, pero... pero no puedes tapar el sol con un solo dedo —seguía ella, demasiado aterrada para escuchar su advertencia. Había arrancado a hablar guiada por la angustia y ahora no podía parar—. Sabes tan bien como yo que, tarde o temprano, se va a enterar. Y en cuanto descubra lo que hemos estado haciendo, todo esto —se las apañó para englobar todo el amor y la pasión del mundo en una palabra tan vulgar, tan común; «esto», y se trataba de su vida entera— se va a acabar. Así, sin más. Como si nunca hubiéramos existido. No puedo permitirlo. —Y afianzó la mano con la que seguía inmovilizándolo en el sitio.

A Harding le habría gustado deshacerse de su garra obstinada con un desdeñoso aspaviento, como sabía que correspondía dado que Rebecca era y siempre sería su prioridad y ella se estaba interponiendo en su auxilio. Pero todavía le asombraba el pavor que vislumbraba en la mujer más firme y segura de sí misma del mundo cuando pensaba que la adoración de su hombre pendía de un hilo. No podía sino conmoverse, como le había conmovido desde el principio, que lo quisiera tanto. Igual que no podía sino obedecer sus propios sentimientos cuando le pedían, no, *le exigían* que no se moviera de su lado.

—¿De qué estás hablando? —susurró, y se las arregló para soltarse de su agarre y ser él quien le rodeara las muñecas para pegarla a su cuerpo—. Tú y yo no nos vamos a acabar nunca, *Witch*, y no podemos desvanecernos como si nunca hubiéramos existido porque somos lo único que existe, ¿entiendes? Lo único que es real.

Ella lo oyó como se oía un sermón en otro idioma, perdida en su ansiedad, pero alzó la cabeza para mirarlo.

La voz le había temblado a Harding al responder, y no porque vacilara en su confesión, sino todo lo contrario. Había verdades tan poderosas que no debían ser nombradas, y que ir a contracorriente pronunciándolas salía al alto precio de dar la impresión de que se estaba mintiendo; y es que ciertas confesiones exigían esa paradójica protección para permanecer puras.

Eso era Verity para él, además de lo único que había hecho por placer y contra las normas en toda su vida: la evidencia incontestable de que se podía ser feliz y la confirmación de que Dios también había reservado un destino para el honorable señor Wargrave. El mejor de todos ellos.

Harding la besó en la frente.

—No va a pasar nada, ¿de acuerdo? —Buscó su mirada ladeando la cabeza y tomándola de la barbilla cuando intentó esconderse agachándola—. ¿Te fías de mí, dulzura? ¿Acaso te he

mentido alguna vez?

Ella se mordió el labio y alzó la vista sin miedo a que contemplara sus mejillas estriadas de lágrimas.

—Te quiero..., por favor —balbuceó entre sollozos. Esas eran dos frases que nunca habría pensado que oiría juntas, que unidas encontrarían un sentido—. Siempre he sabido que ella es lo único que te puede alejar de mí; por eso no puedo evitar odiarla. No la dejes, te lo ruego. Ni hoy ni nunca. Sé que tiene que ganar alguna vez, sé que tiene que ser feliz y esto, si no acaba mal, la va a devastar, pero... pero... que no sea esta su primera victoria, Harding. Tú y yo también nos merecemos nuestra propia vida.

—¡Harding! ¡Sé que estás ahí! —aullaba su hermana, pero, de pronto, todo sonido externo no era más que ruido de fondo. Harding notaba un pitido en el oído y solo tenía los cinco sentidos para el llanto silencioso de Verity—. ¡He comprobado que los caballos están en los establos! ¡Despierta, si es que sigues durmiendo! ¡Es importante...! Oh, Dios, qué humillante es estar chillando a las puertas de mi propia casa. Como alguien se entere...

Harding comprendió que no podía seguir escondiéndose. Se obligó a armarse de coraje y, sosteniendo todavía por los brazos a la joven, la besó en la raya del pelo y luego en los labios. Intentó transmitirle paz y confianza estrechándole los hombros, y aunque no consiguió que dejara de temblar, al menos tampoco impidió que se marchara.

—Ya te he dicho que todo saldrá bien, niña tonta —le susurró con una leve sonrisa—. Escucha a los demás de vez en cuando. Dame esa alegría.

Salió del salón antes de que Verity pudiera volver a detenerlo. Tomó la precaución de cerrar la puerta después y se adelantó hacia el recibidor con grandes zancadas en tanto que se anudaba la bata a la cintura con movimientos secos.

Apenas se había hecho una idea del gracioso sombrerito azul, ladeado en la cabeza, y el cómodo traje para viajar que estrenaba Rebecca cuando entró como una tromba en la que, al final, era su casa.

—¡No lo vas a creer! ¡El señor Landon me ha pedido matrimonio...! —Todavía tardó unos segundos en percatarse de que Harding apenas llevaba un batín y el cabello revuelto, guisa de la que no lo había visto ni siquiera durante la semana que le duraban los resfriados. Para colmo, seguía sudando. Antes era por el sexo; ahora, por los nervios que Verity le había contagiado—. ¿En serio estabas durmiendo? ¿A la una del mediodía?

—La siesta me ha llevado por delante —improvisó, rascándose la nuca.

No muy convencida, Rebecca se puso de puntillas para olisquearlo como un sabueso y torció el gesto.

—¿Eso que percibo es... champán? ¡Harding! —Se echó hacia atrás, escandalizada—. ¿Te has venido al campo en plena temporada para emborracharte a solas en casa?

—Es la pretemporada, no tiene el mismo nivel de exigencia que las sesiones parlamentarias de la primavera —se defendió—. ¿Landon, has dicho? —cambió de tema enseguida—. ¿Quién era ese tipo de todos los que barajamos en Mabry’s Place? ¿El... excéntrico de los pájaros?

—Sí, bueno... Eso es lo de menos. —Manoteó con indiferencia mientras se quitaba el sombrero y se lo colocaba entre el brazo y el costado como un antiguo soldado—. Dicen por ahí que nadie es perfecto, ¿verdad? Ya le iré poco a poco persuadiendo de que en esta vida existen cosas e incluso animales más interesantes a los que puede aficionarse.

—No pretendo desalentarte si es verdad que esto representa una gran oportunidad, y no me atrevería a cuestionar tus métodos de conquista, pero... ¿No te parece precipitado? ¿Cómo has conseguido que el señor Landon te haga una propuesta formal en tan solo unas semanas?

—Verás... ¿Te importa que nos sentemos?

Fue a ella a quien no le importó si estaba o no de acuerdo con la propuesta, porque inició un brioso paseo hacia el salón principal.

Harding fue rápido frenándola por los hombros.

—¿Por qué no vamos mejor a la sala de visitas? —propuso con su mejor tono casual—. Al ser más pequeña, estará caldeada.

—No te estarías muriendo de frío si llevaras ropa decente... Aunque dudo que hayas estado sufriendo la gelidez de un invierno ruso si andas sudado como un pugilista después de un combate. —Acompañó su comentario de una mirada de arriba abajo que no disimulaba su escrúpulo hacia la suciedad y la indecencia, sus mayores enemigos—. Pero allá tú.

Rebecca puso los ojos en blanco, dando por perdido a su hermano el excéntrico. Apostaba por que habría sospechado de una actitud cuanto menos inusual si la pedida de mano no la hubiera tenido extasiada.

Giró sobre los talones para encaminarse a la mencionada salita, una monería de menos de diez metros cuadrados con la única ventana de la casa con vistas a la playa. Como Pedro por su casa —la comparación no iba desencaminada—, Rebecca se quitó la chaquetilla. Era de un estilo similar a la que llevó Verity para la mañana de caza en Brighton. La asociación llenó su cabeza de imágenes eróticas que no tardaron en ser sustituidas por la más reciente de su llanto amargo.

Harding apretó los labios, enojado inconscientemente con su hermana por haber hecho sufrir a la muchacha de aquella manera; también enojado consigo mismo, porque era innegable que participaba en la ansiedad de Verity.

Era el principal responsable, mejor dicho.

Rebecca arrojó la prenda de cualquier manera sobre el respaldo de la primera silla que vio para a continuación tomar asiento en su sillón orejero preferido.

De pequeña se hacía un ovillo ahí cuando discutía con su madre. Ya no le era posible por altura y por la pomposidad de las faldas que llevaban una década estilándose. No quería decir que no lo intentase, sin embargo. Se sentó de un modo informal que no habría tolerado que nadie, a excepción de su hermano mayor, viera con sus propios ojos: con la espalda contra un reposabrazos y las corvas de las rodillas descansando en el paralelo, una postura con la que enseñaba sin vergüenza los tobillos.

—Resulta que al señor Landon —retomó antes de darle tiempo a Harding a concentrarse— también le urgía encontrar una esposa. ¿Lo puedes creer? Su anciana madre se quedó ciega este verano y parece ser que, pese a su condición de invidente, es capaz de ver con toda claridad que morirá antes de ver a su hijo felizmente casado; de ahí que empezara a insistir hasta el aborrecimiento en que ha de encontrar una joven adecuada.

—Y tú eres esa joven adecuada.

—¡Sin duda! Los requisitos que le impuso la señora Landon son de la misma índole que los míos y encajan a la perfección con mi perfil. Siempre ha soñado con que su futura nuera viniera de una buena familia y fuese todavía joven. Pero, por supuesto, lo que ha inclinado la balanza en mi favor ha sido que me interese por esos bichos que tanto le apasionan.

—Los pájaros.

—Ajá. ¿Recuerdas la noche en los jardines de Cremorne? Puse en práctica los consejos de la señorita Burton e insinué que estaba desesperada por acudir al zoo en compañía de un experto; él no tardó en ofrecerse, y el primer contacto, aunque no me resultó particularmente excitante, sobre todo comparado con mi acercamiento con el marqués de Tremaine, denotó que el señor Landon y yo podríamos entendernos si lograra fingir candor e interés en sus aficiones durante el

tiempo suficiente.

—Pero eso suena...

Ella no le dio pie a contestar y siguió hablando.

Hacía tanto tiempo que Rebecca no estaba feliz que Harding casi había olvidado que lo que le gustaba de contar sus batallitas era el hecho de reafirmarse en su suerte, nunca atender a las opiniones de los demás.

Aunque hubiera vuelto su antiguo yo con esos defectos que la mayoría de sus allegados encontraban intolerables, Harding se alegró de corazón y siguió escuchándola, si bien con razonable recelo.

—Desde entonces, he estado recibiendo de su parte toda suerte de atenciones y galanterías; un día me envió flores, y, al otro día, unos pastelitos. Nos hemos visto en tres ocasiones más. En la primera coincidimos de manera fortuita en Hyde Park y me las arreglé para engatusarlo para que paseara conmigo, pero con cuidado de que pensara que la idea se le había ocurrido a él, claro está. De ahí surgió la propuesta de tomar unos refrigerios en Gunter's el jueves siguiente, cuando me confesó estar interesado en mi mano. Ayer, en la fiesta de compromiso de mi compañera de la escuela, Jane Norton, el señor Landon declaró haberse prendado de mi belleza y mi sensibilidad hacia los animales y me preguntó si le haría el honor de ser su esposa.

—¿Y tú aceptaste?

—¡En el acto! —confirmó con una palmadita orgullosa—. ¡Oh, Harding! ¡Si hubiera sabido que, en el fondo, era tan sencillo como fingir interés por lo que quiera que sea que fascine a un hombre...! ¡Si hubiese sospechado siquiera que los caballeros están tan o más desesperados por llevar a una mujer respetable del brazo! He de reconocer que no me he divertido durante la seducción, si es que así puede llamarse, y que el cortejo ha sido más breve de lo conveniente —suspiró—, pero, en fin. La señorita Burton tenía razón cuando decía que no puedo aspirar a nada mejor debido a mi... pasado, así que me he resignado.

—Puedes aspirar a lo que te propongas —protestó Harding. Inspiró hondo antes de dar una opinión que sabía que ella no apreciaría—. Becks, no quiero que interpretes con esto que no me enorgullezco de tus avances, y vaya por delante que te doy la enhorabuena por el compromiso, que entiendo que ya no se puede deshacer..., pero ¿crees que podrías ser feliz con ese hombre?

—Puedo ser rica y relevante con ese hombre. ¿Qué importa la felicidad? —replicó a la defensiva—. Si no la hallara junto a Landon, ya la buscaría donde correspondiera, sea en un viaje a la modista o sea en un viaje a Europa... ¿Se puede saber por qué Dotty no ha venido todavía a ofrecerme una taza de té? —se quejó, lanzando una mirada impaciente a la puerta.

Pero a Harding no lo engañaba. A Rebecca no le gustaba el té. Solo lo tomaba delante de los invitados para acompañarlos y no sentirse menos.

—No desvíes la conversación solo porque te haya invitado a razonar tu compromiso.

—Una mujer no debe razonar. Debe casarse antes de los veinte años —sentenció—, y yo ya voy tarde.

—Odio que tu padre metiera esas absurdas ideas en tu cabeza, odio que te encerrara en una escuela que solo las reafirmó y, sobre todo, odio que tú misma las hayas acabado comprando —murmuró, contrariado—. Debes razonar para no casarte, ni antes ni después de los veinte años, con el primero que aparece en tu camino. Eso es lo que tienes que hacer.

Rebecca lo escuchó agarrándose la falda con el puño crispado y el rostro sombrío.

—Y tú debes cerrar el pico y dejar que las mujeres tomen las decisiones que estimen oportunas. ¿Desde cuándo crees saber mejor que yo lo que es bueno para mí?

—Desde que sé lo que es compenetrarse a todos los niveles con una persona y no puedo

soportar la idea de que tú no llegues a conocer jamás esta dicha —declaró sin tapujos—. No quiero que te pierdas uno solo de los placeres que ofrece el mundo, Becks, pero el amor, el que menos.

—¡El amor! —exclamó con los ojos como platos—. ¿Se puede saber a qué se debe esa repentina visión romántica de los...?

Rebecca se interrumpió para empezar a conectar los puntos de la constelación que se desplegaba en el misterioso comportamiento de su hermano. Se fijó de nuevo en el nudo de la bata, que había apretado con más firmeza de la necesaria, seguramente acuciado por la impaciencia; en un cabello revuelto por las mil y una veces que lo habían peinado y despeinado unos dedos femeninos, en unos ojos que brillaban como faros en alta mar por obra de un hechizo muy concreto, el de la magia más antigua del mundo.

Pese a ahogarla cubriéndose la boca con la mano, su exclamación sonó contundente.

—¡Estás con una amante!

Capítulo 23

—Así es —afirmó Harding. Nunca había soportado la idea de mentirle a su propia sangre. Lo que le ayudaba a conciliar el sueño era la certeza de que había caído en el delito del embuste por omisión, nunca de forma premeditada y jamás con el ensañamiento de hacerlo, para colmo, sosteniéndole la mirada—. Me disculpo contigo por no haber estado presente en Londres mientras ponías en marcha tu estrategia de conquista. Sé que es importante para ti, pero también sé lo que tú misma has señalado; que podías encargarte sin ayuda porque tu criterio es el verdaderamente válido.

—¡No me vengas ahora con monsergas lapidarias para redirigir la conversación a tu conveniencia! ¿Es una prostituta?

—Por supuesto que no. Te diré de quién se trata a su debido tiempo.

—¿Cómo que «a su debido tiempo»? Harding, me da igual que me hayas abandonado frente a los lobos, pero te puedo asegurar que me importa, y mucho, que estés incurriendo en... actividades indecorosas que puedan perjudicar el honor de una mujer. ¡Espero que se trate de una viuda!

—No creo que seas la persona adecuada con la que compartir detalles escabrosos.

Rebecca se ruborizó, dándole la razón de forma indirecta.

La sabiduría de su hermana parecía innata; un don sacado de la manga. A diferencia de la mayoría, no la había obtenido a través de la experiencia sensible, como tampoco gracias una inmersión en la teoría de los manuales. Valiéndose solo de su intuición y su capacidad de observación, había aprendido a desentrañar la naturaleza humana y a sacar conclusiones acertadas sobre lo que apreciaba a su alrededor.

Por suerte o por desgracia, al final acababa delatando su ingenuidad en según qué ámbitos, como fue el caso: en realidad, Rebecca desconocía a qué detalles escabrosos podría referirse.

—No lo comprendo. Jamás habías hecho algo así —murmuró, conmocionada—. ¿Estás enamorado de ella? ¡Espera! ¡No me lo digas! ¿Por qué no te has pronunciado al respecto? ¿Pensabas que no lo entendería?, ¿que me preocuparía que te casaras antes que yo? Porque puede que hiciera alguna que otra insinuación al respecto, pero solo bromeaba; no me importa si encuentras la felicidad antes que yo. ¿O esto no tiene nada que ver con el amor? Dios santo. —Se pellizcó el puente de la nariz y se levantó, y eso fue exactamente lo que tardó en recomponerse para volver a acusarlo con una mirada exigente en la que Harding creyó ver a su madre—. Solo espero que hagas lo correcto si se trata de una joven honorable. Y si no es honorable, si es una... cortesana, quiero que sepas que estoy muy decepcionada. ¡Pagar para sentirte querido! ¡Por los clavos de Cristo! ¡Frecuentar la compañía de Kinross acabará por convertirte en alguien que no eres!

—No es ninguna fulana, y esto no tiene nada que ver con Sonny, Becks. Además; que yo sepa —añadió en el nombre del honor de su amigo. No solía molestarse en defenderlo ante Rebecca por miedo a influir positivamente en la visión que tenía sobre él, no fuera a ser que terminase encontrándolo simpático y, un rato después y como solía suceder, escribiendo su nombre en los márgenes de los libros con un suspiro en la punta de la lengua. Pero lo que era del César, al César—, nunca ha acudido a burdeles para divertirse. De hecho, ahora que lo pienso, Nile es el único al que le conozco aventuras de esta índole.

Rebecca palideció al oírlo.

Harding procuraba no mencionar a su amigo para evitar disgustarla. También para no recordarse a sí mismo cuán lejos estaba de solucionar el problema entre las dos personas que más quería. Pero si él no ponía su granito de arena, ¿quién se esforzaría por bajarlo del pedestal de sus afectos, donde ella aún lo tenía pese a todo?

Ella, en lugar de responder, se dirigió a la salida con los hombros tensos.

—¿A dónde vas? —la llamó Harding.

—A Londres.

—¿Ya?

—He de regresar antes de que el señor Landon note mi ausencia.

—Becks...

—Solo he venido para que conocieras de primera mano las maravillosas nuevas —continuó sin girarse en su paseo hasta la entrada. Había recuperado el tono brioso, aunque sospechaba que lo estaba fingiendo para no preocuparlo. Bastaba con mentar a Nile para que le saliera a relucir un ánimo huraño—. No quería darte la noticia por carta porque, si todo sale a pedir de boca, será la primera y última vez que me case. Creo que un acontecimiento de este calibre debía anunciarse de boca y con cierta solemnidad... —Se detuvo de golpe y lo encaró en un movimiento drástico, propio de militar. Le echó un vistazo reprobatorio al batín de satén—. Aunque se la has arrebatado toda con tu lamentable aspecto. ¡Estarás satisfecho!

A Harding no le quedó otro remedio que reírse con su dramatismo.

Al verlo sonreír de nuevo, libre del juicio moral con el que sentía que había menospreciado la propuesta matrimonial que le había costado sudor y sangre obtener, Rebecca se relajó y le devolvió el gesto cansinamente. Aceptó el tierno abrazo con el que su hermano interrumpió su regreso al recibidor y no se opuso a que la acompañara hasta la puerta.

Harding le puso una mano en el hombro y se lo apretó.

—Quiero que sepas que estaría orgulloso de ti incluso si te casaras con el diablo. No es porque se trate de Landon; como si hablamos del futuro zar de Rusia o de un músico callejero de Camden Town. Lo único que deseo para ti es que tu futuro marido te ofrezca algo que yo no pueda darte, y eso solo puede ser un afecto sincero, porque sabes que conmigo estás y estarás siempre a salvo en el aspecto económico y nunca te faltará compañía.

Las líneas de expresión que le endurecían los enojos se fueron suavizando conforme Harding avanzó en su soliloquio. Así, Rebecca terminó mirándolo a caballo entre el amor y la exasperación, como si apreciara de corazón sus buenas intenciones pero a la vez deseara abofetearlo por no querer comprender los entresijos de su situación.

La joven acunó su rostro con una mano y mantuvo el misterio suspendiendo en el tiempo durante unos instantes; lo que demoró en formar una sonrisa que condensaba esa madurez que él mismo había defendido ante su padre. Era la madurez del luto familiar a una edad temprana, la madurez del rechazo amoroso más cruel, la madurez de sufrir los males de la soledad crónica.

Una madurez anciana, sin esperanza.

—Harding... —suspiró—. Es muy bonito eso que dices, pero yo jamás, en lo que me queda de vida, volveré a enamorarme. ¿Lo entiendes? Nunca. Así que, por favor... déjalo estar, ¿quieres?

Había pronunciado las más duras palabras con una dulzura enternecedora, esa que se empleaba para dar las buenas noches a los niños queridos por sus madres. Rebecca no se apiadó de su aturdimiento y le dio una palmadita condescendiente en la mejilla antes de girarse en redondo con una naturalidad tal que nadie habría dicho que hubiese proclamado la profecía de un futuro aciago.

Así dio por concluida una conversación que en ningún momento había tenido la intención de

convertirse en tal. Y es que la joven había viajado a Berkshire para trasladar una noticia a la que no quería que se le añadiera nota de página. Las opiniones que Harding había expresado, aun legítimas, le habían entrado por un oído y le habían salido por el otro.

El hermano mayor sonrió con resignación al verla dirigirse con seguridad hacia la puerta de entrada.

En el fondo, sabía que nunca había habido nada que hacer con la honorable señorita Wargrave. Se necesitaba o bien un milagro o ser la maravillosa Verity Burton para que solo escuchara —que no aplicase en su vida diaria— las sugerencias ajenas.

Rebecca había alargado la mano hacia el pomo de la puerta cuando se le quedó paralizada en el aire, como si Medusa la hubiera fulminado. En una primera instancia, a Harding solo se le ocurrió mirar con el corazón encogido hacia el salón principal, pero allí no había ni rastro de Verity. O eso creyó hasta que su hermana retrocedió un paso, tambaleante, y estiró el brazo hacia las pieles de cabritillo que llevaban colgando del perchero desde el primer día.

Harding no supo si es que Rebecca ralentizó sus movimientos o es que él, al ver la historia de su vida pasar por delante de sus ojos como un relámpago, vivió la escena como congelado en el tiempo. La joven había cogido el abrigo solo para asegurarse de que pertenecía a quien ella sospechaba, y ahora lo sostenía igual que un recién nacido que fuera a entregar ante la pila bautismal.

Parecía que de pronto hubiera olvidado cómo moverse.

—Becks... —jadeó Harding, adelantándose un paso.

No supo de qué manera proceder a partir de ahí.

—Dime que no es verdad —le rogó Rebecca en voz baja. Dejó al aire su petición hasta que no pudo soportar la tensión de su propio cuerpo, la misma que había envenenado la atmósfera, tornándola irrespirable. Lo confrontó con los ojos fuera de las órbitas—. Dime que es mi obsesión malsana lo que me hace pensar que estas son las pieles de Verity Burton.

Si se hubiera planteado mentir acerca de la propiedad del abrigo, habría llegado enseguida a la conclusión de que no habría tenido ni pies ni cabeza. Aquella era la clase de prenda que solo podía costearse una mujer de clase alta o, en cualquier caso, con una capacidad adquisitiva que superaba por mucho la de una prostituta. Y, además, Rebecca se las había halagado en los jardines de Cremorne no mucho tiempo atrás.

Harding podría haber intentado desviar la atención aun así, pero sabía que el momento de confesar habría llegado tarde o temprano y prefería que sucediera antes que después.

Estaba abriendo la boca para confirmarlo cuando un puchero hizo temblar la barbilla de Rebecca, a la que el shock le hizo soltar la prenda como si la hubiera quemado.

Las pieles cayeron a sus pies para que ella pudiera cubrirse la boca con las manos.

—Dios mío —gimoteó, los ojos cuajados de lágrimas de incredulidad—. Soy estúpida.

—Claro que no. Rebecca...

—Estúpida, estúpida, estúpida... Mil veces estúpida. ¿Cómo no lo he visto?

—No lo eres en absoluto, Becks. Escúchame...

—¿Dónde está? —se le ocurrió preguntar. Dejó caer los brazos a los costados igual que habría soltado la pistola después de disparar a muerte—. ¿Está en tu dormitorio? ¿Desnuda, puede ser? Oh, pues claro que sí... Pues claro que era ella. ¡Pues claro que eras tú! —aulló, acusándolo con toda la fuerza de su desengaño—. ¡Tú eres quien la rechazó en Brighton! Aunque no te esforzaste demasiado por mantenerla lejos, porque...

Se le entrecortó la voz nada más asimilar lo que terminó de apagar la luz de sus ojos.

Rebecca buscó la mirada de Harding con la esperanza de desmentir una verdad que en el

fondo sabía irrebatible de antemano. Él arrugó el ceño, sin comprender qué esperaba con exactitud, qué era aquello tan terrible y sumamente doloroso que había descubierto más allá de su escarceo con Verity.

—Ven a la salita y deja que te lo explique todo —le pidió Harding con voz serena, decidido a interpretar su silencio como una oportunidad.

—¡Vete al infierno, perro traicionero! —le gritó a pleno pulmón—. ¡De cuantas mujeres hay en el mundo! ¡De todas las que existen en este país y habrían estado dispuestas a... a... a calentarte la cama! ¡Ella! ¡Ella, que es la que me...! ¡En mi propia casa! ¡Mi casa! ¡Y después de fingir ser de nuevo mi...!

—No vayas por esos derroteros, Rebecca —la interrumpió Harding en tono de advertencia—. La ayuda que la señorita Burton haya podido prestarte no está en modo alguno relacionada conmigo.

—¡Que no está relacionada contigo! ¡Ja! —se carcajeó, envenenada—. No tienes ni la menor idea de con quién te estás acostando, entonces. Nada de lo que esa mujer haya podido hacer nunca conmigo ha sido genuino.

—Sé razonable, por favor. Verity se ofreció a compartir contigo sus conocimientos antes de que yo me...

—¿Antes de que tú echaras por tierra su honorabilidad? Permíteme dudarlo. Yo... yo...

No tardó en aceptar que no estaba mentalmente preparada para lidiar con una traición de tamaña envergadura. Aferrada al odio ahora que era lo único que la tenía en pie, abandonó Wargrave House tal y como había irrumpido allí; como un vendaval. Solo que ahora era un vendaval con los puños crispados y una rigidez generalizada que la hacía parecer de cristal, susceptible de derrumbarse como un castillo de naipes con un simple soplido.

Harding no perdió tiempo yendo a buscar los zapatos y salió en pos de ella agarrándose el escote de la bata para tratar de bloquear el aire frío.

—¡Rebecca! —la llamó, tratando de sonar razonable aun cuando todo su ser gritaba—. No puedo ni soñar con imaginarme lo sorpresivo y... violento que este descubrimiento habrá sido para ti, pero, te lo ruego, sé sensata.

—¿Sensata como tú, que andas desflorando a las señoritas de bien? —le rugió sin darse la vuelta. Se había agarrado a las faldas como si le fuera la vida en ello para apretar el paso por encima de sus posibilidades. Los zapatos no eran los más cómodos o apropiados para correr—. ¡No vuelvas a dirigirme la palabra!

—¿Qué tonterías dices? ¿Cómo no voy a dirigirte la palabra? —Le costó alcanzarla, pero consiguió ponerse a la altura de su ritmo marcado por la indignación y sujetarla del hombro—. Rebecca, la señorita Burton ha sido tan miserable contigo como tú has sido infame en respuesta. Es más; era habitual que fueras quien comenzaba el partido de oprobios con un comentario malintencionado y completamente sacado de la manga.

Ella lo miró con el cerco de los ojos enrojecido, cada vez más anonadada.

—¿Esa es la senda que vas a tomar en tu humilde defensa?, ¿que yo también he sido una niña mala con tu adorada princesita?

Harding le soltó los hombros para enfrentarla con solemnidad.

—Yo no tengo que defenderme de nada porque no he cometido ningún delito. Siempre te he dado el voto de confianza que mereces para manejar tus asuntos sin mi entrometimiento, Rebecca. Espero lo mismo viniendo de ti: que respetes mi criterio y me dejes ser.

—Que te deje ser ¿el qué? ¿Un hombre sin sentido de la moral que va por ahí encaramándose con cualquiera? ¿Un tipo sin lealtad alguna hacia su propia hermana?

Harding inspiró hondo.

Sabiendo que algún día se enfrentaría a una discusión que podría costarle el amor de Rebecca, había estudiado a fondo la manera más adecuada de enfrentarse a ella. Había terminado aceptando que nada de lo que dijera la aplacaría, por lo que optaría por lo más humano: expresar su verdad.

—Cuando me prohíbes frecuentar ciertas compañías bajo la excusa de solidarizarme con tus sentimientos, limitas mi crecimiento, el modo en que habito el mundo, en que existo; me escamoteas toda la felicidad que podría llegar a encontrar en lugares que no son aquellos en los que tú te escondes. No puedes exigirme que haga míos tus odios.

—Mis odios... Tu audacia no tiene parangón. Lo dices como si fueran injustificados.

—Por supuesto que no lo son. Por eso, mientras no has sido debidamente resarcida, no me he atrevido a confraternizar con tus enemigos. Pero hemos llegado a un punto en el que no quieres aceptar las disculpas de nadie, y en la bola de tu envenenamiento no cabe ya persona más que tú.

—¡Soy yo la que tiene que decidir cuándo perdona y olvida, no tú! —le gritó.

—¿Y si no lo decides nunca estoy condenado a no volver a hablar con mi mejor amigo?

Había sido un error insinuar el nombre que invocaba todos y cada uno de sus demonios.

Rebecca frenó en seco en el camino de gravilla que conducía hasta su carruaje, que había permanecido a las puertas de la casa con la indicación de que regresaría en un momento.

Ni siquiera se giró a mirarlo cuando pronunció con la voz de otra mujer:

—¿También te has estado viendo con Nile a mis espaldas?

—Becks...

Lo interrumpió levantando una sola mano.

Tenía los dedos tensos y, aun así, no podía controlar el temblor de la impotencia.

—He tenido suficiente con lo que he visto, Harding. No quiero ni puedo saber nada más ahora mismo. Deja que me marche.

—No voy a permitir que te vayas así.

Se adelantó a ella salvando las escaleras con saltos precipitados para agarrarla de nuevo del brazo. Esta vez la joven sí lo encaró con los ojos cristalizados por lágrimas en las que se mezclaban la rabia y el dolor. Un dolor simple y llano.

—¿Verity Burton? —musitó entre sollozos—. ¿De verdad? ¿Verity Burton de verdad?

Harding aflojó el agarre de la mano y solo la miró con franqueza. Cuando respondió, sonó tierno pese a hablar desde un convencimiento inamovible.

—No puedes negarme el amor, Rebecca.

—¡¿Amor?! —repitió a voces con la cara desencajada—. ¡¿Qué diablos quieres decir con eso?! ¡¿Estás enamorado de ella?!

Él la soltó, impactado por su reacción y por la resonancia de aquella palabra concreta.

«Enamorado».

—Yo... yo... yo...

—¿Y ahora estás tartamudeando? —Rebecca lanzó una mirada de auxilio al cielo—. ¿Por qué todo me pasa a mí, Señor? ¿Por qué?

—Oh, por Dios. ¡Ya está bien con el victimismo! —la cortó en un arrebato. Ahí fue cuando se impuso como hermano mayor y logró que ella escuchara—. ¡Nada te pasa a ti en concreto, Rebecca! Las cosas suceden en tu mundo, les suceden a las personas de tu entorno; suceden y ya está. No porque la divinidad sea cruel o la tenga tomada contigo, sino porque esa es la única máxima de la vida humana: que la Tierra no va a dejar de girar con todas sus consecuencias. Lo que pretendo decirte es que las cosas ocurren y tú estás cerca para atestiguarlas, pero nunca en

medio.

—¡Las cosas suceden y me salpican y me duelen! —le gritó a la cara.

—¡Como a todo el mundo! —le espetó, también agitado—. ¡Es absurdo pensar que todo esto es un complot para destruirte, que nos reunimos en las catacumbas para averiguar qué podría partirte el corazón y ponerlo en práctica! ¡Y es más ridículo aún que creas que pretendía herirte concienzudamente cuando mi mirada se iba detrás de Wit, porque tú sabes mejor que nadie qué opinión me merecía cuando erais el agua y el aceite!

—¡Claro que me herías concienzudamente! ¡Para encontrar algo que te gusta, tienes que mirarlo! ¡El amor no es algo que ocurra, es algo que practicas!

—¿Qué?

—¿Crees que soy estúpida? ¡Empezaste a fijarte en ella a raíz de su presunto compromiso con Kinross, y de tanto vigilarla de cerca, de tanto invitarla a la ópera y quién sabe a qué más, acabaste enamorándote! ¡Pero tú decidiste todo esto! ¡Las cartas no estaban echadas; estaban trucadas!

—¿Y qué, si así fuera? —contraatacó para asombro de ambos—. Si de verdad quieres mi felicidad, no me digas en qué dirección debo mirar. No coartes mi libertad, o parecerá que lo que quieres es mi felicidad condicionada a la tuya.

—Y tú lo que quieres es tu felicidad a costa de la mía, perro egoísta. ¿Qué se supone que tiene ella que no pudiera haberte ofrecido nadie más? Dijiste que buscabas una mujer que supiera coordinar brazos y piernas y, mira por dónde, Verity Burton nunca ha bailado en público porque se tropieza con sus propios pies. ¡Vamos, dilo! ¿Qué la hace especial?

—Dime tú qué la hace especial, Becks —replicó, cruzado de brazos. En algún punto, la conversación había pasado de ser una lluvia de reproches a convertirse en una discusión equilibrada—. Yo la he elegido para quererla y tú la has elegido para odiarla, y no veo que haya una gran diferencia entre una cosa y otra. Ambos sentimientos exigen que se le preste atención al objeto de la obsesión. Algo tuviste que ver en ella.

Rebecca no pudo contraargumentar en su defensa. Se quedó unos instantes boqueando, más furiosa consigo misma que con él porque por culpa del shock su mente no funcionara a la altura de las circunstancias.

—Entiendo con todo esto que pretendes seguir enredado con ella —murmuró con voz átona al cabo de unos segundos—. Si eso es así, me voy a Londres. Sí, voy a volver a Londres —repitió, más alto y con el pecho hinchado—, voy a buscar a tu amigo Sonny Kinross y me voy a fugar con él a Gretna Green solo para hacer de tu vida un infierno.

Objetivamente, la amenaza no tendría por qué hacer de la vida de nadie un infierno. Rebecca quería casarse, Sonny la deseaba y Harding los adoraba a ambos. Pero Rebecca no quería a un desleal casanova como marido, desear no significaba amar y ni mucho menos ser buen esposo y, de llegar a cumplirse su advertencia, Harding sufriría más que suficiente para compensar a su hermana por la traición a la que la había sometido. Sufriría como un condenado.

Por desgracia para ella, no estaba dispuesto a seguir penando por las inquinas de la pequeña Wargrave.

—No te atreverías. No soportas a ese hombre.

—¡Menos soporto a la furcia de Verity Burton, y es lo que me obligarás a hacer una vez la desposes y no me quede otro remedio que vivir con ella!

Harding se inclinó sobre su hermana, oscuro y peligroso como una tormenta eléctrica.

—No vuelvas a hablar de ella en esos términos, ¿me oyes? —le advirtió en tono sombrío. Al ver que Rebecca se había quedado sin palabras, que incluso la había intimidado con su fiera

determinación como nunca antes lo había hecho, recuperó el dominio de sí mismo. Avergonzado por haberla asustado, la tomó por los hombros e intentó una vez más que entrara en razón—. La quiero, Rebecca. Eso tiene que pesar más que tus rencores. No porque yo sea más importante, sino porque el amor siempre vale más. No me hagas esto, te lo ruego.

Rebecca le giró la cara para que no la viera perder los estribos de nuevo. Se mordió el labio con fuerza, luchando contra una nueva carga de lágrimas que corrieron por un rostro que ardía de indignación.

Durante un instante, Harding creyó que su hermana se apiadaría de él y al menos le regalaría unos minutos de su tiempo para que se explicara, si bien no tenía la menor idea de cómo iba a defender algo tan irracional como un sentimiento. Llevaba las de perder si recurría al argumento de que el amor no era una decisión, porque en su caso sí lo había sido y Rebecca lo había descubierto antes que él mismo.

Fue absurdo pensar que la honorable señorita Wargrave daría su brazo a torcer. Se deshizo de su agarre sacudiéndose como si estuviera poseída, un desprecio que nunca antes le había dirigido a su hermano mayor, y, sin detenerse a mirarlo ni siquiera para condenarlo con su eterno desprecio, se subió en el carruaje y desapareció.

Harding vio cómo su coche de caballos se fusionaba con la línea del horizonte porque se quedó allí de pie un buen rato, ajeno al frío que le había endurecido la carne.

Muy despacio, fue poniendo su cuerpo en funcionamiento para regresar al interior de la casa. Se sentía cien kilos más pesado que cuando salió casi volando, ligero como una pluma, para detener a Rebecca.

De eso parecían haber transcurrido mil años.

Harding regresó al salón principal con una sola frase de todas cuantas se habían pronunciado grabada en la mente. Tenía el ánimo oscurecido y el rostro apagado cuando se topó con que Verity no había dejado de dar vueltas de un lado para otro. Había estado a punto de quedarse sin uñas, como pudo comprobar cuando frenó en seco nada más verlo y bajó las manos. Tenía los dedos infestados de padrastros en carne viva.

—Si no salgo ahora mismo en pos de ella, va a hacer una locura —fue lo que le dijo—. Necesito que me perdones que la elija. Solo por esta vez.

Capítulo 24

Pasar cuatro horas encerrada en un carruaje a solas con sus pensamientos era lo peor que le podía suceder a una mujer que acababa de ser traicionada, y nada más y nada menos que por su hermano mayor; la única persona que le quedaba en el mundo.

«Es que no hay mujeres en Londres. ¡No hay mujeres en Londres! ¡Verity Burton es la única de su raza! ¡Estamos yo, su sangre, y Verity Burton! ¡Solo se podía acostar con ella! ¡Y sin pedirle antes matrimonio, el miserable bastardo!».

Para cuando Rebecca se apeó del landó después de gritar contradictorias indicaciones al cochero sobre el lugar al que se dirigirían, había empezado a anochecer. No se le ocurrió que bajar a los sótanos de un club de pugilismo que organizaba peleas sangrientas y no del todo legales cada fin de semana sería una pésima idea, y es que hacía rato desde que no pensaba con claridad. Rezumaba sed de sangre; su cuerpo clamaba venganza, y no se la conocía por su carácter paciente. No iba a esperar un solo segundo más para hacerle pagar al mundo entero su desgracia.

El encargado de la entrada se erigía de brazos cruzados como la estatua monumental de un monarca austrohúngaro. Si le hubiera molestado en lo más remoto la insistencia de Rebecca por acceder a un espacio reservado para hombres, no le habría costado mandarla al condado vecino de un simple empujón. Pero a la joven le constaba que, gracias a la envenenada cortesía de Sonny Kinross, gozaba de libertad plena para entrar y salir de allí cuando quisiera; envenenada porque el canalla no quería que le prestara una visita para solo disfrutar de su compañía, sino de sus encantos más visibles.

Le había concedido esta indulgencia con la intención de que lo interpretara como un regalo sin parangón. Ella lo había desdeñado sin saber que un buen día se beneficiaría de él.

Rebecca se adentró en el espacio nada más pronunciar su nombre con voz aguda. En otras circunstancias, se habría tomado el tiempo de admirar la rica decoración de lo que a primera vista parecía un exclusivo club de caballeros: mesas redondas de madera noble cubiertas con exquisitos tapetes de fibras naturales, expositores del más fino cristal veneciano preñados de licores con precios astronómicos, y eso por no hablar de los bien entrenados valets, que parecían haber nacido con la librea ya puesta. Por desgracia para su pasión por la estética de lo material, pues lo habría encontrado todo de su gusto, la honorable señorita Wargrave caminaba como un burro con anteojeras. No apreciaba lo que había a sus costados, sino solo el punto hacia el que había encañonado la vista.

No le costó localizar las escaleritas que conducían al sótano, de donde provenía un cúmulo de bramidos cuanto menos inquietante. Era una de esas «noches de pelea», comprendió, y aunque se le puso la carne de gallina, escrupulosa como era ante la visión de la sangre y los despliegues de violencia desmedida, se le ocurrió que podría ser su día de suerte.

Todo el mundo sabía que el señor Burton no perdía la ocasión de apostar.

Podría matar dos pájaros de un tiro.

En su camino escaleras abajo, la única imagen que ocupó su pensamiento fue la de su hermano enredado en un abrazo apasionado con Verity. La misma Verity que la había humillado en público y en privado, más de una vez ante potenciales pretendientes, ante el grupo de amigas que una vez, hacía tiempo, había comandado como un general militar; ante su propio hermano. La misma Verity que rechazó su amistad como si no valiera nada y, en lugar de allanarse el

camino hacia la redención con una disculpa sincera, lo siguió minando añadiendo más y más manipulaciones imperdonables a la lista. La misma Verity que se había posicionado sin dudarlo de parte de Clarissa cuando le arrebató al hombre al que amaba; la que había despreciado su dolor en innumerables ocasiones, llegando a celebrar por todo lo alto y con un desahogo sonrojante el escándalo que aconteció por el simple hecho de que era ella, Rebecca, la que salía perjudicada.

Imaginarse emparentada con una bruja capaz de semejantes maldades reactivó la rabia que no había dejado de brotar de su corazón. Así, aferrada a un sentimiento que parecía más un motor, pudo abrirse paso con los codos entre los apostadores que se arremolinaban alrededor del ring. Le dio la impresión que alguien aullaba su nombre a lo lejos, pero asumió que eran imaginaciones suyas; que solo estaba fantaseando estúpidamente con que su hermano la había seguido a ella y no a la señorita Burton para aplacar su dolor.

Pero Rebecca nunca era la mujer a la que elegían.

Nunca eran sus emociones las que se tenían en consideración.

¿Ella, emociones? ¡Ella era el diablo! ¡Ella era la villana de la historia!

—¡Señorita Wargrave! —oyó más cerca.

Una mano se cerró en su antebrazo y tiró hacia atrás a tiempo para evitar que un hombre que animaba la pelea con el puño en alto acabara propinándole un testarazo. Rebecca se tropezó con el ruedo de su propia falda, impresionada por el golpe que acababa de esquivar, y a punto estuvo de caerse de espaldas cuando alguien la sostuvo por la cintura y la atrajo hacia sí.

Un suave olor a leña consumida y a sudor fresco le acarició las narinas. Luego sintió el sólido apoyo de un cuerpo recio y caliente como el fuego. Lo primero que vio al enfocar la vista fueron las pestañas curvas de Kinross, que trataban de entorpecer la visión de la rareza que eran sus ojos, solo castaños cuando no existía iluminación suficiente y de un insólito rojizo si el sol incidía directamente. El cabello, castaño como la madera quemada, le caía sobre la frente. Cómo no, pues ya era costumbre que no se tomara en serio ni el código de vestimenta, iba en mangas de camisa.

—¿Qué hace aquí? —Sonny realizó las comprobaciones pertinentes mirando a un lado y al otro para prevenir agresiones involuntarias. Rodeó a Rebecca pasándole un brazo protector por la cintura y la atrajo hacia su pecho para cubrirla con su propio cuerpo. No tuvo que hacer un gran esfuerzo: ella no era exactamente menuda, pero él parecía Hércules—. Es peligroso que una mujer se adentre en una turba como esta. Hoy compiten dos luchadores con fama en toda Inglaterra; han venido aficionados incluso desde Escocia.

—Me alegra que su negocio vaya viento en popa, señor Kinross. Ahora, si no le importa —hizo una mueca de dolor al tratar de sacarse su pesada zarpa, que pesaba como un muerto—, quíteme las manos de encima. Tengo que localizar al señor Burton para trasladarle una importante noticia.

Kinross se mostró contrariado, pero, sobre todo, indefectiblemente desobediente, porque no solo no la soltó, sino que la sostuvo con mayor firmeza.

—¿Y no podía esperar a mañana? Mire que llevo los seis años que la conozco esperando que me preste una visita... Aun así, no me parece ni el momento oportuno, ni...

Hacía rato que Rebecca había dejado de escucharlo. Su mirada decidida sorteaba las cabezas de los asistentes para dar con la inconfundible cabellera negra del hombre que no había superado aún la moda de los cabellos largos y se lo recogía con una cinta oscura.

No tardó en localizar al señor Burton, al que uno reconocería a simple vista ya en la distancia. Era alto como un campanario y vestía con una sobriedad incomprensible viniendo de un hombre

que podía permitirse el lujo de confeccionarse un traje distinto para cada día del año.

Rebecca nunca le perdonaría la falta de estilo a un hombre con dinero para experimentar en los comercios de telas y planta sobrada para convertirse en el próximo Beau Brummell[13].

Tras un forcejeo que la hastió más de lo que la enojó, se deshizo de los molestos brazos de Kinross con una última pero vehemente sacudida y se agarró las faldas para evitar que la entorpecieran en su camino hasta el señor Burton.

El tipo en cuestión no era lo que se diría educado, sobre todo atendiendo a criterios decorosos, pero el hecho de que supiera cuándo callar ayudaba a transmitir la impresión de que se trataba de una personalidad prudente... cuando nada más lejos de la realidad. Los rumores que circularon en su día sobre el modo en que se las gastaba con las mujeres y con sus enemigos —muy a menudo, las mujeres eran sus enemigos. Primero, porque no las entendía; segundo, porque las consideraba más listas que a los hombres y, por ende, las vigilaba con mayor detenimiento— habían sobrevivido al tiempo, y también les sobrevivirían a todos ellos cuando su figura se convirtiera en leyenda... porque lo haría.

Rebecca estaba al corriente de que iba a tratar con un tipo con recursos que no perdonaba una afrenta, la clase de hombre que no temería arruinarle la vida si pronunciaba una mala palabra en contra de su hija. Sin embargo, la enajenación mental le impedía comprender hasta qué punto podría complicarse no ya la situación, sino su sola existencia, si le instaba a intervenir en el idilio de Harding.

—¡Señor Burton! —lo llamó a voz en grito para hacerse oír. El susodicho desvió la mirada para localizarla. No tuvo que mover siquiera la cabeza, y tampoco lo habría hecho de haberlo necesitado. Rebecca podría haberse sentido poco menos que un insecto si no hubiese estado acostumbrada ya a que la mirasen con desprecio—. Estoy en posesión de cierta información acerca de su hija que considero que podría interesarle. Desconozco la mentira que le habrá contado sobre su paradero a lo largo de esta última semana, pero le puedo asegurar que no se encuentra donde le ha dicho que estaría.

A lo mejor, si le hubiera advertido que su casa estaba en llamas o tenía un escorpión de mordida letal merodeando a sus pies, la habría desdeñado para seguir disfrutando del combate. Pero se trataba de la señorita Burton, su única y adorada hija. Rebecca no tuvo que aportar un solo dato más para que el padre se girara hacia ella, serio pero no atribulado, como si le esperaran en el funeral de alguien que no le importaba, y gesticulase escuetamente hacia las escaleras para charlar en un entorno tranquilo.

—¿Qué pretendes? —le preguntó Kinross al oído. Rebecca ni siquiera se había dado cuenta de que la había estado siguiendo.

—No me pegues la boca a la oreja.

—Si te hubiera pegado la boca a la oreja, no te estarías quejando.

—No me tutees.

—No me tutees tú a mí, entonces.

Cuando se giró para increparle de manera más contundente, observó que alguien le había propinado un golpe con un objeto punzante. Lucía una herida diagonal en la mejilla.

—¿Por qué tienes sangre en la cara? —inquirió con el gesto torcido—. Haz el favor de limpiarte. Pareces una de esas bestias que ganan dinero arreándose puñetazos.

—¿Quién ha dicho que no lo sea?

—Por la cuenta que te trae, deberías decirlo tú y debería decirlo todo el mundo para que te sigan invitando a las fiestas.

—Entonces te gusta que acuda a las fiestas —se regocijó—. ¿A que me echarías en falta si no

estuviera allí?

Rebecca dio media vuelta poniendo los ojos en blanco y salió en pos de Desmond Burton, que ya estaba subiendo las escaleras hacia la salita de reposo.

Algo sí debía reconocerle a Sonny Kinross, y es que sus ingeniosos comentarios lograban distraerla de su miserable vida, aunque fuera durante unos instantes. Además; era tan ágil contraatacando que obligaba a su mente a trabajar el doble para darle una buena réplica. No podía negar que le encantaba la persona que era cuando le buscaban las cosquillas y podía ser enfermizamente perversa con su interlocutor. Encontraba en ello un desahogo catártico.

A excepción de una mesa ocupada por dos señores que disfrutaban de una partida de cartas y de una bella mujer entrada en años que bebía, reposada, un té caliente, el salón estaba vacío. La dama en cuestión levantó la cabeza rubia al ver entrar a un distante Desmond, una aún acelerada Rebecca y a Sonny, al que, por cierto, nadie había dado vela en el entierro.

—¿Ya ha terminado la pelea? —inquirió ella.

La reconoció enseguida como Faith Burton, madre de la criatura y esposa de la bestia.

—La muchacha insinúa saber el paradero de Witty —comentó Desmond, gesticulando hacia la señorita Wargrave con un gesto de cabeza. En la informalidad del movimiento, Rebecca creyó leer un menosprecio, pero se convenció de que no lo era y solo estaba a la defensiva.

La astuta mirada de la señora Burton voló hacia la aludida. La forma almendrada de sus ojos y la curvatura de sus labios, casi como si siempre se estuviera riendo para sus adentros de la soberana estupidez de los demás, le otorgaba un aire taimado a su expresión. Lucía como si a un zorro le hubieran concedido el deseo de disfrutar de una vida humana.

—Muestra un poco de respeto, Desmond. No es «una muchacha», sino la honorable señorita Wargrave —se las arregló para ser aún más irrespetuosa que Desmond: lo pronunció igual que habría pronunciado «la rematada estúpida de la señorita Wargrave»—, que resulta que es, a su vez, la archienemiga de tu hija. Un título de tamaña categoría bien merece reconocimiento. Me pregunto si habrá venido a confesar que no está donde nos aseguró que estaría porque ha cumplido el sueño que alimenta desde niña y la ha matado con sus propias manos —continuó con un desahogo escalofriante, refugiada tras la humeante taza de té—. Por casualidad no será el cementerio el lugar donde lleva una semana por cortesía tuya, ¿verdad?

—Desde luego que usted preferiría que su hija estuviera a tres metros bajo tierra mucho antes que en la cama de un hombre que no es su marido —le soltó Rebecca sin rodeos.

—La madre del cordero —oyó murmurar a Kinross—. Esto va a traer problemas.

Aunque se trataba de la mujer que había alumbrado a la descarada y, por tanto, la que tenía el derecho, si no la obligación, de poner el grito en el cielo, fue comprensible y hasta cabal que Faith redujera toda reacción de asombro a un leve arqueo de las cejas. No dejaba de ser una Swansea, es decir; el miembro de una de las familias más escandalosas que jamás, en toda la historia de Inglaterra, habían pisado la capital.

Dejó la taza sobre el platillo y chasqueó la lengua antes de mirar a su marido con sorna.

—Luego dices que no ha salido a su madre, ¿eh?

—¿Disculpa? —inquirió Desmond con fingida dulzura, dirigiéndole a Rebecca una mirada que prometía venganza. Si el dolor de la traición no estuviera latiendo dentro de ella como un segundo corazón, imbuyendo en su espíritu la clase de confianza temeraria que conducía a una muerte prematura, se habría encogido de miedo—. ¿De qué hombre estás hablando?

Algo que también caracterizaba al señor Burton era que nunca en su vida había tratado de usted a nadie. La Reina del Chisme había comentado en tono jocoso que rezaba por que nunca se cruzara con Su Majestad.

—Imagino que se referirá a su hermano —dedujo la señora Burton. Había vuelto a apoyar la taza en la mesa y lo removía con una cucharilla—, pero no creo que la haya pillado usted *in fraganti* en Albany, el lugar en que el honorable señor Wargrave se hospeda y donde por desgracia se prohíbe el acceso a las mujeres. Se han fugado juntos a Wargrave House, ¿me equivoco?

Desmond se giró hacia su esposa con los puños crispados.

—¿Cómo diablos sabes tú eso, bruja?

—Lo sé porque me lo dijo —resolvió Faith con un encogimiento de hombros.

Rebecca no sabía si estaba más pasmada por el modo en que el señor Burton trataba a su en teoría amada esposa o por la actitud de la misma.

—¿Le permitiste viajar a Berkshire para tener un idilio con...? —Levantó la voz varios tonos —. ¿Has perdido por completo el juicio?

Faith lo calló levantando la mano.

—Voy a hacerte el favor de detenerte antes de que te dejes en evidencia con tu infame hipocresía. Hace no mucho tiempo, Desmond Burton, tú gestionabas considerablemente peor tus idilios, ¿o acaso es mentira que te acostabas con las mujeres en los palcos del teatro y los carruajes en marcha? —contraatacó con una ceja enarcada. Rebecca perdió el color de la cara y la sensibilidad de las manos, y solo se le ocurrió mirar hacia Sonny. Este se limitó a menear la cabeza y aspirar entre dientes—. El honorable señor Wargrave al menos la ha provisto de un techo, nada menos que una mansión solariega, y unas sábanas limpias... o eso espero. ¿Es tu hermano un hombre pulcro, querida?

—¡No es lo mismo! —rugió Desmond, salvando a Rebecca de contestar. Giró en redondo hacia la salida—. Voy a por las pistolas.

—Oh, por Dios... —Faith puso los ojos en blanco—. Nadie va a ir a por ninguna pistola, ¿de acuerdo? —le dijo a su marido en el tono que se empleaba con los niños y los idiotas—. Siéntate ahí ahora mismo y espera a que la señorita Wargrave nos ilumine con un relato algo más detallado de lo que sea que la haya traído hasta aquí. Porque supongo que su objetivo no era que el señor Burton retara a duelo a su adorado hermano... —Por sus ojos cruzó fugazmente el primer destello de interés hacia la joven, a la que hasta el momento había tenido por un ser insulso. Incluso se regocijó ante la sola posibilidad, por lo visto irresistible, de atestiguar su primer fratricidio—. ¿O sí?

El planteamiento de Faith despertó a Rebecca del delirio de venganzas brutales que la había conducido hasta allí desconociendo, en realidad, el problema que podría acarrear a los implicados. Pensó por primera vez en las últimas —y límites— horas con su hermano mayor, en el aspecto vulnerable pero seguro de dónde tenía los pies con el que había tratado de hacerla razonar. Reprodujo para sus adentros las palabras que le había dirigido con la franqueza y el sentido de la justicia, a veces sin espacio para la compasión ajena, que tan bien le caracterizaban, y aunque lo odió por haberla tratado como a una estúpida revolcándose con Verity a sus espaldas, también se estremeció imaginando al señor Burton armado frente a él.

Al ver que le costaba tragar saliva, Faith se apiadó de ella —bien podía ser la única persona de la que se había apiadado en cuarenta años— y alargó la mano para invitarla a tomar asiento a su lado. Esa era la actitud serena y comprensiva que cabía esperar viniendo de una madre y con la que Rebecca estaba familiarizada de tantas veces que la baronesa había tenido que calmarla cuando era niña y se agarraba berrinches de padre y muy señor mío.

Pensar en la difunta no la ayudó a sobreponerse a la repentina debilidad, y tan pronto como la señora Burton le plantó una mano cariñosa en el hombro, Rebecca rompió a llorar por todo lo

que no había llorado todavía.

—¡Es que no lo entiendo! —sollozó entre hipidos—. ¿Por qué me ha mentido? Supongo que sabía... sabía... que yo no reaccionaría... del mejor modo, p-p-p-pero... ¿No habría sido menos chocante si me hubiese sentado en casa y me hubiera...? ¿Por qué tenía que descubrirlo así? ¿Y por qué ella? —rugió, enfurecida—. ¡Ella, entre todas las mujeres del mundo!

—Cielo, el amor es... —Faith se quedó sin palabras tratando de describirlo. En su lugar, levantó la mirada hacia su marido. La benevolencia de su rostro suavizó sus rasgos más bien mundanos. Suspiró y volvió a centrarse en Rebecca, a la que le estrechó la mano—. Después de todos estos años que llevo en el mundo, que, como ves, son un puñado más que los que tú acumulas de experiencia, solo puedo decir que el amor es el eufemismo con el que hemos acordado de forma tácita definir la demencia. Tienes derecho a odiarlos por habértelo ocultado, pero los sentimientos nos gobiernan, nos dominan por completo; carecemos de voluntad para apagarlos sin más, y creo que eso puede entenderlo una joven tan inteligente como tú.

La voz interior le susurró que la señora Burton estaba echando mano de sus habilidades manipulativas, superiores en contenido y forma a las pueriles travesuras de su hija y las suyas propias juntas, pero Rebecca no quiso escuchar. Prefería reconocerse en el halago a su astucia, recrearse en el cálido consuelo de una mujer que podría ser su madre por la edad, por el cabello rubio, por la esbeltez y la estatura. Por la sabiduría.

—Ya pasó, cariño —susurró Faith, acariciándole el pelo.

Sin embargo, no había pasado, y por eso no tardaría en recuperar la compostura.

Había mencionado el amor, y ella tenía su propia opinión al respecto. Una que no podía distar más de la que enarbolaban los Burton.

Se acordó de que su hermano había confesado quererla y de la implicación que tanto eso como sus actividades ilícitas conllevaría; tener que soportar a Verity Burton, pronto Verity Wargrave, durante el resto de sus días.

El vértigo que se apoderó de ella estuvo a punto de producirle una arcada. Se deshizo de las atenciones maternales de Faith, de pronto asqueada. Aquella mujer, de cuyo infecto seno había nacido Verity y de cuyo corazón podrido debía de haber heredado su maldad, solo pretendía apaciguarla para que no corriera la voz de que la señorita Burton era una descocada sin remedio.

Pero no tendría esa suerte.

—En vista de que sus padres no piensan aplicar el debido castigo —anunció, poniéndose en pie con energía renovada—, seré yo la que tome cartas en el asunto. Le haré llegar una carta a la Reina del Chisme para que escriba en su columna lo que ha tenido lugar en Wargrave House.

Capítulo 25

—¿Y en qué te beneficiaría eso? —inquirió Faith, serena como las aguas de un lago—. Según entiendo, lo último que quieres es que mi hija y tu hermano contraigan matrimonio. Si la Reina del Chisme los vincula como pareja ante la *ton* londinense, entonces sí que no tendrán escapatoria si no es pasando por el altar.

Rebecca estuvo a punto de ponerse a gritar, gritar a pleno pulmón, gritar como si la estuvieran matando.

«Nada te pasa a ti en concreto, Rebecca», le había dicho Harding. «Las cosas suceden y tú estás cerca».

En cierto sentido, tenía razón. Si las tragedias le ocurrieran a ella, entonces tendría poder para cambiar la situación. El problema era que siempre tenían lugar a su alrededor, lo bastante cerca para herirla profundamente, pero nunca tanto como para que pudiera tomar cartas en el asunto. Y si lo hacía, si osaba posicionarse de algún modo, enunciar alguna protesta, entonces entraba a formar parte de la historia..., pero se convertía inmediatamente en la villana. Su prometido se casó con una mujer a la que odiaba porque los cazaron en flagrante delito, algo ante lo que no pudo hacer nada salvo admitir que le había partido el corazón, y ahora su hermano iba a casarse también con la segunda de sus mayores archienemigas por la misma razón: porque no había sabido comportarse como un caballero dejándose la ropa puesta.

«Los odio», pensó, furibunda. «Odio a los hombres. Odio cómo permiten que la lujuria se apodere de ellos. Odio cómo siempre escogen a la mujer que se les ofrece en bandeja mucho antes que la que les jura amor eterno».

—En el derecho de odiar sí estás, querida —le dijo Faith. Por lo visto, había expresado su conclusión en voz alta—, pero no en el de arruinarle la vida a nadie. Al menos, esa es mi humilde opinión.

—Por la cuenta que te trae —añadió Desmond, poniéndole una mano en el hombro—, mantendrás la boca cerrada.

—¡No me toque! —rugió ella, y se deshizo de su contacto sacudiéndose como si estuviera poseída.

Alejada ya por unos pasos de los Burton, Rebecca apretó los labios, presa de la frustración. Había sido una estúpida por pensar que podría obrar en contra de Verity Burton, que tenía a todos los dioses de su parte. Incluso a sus padres, lo que era incluso más asombroso.

Comprendiendo que no podía solucionar el problema que se cernía sobre ella, giró en redondo y se marchó del salón sin mediar palabra. Se precipitó escaleras abajo, esquivando con habilidad al guardián de la puerta. Tal era su contrariedad que no se percató de que había empezado a llover hasta que estuvo en el corazón de la calle con el pelo empapado.

Le había pedido al cochero que diera cuantas vueltas al barrio fueran necesarias en tanto que ella resolvía sus asuntos. Aunque su ausencia indicaba que no podría ponerse a resguardo de la tormenta y regresar cuanto antes a Mabry’s Place para lamerse las heridas, su ánimo no empeoró.

Quizá porque era imposible.

Permaneció donde estaba, de pie sobre la acera de una calle desierta, fingiéndose sorda a las peticiones del guardián, que le insistía amablemente en que regresara al interior. No había un alma en las inmediaciones, lo que hacía resonar de un modo atronador el impacto del agua contra el asfalto. Pese a que la ausencia de vida humana en las proximidades acentuaba su soledad, que

siempre le había resultado insoportable, se sintió mucho mejor con la lluvia calándole el vestido. Podría decirse que era incluso catártico.

—Señorita Wargrave, ¿qué hace ahí parada? —oyó la voz de Kinross—. Por el amor de Dios, haga el favor de venir aquí y ponerse a cubierto. ¡Señorita Wargrave! —la llamó de nuevo, esta vez con un timbre exigente.

En vista de que le negaba el gusto de obedecer y hasta el reconocimiento de su presencia, tuvo que tomar cartas en el asunto. Cubriéndose a duras penas la coronilla con un archivador que debía contener las apuestas del día o la lista de socios, saltó los escalones de dos en dos con un par de zancadas para llegar a su altura.

Rebecca sintió que le ponía la mano en el hombro y la obligaba a girarse.

—¿Te has vuelto loca? —le espetó en voz baja en cuanto intercambiaron miradas, la de ella desenfocada—. ¿Presentarte ante el señor Burton y soltarle que su hija es una descocada? Has tenido suerte, Rebecca. Ese hombre podría haberte prometido el descenso de los avernos sobre ti, y créeme lo habría cumplido.

Ella ni siquiera fue consciente de que sonaba preocupado.

—Sí... —murmuró, ida. Se abrazó los hombros con un aire indefenso del que no fue consciente, o de lo contrario habría inflado el pecho—. He tenido tanta suerte... Soy la mujer más afortunada del mundo.

—¿Qué es lo que esperabas que ocurriera?, ¿que Burton retara a duelo a Harding y lo matara de un disparo en la frente?, ¿que se convirtieran al catolicismo solo para enviar a Wit a un convento de clausura? ¿No te das cuenta de que esos dos han nacido para estar juntos y apartarlos el uno del otro es una crueldad?

Aquel último comentario, enunciado con la perplejidad de quien no podía comprender la estupidez humana, terminó de hundir a Rebecca. Agachó la cabeza, temblando más por la impresión de la vida a la que se enfrentaría que por el frío.

—¿Y para qué he nacido yo? —musitó con un hilo de voz—. ¿Para ser un chiste?

—Claro que no, Rebecca. —Aprovechó que la tenía sujeta por los hombros para sacudirla levemente, lo justo para que lo mirase y viera su sonrisa esperanzada—. Has nacido para tener tu propia historia. No pierdas el tiempo mirando, envidiando e interfiriendo en lo que hacen los demás. Nada es tan malo, créeme... Maldita sea, estás helada —masculló entre dientes. Se quitó el gabán que se había echado por los hombros para salir bajo la hostilidad de la intemperie y se lo colocó por encima a Rebecca, que ni siquiera se percató del gesto—. Haz el favor de ser razonable y entrar conmigo al club. Vas a agarrar una pulmonía, y eso es algo que no va a ayudar en absoluto a tu ego herido, ya te lo digo yo...

Como si de pronto hubiera caído en la cuenta de que había alguien con ella, Rebecca enfocó la vista y estudió su expresión con una mezcla de extrañeza y vaga admiración; la admiración que podía sentir una niña por el primer animal salvaje que veía, una emoción carente de romanticismo; en todo caso, llena de curiosidad. Alargó la mano hacia sus pómulos, afilados como el diamante y más marcados aún por los surcos del agua que caía inevitablemente sobre los dos. Se lo pensó antes de posar con delicadeza las yemas de los dedos en un punto próximo al desfiladero de su mandíbula, siempre sombreada por una barba que no se dejaba crecer, pero que nunca se dignaba a desaparecer del todo.

No tardaría en reparar, y no sin regocijo, en que Sonny no era inmune a su escrutinio.

—¿Por qué me miras así? —preguntó con la insinuación de una sonrisa incómoda tirándole de la comisura del labio. Esa comisura que, por lo general, era la que se encargaba de incomodar a los demás y no al revés.

«No puedo solucionar los problemas que crean otros», se dijo Rebecca. «Lo único que puedo hacer es crear otro diferente. Uno nuevo. Uno mío».

En sus manos no estaba la reparación, comprendió, sino la venganza.

Aun inquieto por su silencio y su incomprensible cambio de actitud, Sonny no se había movido. Rebecca lo atravesó con una mirada insondable que solo le contrarió más, pero no osó moverse cuando le arregló el cuello empapado de la camisa como una esposa dedicada.

—Tú no eres muy distinto de Nile o de mi hermano, ¿verdad? —inquirió con dulzura.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó, receloso.

—A ti también te mueve la lujuria. Es el centro de tu vida. —Sonny arrugó el ceño como si lo hubiera acusado de algo espantoso, pero ella no le permitió replicar—. Y, por desgracia para ti, yo soy una de esas mujeres a las que sueñas con mancillar, ¿no es cierto? Soy lo que Clarissa significa para Nile o Verity significa para mi hermano. La tentación.

Sonny abrió la boca y la cerró una, dos y tres veces hasta que comprendió que estaba boqueando como un idiota y se obligó, aun a riesgo de darle la razón con su silencio, a sellar los labios a cal y canto.

Rebecca lo vio apretar la mandíbula con evidente disgusto antes de preguntar en tono cortante:

—¿A dónde quieres llegar?

Ella levantó las cejas.

—¿Acaso miento? ¿O eres tú el que ha mentido? Llevas persiguiéndome desde que soy una niña. Te escudas en el sentido del humor para que tus provocaciones no resulten especialmente ofensivas y todavía no te has atrevido a ponerme la mano encima, pero el deseo está ahí. Ahora que me ofrezco en bandeja, ¿osas fingirte virtuoso? ¿Acaso los hombres solo estáis obsesionados mientras la consecución del capricho se presenta como un imposible?

Algo de lo que le dijo le tuvo que calar hondo al hijo de Robert Kinross, porque le costó tragar saliva y mantener un semblante más o menos neutral. Ella, guiada por la certeza de que no tenía nada que perder y de que no había una sola cosa en el mundo que le importara o por la que sintiera aprecio, se pegó más a él y le rodeó la nuca para persuadirlo con caricias de ceder a sus deseos.

Sonny abrió mucho los ojos por un momento. Parecía estar resistiéndose con garras y dientes al deseo de apartarla... o de acercarla más aún. Aquello era muy propio de Kinross: caminar de puntillas sobre la navaja del límite entre el bien y el mal. Como nunca terminaba de decidirse entre un lado o el otro, acababa perjudicado de todos modos, con heridas en los pies de mantener el equilibrio sobre la afilada cuchilla.

—Estamos en plena calle, Rebecca —masculló con la voz de otro.

—¿Y qué? ¿Desde cuándo te importa tu honor? —Se puso de puntillas y le habló directamente a sus labios en tono provocador—. O el mío, si a esas vamos.

Un destello inclasificable surcó los ojos de Sonny; una chispa recién prendida por el pedernal de la indignación.

Estaba... ¿enfadado?

Si Rebecca no se hubiera hallado en lo más profundo del foso de la depresión, se habría extrañado y hasta habría sentido curiosidad por su reacción.

—¿De qué va todo esto? ¿Qué quieres?

—Quiero que seas un hombre de una vez por todas.

La joven lo agarró por el cuello de la camisa y lo atrajo hacia sí, pensando que no había nada como un acto físico para explicar un propósito. Antes de que Sonny pudiera defenderse, y esto

solo en el caso de que hubiera querido hacerlo, Rebecca le plantó un beso en los labios que lo puso aún más rígido se cabía; de pronto, el hombre travieso y con una capacidad inaudita para convertirse en lo que quisiera ser era una estatua de sal entre sus brazos.

Si aquel gesto hubiera sido relevante para ella en lo más remoto, si hubiese tenido un significado especial, en un futuro se habría enorgullecido de haber cazado con la guardia baja al siempre preparado Sonny Kinross. Al menos, se habría enorgullecido durante el segundo que él tardó en obedecer su orden y ser un hombre en el pleno sentido de la palabra: una criatura que actuaba movida por sus instintos más bajos, egoísta y lujuriosa por naturaleza... con lo que eso conllevaba.

Rebecca, que había estado tal vez cómoda en exceso en su papel depredador, asistió con pasmo a la facilidad con la que cambiaban las tornas; con la que el hombre se apropiaba de cuanto gustaba.

El agarre lánguido de Sonny se tornó férreo. Sus labios dejaron de ser blandos para arremeter contra los suyos ejerciendo la presión de un arma blanca contra el cuello. Y entonces el beso no era un beso como tal, o no como ella había entendido los besos hasta ese momento, una dulce expresión de cariño, sino una advertencia de que el amor era mucho más de lo que se leía en la superficie. Algo que convenía temer y que, por el bien de una misma, de su reputación y hasta de su alma cristiana, solo se podía anhelar en secreto y en la intimidad del dormitorio.

Se oyó emitir un sonido del que no había creído capaz su garganta cuando Sonny ladeó la cabeza para invadir su boca. No pensó en resistirse. Aquello era lo que quería. Que la echara a perder y no le quedara otro remedio que cargar con ella durante el resto de su vida. Que la vieran, que la condenaran del todo; que la odiara el mundo entero, esta vez con razón. Y, a la vez, no podía ser lo que quería porque nunca creyó que se pudiera querer algo así, que existiera algo parecido a la sensación de una lengua resbalando sobre la suya como una caricia bajo la mesa. Nunca creyó que se pudiera aspirar a algo tan escandaloso y, a la vez... interesante.

Fue al empezar a ver a Sonny como algo distinto de una molestia cuando comprendió que debía separarse. Tuvo que empujarlo con fuerza por el pecho para tal propósito. Clavó la vista en la de él, y aunque la impresionó atisbar un rastro de fuego en su mirada, se obligó a no distraerse de su objetivo.

—Ven conmigo a Gretna Green.

—¿Qué?

—¿No es eso lo que siempre has querido y por lo que me has perseguido?

—¿Llevarte a Escocia?

—Hacerme tuya —resolvió con sencillez. Más adelante le asombraría, y no para bien, lo fácil que le resultó pronunciar tan escandalosas palabras—. ¿No es mi virtud lo que llevas toda la vida persiguiendo como un lobo? Te concederé plena libertad para tomarme antes, durante y después del camino hasta el herrero si a cambio te casas conmigo. De hecho —se lo pensó mejor—, no hará falta que nos casemos. Simplemente... arruíname para siempre.

—Por encima de mi cadáver —rugió una voz masculina.

La sorpresa le separó los labios a Rebecca, que de inmediato se giró hacia el lugar de donde provenía la exigencia de Harding. Acababa de desmontar de su carruaje, y le estaba importando tan poco mojarse como a lo que desde fuera parecían una pareja de enamorados.

Su hermano debía de haberse vestido en tiempo récord y haber contratado al primer hombre que halló en el pueblo para conducir el coche y así salir en pos de Rebecca a la menor brevedad.

La había alcanzado con tan solo una hora de diferencia.

Se habría alegrado de verlo por lo que significaba si Verity no hubiera estado de pie a su lado.

La sola contemplación de aquel rostro bello y redondo, el rostro que había participado como protagonista o personaje secundario de todas sus desdichas, la arrancó de los brazos de la esperanza de vengarse y la arrojó de cabeza al odio.

—¡Vete al infierno! —le gritó Rebecca a su hermano, y aferró con fuerza la camisa de Kinross para mantenerlo inmóvil en el sitio. Este, como si estuviesen amenazando su vida, levantó las dos palmas en señal de inocencia: «Yo no le he tocado un pelo, Harding, ¡lo juro!», parecía exclamar, el muy cobarde—. Si tú puedes quebrar todas las reglas morales que existen casándote con la persona que más desprecio en este mundo, entonces yo puedo dejarme mancillar por un amigo tuyo.

—Rebecca, por el amor de Dios... ¿En qué te va a beneficiar algo así? —se desesperó Harding, al que la pose demandante no le había durado ni un minuto. Debía de saber que para tratar con una señorita Wargrave enfurecida convenía mostrarse más conciliador que belicoso—. Hasta hace unas horas estabas entusiasmada porque el señor Landon te había pedido matrimonio. ¿Vas a arrojarlo todo por la borda solo porque yo haga mi vida?

Lágrimas de impotencia volvieron a anegar los ojos de la joven.

¿Por qué todo el mundo insistía en describir la situación de un modo tan simplificado? ¿Acaso era cierto lo que contaban las malas lenguas, y ella y su dramatismo eran el problema?

—Sí —afirmó con el corazón en la mano—. Sí, sí... Voy a arrojarlo todo por la borda, sí. De una manera o de otra. ¿Y sabes por qué, Harding? Porque ya nada me importa. Me importaba el amor, y me importaba el matrimonio, y me importaba mi hermano, pero ya... ya no me importa nada de eso. El amor me ha dado la espalda, el matrimonio me esquiva como si fuera la peste y tú no me has tratado mejor. Todo se ha ido yendo al infierno progresivamente, y ahora me he quedado con las manos vacías y sin fuerzas para agarrar nada de lo que una vez pudiera haber soñado con tener. —Echó a andar hacia la puerta del club tirando de Kinross, al que seguía teniendo agarrado por la camisa—. Así que si lo que me queda por sacrificar es lo que te hará solo la mitad del daño que tú me has hecho, voy a fugarme con el tipo con la peor reputación que se ha visto. Verás que de este modo no se celebra tanto que Verity Burton se una a la familia Wargrave; verás que el amor que todo el mundo le tiene se ve diezmado después de escoger como marido al hermano de una furcia del tres al cuarto...

—Rebecca —interrumpió Sonny en tono áspero.

Había frenado en seco antes de que ella diera un paso más. Su determinación tenía que rivalizar con la suya o incluso superarla, porque para detener el avance temerario de la joven hacia la autodestrucción se habría necesitado al ejército inglés.

Rebecca lo enfrentó con una advertencia hostil en la mirada: «No te atrevas a decepcionarme», decía. Se derrumbó, sin embargo, al toparse con la clase de expresión codificada pero en cualquier caso solemne que nunca traía buenas noticias.

Le había rodeado la muñeca con delicadeza para frenarla.

—No.

—¿No? —repitió ella con la voz aguda—. ¿Cómo que no?

—No voy a ir contigo a ninguna parte.

Aunque utilizó un tono de voz suave, el que se empleaba para calmar a los niños tras una pesadilla, las ocho palabras cayeron sobre ella como una sentencia de muerte.

Rebecca soltó su camisa igual que si hubiera echado a arder y retrocedió tres pasos, tambaleándose por efecto del pasmo y de la puñalada definitiva.

Durante un instante, solo se oyó el sonido de la lluvia.

Ni siquiera él, comprendió, no tan espantada como simplemente decepcionada. Ni siquiera él,

un hombre que la había perseguido día y noche para que lo mirara dos veces, para que le concediera un baile, para que le permitiera besarle los zapatos; ni siquiera él, que planeaba formas de conquista que aún no se habían inventado y que no entrarían de ningún modo en las técnicas de cortejo respetables o solo permitidas, que le había dirigido obscenidades tan turbadoras que una buena cristiana no habría podido oírlas sin desmayarse.

Ni siquiera él estaba dispuesto a complacerla.

Nunca la habían querido lo suficiente para escogerla, eso lo sabía. Pero descubrir que tampoco la deseaban lo suficiente la cambió para siempre.

La certeza de que no tenía a nadie en el mundo la atravesó como una lanza. Ni madre, ni padre, ni hermano; ni amigo, ni amiga, ni un molesto pretendiente que al final del día nunca lo había sido. Lo único que le quedaba y a lo que aún tenía sentido rendirle culto, porque solo esto la salvaría del desmoronamiento, era su orgullo.

Fue esto lo que la inspiró a cuadrar los hombros y marcharse calle abajo, por donde había visto doblar la esquina a su carruaje, antes de que la vieran derrumbarse una vez más.

No. Nadie la vería morir.

CAPÍTULO FINAL

Verity impidió que Harding saliera detrás de su hermana poniéndole una mano en el pecho. Él intentó mirarla interrogante, pero estaba tan sobrepasado por los acontecimientos que no podía enfocar la vista.

—Si no has conseguido que hable contigo esta tarde, no lo vas a lograr ahora —le explicó con tiento—. Este segundo intento de conversación me corresponde emprenderlo a mí.

—Es mi hermana —replicó él, ceñudo—, y, además, no creo que sea buena idea que me dejes a merced de tus padres.

Señaló hacia la ventana del club con un movimiento de cabeza. Ahí fue cuando Verity se percató de que los Burton habían asistido a la escena desde la calidez del salón, su madre con una taza de té en la mano y expresión divertida, y su padre con una mirada mucho menos benevolente hacia los involucrados.

Debía de estar tramando un modo de destruirlos a todos, empezando por sus finanzas y acabando por tergiversar la opinión pública para que no pudieran volver a poner un pie en una fiesta de sociedad.

—Algo me dice que el señor Burton está deseando aprovechar que abajo hay cuatro cuadriláteros disponibles para coserme a golpes —añadió Harding.

—¡Oh, no, querido! Aquí donde se nos ve, somos muy civilizados —intervino Faith en voz alta para que la escucharan. Acompañó su comentario de un aspaviento informal—. No te apures por nosotros. Estábamos prevenidos de que esto sucedería tarde o temprano. No podríamos haber sospechado que se daría de un modo tan... grotesco, eso es cierto, ¡pero veníamos advertidos!

—¿Disculpe? —se extrañó Harding—. ¿Advertidos?

Fue Desmond Burton el que suspiró con hastío.

—Nada más comenzar la pretemporada, Witty nos informó que se casaría antes de que acabara el año. También nos dijo con quién —agregó con una mueca torcida, recordando lo mal que le había caído el anuncio de que perdería a su hijita a manos del amor—: con el honorable Harding Wargrave, nada más y nada menos. No tuvo la gentileza de explicarnos cómo conseguiría obtener la anhelada propuesta matrimonial —continuó—, pero todo aquel que la conozca un poco podría haber anticipado que no echaría mano de los métodos... habituales.

—Como supongo que tampoco lo harás tú a la hora de obligarle a desposarme —completó Verity con los párpados entrecerrados.

—Eso por descontado —rugió el señor Burton.

—Olvídalo ahora mismo —le advirtió con el dedo en alto—. No pienso permitir que Harding me lleve al altar si no es porque así lo desea, ¿entendido? Si me rechaza aquí y ahora, sea por su hermana o por cualquier otra razón, viviré al margen de la sociedad como la apestada en la que me convertiré, pero seré felizmente soltera porque no habré condenado a un hombre a una vida que no desea.

Dicho aquello, y más por miedo a oír la respuesta de Harding que porque tuviese prisa por enfrentarse a Rebecca, abandonó la reunión improvisada con prisas por alcanzar a la única honorable que quedaba en la familia Wargrave.

O ni siquiera, porque no se había perdido el apasionado beso con Sonny.

Y menos mal. No habría soportado no estar presente cuando aquello sucediera al fin.

Tal y como había supuesto, la muchacha no había demorado en subir al carruaje unos cuantos

metros más abajo y había emprendido la marcha. Ni corta ni perezosa, y furiosa porque una vez más Rebecca Wargrave se hubiera apropiado de un protagonismo que le pertenecía solo a ella —al menos en lo que a sus propios amantes y romances respectaba—, tomó prestado uno de los caballos del carruaje de Harding.

Montar a horcajadas bajo la lluvia y con un vestido no era cómodo que se dijera, pero se aseguró de no resbalar sobre la silla plantando con seguridad los pies en los estribos y agarrando las resbaladizas riendas con fuerza.

Por suerte, el aparatoso traqueteo de un landó que debía ser prudente transitando calles empapadas no era competencia para el galope de un semental. Rebecca apenas había dejado atrás St James's cuando Verity le cerró el paso interponiéndose en su camino. Le dirigió una mirada de disculpa al cochero por haber estado a punto de causar un accidente y se pasó la mano por la frente para secar la cortina de agua que le caía sobre los ojos.

Se apeó del caballo antes de que la señorita Wargrave tuviera tiempo para reaccionar.

En un abrir y cerrar de ojos, Verity estaba sentada ante ella en el interior del vehículo.

—¿Qué demonios haces? —le rugió Rebecca con el rostro estriado de lágrimas. Alargó una mano hacia la portezuela con ningún otro objetivo que expulsarla de allí, aunque fuera a empellones, pero Verity le bloqueó la salida estirando la pierna hábilmente.

—No te vas a escapar, Rebecca —le advirtió con las cejas enarcadas—. Tarde o temprano uno tiene que afrontar sus miedos.

—¡Tú no me das miedo! ¡Me das asco, que es distinto! ¡Si no piensas largarte de aquí, al menos no impidas que sea yo la que se salga!

—Serás libre de ir donde quieras en cuanto me escuches. Creo que...

Rebecca la calló de una violenta bofetada que le giró la cara.

Había subestimado la intensidad de su indignación. Una mujer solo podía propinar un golpe capaz de agotarle el aliento al agredido si tenía todas las faltas morales de su parte.

—De acuerdo... Esa me la merecía —aceptó Verity entre dientes, cubriéndose la mejilla afectada. Le palpitaba y estaba convencida de que dejaría una marca notable durante los próximos tres, cuatro días—, pero no sigas tentando a la suerte con tu actitud ofendida, porque un segundo bofetón ya sería avaricioso, y te puedo asegurar que te la devolvería con todas mis fuerzas... y mis ganas, lo que es bastante peor.

—¿Tus ganas? —repitió, poniendo los ojos como platos—. ¿Qué ganas podrías tener tú de herirme después de todo lo que has hecho?

—Créeme cuando te digo que nuestro desprecio es mutuo, y que la fuerza del mío no tiene nada que envidiarle al tuyo.

—¡Atrévete a ponerme un dedo encima, bruja!

—No me provoques, Rebecca. ¿Quieres a tu hermano?

Ella se quedó boqueando, presa de la perplejidad.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Claro que quiero a mi hermano, estúpida! ¡El que no me respeta a mí es él, y...!

—Párate ahí —le ordenó con una mano en alto—. Solo te he preguntado si lo quieres; no me interesa el resto del predicado, que entiendo que está y estará sujeto por un tiempo a lo que ha sucedido hoy.

—¿«Por un tiempo»? ¡Vais a casaros! ¡Voy a vivir bajo el mismo techo que el recordatorio encarnado de que Harding se burló de mí si no encuentro marido antes de que formalicéis los votos!

—Cállate y atiende —le espetó, al límite de la paciencia—. Has dicho que lo quieres, ¿no?

Estupendo. Puede que estemos ante lo único que tú y yo tendremos en común jamás. Las dos amamos a Harding Wargrave por encima de todas las cosas.

—Si esperas conmoverme con tus cursilerías de Julieta trasnochada...

—Antes, en Wargrave House, has preguntado por qué yo, ¿verdad? —continuó, decidida a no dejarse provocar. Sería difícil. No perdía de vista que, si no tuviera años de experiencia lidiando con ella, ya le habría devuelto el golpe—. Yo «entre toda la gente», ¿no? Pues aquí tienes tu respuesta, Rebecca: porque estoy enamorada de él, y tú, precisamente tú, sabes desde cuándo.

Aunque estaba lo bastante furiosa como para no atender a relatos románticos, el pasmo fue tal que acaparó su expresión desdeñosa.

—¿Desde que escuché esa conversación con tu prima largos años atrás? —Verity asintió en silencio—. ¿Todo este tiempo?

—Todo este tiempo.

Como no pudo ser de otro modo, la declaración sorprendió y hasta llenó de una nostalgia sabedora los ojos de Rebecca. Verity se cuidó de apostillar que ella podía entender un enamoramiento juvenil convertido en una pasión capaz de matar a una mujer mejor que nadie, puesto que había pasado, si no ese mismo tiempo, algunos años más amando a Nile Inglefeild.

No quería provocarla pronunciando el nombre de su demonio personal.

Pero la señorita Wargrave tuvo que llegar a la misma conclusión, porque un destello de compasión cruzó su mirada.

No tardó en aferrarse de nuevo a su indignación, sin embargo.

—Lo que solo confirma que los dos lleváis más de un lustro burlándoos de mí.

—No, Rebecca —suspiró con hastío—. Harding nunca me miró dos veces hasta hace unas semanas.

—¡Pues me alegro! —le gritó a la cara—. ¡Alguien debía enseñarte a sufrir!

—Nadie ha sido tan buena escuela en ese aspecto como tu hermano, de eso puedes estar segura —le confirmó en su papel conciliador—. Ya ves que tú no eres la única Wargrave que me ha puesto en mi lugar cuando me lo he merecido. Él ha sabido subrayar cada ultraje que has arrojado contra mí con su dolorosa indiferencia. Es cierto eso que dicen de que el mejor golpe es el que no se da.

Rebecca soltó una carcajada gélida. Miró a su alrededor en busca de alguien con quien compartir su desdén. Al no encontrarlo, lo tuvo que volcar de nuevo sobre Verity.

—¿Se puede saber qué pretendes con esta introducción victimista? —exigió saber. Una nota de curiosidad se filtró en su pregunta.

Ciertamente, el victimismo no era una carta que Wit acostumbrara a usar para ganarse el perdón o el respeto de alguien.

—Pretendo que veas que nadie se ha mofado de ti.

—Oh, ¿no os mofabais de mí cuando trabajábamos en el listado de mis potenciales pretendientes en la biblioteca de Mabry’s Place? Ahí ya estabais enredados, por lo que sé. Os tuvo que venir de perlas que me marchara a descansar para hacer manitas por debajo de la mesa... si es que no las estabais haciendo ya en mi presencia —siseó, envenenada—. ¡Qué bien que Rebecca Wargrave es una redomada estúpida y no se percata de nada! ¡Tan estúpida y tan ingenua que creyó que Verity Burton la ayudaría sin esperar nada a cambio, y no con el objetivo de enredarse con su hermano sin que tomara represalias!

—Nunca se me ha ocurrido pensar que no tomarías represalias una vez lo descubrieras, pero, si te soy sincera, es algo que no me ha quitado el sueño. Estar con él es lo único que me ha importado.

—¡Y lo dices tan tranquila!

—Por otro lado, ya sabías que no te iba a ayudar por amor al arte, Rebecca —le recordó con una ceja enarcada—. Me prometiste que, si encontrabas marido antes de que acabara el año gracias a mis consejos, me lo agradecerías siendo cordial. Y, según entendí por lo que apareciste gritando en Wargrave House, vas a casarte con Roland Landon.

Rebecca soltó una exclamación ofendida.

—¿Cómo tienes la audacia de utilizar mis palabras en mi contra cuando eres tú la que ha excedido la confianza que pude haber depositado en ti?

Verity contuvo un hondo suspiro.

Tal vez se hubiera adelantado al dar por hecho que ella tenía los recursos para aplacar la furia de Rebecca.

—Lo creas o no, no estoy aquí para seguir guerreando.

—Y se tiene que cumplir siempre tu voluntad, ¿verdad? —replicó con resentimiento—. Si Verity Burton no quiere seguir guerreando, se bajan las armas; si quiere que la violencia se prorrogue, ahí estaremos todos, al pie del cañón; si quiere casarse con el honorable Harding Wargrave, pasando por encima de los deseos de su hermana, así lo hará.

—¿Por qué has asumido que se casará conmigo, si puede saberse? —contraatacó a la desesperada, incapaz de seguir disimulando el dolor que le producía pensar en que Harding la rechazara—. Es algo que ni siquiera yo tengo claro porque él jamás ha mencionado nada al respecto, y mira que hemos vuelto a Londres en el mismo carruaje. Si hubiera tenido la menor intención de desposarme, ¿no habría dicho algo aprovechando que la pregunta flotaba en el aire?

—Si no lo ha mencionado, será porque ha dado por hecho que ya sabrías que la única solución posible es pasar por el altar. ¡Estamos hablando de mi hermano! ¿Crees que va por ahí encamándose con la primera que le gusta?

—¿Y tú crees que va por ahí pidiéndole la mano a las enemigas de su hermana? —rugió en respuesta—. Estoy convencida de que Harding no ha sopesado la posibilidad de desposarme hasta que tú no le has obligado indirectamente al descubrirnos. Y estoy más segura aún —continuó con la voz afectada— de que ahora me enfrentaré a su eterno desprecio por haberle arrojado al matrimonio. Por eso te ruego —unió las manos en un rezo ante la mirada perpleja de la señorita Wargrave— que no sigas poniendo trabas, aunque solo sea para que tu hermano no termine conviviendo con alguien que desprecia.

El asombro de Rebecca solo iba en aumento, y eso ya era decir, porque llevaba largos segundos sin pestañear y con la boca entreabierta. Todavía tardaría un rato más en recomponerse para decir, olvidando por un instante que Verity era su rival:

—Has tenido que estar acostándote con un hombre al que no te has molestado en conocer para decir algo semejante, porque nadie que sepa quién es Harding Wargrave dudaría ni por un minuto que pretende pedir tu mano.

—Si lo dices porque se trata de un caballero honorable...

—¡Lo digo porque se ha metido en la cama con una mujer respetable! —interrumpió, aún más pasmada que furiosa—. No me lo puedo creer, Verity. ¿Piensas que mi hermano ha sido víctima de un impulso animal muy superior al control de sus fuerzas y por esta razón no le ha quedado otro remedio que enredarse contigo?, ¿que tu belleza lo deslumbró, lo hechizó, lo condenó, y, atado de pies y manos, solo le quedó obedecer a las exigencias de la carne antes de que un rayo de pasión desmedida lo matase?

Verity pestañeó sin saber a dónde pretendía llegar.

—Sí, la verdad es que pensaba justamente eso —reconoció con sinceridad.

Rebecca soltó una carcajada amarga.

—Harding es la persona más disciplinada que he conocido y que conoceré en toda mi vida. Además de eso, es un hombre racional y concienzudo. Nunca ha llevado a cabo una acción que pudiera perjudicar ni a él ni a sus seres queridos sin saber de antemano cómo procedería en el muy improbable caso de que el asunto se le fuera de las manos.

Hizo una pausa para fruncir el ceño a sus propias palabras, no porque estuviese en desacuerdo con su propia descripción, sino porque desmontaba la razón base de su enfado monumental. Y es que si Harding no hacía nada para perjudicar a sus seres queridos, entonces significaba que nunca había sido su objetivo hacerle daño a ella.

—¿Y qué quieres decirme con eso? —la espoleó Verity.

Rebecca la miró a los ojos con franqueza.

—Que mi hermano lleva sabiendo que se casará contigo no desde que se metió en tu cama, sino desde que te tocó de un modo remotamente romántico por primera vez. Y ten claro que, cuando lo hizo, no fue porque tú lo sedujeras, sino porque él pretendía dejarse seducir.

Verity se quedó de una sola pieza al oírla, y a renglón seguido se dio un bofetón mental por tener la audacia de sorprenderse cuando nada casaba más con el carácter de su hombre. Recordó su propia sorpresa la tarde que Harding no solo la besó bajo la lluvia, sino que la desnudó y la tendió sobre la hierba para hacerle el amor hasta el hartazgo, poniendo en riesgo no ya la reputación de la joven, sino el honor del que siempre había estado orgulloso.

—No es posible. La primera vez me besó porque yo se lo pedí. ¡Se lo rogué! —insistió, buscando con la mirada un rincón del carruaje donde depositar toda su perplejidad.

—Se lo rogaste —repitió en tono burlón—. Yo que tú no iría desperdigando información tan sensible. Te podría poner en una situación muy complicada que la gente se entere de que vas por ahí humillándote, ¿sabes?

—¡Él mismo me confesó un rato después que se había guiado por la venganza!

—¿Venganza? —se extrañó Rebecca. Enseguida sacudió la cabeza—. No quiero saber nada más de esto. El caso es que te mintió. Mi hermano es conocido en su círculo y en todo Londres por sus rígidos principios, entre los que figuraba no enredarse jamás con una mujer noble. Si lo ha hecho, insisto en que no es porque seas irresistible o porque estuviese dispuesto a desoír su sentido de la moral para permitirse una agradable excepción. Es porque te ama e iba a hacer lo propio.

Verity no supo cuántas veces repitió aquellas palabras para sus adentros. Aun pronunciadas en tono venenoso por Rebecca Wargrave, era imposible que perdieran el lustre; que dejaran de ser importantes.

«Te ama e iba a hacer lo propio».

—Estás equivocada —balbuceó con las mejillas sonrojadas, aferrándose a su vestido empapado con los nudillos blancos—, estás... estás...

—¿Por qué demonios crees que estoy tan furiosa? —jadeó Rebecca, a la que no había abandonado la perplejidad—. Que se enamorase de ti y quisiera casarse contigo es malo de por sí, de acuerdo, y que me ocultara vuestra luna de miel en Wargrave House solo empeora el relato. Pero eso podría comprenderlo llegado cierto punto. Es el hecho de que lleve semanas maquinado a mis espaldas; de que lleve semanas seguro de que ibas a ser su esposa; de que lleve semanas disponiéndolo todo con esa tranquilidad que le caracteriza para hacerlo posible... Es eso lo que me estremece y me parte el corazón.

Verity recordó lo que Harding se había girado a decirle con una sonrisa serena antes de recibir a Rebecca en la mansión.

«Lo tengo todo controlado».

—Pero a mí... a mí... a mí... —Tragó saliva. Estaba tan impactada que no le importaba tartamudear delante de Rebecca—. A mí no me ha trasladado nada de eso en ningún momento.

—¿Eres estúpida? —le bufó ella—. ¡Te ha sacado de Londres en plena pretemporada para encerrarte en la mansión familiar y él se ha ido detrás con el revuelo que eso causaría en los salones! ¡Todo el mundo se ha estado preguntando dónde se habían metido el honorable señor Wargrave y la en absoluto honorable señorita Burton! ¿Crees que mi hermano es tan imbécil como para emprender una locura de proporciones épicas sin haberle dado antes una pensada? Estoy segura de que esperaba provocar un escándalo similar al que unió a Nile y a Clarissa para poder mirarme con ojos de perro degollado y decirme que no le quedaría otro remedio que casarse contigo.

—Pero habría sido para ahorrarte el sufrimiento —se apresuró a apostillar Verity, que todavía seguía anonadada, mas nunca tanto como para no defender a su hombre.

—¡Y un cuerno!

Verity se obligó a volver en sí misma para hacer entrar en razón a la tozuda rubia cuyos ojos aún lanzaban rayos y centellas. La agarró de los hombros y la forzó a quedarse a un palmo de su cara para espetarle:

—Por el amor de Dios, Rebecca, ¿es que no ves cómo estás reaccionando? ¡Casi te fugas a Gretna Green con un hombre que no soportas! ¡No eres la clase de persona a la que se le pueda decir algo remotamente desagradable con una taza de té por delante y esperar que lo encaje sin alterarle la compostura! Además, ¿no te da que pensar acerca de tu conducta que tu hermano tenga que planear una estrategia consistente en sacrificar el honor por el que es conocido, y todo en el nombre de algo tan legítimo y honrado como casarse con quien ama... porque de ninguna otra manera podrías aceptarlo? ¿No te avergüenza que la persona que más te quiere en este mundo no se atreva a vivir su vida con plena libertad porque ahí estarás tú para coartarla? ¡Por todos los santos, Rebecca! —perdió los papeles y la acusó con una mirada herida—. ¡Le prohibiste dirigirle la palabra a su mejor amigo!

—¡Porque era mi prometido y se casó con otra!

—¡Fue un accidente! —gritó, ya sin paciencia alguna—. ¡E incluso si no lo hubiera sido, si de verdad hubiese elegido casarse con Clarissa sin más, a quien, de todos modos, es bien sabido que odiaba en el momento de la boda, la gente tiene derecho a cambiar de opinión! ¿Cuánto más tiempo vas a pasar aferrándote a ese desaire que te hicieron para tener una excusa sólida que te permita actuar como una mala pécora? ¡No te lo van a perdonar siempre! ¡Han pasado años! ¡Lo que haces ya no es el desquite de una despechada, sino maldad pura y dura!

—Que no me lo van a perdonar siempre, dices —repitió con voz gélida. Su expresión era una máscara de granito—. ¿Quién me ha perdonado ser lo que soy ahora, Verity? ¿Me lo has perdonado tú, que no me has dado tregua ni un instante? ¿Me lo ha perdonado mi hermano, que no ha dejado de confrontarme a propósito de mis rencores desde el primer día? ¿Me lo ha perdonado la sociedad, que ya ni mira en mi dirección? ¿En qué mundo vives?

—En uno infernal si no das tu brazo a torcer. ¿De verdad quieres ser la causa de la infelicidad de tu hermano? Porque tú misma has dicho que Harding me quiere. ¿Le vas a arrebatar el amor solo porque fuerzas superiores te lo arrebataron a ti? Yo sé que en el fondo no eres tan egoísta, Rebecca —añadió en tono conciliador.

Por una vez, no le regaló los oídos para metérsela en el bolsillo. Habló desde el corazón con una sinceridad de la que no echaba mano si no era estrictamente necesario, convencida de que la verdad nunca era tan divertida.

Ella tuvo que leer la sinceridad en su rostro, porque apartó la vista con los labios apretados.

Verity podía entender el cúmulo de emociones que la hacían parecer indecisa, que la tenían temblando de la cabeza a los pies. Ella también había recibido algún que otro rapapolvo de ese calibre cuando, siendo adolescente, abusó de la confianza de sus parientes y amigos para comportarse como le venía en gana, y no le había gustado un pelo no solo tener que darle la razón a terceros, sino aceptar con dolor que no era un alma cándida.

Entendía que en este caso la cuestión era más compleja que ninguna travesura infantil y, no tan en el fondo, se compadecía de Rebecca. Sobre todo porque había tenido razón al decir que la usó para acercarse a Harding.

A sabiendas de que su última recriminación le había calado hondo, Verity arrastró las caderas hacia el borde del asiento para inclinarse hacia ella. Rebecca estaba tan sobrepasada por lo sucedido en las últimas horas que no se opuso a que la cogiera de las manos y se las apretara para transmitirle esperanza.

—No soy tu persona preferida. Lo sé —afirmó, y se animó a sonreír de lado cuando la señorita Wargrave emitió un gruñido—. Tú tampoco eres la mía, y lo sabes. He sido cruel contigo, a veces de manera gratuita. Tú me lo has devuelto con creces mediante la palabra y, lo que es peor, envenenando la opinión de Harding. Incluso podría decirse que empezaste todo esto, porque puede que yo hiriera tus sentimientos al denostarte ante mi prima Sienna, pero tú, en lugar de confrontarme como has demostrado saber hacer estos últimos años, me declaraste la guerra a mí y a todos mis seres queridos. Porque sí, en mi bando estaba yo sola atacándote a ti, pero tu guerra conmigo implicaba límites que no se han de cruzar, ¿o negarás que dedicaste años a herir los sentimientos de Clarissa y de Primrose por alguna razón distinta de tu odio hacia mí? No voy a incluir mi amor por Harding en la lista de pecados cometidos en tu contra, porque el amor no es un error y, por más que te hayas empecinado en creerlo, no es nada que vaya a perjudicarte, sino todo lo contrario. Sería capaz de comprometerme a querer todo lo que él ame si me aceptara en su vida.

»Esos son todos los hechos. Los hechos pasados. Los hechos de nuestra enemistad —concluyó—. Ahora, mirando hacia delante... ¿De verdad te resulta imposible imaginarnos en un futuro cercano tratando de reconstruir esta relación desde cero?, ¿esforzándonos por crear una convivencia tolerable por el bien de tu hermano, quien, insisto, es la persona que más queremos? Sé que él pediría o aceptaría mi mano porque tendría la esperanza de que tú y yo nos reconciliáramos, y que no haría ni una cosa ni la otra si creyera en el fondo de su corazón que de verdad somos nocivas la una para la otra, o, mejor dicho, que yo lo soy para ti, porque tú, te pongas como te pongas, eres lo más importante para él. Para acabar, y si te soy sincera... No adoleces de ningún defecto que yo no me haya perdonado a mí misma cientos de veces antes. Podría aguantarte —le aseguró—. Podría incluso quererte.

La señorita Wargrave apartó la vista de la ventana para mirarla a los ojos, convencida de que estaba burlándose una vez más de sus sentimientos a flor de piel. Pero Verity era muy consciente de estar siendo franca como nunca lo había sido, y eso debió reflejarse en su semblante.

—No digas estupideces —masculló, y volvió a negarle la mirada.

—¿Acaso no nos lo hemos pasado de maravilla buscándote marido? —siguió pinchándola.

—¡Eso no significa que pueda olvidar de un plumazo todo lo que ha sucedido en los últimos casi siete años! ¡Estás en cada uno de mis peores recuerdos!

—Hagamos recuerdos nuevos, entonces. Por favor, Rebecca —le rogó, apretándole las manos. Ella volvió a enmudecer y a mirarla de reojo, a caballo entre el recelo y el humano deseo de rendirse de una vez por todas al armisticio—. Tienes el poder de destruir mi relación con

Harding. Sé que si te sientas delante de él y le expresas seria y serenamente que nunca le perdonarás que se case conmigo, no lo hará.

—¿Y eso no te convence de buscar un amor incondicional en otra parte? —replicó con el gesto torcido, esta vez ofendida en el buen nombre de la señorita Burton—. ¿Uno que te anteponga a todas las cosas y, ya de paso, no se aproveche de tu cuerpo antes del matrimonio?

—No. Su lealtad hacia ti es una de las razones por las que me enamoré de él, y un principio moral por el que yo también me rijo: mi familia también es lo primero. Te lo suplico —repitió una vez más, haciendo todo lo posible por mantener el contacto visual—. Esta es tu oportunidad de oro para hundir a tu enemiga de una vez por todas, porque no te quepa la menor duda de que callaré para siempre y no osaré acercarme a ti nunca si le pronuncias a Harding esas palabras mágicas que para mí serían una maldición. Podrías vengarte por todos estos años con un solo movimiento. Pero también podrías empezar por ahí a perdonarme y a perdonarte a ti por lo que nos hemos hecho.

Por extraño que pudiera parecer a priori, Rebecca no se enderezó por obra de la indignación para a posteriori recalcar que ella no tenía nada que perdonarse. No fue algo que sorprendiera a Verity, sin embargo, porque el breve contacto que habían mantenido durante la pretemporada le había servido para descubrir que la señorita Wargrave no albergaba únicamente rencores encendidos en su corazón, sino que también arrastraba el pesado lastre de la culpa. Apostaba por que se había avergonzado de su actitud muchas más veces que ella, que debía reconocer que había sido cruel por gusto y se había enorgullecido de su ingeniosa maldad después.

Además de su salvación y su nexo con Harding, Rebecca era el camino hacia la reconciliación de Verity con lo que era bueno, lo que era correcto. Solo a través de ella podría desagraviar a cuantos había herido con sus menosprecios a lo largo de su vida, y de la mejor manera posible: comprometiéndose a no volver a ser un monstruo caprichoso.

—No me puedo creer que vaya a contribuir a la leyenda de que Verity Burton siempre consigue lo que quiere —masculló la señorita Wargrave, negando con la cabeza.

Había claudicado.

Verity respingó en el asiento con ilusión y se arrojó sobre ella para estrecharla entre sus brazos. No pudo prolongar el contacto; Rebecca bloqueó el arrebato afectuoso empujándola con impaciencia por el pecho y tomó la precaución de alejarse de ella, llegando a hacerse un ovillo contra la esquina del landó. La pierna de Verity ya no bloqueaba la puerta, por lo que muy pronto pudo bajar la manija y salir del carruaje sin añadir una sola palabra más.

No se habría atrevido a exigirle una sonrisa o un abrazo.

La había presionado suficiente por el resto de sus vidas.

—Becks —oyó que la llamaba Harding. Debía de haber salido detrás de las dos para cerciorarse de que no corría la sangre—. Becks...

—No te acerques a mí, ¿quieres? —le espetó ella a desgana—. Ya he cedido, ¿de acuerdo? Ya he dado mi bendición. Ahora necesito que me dejes. Hablaremos en otro momento.

—¿A dónde...?

—Volveré a Mabry’s Place andando. Ya no llueve, solo son quince minutos desde aquí y no habrá nadie en las calles para preguntarse qué hago sola merodeando por el centro de la ciudad. De todos modos, no creo que tarde en correrse la voz de que estuve en el club de Kinross en plena pelea y sin carabina —añadió por lo bajini—. Cuando una cree que su reputación no puede empeorar...

Verity observó a través de la ventana que un perplejo Harding trataba de girarse hacia su hermana a la espera de un desahogo más explícito, uno que involucrara golpes y blasfemias, pero

Rebecca se había cansado de luchar contra el mundo y había emprendido un paseo derrotado en dirección Eaton Square. No fue hasta que su figura había empezado a diluirse en el horizonte cuando Harding se humedeció los labios, resignado a obedecer sus deseos incluso si estos implicaban alejarse, y se dirigió a la portezuela que había dejado abierta.

La emocionada pero por una vez prudente Verity fue a bajar, pero Harding meneó la cabeza para impedírselo y fue quien, en su lugar, ocupó el asiento de Rebecca. Estaba tanto o más mojado que ella: se había echado hacia atrás el flequillo rubio, ahora varios tonos más oscuros, para despejar la frente, y nada más cerrar la puerta, se quitó la chaqueta helada con un suspiro aliviado y procedió a ahuecarse la camisa pegada al torso.

Verity estaba tan sobreexcitada por las confesiones de Rebecca y la inminencia de su compromiso que apenas se fijó en los relieves del pecho que la desmadejada prenda dejaba a la vista.

—¿Y mis padres? —se le ocurrió preguntar para acabar con el silencio.

—En el club, imagino. Se lo han tomado sospechosamente bien... —En tanto que se doblaba los puños de la camisa hasta el codo, le lanzó una miradita recelosa que en el fondo ocultaba un brillo travieso—. Vaya uno a saber qué diantres les dijiste antes de que comenzara la pretemporada.

—¿No los has oído antes? Les dije que ibas a ser mi marido.

Harding formuló una mueca de curiosidad enarcando las cejas.

—No me digas. Cuánta seguridad, señorita Burton… —murmuró, mirándola con unos ojos que brillaban como dos soles—. Veo que no la llamaba yo a usted «*Witch*» por nada. Si es cierto que mi hermana ha dado su bendición y para colmo fue capaz de adivinar su compromiso, debe de ser porque de verdad es capaz de obrar conjuros. ¿Qué ha ocurrido, si no es mucho preguntar?

—Eso quedará entre ella y yo —replicó, y se cruzó de brazos exagerando un aire de sospecha —. Aunque no deja de sorprenderme que haya dado su bendición a una petición matrimonial que a mí todavía no me ha llegado. ¿La puso por escrito y las interferencias del correo han hecho de las suyas?

—Precisamente he tardado unos minutos extra en llegar hasta aquí porque estaba transmitiéndole a su padre mis intenciones para con usted, señorita Burton. Hemos tratado muy por encima lo que puedo esperar de la novia como futura esposa y de las obligaciones a las que me habré de adherir.

—Y, aun así, sigo sin oír una propuesta formal. Se me antoja una broma macabra del destino que haya sido su hermana, entre todas las personas, la que me ha advertido de que estaba comprometida. Justo así me lo ha hecho saber, como quien lleva una carrera en la media y no se ha dado cuenta.

—Disculpe a la señorita Wargrave —respondió, reprimiendo la sonrisa traviesa para mantener el tono solemne de la conversación—. Tiene que mejorar el modo en que transmite las noticias.

—Lo que tiene que hacer es dejar de hablar por los demás y permitir que sean ellos quienes libren sus propias batallas. —Se inclinó hacia delante para sostenerle la mirada con los ojos entrecerrados—. ¿O tendré que usar mi magia para que se me declare, señor Wargrave? Porque algo sé sobre sortilegios, sí, pero si no he entendido mal lo que me ha hecho saber Rebecca, mi hechicería romántica no ha encontrado en usted a la víctima perfecta. Según parece, el honorable venía enamorado de casa.

—Yo no diría tanto —remoloneó, echando el codo por encima del mullido respaldo del asiento y cruzando el tobillo sobre la rodilla contraria. La miró a través de las pestañas, una vaga sonrisa tonteando con sus labios—. ¿Qué te ha dicho mi hermana?

—Que llevas un tiempo sabiendo que te casarás conmigo. Desde que me tocaste por primera vez, si quieres que sea específica. No es una conclusión a la que yo pudiera haber llegado sola —continuó, tirándose de un rizo, distraída—. Me extrañaba que el honorable Harding Wargrave se hubiese dejado llevar por sus bajas pasiones, algo de lo que jamás creí capaz a su rectísima señoría, pero más me extraña imaginarlo llevando a cabo un plan secreto de seducción.

Harding no solo no se defendió de la acusación, sino que se miró las uñas con desahogo.

—¿Le preocupa no ser la única manipuladora de los dos, señorita Burton?

Verity reprimió una risita.

—Me preocupa no llegar a entender sus motivaciones.

Harding rompió la postura informal y se encogió de hombros para enfrentarla por fin con la franqueza exigida.

—Sencillo. Pensé que verme obligado a pasar por la vicaría debido a un escándalo carnal, lo mismo que llevó a Nile al altar, ayudaría a Rebecca a comprender de una vez por todas que odia a quien una vez tanto quiso por una razón absurda. Creerme atrapado con usted le habría hecho revivir la pesadilla, sí, pero sintiéndose más inclinada a compadecer a los implicados. Con un poco de suerte, verse en una situación similar habría contribuido a sanar su herida. Por desgracia, su visita a Wargrave House arruinó el desenlace que tenía preparado... y que ya nunca conocerás. —Chasqueó la lengua.

—¿Y cuál es la razón por la que no me pusiste al corriente de lo que te proponías? ¿Creías que no lo iba a entender?

Harding compuso una mueca divertida que en realidad ocultaba la mayor solemnidad.

—No te lo dije porque lo mínimo que podía hacer para vengar a mi hermana era hacerte sufrir un poco con mi indecisión. Solo lo justo para que no te creyeras intocable. —Le guiñó un ojo—. Te adoro, criatura, pero la tortura a la que la has sometido no tiene nombre. Alguien debía hacerte pasar un pequeño infierno.

Verity fingió burlarse de sus objetivos con una mueca socarrona.

—Menuda falta de visión la suya si creía que me iba a escarmentar manteniéndome escondida en su alcoba, señor Wargrave. Me habría importado un bledo que no se casara conmigo siempre y cuando pudiera haberle tenido a mi disposición. A fin de cuentas, estaba escrito que tarde o temprano me pondrían los pies en la Tierra; «me bajarían el ego», como dicen por ahí.

Harding se cansó del tono ceremonioso de la conversación, y más todavía de la distancia que los separaba. En un abrir y cerrar de ojos, la había tomado por la cintura para sentarla sobre su regazo sin el menor género de vergüenza. Con la mano libre, tocó al techo del carruaje para que el cochero emprendiera la marcha.

—Estoy de acuerdo en que alguien habrá de hacerlo —le dijo al oído después de besarla en el borde de la barbilla—, pero ese hombre no seré yo. No puedo amarla, honrarla y respetarla y, al mismo tiempo, darle una lección..., ¿no?

Verity sonrió y guio las manos al cuello chafado de su camisa como la niña que, si no se entretenía jugando con algo, se aburría.

—¿No? ¿Y qué ha estado haciendo, si no, estas últimas semanas?

—¿Aparte de ponerla en su sitio? Yo diría que justo eso: amarla, honrarla y... más o menos respetarla —se rio, canallesco. Aprovechó que ella estaba distraída para doblarle la falda hacia arriba en busca de su piel aterida, que cubrió con una ardiente caricia—, pero si lo que pretende decirme es que no se ha sentido querida en absoluto, señorita Burton, empezaré a aplicarme poniéndole solución ahora mismo.

—¿Ahora mismo? —se sorprendió—. ¿En el carruaje?

—Tengo entendido que estaríamos recuperando una tradición familiar; por lo visto, en su día corría el rumor de que los Burton echaban pasión sobre ruedas.

—Sería una buena forma de comenzar nuestro compromiso —cabeceó con aire risueño y ahuecó su bello rostro con las manos antes de apoyar la frente contra la de él—, pero no sé si será suficiente para compensarme por haberme tenido con el alma en vilo.

Harding se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—No lo será, no..., pero menos mal que tenemos toda la vida por delante para resarcirnos.

El epílogo que en realidad es la boda

Los nervios que había estado sintiendo Harding hacia el día del casamiento no eran los de un novio corriente. Estaba más preocupado por cómo reaccionaría Rebecca a la presencia de determinados invitados que al desarrollo de la ceremonia, lo cual era una buena y una mala señal al mismo tiempo. Buena porque significaba que estaba convencido de que hacía lo correcto al casarse con la señorita Burton, y mala porque no terminaba de creerse lo que su hermana llevaba repitiéndole en tono cansino desde que se fechó la boda.

—No, no voy a sabotearla —le había respondido en deferencia a su pregunta, implícita en su gesto espantado o bien explícita.

Lo había jurado y perjurado en infinidad de ocasiones. Una vez lo hizo sin bajar el número del *Times* que estaba leyendo; otra, sin dejar de arreglarse la melena, que había probado a recogerse en un moño con ninguna otra ayuda que un lápiz atravesándolo, y así sucesivamente. Aun sabiendo que para asegurar la veracidad de su promesa había de tomársela con cierta solemnidad, nunca sacrificaba sus distracciones para sonar del todo comprometida. Harding había llegado a la conclusión de que lo hacía adrede para irritarlo, pero entonces ella alzaba la mirada y aclaraba:

—No permitiría que llegarais tan lejos para luego armar un escándalo. No soy tan perversa, y que lo pienses me ofende incluso más que tu elección de novia. Y eso ya es decir.

—Asistirán los condes de Haverford —le había tenido que recordar cada una de estas veces, por si acaso cometía la insensatez de olvidarlo. Y todas y cada una de esas veces, Rebecca se envaraba en contra de la decisión conciliadora que había tomado de forma consciente. Su cuerpo no terminaba de ponerse de acuerdo con su raciocinio y no desaprovechaba la oportunidad de proclamar pasivamente su descontento.

Pero terminaba forzándose a relajar los hombros.

—¿Qué esperas que haga? ¿Que los eche de la iglesia? Me limitaré a ignorarlos con muchísima elegancia.

Para la suerte de Rebecca y el alivio de Harding —aunque también para la vaga desgracia del segundo, que habría querido que su mejor amigo presenciara el intercambio de votos—, la condesa de Haverford había vuelto a quedarse embarazada y Nile no había querido arriesgar la vida de la criatura en formación sometiendo a la madre y al niño a un largo viaje de Bloom's Park, Cornualles, a Londres. Así pues, a la boda, que tendría lugar esa mañana, solo asistiría una de las enemigas de la señorita Wargrave: la novia.

Parecía sorprendentemente conforme con ello, si bien no perdía oportunidad de manifestar su opinión al respecto. Eso sí: procurando moderar el tono hacia el humor para no ofender a nadie.

—Me pregunto qué haréis en la noche de bodas si ya habéis adelantado todo lo que se puede hacer.

Verity había puesto los ojos en blanco.

—Te he oído, Rebecca.

—¡Me alegro! ¡Ese era el objetivo!

A partir del presente día, Harding, su nueva esposa y la señorita Wargrave vivirían en la mansión que había adquirido en el barrio de Mayfair con los ahorros de una vida entera administrando su futura hacienda y con apenas un exiguo porcentaje de la dote de Verity, que

ascendía a un número tan desorbitado que era una vulgaridad decirlo en voz alta.

Aunque le convenía temer el desenlace de la constante exposición de Rebecca al ingenio perverso de Verity, en el fondo estaba feliz de poder contar con la presencia de sus seres más queridos y sentía curiosidad por cómo se daría su vida conyugal. Todo apuntaba a que las dos habrían de lidiar la una con la otra hasta el día del Juicio Final, porque el señor Landon, al descubrir que su prometida había intentado fugarse a Gretna Green con nada menos que el canalla de Sonny Kinross, había retirado su propuesta con auténtico espanto y además se había encargado de que Rebecca Wargrave no fuera bienvenida nunca más en una sola fiesta de sociedad. Tanto se había indignado con el infame comportamiento de la que iba a ser su mujer que, en un arrebato, había informado a la Reina del Chisme de lo sucedido para que lo desgranara en una de sus columnas.

Para el asombro de Harding, a su hermana le había dado un ataque de risa al enterarse de que era portada en la revista de cotilleos. Ni siquiera al cabo de los días, cuando ya había procesado la noticia, se había mostrado entristecida en lo más lejano por su destierro definitivo.

—Lo que me pregunto es cómo diantres se enteró el señor Landon de aquello —fue su único apunte al respecto antes de dejar estar el asunto sin mencionarlo ni por casualidad, como si la pretemporada del año cuarenta y cinco jamás hubiera existido—. A lo mejor el señor y la señora Burton quisieron vengarse de mí por haberles soltado que su hija es ligerita de cascos.

—Pues no me extrañaría —había replicado Verity, con la que esa noche estaban compartiendo una opípara cena—. Mis padres son ambos vengativos hasta el absurdo. ¿Te he contado alguna vez cómo llegaron a casarse? La historia no tiene desperdicio; parece una obra de teatro shakesperiana, con sus vendettas bíblicas y sus apasionadas muestras de amor en los más sórdidos rincones de Londres.

—No me lo has contado, no, y tampoco me interesa saberlo —había respondido Rebecca, desviando la mirada.

No tardaría en levantarse de la mesa para reposar en sus aposentos.

Pero esa noche llamó a la puerta de la habitación de Harding y, en secreto, le rogó que le contara la historia en cuestión. Cuando, más adelante, el susodicho le confió a Verity que su hermana había disfrutado a lo grande del relato, la joven se rio, encantada, y le confesó que en el fondo se regocijaba con la dinámica entre los tres; parecía la hija de un matrimonio anterior, y ella, la malvada madrastra a la que no se dignaba ni a mirar.

—... pero que admira en secreto y con el tiempo acabará queriendo —se había asegurado de apostillar para apaciguar las preocupaciones de Harding.

Y él se lo había creído, porque milagros más grandes había atestiguado en las vidas de los demás. El amor no era algo que pudiera negarse y que sí era imposible disimular.

Nunca creyó que pudiera escogerlo a él, su soldado más receloso y cabal, para obrar sus milagros; para demostrarle a través de la experiencia que la felicidad de los enamorados era algo por lo que merecía la pena luchar, morir e incluso contrariar a Rebecca Wargrave. Qué fácil y llevadera resultaba la rutina cuando uno tenía la certeza de que el ser amado caminaba por el mundo y de que gozaba de la infinita suerte de ser igualmente querido. Era una dicha que le acompañaba allá donde fuera, haciendo más hermoso lo que veía y más interesante lo que escuchaba.

Harding era muy consciente de que el mal del despecho era más frecuente que el amor correspondido y celebraba su suerte a diario. Creía gozar de una ventaja abismal respecto del resto de hombres solo porque Verity, superior en todos los sentidos, lo había elegido a él.

Aquellos eran sus agradables pensamientos mientras terminaba de anudar el lazo del pañuelo

de cuello. El espejo le devolvía la imagen de un hombre satisfecho, un hombre que había alcanzado su plenitud y no tenía que hacer nada más para perseguir su felicidad. Esta había dejado ya de correr lejos de su alcance. Había permitido que la atrapase y, a partir de ese día, dormiría todas las noches con ella.

—Pareces un novio de verdad —oyó que le decían desde la puerta.

Rebecca se había recostado contra el marco para admirarlo con una mezcla de envidia sana e ilusión; ni rastro de la mueca ofendida que había estado aireando los últimos días, más por orgullo —no fuera a pensarse que empezaba a soportar a Verity desde que la halagaba de continuo— que porque sus sentimientos siguieran heridos.

—Tú pareces una reina —le devolvió el cumplido con el corazón en la mano, abarcando con un gesto su bonito vestido color agua.

Ella suspiró desde su posición y se frotó el brazo como si tuviera frío.

—Nunca pensé que te casarías antes que yo, ¿sabes? —reconoció, abochornada por lo que entendía como una falta de confianza imperdonable—. Nunca pensé que fueras a casarte, a secas. Es más... Creo que ni yo misma me planteé el matrimonio en serio; al menos, no como si fuera a materializarse algún día. Mi imaginación nunca me llevó más allá de la boda. Parecía que no pudiera concebir la vida matrimonial... En fin, no sé si me hago entender. Lo que quiero decir es que una parte de mí habría jurado que estaríamos solos tú y yo el resto de nuestras vidas.

—No habría estado mal —dijo, y hablaba en serio—. No nos habríamos aburrido.

Rebecca se miró las manos con el gesto torcido, como siempre que debía disculparse por cortesía aun cuando no creía que su interlocutor mereciera semejante deferencia. Harding supo de antemano que estaba a punto de decir algo con lo que no estaba del todo de acuerdo, pero que no era exactamente mentira.

—No, creo que no lo habríamos hecho. Pero con la señorita Burton nos aburriremos aún menos —logró decir al fin.

Aquella fue su gran claudicación, la escueta bienvenida que le dio a Verity a la familia..., si bien habiendo procurado que ella jamás llegara a enterarse.

Harding fue hacia su hermana y la envolvió en un abrazo de agradecimiento. Supo contener las lágrimas pese a la emoción pujante que llevaba apretándole en el pecho todo el día; no así Rebecca, a la que oyó sollozar con la cara enterrada en su hombro. Nunca lo admitiría en voz alta, y su hermano estaba conforme con que no lo hiciera, pero su llanto y la manera en que estaba afrontando el gran día indicaban que se arrepentía de haber tratado el futuro y la felicidad de su hermano como si de un juego sujeto a sus propias normas se tratara.

Todo aquel que no conocía en realidad a Verity se había sorprendido de que la muchacha renunciara al honor de pronunciar los sagrados votos en la catedral o alguna de las capillas de Londres que habían atestiguado la unión de figuras renombradas, como la de la reina y el príncipe Alberto. A Harding, en cambio, le parecía que casaba con su personalidad que hubiera optado por una ceremonia sencilla en el salón de Mabry’s Place.

Wit siempre había hecho ruido por diversión, por aburrimiento o por obligación, nunca porque quisiera llamar la atención de nadie; la atención la llamaba sin querer y, en todo caso, había quedado demostrado que solo había ansiado que Harding Wargrave levantara la vista. Los demás le sobraban.

El señor y la señora Connor, casados a espaldas del mundo la Navidad anterior; los Burton, como siempre cuchicheando en el oído del otro, ella con una sonrisita burlona que ofendía a los tipejos inseguros y él armado con su intimidante severidad; todas las herederas de Edison Swansea con sus maridos y respectivos hijos, que no eran pocos ni comedidos al comunicarse a

voces; Sonny Kinross, que esperaba el momento de la verdad con las manos entrelazadas sobre el regazo y erguido con el orgullo de haber sido, en gran medida, el artífice de la unión de los tortolitos; las maestras que habían contribuido a la formación de Verity o que, mejor dicho, habían intentado amoldarla a imagen y semejanza de la dama prudente sin mucho éxito: la señorita Vallans, la señorita Reeves, la señorita Lacraft. La inmensa mayoría de los invitados había acudido allí por ella, por su futura esposa. Lejos de entristecerse porque, como contrapartida, su padre no se hubiese planteado desoír el hecho de que no le hubiera extendido una invitación para asistir, se alegró de que Verity hubiera sido amada durante todo el tiempo que él había sido demasiado obtuso para apreciarla como era debido.

Se situó junto al sacerdote que oficiaría la boda, justo delante del asiento que ocupó Rebecca para no perder detalle de los votos y muy próximo al señor Kinross, que ni siquiera en su honorífico rol de testigo tuvo la gentileza de comportarse. Haciendo alarde de su conocido descaro, le guiñó un ojo a la honorable señorita Wargrave.

Como era comprensible de acuerdo a su forma de entender las relaciones —y esto era, con una marcada división entre seres odiados y seres amados—, Rebecca lo había proclamado su mayor enemigo por haber rehusado desposarla en Gretna Green. Como era más comprensible aún atendiendo al desahogo a veces ofensivo del aludido, Sonny actuaba como si no se diera cuenta de que había herido sus sentimientos y continuaba irritándola con sus galanterías.

Si no hubiera sido porque fue su hermana la que inició el acercamiento besándolo en pleno St James's, Harding habría tenido que pelearse a golpes con Sonny no solo ese día, sino en ese preciso instante por seguir tensando la cuerda.

Harding estaba planeando un modo contundente de escarmentar a su amigo cuando la señorita Burton hizo acto de presencia agarrada del brazo de su padre, que no había tardado ni un segundo en abandonar temporalmente a su esposa para hacer los honores.

Contuvo el aliento al recorrerla con una mirada ávida que hasta Kinross consideró inapropiada, o eso le transmitió al propinarle un codazo en el costado.

Pero Harding había olvidado dónde estaba y quiénes le rodeaban. Sus ojos se habían quedado prendados de la exuberante visión de tafetán blanco perla que avanzaba de manera inexorable hasta él.

Había oído de la boca de algunos hombres que el novio sudaba en el altar, que le atacaban las dudas de si estaría haciendo lo correcto; incluso que, en algunos casos, sentían el deseo de huir por piernas y sin mirar atrás. Algún que otro miserable lo había hecho sin pensar en las consecuencias. Pero Harding solo se sintió afortunado, y tal era su impaciencia por volver a quedarse a solas con ella que casi la arrancó de los brazos de su padre cuando llegó a su altura.

Harding la besó en los nudillos enguantados, un gesto romántico que no figuraba en el desglose de tareas del acto solemne. Verity se ruborizó de un modo delicioso que le hizo sentirse de nuevo un púber y se acordó de la primera vez que la vio enrojecer. Entonces estaban en Gunter's y él aún no podía creerse que la señorita Burton, entre todas las mujeres, se conmoviera con sus atenciones.

Cuando se calmaron las risitas enternecidas por la visible urgencia que tenían los novios por finiquitar un trámite odioso, el sacerdote tomó la palabra.

—Estamos todos aquí reunidos para celebrar la unión del honorable Harding Wargrave y de la joven a la que ha elegido para compartir el resto de sus días, la señorita Verity Burton.

Harding le sostuvo la mirada durante el transcurso de la introducción, el intercambio de alianzas y de las arras, y fue casi como si pudiera leer su pensamiento a lo largo de un proceso que se le antojó eterno. La conocida como Wit o Witty, *Witch* solo para él, sonrió con la

coquetería inherente a su carácter, le lanzó un guiño astuto y en un momento dado hasta la dominó la timidez haciéndola desviar la mirada hacia el suelo; en cuestión de cuarenta y cinco minutos, su pronto esposa fue todas las versiones de Verity que conocía y que amaba, y no perdió la oportunidad de expresarlo cuando, ya abordado todo formalismo, le tocó poner el broche de oro con su declaración.

—Mi madre me dijo una vez que el amor era el único tipo de sabiduría que se adquiría sin previo estudio y sin necesidad de experimentarlo físicamente, sino solo hacia dentro: uno de esos «conocimientos de las entrañas» —contó Harding en voz alta, pero, de algún modo, dirigiéndose a Witty en exclusiva—. Solía advertirme que yo reconocería a la mujer que se convertiría en mi esposa en cuanto la viera. Se olvidó de especificar que no la reconocería cuando la viera la primera vez, sino cuando me detuviese a mirarla en condiciones, cosa que no sucedió hasta tiempo después. La baronesa pensaba que su hijo mayor era más listo de lo que era en realidad. —Unas carcajadas divertidas se oyeron en el fondo— Sé exactamente cuándo decidí que eras tú, *Witch* —le confesó, sonriéndole con ternura—. Estaba oscuro, te tenía entre mis brazos y no estabas ni consciente ni inconsciente; te habías sumido en una agradable duermevela que me hizo preguntarme con qué soñabas. No en esa noche concreta, sino en cada momento.

—Y decidiste que, como soñaba solo contigo, te convenía que fuera yo —bromeó Verity.

La risa de la familia Swansea y descendientes volvió a llegar desde el fondo.

—Tu hija siempre ha sabido cómo matar la diversión —oyeron que le decía la señora Burton a su marido, quien no osó moverse ni pestañear, ni siquiera para dar a entender que la había escuchado, para no delatar la emoción que estaba a punto de hacerlo llorar.

Harding le sonrió y apretó sus manos.

—Me convenía, sí..., por la cuenta que me traía —apostilló, exagerando una mueca de pavor que siguió haciendo las delicias de los bromistas de la sala—. En vista de que lo mejor que se te ocurrió para conquistarme fue enemistarte con mi hermana, sabe Dios qué habrías hecho si no reaccionaba rápido. Quemar Londres como mínimo.

—Todos los ciudadanos del reino te deben un agradecimiento, pues... —Entrecerró los ojos, refulgentes de diversión—. Yo la primera, que se postra ante ti por haberle hecho el inmenso favor de prestarle atención.

—Pero si ha sido todo un placer, señora Wargrave. —Se inclinó sobre ella aprovechando que la tenía sujeta por los dedos y susurró—: Y seguirá siéndolo hasta el final de nuestros días... empezando por esta noche.

Mi apuesto aliado

MALOS PARTIDOS 4

Eleanor Rigby

Una novia frustrada.
Un soltero escurridizo.

Son pocos los casaderos honorables a los que una solterona en su cuarta temporada puede aspirar, y eso Rebecca Wargrave lo sabe mejor que nadie. Pero con tal de cerciorarse de que el caballero que representa su última esperanza es un hombre decente, llevará a cabo cuantas comprobaciones sean necesarias… Incluso si dichas comprobaciones la obligan a relacionarse con tipos de la peor calaña.

Dado que Sonny Kinross huye del compromiso y dirige un club de pugilismo, sería justo decir que es un tipo de la peor calaña. No obstante, aún le queda una chispa de caballerosidad; la suficiente para ofrecerse a ayudar a una dama en apuros… Siempre y cuando pueda cobrarse el pago que considere justo.

Una serie de aventuras por los bajos fondos londinenses es todo lo que Rebecca necesitará para darse cuenta de que acabar entre los brazos de un canalla no es lo peor que le podría pasar, como también lo que le bastará a Sonny para comprender que el cuerpo de la mujer que uno ama nunca es suficiente para satisfacer a un hombre enamorado.

Capítulo 1

Club social Strickland’s
Londres, Inglaterra
Marzo de 1846

—¿No ha engordado desde la última vez?

—Son los años, que no la favorecen. Veintiuno ha cumplido ya.

—¡Veintiuno! Yo, si fuera ella, aprovecharía que es la edad en que las mujeres recuperan el consentimiento y me fugaría a Gretna Green con cualquiera. ¡Con el cochero, incluso! ¡Así al menos estaría casada!

—Ni el cochero la querría con esos hombros tan estrechos.

—Y esas caderas tan anchas.

—Fíjate en sus brazos; ¡dos rollos de carne!

—¡Dos solomillos Wellington!

Algo así escuchó Rebecca Wargrave en cuanto cruzó las puertas doradas de Strickland’s, el novedoso club social que le había arrebatado el pedestal de grandeza y popularidad al legendario Almack’s. Claro que el miedo y la vergüenza habían encajado un intenso pitido en sus oídos y, siendo justos con la verdad, no habría podido oír un solo oprobio ni siquiera de haber llegado a pronunciarse. Aquel coro de voces malintencionadas provenían de nada menos que su cabeza, que insistía en conocer mejor que ella la mala baba de sus allegados e inventaba conversaciones que reflejaran su opinión de sí misma.

Rebecca se estaba esforzando por mantener la mirada en un punto fijo del fondo para no perder el equilibrio y, sobre todo, parecer segura de sus pasos. Temía distraerse con los frívolos parlamentos de los grupos de debutantes o de grandes caballeros. No habría soportado captar una mirada algo menos que cortés dirigida a ella o una mención a su nombre insertada en la clase de frase a medias que podría arruinarle la noche... o un poco más la vida.

No habría sido la primera vez que sucedía.

El mundo le había enseñado a no subestimar el poder de la palabra.

Aunque las viviendas nobles y clubes como Strickland’s mantenían tan caldeadas sus estancias que el aire era irrespirable, Rebecca había sacrificado su comodidad decantándose por una manga larga que ocultara sus dos solomillos Wellington. Había mandado coser en el interior de la prenda unas hombreras que disimularan la diferencia abismal entre la anchura del torso y las fértiles caderas que heredó de su difunta madre. Pero no podía hacer nada para aparentar que

aquella era su primera temporada y no el cuarto año que arrastraba sus cansados huesos de salón en salón, ya con la única esperanza de que no se burlaran de ella.

Si bien es cierto que sus sueños no siempre habían sido tan modestos. Hubo un tiempo en el que incluso creyó —*pobrecita*— que gozaría de las atenciones de un gallardo caballero.

Lanzó una mirada de ojos vidriosos a la congregación de muselinas blancas que acaparaba el interés masculino. Debutantes con diecisiete o dieciocho años recién cumplidos, armadas con abanicos de plumas de cisne y nada más salvo sus rubores juveniles, reían con la despreocupación de tener Londres a sus pies. Rebecca había sentido en más de una ocasión el impulso de abalanzarse sobre ellas como una embravecida lectora de la buena ventura para advertirles con ojos de loca, igual que si de una profecía se tratara, que no disponían de todo el tiempo del mundo; que habrían de aprovechar su belleza antes de que la edad se la echara a perder, llevándose consigo hasta la última de sus oportunidades de alcanzar la plenitud.

Señores de alta cuna y burgueses con fortunas que no podrían gastar en una sola vida alternaban plácidamente distribuidos sin orden ni concierto por el corazón de Strickland's. A estos no habría sabido qué decirles. Hacía años desde la última vez que Rebecca tuvo un moderado éxito conversando con un hombre en clave coqueta. En vista de que ya no le servía para nada, todo lo que pudiera haber aprendido para atraer a un posible marido había sido eliminado de su memoria en pro de la conservación de otra clase de habilidades. Como, por ejemplo, las que garantizaban su supervivencia en un entorno que, tras su estrepitoso fracaso, se había tornado hostil.

Era el primer año que un club distinto de Almack's era escogido para inaugurar la temporada londinense. El elegido había sido el deslumbrante palacete de cristales venecianos, candelabros de oro y techos con frescos de estilo renacentista que Cassius Strickland, el venerado benefactor de la ciudad, había levantado en Mount Street para deleite de las clases altas. Se había decidido de forma unánime que la nueva sensación de la capital merecía reconocimiento por sus innovaciones respecto del viejo Almack's. Allí no existían normas de etiqueta en cuanto al color de la vestimenta, que tan solo había de ser pulcra y elegante; no existían en el menú los alimentos prohibidos; se podía disfrutar del aire fresco gracias a los frondosos jardines que bordeaban la propiedad y cada semana se publicaba en las mejores revistas y periódicos una pormenorizada descripción de las actividades que realizarían a lo largo del fin de semana, desde espectáculos de bailarinas de ballet traídas de Italia para la ocasión hasta fuegos de artificio, pasando por pantagruélicos banquetes de platos exóticos que ni siquiera los más viajeros habrían probado o siquiera visto jamás.

Rebecca habría disfrutado de lo lindo de las propuestas ociosas de Strickland's si no se hubiera convertido en una mujer imposible de impresionar. Lo único que de un tiempo a esa parte lograba despertar su corazón de la hibernación, que no descongelarlo y ni mucho menos

conmoverlo, era quitarse los zapatos nada más llegar a su habitación después de una larga noche de pie.

Estaba deseando regresar a casa, deslizarse bajo las sábanas con olor a lavanda y doblar y estirar los deditos hasta que hubieran recuperado la sensibilidad. Por fortuna, nadie sabía que, además de las caderas, tenía los empeines muy anchos y no existían escarpines o zapatitos que no le apretaran.

Pese a todo, cruzó el salón con la barbilla alta y reconoció con discretos saludos la presencia de algunos de sus conocidos, que no de todos... porque no todos le devolvían la cortesía.

No podía decirse que Rebecca hubiera saboreado una vida social ajetreada en su debut, pero con el paso de los años había ido observando, impotente, cómo su de por sí reducido círculo se cerraba cada vez más. En cuanto se casaron, sus compañeras de la escuela de señoritas le habían negado el saludo, preocupadas por si las contagiaba con su mala suerte. Y de cara a los solteros que al principio la rondaban como plan secundario por si fracasaban cortejando a su prioridad, la inmensa mayoría había terminado escogiendo a alguna de las tres o cuatro opciones que había por encima o incluso por debajo de ella.

Después de pasar por la vicaría, nunca más se supo de los susodichos.

«¡Y ni falta que me hace!», rugía Rebecca para sus adentros. Porque algo debía saberse sobre la honorable señorita Wargrave, y es que por más que pudieran faltarle la juventud, la belleza, los pretendientes, la esperanza y la pasión, había algo que jamás la abandonaría, algo que siempre había sido y que siempre sería su faro guía: no estaría sola mientras le quedara su orgullo. Aun magullado por los reveses de la vida y las puñaladas traicioneras de enemigos, amigos e incluso familiares, seguía alzándose sobre su cabeza como la estrella que iluminaba los caminos más oscuros.

Eran su orgullo, ella... y quizá alguien más: Harding Wargrave. O, en otras palabras, el hombre que había abandonado a su espalda la copa de champán con una premura sospechosa para dirigirse a su hermana. Ver a Harding abrirse camino entre la hostilidad y el prejuicio que impregnaba aquellas galas era para ella como presenciar la apertura de los océanos a manos del golpe de cayado de Moisés.

—Becks —jadeó, casi sin aliento, al llegar a su altura. Le puso las manos sobre los hombros —. Hay algo que debo decirte.

«A ver si adivino... ¿Te vas a acostar con otra de mis enemigas?», estuvo a punto de responder de mal humor. Suerte que había aprendido a reprimir sus impulsos agresivos, siempre en detrimento de un desahogo que anhelaba más que ninguna otra cosa. Si no se hubiera tratado de su hermano del alma, sin duda le habría arruinado la noche con una fresca, ¡y con gran placer! Pero más allá de que no quisiera herir los sentimientos de Harding proclamando que seguía ardida por su elección de esposa —y más aún por el modo en que se había dado la apresurada

boda—, sabía que ninguna mofa o pulla surtiría efecto. El señor y la señora Wargrave llevaban casados cinco meses, y, por lo que estaba descubriendo Rebecca —eso y otras muchas curiosidades acerca del matrimonio, todo había que decirlo—, ese periodo de tiempo no bastaba para sofocar la ilusión efervescente de la luna de miel.

Aunque empezaba a temer que dicha efervescencia no se extinguiera nunca.

—¿De qué se trata?

—De Strickland.

Valoró la reacción de su hermana escudriñando su rostro impertérrito.

—¿Strickland? ¿Ese Strickland? ¿El que posee todo cuanto alcanza a la vista?

Lanzó una mirada apreciativa a los altos techos, desde los que la saludaron bellos querubines y dioses mitológicos engendrados por la talentosa mano de un artista. La obra de pintura al temple quedaba rematada por una hilera de lámparas de araña.

—Así es.

Una sonrisa maliciosa curvó los labios de Rebecca. Se habría frotado las manos si no le hubiese parecido de una teatralidad excesiva, además de maleducado.

—¿Acaso tienes algún jugoso cotilleo que contarme sobre el hombre más misterioso de la ciudad? ¡Ni la mismísima Reina del Chisme ha logrado averiguar algo sobre él!

—Pues sospecho que, esta semana, Su Chismosísima Majestad romperá su silencio por primera vez a este efecto, porque ya empieza a correrse la voz de lo que el caballero en persona me ha transmitido hace veinte minutos: que ha elegido esposa.

Rebecca se miró el borde de las uñas más por acto reflejo que por desinterés, acostumbrada a fingir que nada le importaba. Pero de un tiempo a esa parte, lo único que suscitaba su curiosidad y la hacía regodearse eran los cotilleos sobre las misteriosas vidas de sus allegados.

Y nadie había más misterioso que el señor Strickland.

—¿Ah, sí?

—Me ha pedido permiso para cortejarte con intenciones no menos que honorables.

Harding hizo bien al mantener un semblante neutro. Debía de saber que, contra todo pronóstico, una felicitación le habría caído a la muchacha como un jarro de agua fría.

Tan solo unos meses atrás, Rebecca habría saltado de alegría y habría cubierto de besos el rostro de su hermano. Pero si la experiencia no era la madre de la ciencia, al menos era la prima-hermana de la sabiduría, y las recientes vivencias le habían enseñado a la joven Wargrave a desconfiar de las buenas nuevas.

—¿Ha utilizado esas palabras exactas o algo muy fácil de malinterpretar? A lo mejor te ha dicho «encuentro a su hermana de lo más asquerosa» y tú, que tan buen corazón tienes, has entendido «suntuosa».

—¿Cómo iba yo a confundir las palabras «asquerosa» y «suntuosa», que guardan poca o

ninguna relación? ¿Y qué clase de halago sería decirle a una mujer que es «suntuosa»?

—Quién sabe. —Se encogió de hombros, distante—. Como últimamente andas en la parra del amor, no me extrañaría tu confusión. Ayer te estaba contando lo que la Reina del Chisme ha explicitado acerca de las aventuras románticas de lady Jersey y tú solo levantaste la cabeza para preguntarme por qué tengo tanto interés en la ciudad de Nueva Jersey.

Harding sacudió la cabeza para librarse de un acceso de perplejidad.

—Te estoy diciendo que Cassius Strickland, el hombre más rico y generoso de Londres y, según algunas señoritas, el más atractivo, quiere pedir tu mano, ¿y tú me sales con Nueva Jersey?

Rebecca se cruzó de brazos con los ojos entornados por la sospecha.

—Sabemos que el señor Strickland es atractivo y rico, pero ¿qué hay de su sentido del humor? ¿Nos consta que tienda a gastar bromas pesadas como la que estás insinuando?

—En lo absoluto. Es el caballero más regio con el que he tenido el gusto de tratar.

—¿Olía a alcohol cuando te ha transmitido la feliz noticia?

Con toda probabilidad, Harding abrió la boca para espetarle que se dejara de cinismos y se centrara en celebrar la gloriosa oportunidad. Tuvo que recordar a tiempo que Rebecca estaba en su derecho de desconfiar, porque al final solo suspiró.

—No, Becks, no olía a alcohol.

—¿Ni a ponche?

—El ponche no altera ni el sentido de la realidad ni la razón de un hombre.

—¿Y qué vas a decir ahora? ¿Que lo que la altera es el amor, como el amor que Strickland siente por mí y que, en un movimiento tan autodestructivo como descuidar al rey en una partida de ajedrez, le ha llevado a rogar por mi mano en matrimonio?

—Todavía no he rogado —intervino una melodiosa voz a su espalda con un ligero acento galés—, pero parece que tendré que hacerlo para que se me tome en serio.

Mucho antes habría asociado su forma de hablar a un paciente y concienzudo maestro de una materia artística que a un hombre frívolo y que nadaba en la abundancia. Quizá fuera eso lo que hacía la voz del señor Strickland distinguible a primera escucha: que no casaba con su postura más bien distante y su expresión siempre aséptica. Recordaba haber oído en un paseo al tocador que las invitadas comentaban entre risas, y no sin razones, que el señor Strickland organizaba tres fiestas cada fin de semana con la esperanza de que alguna le divirtiera.

Huelga decir que siempre era en vano. Fuera lo que fuese que pudiera hacer feliz a aquel hombre innegablemente majestuoso, no quedaba al alcance de los vivos.

Rebecca se giró hacia él cuando logró componer una expresión de moderada simpatía..., que no de total y rotunda simpatía, no fuera a ser que, al final, el tipejo estuviera burlándose de su sensibilidad con la propuesta y ella le hubiera otorgado de manera inmerecida el valioso regalo de su amabilidad.

«Tipejo no es la palabra apropiada, aun así», pensó, molesta por no poder achacarle alguno de sus insultos predilectos. No era un pomposo, ni un petimetre, ni un palomino, ni un idiota, ni un canalla, ni nada que figurase en su amplio vocabulario, estudiado y profundizado para abarcar la distinta variedad de memos y sus memeces con los que lidiaba a diario.

Por un momento, Rebecca se sintió intimidada por no saber qué adjetivo emplear. Era de la opinión de que se podía englobar el carácter de un individuo con una sola palabra, tal era el poder y sobre todo la precisión del lenguaje. Pero Cassius Strickland, erguido sobre su metro noventa de estatura y elegante en el refugio armado de su impecable frac, no era nada distinto de un caballero.

Y, sin embargo, ese seguía sin ser el término que le describía.

Un sobrenombre con el que las mujeres habían acordado abarcar su belleza era «el hombre dorado», referencia a sus ojos ambarinos, su piel bruñida y su cabello como el oro viejo.

A Rebecca nunca le habían gustado los rubios.

Ahora no le gustaba la gente en general.

No le gustaba nada.

—No se me ocurriría hacer que un caballero se rebajara hasta el punto de suplicar, señor Strickland —le contestó con la clase de naturalidad que solo era posible cuando no se proyectaba la menor expectativa en la compañía o la conversación—. Una fiesta magnífica, por cierto.

—¿Lo es? —Enarcó una ceja, y con solo cuatro letras resumió el aburrimiento, el desdén, la angustia y el deseo de marcharse de Rebecca.

Suerte que no hubo juicio en su réplica. Tan solo la amable petición de que no le tomara por imbécil.

Algo por lo que también era conocido su señoría era su parquedad. Tenía un don para acotar con el menor número de palabras un mensaje que para otras mentes sería imposible trasladar si no era mediante un discurso saturado.

Este era un rasgo que Rebecca podía imaginarse admirando de él.

—Por supuesto.

—Pues parece acalorada. —Lanzó una mirada a sus mangas largas—. Quizá, con el permiso de su hermano, podría interesarla en un paseo bajo las estrellas.

Cabeceó hacia Harding en un gesto deferente que el susodicho valoró positivamente a la hora de dar su beneplácito.

Esto Rebecca no lo había sabido hasta entonces: Cassius poseía un talento innato para desproveer de romanticismo frases que en otra boca habrían sonado cuanto menos sugerentes.

¿Un paseo bajo las estrellas? Con esa voz átona, cualquiera habría dicho que la estaba invitando a caminar sobre brasas ardiendo.

No dudó en aceptar el brazo que le tendió, sin embargo. Estaba intrigada por su repentino

interés, y, lo que era más, deseosa de que delatase tener un plan perverso para destruirla. De este modo podría desquitarse con él profiriendo los peores vituperios, la que en los últimos tiempos se había convertido en su afición predilecta.

Sintió un cosquilleo interno anticipando la escena. Rebecca desenmascararía sus intenciones en teoría honorables en cuanto cometiera un descuido, a lo que Cassius alegaría estar muy aburrido o bien haber apostado con sus amistades que la conquistaría —y no lo diría en su defensa, sino para hacerle más daño—.

Entonces, ella estaría legitimada para abofetearlo.

Una de las primeras normas decorosas que le inculcaban a una señorita era el saber estar. Rebecca, como enamorada de la lengua que era, había decidido que el antónimo de «saber estar» era abofetear. Pero desde que lo había probado con la cara —una cara muy dura— de su cuñada, no había dejado de soñar con la ocasión de repetirlo.

Miró de soslayo el apolíneo perfil de Cassius y contuvo un suspiro de lástima hacia sí misma al no hallar el menor indicio de maldad.

Nada apuntaba a que esa noche fuera a propinar la siguiente bofetada.

Si un entendido de jardinería observara el resultado de la floresta exterior de Strickland's, diría que un especialista había propuesto un diseño paisajístico inspirado en las influencias románticas del resto de Europa para construir un edén de ensueño en el corazón de Londres. Una humilde jovencita como ella, en cambio, juraría que el señor Strickland se había limitado a dejar crecer en libertad todas las plantas, que, ya fuera por casualidad o por intervención divina, habían encontrado el modo de lograr un efecto ordenado. Y es que el jardín del club era tan hermoso que nadie habría dicho que la mano humana hubiera intervenido.

La pareja tomó el serpenteante sendero que llevaba a un banco discretamente refugiado bajo las ramas de un abedul. De no haber sido por la presencia de los farolillos, ubicados de manera que no quedara un solo rincón sin iluminar —una decisión consciente y preventiva para evitar encuentros románticos entre amantes—, la noche lo habría devorado todo.

Incluso el punto de luz dorada que era Cassius Strickland.

Fue el primero y único en tomar asiento con cierto cansancio.

No era peligroso que un hombre y una mujer en edad de amar se quedaran a solas allí. Entre otras cosas, porque había parejas, grupos de amigas y señores paseando por las proximidades y hablando lo bastante alto para hacerse notar. Además, Cassius se curaba en salud contratando a nobles carabinas para que ocuparan espacios apartados a lo largo y ancho del jardín y desde allí vigilaran los comportamientos de los invitados.

Rebecca estaba preparándose para ir al grano cuando observó que el caballero se fijaba en su vestido y esbozaba una sonrisa lejana. Había apoyado las manos en los muslos y encogido los hombros para inclinarse hacia delante, una postura del todo informal, incluso de derrota, que en

un hombre de su altura y elegancia llamaba la atención. Le hacía parecer triste, y la tristeza era una emoción que nadie se atrevía a exhibir en público.

—Siempre me ha gustado el color lila en las mujeres.

—¿Tanto como para ocurrírsele la descabellada idea de pedirme matrimonio en el acto?

—Siendo precisos, solo he pedido permiso para cortejarla.

—Cortejarme para casarnos, supongo —completó ella—, no para que le cuente el secreto de quién me ha cosido el vestido lila que tanto le gusta. Se lo debo a la señora Robertson, por cierto; una de las mejores modistas de la capital.

La sonrisa de Cassius, que parecía traída de otros tiempos más felices o solo más sencillos, adquirió un tinte actual, casi como si se hallara presente en el momento. *Casi*.

Al menos le hizo saber que la encontraba divertida.

Recuperó la postura enderezando la espalda y se frotó las manos.

—Nunca le he pedido matrimonio a nadie, señorita Wargrave, pero algo me dice que ninguna otra mujer habría reaccionado exigiendo conocer el porqué de mi decisión.

—Le aseguro que, si me hubieran rechazado solo una, no le habría pedido explicaciones. Habría dado por sentado que me encuentra deseable y respetable, pero nadie defiende esa opinión sobre una joven con mi reputación. Por si no se hubiera enterado aún, soy la única mujer en el mundo a la que han rechazado ya dos veces.

Cassius le sostuvo la mirada. No en una guerra abierta, el matiz con el que Rebecca solía sostener la mirada de otros, sino intrigado con la violencia que subyacía en su tono.

—El mundo es muy grande —se limitó a responder con expresión amable—, pero sí, puede que no haya dos como usted.

—¿Se está burlando de mí?

Cassius inspiró ruidosamente de pronto. «Por fin vamos a entrar en materia», pareció decir al cruzar las piernas con lentitud, poniéndose cómodo de cara al inminente interrogatorio.

—¿Por qué debería burlarme de usted?

—Porque el mismo día de mi debut, alrededor de tres horas después de presentarle mis respetos a la reina Victoria, el que se había deducido que era mi prometido fue cazado en una postura comprometida con otra mujer. Porque mi padre, el barón, se casó de nuevo hace años y desde entonces paso las Navidades en la escuela de señoritas de lady Mabry, sola. Porque el señor Landon, que pidió mi mano el año pasado, retiró su oferta en cuanto supo que me había besuqueado en pleno St James con un reputado canalla. Y ya a título personal —añadió—, también debería burlarse de mí porque Verity Burton es mi cuñada, pero si bien me parece lo peor con diferencia, estoy al corriente de que no todo el mundo me apoyará en esto.

Cassius la había estado escuchando tan concentrado que la arruga de las solemnidades había aflorado en una frente por lo demás despejada. Si no le engañaba la memoria, y no podía

engañarle porque lo único que hacía en su tiempo libre era repasar la información que conocía de otros, buscando el punto débil para cuando debiera devolverles un desaire, el señor Strickland había cumplido treinta y cuatro años ese enero.

Aparentaba esos y muchos más, pero no en un sentido físico. Encontraba la sabiduría de los viejos en sus ojos cada vez que lo miraba, y no se podía hacer otra cosa con él salvo mirarlo, porque no rehuía la vista. Era directo y franco, como un disparo al blanco.

—¿Qué hay de malo en que pase las Navidades sola? —fue lo único que preguntó.

—Por lo general, señor Strickland, a los hombres no les gustan las mujeres sin conexiones de alto abolengo.

—Usted tiene conexiones de alto abolengo.

—Reformularé: mujeres a las que las conexiones de alto abolengo que tienen no les hacen ningún caso —se corrigió, y no sin amargura.

Era la sensación que la embargaba cada vez que pensaba en el barón.

—¿Qué culpa tendrá usted de que su padre no la invite a cenar por Navidad?

—Dejémoslo en que los solteros prefieren no desposar a una joven que mantiene una relación bastante perjudicada con quien gestiona el dinero de su dote. Ya sabe —abarcó el peor escenario posible para un cazafortunas con un aspaviento—, por si después de pronunciar los votos no cobrase.

—No me preocupa el dinero.

—¿Tampoco la reputación? —contraatacó sin más, contagiada ya de su parquedad.

Cassius dejó correr un breve silencio.

Llevaba haciéndolo toda la conversación, se percató Rebecca. Nunca respondía sin pararse a pensar primero.

—De acuerdo a la ley del más fuerte, se conoce que los peces grandes fagocitan los pequeños. Yo tengo una reputación rotundamente impecable; ese es el pez grande de la historia. Su personalidad ha sufrido el revés de algún que otro rumor, sí, pero sigue siendo el pez pequeño. Si nos casáramos, yo limpiaría su nombre antes de que usted ensuciara el mío.

—No es ningún rumor que besé a Sonny Kinross en St James, señor Strickland. Es una verdad flagrante. Humillante, también —cabeceó con un suspiro de resignación. No era la primera vez que se preguntaba en qué diablos estaba pensando cuando permitió que aquello sucediera—, pero no lo voy a negar.

«¡Para una historia en la que no soy yo la víctima!».

—¿Lo besó porque lo ama o porque pretenda casarse con él?

Rebecca abrió mucho los ojos.

—Dios me libre.

—Entonces no veo el problema. Yo también he besado a alguien. No a Sonny Kinross, y

ciertamente no en St James, pero porque no tengo el gusto de hacer mis necesidades a plena vista. Soy un tipo introvertido, ¿sabe?

Ella pestañeó varias veces seguidas.

—Ahora sí se está burlando de mí, ¿verdad?

La expresión de Cassius no cambió un ápice salvo por un brillo en los ojos.

—Un poco.

En lugar de ponerse a la defensiva, como era su costumbre, Rebecca relajó los hombros. Era la primera vez que alguien se quedaba con ella de un modo amistoso, como solo bromeaban dos camaradas agarrados por los hombros en las puertas de una taberna.

Esta vez fue su turno de contemplarlo en un silencio reflexivo.

—Imagino que necesita una esposa y por eso pretende cortejarme. Pero ¿por qué yo? ¿Por qué ahora? Lleva años viéndome pasear por sus salones y por los de otros, señor Strickland. No irá a decirme que ha estado amándome en secreto desde que aparecí ante sus ojos.

—¿No lo cree loable?

—No —respondió sin el menor género de duda.

Cassius tuvo la prudencia de no preguntar por qué; si se debía a que no le veía a él capaz de albergar sentimientos románticos o si era a sí misma a la que no creía digna de afecto, menos aún del silencioso y apasionado que se prolongaba en el tiempo.

Pero esta duda surcó su pensamiento. Lo vio en la leve alteración de su semblante.

Se puso de pie y se acercó con las manos en los bolsillos, una postura a priori descuidada, pero que en él parecía nostálgica.

—Me toca indagar a mí. ¿Por qué tanta resistencia y tan poca ilusión? ¿No quiere casarse?

Rebecca se quedó impactada.

—Esa no es una pregunta que se le haga a una dama, señor Strickland —expresó sin apartar de él la vista.

Escarmentado pero no por ello afligido, Cassius contestó.

—¿He cruzado algún límite infranqueable pretendiendo ahondar en sus sentimientos?

—No lo digo porque haya pecado de indiscreto, sino porque plantearle el matrimonio a una joven como una opción es el equivalente a sugerir que puede elegir si sangrar cada mes, con perdón por la escandalosa comparativa. En ambos casos se habla de un hecho inamovible e inherente a lo femenino del que no puede escapar ninguna criatura en todo el globo, y, si lo hace, si deja de menstruar o permanece soltera de por vida, entonces pierde su condición de mujer a ojos del resto y es condenada al ostracismo.

—Como ve, en mis manos no hay ni soga, ni mazo —le mostró las palmas desnudas en una humilde pose de entrega—. Ni puedo ni quiero condenarla a nada que no esté en sus planes; de ahí que me interese averiguar de qué destino escogido estamos hablando cuando hablamos de

usted.

Cassius no había pretendido encerrarla en un callejón sin salida, comprendió. Esperaba una respuesta sincera con la misma expresión que si le hubiese preguntado qué postre francés prefería, si el *soufflé* de nata o el *vol-au-vent.*

Aunque la sola idea de planteárselo la hacía retorcerse las manos en el regazo, nerviosa, aceptó meditarlo.

Solo porque, por primera vez, alguien amable la había invitado a hacerlo.

Capítulo 2

Por alguna razón, Rebecca sentía que estaba en compañía de un hombre del que podía fiarse. Nunca antes le había sucedido nada parecido, ni siquiera en esos primeros años de ingenuidad en los que aún era la niña de los ojos de su padre y tenía toda la juventud y las oportunidades por delante. Por lo general, el género dominante no le suscitaba la menor confianza, a lo mejor porque había asumido, ya en la tierna infancia, que era en manos masculinas donde recaería el poder de hacerla feliz o profundamente desgraciada.

Rebecca nunca se había atrevido a subestimar la influencia de los hombres. Sobre todo en lo que refería a la vida de una mujer.

Acabó suspirando, aunque todavía seguía tensa por cuánto la había sorprendido la pregunta. Se dirigió al banco ahora vacío para sentarse. Cuando terminó de acomodar los pliegues de la falda violeta y descansó las manos sobre el regazo, dijo con voz clara:

—Si le soy sincera, señor Strickland, no me concibo casada.

—¿Por falta de interés o por falta de imaginación?

—Puede que se trate de lo segundo; como a todas, siempre me ha faltado información al respecto como para pintar un cuadro realista de la situación conyugal... Aunque me da la sensación de que empiezo a ponerle remedio. —Viendo que Cassius se la quedaba mirando, cómodo en la espera de su explicación, Rebecca prosiguió—: Convivir con un par de enamorados está resultando... —dejó la frase en el aire hasta dar con el término adecuado— iluminador. La única referencia de matrimonio que había tenido hasta la boda de mi hermano habían sido mis padres, y mi madre falleció cuando yo aún era una niña. Apenas albergaba vagos recuerdos de la idiosincrasia de su relación.

—Los Wargrave son un matrimonio inusual —fue lo único que dijo Cassius.

Su extremada prudencia le hizo sonreír.

—Cuanto menos, sí.

Entrelazó los dedos sin apartar del pensamiento las anécdotas más recientes.

Los días posteriores a la boda, Rebecca pudo ponerse cómoda y relajarse a solas en la nueva mansión que su hermano había adquirido para que vivieran los tres; la pareja se había marchado al sur de Inglaterra para disfrutar de una gloriosa luna de miel cuyo itinerario contemplaba la visita de destinos tan populares como Bath, Brighton y Oxford.

Mientras su hermano y la señorita Burton —«Verity, solo Verity o señora Wargrave», se corrigió con hastío— visitaban las aguas termales o disfrutaban de los mejores pasteles de

Connie’s Delicatessen, Rebecca se refocilaba en su mala suerte y su infelicidad por los rincones de la casa de Mayfair, temiendo el regreso de los enamorados y las escenas de complicidad que habría de atestiguar durante el resto de su vida como la infame tercera en discordia.

Para su asombro, hallarse en medio de los futuros barones no había sido tan terrible. Era uno de los rasgos positivos de ser profundamente pesimista; que, al ponerse en el peor de los supuestos, casi siempre se llevaba sorpresas gratas. No le molestó en ningún momento ver a su hermano beber los vientos de forma abierta y sincera por su esposa, y desde luego que no le importó que Verity lo correspondiera mediante demostraciones de afecto físico o reafirmaciones verbales. Opinaba que una veneración total y absoluta era lo mínimo que merecía Harding, y muy en el fondo celebraba que hubiera ido a parar con una mujer que vivía fascinada con su sola existencia.

Seguía odiando a Verity. Eso era inmutable. Pero, para su espanto, sentía cómo ese desprecio se sosegaba cada vez que cazaba al matrimonio susurrándose secretos amorosos al oído; cuando se encontraba con ella en el pasillo bien entrada la noche y veía que se dirigía al despacho de Harding para servirle una taza de café, fiel a su obligación de cuidarle y de respetar sus rigurosos rituales; cuando, desde la a veces insoportable soledad de su habitación, los oía reírse en voz baja como dos niños contándose las nuevas palabras malsonantes que habían aprendido.

—Hasta la boda —confesó ella—, yo solo había tenido como referencia matrimonial las historias para no dormir que me contaban algunas conocidas o, peor, que leía en la columna de Reina del Chisme. ¿La conoce?

—No la leo con religiosidad, pero sí, claro.

—A menudo ejerce un papel más propio de un héroe que de una alcahueta —continuó con una pequeña sonrisa admirada—. Insinúa que a esta o aquella dama le llueven los golpes en casa, que padece numerosas noches de insomnio sujetando la cabeza de un marido borracho o tolera estoicamente sus infidelidades.

—Es como para guardarle respeto a la institución matrimonial —convino él con tiento.

—Y, aun así, yo siempre he querido casarme porque opino que es mejor tener un esposo fornicario o bebedor que no tenerlo en absoluto —admitió con amargura—. Después de haber vivido lo que he vivido, una traición carnal se me antoja más llevadera que la vida de solterona.

—Intuyo un «pero».

—Pero ahora que he contemplado a una pareja de enamorados en su hábitat natural —prosiguió ella, agradeciéndole a Cassius su perspicacia con un guiño naturalmente cómplice—, comprendo que mediante casamiento es posible no solo aliviar la sensación de haber fracasado como mujer, sino encontrar en el compañero la alegría de vivir.

Mucho se temía que Verity no había hecho sino darle una razón más para despreciarla: por su culpa, Rebecca debía reprimir a diario otro anhelo imposible, porque sus locas fantasías ya no

solo configuraban una boda con todo género de detalles, sino ser amada con devoción. No le quedó otro remedio que trasladar a Cassius Strickland un odio similar por haber hecho aflorar en ella un deseo irrealizable y que solo se sentía cómoda admitiendo en la intimidad de su dormitorio, cuando nadie podía verla llorar.

—No me opongo al matrimonio —concluyó al fin con más aspereza de la cuenta—, pero solo me lo creeré cuando lo vea, señor Strickland.

—Si lo que quiere es una prueba de mi interés, puedo empezar invitándola a dar un paseo en calesa por Hyde Park.

Rebecca se imaginó a sí misma apretando los labios, como siempre que la situación le impedía apretar los labios físicamente pero necesitaba desahogarse.

Se preguntó si estaba preparada para volver a pasar por el mismo y tedioso lance. Ya se había visto ahí antes. Cierto era que tanto las maestras de la escuela de señoritas donde llevaba años puliendo sus modales como las debutantes que bailaban ahora su primer vals en el salón opinarían que el cortejo breve y más bien torpe de dos hombres era insuficiente para cansarla, no se dijera ya matar del todo su interés por el matrimonio. Pero si ya fue trágico perder a su primer casi prometido a manos de otra, y de un modo tan humillante, el rechazo del segundo caballero, que precisamente porque no le había importado un ápice fue el doble de vergonzoso, había terminado por desvincular sus emociones de la nobilísima tarea de hallar esposo.

Miró de nuevo a Cassius.

Permanecía de pie ante ella, esperando su verdad con inusitada paciencia.

Todos los hombres importantes con los que había tratado solían caminar con prisa de una citación a otra, siempre consultando su reloj de bolsillo casi por acto reflejo. El señor Strickland debía de ser el único en su especie al que no le importaba perder el tiempo.

No tenía que preguntarle qué clase de matrimonio le esperaría con él. Saltaba a la vista que sería respetuoso. Por supuesto, había hombres que engañaban con su actitud y no era hasta que se les conocía en la intimidad de sus casas que se descubría su verdadero talante, pero dudaba que Cassius Strickland fuera en el fondo un hombre violento.

Ya que no la dejaban participar en la diversión general, Rebecca había pasado los últimos tres años limitándose a observar. Esto le había permitido desarrollar un sexto sentido a la hora de juzgar el carácter ajeno, y rara vez cometía errores.

—Hágame saber mediante nota cuándo y a qué hora le gustaría verme —dijo al cabo de un rato, y se levantó para dar por concluida la conversación.

Cassius esbozó una sonrisa, más de agradecimiento que de victoria, y en ningún caso de oreja a oreja. Algo debía pesarle, ya fueran las responsabilidades, los años de soledad o una pena secreta, porque por bien que se le diera disimular en beneficio de la corrección, al final se le acababa notando el cansancio existencial.

Rebecca le tendió la mano a la espera del beso que sellaría la despedida temporal. Cassius aceptó sus dedos enguantados y le acarició los nudillos con los labios. Esa vez no esperó que su corazón se agitara con el contacto, como había rogado por que sucediera justo después de perder su oportunidad con el único hombre al que había amado.

Ya no esperaba nada; emocionarse lo que menos.

Pero sentía intriga, y eso ya era algo.

Cassius se enderezó y soltó su mano. No se marchó enseguida, aun así. Se la quedó mirando a sus anchas con la cabeza ladeada.

El rastro de la sonrisa aliviada de antes había adquirido un tinte nostálgico.

—Siempre me han gustado las rubias —murmuró para sí, y se tomó la libertad de regalarle una caricia distraída a uno de los bucles que le enmarcaban la cara—. Sobre todo las que dicen lo que piensan.

Recobró la compostura con una profunda inspiración y, tras enterrar las manos en los bolsillos, se despidió de ella dejándola sola en el jardín.

Rebecca se quedó perpleja, no supo si por su apasionada confesión o por el insólito hecho de que no le hubiera ofrecido el brazo para regresar. ¿Qué pensarían los que los habían visto salir juntos? Que la honorable señorita Wargrave no había sabido comportarse y el señor Strickland había huido en desbandada, seguro.

Se rascó la nuca, todavía extrañada por la noticia de su interés, por la conversación y por la cita que se entreveía en el horizonte.

El futuro le prometía una tarde de cortejo con nada menos que Cassius Strickland.

Si se lo hubieran dicho nada más levantarse esa mañana, se habría desmayado de la risa.

—Si no la conociera, pensaría que no se quiere a sí misma ni se tiene respeto alguno —comentó una voz masculina, radicalmente contraria a la melodiosa serenidad de la de Cassius. Había un perenne subtono de risa que podía tender a la mofa o a la camaradería, pero jamás a nada parecido a la solemnidad—. Incluso que pretende dinamitar el compromiso antes de que se dé. ¡Qué manera de despreciar su propia mano, cuando solo un tiempo atrás trataba usted a sus cinco deditos como si fueran los de *La creación de Adán* de Miguel Ángel, a punto de tocar a Dios mismo! ¡Quién la ha visto y quién la ve, señorita Wargrave!

A sabiendas de que ponerse a vociferar no sería apropiado en ningún caso, Rebecca cerró los ojos y se encomendó a las energías divinas. «El que faltaba», habría mascullado entre dientes. Pero sabía que nada le gustaba más al señor Kinross que ponerla de los nervios, y meses atrás se juró a sí misma que no volvería a darle el gusto, así su vida dependiera de ello.

—Quién me ha visto está muy claro; usted, y desde el escondrijo de un arbusto, ¿me equivoco? Siempre se las arregla para estar presente donde no es ni requerido ni mucho menos bienvenido.

Sonny emergió del refugio de las sombras con la sonrisa del gato de Cheshire. Aquella mueca de truhan sin remedio parecía brillar en la oscuridad. Solo el Todopoderoso sabía lo que habría estado tramando entre los frescos rosales; nada bueno, como advirtió la actitud despreocupada con la que se asomó balanceando el cuerpo igual que un borracho, con el único apoyo de una mano rodeando el tronco del abedul y el torso combado hacia un costado.

—Relájese, señorita, que nada hay de sospechoso en coincidir en un espacio público —siguió columpiándose con sutileza hasta inclinarse sobre el oído de la rígida Rebecca—. Y yo estaba aquí antes que usted: en el jardín de Strickland's... y en el mundo, también.

Ella ni se inmutó con su proximidad.

Hasta a las enfermedades infecciosas se podía inmunizar uno si practicaba el mitridatismo con la religiosidad con la que ella era expuesta a la cercanía del bandido.

—Y, sin embargo, yo interioricé antes que usted las bondades de la distancia prudencial. ¿A qué se deberá? ¿A mi superioridad intelectual... o a que tiene usted el cerebro de un mosquito?

—Conozco esas bondades de las que me habla —continuó con los labios muy cerca de su sien —, pero ya sabe que no gusto de practicarlas con usted. Y eso no me hace idiota, sino todo lo contrario: me convierte en el más espabilado de los hombres.

Rebecca manoteó cerca de su rostro, como si fuese un molesto moscardón.

—Entonces en su concepto de inteligencia no debe caber el afán de supervivencia, o ya habría decidido proteger su integridad apartándose de mí por al menos tres pasos.

—¿Por qué lo dice? ¿Cassius Strickland vendría a atizarme por propasarme con usted?

—No necesito que un hombre me preste su mano para arrearle un bofetón, Kinross. ¿Puedo saber por qué me tortura ahora? ¿No se ha presentado su cita clandestina y anda aburrido?

—Ya veo que sigue tomándome por un rufián.

—Compréndame —le pidió con falsa amabilidad, poniéndole una mano en el hombro—, la alternativa es tomarle en serio.

Pretendía dejarlo allí solo con un palmo de narices, no como venganza sino simplemente para obedecer sus necesidades más urgentes: entre ellas, la de alejarse de él.

El señor Kinross no había sido santo de su devoción un solo día de su vida, pero hacía meses desde que era una presencia *non grata*. Podía decirse que incluso encabezaba la lista de sus peores enemigos, y haber logrado desbancar a Verity no era moco de pavo. Para él sí tenía una palabra perfecta, la que lo abarcaba en su totalidad: Sonny Kinross era un sinvergüenza con todas las de la ley. Pero por si acaso un día se levantaba cansada de dirigirse al susodicho con el mismo término, podría utilizar cualquiera de las que había tratado de endilgarle a Cassius.

Sonny sí era un pomposo, un petimetre, un palomino, un idiota y un auténtico memo, y lo demostró una vez más impidiendo que Rebecca avanzara un solo paso hasta haber cubierto su cuota de diversión.

—No me diga que sigue enfadada conmigo. —Ella no respondió y continuó su marcha caminando tranquilamente por el sendero, más despejado que cuando Cassius la había invitado a tomar el aire. No se dignó ni a mirarlo—. ¿Ahora se finge sorda?

—Ojalá lo fuera, señor Kinross. Tenga unas muy buenas noches.

—¡Oh, vamos! Lo primero, no quiere que tenga unas buenas noches. Quiere que sufra unas noches insoportablemente nostálgicas; unas noches penosas. Y le recuerdo también que le encantaría atribuirse el mérito de habérmelas provocado.

Esta vez, Rebecca sí apretó los labios de manera visible.

No se podía negar que Sonny tuviera un don natural para sacarla de sus casillas. Había sido así desde que apareció en su vida una fatídica primavera de 1840, cuando acudió al recinto universitario de Oxford para prestar una visita a su hermano y en su lugar se topó con el insufrible amigo que había tenido la desgracia de echarse. No solo eso, sino que el señor Kinross la confundió con una mujerzuela que había planeado infiltrar discretamente en las regias habitaciones de los alumnos.

Esa solo fue la primera de una asombrosa colección de humillaciones que habrían mantenido humilde a Rebecca si no hubiera trabajado de forma activa por su cuenta para salvaguardar su orgullo.

Sonny apretó el paso para interponerse entre el camino al salón y ella.

Aunque no extendió los brazos, vio esa intención en su mirada traviesa.

—¿Así es como se comporta con los hombres que, en sus propias palabras, anda besuqueando en St James? ¿Cómo es que cuando se alude a su reputación no se menciona nada acerca de su condición de rompecorazones?

Rebecca sintió que le ardía el rostro de rabia hacia su insistencia.

Detestaba los acorralamientos.

—No irá a insinuar que tiene usted corazón. Sería la cosa más estúpida que he oído no ya en toda la noche, sino en toda mi vida. Y no le voy a pedir que tenga la bondad de no volver a mencionar ese asunto, porque con plena seguridad no me hará ningún caso, así que emplearé una amenaza: guarde cuidado con lo que dice, Kinross.

—Pero si es usted la que se lo va recordando a sus pretendientes. —Entrecerró los ojos, satisfecho—. ¿Tan presente lo tiene que se lo suelta hasta al magnífico señor Strickland?

—Si pretende casarse conmigo, le conviene estar al corriente de qué clase de sujetos me rondan día y noche. Por desgracia para mí, es evidente que la mano de la honorable señorita Wargrave viene con sorpresa: la horrible letra pequeña que es usted. Porque no me dejaría en paz ni casada, ¿verdad?

—Ni tampoco muerta —le confirmó, y se aseguró de que lo oía alto y claro deteniéndola con

un contacto descarado: le rodeó la garganta desde atrás con una mano firme y le habló al oído—. Sería el primer vivo de la historia del mundo paranormal que atormenta al fantasma en su forma de carne y hueso, y no al revés.

—Déjese de estupideces —masculló con el pulso acelerado, y se deshizo de su débil agarre con un zarandeo impaciente.

—«No es ningún rumor que besé a Sonny Kinross» —la parafraseó—. Eso es lo que le ha dicho a Strickland; que usted me besó a mí —recalcó— y no al revés.

—También he dicho que fue humillante.

Y retomó el camino esquivándolo como un vulgar obstáculo. A esas alturas, ya notaba el estómago revuelto, un nudo de impotencia en el pecho, la garganta atorada por un objeto invisible y un escozor rabioso en los ojos.

Recordar aquel día la enfurecía casi tanto como la confundía. Apenas sabría describir, y muy grosso modo, retazos de lo ocurrido, tal fue el shock que la llevó a tomar las peores decisiones imaginables en el curso de cuarenta y cinco minutos. En tan modesto período de tiempo, se coló en un club de pugilismo y en una pelea a sangre, desafió a uno de los hombres más poderosos de Londres insultando a su hija ante sus narices y, para rematar, besó a Sonny Kinross.

Por alguna razón, todavía no se había muerto del bochorno ni había ido al infierno. A lo mejor porque morirse de la vergüenza habría sido un castigo en exceso benevolente.

—¿Sabe que, cuando hablamos del arrepentimiento, en realidad estamos describiendo a los necios que no asumen las consecuencias de sus actos?

—¿Y sabe usted que, cuando hablamos de la insistencia cuando ya nos han rechazado, en realidad estamos describiendo a idiotas sin amor propio?

—¿Así es como trata a los hombres a los que les ruega que se fuguen con usted a Gretna Green? Por favor, señorita Wargrave, que hoy podría haber sido su marido por legítimo derecho; solo por eso, tráteme con algo de respeto. Incluso la invito a ser cariñosa conmigo.

Rebecca sintió que se llenaba de una emoción indescriptiblemente violenta. La había experimentado antes: el deseo irrefrenable de abofetear a alguien, de empujarlo al suelo, de patearle las vergüenzas, de infligirle un daño no letal pero sí suficiente para cerrarle el pico de una vez por todas.

Encaró a Kinross, segura de que no podría resistirse y sentenciaría del todo su reputación girándole la cara en público, pero el recuerdo de la lluviosa tarde que terminó de torcer su vida se superpuso al rostro que tenía delante y la culpabilidad la hizo vacilar.

Era cierto.

Ella y solo ella le había sugerido huir juntos.

Por alguna razón, y pese a conocer cómo se las gastaba el canalla mejor que a sí misma, entonces no se le ocurrió pensar que no volvería a dejarla en paz después de semejante

atrevimiento.

Quizá porque en ese momento no estaba pensando, o no lo habría besado en primer lugar.

—Escúcheme bien, Kinross —masculló por lo bajini, clavándole el índice en el pecho. Él reaccionó mirando a un lado y al otro, casi como si esperase que hubiera público para atestiguar un monólogo a todas luces impactante, pero ella no apartó la vista de él—, porque se lo voy a decir una sola vez. Yo con usted me habría casado exclusivamente bajo dos supuestos. El primero, que me hallase en un estado de enajenación mental todavía no conocido por el hombre, el que fue el caso después de descubrir que mi hermano había estado revolcándose a mis espaldas con su ahora esposa.

—¿Y el segundo?

—Que estuvieran apuntando con un arma a la cabeza de mi hermano. Porque si me estuvieran apuntando a mí en lugar de quien para mí es la persona más querida, le aseguro que priorizaría el descanso eterno a la perpetua compañía de un despendolado de su categoría. ¿Le queda claro?

La sonrisa de Sonny permanecía intacta en sus labios, y no podía distar más de la que había observado en Cassius momentos antes. Ahí donde el señor Strickland era prudente en sus expresiones, Kinross aireaba con temeridad sus despreciables sentimientos, que no poseían un amplio rango: tras haberlo observado durante años, Rebecca había llegado a la conclusión de que solo podía sentir lujuria y diversión, y buscaba esta clase de emociones volátiles y anticristianas en los rincones más sórdidos, las personas más inadecuadas y las prácticas más mórbidas.

—¿Qué se supone que he de hacer con esta información? —inquirió en el tono curioso que empleaban los niños.

—Usarla de recordatorio cada vez que sienta el impulso de acercarse a mí. Con un poco de suerte, le hace recapacitar a tiempo y gira en redondo antes de arruinarme la noche.

Pero fue Rebecca la que se tomó la palabra a sí misma para huir cobardemente del recordatorio viviente del día más espantoso de sus veintiún años de vida. No era solo el beso, al que no podía siquiera asociarle un adjetivo puesto que el estado en que se hallaba inmersa la había ayudado a verlo todo borroso, sino lo que motivó que le pidiera que se fugara con ella; nada menos que una desesperación y un deseo de vengarse de su propia sangre de los que se avergonzaba tanto que a menudo había llorado de rabia.

Por supuesto, un cabeza de alcornoque como él no podía comprender la complejidad de sus emociones.

Rebecca estaba a punto de cruzar el umbral hacia el salón cuando la pregunta de Sonny le llegó desde el origen del sendero.

—Solo por curiosidad... ¿Puedo saber qué he hecho para que me odies tanto, Rebecca?

No fue la intención burlona con la que habló lo que la hizo detenerse y plantearse resolver su duda, sino la tensión que subyacía en su tono; una incomprensión que le quemaba pero que, por

razones personales, nunca reconocería. Rebecca había visto muy a menudo en Sonny un reflejo de su propio orgullo, la clase de orgullo feroz que podría levantar murallas inexpugnables y destruir a una persona desde sus adentros. No le cabía la menor duda de que le exigía saberlo porque no podía soportar que hubiera una sola mujer atractiva en el mundo que no ansiara tenerlo entre sus brazos... o entre sus piernas.

Tampoco dudaba que el hecho de ser inalcanzable para él fuese la única razón por la que seguía persiguiéndola sin tregua.

Rebecca tragó saliva en lugar de aclararse la garganta para preparar una sarta de acusaciones: la que componía la historia de su infame relación.

—Fingiste confundirme con una cortesana el día que me viste en Oxford, y ni se te ocurra negarme que hubo un fingimiento por tu parte porque no tienes un pelo de tonto. Mi vestido, mis modales, mi edad y el hecho de hallarme en el rellano de la respetable residencia a plena luz del día indicaba que no podía ser, ni por asomo, una mujer de vida alegre. Pero tú optaste por burlarte de mí. La segunda vez que me viste, lejos de disculparte por la travesura, seguiste haciendo bromas subidas de tono aun a sabiendas de que era una muchacha impresionable y me incomodabas con tu comportamiento. Muchas veces, por el mero placer de disgustarme, te entrometiste entre Nile y yo y nos arruinaste momentos a solas que podrían haber evitado que... —«que acabara eligiendo a otra mujer», habría añadido si no hubiera sido de una falta de autoestima intolerable. Esta vez sí carraspeó—. Has adoptado durante todos estos años el papel de antagonista que disfruta sacando de sus casillas a la joven que se limita a tratar de vivir su historia como buenamente puede, ¿y ahora te extraña que no pueda ni verte? No solo me violentas con tus insinuaciones, sino que me devuelves triplicados los desaires que te dirijo por mera supervivencia, con la única esperanza de que me dejes tranquila. Y, por si fuera poco —prosiguió, y no supo de dónde sacó el valor para ser tan sincera que se ponía en evidencia—, aquel día no me hiciste el favor que te pedí. Podrías haberme resarcido por estos años de injurias diciendo que sí, echándome a perder como llevas toda la vida proclamando que sueñas con hacer..., pero, a la hora de la verdad, fuiste un cobarde. Y eso, Sonny, es algo que yo jamás respetaré. Un hombre que no es valiente es un hombre que no merece mi atención.

Él alzó la barbilla, protestando de manera no verbal por una definición con la que no quería identificarse pero de la que no pudo defenderse.

Podría haberla rebatido con la excusa fácil, aquella en la que la misma Rebecca se había refugiado para decirse que no es que Sonny no la deseara —no habría soportado un rechazo más —, sino que en el fondo tenía principios morales: era amigo de su hermano Harding y no se le habría ocurrido pasar por encima de él con el riesgo que existía de que le echara la cruz.

Pero era un argumento que no se sostenía.

Harding había proclamado por activa y por pasiva que no quería que se acercase a su hermana

y que, si lo hacía, habría de atenerse a las consecuencias, y Sonny no solo se lo había tomado como una amenaza baldía, sino que lo había desafiado flirteando descaradamente con ella cada vez que las circunstancias los habían llevado a coincidir.

—Dices que la segunda vez que nos vimos no te pedí disculpas —dijo él al cabo de un tenso silencio. No pudo registrar ninguna emoción conocida en su voz, pero la había. El problema era que a Rebecca no le importaba—. Si lo hubiera hecho, ¿me habrías perdonado?

Ella suspiró.

—Te habría perdonado muchas ofensas a lo largo de estos años, más por mi hermano que porque quisiera tu amistad..., pero me temo que a estas alturas he llegado al punto de no retorno. Olvídate de mí, Kinross —sentenció en tono aséptico, como se decían las cosas mil veces repetidas y que ya no quitaban el sueño—. Te lo digo de corazón.

Rebecca se dio la vuelta con dejadez, aquejada de la clase de hastío que solo podía experimentar una persona que llevaba años y años lidiando con la misma situación. No era la primera vez que le exigía a Sonny que la dejara en paz, y Dios sabía que tampoco sería la última, por lo que no se le ocurrió cantar victoria ni hacer nada distinto de suspirar en su camino al salón.

La alternativa de padecer la compañía del señor Kinross era ser blanco de miradas rara vez compasivas y muy a menudo despectivas, pero por más que Rebecca odiara que le recordasen su estatus de patito feo, era preferible a tener que soportar al amigo de su hermano mayor.

Además: nada más cruzar el umbral, le dio la impresión de que ahora la observaban de otra manera, con una incredulidad curiosa. Recordó que Harding le había dicho que se estaba comentando el interés de Cassius en ella. Pensó, sin ilusionarse ni formarse una opinión al respecto, sino tan solo con intención analítica, que no había nada como el cortejo de un hombre poderoso para devolverle el lustre a una mujer apagada.

Solo en el aspecto social, claro estaba, porque para que Rebecca recuperase la luz interior habría de ocurrir un milagro.

Capítulo 3

A Sonny Kinross le gustaba llegar a las fiestas o demasiado pronto o demasiado tarde. Todo dependía de quién la organizara, quiénes asistieran, cuál fuera el objetivo de la reunión y para qué hora se hubiera programado.

Para empezar, no se le ocurría confirmar su asistencia si estaba fechada en horario matinal.

Sus quince horas de sueño diarias eran sagradas.

Si la iniciativa ociosa había venido de la mano de un buen amigo suyo, se presentaba a las cuatro de la tarde si comenzaba a las siete. Así se garantizaba encontrarse en un lamentable estado de ebriedad para cuando los invitados hicieran puntualmente su aparición. Si, por el contrario, sus enemigos le habían extendido la invitación en calidad de bufón y no de caballero, y esto es, con la morbosa esperanza de que hiciera de las suyas a plena vista, Sonny no se personaba hasta una hora antes de que dieran por concluida la velada. Estaba convencido del poder de la expectación y de que no había mejor venganza que decepcionar al prójimo. Entonces desplegaba una actitud insufrible: se paseaba ante las mesas de tentempiés con la barbilla alzada con impertinencia y las manos recogidas a la espalda y señalaba que no había nada que mereciera la pena comer, que el alimento era escaso, que el sabor no estaba a la altura de su exquisito paladar, y así en lo sucesivo.

Apostaba por que con este sibaritismo satisfacía bajo sus condiciones los deseos de los anfitriones: sin duda se había comportado como un imbécil, solo que quizá no como la clase de imbécil que esperaban.

¿Y qué imbecilidades se esperaban de Emerson Kinross, Sonny para la mayoría, «la superestrella» para las columnas de chismorreo y los londinenses con un sano sentido del humor? Lo típico: que flirteara con toda criatura con falda, fuera bella o fuera un esperpento; que se agarrase una cogorza de padre y muy señor mío y hubiera que abanicarlo entre cuatro en un balcón aislado para devolverle el sentido; que bailase hasta caer rendido con las señoritas menos recomendables, esas que languidecían en los rincones de la sala con expresiones lastimosas detrás de las gafas, cutis estropeados o la simple y llana fealdad que las había condenado al olvido.

«¿Por qué son “las señoritas menos recomendables”?», le había preguntado Sonny a Harding en una ocasión, cuando este le señaló por qué la totalidad de la concurrencia se le había quedado mirando tras la extinción de su agradable vals con la señorita Townsend. «Si están en la lista de invitados, ¿no son inmediatamente consideradas recomendables? Si no, ¿por qué las

recomendarían para asistir a esta fiesta? ¿Será que es la fiesta lo que se debe tildar de poco recomendable, y por eso quien asiste a ella lo es por extensión?».

«Eres imposible», había terminado suspirando el mayestático señor Wargrave.

Él no estaba de acuerdo con su apreciación, claro. Sonny no solo no era imposible, sino que era más fácil que el acto de respirar. Prueba de ello era que llevara cuarenta y cinco minutos guiñándose el ojo con lady Jersey, con Theresa Sandringham y con lady Helen Huxley, no necesariamente a la vez porque para ello habría necesitado tres ojos como mínimo y porque, si pestañeaba al mismo tiempo, mucho se temía que entonces no estaría lanzando una invitación a divertirse tras los matorrales del jardín de lady Sheraton, sino reproduciendo un inocente pestañeo.

Y a Sonny no le interesaba que la inocencia formara parte de su lista de virtudes.

La anfitriona no era su amiga, pero tampoco su enemiga, por lo que había decidido, por una vez en su vida, llegar más o menos puntual —es decir, con media hora de retraso— con respecto de la citación. Lady Sheraton se hallaba en esa tierra de nadie adonde Sonny excomulgaba a las mujeres que habían caído rendidas ante sus descaradas atenciones pero con las que no había consumado el acto; a las que, de hecho, había terminado rechazando antes de adentrarse en los placeres carnales con el discurso patentado que rezaba algo de la familia de «soy coqueto por naturaleza, mi señora. No puede tomar en serio los cuatro meses que he dedicado a perseguirla por los rincones».

Lady Sheraton le guardaba un rencor muy legítimo por haber jugado con su tiempo y sus sentimientos, pero a la vez anhelaba el momento en que él volviera a fijarse en ella, por lo que ¿podía considerarse una enemiga? Sonny prefería tildarla de «amante potencial». Porque si algo debía saberse sobre él, era que no le tenía el menor respeto a la institución del matrimonio.

No cuando se sentía atraído por una mujer casada, al menos.

¿Quién habría sugerido invitarle a la velada particular, pues? ¿Lady Sheraton o su marido? Por lo que sabía, el susodicho no estaba al corriente del interés que Sonny había mostrado durante más o menos quince minutos en su esposa, en gran medida porque este interés había sido modesto —en su intensidad y en su demostración—, y, en otra medida no menor, porque lord Sheraton no sabía ni dónde tenía la cabeza.

Sospechaba que la invitación habría sido obra de milady.

Desde tiempos inmemoriales, había sido obligación de lord y lady Sheraton acoger a la totalidad del *beau monde* inglés en su mansión del West End para celebrar el comienzo de la temporada. Por tradición, la primera velada tenía lugar en Almack’s —ahora en Strickland’s— y la segunda en la encantadora vivienda de la reciente pareja.

Sonny había asistido a todas las fiestas de todas las lady Sheraton —él había conocido a dos; la primera demasiado mayor para su gusto, aunque había flirteado con ella igualmente—, pero no

así a las fiestas de Almack's. Por más que se había esforzado, no había conseguido que las rígidas patronas del club le concedieran un pase exclusivo, y eso que había empleado técnicas persuasivas por las que podrían o bien haberlo llevado a juicio o bien haberle escrito una biografía que hubiese pasado a los anales de la historia.

Algo tenía que reconocerle Sonny a la nueva lady Sheraton, y es que su gusto decorativo superaba por mucho el de su predecesora. Había contratado a una flamante orquesta para que sus invitados se deleitaran con polcas y valses. Pero lo que más celebraba él con diferencia era que, a diferencia de como sucedía en Almack's o en Strickland's, en las fiestas privadas como aquella se servía alcohol en condiciones.

Lady Sheraton había puesto a disposición de los caballeros un whisky maltés que dejaba en carne viva la garganta aun horas después de dar el primer trago.

Justo como a él le gustaba.

Con quién se acostaría Sonny esa noche era un misterio que no tenía prisa por resolver. Por lo general, antes de escoger a alguna de sus admiradoras para tal honor, procuraba asegurarse de que Rebecca Wargrave le seguía odiando con el ardiente fervor de cada fibra de su ser. Una vez confirmaba que haber consultado sus vívidas inquinas con la almohada no la había convencido de perdonarle y, a renglón seguido, proclamarle su amor inmortal, Sonny se resignaba nuevamente y se conformaba con lo que más cerca le quedara, siempre y cuando eso que le quedara cerca tuviese dos manos, dos piernas y una boca.

Pero las horas pasaban y la señorita Wargrave no hacía acto de presencia para liberarlo de su promesa de lealtad de ese día.

—¿Quién esperas que llegue, que no dejas de mirar hacia la puerta? —inquirió la a menudo sugerente y en todo momento encantadora lady Jersey. Se había ido deslizando con sigilo desde la otra punta del salón, impregnado de las ilusiones de las debutantes y sus pretendientes, hasta situarse a su lado. Tras la copa de ponche escondía su boca rosada, una que le constaba que era en extremo talentosa para el ámbito privado.

Sonny sonrió para su coleto y acarició con la punta de la nariz el borde del vaso de whisky. Su poder para desviar la atención de lo que no le interesaba que se supiese era mágico, y es que el hecho de que lady Jersey no se hubiera enterado aún de que la única razón por la que se acostaba con ella era porque Rebecca Wargrave no deseaba verlo ni en pintura solo demostraba lo bien que se le daba distraer con sus monerías.

Se giró hacia la esposa del conde de Jersey y tomó su mano para besarla en los nudillos con intenciones evidentes.

Evidentes para todos menos para su marido, por suerte.

Ahí donde se le veía, casquivano hasta el hartazgo, Sonny no se encamaba con cualquiera. Tenía sus amantes preferidas, y por suerte para lady Jersey, ella era una de las afortunadas. Al

menos dos veces a la semana se citaban en el dormitorio conyugal para faltarle el respeto al ilustre conde hasta que aguantara el cuerpo. Y solía aguantar, porque si bien se podía cuestionar el atractivo físico de lady Jersey —como podían cuestionarse todos los atractivos debido al carácter subjetivo de la belleza, por otro lado—, su desempeño amatorio era intachable bajo cualquier consideración.

Era una verdadera lástima, más para Sonny que para la dama, que ningún abrazo apasionado pudiera producir en su sistema ni la mitad de la agitación que le causaba ver aparecer en escena a la honorable señorita Rebecca Wargrave... como sucedió en ese preciso momento.

Había mentido. Sí que le gustaba la inocencia, o, al menos, ciertas adeptas de esta virtud moral. Nadie diría que la solterona hija del barón lo fuera; no después de que el marqués de Haverford la desechara como un trapo sucio, y ciertamente menos todavía tras el beso en St James. El relato circuló por la capital gracias al boca a boca, iniciado por el pretendiente perjudicado. Habría terminado impreso en la columna de la Reina del Chisme con todo género de detalles y no como una mera sospecha de no haber sido por la intervención directa de Sonny.

Una cosa era que se insinuara por ahí que Rebecca y el señor Kinross habían compartido un tórrido contacto bucal, algo inverosímil para quien los hubiera visto dirigirse desmanes a lo largo de seis, ahora siete años, y otra muy distinta era que lo proclamara Su Chismosísima Majestad. Esto segundo equivalía a la terminante muerte social, y jamás habría permitido que la señorita Wargrave pasara por un lance similar.

Tampoco se habría permitido a sí mismo sufrir la tortura de no volver a verla en una fiesta de sociedad. Le habrían retirado todas las invitaciones, y, entonces, ¿qué interés habría hallado Sonny en dejarse caer por las veladas?

Una fiesta sin Rebecca Wargrave era como un ángel sin alas.

Esa noche, la dama se había decantado por un fino vestido de satén dorado que se rizaba en el escote redondo. Llevaba las mangas cerradas hasta la muñeca con una hombrera calculadamente escogida para disimular la presunta estrechez de sus hombros, de los que le constaba que se quejaba por el modo en que se arreglaba ante el espejo, y con un mohín adorable, la sisa de los vestidos. Los topacios del collar y los pendientes trataban en vano de arrebatarle protagonismo al fulgor de unos ojos en los que Sonny lo había conocido todo: el amor, la devoción, la ilusión y el odio. Ya no quedaba ni rastro de ninguna de las emociones anteriores, pero en ella hasta la resignación podía prender una llama, porque era el ser vivo más vivo que hubiera conocido nunca. A su lado, el resto del mundo eran seres solo despiertos, más o menos espabilados; seres que a duras penas subsistían.

Sonny la observó de lejos con la respiración suspendida.

Para su desgracia, había estado igual de viva, si no más, proclamando que nunca le perdonaría sus ofensas y que le odiaba con, de nuevo, todo el picor de su urticaria. Eso él ya lo sabía porque

la señorita Wargrave era muy expresiva. O a lo mejor es que se había esforzado tanto por penetrar en sus pensamientos en busca de una apreciación sobre él remotamente neutral que había terminado por desentrañar todos los demás: sus opiniones sobre la boda de su hermano, sobre su secreta admiración hacia la señora Primrose Connor, sobre la presunta supremacía del caldo de carne sobre el caldo vegetal y sobre los pomerania, esa raza de perro que parecía la mutación peluda de una rata del Támesis.

Podían preguntarle lo que quisieran acerca de la señorita Wargrave.

Sonny lo sabía todo.

Rebecca había aparecido enclaustrada a regañadientes entre Harding y su nueva esposa, Verity. No se podía cuestionar la belleza fulgurante de una recién casada, pero ni la ahora señora Wargrave, con su rostro terso e iluminado por las noches acompañada y feliz por el regalo del amor recíproco, era digna competidora del brillo único de Rebecca.

Por supuesto, ella fue completamente ajena a la presencia de Sonny, que bien podía ser un leño sucio, desmigado y con olor a chamuscado entre las cenizas de la chimenea.

Había repasado tantas veces para sus adentros lo que Rebecca le había dicho la semana anterior que ahora podía pensarlo sin que el corazón se le diera la vuelta. Sí, ahora podía enfrentarse sin miedo a palabras tan duras como «te odio» y «olvídame», pero solo porque defendería hasta la muerte que la joven no podría decirlas en serio hasta que no contara con la imagen completa de la situación.

Rebecca no lo odiaba porque las razones por las que lo hacía eran las equivocadas.

Ergo, su odio era una ilusión.

Para empezar, le había reprochado que fingiera confundirla con una prostituta en el rellano de la residencia de Oxford, más de un lustro atrás. A Sonny le habían dado ganas de reír histéricamente al oírla. Era asombroso cómo una mujer con el amor propio de la señorita Wargrave no había podido llegar sola a la conclusión de que eso era lo único que se le podría haber ocurrido a un pobre muchacho de veintiún años cuando se topó de golpe con un ángel de otro mundo: tratar de bajarlo a la Tierra mediante inofensiva burla para al menos soñar con jugar en igualdad de condiciones.

Antes de cruzarse de frente con ella, la había oído maquinar desde el piso superior. Sonny agradecería toda la vida no haber bajado las escaleras como un rinoceronte embravecido, como siempre lo hacía cuando era joven y se anunciaba que la cena estaba servida, y, en su lugar, haber tenido la prudencia de asomarse primero para averiguar quién era la muchacha que hablaba en voz alta y clara, como si quisiera que la escuchara todo el mundo: primero Dios, para cumplir sus órdenes al dedillo, y luego el resto, para que tuvieran claro que si se interponían en su camino serían brutalmente destruidos.

—¿Aprueba usted mi aspecto? —le había preguntado a su padre.

—¿Cómo no iba a aprobar yo tal belleza? ¿Eso que llevas es un vestido nuevo?

—¡Así es! ¡Lo he estrenado para la ocasión! Por lo que sé, el verde es el color preferido de Nile, y mamá siempre decía que es el tono que más me favorece. Realza la tonalidad de mis ojos, ¿no?

—Estoy muy de acuerdo, hija.

—¿Entonces? —había insistido con desesperación, como siempre hambrienta de cumplidos —. ¿Diría que presento un aspecto aceptable?

—Mucho más que aceptable —contestó el padre con la solemnidad que exigía calmar los nervios de la muchacha—. Regio, diría yo.

—¿Tanto como para que Nile me vea, caiga rendido a mis pies y me ruegue que le permita escribirme a Wargrave House?

Oyó reír al barón con la dulce condescendencia que inspiraban los niños.

—Si no cae rendido a tus pies, es que está ciego o es un auténtico idiota.

—Sin duda —había confirmado ella. Esa fue la primera vez que hizo sonreír a Sonny. No supo si se sintió más incrédulo de lo que quedó fascinado: se regalaba los oídos a sí misma sin la preocupación de ser tomada por soberbia—, pero es una posibilidad que no podemos descartar. Por eso hemos de pensar en qué hacer en el caso de que sea, en efecto, un auténtico idiota: descubrir un modo de reeducarlo, de curarlo de su ignorancia, para que tome el camino correcto, que no es otro que quererme.

Hablaba con una seguridad en sus capacidades que Harding no había visto antes en una mujer, si acaso algo vagamente parecido.

Su madre, lady Hailey Cavendish, Hailey Kinross después de casarse, llevaba desde su nacimiento anonadando al planeta entero con una indiferencia hacia todos y todo que no era fingida, pero que tampoco pretendía castigar; la clase de indiferencia con la que o se nacía o no se nacía, porque por desgracia para muchas féminas de la *ton* londinense, era casi imposible llegar al mundo curado de la enfermedad de intentar agradar a los demás. De este rasgo podía deducirse, pues, que la señora Kinross se quería demasiado a sí misma como para cuestionar su valía a partir de comentarios malintencionados. Por otra parte, su hermana pequeña, Sabrina, había crecido siendo el ojito derecho de su padre, y, más que amor propio, exudaba una arrogancia napoleónica: era igual de pequeña e igual de peleona que Bonaparte.

Sí, había observado rasgos fuera de lo común en las mujeres de su familia, pero la autoestima de Rebecca Wargrave era algo de género único. No solo sabía lo que quería, sino que era consciente de que se lo merecía, y en la asimilación del querer y el merecer había descubierto el poder de hacer realidad sus deseos. Le dejó pasmado con su madurez, pero lo que le conmovió fue algo más: que, a la vez que enarbolaba con orgullo su derecho a ser amada por quien ella eligiera, aceptaba su vulnerabilidad. Nadie dudaría que aquella muchacha sufriría lo indecible si

la rechazaban, como tampoco que viviría para contarlo.

Para cuando Sonny encontró el valor de bajar los peldaños, el barón había desaparecido con la excusa de localizar a su hijo y él pudo satisfacer su curiosidad poniéndole rostro a la voz de la deidad.

Porque la suya era palabra de Dios, y no había más que hablar.

El resto era o fue historia, y es que lo que halló al pie de la escalera le enseñó el deseo y el desprecio. Ansió poseerla con cada fibra de su ser al tiempo que declaraba a Nile Inglefeild su acérrimo enemigo. Pensó, no obstante, que si el marqués era lo bastante idiota para no rogarle a Rebecca por un segundo de su tiempo y cartas escritas de su puño y letra, Sonny tendría la oportunidad de conquistarla.

Por desgracia, se estaban cumpliendo tres años desde que Nile Inglefeild no estaba ni se le esperaba, y Sonny seguía muy por debajo del miserable susodicho en la lista de los afectos de la señorita Wargrave... si es que siquiera estaba en ella presente.

Fue como si lo hubiera invocado con el pensamiento. El portón volvió a abrirse y el mayordomo anunció a unos invitados que no necesitaban presentación, tal fue el escándalo que les precedió en su día. El marqués de Haverford, erguido en el refugio de su elegante frac, cruzaba las puertas con su mujer bien sujeta del brazo. A Sonny le constaba que había quien la consideraba el colmo de la hermosura, pero para él no era más que una rubia lánguida que utilizaba su fragilidad para despertar lástima. «Miradme, soy tan débil que me romperé si osáis dirigirme una mala palabra», parecía clamar con su expresión de cordero degollado.

Debía reconocerle, no obstante, que había ganado peso desde la última vez que se dejó ver en público, que lucía un brillo saludable en los ojos y que traer al mundo dos criaturas la había salvado del pozo de la autocompasión. En tanto que lady Haverford recorría el salón con la mirada ávida de quien llevaba años sin poner un pie en una fiesta de sociedad y ansiaba ponerse al día, Sonny buscaba a Rebecca, como si posando la vista sobre ella pudiera aliviar el fuerte impacto que le habría supuesto... y lo que este desencadenaría.

Para la honorable señorita Wargrave fue como si no hubiese pasado el tiempo, porque palideció igual que si solo hubiese transcurrido una tarde desde la ruptura con Nile.

Tenso por lo que pudiera suceder, observó que Rebecca valoraba con impaciencia su capacidad para soportar el primer vals entre los marqueses de Haverford. Terminaría aduciendo que no, que quedarse allí durante el despliegue de complicidad conyugal podría costarle la vida, porque se disculpó entre murmullos con su hermano y abandonó el salón por una de las puertas que conectaban con otras estancias.

—Pobre señorita Wargrave —comentó lady Jersey. Había olvidado que seguía a su lado—. Podría haber sido la joya de la temporada; la incomparable estrella de Londres durante no solo su primer año, sino todos cuantos hubiera querido dedicar al hedonismo antes de sentar la cabeza...

pero Haverford la arruinó y luego ella le tomó el testigo para seguir saboteándose en su ausencia.

Lady Jersey no había podido describir mejor la situación. Aun y con todo, le irritó que se pusiera en los labios el nombre de Rebecca y que expresara con semejante desahogo la que era y había sido la gran pena de una muchacha inocente.

Todo el mundo se llenaba la boca con críticas afiladas sobre ella. La llamaban despechada, caprichosa, llorona, y se remitían no ya a su herida, sino a su aún supurante reputación, para constatar que no había dado un solo paso hacia el remedio de su situación... si es que este existía. Pero él, que había estado presente desde el principio hasta el final de la historia, sabía que a Rebecca le dolía más el corazón roto que el orgullo. No había «perdido oportunidades matrimoniales», o, si las había perdido, poco le importaban esas posibilidades que flotaron en el aire pero nunca llegaron a materializarse. Había perdido al hombre al que amaba.

Ni siquiera Sonny podía alegrarse de la desgracia. Llevaba en lo más profundo del corazón a aquella niña pizpireta que hacía girar su vestido ante la sonrisa complaciente de su padre con el pecho henchido de esperanza y aguardaba el momento de la verdad para exponerse al rechazo con el valor de un general militar.

Entonces solo tenía quince años.

Cuando él le arruinó la vida, acababa de cumplir dieciocho.

Sonny odiaba a ese hijo de puta con toda la potencia de su gancho derecho, y sus contrincantes del cuadrilátero podían dar fe de que esto no era moco de pavo. Pero a veces pensaba, esto durante arrebatos de bondad humana en los que no se reconocía y que además deleznaba, que le habría gustado que Rebecca hubiera tenido su final feliz.

A fin de cuentas, él no figuraba en la lista de posibles maridos ni siquiera teniendo a Nile y el resto de Inglaterra fuera de su alcance. Ella lo había dicho con todas las letras. No se casaría con Sonny ni convertida en una enajenada mental ni apuntando a su hermano con un arma; palabras que habrían justificado la retirada del hombre más valiente.

Sin embargo, él no era valiente. Él era temerario y con un punto autodestructivo. Por eso dejó su copa de whisky en la bandeja que uno de los lacayos estaba paseando con un precario equilibrio y se disculpó con lady Jersey para ir al excusado.

Ya habían transcurrido quince minutos desde la precipitada salida de Rebecca del salón, y poco importaba que circulase la descabellada historia de que habían compartido un beso. Nadie sospecharía que iría detrás de la joven porque era de dominio público que ellos bien podían tener mucho sentido por separado, como tenían sentido el bien y el mal o el agua y el aceite. Pero ¿juntos?

Oh, no.

Eso habría sido una verdadera locura.

Capítulo 4

Lo malo de ser Sonny Kinross era que tomaba una decisión y la pensaba después de llevarla a cabo. El de esa noche fue el mayor ejemplo de su impetuosidad: había salido en pos de Rebecca y ahora le tocaba averiguar qué excusa pondría para justificar su persecución y así no lo mirase gravemente indignada. Claro que el pretexto no le serviría de nada, porque la honorable señorita Wargrave estaba curtida en sus andanzas y sabía que iba tras ella por nada distinto del capricho personal.

No obstante, esta vez había una muesca de preocupación en su deseo de torturarla.

Estaba tanto o más molesto que Rebecca por la sorpresiva aparición de Nile.

Sonny no se avergonzaba de admitir para sí mismo que se alegraría de saberlo muerto cuando le llegara la hora. Nunca le había caído en gracia, ni siquiera a pesar de saber que él sí encontraba admirable su dedicación personal, divertido su sentido del humor e interesantes sus planteamientos vitales, pero, en la fecha presente, esos reparos iniciales se habían convertido en un odio visceral.

El año del tercer aniversario de la muerte de la baronesa, Harding los invitó a pasar un fin de semana en Wargrave House. Estaba desesperado por un poco de distracción, y pensó que sus amistades universitarias, entre ellas Sutherland, Haven y Richmond —y, por supuesto, Haverford — lo alejarían temporalmente de sus miserias a través de reñidas partidas de *whist*, borracheras y tambaleantes paseos por la playa.

Sonny se presentó allí con la esperanza de coincidir con Rebecca, y maldita la hora. Nunca olvidaría lo insignificante que se sintió durante aquellas tardes de cartas y apuestas; el coqueto revoloteo al que la muchacha sometió al distante Nile, que no podía ser consciente de lo afortunado que era por recibir su atención estando concentrado en garantizar el bienestar de su amigo. Sonny había sido invisible salvo cuando se había hecho notar ante ella con un comentario totalmente fuera de lugar que le habían censurado cada uno de los presentes.

Pensaba en ello cuando, sin perder de vista el ruedo de la falda de Rebecca, tan torpe a la hora de hacerle de escolta que se le enredaba en los tobillos, se adentró en la biblioteca.

La mansión de lady Glasford era famosa en Londres por toda clase de razones, pero su colección de lecturas no era nada legendario o por lo que mereciera la pena prestarle una visita. No dejaba de ser una estancia amplia y ricamente decorada, aun así: las estanterías de madera noble ocupaban la totalidad de las paredes —echaban raíces en el suelo y trepaban como una hiedra hasta el zócalo superior del techo— y una inmensa lámpara de araña proyectaba sus luces

ambarinas en la alfombra persa.

Rebecca se había detenido en el centro de la moqueta con las manos sobre el pecho cuando, con un veloz movimiento ocular, reparó en que Sonny estaba observándola bajo el umbral.

—Pues ya estaríamos todos —oyó que mascullaba, pellizcándose el puente de la nariz con cuidado de no mirarlo, ni siquiera de soslayo—. ¿No tiene mujer con la que flirtear o reservas de vino riojano que agotar, señor Kinross?

—¿No puede un hombre refugiarse en la grandiosa biblioteca de lady Glasford, al amparo de una gran lectura, para huir del mundanal ruido?

—¿Desde cuándo prefiere usted lo imaginario a lo mundano?

«Desde siempre», estuvo a punto de responder. Que se divirtiera más visualizándola en su sueños haciéndole carantoñas que recibiéndolas de otra mano en el terreno de la realidad así lo confirmaba.

—Digamos que al menos prefiero una habitación solitaria antes que un salón donde se encuentra el marqués de Haverford.

Rebecca le lanzó una mirada rápida con los ojos inyectados en sangre.

Aún no había dejado de aludirse cuando se mencionaba a la razón de sus desdichas.

—¿Qué pretende? —exigió saber en tono amenazador.

Sonny aprovechó que pretendía entablar conversación para adelantarse con lentitud, a sabiendas de que un paso en falso bastaría para ahuyentarla. Observó que en realidad no esperaba una respuesta. Empezó a caminar de una punta a otra con agitación, atusándose los mechones que le enmarcaban el rostro y las arrugas del regazo de la falda. Tragaba saliva de forma compulsiva, tan perdida dentro de su propia conmoción que hasta le era indiferente que otra persona la viera en semejante estado.

Claro estaba que Sonny no era «otra persona». Precisamente porque era Sonny, alguien a quien no le importaba lo más mínimo impresionar, se permitía mostrarse tal y como se sentía: a la deriva de unos sentimientos y una debilidad que no podía perdonarse.

Le pareció que balbuceaba por lo bajo, enfrascada en una conversación consigo misma.

—¿Se encuentra bien, señorita Wargrave? —se arriesgó a preguntar.

A veces era preferible sacarle el mal genio que incitarla a desahogarse. Lo segundo implicaba reconocer en voz alta que Rebecca estaba dolida, y ella no soportaba saber que su angustia era evidente.

—Estoy reflexionando —masculló entre dientes. Se agarró los pliegues de la falda para que no interfiriese en su paseo sin sentido: parecía una muñeca a la que hubieran dado cuerda para caminar en línea recta hacia ninguna parte. Se detuvo en una esquina de la estancia y le espetó a Sonny—: Una mujer necesita soledad y silencio para tal propósito. Por eso me he marchado del salón. No tiene nada que ver con la presencia del marqués de Haverford.

Sonny levantó las dos manos.

—No osaría insinuar lo contrario.

—A fin de cuentas, sería ridículo reaccionar con una estampida —prosiguió ella, y retomó el frenético bamboleo de un extremo al otro—. Estaba claro que tarde o temprano aparecería en alguna que otra velada de temporada, como es su obligación social. Habría sido ingenuo pensar que no volvería a verle.

Pero bajo su tono implacable ardía una chispa de incredulidad. En el fondo sí había albergado la esperanza de no coincidir, y Sonny podía comprender por qué.

La mejor manera de superar un amor no correspondido era convencerse a uno mismo de que al objeto de sus afectos se lo había llevado la Parca. Podía parecer una determinación radical, pero en su caso había funcionado durante algunos inviernos: se repetía que a Rebecca Wargrave se la habían llevado unas fiebres, o que simplemente se había mordido la lengua y había muerto envenenada, y así lograba pasar unos agradables meses lamentando su pérdida, pero sin sufrir por su indiferencia, lo que, a su modo de ver, era bastante peor.

—Y tanto —corroboró Sonny en tono neutro.

—Ya lo vi durante la pretemporada pasada, aunque de refilón. Y a su esposa —no logró disimular el resquemor al referirse a lady Haverford—. Aún no se habían dejado ver juntos, algo cuanto menos sospechoso... —Se obligó a sacudir la cabeza para cortar de raíz la esperanza que se había atrevido a asomar en su corazón: la de que el matrimonio hubiera fracasado, con lo que eso podía significar para ella. Otra oportunidad—. ¡Que no es que me importe! —añadió de inmediato, y miró a Sonny con intención: «Asiente conforme conmigo», le ordenaba en silencio.

Sonny obedeció con mucho gusto meneando la cabeza de arriba abajo. Nada le gustaría más que creerse lo mismo que lo que ella insistía en aprender de memoria: que Nile le era indiferente. Pero apostaba por que en el fondo Rebecca seguía pensando que el celeste de la chalina favorecía la piel bruñida y los ojos negro azabache del marqués, y que no había hombre en todo el salón o en Londres en general que pudiera rivalizar con su encanto exótico.

—No le sienta bien el pelo corto —oyó que decía con el ceño fruncido, como si le hubiese leído el pensamiento. Rebecca alzó la barbilla con insolencia—. Y parece que los hijos lo haya alumbrado él, porque ya no tiene el aspecto fresco que le caracterizaba. Ha perdido la esbeltez de la juventud.

Sonny lo había visto exactamente igual que siempre salvo por el corte de la media melena oscura, pero fingió coincidir con otro cabeceo.

—Además de que no es apropiado llevar unas botas Wellington a una velada nocturna.

Los ojos de Rebecca emitieron un destello de complicidad.

—¡Eso es! ¿A quién se le ocurre? ¿Acaso no ha oído hablar de los zapatos Oxford un hombre que precisamente asistió a dicha universidad? ¡Qué manera de insultar el protocolo!

—Tanto o más lo ha insultado la señorita Gilmore con ese modesto cuello vuelto, más propio de carabinas que de jovencitas en busca de marido.

Rebecca chasqueó la lengua con desdén, conforme con su apreciación.

—Si vamos a hablar de vestidos, no podemos ignorar el absoluto despropósito de lady Glasford. ¿Cómo puede la mismísima anfitriona presentarse en una velada de esta importancia con un traje oscuro y de seda pesada?

—Estará de luto por su falta de sentido del humor... o por la ausencia de hombría de su marido, que todos sabemos que prefiere visitar a su hermana por las noches.

Rebecca se cubrió la boca con la mano para ocultar una carcajada malintencionada.

Sonny estuvo tentado de inflar el pecho con orgullo y corresponder el brillo que la risa había estampado en sus ojos con un guiño, con un gesto de ternura. Los momentos en los que se unían contra el mundo que había insistido en machacarlos una y otra vez eran infrecuentes, pero no imposibles de promover. Siempre que sucedían, Sonny regresaba a casa flotando en una nube de felicidad. Rebecca, en cambio, no tardaba en reparar con espanto en que se había dejado seducir por la malicia del señor Kinross, y menos todavía en actuar en consecuencia. Esta vez lo hizo borrando la expresión divertida de la cara y carraspeando con la severidad de una institutriz.

—Le sugiero que se marche antes de que alguien nos encuentre aquí a solas, señor Kinross —dijo con otro tono mucho menos cordial—. No deseo que me ponga en una situación delicada; especialmente ahora que le debo cierta fidelidad a mi pretendiente.

—Su pretendiente —repitió con las cejas arqueadas—. ¿Debo entender con eso que, a diferencia de la otra noche, ya no se opone a las galanterías del señor Strickland?

—No solo no me opongo, sino que he tomado la decisión de aceptar su mano tan pronto como me la ofrezca. Estoy segura de que siendo la esposa de alguien no me veré en situaciones de vulnerabilidad que me empujen a abandonar la estancia, como cuando...

«... cuando aparezca el marqués de Haverford», completó Sonny para sus adentros.

En lugar de acabar la reveladora frase, Rebecca apretó los labios, molesta con la constante traición de su boca, que desde siempre había tenido un tórrido romance con la verdad menos halagadora. Un romance imposible y sometido con la fiereza con la que su dueña los forzaba a callar y a mentir respectivamente.

—Así que ese es el asunto sobre el que quería reflexionar a solas —se obligó a comentar Sonny con relativo desahogo. Cruzó las manos a la espalda y se paseó alrededor de Rebecca sin llegar a acortar la distancia—. Tuvo que ir de maravilla su primera reunión a solas con el caballero.

Rebecca alzó la barbilla con el objeto de hacer respetar su postura.

—Una mujer no puede pedirle más a la vida que un hombre gentil como Strickland.

—¿Está segura de que es gentileza lo que busca? —Enarcó una ceja—. Si precisa mi

opinión...

—En absoluto.

—... creo que las mujeres apasionadas están condenadas al aburrimiento si se decantan por un talante insípido.

—Respetuoso no es sinónimo de insípido.

—Cierto. El sinónimo correcto sería neutral, y otro sinónimo que se me ocurre es «exento de pasión».

Rebecca se irguió con irritación, como cada vez que alguien le señalaba una verdad irrebatible. Le robó el aliento al llenar su escote con una profunda inspiración y entrecerrar los de por sí rasgados ojos de felino astuto.

—Pues yo estoy segura de que, en vez de aburrirme, el señor Strickland mantendrá a raya mi temperamento irascible y apaciguará mis terrores emocionales con su prudencia.

—Oh, por favor. —Puso los ojos en blanco—. ¿Y no será que a estas alturas se casaría con cualquiera que se lo pidiese, aburrido o no?

Era un comentario desafortunado cuanto menos, y lo último que Sonny pretendía era herir sus sentimientos o agrandar el abismo que los separaba. Pero a veces no podía evitarlo. El suyo era un carácter vengativo por naturaleza y orgulloso como el que más. Cuando, tras un par de desmanes por parte de Rebecca, llegaba al límite de su tolerancia, se sentía impelido a devolverle la fechoría con la esperanza de que sintiera solo la mitad de su desazón.

—No me casaría con usted, por ejemplo —replicó ella sin inmutarse.

—Sin embargo, no fui yo quien pidió su mano en matrimonio en pleno St James, sino cierta señorita —contraatacó con regocijo.

—Y todos los días doy gracias al cielo porque me rechazara. Dios me estaba protegiendo a través de su sabia negativa.

Rebecca trató de poner fin a la conversación encaminándose hacia la puerta, lo que ya tendría que haberle dado una pista de cómo se sentía cuando comenzaba a recordarle los sucesos del fatídico día: prefería exponerse a un encontronazo con Nile que seguir alternando con él.

Sonny impidió que se escabullera tomándola por el codo y acercándola a su costado para hablarle con una sonrisa taimada.

—¿Está segura de eso? ¿Dónde está Dios ahora? ¿Dónde se mete cuando, por obra de la coincidencia, tú y yo nos quedamos a solas?

Ella tragó saliva y lo miró de arriba abajo antes de detenerse en sus ojos. Escasas eran las ocasiones en las que se dignaba a sostenerle la mirada; era como si su rostro le trajera recuerdos insoportables.

—Dios siempre está entre nosotros, señor Kinross.

—Eso lo dudo —la pinchó él, inclinándose más sobre el hueco de su clavícula, expuesta

gracias al atrevimiento del vestido. A duras penas resistió la tentación de olisquearla como un perro famélico—, porque a veces ni siquiera el aire corre entre los dos.

—Eso no es culpa de la divinidad, sino suya y de quien lo crio para comportarse como un animal con las mujeres.

Rebecca no podía saberlo porque no se había molestado en conocerlo como él sí se había preocupado de conocerla a ella, pero los comentarios de esa índole le sentaban igual que una puñalada trapera. Al perder Sonny la solidez de su agarre, a la joven no le costó retomar su camino a la salida, dejándolo momentáneamente aturdido por el dolor del equivalente a una violenta bofetada. Evocó el rostro de su madre, que tanto se había esforzado por que fuese un hombre de bien, todo esto en vano. Al recuerdo de la expresión benevolente con la que la señora Kinross contemplaba a su hijo, se impuso una de sus otras miradas de soslayo, a caballo entre el recelo y la decepción, que le había lanzado una y otra vez.

Nadie lo había criado para comportarse como un animal con las mujeres: más bien lo contrario. Pero el ardor de su sangre se había impuesto a la educación consciente con una tiranía que nadie osaba discutir; ante la que incluso él era impotente.

Rebecca frenó a unos pasos de la salida al oír un par de voces masculinas al otro lado.

—... mi colección no es particularmente vasta —decía el conde de Glasford—. No obstante, juraría que mi hermano menor adquirió en su día el volumen en cuestión...

A través del velo difuso de la mirada y todavía aterido por la terrible pero justa acusación, Sonny vio que Rebecca rehacía el camino con los ojos fuera de las órbitas. Buscó por toda la estancia un rincón donde esconderse. A él no le quedó otro remedio que reaccionar, como exigía la situación, y tomar la misma dirección que ella. Se refugió tras las pesadas cortinas de damasco estampado, por fortuna opacas, que enmarcaban el único ventanal.

—¿Qué hace? —masculló Rebecca en cuanto coincidieron detrás de la columna de tela.

—Esconderme. Igual que usted.

—¡No tenemos que escondernos los dos! ¡Basta con que lo haga uno! ¡Nadie pensará que sea sospechoso que usted, precisamente usted, deambule por habitaciones solitarias!

Rebecca tuvo que acallar sus recriminaciones en cuanto la puerta se abrió y los caballeros se adentraron en la biblioteca con total seguridad.

—¡Qué modesto es usted, milord! —exclamó a quien Sonny reconoció como Howard Welles, un burgués que se había incorporado a la bella vida en sociedad apenas unos meses antes. En cuanto heredó una fortuna considerable, siendo precisos—. ¡Cuánto no me gustaría a mí tener a mi disposición un templo de la sabiduría como este!

Glasford se rio con placer culpable, modesto como era pese al linaje que le precedía.

—Dese tiempo, Welles, y ya verá que un día, sin comerlo ni beberlo, habrá acumulado tal cantidad de libros que se preguntará en qué momento ha sucedido.

—Me sorprendería, milord. Me parece a mí que colecciones de semejante calibre han de agradecerse al afán acumulador de numerosas generaciones de aristócratas. No podré legarle a mi hijo todo este conocimiento...

—Me estás pisando el vestido —le reprochó Rebecca en voz muy baja. Sonny agachó la mirada para confirmar que tenía que apartar el pie de la esquina de tela dorada.

—Será mejor que nos distribuyamos de otro modo para evitar percances.

En un abrir y cerrar de ojos, Sonny estuvo presionando con la espalda el cristal de la ventana y rodeando con los brazos desde atrás la cintura de Rebecca, que no pudo ni debatirse ni emitir queja verbal por la conversación que seguía discurriendo en la biblioteca. Él inclinó el rostro hacia el moño dorado de la joven y se abandonó a la caricia indirecta de los mechones sobresalientes.

—... en tanto que su hijo crece y se convierte en un mecenas de la literatura, siempre puede pasarse por aquí y tomar prestado el volumen de su preferencia —decía Glasford.

—¿Lo dice de veras?

Algo en el tono de los caballeros le decía a Sonny que no estaban manteniendo una conversación de besugos y que tampoco se dirigían el uno al otro con la fría cortesía que acostumbraba a ver —y deplorar— en sus allegados. Pero no podía concentrarse en el contenido de la charla cuando el cabello de Rebecca le hacía cosquillas en el mentón y lo único que impedía que su cintura se fundiera con la curvatura de sus nalgas era el volumen de la falda. Con gran tino, la joven había recogido el borde con las manos para que no volviese a arrastrar, si bien las cortinas sí lo hacían y habían podido cubrirlo en su totalidad.

—No se acerque tanto —oyó que mascullaba ella.

—¿Cómo pretende que quepamos, entonces?

—¡Es que no pretendo que quepamos! —rezongaba en voz baja—. Lo estará disfrutando.

—A lo grande —confesó él con una vaga sonrisa.

—Veo que ya se ha recuperado de mi última acusación. Ningún oprobio le cae tan mal como para sacrificar su lado coqueto en beneficio de la buena educación, por lo que veo.

—No soy rencoroso, señorita Wargrave —respondió, regocijándose en que su cabello rubio le rozara los labios al hablar. Olía a agua de rosas—. Quizá, si lo fuera, ya me habría dado por escarmentado con sus desprecios y me habría llevado mis encantos a otra parte.

—Pero le gusta sufrir, ¿no es así? —le reprochó.

Sonny supo antes de hacerlo que estaba cruzando un límite infranqueable, pero aun así movió las manos de la curvatura de sus caderas hacia el bajo vientre de la joven y se inclinó hacia delante para impregnarse los pulmones del aroma de su cuello.

Notó que la respiración de Rebecca se agitaba.

—No soy el único con esa afición de toda la sala, me temo —confesó con suavidad.

—... precisamente el señor Strickland me prestó *La suerte de Barry Lyndon* el otro día tras una conversación que mantuvimos sobre las joyas de la literatura más reciente.

Rebecca sacrificó el gusto de replicarle, como también el de apartarle las manos con impaciencia, para oír la conversación: le había rodeado los dedos con el propósito de arrancárselos igual que una espada del vientre, pero se le olvidó luchar contra él nada más oír el nombre de su pretendiente.

Y Sonny se tuvo que alegrar, porque ahora sus manos estaban en contacto.

—Tengo que devolvérselo; ¡lo devoré en apenas unos días! Con un poco de suerte, su señoría me concede unos minutos de su tiempo para charlar sobre el estilo de Makepeace Thackeray...

—Conque está usted en buenos términos con Cassius Strickland —comentó por lo bajo el conde de Glasford.

—Es difícil no estarlo, ¿no le parece? Se trata de un hombre íntegro, y su charla intelectual me resulta del todo placentera y revitalizante. ¿No coincide conmigo, milord?

—Bueno, sí... —contestó con ambigüedad—. No se pueden negar ni su elegancia ni su buen corazón. A fin de cuentas, es el gran benefactor de Londres, ¿no es así? Ha invertido buena parte de su fortuna en el hospital de enfermos de los bajos fondos, en viviendas para los huérfanos, en la educación de los niños excluidos por su clase social...

—¿Son imaginaciones mías, o creo intuir un «pero» en su comentario?

El corazón de Sonny se aceleró, y por un momento agradeció que Rebecca no estuviera del todo pegada a su pecho, o de lo contrario lo habría descubierto. Gracias a la descarada posición de sus manos percibió que se había tensado con el tema hacia el que viraba la charla.

—Han llegado a mis oídos ciertos... rumores. Conste en acta que no soy un hombre chismoso, pero hay habladurías cuyo escandaloso contenido uno no puede ni debe pasar por alto. A fin de cuentas, se ha de ser cauteloso a la hora de elegir con quién forjar amistades.

—Por supuesto, por supuesto. —Welles dejó correr un breve silencio por prudencia—. Es cierto que a mí también me pareció oír en White’s que debe una cuantiosa suma de dinero, pero opté por no creerlo cuando supe de su implicación en la construcción del hospital y el orfanato.

—No es una posible ruina económica a lo que yo me he referido, Welles, sino algo considerablemente más turbio —reconoció Glasford en tono lúgubre—. Dicen que se preocupa tanto de mejorar los recursos del East End porque ha tenido unos cuantos bastardos con prostitutas del barrio. Y si bien es cierto que algunos de mis conocidos e incluso caballeros a los que considero grandes amigos han engendrado criaturas con sus amantes, al menos las madres eran cortesanas de cierta categoría, no desharrapadas con sífilis. Ruego me disculpe por el vocabulario —añadió, apenado—. Me limito a contarle lo que sé con las mismas palabras con las que me lo transmitieron a mí.

—No se preocupe, milord; al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. ¿Cree

usted que el señor Strickland ha contraído la sífilis?

—Explicaría que no se haya casado aún a sus treinta y cuatro años. Es una edad un tanto sospechosa para permanecer soltero cuando se tiene un patrimonio desorbitado, ¿no le parece, amigo mío?

—Tengo entendido que está interesado en desposar a la honorable señorita Wargrave.

—¿Y no sería esa otra prueba de que, en efecto, padece el mal francés[14]? Si Cassius Strickland no tuviera una historia sórdida a sus espaldas, ¿no habría optado por una novia menos... cuestionable? Atractivo, aún joven, bien educado y rico como se presupone que es, podría permitirse hasta a la hija de un duque.

Con sumo gusto les habría ladrado que ninguna hija de ningún duque, zar ruso o *shōgun* tendría jamás el encanto y la pasión que la señorita Wargrave podría ofrecer en un matrimonio. Sobre todo despertaron sus instintos de defensa cuando sintió a Rebecca tensarse aún más entre sus brazos, como siempre que alguien la despreciaba. Muchos habrían opinado que el hecho de que todavía no se hubiera acostumbrado a su condición de paria denotaba una lamentable falta de adaptación al ambiente, incluso de supervivencia, pero para Sonny era encomiable. Se reconocía a sí mismo en su espíritu rebelde, en que ninguna injuria tuviera el poder de convencerla del todo de que no se merecía un reino entero.

Porque nadie podía convencerle a él de que no se merecía exactamente lo que quería.

Y lo que quería era a Rebecca Wargrave.

—Tanto como la hija de un duque... No sabría yo decirle —vaciló Welles, que finalmente se animó a aportar su granito de arena enredando aún más la maraña—. Conste que le respeto y hasta le admiro, pero no deja de ser un hombre de linaje incierto. Su repentina aparición en Londres desde la paupérrima Gales, y digo Gales y no la ciudad porque se desconoce hasta el rincón del que procede; el misterio que gira en torno a su infancia allí y a la cuasi milagrosa consecución de su fortuna... Esto le hace cuanto menos sospechoso de turbiedades, al menos en los primeros años, ¿no le parece a usted?

—Lo mismo podría decirse de usted, Welles, que también se enriqueció de la noche a la mañana y para colmo tiene el mal gusto de pasearse de aquí para allá observándolo todo como un pueblerino deslumbrado —masculló Rebecca por lo bajini—. Desde luego, la envidia es el tributo que la mediocridad paga al genio.

—... no es un rumor muy extendido —oyó que continuaba Glasford en tanto que se dirigía a una de las estanterías. Lo supo por la proximidad de sus pasos, más o menos aplacados por la moqueta—, así que le recomendaría, sobre todo por el bien de Strickland, de la señorita Wargrave y hasta del suyo propio, Welles, que nadie se enterase por su boca. No me cabe la menor duda de que si no es *vox populi* se debe a que Cassius ha comprado el silencio de algún

que otro chismoso con una bolsa de monedas. Si me permite darle un consejo, de perro viejo a joven cándido que apenas se adentra en el *beau monde*...

—Faltaría más, milord. Soy todo oídos.

—No subestime jamás el poder de un hombre influyente. Demuestre que elige muy bien sus amistades y sus enemigos procurando codearse con los acaudalados, pero más aún con los peligrosos... ¡Ah, aquí lo tengo! ¡*Coningsby* de Disraeli! ¿Ve, Welles? ¡Mi hermano ve una novela política y no puede resistirse a traerla a casa...!

Las voces de anfitrión e invitado se fueron extinguiendo en su retroceso hacia la salida. Para cuando Glasford cerró la puerta tras de sí, los ecos ya se habían desvanecido del todo y se podía escuchar con claridad cristalina la respiración agitada de Rebecca.

Sonny podría haber soltado un comentario no del todo inoportuno, pero sí desagradable, como un paternalista «¿Sigue usted pensando en desposar a Strickland después de lo que ha aprendido esta noche?». No obstante, optó por guardar silencio y dejar que fuera ella la que tomara la palabra, si es que no estaba demasiado impactada por el descubrimiento.

Rebecca demoró en apartarse de Sonny, mérito que se habría atribuido si su lentitud no se hubiese debido más al shock que al deseo de permanecer a su lado. Salió de su escondrijo tras las cortinas, pálida como un fantasma y a la vez ardiendo por la indignación.

Solo en Rebecca Wargrave era posible aquella combinación de expresiones contrarias.

Viendo que no iba a romper el silencio, Sonny inquirió en voz alta:

—¿No me va a preguntar si es cierto que Strickland me debe dinero? Seguro que sabe que todas o casi todas las deudas de Londres pasan por la libreta de cuentas de mi club.

Rebecca sacudió la cabeza.

Que fuera reacia a conocer la verdad le extrañó.

—Son solo rumores desafortunados.

—¿Va a concederle el beneficio de la duda? Qué impropio de usted.

Ella se giró hacia él, recuperada ya la energía, para acusarlo con la mirada.

—Si lo dice en ese tono incrédulo porque a usted no se la he concedido nunca, ahí se equivoca. A diferencia de otros que yo me conozco, el señor Strickland nunca ha sido nada menos que amable y respetuoso conmigo. Por supuesto que no voy a arrojarlo a las vías del tren a la menor ocasión. No sin darle antes la oportunidad de defenderse.

—¿Pretende interrogarlo al respecto?

—Bueno... —vaciló—. Tal vez no. O sí... ¡No es de su incumbencia!

—Si me debiera dinero a mí, a mi padre o a alguno de mis clientes habituales, algo que estoy dispuesto a clarificarle ahora mismo si deseara saberlo, desde luego que sería de mi incumbencia —insinuó con malicia.

No pudo seguir hablando porque Rebecca sacudió las manos en el aire, impaciente, y se

encaminó a la puerta.

—No me fío de su palabra más de lo que confío en el señor Strickland. Incluso si me enseñara sus facturas, me sentiría inclinada a pensar que son antiguas y solo quiere darle mala fama... ¡como el conde de Glasford! —sentenció con la mano en el pomo. Encaró a Sonny con una invitación implícita a desafiarla, si es que se atrevía; si es que *podía*, más bien—. Cassius es un buen hombre, me lo dice mi intuición, y eso es lo único que importa.

»Eso y que va a ser mi marido.

Capítulo 5

Como era su deber, Sarah Reeves estaba aconsejando a sus alumnas un *modus operandi* de cara a la velada de aquella noche. Rebecca lo sabía porque reconocería el tono razonable del que se valía para argumentar sus posiciones, pero no porque la estuviese escuchando con atención. Tenía la vista perdida en el paisaje urbano que se apreciaba a través de la ventanilla del carruaje.

Al imaginarse distraída, negándole el merecido interés a la maestra de costura, no se irritó tanto como al visualizar su ceño fruncido. Por acto reflejo, se enderezó bruscamente y se llevó la mano a la frente, donde trató de alisar las líneas de expresión como si de las arrugas del vestido se tratase.

Debía aprender a sumirse en sus pensamientos sin que esto afectara a su ceño. Era primordial no adelantar las señales de la vejez. Sería justo lo que le faltaba: adentrarse en ella prematuramente. Pero ¿con qué otra actitud iba a enfrentarse a las acusaciones que había oído en la fiesta de los Sheraton? No con una flamante sonrisa, eso por descontado.

Se estaba esforzando lo indecible por no caer en el pesimismo, y no siempre lo conseguía. A lo largo de la última semana, cada vez que los presuntos bastardos de Strickland le venían a la mente, se obligaba a levantarse del asiento y dar una vuelta por los modestos jardines de la mansión de los Wargrave, acudir en busca de un criado para que jugara con ella al ajedrez e incluso entablar una conversación por voluntad propia su odiosa cuñada. Lo que fuera con tal de ahuyentar los peores presagios.

Para colmo de males, la ahora señora Wargrave no tenía un pelo de tonta —nunca lo había tenido— y señalaba lo insólito de su interés por alternar con su característico e indecoroso sentido del humor. Al cabo de unos días de levantarle las cejas con la esperanza de que Rebecca le explicara el porqué de su ánimo dicharachero, al fin Verity se arriesgó a indagar de la única forma en que sabía indagar cuando se trataba de su archienemiga: echando más leña al fuego o, dicho de otro modo, acusándola de algo o espantoso o inconcebible para que sintiera la necesidad de defenderse.

—¿Has perdido una apuesta y por esta razón me diriges el saludo? ¿O, Dios no lo quiera, estás empezando a hacerte a la idea de que pasarás conmigo el resto de tus días si al final no desposaras al señor Strickland y has decidido adoptar otra actitud con la señora de la casa?

—¿Por qué no iba yo a desposar al señor Strickland, si puede saberse? —había contraatacado Rebecca, de por sí erizada y ahora más inquieta aún por si se había dado a conocer el supuesto talante del empresario.

—Bueno, querida... No quiero ser yo quien te lo recuerde —había contestado Verity, batiendo las pestañas y el abanico a la vez. Siempre estaba sofocada—, pero llevas dos partidas perdidas en el juego del amor. Si atendemos a la experiencia o a la mera estadística, es más que probable que te salga el tiro por la culata... —Hizo una pausa para morderse el labio y le dirigió a Rebecca una mirada que no era ni de lejos de disculpa—. No le dirás a Harding que te he provocado primero, ¿verdad? Por favor, haré lo que sea para que me guardes el secreto.

Habría estado encantada de regocijarse en el reciente poder que ostentaba sobre la señora Wargrave de no haber sido porque la preocupación que protagonizaba Strickland era prioritaria. En lugar de frotarse las manos, orgullosa de encontrarse a un despacho y cuatro palabras bien dichas de provocar una discusión entre los recién casados, soltó:

—¿Cuál es tu opinión sobre Cassius Strickland? ¿Crees que es un buen hombre?

Por si acaso los ojos como platos de Verity no hubieran sido lo bastante expresivos, se le escapó una interjección que encapsulaba lo sorprendente de que Rebecca quisiera conocer su parecer.

—Oh. Bueno... —Había cerrado el abanico y lo había apoyado sobre el regazo con aire pensativo—. Ahora que me paro a meditarlo, tu hermano y él son los únicos hombres que no me han hecho la corte. Mejor dicho —prosiguió, envalentonada—, y considerando que ahora estoy casada con Harding, me atrevería a decir que el señor Strickland es el único caballero en toda Inglaterra que jamás ha flirteado conmigo. Siempre me ha tratado con la más estricta cortesía.

—En eso no nos diferenciamos —había murmurado Rebecca con amargura.

Verity no desaprovechó la oportunidad de indagar.

—¿No te divertiste cuando te llevó de paseo en calesa?

—Claro que sí. Es un hombre seguro de sí mismo y muy inteligente, lo que hace las delicias de su conversación, y que se muestre respetuoso en todo momento evita que me sienta intimidada, pero cierto es que no hubo flirteo ni sentí que estuviera... —Al caer en la cuenta de que era Verity quien atendía a su exposición de los hechos con mucha atención, se envaró de golpe y espetó—: ¡Y no tienes por qué meterte en mis asuntos privados! ¡Te he preguntado simple y llanamente cuál es tu parecer acerca de su señoría, no te he prometido ningún relato de mis romances!

Se levantó del asiento y se marchó de allí, contrariada, para evitar otro rifirrafe que pudiera enturbiar el buen ánimo con el que su hermano aparecería a la noche. Bien podía encontrar insoportable a su cuñada, pero desde la boda se había resignado a evitar por todos los medios convertir la vida de Harding en un infierno. Y no por falta de ganas, pues era tan pueril como se la presuponía, sino porque eso era exactamente lo que él y su pariente esperaban de ella y Rebecca no se habría perdonado ser tan predecible.

Apartó un momento la vista de la ventanilla y posó la mirada en la señorita Reeves, que

seguía sentando cátedra sobre el modo correcto de responder a las invitaciones a bailar.

Como si no lo hubiera explicado cientos de veces antes.

Pobre mujer.

Se compadecía de sí misma y de la otra alumna rezagada y presente en el viaje de regreso de la modista, Quitterie Tandye, por tener que someterse una vez más a las rígidas normas de una temporada social. Pero si se paraba a pensar en la tediosa tarea de repetir una y otra vez las mismas lecciones a un par de muchachas sin pronósticos optimistas, también se lamentaba por sus maestras. Más que nada porque hasta ellas sabían que trataban de arrastrar hacia su cómodo autoengaño a dos criaturas incasables. En el landó flotaba una verdad irrefutable, y es que el problema de que Rebecca y la francesa no hubieran hallado marido no residía en su incapacidad para asimilar que no se podía bailar con el mismo hombre más de tres veces, sino en algo que escapaba al control tanto del profesorado como del alumnado.

Sarah Reeves no podía arreglar ni su reputación marchita ni el carácter esquivo de la señorita Tandye.

Y, aun así, seguía parloteando sin descanso con una esperanza en ellas tan conmovedora como absurda.

—Recordad que ciertas miradas y algunas sonrisas pueden ser entendidas como una coquetería —repetía—, y que aunque durante un baile no sea educado mantener conversaciones que vayan más allá de las cortesías mínimas, de ningún modo se debe sustituir la ausencia de palabra por una mirada prolongada o una sonrisa elocuente. Un hombre podría sentir que lo estáis invitando a pasar un rato a solas en el jardín...

Rebecca estuvo a punto de bufar, molesta porque el sentido común formara parte de la lección. ¡Como si ella fuera a convidar a un hombre al jardín!

Aunque, si repasaba su pasado reciente, no necesitaba extender invitaciones para salir a tomar el aire en compañía. La señorita Reeves estaba olvidando mencionar que había hombres que no necesitaban miradas prolongadas o sonrisas elocuentes: se bastaban con su plena libertad y el capricho de lo que se le cantaba en las narices para perseguir a una mujer al exterior. Prueba de ello era la existencia de Sonny Kinross.

De nuevo con el ceño fruncido, ahora por motivos no mucho más agradables, echó un vistazo a la ventanilla. El corazón le brincó en el pecho al reconocer la esbelta figura dorada de Cassius, que caminaba con seguridad y cierta prisa por la acera. No le costó ubicarse en St James, una de las principales calles del West End de paso obligado cuando se pretendía acceder al corazón de la ciudad.

Se impulsó en el asiento y, con las manos apoyadas en el cristal, aprovechó que el carruaje se había detenido para concederle el paso a unos viandantes y observó muy de cerca sus movimientos. Rogó para sus adentros que su objetivo fuera, como decían los italianos, *fare una*

passeggiata, y no irrumpir en el club de pugilismo que regentaba el hombre que había insinuado conocer su estado financiero.

Por desgracia para ella, el carruaje volvió a ponerse en marcha en el preciso momento en que el guardia de la puerta del establecimiento le abrió a quien parecía un cliente habitual.

Rebecca se aferró a la fina muselina del vestido de mañanas. ¿Qué podía hacer Cassius Strickland a una hora tan temprana en un lugar donde, nada más salir la luna, se desarrollaban peleas sangrientas? ¿Qué podía hacer alguien allí en general? Asistir a uno de los espectáculos que el tarado de Sonny denominaba «arte» no, eso seguro. Y le constaba que Strickland no practicaba boxeo, o de lo contrario su hermano, un gran aficionado, le habría comentado que habían coincidido en alguna ocasión.

—¡Pare el carruaje! —exclamó Rebecca con voz aguda.

—¿Parar? —Sarah Reeves miró por una ventanilla y por la otra con visible desconcierto—. ¿Aquí? ¿Por qué...? —Perdió todo color en las mejillas al asociar el barrio de St James con Rebecca. Sí, había hecho la misma asociación que todo Londres: el beso bajo la lluvia de (o con) Sonny Kinross—. Señorita Wargrave, no creo que sea adecuado...

—Volveré andando —decidió, y abrió la portezuela para salir a toda prisa.

La señorita Reeves se lo impidió agarrándola de un brazo.

—¡Pero Rebecca...!

Miró a la maestra por encima del hombro, y algo tuvo que ver ella en su expresión, una determinación capaz de mover montañas o la promesa de que haría correr la sangre si la frenaba de nuevo, porque no osó oponerse de nuevo.

—No voy a hacer nada que no haya hecho antes... ni tampoco algo que haya hecho antes, por otro lado, porque no pienso repetir el escándalo que usted ya sabe. Solo pretendo entrar en un establecimiento blindado por la seguridad y repleto de sirvientes para charlar con un buen amigo. Eso es todo.

Eso no era todo. Nunca era todo cuando involucraba a una joven soltera. Seguía siendo escandaloso. Pero la señorita Reeves no era como la señorita Vallans, la maestra de literatura: la segunda la habría agarrado del escote trasero del vestido o de las mismas orejas y la habría inmovilizado contra el asiento, empleando tácticas persuasivas aún no conocidas por el hombre —pero sí por ella—, hasta sacarle de la cabeza su absurdo afán investigador.

La señorita Reeves era tal y lo que uno pensaba al verla, tan redonda y sonrosada: un alma cándida que no mataría a una mosca. Y la señorita Vallans era todo lo contrario a lo que uno imaginaría al admirarla de lejos, tan bella y distinguida: un animal de sangre fría.

Rebecca le lanzó una mirada de resignación a la rígida Quitterie antes de salir. En cuanto puso un pie en la acera, emitió un suspiro autocompasivo y echó a andar hacia la breve pero no por ello modesta escalinata que conducía al portón.

Cuántas veces no había soñado con que la señorita Tandye se comportaba como Clarissa o Prim, las dos grandes amigas de Verity. Siempre había querido una compañera de aventuras intrépida y con sentido del humor para replicar sus comentarios mordaces, pero Dios le había ofrecido todo lo contrario: a una niñita insípida, con mudez transitoria y consumida por el miedo a su padre que no podía llamar siquiera confidente, porque las escasas ocasiones en las que había tratado de contarle a Quitterie alguno de sus desvelos, esta no se había molestado en escucharla. Había levantado la cabeza al cabo de tres cuartos del monólogo con aquel gesto suyo de habitar una realidad distinta, con esa cara de desorientada que tanto la sacaba de quicio, y había tenido la osadía de musitar: «¿Me estabas diciendo algo?».

Rebecca sacudió la cabeza y se presentó a las puertas de peor humor si cabía.

Aquel debía de ser el único establecimiento de St James que respiraba aliviado gracias a la protección de un hombre, y no era un hombre cualquiera, sino un tipo de dimensiones únicas y con la tez tan morena como la de un gitano. Debía de ser gitano, se corrigió Rebecca, comprometida con la verdad de su aspecto. Esta consideración cruzó su pensamiento sin otra connotación, solo como un hecho descriptivo.

Pero estuvo a punto de describirlo como un auténtico imbécil cuando este le dirigió una sonrisa ladeada de gozoso reconocimiento.

—La brava Julieta —comentó con regocijo—. Nunca me atreví a soñar con volver a verla. Pensaba que las mujeres de clase se permitían como mucho una travesura en la vida.

—Antes que mujer de clase, soy humana, y ya sabe que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra... Incluso si la piedra tiene el tamaño de este infame edificio. Dicho esto —se llenó los pulmones de aire—, voy a pasar con o sin su permiso.

—No le hacen falta bravatas para cruzar el umbral, doña Capuleto —siguió mofándose en tanto que le abría despacio con una venia del todo burlona—. Para usted siempre habrá un lugar dentro de esta casa.

—Gracias —prácticamente lo escupió, y esperó a estar refugiada en la silenciosa calidez del recibidor para añadir en voz baja—: Imbécil.

Enfocó la mirada en el pasillo que la precedía en busca de los rígidos hombros del señor Strickland. Lo había visto acceder misteriosamente con sus propios ojos, pero no había ni rastro de él en las estancias comunes. En el salón de juegos, reconocible por sus tapetes de fieltro y los valets uniformados, apenas había una pareja de caballeros a las puertas de la ancianidad discutiendo si se habían hecho o no trampas en la partida; en el espacio reservado a los tentempiés, las copas y la buena conversación no había un alma por razones horarias.

Rebecca inspiró hondo para controlar un exabrupto impotente.

No le quedaría otro remedio que bajar al sótano, donde Kinross padre y Kinross hijo habían levantado los cuadriláteros que cada noche de apuestas les llenaba los bolsillos. Había quien

pagaba con religiosidad la inscripción del club por el gusto de tener donde ir a tomarse un brandy o reunirse con amigos sin ceñirse a la exigente etiqueta que imponían otros clubes más selectos, como White's, pero lo que de verdad había cubierto de gloria el apellido Kinross y multiplicado el oro de sus arcas era la violencia de los rings.

Allí se dirigió Rebecca con la sensación de estar haciendo una estupidez de proporciones similares a la que terminó de arruinar su buen nombre, una sensación que despreciaba con especial ahínco. No le gustaría tener que describirse como una estúpida, pero debía reconocer que había acumulado suficientes experiencias bochornosas para merecer el apelativo. Y ahí estaba ella una vez más, persiguiendo a un hombre —que, la verdad fuera dicha, no le importaba — con el objetivo de averiguar unos secretos que en el fondo le aterraba conocer, para lo cual debía adentrarse en las entrañas de un edificio que le traía terribles recuerdos y con el riesgo de tropezar con el mayor estúpido de la historia de los estúpidos.

Porque por supuesto que se hallaba presente, se lamentó Rebecca al reconocer la silueta de Sonny Kinross. Iba desnudo de cintura para arriba, tenía los nudillos protegidos por unas vendas cuyo extremo había olvidado anudar, puesto que colgaba por un lado, y trotaba sutilmente de un lado al otro para confundir a su rival, otro tipo de la misma guisa.

Rebecca decidió no saludar para ahorrarse la irritación. Buscó a Cassius entre la concurrencia, que, aun escasa, era suficiente para confundir la visión de una mujer agobiada.

Bendita fuera su ingenuidad por pensar que podría pasar desapercibida e irse por donde había venido al confirmar que Strickland había desaparecido. Alguien dijo el nombre de la señorita Wargrave y, como si fuera un perro entrenado para atacar a la mención de una señal muy concreta, Sonny hizo un quiebro con el cuello en su busca.

Odió la sonrisa lobuna que torció sus labios. Odió la huella de sudor que el ejercicio le había formado en el arco de Cupido y que él retiró con la punta de la lengua. Odió el regocijo de su mirada cuando detalló su atuendo, apenas un simple vestidito celeste. Odió que un mechón de pelo castaño oscuro le cruzara la cara, improvisando un flequillo que podría haber sido acusado de melancolía en alguien que no tuviese un carácter fundamentalmente travieso.

—¿Qué habré hecho yo para merecer esta visita? —exclamó, extendiendo los brazos.

Odió también su efusividad, y odió, sobre todo, que nadie, jamás, la hubiera recibido nunca con tanto entusiasmo.

—Nada salvo haber madrugado, algo que me extraña bastante viniendo de usted.

—Me ha servido para confirmar que, a quien madruga, Dios le ayuda. —Entrechocó los nudillos como un niño tan emocionado que no podía parar quieto—. ¿En qué la puedo ayudar, señorita Wargrave?

¿La podía ayudar?, se preguntó ella, a caballo entre la exasperación y el cansancio. Se resignó a acercarse, sintiendo los ojos de todos los pugilistas a su alrededor.

A esas alturas no le preocupaba tanto su reputación como la del señor Strickland, y, en cualquier caso, los hombres con músculos hiperdesarrollados y sed de sangre que no se sonrojaban llevando el torso al aire en público no pertenecían a ninguna casta de aristócratas. Eran gentes humildes que habían encontrado desahogo o entretenimiento en un ring.

Nadie por quien cuya opinión debiera preocuparse, en definitiva.

—Me ha parecido ver entrar al señor Strickland —le dijo en voz baja en cuanto frenó a los pies del cuadrilátero. Sonny se había arrodillado y había apoyado los brazos en una de las gruesas guedejas que seccionaban el cuadrilátero para mirarla de frente—. Asumo que no ha venido para charlar contigo —añadió en un tono diferente, extraño, casi de reproche por exhibirse semidesnudo y sudando, por tener los músculos tan hinchados que el relieve de los tendones había aflorado en sus gruesos brazos.

A veces se le escapaba el trato informal con Sonny, pero no le daba importancia porque lo creía lógico. Los dos habían cruzado tantas veces y de tantas maneras distintas los límites del decoro que lo antinatural habría sido hablarse con distancia cortés...

... Aunque a Rebecca le habría gustado ponerla físicamente en ese momento.

El sudor había acentuado los aromas naturales del cuerpo de Sonny, expuesto de un modo escandaloso, y se sentía incómoda con las emociones que le provocaba.

Ninguna de ellas era repugnancia.

—Si el señor Strickland hubiera venido, me lo habrían informado. ¿No será que lo ves hasta cuando cierras los ojos, ahora que sospechas que podría no ser oro todo lo que reluce? —Rebecca se negó a responder apretando los labios. Sonny, que estaba muy por encima de la ofensa dirigida contra él y más lejos todavía de despreciar las niñerías de la joven, lanzó un suspiro colmado de ternura y la tomó de la barbilla para que lo mirase—. Estás preocupada, ¿no? Quieres confirmar o desmentir lo que escuchaste.

Ella se zafó de su caricia girando la cara.

—Incluso si así fuera, no es asunto tuyo.

—Y, sin embargo, soy yo el malvado usurero que en teoría colecciona pagarés expirados con su nombre y su apellido... y soy yo el hombre influyente y voluntarioso, con decenas de informantes en las calles, que podría ayudarte a resolver este entuerto. Fíjate en lo sabia que es la providencia, trayéndote hasta aquí por piernas cuando tu dura mollera se niega... ¡Es una señal!

—Me niego a pensar que nada relacionado contigo sea una señal... a no ser que hablemos de una señal apocalíptica a la altura de las diez plagas de Egipto.

Sonny se enderezó para mirarla con sorna a través de las pestañas.

—Nunca le he visto yo lo malo a lo que la Biblia vende como un peligro indeseable. Me tienta mudarme a Sodoma y Gomorra, que prometen diversiones paganas, y me habría enamorado de la traicionera Dalila, con sus ardides incluidos; ¿por qué no iba a entender el Apocalipsis también

como una delicia bienvenida, solo que disfrazada de amenaza? ¿No será el fin del mundo igual que las ciudades prohibidas o las mujeres pertinaces; una gloria no apta para los débiles de espíritu o los paladares pobres?

Rebecca se obligó a poner los ojos en blanco, aun cuando jamás había podido despreciar los románticos soliloquios de Sonny, de un valor único.

—Ya vuelves a desvariar.

Él suspiró con una mano en el pecho.

—La belleza me inspira.

Rebecca se cruzó de brazos y dio un paso atrás por supervivencia, cada vez más incómoda con el hecho de que Sonny estuviera desnudo. Estaba intentando con todas sus fuerzas no saciar su curiosidad por el aspecto del cuerpo masculino evitando mirarlo de arriba abajo, pero aunque hubiera clavado la vista en su rostro, la visión periférica hacía de las suyas incitándola a fijarse en sus volúmenes. Aprovechó que alguien llamaba a Sonny a gritos y él levantaba la cabeza para recorrer con una mirada ávida los relieves de la zona pectoral. Tenía los pezones minúsculos, muy distintos a los de una mujer, los músculos de la espalda le sobresalían por los costados, como las aletas de un animal marino, y su piel, que ya sabía bruñida, parecía ahora más oscura de lo que habría imaginado.

No había nacido así, o le habría llamado la atención al conocerlo. ¿Cómo había conseguido, pues, que adquiriese esa tonalidad? ¿Acaso se tendía desnudo al sol?

Se forzó a tragar saliva al darse cuenta de que se le había secado la boca y apartó la vista deprisa para volver a centrarla en su rostro. Seguía vociferando quién sabía a qué al tipo que lo había interpelado sin cortesía alguna; desde su posición, Rebecca pudo apreciar la tensión de la vena del cuello, la discreta pero interesante hendidura en la que desembocaba entre las clavículas, las protuberancias hinchadas por el ejercicio que eran los hombros.

Tenía lunares, se sorprendió.

¿Todos los hombres tendrían lunares bajo la ropa?

—¿Por dónde íbamos?

Rebecca respingó al recibir de nuevo su atención, como si alguien hubiera disparado un cañón. Se ruborizó inevitablemente, consciente de que había cometido una infracción terrible al recrearse en un físico masculino.

¡Y en el suyo, para colmo!

Solo el orgullo y el convencimiento de que Sonny la había cazado —su expresión gozosa no daba lugar a dudas— la ayudó o más bien la instó a recomponerse.

—Íbamos por la parte en la que te decía que puedes irte al infierno con tu adorable disposición a ayudarme —masculló con desdén, más del habitual y esta vez inmerecido, tan solo avivado por la vergüenza—. Averiguaré si es o no cierto por mis propios medios.

Sonny se apartó el flequillo de la frente con los dedos que asomaban entre el vendaje.

—Y supongo que tus investigaciones empezarán y acabarán preguntándole al fulano si ha sido padre de un bastardo con una puta sifilítica, ¿no?

—¿Por qué tienes que emplear un vocabulario tan soez?

Sonny se defendió sacándole la lengua con una mueca divertida.

—Porque saltarse las normas del decoro agrega pasión al asunto... y porque me gusta que me regañes. Vamos, Rebecca... —Se agarró a la gruesa cuerda del ring, y, sin soltarla, se balanceó como una joven enamorada hacia delante y hacia atrás—. A no ser que te importe un rábano que pueda ser verdad, y, entre tú y yo, a ti no te ha importado un rábano absolutamente nada en esta vida, soy la única salida. No tienes dinero para un detective privado, y sabes que en el preciso momento en que le dijeras al mayestático Wargrave que Strickland puede contagiarte una enfermedad mortal en la noche de bodas, se las arreglaría para borrarlo del mapa solo por si acaso.

»Soy la persona indicada para echarte una mano —determinó, y acompañó su sincera conclusión de una mirada solemne—. Déjame hacerlo.

Capítulo 6

Por desgracia, no estaba diciendo nada que Rebecca no hubiera pensado antes.

—No eres la persona indicada ni para fugarme a Gretna Green por despecho, así que discúlpame si no coincido con tus planteamientos.

Sonny levantó las cejas.

No le gustaba cuando hacía ese gesto. Parecía más inocente de lo que era, más accesible y, por tanto, digno de empatía y consideración. Para colmo, le despejaba los ojos de tal modo que no le quedaba otro remedio que aceptar que eran de una tonalidad única en la paleta de colores y por eso mismo irrepetible.

La palabra indicada para describirlos era «anómalos».

—Entonces no permites que te ayude porque sigues molesta conmigo por aquello.

«Aquello», repitió para sus adentros.

Qué fácil le resultaba a todo el mundo reducir sus tragedias a una palabra abstracta.

—Y por cien mil razones más.

—Pero la cien mil y una pesa el doble, según parece —reflexionó sin quitarle la vista de encima.

—¡Kinross! —se quejó su compañero de combate. Era un tipo de aspecto tosco y con el físico de un gorila. Rebecca se encogió sin darse cuenta nada más mirarlo—. ¿A qué esperas para volver al ruedo? ¿Es que te doy miedo o qué? ¿Te has acobardado, superestrella?

Sonny ni siquiera se giró a mirarlo. Nadie existía más allá de ella.

Rebecca reconocería esa expresión pensativa en cualquier parte. Era la que se le ponía cuando empleaba todos sus esfuerzos en salirse con la suya.

—Perdóname ahora —le dijo en tono imperativo.

La cazó con la guardia baja.

—¿Disculpa?

—Te he dicho que me perdones, no que me pidas perdón.

Rebecca se envaró.

—Y yo he manifestado un exagerado asombro hacia tu osadía, y no porque me sorprenda a estas alturas. Estaba haciéndome la sorda para darte la oportunidad de corregirte antes de recibir todo el fuego de mi ira, que, como bien sabes, no es escaso.

Sonny sonrió de oreja a oreja como si encontrara tremendamente divertido su dramatismo, algo muy frecuente en él pero que ella aún no había terminado de asimilar.

Nadie reaccionaba de un modo tan sano y natural a sus demostraciones de carácter. Harding lanzaba suspiros y se encomendaba a Dios murmurándole lamentaciones al cielo, Verity ponía los ojos en blanco y sus maestras meneaban la cabeza con desaprobación. En general, sus allegados se sentían con la potestad de dar su opinión, cuando no escarmentarla lección moral a través. Sonny, en cambio, nunca había tenido ese atrevimiento...

... claro que sí se había concedido todos los demás.

—Si me perdonas —le explicó como si hablara con alguien con dificultades para el aprendizaje—, serás libre de aceptar mi ayuda sin poner en jaque tu orgullo.

—¿Acaso no pondrá en jaque mi orgullo el mero hecho de disculparte? —Enarcó la ceja.

Sonny volvió a entrechocar los nudillos vendados.

Era un niño impaciente por marcharse a jugar.

—Si así fuera, le habrían ganado las partidas de ajedrez a Jesucristo alrededor de setenta veces siete, el mismo número de veces que la Biblia reza que se debe perdonar.

—No te atrevas a meter las Sagradas Escrituras en esto, blasfemo idiota.

—Me ha parecido que venía a cuento; hace un rato mencionábamos el Apocalipsis, ¿no? Y ¿en serio? ¿Blasfemo idiota? ¿Qué funciona como adjetivo y qué funciona como sustantivo en ese sintagma nominal? —Viendo que Rebecca no se dignaba a contestar, insistió con una mano en el pecho—: Te pido perdón, honorable, alucinante, magnífica, MAYESTÁTICA señorita Wargrave. Ahora —dejó caer el brazo y la enfrentó con una mirada que podría haberla atravesado—, perdóname.

—¡No! —exclamó, ofendida con su descaro—. ¡Y menos aún cuando te burlas de mí así!

Sonny suspiró.

—No querías casarte conmigo, Becks. ¿Cómo ibas a querer, si ni siquiera disfrutas de nuestras coincidencias, de mi compañía, de mi conversación? Te habrías arrepentido de haberte dejado llevar por un impulso nada más comenzar el viaje a Escocia, y me habrías culpado a mí acto seguido por no comportarme como un caballero honorable negándome a tu autodestructivo capricho.

—¡Eso no puedes saberlo con certeza!

—Ni tú tampoco.

—¿Qué importa? La cuestión es que digas lo que digas y hagas lo que hagas, no pienso perdonarte.

—En ese caso —señaló con el pulgar a su impaciente contrincante—, voy a dejarme pegar por ese tipo de ahí hasta que cambies de parecer.

Rebecca perdió durante un instante el eje, impresionada por la expresión.

«Dejarse pegar».

—¿Qué?

—Lo que has oído.

Ni corto ni perezoso, Sonny se impulsó usando la elasticidad de las cuerdas para dirigirse a su oponente. Al principio, Rebecca no pensó que hubiera hablado en serio, pero debería haber imaginado que el hecho de que sus promesas o advertencias no tuvieran el menor sentido no quería decir que no fuera a cumplirlas a rajatabla. Pestañeó repetidas veces, no sabía si más perpleja por su absurda decisión o aturdida por el modo en que sus músculos se movieron al colocarse en posición defensiva ante su compañero de ejercicios.

Rebecca volvió a observar el impresionante físico del sujeto, ahora con el jesús en la boca. Se trataba de una monstruosidad de carne magra. Le sacaba una cabeza a Sonny —lo que ya era decir— y alrededor de veinte centímetros a lo ancho. La hipermusculación de la espalda otorgaba a sus costados aspecto de paréntesis aun visto de frente. Tenía el lomo de un toro; la rígida y pronunciada curvatura de las cervicales parecía enterrarle la cabeza entre los hombros. El exceso de vello oscuro, repartido en zonas del cuerpo donde Rebecca nunca pensó que pudiera crecer el pelo, le habría asemejado más a un gorila que a un humano si no contemplara el mundo a través de unos cálidos ojos castaños.

No quiso preocuparse por Kinross por una sencilla razón: incluso ella, que no tenía el menor interés en los combates cuerpo a cuerpo, había oído hablar de la condición invicta del futuro dueño del club. Pero, entonces, el oponente lanzó un primer golpe con el puño crispado; la clase de golpe que hasta Rebecca podría haber esquivado valiéndose exclusivamente de la agilidad y concentración mínimas.

Sonny no lo hizo, sin embargo.

Respingó, asustada, al oír el crujido que emitieron los nudillos del contrincante al incrustarse en la carne de Sonny. En lugar de lanzar un alarido, la víctima apretó los ojos y los labios con fuerza para no perder la compostura en público.

Verlo palidecer la atrajo de un modo morboso. No porque disfrutara siendo partícipe del sufrimiento de un ingrato, sino porque en general siempre le habían interesado desde un punto de vista antropológico las discusiones violentas, el descontrol; la humanidad en su estado más puro, que no era otro que el animal.

—¿Me perdonas ya? —le preguntó Sonny, aún tambaleándose por el efecto del golpe.

—¿Qué? —balbuceó ella—. ¡Cla... claro que no!

Pero temió por su vida cuando el oponente volvió a arrojar un puñetazo, y esta vez no a su vientre, sino directo a su hombro. Rebecca oyó un chasquido inquietante. Todo el vello se le puso de punta.

Abrió la boca para exigir que se detuvieran de inmediato, pero los años de experiencia tratando con aquel canalla le dijo que aquello solo era una puesta en escena y que él mismo se

detendría cuando quisiera. Se aferró en su lugar a la indignación de que creyera que podía redimirla simplemente dejándose golpear.

«Tú solo te redimirás conmigo si es a mí a la que le permites zurrarte», pensó con desdén, pero la pulsante incredulidad luchaba por imponerse al resto de emociones. Incredulidad porque, si bien Sonny estaba curtido en el arte de la batalla, no estaba tan habituado a que le vencieran, o de lo contrario no asomaría a su rostro el asombro de la novedad cada vez que el gorila le encajaba los puños.

El tipo no había ido allí a prodigarle caricias a Sonny, estaba claro, y poco le importaba que fuera el dueño del club. No se estaba cortando un ápice. Casi parecía obrar en representación de los deseos de venganza de Rebecca. *Casi*, porque en ese momento descubrió que no estaba tan resentida como para desearle un virulento castigo.

El corazón empezó a latirle muy deprisa cuando el luchador derribó al famoso señor Kinross de un certero golpe. Sonny aterrizó en el suelo con la misma fragilidad que si fuera como todo el mundo; sus huesos tintinearon igual, su carne se magulló igual, su garganta se quebró igual, y ahí Rebecca se dio cuenta, también, de que una parte de sí no lo había percibido del todo humano hasta ese día, porque no había sido hasta ese día que se había mostrado distinto de invulnerable.

Pero todavía tuvieron que lloverle un par de puñetazos antes de que algo dentro de ella se rebelara en contra de tanta violencia gratuita. Bastó con que el contrincante dirigiera un golpe a su rostro, el primero del combate, para que Rebecca pusiera el grito en el cielo y se negara a seguir participando en tamaña salvajada.

—¡Ya está bien! ¡Basta! ¡Deteneos de una vez!

El gorila había agarrado a Sonny de una muñeca para levantarlo del suelo. Los dos miraron hacia ella, el primero, intacto; el segundo con el rostro salpicado de sudor y pálido salvo por el futuro moratón que empezaba a florecer, primero en carmesí, en su pómulo afilado. Ninguna de las lesiones le impidió hacer lo que le apeteció, porque nada podía impedir que Sonny Kinross hiciera lo que le apetecía: en este caso, esbozar una sonrisa de oreja a oreja cargada de ilusiones infantiles.

—¿Me perdonas, entonces? —preguntó con la placidez de los moribundos.

Rebecca se retorció las manos en el regazo, nerviosa, e iba a hacer una apreciación sobre su falta total y absoluta de vergüenza cuando observó que un hilillo de sangre discurría con la serenidad de un río de montaña desde su fosa nasal hacia el labio superior. En cuanto el oponente lo soltó, Sonny se llevó los dedos a la zona y la palpó para confirmar que estaba herido.

Ella odiaba la sangre. No soportaba mirarla. Y parecía que él tampoco, porque murmuró algo que no alcanzó a oír y perdió el equilibrio. Acabó cayendo de nuevo sobre sus posaderas y tendiéndose después sobre la espalda. Se cubrió la frente con el antebrazo, los ojos cerrados, y se rindió a lo que parecía la inconsciencia.

Todas las alarmas de Rebecca saltaron. Por un instante olvidó dónde estaba y lo que el decoro le había enseñado y, con torpeza, se precipitó hacia el cuadrilátero. Fue toda una odisea encaramarse a la plataforma elevada y esquivar las cuerdas para alcanzar a Sonny.

Se arrodilló a su costado y lo tomó por la sudorosa nuca para incorporarlo.

—¿Acaso es usted un completo idiota? ¿No sabe que, cuando uno está sangrando por la nariz, lo último que debe hacer es tumbarse? ¿Acaso pretende morir asfixiado por culpa del conducto nasal obstruido?

—No lo pretendo, doctora... Y tampoco lo sabía, no —reconoció él, turulato—. Es la primera vez que me sucede. La primera vez que me golpean, de hecho.

—Y no dudo que lo manifiesta en voz alta con el objetivo de conmoverme, pero no pienso apiadarme de un imbécil que se ha puesto en bandeja para que lo maten. ¡Lo mismo se podría decir de usted! —le espetó al gorila, que había estado observando la escena de pie con cierta turbación. Se quedó perplejo al recibir los reproches de Rebecca—. ¿Ve que su oponente no reacciona, que no se defiende, y usted sigue lanzando puñetazos a diestro y siniestro?

—Yo...

—¡Estará tan satisfecho con su adulterada victoria! ¡No es usted un pugilista digno ni nada que se le parezca, sino un matón del tres al cuarto! ¡Se le debería caer la cara de vergüenza! ¡No hay ninguna diferencia entre arremeter contra un inocente en plena calle para robarle la bolsa y esto que ha hecho usted ahora mismo! —En la vibración del cuerpo de Sonny reconoció los efectos de la risa irreprimible. La rabia dominó a Rebecca entonces y se desfogó con el alborotador—. ¡Y a usted ni se le ocurra tener el descaro de reírse de la situación! ¡Se ha colocado voluntariamente en una situación de vulnerabilidad que podría haberle enviado a la tumba porque es un manipulador de primer nivel! ¡Este no es el modo de ganarse el perdón de una dama!

Sonny la miraba con los ojos entrecerrados y una mano inerte sobre el pecho. Le temblaban los párpados y una sonrisa ida le suavizaba la mueca siempre socarrona. El sudor le había pegado a la frente los mechones de pelo, ahora tan oscuros que eran negros.

Parecía que acabara de despertar de un sueño de cuento de hadas.

—Pero lo he conseguido, ¿verdad? —inquirió en voz baja—. Me lo he ganado.

—Si le digo que no, ¿piensa levantarse para que le sigan golpeando?

—No le quepa la menor duda.

—¡Eres imposible! —se desesperó.

—Al contrario. Por mi honorable señorita Wargrave pasaría el resto de mi vida usando bastón.

No era la primera vez que la desarmaba con lo que ella entendía por una declaración de amor, pero en esta ocasión se ruborizó en contra de sus principios.

—¡No dices más que tonterías!

—¿Por qué? ¿No crees que me sentaría bien? Podría llevar un bastón con mucho estilo. Distinto es si tú me querrías aun siendo cojo. Probablemente no... —se respondió, pensativo. Tenía tendencia a enzarzarse en conversaciones unilaterales, pero esa mañana no lo hizo solo, sino con la inspiración del mechón rubio que le acarició alargando la mano hacia su rostro—. No me quieres ni corriendo con mis dos piernas y como alma que lleva el diablo en tu dirección.

Rebecca le cubrió la boca antes de que añadiera otra sandez y, tras comprobar con una mirada que el público del sótano empezaba a disolverse, se inclinó sobre su propio dorso para mascullar:

—Muy bien, Kinross. Le perdono... ¡Pero porque mi conciencia no puede permitirse la carga de una muerte violenta! ¡Ni siquiera si esa muerte se la hubiera buscado usted solo! Y, ahora —añadió en tono riguroso—, incorpórese del todo para que pueda limpiarle la herida.

Sonny aceptó la imposición con una obediencia impropia de él. Nada de lo que extrañarse, en realidad. Cuando un hombre cedía a los deseos de su interlocutor porque estaba de acuerdo con estos, ¿estaba siendo diligente o tan libre y egoísta como de costumbre?

Rebecca no quiso imaginarse la escena que componían, ella arrodillada sobre la muselina de uno de sus vestidos de mañanas más modestos y él sentado en posición de loto con la espalda encorvada, siguiendo sus movimientos con una sonrisa aturdida. No quiso fijarse en Sonny en tanto que buscaba el pañuelo con sus iniciales bordadas, R.W.

Siempre le había incomodado la intensidad de su mirada. Sentía que la estaba viendo desnuda, algo del todo imposible porque nadie había tenido el privilegio. Pero era innegable que, con el señor Kinross involucrado, muchas improbabilidades parecían no solo posibles, sino el pan de cada día.

Era uno de los rasgos positivos de que el fulano viviera en el mundo de la fantasía.

También lo despreciaba por eso: porque fuese un alma libre.

Apretando los labios para contener improperios de toda clase, Rebecca secó la sangre que seguía manando a toquecitos impacientes. En un momento dado, no pudo evitar menear la cabeza con desaprobación y mascullar una imprecación.

—Valiente manipulador...

—Preciosa mujer —contraatacó él, y le guiñó un ojo.

Rebecca sintió que las mejillas volvían a arderle y se dispuso a verter sobre Sonny toda la fuerza de su indignación, pero la reacción emocional le duró tan poco que abortó sus intenciones. Aquel tarado se había dejado golpear hasta casi la inconsciencia para merecer su perdón, y solo porque ese perdón le permitiría a ella pedir su ayuda sin avergonzarse de su propia hipocresía.

Se perdió en este hilo de pensamientos y olvidó seguir taponando la herida, con la mala suerte de que la sangre se deslizó más allá del labio y goteó sobre el pecho masculino, justo entre la

zona pectoral donde florecía un vello negro tizón como crecían los caprichosos tréboles en parcelas aisladas del campo. Rebecca tragó saliva, turbada por la idea de limpiar más allá de su barbilla, pero se había comprometido con la tarea de enfermera e hizo de tripas corazón para secar también su torso. La sangre se mezcló con la humedad del sudor y, al barrer hacia abajo con el pañuelo, lo manchó hasta el ombligo.

—Puedes tocar ahí también, si quieres —la provocó él, que no había dejado de observarla a través de las pestañas con una expresión que solo podía describirse como morbosa y anhelante.

Rebecca perdió los papeles.

—¡Ni lo sueñes, pervertido!

En lugar de ofenderse, Sonny rompió a reír. Ella temió que el esfuerzo hiciera estallar otro capilar de la nariz, pero quedó demostrado que la risa curaba y no al revés, porque la hemorragia se había detenido ya por completo.

En un abrir y cerrar de ojos, Rebecca se vio envuelta en la espiral de alegría contagiosa que era Sonny... o que le escoltaba como a otros —u otras— les perseguían las sombras de su pasado: la había atrapado entre sus brazos a traición para expresarle su agradecimiento.

—¡Apártate ahora mismo! —aulló, horrorizada—. ¡Vas a mancharme el vestido! ¿No ves que es celeste, acaso? ¡Las manchas no salen fácilmente en telas diáfanas! ¡Te he dicho que te... que te... quites...! ¡Sonny Kinross!

Él todavía tardó unos segundos más en concederle su deseo; segundos de importancia vital para que Rebecca cayera en la cuenta de que ser arrullada por el cuerpo firme de un hombre cariñoso no era la peor sensación imaginable.

Ni siquiera si ese cuerpo firme pertenecía a Sonny Kinross.

No era el primer espécimen masculino que la abrazaba, por supuesto. Antes habían estado su hermano Harding y, en un par de ocasiones tan aisladas entre sí y tan alejadas en el tiempo que apenas las recordaba ya, Nile. Pero sí era la única experiencia reciente y celebrada con un caballero en edad de amar... y que seguía teniendo el torso desnudo.

Olía tan distinto de una mujer, tan distinto de Harding o del marqués de Haverford —al sol, a la lluvia, a la naturaleza— que durante un momento no pudo reaccionar, como si su aroma corporal fuera una sustancia anestésica.

En cuanto Sonny se separó y la miró esperando el inevitable estallido colérico, Rebecca lo empujó por los hombros con vaguedad para manifestar la debida indignación hacia su comportamiento. Pero le quemaba la vergüenza en las mejillas y notaba los miembros flácidos, débiles, a merced de lo que el señor Kinross quisiera hacer a continuación.

Por eso tuvo que tomar la sartén por el mango y rehuir la vista mientras se levantaba.

—Espero que me compense por lo acontecido cumpliendo su palabra —dijo en tono áspero mientras se atusaba el pelo, que sobre seguro habría salido perjudicado—. Más le vale empezar a

ayudarme a la mayor brevedad en el desenmascaramiento del señor Strickland.

Sonny hizo un saludo militar.

—Quedo a su entera disposición, magnánima señorita Wargrave. ¿Puedo quedarme el pañuelo? —Sacudió en el aire la tela bordada.

Rebecca se encogió de hombros y se dio media vuelta para abandonar el recinto. Le urgía desaparecer lo antes posible, alejarse de aquel sinvergüenza sin remedio, pero no quería demostrar su debilidad echando a correr, por lo que no le quedó otro remedio que hacer acopio de paciencia en su camino a la salida.

Por supuesto, Sonny tuvo que provocarla una última vez para quedarse con buen sabor de boca.

—Querido valet mío, ¿serías tan amable de acompañar a la dama a la salida? No queremos que su reputación se vea perjudicada, ¿verdad que no?

Rebecca le echó una mirada a tiempo para confirmar que le guiñaba el ojo con aire socarrón. «Como si no me hubieras perjudicado ya suficiente, estúpido», le replicó tan solo entrecerrando los ojos.

Lo último que vio antes de subir las escaleras airadamente fue la respuesta implícita en la sonrisa audaz del señor Kinross.

«Y no lo he hecho, señorita Wargrave… Te aseguro que esto no ha hecho más que empezar».

Capítulo 7

—¿Cuál dirías que es mi color? ¿El azul o el verde?

—¿Esas son las únicas posibilidades?

—También tengo una chalina anaranjada, pero siempre me ha parecido un tanto excesiva. Un hombre nunca debería llamar la atención con su vestimenta cuando puede hacerlo con su atractivo natural, ¿no crees?

Al ver que lady Jersey no contestaba, Sonny dejó de contemplarse críticamente en el espejo y giró sobre los talones con las dos manos ocupadas. Una corbatilla pendía de los dedos índice y pulgar de ambas manos como si de un par de trapos manchados se tratase.

La dama le observaba con indisimulable admiración desde la cama de matrimonio. Sonny se había acostumbrado a su sonrisa, la única que podía dirigirle una mujer madura a su amante veinte años más joven: era un gesto cargado del deseo irreprimible que la había mandado de cabeza a una aventura arriesgada, de tierna condescendencia y de desprecio hacia sí misma.

Al menos esto último había ido puliéndolo con el paso del tiempo hasta apenas sufrir arrebatos de inseguridad que, claro estaba, se cuidaba de exteriorizar en presencia de Sonny.

No había nada que la persistencia de un pecado —combinada con el transcurso de los meses — no pudiera curar.

Ni siquiera la culpabilidad de estar engañando a su marido en su propio dormitorio.

La decisión de citarse en la mansión de los Jersey y no en la vivienda de soltero de Sonny respetaba las preferencias de ambos: a la dama le gustaba asearse en su bañera y con la ayuda de sus criadas justo después del acto, y él prefería ser la visita y no el anfitrión, tanto por el trato de marajá que recibía como porque todavía no había encontrado el modo más galante de echar a alguien de sus aposentos cuando se cansaba de tener compañía. En alguna que otra ocasión previa a su acuerdo actual había tenido que fingirse dormido hasta que la amante se había hartado de zarandearlo en vano por los hombros.

Era bastante menos engorroso levantarse y despedirse cuando quería poner fin a la cita.

—Pareces una jovencita frenética minutos antes de su debut en sociedad —señaló lady Jersey con diversión.

Sonny se rio.

—En este momento comparto ese frenetismo, además del entusiasmo, con las debutantes en cuestión.

La dama jugaba con el colgante que le pendía del cuello, joya de la que nunca se desprendía.

Era lo único que la vestía en ese momento salvo por la larguísima melena negra, que le cubría los pechos desnudos, y la sábana que, más por cuestiones estéticas que por pudor, se había subido hasta media cadera, insinuando con sensualidad en lugar de exhibiendo sin honor su cuerpo de sirena.

Todo en lady Jersey estaba calculado al milímetro, desde los rizos más cortos que le enmarcaban la cara ovalada hasta el ángulo del arco de las cejas, que le daba una expresión expectante.

Habiendo consagrado su vida al hedonismo, se dedicaba a refocilarse en las vanidades femeninas.

—No me digas que andas nervioso. ¿Qué ocurre esta noche, aparte del espectáculo de danza clásica que ha organizado Strickland en su club?

—Ocurre que empieza mi nueva vida, Adelaide.

Tuvo que pronunciarse empleando un tono particularmente solemne, o de lo contrario la dama se lo habría tomado como se tomaba la mayoría de sus comentarios jocosos; como una agradable confirmación de que el hombre que invitaba cada noche a su cama era un bromista encantador.

Adelaide se incorporó despacio, abandonando su elegante pose de maja desnuda. Dejó de flirtear con el collar y apoyó las manos a ambos lados del cuerpo, exhibiendo ahora los pechos maduros en todo su esplendor.

—¿Has seguido mi consejo? ¿Vas a renunciar a la dudosa herencia de tu padre y vas a tratar de mostrarte en público como un hombre digno de pertenecer a los círculos sociales más selectos?

—Me consta que el disfraz de Don Frías Cortesías se estila en los ambientes en los que coincido contigo, querida, pero a mí me gusta demasiado estar desnudo, sobre todo de pretensiones, así que nunca podré mostrarme en público como algo que no soy. En este caso, como alguien digno —apostilló con desahogo.

Lady Jersey disimuló su irritación controlando el tic de la comisura del labio.

Se le iba la vida manteniendo el semblante neutro con las provocaciones de su amante.

Sonny imitó su pose reprimiendo una sonrisita sabedora. Era encomiable y hasta conmovedor ver a una mujer esforzarse por aparentar serenidad cuando lo que quería era iniciar una discusión. Denotaba que le importaba enormemente en qué concepto la tuviera, y él era lo bastante arrogante como para henchirse de orgullo con semejante cesión de poder.

Lástima que lady Jersey eligiera una y otra vez los caminos equivocados hacia su corazón. La verdadera debilidad la sentía y siempre la sentiría por las jovencitas que no adiestraban al caballo desbocado de su temperamento; que lo dejaban cabalgar libre, arrollar inocentes, pisotear las flores.

—No pretendo inmiscuirme en tus asuntos, pero no te perjudicaría oír mis sugerencias,

Sonny. Cualquiera que deseara disfrutar de una vida tranquila abrazaría la herencia aristocrática de su lado materno, comportándose en consecuencia, mucho antes de adoptar y perpetuar los... principios morales por los que se rige un padre con negocios turbios.

—Siempre me ha parecido más admirable la gente que se ha hecho a sí misma que los que nadan en la abundancia porque tuvieron la suerte de nacer en el lado luminoso de Londres —replicó, de nuevo concentrado en escoger una u otra chalina.

Pertenecían a lord Jersey, por supuesto, pero resultaba que Sonny disponía en casa de prendas de las mismas tonalidades.

Esa noche tenía el deseo, ¡no, la obligación!, de deslumbrar a su público.

—No hablamos de lo que sea más admirable, sino de lo más beneficioso para tu futuro.

—Gozaré de un futuro infinitamente más próspero en lo económico si tomo las riendas de un negocio que si empiezo a comportarme como un aristócrata cuando no heredaré título alguno. Además... —le hizo una cómica caída de ojos—, la vida del noble no brinda emociones fuertes. En cambio, si tengo unas cuentas que atender y un club que dirigir, no me aburriré en ningún momento.

Lady Jersey suspiró.

—Tú y tu forma de distinguir la buena de la mala vida en función de si es o no divertida.

También la distinguía en función de cuándo Rebecca le dirigía el saludo y cuándo no, pero eso la dama no tenía por qué saberlo. Igual que no tenía por qué saber que en el fondo desoía sus consejos porque, en el momento en que se atreviera a ponerlos en práctica, lady Jersey se daría golpes de pecho por haber conquistado otro terreno más en su vida.

Sonny estaba comprometido con el propósito de no insinuar jamás, ni con actos ni con palabras, que la vería alguna vez como algo distinto de una amante puntual.

—Hoy la vida va a ser muy divertida, eso seguro —sentenció Sonny—. Me he cerciorado de que la mujer que tengo en el punto de mira se preste por iniciativa propia, aunque sea por una vez, a alternar conmigo. Eso significa que me mirará a la cara más de lo habitual, por lo que... ¿Azul o verde?

Sonny procuró no fijarse en la expresión de lady Jersey, que de todos modos se habría ocupado personalmente de no parecer ni despechada ni herida en el alma por la mención de otra fémina.

—¿De qué mujer se trata esta vez? —inquirió en tono desenfadado, como si solo quisiera conocer los detalles sórdidos de un chisme impersonal.

«De la única de la que se ha tratado siempre», podría haber respondido, pero decidió cortarse lo justo para no poner a prueba el autocontrol de la dama.

En su lugar hizo un cómico puchero para restarle importancia a la breve descripción:

—De una que todavía no me quiere.

—Y se resiste a hacerlo porque le preocupa tu fama de canalla, ¿me equivoco?

—Yo no diría que «le preocupa». A ese respecto se debate entre el juicio implacable y la absoluta indiferencia —expresó, consciente de la admiración que destilaba pese a su tono jocoso —. Es como el Dios del Antiguo Testamento: si no tiene plagas que mandarme u órdenes que dictarme, no se manifiesta.

—¿Y cómo es que semejante perfil de mujer interesa a un hombre de tu quinta? ¿Un hombre que no cree en nada más que en sí mismo? Porque asumo que pretendes hacerla tu amante.

Sonny suspiró con teatralidad.

—No me entusiasma decir que mis intenciones son honestas. Solo por esta vez —la advirtió con el dedo en alto.

Lady Jersey compuso una mueca burlona.

—¿Acaso se puede seducir a una mujer honestamente?

—En principio solo pretendo que empiece a verme con buenos ojos.

—Y luego que te mire con ojos golosos.

—No me disgustaría eso que sugieres, no, pero no es lo primordial.

No mentía.

Se le había presentado la ocasión de oro para convencer a la señorita Wargrave de que sí, podía ser un mujeriego, un despendolado y un lenguaraz, pero también coleccionaba virtudes de las que podría beneficiarse si le gustaban los hombres inteligentes y con sentido del humor. Obviamente, llegado el momento no le importaría demostrarle que entre sus habilidades contaba con el buen besar, pero ante todo primaba limpiar su imagen.

Le habría sido imposible llevar a cabo este objetivo tan solo unos días atrás, y por dos razones muy simples: porque Rebecca había perfeccionado tanto sus métodos de escapismo que podía rehuirle más o menos educadamente incluso en situaciones en las que él la ponía entre la espada y la pared, lo que anulaba las posibilidades de desplegar un retorcido plan de deslumbramiento, y porque el propio Sonny dinamitaba sin querer sus oportunidades dejándose llevar por los sentimientos durante sus intercambios. Discutiendo día sí y día también no había conseguido resultados positivos.

Por otra parte, era sincero cuando le decía a lady Jersey que no soportaría presentarse como alguien con quien no se identificaba. Quizá pudiera pasar por el aro con individuos sin importancia, y solo en situaciones muy concretas; para sobrevivir a una insípida velada masculina se podía ver, en última instancia, sonriendo y asintiendo conforme como respuesta a un monólogo político demencial. Pero a la señorita Wargrave en concreto no quería conmoverla vistiéndose de falsas apariencias y valiéndose de las cortesías recicladas que recitaba todo el mundo. Quería que lo apreciara tal y como era.

Incluso si era insufrible.

Por eso era habitual que la pinchara aun sabiendo que ya la había llevado a su límite con la ingenua esperanza de que apreciara su autenticidad.

Esto todavía no había sucedido, pero Sonny no se desanimaba.

—Por tu tono de piel y el color de tu cabello —dijo lady Jersey al cabo de un rato—, diría que te favorecerían un pañuelo blanco o incluso anaranjado. Cualquiera de los dos, aunque en especial el segundo, resaltaría la tonalidad de tus ojos, el que es tu rasgo más especial.

Sonny le lanzó un guiño por encima del hombro.

—Eres un encanto.

Se precipitó sobre ella para agradecérselo con un amistoso beso en la mejilla, ante el que la dama se resignó inicialmente sin hacer ninguna acotación.

Ese fue su último contacto.

Sonny se marchó silbando una melodía sin atender a las quejas que Adelaide se quedó profiriendo para intentar convencerlo de quedarse. Llegó incluso a cuestionar su hombría, pero fue en vano. El señor Kinross tenía una misión, la más noble que emprendería en su vida, y no podía llegar tarde.

Le había enviado a Rebecca una pequeña nota para garantizar que acudiría en su busca antes de que comenzara el espectáculo. En ella le explicaba que era menester que se sentara en una de las últimas butacas, preferiblemente de la esquina, para que su ausencia durante la danza no fuera llamativa. Tan pronto como apagaran las luces y las bailarinas salieran a escena, habrían de levantarse, Rebecca unos diez o quince minutos antes que él, y reunirse en el pasillo del tocador. A renglón seguido se encaminarían a indagar en los asuntos privados de Cassius Strickland al lugar que los habría visto nacer: su despacho.

A pesar de haberse escabullido más tarde, Sonny llegó antes al punto de encuentro. Vio aparecer a Rebecca envuelta en el halo de luz ambarina que las lamparillas, repartidas como las antorchas de un castillo a lo largo del corredor, proyectaban en su silueta. Se puso firme en el acto, con el corazón revolucionado de pensar en pasar no ya tiempo a solas con ella, sino en su mera compañía.

Se detuvo a tres pasos de alcanzarlo —una distancia no muy razonable, pero procuraría no indicarlo— y le hizo un gesto inquisitivo con las cejas.

Esa noche llevaba un semirrecogido de inspiración griega. Dos mechones dorados le enmarcaban la cara, y la sección de la melena ondulada que no había sido atrapada con un pasador de zafiros, a juego con las mangas de seda del vestido de noche, caía en cascada por su espalda.

Sonny ni siquiera se dio cuenta de que cerraba las manos para contener el irresistible impulso de hundir la mano en aquella cortina de seda dorada.

—¿No te ha seguido nadie?

—Si con «nadie» te refieres a mi hermano, puedes estar tranquilo. No saldrá en pos de mí ni si me demoro tres cuartos de hora.

—¿Cómo estás tan segura? ¿Has puesto en práctica mis sugerencias para sacártelo de encima?

—No, y encuentro bastante ofensivo que te sientas dueño de un conocimiento superior al mío en lo que al comportamiento de Harding Wargrave respecta. A lo mejor hace unos meses habría tenido que pasarme el viaje entero en carruaje quejándome de que me aprieta el corsé para que luego el pretexto de tener que ir en busca de la doncella para que me lo afloje fuera verosímil, pero ahora que tenemos compañía no pone el grito en el cielo ni si desaparezco por una migraña repentina.

Con ese «tenemos compañía», pronunciado en tono desdeñoso, se refería a nada menos que a Verity Wargrave.

—Tu hermano sigue siendo en extremo protector.

—Mi hermano es un desvergonzado, eso es lo que es. No se corta a la hora de demostrar sus afectos ni en los espacios públicos. Es más, parece encontrar especialmente satisfactorio hacerle cosquillas a su esposa durante las funciones teatrales. —Puso los brazos en jarras, un gesto informal más propio de una lechera que de lo más parecido a una emperatriz bizantina que Sonny había visto en su vida—. Créeme: no se daría cuenta de que me ausento ni si la razón de mi desaparición fuera un secuestro a plena luz del día... siempre y cuando estuviese entretenido con su mujercita, claro está.

La preocupación enfrió la mueca divertida de Sonny. Ahí donde se le veía, alérgico a la seriedad de los conflictos intrafamiliares, debía reconocer que los rencores que habían afeado la relación de los hermanos Wargrave le hacían estremecerse. Se sentía impelido a mediar para que la inquina que Rebecca albergaba por su hermano, aun justificada, no le costara su más preciado vínculo.

—Es un síntoma recurrente cuando se padece la enfermedad del amor —se arriesgó a defenderlo—. Tú debes saberlo mejor que nadie. Tampoco te habrías dado cuenta de que la muerte súbita desplomaba a toda la humanidad si hubiese ocurrido durante alguna de esas partidas de cartas en las que Haverford estaba presente.

Rebecca le dirigió una mirada que era peor que gélida: estaba completamente vacía. Sonny tuvo la certeza de que si se hubiese tomado la molestia de responderle, le habría despedazado sin miramientos.

—¿Sabes dónde está el despacho de Strickland? —inquirió en su lugar con brusquedad.

—Sí, me invitó hace no mucho tiempo para interrogarme sobre el sistema de apuestas del

club. Sígueme.

—¿Por el pasillo principal? —se extrañó ella. No se movió ni cuando Sonny llevaba medio corredor recorrido—. ¿Y si nos cruzamos con un criado?

—Como muy bien sabrá usted —le explicó en un tonillo resabido con el que esperaba relajar la tensión del ambiente—, entre otras cosas porque no ha crecido usted en una cuadra, los criados suelen montar guardia en los espacios donde se halla el groso de los invitados. Carece de sentido que vean morir las horas en un rincón desierto cuando han sido contratados para atender las necesidades del público. Además de que el señor Strickland tiene fama de buen empleador. Si hay una pieza de Adolphe Adam percutiéndose en el salón, va a invitar a la totalidad de la plantilla a deleitarse.

—Me alegro de que no todos los rumores que protagoniza sean sórdidos —comentó Rebecca para sí misma. Convencida ya con sus argumentos, echó a andar en la misma dirección que él, y esperó a haberlo adelantado por unos pasos para mirarlo por encima del hombro y añadir—: Respecto a su comentario irónico sobre crecer en las cuadras... Sepa que no me ha pasado desapercibido y que mi opinión es que es usted un tarado y un insolente.

Sonny suspiró.

—A lo mejor los rumores generales sobre mí no lo son —comentó en tono lastimoso—, pero está claro que las opiniones concretas de la señorita acerca de mi carácter sí son todas sórdidas.

—Todas y cada una —confirmó.

—Espero que al menos me conceda la virtud de la consideración por advertirla de que por ahí no se encuentra el despacho del caballero.

Rebecca frenó en seco su paseo agitado. Giró en redondo y lo miró con impaciente expectación hasta que él, conteniendo la risa, le indicó con el dedo un pequeño pasillo perpendicular. Desembocaba en el rellano desde el que se accedía a las escaleras de la segunda planta.

Con la barbilla erguida y la falda agarrada, inició su ascenso sin esperarle y con cuidado de no hacer ruido con el tacón de los zapatos. Sonny se rezagó adrede con las manos en los bolsillos para contemplar a sus anchas la porción de tobillo y pantorrillas enfundados en las medias blancas más afortunadas de la mercería.

Una vez llegaron a su destino, él hizo una reverencia hacia la puerta cerrada.

—Después de usted.

—Está cerrada con llave, señor Kinross. A no ser que me esté invitando a tratar de romperla de un testarazo, me parece que nadie va a... Un momento —se interrumpió—. Pensándolo bien...

Llevó las dos manos al cabello recogido y, tras hacer un par de muecas de dolor y despeinarse, luciendo así un aspecto desaliñado de lo más tentador, extrajo una gruesa horquilla.

Sonny se quedó perplejo viendo que se arrodillaba ante la cerradura y empezaba a trucar su

mecanismo valiéndose de la aguja. Como no podía ser de otro modo, puesto que la peluquería era una ciencia aún más exacta que la química o la repostería, su recogido se vino abajo con el extravío de uno solo de sus accesorios.

La caída de la melena sobre los hombros le distrajo un instante.

—¿Qué trama usted? —se obligó a preguntar para ahuyentar el embeleso.

—Vigile que no viene nadie, ¿quiere?

—¿Dónde ha aprendido usted a forzar cerraduras? ¿Esto le enseñan a hacer a las jovencitas en la escuela de lady Mabry?

—Esto y mucho más. También nos impartieron una clase sobre cómo proponerle una fuga a Gretna Green a un hombre poco recomendable. En la práctica de esa lección obtuve un sobresaliente.

Sonny soltó una carcajada de pecho que le mereció una mirada hostil. «Silencio», exigía ella sin necesidad de palabras. Él se calló en el acto, pero no por la fiereza de su demanda, sino porque perdió el aliento al reconocer al animal salvaje que tenía dentro en su expresión vehemente.

—Cierre el pico, Kinross.

—Pues reserve su sentido del humor para más tarde —se defendió con la boca pequeña, en el fondo complacido por los privilegios de los que podía disfrutar.

Había comentado con Verity en alguna que otra ocasión, pues era la única que podía comprenderle, que ser enemigo de la señorita Wargrave tenía más ventajas que gozar de su admiración; con los hombres a los que ansiaba impresionar no se mostraba ni diabólicamente divertida en su mordacidad ni sincera en sus pasiones.

Sonny entrelazó las manos a la espalda y se encorvó hacia ella para indagar con inocencia.

—¿Qué pretendemos hacer aquí?

—Averiguar qué oscuros secretos esconde el señor Strickland.

—Con el propósito de decidir si sería o no un buen esposo para la honorable señorita Wargrave, asumo.

Rebecca le lanzó un vistazo hastiado.

—¿Todo lo que sale de tu boca debe sonar condescendiente?

—A tu parecer, sí —se apresuró a tutearla también. No estaba para desaprovechar oportunidad alguna—, igual que todo lo que sale de la tuya suena a reproche. La mía pronuncia verdades como puños, los mejores chistes... y unos besos que hacen arder de pasión a las mujeres, por cierto.

Rebecca ni se inmutó con la provocación, ni siquiera cuando él se inclinó sobre su oído para susurrar la última parte.

Le pareció que ponía los ojos en blanco, pero era difícil saberlo en la oscuridad del pasillo.

—No sé a qué mujeres te referirás, porque yo volví a mi casa sin quemaduras en ningún grado.

Para su asombro —estúpido de él; debería haberle tenido fe a una mujer con recursos—, la cerradura cedió a su insistencia: el clic de la puerta les dio la bienvenida con el mismo secretismo con el que ambos se deslizaron a renglón seguido al interior del despacho.

Capítulo 8

—Buscamos pagarés, cartas, documentos... —enumeró Rebecca. Barrió la estancia con una mirada calculadora mientras se retiraba el pelo de la cara—. Quiero conocer el estado de sus finanzas, qué clase de usureros peligrosos pueden andar pisándole los talones, si mantiene algún tipo de relación continuada con una mujer, prostituta o no... —vaciló—. Supongo que, si es cierto que le contagiaron la sífilis, deberíamos toparnos con alguna receta con las instrucciones para la elaboración de un medicamento, o... o algún frasco con zarzaparrilla, compuestos de mercurio...

El asombro le detuvo a medio camino de cerrar la puerta tras él.

—¿Cómo es que conoces el tratamiento de la sífilis?

—Resulta que aprendí a leer hace mucho tiempo, como usted de sobra sabe puesto que acostumbro a leerle la cartilla —respondió sin mirarlo.

Su agilidad mental para replicar con ingenio le robó una sonrisa que, por fortuna, ella se perdió al darle la espalda.

—No es habitual que una dama lea tratados médicos o novelas en las que los personajes son sifilíticos, señorita Wargrave.

—Tampoco es habitual que una dama se escabulla de una reunión social con el regente de un club de pugilismo para revolver entre las pertenencias de un hombre..., pero henos aquí. —Decidió compadecerse de su curiosidad después de suspirar con cansancio—. Si tanto le interesa, leí sobre la enfermedad en un artículo del periódico.

Aquello tenía más sentido.

De hecho, le irritó no haberlo sacado en conclusión sin ayuda.

Le constaba que a Rebecca le importaba estar informada de las últimas novedades, y no solo en lo que refería a las telas y escotes que se habían puesto de moda. No le hacía ascos ni a los datos o anécdotas que en una primera instancia pudieran parecer inútiles de cara a la cotidianidad, incluso si eran tan escandalosos que no podría comentarlos en público. Casi nadie sabía que con la señorita Wargrave se podía mantener una conversación elevada sobre política contemporánea, economía e historia de Europa. Lo único que no le interesaba particularmente era el arte y la literatura, pero poco podía pesarle algo así a un hombre que dedicaba su tiempo libre a agitar los puños en el aire y cantar canciones de taberna con una jarra rebosante de cerveza en la mano.

—Los presuntos delitos del señor Strickland, tal y como los ha expuesto usted misma, le

señalan como un elemento de abrigo —empezó Sonny como quien no quería la cosa—; tanto así que sorprende que se tome la molestia de confirmar o desmentir su inocencia. ¿Cómo es que va a concederle el beneficio de la duda a un hombre que podría haber cometido los siete pecados capitales?

—No es soberbio, no es perezoso, no es irascible ni se me antoja envidioso, y salta a la vista que el pecado de la gula no lo comete con frecuencia, o de lo contrario no sería grácil y esbelto como cualquiera de los bailarines que hemos visto en el salón.

—Oh, entonces podría perdonarle cualquier delito con tal de que fuera atractivo.

—Un dulce nunca amargó a nadie —respondió, concentrada en la tarea de husmear entre las estanterías.

Le hizo gracia la naturalidad con la que admitió su frivolidad, si bien le constaba que, ahí donde se la veía, adicta a las fruslerías de los escaparates de Bond Street y celosa de toda joya que decorase un cuello distintos del suyo, Rebecca era lo contrario a superficial. Lo demostraba que inicialmente hubiera soñado con casarse por amor y que sus odios siempre encontraran justificación en las pasiones frustradas del alma, como un rechazo romántico, el imperdonable desprecio de a quien tenía por una buena amiga o la traición de su hermano.

Sonny cruzó las manos a la espalda y se unió a ella en la tarea de leer los tomos de los libros y comprobar que no había sobres sospechosos encajados entre los volúmenes. Lo hizo lo bastante aproximado a la espalda de la joven como para oler el agua de rosas con el que había impregnado su cuerpo. Incapaz de resistirse, rozó con la mayor prudencia las puntas de su melena.

Apenas habían transcurrido diez minutos en silencio cuando Rebecca dejó de sacar y devolver a su sitio las novelas políticas y se giró hacia el extasiado Sonny.

—¿Has oído aquello de «divide y vencerás»? Lo escribieron para que no te adhirieses a mis posaderas en la búsqueda de la verdad y respetaras la distancia mínima repasando la estantería de enfrente. ¿Qué sentido tiene que mires en los mismos rincones que yo?

—Solo intento ser preciso —se excusó sin la menor preocupación por sonar sincero—. Eficiente, incluso.

—¿Y qué te parecería ser civilizado dándome espacio para respirar?

—¡No, hombre! ¡Qué aburrido! —Pero cedió a su exigencia caminando hacia la estantería paralela. Su esforzado gesto sirvió de poco, porque Rebecca bufó de todos modos y abrió aún más la distancia dirigiéndose al escritorio de madera oscura—. ¿Qué sucederá si, en efecto, descubrimos que acumula deudas?

—Dependerá de si pueden o no sufragarse con mi dote —resolvió, entretenida abriendo cajones al azar y revolviendo el contenido para a continuación disponerlo en idéntica posición.

—¿Y si tiene una hija?

—El hecho de que no viva con ella significa que su madre se encarga de cuidarla, por lo que

no será mi responsabilidad criarla, que es lo único que me podría atañer si su pasado libertino se solapara con nuestro presente conyugal.

—¿Y un hijo? —insistió.

—El señor Strickland no precisa un heredero puesto que no ostenta un título nobiliario. El sexo de la criatura es indiferente.

—Lo planteas con una frialdad impresionante.

—El matrimonio se ha convertido para mí en una mera transacción. Como siempre debería haber sido —añadió por lo bajo.

—¿Y qué será de tu matrimonio si su señoría padece el mal francés?

—Que seré su esposa, pero no su amante —atajó con una sencillez preocupante.

Sonny dejó de fingir que le interesaba el contenido de una caja de latón y la miró directamente.

—¿Me estás diciendo que no existe delito que no puedas perdonarle? ¿Tú, la mujer que si no inventó, al menos patentó el acto de guardar rencor y resistirse con garras y dientes a la misericordia, aun en circunstancias extremas?

—Si tuviera que practicar el bello arte del perdón, desde luego que mucho antes me estrenaría con mi futuro marido que con tu amiga Verity, por poner un ejemplo. Pero ¿es que acaso tengo yo que disculparle algo a un hombre que ha vivido una vida completa antes que yo? Ni una enfermedad, ni un bastardo, ni una deuda son heridas que se me infligieran a mí, y, por ende, no me corresponde juzgarlas.

Sonny sintió que un sudor frío le empapaba la camisa por detrás.

Había subestimado el lado calculador de Rebecca.

—Si piensas casarte con él sin importar quién sea o lo que haya hecho, ¿qué hacemos aquí? —jadeó, cada vez más perplejo.

—Necesito estar preparada para saber la magnitud de lo que me voy a encontrar una vez pronuncie mis votos. Y no subestimes el factor sorpresa, Kinross. Hay muchas posibilidades que no hemos ponderado ni vamos a ponderar porque no podríamos concebirlas. Quizá alguna de ellas me disuada de desposarme.

Aunque sonaba segura y decidida, frenó en seco con el aliento interrumpido en cuanto su mirada coincidió con un elemento sospechoso.

Sonny asomó la cabeza al cajón que Rebecca acababa de abrir. Dentro se apilaba una colección de cartas escritas para remitentes de renombre, como el nuevo director de Covent Garden, la escultora Marie Tussaud o el actor de teatro William Charles Macready. La que había llamado la atención de Rebecca, no obstante, era la primera de todas ellas: la que, a juzgar por la solemnidad de su semblante, creía destinada a aterrizar en sus manos.

El sobre aún no estaba sellado y se dirigía a la atención de Edelweiss Day.

—Esta mujer... Presiento que es ella —murmuró Rebecca.

—¿Ella?

—Sí, ella. La del rumor... si es que el rumor es cierto. Me lo dice la intuición.

Según apuntaba la caligrafía de Strickland, la señorita Day vivía en Fitzroy Street, una calle próxima a Tottenham Court Road, el barrio londinense más solicitado por las rentas modestas y empleos no tan nobles como artísticos. A Sonny le constaba de un par de visitas a la residencia habitual de la Reina del Chisme que allí se hacinaban actrices, cantantes y escritores.

Rebecca aprovechó que la carta aún no había sido lacrada para conocer su contenido. Cassius Strickland había firmado de su puño y letra un cheque cruzado con la exuberante cantidad de cincuenta libras.

—Eso es más que suficiente para pagar durante un año el alquiler de una casa decente —señaló Sonny.

—Lo sé —respondió ella con brusquedad—. Ha escrito una pequeña nota.

Observó que le temblaban los dedos al extraer el papel más enjuto. Buscó su mirada, pero tuvo que conformarse con interpretar su perfil.

Había renunciado a toda expresión, quizá porque tenía compañía y no podía permitirse que la viera... ¿herida? ¿Indignada? Era demasiado pronto para que se hubiese encariñado con Cassius, ¿verdad? Apenas habían disfrutado de una cita impersonal en la vastedad del parque y un par de intercambios aislados en fiestas de sociedad, donde un soltero no podía detenerse a hablar en profundidad con una joven si no pretendía pedirle matrimonio al final de la noche.

Sonny empezó a ponerse nervioso.

Era imposible que Strickland tuviera el poder de romperle el corazón con sus escarceos, se dijo para tranquilizarse. Pero no lo vio tan claro cuando Rebecca presionó con los dedos el papel extendido, contrariada por lo que acababa de leer.

Edelweiss,

Le mando esta carta con la esperanza de que su destino diste del aciago final de todas las anteriores: por favor, no la rompa en mil pedazos. Y, por favor, no le haga pagar a su criada la indiscreción de haberme advertido que mis malogrados acercamientos terminan consumidos en el fuego de la chimenea. Dotty solo le desea el bien a usted y a sus seres amados.

Sé que voy en contra de sus deseos volviendo a hacerle llegar una suma económica, pero confío en que no lo interpretará esta vez como una limosna... o como que pretendo comprar sus afectos, cuando nada más lejos de mis propósitos.

Como podrá ver, he reducido considerablemente el préstamo respecto de mi intención inicial. Sepa que es para mí insultante enviarle semejante miseria de monto, pero que me pliego a sus imposiciones sin rechistar.

Le ruego que no me siga alejando, que me perdone, que me permita estar a su lado.

No puedo seguir así.

—Tienen confianza. Le ruega y la llama por su nombre. Edelweiss... —musitó. La llamó en voz baja una, dos y hasta tres veces más, para luego girarse hacia Sonny con la expresión desprovista del rencor o el recelo con el que solía atacarle. Lo interpeló con mera curiosidad, como si ya no fuera el idiota de Kinross, sino un confidente—. ¿De qué me suena ese nombre? He oído Edelweiss Day en alguna parte.

—Es una famosa bailarina de ballet. Has tenido que verla actuar en Her Majesty's Theatre.

—Claro. La *prima ballerina*... —reflexionó para sí. De pronto se enderezó y volvió a mirarlo como si fuera otro; ese otro que Sonny deseó ser para siempre, no solo mientras durase su deseo de intercambiar opiniones—. No ha venido esta noche, ¿verdad? Me ha parecido oír a los invitados comentar que ni siquiera Strickland posee tanta influencia como para mudar a todas y cada una de las jóvenes promesas de Her Majesty's a su salón. La señorita Day ha debido de rechazar la invitación, y, en vista de esta carta... apuesto a que alegó razones de índole personal.

—¿Crees que es una amante despechada?

Sonny esperó con cierta resignación a que Rebecca volviera en sí misma y le acusara con un venenoso pero merecido «Tú sabes más de amantes despechadas que yo, ¿por qué no te respondes a esa pregunta?». Sorprendentemente, ella se encerró aún más en sus pensamientos, y así fue como tuvo que llegar hasta el antiguo dolor de su propio despecho, porque presionó los labios en una línea tensa.

—Juraría que sí, que hirió sus sentimientos tratándola como si fuera de su propiedad, llegando a proponerse comprarla con limosnas. De ahí la indignación que ha llevado a la señorita Day a negarle la palabra y arrojar al fuego sus cartas. No quiere ni siquiera su dinero; me atrevería a decir, incluso, que nunca se lo ha aceptado y siempre que lo ha acogido ha sido por amor...

Le tembló la voz al pronunciar la palabra prohibida.

—Y él también la ama —se arriesgó a apostillar Sonny. Rebecca alzó la barbilla y le dirigió una mirada interrogante. Tuvo que carraspear y explicarse—. Un hombre que ama es un hombre que insiste. Que no se haya dado por vencido en lo que se traduce como más de dos y más de tres negativas, implícitas en su silencio ensordecedor, indica, como mínimo, que ella no es un capricho para él.

Rebecca se envaró como si le hubiera dirigido un insulto imperdonable. Tanto la ofendió con una de las palabras más sinceras que habían salido de sus labios que ni siquiera lo miró a la cara. Volvió a fijarse en la dirección del sobre antes de dejarlo donde lo había encontrado, rígida como una estaca.

Sonny había perdido la esperanza de que contestara cuando ella repuso con frialdad:

—Eso solo lo dices porque no quieres que me case con Strickland.

Él pestañeó deprisa.

—¿Cómo?

—Pretendes convencerme de que el corazón de Strickland tiene dueña para que yo cese en mi empeño de aceptar su mano, y todo porque sabes que lo único que no podría perdonarle... —tragó saliva con dificultad— es que su amor devoto por otra mujer me relegara a un humillante segundo plano.

Sonny volvió a parpadear varias veces seguidas, desorientado por sus precipitadas conclusiones.

—En absoluto, Rebecca.

«Solo pretendía utilizar mi experiencia personal para establecer la que es mi verdad sobre el único tipo de amor que conozco», podría haber añadido. Pero había confesiones que ni siquiera él, aun revestido con esa armadura indestructible en la que rebotaban los reproches de Rebecca, se atrevía a hacer. Ni ante ella ni ante sí mismo.

La siguió en silencio hacia la salida del despacho, sin preguntarse en qué había errado porque lo sabía de sobra. Invocar los demonios de Rebecca era tan sencillo que había que ser un experto esquivando balas, un maestro de las palabras y un valiente soldado para solo asumir el riesgo de entablar una conversación con ella.

La vio frenar en la puerta con los puños crispados.

—Ten claro que hago todo esto exclusivamente para estar al tanto de las actividades de mi futuro marido, y que no he aceptado tu colaboración porque desee oír tus opiniones. Ni al respecto del cortejo del señor Strickland, ni en lo que refiere a los descubrimientos que puedan estar por llegar. Así que te exijo que, en lo sucesivo, no trates de manipular mi perspectiva. No van a servirte estos interrogatorios sutiles sobre lo que haré o no haré si su señoría resultara ser un demonio bíblico, pero menos todavía el carisma con el que desarrollas tus teorías románticas para debilitarme. No puedo caer en tus trampas porque te conozco y sé lo que quieres —recalcó, mirándolo a los ojos—. No lo olvides.

—¿Y qué se supone que quiero? —contraatacó con las manos entrelazadas a la espalda y las cejas levantadas en una expresión inocente—. ¿Tu cuerpo virgen? Porque te recuerdo que podría haberlo poseído no hace mucho y rechacé el privilegio.

—En efecto, rechazaste el privilegio. Por eso ahora te toca atenerte a las consecuencias, que no son más que tus nuevas obligaciones: mantener el pico cerrado mientras desposo a un hombre que sí se digna a pretenderme.

»Nos veremos tan pronto como se celebre el primer ballet de la temporada en Her Majesty’s Theatre —continuó sin darle pie a defenderse. Sonny creyó saber por qué: porque la había desestabilizado al insinuar que podría querer de ella algo más que una noche de pasión—. Necesitaré a un hombre con labia y contactos para llegar hasta la señorita Day y averiguar qué negocios se trae con el señor Strickland. Hasta entonces, disimulemos. Yo regresaré primero al salón...

Sonny impidió que se marchara enseguida tomándola del antebrazo. Ella ya se estaba dando la vuelta con la boca abierta para proferir un insulto, ese que llevaba quemándole en la lengua desde que osara pronunciar la palabra «amor», pero él fue más rápido extrayendo la horquilla de la cerradura y levantándola para que la luz del pasillo la hiciera destellar como un rayo de sol.

Rebecca tenía la intención de alargar la mano para cogerla. Sonny se le volvió a adelantar girándola para, con un par de movimientos rápidos y diestros, recrear con estricta precisión la exquisitez del semirrecogido original.

Ella guio los dedos indecisos al cuero cabelludo para palpar delicadamente el resultado, y grande tuvo que ser su asombro, porque lo encaró con ojos redondos. Sonny le restó importancia a la hazaña de peinarla con un encogimiento de hombros y una media sonrisa, y se guardó las manos en los bolsillos.

Las huellas dactilares aún recordaban y recordarían toda la noche el tacto de su melena.

—No habría pretendido presentarse en el corazón de Strickland's con el aspecto de una muchacha que ha sido besada con pasión en la oscuridad, ¿verdad? —preguntó en voz baja, más porque se había quedado sin fuerzas después de entrar en contacto con ella, después de su dura reprimenda, que por mantener la discreción.

—No, claro... —contestó Rebecca en el mismo tono, mirándolo o más bien vigilándolo a caballo entre la perplejidad y la cautela—. ¿Dónde ha aprendido usted a peinar a las mujeres? —le devolvió la pregunta con las mismas palabras—: ¿Esto le enseñan a hacer a los jovencitos en Eton y Oxford?

—En Oxford se aprende a despeinarlas, más bien —corrigió, procurando que su expresión no se impregnara de la depravación que ella tanto deploraba—; a peinarlas aprende uno cuando tiene la hermana pequeña más coqueta del mundo entero. Para pasar tiempo de calidad con Sabrina Kinross uno debe demostrar ciertas habilidades. Y plegarse a sus caprichosos deseos, eso por descontado.

Rebecca se acarició distraídamente la media melena libre de sujeciones y asintió, tomando por válida su palabra. No solo conocía a la menor de la familia, sino que tenía que coincidir a menudo con ella en la escuela. Su hermana era seis años menor que la señorita Wargrave, pero lo bastante espabilada para hacerse notar incluso entre las veteranas.

Ella no dijo nada más. Le lanzó una mirada curiosa de arriba abajo que tendió hacia la ternura, aunque no sin las reservas habituales. Con toda probabilidad lo estaba imaginando sentado en una minúscula sillita de té, con las rodillas casi tocándose con su propia barbilla, mientras trenzaba el cabello negro tizón de la pequeña. Tuvo que encontrarlo casi por primera vez respetable, incluso digno de cariño, porque una levísima sonrisa divertida amenazó con curvar sus labios un instante.

—Eso me habría gustado verlo —confesó en un murmullo antes de marcharse, dejándolo con

la palabra y el corazón en la boca.

La mente de Sonny se quedó estancada en el gesto que no había llegado a florecer, pero que había salvado y también coronado el primer asalto de su combate a muerte con la testarudez de Rebecca Wargrave.

Debía concederle un tiempo de ventaja antes de volver él mismo al salón, pero, aunque hubiese querido regresar a la vez, no habría podido, tal era la magnitud de su asombro.

La señorita Wargrave no sonreía de forma sincera desde aproximadamente el año 1843, y desde entonces había transcurrido un trienio; un trienio de una oscuridad escalofriante y preñada de pesadillas para quienes la querían. Se dijo que entonces su objetivo no podría ser solo restaurar su reputación ante ella, convencerla de que era un hombre digno, sino también arrancarle una sonrisa, y respiró aliviado al saberse encaminado.

A fin de cuentas, Rebecca le había reconocido que era carismático. Empleaba el carisma para «desarrollar las teorías románticas» con las que pretendía manipularla, esa había sido la frase casi completa, pero ¿y qué?

Una victoria era una victoria.

Capítulo 9

Rebecca se quedó mirando las últimas palabras que había garabateado en su cuaderno.

En los últimos días había conseguido recabar suficiente información para ocupar la totalidad del espacio de una de las páginas de su diario. Había empezado escribiendo Edelweiss Day en el centro, luego lo había subrayado, después había dibujado un círculo a su alrededor y, a continuación, se había lanzado por la colección de periódicos antiguos de su hermano para recortar los pies de página o pequeñas menciones que se hacían en los medios a la flamante bailarina.

A fin de seguir documentándose, también había tenido que hundir la mano hasta el codo en el baúl donde atesoraba como oro en paño su colección de columnas de la Reina del Chisme. Y es que algo que le llamaba la atención de Su Chismosísima Majestad era, además del hecho de que llevara alrededor de cuarenta años dificultando la vida de aquellos sobre quienes escribía —se rumoreaba que el cargo de monarca cotilla lo habían ostentado ya más de dos sujetos anónimos, en teoría mujeres—, que no hacía distinciones de clase o género. Apuntaba con el dedo a duques, burgueses y artistas, siempre y cuando sus historias personales fueran lo bastante interesantes, y vomitaba su vitriolo indistintamente con el ingenio que la caracterizaba.

A Rebecca le había querido sonar, pues que la Reina del Chisme se había referido en alguna que otra ocasión a la señorita Day, y pudo confirmarlo gracias a la prudencia de conservar las revistillas mensuales; semanales si acontecía antes de tiempo un hecho lo bastante sonado como para merecer la gloriosa puntualización de la fisgona.

Ahora, Rebecca contemplaba con sentimientos encontrados el magnífico resultado de su investigación. Entre los recortes de prensa y los fragmentos subrayados del puño y letra de la sabia Reina, había podido extraer una breve pero iluminadora biografía de Edelweiss Day: había nacido en el seno de una familia en extremo humilde, pero con talento para la vocación artística, hacía veintiocho años —lo que, como habían insistido en recalcar en cada una de sus menciones, significaba que contaba con una edad demasiado avanzada para volcarse en una dedicación tan exigente como la danza... o como el sagrado matrimonio—. Sin embargo, su don innato y sus asombrosas condiciones físicas le habían permitido destacar no solo en Londres, sino también llamar la atención de grandes compañías en países europeos donde el ballet había ganado mayor popularidad, como Francia.

Uno de los retales de un artículo del *Times* aludía sin ambages a su belleza. Se decía de ella que era una sílfide; un regalo para la vista que Dios había enviado a la Tierra para aplacar los

rencores de los hombres, una disculpa divina encarnada en un cuerpo femenino. Rebecca no había esperado menos que una descripción semejante considerando que se trataba de la mujer que le había sorbido el seso al esquivo y misterioso Cassius Strickland. Estaba convencida de que era rubia, como le había halagado su señoría la noche que expuso sus honorables intenciones, y que tendía a vestir de color lavanda. Rebecca los imaginaba el uno al lado del otro, ambos gráciles como practicantes de esgrima, inalcanzables de tan bellos, y, en lugar de arrebatarse de celos, se conmovía inexplicablemente.

Si hubiera tenido una buena amiga con la que compartir sus impresiones, habría confesado que hacía tiempo desde que había asumido que el amor era una gracia que nunca la tocaría con su céfiro, pero que esta discriminación contra ella no la hacía renegar de su magia exquisita y ni mucho menos erigirse en contra de su consumación. Por el contrario, Rebecca se inclinaba por apreciar la complicidad de los matrimonios que se profesaban afecto, por asomarse a esas vidas compartidas e idílicas atestiguando de lejos una caricia de manos bajo una mesa de Gunter's, unos brazos bien agarrados y un par de rostros inclinados durante un paseo por Hyde Park; el riesgo de ceñirse más al cuerpo del otro durante un vals especialmente apasionado.

Aun siendo una mujer de naturaleza envidiosa, era incapaz de sentir celos hacia el amor correspondido. Las indulgencias beatíficas habían de ser respetadas.

Por desgracia, como esa buena amiga no existía, como, al final del día, Rebecca estaba sola en el mundo, volcaba sus reflexiones en el cuaderno donde ahora investigaba sobre la señorita Day. Las páginas anteriores estaban repletas de análisis pormenorizados de las que habían sido sus rutinas y cambios de humor en los últimos meses; años, si contaba los diarios que ya había completado de principio a fin y ahora descansaban en el olvido de su entierro bajo la cama.

Tomó la estilográfica, la mojó en el tintero y se puso cómoda en el tocador para saludar a su más vieja y leal amiga: la escritura. Ya estaba vestida para el paseo matinal y el picnic que se había fechado en la colina de Hampstead Heath una semana atrás, pero no le importó arriesgarse a que la tinta le salpicara la falda de organza.

Querido diario,

Soy consciente de que debería molestarme que me pretenda un hombre que aún ruega por el cariño de su antigua amante. Y, sin duda, me ofende, pero me temo que solo a un nivel superficial y por exigencias del guion. Mucho antes me sorprendo atraída por la historia que esconde el desafortunado cheque, la rica caligrafía que sin embargo se tuerce por efecto del tembloroso pulso de quien sufre al expresar sus sentimientos no correspondidos.

¿Cómo voy a despreciar al señor Strickland, cómo no voy a sentirme inclinada por comprenderle, si yo he estado en su lugar?, ¿si yo misma habría estado y sigo dispuesta a desposar a quien sea el indicado a pesar de tener el corazón comprometido...? Cierto es que el dolor se ha ido desprendiendo de mí por azote del tiempo, y que ya no soy la joven enamorada de antaño. ¿Cabe entonces albergar esperanzas hacia el matrimonio con el señor Strickland? Si yo he logrado sobreponerme a la adversidad, ¿no significa eso que Cassius podrá, también, olvidar

a la señorita Day en aras de un futuro compartido?

—¿Rebecca? —la llamó Verity. Tocó a la puerta con los nudillos para advertir de su inminente avance y asomó la cabeza de voluminosos bucles cobrizos bajo el umbral—. El carruaje espera... —Arrugó el ceño al verla encorvada sobre el papel. Una sonrisa sabedora se formó en sus labios—. ¿Una carta de amor, quizá?

—¡Por supuesto que no! —rezongó ella, apresurándose a cerrar el cuaderno. Lamentó su impulsividad enseguida. La tinta no se había secado aún, y mucho se temía que cuando regresara encontraría el texto emborronado y la página anterior salpicada de manchas negras—. ¡Te tengo dicho que llames a la puerta y esperes a mi señal antes de abrir! Puede que seas la señora de la casa, ¡pero este es mi dormitorio! ¡Mío!

—¿Y dónde está tu dormitorio, si no es en mi casa? Porque no veo que lo construyeran en la acera. —Enarcó una ceja. Antes de enzarzarse en una acalorada discusión, soltó el pomo y se alejó por el pasillo. Desde allí insistió—: Date prisa, Rebecca. Ahora mismo el sol está en su cénit, pero algo me dice que si postergamos un poco más la salida, nos acabará sorprendiendo la lluvia.

Se resignó a obedecer escondiendo el cuaderno en el cajón de los polvos para el rostro y se levantó como si la falda le pesara un quintal. Unos minutos más tarde ya estaba sentadita como una niña obediente en el que había decidido que fuera su asiento del landó, con la cabeza girada hacia la ventanilla para evitar ser cómplice de las indiscretas carantoñas que se dirigían los recién casados.

No tardaría en agachar la vista, víctima de un ramalazo de tristeza incontrolable.

Rebecca se miró las manos entrelazadas sobre el regazo y apretó los labios.

Cuando Verity aún era la señorita Burton y compartían habitación en la escuela de modales, emplazada en Canterbury, se sentía en igualdad de condiciones con ella, incluso si en el fondo esta era una sensación engañosa. A fin de cuentas, la conocida como «Wit» o «Witty» por su carácter siempre había sido más rica, más popular, más querida.

Pero al menos estaba soltera, como Rebecca.

Eso significaba que las dos se hallaban en una situación de desconocimiento similar.

Desde que se había casado, sin embargo, no podía mirarla del mismo modo. No porque hubiera elegido a su hermano entre todas las opciones —que se extendían al groso total de la población masculina—; no porque hubiese cumplido el propósito vital de la mujer gracias a la aceptación de un hombre que la amaba y nunca la traicionaría, sino porque ahora era más sabia que Rebecca.

En cuanto pudo atribuirse el mérito del amor correspondido, Verity recibió de la mano de Dios una visión más plural, más amplia, más benevolente del mundo. Conocía los entresijos del

amor, tanto en un plano físico como espiritual, y eso se le notaba en el modo en que hablaba ahora, en el que miraba a los demás, con una magnanimidad impropia de su personalidad juvenil.

Incluso en cómo caminaba.

No era la misma Verity que antes, y con esa Verity no sabía cómo comportarse. La antigua Wit era más terrenal, más frívola. Era una niña que no conocía la incondicionalidad, en definitiva. Ahora se presentaba como una mujer de mundo, una mujer con plena seguridad en sí misma. Rebecca se había fijado en que ya no la miraba con desdén, sino con cierta ternura condescendiente, como los adultos se dirigían a los niños; como si supiera algo que a ella se le escapara y le apenase que nunca fuera a descubrirlo porque ese algo solo podía aprenderse mediante la experiencia, nunca mediante generosa explicación de terceros.

Había observado este florecimiento en otras de sus conocidas una vez habían contraído nupcias con un buen hombre o, mejor dicho, con un hombre amado. Primrose Insley, ahora Connor; Clarissa, la esposa de Nile, también.

Rebecca era la única cría que quedaba por convertirse en una mujer de toda su promoción escolar; la única que permanecía al otro lado de esa esfera de conocimiento que le había susurrado a sus compañeras el secreto de la felicidad plena.

—Becks —oyó que la llamaba Harding. Alzó la vista forzando una expresión neutral, pero su hermano ya estaba mirándola compungido—. ¿Qué sucede?

—Nada. Solo estoy cansada. Anoche no descansé.

Pensaba en los ámbitos de sabiduría que nunca descubriría, apenada, cuando se apearon del carruaje a las puertas del parque más famoso de las afueras de Londres. Era poco habitual que se fechara un picnic con días de antelación, pues no había forma de anticipar el tiempo con el que los recibiría la antojadiza mañana. Por fortuna, había amanecido tan excepcionalmente soleado que, subiendo hasta Parliament Hill, desde donde se obtenían unas vistas panorámicas espectaculares del resto de la ciudad, empezó a sudar.

Tuvo que desprenderse del chal de gasa para no cocerse de calor. Presionó la pamela contra la cabeza, evitando así el influjo implacable del sol sobre los ojos.

—Cualquiera habría dicho que Londres se ha mudado a la costa mediterránea —oyó que farfullaba Verity, y tentada estuvo de darle la razón.

Cuando llegó arriba, Rebecca descubrió que habían sido los últimos en presentarse a la cita. Sobre un enorme mantel de cuadros extendidos sobre la hierba, más verde que nunca por cortesía de las recurrentes lluvias primaverales, y refugiados bajo la copa de un abedul joven, se hallaban los condes de Glasford, los condes de Jersey, Sonny Kinross, Cassius Strickland y...

Un sudor frío le recorrió la espalda.

Los marqueses de Haverford, Nile y Clarissa Inglefeild.

La pareja no se percató de su aparición, enfrascados como estaban el uno en el otro.

La joven esposa se había sentado frente a su marido con las rodillas recogidas a un lado, una postura natural e insoportablemente femenina, como siempre lo había sido toda ella. Sonreía con dulzura a lo que él le estaba contando utilizando una sola mano, harta de aspavientos, para apoyar su discurso. Nile, por su lado, se había recostado sobre la manta echando todo el peso sobre el costado y el codo libre. Solo se interrumpía para arrancar una uva turgente del racimo y ofrecérsela a Clarissa casi de forma inconsciente, como si sus impulsos involuntarios fueran cubrirla de regalos y carantoñas. Ella aceptaba que la alimentara formando un cuenco con las manos y se lo agradecía con un guiño o un beso distraído en la frente.

Huelga decir que ese no era un comportamiento apto para desplegar en público. De ahí que hubieran tomado la prudente decisión de reclinarse a una esquina del mantel para pasar desapercibidos.

No lo conseguían, por supuesto.

Rebecca se quedó tan devastada con la visión que no se percató de que una brisa le volaba la pamela. Pensó que era lógico que de pronto notara la influencia del sol con particular insistencia en el cuero cabelludo. Igual que le ardía el corazón, donde florecía el amor, era comprensible que le ardiese la cabeza, el espacio físico donde se desarrollaban y enquistaban las obsesiones.

Vio pasar la vida ante sus ojos anticipando toda una jornada de mañana y tarde en la compañía de los marqueses de Haverford. Sabía que controlarían sus demostraciones de afecto en cuanto ella se acercara, comprometidos como le constaba que habían estado en los últimos tiempos con no provocarle una crisis nerviosa. Pero esto, lejos de hacerla sentir mejor o bien frotarse las manos con malicia, solo avivó su dolor.

Ya no quería que nadie tuviera que disimular en su presencia.

Que sus enemigos fueran considerados con ella le recordaba que era débil.

No podía soportarlo.

Pensó que no podía sentirse peor, plantada como una estatua de sal en medio de la colina, pero la casualidad le hizo ver que se equivocaba. Nile apartó la vista de Clarissa para dirigirla a los recién llegados. Le sonrió con afectuosa camaradería a los Wargrave y luego desplazó la vista a los alrededores, con toda seguridad buscándola a ella.

La encontró más pronto que tarde, rígida y con los ojos vidriosos.

Pese a la distancia que los separaba, observó que Nile tragaba saliva y que la sonrisa de Clarissa se disolvía en el acto. No la odiaban, comprobó Rebecca al no reconocer nada distinto de la incomodidad y la compasión en sus expresiones. La gente que tenía una vida propia, la gente que era feliz, no odiaba. Invertía el tiempo en nutrir sus experiencias revitalizantes, en amar a sus hijos, y no en alimentar sus rencores.

No pudo aguantarlo más.

—Se me ha volado la pamela —se justificó en voz alta con una sonrisa temblorosa. Harding

se giró enseguida con una mueca muy parecida a la que los Haverford estaban tratando de moderar—. Voy por ella. Volveré antes de que te preguntes dónde me he metido.

—Becks... —empezó su hermano en un murmullo preocupado.

Ella no permitió que completara la frase, aterrada por si se atrevía a decir con claridad que sabía que solo pretendía huir. Giró en redondo con una seguridad impostada, para que al menos de lejos pareciera que de veras le faltaba apetito y prefería pasear a solas, y se encaminó colina abajo.

Apenas avanzó veinte o treinta metros hasta adentrarse en la frondosidad de una agrupación de olmos y fresnos, cuya frescura le dio la bienvenida ofreciéndole refugio y aplacando las contracciones de su pecho.

El corazón todavía le latía desaforado cuando recostó la espalda contra el tronco de un abedul y se llevó una mano al esternón. Lo presionó con el canto de la palma, como si quisiera atravesarse la carne y aplastar aquel órgano insurrecto y estúpidamente sensible que no cesaba en su empeño de amargarle la vida.

Lloró de pura impotencia.

Durante mucho tiempo había reprimido las lágrimas, convencida de que regodearse en su desgracia no haría sino empeorarla, pero en los últimos meses había descubierto que era el único modo de aflojar el nudo en la garganta.

Además, la aliviaba.

Solo llorando atinaba a comprender que la validez de su sufrimiento había expirado.

No supo cuánto tiempo pasó allí, apretando la espalda contra el tronco, la mano contra el pecho, las lágrimas contra las mejillas. La cuestión era que no conseguía serenarse.

Lo único que la apremió a controlar los hipidos fue el crujido de las ramas marchitas bajo un peso humano. Alguien se aproximaba, y aunque por un momento pensó que se trataría de Sonny Kinross, irrupción que habría agradecido porque se las arreglaría para hacerla pensar en otros asuntos —en cómo ponerlo a caer de un burro de un modo original, por ejemplo—, supo que no era él porque no se hizo notar antes con un comentario desahogado y absolutamente fuera de lugar. Él acostumbraba a alertar de su llegada cuando la sabía en pleno arrebato autocompasivo para darle tiempo a recomponerse, una gentileza por la que siempre le había estado agradecida en secreto.

Cassius Strickland emergió entre los verdes y ocres de la vegetación como un explorador de la selva disfrazado de príncipe austrohúngaro. Vestía la etiqueta exigida, ni la brisa osaba despeinar las ondas doradas de su cabello y llevaba en la mano una pamela con un lazo de seda amarillo pálido, a juego con el vestido de organza que lucía la honorable pero ahora destrozada señorita Wargrave.

Rebecca estuvo tentada de esconderse de él cometiendo la niñería de cubrirse la cara con las

manos, pero la rotunda serenidad que lo convertía en un ser de otro mundo la convenció de relajar los hombros y aceptar el sombrero cuando se lo tendió galantemente.

—Gracias, señor Strickland —atinó a murmurar sin voz.

—No hay de qué. Tiene usted una pamela que es un tesoro. —Acompañó la mirada al complemento de un gesto de barbilla—. Cuánto no me habría beneficiado de una así de inteligente cuando hubiera necesitado que me arrancaran de un escenario incómodo.

—No era un escenario incómodo —se apresuró a explicar. Aun sin tener fuerzas para afrontarlo, buscó el juicio en un rostro en el que no encontró nada más que dignidad—. Yo solo... Ha sido una ráfaga que... No iba a pedirle a mi hermano que fuera detrás de... Tampoco es que tenga mucho apetito, y... —Desistió de justificarse recordando lo que el señor Strickland le había dicho unas semanas atrás con su mirada de advertencia burlona: «Por favor, no me trate como si fuera idiota». Acabó suspirando y agachando la cabeza—. Seguro que un hombre tan popular como usted también ha tratado con sujetos con los que preferiría no coincidir.

—Constantemente, y por razones mucho menos respetables que las que tiene usted.

Rebecca alzó la barbilla para valorar de nuevo su reacción. Se le escapó una sonrisa resignada al toparse de nuevo con aquel semblante cifrado.

Nadie conocía el sortilegio que lo desentrañaba.

O quizá sí.

«La señorita Day».

—Respetables —repitió ella tras suspirar.

—No era la palabra adecuada. He dado a entender que el quid de la cuestión, lo importante, es cómo perciban los demás nuestros sentimientos, cuando nada más lejos de la realidad —se disculpó él, y no por miedo a que ella le retirase el voto de confianza, sino decepcionado consigo mismo por no haber sido meticuloso al expresarse—. Nunca se habla de lo que duele, ¿verdad?

Rebecca lo miró con curiosidad.

—¿El qué?

—El rechazo de un ser querido. Las implicaciones sociales son objeto de debate en las grandes mesas, pero ¿las emocionales? Eso nunca.

Fue bastante rápida al contestar considerando que la había dejado pasmada.

—Por supuesto que no. Si se sopesaran, se llegaría a conclusiones benevolentes; incluso se consensuaría compadecer generosamente al afectado en tales casos.

—Y entonces la alta sociedad tal y como la conocemos se destruiría ante nuestras narices para abrir paso a un mundo ideal. Eso sería intolerable.

Rebecca soltó una carcajada sincera que la sorprendió incluso a ella. Iba a cubrirse la boca, abochornada, pero repitió para sus adentros el instante de complicidad y decidió que Strickland ni la habría juzgado, ni la juzgaría.

—Supongo que habría sido mucho pedir que una sola persona en esta ciudad no estuviera al tanto de mi desastrosa vida sentimental. Al menos puedo consolarme con que usted en concreto lo sabe porque yo lo decidí así —suspiró—. De todos modos, quiero que sepa que esto no es un impedimento para el cortejo, y que... y que si me ha sobrevenido un acceso emocional es porque me he despertado más sensible de la cuenta, no porque aún...

Calló, aduciendo que el señor Strickland no le exigiría una rigurosa explicación.

Se equivocaba.

Cassius le sostuvo la mirada, parado con las manos en los bolsillos a una prudente zancada de distancia. Con mucho gusto le habría reprochado que no tuviera la caballerosidad de dejar correr el asunto, pero no pudo porque él le preguntó sin acritud:

—¿Sabe usted por qué sufre, señorita Wargrave?

—¿Disculpe?

—¿Sabría identificar qué es lo que la ha hecho llorar? Es importante llegar al fondo de la cuestión, no tanto para evitar que se repita como para conocerse a uno mismo —continuó en tono amable, y alargó una mano para secarle las lágrimas con la yema del pulgar. Más que romántico, fue un gesto protector; propio del hermano del que tan alejada se sentía Rebecca—. Yo tampoco creo que lo ame aún, si le soy sincero. Tampoco creo que siga resentida. Y lo creo así porque, en realidad, y aunque lo desconozca usted misma, sospecho que alberga dentro de sí más sentimientos hermosos que puro odio.

—Hay quien sostiene que nunca lo amé —respondió con resentimiento, ladeando la cabeza hacia la curva de la colina para ocultar su dolor—, así que no me sorprende su análisis.

Pero sí le sorprendió presentir que Cassius sonreía sin enseñar los dientes, transigente con la inquina que rezumaban sus palabras.

Confirmó que su rostro se había dulcificado observándolo de reojo.

—El que quiera jugar a la audacia, tendrá que ser el más audaz. Por desgracia, los que se consienten la osadía de decirnos cómo nos sentimos nunca son particularmente avispados, ¿verdad?

Rebecca volvió a relajarse sin darse cuenta.

Incluso se animó a devolverle la sonrisa con timidez.

—Se creen que han vivido nuestras vidas mientras nosotros estábamos dormidos, o algo así —le devolvió ella la ironía—. Por eso saben más que uno sobre los entresijos de su alma.

Cassius suspiró con un cabeceo de conformidad. Aprovechó que el tronco del árbol era lo bastante ancho para imitar la postura de Rebecca apoyando la espalda también. Le gustó el toque desenfadado que le dio a la postura escondiendo las manos a la espalda y agachando la barbilla para mirarla con complicidad.

—Decirle a una persona lo que siente y lo que no es una estrategia de control tiránica con un

objetivo tan simple en apariencia como inhumano en conclusión . Al final, no pretende otra cosa que adaptar cuantos elementos componen la escena a la narrativa que más conviene al manipulador en cuestión.

Rebecca bufó como si no pudiera estar más de acuerdo.

—No me cabe la menor duda de que los Haverford y sus amiguitas, Verity y Primrose, llevan años repitiéndome que Nile era un mero capricho para sentirse mejor consigo mismas. De este modo, yo no soy una víctima, sino una estúpida caprichosa e incluso la villana... —Se mordió el labio al repetir el comentario para sus adentros. Lo encontró tan personal e inadecuado para conversar con su pretendiente que se disculpó con la mirada—. Quizá no debería aludir a historias pasadas en su presencia.

Cassius correspondió su mirada vulnerable con unos ojos dorados que parecían encerrar la sabiduría de diez bibliotecas de Alejandría. Como todo lo que era sabio, era también nostálgico.

—No hay nada más presente en nosotros que nuestro pasado, señorita Wargrave.

Sarah Reeves le había advertido que mantener la mirada de un hombre durante más tiempo del establecido por el decoro podía considerarse una coquetería escandalosa, pero Rebecca no encontró el valor de apartársela. Por primera vez desde que había llegado al mundo, sintió que alguien la comprendía, que no la juzgaba, y eso trajo consigo un alivio capaz de insuflar vida a su corazón marchito, de inspirar su renacimiento.

—Ni siquiera mi hermano mayor ha tratado de apaciguarme nunca con una filosofía compasiva —se sorprendió confesando con un hilo de voz—. Es más; no olvido que Harding se hartó no hace demasiado de lidiar con mi eterno sufrimiento, llegando a emprender acciones egoístas para sacarme del pozo de la amargura.

—¿Se refiere usted a su amistad con el marqués de Haverford? —tanteó con la cautela que exigía el asunto.

—Y a su matrimonio con la señorita Burton. Harding ha insinuado y luego proclamado a viva voz, sin ápice de vergüenza, que, en gran medida, obró de este modo por mi bien... y no puedo negar que trago con menor dificultad a mi cuñada desde que lo es. Pero jamás podré perdonárselo, ¿sabe?

El corazón se le encogió nada más admitir en voz alta lo que no se había atrevido a decir ni siquiera ante sí misma. Cassius debió notar en su gesto de rodearse la garganta con aire desvalido que había realizado una confesión de importancia soberana, porque dijo:

—¿Qué desea que haga con su verdad, señorita Wargrave? ¿Quiere que le ofrezca un consejo?, ¿que le aporte mi perspectiva de la situación? ¿Quiere que solo calle y la escuche?

Rebecca intercambió con él una mirada sin reservas.

—¿Estaría dispuesto a hacer todo lo que menciona?

—Sí.

Un alivio aún más profundo que el que había experimentado minutos antes la cazó desprevenida. La embargó la culpabilidad al recordar que llevaba días investigando su pasado romántico, pero impidió que esto la coartara y le dirigió la primera sonrisa sincera desde solo Dios sabía cuándo.

—¿Por qué es tan amable y compasivo conmigo, señor Strickland? —se animó a preguntarle —. ¿Será que usted ha librado sus propias guerras y es más consciente que nadie de lo que un simple acto de empatía puede llegar a significar para alguien?

Le sorprendió que su iniciativa no estuviese guiada por el propósito de destapar su relación con Edelweiss. Ni siquiera era la curiosidad sana lo que la motivaba. Le estaba tendiendo la mano con la ilusión de devolverle la tranquilidad que él le había brindado al consolarla.

Cassius curvó los labios en esa sonrisa escueta con la que empezaba a familiarizarse.

—Llevo en el mundo unos cuantos más años que usted, señorita Wargrave. Si usted ya acumula experiencias lo bastante dolorosas para aislarse, es de suponer que yo también he pasado fatigas.

—¿Por eso no me juzga?

Cassius sacudió la cabeza.

—No la juzgo porque enjuiciar los sentimientos es una villanía. Lo único criticable son los actos, que es lo que podemos controlar y por eso mismo debe exhibir cierta altura moral.

—Entonces podría criticar que aceptara este cortejo estando aún dolida por un antiguo rechazo. Es una decisión que muchos verían reprobable, cuando no egoísta.

Cassius perdió la mirada en un punto lejano del bosque.

—Si tuviéramos que permanecer confinados hasta que se nos curasen las penas, no viviríamos ni cinco años. Ni cinco minutos. Además de que sostengo que el único tratamiento eficaz para el mal del corazón roto es fingir que a uno no le duele nada hasta que se lo cree.

Rebecca le regaló una sonrisa más o menos jocosa.

—Espero que no esté fingiendo que le intereso para olvidarse de sus propias tristezas, señor Strickland.

—Cassius, si no le parece demasiado informal —la corrigió con gesto afable—. En mi opinión, señorita Wargrave, el fingimiento debe de estar enfocado al estado de ánimo en todos los casos. Por ejemplo, aun si no estoy de humor para divertirme, actúo como que me he levantado con el pie derecho y acudo a donde soy requerido. Con un poco de suerte, me alegraré de haberme rebelado contra mis demonios y haber asistido. Por otro lado, actuar con falsedad ante terceros, adulterar las intenciones... —Meneó la cabeza—. Eso es algo distinto. Algo imperdonable.

Rebecca se mordió el labio inferior nada más darse por aludida. Se sintió avergonzada por haber invadido los espacios privados del señor Strickland y haber seguido maquinando en la

sombra aun después.

En casa le había resultado la mar de sencillo tomar a los protagonistas de su investigación como dos personajes de una pantomima irrelevante, pero ahora que tenía delante en carne y hueso al hombre que había escrito un ruego de amor frustrado, se estremecía de puro desprecio hacia su falta de escrúpulos.

¿Cómo había podido?, se preguntó, horrorizada. Carecía de excusa para justificar su delito, porque podía imaginarse fácilmente cómo habría reaccionado ella misma si alguien se hubiera infiltrado en su dormitorio y hubiese leído sus diarios.

—Para no estar de humor para divertirse, señor Strickland, no solo asiste a numerosas fiestas, sino que las organiza usted mismo —dijo con tal de alejar los remordimientos.

Él le lanzó una mirada cargada de ironía.

—La asombraría descubrir lo poco que me gustan los convites y espectáculos, señorita Wargrave...

—Rebecca —lo invitó con un guiño jovial.

—Rebecca —aceptó él. No llegó a sonreír, pero la luz del agrado hacia su acompañante sosegó la expresión severa que le habían pintado las reflexiones previas—. ¿Le gustaría dar un paseo por los alrededores antes de regresar al picnic? No creo que constituya una violación del decoro considerando que el parque está hoy abarrotado.

Esperó a que ella asintiera antes de acercarle el codo, gentileza que agradeció para sus adentros: cuando un hombre le había extendido una invitación parecida, había coordinado la propuesta verbal con el gesto físico, forzándola consciente o inconscientemente a aceptarlo con tal de no afearle la galantería. A diferencia de como le había sucedido con Robert Landon, entre otros pretendientes que barajó durante la pretemporada anterior en su incesante búsqueda de marido, con el señor Strickland no se sentía obligada a nada.

Era el lado positivo de haber abandonado toda esperanza.

Cuánta ligereza se sentía en la tierra de la resignación. Qué aire tan puro se respiraba.

Rebecca alzó la cabeza hacia su acompañante, que había clavado la vista al frente para sortear los obstáculos naturales en dirección al campo abierto, y llegó a la conclusión de que había aspectos más interesantes acerca del señor Strickland que su pasado o su presente con Edelweiss Day; ámbitos de su vida personal que solo podía conocer a través de él.

Descubrió que le apetecía seguir oyéndolo hablar como había hablado esa tarde, sin tapujos ni atenerse a las convenciones sociales, y le sonrió amistosamente.

—¿Por qué un salón de fiestas, señor Strickland? —inquirió de buen humor—. ¿Por qué no un astillero o la explotación de las minas de carbón del sur? Tengo entendido que son los negocios más prósperos de la actualidad… Aunque claro, quizá por eso mismo, por la proliferación de empresas navieras e industrias metalúrgicas, se decantara por el mundillo del entretenimiento; no

iba a encontrar competencia más allá del decadente Almack’s...

Capítulo 10

Sonny había intentado mantener la calma por todos los medios. Se había esforzado por aportar a la conversación de sus acompañantes, incluso si encontraba de lo más soporífero el carácter insincero y totalmente banal de tanta cháchara. Al no lograr seguir el hilo o siquiera hallar la concentración para defender su papel de alivio cómico, se limitó a dar buena cuenta del almuerzo que había preparado su cocinera, la señora Sanderson, mientras él atendía a sus cuitas familiares aupado en la encimera de la cocina.

Pero no importó que su empleada fuera una maestra culinaria, porque cada bocado le supo más amargo que el anterior. Sus ojos se desviaron con cada vez mayor frecuencia al paisaje en el que en un principio habían desaparecido Rebecca y su pretendiente.

Si no le hubiera preocupado defender el honor de la señorita Wargrave, habría interrumpido la charla general para acusar la falta total y absoluta de decoro de aquellos dos. «¡Irse a pasear juntos y sin carabina! ¡Habrase visto!», habría exclamado con voz aguda. Pero dudaba que los Jersey, los Glasford y ni mucho menos los Haverford o los Wargrave hubieran puesto el grito en el cielo: los que no opinaban que Rebecca estaba ya más que echada a perder, no osarían criticar comportamientos que ellos mismos habían reproducido unos años o unos meses antes.

La situación no fue a mejor para él cuando la pareja reapareció en su campo de visión, porque no tuvieron la decencia de regresar al picnic. El señor Strickland retuvo a la pobre muchacha en contra de su voluntad haciéndola dar vueltas y vueltas por el adorable pasaje de olmos en su pleno apogeo primaveral, llegando a arrancar un puñado de flores recién abiertas al mundo para regalarle un modesto ramo. Hasta tuvo el descaro de colocar una fragante violeta en la curvatura de su oreja, gesto que lady Glasford alabó desde su posición de cotilla con la voz impregnada de ternura.

Sonny cambió de postura quince veces sobre el mantel. Debió hacer acopio de un autocontrol por el que no era especialmente famoso para no gruñir por lo bajo como un perro enfermo de rabia. Llegado cierto punto, no le quedó otro remedio que aferrarse con desespero al tictac del reloj de bolsillo que el conde de Glasford cargaba consigo y consultaba a cada tanto con ansia de retirarse a sus aposentos.

Ni siquiera era consciente de que Harding le lanzaba miradas inquisitivas que confirmaban la excentricidad de su comportamiento, ni de que lady Jersey se esforzaba por distraerlo redirigiéndole las preguntas generales y hasta tocándolo de forma indiscreta en cuanto su marido se distraía.

El atardecer estaba desdibujando el horizonte urbano con sus fastuosos naranjas y amarillos cuando por fin se vio relevado de su obligación de disimular. Sonny se levantó como si llevara toda una vida esperando aquel momento, y a Dios dio gracias porque Strickland tuviera la decencia de separarse de Rebecca también, aunque solo fuera porque cada uno regresaría a casa en un carruaje distinto.

Pero antes de mandar llamar a su coche, el atrevido besó los dedos enguantados de la señorita Wargrave y la ayudó a ascender el escalón hacia el interior de su landó.

Sonny observó la escena en la distancia con el cuerpo tan en tensión que pensó que estallaría igual que un recipiente con agua congelada. Había acudido al dichoso picnic con la esperanza de intercambiar unas palabras con ella, aunque fueran un puñado de cortesías envenenadas de las suyas, y Strickland no solo le había arrebatado la oportunidad, sino que para colmo había tenido que soportar durante horas la proximidad del condenado Nile Inglefeild.

No sabía quién odiaba más al marqués, si ella por el menosprecio al que la sometió en su día o él porque hubiera rechazado la mayor de las gracias divinas: no ya el amor, sino la admiración de Rebecca. Le había resultado insoportable oír su voz, tener que reconocer el espacio que ocupaba por culpa de la precisión de la vista periférica; ver cómo Harding le reía las gracias cuando solo unos días antes su hermana había proclamado pasivamente que, a causa de sus simpatías, ahora le reservaba con mucho cariño un sinnúmero de rencores asfixiantes.

Para cuando el carruaje de los Wargrave desapareció en dirección a la ciudad, Sonny estaba tan furioso que pensó que no le harían falta los puños para matar a Strickland: le bastaría con pronunciar una palabra de odio para que el gas tóxico que rezumara acabase con él en el acto.

Lo alcanzó antes de que pudiera internarse en su propio carruaje, que se había detenido en el mismo punto donde se había despedido de Rebecca. Los Jersey, los Glasford y los Haverford se habían retirado ya, y a esas horas de la tarde ya no había un alma en la extensión natural de Hampstead Heath que pudiese atestiguar el modo en que Sonny Kinross gustaba de resolver los conflictos. Esto le permitió dar rienda suelta a sus bajos instintos agarrándolo por el cuello de la chaqueta por detrás y atrayéndolo hacia sí de un tirón violento.

Cassius abrió la boca y levantó el brazo en una acertada posición defensiva que, en su rol de maestro púgil, le habría aplaudido, mas no en ese momento. El susodicho renunció a arrearle una tunda al atrevido y hasta se relajó de un modo ofensivo al reconocer el rostro de Sonny.

—Ah, Kinross —dijo, como si fuera habitual que se saludaran en esos términos.

—¿A qué diablos estás jugando? —le espetó entre dientes. Le había soltado la parte trasera de la prenda para sacudirlo por la estúpida chalina oscura.

Todo lo relacionado con Strickland era estúpido esa tarde.

—¿Qué quiere decir? —replicó con un parpadeo—. A nada que no hubiéramos acordado.

Sonny tiró de él para hablarle a un palmo de la cara.

—No te hagas el inocentón conmigo, Strickland —le advirtió con una sonrisa amenazadora y ojos de loco—, porque venimos sabiendo desde hace tiempo que yo soy muy listo, y ahora está quedando muy claro que tú eres un listillo.

Cassius posó la vista en cada una de sus facciones, como si pretendiera retratar más tarde la viva imagen de la ira capital. Solo que no tenía vocación artística y sí un carácter muy prudente; con toda seguridad estaría valorando la magnitud del daño para decidir el curso de acción.

—Me dijo usted que pretendiera a la señorita Wargrave, ¿no es así? Que se haya replanteado sus objetivos para acabar concluyendo que no está haciendo lo correcto y quiere ponerle fin es una cosa, y que yo haya infringido nuestro acuerdo es otra muy distinta. Una que no puede reprocharme...

—¡Por supuesto que lo has infringido! —le interrumpió a voces—. ¡Te expresé con claridad que tenías prohibido acapararla cuando yo estuviera presente!

Cassius apartó la mano de Sonny con cuidado de no ser brusco y esperó a haberse arreglado la corbatilla para mirarlo a través de las pestañas.

—Y no pretendía acapararla, pero ella no ha querido separarse de mí —respondió con sencillez.

Aquellas palabras se clavaron en el corazón de Sonny como la espada Excalibur.

Nadie salvo Rebecca, legítima dueña, reina de Camelot, podría arrancarla de allí.

—Qué diablos estás insinuando —masculló él, sin emplear siquiera el tono interrogativo. Sonó simple y llanamente conminatorio—. ¿Que te ama? ¿Que la has conquistado con una salida a Hyde Park y un paseo por Hampstead Heath? No me hagas reír.

—No me atrevería a atribuirme tamaños méritos, pero es un hecho que la señorita Wargrave no se sentía cómoda en presencia de los Haverford y no me pareció correcto quedarme de brazos cruzados sabiendo que ella sería capaz de aislarse toda la tarde. Le concedí unos minutos de cortesía para que fuera usted quien saliera en pos de la dama —añadió, mirándolo con una intencionalidad de la que solo él mismo estaba al tanto—, pero en vista de que no reaccionaba, decidí tomar cartas en el asunto.

—¡Vete al maldito infierno! —siseó, de nuevo a un palmo de su cara. Le clavó el dedo en el pecho—. No me vas a convencer de que un tipo que se las apaña para traer al ballet ruso a Inglaterra escribiendo una carta de dos párrafos no puede encontrar el modo de persuadir a una mujer mediante la palabra de regresar a un picnic.

—Ah, pero la señorita Wargrave no es solo «una mujer». Es lo bastante inteligente como para haber deducido mis intenciones si las hubiera manifestado abiertamente...

—¡No tienes que decirme cómo es Rebecca! —vociferó—. ¡La conozco mejor que a las líneas de mi mano!

—Y, sin embargo, es usted el primero en tomarla por necia, o ya habría pedido su mano sin

enrevesadas maquinaciones como la que nos ha traído hasta aquí.

Sonny apretó los labios y los puños para contener un exabrupto y algo mucho peor, como un puñetazo que diera de qué hablar a la Reina del Chisme cuando se topara con un Cassius Strickland al que le habían borrado media cara.

—No es tan sencillo —farfulló, aun así, con la cabeza gacha—. Ella me... Ella me odia ahora mismo, no podría... Primero tengo que demostrarle que puede confiar en mí, que la ayudaría en cualquiera que fuese su empeño; que admiro su tesón y su sensibilidad incondicionalmente, y... Y yo todavía no sé si soy digno. No sé si podría, algún día, convertirme en un buen marido, yo...

El suspiro casi compasivo de Strickland cortó sus balbuceos impotentes.

—¿Siquiera sabe usted lo que quiere, Kinross? —le preguntó sin tapujos, en lo absoluto ruborizado por plantear una cuestión tan personal en una conversación masculina—. Porque debería haber decidido qué espera obtener de todo esto antes de tomarse tantas molestias. No lo digo por mí, vaya a pensarse; encuentro mucho más que vivificante la compañía de la señorita Wargrave. Este acercamiento no me pesa. Lo digo por usted.

—¿Por mí? —repitió.

—Así es. Veo más que loable que la dama se encariñe conmigo en este proceso, y le confieso aquí y ahora no me disgusta la idea de corresponderla. Aún no estoy seguro al cien por ciento, señor Kinross; me gustaría conocerla en mayor profundidad antes de lanzarme a un compromiso, pero puede que la farsa deje de serlo y me plantee cortejar a la señorita muy en serio. Por eso no me quedaría otro remedio salvo apiadarme de usted.

Sonny sintió que la tierra se abría bajo sus pies, pero mucho antes de permitir que lo enterrasen vivo, se agarraría con las uñas afiladas a Strickland para arrastrarlo consigo.

Le dirigió una sonrisa vacía que habría estremecido a un hombre más impresionable.

—¿Y por qué no se apiada mejor de usted mismo, que es quien se presenta periódicamente en la puerta de mi casa, arrastrándose como un gusano, para que le ponga en contacto con mis mejores hombres? Le recuerdo, Strickland, que tengo su felicidad aquí —se señaló la palma de la mano—, y que igual que me he prestado a conseguírsela a cambio de este pequeño favor con Rebecca —la cerró en un puño de golpe—, puedo revocársela y condenarlo de por vida en un instante.

Cassius escuchó su amenaza con gesto impasible.

—Es de una ingenuidad sonrojante que asuma que la felicidad es un camino único, Kinross. He recurrido a usted un par de veces porque he insistido en perseguir una determinada estela creyendo que era la única, pero igual que he entretenido mi obsesión durante años, puedo renunciar a ella y buscar estímulos más agradables... como la señorita Wargrave.

El simple hecho de que se pusiera su apellido en la boca hizo que le quemara la sangre.

Tuvo que sacar la artillería pesada.

—Si no continúa cumpliendo nuestro trato ateniéndose a las estrictas indicaciones que le di, o, lo que es peor: si se atreve a soñar con algo más que el falso cortejo de Rebecca, no dudaré en contarle lo que esconde de principio a fin.

Cassius se concedió el raro capricho de una sonrisa de oreja a oreja.

—Pensaba que eso ya lo estaba haciendo infiltrándose en mi despacho durante el espectáculo de baile, Kinross. —La sonrisa desapareció igual que había aparecido, sumiendo su rostro en una penumbra escalofriante—. Le sugiero que renueve sus amenazas para que al menos me tiente sopesar sus consecuencias.

—Entonces has hecho todo esto, retener a Rebecca, enamorarla con tu fachada, por habernos inmiscuido en tu vida secreta; por haber involucrado rumores perjudiciales que yo y nadie más puse en la boca de Glasford y Welles. Por venganza —comprendió en un murmullo—. Y tú tratando de disfrazarlo de romanticismo y caballerosidad...

Cassius no dio muestras de hallarse preocupado porque le tomaran por un genio del mal.

—Si no supiera matar dos pájaros de un tiro no tendría éxito en los negocios, Kinross. Y lo mismo digo en relación a mi perspicacia: ¿qué habría sido de mí si no supiera detectar la reciente presencia de una dama en el modo en que su perfume dulzón altera los aromas de mi madriguera?

—¿Por eso has sabido que nos infiltramos?

—Por eso y porque recuerdo con exactitud dónde y en qué posición guardo los documentos importantes. Créame; no es de la señorita Wargrave de quien querría vengarme, que no solo es inocente de todo, sino absolutamente deliciosa. Por eso le sugiero que no me provoque —añadió en tono de ultratumba. Esta vez fue él quien transgredió los límites de su espacio vital para intimidarlo—, porque bien sabe que tengo recursos sobrados para enfrentarme a usted, y con una muy notable posibilidad de victoria. No os metáis ninguno de los dos en mis asuntos, Kinross. Es mi última palabra.

Sonny no solo no se achantó, sino que permaneció regio y seguro en el sitio.

—Mucho me temo que llevo años metido en tus asuntos, Strickland... o, al menos, mi padre, que es quien te ha proporcionado datos que no habrías descubierto de ningún otro modo y quien te puso en contacto con los detectives. Y déjame decirte que tú bien puedes tener tus recursos, pero yo también los míos. Y mis recursos me permitirían encontrar lo que tú tanto buscas para hacer exactamente lo mismo que a ti se te ocurriera hacer con Rebecca. Si es conquistarla, conquistarla. Si es seducirla, seducirla. Si es casarme con ella... —lo dejó al aire un delirante segundo— casarme con ella.

Cassius palideció como palidecía siempre que se mencionaba de forma explícita o de soslayo la razón de que llevara diez años desvelado.

—Mi *cariad*[15] no miraría dos veces en su dirección —respondió con desprecio.

Sonny le sonrió, encantador.

—Los dos sabemos que eso no es cierto. Soy la clase de hombre al que se mira cada vez que entra en una habitación. Me basta con hacerlo en una ocasión para que las mujeres se aprendan mi nombre; dos para que sueñen conmigo esa noche; tres para que se propongan no volver a dejarme escapar. Además: si sé que se pirra por los hombres como tú, y que Dios la ayude en tal caso, ya tendría una referencia en la que inspirarme para ponerla a comer de mi mano.

Cassius inclinó su cuerpo casi en un ángulo de cuarenta y cinco grados para arremeter contra Sonny, pero en el último momento se lo pensó mejor. Dudó que fuera porque hubiese recordado que su oponente era imbatible en los combates cuerpo a cuerpo. Más bien había recobrado el sentido común a tiempo. A Sonny le gustaba hacer negocios con tipos lo bastante fríos para saber lo que les convenía, incluso si a esos tipos fríos les movía la misma clase de amor pasional que echaba a perder la razón humana.

Se arriesgó a darle una palmadita condescendiente en el hombro.

—Tú quieres a una mujer y yo quiero a otra. Tú puedes conseguirme a la mía y yo puedo conseguirte a la tuya. No hay necesidad de celebrar un intercambio de pareja; sería una forma absurda de complicar la situación. Tengamos la fiesta en paz, ¿de acuerdo?

Cassius no le contradijo, pero le sostuvo la mirada durante un buen rato, desafiante.

—Le daré un consejo en relación a algo que ha dicho hace unos minutos, Kinross. Uno no «se convierte» en un buen marido —le dijo al cabo de largos y tensos segundos—, como tampoco es uno mismo quien se autoproclama como tal. Es la esposa la que decide si su cónyuge merece el adjetivo, y solo cuando ha acumulado suficiente experiencia conyugal para dictaminarlo con seguridad. ¿Sabe cuál es la primera condición que ha de darse para que esto sea posible? Que se celebre una boda.

Sonny desestimó su insinuación —¿o su consejo? ¿O su advertencia?— con un aspaviento aburrido, aun habiéndosele formado un nudo de impotencia en el estómago. En el camino hacia el carruaje sintió la presión de los ojos dorados de Strickland, esa muralla impenetrable tras la que Troya podría arder de por vida.

Era consciente de que no le convenía granjearse un enemigo de su talla, y no solo porque fuese rico e influyente con independencia de los rumores que Sonny hubiera divulgado falaciosa e intencionadamente para atraer a Rebecca a sus costas, sino porque le parecía de cajón que dos empresarios del mundo del entretenimiento —uno hecho a sí mismo y otro de segunda generación, pero en cualquier caso ambos ricos mirados con recelo por la *ton* londinense— debían hacer buenas migas. El mundo aristocrático esperaba frotándose las manos una oportunidad de oro para desterrarlos de su ensoñado edén; así pues, debían mantenerse unidos y

proteger sus intereses mutuos.

Pero poco importaría —poco estaba importando ya— su filosofía de negocio y su deseo humano de forjar alianzas para combatir la soledad si el rubio miserable jugaba con Rebecca. Cierto era que la historia la había empezado Sonny, pero se autoconvencía a diario de que su objetivo no era malintencionado. Y aunque pudiera parecérselo a la involucrada en un momento dado —por supuesto, solo si lo averiguaba, cosa que evitaría en la medida de lo posible—, Sonny contaba con que se lo perdonaría como su amigo Harding le había disculpado tejemanejes similares a su ahora esposa.

Pensó en ellos en el camino de regreso a Londres.

Cansado de no poder penetrar el muro que Rebecca había erigido para repelerlo, Sonny se había inspirado en la historia de amor y manipulación de los Wargrave, creyendo que una trampa parecida la ayudaría a ver que él no era el canalla por el que le tomaba y que en el fondo siempre había pretendido venerarla como se merecía. A raíz de esta reflexión solo se le había ocurrido el plan que ya estaba poniendo en práctica: presentarse como un heroico aliado de sus intereses ayudándola a investigar a un pretendiente muy cuestionable y, en última instancia, a deshacerse de él.

A lo mejor era una rematada estupidez, pero por el momento le estaba garantizando tiempo a solas con ella. No lo estaba aprovechando siendo el hombre más encantador del mundo, eso era cierto. Tendría que esforzarse algo más en los próximos encuentros. Aunque ¿cómo debía mostrarse sin sacrificar la esencia que le hacía único, que le hacía él? ¿Más educado? ¿Más romántico? ¿Más seductor? Eso dependía de su verdadero objetivo, el que quiera que hubiese detrás del logro de que Rebecca dejara de despreciarle.

Cómo no, Strickland tenía razón al señalar que Sonny aún no lo había desentrañado.

«No pretendía acapararla», había dicho también. «Pero ella no ha querido separarse de mí».

«Veo más que loable que la dama se encariñe conmigo en este proceso», repitió Cassius en su de por sí trastornada cabeza. Sonny cambió de postura entre los almohadones del lujoso landó y, con la mandíbula desencajada por la contrariedad, consultó en qué altura de la ruta de regreso se encontraban.

Strickland le había robado preciadas horas con Rebecca, y no solo eso, sino que le había aventajado atribuyéndose la medalla de salvador haciéndola reír y acariciándole el pelo. No estaría en paz hasta situarse a la misma altura que el pretendiente.

O, más bien, hasta haberse asegurado de que la joven no se había enamorado de él.

—¡George! —le gritó al cochero—. ¡Cambio de rumbo! ¡Vamos a Mayfair!

—¿A estas horas, señor Kinross? —le replicó, como siempre le replicaban todos y cada uno de sus criados, igual que si de un chiquillo rebelde se tratara. Su padre, Robert, los había entrenado de tal manera que solo respondieran ante él, nunca ante su hijo. Ni siquiera ahora que

tenía una vivienda propia—. Son las seis y media. El horario de visita concluyó hace más de una hora.

—Concretamente al número veintisiete de Mayfair —especificó, ignorando sus quejas.

—Usted sabrá —se resignó George.

Aquella era la coletilla con la que suspiraba al aire la totalidad de la plantilla. Incluido Robert Kinross, que no formaba parte del servicio pero era quien había puesto de moda exigir al cosmos una compensación moral por lo exasperante que su primogénito podía llegar a ser.

Llegaron al barrio residencial unos minutos más tarde. George intentó persuadirlo de prorrumpir sin invitación en una casa elegante a horas intempestivas, pero fue en vano. Sonny cerró la portezuela del carruaje de un golpe y saltó de dos en dos las escaleras hasta el porche de la mansión neoclásica. Harding la había adquirido recientemente con las ganancias de toda una vida administrando las tierras de su padre.

Inspiró hondo para relajarse antes de que las ganas le convencieran con su insidiosa insistencia de emprenderla a golpes impacientes con la puerta principal.

En su lugar tocó una sola vez y esperó con las manos entrelazadas en la espalda.

El joven mayordomo aún se estaba haciendo a la nueva casa y a su nuevo patrón, como advertía la falta de soltura con la que se enfrentó a un visitante imprevisto.

Lejos de apiadarse de él, Sonny se aprovechó de su vacilación para internarse en el rellano.

—Soy el señor Kinross. La señorita Wargrave me está esperando —anunció antes de echar a andar por el pasillo—. Solo que ella aún lo sabe —añadió cuando ya no podría alcanzarlo.

—¡Pero...! ¡Se... señor...! Oh, Dios, ¡me van a despedir! —le pareció que balbuceaba cuando ya había abierto la tercera puerta en busca del saloncito donde le constaba que Rebecca pasaba la hora previa a la cena.

Conocía las rutinas de la muchacha al dedillo: las que había aprendido en la escuela de señoritas, allí, en Canterbury; las modificaciones que esta sufría cuando se hospedaba en Mabry’s Place, en Eaton Square; a las que llevaba tratando de hacerse desde que compartía techo con su cuñada. Estaba familiarizado incluso con las que adoraba repetir cuando su padre aún no se había casado por segunda vez y juntos hacían de la ahora inhóspita Wargrave House un hogar encantador.

Por eso la encontró justo donde pensó que estaría: no en el salón principal, porque no le gustaba que el eco atronador propio de una estancia amplia le recordara su soledad. No en su dormitorio, porque sentía que el techo se le caería encima encerrada con sus pensamientos. Y no lo sabía porque ella se lo hubiera contado, sino porque había visto la mueca que se le escapaba cuando oía la intensidad especial del tintineo de la cucharilla del té, señal de que no había conversaciones agitadas a su alrededor; el crujido de sus huesos durante un estiramiento rápido o el suspiro autoprovocado, más por melancolía que aburrimiento. Rebecca prefería resguardarse

en una habitación igual de equipada, a poder ser con un papel de pared alegre —azul, verde, rosa — y al que llegaran los ruidos de la calle, de los que podía fingir formar parte mientras se masajeaba los pies doloridos por un estilo de zapatos creado para torturar sus dedos egipcios.

La salita donde la encontró tenía las paredes estampadas de flores de loto celestes, sillones de terciopelo color zafiro y una mayoría de mobiliario blanco con tiradores dorados.

La ventana daba a Mayfair, por donde en ese momento pasaba una calesa descapotada.

Sonny no cruzó el umbral enseguida, porque antes que la calesa o los zócalos, antes que sus pies descalzos, vio a Rebecca erguida ante un gran espejo enmarcado con un estilo barroco. La había cazado en plena ensoñación romántica, canturreando por lo bajo las notas de una hermosa melodía y contemplando el favorecedor contraste de la violeta que aún decoraba su oreja con el rubio vibrante de su pelo, ahora suelto.

Los ojos se le llenaron de lágrimas que, igual que acudieron raudas, acuciadas por el terror de haber actuado demasiado tarde, se le helaron en las cuencas por el mismo motivo. Un sudor gélido le corrió por la espalda, llegando a inmovilizarle la columna.

Rebecca seguía sin percatarse de su llegada, o de lo contrario habría borrado la cálida sonrisa de los labios.

«No, no, no, no, no. Otra vez no. Otra vez no», era el único pensamiento coherente que podía formular su mente. Si hubiese logrado mirarlo con racionalidad, se habría espantado de la intensidad de un sentimiento al que nunca había pretendido dar cuerda. «Dime que no te has enamorado de otro de nuevo. Dime que al menos ahora no llego demasiado tarde».

Capítulo 11

Sonny se obligó a tragar saliva y forzar una sonrisa en la que cualquiera de sus conocidos habría percibido una anormalidad preocupante; incluso un síntoma de apoplejía. No así Rebecca, que, cuando se giró hacia él con sorpresa, lo miró como la miraba la mayoría de las veces: como si quisiera ver la pared ubicada a su espalda y su cuerpo estuviese en medio.

Lejos de avergonzarse por haber sido pillada jugando con la violeta de Strickland, la mantuvo atrapada tras la oreja haciéndola girar a la vez entre los dedos.

—¿Qué haces aquí? —se extrañó—. ¿Harding te ha invitado a cenar?

No detectar en su voz un ápice de desdén o irritación por la inesperada visita no hizo sino empeorar la corazonada que le tenía con el jesús en la boca. Estaba todavía tan dichosa por la tarde compartida con Cassius que ni la presencia de Sonny podía eclipsarla.

—No —respondió él, adentrándose en el salón. Tuvo que esconder las manos a la espalda para que no notara que le temblaban—, pero podrías invitarme tú, ya que lo mencionas. Así cumplimos con el programa habitual; por ahora no has recibido tu tortuosa dosis diaria de Sonny Kinross. Estamos a tiempo de arreglarlo. Todavía no ha concluido el día.

Rebecca devolvió la vista a su reflejo y se observó de perfil para averiguar en qué posición quedaba mejor la flor, si sobre la oreja derecha o en la inmediatamente contraria.

—¿Qué es lo peor que podría pasar si no la recibiera? —preguntó sin verdadero interés en la conversación—. ¿Que esta noche durmiese a pierna suelta y mañana amaneciera con el cutis liso y resplandeciente? A lo mejor hasta me levantaría con la cabeza tan despejada que podría componer un poema legendario.

—Desde luego pareces de humor para componer poemas, aunque serías la primera poetisa que se inspira en un hombre con una doble vida y un posible diagnóstico de sífilis —espetó con impaciencia.

Estaba ansioso por romper el hechizo que Strickland había entretejido alrededor de ella.

No debería haber subestimado el encanto personal del empresario.

Había mujeres que encontraban deseables a los hombres mortalmente aburridos.

Rebecca tardó en salir de su ensoñación, pero terminó frunciéndole el ceño a través del espejo. Sonny se había posicionado a su espalda, a dos pasos de distancia.

—¿De qué estás hablando?

—De esto.

Sin más rodeos, le quitó la flor del pelo y la sostuvo entre el índice y el pulgar delante de sus

narices.

Rebecca reaccionó como si le hubiera arrancado de los brazos a su recién nacido en pleno acto de amamantamiento. Luchó para que se la devolviera.

Él evitó que la recuperase levantándola por encima de sus cabezas, a dos metros del suelo.

—¿Ya te has olvidado de Edelweiss Day, Becks? Parece mentira, viniendo de ti. Habría jurado que llevabas siempre contigo una libretilla para apuntar cada uno de los menosprecios que recibes, no vaya a ser que se te olvide infligir luego un castigo a los atrevidos que te los dirigen.

—¿Qué menosprecios habría de escribir bajo el nombre de Cassius Strickland, si se puede saber?

—¿Te parece poco que tenga la osadía de pretenderte pensando en otra?

—¡Nada nos asegura que piense en ella como su futuro —exclamó, manoteando en el aire—, y no como un simple amor abortado que aún le llena de nostalgia! ¡Si en el pasado mantuvo una relación carnal o amorosa con la señorita Day, no es asunto mío!

—¿Ni siquiera si la siguiese manteniendo? ¿Algo que, por cierto, todavía no sabes, y que se debe en gran medida a que él no te lo diría mientras perjudicara sus enigmáticos intereses?

Rebecca dejó de pelear contra la determinación de Sonny —y contra los límites de la física— para alcanzar su adorada violeta. Se cruzó de brazos con el gesto torcido y lo miró más perpleja que furiosa, como si no pudiera entender por qué le arruinaría la ilusión.

Sonny se odió por ser, una vez más, el caballo de Atila de su cuento perfecto. Ella estaba feliz hasta que él había llegado. Parecía que, ahí por donde pasaba, no crecían las flores.

A veces se preguntaba por qué no podía simplemente dejarla en paz, como tan a menudo le había exigido y hasta suplicado.

«¡Porque no!», rugió una poderosa voz interior.

—Yo apenas acabo de aparecer en escena —se justificó, en sus trece—, y, según leí... Según leímos ambos —recalcó con retintín—, la señorita Day ya no quiere saber nada de él.

—Y eso es a lo que aspiras ahora: a un tipo al que no quieren ni las bailarinas, que todos sabemos que ocupan el último de los escalafones sociales por ser muy ligeritas de cascos y se refugiarían bajo el ala de un hombre rico incluso si estuviese momificado. —Sonny extendió los brazos con una sonrisa de oreja a oreja, fría como un témpano de hielo—. ¡Enhorabuena por tu futura boda con un hombre que irá en busca de otra mujer momentos antes del casamiento para decirle que lo dejará todo si ella se lo pide!

—Estás exagerando —masculló Rebecca, e iba a continuar con sus acusaciones cuando decidió que no tenía caso. Sacudió la cabeza para enfrentarse a un alterado señor Kinross con otra actitud. Una sorprendentemente conciliadora—. Los asuntos del corazón no son tan sencillos como los planteas, ¿sabes, Sonny? —Él contuvo el aliento, como cada vez que pronunciaba su nombre—. Que aún nos aflijan nuestros viejos fracasos, que aún escribamos cartas en las que nos

desgarramos por amor, no significa que el afecto todavía perdure, intacto en su pureza original..., y ni mucho menos que deseáramos regresar al lado de quien nos ocasionó el daño.

—¿Y qué significa, entonces?

—Que la herida duele. —Se encogió de hombros—. Nada más que eso.

Un chispazo de esperanza prendió los ánimos apagados de Sonny, que abandonó toda prudencia, si es que alguna vez se había dignado a ponerla en práctica, para preguntar:

—¿A esta conclusión has llegado después de coincidir con Haverford?

La sola idea de que pudiera haberse curado de su enfermiza fascinación con el hombre más mediocre que hubiera conocido le aceleró el pulso. Estuvo a punto de abrazarla a pesar de que la respuesta de Rebecca fuese un vistazo fulminante.

—Eso no es algo que vaya a poner en común contigo.

—Pero lo has puesto en común con Strickland.

La mirada de la joven se desvió a la violeta que aún sostenía.

—Así es —murmuró con una vaga sonrisa, y alargó los dedos para acariciar sus suaves pétalos—. Lo que me recuerda —prosiguió en cuanto se recompuso del ataque de debilidad. Lo miró a los ojos— que ya no estoy dispuesta seguir entrometiéndome en su pasado, menos ahora que sospecho que fue infeliz. Temo perderme el respeto a mí misma sacrificando todo escrúpulo para convertirme en una miserable fisgona.

El alma se le cayó a los pies por segunda vez en el día. Tenía la primera puñalada tan reciente que le ardió en el pecho como si hubieran vertido sal en una herida: «No pretendía acapararla, pero ella no ha querido separarse de mí», había dicho Cassius.

«De ti, en cambio, siempre está ansiosa por alejarse», se regodeó la autodestructiva voz interior.

—¿En serio? —se oyó contestar con una mezcla de incredulidad y desdén. Arrojó la violeta al suelo, pero Rebecca mantuvo la mirada en la lóbrega expresión de Sonny—. ¿Un simple paseíto por el parque, una flor y una caricia envenenadas, y ya no te importa si Strickland pretende endilgarte la crianza de un bastardo en cuanto volváis de la luna de miel?

Rebecca tragó saliva.

—Claro que me importa —murmuró con las manos unidas en el regazo—. Es decir; no me es por completo indiferente, pero también es cierto que no me inquieta desde que he decidido brindarle mi confianza. En cualquier caso, creo que sería preferible que aprovechara esta nueva (e, intuyo, próspera) amistad para preguntarle sin ambages. Así no corro el riesgo de sabotear el comienzo de una bonita relación.

—Preguntarle sin ambages —repitió, perplejo—. ¿Y crees que te dirá la verdad? ¿Eso piensas que hace un inmigrante de Gales para amasar una riqueza de dudosa procedencia y ningún parangón en cuestión de tres, cuatro años?

Ella frunció el ceño.

—No me parece que su estado financiero guarde relación con su cortejo.

—Y a mí no me parece que las galanterías con las que ha logrado distraerte de un problema de considerable gravedad guarden relación con su verdadera naturaleza. O quizá sí: su facilidad para llevarte a su terreno indica que está curtido en el arte de tergiversación.

—Te dije que no intentaras manipularme —le recordó con la mandíbula desencajada.

—Y ahora veo que es porque ya estás ocupada dejándote manipular por Strickland. No hay sitio para otro más.

—¡No es así! —le espetó, harta de acusaciones—. ¡No voy a seguir prestándome a continuar esta conversación! ¡Solo olvídate de nuestra infame investigación, y, ya de paso, olvídate de mí también!

Aprovechó que Sonny se quedaba frío en el sitio para agacharse en un visto y visto y recoger la violeta que acabaría apareciendo en sus pesadillas. Rebecca todavía tenía la frente arrugada y le temblaban las manos cuando intentó volver a encajar la flor en su sitio, el hueco tras la delicada curvatura de la oreja.

El forcejeo y posterior aterrizaje había alterado la corola, suave como la seda.

—No es la primera vez que me lo exiges —señaló Sonny en tono aséptico, inmóvil en el sitio —. Que te olvide.

—¡No, no lo es! ¡Y no debería haber tenido que repetirlo hasta la saciedad!

—De hecho, en la velada de apertura de la temporada me dijiste que te olvidara; que «lo decías de corazón» —prosiguió, ignorando su berrido desesperado. Hizo una pausa para no atragantarse con las palabras, que solían darle esquinazo, resistírsele, burlarse de él, cuando ansiaba sincerarse. Caminó hacia ella despacio, aprovechando que estaba de espaldas y no podría oponerse a que la acorralase por detrás—, pero ¿lo decías de mente? ¿Lo decías de espíritu? Lo dijo tu boca, pero ¿lo decían tus ojos?

Rebecca viró sobre los talones para mirarlo directamente a la cara.

—Dímelo tú —lo retó con cansancio—. ¿Lo dicen?

Sonny se humedeció el borde del labio superior con la punta de la lengua, un movimiento que descompensó momentáneamente la férrea determinación de la joven. Alargó los nudillos a su mejilla sonrosada por la discusión y le prodigó una caricia apenas insinuada, como el roce de unos labios indecisos.

—Prefiero pensar que no —reconoció Sonny en voz baja—, porque mi única condición para dejarte en paz es que me lo grite cada fibra de tu ser, desde el primer pelo de tu cabeza hasta tus dedos de los pies. Y no ya para actuar en consecuencia, sino solo para aceptarlo.

Rebecca abrió los ojos más de la cuenta un segundo antes de decidir que no quería que la viera ruborizarse. Se apartó de él agachando la cabeza, y había empezado a frotarse un brazo con

impotencia cuando masculló:

—No sé qué pretendes, pero no vas a convencerme con tu labia y tus... turbadores cambios de registro para continuar por la senda del ladrón. No pienso traicionar a Cassius.

—Cassius —repitió con voz hueca—. Al final será verdad que un clavo saca otro clavo.

Rebecca reaccionó como si le hubiera arrojado una acusación imperdonable, pero antes que la ira, fue el asombro lo que asomó a sus ojos, más verdes ahora que estaba sensible.

—¿En serio crees que renuncio a la obtención de la verdad mediante métodos heterodoxos porque me he enamorado de él? ¿Tan ruin es tu opinión sobre mí que piensas que esto es una rara indulgencia mía?, ¿que soy incapaz de hacer lo correcto solo porque no deseo importunar o herir a un hombre bueno?, ¿que he de involucrar sentimientos profundos y egoístas para actuar desde la decencia?

—¿No te has enamorado? —fue lo único que preguntó él, lanzando la pregunta como habría arrojado una retahíla de disparos.

—¡Claro que no, por Dios!

—Ha tenido que suceder algo para que cambies de parecer, porque hace unos días estabas muy segura. ¿Qué es, si no se trata del amor? ¿La desesperación? ¿Tanta prisa tienes por abandonar el estatus de soltera que...?

Rebecca se hartó de su tono acusador y lo calló antes con una mirada en la que cabían todas las fuerzas magnas de la naturaleza que con la respuesta.

—¡Me ha tratado bien, ¿de acuerdo?! —le gritó. Se derrumbó acto seguido, como si proclamar esa verdad le hubiera exigido ceder en sacrificio una parte de sí misma. Se quedó quieta, respirando con dificultad, pero con los hombros hundidos; la barbilla temblando débilmente y los ojos anegados en lágrimas. Sin embargo, lo repitió con un hilo de voz, sin poder disimular el asombro que aún le producía la amabilidad de los extraños—. Me ha... me ha tratado bien.

—Por favor —se obligó a poner los ojos en blanco en cuanto pudo recuperarse de su arrebato, en el fondo acongojado—. Ni que fuera el primer fulano sobre la faz de la Tierra que te seca las lágrimas y te invita a pasear entre los olmos.

Esperó a que Rebecca admitiera que había sido diana de galanterías similares mil veces antes, si no por honrar a la verdad, al menos para proteger su orgullo de una realidad humillante. Pero ella no pudo ni siquiera sostenerle la mirada por culpa de la vergüenza. Se cubrió de nuevo el brazo con la mano, ahí donde se le había puesto la carne de gallina, y alineó la barbilla con el hombro con gesto entristecido.

Sonny no supo qué hacer al verla tan vulnerable.

—Ha visto que me marchaba de forma precipitada y me ha seguido con la caballerosa excusa de devolverme mi pamela cuando, en el fondo, su deseo era proteger mi sensibilidad. No ha sido

él quien ha mencionado mis lágrimas; ha esperado a que yo quisiera desahogarme para ofrecerme su sabio consejo y un hombro en el que llorar. Y el hecho de que la señorita Day exista, si bien me llena de curiosidad —confesó, ahora con la barbilla alzada—, no solo no me preocupa ya, Sonny, sino que lo celebro, porque significa que no ha sido gentil conmigo con la finalidad de encandilarme para el matrimonio o, peor, para seducirme en la oscuridad, sino porque él es así. Y un hombre así es lo que deseo, no, lo que preciso, lo que *necesito* a mi lado. Aunque creas lo contrario —añadió con rencor—, no está en mi naturaleza hacerle daño a quien me ha tratado con cariño.

Sonny reprimió sus impulsos para hablar sosegadamente, y, aun así, sonó tosco.

—Mereces algo mejor que un hombre que te trata con cariño.

—No hay nada mejor que eso. Ni siquiera un hombre al que amo pudo ser mejor que eso —apostilló por lo bajo con tristeza.

Volvió a girarse hacia el espejo para retomar la recién instaurada costumbre de soñar frente a su reflejo, pero no logró atraer los mismos ánimos que tenía antes de la llegada de Sonny.

Él perdió la paciencia y se adelantó por la espalda para arrancarle la violeta de la mano y destrozarla en el encierro de su puño. Acto seguido la arrojó sobre la moqueta, convertida en apenas un gurruño sin perfume, y se limpió la palma en el pantalón.

Rebecca se quedó tan perpleja con su exabrupto que no pudo decir nada.

—¿Y un hombre que te... que te...? —No logró pronunciar la condenada palabra, quizá porque no la había dicho aún ni en la soledad de sus aposentos; ni en la intimidad de su mente. Furioso consigo mismo por cobarde e inútil, acabó tergiversando el significado—. ¿Un hombre para el que eres una condena de obsesión? —le soltó a la desesperada—. ¿No es eso lo mejor de todo a lo que podrías aspirar?

A ella le costó despegar la vista de la violeta destrozada, visión que debía de haberla impactado especialmente por el simbolismo que encerraba. Su mirada revoloteó por la estancia unos segundos más, estirando el silencio, hasta aterrizar, vacilante, en el rostro de un Sonny sobrepasado.

Rebecca pestañeó, ceñuda, como si no entendiera lo que estaba sucediendo, y, a la vez, intimidada por el complot de emociones tiranas que trataban de dominar a su acompañante.

—El deseo no sirve para nada —le dijo con sencillez, incapaz de creer que tuviera que ser ella quien le informara a él de un principio tan básico.

Sonny pudo respirar aliviado.

—Eso lo dices porque aún no has deseado a nadie —murmuró.

No solo se sintió el más afortunado de los hombres, el más libre ahora que le habían retirado un peso insoportable del pecho, porque ella misma hubiera confesado de forma inconsciente no sentir nada por Strickland, sino porque asimismo había revelado no haber experimentado

verdadera pasión por Nile.

—Lo digo porque es la razón más absurda por la que una persona tiraría su vida por la borda —replicó a la defensiva. Cada vez más inquieta por la actitud de Sonny, fue retrocediendo sin quitarle la mirada de encima—. He visto a suficientes mujeres sacrificar su honorabilidad, su pureza y su brillante futuro por un capricho momentáneo que podría haberse reprimido con una pizca de sentido común.

—El deseo no es un capricho, Rebecca. Es una revelación —le dijo Sonny en voz baja—; el descubrimiento de que otra forma de vida existe y es la más deseable. Te hace sentir como si hubieras recibido una gracia divina —continuó hasta acorralarla contra la repisa sobre la que colgaba el espejo. La joven lo vigilaba sin pestañear, preocupada por el que fuera su siguiente movimiento—, porque de pronto todos los sabores explotan en tu paladar, el sol brilla mucho más en el cielo, se te limpia el alma de rencores y te deshaces de amor por quienes te rodean. El deseo es un despertar; el primer paso hacia el conocimiento de la virtud.

—¿Eso es lo que has aprendido de tus visitas al burdel? —atinó a tartamudear ella.

Pero Sonny no pudo soportarlo más e improvisó un modo de silenciar su mordacidad: le retiró el pelo de la cara ahuecándoselo por las sienes, y en lugar de apartar las manos enseguida, las dejó enredadas entre las guedejas de oro viejo de su cabello, en la posición perfecta para que nada importunara el milagroso espectáculo de su rostro.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceó ella en tono de alarma. Intentó mirar de reojo a qué profundidad había hundido Sonny los dedos en su melena. Al no serle anatómicamente posible el movimiento ocular, empezó a hiperventilar, más por incomprensión y contrariedad que por miedo.

—Todavía no entiendo cómo es que los hombres te ven la cara y consiguen continuar su rumbo —murmuró, sacudiendo la cabeza—. Son inmunes al rayo que les ha caído encima o no quieren ser conscientes de que les ha cambiado la vida, porque siguen caminando, siguen rectos. Siguen, a secas. Menos yo... —añadió en voz aún más baja, ido—. Yo aún sigo en el mismo sitio. Impresionado... Torcido.

Rebecca abrió mucho los párpados. En el corazón de sus pupilas hubo un estallido de luz que podría haber sido una revelación, un cortocircuito o un pedido de socorro.

—Kinross —lo llamó ella en tono severo—, no hagas nada raro.

Sonny la calló plantándole un beso corto en los labios entreabiertos, rápido como un chasquido de dedos; tal y como un niño pulsaba la tecla de un piano. La velocidad del atrevimiento la desconcertó tanto que puso los ojos como platos.

A él se le escapó una sonrisa nerviosa, rayana en la clase de histeria que tenía tratamiento médico, y probó a robarle un segundo beso que la aturdió más aún.

—Kinross... —lo intentó de nuevo en tono de advertencia, solo que débilmente.

Sonny continuó su estrategia de ablandarle los labios con besos. No todos dieron en el blanco a la primera, porque Rebecca se revolvió entre sus brazos y le giró la cara balbuceando algo que no eran palabras ni sonidos, un idioma que se estaba inventando ella, como se inventaba su absurda resistencia, por la cabezonería de impedirle ganar. Pero terminó dejándole, no supo si por curiosidad o porque a base de prolongar el tiempo que se recreaba en el contacto con su boca, Sonny había conseguido convencerla de su teoría sobre el deseo.

No sabía cuántos besitos de niño inexperto había vertido ya sobre ella, a lo mejor diez. A lo mejor veinte. En el vigésimo primero abandonó ya toda prudencia. Le cubrió la nuca con una mano y ladeó la cabeza para besarla como Dios había pretendido que la besaran cuando los pusieron a ambos en el mundo. Porque Sonny siempre había pensado, solo en la oscuridad de su habitación o fingiendo reírse alegremente a plena luz del día, que si había coincidido con Rebecca Wargrave en tiempo y espacio habiendo tantos millones de mujeres en el mundo, se debía a que solo estar con ella era el sentido, el destino y la justicia.

Ya la había besado antes, pero había decidido no tenerlo en cuenta por orgullo y en deferencia a la joven: ni Rebecca querría admitir que su primer beso había tenido lugar en un momento tan doloroso, ni él quería aceptar que ni después de haberla besado con pasión había conseguido convencerla de perdonárselo todo.

Ese era el primer beso, pues.

El primero y a lo mejor el último, lo que hizo de su arrebato algo especialmente ardoroso.

En tanto que exploraba los labios tersos de Rebecca, Sonny apretaba más de lo que sujetaba su delicada nuca. Pasando el brazo libre por su espalda, la bloqueó contra su torso de tal manera que ella tuvo que oír el martilleo agitado de su corazón. No le importó delatarse; en el fondo, llevaba toda la vida esperando que Rebecca descubriera lo que él no era capaz de decirse ni a sí mismo por miedo a equivocarse y decepcionarla.

Cuando sintió que ya empezaba a quedarse laxa en el encierro de su abrazo, apartó la mano de su cuello y deslizó los dedos por la longitud de la melena hasta el punto donde acababa, la estrecha cintura de avispa que apresó como si quisiera imprimir la huela de su brazo. Le dio un suave beso, tan casto y sutil como los que había empleado para desconcertarla, y lo repitió en su barbilla, en la esquina de su mentón y en la garganta que dejaba a la vista.

—Sonny —gimoteó con los ojos cerrados—, te lo... advierto...

—¿El qué me adviertes? —le preguntó con la boca enterrada en su cuello, ahí donde alternaba besos y sugerentes lametones con profundas inspiraciones de perro famélico—. Cristo mío... Quiero que así huelan mis sábanas; así, así, como tú.

Sintió que ella se estremecía y mandaba las manos a cubrir las muñecas masculinas, pero no las empujó hacia abajo ni trató de desasirse; solo las posó allí, débil y temblorosa.

—Si sigues con esto, voy a...

—¿Qué vas a hacer? —la apremió él, ascendiendo de nuevo hacia su rostro. Esta vez se lo preguntó a la comisura de sus labios, tentadoramente cerca de un beso que ella pareció pedir al entreabrirlos.

—Te voy a... Me voy a... Nosotros...

Un jadeo aliviado la interrumpió cuando Sonny volvió a introducir la lengua en su boca. Ella le facilitó el acceso con la discreción de una señorita de su clase, como si no quisiera que se enterara de su disposición, a lo que él soltó una risita estrangulada cuyo eco murió en la garganta de Rebecca.

—Abrázame —le rogó Sonny, estrechándola más aún por la cintura.

Tuvo la precaución de besarla de nuevo para frenar ese impulso natural suyo de hacerle daño a través de la palabra. Ella no solo no luchó por su derecho a denostarlo, sino que le devolvió el contacto con una impaciencia tan halagadora como elocuente. Sonny gruñó en voz alta y ahondó tanto en el beso que pensó que se morirían por falta de aire, que tardarían tanto en apartarse que los encontrarían inconscientes al uno sobre el otro, como a Romeo y Julieta; que al mundo le daría tiempo a destruirse y renacer de sus cenizas. Él no quería irse y parecía que ella tampoco, y estaba tan dispuesto a que pasara lo que Dios quisiera que pasase que el golpe de conciencia lo pilló con la guardia baja.

«Eres igual que tu padre», oyó la voz de su madre, con esa perfecta combinación de afecto y desengaño que le había perseguido toda la vida. «Ya puedo verte echando a perder a una dama respetable, fugándote a Gretna Green con una jovencita con un futuro prometedor por delante; dedicándole las mismas palabras de amor a dos mujeres diferentes... Eres su digno sucesor. Has nacido para tomar, tomar y tomar, sin pedir perdón ni permiso.»

Sonny se apartó de repente, como si hubiera sido Rebecca la que le hubiera sentenciado fríamente. Una reacción que le extrañó a él mismo, porque nunca se había tomado a pecho las premoniciones de lady Hailey, siempre pronunciadas en tono jocoso pero con un fondo de preocupación maternal.

Al menos, eso había pensado hasta que tropezó con la mirada vidriosa de Rebecca.

Verle el cuello enrojecido por las atenciones de la áspera lengua, la boca hinchada por la presión de su insaciabilidad, despertó en él un instinto sexual bestial a la par que una vergüenza paralizante.

«Ya puedo verte echando a perder a una dama respetable».

«Has nacido para tomar, tomar y tomar, sin pedir perdón ni permiso».

Y, por último, la voz de Rebecca.

«Kinross, no hagas nada raro».

Sonny tuvo dificultad para tragar saliva mientras retrocedía rascándose compulsivamente la cabeza. Ella no osó moverse o pestañear, de seguro más atormentada por lo que había sido capaz

de hacer que por lo que le habían hecho. Sintió la ferviente necesidad de arrodillarse y rogar su absolución; decir en voz alta, por si su madre además de Rebecca podían escucharle, que él no era así, no era así, no era así.

Él no era su padre.

Pero bastó con que separara los labios para reparar en que no estaba en condiciones de hablar.

Solo de huir.

Salió de la salita sin decir nada y se precipitó por el pasillo hacia el recibidor. Quiso la casualidad que en ese tracto coincidiera con Harding y Verity, que bajaban juntos las escaleras enfrascados en una conversación.

—Sigo pensando que dejarla sola reflexionando no era la mejor idea después del encontronazo de esta tarde —decía el señor Wargrave—, pero supongo que tengo que aprender a tomar tus consejos de vez en cuando...

—¡Sonny! —lo interrumpió la exclamación de Verity—. ¿Qué haces aquí?

Él respingó, como si lo hubieran cazado robando una joya familiar —y la comparación no quedaba muy lejos de obedecer a la verdad—. Apenas se atrevió a devolverle el saludo con una mirada veloz por encima del hombro antes de desaparecer en silencio. La perspicacia le había valido el apodo de «Wit», y no quería que ese día en concreto echara mano de su habilidad para captar al vuelo lo que había ido a hacer allí.

Porque la respuesta a su pregunta era muy sencilla.

Nada bueno.

Capítulo 12

Cansada de las estupideces que había estado viendo y padeciendo los últimos días, Rebecca había decidido tomar las riendas de la situación.

¿Cómo?

Haciéndole llegar a Sonny Kinross una carta aséptica que le exigía que planeara un modo de entrevistarse con la señorita Day esa noche, cuando se representaría en Her Majesty's Theatre la versión inglesa de *Pas de Quatre*.

Rebecca ya había visto el ballet de Perrot el preciso día de su estreno, del que ya había transcurrido un año entero. Las grandes estrellas del momento, Marie Taglioni, Carlotta Grisi, Fanny Cerrito y Lucile Grahn, habían protagonizado la coreografía. Si bien no creía en asistir a las mismas representaciones una y otra vez —no hasta que las hubiera olvidado; no si no la habían calado especialmente—, y menos todavía cuando el elenco original se presuponía insuperable, estaba dispuesta a resignarse a la repetición en aras del cumplimiento de sus objetivos.

Que no eran seguir investigando a Cassius Strickland, por cierto.

Pero eso debería pensar el necio y escurridizo Sonny Kinross.

En el curso de la última semana, Rebecca había detallado en su querido diario el errático comportamiento del susodicho. Dios, la casualidad o ambos los habían sentenciado a tropezar el uno con el otro con mayor asiduidad de la frecuente, lo que de forma inconsciente había recalcado el cambio de actitud de Sonny hacia ella. Cuando no la había rehuido —y no con la astucia de un hombre reacio a sacrificar la cortesía, sino de un modo flagrante y, por ende, ofensivo—, había guardado un silencio sospechoso en el corrillo de charlatanes que se formaba en las fiestas, privando a la totalidad de la concurrencia de su gracia natural para la chanza.

En un primer momento, a Rebecca le había resultado tan insólito que Sonny le escamoteara su sentido del humor al resto y se limitara a beber de manera compulsiva que, más que irritada, se había quedado perpleja.

Luego había comenzado a desconfiar.

No había habido sigilosas persecuciones, no había habido ataques por la espalda, no había habido comentarios procaces. Nada de eso a lo que él la había acostumbrado en los últimos tiempos. Y Rebecca, en vez de alegrarse porque se hubiera cumplido el que había sido su deseo durante años que parecían siglos, se sorprendía maquinando en su habitación el modo de vengarse por haberse atrevido a ignorarla después de propasarse.

No podía presentarse a las puertas del club con los brazos en jarras y exigirle una audiencia para reprenderlo, claro estaba. Si Sonny no había perdido por entero los rasgos de personalidad que le hacían insufrible, se regodearía de lo lindo en lo que Rebecca habría dado a entender indignándose con su indiferencia. Eso sería inadmisible. Pero si hacía la vista gorda y no pronunciaba media palabra al respecto, Sonny podría interpretarlo, también, como que ella estaba impresionada por lo acontecido en su salón.

Eso tampoco podía permitirlo.

De ahí la determinación de hacerle llegar una carta lo bastante informal para que no se notara que en el fondo seguía desconcertada y, por encima de eso, andaba furiosa..., pero sin perder el tono exigente con el que siempre se había dirigido a él, no fuera a creerse ni por un instante que la dinámica había cambiado entre los dos.

A fin de cuentas, ¿qué diantres era un beso? ¿Qué podía significar, sobre todo cuando era la segunda vez que sucedía? «Nada de nada», se decía Rebecca, forzando su indiferencia. Mientras, pasaba las hojas del periódico con el gesto tenso, ya espabilada y lista para el desayuno tras las abluciones matinales.

Había madrugado más de lo habitual para hacerle llegar su carta a través del pertinente mensajero. Pésima decisión. Le constaba que Verity desayunaba a esa misma hora y, por desgracia, había coincidido con ella en el pequeño comedor.

Rebecca estaba siendo fiel a sus obligaciones morales ignorándola con una insolencia descomunal. Verity era igual de constante correspondiendo sus esfuerzos en la misma medida. Las dos, sentadas en la mesa redonda en una posición diagonal respecto de la otra, habían desplegado el *Times* a la vez delante de sus rostros para fingir que no había nadie más en la sala.

Cuando se le empezaron a cansar los codos de mantener la incómoda postura, Rebecca apoyó el periódico en la mesa y trató una vez más de concentrarse en las últimas noticias.

Fue en vano. Acabó frotándose de manera compulsiva las sienes, que parecían conjurar el nombre de Sonny Kinross a la menor oportunidad para crispar sus sensibles nervios.

A esas alturas ya le habría llegado la nota, pensaba en un bucle desesperado. Tendría que estar respondiendo, si es que aún quedaba un vestigio de caballerosidad en sus principios después de tan inclemente abordaje...

«Oh, por supuesto que no», se contestó, y emitió sonoro bufido, enemistada con su propia necedad. «No son ni las nueve de la mañana, y es de dominio público que ese gandul no sale de la cama hasta bien entrado el mediodía».

Meneó la cabeza, imaginándoselo espatarrado en diagonal sobre una cama gigantesca, con media sábana fuera del colchón y un puñado de almohadones rodeándolo como si quisieran protegerlo de la caída. La boca abierta de par en par alteraría la paz del cuadro con guturales ronquidos.

Le habría gustado torcer el gesto, asqueada, pero en su afán por ser precisa con la imagen, lo concibió también íntegramente desnudo, sudoroso por el calor concentrado en la estancia y los labios entreabiertos.

Se le escapó un gruñido de contrariedad.

Verity bajó el diario de golpe y miró a Rebecca con sus avispados ojos castaños. La joven se preguntó a qué se debería su repentino interés, y enseguida cayó en la cuenta de que había estado chasqueando la lengua y mascullando imprecaciones en voz muy baja.

—¿Tienes algo que decirme, querida? —tanteó en tono sabedor.

La señora Wargrave había adoptado la costumbre —sin pedir permiso— de llamarla así, quizá porque ni siquiera «odiada» tendría el mismo retintín irónico.

—¿Yo a ti? No, nada. Desde nunca. ¿Por qué? ¿Tan rápido se cansa del silencio una mujer tan habituada al sonido de su propia voz que se asusta si deja de oírla?

—No me asusta tanto como ese ceño fruncido que arrastras de un lado para otro desde hace días. —Una pausa deliberada—. Me pregunto si tendrá algo que ver con la visita intempestiva que Kinross nos prestó la semana pasada.

Rebecca sintió cómo se le iba cerrando la garganta.

—No sé de qué visita me hablas —dijo con la boca pequeña, tratando de concentrarse en la lectura del periódico.

Pero las letras habían empezado a bailar ante sus ojos, burlándose de ella.

—El mayordomo me informó de que entró como una tromba con la excusa de que se había citado contigo —replicó Verity sin rodeos. Había doblado el periódico en tres cuartillas y lo había depositado sobre la mesa, al lado de su adorada bandeja de dulces—, y me lo creo, porque considerando la premura con la que se despidió de nosotros, rayana en la descortesía, seguro que no eran el señor y a la señora de la casa a quienes pretendía honrar con su presencia.

Rebecca se mordió la lengua para no hacer un comentario malintencionado sobre el reciente uso del «nosotros» de Verity. Era uno de los detalles que le llamaban la atención del matrimonio o que, dicho de otro modo, la hacían arder de celos. Una mujer casada no volvería a estar sola jamás. Ni siquiera en sus expresiones verbales. Ni siquiera en el sujeto de sus oraciones. Los Wargrave —«nosotros» cuando lo pronunciaba Verity— «no iban a asistir a la fiesta», «gustaban de desayunar antes de las nueve de la mañana» o, como en ese ejemplo, «no eran a quienes Sonny iba a visitar».

Formaban parte de un todo.

Rebecca fingió desentenderse removiendo su café con la cucharilla.

—¿Desde cuándo la descortesía de Kinross es sospechosa y no el pan de cada día?

—Desde que no la atenúa con un comentario ingenioso o la compensa con su encantadora sonrisa de truhan. ¿Qué quería de ti, querida?

—En sus palabras textuales —acabó cediendo Rebecca—, vino a darme mi tortuosa dosis diaria de Sonny Kinross.

—Y, por lo que vi, esta vez te la administró vía oral —comentó con naturalidad, alisándose mientras las arrugas del vestido. Para llegar a las que se habían formado casi en el ruedo de la falda se tuvo que inclinar sobre el costado, adoptando la postura de una niña chismosa que se asomaba por el lateral de la puerta. El brillo de regocijo con el que la estaba mirando no ayudaba a desmentir su infame interés por el cotilleo—. ¿Puedo preguntar, solo por preocupación hacia la integridad de mi cuñada, a qué se debe este... repentino cambio en vuestra relación?

Por supuesto, Rebecca se había ruborizado hasta la raíz del pelo. Más que besada por los rayos, parecía que se hubiera quemado la piel bajo un abrasador sol tropical.

—No sé de qué estás hablando.

—Eso ya lo has dicho antes. Permíteme recordarte tus responsabilidades, Rebecca —prosiguió con brío. Ya había recuperado la postura vertical. Enderezada, atacaba de nuevo el platillo de las pastas—. La primera y principal es procurar que parezca que sabes absolutamente todo lo que sucede en el mundo; y, en especial, que lo sabes mejor que yo.

Rebecca abrió la boca para ladrarle que cerrara el pico y le dejara disfrutar del desayuno en paz. Pero ya fuera porque estaba cansada de callarse sus sentimientos —y no en la última semana, sino desde hacía años— o porque el consejo de una persona cercana a Sonny la ayudaría a dilucidar un asunto que la tenía desorientada, acabó estallando.

—¡No entiendo a ese hombre!

—No sé qué misterios hay que desentrañar acerca de la colisión de dos bocas —suspiró Verity, llevándose a la boca la taza de té. Viendo que Rebecca se la quedaba mirando a la espera de una explicación, prosiguió—: Cuando acudimos a tu salita de uso personal —empezó con el tono de un narrador de historias. «Ahí está de nuevo», pensó Rebecca. «“Acudimos”, en plural»— después de tropezarnos con el agitado Sonny, te estabas enroscando un chal al cuello como si hubiera entrado por la ventana una brisa siberiana. Me temo que tu hermano es tan inocente en lo que a su hermana respecta que fue incapaz de sumar dos y dos —señaló con una sonrisa tierna en los labios, dirigida en exclusiva al ausente señor Wargrave—, pero yo me figuré lo que estabas intentando cubrir con las mejillas sonrosadas.

»La próxima vez, querida, dile a Kinross que o bien se controle o bien desplace sus apasionados besos unos veinte centímetros más abajo. —Y señaló la zona que le invitaba a explorar colocando la mano aplanada en horizontal a la altura de los pezones.

—¿Cómo que «la próxima vez»? —se indignó Rebecca. A punto estuvo de ponerse en pie de un salto para recalcar su sentir al respecto—. ¡No va a haber próxima vez!

—¿Lo dices porque no ha dado señales de vida desde entonces?

—¡Lo digo porque fue un despropósito, y...! Un momento. No irás a decírselo a mi hermano,

¿verdad?

La señora Wargrave compuso una mueca de espanto.

—¡Claro que no! ¿Crees que albergo el menor deseo de enterrar a uno de mis grandes amigos? ¡Harding se presentaría en su casa esa misma tarde con la escopeta de caza!

—Pues espero que mi hermano me llevara consigo para no perderme la feliz escena.

—Oh, por favor... —Aspaventó con indiferencia—. No digas sandeces.

—Puede que no quiera verlo muerto —aceptó a regañadientes—, pero tampoco me importaría que lo alejaran de mi vista para siempre.

Verity dejó de menear la cabeza, entre incrédula y en negación por los apasionados —y preocupantes— odios que manifestaba Rebecca, y clavó en ella una mirada que pretendía ver más allá de su fachada.

—No lo dices en serio. —Y no era una pregunta, sino una conclusión. Una que ella misma tomó por cierta, porque asintió nada más dictar la sentencia—. Dependes tanto de Kinross para ser quien eres como dependes de mí.

—¿De ti? Querrás decir de mí.

—No, quiero decir de mí, de Verity Wargrave. Tus antagonistas son igual de importantes para el desarrollo de tu historia que tus seres queridos. De todos modos, algo me dice que él en concreto es algo más complejo en la trama de tus relaciones que un mero enemigo.

—¿Ah, sí? ¿El qué te lo dice? ¿Él en persona, cuando repite sin cesar que soy la mujer más bella sobre la Tierra o que vive fascinado por mí? —se burló. Hasta puso los ojos en blanco para hacer énfasis en su desdén. Pero, por alguna razón, el menosprecio no abandonó el terreno de la superficialidad para reverberar en su corazón, como era costumbre.

El aliento del recuerdo sopló en su oído un murmullo vehemente:

«Todavía no entiendo cómo es que los hombres te ven la cara y consiguen continuar su rumbo... Yo aún sigo en el mismo sitio».

Rebecca apartó la vista, incómoda y sonrojada. Entre su absurda declaración y el bochornoso comentario sobre el olor con el que deseaba rociar sus sábanas, había demostrado una gran originalidad para halagar a las damas.

¿Qué clase de hombre decía semejante sarta de tonterías?

Era mejor si no pensaba en ellas.

—Te dio tu primer beso, ¿no? —insistió Verity—. Eso le convierte, si no en alguien importante en tu vida, al menos en un personaje relevante.

—Mi primer beso corrió a cuenta de Nile. Sucedió una tarde en el pasillo principal de Wargrave House cuando yo aún no había cumplido dieciocho años. Los amigos de Harding, Sutherland y Haven, estaban al otro lado de la puerta. Todos habían bebido, Nile incluido, y... —Se mordió el labio con fuerza para contener el impulso humano de desahogarse con alguien que,

por los motivos que fuesen, se estaba prestando a escuchar—. Y tú no tienes por qué saberlo —acabó mascullando.

Pero ya había captado la atención de Verity, y por mucho que Rebecca deseara odiarla, en el fondo no podía evitar sentirse halagada cuando conseguía interesar en sus asuntos a una mujer como ella.

La ahora señora Wargrave nunca había sido nada menos que culta, ingeniosa y divertida.

—Oh. Pensaba que tu obsesión con Nile era meramente sentimental; que nunca hubo atracción física. Ya sabes... —volvió a sacudir la mano en el aire—. Deseo.

«Estoy hasta la coronilla de la dichosa palabrita», refunfuñó para sus adentros. Tenía muy presente la reflexión de Sonny al respecto, y más aún cómo la llevó a la práctica.

—Es cierto que el beso de Nile no fue...

Buscando una palabra o expresión que no faltara al decoro, acabó con la mente enmarañada. Se preguntó si el término que necesitaba existiría. Todo concepto relativo a la carne se le antojaba de una sonoridad insoportable; una blasfemia impronunciable.

—¿Apasionado?

—No —murmuró—, para mí sí fue... especial y bonito, y... y sentí calor.

—¿No fue sensual, entonces?

—No...

—¿Sexual?

Rebecca se agarró a la falda con fuerza.

—Solo utilizó los labios. No hubo... accesorios bucales involucrados. Es decir, no...

—Ah, ya. No usó la lengua. —Hizo una pausa para meditar lo que le parecía—. Me alegro. No es de recibo abordar a una jovencita de dieciséis o diecisiete años en su propia casa, pero si tienes que hacerlo sin otro remedio, mejor que el beso sea casto.

Rebecca apretó los labios antes de vociferar:

—¡Lo que no es de recibo es presentarse en mi casa convertido en un energúmeno, reprocharme que me divierta con el señor Strickland, y luego...!

—Y luego use la lengua.

—¡Pues sí! —rugió Rebecca.

A esas alturas, el rubor le había insensibilizado el rostro.

Verity asintió con aire comprensivo, como una amiga exenta de prejuicios.

—¿Y qué te pareció? —retomó al cabo de un rato, justo cuando la señorita Wargrave había empezado a recuperarse de la impresión de haber puesto palabras a un momento tan íntimo.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —se ofendió.

—La que corresponde hacer en estos casos. Si no te sorprendió gratamente ni te gustó en ningún sentido, no hay más que hablar. Si, por el contrario, experimentaste...

—¡Me dio asco y miedo! —la interrumpió con los párpados cerrados. Sintió un dolor agudo en las palmas de las manos; se había hundido las uñas en la carne—. ¡Fue... fue... insultante, estuvo fuera de lugar, y... y...! ¡El señor Kinross nunca me ha resultado atractivo o interesante en lo más remoto!

La vocecita interior rompió a reír en cuanto la escuchó, y Verity, como si estuviese compinchada con ella, no tardó en advertirla.

—Dios tiene oídos en todas partes, Rebecca, y lo falacioso no le gusta ni pizca. Ten cuidado.

—Quiero decir... —se corrigió a regañadientes. Odiaba darle el gusto a Verity, pero hasta ella comprendía que acusando a Sonny de adefesio estaba extendiendo límites infranqueables—. Sé que las mujeres suspiran cuando pasa por su lado, y que es... un hecho objetivo que posee unos rasgos... armónicos, y apolíneos, y... Es muy alto para lo que se espera de un hombre, y el deporte le ha... moldeado el cuerpo de una forma... diferente, y... y luego tiene unos ojos... —se interrumpió en cuanto la imagen de Sonny relampagueó ante sí, como si lo hubiera invocado. En lugar de enfurecerse por su intromisión, Rebecca se relajó con un suspiro resignado y admitió—: Sus ojos no son de este mundo.

—Ya.

Al alzar la cabeza y ver que Verity sonreía, satisfecha con lo que creía estar entreviendo en su descripción, volvió a encabritarse.

—¡Puede que sus ojos no sean de este mundo, pero yo sí lo soy, y eso solo recalca lo incompatibles que somos en todos los aspectos! ¡Empezando por el hecho de que no hay nada más incompatible para una mujer que un hombre al que detesta!

—Depende de cómo la mujer en cuestión viva los afectos. Yo siempre he pensado que en tus odios hay amor verdadero, o, como mínimo, la fascinación que pone la primera piedra del castillo de ilusiones. Te tomas bastante a pecho el evangelio, ¿sabes? «Amad a vuestros enemigos (...) y orad por los que os ultrajan y os persiguen.»[16]

—¿De qué diantres estás hablando? ¿Acabas de citar la Biblia?

Verity suspiró.

—Usaré otro ejemplo. Mira a tu hermano, que no me guardaba especial afecto. O a tu antiguo prometido, que se casó con su archienemiga. Y fíjate que no he dicho «supuesta» archienemiga, sino archienemiga a secas, porque su desprecio no era fingido.

Rebecca se estremeció al recordar la bucólica escena de los Haverford.

—¿Por qué tienes que recordármelo? —masculló, rabiosa.

—Porque ha pasado —respondió sin agachar la cabeza, en absoluto enternecida por su reacción vulnerable. Empleó un tono estricto, casi como el de una madre—. Hace mucho tiempo, además. Tienen hijos, Rebecca. Dos hijos sanos y muy queridos. Y tú tienes a tus pies a un

hombre con unos ojos que no son de este mundo. Lo has tenido besándote a unas escaleras de distancia de donde se hallaba Harding, es decir: más que dispuesto a morir a manos de un hermano protector con tal de abrazarte una vez.

Rebecca soltó una carcajada desdeñosa.

—Ese tipo no moriría ni por sí mismo, a quien él más quiere en todo el planeta Tierra. Si de veras hubiera soñado con hacerme suya, me habría llevado a Gretna Green cuando me ofrecí en bandeja. O antes, cuando buscaba un marido desesperadamente... O ahora —añadió por lo bajini —, cuando también busco un marido desesperadamente. Lo máximo que haría por mí, y esto me lo ha demostrado con su escandaloso modo de tratarme, sería quitarme el corsé y arrojarme a una cama para tenderse luego él encima. ¡Y no pienso someter a discusión con nadie una verdad inamovible como esa!

—¿Le habrías dicho que sí? —Rebecca se desorientó, a lo que Verity, demasiado seria para tratarse de ella, tuvo que especificar—: ¿Le habrías dicho que sí en el caso de que hubiera pedido tu mano ayer? ¿Y hace un año?

—Es probable —le soltó con la espalda muy recta.

—Dios sigue escuchándonos, Rebecca.

—Qué cristiana te ha vuelto el matrimonio, ¿no? Olvidas que el milagro del beneplácito que tuvo que darse para que vuestro amor triunfara corrió de mi cuenta, no de la del Señor —refunfuñó por lo bajini. Pero Verity no se dejó distraer por la provocación e insistió en obtener su respuesta sosteniéndole la mirada sin pestañear. Rebecca acabó suspirando—. Como último recurso, a lo mejor habría aceptado su propuesta, sí. O a lo mejor no; a lo mejor habría pensado hasta el final que, tarde o temprano, aparecería alguien más apropiado, y que no debería comprometerme con él por si esto saboteaba una oportunidad con un duque o con un conde.

—Eso ya suena más sincero. Y cruel —añadió, censurándola con los párpados entornados.

Rebecca no soportó que se atreviera a juzgarla y la reprendió apretando los puños.

—Es que pasas por alto que una de las razones por las que le tengo ojeriza es que no actúa conforme al decoro. Pidiendo mi mano, algo que, te recuerdo, no ha sucedido, me habría respetado a mí y se habría respetado a sí mismo. De haberse dado el caso, es probable que mi opinión sobre él hubiera cambiado significativamente y me hubiese planteado el matrimonio. Pero es tan incapaz de comprometerse con una mujer, de vivir más allá del instante presente, que ni se sintió tentado de arruinar mi futuro en un carruaje destino Escocia.

—Yo tampoco me habría casado con Harding si me lo hubiera propuesto para vengarse.

«Oh, ¿no es eso lo que hicisteis? ¿Casaros para vengaros de mí o, al menos, para destruir mi relación con mi ser más querido?», estuvo a punto de espetar. Se lo reservó porque quería que, por una vez, la conversación versara sobre ella y nadie más que ella; que la traición de su hermano no empañara su desahogo.

—¿A dónde quieres llegar?

—A que no puedes reprocharle que no te desvirgara en un landó en marcha mientras llorabas a lágrima viva porque Harding se había enamorado de mí. Estás muy equivocada si crees que Sonny tiene esa sangre fría.

—No, es cierto. La tiene demasiado caliente.

Rebecca se levantó del asiento para dar por zanjada la conversación.

Había decidido, por intereses propios, ignorar lo que Verity estaba sugiriendo sobre el antiguo desprecio de Sonny, así como las absurdas insinuaciones de su conciencia. Ambas coincidían en lo mismo: que, en el fondo, el señor Kinross la apreciaba... por no decir algo peor, como que la quería.

—Sonny solo me desea —recalcó en su camino a la puerta, empecinada en convencerla a ella y en convencerse a sí misma—, y el deseo no significa nada para mí.

—¿Y qué significa algo para ti? —preguntó Verity en voz alta, picada de curiosidad.

—La amabilidad, por ejemplo. Algo de lo que carecéis tu amigo y tú.

—Señorita Wargrave —intervino uno de los lacayos, que se irguió con rigidez al otro lado de la puerta—, señora Wargrave —añadió con un educado cabeceo en dirección a Verity antes de devolver la atención a Rebecca—. Disculpen la interrupción, pero acaba de llegar la respuesta a la carta que me mandó enviar a primera hora de la mañana.

Le pareció que el corazón le dejaba de latir, más por la incomprensión que por la sorpresa o el entusiasmo. Consultó el reloj de cuco de la pared y arrugó el ceño. No eran ni las nueve y media, ¿y Sonny Kinross ya había contestado a su reclamo?

La habían arrojado de pronto y sin previo permiso al mundo al revés.

«Seguro que no ha dormido en toda la noche. No: acaba de volver de alguna juerga», se dijo, alargando la mano en silencio hacia el lacayo para aceptar la nota. Porque ¿cuál era la explicación alternativa?, ¿que había estado esperando con el alma en vilo a que contactara con él?, ¿que le había ordenado a sus criados que le despertaran si llegaba correo urgente del veintisiete de Mayfair?

—No vendrá eso, por casualidad, del castillo del rey de Roma —insinuó Verity mientras Rebecca rasgaba el sobre sin miedo a destrozarlo.

No se había molestado en poner su nombre, una discreción que tuvo que agradecerle.

Her Majesty’s Theatre a las siete en punto.

Rebecca intentó moderar su reacción, pero la incredulidad, dada de la mano de la decepción, terminaron conjurando una mueca.

Era la letra de Sonny. La reconocería en cualquier parte: cursiva y con los rabillos de las

consonantes exagerados, mas no de un modo tan elegante como caótico. Lo que no sonaba como él era el contenido.

¿Desde cuándo desaprovechaba la oportunidad de ser infame o ingenioso, aunque fuese en una carta?

«Condenado idiota», pensó, irritada. «Espero que no te comportes con esta frialdad con todas las mujeres a las que has besado, o de lo contrario me sorprendería que te quedara alguna amante con ganas de verte a escondidas».

—Vaya —comentó Verity—. A juzgar por tu expresión, diría que no es una carta de amor.

—De amor a la prudencia y al decoro —masculló con sarcasmo. Cansada de estar dándole razones a la señora Wargrave para divertirse a su costa, se dirigió al pasillo con la nota apretada en una mano y atajó—: Tú misma has dicho que es de Kinross. Claro que no es ni podría haber sido una carta sobre algo que ni ha conocido ni conocerá.

A Rebecca le encantaba tener la última palabra y, por primera vez en largo tiempo —con honrosas excepciones intermedias, todo había que decirlo—, había vencido a la ingeniosa Wit en su propio juego. Pero no sintió la tentación de sonreír por eso, sino por lo liviana que se había quedado después de compartir con alguien sus íntimos secretos y haber recibido en respuesta una perspectiva más o menos amable, más o menos certera, pero siempre honesta de alguien que la había escuchado con atención.

Si no sonrió, sin embargo, fue porque en el fondo era consciente de que había ganado Verity. Y estaba más segura aún de que la muy listilla lo sabía. Porque Rebecca bien podía haber aclarado que Sonny Kinross le parecía repulsivo y se había ganado a pulso su eterno desprecio por su en teoría vago intento de seducción..., pero se dirigía a sus aposentos para acicalarse para la noche, es decir; para su cita clandestina con él.

Como su hubiera leído sus pensamientos, Rebecca oyó reír a Verity en su camino por el corredor. Se planteó rehacer sus pasos y encararla al respecto, convencida de que no habían sido las noticias políticas del *Times* lo que le había arrancado una carcajada, pero por una vez prefirió tener la fiesta en paz y subió las escaleras.

Lástima que se perdiera el comentario final de la señora Wargrave.

—«Accesorios bucales», dice, la criatura... No se da cuenta de que ella es tan poco de este mundo como Kinross.

Capítulo 13

Sonny llegó a la cita en Her Majesty's Theatre con quince minutos de antelación, tales eran los nervios que llevaban todo el día consumiéndolo.

Había sido una idea pésima decidirse a verla a tan temprana hora de la mañana. Debería haber imaginado que pasaría la jornada yendo de un lado para otro, sin poder fijar la vista en nada, sin concentrarse en lo que le decían los aficionados que frecuentaban el club; tan distraído que más de uno había conseguido atribuirse el orgullo de acertarle un golpe.

Se arregló el cuello del chaqué que había estimado adecuado para lo que se proponían, que, en principio y por desgracia, no era asistir al ballet. No se lamentaba porque tuviera intereses artísticos, sino porque no dejaba de ser un hombre, y ¿qué hombre no encontraría irresistibles los delicados movimientos de un elenco de bellas mujeres en corsés ajustados y faldas por la rodilla? Ni siquiera un hombre enamorado —si es que él lo estaba, porque se resistía a aceptarlo— sería inmune al espectáculo.

Al igual que la mayoría de los edificios levantados para uso y disfrute de las clases altas, el teatro se encontraba en el West End, concretamente en Haymarket. Dentro de lo que cabía considerando que Londres era una de las capitales más antiguas de Europa, se trataba de una construcción más o menos nueva: recurriendo al estilo neoclásico que había estado en boga a principios de siglo, John Nash había diseñado un glorioso centro de acogida para la ópera y la danza con espacio para nada menos que dos mil quinientos espectadores.

Sonny no era asiduo de las representaciones teatrales o musicales; prefería entregarse a placeres más mundanos, como una copa en buena compañía, una partida de cartas con apuestas involucradas o la tortura mental a la que sometía a la señorita Wargrave... o a la que la señorita Wargrave le sometía a él.

Al menos hasta ese momento.

—Te noto... diferente —había señalado lady Jersey aquella mañana.

Era la primera vez que alguna de sus amantes se presentaba en su casa sin avisar, como también la primera que no cazaba a Sonny con legañas en los ojos. El reloj daba las doce menos cuarto cuando Adelaide se personó. Se trataba de una hora a la que no era imposible pillarlo despierto en condiciones normales, pero lo cierto era que llevaba viviendo en condiciones totalmente anormales desde que se marchó apresurado de la casa de los Wargrave. Tanto así que no dormía en toda la noche y, si lo hacía, apenas descansaba por ráfagas de quince minutos hasta que la culpabilidad le apretaba en la garganta y debía salir del encierro de su dormitorio para

distraerse.

El servicio de la casa estaba tan preocupado por él que, cómo no, se lo habían comunicado a su padre, al que informaban de cada movimiento que hacía aunque ya viviera solo y, para más señas, a apenas quince millas de distancia de su familia directa.

—¿Qué tienes? —había exigido saber Robert Kinross.

—Un constipado —se había inventado él para aplacarlo.

—Y un cuerno. Eso es mal de amores.

Le había resultado tan difícil convencerlo de abandonarlo a la suerte de su ánimo huraño como a la esposa de lord Jersey.

—No estoy de humor para hacerte carantoñas, Adelaide —le había advertido, pasándose la mano por el cabello revuelto en el mismo recibidor de la casa.

Recordaba haberse alejado de ella, no con la intención de despacharla sin miramientos, pero tampoco pretendiendo invitarla a pasar. Debería haber imaginado que lady Jersey, por su condición privilegiada, asumiría que tenía derecho a ponerse cómoda en su sala de estar y hacerle compañía como una bondadosa amiga... porque eso fue justo lo que hizo.

Se planteó acostarse con ella solo para proclamar de un modo no verbal pero muy elocuente que no quería ni su conversación, ni su empatía, ni nada que pudiera profundizar en la sencilla relación que mantenían: la de amantes ocasionales. Pero encamarse con una desconocida —porque eso era de repente— ahora que había recordado cómo olía y sabía Rebecca había quedado fuera de toda cuestión. Tuvo que zafarse de ella haciendo lo que se había convertido en habitual en los últimos días: huir.

Sonny se marchó de su propia casa y se refugió en el club, donde, para su mala suerte, se topó de nuevo con su padre.

Robert Kinross lo había mirado de arriba abajo, sin girarse del todo y con los brazos cruzados, de esa manera en que acostumbraba a medir al enemigo. Los cincuenta y siete años le habían salpicado el negro cabello de destellos plateados y suavizado la crueldad de la mirada, pero su cuerpo permanecía recio como una torre vigía y ni las decepciones acumuladas ni la obligación autoimpuesta de seguir siendo rico le había hundido los hombros o la moral.

Su madre decía que se erguía con el mismo impulso orgulloso que con tres décadas menos.

—Hoy me apuesto tres libras a que me ganas tú —fue lo que le dijo al verlo demacrado.

Sonny era el único adversario por el que el gran Robert apostaba... a no ser que luchara contra él, en cuyo caso ponía el dinero a su propio nombre. El veterano ganaba en todos los casos, porque conocía a su hijo como a la palma de su mano, le había enseñado lo que Sonny se jactaba de conocer y sabía en todo momento cuándo se levantaba con el pie izquierdo.

Habían establecido un lenguaje competitivo de golpes y desafíos a muy temprana edad. A diferencia del mismo Harding, entre otras amistades y conocidos, quienes tendían a

compadecerse de sí mismos porque sus padres fueran distantes o tuvieran un modo particular —o directamente grotesco— de relacionarse con ellos, a Sonny le gustaba su dinámica familiar.

Por supuesto, todo el mundo tenía sus esqueletos en el armario, y nadie amaba a su progenitor con la misma intensidad cada día de su vida.

Pero él estaba feliz con el padre que le había tocado.

Esa mañana en concreto, Sonny le había vencido en el cuadrilátero por una razón muy simple, y es que no podía sacarse de encima la espantosa impresión de que la profecía de su madre se iba a cumplir.

Si es que no se había cumplido ya.

Era curioso, porque Sonny no solo no despreciaba a Robert pese a lamentar que los comparasen, sino que lo admiraba. No de un modo ciego, sino como debía de hacerse; las bases de su veneración se sustentaban sobre la lógica básica.

El señor Kinross era humano..., pero qué humano. Había aspirado a la riqueza y conseguirla no había sido pan comido. Le había costado sangre, sudor, lágrimas, la bancarrota, el odio de sus socios, la ruptura total con sus amigos y casi el amor de las dos mujeres de su vida. Pero la había obtenido, y, nada más atribuirse el mérito, había salido en pos de sus derrotas y errores para sembrar éxitos en su lugar.

Porque algo debía saberse sobre Robert, y es que no se conformaba con poco. Soñaba a lo grande. No creía en Dios, porque eso significaba que había alguien por encima de él; era acaparador y acumulativo; quería morir y reencarnarse en estrella, pero no en cualquier estrella; en la Estrella Polar. Era exigente consigo mismo y con los demás, era orgulloso de un modo tan absurdo que solo quedaba reírse, exasperado, tras uno de sus arrebatos infantiles; era temperamental y no sabía decir basta porque opinaba que nunca había suficiente. Era adicto al éxito y un obseso de la perfección.

Él mismo había admitido todo esto, pero con el pecho henchido de amor hacia sí mismo.

Veía sus defectos, mas no los consideraba tales.

Y la cuestión era que Sonny lo adoraba. Quería todo lo que él poseía, lo de fuera y lo de dentro. Pero no quería ser como él si al mismo tiempo no podía desprenderse de sus principios, si es que aquello tenía algún sentido.

Querría ser Robert Kinross, no *como* Robert Kinross.

Sin duda sería maravilloso moverse por el mundo con total impunidad, sin pronunciar las palabras «perdón» o «por favor» ni por obra de un malentendido, pero como Sonny había observado de cerca las heridas que su carácter producía en otros, no podía enorgullecerse de haber heredado sus rasgos.

De igual manera, le fascinaba el amor que sus padres se profesaban.

Y, aun así, no querría algo así para él.

Le era difícil ponerlo en palabras. A veces le era difícil incluso reflexionarlo sin acabar llamándose necio. No sabía de dónde provenía tanto desprecio hacia las características legadas de Kinross, no sabía de dónde salían la vergüenza, el miedo a seguir inconscientemente sus huellas en la arena. Solo sabía que había cometido una insensatez besando a Rebecca, una insensatez que, por mucho que hubiera estado abocado a reproducir porque tenía la sangre caliente y una profecía de egoísmo crónico pendiendo sobre la cabeza, no quería perdonarse... Como tampoco podía prometer que no fuera a repetirse.

Un carruaje se detuvo a las puertas del teatro cuando empezaba a pensar que se lo llevaría el demonio. Sonny se enderezó, como si tuviera que enfrentarse a la mismísima reina. Algo muy parecido descendió a la acera en cuanto un diligente lacayo le abrió la puerta: una mujer rubia envuelta en un halo de belleza celestial, como los personajes de las leyendas celtas, favorecida por el tono de azul que solo vestían con su desnudez las náyades a las orillas del río.

Aunque había coincidido con ella en veladas de sociedad desde el beso robado, le costó tragar saliva, como si llevara un siglo sin verla.

Rebecca comprobó que no había nadie sospechoso vigilando que se reuniría con él y acudió a su encuentro con gesto expectante. El recelo le tensaba sutilmente los músculos más pequeños de la cara; los que nadie, a excepción de un hombre obsesionado con un rostro como él lo estaba con el de Rebecca, sabría que estaban allí.

El amor estaba muy ligado al descubrimiento.

Al descubrimiento de lo anatómico, también.

¿Le creería capaz de abordarla sin rodeos en plena calle, y de ahí su cautela? Porque no sería justo para su reputación; si acaso, consecuente con la de Rebecca, que era la que había iniciado lo que quisiera que fuese aquello entregándose al primer beso en pleno St James.

—¿Y bien? —preguntó ella con las cejas enarcadas, escrutando su expresión como si quisiera adivinar sus pensamientos—. ¿Cuál es el plan para acercarnos a la señorita Day?

Sonny refugió las manos en los bolsillos del gabán. Se adentraban en el mes de abril, temporada de lluvias y frescores nocturnos.

No supo si alegrarse o lamentar que no le hubiera exigido una explicación sobre su comportamiento. Habría aceptado —incluso agradecido— hasta que lo sacara a colación con su mala baba habitual.

—Fingir que nos dedicamos al periodismo, señorita Wargrave —respondió con una ligera sonrisa. Debía parecer relajado—. Es lo único que la inclinará a perdonarnos si durante el interrogatorio cruzamos el límite de la discreción: que nos escudemos en que es en aras de un relato profesional, digno de publicación. Aunque mucho mejor si no llegáramos al punto de incomodarla, claro.

—¿Fingir que nos dedicamos al periodismo, has dicho? —repitió ella en cuanto Sonny

emprendió el trayecto hacia la parte trasera del teatro, donde le constaba que se hallaba la puerta para los empleados, bailarinas, técnicos y curiosos como ellos—. ¡Qué idea tan espantosa! ¡No se me ocurre otro lugar mejor que este en el que podrían reconocerle como Sonny Kinross a primera vista! ¡Por si no se ha dado cuenta, es usted famoso en la ciudad por su club!

—Pero por popular que la señorita Wargrave pudiera haber sido en su día con sus escándalos, ningún modesto ciudadano o artista de la farándula sabría dibujar su rostro —replicó, manteniendo la leve sonrisa en los labios. La miró por encima del hombro y vio que lo seguía muy de cerca, pasmada. Frenó en seco cuando ya se habían refugiado entre las sombras del callejón que colindaba con la puerta trasera. Buscó en el bolsillo el broche esmeralda—. Me he encargado personalmente de crearle una identidad adecuada para el asunto que nos ocupa. Le aseguro que esto —continuó, y se tomó la libertad de acercarse, no sin la necesaria prudencia y conteniendo el aliento para evitar tentaciones, para colocarle el accesorio en el escote— le abriría hasta las puertas del infierno. —Se lo pensó antes de especificar—: O *precisamente* las puertas del infierno, mejor dicho.

—No lo entiendo —murmuró Rebecca, observando con la cabeza gacha el lujoso destello de la piedra—. ¿Es porque las joyas indicarán que soy rica y, por ende, deben concederme el capricho de mi curiosidad? ¿De qué identidad estás hablando?

—De Su Majestad —respondió con sencillez. La reacción de Rebecca no tuvo precio: se puso de todos los colores, tan anonadada que se olvidó hasta de respirar—. Por una noche, será usted nada menos que la Reina del Chisme.

En lugar de decepcionarse al comprender que no se refería a Victoria de Hannover, sino a la tan buscada escritora de cotilleos, Rebecca puso los ojos como platos, más entusiasmada si cabía.

Sonny estuvo cerca de romper a reír.

—¡La Reina del Chisme! —gritó sin pensarlo. Sonny se dejó llevar por un impulso y le cubrió la boca con la mano, gesto del que enseguida se arrepintieron los dos: él se separó dando un paso atrás, carraspeando, y ella, que contaba con la ventaja de estar ya traspuesta por la noticia, solo se rascó el cuello—. ¿Cómo es eso posible? ¡Uno no puede hacerse pasar por ella sin más! Cierto es que nadie conoce su rostro...

—Por eso tendrá que cubrirse con esta otra prenda que Su Majestad ha tenido a bien prestarme para la aventura —explicó Sonny, y sacó del discreto morral un pequeño sombrerito de luto con una redecilla tan opaca que apenas se distinguieron los detalles de su mano cuando la colocó debajo para mostrarla en su extensión.

El encaje de la prenda era de una delicadeza exquisita; la clase de confección profesional que no estaba al alcance de todos los bolsillos.

—Ese negro no combina con el celeste de mi vestido —rezongó Rebecca con la boca torcida, sosteniendo el sombrerito—. Deberías habérmelo dicho y así me vestía de un tono más

adecuado, como un verde esmeralda, o incluso un dorado, algo que haga destacar el... ¡Un momento! —se interrumpió alzando la cabeza de golpe—. ¿Dices que te lo ha prestado... te lo ha prestado...? ¡Sonny! —jadeó, y se agarró a sus hombros con ojos redondos—. ¿Quieres decir con todo esto que... que... que... conoces en persona a la Reina del Chisme?

Sonny no la había visto tan deslumbrada por algo jamás. Debería haberlo imaginado, porque le constaba que guardaba como oro en paño la colección de oprobios que Su Majestad vertía a destajo y sin distinciones de clase o género en todo sujeto que mereciera un escarmiento.

Muchos opinaban que la Reina estaba a un párrafo osado de la sentencia a muerte, pero había otros que, pese a haber sido víctima de su mortífera pluma, como la propia Rebecca, valoraban su ingenio y la profundidad de las investigaciones que llevaba a cabo para ofrecer el mejor entretenimiento escrito.

—Te he dicho en más de una ocasión que tengo contactos —respondió, ambiguo, aun cuando el orgullo de haberla sorprendido gratamente hacía arder su pecho.

—¡La Reina no es «contactos»! ¡Es *el* contacto! ¡Es única en su clase, en su especie, en su condición y en su naturaleza! ¡Su trabajo es brillante, es...! ¿Por qué no me lo habías contado? —insistió, llegando a sacudirlo por los hombros.

Sonny enterró la barbilla en el pecho para sofocar una risita.

—Porque no pensé que fuera a impresionarte. Si no, por supuesto que lo habría desvelado antes —comentó con fingida sorna, pero bastaba con fijarse en la inevitable ternura de su expresión para saber que hablaba de el corazón—. O no —se corrigió—, porque, como comprenderás, si Su Majestad me ha confiado su identidad además de brindarme su amistad, es porque está segura de que no revelaré sus secretos.

—¡Brindarte su amistad! —seguía aullando ella.

—Aquí donde me ve, señorita Wargrave —se quitó sus manos de encima con cuidado y se arregló las arrugas de la chaqueta—, soy un miembro muy apreciado en la comunidad. Hace tiempo desde que la Reina vio en mí a un hombre digno de dedicarle su tiempo.

—¿Cómo es posible? —mascullaba Rebecca. Algo le decía que la impresión había sido tan fuerte que se había olvidado de lo que habían ido a hacer allí—. Es verdad que te codeas con toda suerte de vagos y maleantes, y que la Reina del Chisme, por talentosa y culta que sea, tiene colgada la etiqueta de persona *non grata*..., pero dudo que Su Majestad acudiera al club a practicar unos golpes y coincidiera allí contigo. ¡Estoy segura de que la susodicha es una señora sin tacha, de una elegancia innata!

Sonny procuró no confirmar ni desmentir su descripción con una mueca elocuente. Porque eso era lo que Rebecca quería: lanzar adjetivos al azar hasta que él se delatara.

—Le recuerdo que estamos aquí para entrevistar a la señorita Day —cambió de tema—, no para chismorrear sobre si mi querida amiga prefiere el té o el café.

—Su querida amiga —repitió para sí—. Entonces no puede ser una anciana, sino alguien de su edad... o de la mía... Sí, tiene que ser cierto eso de que el título de Reina del Chisme es hereditario... De hecho, yo misma investigué al respecto en su día removiendo cielo y tierra por encontrar columnas de principio de siglo, cuando ya estaba en activo, y comparar así sus antiguos escritos con su estilo actual...

—Señorita Wargrave —la llamó, divertido. Posó una mano sobre la cabeza rubia, donde no pudiera desbaratar el sencillo moño. La hizo respingar—. ¿Le parece bien si nos enteramos de la relación que mantiene su cortejador con la bailarina? ¿O prefiere que nos marchemos a alguna taberna a teorizar sobre la Reina?

Rebecca cuadró los hombros, como si le hubiera dado un discurso alentador para enfrentarse a las tropas francesas. Su determinación le divirtió casi tanto como le devolvió la confusión del principio del día.

No había dejado de reflexionar el porqué de su cambio de opinión sobre Strickland. Habría jurado que estaba decidida a actuar como una buena ciudadana.

Se preguntó cuál sería el modo correcto de plantear sus dudas mientras Rebecca se encajaba el sombrerito en la cabeza. Desdobló la redecilla para cubrir su rostro con la experiencia de quien había vivido un luto.

Como cada vez que imaginaba a una señorita Wargrave de doce años de pie ante la tumba de su querida madre, Sonny tuvo que reprimir un acceso de sentimientos: la impotencia de no haber podido acompañarla entonces porque aún no la conocía unida a la tristeza de carecer de experiencia propia para decirle con pleno conocimiento que la entendía.

Sonny no había perdido aún a ningún familiar al que hubiera amado.

Se podía decir que era un privilegiado en según qué cuestiones.

—Pensaba que la Reina tenía informantes —comentó Rebecca, empecinada en sonsacarle información por un medio o por otro. Sonny suspiró discretamente, más conmovido por su curiosidad infantil de lo que parecía exasperado—; que no se tomaba la molestia de salir a recorrer Londres en busca de relatos jugosos.

—No tiene ni un solo informante; dice que cuando se involucra a terceros es cuando se fracasa —le contó para aplacarla, esperando que se contentase con poco—. Todo sobre lo que escribe lo ha descubierto ella. Incluso lo ha presenciado. Ya ves que ha conseguido mantener a salvo su identidad, y no podría haberlo hecho si no hubiese llevado las medidas preventivas hasta sus últimas consecuencias. —Abarcó el disfraz de Rebecca—. Siempre lleva ese sombrero con la redecilla, además del broche distintivo. En las altas esferas no se conoce la historia de la joya porque no es habitual que la Reina plantee cuestionamientos a la *ton* londinense, pero en los bajos fondos, por donde acostumbra a moverse a la caza de secretos, es un símbolo popular. Prefiere sentarse a charlar con criados de grandes casas. Dice que la gente humilde es más abierta

y observadora y, por ello, descriptiva en sus relatos... Claro que también está el hecho de que, a diferencia de la aristocracia, el servicio no siente tentaciones de matarla a golpes por haber escrito sobre la honra de sus hijas... o la falta de ella —apostilló con un cabeceo divertido—. La servidumbre de un noble de alto rango no solo aprecia un soborno, me dice siempre, sino que le viene de maravilla para reactivar su economía. Me ha confesado que solucionarle el año o la vida entera a un mayordomo hastiado o a una doncella embarazada de su patrón es una de las alegrías de su vocación.

Rebecca lo escuchaba con una atención halagadora. Si hubiera sabido que explayándose sobre la identidad y el carácter de la Reina del Chisme conseguiría ganarse el corazón de la joven, no habría implicado a Strickland en sus retorcidas maquinaciones; se habría arriesgado a que Su Chismosísima Majestad patrocinara su muerte social con un escrito vengativo por haber revelado su identidad.

Como llevaba sucediéndole unos días, pensar en Strickland le hizo repetir para sus adentros una de sus sabias apreciaciones; una que podría haber entrado en el terreno del consejo.

«¿Siquiera sabe usted lo que quiere, Kinross?».

Su padre le había preguntado algo parecido cuando, en pleno combate, ambos sudando a raudales y con magulladuras que luego compararían con un orgullo propio de salvajes, él le había contado que una mujer noble le traía por la calle de la amargura. Tal era su confianza en Robert, y tantos demonios lo habían estado persiguiendo, que se había animado a desahogarse relatando la historia desde el principio.

—Hijo, estás complicando una situación la mar de sencilla —le había dicho mientras se deshacía de las vendas—. O la quieres o no la quieres. Por supuesto, puedes pedirle matrimonio tanto si la quieres como si no; está en boga eso de condenarse a uno mismo a una vida acompañado de alguien que te hace sentir solo, y, cuando no, miserable.

—También puedo no pedírselo si la quiero —había planteado Sonny con la boca pequeña.

Su padre había girado todo el cuerpo hacia él para mirarlo con esa sorna incrédula con la que convencía a sus interlocutores de que no decían más que sandeces.

—¿Qué sentido tendría eso, Emerson?

—No siempre hay que actuar desde la lógica, papá.

—O actúas desde la lógica o actúas con el corazón en la mano, pero actuar como un cobarde no es ni será jamás una opción, ¿me oyes? —Puso los ojos en blanco y se levantó, exasperado con su hijo—. ¡Incluso pensar con la polla está justificado en estos casos, por el amor de Dios!

«¿Siquiera sabe usted lo que quiere, Kinross?», le repitió de nuevo la voz interior, trayéndolo de vuelta al momento presente.

Miró de reojo a Rebecca, que expresaba con agitación las conclusiones a la que había llegado tras mucho reflexionar sobre la Reina del Chisme, y sintió que se le formaba un nudo en la

garganta.

¿Quería casarse con ella?

¿*Podía* casarse con ella?

Nunca, en sus veintisiete años de vida, había conseguido contentarse con una sola mujer. Cuando se había creído abducido por la chispeante personalidad de una fémina, consumido de obsesión por la promesa de su cuerpo, la vida le había demostrado que no estaba hecho para entregarse a una sola poniendo a otra igual de tentadora en su camino.

No podía exponer a Rebecca a sus impulsos caprichosos; no podía condenarla a la infelicidad de un matrimonio con un tipejo desleal.

Ya había sufrido suficiente.

Él lo había visto con sus propios ojos.

Pero tampoco podía permitir que lo odiara y pensara lo peor de sus intenciones. Eso sí lo sabía: sabía que quería que Rebecca lo mirara con buenos ojos. Quería que Rebecca escuchara con benevolencia, con la pasión con la que oía el relato de la Reina, lo que él tenía que decir. Quería que le sonriera, sincera, cuando entrara en una habitación, feliz de contar con su presencia. Quería que lo buscara para compartir con él un cotilleo reciente, una carcajada, un desahogo íntimo. Quería que se sintiera cómoda para ser ella misma y que le dejara abrazarla a deshoras.

Quería que Rebecca lo amara. Esa era la verdad.

Terrible y egoísta, porque Sonny no sabía si podía corresponderla.

Podría hacerle el amor día y noche, podría coserse a su costado para no separarse de su lado, pero ¿y si aparecía otra mujer, como siempre aparecía otra mujer, y la defraudaba, como siempre defraudaba?

Rebecca no era una persona a la que pudiera permitirse herir.

«Eres igual que tu padre».

«Ya puedo verte echando a perder a una dama respetable».

«Has nacido para tomar, tomar y tomar, sin pedir perdón ni permiso».

Incluso la voz de lady Jersey: «Asumo que la tienes en tu punto de mira porque pretendes hacerla tu amante». Porque ¿qué otro objetivo cabía cuando Sonny era el sujeto activo de la acción, si no la seducción? ¿La simple aceptación? ¿El afecto? *Que no les hicieran reír.*

—Espere. —Rebecca se paró ante la puerta por la que iban a acceder a los camerinos—. ¿Y cómo vamos a explicar que me acompaña usted?

Sonny pestañeó para concentrarse en ella.

Sus turbios pensamientos seguían rodeándolo como una bandada de pájaros hambrientos.

—La Reina del Chisme suele ir acompañada de alguien. No será sospechoso. Y las buenas gentes de los estratos más bajos saben de buena tinta que Sonny Kinross y la polémica escritora

gustan de tomar el té algunos miércoles de temporada.

—Los miércoles —repitió Rebecca, y sus ojos brillaron de emoción detrás del copioso tejido de solo imaginarse la escena. Enseguida se obligó a carraspear y centrarse en el objetivo—. ¿Algún consejo o advertencia a la que deba atenerme sobre la forma de hablar o el vocabulario de la Reina? Algún tipo de acento, tono específico o expresión viciada.

—No voy a decirle de dónde es, señorita Wargrave —se rio él, y Rebecca le fulminó con la mirada—. A tanto no llega el conocimiento popular, descuida. Se muestre encantadora u opte por una actitud distante, no creo que a nadie se le ocurra que está usted haciéndose pasar por Su Majestad.

—¿Lo sabe ella? —susurró—. ¿Sabe ella que soy yo, Rebecca, quien, esta noche...?

—Lo sabe —le confirmó con una pequeña sonrisa.

—¿Cómo es posible que haya cedido?

—Digamos que me debe un favor... o un carro de favores, y, además, a ella también le interesa enterarse de los trapos sucios de Cassius Strickland, a quien nunca ha podido sacarle un defecto. No para escribirlo en la columna si es especialmente delicado, conste —añadió con las palmas en alto—. Digan lo que digan sobre su injustificada malicia, la Reina hace rigurosísimas cribas con los graves rumores que le llegan y descarta historias que podrían perjudicar de más a sus protagonistas. Es una mujer muy prudente.

—¡Entonces es oficial que es una mujer! —Rebecca dio un saltito batiendo las palmas—. Hay quien dice que, como su estilo narrativo es excepcional y su ingenio es comparable, si no superior, al de la señorita Austen, solo podía tratarse de un hombre. Por otro lado —prosiguió con seriedad—, celebro que se haya comprometido a no escribir sobre el señor Strickland. No quiero dañar su reputación y menos aún sus sentimientos, sean cuales sean estos.

A Sonny le molestaron las tinieblas, que le impidieron verle la cara al mencionar el nombre de su pretendiente. No había podido sacarse de la cabeza la escena con la que se topó en su visita a la residencia de los Wargrave, a esa Rebecca que canturreaba, sumida en una ensoñación, después de pasar el día entero del brazo de otro hombre.

«Estás enfermo de egoísmo», le dijo su madre una vez durante una regañina. «No puedes pretender arrebatarle a tu hermana un juguete que tú mismo rechazaste solo porque no quieres que lo tenga ella. ¡Yo no he criado a un avaro!».

Sonny tragó saliva. Se dijo que no tenía derecho a interrogarla sobre su cambio de parecer sobre Cassius y Edelweiss. Se dijo, también, aunque sin interés por enterarse ni él mismo, que era mejor no hacer preguntas si se temía la respuesta.

Quién sabía cómo podría reaccionar si descubría que Rebecca estaba empecinada en casarse con Strickland.

Dios sabía que no lo había hecho como un hombre de bien en el salón de su casa.

—Vayamos adentro —la invitó, forzando un tono relajado. Empujó la puerta que los empleados habían dejado abierta, al tanto de que la Reina y él prestarían una visita—. Detrás de usted, señorita Wargrave.

Capítulo 14

«Señorita Wargrave» por aquí, «señorita Wargrave» por allá.

De pronto, Sonny se había convertido en un colmo de educación supina.

Además de insufrible, emplear la coletilla era de una desfachatez demencial, fuera él consciente o no. Empezar a tratar a una mujer con la mayor de las cortesías después de haberla besado como no se besaba ni a las esposas encerraba un retorcido sentido del humor.

Ya sabía que Sonny era proclive a las bromas pesadas, pero no que se prestaba a esa clase de ironías cuando el asunto se tornaba de una seriedad considerable.

¿Debería acusarlo de descarado?, pensó. No, porque entonces creería que le importaba lo que había sucedido y, si lo había citado en Her Majesty's Theatre, era porque tenía que demostrar que el beso no la había alterado en lo absoluto; que, en todo caso, le había servido para darse cuenta de que quería casarse con el señor Strickland.

Tenía sentido, ¿verdad? A ratos le parecía que sí, que era un plan maestro, pero luego la asaltaban las dudas.

Como en ese momento.

Conforme se adentraban en las entrañas del edificio a través de un corredor descuidado, Rebecca le iba lanzando miradas furtivas a Sonny. No servía para nada; le costaba apreciar el conjunto de una expresión a través de la tela, fina pero fiel a su propósito de ocultarle el rostro.

Por suerte, que la falta de visión fuera bidireccional garantizaba protección a sus muecas, como la que compuso para desahogar su molestia.

Siempre le había costado entender por qué se convertía en un manojo de nervios sin autocontrol alguno en presencia de Sonny, pues Clarissa o Verity la sacaban de quicio igual o más y había podido atacarlas desde la frialdad. Comprendía aún menos el modo en que su cabeza maquinaba y ejecutaba cuando el plan lo involucraba a él... o incluso lo tenía como su centro.

«¿Su centro? ¡Ja! ¡Ya le gustaría!».

Se olvidó de todo en cuanto un empleado del teatro elegantemente uniformado les dio la bienvenida a la habitación donde se cocía la magia. Al otro lado de un portón de doble hoja estallaba el ruido de las conversaciones a viva voz que solo podían mantener mujeres a las que el decoro les era indiferente. Los recibió un festival de telas de colores, de aromas entremezclados; las partículas de polvo que se quedaban flotando en el aire cuando una mano apresurada se aplicaba el maquillaje con impaciencia. A pesar de llevar el velo cubriéndole la cara, gracias a la amplitud de la habitación y la profusión de candelabros pudo apreciar el frenético aleteo de los

brazos que marcaban la coreografía, los saltitos que parte del elenco daba dentro de sus faldas de tul, el intercambio de horquillas y zapatillas de media punta.

Rebecca no tuvo que proponerse buscar a la señorita Day para localizarla como un diamante entre el carbón. La comparación le vino a la cabeza sin el menor deseo de desmerecer el encanto delicado de sus compañeras, que no debía ser subestimado. Sin embargo, saltaba a la vista que ella era una criatura de otro mundo; uno de esos seres que Dios había puesto en la Tierra con una vocación marcada.

La suya era bailar o, lo que era lo mismo, domar los ritmos. Someter el tiempo.

Edelweiss estaba de espaldas a ellos y, aun así, supo que era ella. No tenía una melena espectacular, sino un cabello fino y liso como los rayos del sol primaveral. Era de un castaño almelado que, alumbrado por la colección de velas desordenadas en su tocador, parecía más líquido que sólido. Un maillot del mismo tono que su piel se ajustaba a su estrechísima cintura de manera que, a primera vista, Rebecca creyó que estaba desnuda. Aunque su delgadez era llamativa, no se le antojó una mujer frágil, sino todo lo contrario: en el gesto de llevarse las manos a la cabeza para empezar a recogerse el pelo, exhibiendo así la perfecta curvatura de la nuca y la línea simétrica de sus hombros afilados, los músculos de la espalda se le tensaron igual que había visto tensarse los de Sonny.

No pensó que fuera posible que una joven fuese femenina aun poseyendo características masculinas.

Como si la hubiera presentido llegar y quisiera complacer su curiosidad, Edelweiss se puso de perfil para pedirle algo a su compañera con una mano extendida. Esta le hizo entrega enseguida de un puñado de horquillas que procedió a introducir en el moño redondo con la destreza funcional de la costumbre.

Rebecca contuvo el aliento al descubrir su perfil.

Para su asombro, tenía la nariz totalmente recta, varonil.

El deseo de compartir su admiración la instó a mirar hacia la derecha.

No le gustó descubrir que Sonny se mostraba igual de fascinado.

—No parece sifilítica —fue lo que aportó él al percatarse de su expectante observación.

Rebecca le dio un manotazo en el brazo a modo de queja por su falta de tacto, en el fondo aliviada porque no hubiera soltado una de sus aberrantes obscenidades. El golpe y el «ay» de Sonny detuvieron el movimiento en la habitación como si de un cañonazo se hubiera tratado.

Todas las miradas, a excepción de la de Edelweiss, se clavaron en los recién llegados.

Rebecca se quedó helada. Durante un segundo estuvo convencida de que la habían reconocido como la señorita Wargrave, incluso si esto era imposible. No tardaría en darse cuenta de que, si bien hubo valoraciones de su aspecto por parte de algunas bailarinas, la inmensa mayoría volcó exclusivamente su atención —y, luego, la potencia de su encanto— en el caballero.

—*Quel bel homme!*[17] —comentó una con desahogo, los brazos en jarras sobre la cinturilla de la falda. Exhibía las pantorrillas envueltas en las medias—. ¿Buscas a alguien en especial?

—A mí, seguro —decidió la muchacha que había estado agitando los brazos en el aire al ritmo de un tarareo. Avanzó decididamente hacia él con una sonrisa sugerente y le tendió la mano con la elegancia que solo tenían las personas con un control absoluto sobre su cuerpo. Se presentó con acento italiano—. Soy Giorgia, *signore*.

Rebecca fue testigo en primer plano de cómo se las gastaba Sonny en la presencia de mujeres atractivas. En lugar de rechazar la invitación con una sonrisa gentil, aceptó besar su mano desnuda y acompañar la respuesta de una mirada provocativa.

—*Piacere, mia bella*.

—*Tu parli la mia lingua?*[18] —se sorprendió con los brillantes ojos negros abiertos de par en par.

—*Un po'*.

—¿Y la mía la habla? —se hizo oír otra de las bailarinas. Acababa de levantarse del suelo, donde había estado estirando un costado doblándose sobre el contrario—. *Je m'appelle Aimée, monsieur*.[19]

—Amada —tradujo su nombre con un cabeceo aprobador—. No me cabe duda de que su nombre es la profecía de su vida, *mademoiselle*.

Giorgia evitó que la conversación con su recién proclamada competidora se extendiera agarrando del brazo a Sonny y acercándolo a su torso sin miedo a rozarlo con sus pezones erectos, marcados bajo la fina tela de la prenda.

—Yo lo he visto primero, así que con el permiso de nadie y nada más que su beneplácito, voy a reclamarlo para hacerme compañía después de la función... —Giorgia se giró hacia Sonny batiendo las pestañas con clara intención—. ¿Qué le parecería, *signore*? No vivo muy lejos de aquí y tengo una *bottiglia di vino bianco* en casa para ocasiones especiales.

—¿Y yo soy la ocasión especial?

—*Esatto*.

Rebecca agradeció que el velo cubriera su rostro, o todo el mundo habría descubierto que no estaba acostumbrada al descaro de las mujeres libres.

La vergüenza hacía arder sus mejillas.

—No se trata de quién lo vea primero, sino de cuál de nosotras le gusta más —replicó Aimée, acercándose también para reclamar lo suyo. Lo agarró del brazo contrario como si estuviera soplando un viento capaz de arrancar un árbol de cuajo—, y seguro que yo le gusto más; *je suis plus belle*[20], a fin de cuentas...

Como si hubiera pronunciado una palabra en clave que llamaba al zafarrancho, la mitad de las

bailarinas acudieron dando gráciles saltos al punto que los presuntos periodistas ocupaban en el espacio. Una tras otra —y varias a la vez—, se fueron abalanzando sobre Sonny para palparle las mejillas y el pecho, para revolverle el pelo, para exclamar en distintos idiomas lo *bello*, *beau*, *schöner* o incluso *przystojny* que era de cerca.

—*Welche Farbe hat das?*[21] —musitó una de las austrohúngaras, una jovencísima rubia con un exceso de colorete en las mejillas. Se había acercado a Sonny, llegando a violar su espacio vital, para valorar de cerca la tonalidad de sus ojos—. *Wunderbar...*[22]

—¡Son rojizos! ¡Como la piedra granate!

—¿Qué sabrás tú de los granates? ¿Acaso te han regalado alguna joya alguna vez?

—¡Más que a ti seguro! ¡Soy una de las cuatro *ballerinas* del elenco *prinzipale*!

—¡Porque le hiciste *un petite gâterie*[23] al coreógrafo!

—¡Cree el ladrón que todos son de su condición! ¡Yo tengo el gusto más refinado que tú, que le regalas tu amor a cualquiera...!

Por razones de física y espacio, la bandada de sílfides había ido obligando a Rebecca a retroceder unos pasos, y ahora observaba desde un rincón, inmóvil, cómo las criaturas no más bellas, pero sí más excepcionales que hubiera visto nunca se deshacían en amores por el hombre al que ella despreciaba. Y él se dejaba querer sin la menor incomodidad, como si estuviera acostumbrado a ser el centro de atención en los espacios frecuentados por mujeres.

A la pequeña austrohúngara la sustituyó otra italiana, esta con unos vivos ojos verdes que escrutaron a Sonny como si fuera un milagro.

Había tomado su rostro entre las manos.

—*Bello, bellissimo...* —susurró—. *Come la notte dei luppi.*[24]

Rebecca se estremeció al oírla englobar a Sonny en lo que sonaba a poesía de lengua romance. El escalofrío no se le llegó a calmar del todo, sino que se heló, dejándole el cuerpo como un témpano, al presenciar su siguiente movimiento. La italiana se puso de puntillas para regalarle un tierno beso en los labios; uno muy parecido al que le había dado Sonny unos días atrás para ablandarla antes de profanarla del todo.

«Basta», dijo una voz dentro de sí.

En vez de pararse a averiguar el porqué de su reacción, Rebecca se enderezó como si fuera la madre superiora entre las díscolas novicias y se abrió paso en el gallinero casi a codazos. Sin el menor reparo, agarró a Sonny del cuello de la chaqueta que no le habían arrancado de milagro y tiró hasta sacudirle de encima las manos de la italiana.

Como no era el primer beso que le daban, solo el más atrevido, tenía el rostro cubierto de distintos carmines. Debajo del cuadro libre que habían pintado entre todas, estaba él, todavía aturdido por el recibimiento y ciertamente intrigado con la actitud de Rebecca.

—No hemos venido a entretener a nadie, sino a trabajar —le recordó con severidad.

Dicho aquello, y sin soltarlo por si acaso volvían a abducirlo las aguas infestadas de sirenas, echó a andar en línea recta hacia la única bailarina que no se había comportado como si fuera el primer hombre que veía.

Rebecca se preguntó si acaso tendría el corazón comprometido; si estaría siendo fiel a Strickland o solo esperándolo.

—Señorita Day —la llamó con voz aterciopelada.

Edelweiss apartó la mirada crítica de su reflejo en el espejo y prestó atención al velo del que provenía la voz. Ya se había recogido el cabello de hilos de seda en un moño tirante. Tenía el rostro anguloso, pero no resultaba amenazante. Quizá por los ojos, para los que Rebecca no había estado preparada: había imaginado a una mujer fría, porque en su limitada concepción de las cosas había creído que una persona capaz de despachar a un enamorado carecía de alma.

Ahora se daba cuenta de que más bien tenía demasiada.

No había visto una mirada tan dulce jamás.

Ni siquiera en los niños amados.

Ni siquiera en sus madres felices.

La bailarina dejó el cepillo sobre el tocador y la midió en silencio hasta que determinó que no era peligrosa. Solo entonces le dirigió una sonrisa que extremaba prudencia.

—La Reina del Chisme, si no me engaña la vista —dijo con un acento extranjero. Señaló el broche con un ademán. Luego desplazó la mirada a Sonny, que trataba de alisar las arrugas de la camisa—. Y el señor Kinross, claro está. No se tome a pecho el comportamiento de mis compañeras, se lo ruego. No hablan en serio ni la mitad de las veces que abren la boca. Buscan el divertimento fácil y causar polémica.

—¿Entonces la invitación a tomar vino blanco no se mantiene? —fingió lamentarse.

—*Ovviamente!* —rugió Giorgia, agitando la mano desde el fondo—. ¡Le espero después!

Rebecca reprimió el impulso de gritarle que cerrase el pico y se centró en Edelweiss.

Le había sorprendido que fuera tan educada considerando que los modales del resto de las bailarinas había brillado por su ausencia. Se acordó de la exquisita cortesía de Strickland y se preguntó si eso era lo que le había llamado la atención de ella; que tuvieran opiniones parecidas sobre el modo de conducirse por el mundo.

—Descuide —fue Rebecca la que contestó, áspera—, que el señor Kinross les ha venido que ni pintado a sus amistades. La polémica le gusta tanto o más, o, si no, se habría apartado.

—¡Me han abordado sin compasión! —se defendió él.

—Y lo haría otra vez —dijo la francesa desde el otro extremo del camerino.

Para colmo, tuvo el descaro de lanzarle un beso.

—Esta mañana ha llegado a mis oídos que la Reina del Chisme me prestaría una visita antes

de la función —retomó Edelweiss. Fue rápida para evitar el derramamiento de sangre que prometía la postura tensa de Rebecca—. He de reconocer que me sorprendió. Me temo que no dispongo de cotilleo alguno con el que entretener a Su Chismosísima Majestad, cuyo exquisito paladar sospecho que no se conformará con un relato mediocre. Tampoco podría servirle de recluta. No formo parte de la vida pública, y si asisto a una velada, procuro que no sea exclusiva.

—¿Por qué? —se extrañó Rebecca. Siempre había pensado que las mujeres en su situación, que no podían vivir con excesiva holgura pero sí de forma respetable, celebrarían con júbilo una invitación a los espacios aristocráticos.

Edelweiss le sostuvo la mirada, inexpresiva.

A Rebecca le pareció que le estaba viendo la cara con total claridad pese al velo.

—Odio sentir que formo parte de la discriminación a la que inevitablemente se somete a quienes no son invitados, a menudo por razones de clase... Las que para mí resultan ser imperdonables. —Hizo una pausa para cruzar las piernas lentamente bajo la copiosa falda. Sus largas extremidades inferiores terminaban en unas zapatillas de punta con lazos de satén entrecruzados en el tobillo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Su Majestad esperaba elaborar una publicación... diferente para el número de la semana que viene —se adelantó Sonny con brío—. En lugar de extenderse sobre los escándalos actuales, le gustaría escribir una breve biografía sobre usted. Es natural que, después de tanto tiempo contando intimidades de las clases altas, le apetezca dar un giro a su carrera tocando cuestiones sociales... sin sacrificar el interés por lo exótico, claro, que siempre apela al morbo popular.

Edelweiss asintió.

Su expresión no había cambiado en ningún momento.

Era un papel en blanco, solo que de una dignidad sobrecogedora.

—Yo soy lo exótico, imagino.

—Es lo interesante —corrigió Rebecca. No habría soportado ofenderla, y no porque entonces no sería sincera y dejaría de servir a sus propósitos, sino porque la respetaba—. Le vendrá de perlas un impulso publicitario a su carrera artística, señorita Day. Por supuesto, recibirá una compensación económica por lo que decida compartir con nosotros.

Edelweiss no vio motivos para negarse y, tras consultar el reloj y advertirles —en tono informativo, que no insolente— que podía concederles un total de quince minutos, se prestó a responder escueta pero diligentemente las preguntas que fue improvisando Rebecca.

Capítulo 15

Rebecca descubrió que la señorita Day había nacido en un barrio humilde de la capital y tanto ella como su hermana mayor se habían quedado huérfanas a muy temprana edad. Ninguna de las dos se resignó a hacer las calles y en su lugar entraron a trabajar con solo doce y quince años a un taller de costura. Fue allí, cosiendo los espectaculares trajes que luego lucían las bailarinas de ballet inglesas en sus reposiciones de clásicos austriacos, franceses e italianos, cuando ambas se enamoraron de la danza y decidieron probar suerte en el mundo artístico.

Su hermana no había tenido tanto éxito como la pequeña Edelweiss, pero nunca le guardó rencor por ello.

«Y el resto es historia», había concluido.

Sin dejar de escucharla, Rebecca había estado fijándose en los detalles del tocador. Uno le había llamado poderosamente la atención. Sobre todo porque no había pretendido esconderlo, aunque tampoco estaba colocado en un espacio estratégico para airear lo que otras entenderían como un privilegio.

Se trataba de un sobre a su nombre escrito con la letra de Cassius Strickland.

Lo había abierto porque la parte superior estaba rasgada, pero igual que había leído la nota, la había vuelto a introducir en su envoltorio. Ahora descansaba, arrugada e inútil, en una esquina.

Parecía que Edelweiss la hubiese arrastrado con desprecio lejos de su campo de visión.

—¿Hay algún aspecto de mi vida que les interese en particular? —preguntó ella al caer en la cuenta de que ninguno de los dos se había dado por extasiado con el monólogo.

—Las grandes historias de amor se asocian a las mujeres que pueden permitirse la pasión —señaló Rebecca. Le costó Dios y ayuda pronunciar aquellas escandalosas palabras sin que le temblara la voz—, y, según se dice, son las bailarinas y las actrices las que poseen esa suerte. ¿Cómo vive usted el cortejo de sus admiradores, señorita Day? ¿Hay algún hombre esperándola en casa? ¿Es habitual que las artistas de su clase contraigan matrimonio?

Edelweiss se tensó, primera y única prueba de que no era una muñeca con aspecto de cristal pero revestida de acero, sino una persona de carne y hueso con una historia trágica y una opinión firme.

La que tenía de los hombres no era positiva, eso saltaba a la vista.

—Tengo admiradores, sí —respondió con ambigüedad. Vaciló un momento, indecisa entre seguir la senda de la prudencia y abrazar la inquina que trataba de sofocar sin éxito. Terminó decantándose por lo segundo; Rebecca supo que lo haría antes de que arrancara a hablar por la

mirada que le dirigió—. Debe usted entender que a las mujeres de mi calaña las persiguen, pero no las aman. Un hombre puede desplegar una pasión devota por una bailarina, por una cantante de ópera, por una actriz..., y puede que esa pasión dure mil años y cueste ciento veinte libras anuales, mensuales; incluso semanales —compuso una sonrisa gélida—, pero el precio de una boda no lo pagarían ni borrachos.

—Aun así, hay bailarinas, cantantes y actrices casadas —señaló Sonny, más con la intención de aplacarla que por llevarle la contraria.

No había sido ajeno al dolor que encerraba su actitud defensiva.

El señor Kinross no era tan insensible, después de todo.

—No con hombres que pueden permitirse gastar ciento veinte libras en su amante, señor Kinross. Y no me malinterprete; nunca me ha parecido que el amor de un aristócrata o un adinerado burgués conceda deseos u obre milagros que no estén en la mano de una buena persona que trabaja el metal u hornea hogazas de pan. Solo digo —continuó, esta vez siendo precavida— que los hombres que desean no son los hombres que respetan. Y solo los hombres que respetan ofrecen el futuro.

Rebecca y Sonny se pusieron rígidos a la vez, reconociéndose en la conclusión de la señorita Day. No era nada que ella no hubiese defendido en cientos de ocasiones, dos de ellas ante el señor Kinross, pero oírlo en labios de otra mujer, una curtida en las batallas amorosas y marcada por el desprecio del sexo opuesto, le recordó lo sucedido en el salón y la hizo avergonzarse.

—Ha hablado del reto de ser una bailarina a la que los hombres aman —irrumpió de repente Sonny—, pero ¿qué hay de la complejidad de ser la mujer que ama a los hombres?

—No lo sé, puesto que no la conozco. Yo soy Edelweiss Day.

—¿Y Edelweiss Day nunca ha estado enamorada?

—No.

Se levantó con un débil suspiro, carente de nostalgia o pena. Parecía parte de su calentamiento antes de la función. Resultó no ser tan alta como había imaginado, claro que las bailarinas solían dar esa impresión dentro y fuera del escenario por su flamante postura. Sorprendió a Rebecca encarándola para decirle:

—Si me permite una petición, deje manifiesto en mi biografía que el privilegio de formar parte de mi familia no está en venta, y que aún no ha nacido hombre, al menos en esta Tierra, que pueda convencerme de abandonar mi profesión.

—Por supuesto —se apresuró a prometerle.

Rebecca la vio inclinarse hacia el espejo para ver dónde se alojaban con exactitud las partículas de perfume que vertió en sus dos clavículas. Un puf, otro puf, ambos ante la mirada perpleja de una joven que se maravillaba con el hecho de que se concediera una coquetería para un baile en un escenario; para sudar y luego asearse.

Edelweiss abandonó el camerino acto seguido.

Fue la primera, la que marcó el ritmo: las demás la siguieron de puntillas, replicando el silencio digno con el que la *prima ballerina* había decidido enfrentarse a su público esa noche.

En cuanto se quedaron a solas, Rebecca se quitó el sombrero de un tirón. Respiró aliviada al sentir el aire en la cara, incluso si estaba viciado por los aromas a sudor, tul y colonia de una guardia de bailarinas.

—Bueno —rompió el silencio, mirando de reojo a Sonny—. Es obvio que no entra en sus planes más cercanos perdonar al señor Strickland por sus burgueses desprecios.

—No quiso casarse con ella, y ella se ofendió tanto que hasta reniega de él —resumió. Se rascó la coronilla con una mueca—. Eso es lo que parece, al menos, pero no sé qué pensar, Rebecca. No se me antoja la clase de mujer que se toma a pecho que no le pongan un anillo en el dedo. Ya ves que no alberga ambiciones inasequibles, que es sencilla; que no se altera ni se emociona con visitas de renombre como la de la Reina del Chisme.

—O la de Sonny Kinross —apostilló ella con rencor. Se dejó caer sobre el taburete acolchado donde había estado arreglándose Edelweiss y se quitó el sombrerito con la redecilla. No pudo contenerse y agregó, mirándolo a la cara—: ¿Y ahora soy Rebecca otra vez?

Sonny enarcó una ceja, como si no comprendiera el cambio de actitud.

—¿Quieres seguir siendo la Reina del Chisme?

—No era eso lo que quería decir —gruñó. Pensó en continuar la conversación, tener la fiesta en paz, pero se rebeló contra la costumbre de reservarse sus pensamientos, que, a fin de cuentas, era costumbre con todo el mundo menos con él. Alzó la barbilla—. Has estado dirigiéndome a mí con frialdad, como «la señorita Wargrave», desde mi llegada al teatro.

Sonny fingió sorprenderse, y sabía que lo fingía y no lo hacía porque conocía al dedillo el repertorio de expresiones con el que le gustaba contentar a las mujeres y desafiar a los hombres.

A decir verdad, llevaba el curso de la noche comportándose de un modo natural y al mismo tiempo anómalo; empleaba el tono guasón de siempre, sonreía, no se cortaba a la hora de mirarla, pero había algo en él, o quizá en ella, o tal vez flotando entre los dos, que alteraba la intencionalidad de las palabras. La fachada de Sonny era la misma, y, sin embargo, parecía un impostor, una versión esbozada o como mínimo apagada de Sonny.

No sabía si hacía bien al abordarlo al respecto o por el contrario se estaba poniendo en peligro. O, peor, en evidencia.

—¿Ahora te molesta que te trate de usted? Llevas años reprochándome que te tutee.

—Y decides dejar de hacerlo después de besarme.

Él no se dio por aludido con la pulla.

—Cada uno reacciona y actúa sobre las situaciones como puede —respondió sin más, y empezó a arreglarse los puños de la chaqueta con aire distraído—. Si no recuerdo mal, tú,

después de besarme, optaste por no decir ni mi nombre ni mi apellido. Por no reconocer mi existencia en lo absoluto, de hecho.

Rebecca se levantó muy despacio del taburete, ceñuda.

—¿Te estás vengando porque me indignara tu actitud y eligiera ignorarte en las veladas?

—¿Vengando? —Abrió los ojos—. ¿Qué es «vengarme» con exactitud? ¿Llamarte «señorita Wargrave»? ¿Por qué, en el nombre de Dios, te trataría cortésmente para hacerte pagar un desaire? Creo que las represalias han de estar equilibradas; por eso, en todo caso, me vengaría de ese beso tuyo devolviéndotelo... que es lo que hice. Ese era el segundo, Rebecca.

Ella entrecerró los ojos, determinada a parecer indignada.

—No sabía que los besos fueran como las cartas, que se dan y se reciben.

La expresión contenida de Sonny se relajó para abrir paso a una emoción más sincera.

—Y se corresponden, y se dedican, y cada uno de ellos tiene un estilo personal. También se les parecen en que pueden insinuar palabras de amor.

—Sí, supongo que es una buena analogía. Por ejemplo, tú te dejaste tu beso sin firmar. Es más: fue una carta-beso incompleta en el momento en que interrumpiste su escritura para salir corriendo.

—No salí corriendo —se defendió—. Me fui caminando.

—Caminando a toda prisa.

—A toda prisa, tampoco. Solo me marché... rápido —corrigió, para nada dispuesto a ceder—. En ningún caso fui tan veloz como tú la tarde que me agarraste del pescuezo en St James, de todos modos.

—¿Por qué insistes en mencionar aquel día? Sobre todo cuando luchaste, y en el sentido más literal, para que te perdonara por ello. Si es para restarle importancia a lo que... hiciste el otro día alegando que yo lo hice antes, no es lo mismo. ¡No es lo mismo ni de lejos!

Él la miraba sin parpadear.

—¿Por qué no?

—Porque yo tenía el objetivo de persuadirte para que me llevaras lejos. Lo hice creyendo que funcionaría como soborno. Tú, en cambio... Tú... —Apartó la vista, intimidada por la intensidad de su hipervigilancia—. No sé qué objetivo tenías tú.

—¿Seguro que no? Cosa rara. Siempre has tenido una idea muy clara de quién soy y por qué hago lo que hago. ¿Por qué dudas ahora? —Empezó a enumerar sacando los dedos de una mano —: Es obvio que te besé porque soy un cerdo, un depravado, un pervertido...

—¡Y lo eres! —lo atacó cargada de inquina—. ¿O acaso no has disfrutado de las carantoñas de las bailarinas? ¡Hasta te has dejado besar, por Dios!

Sonny extendió los brazos y exclamó, recalcando cada palabra:

—¡Me tenía agarrado por las mejillas y el factor sorpresa estaba de su parte!

—¡Y un cuerno! ¡Si no quieres que alguien te bese, te apartas!

Creyó ver que una emoción visceral relampagueaba en los ojos de Sonny, pero Rebecca no se atrevió a insultar su inteligencia engañándose con que era rabia o molestia porque volviera a arremeter contra él. Lo que destelló en sus ojos como el granate, bellos, bellísimos, como la noche de los lobos, fue lo mismo que le instó a dar un paso adelante y replicarle en voz baja.

—Tú no te apartaste. Supongo que eso significa algo.

Rebecca sintió que el estómago se le daba la vuelta.

—Tú sí te apartaste. Incluso te largaste sin despedirte, y ahora me llamas «señorita Wargrave». Supongo que eso —subrayó con rencor— significa algo.

—Había un combate importante esa noche y recordé que me estaban esperando con una hora de antelación para disponer los preparativos.

Rebecca perdió los papeles al reconocer el tono neutro del que se valía para mentir.

—¡Vete al diablo, embustero! ¡Ni siquiera llegaste a decirme por qué viniste a casa en primera instancia! ¡No era horario de visitas y nadie te había extendido una invitación!

—No necesito una invitación para visitaros.

—A mi hermano tal vez no, pero no querías ver a mi hermano.

—¿Qué es lo que quieres que te diga, joder? —la interrumpió con brusquedad—. Al final voy a pensar que quieres que te bese otra vez. ¿Quieres que lo haga? —insistió, alzando la voz, y la agarró del brazo de un modo que habría sido una amenaza en toda regla si no hubiera acompañado el gesto de una mandíbula tensa de pasión y una mirada vulnerable—. Porque te beso. Te juro que te beso, Rebecca, señorita Wargrave, como diablos quieras llamarte o que yo te llame.

Rebecca se estremeció inexplicablemente.

Se convenció de que se debía al miedo a lo que era o al menos debía ser una intimidación; de que tenía tan reciente el terrible recuerdo de su boca explorando la suya, de sus manos haciendo peripecias para cubrirla en todas sus partes, que había reaccionado igual que una víctima de asalto.

Pero...

«Pero. Ahora siempre hay un “pero” antes de decir “Sonny”. “Sonny el embustero, pero”».

Y ahí iba el «pero» de verdad: que tenía los ojos de la noche de los lobos enmarcados por pestañas que no eran negras. Y qué. Por mucho tiempo, Rebecca había pensado que las pestañas negras y tupidas eran lo más bello del mundo. Eso sí que era mentira. Las suyas eran como la madera quemada, como el flequillo que a menudo se cansaba de obedecer órdenes y se levantaba para apuntar al cielo, diciendo «Dios está allí, sí, allí, y es amigo mío».

¿Por qué de pronto le parecía atractivo? ¿Por qué, de pronto, era algo más que eso? Los hombres atractivos eran agradables a la vista, pero a él le daba pavor mirarlo demasiado o de

manera directa. Un mechón le cruzaba uno de los ojos, como imaginaba que el cabello entorpecería el rostro del villano de una novela. El absurdo manoseo de sus admiradoras le había desplazado la camisa a un lado, mostrando una porción de piel morena que terminó de ponerla nerviosa.

Previendo que él se disponía a besarla con la misma energía que lo había impulsado hacia delante, Rebecca agarró el sombrero de la Reina del Chisme y se lo colocó a toda prisa. Logró cubrirse el rostro con la redecilla a tiempo para evitar el contacto con sus labios, pero de todos modos el corazón se le desbordó en el pecho al apreciar a través de los encajes la mueca de dolor que le contrajo el rostro.

Dos respiraciones agitadas, calientes como el viento del desierto, chocaron con la tela.

Rebecca no se atrevía a pestañear.

Él sí, y, además, cerró los ojos.

Sintió su mano en la cintura y luego cómo la punta de su nariz empujaba la redecilla al inclinarse sobre ella. No pudo escapar de la presión de sus labios ni con el disfraz: él la besó en la boca con suavidad por encima del encaje, primero con la cabeza ladeada hacia la derecha, y luego ladeándola hacia la izquierda.

Rebecca no se había fijado en que tenía el puño comprimido contra el escote del vestido, ahí donde apretaba el nudo que se le subió a la garganta y la persuadió de derramar una lágrima.

¿De qué? ¿De incomprensión? ¿De miedo?

No era disgusto. ¿Era nostalgia?

—No te... no te tomas nada en serio, Emerson Kinross —musitó ella.

—¿Y no será que tú te lo tomas todo demasiado a pecho? —contraatacó con paciencia—. A mi modo de ver, yo soy lo único que no te tomas en serio tú, y tú eres lo único que yo me tomo a pecho.

Rebecca apretó los labios, en desacuerdo con su teoría.

El anonimato del velo le dio el valor para desahogarse.

—Eso es una valiente mentira. Si me guardaras la cara solo un poco, Sonny, no me habrías humillado al rechazarme delante de Harding y de Verity, al dejarme sola en medio de la calle. ¡Y estaba lloviendo! No es que yo lo tome a pecho, canalla. ¡Es que es un relato digno de una maldita novela de Dickens!

—Eres demasiado bella y vanidosa para una novela de Dickens. Solo podrías ser el personaje malvado, y no quiero —susurraba, persuasivo—, porque para mí no eres malvada ni nada que se le parezca. Si tuvieras que ser algo que se escindiese de mis sueños y mis fantasías, serías, más bien, la caprichosa princesita que se burla, y no sin razón, de una protagonista austeniana. Y no por maldad, sino porque ella es la más divertida de todas.

El corazón le brincó en el pecho.

No podía ser posible —como no era justo— que la primera vez que reafirmaban su deseo de ser buena hubiera tenido lugar allí, en el camerino, y gracias a la compasión de Sonny. Pero por poco se dejó llevar por la ternura y la sinceridad de sus palabras.

Por poco.

—Me humillaste —insistió.

—Tu hermano...

—Mi hermano te importa muy poco a la hora de disfrutar de tus mujeres, o de lo contrario no me habrías besado teniéndolo a él a unas escaleras de distancia. No insultes mi inteligencia tratando de convencerme de un argumento buenista que es la antítesis de la veleidad por la que se te conoce.

Sonny se cansó del juego y le quitó el velo para mirarla de nuevo a los ojos.

—Tú no me querías. —Dejó que su sencilla justificación llenase el espacio, tornando la atmósfera irrespirable, antes de continuar—. No querías casarte conmigo, Rebecca, sino vengarte de Harding a través de mí. Si me hubieras dicho cualquier otra cosa... Si me hubieras dicho: «Siempre te he amado» o solo «Te deseo», no sé si hubiera sido capaz de obrar correctamente. Pero lo hice. Obré como lo habría hecho un caballero; como yo no lo habría hecho en otras circunstancias… y supongo que eso significa algo —añadió con un hilo de voz—. Significa... significa... significa que te tomo muy a pecho.

Sonny emitió un sonido que no era humano con la garganta, un sonido que sin embargo se explicó en el gesto impaciente con el que le ahuecó el rostro con las manos. Rebecca sintió la gentil presión de sus pupilas, ávidas de belleza, al recorrerla un momento antes de besarla.

—Deja de odiarme —le rogó entre besos—. Deja de odiarme. Lo repetiré como si fuera un conjuro, un hechizo de hipnosis. Invocaré a las brujas y les daré mi sangre. Deja de odiarme. Te lo ordeno, Rebecca Wargrave, y también te lo imploro.

Rebecca se quedó laxa entre sus brazos. De su cuerpo sentía nada más que la parte superficial; de pronto no tenía ni huesos ni músculos, solo piel, una piel en llamas con el único accesorio de una boca que se abría y se cerraba para succionar los sabores de los labios ardientes de aquel hombre divino.

No tenía sentido negarlo. Era tan insoportable como absurdamente irresistible, bello de un modo único, en sus movimientos y en su hablar, y quería que la besara tanto como quería que la dejara en paz. Quizá porque ni siquiera era insoportable, o porque esa no era la frase completa. Era insoportable que la llenara de anhelos imposibles. Era insoportable pensar que pudiera haber perdido el tiempo deseando a otros cuando él estaba justo ahí.

«Dependes tanto de Kinross para ser quien eres como dependes de mí misma», había dicho Verity.

Rebecca no estaba de acuerdo. Odiaba tanto a Kinross como se odiaba a sí misma. Así había

sido desde siempre. La obsesionaba tanto el potencial desperdiciado de Kinross como le obsesionaba su propio potencial desperdiciado. Ella podría haber sido la reina de la fiesta igual que él podría haber sido emperador, y, sin embargo, eran los dos esperpénticos bufones de las noches de velada. Tan esperpénticos, tan bufones, que se refugiaban en el camerino de un teatro para tocarse frenéticamente.

O quizá su potencial no estuviera del todo desperdiciado, pensó de repente.

Cassius.

Cassius Strickland.

Él estaba soltero e interesado en ella. Él podía restaurar su nombre, darle una oportunidad de felicidad, curar su soledad. Nunca volvería a ser la joven y bellísima Rebecca Wargrave que presentó sus respetos a la reina, pero podría convertirse en la modesta y callada esposa del hombre dorado.

Apartarse de Sonny le tomó un sobreesfuerzo tanto porque él se había aferrado a ella como un buitre aferraba su presa como porque ella no se veía con el valor de soltarlo. Pero lo hizo en señal de respeto a sus posibilidades, a sus deberes de soltera, a los esfuerzos económicos de su familia, al miedo a ser una eterna carga, a seguir avergonzando a su padre en la distancia; a vivir para siempre bajo el techo de una pareja amorosa que no hacía sino subrayar su inferioridad y su miseria con el simple hecho de existir cerca de ella.

—No —barbotó—. No, no, no.

Sonny se quedó tambaleándose sobre su eje débil, mirándola sin poder creérselo, igual que a un traidor; como si hubiera pasado de largo al verlo desmadejado en el suelo.

—¿No?

—No. —Le entregó el sombrero y el broche y se separó, necesaria medida de seguridad—. No, porque me voy a casar con el señor Strickland, así que… No. Eso es. No.

Capítulo 16

—¡Ah! —Sonny relajó los hombros nada más doblar la esquina del pasillo y ver a su visitante cómoda en la sala de té privada. Se colocó una mano en el pecho, como si en su mera contemplación intervinieran las flechas de Cupido—. Aquí estás.

Donde se reunían por lo habitual, en el caso de que alguien deseara concreción.

La Reina del Chisme no citaba a nadie en su vivienda, en parte porque, si a Sonny no le habían fallado las investigaciones —llevadas a cabo al margen de los deseos de la susodicha—, la leyenda local rezaba que no la tenía y debía fingir que vivía de acuerdo a esta para evitar problemas. Así pues, para reunirse con sus amistades se tomaba, como mucho, la inconcebible molestia de prestar una visita a la residencia de quien correspondiera.

Visita concertada y autorizada por el anfitrión, por supuesto.

Nada de aparecerse de pronto.

Ante todo, Su Majestad era bien educada.

No obstante, esas eran sus normas con los jóvenes y señoritas con los que pretendía cerrar un trato profesional, a menudo consistente en obtener información a cambio de otros secretos, una cantidad monetaria o una cita con la mejor cortesana de Londres. Todo dependía de la compensación que exigieran los interrogados, a la que la escritora no le importaba plegarse.

Como no podía ser de otro modo, la Reina se presentaba a estos trueques con su disfraz.

No así con Sonny.

Siempre que se veían, y la frecuencia dependía de la disponibilidad de ambos, se presentaba con el rostro bien visible y sin adulterar ni sus maneras, ni su caligrafía, ni su tono de voz. Con él no le había quedado otro remedio que ser franca desde que descubriera su identidad, pero para asombro de los dos, que en su día se declararon archienemigos por razones de peso, habían acabado forjando los cimientos de una curiosa amistad lo bastante firmes para que ni a ella le importase mostrarse tal cual era, ni Sonny sintiera tentaciones de vengarse de su mala baba literaria.

Cuando no se reunían los miércoles en la casa del señor Kinross, se citaban en el club de pugilismo, en la planta baja. Nunca en la salita de tentempiés, que rara vez se hallaba despejada, sino tras una celosía de cristales de Murano que conducía a una pequeña pero ricamente decorada sala privada.

La Reina del Chisme en carne y hueso enarcó las cejas, de un rubio ceniza un par de tonos más oscuros que su cabello de princesa sueca.

—¿No te dije acaso que estaría? Si no recuerdo mal, me debes un broche de incalculable valor y un sombrero con velo de encaje. Yo no tengo prisa por recuperarlo —añadió, tomando la taza que ya le habían servido. Dio un sorbo mirándolo a través de las pestañas. Eran de un rubio casi transparente, pero tan largas que no pasaban desapercibidas—, si bien se me ha ocurrido que estarías ansioso por deshacerte de este par de objetos inculpatorios.

—Estaba más ansioso por verte y charlar contigo, querida.

Ella, que solo se expresaba utilizando los ojos y las cejas —hasta la fecha, Sonny no la había visto sonreír; no de pura alegría, al menos—, volvió a arquear las segundas a conveniencia de su recelosa expectación.

—Ya sabes que no ando sobrada de tiempo durante la temporada. Puedo concederte quince minutos después de recuperar lo que es mío; veinte, si luego me prestas un coche de caballos sin blasón para estar donde se me espera justo a tiempo.

En su paseo hacia el asiento libre, Sonny no apartó la vista de la criatura que tanta curiosidad le había suscitado siempre. Arrastró la silla por el respaldo y la giró para sentarse con el pecho tocando la superficie acolchada. Apoyó los codos encima de la madera recién pulida y descansó la barbilla sobre el dorso de una mano con una sonrisita traviesa.

—¿Puedo preguntar qué velada te requiere esta noche?

—No —respondió ella sin mirarlo. Se detuvo a paladear los sorbos de pajarillo que daba a su taza predilecta; la que se había agenciado de pleno derecho después de prestar suficientes visitas al club como para exigir indulgencias y que le fueran concedidas. Depositó en el platillo la porcelana pintada a mano por un famoso artista francés y lo encaró con toda la intensidad de su mirada desvaída, de un gris que recordaba a la plata recién abrillantada—. ¿Cómo se desarrolló la visita a Her Majesty’s Theatre? ¿Ha descubierto ya la honorable señorita Wargrave lo que te traes entre manos? O, no lo quiera Dios, ¿te has dado por satisfecho de una vez por todas y has decidido poner fin a este sinsentido?

Sonny alargó la mano hacia el té de la Reina y, sin pedir otro permiso que lanzarle un guiño cómplice, dio la clase de trago generoso que se veía en las tabernas del muelle.

Se lo devolvió tras emitir un suspiro placentero.

Aún seguía caliente.

Cómo no. La Reina no bebía nada que estuviera frío.

—Sí y no.

—¿Sí y no?

—He consultado mi situación con la almohada y me ha dicho que es hora de tomar una decisión que cambiará el curso de mi vida. Y, con suerte, de la suya. —Hizo una pausa para ordenar sus ideas y se humedeció los labios despacio—. Verás... Rebecca se comportó de un modo con el que cabe albergar esperanzas. Un modo que justificaría seguir insistiendo,

¿entiendes? Sintió celos cuando las bailarinas del elenco se arrojaron a mis brazos, me reprochó que la hubiese ignorado después de besarla, y... y aceptó mis labios en una segunda ocasión, esta vez como si me hubiera estado esperando.

El reciente recuerdo le quemó la sangre. Se tuvo que esforzar por disimularlo para no escandalizar a la regia mujer que lo escuchaba con atención.

Si no confiara plenamente en ella, Sonny se habría reservado los detalles de su última aventura. A fin de cuentas, estaba hablando con una escritora cuya fuente de ingresos principal provenía de escribir sobre intimidades ajenas, y no para retratar a sus cabezas de turco en buenos términos. Pero entre que Su Majestad le profesaba a Rebecca un afecto especial —o, siendo justos con la verdad, la compadecía demasiado como para atacarla una vez más por la espalda— y que él y ella hicieron un pacto largo tiempo atrás, Sonny no tenía motivos para pensar que los pondría en un aprieto.

Dicho pacto se asentaba sobre la base de la justicia pura y dura: él expuso el argumento en su día y, gracias al cielo, contó con la aprobación de la Reina.

—Tanto si fue usted la urdidora original de la caída en desgracia de mis padres como si corrió a cuenta de su antecesora, la cuestión es que las columnas de marras han infligido suficiente daño a mi familia como para que Su Chismosísima Majestad pase el resto de su vida haciendo la vista gorda a las que sean las faltas de los Kinross —le había dicho Sonny allí mismo, sentado en aquella misma silla, largos años atrás—. Permitiré que largue sobre mí cuanto guste, siempre y cuando no repercuta en mis seres queridos, pero jamás sobre mi hermana, mi madre o el señor Robert Kinross. A cambio de las jugosas historias que sé que le escamotearé al impedirle escribir sobre personajes tan célebres, le regalaré información sobre todo aquel sujeto interesante que pase por mi club; sobre toda historia que llegue a mis oídos. Incluso sobre mí mismo.

La Reina no halló inconveniente en concederle su deseo. Ese día condenó al olvido a lady Hailey, a Robert Kinross y a la jovencísima Sabrina, y es que una de las consecuencias negativas de que la susodicha no escribiera sobre alguien era que ese alguien empezaba a pasar desapercibido para la alta sociedad inglesa... para bien o para mal. Por eso había quienes se esforzaban por destacar, incluso si no era en un buen sentido: para que la Reina se enterase y lo convirtiera en alguien relevante con su punzante ironía.

—Entonces la señorita Wargrave se está ablandando —resumió la escritora en falso tono reflexivo, como si estuviera preguntándose cuál sería el curso de acción correcto. Era una sensación engañosa, porque la Reina (aquella en particular, no sabía las demás) había nacido con una idea sobre lo justo y sobre lo que no lo era tan estricta que averiguaba en el acto el camino recto. No solía dar a conocer sus conclusiones, sin embargo—. Quizá haya llegado el momento de pedirle matrimonio.

—¡No! —exclamó, espantado—. No, claro que no.

La Reina agachó la barbilla para mirarlo con una frialdad sobrecogedora.

A veces, Sonny había pensado que podía escribir columnas tan crueles sin inmutarse porque carecía de sentimientos. Al cabo del tiempo, por fortuna, aprendió a leer más allá de su rigidez y comprender que debajo no había otra cosa que el deseo de proteger a los perjudicados de un mal mayor que ella.

—No pretenderás tomar lo que para una mujer soltera es tan valioso e irte de rositas.

—Nunca he querido que Rebecca acepte mi mano porque no le queda otro remedio —se defendió, indignado porque lo insinuase siquiera—. Ya te conté en su momento que descubrí cuánto significa para mí su bienestar cuando me ofreció su cuerpo en bandeja y me sentí profundamente ofendido. Recuerda la clave de este plan que tomas por absurdo: conseguir que no me vea como un buitre en busca de carroña, y...

—¿Y luego? —lo apremió con la amenaza en la punta de la lengua, por si se le ocurría decir algo impropio—. Porque si no vas a ofrecerle a la señorita Wargrave lo que tanto desea, que es una vida tranquila con un hombre respetable, deberías dejarla en paz.

Sonny desvió la mirada a donde sus antebrazos seguían cruzados.

Movió los dedos que se le habían arrugado por la tensión.

—Sé que la deseo, V. Sé que me dejaría cortar una pierna entera antes de hacerle daño. Pero también sé que no soy... No soy de fiar. Las personas que mejor me conocen me han definido toda la vida como un egoísta y un empedernido amante informal, demasiado irresponsable y distraído para centrarse en una sola mujer. Mi madre, mi padre, Harding... La propia Rebecca —concluyó con un hilo de voz—. Y, aun así, no puedo permitir que se case con Strickland, como ha amenazado con hacer. Antes debo... debo... debo darme la oportunidad de averiguar qué siente por mí, y si sería suficiente para... No sé. No lo sé.

Alzó la cabeza al oír el suspiro con el que la Reina interrumpió su monólogo.

—¿Qué crees que conlleva la certeza de que te dejarías cortar una pierna por alguien, sino que estás enamorado? —le preguntó en tono condescendiente, más exasperada con su inocencia que con aire despectivo—. Haces bien en temer lo que sientes por ella, no me malinterpretes. Amar consiste en aceptar una debilidad, en ponernos en las manos del otro, y eso produce un vértigo sobrecogedor. Pero negarlo, cerrar los ojos al sentimiento, es una auténtica necedad.

—No lo niego y tampoco lo temo. No es Rebecca quien me da miedo, sino yo mismo y la profecía que pesa sobre mis hombros. Ya sabes de dónde vengo, V., tú mejor que nadie —le recordó con las cejas alzadas y una mueca impotente, jugando con el mantel bordado de la mesilla igual que un niño enfurruñado—. Me las gasto igual que mi padre.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Quieres decir que tú también amas intensamente?

—Quiero decir que tengo impulsos egoístas que hacen infelices a mis allegados.

—Tu padre no es santo de mi devoción, y tampoco de mi antecesora, como se encargó de dejar por escrito en las revistillas de entonces —reconoció con un cabeceo, en lo absoluto avergonzada y para nada dispuesta a disculparse en nombre de la anterior columnista. Las reinas se protegían entre ellas con lealtad incondicional—. Si algo has podido aprender del estilo narrativo y la preferencia de tópicos de Sus Chismosas Majestades, es que no toleramos ni a los violentos ni a los infieles; mientras sostengamos una pluma, estos canallas quedarán retratados ante los demás. Pero Robert Kinross no es lo peor que se ha visto —concluyó.

—No lo parecía cuando te ensañabas con él incluso estando ya casado con mi madre.

—Debatimos sobre esto en su día, Sonny. No puedes reprocharme nada. Cumplí mi promesa de no volver a plasmar su nombre en un papel.

—Sí, es cierto. Parece que hayan transcurrido siglos —murmuró, perdido en la rueda del tiempo. Se recuperó esbozando una sonrisa pilluela—. Y pensar que nos hicimos buenos amigos cuando yo te odiaba por haber arruinado mi inocencia, y tú a mí por haber destapado tu secreto.

—Nadie había buscado a la Reina del Chisme con tanto ahínco —señaló ella con una sonrisa ladina, la mirada gacha, fija en la translucidez del té. Aunque lo disimulaba, en el fondo admiraba su tenacidad—, y eso ya es decir.

—Era una cuestión personal.

—Siempre es una cuestión personal cuando se trata de vengarse de una columna explícita, pero supongo que no todos los ofendidos tenían una voluntad capaz de mover montañas... ni contaban con tantos recursos. Los duques pueden ser ricos, pueden contratar detectives si lo desean; sin embargo, a la vista está que las clases altas nunca podrán descifrar el modo en que piensa una mujer humilde. Nunca con la astucia que demostró el hijo de un púgil, al menos.

Sonny se quedó reflexionando con una nostálgica sonrisa en los labios.

Había crecido en el seno de una familia que, más que quererse, se devoraba. Con la mirada, con las manos, con las palabras que se dirigía. Todo lo que sus padres hacían estaba destinado a provocar al otro; afortunadamente, con el legítimo objeto de compartir un final feliz. Sonny se recordaba, siendo muy niño, tratando de entender por qué la atmósfera se tornaba irrespirable cuando se hallaba en la misma habitación que sus padres. A diferencia de lo que le sucedía a su hermana, que se sentía abrumada y acababa esfumándose, arrebolada, él se ponía cómodo bajo la nube densa de su deseo y observaba, embelesado, cómo la caricia de su madre domesticaba a su padre, de normal temperamental, y cómo la seducción de su padre encabritaba a su madre, de una serenidad y dignidad irreprochables.

Por eso se le había venido el mundo encima al leer en la columna de la Reina del Chisme que Robert estaba casado cuando se acostaba con lady Hailey; que la trató como a una vulgar amante durante años pese a ser la hija de un conde, y que solo la muerte de la primera señora Kinross salvó a su madre de quedar reducida a una damita venida a menos, a poco más que una prostituta

con sangre azul.

Cuando confrontó a sus padres al respecto, sacudido por la revelación, estos se esforzaron por ampliar sus miras contándole una historia de una complejidad que se negó a aceptar. Arremetió contra el señor Kinross por injusto y falacioso. También contra su madre, que poca o ninguna culpa tuvo de enamorarse de un rufián.

Sobre todo le ofendió ver reflejadas sus propias correrías en las veladas acusaciones que ella le dirigía: las de ser exactamente como su progenitor.

Pero arremetió contra la Reina del Chisme con más ímpetu que con nadie. Abandonó la universidad de repente, sin dar explicaciones, para dedicarse en cuerpo y alma a buscarla. Movió cielo y tierra, pagó desorbitadas cantidades de dinero a personajes desapacibles con información, se coló en propiedades privadas para abrir cajones y baúles, le puso un cuchillo en el cuello al editor de la revista...

Hasta que por fin la localizó.

La Reina del Chisme con la que se topó, una mujer algo mayor que él con una decencia que ya de lejos recomendaba extremar la precaución, no era la que arruinó la reputación de lady Hailey en su día. Y, por ende, tampoco era la que había manchado los adorables recuerdos de la infancia con asquerosos y pormenorizados relatos sobre la infidelidad de su padre. Pero la trató de embustera y ruin aun así, y desahogó contra ella la rabia que le había poseído hasta convertirlo en un energúmeno insufrible.

Recordaba cómo su ahora amiga V. había atendido a sus violentos reproches con la espalda erguida y el gesto inexpresivo, como si estuviera acostumbrada a lidiar con compradores descontentos o, simple y llanamente, con la furia de los hombres.

Lo único que se le alteró fue uno de los mechones rubios cuando Sonny le arrojó a la cara la colección de columnas de su antecesora.

La Reina jamás se disculpó con él, pero a él no le importó porque entendía que no le correspondía a ella. Siempre le estaría agradecido por el simple hecho de haberle escuchado con los ojos bien abiertos y el oído afinado, y por haberle contestado lo que necesitaba oír:

—Su padre puede haber sido infiel, señor Kinross, pero también ha sido y es otras muchas cosas, la inmensa mayoría positivas y beneficiosas tanto para usted como para su madre.

Sonny nunca olvidaría cómo se derrumbó en el asiento de la salita donde había ido a acusarla de todo género de tropelías. Si echaba la vista atrás, se sentía más inclinado por ser quien le rogara unas disculpas que al revés: el trabajo de escritora no era el único que ostentaba, y había ido a irrumpir maliciosamente, con ninguna otra intención que arruinarle la vida, al noble lugar donde desempeñaba su verdadera vocación.

Suerte que sus empleadores no lo escucharon, ni ese día ni ninguno de los que vinieron.

Ni ninguno de los que vendrían, porque Sonny no desvelaría su secreto ni bajo amenaza.

Era una mujer que se ganaba la vida, no ya entreteniendo a la alta sociedad, sino dándole una dura lección a quien lo merecía. Y era la persona indicada para hacerlo, porque la Reina era de una altura moral incuestionable.

Sonny no podía juzgarla por nada de lo que hiciese. Solo la había hecho una vez con anterioridad, y fue el día que se publicó en la revistilla que Rebecca Wargrave había besado al señor Kinross en una calle del barrio de St James.

—¿Por qué le has hecho eso? —había vociferado con la columna enrollada en una mano. La blandía como un policía su arma—. ¡Le has arruinado la vida! ¡Peor aún: la has obligado a casarse conmigo para salvar su honra! ¡Si ahora me busca y se entrega a mí, será por las razones equivocadas!

—La señorita Wargrave no quería desposar al señor Landon —fue su única justificación. La Reina tenía una habilidad encomiable para calmar los ánimos de quien se atreviera a importunarla. Sonny había llegado hecho un basilisco y se sorprendió bajando los hombros y la guardia en cuanto ella proclamó su verdad con su a veces irritante serenidad—, y yo tampoco deseaba que lo hiciese, así que me limité a contar un suceso para evitarlo. Un suceso no muy halagador, eso no lo voy a negar, pero al menos lo planteé como algo que «me ha llegado», como un mero rumor, y no como un hecho probado.

—¡A nadie le importa si el beso ocurrió o es un cuento entretejido por las malas lenguas! ¡A efectos prácticos trae las mismas consecuencias! ¡Has vinculado su futuro con el mío sin su consentimiento!

—¿Tú crees? —se había limitado a replicar, y lo había acompañado de un vistazo tan aburrido como cargado de significados que aún en el día presente Sonny trataba de descifrar.

Por supuesto, la Reina había tenido razón, porque no tuvieron que casarse para arreglar el despropósito. La importancia de Harding Wargrave en la alta sociedad, redoblada por su reciente matrimonio con Verity Burton, a quien nada ni nadie habría osado retirar el pase de Almack’s, evitó que la señorita Wargrave saliera tan perjudicada como para no volver a poner un pie en los mejores salones. Se decidió de forma unánime que no merecía que se le dirigiera una reverencia debido a su comportamiento impropio, mas la seguirían invitando, aunque fuese en calidad de comidilla para los grupos maliciosos.

Él, que tuvo el oído afinado los días posteriores para captar comentarios malintencionados que mereciesen reprimenda, no oyó que se dijera o solo se insinuase que el señor Kinross debía pedir su mano para reparar una honra que, a fin de cuentas, llevaba unos años perjudicada por el rechazo de Haverford.

«Todo lleva al condenado Haverford», gruñía Sonny cada vez que se acordaba.

Sacudió la cabeza para alejar los comienzos y altibajos de su amistad con ella y se puso de pie

para recalcar su determinación a actuar.

Apoyó las palmas sobre la mesa y esperó a que la Reina lo mirase con una ceja enarcada.

—Después de besarme me dijo que pretende casarse con el señor Strickland.

Ella se envaró, manifestando una clara repulsión.

—Por el amor de Dios. —Puso los ojos en blanco—. ¿No aprendió la lección de que no debe arrojarse a los brazos de cualquiera a raíz del desenlace con Robert Landon? Porque no me temblará el pulso a la hora de escribir lo que sea necesario para que no termine en un matrimonio infeliz.

Sonny sonrió, aliviado.

—Eso mismo pensaba yo. Está claro que no le ha bastado con descubrir que Strickland tuvo un romance apasionado con una bailarina de ballet de los bajos fondos para despreciarlo. Es más; creo que piensa que, como la relación se fue a pique, aún tiene la oportunidad de ser amada.

V. entrecerró los ojos y volvió a llevarse la taza a los labios.

—Entonces llévala al número siete de Fitzroy Street y asegúrate de que permanece asomada a alguna de las ventanas principales hasta que aparezca la bastarda de Strickland —resolvió con una sencillez pasmosa—. Sé que cuando a la honorable señorita Wargrave se le mete algo entre ceja y ceja, en este caso la boda con el empresario, es capaz de pasar por alto auténticos atentados contra la humanidad para ver cumplidos sus objetivos. No creo que le sea indiferente la existencia de una criatura, aun así.

Sonny ni siquiera se inmutó con la noticia de la hija ilegítima. Se había relacionado con suficientes hombres en teoría rectos que luego escondían los peores esqueletos en el armario como para estar curado de espanto.

—Yo no estaría tan seguro. Te sorprenderías con su obstinación, V. —se lamentó con un suspiro—. Creo que, para evitar riesgos, es menester que intercedas tú. Utiliza tus contactos para conseguirle a Cassius la información que lleva siglos desesperado por obtener, o bien tu pluma para escribir una columna lo bastante escandalosa sobre el tema para que ni siquiera Rebecca se digne a dirigirle la palabra.

—No.

Sonny se extrañó al reconocer en su tono la fiera voluntad que solo demostraba en casos extremadamente graves.

—¿No? ¿Por qué no? Quizá no sea un infiel o un violento, pero no irás a negarme que se trate de un tipo muy cuestionable que merece un escarmiento. Siendo un inmigrante al que le sacudió un golpe de suerte, es decir, alguien que no tiene un linaje que salvaguardar y sí medios económicos para sufragar los gastos de una familia, se ha negado a reconocer la criatura que ha engendrado con una dignísima bailarina. No es como si fuese el duque de Sutherland y se

hubiera encamado con una puta sifilítica de St. Giles, en cuyo caso entendería que fuera precavido, pero no es así. Su crueldad no tiene perdón de Dios.

—Tengo entendido que el señor Strickland se encarga de costear el sustento de la niña, o, al menos, lo intenta, por lo que escribir una columna al respecto no serviría para llamarle la atención a un padre ausente para que, aunque fuese por vergüenza, se hiciera cargo de sus necesidades. Sí serviría, en cambio, para situar a la señorita Day y a la criatura en el punto de mira, algo que podría repercutir en las vidas anónimas y por completo desvinculadas de Strickland que llevan por ahora. Por otro lado, sé lo que el galés está ansioso por averiguar, y poniéndolo en su conocimiento estaría firmando la sentencia de muerte de alguien muy querido para mí. En conclusión, no voy a destruir la paz de nadie para que tú no tengas que mover un dedo o siquiera abrir la boca para convencer a Rebecca Wargrave de que eres mejor partido que Strickland.

Sonny procuró moderar su sorpresa, entre otras cosas porque habría hablado muy mal de su inteligencia demostrar que no había atado cabos hasta ese momento.

Claro que la Reina del Chisme no quería perjudicar a los inocentes allegados de Strickland. La prueba estaba en que, aun conociendo datos lo bastante sensibles sobre él como para propiciar el escándalo de la temporada, se hubiese negado a escribir un solo renglón al respecto.

No solo eso, sino que no lo había mencionado, ni a él ni a su club, en ninguna ocasión. Era como si, en el mundillo de sus columnas, Cassius Strickland no existiera, lo que sin duda había contribuido a la fama de que el tipo era un misterio andante.

Lo era, sí..., pero con la aquiescencia de la Reina.

¿Sabría él que lo único que lo salvaba de la ruina era un rostro anónimo?

—¿Qué hago, entonces? —murmuró Sonny con las manos en la cabeza—. ¿Cómo convenzo a Rebecca de que no se case con él y me dé una oportunidad, si no es llevándola a Fitzroy Street?

V. esbozó una de las escasas sonrisas de su repertorio: aquella con la que apenas estiraba las comisuras de los labios hacia arriba, formando una especie de mueca incrédula.

—¿Has probado a enviarle flores e invitarla a dar un paseo por el parque?

—¿Qué? No he oído nada más estúpido en todos los días de mi vida.

—Me puedo imaginar que encuentras soporífera la idiosincrasia del cortejo formal —suspiró ella, cambiando de postura en el sitio—, pero le ha servido a todos aquellos que están casados hoy. Y ni siquiera la señorita Wargrave, con su cabezonería y ese orgullo que no le cabe en el cuerpo, es inmune a las demostraciones de afecto de un hombre que trata de impresionarla.

—Rebecca no se dejaría impresionar por mí.

—Seguro que no tengo que decirte cómo es su carácter, pero te recuerdo que la señorita Wargrave tiene un corazón sensible y para colmo magullado por los sucesivos rechazos...

empeorados por la mala fe con la que se habla a sí misma, todo hay que decirlo —cabeceó ella, resignada a no poder hacer nada al respecto—. Basta con que la hagan sentir querida para que se derrita.

—No quiero que se derrita porque la haga sentir querida; eso de las flores y los halagos es algo que cualquiera puede hacer por ella. Quiero que se derrita porque soy yo. Quiero que se derrita por mí.

La Reina suspiró.

—No la llamemos ni idiota, ni fácil, ni desesperada, ¿quieres? Pongo la mano en el fuego por que no se derritió ni por Landon, ni por el marqués de Tremaine, ni tampoco lo hace por Strickland. Se derritió por ti, créeme..., pero porque la hiciste sentir querida. Lo que no comprendo es que te atrevas a esperar, incluso a exigir que se conmueva cuando la humillas.

—Yo no he hecho eso jamás —protestó.

—Recuerda que la Reina tiene ojos en todos lados, Sonny... —achicó los párpados— y que no se cayó de un guindo.

Él se resignó a suspirar, aceptando su parte de culpa.

—Debía destacarme de algún modo en su universo, V.

—Y decidiste hacerlo a través del menosprecio. Para sorpresa de nadie, esta táctica no te funcionó. ¿Qué te parece si probamos una distinta?

Sonny se metió las manos en los bolsillos y encogió los hombros, como si de pronto le hubiera entrado frío. Buscó la mirada firme de Su Majestad, a la que tanto el seudónimo como el tratamiento le venía que ni pintado. Quién sabía cuánto tiempo llevaba allí sentada, y aún no se le había doblado la espalda ni se habían visto mermadas sus capacidades deductivas.

—Sonny, ¿no crees que el hecho de ansiar hacerte notar ante ella, de haberla perseguido durante tantos años, es el mayor indicador de que la amas? No solo que la amas, sino que estás preparado para comprometerte con sus necesidades. Proclamas que cometerás un error similar al de tu padre porque tienes la sangre caliente, pero olvidas tres detalles importantes. Cruciales, diría yo. El primero es que tú puedes albergar remordimientos, piensas antes de actuar, eres crítico contigo mismo. El señor Kinross no se plantearía haberse equivocado ni si ante él se irguiese una casa ardiendo. El segundo es que tu padre, infiel y arrogante como puede ser, no ha tenido ojos para nadie distinto de tu madre en casi treinta años. Estamos ante el único hombre que eligió bien a la mujer con la que engañar a su esposa, y si de veras has heredado esto de él, el buen ojo y la lealtad a sus pasiones, no veo cuál sería el problema. Y el tercero, Sonny —suspiró — es que no me has hablado de ninguna otra joven desde que te conozco.

»Desde que me siento hasta que me levanto, es Rebecca, Rebecca, Rebecca. Desde que entras en una habitación hasta que te marchas, tus ojos buscan a Rebecca, las puntas de tus zapatos

apuntan a Rebecca, tu sonrisa aflora cuando oyes la voz de Rebecca. Desde que urdiste con Strickland esa estupidez de plan y te has acercado a Rebecca, has desatendido a tus amantes e incluso despreciado a lady Jersey... algo que, por cierto, no te recomiendo, porque la dama es vengativa. ¿Qué otra prueba de lealtad te exiges para entender que tu amor no solo es sincero, sino entregado, y que el cuerpo caliente de una mujer no bastará para quebrar tu vínculo con ella? Ninguna —se respondió ella misma, y entonces le dirigió una levísima sonrisa comprensiva —, pero esto tú lo llevas cargando a sabiendas largo tiempo, ¿verdad? Porque no eres idiota, y porque tú mejor que nadie sabes quién te roba el sueño y en quién piensas nada más abres los ojos.

Sonny tenía las manos aún apoyadas sobre la mesa, como un estratega a punto de señalar los puntos susceptibles de invasión en un mapa. Agachó la cabeza en señal de rendición y se le escapó a él también una triste sonrisa de aceptación. Porque sí, lo aceptaba. No que se hubiera engañado a sí mismo, sino la debilidad de no haber podido o no haber querido admitir sus sentimientos.

—Lleva toda la vida rechazándome, V. —murmuró con la mirada perdida en el borde de la mesa, lejos de los ojos compasivos que tanto necesitaba de su parte—. Toda la vida acusándome de pobre infeliz, de canalla sin escrúpulos, de diablo consumido por la lujuria. Era más fácil digerir su odio si me decía que no la quería y que, aun si la quisiera, la haría profundamente desgraciada. Pero ella... —Alzó la barbilla y clavó en la Reina una mirada tan sencilla que, así de desprovisto de ambiciones y retorcimientos, no pareció Sonny Kinross—. Ella ha sido el sueño de mi vida desde que la vi. Y creo que me la merezco. Todo lo que he hecho ha sido porque me la quiero merecer.

—Y, sin embargo, no has hecho lo que te habría valido su afecto desde el principio: disculparte, cortejarla, decirle lo que me estás diciendo a mí. Trata de arreglarlo, Sonny. Por tus medios —especificó en tono de advertencia—. Sin involucrar nada ni a nadie más aparte de tu encanto personal y tus recursos.

—¿No puedo involucrarte a ti ni una pizca? —replicó con una sonrisita suplicante. Unió las manos en un rezo y batió las pestañas—. Resulta que Rebecca te adora. Creo que una buena manera de llegar a su corazón sería regalándole algo relacionado con su ídolo.

V. meneó la cabeza con exasperación.

—Se debería estudiar por qué la Reina del Chisme obsesiona tanto a las mujeres con una reputación endemoniada. He escrito sobre ella más de una y más de dos veces. Debería odiarme.

—A mí también debería odiarme, pero parece que se le está pasando —canturreó Sonny, de buen humor ahora que había renovado sus esperanzas—. Al final, que no sea tan rencorosa como le gustaría va a jugar en nuestro favor por una vez.

Capítulo 17

Sonny regresó a casa con los ánimos renovados.

Había hecho todo el viaje a pie con las manos en los bolsillos de la fina gabardina, que le había protegido de la suave llovizna, y canturreando la melodía que la cocinera le había contagiado. Porque por más que hubiese luchado por su derecho a independizarse de la vivienda familiar, Sonny echaba de menos muy a menudo el calor humano de la compañía, y acababa bajando las escaleras al sótano para charlar con la señora Sanderson en tanto que preparaba uno de sus deliciosos manjares. Esta nunca lo decepcionaba una vez arrancaba a hablar sobre las insufribles manías de su marido o las cuitas sentimentales de una hija rebelde de quince años.

Entró en la casa con su propia llave —no le había cogido el gusto aún a molestar al mayordomo con una tarea que podía completar él—, tarareando todavía por lo bajini. Se alegró de que le recibiera el olor de las petunias que el ama de llaves había colocado en el jarrón del hall. Con mucho gusto se habría acercado a olerlas, feliz en su recién estrenado papel de hombre enamorado y preparado para hacer algo al respecto, pero una violenta intrusa lo inmovilizó arrojándose sobre él sin previo aviso o compasión alguna.

—¡SONNYYYYYYYYYYY! —aulló una voz aguda.

Forzadamente aguda, cabía decir.

Poniendo los ojos en blanco con fingida exasperación, Sonny se dejó avasallar hasta el punto de perder el equilibrio y acabar tirado de cualquier manera sobre la moqueta del recibidor. Encima de él, una jovencita se apartaba los revueltos cabellos negros de la cara para que no perdiera detalle de su flamante sonrisa.

—Un día de estos vas a romperme la crisma, Sab —se quejó Sonny, frotándose la cabeza.

Sin embargo, no podía disimular cuánto se alegraba de ver a su hermana pequeña. Sonreía como un idiota, en el fondo feliz de que ni dos años interna en la mejor escuela de modales del reino hubieran domesticado sus impulsos salvajes.

—¡Encima que te demuestro que te quiero! ¡Desagradecido!

—Podrías demostrarlo como una persona normal. Ahora levantas algo más de un palmo del suelo, ¿sabes? Si te lanzas sobre mí, puedes matarme. ¿Es que tus maestras no te han enseñado todavía a saludar a los caballeros como Dios manda, y esto es, sin atentar contra su vida? Diría que esa es la primera lección...

—Todavía tengo quince años —se regocijó mientras se incorporaba alisando las arrugas de la falda color melocotón. Como siempre, la llevaba arrugada, el precio a pagar por revolcarse aquí

y allá sin pensar en las consecuencias—. Puedo comportarme como una energúmena un poco más antes de interiorizar ninguna ley decorosa, ¿no crees? ¡Hasta los dieciocho como mínimo!

Sonny soltó una carcajada, encantado con el sentido del humor de su hermana. No tardó en manifestársele el impulso de amor destructivo que le incitaba a estrecharla entre sus brazos hasta cortarle la respiración.

Sabrina se quejó, como era habitual cuando no era ella la que iniciaba los acercamientos.

—¿Qué haces aquí, renacuaja? —preguntó con los labios pegados a su pelo—. No me digas que te has vuelto a escapar de la escuela porque te aburrías.

Ella lo miró desde abajo con esos ojos tan especiales; los únicos que podían dejar en un segundo plano la rara tonalidad rojiza de los de Sonny. Los de Sabrina, aparte de ser más dulces, grandes en lugar de rasgados, eran de un ámbar meloso tan intenso que parecía permanentemente a punto de llorar.

—Algo así. Pasado mañana es el cumple de papá y quería venir antes a la capital para comprarle un regalo. Me gustaría que me acompañaras a Bond Street para ojear unos relojes de bolsillo, que es lo que a priori se me ha ocurrido. Aunque, quizá, lo más apropiado sea unas botas nuevas para montar a caballo... Tú lo sabrás mejor que yo, porque, como podrás imaginarte, necesitaré que me prestes de tu bolsillo el monto que corresponda...

Conforme se adentraba en una argumentación que se excedía en los detalles, Sonny iba comprendiendo lo que le estaba diciendo entre líneas: que no estaban solos. Solo eso justificaba que no hablara con la voz con la que había nacido, de una tonalidad bastante más grave, casi como la de un hombre.

Se calló en cuanto él asintió con la cabeza dando a entender que lo había captado.

No tuvo que preguntar quién había seguido el ejemplo de Sabrina colándose en su casa aprovechando que no estaba. Nada más alzar la cabeza hacia el pasillo, reconoció la silueta femenina que se había asomado bajo el umbral de la salita principal. Rebecca observaba a los hermanos con las manos ocultas a la espalda y una expresión difícil de interpretar.

El pulso se le disparó de un modo incomprensible, casi como si la hubiera encontrado desnuda y preparada para recibirle entre las sábanas deshechas.

—Vaya —fue lo único que atinó a decir—. ¿A qué debo el honor de su visita, señorita?

Sabrina se apartó de Sonny y corrió hacia la invitada dando saltitos entusiastas. La cogió de la mano sin que Rebecca pudiera preverlo y desde allí le lanzó una sonrisa beatífica a su hermano.

—Resulta que la señorita Wargrave retuvo la información que le diste acerca de la Reina del Chisme, en especial el detalle de que los miércoles os reunís en esta casa para tomar el té. Me ha costado sonsacárselo, pero parece ser que se ha presentado aquí con la esperanza de toparse con Su Chismosísima Majestad en su camino hacia la salida. Aunque ella no te lo dirá, apuesto a que se siente decepcionada e incluso engañada porque no se haya celebrado el encuentro.

Decepcionado y engañado podría haberse sentido Sonny al conocer las razones de Rebecca para prestarle la primera visita voluntaria en seis años. Pero estaba tan feliz de tenerla allí que esbozó una sonrisa de oreja a oreja; sonrisa que solo se ensanchó cuando vio que ella se ruborizaba de vergüenza, como la niña pillada en plena travesura que era.

—Pues precisamente acabo de regresar de mi cita con la Reina, que, por razones de comodidad, y solo por una vez, decidimos trasladar de mi casa al club. Qué desafortunada coincidencia —fingió lamentarse, y arrancó a andar hacia el salón con la tranquilidad de estar bajo su techo—. En cualquier otra ocasión habría conseguido usted toparse con su ídolo, señorita Wargrave.

Rebecca se rascó el brazo con timidez. Igual que él se sentía cómodo en el terreno familiar de su residencia, ella debía de encontrarse fuera de lugar, a merced de los deseos del anfitrión.

«Que lo hubiera pensado antes».

—Supongo que tenía que devolverle usted sus prendas —murmuró.

—¿Sus prendas? —repitió Sabrina, alternando una mirada curiosa entre Rebecca y él—. Sé que mi hermano mantiene una relación cercana con la Reina, y que gracias a esto tengo la tranquilidad de que nunca se teorizará malintencionadamente sobre mis andanzas, pero no tenía ni idea de que os prestabais la ropa.

Sonny soltó una carcajada.

—Créeme, niña... —le puso una mano cariñosa sobre la coronilla y se la palmeó—, ni te interesa ni te conviene conocer las particularidades de lo que la señorita Wargrave y yo nos trajimos entre manos. ¿O nos traemos? —le preguntó a Rebecca—. ¿Iba a aprovechar la visita para matar dos pájaros de un tiro? ¿Conocer a la Reina y seguir tramando conmigo?

Ella sacudió la cabeza enseguida.

Se había arreglado a conciencia para deslumbrar a la escritora en el caso de encontrársela: sabía que el tono que más la favorecía era el verde, y Sonny había descubierto que su vestido predilecto era aquel, el de raso con escote que enseñaba los hombros.

Esta vez había optado por recogerse el pelo en un rodete tirante que le despejaba el rostro.

—No, no —se apresuró a responder—. De hecho, iba a marcharme en cuanto la señorita Kinross ha aparecido para no molestar durante su reencuentro con su hermano mayor.

—Yo le he dicho que no molesta en absoluto —interrumpió Sabrina, todavía aferrada al brazo de Rebecca. Imprimiendo más fuerza de la cuenta, por cierto— y, además, la he convencido de sentarse a jugar una partida de cartas conmigo. Estábamos enfrascadas en la primera mano y en una conversación la mar de interesante cuando has llegado.

—¿Me estás invitando a marcharme de mi propia casa? —se burló Sonny, y le pellizcó la mejilla sin poder resistirse.

Sabrina lanzó un gritito y luego se rio.

—¡No! ¡Únete a nosotros! Quedan un par de horas para que se sirva el almuerzo, y la señorita Wargrave me ha dicho que no la esperan en ninguna otra parte hasta entonces. ¿Verdad?

Sabrina se refirió directamente a la inmóvil Rebecca, quien no sabía cómo zafarse de la joven sin herir sus sentimientos. Era tan obvio que no quería estar allí como que su hermana pequeña se había propuesto, Dios sabía por qué, retenerla a toda costa.

Sonny podría haberse apiadado de la señorita Wargrave mintiendo acerca de unos recados pendientes o una visita que le permitiría retirarse sin desairarlos. En su lugar, decidió aprovechar el regalo de la providencia y comprometerse a hacerla disfrutar de una velada completamente inofensiva.

Se la quedó mirando con las cejas alzadas, ejerciendo presión, hasta que a Rebecca no le quedó otro remedio que ceder con una débil sonrisa.

—Verdad —confirmó—. Además... Dejar una partida a medias no es mi estilo.

—¡Hurra!

Sabrina la apremió a entrar en el salón con unos empellones que viniendo de otra persona menos encantadora habrían sido el colmo de la mala educación. Para asombro de Sonny, Rebecca obedeció y recuperó su asiento en la mesa reservada para el ajedrez, las damas y las cartas.

No quiso interpretarlo como una victoria: la muchacha solo era manipulable cuando estaba conmocionada, y, esta vez, lo que la había conmocionado había sido la insistencia de Sabrina.

Retuvo a su hermana por el codo cuando quiso reunirse con Rebecca y le dijo en voz baja:

—Sabrina Rose Kinross, ¿qué es lo que te propones secuestrando a la señorita Wargrave en mi salón?

Ella lo miró a través de las pestañas con inocencia forzada.

—Lo mismo que te propones tú al no oponerte a que la recluya en contra de su voluntad: que, juntos, disfrutéis de un rato agradable.

—¿Y a qué se debe el tejemaneje maestro? ¿Quieres estrenar cuñada... o estás aburrida?

—Anoche presté una visita a nuestros padres y papá me contó en confidencia que cierta joven te tenía sorbido el seso. —Se encogió de hombros con una naturalidad que solo podía inspirar simpatía—. Digamos que me he levantado colaborativa.

—Eres magnánima. Y tu padre, un bocazas —apostilló sin rencor.

En el fondo le divirtió imaginarse la escena. Era como si los estuviese viendo: las cabezas morenas de Robert y Sabrina orientadas la una a la otra en un rincón de la sala principal, contándose batallitas, metiendo cizaña a los rumores más escandalosos y, por último, tramando estrategias entre cuchicheos.

En un sillón al margen habría estado su madre, fingiendo que tejía cuando en el fondo ponía la oreja con la discreción por la que era conocida. Lady Hailey habría escondido sus sonrisas

maliciosas dándoles la espalda, y todo para nada, porque su marido le habría lanzado miradas de falso juicio y verdadero regocijo cada vez que Sabrina hubiera hecho un comentario con madera para divertirla.

—¿Por qué no jugamos mejor al dominó? —propuso su hermana en cuanto se pudo librar de él. Entró en el salón como una tromba, proyectando la voz como si quisiera invitar a los vecinos a la partida—. ¿Qué prefiere usted, señorita Wargrave?

—Lo que sea que se le dé mejor para ganar sin esfuerzo —completó Sonny, arrastrando una silla libre hacia la mesa—. Es decir: el *whist* o el *backgammon*.

Rebecca reaccionó a la provocación como cabía esperar, retándolo con los ojos entornados.

—El dominó está bien. No lo controlo tanto, eso es cierto, pero puedo ganar igual.

En son de paz, Sonny alzó las manos con las palmas apuntando hacia ella. Se sentó con el pecho pegado al respaldo, una informalidad que Rebecca observó con más curiosidad que juicio, y alargó las manos hacia el bloque de fichas para repartirlas.

—No vayas a hacer trampas —le ordenó Sabrina, apuntándolo con el dedo—. Que nos conocemos.

—¿Perdona? La fullera de la familia eres tú, ¿o te tengo que recordar que, con tal de quedarte sin cartas en la última partida navideña, estuviste con un nueve de bastos apretado en la manga durante las ocho horas que duró la velada?

—Eso es mentira —le dijo ella a Rebecca con un descaro pasmoso—. Lo dice para que ahora te fijes solo en mí y así ser él quien gane mediante estafa.

—¡Mentira, dice! —fingió indignarse Sonny—. ¡Si cada vez que jugamos a algo en familia, cambias las reglas a tu conveniencia!

—Yo propongo pequeñas modificaciones y vosotros las aceptáis. ¿Quién es el culpable, entonces? —contraatacó, disponiendo sus piezas de dominó ante sí con la espalda muy recta.

—Las aceptamos porque, si no, te marchas a tu dormitorio. Sin cenar. Y no nos diriges la palabra en una semana. —Se dirigió a la silenciosa Rebecca, que los escuchaba con los ojos muy abiertos, y señaló a su hermana con el pulgar—. Es una sinvergüenza como no conocerá usted a otra, señorita Wargrave. No le crea ni media palabra. Si uno le tiende la mano a esta canalla, ella agarra del codo, del hombro, ¡y hasta del último pelo de la cabeza!

—Entonces ya es algo que tienen ustedes en común —comentó Rebecca sin juicio, solo por el gusto de unirse a la dinámica de reproches inofensivos.

Recalcó que no pretendía provocarlo dirigiéndole una leve sonrisa que él atesoró para sus adentros y no dudó en corresponder.

—La sangre de nuestro padre se impuso a la fuerza —suspiró Sonny.

—Si llego a saber que se me denosta en mi ausencia, me habría ahorrado la obligación de la descendencia —se quejó el rey de Roma.

El dueño de la casa se giró hacia la puerta, y cerca estuvo de romper a reír al ver que su padre se abría paso con la chaqueta apoyada en el brazo y toda la intención de unirse a la fiesta. Nadie le impidió que dejara la prenda en el primer sillón que se cruzó y tomase asiento al lado de la señorita Wargrave después de saludarla con un beso en la mano.

A su hija le lanzó un guiño cómplice, y a Sonny le regaló una sonrisa que solo entendieron ellos dos.

—¿Con cuánto has sobornado al mayordomo esta vez para que no anuncie tu llegada?

—Con un total de cero libras. ¿No te has dado cuenta de que el servicio de tu casa no trabaja, hijo mío? Me han abierto la puerta de puro milagro.

—¿Y para qué has venido? ¿Porque te has enterado de que íbamos a jugar al dominó... o solo porque quieres molestar? —se mofó él.

—Quiero molestar —respondió su padre con desahogo. Cogió sin permiso el número de fichas de la primera partida—. Y también comprobar que andabas mejor de ánimos, que me dejaste preocupado tras nuestro encuentro en el club. Tendré la gentileza de no contar lo que te torturaba delante de la señorita Wargrave; aquí todos hemos de estar a la altura de nuestras reputaciones.

Rebecca se había quedado rígida en un primer momento, angustiada por si Robert exigía conocer la razón de que estuviera allí, en casa de Sonny, sin carabina y sin vergüenza. No tardaría en comprender que juzgar no era el estilo del patriarca, y se lo agradeció en secreto a los dioses relajando los hombros.

La partida apenas comenzaba cuando Robert sacó de un bolsillo una cajetilla de habanos.

—¿Un puro? —le ofreció a su hijo. En cuanto Sonny sacudió la cabeza, se giró hacia Sabrina y repitió con la misma inflexión—: ¿Un puro?

Ella se encogió de hombros y lo aceptó.

—Vale.

—¿Y usted? —invitó a la perpleja Rebecca.

—¿Yo? Eh... eh... No, gracias. No... fumo.

—Mejor para usted. Deja un olor a rayos y centellas. Mi esposa lo detesta —se lamentó con un cabeceo resignado. Prendió el borde del puro de Sabrina con una cerilla, luego el suyo, y, como coordinados, dieron a la vez una calada pausada—, por eso solo puedo fumar cuando ella no está delante.

Rebecca le sonrió. Robert debía de estar pareciéndole excéntrico, y eso como poco.

—Que respete los límites de su esposa para no disgustarla es un gesto caballeroso que le honra, señor Kinross.

—Oh, le puedo asegurar que la disgusto, la disgusto muy a menudo; más de lo que a ella le gustaría... —le guiñó un ojo que la ruborizó—, pero hay que saber cómo hacerlo y con qué.

Acto seguido, Robert compuso el ceño fruncido que auguraba una victoria dudosa y se concentró en la partida.

Aun participando en la caótica conversación que proponía Sabrina y procurando hacer lo posible para ganar, a Sonny le sobraba el tiempo para lanzarle miradas furtivas a Rebecca.

Necesitaba asegurarse en todo momento de que se divertía.

Sin embargo, no habría sabido decir a ciencia cierta si lo estaba consiguiendo. Lo que saltaba a la vista era que tenía la cabeza en cualquier cosa excepto en las fichas de dominó. Estaba más pendiente de los comentarios procaces de Robert, que no coartaba su vocabulario lenguaraz ni en presencia de la dama, ni mucho menos de la de sus hijos; del modo en que Sabrina provocaba a su hermano mayor para desestabilizarlo y que así cometiera un error.

Inevitablemente, las distracciones a las que no fue inmune terminaron desembocando en su estrepitoso fracaso, porque, por supuesto, Rebecca no atinó a colocar todas sus piezas.

—Menos mal que es usted de una belleza única, señorita Wargrave —comentó Robert con sorna—, porque con el dominó no se iba a ganar la vida.

—Ni tú habrías prosperado si hubieras dependido de las galanterías que diriges a las mujeres —le reprochó Sonny, meneando la cabeza. En un movimiento que no se detuvo a pensar, le palmeó el dorso de la mano a la inmóvil Rebecca, captando así parte de su atención dividida—. No le hagas caso a este viejo bravucón.

—No me lo he tomado a pecho —le aseguró ella en voz baja.

Tanto en su respuesta como en la mirada que le dirigió, Sonny creyó ver un guiño a la conversación que habían mantenido en el camerino del teatro. Le pareció comprender entonces qué era lo que la tenía, si no incómoda, al menos cortada: la última vez que se habían visto habían compartido un beso tórrido, y, sin antes haberlo hablado para normalizar la situación, se veía de golpe y porrazo lidiando con su familia, como si ahora fuera su prometida.

—¿Has hecho trampas? —le preguntó Robert a su hija, que se había alzado ganadora.

—¿Yo?

Su hermana batió las pestañas con una coquetería aprendida de solo Dios sabía quién. No de su madre, eso por descontado. Lady Hailey podía ser bella como un amanecer en la playa, pero también tan elegante en sus maneras y delicada al proceder como cabía esperar en la hija de un conde.

Sabrina tenía su propio encanto.

—Sí, tú, pequeña camorrista —se quejó Robert.

—Puede que sí... o puede que no —confesó con una sonrisa adorable—. ¿No es acaso imposible hacer trampas al dominó? Ni que esto fueran las cartas. Sea como sea, nunca lo sabrás, y si no lo has atestiguado, entonces poco importa lo que diga; ¡lo que no se ha visto, no existe!

—Serás... —masculló su padre en tono amenazador. Soltó las dos piezas que le habían

quedado sobrando en las manos y atacó a la muchacha con unas cosquillas que la doblaron sobre sí misma. Sabrina rompió a reír y trató de huir de él levantándose de la mesa, pero Robert fue igual de rápido, si no más, y la alcanzó—. ¡Pagarás por tus crímenes, insensata!

—¡Sonny! —aullaba ella entre carcajadas—. ¡Sálvame!

—¡De eso nada! —intervino el aludido—. ¡A ver si así aprendes la lección!

—Disculpadme —oyó que murmuraba Rebecca. Sonny fue a mirarla con extrañeza, pero ella ya se había levantado con la cabeza gacha. La sombra que la postura proyectaba en su rostro no impidió que apreciara su sonrisa temblorosa.

Ceñudo, la vio abandonar el salón con precipitación. Fue el único que se percató, distraídos como estaban padre e hija con el combate improvisado.

Convencido de que no los perseguirían para exigir explicaciones con su total y absoluta falta de prudencia, Sonny salió en pos de la joven.

No esperó encontrársela nada más cruzar el umbral. Rebecca apenas había avanzado unos pasos hacia el fondo del pasillo. Estaba de espaldas a él con los hombros encorvados hacia delante.

Inquieto, Sonny le puso una mano en la nuca desnuda y se la acarició con suavidad.

—¿Qué tienes? —preguntó en voz baja.

Ya fuera porque se habían acercado más en las últimas semanas o porque la esperanza le convencía de no ser pesimista, Sonny estuvo seguro de que ella no le ladraría la respuesta; de que no la enfurecería lo que antes habría entendido como un entrometimiento simple y llano.

Y acertó. Rebecca se dio la vuelta, aún con la vista apuntando al suelo, y lo dejó de una sola pieza al hacerlo cómplice de su tristeza. Tenía los ojos anegados en lágrimas y las mejillas empapadas: debía de haberlas estado conteniendo hasta pedir permiso para retirarse, o no entendería cómo había llegado a tan crítico estado en cuestión de un minuto.

—¿Becks? —murmuró él, preocupado. Le pasó un brazo por los hombros, vacilante, y al ver que ella daba un paso adelante para dejarse consolar, le rodeó la cintura con el otro—. ¿Qué ha pasado? ¿Es que habías venido a verme por otra razón...? ¿Está todo bien?

Rebecca solo atinó a sacudir la cabeza antes de apoyar la frente en su pecho. Allí se refugió, con los brazos apretados contra el torso, sin poder frenar la riada de sollozos. Sonny consultó con una mirada rápida que no había criados o familiares en la costa y, sin soltarla, la condujo muy despacio a una salita más modesta con el objeto de darle intimidad.

Cerró la puerta tras ellos.

—Me estás asustando —musitó cuando pensó que había transcurrido demasiado tiempo. La separó de él sujetándola por los hombros e intentó secarle las lágrimas—. Dime algo, te lo ruego. Becks...

—No... puedo.

—Deja de llorar, vamos.

—Yo...

—Deja de llorar.

—Sonny...

—Deja de llorar —insistió en tono inclemente—. Ya.

El truco de ordenar en tono imperativo copiado de su padre nunca le había fallado, y esa no fue la excepción. Rebecca se lo quedó mirando con los ojos inundados, a caballo entre el pasmo por su raro método de consuelo y la extraña diversión, y apenas sorbió por la nariz una última vez: al cabo de unos segundos, había parado de llorar.

—Siempre haces eso —señaló ella con una mezcla de resentimiento y admiración. No podía forzar la voz, que sonaba entrecortada—. Insistes hasta que consigues lo que quieres, más porque nos dejas perplejos con tu actitud que porque seas el mejor hombro en el que llorar.

—No quiero ser el hombro en el que lloras porque no quiero que llores. ¿Qué te pasa?

Rebecca apretó los labios y se obligó a recuperar la compostura antes de enfrentarlo con la cara congestionada.

—Tienes... tienes una familia preciosa.

—Gracias —respondió, en un principio desorientado.

No tardaría en comprender el porqué de su arrebato emocional.

Hacía años que Rebecca no veía a su padre, y no porque ella hubiese perdido el interés. Tras la boda del barón con su segunda esposa, la relación con los hijos de la primera se había enfriado hasta el punto de que Harding había roto el vínculo con él. Rebecca había sido, como en otras situaciones no menos trágicas, la víctima indirecta de esta decisión. Ella intentó cultivar el afecto de su padre los años siguientes, desesperada por el calor del único pariente vivo; por salvar la memoria de su madre y seguir conociéndola a través de quien más tiempo disfrutó de ella. Pero después del nacimiento de la segunda tanda de herederos a la baronía, esos hermanastros que ni Rebecca ni mucho menos Harding habían mencionado jamás, la situación familiar se tornó insostenible y ni ella, que de vez en cuando sacrificaba su orgullo por amor, encontró en su corazón el perdón o el cariño suficientes para continuar intentándolo.

Debía haber visto en Robert y en Sabrina la mecánica de la relación que siempre había soñado con tener con su padre.

Sonny apretó la mandíbula para contener una maldición que no haría bien a ninguno de los dos. Esta vez fue él quien tuvo la iniciativa de abrazarla con fuerza.

—¿Ves por qué he de casarme con el señor Strickland? —oyó que decía ella con un hilo de voz—. Yo quiero una familia. Quiero una familia como esta, como la tuya... o solo la mitad de especial y sincera en sus afectos. No solo la quiero, sino que la necesito, porque de la mía no queda nada, ¿entiendes? —Lo miró a la cara con los ojos más verdes del mundo—. Yo... yo ya

no tengo madre. Tampoco tengo padre; nunca lo tuve, si entendemos a los padres amorosos como amoroso es el tuyo con sus hijos. Mi hermano eligió a alguien que no era yo. Los dos hombres de mi casa priorizaron a la segunda opción, a la segunda familia, ¿entiendes? —insistió a la desesperada—. Por eso necesito la mía propia. Esa para la que yo sería la primera, la única, la más importante. ¿Entiendes? —repitió una tercera vez.

A Sonny le costó tragar saliva.

—¿Por qué suena como si quisieras convencerme? El tuyo es un deseo muy legítimo.

—Lo sé, pero... —agachó la barbilla— mi comportamiento no ha sido tan legítimo, ni se ha correspondido con mis objetivos vitales. Me refiero al que he tenido a tu alrededor en los últimos encuentros. He sido... imprudente, egoísta al complacer mis deseos momentáneos e hipócrita, porque he subrayado tu falta de honradez cuando era yo la que permitía que te propasaras y hasta participaba activamente en el... En eso. —Se mordió el labio interior—. Siento que tengo que disculparme contigo por haber aceptado tus besos para luego decidir que me casaré con otro. No cuento con haber herido tus sentimientos, pero de seguro habrá afectado a su orgullo, y sé lo importante que eso es para...

—¿Vas a casarte con Strickland? —la interrumpió él.

Se había dado enseguida por aplacado con sus disculpas. No era una venia que Rebecca concediera a la ligera, y le llenaba de esperanza que se sintiera culpable por haberlo usado cuando nada más lejos de la realidad.

No lo había usado, aunque ella lo pensara así. En su historia, Sonny era lo que Rebecca quería, y, Strickland, la opción adecuada.

Se enorgullecía de ser el personaje verdaderamente relevante, el que podía cambiar el curso de las cosas.

—Eso pretendo —reconoció ella, sin embargo.

Sonny se obligó a inspirar hondo para no prorrumpir en condenaciones.

—¿No te parece ingenuo pensar que podrás formar la familia que tanto anhelas con un hombre al que no amas? El marido es la primera piedra, Rebecca. Si te equivocas al ponerla, los cimientos se pudrirán y la casa se te vendrá encima.

—No le amo, pero sí le aprecio —se defendió, ceñuda.

—¿Y a Harding? ¿Lo amas o lo aprecias?

Ella pestañeó rápidamente.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una que viene al pelo. Quieres una familia feliz y, en vez de tratar de limar asperezas con la que ya tienes, con la que te recuerdo que convives y la que hasta aquel fatídico día lo significó todo para ti, estás dispuesta a condenarte a un matrimonio infeliz con un hombre al que no conoces.

Rebecca arrugó el ceño, de pronto sintiéndose traicionada. Intentó deshacerse de su agarre. Sonny lo impidió sujetándola con firmeza y la mantuvo pegada a su pecho.

Ella ya estaba abriendo la boca para protestar cuando él acunó su rostro entre las manos.

—Ni se te ocurra decirme que no te entiendo —le dijo en tono de advertencia—, que estoy de parte de tu hermano, que te manipulo para que se cumpla el plan secreto de dominación Wargrave que emprendió Verity con la complicidad de todos; que soy un insensible y que no me importan tus sentimientos, porque nada más lejos de la realidad. Entiendo que los dos te hicieron daño, que a Verity no se lo vas a perdonar menos solo porque no depositaras expectativas en ella, y opino que tu hermano fue un hijo de puta miserable. Yo sé lo que es desear tanto a alguien que no quieres pasar ni cinco minutos de tu vida lejos de su abrazo —reconoció con ternura—, así que no puedo jurarte que, en su lugar, hubiera renunciado a Verity en tu nombre. Pero habría actuado de otra manera, eso sí te lo puedo prometer.

Rebecca tuvo que parpadear muy deprisa para reprimir otro acceso de llanto.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Quiero ir a parar a que todos somos unos hijos de puta miserables de vez en cuando. Mi padre se ha levantado hoy encantador, es un tipo divertido y admirable en los negocios, pero también ha sido un esposo lamentable y me ha dirigido oprobios que no querrías que repitiera en voz alta, y esto por simplemente estar en desacuerdo con él. Y mi hermana es una ricura, ya la has visto, pero no hay día que no se aproveche de que me tiene en la palma de su mano para que se cumpla su voluntad. Es egocéntrica, ahí donde la ves, y todo es para ella un juego. Quiero ir a parar, pues —repitió—, a que Harding hizo algo que te partió el corazón. No lo voy a negar. No voy a invalidar tus sentimientos. Y yo, Rebecca, no se lo voy a perdonar. Pero tú sí deberías hacerlo. Porque lo quieres, ¿comprendes? Y no hay forma más rápida y dolorosa de arruinarte la vida que empecinarte en odiar a alguien en contra de tu primerísima naturaleza. Es tu hermano y nacisteis para adoraros pese a todo.

Rebecca lo había escuchado con la misma y halagadora atención que en el teatro, cuando se había dignado a darle datos sensibles sobre la Reina del Chisme. Estuvo tan orgulloso de haber logrado conmoverla, de haberse acercado un paso más a la línea de meta, que por poco le pasó por alto la mirada seria que ella le dirigió.

—¿No se lo vas a perdonar? —inquirió, solo para estar segura.

Él sonrió y le acarició la curvatura del mentón con el pulgar.

—No, nunca. Así puedes perdonarlo tú —apostilló con un guiño—, y con la tranquilidad de que alguien se quedará alimentando el rencor que se merece.

—Pero tú formaste parte de las maquinaciones de Verity. Lo sé porque ella misma lo contó una noche. Es más; eras la esencia del plan. Sin ti, no habría funcionado. Harding no se habría fijado en ella.

—Te repito que lo que me asquea no es el matrimonio o la pareja que forman, que tendrás que admitir que es encantadora —la miró con intención hasta que ella suspiró a regañadientes—, sino el secretismo de Harding; cómo te arrojó de la noche a la mañana y de manera forzosa al papel de cuñada de la serpiente que Witty puede llegar a ser.

—Si lo sigues planteando así, con esas palabras tan rimbombantes, se me va a acabar evaporando la vocación del perdón —refunfuñó.

—Anda ya. Es una vocación que, en el fondo, siempre has tenido. Mírame a mí —extendió los brazos—: me has perdonado, y eso que no me quieres ni la mitad que a Harding. No me quieres ni un poquito, de hecho... Nada de nada, ¿verdad?

Rebecca se arriesgó a mirarlo a los ojos con los labios sellados y la mente más aún. Desde el refugio de esa expresión aislada de la que se valió para ocultar sus pensamientos, pudo murmurar:

—Nada de nada.

Sonny fingió dolerse profundamente con una mano en el pecho. Luego la dejó caer y le volvió a sonreír, con el corazón solo dolorido por la verdad a la que pronto pondría remedio: haría que le quisiera, por Dios que sí.

—Estamos de acuerdo, entonces. Persigue tus sueños cuando no tengas nada ni a nadie persiguiéndote a ti; ni el pasado, ni el rencor... O llegarás tan cansada y desmoralizada a tu destino que no podrás valorar lo que se ofrezca. Sobre todo porque es un error pensar que no te alcanzarán las llamas de la casa que dejas ardiendo a tu espalda.

—Qué sabio eres de repente —rezongó, aparentando una molestia que en realidad no sentía.

—El más sabio del mundo. —Y se inclinó sobre ella para zanjar la discusión con un beso en los labios.

—¡Sonny! —se quejó con, tal vez, unos segundos de retraso—. ¡Que me voy a casar con Strickland!

—Pero todavía no has pronunciado los votos, ¿no? —Le robó otro beso rápido que la dejó turulata—. Entonces voy a hacer lo que me dé la gana.

—¿Alguna vez has hecho otra cosa diferente, acaso?

—No. Y tampoco la haré —sentenció, y la cogió de la mano como un niño feliz de poder enseñarle sus juguetes a su nuevo mejor amigo. Tiró de ella hacia el pasillo y exclamó—: ¿Qué te apuestas a que ahora gano yo al dominó?

Capítulo 18

Las maestras de la escuela le habían enseñado múltiples lecciones, pero una a la que Rebecca le había dado especial importancia señalaba que no se debía, bajo ningún concepto, tomar la iniciativa con un hombre.

Si un caballero estimaba adecuada a una jovencita para un baile, un paseo o un futuro matrimonial, se ocuparía de dejarlo patente a través de las pertinentes fórmulas de cortejo que existían; si una jovencita, por otro lado, estimaba adecuado a un caballero para lo mismo, se cuidaría de expresarlo más allá de correspondiendo sus avances en la justa medida, o de lo contrario sería etiquetada de buscona.

Rebecca estaba en una situación tan crítica por tantas razones que no le importó que Strickland la tomara por una cualquiera. Le hizo llegar una nota en la que lo invitaba a salir de paseo por Hyde Park aprovechando que abril se estaba portando de maravilla.

Para su inmensa fortuna, Cassius no había tardado en contestar con una afirmativa: él se había encargado de proponer la hora y de prometerle que pasaría a buscarla en su carruaje.

En lugar de esperarlo leyendo en el salón o departiendo con los Wargrave, y esto es, fingiendo un sano desinterés por la cita que estaba al caer, Rebecca terminó de enderezarse las cejas con la yema del meñique y de ajustarse los guantes en la misma puerta de la mansión.

No apartó la vista del lado de la calle por donde esperaba verle aparecer.

Desde la última coincidencia con Sonny, no había dejado de repetirse —y con una insistencia cuanto menos sospechosa— que Strickland era su única oportunidad. Debía zanjar de una vez por todas el asunto que flotaba entre los dos; ponerlo contra la espada y la pared para que accediera a comprometerse con ella y procurar que no se echase atrás.

De esto dependía no ya su futuro en los salones y su reputación, sino su felicidad.

Estaría a salvo de las habladurías, de la convivencia con Verity y de la enfermiza atracción por el hombre equivocado desposando a un caballero tranquilo con una buena posición económica y que sabía tratar a las mujeres con respeto.

Eso era algo que Sonny no había aprendido aún en sus veintisiete años.

Ni por las buenas, ni por las malas.

«¿Por qué insistes en compararlos? ¡Sonny no es una opción!», se reprendió. No se dio cuenta de que presionaba los labios, quizá no en rotundo desacuerdo con su propia advertencia, pero sí contrariada.

No estaba enamorada de Strickland. Eso era una realidad. También era un hecho que había

resultado no ser perfecto; sus averiguaciones habían servido para descubrirlo. Pero lejos de sentirse incómoda en su presencia por estos defectos que le achacaba, ahora se veía legitimada para cometer errores, pues, a fin de cuentas, él era el primero que no podía describirse como el colmo del virtuosismo. Y lo que era más importante, Strickland no la hacía sentir fuera de sí, ni a su lado corría el riesgo de que la sorprendiera no solo con un apasionado beso capaz de ahuyentar al sentido común, sino con la promesa de preservar sus odios para que ella pudiera seguir adelante sin que estos la lastraran.

Rebecca agarró con fuerza el parasol cerrado que llevaba en la mano.

«Deja de pensar en Sonny», se espetó.

—¿Por qué no entras al menos al recibidor, querida? —oyó que preguntaba Verity en tono casi burlón—. No querrás que piense que su visita es lo mejor que te ha pasado no en todo el día, sino en la vida.

—Si en el recibidor estás tú, prefiero quedarme aquí. O a tres metros bajo tierra. Cualquier alternativa es preferible.

Le pareció que su cuñada suspiraba a su espalda, pero no se movía del sitio.

—¿A qué se debe ahora este renovado interés por Strickland? Pensaba que, después de nuestra conversación sobre Sonny, te replantearías dónde depositar tus afectos...

—¿Eso pensabas? Me alegro de que lo hicieras, Verity. Es positivo que sometas a tu débil intelecto a tamaños esfuerzos intelectuales para que la enfermedad de la estupidez no acabe devorándote el cerebro.

Esta vez sí que suspiró. La escuchó con total claridad.

—Eres consciente de que hace tiempo desde que tus enemigos no somos tales, ¿verdad? Ni Sonny, ni yo... y juraría que tampoco los Haverford. Y eres consciente, también, de que si te encuentras en una situación complicada, no es porque no tratemos de ayudarte, ¿no? Ojalá madures pronto, Rebecca —añadió antes de echar a andar hacia el pasillo; lo supo por el familiar frufrú de sus faldas y el eco que persiguió a su voz como una cola—, o vas a tirar tu vida por la borda. Aun y con todo, algo me dice que habría quien se arrojaría al agua en plena tormenta para recuperarla por ti... Espero que, para cuando aceptes de quién se trata, no sea demasiado tarde.

Rebecca fue a girarse para espetarle que se dejara de acertijos; que no volviera a dirigirle la palabra, incluso, porque no necesitaba ni sus consejos ni su sabiduría; porque no le servían ni como chiste a costa del que reírse. Pero se le había formado un nudo en la garganta, y, en ese preciso momento, el carruaje del señor Strickland dobló la esquina.

«Algo me dice que habría quien se arrojaría al agua en plena tormenta para recuperarla por ti», repitió para sus adentros mientras bajaba las escaleritas con prisas por que comenzara el primer día del resto de su vida. Necesitaba que pidiera su mano esa misma tarde, y lo necesitaba para que Sonny dejara de susurrarle palabras desestabilizadoras al oído.

«Yo sé lo que es desear tanto a alguien que no quieres pasar ni cinco minutos de tu vida lejos de su abrazo», le había dicho tres días atrás. Aún no se había recuperado ni de la declaración pasiva, ni de los celos injustificados y recalcitrantes que le pararon el corazón pensando que pudiera referirse a otra mujer, ni de la ternura que había colmado su mirada al pronunciarse.

No podía soportar a ese Sonny sensible y afectuoso.

Pero ¿acaso no era ese el único Sonny que existía?

De nuevo, la voz de Verity: «Estás muy equivocada si crees que Sonny tiene esa sangre fría».

—¡Buenos días, señor Strickland! —exclamó con más entusiasmo del pertinente, feliz porque fuera a distraerla al menos unas horas—. ¿Nos ponemos en camino?

Unos minutos después de ahuyentar sus pensamientos, cortejador y cortejada arribaban a Hyde Park. Habían realizado el camino sentados el uno frente al otro conversando sobre naderías.

Por primera vez desde hacía años, Rebecca había sentido que se ahogaba en tanta banalidad; que tenía prisa por estar en otra parte, con otra persona, charlando sobre otros asuntos. Experimentó algo parecido cuando su vínculo con Nile se rompió de manera irreversible y tuvo que entretener a sus posibles pretendientes sin profundizar en los temas propuestos, no solo porque echaba de menos el cariz serio o al menos especial que tenían todas y cada una de las charlas amistosas en las que él y ella se enzarzaban, sino porque era con el marqués con quien quería estar alternando, con quien deseaba seguir compartiendo. Era cierto que reprimía su carácter y sus opiniones con Nile, temerosa de espantarlo, pero, tarde o temprano, y llevada por nada menos que la comodidad que le inspiraba, acababa mostrándose tal cual era.

A fin de cuentas, antes que su pretendiente o su primer amor, Nile había sido su amigo.

Sintió algo parecido en el carruaje, solo que no comparó a Strickland con el lejano marqués de Haverford. Se le ocurrió pensar, en pleno delirio, que si se hubiera montado en el landó de Sonny, habría podido quejarse de cuánto le dolían los pies con aquellos endemoniados zapatos antes de decirle buenas tardes. Podría haber insultado sin miedo a Verity por tener la osadía de aleccionarla, como si no tuviesen la misma edad y su sabiduría la superase por mucho. Podría haberlo abrazado como hizo en su casa tres días atrás. Él se lo habría permitido todo sin juicio, y hasta habría correspondido sus quejas con comentarios maliciosos que la habrían forzado a contener una carcajada inapropiada.

«Pues claro que la dinámica se habría dado así, pero no porque sea único en su especie, sino porque estamos hablando de un completo bufón. De un descarado», se dijo.

La invadió una punzada a la altura del estómago, como si una parte de sí no hubiera podido evitar protestar. Allí se llevó la mano, molesta porque ya ni su propio cuerpo —no se dijera la conciencia— soportara sus críticas hacia Sonny. Y es que no era la primera vez que su rostro acudía raudo y veloz a su mente en las compañías más insólitas: lo había invocado la noche

anterior, cuando entró sin llamar al despacho de su hermano y lo cazó enzarzado en una divertida discusión con Verity.

—Tiene usted un descaro que no es de este mundo, señor Wargrave.

—Y usted tiene una cara que le envidiaría hasta la luna, señora Wargrave.

«Suenan como Sonny y yo», había pensado, sin saber muy bien cómo sentirse al respecto.

Cuántas veces no lo habría atacado ella con la esperanza de cerrarle el pico, de detener los halagos maravillosos con los que parecía decidido a ablandarla, y le había salido el tiro por la culata. Sonny nunca se daba por aludido con sus toques de atención, por virulentos que fuesen, y aprovechaba las ocasiones más singulares para seguir alabándola.

El señor Strickland descendió primero del carruaje y le ofreció una mano amable para invitarla a bajar. La doncella que había viajado en silencio con los dos, impuesta por Harding y seleccionada entre el modesto servicio de su casa, los escoltó a un par de metros de distancia en su paseo por la avenida principal.

Hacía una mañana nublada, pero la temperatura era agradable, señal de que detrás del gris plomizo del cielo seguía brillando un sol obstinado.

—¿Cuál es la agenda del club para esta semana, señor Strickland? —le preguntó Rebecca por supervivencia. Estaba tan aturdida que no se veía capaz de hablar, por lo que tendría que ser él quien llevara la voz cantante.

—Cassius, ¿recuerda? Y todavía estoy barajando algunas posibilidades —contestó sin apartar la vista del horizonte, el que sería su destino.

Luego darían media vuelta, él besaría el dorso de su mano con languidez y, como guinda del pastel, le aseguraría que se había divertido como nunca. Más tarde se iría cada uno a su guarida, y ninguno de los dos dedicaría un pensamiento extra a una salida por lo demás olvidable.

A Rebecca le dieron ganas de llorar.

Y de bostezar.

Todos los planes parecían predecibles y aburridos comparados con fingir ser la Reina del Chisme ante un elenco políglota de bailarinas de ballet. Y si los comparaba con besar al hombre con los ojos más bellos de los siete cielos en un camerino...

«Basta».

—Estoy abierto a sugerencias —seguía diciendo Cassius—, por si algo le hiciera especial ilusión.

—Hace tiempo que a mí no me ilusiona nada, señor Strickland —se le escapó. Enseguida se arrepintió y buscó su mirada con los ojos muy abiertos—. ¡Quiero decir que...! Bueno, es que... Verá, cuando una joven cumple su cuarta temporada en la capital, es difícil sorprenderla. Todo lo que se le pueda ocurrir a usted para entretener al vulgo es...

—He entendido lo que quería decir —la cortó en el momento justo, cuando ella ya no sabía

cómo justificarse.

Rebecca alzó la mirada hacia él y respiró, aliviada, al ver que la observaba con la cabeza inclinada y expresión benigna. Había olvidado que el señor Strickland era un aliado y no un pretendiente al uso como pudo serlo el señor Landon. Si bien no era el más divertido de los hombres ni regentaba un club de pugilismo, al menos destacaba por su atractivo, la escuchaba y la comprendía a un nivel al que pocos lo habían hecho.

—¿Usted también es difícil de sorprender?

—Y de conmover. Son muchos los años que llevo en el mundo, y pesan tanto sobre los hombros como podría cansar contar todos sus días. He acumulado demasiadas experiencias irrepetibles; tanto así que a veces me desalienta pensar que las que van llegando nunca estarán a la altura. Claro que usted está siendo una agradable novedad —añadió con gentileza.

Podría haber empleado un tono amable, incluso coqueto, pero mantenía la misma inflexión dijera lo que dijese. Parecía que hubiera intentado venderle su alma al diablo y este la hubiese rechazado precisamente por carecer de emociones que pudiera tentarle drenar.

Agachó la mirada hacia sus manos enguantadas, fingiendo la obligada timidez después de un halago pese a estar en compañía de un hombre que ya la había visto en su peor momento.

La complicidad que compartieron el día del picnic no había desaparecido, pero Rebecca se había empecinado en encauzar la relación para que se asemejara al modelo de pretendiente y pretendida, no a la de dos buenos amigos.

—Se lo agradezco, señor Strickland.

—¿Cómo se ha encontrado estos días? He tropezado con el marqués de Haverford en tres veladas desde entonces. La busqué en todas ellas para asegurarme de que hallaba sosiego.

—Me limito a evitarle —resumió con ambigüedad, aun cuando su corazón le rogaba que se desahogase con él. Era la única persona que le preguntaba al respecto, y no con la intención de chismorrear, sino con verdadera consideración—. Milord me evita a mí, así que ambos salimos ganando.

—No me ha dado esa impresión —replicó Cassius con su conocida prudencia.

Rebecca lo miró de soslayo y acabó resignándose a sincerarse.

—No se la ha dado porque la lamentable verdad es que milord no me devuelve la descortesía negándome la mirada. Aunque no termina de encontrar las agallas para acercarse, sí que me hace consciente con miradas esperanzadas de que sueña con solucionar nuestras diferencias.

—Bonito eufemismo.

—Y tanto —bufó Rebecca—. Interviene con un desahogo impostado en las conversaciones en las que yo meto baza, y se ríe con mis apreciaciones. Es como si me dijera: «Por mi parte, no quedan rencores». ¡Solo habría faltado que fuera él quien me guardase rencor a mí! Arg, el solo hecho de frecuentar los mismos espacios que milord me mina el ánimo. Pero...

—¿Pero?

—No se lo diga a nadie, Cassius, pero debo reconocer que tres años no pasan en vano. Voy notando, y no sin horror, que me voy desprendiendo de los viejos rencores, más por la necesidad de abrir espacio a otros sentimientos menos dañinos que por el deseo de prosperar.

—Esa clase de emociones no laten de por vida dentro de uno.

—No, no lo hacen. La inquina ya no me insta a vengarme, como tratara de hacer al principio en mi infame obsesión por defender mi orgullo herido. Orgullo y no corazón, porque eso crecía de arreglo.

—¿Cómo se siente ahora, entonces?

Rebecca acogió en su pecho la oleada de calor que le produjo el interés de Cassius. Pensó que no habría mejor manera de agradecer y corresponder su determinación a acompañarla en sus sentimientos que siendo franca.

—Ahora solo estoy triste —admitió sin derrumbarse. Mantuvo los hombros rectos, la barbilla erguida—. Y no hablo de esa tristeza narcisista y hasta cierto punto dramática que se lamenta con la mirada perdida en el cielo, que se pregunta por qué todo nos pasa a nosotros.

—Es una tristeza resignada, y no hay retorno en la resignación —completó Cassius.

Rebecca asintió sin decir nada. No se podía hacer otra acotación; él, honrando su talento para encapsular las verdades en el menor número de palabras posible, lo había dicho todo.

—Me duele la amistad perdida, los años desperdiciados... Lo que es irrecuperable. —Hizo una pausa antes de detenerse en medio de la ruta y musitar—: Y, sobre todo, esto en lo que me he convertido.

—No veo que se haya convertido en nada que no merezca la pena, Rebecca. Pero sí creo que existe un accesorio que le sentaría de maravilla al cuadro casi perfecto que es usted —la sorprendió diciendo, girado hacia ella. Le dedicó una sonrisa muy escueta, pero no por ello medida o insincera—: el perdón. Porque por tentador que pueda ser pasar la vida desquitándonos con quien nos hizo daño, a veces, el acto más egoísta y, por ello, mejor para nosotros, es olvidar. Y el olvido solo pasa por la disculpa.

»Tarde o temprano, Haverford tomará la iniciativa de acercarse a usted para arrodillarse de nuevo en el nombre de la familia que pretende formar, si no de sangre, al menos de nombre, con los Wargrave: su esposa, lady Clarissa, es muy buena amiga de la señora Wargrave, al igual que el honorable Harding está en los mejores términos con milord. Cuando esa conversación suceda, usted tendrá todo el poder. Habrá de elegir entre continuar sembrando la discordia, porque no dude que es usted la que sostiene el cetro... o enterrar el hacha de guerra.

Cassius todavía siguió filosofando un buen rato sobre el perdón y la venganza, dos temas que siempre habían interesado a Rebecca y que la tentaron a participar. Sin embargo, estaba allí con un propósito, y no era estrechar los lazos amistosos con su pretendiente. No podía dar pie a que

sucediera con Strickland lo mismo que había pasado con Nile: que acabara viéndola como una hermana pequeña, una ovejita descarriada a la que ayudar.

Debía dejar patentes sus intenciones y asegurarse el matrimonio, o sería demasiado tarde.

—Señor Strickland —se decidió a interrumpir con voz aguda pero firme.

Él continuó hablando por debajo de su interrupción unos segundos más hasta que, poco a poco, y por obra de la sorpresa, su discurso se extinguió. La miró de reojo, en un primer momento extrañado por la falta de respeto impropia de ella, y, al ver que se había ruborizado y se retorcía las manos en el regazo, levemente interesado.

—¿Sí?

—Perdóneme por cortarle así, tan abruptamente, pero temo no reunir el valor para decirle lo que... lo que necesito que sepa. Verá, yo... yo... He estado reflexionando sobre mi futuro matrimonial, sobre...

Como si pudiera verse desde los ojos de alguno de los viandantes, se imaginó a sí misma allí de pie, balbuceando de forma miserable ante un hombre por el que no albergaba el menor sentimiento romántico, y sintió tal vergüenza que se calló de golpe. No porque la abochornara mostrarse vulnerable ante Cassius, ya que, si alguna vez se había dignado a desahogarse de corazón con alguien, había sido con él. Lo que no pudo perdonarse fue lo que su puesta en escena estaba dando a entender: que lo amaba tanto que los nervios le estaban jugando una mala pasada.

No iba a falsear sus intenciones con un caballero al que le había tomado afecto.

Así pues, no retomó la esperada confesión hasta haberse serenado.

Capítulo 19

—Señor Strickland —proclamó con solemnidad—. Quiero que sepa que le respeto profundamente, como hombre y como empresario; que admiro el culto al entretenimiento que ha levantado de la nada y con la única colaboración de su buen hacer, su responsabilidad y su obstinación, y que me siento halagada, ¡no, entusiasmada!, porque me haya elegido a mí para replicar su éxito laboral en su vida privada.

—Rebecca...

—Sin embargo, no lo he demostrado como Dios manda. De hecho, lo he demostrado como no es de Dios hacer —prosiguió con seguridad; la que daba saber que se estaba obrando con la justicia por delante. Observó que Cassius la miraba ahora con una especie de curiosidad recelosa, como nunca antes—. En lugar de ser paciente y esperar el momento indicado para manifestarle mis legítimas dudas sobre su pasado, de un misterio irresistible, me he inmiscuido en sus intimidades. No solo en las suyas, en realidad, sino en las de quien entiendo que es un ser muy querido para usted: la señorita Day. —Se sintió tan culpable al ver que la tensión se apoderaba de Cassius que tardó en reorganizar sus pensamientos para continuar, y, cuando lo hizo, le costó no tartamudear—. Yo misma entiendo como inadmisible que una completa extraña haya revuelto sus documentos privados y haya prestado una visita a la joven en cuestión para sonsacarle datos sobre usted. Sabe el Señor que yo no lo habría disculpado, o no sin someter antes al atrevido a un largo tormento. Pero, si de algo sirviera, quiero que sepa que he parado justo a tiempo, que no osaría juzgarle por lo que quiera que sucediese entre ustedes dos, y que estoy a su entera disposición si aún desea casarse conmigo.

Adoptó una postura remilgada para escuchar su respuesta: manos entrelazadas en el regazo para no delatar su crispación, espalda recta, cabeza más o menos gacha en señal de disculpa.

Viendo que el señor Strickland no mediaba palabra, pensó que se habría vengado dejándola en pleno Rotten Row con un palmo de narices. Buscó su semblante para confirmarlo y, para su inmenso asombro, comprobó que seguía inmóvil en el sitio, para colmo mirándola con calidez.

¿Había afecto en su expresión o acaso estaba soñando?

—Debería —dijo él al fin.

Rebecca pestañeó hasta cinco veces, desconcertada.

—¿Disculpe?

—Debería juzgarme. Sería lo más sabio que podría hacer, de hecho.

—¿Por... su historia con... la señorita Day? —indagó, no menos desorientada.

—La verdad, Rebecca, no sé por qué no esperaba una confesión semejante viniendo de ti —confesó Cassius en tono amistoso. Un hondo suspiro transformó la rigidez generalizada que sufría su cuerpo en una pose informal. Pareció rejuvenecer diez años—. Al fin y al cabo, te tengo por una joven sincera y generosa con aquellos que le dispensan un trato benévolo.

—Y me gustaría decir que lo soy. La cuestión es... —se interrumpió en cuanto asimiló la respuesta—. Un momento. ¿Qué ha querido...? —El alma se le cayó a los pies—. ¿Lo sabías?

Cassius se guardó las manos en los bolsillos de la fina gabardina beis y echó las caderas hacia delante, convirtiéndose, ahora sí, en un hombre totalmente diferente, en lo absoluto huraño. Acompañó la novedad de su espontaneidad de una sonrisa cómplice.

Rebecca sintió que el pulso se le aceleraba en presencia de aquel Cassius distraído.

—Por supuesto que lo sabía —respondió con ternura—. Quizá debería haberte advertido de que suelo estar al tanto de todo... o de casi todo —añadió en voz baja con un trasfondo de agonía del que se recuperó inspirando hondo—. No te mentiré: es poco o nada lo que me divierte saber que importunaste a la señorita Day con tu indiscreción, pero, conociéndote como te conozco, estoy seguro de que no te atreviste a tensar la cuerda; que fuiste educada con ella y la trataste como se merece que la traten. Esto y saber que te motivó el miedo a vincularte con un hombre de naturaleza incierta, nunca la curiosidad malsana o el deseo de venganza, basta para aplacarme.

—¿No estás enfadado?

—Te sorprendería saber con cuánta frecuencia y malevolencia he sido blanco de graves ofensas; de muchas de ellas me estoy recuperando aún, pero, por suerte, mi bagaje no es algo que te corresponda cargar. O tal vez sí, pero como la buena amiga en la que espero que te conviertas —concluyó con una mirada elocuente.

—Entonces puede que no te haya herido con mi ingratitud, pero sí te he decepcionado lo suficiente como para dejar de barajar el matrimonio conmigo —murmuró Rebecca.

No se lamentó porque haber dinamitado su oportunidad con Cassius no le afectó ni siquiera al orgullo.

¿Sería posible que en el fondo no hubiera querido casarse con el señor Strickland en ningún momento, y en parte por esto se hubiese inmiscuido en sus asuntos? ¿Porque, en realidad, lo que pretendía era arruinar el compromiso?

—Nunca lo he barajado —reconoció él.

«De acuerdo, esto sí hiere mi orgullo», pensó con rencor.

—¿Y por qué diantres...?

—Permíteme corresponder tu honestidad y tu bravura. Si bien me pareces una mujer única en tu especie, además de inconmensurablemente bella, las razones que me llevaron a cortejarte no pudieron distar más de las que he citado. Asumo que no lo has averiguado por tu cuenta pese a haberme sondeado en profundidad —se la quedó mirando con fijeza y un fondo de diversión por

las halagadoras molestias que se había tomado con él. Ella negó, aturdida, y cuánto se habría ahorrado si se hubiera puesto cómoda en la apacible ignorancia—. Entonces doy por hecho que tampoco el señor Kinross hizo lo correcto hablándote de sus intenciones.

Rebecca se enderezó igual que si hubiese pronunciado una palabra tabú.

El corazón le latió en los oídos.

—¿Qué tiene que ver el señor Kinross con esto?

—Todo, Rebecca. Todo.

»No hace mucho tiempo, acudí a él con la esperanza de que me ayudase en mi empeño de... encontrar a alguien. En los últimos veinte años, su padre se ha movido por todo el territorio inglés y alrededores en busca de inversión para sus múltiples negocios, llegando a tratar con empresarios de las tierras vecinas. Pronto comprendí que tanto él como su hijo eran las personas adecuadas para lograr mi propósito. Necesitaba sus contactos.

—¿Y en qué se relaciona su búsqueda conmigo?

—En que Sonny Kinross no quiso cobrarme el servicio con una bolsa de monedas, sino con otro favor. Me pidió que me acercase a ti y fingiera cortejarte. Después, el señor Kinross se encargaría de divulgar rumores lo bastante tremebundos sobre mí para preocuparte. Entonces, él saldría a escena como un caballero de brillante armadura para salvarte de un hombre poco recomendable.

Hacía rato desde que Rebecca solo oía su propio pulso. Le retumbaba en los oídos, le golpeaba los laterales de la garganta, parecía querer salírsele del pecho. Podía tratarse de la antesala de un arrebato furioso, como otros tantos que había sufrido con anterioridad, pero si bien reconocía los síntomas, nunca los había padecido con semejante magnitud.

Solo atinó a decir diez palabras.

—Es lo más absurdo que he oído en mi vida.

Strickland se encogió con un aire entre risueño y compasivo.

—Créeme, he vivido tanto que esto me sonó a travesura inofensiva. Después te conocí, te vi sufrir por lo sucedido con Haverford, disfruté de tu compañía, y... No soy un hombre de grandes emociones, Rebecca, pero no me ha gustado convivir con este secreto.

—Has jugado con mis sentimientos —le acusó con rencor.

Él ni se inmutó. Tan solo la miró con la cabeza ladeada, tratando de bucear en lo que quiera que hubiese detrás de sus ojos verdes, que lanzaban chispas.

—Podría haberlo hecho en el peor de los casos, sí, y no negaré que era un riesgo que me interesaba correr porque habría matado por los contactos de los Kinross. Por fortuna, no ha sido así, puesto que no has llegado a enamorarte de mí. Ni siquiera te atraigo. Es más: me atrevería a decir que quien ha jugado conmigo has sido tú, porque te deshacías en amores por tu presunto archienemigo mientras disfrutabas simultáneamente de mi cortejo.

—¡Eso no es cierto! —protestó, pero se había ruborizado hasta las puntas de las orejas. No se atrevía a reflexionar en profundidad sobre lo que había sucedido con Sonny en las últimas semanas, y menos todavía enfrentarse a la conclusión que surgiera, pero era un hecho que se habían besado y toqueteado a sus espaldas—. ¡Y, aunque lo fuera, estaríamos en tablas! ¡Tú mismo has admitido que te has portado como un canalla!

—Y lo lamento —le confirmó con un elegante asentimiento, todavía con las manos en los bolsillos. Una de las ondas rubias de su cabello le resbaló por la frente, dándole el aire de bandido travieso que podría haberla advertido mucho antes de que no era trigo limpio... y que sí podría haberla tentado a enamorarse—. Espero que puedas perdonarme algún día, Rebecca. Es posible que mis intenciones iniciales no contemplaran desposarte o hacerte bien alguno, pero te aseguro que no me pesaría convertirte en mi esposa si casarme fuese mi objetivo.

—¿Y cuál es tu objetivo, entonces? —le espetó con desdén—. Ah, sí; encontrar a alguien. ¿Quién es ese alguien, si se puede saber?

—Mi *cariad*. Mi mujer —respondió quedamente.

—¿Cómo que «tu mujer»? ¿Te refieres a la mujer que amas?

—Me refiero a la que es mi mujer a ojos de Dios y de la ley. A mi esposa.

Con mucho gusto Rebecca lo habría apuñalado a reproches, pero ni el más vil de los mortales habría podido atacarlo o siquiera juzgarlo después de contemplar el amanecer de su expresión: no había dicho su nombre, pero el simple hecho de sacarla a colación, de revivirla mediante la palabra, colmó su rostro de una dulzura y un amor tales que Rebecca sintió que sobraba.

Sobraba y su *cariad* ni siquiera estaba allí.

—¡Su mujer! —exclamó en cuanto empezó a asimilarlo. Luego reparó en que había parejas y carabinas en las proximidades y se obligó a bajar el tono—. Su mujer... ¡No dijiste que estuvieras casado! ¿No soltaste en su día, además, que nunca le habías pedido la mano a nadie?

—Y nunca lo he hecho. Como nos casamos por imposición familiar, no hubo proposiciones románticas... lo que no significa que, con el tiempo, no me acabara convirtiendo en su perro —respondió. Rebecca frunció el ceño, asombrada por el contraste entre su majestuosa apariencia, el pleno dominio de sí mismo, y la forma en que se refería a él: como un chucho sarnoso—. Me abandonó hace años, Rebecca. Hice algo imperdonable y ella me castigó esfumándose en el aire. No era una mujer que hiciera las cosas a medias, ni las calcetas que me tejía ni las venganzas, así que no es de extrañar que aún no la haya encontrado.

Rebecca apretó los labios, empecinada en imponer su indignación aun cuando lo que el corazón le pedía era indagar y consolarlo.

—Si crees que puedes aplacarme o convencerme de disculpar tus manipulaciones relatándome una historia de amor fallida... —Calló al darse cuenta de que Cassius no solo lo había creído, sino que lo había conseguido. Para asombro de Rebecca, que estaba acostumbrada a tomarse a

pecho cualquier ataque personal, le importó mucho más la nostalgia que llenó de tristeza los ojos de Strickland que volver a ser una mujer rechazada por un pretendiente. Acabó suspirando—. No lo entiendo, Cassius. ¿De verdad es tan sencillo desaparecer sin dejar rastro como para que lleves años sin obtener resultados? ¿Cómo se llamaba?

—Anna Gwynn, Clowes de soltera. No hay una sola Anna Clowes o Gwynn en toda Inglaterra, Francia o en el Imperio austriaco. No me he molestado en buscarla en países mediterráneos porque siempre ha odiado el calor; no habría sobrevivido en la soleada Italia o en España, y estoy seguro de que no tenía dinero para irse mucho más lejos, como a Rusia o las Américas. Siguiendo el único rastro que dejó, llegué hasta Londres... y aquí me quedé.

—¿Anna Gwynn, has dicho? ¿Entonces, tú...?

—Me cambié el nombre cuando abrí el club, antes de convertirme en el popular benefactor de la capital, con la esperanza de que el salón de fiestas llamara su atención y apareciese algún día. No lo habría hecho si hubiese sabido que lo había inaugurado su marido; si se hubiese llamado Gwynn’s en vez de Strickland’s, así que... —Se le escapó una sonrisa entristecida con una leve impronta de impotencia. Le enfurecía su propia ingenuidad, pero no podía sino perdonársela, porque su razón de ser no era otra que el amor ilusionado—. En su idea original, Strickland’s nació como una trampa para ratones. Es un castillo de naipes que podría desmoronarse en cualquier momento. Porque por más veladas que organizo, por más compañías de ballet que contacto, por más... chefs de la otra punta del mundo que convenzo de preparar un pantagruélico banquete, ella... ella no da señales.

—Strickland’s es un club más o menos exclusivo, Cassius. ¿No te parece loable que se quedara sin invitación? No quiero pensar que se halle en el umbral de la pobreza, pero si ha abandonado a su marido, que era su fuente de ingresos y quien garantizaba su protección, no me extrañaría que... Bueno, que no nadara en la abundancia.

—Mi *cariad* era una mujer con recursos, Rebecca. En ese aspecto estoy tranquilo: dondequiera que esté, apuesto mi alma a que se encuentra materialmente a salvo. También era una muchacha muy alegre —añadió en voz baja—. Le encantaba bailar, la ópera, los espectáculos de danza... El arte en general, tanto para apreciarlo como para practicarlo. Nunca pude llevarla a un gran teatro o una fiesta en condiciones; en nuestra Gales natal, la oferta de ocio siempre ha sido muy reducida.

Rebecca notó que se le había formado un nudo en la garganta.

Recordó lo que había oído decir a las debutantes en el tocador acerca del bello pero desolado —y siempre enigmático— Strickland: que organizaba fiestas con la esperanza de divertirse con alguna.

No habían ido muy desencaminadas. Las preparaba prestando minuciosa atención a los detalles con la ilusión de que se personara la única mujer que podría hacer de la velada y de su

vida entera algo memorable.

—Supongo que era rubia y le favorecía el color lavanda —musitó ella, recordando la primera noche que conversaron.

Cassius sonrió, nostálgico.

—Era su color preferido. A ti también te favorece, que conste. No me pareces bella porque te parezcas a mi Anna, Rebecca. Me pareces bella porque lo eres. Créeme que no os asemejáis en prácticamente nada más allá de eso; ni siquiera su rubio es del mismo tono.

Rebecca lamentó no poder odiar al osado que había jugado con su futuro matrimonial. Aunque a lo mejor no podía hacerlo porque ni ella misma se había tomado en serio la proposición que, de todos modos, no había llegado... y que había rezado por que no llegara, pues, al final, había pretendido emplearla de escudo para protegerse de Sonny.

Se sentía inclinada a compadecer al hombre que había perdido a la persona que amaba; el hombre que, en lugar de aceptar que no había ya nada que hacer, insistía en perseguir una sombra borrosa. Rebecca podía verse reflejada en su persistencia por las causas perdidas.

—¿Qué pensaría tu esposa si llegara a sus oídos que me has pretendido? —se le ocurrió de pronto.

—Eso me gustaría a mí saber —reconoció. Lanzó una mirada pensativa al cielo, como si la señora Strickland, la señora Gwynn, se encontrara allí, escondida entre las nubes—. Quiero pensar que, si lo supiese y aún le importase en lo más remoto, se presentaría con un certificado matrimonial en la mano para impedir el compromiso..., pero lo más probable es que no moviese un dedo y desde la distancia nos deseara lo mejor. O lo peor.

—¿Lo peor? Por Dios santo —se horrorizó Rebecca—. ¿Se puede saber qué le hiciste?

Cassius le dirigió una mirada castigada por el cansancio y el sufrimiento.

—No la amé a tiempo. Y, hasta que no la amé, ni siquiera la respeté. Créeme cuando te digo que está en el pleno derecho de odiarme. De querer matarme, incluso.

Rebecca recordó lo que Edelweiss le había dicho a propósito de Strickland en su breve pero esclarecedora entrevista.

—Entonces, la señorita Day... —empezó ella.

Cassius suspiró.

—La señorita Day... Es una historia muy larga. Otro día te la contaré con pelos y señales, si quieres oírla. No soy muy dado a coleccionar amistades y ni mucho menos me suelo sentir inclinado a expresar mis preocupaciones —admitió, mirándola intensamente—, pero creo que tú y yo tenemos mucho en común. Me gusta hablar contigo, Rebecca.

Su corazón aleteó, ilusionado.

—A mí también me gusta hablar contigo, Cassius. —Y le sonrió con sinceridad. Carecía de sentido guardarle rencor a quien también había sido víctima de los tejemanejes del verdadero

genio maligno. Pasado el momento de confesiones, no obstante, Rebecca crispó los puños—. Así que el señor Kinross orquestó todo esto, ¿eh?

Cassius chasqueó la lengua y retomó el paseo arrancando a andar sendero abajo.

—Me temo que así es. Si aún puedo pedirte un favor sin que lo interpretes como una insolencia excesiva, te rogaría que no lo castigaras antes de que me concediera mi deseo. En cuanto descubra que me he ido de la lengua, dejará de pagar a los detectives que siguen buscando a mi *cariad*.

Rebecca abrió la boca para protestar, pero descubrió en ese preciso momento que quería que, al menos él, Cassius Strickland, tuviese su final feliz... o, si no un final feliz, como mínimo la oportunidad de disculparse con su esposa y ganarse de nuevo su corazón.

¿No se habría sentido ella halagada e incluso tentada de volver a sus brazos si hubiese estado en el lugar de la cónyuge? ¿No se habría conmovido tanto descubriendo los esfuerzos que había llevado a cabo para encontrarla como para barajar el perdón?

Si Rebecca podía colaborar en la dicha de una pareja, ¿por qué no hacerlo?

No obstante, lo que no podía ni iba a permitir era que Sonny se saliera con la suya.

Había intentado arruinar su reputación, como si no hubiese tenido suficiente aún. Y es que el rechazo de un tercer pretendiente le habría supuesto —le iba a suponer, en realidad— la marginación total y absoluta. Y todo ¿por qué? ¿Porque quería alzarse como el salvador? ¿Por qué diantres haría algo así? ¿Esperaba que de ese modo se dejara manosear a placer? ¿Qué diablos se pensaba? ¿Que le permitiría mancillarla a modo de recompensa?, ¿como agradecimiento?

Rebecca sintió que la indignación se iba cociendo dentro de sí.

—No te preocupes. El secreto estará a salvo conmigo. Encontraré una manera sutil pero contundente de vengarme... y, entonces, el señor Kinross lamentará haberme subestimado.

Capítulo 20

Sonny inspiró hondo a las puertas del veintisiete de Mayfair. Repitió el mantra que le había acompañado durante el breve trayecto a pie: «Todo saldrá bien. Todo saldrá bien. Todo saldrá bien. Vas a ser un caballero. Vas a ser excepcional. Vas a ser el sueño hecho realidad de una mujer». Pero a la hora de la verdad era consciente de que con la señorita Wargrave nunca se sabía lo que cabía esperar.

Es más; solía ser conveniente no abrigar esperanza alguna.

Pero eso iba a cambiar a partir de aquel día, decidió. Para armarse de valor, aferró con aún más fuerza el ramo de rosas. Suerte que lo había envuelto en papel, o las espinas de los tallos se le habrían hundido en la chaqueta de estreno.

Por supuesto, había cuidado la presentación además de los accesorios con los que pretendía ablandarla.

Al abrir la puerta, el mayordomo se topó con un flamante brote de flores frescas. Detrás, un hombre que era lo suficientemente alto como para no quedar en ridículo al lado de un obsequio de semejantes proporciones.

Había pensado que el regalo era demasiado humilde para lo que se proponía, que no era otra cosa que proponer un cortejo formal, pero al ver la reacción del criado, supo que quizá se hubiera excedido.

—Con su permiso —dijo Sonny, sospechando que aún tardaría en pronunciar las palabras de cortesía—, voy a pasar.

—¡Oh! ¡Claro, claro! ¡Discúlpeme, señor...!

Una vez Sonny tomó conciencia con su obligación de caballero, se irguió cuan esbelto era y sus pasos hacia la salita se volvieron decididos.

De pronto, era imparable.

Ya estaba allí, ya no podía huir.

El encuentro con Rebecca era inminente.

Sin embargo, en su previsión no había contado con tropezar con los Wargrave, que en ese momento regresaban del salón principal riéndose por lo bajo. La primera en localizarlo fue Verity, que redujo su afán inquisidor a una ceja alzada; después cayó sobre él la mirada de Harding, quien, aun extrañado en una primera instancia, no tardó en conectar los puntos.

Su semblante se ensombreció como resultado de la contrariedad.

—Kinross —dijo en tono de advertencia.

—Buenas tardes a ti también —canturreó Sonny. Pretendió pasar por su lado sin más explicaciones, pero vio que tenía toda la intención de agarrarlo del brazo para detener el que era su destino evidente y decidió que sería sabio anticiparse a los problemas. Frenó ante la pareja y miró a Harding con una sonrisa que ocultaba una fiera determinación a propinarle una paliza si se oponía—. Vengo a ver a Rebecca. Puedes enviar a una criada a la salita si no te fías de mi comportamiento.

—Por supuesto que no me fío de tu comportamiento. ¿Qué es lo que te propones? ¿A qué se debe todo esto? —su tono se iba afilando más y más, hasta que Harding dejó de parecerse a su buen amigo; de pronto se había convertido en la máxima autoridad judicial—. Te lo llevo advirtiendo toda la vida y te lo voy a advertir una vez más por si acaso no hubiera echado raíces en tu dura sesera...

—Vengo a ver a Rebecca —lo cortó Sonny, igualando, si no superando, su intransigencia—. Quiero pasar una tarde agradable con ella y me he asegurado de garantizarlo. —Sacudió las flores y palmeó el misterioso contenido del bolsillo de su chaqueta—. Si el soborno no funciona, seré el primero en marcharme, pero lo voy a intentar y no te vas a poner en mi camino.

Harding se erizó como un gato mojado.

—¿Cómo demonios te atreves a...?

—Voy para allá —sentenció Sonny—. Ni se te ocurra interrumpirme, y te sugiero que no trates de echarme de casa con amenazas o empleando la fuerza. Soy mejor boxeador que tú y de esa habitación solo me va a mover una palabra de tu hermana... y habría que averiguar cuál —añadió por lo bajini—, porque yo todavía no conozco vocablo que me disuada.

Dicho esto, echó a andar hacia la salita.

Se cuidó de recuperar la expresión afable para saludar a la joven como Dios mandaba.

Si Harding no salió en pos de él y le demostró que cada vez era más diestro en el arte del pugilismo, no fue porque lo hubiese convencido; no era tan estúpido como para pensar que una conversación aplacaría sus recelos hacia los hombres que, además de pretender a su hermana, eran sus amigos. Unos recelos muy justificados, por otro lado. Fue Verity la que, en un gesto de confianza hacia él, retuvo a su marido y lo apaciguó con un argumento paciente y sin fisuras.

Sonny le lanzó un guiño de agradecimiento, ya a las puertas de la sala, y esta lo correspondió con una sonrisa de ánimo.

Al menos había quien creía en sus posibilidades. Y no cualquiera, sino nada menos que Witty y la Reina del Chisme, que eran, respectivamente, un genio de la manipulación y lo más parecido al Todopoderoso que existía.

Si se le contaba a alguien, no daría crédito.

Empujó la puerta para encontrarse con una Rebecca distraída. Había arrastrado un coqueto sillón color crema hasta la ventana con vistas a la calle, y allí apuntaba su mirada reflexiva. Las

manos descansaban en tensión sobre el regazo, como si ni su mente ni tampoco su cuerpo pudiesen desprenderse del pensamiento que la estaba torturando.

Aunque estaba en casa, lucía un elegante vestido verde aguamarina de organza que dejaba sus brazos y parte de sus hombros al aire. Ni rastro de joyas: pendientes, colgantes, diademas... Nada. Era ella al natural, con la melena suelta y la cara limpia.

Sonny tuvo que aclararse la garganta para que su voz sonara segura.

—Qué bien encontrarla en casa, señorita Wargrave —comentó con falsa naturalidad. Ella respingó en el asiento, asustada por la inesperada visita, y de inmediato lo condenó con una mirada cargada de rencor que no tardó en transformarse en pasmo.

Observó, pestañeando deprisa, cómo Sonny avanzaba con fingido desahogo cargando consigo el ramo.

—¿Qué lleva ahí?

De pronto le sobrevino un ataque de timidez y, asustado por si Rebecca abofeteaba las rosas y las pisoteaba en un arrebato, viró antes de llegar a ella y se tomó la libertad de colocarlas en el jarrón vacío de la repisa. Gracias al cielo que las rosas eran vistosas y ocupaban un volumen considerable, o Rebecca se habría fijado en los dedos torpes que se entretenían abriendo los pétalos y las hojas.

—Flores, señorita Wargrave. Ha debido de verlas alguna que otra vez. Se me ha ocurrido que serían su flor predilecta, por todo eso de que se perfuma con rosas, se baña en agua de rosas y siempre hay rosas en su salita de uso de personal..., pero, si me he equivocado, prometo traerle otras la próxima vez —le juró con las manos en alto, exculpándose de todo pecado antes de que ella le señalara el error.

Rebecca había dirigido su ceño fruncido al sorprendente obsequio, y de allí no lo había apartado.

—La próxima vez —repitió.

—Bueno —empezó él con brío. Fingió que le picaban los muslos para secarse el sudor de las manos en el pantalón. *Dios santo.* Ahora empezaba a recordar por qué siempre se había opuesto a la posibilidad de seducirla como cualquier hijo de vecino. Odiaba aquella posición de vulnerabilidad—. Tras sopesar los avances de los que ha gozado nuestra relación gracias a la alianza con la que destapamos los secretos de Strickland, he pensado podríamos vernos con relativa frecuencia, como... como dos buenos amigos.

«¡No!», gritó una voz dentro de él. «¡No quieres ser su buen amigo! ¡Retrocede! ¡Dile que tu objetivo es convertirla en tu prometida!».

—Dos buenos amigos —repitió otra vez.

—La cercanía de la que hemos disfrutado ha confirmado que nuestros modos de pensar son compatibles, que podemos divertirnos jugando al dominó; incluso ha conocido a mi familia. Mi

hermana le envía recuerdos, por cierto —se apresuró a cambiar de tema, nervioso.

—Dígale que yo también la saludo —murmuró, aún rígida en el asiento—. ¿A los amigos se les regalan rosas?

—Y algo más —prosiguió Sonny. Se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó de un bolsillo una nota pulcramente doblada—. Compruebe usted misma que nuestra floreciente amistad podría extenderse a Su Majestad, que se mostró encantada cuando le pedí que le hiciera llegar sus respetos a su mayor admiradora.

Al principio, Rebecca dudó si aceptar o no el pedazo de papel que le tendió, convencida de que se estaba quedando con ella. Tal y como Sonny había previsto, el entusiasmo acabó doblegando al recelo y se lanzó a por él con los ojos como platos. Lo desdobló y lo alisó sobre la falda igual que si fuera la esperada carta de amor de un soldado en primera línea de batalla.

Sonny observó con una sonrisa tierna cómo sus pupilas se iban desplazando sobre las líneas con avidez.

Él sabía lo que V. había escrito, claro estaba.

Estimada señorita Wargrave,

Me complace enormemente saber de su admiración por medio de mi apreciado amigo Kinross, puesto que desde hace largo tiempo es correspondida por mi parte. Me fascina su fortaleza de carácter; el inteligente sentido del humor, rayano en el sarcasmo, que una mujer necesita para salir ilesa de las situaciones más amargas. Al final, no he sido más que la antagonista de muchas de sus historias, y, en lugar de despreciarme por mencionarla, sabe usted extraer de mis relatos la comicidad y el ingenio y aplaudirlas sin reproches.

Le deseo la mejor de las suertes en el futuro, y tenga usted la certeza de que...

—¡... me parece más elegante y hermosa que la ya casada Verity Burton! —exclamó Rebecca. Se llevó la mano a la boca para esconder un gritito—. ¡Sonny! —lo llamó con voz aguda, los ojos como platos—. ¡Es imposible que la Reina haya escrito esto! ¡Tú has debido de indicárselo para aplacarme! ¡O lo has escrito tú!

—¿Cómo iba a escribirlo yo, si la Reina en persona lo ha firmado? —se rio—. De todos modos, si lo que hacías era acusarme de opinar lo mismo que Su Chismosísima Majestad, no voy a defenderme. Es cierto que me pareces mil veces más bella que la señora Wargrave. Es más; la señora Wargrave es un adefesio a tu lado.

—¡Calla! —protestó Rebecca, pero se había ruborizado de gusto. Sonny tuvo que hacer un gran esfuerzo para no romper a reír cuando, tras una pausa en la que recorrió las líneas de la Reina por segunda vez, lo enfrentó y preguntó con la boca pequeña—: ¿Lo dices de veras?

Sonny se dejó llevar por un impulso superior a sus fuerzas y le acarició el borde de la cara con las puntas de los dedos.

—Todas las que no son tú me parecen feas.

Y no mentía.

Rebecca bufó sonoramente y le giró la cara.

—Claro —respondió con ironía—. Por eso te has encamado con toda la población femenina de la capital.

—Algo tenía que hacer mientras esperaba que miraras en mi dirección —se justificó él. Con naturalidad, se dirigió al sillón más próximo a ella y ahí se arrojó. Repantigado como un orgulloso sultán, abrazó el respaldo y cruzó las piernas—. De todos modos, que las haya besado no les quita lo de feas. Me temo que mis labios no tienen el poder de los hermanos Grimm de convertir a las ranas en princesas.

—¿Cómo te atreves a hablar de ellas en esos términos? —le reprochó con una mirada indignada, todavía sosteniendo la carta—. ¡Pienso contárselo a todas las implicadas!

—Estupendo —se desentendió—. Luego me cuentas cómo han reaccionado.

Rebecca se lo quedó mirando con el juicio que se merecía por frívolo y por canalla, pero, poco a poco, su expresión se fue atenuando hasta emular una emoción que él no le había visto antes y que no habría sabido cómo catalogar. No era cautela con exactitud, ni desprecio; tampoco sorpresa. Le pareció que la había cazado con la guardia baja cuando estaba regocijándose en cuánto lo odiaba y ahora no sabía qué pensar, cómo actuar en su presencia.

Suerte que Rebecca nunca le dejaría en vilo. Era algo que adoraba de ella. Sabía que no era tan sincera con el resto del mundo, pero sí con él; no se reservaba ninguna apreciación por maliciosa que fuese, decía sin tapujos lo que le sugerían sus actitudes, se desahogaba sin miedo. Por eso Sonny podía decir con rotunda seguridad que no había nada en el corazón de Rebecca Wargrave que no le inspirara un amor incondicional.

—Te has presentado proclamando que quieres ser mi amigo, y, sin embargo, hete aquí unos minutos después, tratando de conquistarme mediante halago y a costa del menoscabo ajeno. ¿A qué se debe esta caballeresca generosidad? ¿Estás tratando de sobornarme, acaso?

Se le escapó una sonrisa, feliz porque siguiera tuteándolo.

—Depende de si está funcionando. Si la respuesta es sí, entonces claro.

Rebecca se levantó en completo silencio y se dirigió a las flores, a las que no había dejado de lanzar miradas furtivas, como si nunca antes hubiera visto nada parecido. Sonny estuvo a punto de hacer un comentario cómico; aliviar ese extraño silencio prometiéndole que no las había envenenado, que no estallarían de un momento a otro, pero el corazón se le subió a la garganta al verla acariciar los pétalos con los dedos como él había acariciado su rostro durante los tórridos besos.

—¿Por qué una de cada color? —preguntó en voz baja, determinada a disimular que la había impresionado—. Por lo general, se regala un ramo rojo, o un ramo blanco, o un ramo rosa.

Sonny entrelazó las manos a la espalda para ocultar que le temblaban y se acercó con su mejor

expresión serena. Se unió a la contemplación del ramo asomándose por encima del hombro de Rebecca, a la que sintió tensarse ligeramente al notar su proximidad.

—Dicen que un ramo de rosas rojas alude al amor y la pasión, que las amarillas celebran la amistad y que las blancas piden disculpas o claman inocencia. —Hizo una pausa para tragar saliva—. Pensé que escogiendo un solo simbolismo no estaría siendo sincero del todo porque me dejaría matices importantes. Una colección variada, por el contrario, recogería fielmente lo que siento, que abarca la vida misma.

Ella dejó correr un silencio que habló por mil palabras.

—Hay más rosas rojas que de ningún otro color.

—Supongo que será porque no siento tanto haberte ocasionado dolores de cabeza como siento a secas.

Rebecca lo miró por encima del hombro sin llegar a girarse. Había seleccionado una flor al azar para sostenerla entre los dedos con la delicadeza que demandaba todo lo que era hermoso.

—Lanza mensajes muy contradictorios, Kinross —le dijo en tono neutro—. ¿Qué es lo que quiere? ¿Ser mi amigo o ser mi amante?

«¿Y qué es lo que no quiero?», estuvo a punto de escapársele.

Un cortejo exigía una paciencia que no tenía. De acuerdo al libreto, primero debía mostrar interés, luego asegurarse de que ella le correspondía y, por último, plantear la consumación de dicha complicidad mediante el pertinente sacramento. Pero era difícil esperar cuando ya la había estrechado entre sus brazos y ella lo miraba con una mezcla de desconfianza y vulnerabilidad; desconfianza que podría liquidar proclamando a los cuatro vientos que la amaba desesperadamente.

Estaba abriendo la boca cuando Rebecca se sobresaltó y devolvió la vista a la rosa roja. Había querido la mala suerte que pusiera el dedo donde no debía y se hubiese cortado la yema del índice.

Enseguida había brotado una gota de sangre.

—Maldita sea —masculló ella—. ¿No se le ha ocurrido pedirle al florista que le quitase las espinas? ¿Es que acaso quería matarme?

En lugar de entristecerse porque hubiera perdido la oportunidad de declararse, Sonny sonrió, aliviado ahora que habían vuelto a la normalidad.

La que era su normalidad.

—Tendría que caerse de bruces en un rosal para morirse de un pinchazo, y ni por esas. A lo mejor debería haberlas retirado, sí... —admitió. Tomó su muñeca con delicadeza y se acercó la herida a los labios. La miró a los ojos—, pero pensé que el detalle sería más honesto con su carácter y representativo de nuestra relación si conservaba las espinas.

—¿Qué pensará el señor Strickland si descubre que me has traído flores? —preguntó ella de

repente.

Sonny se obligó a reprimir un acceso violento al oír aquel nombre. En su lugar ladeó la cabeza para dirigirle una mirada insondable, deseoso de infiltrarse en sus pensamientos.

Volvió a levantar la mano para acariciarle la cara, esta vez con la excusa de apartarle un mechón ondulado.

—¿Qué quieres que piense?

—No lo sé —replicó con recelo—. Por eso pregunto.

—Yo creo que se alegrará de que haya otros solteros codiciados pendientes de la mujer a la que ha escogido como esposa. Y creo que, por miedo a perderte frente a la competencia, se volcará en el cortejo como nunca. Por lo que, como ves... —dejó caer— te conviene que te siga trayendo flores.

Le dio la impresión de que un destello iracundo relampagueaba en los ojos de Rebecca, como si la hubiera insultado veladamente. Pero, igual que apareció, ese brillo se deshizo... o tal vez no, y es que Sonny solo desvió la mirada a los labios que entreabrió, que de pronto se le antojaron más interesantes.

Rebecca se giró por fin hacia él y, después de tragar saliva, apartó la muñeca que Sonny no había dejado de abrazar entre sus cálidos dedos. Confirmó que la sangre ya no manaba. En lugar de soltar el brazo a un lado de su cadera, vaciló antes de darle una dudosa utilidad posando la mano en el centro de su pecho, como si hubiese adivinado que ahí se encontraba el órgano delator de sus sentimientos.

Sonny contuvo la respiración cuando ella se acercó un paso y se puso de puntillas para darle un beso casi en la comisura de los labios. Sin separarse más que para poder hablar, y no tanto como para que su boca no le rozara la piel al moverla sinuosamente, dijo:

—Gracias por el detalle.

Él se aseguró de que no se alejaba un ápice posando la palma en su baja espalda y presionando lo justo para mantenerla en el sitio. Ladeó la cabeza para responder tan cerca de sus labios que el vértigo de las ganas le atenazó la columna vertebral.

—Las gracias te las doy yo a ti por inspirarlo —susurró antes de rozarle la boca en una caricia sugerente. Rebecca soltó un suspiro entrecortado que le calentó la cara y también los adentros, y a él, en consecuencia, se le escapó un gruñido enfermo.

Le importó un rábano que Harding pudiera estar pegando la oreja al otro lado de la puerta, que pudiese escoger ese preciso momento para mandar a la doncella que había solicitado con la esperanza de que lo ignorase, o que en ese preciso instante Inglaterra le declarase la guerra a Francia y toda la humanidad pereciera. Agarró con firmeza la cinturilla de la muchacha y buscó sus labios con el hambre que no habría podido saciar ni con veinte banquetes semejantes; ni siquiera con la vida de besos con sabor a Rebecca que estaba intentando labrarse.

Ella respondió aún más rápido que las primeras veces, acostumbrada ya a la falta total y absoluta de decoro de Sonny. Ahora que había decidido que la iba a hacer su esposa, que no pensaba seguir jugando a provocarla, fue lo opuesto a delicado y no se preocupó por si la asustaba con sus ansias desatadas. Más que besarla, la devoró, y usando mucho más que la boca: sus manos también pellizcaron y apretaron la piel desnuda de los brazos, recorrieron la curvatura de los hombros con ansiedad, y sus dientes se hincaron en la tersa superficie de sus senos y su garganta.

Rebecca no solo no se quejó, sino que se entregó por entero a sus atenciones con la misma locura arrebatada.

Sonny llevó las manos a las suaves mangas de organiza y se las bajó con impaciencia, esperando arrastrar consigo parte del escote. Ella apenas jadeó, sorprendida, cuando el movimiento abrupto bastó para revelar dos pezones rosados.

—Preciosos —dijo para espanto de Rebecca, que se ruborizó hasta las puntas de las orejas.

Con una sonrisa gamberra, Sonny enterró la nariz en el canal entre los pechos y allí sofocó un rugido gutural. Inspiró hondo y soltó el aire por la boca para calentar aquella zona hasta el momento desatendida, y observó con los ojos vidriosos por el deseo que se le ponía la piel de gallina.

Rebecca no supo dónde colocar las manos cuando Sonny atrapó el pezón entre los dientes y empezó la nerviosa exploración con ligeros mordiscos, cuyo ardor fue aplacando después lamiendo con fruición y depositando pequeños besos en las rojeces.

No se detuvo hasta que ella estuvo tan excitada que no podía dejar de temblar. Entonces, Sonny se irguió y cubrió sus dos pechos con la palma para que no se olvidara de su tacto.

—Eres tal y como te imaginaba —le susurró al oído en tono provocador.

—¿Imaginabas...? ¿Imaginabas... esto?

—El color de tus pezones, de tu vello púbico; el tamaño de tu ombligo, el olor de tus ingles... Todo me lo he imaginado. Y algún día pondré ahí las manos y la boca, Rebecca.

Ella le clavó las manos en los hombros y se esforzó por mirarlo a los ojos, jadeante.

—Puedes empezar ahora —logró articular—. Tengo que practicar cómo tocar a un hombre y cómo mostrarme dispuesta para la noche de bodas con Cassius, así que no me vendrá mal que un experto como tú me enseñe a deslumbrarlo.

Capítulo 21

Rebecca había esperado sentirse satisfecha después de asestarle una puñalada fatal al manipulador en un momento vulnerable, pero nada más lejos de la que fue su reacción al comprobar que Sonny se quedaba inmóvil entre sus brazos.

Debía reconocer que la había cazado con la guardia baja al presentarse en casa, y con nada menos que dos regalos que, en otras circunstancias y viniendo de otro hombre, uno que no fuese un sucio traidor, le habrían saltado las lágrimas de agradecimiento. Por esta razón y ninguna otra —quizá solo que le había prometido a Cassius que no soltaría prenda con facilidad— le había costado atacarlo nada más hacerlo pasar.

Pero tenía que atacarlo. Había jugado con ella, insistía en repetirse, en parte para sofocar las punzadas de culpabilidad que le impidieron respirar. Era la única manera de proceder justa y que respetara su dignidad. Ese tipo que se creía en el derecho de besarla a placer había tenido la osadía de jugar con su reputación, con su futuro matrimonial, con su felicidad.

—¿Qué es lo que has dicho? —preguntó Sonny con voz queda. No osó separarse de ella del todo, como si temiera que se le desbaratase el cuerpo entero; solo lo justo para que las seis palabras viajaran a través del oído de la joven.

Rebecca se estremeció al notar el calor de su aliento. Empezó a sospechar que habría de temer el sentimiento de furia que se estaba cociendo bajo su aparente indiferencia.

Intimidada, se defendió entre balbuceos.

—Bueno, la cuestión es... es que... Tengo entendido que los hombres dan bastante importancia a las dotes amatorias de sus esposas, y que si no les pueden ofrecer una... experiencia... gratificante, se buscan amantes, y yo... No soportaría que mi esposo abandonara el lecho y me sustituyese por una cortesana. Me gustaría saber complacerlo, me gustaría...

—¿De veras sigues empecinada en desposar a ese tipo? —espetó. Se separó de ella de golpe y la soltó para mirarla como si no la reconociera. Rebecca odió dolerse con el pasmo y la decepción que leyó en su rostro—. ¿Aun sabiendo que es la clase de cerdo que enamora a una pobre muchacha y luego la rechaza porque no cumple sus exquisitas expectativas sociales?, ¿que es el perro del hortelano, que ni come ni la deja en paz del todo?

Rebecca se irguió, rígida.

A fin de cuentas, seguía siendo demasiado orgullosa para dejarse amilanar.

—Todos los hombres son esa clase de cerdo, como tú lo llamas. Ninguno se casa con la amante que se busca en el teatro, la ópera o el burdel, sino con una mujer con pedigrí, y si

quieres que aporte una prueba cercana más allá de Strickland, mírate en un espejo —le rugió.

Cuánto la indignaba que le hablase con condescendencia. Sobre todo ahora que le constaba que la competencia que había establecido con Strickland no era más que una puesta en escena.

—Yo no me he acostado ni con una actriz, ni con una cantante, ni con una cortesana, así que el espejo me devuelve una mirada inocente, pero gracias por tu preocupación. Claro que, en mi opinión, es una preocupación dirigida en la dirección equivocada: eres tú la que alberga la sospecha de que Strickland puede no ser tan recto como aparenta, y, sin embargo, ahí sigues. ¿Cómo puedes pensar lo mejor de él después de todo?

Rebecca fue a responder con frialdad otro ataque personal, pero se conmovió recordando la cruda sinceridad con la que Cassius la confrontó al respecto de su esposa.

Por supuesto que pensaba lo mejor de él.

Era el hombre más romántico sobre la Tierra.

—Si no pensara que la gente es bondadosa por naturaleza y que simplemente se equivoca cuando hiere a los demás, no encontraría en mí motivación suficiente para levantarme de la cama cada mañana —sentenció—. No me cabe la menor duda de que el señor Strickland es imperfecto, pero yo también lo soy. Y si lo que sucede es que sigue enganchado de la señorita Day porque le proporcionó noches apasionadas, procuraré que no las eche en falta ofreciéndole algo mejor. ¿Por qué iba a ser una locura que te pidiera que me enseñaras a desenvolverme en el ámbito amatorio? Es una realidad que los hombres están obsesionados con el sexo, desde el primero hasta el último.

Sonny la miró desde donde estaba con cierta superioridad.

—Yo no estoy obsesionado con el sexo. Estoy obsesionado contigo.

Un núcleo de calor irrumpió en el pecho oprimido de impotencia de Rebecca.

—¿A cuento de qué viene eso? —masculló en tono de reproche porque hubiese conseguido desestabilizarla.

—A cuento de que una mujer como tú debería buscar a un hombre que solo la quiera a ella, no que tema la soledad y por eso escoja lo que le quede más cerca; un hombre que no pueda soportar la idea de convivir con una esposa, hacer el amor con una esposa, engendrar hijos con una esposa, si esa esposa no eres tú.

Aunque él no se había movido del sitio, Rebecca se sintió acorralada por la emoción profunda que había visto chisporrotear en sus ojos. En el Sonny que había entrado por la puerta para sorprenderla con regalos, palabras bonitas y una paciencia a prueba de menosprecios veía una determinación feroz a salirse con la suya, y lo que se había propuesto no podía distar más de sacarla de sus casillas.

Había cambiado de objetivos, y no pudo negar que le diera un miedo atroz descubrirlos.

—Es obvio que tendrías una idea muy clara de la clase de hombre con el que debo casarme, o

de lo contrario no te habrías inmiscuido en mi vida y mis cortejos del modo en que lo has hecho —le acusó, exagerando su enfado para que no se le ocurriera seguir por la senda de las insinuaciones; insinuaciones inasumibles para ella en semejante estado de desorientación.

Le había prometido a Strickland que no revelaría la verdad descubierta, pero no le había quedado otro remedio que romper su juramento. Cassius habría de comprender que Sonny la había obligado hacerlo al establecer, velada pero tajantemente, que la alternativa a hacerse la estúpida sería oír algo para lo que no estaba preparada.

—¿Que me he inmiscuido, dices? ¿Cómo? ¿Trayéndote flores?

—¡Preparando un complot con Strickland por quién sabe qué razón! ¡No quiero averiguar tus motivaciones, de todos modos! —añadió precipitadamente. Debía vigilar sus palabras para no poner a Sonny en bandeja la oportunidad de expresar una verdad peligrosa—. Te llenas la boca con advertencias sobre el carácter de Cassius, sobre su presunta condición de farsante, pero eres tú el mentiroso y el trapacero; a diferencia de ti, él ha tenido la decencia de sincerarse a tiempo para protegerme de una tercera y definitiva debacle social.

La expresión ceñuda de Sonny mutó a una más recelosa.

—¿Te lo ha dicho?

—¡Por supuesto que me lo ha dicho! ¡Es un caballero y se preocupa de corazón por mi bienestar! ¡Y no solo lo proclama, dándose golpes de pecho, sino que lo demuestra con sus actos! A ti, en cambio, ni se te ocurrió pensar que un nuevo rechazo me valdría el escarnio, el aislamiento y la depresión. O, si te lo sugirió la conciencia, no te importó, ¡que es peor! ¡Y todavía tienes el valor de traerme flores, cuando no te habría costado imaginarte cuánto sufriría al ser despreciada por otro pretendiente; al verme forzada a aceptar una vez más que no soy suficiente para ningún hombre!

Sonny apretó la mandíbula un segundo antes de replicar en el tono de los dictámenes.

—Ningún hombre que te descarte como mujer por un par de escándalos menores se merece tu atención o tu compañía, y ni mucho menos tu mano en matrimonio.

—¿Qué quieres decir con eso? —jadeó, anonadada con su actitud—. ¿Que me ibas a hacer un favor terminando de arruinar mi reputación, porque así solo se me acercarían espíritus bondadosos? ¡A las jóvenes en mi situación no les caen del cielo los enamorados incondicionales, imbécil! ¡Se acercan los buitres, los parias; los que no tienen ni dinero, ni gracia, ni posición social! ¡Los despojos se vinculan con los despojos!

—Reconozco que no fue mi mejor actuación —se disculpó al fin con una mano adelantada, como si ella fuera un caballo encabritado. Rebecca odió lo que le criticaba con ese gesto: que estaba reaccionando de un modo impropio de una dama y que le convenía serenarse—, pero te aseguro que no me movía nada salvo...

—¡El egoísmo! —completó ella con voz aguda, angustiada por si se le hubiese ocurrido

escoger una palabra aún más poderosa, y, peor, digna de perdón—. ¿Qué podría impulsarte a hacer algo así, sino el egoísmo, el tedio, el deseo de vengarte de mis desplantes...?

—La necesidad de plantear una situación que requiriera de mi ayuda y de mi inmediata proximidad para poder demostrarte que no soy tan insufrible como crees; que incluso puedo ser tu confidente.

—¡Mi confidente! —repitió, ahora sí sobrepasada por una emoción sincera. No cabía en su asombro—. ¿Eso es lo mejor que se te ocurrió para ganarte mi favor? ¿Chantajear a un pobre hombre para que me pretendiera, divulgar rumores injustos sobre él y luego ofrecerte a ayudarme a investigar sus asuntos privados, todo esto a costa de convertirme en una persona ruin?, ¿una persona que no soy? ¡Me he sentido terriblemente culpable por inmiscuirme en la vida de Cassius!

—Te has divertido —la corrigió, y echó a andar hacia ella—. Lo he visto.

—Claro que sí —ironizó—. Me he divertido arriesgando mi vida al hacerme pasar por la mujer más odiada de la capital; me he divertido perdiéndome un ballet para encerrarme contigo en un despacho; tanto o más de lo que me divertí rogándote en la calle que me llevaras ante el herrero escocés para darme tu apellido. ¡Estás en todo lo malo que me sucede! —exclamó, ruborizada de rabia—. ¡En todo lo que me sucede, en general!

—¿Y por qué crees que eso es así? —contraatacó él sin bajar la guardia, sin pestañear siquiera. Se adueñó del escaso sentido común que le quedaba al invadir su espacio con un avance imparable—. ¿Por qué crees tú que estoy en todo?

—Porque... porque... —Rebecca miró a un lado y al otro para asegurarse de que había una puerta cerca por la que desaparecer. Retrocedió en dirección a la salida, negándose a mirarlo a los ojos—. No lo sé.

—¿No lo sabes o no lo quieres saber?

Rebecca apretó los labios, ofendida a la par que avergonzada con su insinuación, porque era cierto: guiaba la conversación desde la cobardía, y todo por no querer aceptar lo que estaba implícito.

—¡Se debe a que te diviertes torturándome!

Un destello rabioso vinculado con un profundo sentimiento de injusticia encendió los ojos de Sonny, que seguía con la vista clavada en ella.

—Respuesta equivocada.

—Será porque estás aburrido y soy lo que te queda más cerca para entretenerte.

—Error.

—¡Pues porque me odias! —acabó espetándole, envalentonada ahora que su espalda había chocado con la puerta y estaba al giro de un picaporte de la huida a sus aposentos.

Pero nada más posar la mano en el pomo, los dedos de Sonny la cubrieron para que no osara

girarla. No fue esto lo que convenció a Rebecca de posponer la escapada, sino las yemas calientes con las que él le rodeó delicadamente la garganta.

—Casi —murmuró casi sin voz.

—¿Casi? —repitió ella, no tan pasmada como trató de hacer ver. Hacía rato que no sentía su propia cara, que se había convertido en una llama, asfixiada por la falta de oxígeno, que ondulaba en la dirección del elemento que la había prendido—. Oh, por Dios. ¿Qué se supone que me vas a decir ahora? ¿Que estás enamorado de mí?

Puso los ojos en blanco y soltó una carcajada para subrayar lo absurda que se le antojaba la idea, pero a ella misma se le entrecortó el aliento y tuvo miedo de mirarlo por si una verdad tremebunda estuviera escrita en su rostro.

Lo hizo, aun así. Se arriesgó a enfrentarse al rojo de sus ojos, y maldita la hora.

—¿Y tú no lo estás de mí? —le sorprendió preguntando él, atravesándola con la mirada—. ¿De un modo que no entiendes? ¿De una manera que se asemeja en poco, si no en nada, a lo que pudieras haber sentido antes por un hombre?

Rebecca soltó una risita incrédula.

—¿Qué diantres estás diciendo?

—Nunca he sido invisible para ti. Antes entrabas en un salón y lo barrías con la mirada hasta que dabas con Nile, y entonces se te iluminaba la cara…, pero nunca te detenías ahí. Seguías buscando, y solo te dabas por satisfecha cuando me localizabas a mí en alguna parte, como si el cuadro no estuviese del todo completo sin tu señor Kinross. Puede que fuese para prepararte física y mentalmente para el combate verbal, para anticipar la obscenidad que pudiera dirigirte, pero no niegues que tengo un lugar privilegiado en tu mente y en tu corazón.

—¡Que me haya estado sintiendo amenazada por tu presencia no es nada halagador!

—Si te sintieras amenazada por mi presencia no me dejarías besarte una y otra vez. Si te sintieras amenazada por mi presencia, para empezar, no me devolverías los desprecios con naturalidad y buen ánimo, ni volverías luego a casa tan desahogada que pasarías el resto del día canturreando, gozosa. Nunca te he dado miedo y nunca te he disgustado. Te inventaste una narrativa en la que Haverford era tu héroe, tu Romeo, y yo era el villano insoportable, el primo Teobaldo, y tuviste la mala suerte de creértela. Pero eres víctima de impulsos superiores a ti, que se burlan de tus planes pulcramente trazados, de tus estrictos principios, y lo demuestra que te derritas entre mis brazos.

Rebecca jadeó, exagerando una indignación que estaba a miles de años de sentir. Fue la única manera que se le ocurrió de enmascarar no solo el asombro, sino el miedo a que por primera vez alguien pudiera estar acertando al verbalizar sus sentimientos; alguien que no era ella, porque ni ella habría llegado a tan descabelladas conclusiones.

—¿De qué va todo esto? —masculló, y trató de girar el pomo, pero él afianzó su agarre—.

¿Qué interés podrías tener tú en convencerme de que en el fondo te... admiro, algo de todos modos disparatado? ¿Tan hambriento anda tu ego de abalanzas, que ya no te conformas con los halagos de tus amantes y tienes que convencerme a mí de que te amo, manipulación mediante, para enaltecerte?

Sonny le sostuvo la mirada con una expresión tan seria que parecía otro hombre, uno que no hubiese conocido nunca la diversión ni la ligereza; un hombre que hubiera vivido desde que llegó al mundo en el precipicio de la desesperación.

—Si de verdad creyeras la mitad de las cosas que me dices, Rebecca —murmuró quedamente —, ya me habrías partido el corazón tantas veces que no podría ni moverme.

—Si me lo creyera y si tú no hubieras ido dejándote los pedazos en las camas de todas las mujeres casadas de Londres —le reprochó, y giró en redondo para forcejear con el picaporte—. Hace tiempo que ya no te pertenece tu corazón; vives de los latidos de las amantes a las que conquistas para luego desechar con desdén. Yo no voy a ser una de ellas.

—Nunca serías una de ellas porque tú no serías mi amante; serías mi mujer.

Rebecca se alegró de que Sonny no pudiese verle la cara al pronunciarse.

Ni siquiera ella misma comprendió su propia reacción, porque no podía decirse que no hubiera previsto aquel desenlace para la conversación más de quince minutos antes. Toda la sangre se le había bajado a los pies, y la taquicardia que precedía una crisis nerviosa la había revolucionado entera.

Tenía el cuerpo aterido por la declaración, tanto así que no podía moverse.

—No digas estupideces —se oyó mascullar con los ojos abiertos como platos.

—¿Desde cuándo el amor es algo estúpido para ti? —Sintió la caricia de las manos de Sonny en la nuca. La presión dulce de sus labios a través del pelo le produjo un escalofrío, y tuvo que cerrar los párpados y apoyar las manos en la puerta para que la debilidad de las rodillas no la empujara hacia delante—. Te quiero, Rebecca. No sé si me he comportado como un estúpido precisamente por esa razón, si es porque soy estúpido que no he podido hacerlo de la manera correcta hasta ahora o es que el amor nos vuelve estúpidos a todos, sin excepción, pero esa es la verdad.

—Es verdad que eres estúpido —balbuceó ella, pestañeando deprisa para mantener a raya las lágrimas.

—Y es verdad que te adoro con todo mi ser —insistió él con un fondo de risa la voz.

Aquello la desesperó.

¿Cómo podía divertirse cuando ella lo atacaba? ¿Por qué siempre encontraba adorable que contraatacase con mala baba? Y, ahora que lo pensaba, ¿por qué no había querido ver que detrás de esa tolerancia natural a sus desplantes había, como mínimo, una marcada debilidad por ella?

—¿Por qué ahora?

—No es de ahora. Es de siempre.

—No, maldita sea. Te pregunto por qué me lo dices ahora.

—Porque me besaste bajo la lluvia en St James —resolvió con llaneza—. No quiero decir con esto que, antes de tu iniciativa, yo hubiese aceptado la derrota contigo, pero me iba a tomar el asunto de tu conquista con calma. Sin embargo, me besaste y lo aceleraste todo, o solo me besaste y yo abrí los ojos y me di cuenta de que no tendría el tiempo y la necedad de los solteros eternamente de mi parte. Te perdería si no actuaba... y actué. Rebecca —la llamó en tono persuasivo—. Mírame.

—No quiero —rezongó ella con voz llorosa, y acabó corrigiéndose—. No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque esto no es real.

—Esto es lo único real, Rebecca —la corrigió con dulzura. Le retiró la melena, posándola sobre el hombro femenino, y le rozó con los labios el hueso del cuello—. Todo lo demás ha sido un juego. Nos hemos divertido guerreando; otras veces, hemos sufrido cruzando límites infranqueables..., pero ha llegado al hora de terminar la partida y ser sinceros. No quiero más tira y afloja. No quiero más luchas absurdas por ver quién se alza con la razón. Quiero que me quieras, ¿entiendes? —murmuró en tono vulnerable—. Que me quieras todo el tiempo, desde que amanezca hasta que se ponga el sol. Incluso cuando te saque de quicio... o especialmente cuando te saque de quicio.

Rebecca había perdido la sensibilidad en las manos y en las piernas.

Desconocía por cuánto tiempo había estado soñando con que alguien le declarase su amor. No había leído ni la mitad de las novelas centradas en romances apasionados que muchas de sus compañeras de la escuela atesoraban en sus mesitas de noche. No había tenido apenas experiencias amorosas que mereciese la pena contar. Tampoco se consideraba una joven sensible. Pero ahora se daba cuenta de que nunca había tenido una ambición mayor que ser la receptora de un afecto sincero.

Y, a la misma vez, se percataba de que jamás había sentido tanto miedo.

Se le había secado la boca. No podía tragar saliva. Notaba un dolor sordo en el pecho, y cada latido retumbaba en su caja torácica como un disparo. No se atrevía a mirar a Sonny. No se atrevía a aceptar lo que le estaba diciendo, y, sin embargo, lo repetía para sus adentros con inevitable incredulidad.

A Rebecca nadie la había querido, ni siquiera en su debut. Ni siquiera en sus mejores años. Ni siquiera antes de que la amargura la convirtiera en una sombra de lo que podría haber sido. Carecía de sentido que alguien lo hiciese ahora que no era tan joven, tan bonita, tan jovial y divertida. Sobre todo era incomprensible que lo hiciera Sonny, a quien el mundo entero conocía como el hombre que no se comprometía; el hombre que amaba una sola vez a cada mujer, y,

cuando sucedía, siempre era de noche, porque sus sentimientos se esfumaban con la bruma del alba.

—Quiero que te marches —se oyó decir en un arrebato. Se apartó de él a toda prisa y lo empujó para cerciorarse de que no se interponía de nuevo entre la salida y ella. Pretendía abrir la puerta para indicarle por dónde hacerlo, pero le temblaba tanto la mano que prefirió dejarla escondida entre los pliegues laterales de la falda—. Por favor —insistió, esta vez con debilidad —. Vete.

Sonny se había quedado petrificado en el sitio, más por la determinación de no abandonarla cuando claramente le había hecho daño que porque le hubiese partido el corazón. Pero parecía que también se lo había partido, porque la miraba con un brillo diferente en los ojos y la respiración suspendida. No obstante, aún restaba la esperanza. Aguardaba la respuesta que quería oír aun cuando ella ya había dictado sentencia.

Viendo que Rebecca no daba su brazo a torcer, asintió despacio, como despacio debía de estar asumiendo el rechazo, y obedeció.

Ella sintió que una garra le oprimía el corazón cuando cruzó el umbral.

Tuvo que dar un paso a un extremo para que su cuerpo no le rozase siquiera la falda.

—Espero que no pienses que me estoy riendo de ti, Rebecca —le dijo, parado con los brazos muertos a cada costado—. Eres lo único en esta vida que no me tomo con sentido del humor, sino con el sentido del deber. Si alguna vez hago algo que te hiera en lo más remoto, me mataré, ¿lo entiendes?

Ella mantuvo la cabeza gacha para que no viera que debía parpadear deprisa para contener las lágrimas; lágrimas que contenían una combinación mortal de pavor, incredulidad, desconcierto y, sobre todo, dolor.

Esperó a que él se hubiese marchado para cubrirse la cara con las manos, temblando violentamente y preguntándose qué demonios acababa de pasar.

—Ya lo has hecho —musitó con la voz quebrada—. Ya lo has hecho.

Capítulo 22

Todo se había apresurado, y no tener a quién echarle la culpa lo estaba matando.

Se suponía que el ramo de flores iba a ser el primero de cuantos fueran necesarios hasta que a Rebecca se le iluminara la cara al verlo; que iba a constituir el primer paso de un cortejo formal, el que se merecía como la mujer honorable que era. Pero ella le había cerrado la puerta en la cara antes de plantearse siquiera darle una oportunidad.

Con mucho pesar, mas con pleno conocimiento del porqué de sus reticencias, Sonny habría entendido que hubiese tomado la decisión porque no sentía nada por él.

Pero no era el caso y lo sabía. El hecho de que no estuviese enamorada no justificaba que hubiese reaccionado con miedo.

¿Le tenía miedo a él, acaso?

No, claro que no. Sonny podía ser, con facilidad, la única persona con la que Rebecca se mostraba tal cual era, sin maquillar los que interpretaba como sus peores defectos.

—¿En qué andas pensando? —le preguntó una voz femenina. Sonny estuvo tentado de poner los ojos en blanco. Últimamente tenía la sensación de que aquella mujer estaba en todas partes; de que lo seguía allá donde fuera—. Has estado muy distraído estas semanas, y ahora... ahora me atrevería a decir que estás triste si no te conociera como te conozco.

«Tú a mí no me conoces en absoluto», le habría espetado con gusto, pero se contuvo porque no estaría hablando desde la racionalidad, sino desde el enfado, y lady Jersey no tenía la culpa de que el rechazo de Rebecca le estuviese arruinando la velada y vida.

Sonny tragó saliva y se concentró en el líquido de la copa que estaba sosteniendo, la tercera que se había servido —hasta los topes y sin rebajarla con agua— desde que comenzara la fiesta.

Por eso había evitado aceptar sus sentimientos. Por eso se había refugiado en la profecía de su madre. Por eso no había expresado su amor antes. Porque, aun sin haber sido víctima del desplante definitivo por parte de la mujer que quería, había podido figurarse que el dolor sería insoportable.

Y, aun así, estaba sobrepasando con creces sus expectativas.

—¿Es por esa joven de la que me hablaste? —insistía lady Jersey.

Se hallaban en el exuberante salón de Strickland’s, a la vista de todos, pero ella no temió ponerle la mano en el brazo. Un pensamiento lejano, de los que, igual que surgían, desaparecían por efecto del desinterés, intentó advertir a Sonny de que la condesa estaba excediendo un límite decoroso, tal era su desesperación por hacerse notar ante él, y convenía prestarle atención. Se le

pasó por la cabeza, también, la recomendación de la Reina del Chisme, que no solo era sabia porque hubiese nacido con una mente privilegiada, sino porque lo sabía todo sobre todo el mundo: «Has desatendido a tus amantes e incluso despreciado a lady Jersey... algo que, por cierto, no te recomiendo, porque la dama es vengativa».

—Kinross —lo llamó con voz melosa—. Sabes que yo puedo hacerte sentir mejor que ninguna jovencita inexperta. Permíteme demostrártelo este fin de semana. Ven a casa, como hacías siempre.

Sonny dio un paso hacia el lado opuesto para librarse de la caricia de lady Jersey, en gran medida para evitarle una discusión con su marido, y también en buena parte porque habían empezado a asquearle todas las mujeres del planeta.

A excepción de la que, por lo visto, estaba asqueada con él.

—Creo que ya hemos tensado demasiado la cuerda, lady Jersey —le dijo, y oyó que la condesa aspiraba bruscamente, no supo si ofendida o solo sorprendida porque no usara su nombre de pila—. Si seguimos jugando a los saltos en la cama de su esposo, tarde o temprano lo descubrirá, y me gustaría tanto evitarle un escándalo a usted como una trifulca a mí.

—Saldrías victorioso —señaló ella con orgullo palpable.

A Sonny le pareció que estaba muy fuera de lugar que la condesa se posicionara de su lado, y se lo transmitió con una mirada ceñuda de la que no fue o no quiso ser consciente.

—Puede que sí... o puede que no. No pretendo averiguarlo —atajó.

Iba a darse la vuelta para cortar del todo la conversación —con un poco de suerte, para siempre— cuando la condesa se irguió, tensa, y lo retuvo en tono beligerante.

—No sé por qué te comportas como una jovencita despechada. Al menos haz el esfuerzo de sacarte de la cabeza a la condenada señorita Wargrave.

—¿Por qué no haces tú el esfuerzo de sacarme a mí de tu cabeza? —contraatacó él, indignado por la sugerencia. Ni siquiera se preguntó cómo lo había averiguado, si es que acaso era tan obvio—. Sospecho que es más sencillo que lo que milady propone, ya que el único remedio de mi olvido pasa por la muerte.

Lady Jersey le dirigió una mirada cargada de despecho.

—Lamentarás haberme rechazado, Kinross.

Sonny esbozó una sonrisa aburrida, y tan fuera de sí estaba desde que se despidió de Rebecca que no le importaron los sentimientos de la dama al decir:

—Eso lo dudo bastante. Solo podría haberme acordado de ti en una noche muy fría, y mucho me temo que las sábanas me las calienta más el vago recuerdo de una discusión con la señorita Wargrave que revivir al detalle tus acrobacias sexuales.

No se quedó a ver cómo lady Jersey se ruborizaba de pura indignación.

En vez de sentirse avergonzado en su camino hacia la mesa de refrigerios, se reafirmó en su

comentario y hasta deploró a la dama por haber olvidado el carácter de la relación que les había unido.

Si es que podía llamarse relación.

Procuraba acostarse con mujeres lo bastante inteligentes para no caer en las garras del amor, o, lo que era peor, de la creencia de que él les pertenecía. Al principio creía haberlo establecido así porque Sonny quería ser de sí mismo, abrazar la ligereza de ser libre como el viento, pero ahora entendía que se había estado prestando a otras féminas con el permiso tácito de Rebecca. Sonny habría interrumpido toda actividad ociosa y gratificante si ella se hubiera limitado a insinuar algo solo remotamente parecido a la exigencia con la que Adelaide lo había espantado.

Barrió el salón con la mirada una vez más en busca de su cabello dorado, del vestido burdeos que había escogido para el gran baile de finales de mediados de abril.

Rebecca había desaparecido hacía un buen rato. Apenas había disfrutado de un breve vistazo de su belleza inalcanzable y su épica obstinación. Y aunque le invadía la rabia cada vez que pensaba en cómo le había echado con cajas destempladas, el anhelo y la necesidad de ella eran tan poderosos que doblegaban su impotencia hasta desarmarlo por completo. Quería ir a su lado y postrarse a sus pies igual que un perro deseaba la caricia de su dueño, sus órdenes inapelables. Nada podía detenerlo salvo un «no» de sus labios; ni el sentido común, ni el orgullo, ni las amenazas de Harding Wargrave, que le había hecho llegar una nota beligerante a las pocas horas de marcharse de su residencia para advertirle de mantenerse alejado de Rebecca.

Sonny asumió en su día que la había visto deshecha tras la visita y había obrado como correspondía a un hermano mayor, cosa que él bien podía entender como allegado de Sabrina que era. Pero pasaría por encima de sus deseos una y mil veces incluso sin la certeza de salir victorioso con el corazón de Rebecca en la mano.

Merecía la pena intentarlo.

Abandonó el salón de fiestas pasando por el lado de Cassius Strickland. Podría haberse detenido a arrojarle un reproche de magnitud no menor, pero sentía que todo el tiempo que no dedicara a convencer a Rebecca sería tiempo desperdiciado.

Además; estaba claro que ya no era su competidor, lo que le hacía del todo invisible a sus ojos.

Caminó en dirección a las salitas abiertas al público esa noche para jugar a las cartas o tocar el clavicordio. Se asomó bajo el umbral de todas las estancias en busca de la señorita Wargrave, aún no sabía para qué, si para rogarle, hacerle despechadas recriminaciones o solo contemplarla como un astrónomo admiraba las estrellas. Casi se olvidó del que era su destino al salir al pasillo y reconocer los amplios hombros del marqués de Haverford, que en ese momento se dirigía con sospechosa presteza al tocador.

No le habría prestado mayor atención —era justo lo que le habría faltado; perder el tiempo

con aquel petimetre— si no le hubiese oído decir claramente:

—Rebecca, espera, por favor.

Sonny se tensó de pies a cabeza igual que si le hubiera escuchado amenazarla de muerte. Avanzó hacia él para agarrarlo del pescuezo si hiciese falta, pero al ver que la apelada emergía de entre las sombras rehaciendo sus pasos para encararlo con energía, corrigió su trayectoria y se escondió detrás de una de las columnas adosadas a la pared.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —la oyó rugir, más exasperada que furiosa—. ¿Por qué no me dejas en paz? Cualquiera diría que no tienes responsabilidades que atender o esposa a la que amar, persiguiéndome con la mirada y ahora importunándome con tu presencia.

—Lo mismo podría decirse de ti; pocas obligaciones figurarán en tu agenda si dedicas la totalidad de tu tiempo, libre u ocupado, a odiarme con fervor.

—No te odio —confesó ella. Si tensión era palpable en su voz, no se quiso imaginar el estado de su cuerpo—, pero no disfruto de tu compañía y me gustaría que me eximieras de ella de por vida.

—No puedo —se justificó Nile con sencillez. Sonny asomó la cabeza con cuidado de no ser descubierto. Discutían a una crítica distancia de dos pasos, suficiente para dos amigos, arriesgada para dos examantes. No podía ver el rostro de Rebecca, que quedaba oculta por la altura del marqués, pero conocía tan bien las expresiones que acompañaban su tono al hablar que podía imaginárselas con claridad—. No puedo, Rebecca; por eso insisto en perseguirte, como tú lo has llamado. Tu hermano Harding es un amigo muy querido para mí, y tú no has dejado de ser una de mis personas preferidas a pesar del tiempo transcurrido, de los daños infligidos. Necesito que convivamos con una mínima armonía. Necesito...

Rebecca lo interrumpió con una carcajada gélida.

—¿Qué te hace pensar que me importa un carajo lo que necesites? Yo necesitaba un marido, necesitaba una buena reputación, y cuando se me despojó de ambos gracias a tu grandiosa intervención, necesité un confidente. ¿Y dónde estabas tú? En Bloom’s Park, cubriendo de caricias a tu nueva y reluciente mujercita.

—Con mucho gusto habría sido yo tu hombro en el que llorar, Rebecca, en ese entonces y siempre, pero erigiste un muro entre los dos. Y créeme que intenté escalarlo una y otra vez para que me perdonaras. Te negaste y arremetiste contra mí, contra Clarissa, hasta que no me quedó otro medio que apartarme. No puedes echarme ahora en cara que me retirase de la vida pública y, por ende, me perdiese de tu vista. Sobre todo porque en gran medida fue para darte el espacio que requerías para reconstruir tu vida.

—¡Para darme el espacio que...! ¡Por favor! —exclamó ella, entre indignada y perpleja—. No desapareciste del *beau monde* durante tres años para no molestarme, Nile; desapareciste porque tu esposa, la apocada y miedosa Clarissa, odia las aglomeraciones, y porque tú la querías para ti

solo. Y porque a los dos os daba pavor enfrentaros a mí, claro está. Cobardes —escupió con desdén.

Nile inspiró tan hondo que se le irguieron los hombros.

—No voy a negar que la ame. Pero amarla no puede seguir siendo un impedimento para quererte a ti. Estos años no han podido pasar en vano, Rebecca; debes de odiarme algo menos. Solo lo suficiente para oír mis disculpas una vez más y plantearte...

—No te atrevas a decirme lo que debo o no debo plantearme, Nile Inglefeild. Si quiero odiaros a ti y a tu mujer hasta no ser más que polvo y cenizas, eso es exactamente lo que haré.

—¿Y por qué harías algo así? —se desesperó él, y Sonny lamentó tener que posicionarse de su parte cuando se dirigió a Rebecca con inequívoca dulzura—. Ya no te pido que me perdones para visitar a Harding con mi familia sin que suponga una conflagración, sino para que le concedas la mínima cabida a otros sentimientos más puros y gratificantes; esos que te has negado a dar la bienvenida durante los últimos años porque, de acuerdo a no sé diablos quién, debías seguir alimentando tus rencores. Si me mereciera tu eterno desprecio, Rebecca, no estaría aquí. Sabes que no tendría la falta de escrúpulos de atormentarte. Pero lo estoy, y eso significa que ni tú ni yo debemos seguir condenándonos.

—¡Menuda audacia! ¿Por qué me condenarías tú a mí, si se puede saber?

—Por haberme escamoteado el afecto de mi querida Becks. Ni más ni menos.

—Haberte... ¡Eres un miserable! ¿Cómo te atreves a decir algo así? ¡Tú te lo buscaste solo! ¡Prácticamente me forzaste a echarte a patadas!, ¡a alejarte de mí! ¡Y juras que te preocupas por mi vida, por mi estancamiento, pero hete aquí cada cierto tiempo, materializándote solo por nombre o personándote de pronto en una reunión social, para recordarme que existes y que la tragedia aconteció!

—Es que existo, Rebecca. No puedo morirme solo para resarcirte. Y creo que, de todos modos, nunca has querido que me muera. Ya ni siquiera esperas que te ame, ¿verdad? Solo deseas descansar, ¿o crees que no te conozco? Pues descansa, Becks. Respiremos tranquilos.

—¡Vete al infierno!

—Rebecca, te lo ruego...

Sonny decidió que era el momento oportuno para intervenir.

Sabía que todo lo relacionado con Nile Inglefeild debía ser tratado ante Rebecca con el mayor de los tientos, como la mención de Lucifer ante el Señor Todopoderoso. La mayor parte de las veces él se mantenía al margen, no solo por respeto a la regla tácita que sus allegados habían acatado sin rechistar salvo cuando Rebecca permitía un consejo, sino por orgullo. Se negaba a aceptar que Nile seguía siendo su rival aun casado y con dos sanos hijos, entre ellos el futuro marqués.

—Creo que la señorita ya le ha dicho, y más de una vez, que quiere que la deje en paz.

Nile tardó en apartar la vista de Rebecca, convencido de que solo unos segundos más de insistencia bastarían para ablandarla. Y no se equivocaría, porque era cierto que la señorita Wargrave quería descansar de una vez por todas.

En lugar de toparse con la mueca ardida de un hombre interrumpido en pleno ruego, Sonny se enfrentó a la mirada entristecida de quien no podía seguir así un día más. Se odió a sí mismo por compadecerse del tipo que se había jurado despreciar de por vida, pero ¿cómo no hacerlo, si él también se sentía así? ¿Si él era igualmente víctima de la tozudez y las inquinas de la señorita Wargrave, fueran o no justificadas?

—Sí, es verdad. Lo ha dicho —suspiró Nile sin mirar a nadie en particular. Dejó caer los brazos junto a las caderas, los hombros más o menos adelantados en una postura rendida—. Buenas noches, Rebecca. Espero que me perdones por la insistencia... y porque te prometo o te advierto, aquí y ahora, que no pienso renunciar a la esperanza de que lo hagas también por todo lo demás.

Rebecca se enderezó, como correspondía después de haber recibido una amenaza en toda regla. A Sonny le pareció la amenaza más honesta y afectuosa que se podía dirigir contra alguien, o «a alguien», a secas, porque a pesar de ir contra sus deseos, no iba contra su bienestar o su integridad. Al revés. Nile le estaba jurando que seguiría queriéndola en el odio hasta que cambiara su sentir, y, si no lo hacía, entonces se comprometería a respirar veneno el resto de su vida.

Sonny no solo lo entendía, sino que se hallaba en la misma tesitura.

—Eso es, lárgate —masculló ella con los puños apretados, vigilando el camino de regreso de Nile al salón—. Despreciable bastardo... ¿Cuántas veces más piensas arruinarme la noche solo para ganarte el perdón que te hará sentir mejor contigo mismo? ¡No has amado a nadie más que a ti y a tu maldita... a tu condenada...!

—Esposa —completó Sonny, recordándole así que no se había quedado a solas. Rebecca alzó el mentón. Su cara, contraída en una mueca rabiosa, tendió hacia el recelo—. ¿Ni siquiera puedes decirlo todavía?

—Lo que me faltaba —masculló ella. Fue a pasar por su lado para abortar la conversación, pero él se exasperó con su actitud escurridiza y la sujetó del codo para atraerla de nuevo hacia sí. Rebecca se defendió escupiendo un frío—: ¿Qué estás haciendo?

—¿Por eso me has rechazado? —exigió saber Sonny con el alma en vilo. Rebecca no se atrevió a mirarlo a los ojos. Perdió la vista en el ruedo de la falda oscura—. ¿Sigues penando por los Haverford? Porque no creas que no me he dado cuenta de que los rehúyes y te cambia el humor cuando se menciona al marqués. Pensaba, o al menos quería pensar, que se debía al rencor simple y llano. A una cuestión de orgullo. Pero a lo mejor lo amas —esta vez fue él quien apenas pudo pronunciarlo. Se le quebró la voz—. ¿Lo amas?

—Suéltame.

—Dime que lo quieres y lo haré. Puedo luchar contra tu obstinación, tu afán autodestructivo, tus rencores vitalicios..., pero no contra el amor incondicional que una mujer siente por un hombre que ya no está ni estará nunca disponible. —Observó que ella apretaba la mandíbula, impotente, y Sonny la sacudió con un nudo en la garganta—. ¿Es eso? ¿Es que no has dejado de amarlo un solo día? ¿Lo amabas también cuando me besabas a mí?

—Te he dicho que...

—¿De verdad nunca he tenido una posibilidad? —seguía insistiendo él. Ella no podía saberlo porque no conocía el alcance de sus sentimientos, pero se había estado reprimiendo durante toda una vida para no reprocharle los celos que sentía; los celos que, a falta de Rebecca, habían sido su amante y fiel compañera, pues se despertaba y se acostaba con ellos y no dejaban de acosarlo ni un minuto del día. La zarandeó por el codo y buscó su mirada—. ¿De verdad eres incapaz de entregarle tu corazón a otro hombre? Pensaba que solo te lo había roto, pero ¿es que también te lo robó? ¿Te lo envenenó? ¿Qué ha hecho contigo para que yo no pueda aspirar a tenerte ni siquiera hoy, Rebecca?

Ella se deshizo de su agarre con un tirón y lo encaró por fin con el cerco de los ojos enrojecido, las comisuras de la boca apuntando hacia abajo en una mueca en la que se daban la mano la rabia y el dolor.

—Estoy cansada de los caprichos de unos y de otros —siseó entre dientes—. Él pudo haberme hecho lo que quiso, pero tú me has deshecho como te ha apetecido; te has ganado mi desconfianza por méritos propios, sin interferencias de terceros, al actuar con un egoísmo desvergonzado, ¿y ahora tienes la osadía de proclamar que te ha movido el amor desde el origen de los tiempos?

—A veces me ha movido solo unos metros y a veces me ha echado hacia atrás por miedo, pero ahora me empuja en tu dirección. Nadie me advirtió de que, cuando admites tus sentimientos, es como si amaras el doble..., pero así es.

—¡Deja de decir que me quieres! —le gritó—. ¡No es verdad!

Sonny la agarró por los hombros.

—¿Por qué demonios no iba a ser verdad?

—¡Porque nadie me ha querido nunca! —rugió, pero la voz se le rompió a media frase y los sollozos entrecortaron su alegato—. Mi prometido... mi prometido, que antes que eso era mi amigo, mi héroe, mi referencia, prefirió a una mujer que odiaba con todo el fuego de su alma antes que a mí. Mi hermano se casó con mi archienemiga, una persona que dedicó toda su soltería a destruirme con su malevolencia, a sabiendas de que sabotearía mi confianza y mi afecto incondicional. Mi padre... —agachó la cabeza para esconder una tristeza que se remontaba a la infancia, la tristeza más espantosa de todas—. Mi padre no me mira a la cara porque soy el

vivo retrato de mi madre y no me escribe porque soy un fracaso; porque no he conseguido casarme no ya con un aristócrata renombrado, sino con un vulgar burgués. La baronesa era la única persona que me amaba y está muerta; lleva tanto tiempo estándolo que no recuerdo su rostro. Ni siquiera puedo evocar cómo se sentía el amor de otro..., pero eso no significa que deba aceptar que se siente del modo en que me haces sentir tú —le espetó entre dientes—, como si la tierra fuera a abrirse de pronto bajo mis pies o fuese a abatirme un rayo mortal.

Sonny tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no llorar con ella.

—Ningún amor es perfecto, vida mía —susurró—, y ninguno que se jacte de ser verdadero desaparece bajo las presiones del error bienintencionado o negligente. Entiendo que busques la absoluta incondicionalidad y la devoción que mereces, pero no podemos quererte como dioses; podemos quererte como humanos, y me gustaría... desearía... que eso te bastase para ser feliz.

Rebecca sacudió la cabeza, llorando sin parar.

—No insistas. Quiero estar sola.

—No quieres estar sola. Nadie quiere estar solo, y yo en concreto no quiero estar sin ti.

—Cállate.

—Cásate conmigo.

—No.

—Cásate conmigo, Rebecca.

—No...

—Te pido que te cases conmigo. No; te lo ordeno. Lo digo en imperativo y en futuro. Te casarás conmigo.

—¡No! —le espetó con una mirada feroz—. No voy a volver a someterme a lo que pasó hace tres años, ¿te enteras? No voy a exponerme a que cambies de opinión en el último momento y a tener que dedicar mis fuerzas durante el próximo trienio a fingir que has muerto porque la verdad de que no me quisieras lo suficiente me resultará demasiado dolorosa.

—Corrías ese mismo riesgo con Strickland. Incluso más, porque un hombre que te ama no va a plantarte en el altar ni se va a enredar con otra mujer. ¿Por qué conmigo no? ¡Hace unas semanas te habrías casado con cualquiera, maldita sea!

Rebecca le lanzó una mirada cargada de rencor.

—Tú no eres cualquiera.

El corazón de Sonny volvió a latir por fin.

—¿Y no es eso mejor? —musitó con ternura. Le secó las lágrimas con los pulgares.

—¡No, no es mejor! Puedo soportar el rechazo de un cualquiera, pero no el de... no el de... Yo no... —Agachó la cabeza de nuevo y se aferró a las muñecas de Sonny en un arrebato. Pensó que las apartaría, pero solo quería estar en contacto con él. Rendida, musitó—: No puedo casarme contigo porque te quiero y porque me juré hace años que no volvería a ponerme en manos de

nadie con el poder de destruirme. No pienso vivir con el alma en vilo, rogando por el amor de otro; temiendo el día que se canse de corresponderme. No soporto estar sola, es verdad..., pero menos aún soportaría que me dejaras sola en mis sentimientos.

Rebecca se desprendió de él, pestañeando deprisa para deshacerse de lágrimas como puños, lágrimas que no habría permitido que viera nadie excepto Sonny; incluso dolida y vulnerable era mala como el diablo, tan mala que no le importaba matarlo con su llanto.

Se separó tan rápido que él no pudo sobreponerse a tiempo del impacto de su declaración, y para cuando salió en pos de ella para alcanzarla, la estela de su vestido se había perdido no sabía dónde.

La buscó en el tocador, para espanto de las muchachas que en ese momento se empolvaban la nariz; en la salita en la que una joven debutante deleitaba a los asistentes con una pieza al clavicordio; en el salón principal, también, donde el movimiento de las faldas coloridas durante la cuadrilla le produjo un mareo atroz.

Salió del edificio y escudriñó las sombras con el corazón latiéndole en los oídos, en la garganta, e iba a arrojarse sobre su carruaje para ir a su encuentro en Mayfair cuando una imperante voz masculina le interpeló.

—Kinross.

—¿Qué demonios quiere? —masculló él, girándose a desgana y con toda la intención de batirse a puños con quien osara retenerlo.

Le sorprendió toparse de frente con el rostro enrojecido por la rabia del conde de Jersey, pero más aún con su mirada acerada, que por lo normal pertenecía a un hombre tranquilo.

—Quiero que se encuentre conmigo al amanecer el próximo viernes, eso quiero —respondió con engañosa ligereza. Se quitó el guante despacio y se lo arrojó a los pies con un desprecio que obligó a Sonny a prestarle atención—. Traiga padrino, pistola y solo la mitad del valor que ha demostrado acostándose con mi esposa.

Capítulo 23

Harding Wargrave y su esposa se habían marchado de la fiesta antes de la hora estipulada, incapaces de seguir conteniendo el anhelo de tocarse. Por supuesto, habían ido a buscar a Rebecca para preguntarle si requería a su hermano mayor o si le gustaría marcharse con ellos: de forma escueta y procurando no levantar sospechas con sus ojos enrojecidos, les había pedido que le hicieran un hueco en el carruaje.

Nada más llegar a la casa, apenas unos minutos después —la distancia entre Strickland's y Mayfair podía cubrirse a pie sin esfuerzos—, Rebecca se había disculpado alegando sufrir una migraña espantosa y había solicitado que le prepararan un baño.

Esa fue la segunda pista que Harding obtuvo para confirmar que su hermana no se encontraba bien.

—Tienes que aprender a dejar que sea ella la que se acerque a ti cuando esté preparada —le dijo Verity, agarrándolo del brazo para evitar que fuese en su busca escalera arriba. La tentación de quedarse era casi insoportable, y no porque supiera que su esposa tenía razón, sino porque llevaba un vestido muy escotado y ya se había soltado la melena cobriza. Pero el deber era el deber, se decía—. No puedes seguir atosigándola con tu insistencia. Ha cumplido veintiún años y es mucho más madura de lo que le concedes, hermanito sobreprotector. Además de que, a veces, una joven solo requiere un baño y un rato lamentándose a oscuras para sentir que todo vuelve a su cauce.

—¿Y no será que dices eso porque me quieres tener solo para ti?

Verity encogió los hombros con esa coquetería innata que llevaba meses obnubilándolo.

—Si las mujeres saben emprender dos actividades al mismo tiempo, ¿a quién le extrañaría que también supiera matar dos pájaros de un tiro? —suspiró para restarle hierro a su frivolidad y extendió los brazos desde el escritorio, donde había tomado asiento, para ofrecerle el reposo de su pecho rebosante—. Créeme cuando te digo que, en este tiempo, he aprendido a tomarle cariño a tu hermana y tengo el mismo interés que tú en que sufra a escondidas, que es ninguno. El primer paso hacia su recuperación consiste en que quienes estamos a su alrededor actuemos con normalidad después de que haya coincidido con Nile.

Harding imitó el suspiro de Verity, aunque con un rastro exasperado, y aceptó la invitación de su esposa rodeándole la cintura con los brazos. Descansó la mejilla sobre la tierna redondez de su hombro unos segundos antes de buscar su mirada con una sonrisa.

—¿Naciste así de sabia, o puede ser que yo haya tenido la suerte de significar lo suficiente

para ti como para inspirar tus consejos?

—Se supone que el amor es la raíz de todo, ¿no? —Le guiñó un ojo—. Desde luego, siento que he adquirido un milenio de sabiduría desde que duermo en compañía.

Harding se quedó un buen rato buceando en sus ojos, que a ratos sentía que le engañaban.

Siempre había tenido una mirada risueña, traviesa; feliz, en definitiva. Por esta razón no podía saber con total seguridad si estaba más o menos satisfecha desde que contrajeron matrimonio. Meses después de la inolvidable luna de miel, Harding todavía se sorprendía rabiando de impotencia por no poder leerle el pensamiento, por las limitaciones físicas y mentales que le impedían hacerla feliz hasta el punto de dejarla al borde de la muerte.

—No os está resultando tan difícil vivir juntas, entonces —murmuró él—. Rebecca asegura que no, y tú también; tú eres más convincente que ella, pero, aun así... No os habréis compinchado para convencerme de que todo marcha sobre ruedas cuando en realidad os lanzáis puñales cada vez que me doy la vuelta, ¿verdad?

Verity se echó a reír.

—Por supuesto que no. Nos lanzamos puñales, claro, pero por la fuerza de la costumbre, y no están especialmente afilados. Es más; sospecho que, muy en el fondo, Rebecca se alegra de tener cerca una mujer con la que hablar.

—Yo también lo creo. Y que te admira —añadió, y se le escapó una sonrisa nostálgica—. A lo mejor deberías haber aprovechado eso para llamar mi atención. Ya sabes, conquistarme a través de la amistad con mi hermana, no de vuestra rivalidad. Me habría rendido a ti el primer día... Aunque, claro está, si yo hubiera sido tan fácil, no me habrías amado igual.

—Tonterías. Tus cualidades no me resultaban más fascinantes porque las ocultaras de mí. Pero no voy a negar que fuese divertido tratar de seducirte —apostilló con una sonrisita juguetona.

—Acerca de tus incomprensibles intentos de seducción... —ignoró la teatral mirada de reproche de Verity para perder la vista en el techo, divertido—, siempre he albergado una duda. O una sospecha, más bien. A menudo me quedo dormido después de ti, y ni una sola vez te he visto en pleno ataque o me he despertado porque hayas sufrido un brote de sonambulismo.

—¡Oh! No soy sonámbula. —Agitó la mano en el aire para restarle importancia—. Lo fingí.

—¿Lo fingiste? —repitió, anonadado aun habiéndoselo imaginado—. ¿Por qué?

—Pretendía que te fijaras en mi cuerpo.

—¿Paseándote en paños menores por Royston Place?

—A grandes males, grandes remedios.

—Y tan grandes —murmuró Harding con la vista perdida en los pechos que el corsé ofrecía descaradamente. Enterró la nariz en la línea del escote y besó la agresiva curvatura de sus senos con fervor, deleitado con las sonoras carcajadas de Verity—. Lo conseguiste, por cierto.

—Pues no me besaste esa noche —se quejó ella, y lo castigó tirándole del pelo para que apartara la cabeza de su rincón preferido del mundo entero.

—Porque no siempre puede usted ganar, señora Wargrave.

Verity enarcó una ceja. La sonrisa se le había ladeado hacia la malicia, como tenía propensión cada vez que el ambiente se caldeaba y sus manos escurridizas alcanzaban los rincones de su anatomía que no debían ser tocados sino en la intimidad del lecho.

—¿Ah, no? —susurró, cubriéndole la entrepierna con la palma. Empezó a frotar muy despacio—. ¿Y por qué, si se puede saber? ¿Acaso no ganas tú también cuando yo celebro una victoria...?

Harding se mordió la lengua para no gemir. No tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse; el imperativo de una voz conocida discutiendo con el débil mayordomo, un portazo y unos pasos apresurados irrumpieron en la tranquilidad de la casa.

Verity detuvo el movimiento, pero fue Harding quien le quitó la mano.

Intercambiaron una mirada de extrañeza.

—¿Qué...? —empezó él.

—¡No puede entrar sin permiso! —exclamaba el criado—. ¡Señor, por favor! ¡Al final conseguirá que pierda mi trabajo!

—¡Como usted comprenderá, como quiera que se llame, me importa más no perder yo mi única oportunidad de ser feliz!

—¡Me llamo Robb!

—¡Muy bien, Robb! ¡Ahora apártese de mi camino!

La puerta se abrió de golpe, señal inequívoca de que o bien Robb había obedecido la orden del iracundo Sonny Kinross o bien este lo había matado para acabar rápido con los obstáculos.

Harding se giró justo a tiempo para ver a su amigo agitado y sudoroso, sin la chaqueta, con la camisa arrugada y abierta por el pecho, el cabello más o menos pegado a la frente. Estuvo seguro de que había corrido de Strickland’s hasta el veintisiete de Mayfair tan rápido como se lo habían permitido las piernas, y no era un asunto menor el que le había traído hasta allí, o eso advertía el fuego en sus ojos.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —se horrorizó Verity, que se percató mucho antes de la rojez muy pronto cerúlea de su mejilla.

—Me he acostado con una mujer casada.

—¿Eso vienes a contarme a estas horas y sin previa invitación? —se asombró Harding. No hubo acritud en su tono, solo simple y llana incredulidad—. ¿La historia de tu vida?

—No... o sí —contestó, abriéndose paso en la habitación con la barbilla gacha, mirando a quien solo podía ser su objetivo a través de las pestañas—, porque la historia de mi vida es esta: nací, crecí, vi a tu hermana y ahora creo que me voy a morir. Me van a matar sin antes haberla

tenido.

Harding reaccionó como su cuerpo estableció un buen día que haría ante la más ligera mención de su hermana: se enderezó igual que un soldado al que hubiesen pinchado con la bayoneta y crispó los puños.

—Por supuesto que vas a morir: a manos mías, si sigues con tus absurdas...

Sonny no vio venir el siguiente movimiento de Sonny, y eso ya era decir porque había aprendido a anticiparse a sus reacciones. Al menos, fuera del cuadrilátero. Pero el Kinross que le estaba visitando no era su jovial amigo, no era el mentor que se tomaba con ligereza los puñetazos en un combate amistoso; era alguien a quien él no había visto antes, un tipo sobrecogido por el miedo y por eso mismo determinado a defender su último deseo.

Por fortuna, no estaba casi levantándolo del suelo por las solapas de la chaqueta porque pretendiera zarandearlo.

—Quiero que me dejes casarme con tu hermana. Esta noche —se las arregló para sonar suplicante y exigente a la vez—. Dame tu beneplácito.

—¿Qué?

Harding esperó unas explicaciones que no llegaron.

—Dame tu beneplácito.

—Sonny...

—Dame tu beneplácito.

—¡Basta! —exclamó, y se despojó de sus manos con un empujón indignado—. ¡Siempre estás igual, maldita sea! ¡No puedes llegar e imponer tus deseos! ¡No vas a convencer a nadie simplemente repitiendo una y otra vez lo que quieres! ¡No es así como funciona!

Habría continuado su retahíla de reproches si Sonny no hubiese pasado de nuevo a la acción, ahora arrodillándose ante un cada vez más perplejo Harding. Se agarró a los extremos inferiores de su chaqueta para no perder el equilibrio. No quiso mirar a su amigo a los ojos porque la intuición le decía que sería incapaz de decirle que no, y así fue: aquella no era la cara de Sonny Kinross, o a lo mejor era la verdadera cara de Sonny Kinross, la que solo sacaba a relucir cuando su vida dependía de ello.

—Dame tu beneplácito —insistió.

—¿A qué viene esto? —se desesperó Harding.

—A que la quiere —respondió Verity con suavidad. Se giró a mirar a su esposa, perplejo, y se ablandó ligeramente al ver que la futura baronesa contemplaba la posición de Sonny con ternura y entendimiento—. ¿A qué, si no?

—Por el amor de Dios... ¿De qué estás hablando? ¡Este tipo solo se quiere a sí mismo!

—¿De qué estás hablando tú? No actúes como si llevaras toda la vida teniendo exclusivamente ojos para mí, Harding. Si no has caminado por el mundo llevándolos vendados, y

me consta que no lo has hecho, te habrás percatado de lo que sucede entre tu amigo y tu hermana.

—¿Ahora se supone que mi hermana quiere a Sonny también?

—No se supone. Es así. Lo que pasa es que no quiere ni puede aceptarlo. No son más que un par de desgraciados y cobardes con un miedo insoportable a que les partan el corazón. Sé bueno, Harding; dale tu beneplácito.

El aludido se pasó una mano por la cara, nervioso de una manera inexplicable. Él ya había realizado su pedida de mano, ya se había casado, ya había pasado por los lances vitales más importantes en la vida de un hombre enamorado.

¿Entonces? ¿Qué era esa ardiente preocupación por cometer un error?

¿Por qué se sentía desfallecer?

Porque se trataba de Rebecca. Entregar a su hermana pequeña le producía las mismas y terribles emociones que asumir que era débil ante una mujer, una persona externa, un elemento incontrolable que podría destruirle en cualquier momento.

—Rebecca es lo más preciado para mí —se justificó Harding con voz queda.

—También para mí —respondió Sonny. Aunque su posición era vulnerable, su mirada estaba revestida de acero—. No me hagas propinarte una paliza, Harding, sobre todo a sabiendas del daño que puedo procurarte. Le diste la mano de Rebecca al condenado Haverford, un tipo que saltaba a la vista que no la amaba como ella deseaba ser amada, y se la diste porque en el fondo te convenció la idea de que tu mejor amigo formara parte de tu familia. Y, mira, te salió el tiro por la culata.

—¿A qué viene eso ahora?

—Entiendo tus reticencias, el miedo a cometer la misma equivocación, pero yo no soy Haverford; yo soy el que debió gozar de los privilegios de Haverford —se corrigió con vehemencia—. Yo soy el hombre que ama a Rebecca Wargrave. Yo soy el hombre al que tuviste que dar tu beneplácito en su día por una sencilla razón, que es que estoy dispuesto a sacrificar mi amistad contigo, a golpearte hasta la muerte, para ser suyo una sola noche. Doce horas, seis horas; un minuto. Lo que sea. Para mí, Rebecca es más importante que tú.

Harding se sentía acorralado. Era consciente de que Sonny no decía más que la verdad, porque nunca había mentido mirando a los ojos a nadie; nunca se había desgarrado antes con semejante pasión.

Ahora se desplegaban ante sus ojos todos esos recuerdos de años y años en los que le había colgado la etiqueta de perseguidor cuando en realidad era el perseguido por los males del enamorado, correspondido o no.

Aun y con todo, le costaba tanto decir las palabras que se decantó por otro reproche.

—Eres un casanova.

Verity le puso una mano en el hombro y meneó la cabeza despacio.

«No, no lo es», parecía decirle. «Y si lo fuera, eso no sería un problema. Ya no».

Harding también lo pensaba, y tuvo que tragar saliva para tratar de deshacer el nudo en la garganta.

¿Quién podía reprocharle a un hombre que hubiese buscado en otras camas el amor e incluso el respeto que se le negaba en su propia casa, en el que quería que fuese su hogar? Harding jamás se había atrevido a mirar a Verity por encima del hombro por cartearse o coquetear con caballeros estando a la vez enamorada de él. ¿Qué podría haberle recriminado, si abría un abismo tras otro entre los dos? Tal parecía que los Wargrave tendieran a desdeñar el afecto de quien era en realidad la persona indicada para ellos.

—Tiene que ser ella la que te dé el sí —se oyó responder como si hablara desde el fondo de un pozo—. Es mayor de edad, y a estas alturas sabe mejor que yo lo que la hará feliz.

Sonny se puso en pie a toda prisa sin apartar la vista de Harding.

Había en él una seguridad que no había visto más que en Nile la noche que proclamó estar enamorado de su esposa, incluso siendo esta una mujer difícil; la que vio en Sean Connor la madrugada que lo arrancó de un apacible desayuno para que fuese testigo de su acelerada y secreta —mas no por ello menos romántica— boda con Primrose; la que vio en sí mismo cuando regresó a su dormitorio después de cargar en brazos a Verity hasta el suyo, bien entrada la madrugada, y se miró al espejo para preguntarse qué le estaba ocurriendo.

Se enorgulleció de que Sonny fuese tan valiente y se enorgulleció de que fuera quien iba a conseguir que Rebecca floreciese de nuevo. Lo supo de repente, como si un relámpago hubiese alumbrado la estancia; una iluminación divina. Aquel tipo a menudo desgreñado que incomodaba a la par que colmaba de anhelos a las mujeres con sus sonrisas torcidas, aquel tipo que solo se levantaba de la cama cuando le esperaba algo interesante al otro lado de la puerta, aquel tipo que siempre tenía una mano extendida para ayudar a sus amigos... Aquel tipo era el indicado. Y lo era porque siempre había mirado a Rebecca de un modo que despertaba en Harding una preocupación que quitaba el sueño; que despertaba en la propia joven la necesidad de ponerse a salvo.

Era el indicado porque no había dejado sola a Rebecca ni un solo día.

Ni siquiera cuando hasta su propio hermano lo hizo.

La tarde que Harding no estuvo ni a su lado ni de su parte, tratando de detenerla a las puertas de St James, Sonny salió a la intemperie, a riesgo de morirse de una hipotermia, para evitar que la lluvia la calara. Antes la había perseguido por todo el club para que no recibiera un golpe indirecto; para que Desmond Burton no la desmontara de un agravio del que no pudiese recuperarse nunca.

Sonny asintió en silencio, comprendiendo que Harding le había otorgado por fin su

aprobación, y en lugar de deshacerse en agradecimientos innecesarios, desapareció como había aparecido para reclamar su premio.

No tenía tiempo que perder.

Bastante había perdido ya.

—¿Crees que me arrepentiré? —preguntó Harding en voz baja en cuanto se quedó a solas con Verity.

Sintió que volvía a ponerle la mano en la espalda, ahora para palmeársela con esa tierna condescendencia de sabia que le recordaba que el peso del mundo no volvería a descansar sobre sus hombros.

No mientras ella estuviese allí.

—Creo que, si lo haces o no, es irrelevante —respondió con docilidad—. Al final, esta no es tu historia de amor. Es la suya.

Capítulo 24

Qué extraña era la sensación de toparse con alguien a quien ya se había dicho adiós. En eso pensaba Rebecca mientras se frotaba los brazos en la comodidad de la bañera, donde llevaba enclaustrada desde hacía media hora. El agua había empezado a enfriarse, pero tenía la intención de permanecer allí sentada hasta que se le arrugaran las yemas de los dedos y hubiera perdido la sensibilidad del cuerpo. Luego, su doncella la regañaría por no haberla hecho llamar con un par de calderos de agua hirviendo para reactivar los vapores del baño; por haberse expuesto a un resfriado de forma deliberada.

Pero poco le preocupaba a Rebecca enfrentarse a una reprimenda.

En su mente coincidían los recuerdos más recientes de su encontronazo con Nile, la declaración de Sonny, las escenas de amor cotidiano que había presenciado entre Verity y su hermano, el dolor de la pérdida de Cassius; todo cuanto había empezado a componer su vida en los últimos tiempos. Había pensado equívocamente que no podría apartar de su cabeza las palabras del marqués de Haverford, que pasaría una semana en cama o, al menos, con ansias de refugiarse bajo las sábanas, hasta superar el impacto de haber vuelto a hablar con él. Pero lo único que Rebecca había sentido en su presencia había sido cansancio, y aunque había reaccionado con rabia, se había percatado muy pronto de que su ira no estaba viva, ya no borboteaba; era apenas un vago recuerdo del dolor que sintió años atrás y al que se había acostumbrado hasta el punto de repetir por vicio los hirientes reproches de siempre.

¿Significaba eso que quisiera perdonarlo?, se preguntaba.

Quizá no. A esas alturas había aprendido a vivir sin él, y opinaba que no merecía la pena otorgarle el perdón a alguien a quien no se pretendía volver a introducir en la rutina.

¿Significaba eso que no lo amaba ya como el amigo que fue? Esa duda la hacía estremecerse. La había estado evitando con obstinación.

Rebecca recogió las piernas bajo las aguas y se abrazó las rodillas. Descansó la mejilla entre la depresión que formaban y se quedó con la mirada perdida en un punto de la pared.

Sabía de buena tinta que era una persona rencorosa y vengativa. Esos rasgos de personalidad provenían de un riguroso sentido de la justicia, uno muy fácil de traicionar involuntariamente debido a su fragilidad, y de un carácter sensible que con todo se dolía. Rebecca se había resignado a lo que le había venido dado de fábrica y había procurado serle fiel desde el preciso día que aceptó quién era. Le costaba comprender cómo era posible que, de repente, sus inquinas se hubiesen atenuado y el hastío se hubiera impuesto a su deseo de tomar represalias.

A decir verdad, lo único que ocupaba su pensamiento de un tiempo a esa parte era tan humano como terriblemente desleal a su propósito de defender que había sido maltratada: opinaba que su hermano y Verity hacían una pareja de ensueño, que se merecían el uno al otro y no podrían haber hecho nada distinto de casarse. Opinaba lo que largo tiempo atrás le había dicho la sabia Primrose; que Nile Inglefeild nunca fue y nunca habría sido el hombre adecuado por el simple hecho de que no la amaba, y ella merecía a alguien que la amaba.

Y, sobre todo, había concluido que Sonny no había sido un infatigable perseguidor porque ella lo había perseguido del mismo modo replicando sus provocaciones en idéntica medida, a veces hasta teniendo la iniciativa.

Rebecca suspiró con su nombre atrapado entre las sienes.

—Sonny... —murmuró, dibujando círculos en la superficie del agua con gesto entristecido—. ¿Qué voy a hacer contigo? O, mejor dicho... ¿Qué puedes tú hacer conmigo?

—Convertirte en mi esposa —le pareció que respondía.

Rebecca volvió a suspirar, ahora más fuerte, y cerró los ojos.

Ahora podía invocar su voz y su palabra; así de obsesionaba estaba.

—No puedo. Acabo de recuperarme del rechazo de Nile, acabo de... de... Y no sé si la he perdonado, pero desde luego ya no permito que la presencia de Verity me haga sufrir. Exponerme tan pronto, tan rápido, o solo exponerme a secas de nuevo al padecimiento del amor, me causaría... No sé qué me causaría. No viviría para contarlo.

—Soy yo el que no vivirá para contarlo, Rebecca, y, aun así, me gustaría poder decir a lo largo de esta noche y lo que me quede de mañana que tuve a la mujer que amaba aunque fuera una vez.

Ella se enderezó, ceñuda. La voz de Sonny había sonado más cerca, y había respondido al planteamiento de sus preocupaciones con una concreción que ella no podría haberse inventado.

Alzó la barbilla y por poco se desmayó de la impresión de verlo aparecer bajo el umbral de la habitación de aseo. Cerró la puerta tras él.

Rebecca se protegió los pechos desnudos abrazándose los hombros y mantuvo las piernas encogidas.

—¡¿Se puede saber qué estás haciendo?! —rugió, pero su determinación se fue disolviendo en las mareas de la timidez conforme Sonny se acercó—. Márchate de... de aquí... ahora... mis... mismo... ¿Es que mi hermano no te ha...? Si Harding descubre que... ¡Por Dios santo! —aulló con los ojos como platos. Él se había arrodillado a un lado de la bañera, lo que le permitió apreciar con rigurosa claridad los efectos de un golpe violento. Olvidó que debía cubrirse y tomó su rostro entre las manos—. ¿Qué te ha pasado? ¿Vienes de pelearte? No, porque aún llevas el frac. ¿Quién te ha hecho esto...?

Él interrumpió su interrogatorio cabeceando hacia la mano con la que Rebecca cubría la

mejilla magullada. Lo vio tomar su antebrazo con delicadeza y besarla en la palma, en la cara interna de la muñeca, en la yema del dedo corazón. Ella no pudo sino contemplar su amorosa dedicación con un nudo en la garganta y el pulso latiéndole en los oídos.

—Me bebería toda el agua de esta bañera solo porque ha tocado tu cuerpo —murmuró él, todavía con los ojos cerrados y la boca pegada a su mano.

Rebecca se ruborizó, y tal fue su pasmo con la escandalosa declaración que olvidó lo terriblemente inapropiada que era la escena.

—¿Qué estás diciendo, sinvergüenza? ¡No puedes soltar cuanto te viene a la cabeza así, sin más! —gimoteó con el alma en vilo. Por más que luchó por recuperar su brazo y sumergirlo en las aguas, donde él no pudiera alcanzarlo, esa noche Sonny era más fuerte y no consiguió desprenderse de la caricia de sus labios—. Emerson Kinross, te ruego que seas un caballero y...

—No puedo ser más caballero de lo que lo estoy siendo ahora, Rebecca. Te he pedido matrimonio, algo perfectamente legal. Y adecuado, también, sobre todo considerando que me quieres.

Le habría encantado obedecer sus impulsos autodestructivos y espetarle que eso era falso, pero aun habiendo sido víctima de sus emociones en la velada de Strickland’s y habiendo olvidado la mitad de lo sucedido, se acordaba con bochornosa claridad de haberle declarado sus confusos sentimientos.

Además, cometió el error de mirarlo a los ojos y conmoverse con la caída de su flequillo oscuro sobre la mirada vulnerable, con la leve hinchazón de un golpe que con toda probabilidad se habría tenido merecido, con la dulzura con la que seguía acunando su mano, como un niño aferraba su juguete preferido.

«Nadie me lo va a quitar», parecía proclamar con el gesto.

Rebecca salió de su ensimismamiento al repetir para sí lo que él le había confesado nada más llegar.

—¿Qué has querido decir con que serás tú quien no viva para contarlo? ¿Te has buscado un problema, Sonny?

Él le sostuvo la mirada con cautela, esperando adelantarse a su reacción.

—Digamos que es posible que... Es posible que el conde de Jersey haya descubierto que tuve una relación carnal con su esposa y haya decidido retarme a duelo para resarcir su honor. Cierto es que los duelos son ilegales desde hace algún tiempo, pero si alguien pusiera al corriente a la Policía Metropolitana, se entendería como un acto de cobardía por parte del ofensor, y en cualquier caso el ofendido ya me ha advertido que, con o sin la solemnidad de un duelo propiamente dicho, va a encajarme una bala en el cráneo, o sea que no serviría de mucho...

Rebecca había dejado de escuchar después de la primera frase.

—Una relación carnal con su esposa.

—Ajá.

—Con lady Jersey.

—Así es —le concedió sin pestañear. No quería perderse ni una sola de las expresiones de la joven. Ella le dio el gusto de conocer cada uno de los matices de su indignación poniéndose de todos los colores.

—¿Desde cuándo? —Sacudió la cabeza. Eso no era lo importante—. ¿Hasta cuándo?

—La última vez que fui a verla fue... ¿Un par de semanas después de que comenzara la temporada? Sí, yo diría que sí.

—Un par de semanas después de que... —No pudo completar la frase. Una rabia candente le subió desde el vientre hasta la garganta y le estalló en la boca en forma de aullido. Recuperó por fin su mano del encierro posesivo de las de Sonny y, sin importarle si se quedaba desnuda en una bañera vacía, empezó a salpicarle agua con violencia—. ¡Y te atreves a presentarte aquí, a decirme que me quieres, incluso, y que me case contigo, cuando has estado durmiendo con otras todo este tiempo! ¡Hasta cuando ya te habías comprometido a ayudarme a desenmascarar a Strickland... algo que también tramaste tú, por cierto! ¡Eres un sinvergüenza! ¡Canalla! ¡Un... un... un esbirro de Satán, perverso y retorcido! ¡Te odio!

Sonny se las arregló para frenar el ataque furibundo agarrándola por las muñecas. Rebecca se sacudió como si la hubiera poseído el diablo, y la comparación no distaba mucho de la realidad, porque lo que se le había metido por el cuerpo era el terrible monstruo de los celos. Tan abrumada estaba por las imágenes que la habían empezado a asediar —noches de pasión entre la bella y morena lady Jersey y Sonny, escenas en las que le hacía virguerías similares a las que le había hecho a ella... o peores—, que no se dio cuenta de que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Llevo sin tocarla, sin mirar en su dirección, desde que tú me dijiste en el club que me perdonabas —le explicó él. Buscaba su mirada, pero Rebecca se la había negado—. Y si me acosté con ella ese día fue por puro despecho y porque soy... un sinvergüenza y un canalla, eso es. No te equivocas. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad? —añadió con suavidad. Rebecca vio con el rabillo del ojo que él sonreía apenado—. Sabes lo peor de mí. Ahora solo te queda descubrir lo mejor.

—Quieres que me case contigo y ni siquiera has sido capaz de poner en pausa tus aventuras amorosas para centrarte en conquistarme.

—Con mucho gusto me impondría el celibato durante cuantos años pretendieras castigarme por ligero de cascos —le aseguró—, pero mañana podría estar muerto o bien en la cárcel por matar a Jersey, y preferiría no pasar mi última noche haciendo promesas que no sé si podré cumplir.

—¿Y cómo pretendes pasar esta última noche? ¿Torturándome?

—Siento que la verdad sea tan poco halagadora, pero quería ser sincero contigo.

—¿Me lo habrías dicho si Jersey no te hubiese retado?

—Yo te contaría todos mis secretos, Rebecca; los humillantes y los halagüeños —respondió con humildad—. Si no los sabes aún es porque no has preguntado.

Se odió por ablandarse tan fácilmente. Acababa de confesar que había estado metiéndose en la cama de una mujer casada, y ni eso, ni el pleno conocimiento de que no habría sido la primera, de que habría cometido tropelías similares y de peor calibre, lograba ni lograría jamás que lo mirase de un modo distinto. Bastante lo había torturado ya con sus desdenes, con su frialdad, y, lo que le resultaba aún más insoportable: bastante se había negado ya ella la felicidad que solo había paladeado entre sus brazos.

Se mordió el labio inferior para contener un absurdo puchero, todavía ardiendo de celos.

—No me puedo creer que me haya enamorado de un mujeriego —sollozó.

—Y yo no me puedo creer que me haya enamorado de una mujer que me recrimina que buscara calor en otros cuerpos mientras ella se comprometía a pasar el resto de sus días con Strickland.

—¡No es lo mismo!

—Es verdad. Lo tuyo es peor.

—¡Encima va a ser mi culpa!

—Si me dices que me quieres, Rebecca, no volveré a responder al adjetivo de mujeriego. Seré *Rebeccariego*.

—Eso suena fatal —siguió gimoteando entre lágrimas.

—Es verdad —se rio.

Sonny acunó su mejilla con la palma y se inclinó hacia delante para relajar con tiernos besos la boca que insistía en fruncir. Rebecca tardó en ceder, pero lo hizo: separó los labios con un suspiro impotente y recibió la caricia húmeda de la lengua con unas ansias que no podría haber reconocido en voz alta.

Con la entrega de su boca llegó la rendición, que se manifestó en la relajación de los músculos endurecidos. En cuanto Sonny le rozó un pezón erecto con el pulgar para luego cubrirle el pecho entero, Rebecca separó los muslos y se abrazó a sus hombros con desesperación. Él casi perdió el equilibrio y acabó cayendo de cabeza en la bañera, cosa que le hizo reírse contra la boca tierna de la joven y advertirla en tono juguetón.

—Cuidado, que como entre en tu reino de agua y jabón, me enterraré tan profundo en ti que ni Dios en persona podrá arrancarme de tu cuerpo.

—¡Deja de decir obscenidades! —balbuceó, tan roja que no se sentía las mejillas.

—No he venido solo a decirlas —confesó en voz baja, y se separó para mirarla a los ojos con una solemnidad que pocas veces le había visto antes—. Dime que sí, Rebecca; di que te casarás conmigo para que al menos pueda decir que morí siendo tuyo.

—Si lo que pretendes es acostarte conmigo...

—No pienso acostarme contigo si no eres mi esposa.

Rebecca pestañeó, perpleja.

—¿Y eso lo dice el hombre que se encama con quien que le gusta sin compromiso alguno?

—Tú no eres una de esas «que me gustan». Eres el sueño de mi vida, ¿entiendes? Por favor... —la convenció volviendo a besarla en la comisura de los labios, luego en el centro, después en la otra comisura; los besos se trasladaron más abajo, a la barbilla y al cuello, al pezón endurecido por el agua fría, y, finalmente, en la raíz del pelo—. Cásate conmigo, reina mía.

En un segundo, Rebecca había sido catapultada al séptimo cielo. Tenía los ojos cerrados y se dejaba mimar por la boca impaciente de un hombre que no solo le decía que la amaba, que no solo se lo demostraba, sino que exudaba ese amor mil veces expresado por cada uno de los poros. Estaba implícito en su mirada, en la sonrisa que reservaba para ella en exclusiva. No estaba segura de saber lo que hacía, de que fuese lo correcto, pero por una vez no le importó.

—De acuerdo —murmuró.

Sonny sonrió tan cerca de su boca que, aun sin verlo, lo sintió en sus adentros como una corazonada imposible de ignorar. Acto seguido, y para su completo asombro, se incorporó de un salto y se dirigió a la salida.

Rebecca estaba a punto de preguntar si pretendía abandonarla cuando abrió la puerta y gesticuló hacia el pasillo.

—Adelante, padre.

—¿Padre? —se alarmó ella, creyendo que se trataría de Robert Kinross.

—Entre de espaldas, que la señorita está en paños menores.

—Sonny... —empezó a advertirlo, abrazada a los hombros en un arrebato de mojigatería. La cantidad de agua había menguado de forma significativa después de su arranque de celos, y ahora le llegaba a la altura del ombligo. Comprobó, anonadada, que el padre en cuestión era un vicario. Este obedeció las indicaciones del atrevido señor Kinross accediendo de espaldas a la estancia—. ¡Sonny! —repitió con voz aguda.

—Tranquila —la apaciguó con una sonrisa que no ocultaba cuánto se estaba divirtiendo. Rebecca quiso enfadarse, pero de un tiempo a esa parte había empezado a resultarle imposible no conmoverse con su carácter risueño—. Mientras de mí dependa, nadie te verá en tu estado natural. Cuando quiera, padre, puede proceder.

—¿Proceder? ¿Lo tenías preparado? —jadeó ella, ruborizada.

Sonny le lanzó un guiño que la convenció de que al día siguiente seguiría vivo; de que sería inmortal, incluso, porque ningún hombre angustiado por su futuro, ningún hombre con una sentencia de muerte, mostraría semejante despreocupación.

—Por supuesto. Le estamos esperando —canturreó con brío hacia el sacerdote.

Rebecca le lanzó una mirada entre perpleja y recelosa, y aunque se debilitó contemplando su perfil y la pose regia que emuló de pie a su lado en la bañera —barbilla erguida, manos entrelazadas en el regazo—, se le ocurrió que le importaba un rábano si había vuelto a manipularla para salirse con la suya; incluso se alegraría internamente de que se hubiese inventado la historia de los condes de Jersey solo para asegurarse de que se casaba con él.

Nadie se había tomado tantas molestias con ella jamás.

Nadie a quien ella hubiera amado también.

—Estamos aquí reunidos para celebrar el enlace entre el señor Emerson Kinross y la honorable señorita Rebecca Wargrave... —comenzó el vicario.

Ella buscó la mirada de Sonny.

«¿Cuánto le has pagado para que acceda a hacer algo así?», le preguntó moviendo los labios. Él solo se encogió de hombros, dando a entender que el misterio se quedaría flotando entre los dos. Rebecca meneó la cabeza, en teoría con desaprobación, pero se le acabó escapando una sonrisa que Sonny interceptó y le celebró robándole un beso en la coronilla.

Rebecca solo escuchaba los latidos agitados de su corazón acaparándole los oídos, el centro de la garganta, el pecho y hasta las sienes. No oyó una palabra de la breve introducción del vicario.

Se imaginaba la escena y aún no podía creerlo. El hombre de Dios, de espaldas a los novios celebrando una boda como si estuviera acostumbrado a tamañas excentricidades; ella desnuda y encogida en una bañera de agua fría, y él de pie a su lado, como un soldado a punto de recibir un honor, pero con la mejilla magullada y una espada de Damocles sobre la cabeza.

No era la boda que Rebecca había imaginado siendo niña, ni mucho menos aquella que fantaseaba con tener una vez Nile pidiera su mano, y, sin embargo, no le importó. Hizo la promesa de amarlo, honrarlo, respetarlo y hasta obedecerlo —esto sin tanto convencimiento—, como exigían los votos habituales; él hizo la suya un rato repitiendo lo mismo unos instantes después.

Tan pronto como el vicario los declaró cónyuges en lo bueno y en lo malo, Sonny lo echó con cajas destempladas de la habitación para quedarse a solas con su mujer... y con ningún otro fin que enseñarle con sus manos lo que verdaderamente era bueno del matrimonio.

Capítulo 25

A Rebecca no le dio tiempo a preguntarse qué sucedería a continuación. En cuanto Sonny cerró la puerta, se dirigió hacia ella como si Jersey le estuviese esperando ya armado en el recibidor y apenas le hubiera concedido unos minutos de cortesía para despedirse. La sacó de la bañera cogiéndola en brazos, y pareció que ni siquiera empapada pesaba más que una pluma.

Aunque estaba desnuda y eso la mortificaba, no se escondió de él y tampoco se opuso a que la depositara en la cama.

Sonny se quedó de pie un instante para recorrer su cuerpo de arriba abajo con un brillo ambicioso en la mirada, un brillo tan posesivo que podría haberla asustado si no se hubiese sentido igual de dueña de él. Si la sobrecogió que se inclinara hacia delante, acorralándola entre sus brazos, no fue por miedo sino por anticipación y por el alivio de que le dijera:

—Ahora eres mi mujer. Mi mujer. Mi mujer —repetía una y otra vez—. Mía.

—¿Y eso qué significa? —balbuceó, temblando por el cambio de temperatura y por la determinación que se podía leer en el semblante de Sonny—. ¿Qué... qué significa para ti?

Él se cernió sobre la joven y la aplastó con su pecho, colmado de bellas sensaciones. La besó dulcemente en los labios y habló contra ellos con una sinceridad desgarradora.

—Significa que estoy blindado ante la muerte. Ya nada salvo tú puede acabar conmigo.

Rebecca se estremeció, no tan desacostumbrada a su romanticismo como había tratado de fingir durante largo tiempo. Siempre había sido descaradamente atrevido con ella; la diferencia era que no lo había querido ver... o no había podido hacerlo, ocupada como estaba priorizando otras cuestiones no tan deseables.

Le rodeó los hombros con los brazos temblorosos, sintiéndose vulnerable pero ni por asomo impresionada, y presionó la mejilla contra la más rasposa de él para transmitirle lo que sentía.

—Yo nunca querré acabar contigo —musitó contra su piel cálida y morena, incluso más morena ahora que se comparaba con la porcelana de las manos de Rebecca.

Sonny emitió un sonido que se asemejaba a un gemido de alivio y se puso cómodo entre sus piernas separándole las rodillas con la mano con la que no guiaba su mandíbula para recibir sus besos, a cada cuál más ardiente, pero todos ellos pensados, maquinados, creados para conmoverla. No tardó en encajarse entre las caderas de la joven y seguir deslizando los dedos más allá de la curvatura de su cintura, del ombligo donde permanecían alojadas las gotas de agua del baño.

Las yemas aterrizaron donde había sido su intención desde el principio, en el sexo

sobreexpuesto y mojado. Rebecca no supo cuál de los dos se dobló más con el primer contacto, si ella o él, que hizo un ruido gutural con la garganta al prodigarle la primera caricia.

—En las bodas suele haber un... banquete, y un... baile, y... Has apresurado la noche de bodas —balbuceó Rebecca, estrechándolo contra su pecho. Aunque esto le dificultaba a él los movimientos de muñeca entre sus muslos, no solo no se quejaba, sino que aprovechaba para frotarse como un gato mimoso con el rostro de la muchacha—. Al final siempre acabas denotando que lo único que deseas de mí es... es... obsceno.

—No veo obscenidad alguna en la gloria de hacerte mía. Acostarme contigo no es como acostarme con las demás. Yo a ti no te echo a perder; eres tú la que a mí me dignifica.

Rebecca perdió el hilo de la conversación cuando Sonny comenzó a frotar sinuosa e insistentemente el pliegue principal. Cerró los ojos, aterrada por si era demasiado evidente que estaba adorando la sensación. Hasta los dedos de sus pies se doblaron, hasta los de las manos se le tensaron, como si todo su ser quisiera participar en el movimiento impaciente de su masturbación.

—¿Te has estudiado eso para... decírmelo y... ablandarme?

—Podría haberlo hecho de tantas veces que he fantaseado con tenerte así.

Sonaba sofocado con la boca pegada a la piel de Rebecca, pero también extrañamente cristalino, pues la verdad provenía de su corazón y no de la palabra de su garganta: por eso iba directa de las entrañas de Sonny a las de Rebecca.

—Desvergonzado —se le ocurrió decir por inercia.

—Tu desvergonzado —la corrigió—. Emerson Desvergonzado de Wargrave.

Ella se estremeció, reconociéndose en ese posesivo; por fin reaccionando a lo que era, la dueña del hombre que la tocaba como si fuera a esfumarse en un momento. No por ello actuaba de forma impulsiva o difusa, porque su dedicación y destreza al tocarla pese a la incómoda postura era encomiable.

Rebecca le clavó las uñas en los hombros y, por instinto, alzó las caderas en un silencioso ruego por mucho más, por todo lo que pudiera darle; ese todo que ella solo podía sospechar, pero de lo que no tenía la menor idea.

La intrusión de un dedo travieso la hizo jadear. Sus músculos internos se cerraron alrededor de él y lo apretaron, y ella se ruborizó por lo ansioso de pasión que estaba su cuerpo, por cómo la delataba una y otra vez ante un hombre que no temía que se lo echara en cara, pero al que aún no quería cederle la victoria.

Debía reconocer que era divertido discutir, era divertido impedir que la alcanzara del todo, que la supiera enteramente suya, pero fue su boca la que se quejó, sollozante, durante el escaso segundo que Sonny apartó la mano y tardó en volver a penetrarla, esta vez con dos dedos. Seguía siendo una sensación extraña, diferente, algo que no podría haber experimentado de otro modo

salvo, quizá, intentándolo ella misma, pero sospechaba que sin el dulce peso de Sonny sobre su pecho, sin su respiración agitada erizándole el vello de la nuca, no sentiría lo mismo.

—Hazme algo que no le hayas hecho a ninguna otra mujer —se sorprendió rogándole.

—Difícil —se rio él con ternura.

—Oh, por Dios... —No supo si estaba protestando o clamaba al cielo por lo que estaba haciendo con ella allí abajo—. Ni se te ocurra pavonearte ahora describiendo tus... tus... andanzas amatorias.

—No osaría... —Sonny se enderezó lo justo echando el peso sobre las rodillas. Rebecca se quejó por la distancia impuesta con un mohín, pero él no lo percibió, ocupado como estaba recorriendo con la mirada el torso desnudo y todavía salpicado de gotas de agua. Con una naturalidad que la ruborizó, le cubrió un pecho con la mano y lo amasó con suavidad, imitando el ritmo insistente de su masturbación simultánea—. Ya te he hecho algo de lo que no puede jactarse ninguna otra mujer; te he hecho mi esposa. Y ahora te voy a hacer un hijo.

—¡Un hijo! —Aunque lo exclamó con espanto, no pudo ser del todo consciente de la magnitud de su propuesta; empezaba a notarse la cabeza embotada, los miembros pesados y todo a la vez muy ligero—. No... No. Quiero estar a solas contigo mucho tiempo. No quiero tener que disfrutarte solo... solo por las noches... cuando el niño se duerma.

Le asombró su propia declaración. Parecía que el placer abriera puertas que ella había creído más que cerradas, arrancadas de cuajo o inexistentes; puertas a la ternura y al deseo de amar a voz en grito, que, a veces, y sin que ella pudiera saberlo, había sido más poderoso que el de ser amada.

Sonny agradeció su honestidad con una sonrisa que se dolía por el riesgo que correría al día siguiente. Lo supo por las lágrimas de ilusión y al mismo tiempo pavor que humedecieron sus ojos granate, que había creído robados del diablo y en realidad eran una expresión sutil de la pasión roja y ardiente que había dentro de él.

Rebecca tomó conciencia con la realidad de que un duelo podría separarlos en el preciso momento en que el orgasmo la alcanzó. Por un instante, su cuerpo fue un leño al que el clímax prendió fuego, y se quedó desprendiendo chispas que podrían quemar Troya de nuevo.

La puñalada de la posible pérdida le arrebató la laxitud para ponerla tensa entre sus brazos. Sonny se apresuró a cobijarla, amoroso, contra su pecho, y rodó en la cama para ser él quien la abrazara boca arriba. La estrechó tan fuerte que Rebecca llegó a pensar en su delirio que algo tan vivo como su presencia, tan innegablemente sólido, no podría esfumarse en un abrir y cerrar de ojos.

Pero se le escaparon dos lágrimas por la cruda impresión de saberlo en peligro.

—Eres un necio y un cerdo —gimoteó ella, presionando la cara contra el hueco entre su cuello y su hombro—. Si no lo fueras... Si no lo fueras... Podríamos habernos casado como dos

personas normales. Podríamos haber disfrutado de una noche de bodas corriente; podríamos... Esto ha sido mi culpa por haber tardado tanto —acabó sollozando—. Ha sido culpa mía porque no quería ni pensar que hubieras sido tú desde el principio; que he perdido todo este tiempo...

—No me importa —le aseguró él con vehemencia—. Te habría esperado seis años más.

—¿Solo seis?

—Seis mil.

Rebecca le rasgó la camisa tirando del escote para desvelar un hombro moreno y torneado que se mereció el cariño de sus besos. Repartió mil y uno, un millón, en aquella mísera porción de piel hasta que pudo agrandar la herida de la prenda convirtiéndola en apenas un jirón con mangas arrastrado hasta la estrecha cintura. Reparó entonces en que sí, había visto su torso antes, pero no se había atrevido a mirarlo directamente y no había tenido la oportunidad de tocarlo. Ahora podía incluso morderlo, y no se cortó a la hora de dejar la marca de sus dientes en el duro pectoral, justo al lado del pezón oscuro.

Sonny gimió y se agarró a su melena rubia con la mano. De las puntas aún caían gotas de agua que pintaron un cielo estrellado en el pecho masculino.

—Cuando te vi semidesnudo ese día, en el cuadrilátero, yo... —Rebecca se mordió el labio y se enderezó, quedando sentada a horcajadas sobre el insinuante bulto de sus pantalones. Deslizó las palmas por los relieves del torso; recorrió con el pulgar la hilera de vello negro que desembocaba en el rincón prohibido. Se dio cuenta de que las palabras no alcanzaban para describir la idea que pretendía transmitir y se frustró, y, como era costumbre, acabó perdiéndole la boca—. Eres un provocador insoportable.

Sonny se rio de buena gana, inmune a la crueldad de la que disfrazaba sus declaraciones de sentimientos. Él veía lo que había debajo, siempre lo había visto. Aunque Rebecca quiso emocionarse con su paciencia y su ternura, no pudo, porque Sonny transformó en un segundo ese acceso de ternura en un jadeo involuntario: le había rodeado las caderas con las manos y agarraba sus nalgas sin pudor alguno para acercarla a su erección.

—Y tú eres la mujer más sensual que he visto nunca. —Se incorporó para robarle un beso en los labios aprovechando que un calambre de placer la había despistado, y le hizo cosquillas rozándole la nariz con la suya, juguetón—. Me acuerdo de todos los vestidos que te has puesto, ¿sabes...? —le susurró en tono sugerente. Clavó aún más los dedos en su carne, y, como por arte de magia, Rebecca recibió ese estímulo en el bajo vientre, que se permanecía sensibilizado desde el orgasmo—. No has dejado de impresionarme un solo día. Parecía que te propusieras enviarme a casa llorando de impotencia por no haberte puesto la mano encima. Por Dios... —La besó en la boca con ansiedad, tanta que acabó propinándole un mordisco en el labio inferior y gimiendo desconsolado—. Al final voy a ser yo quien mate a Jersey por privarme de follarte hasta bien entrado el mediodía.

—¡Sonny! —se escandalizó.

—No te hagas la santa, mi amor —la advirtió con una sonrisilla atravesada por la lujuria. Guio una mano a la entrepierna de Rebecca, y su expresión se torció del todo hacia lo obsceno al confirmar que estaba húmeda—. Llevas toda la vida viéndome las intenciones en la cara. Por eso te daba entre asco y miedo, ¿verdad? Y, de últimas, curiosidad. Porque hasta tú, princesa, querías que te desbarataran entera.

—No es... verdad...

Pero no pudo seguir defendiéndose. Él la distrajo sacándose por la cabeza los restos de una camisa que no volvería a ponerse, y a ella se le desvió la vista al borde del pantalón. Acababa de aflojarlo para agarrarse con firmeza la erección.

Un ardiente escalofrío le atenazó la columna, prendiendo un foco de calor en la nuca.

—Oh.

Él enarcó una ceja bajo el flequillo, húmedo por el sudor.

—¿Oh?

—¿Eso va...? —No pudo tragar saliva. Se le había bloqueado la garganta—. Oh.

—Sí... —Le acarició el borde de la mandíbula con el dedo índice—. Va donde tú crees. Y donde nunca pensarías que puede caber, pero eso lo dejaremos para más tarde; no te quiero asustar.

—¿Dónde? —insistió en saber ella.

Sonny esbozó una sonrisa oscura que la hizo revolverse sobre él con expectación. En lugar de usar palabras, se lo indicó deslizando hacia el ano la mano que aún descansaba sobre su nalga: acarició de manera sugerente la estrecha abertura, y cuando ella ya estaba separando los labios para expresar su asombro, Sonny usó la otra mano libre para introducirle el pulgar en la boca y presionar con suavidad la lengua.

Rebecca puso los ojos como platos.

—¿De verdad?

—De verdad —susurró él—. Hay mujeres a las que no les gusta, eso es cierto, pero hay que probarlo para saberlo, ¿no te parece? Lo malo es que tendrías que arrodillarte para chupármela, y eso de quedar en inferioridad de condiciones no te hace ninguna gracia..., pero sospecho que la imagen no te resultará del todo repugnante. ¿A que no?

Rebecca no entendía por qué y no tenía la menor intención de averiguarlo, pero escucharle hablar en esos términos, de un modo tan directo, sin camuflar sus fantasías, no había hecho sino empeorar los ardores de su sexo.

Se humedeció los labios, tan pendiente de las expresiones de él como él de su reacción, y por instinto guio la mano hacia la cabeza húmeda de su miembro. Acarició la piel satinada con el pulgar antes de cubrir los dedos de Sonny con los suyos, ahí donde se rodeaba el miembro.

—¿A ti te gustaría? —preguntó ella en voz baja.

Él la miró un instante con solemnidad antes de buscar su boca para besarla con una lentitud tal que nadie habría dicho que tenían las horas contadas. El beso fue tan erótico que Rebecca necesitó cubrir la distancia que los separaba, para lo que tuvo que incorporarse y amenazar con sentarse sobre la erección.

Apenas hubo labios involucrados en aquel tórrido contacto, solo dos lenguas enredadas, al principio en un baile pausado y pronto con una impaciencia salvaje que terminó de desprender a Rebecca de sus recelos. Con la mente en blanco, jadeando y negándose a romper el beso, se abrazó a los hombros de Sonny y levantó las caderas en una clara indicación. Él, obediente, buscó a tientas la abertura de su sexo y le acarició los pliegues con la deliciosa curvatura del prepucio; Rebecca se acopló al lento movimiento con la cintura, favoreciendo una fricción delirante que la tuvo gimoteando y bufando con desespero en los espacios entre beso y beso, necesarios para recuperar el aliento.

Descubrió que Sonny se había estado conteniendo en el momento en que un rugido brotó de la profundidad de su pecho y ahondó tanto en su boca que pareció que quisiera devorarla. Ella, lejos de asustarse, correspondió su violencia y apenas jadeó cuando él la aplastó contra el colchón, le separó las piernas colocando las manos bajo las rodillas y la penetró hasta que sintió el roce de los testículos.

No le dio tiempo a reponerse del estallido de calor que la invadió por dentro, tan poderoso y agresivo que cualquier punzada de dolor murió bajo su protagonismo. Sonny no se quedó quieto un solo segundo en sus entrañas; empezó a embestirla con impaciencia en cuanto el miembro llegó a su destino, y empujó las piernas de Rebecca aún más hacia la cama para facilitar una postura que le hiciera perder el sentido.

Y lo perdió.

Buscó con las manos la cintura y los hombros de Sonny, pero estaban resbaladizos por el sudor, y al final solo se agarró a sus muñecas tensas por la fiereza con la que la agarraba.

Quiso mantener los ojos abiertos y mirarlo a la cara. Apenas lo logró durante unos segundos, suficientes para averiguar qué era lo que los hombres sentían durante el sexo, algo muy parecido a lo que a ella la estaba devastando.

Ninguno de los dos hablaba ya. Sonny se había convertido en un animal que había olvidado las funciones de comunicación, mas no su nombre: la llamaba entre jadeos entrecortados con algo de la familia de la incredulidad, casi nervioso, angustiado por el miedo a que después de aquello no pudieran repetirlo con la misma pasión. Decía «Rebecca» y de inmediato saltaba a «mi mujer», «mi amor», «mi vida». Ella solo recordaba que era un ser humano y que estaba teniendo sexo con su marido porque el pecho se le llenaba de una alegría calurosa que se asemejaba al orgullo, a la convicción que él había implantado en su cabeza de que era la más

bella, más sensual, más querida, más deseada; la única en el mundo.

Sonny se deslizaba dentro de ella con tanta facilidad que se le ocurrió pensar que la habían creado para él y nadie más. O a él lo habían creado para ella, por otro lado: eso parecía cuando obedecía sin rechistar cada orden de Rebecca. «Beso», y se lo daba; «Más», y aumentaba el ritmo; «Me duele», y bajaba la intensidad para penetrarla con una profunda lentitud que enseguida le hacía pedir que volviera a atravesarla con sus ansias.

Cuando la intuición la advirtió de que estaba próxima al segundo orgasmo, un acceso de emoción incontenible le llenó los ojos de lágrimas y tuvo que alargar los brazos con vulnerabilidad para pedirle que la protegiera entre los suyos.

Eso hizo él sin dejar de embestirla.

Ella le cubrió la cara de besos solo interrumpidos por sollozos entrecortados, y así los sorprendió el orgasmo a ambos, con una diferencia temporal irrisoria: Sonny apartó las caderas a tiempo, siguiendo la implacable orden de Rebecca de reservarse para su esposa en exclusiva, y se vació sobre su bajo vientre.

Suspiró al sentir la calidez pegajosa del semen en su piel, y lejos de preocuparse por retirarla cuanto antes, por apartarlo de ella, mantuvo a Sonny bien agarrado y presionado contra sí, como si temiera que se escabullirse.

—Te quiero. Te quiero... estúpido —sollozó, y se aferró a su cabello oscuro con un puño que representaba la fiereza de su promesa y amenaza—. No vas a abandonarme, ¿me oyes? No vas a abandonarme.

—Claro que no —susurró él, también con la voz atravesada.

—Tú eres solo para mí... Tú eres lo único que es para mí.

Capítulo 26

Sonny explotaría de felicidad en cualquier momento. Tenía a Rebecca atrapada entre sus brazos, más lúcida que nunca, sin sueño ni deseo alguno de conciliarlo, entretenida cubriendo de besos su torso desnudo y arrasado por los efectos del amor: era un milagro que aún se sintiera los labios, que las agujetas que empezaban a manifestarse le permitieran moverse, pero estaba total e irrevocablemente enamorado de las marcas rojizas y los arañazos que ella había regalado a su piel.

Eran solo una prueba física más de que aquella noche no había sido fruto de su fantasía, sino algo real.

Rebecca Wargrave era ahora Rebecca Kinross, y, por Dios, qué bien sonaba. Era música para sus oídos, igual que era alegría para su vida o placer para su carne.

Pero, como todo lo que se presentaba como perfecto, tocaría a su fin, y más pronto que tarde.

En la última hora, después de volver en sí mismo después de una maratón de sexo que más que apaciguarlo lo había incendiado el doble, Sonny no había parado de lanzar miradas rencorosas al reloj que colgaba de la pared.

No le había mentido ni a Rebecca ni a su hermano al decir que Jersey lo esperaría a la mañana siguiente en Regent's Park. Si acaso se había reservado los detalles escabrosos, como la hora exacta, a quién iba a pedirle un arma de fuego para defenderse y cómo desearía que se celebrara su funeral.

El momento se estaba acercando, casi lo tenía agarrado por el pescuezo. Las agujas marcaban las cinco y media de la madrugada, y, a las seis y diez, en cuanto el sol emergiera por la línea del horizonte, Sonny habría de estar vestido y escoltado por su padrino en el lugar fijado por el conde.

—¿Lo he hecho bien? —le preguntó de pronto Rebecca, ajena a sus urgentes preocupaciones. Acababa de apoyar la mejilla en su pecho y ahora acariciaba distraídamente con el dedo índice la areola del pezón de Sonny—. He debido de parecerte una lamentable principiante en esto del amor. Apuesto a que tus amantes y admiradoras han sabido sorprenderte con prácticas nunca antes vistas; sobre todo las que se dedican al oficio de repartir felicidad entre los hombres. Pero me aplicaré, lo prometo.

Sonny aguantó una carcajada y la besó en la raya del pelo, que a esas alturas presentaba un aspecto del todo salvaje. Rebecca alzó la barbilla para exigirle una respuesta con la mirada, fiera como siempre, y él sintió que algo se retorcía dentro de él; no ya el deseo de poseerla de nuevo,

sino de acunarla entre sus brazos hasta borrar aquel dichoso ceño fruncido que, como las malas hierbas, insistía en hacer su aparición.

El sexo había dotado sus ojos verdes de un brillo sobrenatural. Tenía la tez clara como el amanecer, y el cabello despeinado le caía en ondas electrificadas, haciéndole cosquillas a él en la piel desnuda.

No había atestiguado nada tan bello jamás.

—Deberías olvidarte de las mujeres que ha habido antes. Yo lo he hecho.

—Tú no olvidas a los hombres que ha habido antes de ti.

—Porque a los hombres de antes los has amado —le recordó, no sin impotencia—. Tú eres la primera en ese sentido.

—Imposible. ¿No te enamoraste siendo niño de alguna amiga de la infancia? ¿De una institutriz? ¿De una elegante conocida de tu madre?

—Me temo que tu experiencia no es la de todo el mundo —contestó con una sonrisa relajada. Se empleó a fondo acariciándole la cara con los nudillos, un regalo de terciopelo para sus dedos sedientos de afecto.

Rebecca abrió la boca, preparada para corregirle, pero algo impensable y del terreno de lo milagroso había tenido que suceder en el curso de las últimas horas, porque renunció a imponer su opinión y solo lo abrazó.

Se apretó contra su costado, recordándole lo cálido y voluptuoso que era su cuerpo desnudo.

—¿Sufriste mucho durante mi enamoramiento? —le preguntó ella en voz baja, a sabiendas de que estaba adentrándose en terreno pantanoso.

No solo para él; también para la Rebecca del pasado.

—Creo que nunca has podido ni podrás odiar a Nile ni la mitad de lo que lo he odiado yo solo por celos.

—Bueno, pero no tiene sentido hablar de eso ahora, porque tú y yo estamos juntos. Para siempre —añadió. Sonny esperó a que se mostrase impresionada, intimidada, incluso, o manifestara algo de la familia de la preocupación, pero se había hecho a la idea de su boda tan rápido como él... O a lo mejor no lo había asumido aún—. ¿Dónde pretendes que nos vayamos a vivir? Porque no pienso acostarme en la cama a la que hayas llevado a la mitad de la población femenina. Quiero un dormitorio nuevo, sábanas nuevas; quiero estrenar yo el colchón. —Vaciló —. O estrenarlo juntos.

Sonny se rio entre dientes.

—Eso me parece cabal. Deseo concedido.

—Y antes de eso exijo que nos casemos como Dios manda. El numerito del vicario en mi habitación ha sido divertido y original, eso no te lo voy a negar, pero sigo siendo una señorita y merezco un cortejo formal de tres meses como mínimo y luego una boda... que habrá de ser

discreta sin otro remedio, porque no me dignaré a invitar ni a la mitad de mis conocidos —meditó, pensativa—, pero al menos podré decir que respeté el decoro. O, bueno, podrán decirlo los demás, que supongo que no sabrán de la boca de ninguno de los presentes, y ni mucho menos del sacerdote, que tú y yo nos desposamos hace unas horas.

—Sí que mereces un cortejo formal de tres meses —convino Sonny con un cabeceo. En un abrir y cerrar de ojos, invirtió las posturas placando a Rebecca contra la cama. Entrelazó los dedos con los de ella y tiró de su brazo hacia atrás para inclinarse a besarla—, pero ¿no te parece que mereces más aún que te hagan el amor todas las noches? Si quieres que actúe como un verdadero caballero, tendré que mantener las distancias.

Rebecca lo miró directamente a los ojos sin arredrarse.

—Nadie ha dicho que tengas que ser un caballero en la intimidad. Nadie sabría que vienes a visitarme de madrugada.

Sonny volvió a reírse.

—¿Y tu hermano estará de acuerdo con esa... solución? —inquirió con una ceja enarcada. Se encajó entre las caderas de Rebecca, que ya no se oponían a sus imposiciones y de hecho lo recibían con una apertura y laxitud halagadoras—. Creo que bastante magnánimo ha sido ya dando su beneplácito para que esto sucediera... y solo porque no sabía que te encerraría en el dormitorio en cuanto me concedieras tu mano.

Rebecca se mordió el labio en cuanto él empezó a frotarse lenta pero descaradamente contra su sexo. Incluso Sonny la sentía hinchada allí abajo por los besos, lametones y mordiscos que le había prodigado a lo largo de la noche; por las bruscas embestidas y los embates más profundos.

Le rodeó la nuca con la mano y lo atrajo hacia sí con una posesividad que le encendió.

—Me importan un carajo los sentimientos de mi hermano al respecto de mi matrimonio. Es más; me alegro de que hayamos practicado toda clase de virguerías encima de su cabeza y sin miedo a hacer ruido. Vendrás cuando y como yo te diga..., pero puede que nos interese que te cueles por la ventana —sugirió con la barbilla gacha y la vista clavada en la inminente unión de sus cuerpos.

—¿Quieres que tu marido se comporte como un ladrón?

—No será un ladrón porque estará en su legítimo derecho de sustraerme cuando guste... hasta que nos casemos a ojos de la sociedad, y, entonces... entonces... —se mordió el labio y se le cerraron los ojos cuando él la penetró— me tendrá al alcance de su mano desde que despierte hasta que se acueste.

—¿Nunca me dirás que no? —la provocó en tono sugerente, como sugerente era el movimiento de sus caderas. Le robó un beso en la sien y otro en el puente de la nariz.

—Nunca —le aseguró con la voz entrecortada, y se abrazó a sus hombros con tal ímpetu que Sonny no pudo dudar de sus sentimientos. Su arrebato de afecto, la debilidad que interceptó en

su tono, le formó un nudo en la garganta y tuvo que detener el frenético baile.

Apoyó una mano a cada lado de su cabeza, con cuidado de no pisar la desparramada melena, y esperó a que ella le devolviera la mirada para sonreírle sin mostrar los dientes.

—Rebecca, mi amor... —empezó con tiento. La besó de nuevo, esta vez en la barbilla—. Soy el primero que defiende que tener una perspectiva optimista de las tragedias favorece su resolución, pero en estas circunstancias estaría siendo más imprudente que positivo si no ponderase el riesgo que corro. El conde de Jersey ha elegido un duelo a muerte con pistolas, la que resulta que es su especialidad, y es muy probable que yo no regrese. ¿Lo entiendes? —añadió con dulzura. Apartó los mechones dorados que se interponían en la visión de su cuerpo; el que le acariciaba la clavícula, el que se le había pegado al cuello.

Rebecca lo había escuchado con mucha atención y total desapego a la vez, como si quisiera transmitirle que le importaba su visión, pero no la compartía ni por asomo.

—Estás demente si piensas que voy a dejar que vayas —dijo sin más.

Sonny arrugó el ceño.

—¿Cómo?

—No vas a ir a Regent’s Park o dondequiera que ese estúpido cornudo te haya citado. ¿En serio crees que pienso permitir que me dejen viuda al día siguiente de casarme?, ¿y que para colmo te mate un marido despechado por haberte metido en la cama con su esposa? ¿Es que acaso mi reputación no ha sufrido ya suficiente?

Sonny liberó una tensión que no sabía que le había estado coartado con una potente carcajada. Se quedó mirando su cara de indignación, no sabía si más divertido o conmovido porque estuviera tan asustada que tuviera que sacar la máscara de superficialidad para protegerse. Ejecutó un movimiento circular con las caderas, adentrándose de nuevo en sus entrañas.

—Así que vas a retenerme para resguardar tu buen nombre —dijo con la voz ronca.

—Eso es. —Le hundió las uñas en los hombros para ratificar su postura—. Y no es negociable.

—No puedo faltar a una cita de esas características, Rebecca. Aquí donde me ves, desahogado y medio gamberro, sigo siendo un hombre de honor —le explicó despacio, como despacio la iba penetrando, muy consciente de su ritmo, de su sensación, de que la iba despojando de argumentos—. Jersey me arrojó un guante y yo lo acepté, y en ese preciso momento adquirí una obligación para con él.

—Y luego adquiriste una para conmigo, ¿o acaso no le prometiste al vicario que me amarías, me honrarías, me protegerías, me cuidarías...? ¿No le dijiste que ibas a hacerme feliz hasta que la muerte nos separase? ¿Qué clase de promesa estás honrando arrojándote a esa muerte unas horas después? —Rebecca apartó las manos y preguntó con un hilo de voz—: ¿Ya quieres librarte de mí, acaso?

—Estoy haciéndote el amor. ¿Te parece que arda en deseos de apartarme?

—Lo que parece es que estás ansioso por abandonarme, o que no te importa en absoluto.

—Claro que me importa. Pero si me aferro al egoísmo, cierto es que ya no temo la muerte. Siento que he cumplido lo que he venido a hacer al mundo, que no era otra cosa que estrecharte entre mis brazos y llamarte mía. Quiero que esto dure una eternidad, pero si me hubiese partido un rayo en cuanto me dijiste que me amabas, habría muerto feliz.

Rebecca apretó los labios, más herida que irritada pero procurando priorizar la irritación.

—Quítate.

—¿Qué?

—Que te quites. —Lo apartó de un empujón para levantarse acto seguido. Por primera vez desde que había salido de la bañera, cubrió su desnudez con un batín de seda y se dirigió al tocador con las piernas temblorosas y seguramente el sexo palpitando. Había empezado a cepillarse la melena airadamente cuando la oyó mascullar—: Pensaba que eras más ambicioso que eso.

Sonny la observó desde la cama con una mezcla de compasión y amor incondicional, este segundo apretando en sus entrañas como si de pronto hubiera duplicado su tamaño y ya no le cupiera en el estómago.

Pensó, entristecido, que se había cumplido la profecía de la expulsión del Edén: de pronto, a Eva la avergonzaba exhibir su carne y se tapaba por la vergüenza del pecado original.

Solo que el pecado lo había cometido él al romper sus ilusiones.

Se levantó y fue hacia ella con el corazón brincándole en el pecho. Incluso sabiéndola dolida, indignada y asustada, la quería tanto que nada podía empañar la felicidad compartida. Estaba borracho, drogado de opio: el enamoramiento le hacía ajeno a todas las cosas.

La abrazó por detrás y apoyó la barbilla en su hombro para rescatar el aroma que le había acompañado toda la noche.

Ella soltó el cepillo frente al espejo y sorbió por la nariz.

—No se puede huir de un duelo, Rebecca.

—Los duelos son ilegales.

—Eso no impide a un hombre matar a otro.

—No, pero lo impido yo. Una mujer sí puede evitar que maten a su marido.

—¿Qué piensas hacer?

—Por lo pronto, retenerte aquí. Y después... después ya lo veremos.

—¿Retenerme? Voy a empezar a vestirme, Rebecca. Son casi las seis.

Ella lo miró a través del espejo con una determinación que habría intimidado a alguien menos curtido en las batallas que Rebecca iniciaba. En completo silencio, se levantó del taburete. El cabello tan largo y lustroso y la caída brillante del satén de la prenda la hacían parecer una sirena

recién salida de un sueño. Sonny se dejó hipnotizar por su belleza, por los misterios que prometía su expresión, y no reaccionó hasta que ella se había arrodillado a sus pies.

Se enderezó tan pronto como sintió la delicada presión de sus dedos envolviendo el miembro aún hinchado.

Su esposa era la prueba viviente de que una mujer apasionada al discutir y al odiar era apasionada también en otros ámbitos; de que bastaba con desear al amante para arrojarse de cabeza y sin inhibiciones al placer más intenso. Ella se había reprochado no ser lo bastante irresistible en la práctica, pero él ardía recordando su entrega, cómo jadeaba y gemía sin miedo a que la escucharan, cómo pedía clemencia y a veces exigía lo contrario.

Rebecca no había necesitado práctica. Había necesitado disposición, y eso era algo que le sobraba, como pudo comprobar una vez más cuando empezó a masturbarlo despacio.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Sonny con la voz estrangulada.

—Convencerte de que no te vayas —respondió con sencillez.

Sin apartar la vista de él, Rebecca prodigó un largo lametón lateral desde el prepucio hasta el vello público. Sonny descubrió a la vez que ella que no le había disgustado la sensación y lo repitió dos y hasta tres veces antes de cerrar los labios en torno a la cabeza de su miembro.

Él se estremeció por la impresión de tenerla de rodillas ante él. Un poderoso calor le embargó el bajo vientre y desde allí se ramificó por sus terminaciones nerviosas, despertando abruptamente las sensaciones más adictivas y apagando de golpe sus preocupaciones.

Cerró los ojos con los labios entreabiertos y apoyó la palma de la mano en la coronilla de Rebecca, quien no dudó en reprenderlo:

—No. Mírame a la cara. Mira a lo que vas a renunciar por honor.

Sonny tragó saliva y obedeció enseguida. Ella lo tentó tanto con la dedicación de su boca como con la mirada fija con la que lo retaba a irse después de conocer el cielo. Desde luego, no supo de dónde sacaría el valor cuando la vio introducirse su erección en la boca hasta que el extremo topó con la campanilla. Tuvo que separarse para que la arcada no fuera a más, y lejos de asquearse con su reacción, la deseó el doble porque se expusiera a repetirlo con la misma actitud seductora.

—Becks... —gimoteó él. Descolgó la cabeza hacia atrás un segundo antes de recordar que debía contemplarla, que no podía perderse un solo detalle de su expresión, y se alegró de concentrarse en ella cuando la vio relamerse antes de volver a introducírselo en la boca para succionar con energía—. Dios santo... Eso es. No tengo nada que enseñarte, maldita sea...

Le pareció que Rebecca amenazaba con sonreír en tanto que se acoplaba al ritmo que Sonny marcó moviendo las caderas hacia delante. Ella cerró los ojos un instante y relajó los músculos de la garganta para que fuese él quien se introdujera una y otra vez, al principio con cuidado de no excederse; después, sobrepasado por la necesidad y guiado por ese afán destructor que venía

con el anhelo por una mujer, incrementó la velocidad y Rebecca tuvo que agarrarse a su cintura.

Ella buscó su mirada con los ojos enrojecidos por la arcada que no terminaba de interrumpirlos, como si supiera que no era el momento adecuado. Le pasó la mano delicadamente por el pelo en contraste con la impiedad de su movimiento. En cuanto lo frenó para darle a la joven un respiro, Rebecca demostró estar preparada para eso y mucho más agarrándole la erección por la base y mamando con ímpetu, ya sin miedo e inspirada por las indicaciones que él había dado de forma inconsciente al dejarse llevar.

—Rebecca... Rebecca... —decía sin parar—. Basta.

Pero tuvo que apartarla enrollándose la melena en la mano y tirando de su cabeza hacia atrás. Guiándola todavía por el cuero cabelludo, la instó a levantarse para transmitirle todo su agradecimiento con una mirada fuera de sí y la mandíbula desencajada.

Todo su cuerpo palpitaba. Le había crecido un corazón hasta en los rincones más recónditos y solo latía por Rebecca.

Ella se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Estás seguro de que quieres perderte todo esto? —articuló, retadora.

—Estoy seguro de que no —jadeó antes de besarla. Solo interrumpió el beso para reafirmarse —. No.

Se agachó para auparla y descansarla sobre el tocador. Ella emitió un quejido de protesta al pincharse con las cerdas de jabalí del cepillo; Sonny lo apartó de en medio con un aspaviento iracundo, rencoroso por haberla herido, y cubrió tiernamente la nalga que le había pinchado mientras con la otra mano le abría la bata de un tirón.

Hundió el rostro entre sus pechos y, tras comprobar con un gemido que el preliminar la había humedecido también, se adentró en su cuerpo con una embestida impulsiva.

Más que rodearle los hombros con un brazo, Rebecca lo bloqueó, lo condenó a quedarse allí quieto. Nadie habría dicho que una mujer más bien menuda y blanda donde debía serlo poseería semejante fuerza para impedir que se desarrollara su pesadilla.

—Eso es.. —gimoteó con la nuca apoyada en el espejo. La mano que no lo aferraba posesivamente descansaba, convertida en un puño, sobre el tocador—. No pares hasta que haya llegado la hora... Quédate así... aquí... hasta mañana, cuando haya pasado el peligro.

—¿Eso quieres? —susurró Sonny contra su oído. La sostuvo por las rodillas, abiertas de par en par, mientras se empujaba contra ella. No le preocupó la vibración del espejo o que las patas del mueble chirriaran. Solo le preocupó la expresión de éxtasis de Rebecca, que debía hacer hercúleos esfuerzos para mirarlo a los ojos y no ponerlos en blanco—. ¿De verdad no quieres perderme? ¿De verdad me quieres para siempre?

—Sí... sí...

Sonny le cubrió la mejilla con la mano y le regaló una caricia ascendente hacia el nacimiento

del pelo. Rastrilló la melena hacia atrás con los dedos hasta recogérsela en un puño cargado de tensión. Apoyó la frente contra la de ella y ahí la mantuvo, inmóvil, aumentando cada vez más el ritmo hasta que los gemidos entrecortados se convirtieron en gritos.

—Entonces no dejes de darme amor —susurró cerca de sus labios—, y no me moverá de aquí ni Dios en persona.

Capítulo 27

En nombre de la supervivencia no les quedó otro remedio que bajar a desayunar a las siete de la mañana. Rebecca pensó que habiendo transcurrido cincuenta minutos desde la citación de Jersey ya no correrían peligro alguno, y que si bien su hermano se habría imaginado perfectamente qué los había entretenido durante toda la noche, seguía mereciendo una explicación por su parte.

De pronto se sentía tan cómoda en su feminidad que no temió bajar las escaleras con solo el batín puesto, todavía ruborizada y con su flamante marido agarrado de la mano. Estaba segura de que no se escaparía en un descuido para hacerle saber al conde que no le tenía miedo, pero lo aferraba con la intención de contenerlo para que no se le fuese a ocurrir que lo hacía porque lo quería y necesitaba estar en contacto con él.

Aunque ese fuera exactamente su sentir.

A raíz de aquella noche, Rebecca había descubierto lo que era necesitar algo de verdad; lo que era la urgencia desesperada, lo que era llegar a las lágrimas de impotencia por no poder tener a la de ya, o durante más de unos minutos, lo que le exigía la sangre. No lo había sentido solo los ratos que Sonny había jugado con ella y con su placer repartiendo besos traicioneros en lugar de proporcionarle la ansiada culminación, sino los momentos que él no había podido hablar con lo que eso había conllevado: privarla de la apasionada declaración de amor que la catapultaba al séptimo cielo.

La necesidad no era la única emoción misteriosa que había reaprendido o reinterpretado, sino ese algo secreto que había apreciado en los ojos de las recién casadas, esa sabiduría arcana que solo podía obtenerse cuando una joven se entregaba sin condiciones.

Rebecca sentía que había alcanzado la madurez a través de la rendición absoluta. Se había confiado a Sonny en cuerpo y alma y había emergido de la experiencia como Jesús de las aguas del Jordán; nueva, reluciente y, paradójicamente, también pura.

No había mayor catarsis que la del amor.

Más que caminar, flotó hacia el comedor. La mano de Sonny y lo fuerte que él pisaba siempre impedía que saliera volando. Estuvo segura de que los Wargrave lo percibieron en cuanto cruzaron el umbral para unirse al desayuno.

En cuanto los oyeron llegar, Harding y Verity dejaron de hablar en voz baja, el tono en el que un buen día decidieron hablarse para que nadie más pudiera entenderlos. Ahora Rebecca sí comprendía su lenguaje y el porqué del secretismo: nadie más tenía por qué escuchar lo que se

contaban los amantes.

El futuro barón se irguió nada más verla. Apartó la mano que reposaba sobre la de Verity para impulsarse desde la mesa y recibirlos igual que si se tratara de la visita sorpresa de la familia real. Rebecca negó con suavidad con la cabeza, dándole a entender que la ocasión no merecía solemnidad alguna, y aunque su hermano tardó unos segundos en aceptarlo, justamente receloso, acabó relajando los hombros.

—Os podréis imaginar mi asombro cuando el mayordomo me informó anoche de que el señor Kinross había venido acompañado de nada más y nada menos que un vicario. No me lo quise creer, pero luego tuve la inmensa suerte de coincidir con él en el recibidor de la casa. Menos mal que el buen hombre fue lo bastante gentil como para transmitirme lo que había sucedido en el piso superior.

—Todo lo que ha sucedido, ha ocurrido de manera natural después de intercambiar los legítimos votos —explicó Sonny. En lugar de soltar la mano de Rebecca para acercarse a la mesa, tiró de ella como de una compañera de juego para alcanzar una galletita que enseguida se llevó a la boca. Cerró los ojos y gimió—. Qué hambre tenía, Dios santo. Me comería un venado entero. Vivo, si fuera necesario.

—Adelante, pues —le convidó Verity con una sonrisa que a Rebecca se le antojó tan sincera como emocionada.

En lugar de buscarle el mal fondo a su mueca, dio por hecho que se alegraba de corazón de sus recientes nupcias y, renunciando —por el momento— al antiguo placer de provocarla, tomó asiento frente a ella y se sirvió su propio plato de pastas.

Sonny la imitó acomodándose a su lado y no desaprovechó la oportunidad de pellizcarle el muslo por debajo de la mesa.

Nunca le había tenido demasiado respeto a su hermano, y lo demostraba que hubiese proclamado su verdad cuando y como se le había cantado, estuviera él delante o no, pero todo apuntaba a que su actitud ahora que Rebecca era su esposa no haría sino empeorar.

Esta sospecha se confirmó cuando se inclinó para besarla delante de la pareja después de que ella se ofreciera a servirle el té.

Rebecca no perdió de vista a Harding, que los miraba de hito en hito sin saber muy bien cuál era el modo de proceder. Asumió que tardaría en acostumbrarse, pero que, por el bien de su hermana y de su gran amigo, aprendería a sobrellevarlo... como ella había aprendido, por las malas y no sin dificultad, a sobrellevar su matrimonio con Verity.

Como si le hubiera leído el pensamiento, el barón dejó de reflexionar para sus adentros e infló el pecho con una profunda inspiración.

—¿Te importaría seguir desayunando más tarde, cuando hayamos hablado a solas? —le preguntó con una cortesía irreprochable. Era el tono del que se valía cuando se esforzaba más

allá de sus capacidades para conciliar—. Me gustaría tener unas palabras contigo.

Rebecca fingió que aquello la cazaba desprevenida.

—¿Ahora mismo?

—Si fuera posible, sí.

—Claro —respondió después de haber prolongado el suspense adrede.

Se levantó con toda la parsimonia del mundo. Alcanzó una galleta antes de abandonar la estancia, no sin despedirse de Sonny con una caricia al hombro. Sintió la mirada del susodicho seguirla como una cola en su camino al pasillo, que recorrió con la seguridad de tener la sartén por el mango hasta internarse en su salita de descanso.

La última vez que había estado allí había tratado de darle una lección a quien entonces era el canallesco señor Kinross por jugar con su futuro matrimonial a través de Strickland.

Ahora, el lugar parecía distinto, el escenario de una vida pasada.

Oyó que Harding cerraba la puerta tras él muy despacio, pero ella todavía demoró unos segundos en girarse para encararlo con franqueza. No había en su expresión un ápice de vergüenza, y no permitiría que aflorase ni si su hermano se empecinaba en sacarle los colores con una detallada descripción del escándalo que había tenido lugar aquella noche.

Supo que nada parecido llegaría en cuanto hicieron contacto visual. Se sostuvieron la mirada en la distancia con una combinación de afecto inquebrantable y comprensible recelo; recelo porque a raíz de que Harding contrajera nupcias con Verity, el lazo irrompible de su fraternidad se había visto severamente dañado. Ella lo notaba y él no era tan estúpido como para no percibirlo también.

Notaba, asimismo, cómo se había estado esforzando por solucionarlo, creyendo que bastaría con comportarse como lo había estado haciendo hasta su boda.

Fue Harding quien rompió el silencio.

—No me considero un ingenio, y tampoco te tengo por una bestia manipuladora como para pensar que has escogido a Kinross de marido para vengarte de mí... —apretó los puños y se obligó a corregirse— de lo que hice... lo que te hice al desposar a Wit. Pero he de preguntártelo por si acaso me engañaran los ojos y lo que he visto ahora mismo no guarda relación alguna con el afecto. ¿Has aceptado su mano porque deseabas y deseas marcharte a toda costa de esta casa?, ¿porque soportas la presencia de Witty aún menos que la de Kinross...? ¿... O porque lo amas?

Rebecca comprendió que lo que en realidad ansiaba averiguar no era si apreciaba a Sonny, sino si había estado odiándolo en secreto los últimos meses. Pensó en resolver el asunto con una mentira piadosa y regresar a los cálidos brazos de su marido —nunca creyó que sonaría tan bien, ni que reconocería sin género de duda el rostro de Sonny en aquella palabra—, pero la debilidad del alma que llevaba la firma de su hermano mayor se lo impidió.

Un hondo suspiro le relajó los hombros.

—Sonny me ha abierto los ojos a un hecho que me negaba a aceptar, y es que toda ojeriza alberga en sí misma un resquicio de admiración; incluso una suerte de inquina por no poder ser como la persona odiada, o, en su defecto, por no gozar de su compañía y su experto consejo. —Desvió la mirada a sus manos, que había apartado del regazo para fingir que debía arrancarse un padrastro—. No voy a negar que para aprender a mirar a Verity con buenos ojos tuviera que sacrificar parte de mi afecto hacia ti. Acercarme vagamente a mi enemiga ha salido al alto precio de no confiar ya en mi hermano, pues era quien me forzaba a lidiar con ella —reconoció, no sin dolor. Lo enfrentó con un picor en los ojos—, y debes saber que no ha sido deliberado. No puedes culpar al rencor o a mi carácter vengativo de este desenlace.

—Sé que no puedo culpar a nadie más que a mí —la interrumpió con voz queda. Rebecca sintió en su propia garganta el nudo que se le había formado a Harding y que le impidió seguir hablando por miedo a romperse antes de tiempo. Había presenciado con total claridad cómo había encajado el golpe bajo de su confesión: había emitido un jadeo quebrado apenas inaudible y todo su cuerpo se había contraído hacia dentro—. Sabía que corría el riesgo de decepcionarte terriblemente al seguir adelante con la boda, pero... pero pensé que... pensé...

Rebecca se conmovió al ver que no podía hablar.

Si corría a contarle a alguien que el honorable Harding Wargrave estaba tartamudeando, a su esposa, sin ir muy lejos, no la creerían.

—Sé que no lo hiciste con el objeto de herirme, y que no la elegiste a ella antes que a mí, sino que te elegiste a ti. Fuiste egoísta —resumió ella, lacónica—. En eso consiste hacer lo que uno desea sin pensar en los demás. En ser egoísta. No es un defecto que la iglesia o los moralismos aristocráticos perdonen a la ligera, pero sí una trampa placentera en la que todos caemos al menos una vez en la vida. Ahora entiendo que, por doloroso que me resultara en su día, tenías razón al decir que nada era un complot para destruirme, que las cosas sucedían a mi alrededor y no contra mí... —tuvo que tragar saliva antes de continuar— y que, en efecto, quería que tu felicidad existiera bajo mis condiciones, incluso que estuviese supeditada a la mía. Yo también era egoísta, y de un modo mucho más deshonesto. Mucho más cruel. Tú querías elegir sin preocuparte de las consecuencias; yo te exigía que me acompañaras en mi soledad y en mi amargura, poner a prueba tu amor y tu lealtad arrebatándote lo que me había sido arrebatado a mí.

—Y la fallé. Fallé la prueba —murmuró Harding con los ojos enrojecidos—, y ahora estás casada y te vas a marchar.

Rebecca se convenció de que estaría traicionando su propio discurso si se arrojaba a abrazarlo en ese momento, cuando él más lo necesitaba.

Debía permanecer firme, sincerarse aunque doliera.

—Fue una prueba tramposa e injusta. Ahora puedo alegrarme de que no la pasaras —

reconoció con una mano sobre el pecho—, pero lo que he sufrido... para mí se queda. ¿Lo entiendes?

Por impulso, Harding fue hacia ella y la tomó de las manos.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones? —preguntó atropelladamente, buscando en su rostro un atisbo de emoción a la que aferrarse para mantener la esperanza—. ¿Para que confíes en mí de nuevo? ¿Para que... vuelvas a quererme?

Rebecca cerró los ojos un instante para llamar a la calma.

No podía romper a llorar. No quería hacerlo. Nada debía empañar la felicidad y la plenitud que había experimentado en brazos de Sonny.

—Por Dios, Harding, no digas memeces. Nada hará que deje de quererte —replicó, y le advirtió de no volver a ponerlo en duda lanzándole una mirada de advertencia—, y ni mucho menos algo como esto. Necesitaba la perspectiva que me diste al... forzarme a convivir con el enemigo —rio de buena gana al referirse en esos términos a Verity—. He de reconocer que soy demasiado testaruda para admitir según qué debilidades en voz alta, y créeme que te odio por haberme puesto en la tesitura de decir, aquí y ahora, que todos estos años había echado en falta una... una...

—¿Una amiga? —Harding alzó las manos para protegerse de la mirada fulminante que Rebecca le dirigió—. De acuerdo, de acuerdo, es demasiado pronto para utilizar esa palabra.

Rebecca se obligó a relajarse y, con ello, a ceder por primera vez, con un suspiro.

—Ella empezó a abrirme los ojos. No solo para ver a Sonny como lo que ha sido desde el primer día, el hombre al que debí prestar atención, sino para hacerme cómplice del amor que os profesáis. Con el tiempo y la convivencia he ido dejando de pensar en mí y me he sorprendido sonriendo para mis adentros al oíros hablar. Verte feliz... —Se mordió el labio con fuerza, pero no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas—. Verte feliz ahora me ha forzado a descubrir... a aceptar... que no lo habías sido antes. No desde que murió mamá.

Harding cerró los ojos, no supo si para ocultar el rostro parcialmente del llanto que le mojó las mejillas o porque aún le costaba contener el acceso de sentimiento cuando se mencionaba a la baronesa.

—Siento que me tomas por embustero cuando me disculpo por mis afectos, por mi boda, por mi... Por quereros a las dos bajo mi techo. Siento que así me interpretas, al menos, porque luego me ves disfrutar de mi esposa, ser incapaz de separarme de ella, y... y entiendo que es chocante, que mi pena puede parecer fingida. Pero te aseguro que las dos emociones conviven en mí, la felicidad y la culpa, a partes iguales. Lo siento de verdad, y también de verdad juro que no pude evitarlo.

Rebecca esbozó una sonrisa compasiva.

—Créeme, ahora entiendo a lo que te refieres. Cuando descubrí que te habías fugado con

Verity a Wargrave House para dar rienda suelta a vuestra... relación, te dije que el amor era una elección. Y de veras lo pensaba, porque yo escogí querer a Nile, ¿sabes? Lo vi lo bastante gallardo, lo bastante rico, lo bastante apropiado, y decidí pensar en él todas las noches mientras me cepillaba el pelo hasta que se convirtió en una costumbre, y de la costumbre pasé a la obsesión, y, de la obsesión, al amor. Así lo configuré yo a la tierna edad de quince años. Pero recientemente he descubierto que el amor se manifiesta de otras muchas formas y en la mayoría de los casos supone un descontrol. No sabría explicarme cómo he llegado hasta aquí con Sonny, si te soy sincera.

—Yo me preguntaba eso mismo hace unos meses, cuando Verity empezaba a colárseme bajo la piel.

—Pensar que la hubieras elegido de forma consciente, como yo elegí a Nile, era lo que me atormentaba; lo que me hacía mirarte con recelo. Luego os vi juntos, a Verity y a ti, y me tenía que aferrar con garras y dientes a mi rencor para no perdonarte. Lo entendía como una cuestión de orgullo. Como que alguien debía defender mis intereses. Pero ahora... —Meneó la cabeza, no sabía si más asombrada o maravillada por el giro drástico. Miró a su hermano con una sonrisa llorosa—. Harding... No te imaginarías lo que la más mínima traición puede llegar a hacer con una mujer enferma de amargura. Os he odiado a todos, desde el primero hasta el último, hasta que alguien me ha demostrado amor.

—Al señor Kinross se le pueden reprochar numerosos defectos, pero esa insufrible insistencia suya nunca ha terminado de parecerme uno de ellos —reconoció Harding, correspondiendo su expresión benevolente—. Si se me arrodilló para rogarme tu mano sin ninguna clase de argumento, tan solo exigiendo mi beneplácito, no me quiero ni imaginar qué clase de persecución enfermiza habrá llevado a cabo contigo a espaldas de todos.

Rebecca soltó una carcajada sana y se secó las lágrimas con rapidez.

—Se dejó golpear por un tipo que le doblaba en altura y anchura hasta que le dije que le perdonaba por no haberme llevado a Gretna Green.

Harding puso los ojos como platos.

—¿Qué? —jadeó—. Ese tipo está loco. Siempre lo he sospechado.

—Pero tengo la suerte de que esté loco por mí —pensó Rebecca en voz alta. Se regocijó en aquella certeza, y un poco más en el ramalazo de inquietud que oscureció el agraciado semblante de su hermano.

Todavía tardaría en aceptar la unión de los Kinross, pero estaba bien encaminado.

—Si eres feliz, yo soy feliz —dijo, tratando de convencerse a sí mismo—. Reconozco que me aterra que os matéis el uno al otro una vez os marchéis a vuestro nidito de amor... o, mejor dicho, que tú lo mates a él en uno de estos arrebatos insoportables que poseen a mi... cuñado. Pero tendré fe —le prometió con la mano en el pecho—, lo juro.

Unos golpes a la puerta interrumpieron la conversación cuando Rebecca iba a abrazar a su hermano. El joven mayordomo se asomó con cara de espanto; la cara que ella reconocería en cualquier parte, pues era la que se le escapaba cuando el marqués de Haverford se hallaba en la casa o prestaba una visita y corría el riesgo de encontrarse con su vieja prometida.

En lugar de sentir un arrebato de furia o formársele un nudo en el estómago, Rebecca solo frunció el ceño, extrañada. El reloj apuntaba las siete y media de la mañana.

¿Qué podría habérsele perdido a Nile allí a tan tempranas horas?

—Señor Wargrave, el marqués de Haverford se encuentra en el recibidor.

Harding lanzó al aire un suspiro de profundo hastío. Se pellizcó el puente de la nariz con los ojos cerrados antes de mirar a su hermana menor de soslayo.

—Y yo que pensaba que por hoy podíamos tener tú y yo la fiesta en paz.

—Descuida. —Rebecca aireó la mano—. No pretendo arrancar a discutir con mi antiguo enamorado; ni ahora, ni en lo que me quede de vida. Ahora soy una mujer casada y no puedo hacer nada que dé a entender a mi marido que no le soy devotamente fiel.

—Ha señalado que su presencia tiene una explicación sencilla a la par que urgente, señor Wargrave —insistió el mayordomo.

—Muy bien, muy bien. Vayamos a ver.

Muerta de curiosidad, no solo por las razones que Nile pudiera tener para aparecer de sopetón, sino por averiguar cómo se sentiría al tropezárselo después de aquella noche tan reveladora, siguió a Harding en su apresurado paseo hacia la entradilla.

Rebecca atisbó su elegante figura ya por encima del hombro de su hermano. Iba vestido como un jinete profesional, con botas y pantalones de montar. Los estampados eran los habituales en las prendas que proliferaban en las partidas de caza, pero él las había adaptado a su estilo personal, y esto es, a su riguroso luto, tiñéndolas de negro.

Estaba dándole vueltas a la gorrilla con la mano cuando oyó los pasos de los hermanos. Entonces alzó la barbilla. Esto le permitió contemplar con inquietante claridad la preocupación que enturbiaba su semblante.

—¿A qué debemos el honor de tu visita? —inquirió Harding con cierto retintín.

Rebecca cayó entonces en la cuenta de un detalle que le había pasado por alto en su violenta cruzada contra la amistad entre Haverford y su hermano: en el curso de casi cuatro meses, el susodicho solo había visitado a los tórtolos dos veces contadas, y porque debía transmitirle algo urgente al futuro barón. Furiosa como estaba, se había envenenado con aquellas dos inocuas visitas en lugar de prestar atención al cuadro general: era evidente que Harding le había pedido expresamente a Nile que no se presentara allí bajo ningún concepto, y tenía que deberse al deseo de respetar los sentimientos de Rebecca, porque a ella nunca se le había escapado que el marqués de Haverford era la compañía predilecta de su hermano y, si de él hubiese dependido, le habría

puesto un dormitorio con su nombre bordado en las sábanas.

—Buenos días a ti también. Señorita Wargrave —la saludó con una genuflexión.

No sintió el menor deseo de reivindicar su condición de casada con una desdeñosa corrección. «Señora Kinross», le habría espetado si le hubiese importado lo más mínimo regodearse en su asombro o la que quiera que hubiese sido su reacción. Por el momento, deseaba guardarse para sus adentros el enlace con Sonny; mantenerlo allí protegido de la fealdad del mundo, de sus viejos rencores.

—¿Y bien? —lo apremió Harding.

—Hoy me he desvelado y me ha apetecido salir a cabalgar al amanecer por Regent's Park. Estos últimos tiempos he acabado cogiéndole el gusto al deporte... —Se encogió de hombros. Rebecca, en extremo pendiente de sus propias sensaciones, se enderezó al experimentar una ligera sacudida en el pecho. El Nile que ella había conocido, el que tuvo que dejar de admirar tres años atrás, odiaba montar a caballo. Ahora, de pronto, lo adoraba. Le extrañó no saberlo todo del hombre que tenía delante—. Ha sido ahí donde y cuando he coincidido con el conde de Jersey. Le he visto tan agitado que me he acercado a preguntarle si podía serle de ayuda, y... Digamos que hace rato que se marchó, furioso, a buscar a Kinross a su casa. En sus palabras, tiene con él «una deuda de honor pendiente de cobro». Ya debe de haber imaginado que, si no está allí, es porque está aquí, así que es cuestión de tiempo que...

Unos golpes impacientes a la puerta interrumpieron a Nile.

Todos los presentes se enderezaron de golpe e intercambiaron miradas inquietas. Rebecca en concreto se tensó de pies a cabeza. Regresó con más fuerza que antes la alarma que esa madrugada la había tenido al borde del llanto... y de legalizar el divorcio por sus propios medios para castigar a Sonny por siquiera haber pensado en abandonarla.

—¿Sabes algo sobre esto, Becks...? —Harding se calló en cuanto un recuerdo reciente le iluminó. Volvió a pellizcarse el puente de la nariz, ahora con verdadera exasperación—. Supongo que guarda relación con lo que tu marido me dijo anoche de que «se había acostado con una mujer casada».

—¿Marido? —repitió Nile, perplejo.

—Es una larga historia —se adelantó Rebecca con una mano en alto. A continuación se ajustó bien el batín a la cintura para no revelar más piel de la necesaria—. Y no es apta para el oído de sujetos ajenos a la familia.

—Comprendo.

Los golpes regresaron con más ímpetu, haciendo temblar los cimientos de la casa.

El mayordomo carraspeó.

—¿Debería abrir, señor Wargrave? ¿O finjo que no hay nadie en casa?

—No sé qué bien podría hacernos eso —meditó Harding, ceñudo—. Mucho me temo que

Jersey es un tipo insistente. Podemos esquivarle hoy, y tal vez también mañana, pero tarde o temprano coincidirá con alguno de nosotros, y me parece a mí que, para entonces, habrá acumulado tanta rabia que el castigo caerá sobre Kinross con especial virulencia.

—No me da ningún miedo —resolvió Sonny desde el umbral del comedor. Echó a andar hacia la concentración de títulos nobiliarios con el ceño fruncido. Rebecca se giró a tiempo para verlo encogerse de hombros, los pulgares colgando del borde del pantalón que a duras penas se había abrochado para desayunar—. Veamos qué tiene que decir.

Rebecca se aferró a su brazo en un impulso, asustada.

—¡De eso nada! Deberías esconderte. Es muy posible que haya venido armado.

—No creo que se atreva a disparar a quemarropa en el recibidor de un futuro barón... —lanzó una mirada que fingía aburrimiento, pero que contenía una poderosa repulsión, hacia el recién llegado— y ni mucho menos con tan regios testigos.

En lugar de aludirse con el desdén implícito, Nile se enderezó y compuso una expresión benigna.

—¿Debería felicitarle por sus nupcias, señor Kinross?

—Lo que debería hacer usted es no arruinarme la dicha poscoital haciéndome el favor de volver por donde ha venido.

—No seas desagradable —le advirtió Rebecca, sacudiéndole el brazo por el que seguía teniéndolo atrapado—. Está aquí para advertirnos.

Sonny torció la boca y señaló al marqués con la barbilla.

—Prefiero que me encajen un tiro en el entrecejo antes que verle el morro a este fulano.

Nile y Harding suspiraron a la vez. La reacción del primero nacía del más puro cansancio; la del segundo, de la convicción de que nunca viviría en paz. Debía de estar pensando que los odios de Rebecca habían resultado ser transferibles, y que había contagiado a Sonny mediante el intercambio de fluidos.

—¡Abran la puerta! —rugió el conde de Jersey—. ¡Sé que están ahí!

—De verdad, Kinross... —se lamentó la única que faltaba. Verity se había recostado en la pared del pasillo con los brazos cruzados, y contemplaba la escena con aquella falta total y absoluta de respeto hacia las circunstancias solemnes que, más a menudo de lo que Rebecca habría querido admitir, la había convencido de restarle importancia a los problemas—. ¿Quién te mandó a ti a encamarte con una mujer casada?

Capítulo 28

La presencia de Nile Inglefeild le había puesto de un humor de perros. Y en el lenguaje de los Kinross, ponerse de un humor de perros equivalía a perder el contacto con el instinto de supervivencia. Sus testigos bien pudieron asombrarse todo cuanto quisieron con su reacción, pero a Sonny le pareció que el único modo de resolver aquello a la mayor brevedad —y, a renglón seguido, enviar al marqués de Haverford a su residencia— pasaba por abrir la puerta y enfrentar al indignado Jersey.

—No ha dado la cara —fue lo primero que le espetó el susodicho, tan ruborizado por la rabia que las cejas pelirrojas se le confundían con la tonalidad de la piel.

—No —le confirmó Sonny con desahogo—. Es que ayer me casé y, como se imaginará usted, la noche se me confundió con la madrugada.

Jersey no puso en duda su respuesta. Buscó con la mirada a la mujer a la que no creía afortunada ni por asomo. La posó en la única presencia femenina que había estado soltera hasta el día anterior.

La repugnancia le torció el gesto.

—La honorable señorita Wargrave, quien nunca en realidad ha merecido ese apelativo... y ahora menos aún —soltó con un desprecio que sobrecogió a los presentes—. ¿No le da vergüenza haber desposado a un hombre capaz de acostarse con la respetable esposa de otro?

Sonny abrió la boca para ladrarle una lindeza a la altura de su insolencia, pero Rebecca cuadró los hombros, como siempre los cuadraba cuando se disponía a atacar con todo su veneno, y comprendió que era justo para ella ser quien se defendiera.

—Lo mismo podría preguntarle yo a usted, milord. ¿No le abochorna profundamente estar casado con una mujer que invita a cualquiera a su lecho?

Jersey apretó los labios.

—Entonces reconoce que el señor Kinross es un cualquiera.

—Reconozco que era un cualquiera para su esposa; para mí es mi marido —añadió con ferocidad—, así que cuide su lenguaje a la hora de referirse a él en mi presencia.

—No se preocupe, señora —escupió, desdeñoso—, que no he venido hasta aquí para intercambiar opiniones sobre los respectivos parientes con usted, sino para saldar mi deuda pendiente con el caballero... —miró a Sonny de arriba abajo—, si es que así puede llamarse.

—De acuerdo a la normativa de tratamientos nobiliarios, no, no se me podría llamar así. Soy un señor, pero un caballero no, y a mucha honra, o habría tenido que exponerme a que me matara

usted en el parque para defender el honor de serlo. —Le puso una mano en el hombro al rígido Jersey. Se tuvo que desprender de su desahogo habitual para hablarle con franqueza—. De hombre a hombre, milord, le sugiero que regrese a casa y trate de limar asperezas con milady. Es una mujer bella y astuta, pero ninguna criatura más que la mía merece que, en su nombre, un tipo honorable se arriesgue a acabar entre rejas por asesino.

—Los duelos han pasado de moda, Jersey —apostilló Nile, que no se había movido del rincón al que se había retirado para conceder intimidad a los involucrados—, y ya no se miran con tan buenos ojos como en el siglo pasado. Le recomiendo que se desquite con el señor Kinross de cualquier otro modo.

—¿Y qué modo es ese? —rugió. Barrió la estancia con la mirada para que los presentes fueran cómplices de sus ojos de loco, de su mandíbula desencajada—. ¿Metiéndome en la cama con su esposa?

Sonny aspiró entre dientes y reprodujo un movimiento inquieto con la cabeza.

—Eso no va a ser posible, caballero, porque mi esposa no se le ofrecería sin reparos y, para consumar su amenaza, tendría que forzarla... y entonces yo tendría que matarlo a golpes.

Al por lo general honorable Jersey le tuvo que sonar razonable el modo en que desestimó su propuesta, porque no contraatacó sino gimoteando con desesperación:

—¿No actuarían ustedes del mismo modo que yo si descubrieran que su mujer ha tenido un amante?

—Eso no sucedería —dijeron todos a la vez, desde Harding hasta Rebecca, pasando por Verity, Nile y Sonny. Fue el último el que se animó a seguir hablando, con la mala suerte de que metió la pata—: Cuando a una mujer se la tiene bien atendida en casa, no siente la menor tentación de buscar la diversión y el alimento en otra parte.

Los ojos de Jersey lanzaron chispas.

—¿Cómo se atreve? ¡Mi mujer jamás habría ido a buscarle a usted! ¡Fue usted y nadie más quien se aprovechó de su inocencia para seducirla!

—Oiga... —Volvió a palmearle el hombro—. No voy a proporcionarle detalles sórdidos de mi contacto con milady. Mi esposa está presente y es muy celosa. Pero le puedo asegurar que la inocencia de la condesa de Jersey lleva siendo periódico de ayer desde hace unos cuantos años; antes incluso de mi llegada.

—Sonny —le advirtió Harding entre dientes.

—Es más —prosiguió él—, seguro que piensa lo mejor de su señora porque tuvo la buena voluntad de acercarse a usted y contarle que se había dejado llevar por las atenciones del pérfido señor Kinross; es decir, porque no tuvo usted que descubrirlo de un modo impactante. Pues bien... Pongo yo la mano en el fuego por que confesó su pecado con la esperanza de que tomara represalias físicas contra mí.

—¿Por qué haría algo así mi querida Adelaide?

—Porque la rechacé para cortejar a la señorita Wargrave y no pudo soportarlo.

—Eso implicaría que mi esposa albergara sentimientos por usted —masculló, cada vez más agitado—, y no es posible.

Sonny lanzó al aire un suspiro entristecido que habló por mil palabras.

—Me parte el corazón que honrados caballeros como usted, hombres que aman de veras a su esposa, tengan que sufrir este tipo de vejaciones a manos de quien para ellos es el ser más querido. No estaría usted aquí, proponiendo una conversación complicada, si su matrimonio no se hubiera oficiado por amor. Le compadezco —concluyó con un apretón amistoso al hombro.

Aquello fue lo peor que Sonny podría haber dicho. Lo supo al ver que Harding sacudía la cabeza, dándolo por perdido, y por el modo en que la expresión del ofendido se transformó. Pasó de albergar justos recelos y de buscar consuelo en su enemigo, aun en contra de sus principios, a oscurecerse por obra de la traición imperdonable.

Sonny lo comprendió enseguida.

A un caballero herido en su hombría no se le debía compadecer bajo ningún concepto.

Lo aprendió por las malas cuando Jersey sacó la mano del interior del gabán, donde la había mantenido escondida, y lo apuntó con el cañón de una pistola. Sonny nunca había visto ese modelo, y no solo porque no fuera un apasionado o solo un entendido de las armas de fuego, sino porque con toda probabilidad no habría salido aún al mercado popular. El conde era conocido por su afición a la caza, al tiro al plato y ahora también a los duelos, y ningún hombre orgulloso se aficionaba a actividades en las que no destacara por su fina habilidad.

—¡Ya está bien! ¡Voy a cobrarme esta afrenta sea en el parque o sea aquí mismo!

—Jersey, por el amor de Dios —intervino Nile, que se arriesgó a rodearlo del antebrazo para tratar de bajárselo—. Sea razonable. No quiere matar a un hombre delante de su esposa, sus cuñados y un cuarto testigo.

—¡Este miserable canalla se está riendo de mí! ¡Debería postrarse de rodillas para suplicar mi perdón!

—No dude que lo habría hecho si no se le hubiese ocurrido vejar a mi esposa nada más presentarse aquí sin invitación —replicó Sonny—. Ahora tendrá que jorobarse sin disculpa que valga.

Harding lo fulminó con la mirada. El mensaje implícito podía leerse con meridiana claridad: «Como mantengas esa postura de bravucón, tus sesos acabarán desparramados en mi recién estrenado recibidor... y no dudes que te odiaré por ponerlo todo perdido aun cuando estés en el Más Allá».

—¡El único que ha vejado a la esposa de alguien es usted! —bramaba con una mirada sanguinaria. La mano le temblaba, pero seguía apuntándolo con seguridad—. ¡Aun si le cosiera a

tiros, jamás podría darme por satisfecho! ¡Debería cortarle las manos y el miembro y echárselo de comer a los cerdos!

—¿Por qué a los cerdos? ¿Porque las cerdas ya los han disfrutado lo suficiente?

—¡Emerson Kinross! —rugió Harding—. ¡Al final seré yo el que te meta un tiro!

El conde de Jersey se ruborizó hasta el nacimiento del pelo, que, como la diadema de una princesa, comenzaba en la coronilla.

La vida de Sonny pasó por delante de sus ojos. La intuición le advirtió justo a tiempo de que iba a disparar, y fue lo bastante rápido para apartarse. Pero Jersey no había apretado el gatillo aún; la indignación que le hacía estremecerse violentamente pospuso un segundo el cumplimiento de su amenaza. Y entonces Sonny sintió miedo de verdad, un miedo como un pozo abisal al que el simple hecho de asomarse robaba el alma, el aliento; quebraba el espíritu, y sintió miedo porque, al haberse alejado del cañón de la pistola, había dejado a Rebecca en la trayectoria del disparo.

Pasó tan deprisa que Sonny pensó que, aun habiendo esquivado a la guadaña, había muerto de todos modos. Lo habían acabado matando.

Oyó el sonido del arma abriendo fuego, oyó el grito de Verity y oyó su corazón retumbando, exigiéndole que se interpusiera entre el disparador y el destino de la bala. Pero fueron más rápido que él evitando que la muerte prematura alcanzara a Rebecca: Nile y Harding se adelantaron para protegerla con su propio cuerpo, pálidos y al mismo tiempo con una mirada profundamente decidida. Quiso el cielo que, al chocar el uno contra el otro y debido a la diferencia de estatura entre los caballeros y la joven —también a la pérdida de facultades del conde—, el disparo apenas pasara silbando por el cuello de Nile, abriéndole una herida dolorosa pero superficial en el lateral de la garganta.

Por un instante reinó la clase de silencio que solo se oía en los funerales. Aunque nadie osó moverse o emitir sonido alguno, Sonny podría haber escuchado los gritos de pavor que habían ahogado Harding, Nile y él mismo. Luego, como coreografiados, los tres se movieron, cada uno en una dirección: Sonny se abalanzó sobre la petrificada Rebecca para palparla en busca de una herida que no se había producido, Harding agarró a Jersey de la pechera de la chaqueta para sacudirlo con la intención de matarlo y Nile se apresuró a repetirle a una Verity preocupada y con la atención divida, una y otra vez, una y mil veces, que se encontraba bien, que todo estaba de maravilla, que no le dolía, pero con la mirada perdida en un punto de la pared.

El pasmo de Rebecca era de la misma familia que el que había paralizado a Nile. Fue una conclusión natural que los dos se buscaran con la mirada para compartir el sentimiento.

Sonny no pudo hacer nada para evitar la complicidad que establecieron en tan solo un instante, y que fue tan poderosa como para atreverse a reparar el vínculo que llevaba años tiritando. No lo subsanó, sin embargo. No logró tamaño milagro. Pero en el hecho de que se

mirasen a los ojos sin rencor, ella sin poder creérselo, él sinceramente aliviado por su apresurada actuación al comprobar que se hallaba en perfecto estado, supuso un acercamiento que Sonny no supo si temer o agradecer.

Abrazó los dos contradictorios sentimientos.

«Maldito sea», pensó. «Ahora tendrá que contar con mi eterna gratitud».

Harding no dejaba de golpear a Jersey como si quisiera cambiarle de sitio los huesos; el conde, asombrado por haber sido capaz de disparar una pistola que podría haber acabado con una vida inocente, había estallado en un llanto amargo.

Pero Sonny no tenía oídos para los reproches y justificaciones del uno y del otro, sino solo ojos para la débil sonrisa que Nile le dedicó a la impresionada joven.

—¿Estás bien, Becks? —le preguntó en voz baja.

Apenas pareció consciente de que un riachuelo de sangre discurría cuello abajo, manchando su exquisita chaqueta de montar. Sonny temió que lo encontrara irresistible. Sus nervios fueron a peor cuando ella le devolvió el gesto con mansedumbre.

—Sí. —Esperó a que él hubiera asentido con conformidad antes de añadir—: Gra... gracias.

La sonrisa de Nile se ensanchó hacia la alegría de haber recibido una respuesta grata por su parte. Sonny sabía mejor que nadie cómo se sentía la aceptación y el perdón de Rebecca; como un trago de agua en el desierto. Pero no fue tan comprensivo cuando le vio alargar una mano hacia ella, y menos todavía al ver que Rebecca, tras vacilar un instante por la impresión más que por el rechazo, le ofrecía la suya para estrechársela. No como dos hombres cerrando un negocio, pues no fue un apretón ejecutivo, sino con la tierna torpeza de dos personas que se conocieron, luego tuvieron que olvidarse y ahora se habían reencontrado.

—Muy bien —masculló Sonny, y, ni corto ni perezoso, se entrometió por la fuerza agachándose ante Rebecca. Se la echó al hombro como un *highlander*, despertándola abruptamente de su trance, y abandonó la escena saltando de dos en dos las escaleras hacia el segundo piso.

Aún le dio tiempo a oír lo que sucedía en el recibidor.

—No entiendo por qué me ha hecho algo así —sollozaba Jersey—. Yo amo a mi esposa; le doy... siempre le he dado todo cuanto ha deseado, y no me escondo cuando me busca por las noches. ¿Por qué no me quiere? ¿Por qué, señor Wargrave?

—Suéltelo todo —le animaba Harding, palmeándole la espalda después de haberle dejado el rostro amoratado. Pero no le pasó por alto la batida en retirada de Sonny, y por encima del hombro del doliente esposo, le lanzó una mirada de advertencia que él interceptó a punto de perderse por el pasillo.

«Ya verás cuando tú y yo nos sentemos a hablar de esto», parecía decir.

—¿Qué haces? —rezongó Rebecca, más o menos repuesta del shock—. ¿Por qué me has

secuestrado? ¡Sonny!

—¿Ahora te he secuestrado? ¿Se puede acaso secuestrar a la propia esposa?

—¡Por supuesto que se puede! ¡Lo que no se puede es desaparecer después de haber sembrado discordia! ¡El conde de Jersey sigue ahí abajo...!

—Tu hermano se está encargando del asunto, y ¿sabes quién sigue allí abajo también? Nile Inglefeild, no sé si te sonará familiar. No puedes reprocharme que actúe cuanto antes para evitar que sucumbas a la tentación de hacerle ojitos.

—¿Hacerle...? —No le duró tanto tiempo el pasmo como para no soltarle un golpe doloroso en el hombro—. ¿Acaso eres idiota? ¡Ha evitado que me maten! ¿Qué querías que hiciera? ¿Que le arrease un bofetón?

—¡Por ejemplo! —rugió, y cruzó el umbral de su dormitorio con paso acelerado. La arrojó sobre la cama sin contemplaciones y la miró desde su altura con los ojos entornados y los brazos en jarras—. ¡Me correspondía a mí salvarte la vida, no a él!

Rebecca había caído de costado, pero se apresuró a apoyarse en los codos y devolverle la mirada nadando en la incredulidad.

—¿Estás hablando en serio?

Sonny la aprisionó apoyando las manos en su cintura.

—No quiero que lo perdones jamás si el odio es lo único que te protege de amarlo.

—¿Amarlo?

—No quiero que sea tu héroe.

—No lo es.

—No quiero que sea nada tuyo. Yo tengo que serlo todo. Ser todo de ti. Ser tú. O no ser nada y que todo vaya sobre ti.

—¡No tiene sentido nada de lo que estás diciendo!

—Te quiero tanto que a veces siento que me he vuelto loco.

—Y yo a ti, no entiendo por qué...

—Dime que es feo e insufrible.

—¡Te estoy diciendo que te quiero, que es más importante!

—Dime que yo soy mejor.

—Sonny... —murmuró, todavía con impaciencia pero con una nota de debilidad.

A él se le quebró la voz al mirarla intencionadamente a los ojos. Se le ocurrió que no había estado nunca tan bella como en ese momento, que el sudor de su frente, los mechones electrificados y el brillo en las pupilas eran indicadores de que estaba viva, de que habían evitado que un disparo le robara la juventud y el amor incondicional que Sonny le tenía, y solo entonces razonó lo que había estado a punto de pasar.

Se le escapó un gimoteo ininteligible y no pudo seguir sosteniéndose. Dejó caer la cabeza

sobre el pecho de la joven para que no viera su rostro contraerse en una mueca de dolor, pero ella igualmente lo supo; lo supo porque empezó a sollozar entrecortado.

—Soy un estúpido redomado —balbuceó—. Casi te pierdo a manos de un enemigo que me he granjeado yo, por irresponsable y por despechado, y lo único que se me ocurre es ponerme celoso del dichoso Haverford.

—Desde luego, eres único en tu especie..., pero eso lo veníamos sabiendo —se rio Rebecca. Oír su inflexión divertida le instó a sorber por la nariz y enderezarse para confirmar que en su expresión había puro afecto. Casi gimió de alivio cuando ella acunó su rostro entre las manos, libre de todo rencor—. Podríamos perder el tiempo echándonos mutuamente la culpa, porque, por ejemplo, si yo te hubiera dejado marchar a la hora estipulada, no nos habría puesto a todos en peligro. Pero creo que ya he sacrificado suficiente vida dedicándome en cuerpo y alma a mis rencores.

—¿Y a qué quieres dedicarlo? ¿A un tipo como yo, que no ha podido protegerte?

—Ya no estoy en la misma habitación que la pistola, lo que significa que me has puesto a salvo. Los dos lo estamos. No volverá a atacarte después de lo que ha sucedido; no se atreverá ni a mirarte a los ojos, si es que no se lo llevan preso. —Rebecca le sonrió antes de besarlo en la punta de la nariz—. Yo te quiero tanto que a veces siento que he recuperado la cordura.

—No me digas eso —protestó por el gusto de protestar. Pero se encaramó a la cama, a su cuerpo blando, y la estrechó contra sí—. Un loco y una cuerda no son una buena combinación... y menos cuando están sobreexcitados porque acaban de presenciar un intento de asesinato.

—¿Estás seguro de que no? —Se incorporó lo justo para besarlo en la barbilla—. Porque yo diría que precisamente cuando están sobreexcitados hacen mejor pareja que nunca. Y si no te lo crees, permíteme que te lo demuestre...

El epílogo que en realidad es el fin de una era

—«Quien sostiene que los finales felices no existen, no ha oído hablar aún de la historia de amores y desdichas de Rebecca Kinross, que nació siendo la honorable señorita Wargrave, a los dieciocho años cayó en desgracia como la despreciada señorita Wargrave y fue, durante el trienio posterior, la irrelevante señorita Wargrave..., hasta que decidió asegurarse de no volver a ser ignorada jamás desposando al único hombre que no es ni aristócrata ni exactamente burgués, ni del todo trabajador ni de la realeza tal y como se conoce: con el o bien odiado o bien amado, pero nunca apartado, Emerson Kinross». —Sonny hizo una pausa en su lectura para descansar el papel impreso sobre la colcha y mirar con sorna a su esposa, que estaba atendiendo a la lectura con las manos retorcidas en el regazo y el labio inferior atrapado entre los dientes—. La introducción no está nada mal, ¿no? Aunque le di permiso para volver a escribir sobre mí, y sin ponerle la condición de hacerlo en buenos términos, no ha abusado del veneno que guarda en la recámara.

—¡Calla y sigue leyendo! —se quejó ella con voz estrangulada.

Se cercioró de que obedecía impulsándose desde el rico cabecero de la nuevísima y reluciente cama nupcial y gateando con nada más que el camisón hacia su marido, al que esperaba presionar con su tentadora proximidad. Como Sonny consideraba haber estrenado ya el colchón y las sábanas de todas las formas imaginables, honestas y deshonestas, se entretenía probando ahora diversas posturas: estaba tendido boca arriba con la cabeza descolgada en el borde opuesto de la cama, ahí donde debían ir los pies, y las manos alzadas sobre el rostro con la última columna atrapada entre los dedos.

Rebecca se tendió a su lado apoyada sobre los codos.

—«Lo que hace cuatro temporadas podría haberse antojado una locura vesánica tiene hoy el mayor de los sentidos. Casi se diría que la señorita Wargrave debía caer en desgracia para merecer al señor Kinross, y por fuerzas ajenas a mí, fuerzas más relacionadas con los poderes y mandatos divinos, así ha sido». Esto no me deja en tan buen lugar —apostilló Sonny, no tan ofendido como daba a entender la teatralidad de su ceño—. «A mis queridos lectores les recomiendo que no desesperen si andan en busca del romance y este no se deja encontrar. A lo mejor lo buscan en el lugar equivocado. A lo mejor su felicidad no está en el decoro, sino en la total y absoluta sinvergonzonería... ahí donde por mucho tiempo han estado las lealtades del señor Kinross, como bien puede confirmarnos la condesa de Jersey».

Rebecca lanzó una exclamación ahogada.

—¡No puede ser! ¿Va a mencionar tu romance con milady? ¡Más le vale especificar que sucedió antes de que tú y yo nos casáramos, o estaré condenada a la ruina tanto en la soltería como en el matrimonio!

—¿Qué te importan ya la condena y la ruina a estas alturas? Si es imposible que un hombre haya arruinado a una mujer tantas veces como yo a ti... —insinuó, alargando una mano traviesa hacia la curvatura de su cadera. Rebecca le asestó un manotazo en la muñeca y le señaló la columna para que siguiera leyendo—. De que me maltratas día sí y día también no ha hablado aún la Reina del Chisme...

—Siéntete libre de informarla al respecto —lo provocó ella con la barbilla erguida—. Sigue.

Sonny exageró un suspiro y se ocultó detrás de la cuartilla.

—«Dicen las leyendas que un príncipe escaló una alta torre para rescatar a una bella princesa, pero el cuento popular en Londres no acaba ahí: se alarga especificando que la bella princesa estaba casada con el conde de Jersey y el príncipe, que entonces aún disfrutaba de su soltería, no ascendía a las alturas porque gustara de contemplar el paisaje elevado o respirar aire puro. Cuántas veces tuvieron lugar estas visitas no lo sabemos, pero a esta autora le consta que el príncipe se enfrentó al conde de Jersey en un duelo a puerta cerrada del que no se darán muchos más datos para no invocar a la Policía Metropolitana. Fue un milagro que nadie saliera gravemente herido... si no contamos el magullado orgullo de milord y el cuello del marqués de Haverford, que, en un alarde de heroísmo conjunto con el señor Wargrave, le hizo a Su Chismosísima Majestad el favor de darle el cierre redondo a su historia, pues ahí acaba el periplo de la honorable señorita Wargrave y sus múltiples caídas en desgracia, justo donde empezó: en el desprecio del marqués y su posterior determinación de salvarla». ¿Por qué diablos tiene que aparecer este tipo en la noticia de nuestro casorio? —rezongó Sonny.

—¿Porque evitó que me mataran, quizá?

—¡Eso no merece que le perdones! —seguía protestando.

Rebecca puso los ojos en blanco, pero acabó mirándolo con ternura.

—Tú eres el primero que se sintió inclinado a disculparlo.

—Y la Reina no ha desaprovechado la oportunidad de señalarlo —masculló a regañadientes. Señaló el último párrafo de la columna—. «¿Quién habría dicho que, a raíz de lo ocurrido, la señorita Wargrave convidaría a su flamante boda a los marqueses de Haverford? Esta autora no, desde luego, pues ha pasado los últimos años siguiendo muy de cerca y con orgullo maternal la encomiable dedicación de la señorita a mimar sus odios. Pero si bien nada divierte más a Su Chismosísima Majestad que una enemistad visceral, sigue habiendo algo que la fascina el doble debido a su pasión literaria, y es el arco de redención que augura un final perfecto. Me complace poder decir que la promoción de 1843 de la escuela de señoritas de lady Mabry se reunirá al

completo y de la mano de sus parientes en la boda entre la honorable señorita Wargrave y el señor Kinross: lady Haverford, la señora Connor, la señora Wargrave y la aún soltera Quitterie Tandye. Se podría decir, pues, que no están ustedes invitados..., pero sí están *todos* invitados».

—¡¿Qué?! —aulló Rebecca—. ¡Eso es mentira! ¡Yo no he invitado a los Haverford, ni a los Connor, ni...! ¡Y tampoco habría invitado a Verity si no fuera porque es la esposa de mi hermano!

Sonny arrojó la columna a su espalda en un movimiento dramático y posó la mano en la rodilla de Rebecca, a la que la indignación había incorporado y sentado en la cama.

—Parece que la Reina se ha tomado la libertad de organizarnos la lista de invitados.

—¡Será...! ¡Será...! ¡Yo pensaba que me apreciaba!

—Y te aprecia. De hecho, sospecho que lo hace por ti. Pero si no estás de acuerdo con su decisión, siempre podemos revocarla. ¿Quieres que enviemos cartas a los implicados para advertirles que serán educadamente escoltados a la salida si ponen un pie en la iglesia? —Sonny ocultó una risita malintencionada bajo el dedo índice—. ¡Sería tan divertido! ¿Qué cara crees que pondría Clarissa?

—Oh, ¡se moriría de vergüenza! —se regocijó, y ambos se rieron como el par de chismosos en el que se convertían cuando arrancaban a hablar sobre sus conocidos.

Rebecca fue a espetar, aun así, que, en efecto, ese sería el curso de acción, pero en su lugar se mordió el labio. Sonny procuró no exteriorizar su diversión con una sonrisa delatora; esto no impidió, aun así, que no se conmoviera con la cesión de su esposa, que supo anticipar de lo bien que la conocía.

—Bueno... No pasa nada porque Nile acuda a nuestra celebración. Se interpuso entre una bala y mi cuerpo; bien merece que se le tenga una pizca de consideración. Por otro lado, sería del todo descortés, casi intolerable, prohibirle que acudiese acompañado. Además, ¿a quién criticaremos después de la fiesta si Clarissa no asiste?

—Buen razonamiento.

—Seguro que está muy estropeada después de tantos partos, además.

—Eres perversa, ¿sabes?

—También me gustaría invitar al señor Strickland. Cassius es mi amigo, te guste o no, y será invitado a todas las fiestas que de mi organización dependan... Aunque solo sea por si acaso asistiese también la mujer a la que espera.

—Oh... Eres un dulce, cariño.

—¡No te burles de mí! —rezongó—. En cuanto a la señora Connor..., invitada también a traición... Cierto es que tuvo razón cuando en su día me sacó los colores a propósito de mis inquinas, y que rara vez ha sido menos que amable conmigo... —Agachó la cabeza y se agarró a la falda del camisón para desahogar la frustración que aún le producía lo que reconoció a renglón

seguido—: Y sin Verity, una fiesta no es una fiesta; es un funeral. ¡Ni se te ocurra decirle que lo he dicho!

Sonny se echó a reír y la atrapó en un abrazo.

—Convertirte en la señora Kinross te ha llenado de amor y aceptación —le susurró al oído en cuanto la tuvo sonrosada debajo de él. Luego añadió en tono juguetón—: ¿O no ha sido el nombre, sino yo mismo, el que te ha llenado de tanto, tanto, tanto amor, una y otra vez, noche tras noche...?

—¡Pervertido!

Pero ella también acabó riéndose y no se negó a recibir el beso con el que Sonny quiso zanjar la cuestión de la Reina del Chisme, cuya columna habían estado aguardando como agua de mayo. No consiguió despejar la mente de Rebecca, o no por mucho tiempo, porque después de atraparlo en un abrazo, le dijo:

—Ahora somos marido y mujer, lo que significa que lo que es tuyo, es mío, y lo que es mío, es tuyo. Los secretos incluidos. Con lo cual...

—Con lo cual... —la apremió él, adivinando a dónde pretendía llegar.

Rebecca se enrolló un mechón del pelo de Sonny en el dedo y tiró, juguetona, para acercarlo a su rostro, un rostro al que él no podría negarle nada jamás.

—Con lo cual... —se humedeció los labios— puedes contarme quién es la Reina del Chisme.

—¿Eso quieres? —Enarcó las cejas con dramatismo—. ¿Crees que podrás soportarlo?

—Tengo la sospecha de que se trata de Edelweiss Day.

—¿Por qué?

—Porque no ha mencionado en ningún momento al señor Strickland. Extraño, ¿no te parece? No solo porque haya jugado un importante papel en toda esta historia de cortejos, manipulaciones y duelos, sino porque narrando en su columna las argucias y chantajes de los que te valiste con él, habría vendido el doble de revistas.

—¿Y crees que no mencionar al señor Strickland se debe al odio acérrimo que, por lo visto, la señorita Day le profesa?

—O al deseo de protegerlo de la malevolencia popular; la opinión pública se habría vuelto en su contra, a fin de cuentas —meditó en voz alta. Clavó en él una intensa mirada de ojos verdes que lo despojó de todo: de miedo, de angustias, de cuanto no era placer—. Serás tú quien lo confirme o lo desmienta. Ahora eres mi marido y no puedes ocultarme nada. Y si te sigues negando a soltar prenda... —Rebecca se las apañó, con ayuda de la experiencia adquirida, para placar a su marido contra la cama y ser ella quien quedara sentada a horcajadas sobre su sensible bajo vientre—, me serviré de mis poderosos encantos de mujer para sonsacártelo.

Sonny se cubrió la cara con los antebrazos como si el sol lo hubiese deslumbrado.

—¡Oh, no! ¡Los poderosos encantos de mujer no, por favor! ¡No lo soportaría...!

La oyó reír y no pudo negarse el gusto de apreciarlo con sus propios ojos.

Retiró las manos a tiempo para ver el brillo ilusionado que la alegría había dejado en su mirada esmeralda.

—Idiota... Tampoco sería la primera vez. —Se tendió sobre él, pecho con pecho, y apoyó las manos entrelazadas justo encima para descansar la barbilla y mirarlo desde ahí, desde una postura insoportablemente adorable—. ¿No piensas complacerme?

Sonny le puso las manos sobre las nalgas.

—No pienso hacer ninguna otra cosa en lo que me quede de vida, señora Kinross..., pero todos los secretos se cuentan al oído, así que tendrá que acercar su oreja a mis labios para que el mayor de los misterios le sea revelado.

Tentada por la promesa, Rebecca se deslizó hacia arriba sin apartarse del cuerpo masculino. La fricción le provocó un delicioso estremecimiento a Sonny, que se obligó a controlarse, por lo menos, hasta haberse regodeado en la reacción de la joven, que preveía impagable. En cuanto tuvo su canal auditivo a la altura perfecta, se dispuso a satisfacer sus deseos, porque de eso se trataba; porque para eso la había elegido a ella como esposa; porque quería amarla, honrarla, respetarla y que todo eso le fuera devuelto, pero también deseaba discutir, debatir y, ahora, chismorrear.

Formó una pequeña cueva con las manos y le susurró un nombre y un apellido, a lo que Rebecca se incorporó violentamente con los ojos como platos.

—¡No puede ser!

ÍNDICE

Mi amado enemigo

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
El epílogo que en realidad es el prólogo
*

Mi querido secreto

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
El epílogo que en realidad es una carta
*
Mi bella seductora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo final
El epílogo que
en realidad es la boda
*
Mi apuesto aliado
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
El epílogo que en realidad es el fin de una era

[1] *Wit* significa «ingenio». Su otro apodo (*Witty*), por tanto, significa «ingeniosa».

[2] El cuaquerismo también se hace llamar «Sociedad Religiosa de los Amigos», y entre ellos se llaman tal que así.

[3] Se refiere a William Cavendish, Elizabeth Foster y lady Georgiana Cavendish respectivamente.

[4] Personaje principal de *Las amistades peligrosas* (1782), como todos los que se listan a lo largo de la conversación.

[5] En inglés, Wit significa «ingenio». Su otro apodo (Witty), por tanto, significa «ingeniosa».

[6] En inglés, «*verity*» significa «verdad».

[7] *Den lille Havfrue* (1837) de Hans Christian Andersen, *La sirenita* en español. No se tradujo al inglés hasta febrero de 1846 gracias a Charles Boner, y entonces se publicó como *A Danish Story-book*.

[8] Por orden de mención, Anna Laetitia Barbauld (1743 - 1825), Hannah More (1745 - 1833), Jane Porter (1776 - 1850).

[9] En inglés, «Wit» significa ingenio, por lo que «Witty» se traduce como «ingeniosa».

[10] En la mitología griega, Príapo es un dios menor conocido por tener una erección permanente y descomunal.

[11] O Boadicea, entre otros. Reina guerrera de la época romana con importancia histórica en el territorio que

comprende la actual Inglaterra, concretamente el condado de Norfolk.

[12] En inglés, «*witch*» significa «bruja».

[13] Árbitro de la moda en la Inglaterra de la Regencia. Fue conocido como uno de los grandes dandis del siglo XIX.

[14] Forma coloquial con la que se conocía a la sífilis, sobre todo en los siglos XVII y XVIII, pero también, aunque menos, en el XIX.

[15] «Amor» en galés.

[16] Mateo 5:43–44.

[17] «Qué hombre tan bello» en francés.

[18] «¿Hablas mi lengua?» en italiano.

[19] «Me llamo Aimeé, señor» en francés.

[20] «Yo soy más bella» en francés.

[21] «¿Qué color es este?» en alemán.

[22] «Prodigioso» en alemán.

[23] «Un pequeño regalito/favorcito» en francés (en sentido sexual).

[24] «Como la noche de los lobos» en italiano.